MAX HASTINGS

SE DESATARON TODOS LOS INFIERNOS

HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Lectulandia

«Este es sobre todo un libro de experiencias humanas», nos dice *Sir* Max Hastings, autor de libros tan valiosos como *Armagedón, Némesis* y *La guerra de Churchill*, que ha querido culminar su carrera como investigador de la historia de la Segunda Guerra Mundial con una ambiciosa visión global, que se aparta de las que se han publicado hasta ahora por el peso que da a las experiencias vividas.

«Hombres y mujeres de un buen número de naciones —nos dice— se han afanado por buscar palabras con las que describir lo que vivieron». Valiéndose de estos testimonios de quienes participaron en la guerra en los más diversos escenarios del planeta, Hastings enriquece el relato de bombardeos, batallas y crímenes de guerra con una dimensión humana que los transforma. Esta no es la visión histórica tradicional, elaborada a partir de lo que han dicho y escrito políticos y generales, sino un relato coral, construido con las voces de los de abajo, víctimas y verdugos, que nos ofrecen una imagen nueva y distinta de la guerra.

Lectulandia

Max Hastings

Se desataron todos los infiernos

Historia de la Segunda Guerra Mundial

ePub r1.0
JeSsE 22.06.15

Título original: *All Hell Let Loose*
Max Hastings, 2011
Traducción: David León & Gonzalo García & Cecilia Belza
Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE
Escaneo del original: «El Escocés»
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Michael Sissons,
que ha sido agente, consejero y amigo excepcional
durante treinta años.

Introducción

Éste es, sobre todo, un libro de experiencias humanas. Hombres y mujeres de un buen número de naciones se han afanado por buscar palabras con las que describir lo que les ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial, experiencias que iban muchísimo más allá de cuantas hubiesen podido vivir hasta entonces. Muchos recurrieron al tópico de compararlo con un infierno, y dado que este lugar común es frecuente al hablar de batallas, incursiones aéreas, matanzas y hundimientos, existe el riesgo de que las generaciones posteriores se sientan tentadas a encogerse de hombros por considerarlo un símil trivial. Sin embargo, en un sentido nada desdeñable, al entender de quien esto escribe, la expresión resume la esencia de lo que significó aquel conflicto para cientos de millones de personas a las que arrancaron de sus existencias pacíficas y ordenadas para ser expuestas a un verdadero tormento que, en no pocos casos, duró varios años y que para sesenta millones de ellas no acabó sino con la muerte. Entre septiembre de 1939 y agosto de 1945 murió una media de 27 000 seres humanos al día como consecuencia de aquella guerra en la que participó todo el planeta. Para algunos de los supervivientes, el modo como se condujeron durante el conflicto determinó, para bien o para mal, el lugar que ocuparían en la sociedad el resto de su vida. Quienes habían destacado en el combate adquirieron un lustre que ayudó a muchos de ellos a prosperar en el mundo de la política o el financiero; treinta años después de que se firmase la paz, un veterano de la división de guardias aseveraba en un club londinense al hablar de cierto hombre de estado, conservador, de renombre: «No es mal tipo ese Smith… ¡Lástima que escurriese el bulto en la guerra!». Del mismo modo, una niña neerlandesa que creció en la década de 1950 estaba acostumbrada a que sus padres clasificaran a sus vecinos conforme a la actitud que habían adoptado respecto de la ocupación alemana de los Países Bajos.

Muchos soldados británicos y estadounidenses quedaron horrorizados

por lo vivido entre 1944 y 1945 durante la campaña del noroeste europeo, que duró once meses, y sin embargo, soviéticos y alemanes estuvieron casi cuatro años combatiendo sin cesar en condiciones mucho peores y sufriendo un número de bajas muchísimo mayor[*1]. Hubo naciones que, pese a desempeñar una función militar secundaria, perdieron a muchos más soldados que los Aliados occidentales. Así, los padecimientos que hubo de sufrir China a manos de los japoneses entre 1937 y 1945 supusieron la pérdida de quince millones de vidas cuando menos, y Yugoslavia, en la que a la guerra civil fue a sumarse la ocupación del Eje, contó más de un millón de muertos. Muchas personas contemplaron escenas comparables a la concepción que tenían los pintores renacentistas del averno al que se enviaba a los condenados: seres humanos reducidos a pedazos de huesos y carne; ciudades convertidas en cúmulos de escombro por las explosiones; comunidades en las que había reinado el orden fragmentadas en partículas humanas dispersas… Se vino abajo casi todo lo que dan por sentado las gentes civilizadas en tiempos de paz, y sobre todo las esperanzas de verse protegidas de la violencia.

Resulta imposible detallar la inmensidad de aquella guerra —el mayor acontecimiento que jamás haya conocido el hombre— en un solo volumen. El autor ya ha descrito diversos aspectos de ella en otros ocho libros, en especial en Bomber Command, Overlord, Armagedón, Némesis y La guerra de Churchill. Aun cuando una obra como la presente debería ser autónoma, se ha hecho lo posible por no repetir testimonios o análisis de asuntos amplios. Por ende, ya que en Némesis, por ejemplo, se dedica un capítulo entero al lanzamiento de las bombas atómicas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki en 1945, parece de escasa utilidad reiterar los argumentos allí expuestos. Este libro presenta un planteamiento cronológico y trata de ofrecer una visión general del contexto y los hechos, amén de reflexionar sobre su relevancia, con la esperanza de que quien lo lea pueda hacerse una idea global de cuanto ocurrió al mundo entre 1939 y 1945. Con todo, el propósito principal de estas líneas es el de mostrar lo que supuso todo ello a una multitud de personas corrientes de un buen número de sociedades distintas, tanto si participaron de forma activa como si lo hicieron de forma pasiva. Tal distinción no resulta fácil de establecer en muchos casos, y así, cabe preguntarse si la ciudadana hamburguesa seguidora ardiente de Hitler que murió en julio de 1943 durante la tormenta de fuego provocada por los bombardeos alemanes era cómplice de la responsabilidad achacable a los nazis por haber provocado la guerra o, por el contrario, víctima inocente de una atrocidad.

A fin de resaltar el aspecto humano de esta historia, siempre que lo permite la coherencia de la obra, se omiten las identificaciones de las diversas unidades y los pormenores relativos a las maniobras efectuadas en el campo

de batalla. Se ha tratado de elaborar una descripción de conjunto, haciendo hincapié en aspectos que no se han abordado en otras obras del autor y de los que aún hay mucho que decir, como es, por ejemplo, la experiencia vivida por la India, a expensas de elementos sobre los que se ha investigado ya con profusión, como el ataque a Pearl Harbor o la batalla de Normandía.

El genocidio perpetrado contra los judíos se convirtió en la realización más cabal de la ideología nazi. Si en Armagedón se describió el suplicio que sufrieron los prisioneros de los campos de concentración, aquí se ha intentado abordar la evolución del Holocausto desde el punto de vista nacionalsocialista. Tan extendida está la percepción occidental moderna de que la guerra estalló en torno a los judíos, que cumple hacer hincapié en que no fue así. Aun cuando Hitler y sus seguidores optaron por culpar a aquéllos de todos los males de Europa y el Tercer Reich, el conflicto que emprendió Alemania contra los Aliados tuvo por motivo las ansias de poder y de dominación sobre todo un hemisferio. Durante la guerra, Churchill y Roosevelt —y también Stalin, aunque en su caso resulta menos sorprendente— percibieron como un hecho de importancia relativamente menor el calvario que conoció el pueblo judío bajo la ocupación nazi. Una séptima parte aproximada de todas las víctimas mortales del nazismo, y poco menos de una décima de los muertos del conflicto, resultaron ser judíos. Sin embargo, en aquel tiempo, los Aliados entendieron su persecución como una parte más de los daños secundarios causados por Hitler, y de hecho así es como sigue viéndolo en nuestros días la población rusa. La atención limitada que brindaron a su sufrimiento los Aliados fue motivo de frustración y rabia para los correligionarios informados de la época, y ha suscitado no poca indignación desde entonces. Sin embargo, hemos de reconocer que, entre 1939 y 1945, lo que centró la atención de las naciones aliadas fue, sobre todo, el peligro que suponía el Eje para sus propios intereses, por más que Churchill se encargara de definir éstos en términos pródigos y nobles.

Una de las verdades más importantes de la guerra, y en realidad de todos los asuntos humanos, es la de que a los protagonistas sólo les es dado interpretar cuanto les ocurre en el contexto de sus propias circunstancias. El hecho de que, desde un punto de vista objetivo y estadístico, el sufrimiento de algunos fuese menos terrible que el que estaban soportando otros en una parte distinta del planeta carece de importancia para quienes hubieron de tolerarlo. A cualquier soldado británico o estadounidense acosado por una descarga de mortero y rodeado de compañeros muertos y agonizantes le habría resultado monstruoso que lo hubiesen informado de que los soviéticos estaban conociendo un número de bajas muchísimo mayor. Del mismo modo, ningún francés hambriento —ni ninguna ama de casa inglesa hastiada de recibir siempre las mismas raciones— habría dudado en ofenderse si se le

hubiera invitado a pensar que los habitantes de la ciudad sitiada de Leningrado se estaban comiendo los unos a los otros, en tanto que los de Bengala occidental estaban vendiendo a sus hijas por el mismo motivo. Tampoco a los que soportaron la guerra relámpago que desató sobre Londres la Luftwaffe entre 1940 y 1941 les habría consolado saber que los paisanos alemanes y japoneses iban a tener que encarar, más adelante, pérdidas indeciblemente mayores causadas por los bombardeos aliados, así como una devastación sin precedentes. Los historiadores tienen el deber y el privilegio de analizarlo todo con la relatividad que no pueden aplicar quienes vivieron los hechos. Casi todo el que participó en la guerra sufrió en mayor o menor grado, y este libro aborda la diversidad que, tanto en escala como en naturaleza, se dio en sus experiencias. Sea como fuere, el que la situación de los otros fuese peor que la propia no hizo gran cosa por promover una actitud estoica ante ésta.

Algunos aspectos de la experiencia bélica fueron punto menos que universales: el miedo y la desgracia; el alistamiento forzoso de jóvenes de ambos sexos que hubieron de soportar condiciones desconocidas y por demás alejadas de la existencia que habrían elegido ellos, a menudo por la fuerza de las armas o aun en calidad de esclavos. El florecimiento de la prostitución constituyó un fenómeno ubicuo sobre el que cabe escribir un libro entero. El conflicto dio origen a un buen número de migraciones masivas. En algunos casos se produjeron de forma ordenada: la mitad de la población del Reino Unido cambió de hogar en el curso de la guerra, y entre los estadounidenses no fueron pocos quienes hubieron de aceptar ocupaciones en lugares que desconocían. Sin embargo, en otros se arrancó de su entorno a millones de personas en circunstancias terribles que con frecuencia les acarrearon la muerte.

> Estos son tiempos extraños —escribió una berlinesa anónima el 22 de abril de 1945 en uno de los diarios más inestimables de la guerra—. Estamos viviendo en primera persona la historia, los hechos que ocuparán los relatos y las canciones que aún están por narrar y cantar, pero vista de cerca, la historia resulta mucho más penosa y parece estar hecha de cargas y miedos. Mañana iré a buscar ortigas y carbón[1].

El carácter de las experiencias vividas en el campo de batalla variaron de una nación a otra y de uno a otro ejército. Dentro de éstos, los fusileros enfrentaron riesgos y padecimientos mucho mayores que los millones de soldados que constituían las fuerzas de apoyo. Las fuerzas armadas estadounidenses sufrieron una tasa de mortalidad global de cinco de cada mil reclutas, y la inmensa mayoría de cuantos combatieron en sus filas no conoció más peligros que el común de la población civil —en algunos casos, de hecho, corrió un riesgo menor que éste—. Así, si el número de mutilados de guerra

fue de diecisiete mil, entre los trabajadores que permanecieron en Estados Unidos sufrieron amputación cien mil a consecuencia de accidentes laborales durante el tiempo que duró la guerra. Por otra parte, los soldados que estuvieron presentes en los campos de batalla durante la retirada de sus naciones sufrieron más que quienes sirvieron en tiempo de victorias: los aliados que sólo conocieron los combates de 1944 y 1945 tuvieron, estadísticamente, más probabilidades de sobrevivir al conflicto que, pongamos por caso, quienes formaron parte de la dotación de aeroplanos y submarinos un tiempo atrás, cuando su causa vivía peores momentos.

La presente historia recalca los puntos de vista y las experiencias de los de abajo, las voces de los pequeños más que las de los grandes. En las obras citadas arriba se ha hablado mucho de los jefes militares de este período. Los diarios y cartas de la época dan cuenta de lo que hicieron las personas o de lo que les hicieron a ellas; pero a menudo es poco lo que nos dicen de lo que pensaban. Esto último resulta más interesante, aunque también más difícil de encontrar. La explicación es sencilla: los más de los combatientes eran jóvenes e inmaduros, que pese a experimentar agitación, terror o privación, carecían —con escasas excepciones— de la energía emocional necesaria para reflexionar por estar absortos en su entorno físico, sus necesidades y sus deseos más inmediatos.

Era de vital importancia que sólo un número muy reducido de dirigentes nacionales y caudillos militares supiesen más de lo que había tras su campo de visión más inmediato. La población civil vivía sumida en una nube de propaganda e incertidumbre cuya densidad era ligeramente menor en el Reino Unido y en Estados Unidos que en Alemania o la Unión Soviética. Quienes luchaban en el frente disponían de pocos más criterios para evaluar el éxito de las batallas que el recuento de bajas y la conciencia de estar avanzando o retrocediendo, indicadores que en ocasiones resultaban inadecuados. El batallón del soldado de primera Eric Diller, por ejemplo, pasó 17 días aislado del grueso de las fuerzas estadounidenses durante la campaña de Leyte (Filipinas), y sólo supo de lo grave que había sido la situación de su unidad cuando, acabada la guerra, lo puso al corriente el comandante de su compañía[2].

Aun quienes gozaban de un acceso privilegiado a información confidencial no conocían más que las pocas piezas que tenían a su alcance de aquel vasto rompecabezas. Roy Jenkins, que más tarde adquiriría un peso considerable en el ámbito político del Reino Unido, descifraba mensajes alemanes en Bletchley Park, y pese a ser consciente, como sus compañeros, de la importancia y la urgencia de la labor que se le había encomendado, ignoraba por completo —en contra de la impresión que puedan dar las obras cinematográficas sensacionalistas que se han hecho acerca del célebre centro

de descodificación británico— la significación o el impacto que podían tener en el momento sus aportaciones. No cabe sorprenderse de que las restricciones fuesen aún mayores al otro lado: en enero de 1942, Hitler se persuadió de que había en Berlín demasiadas personas que sabían demasiado, y dispuso que ni siquiera los oficiales de la Abwehr recibieran más datos que los que necesitaban para hacer su trabajo; hasta se les prohibió escuchar las transmisiones del enemigo, lo que supone una desventaja enorme para un servicio de información[3].

Al autor le resulta fascinante la compleja interacción de posturas de lealtad y afinidad que se dio en todo el mundo. En el Reino Unido y en Estados Unidos es tal el convencimiento de que nuestros padres y abuelos lucharon «en el lado de los buenos», que olvidamos a menudo que en otros muchos países se adoptaron actitudes mucho más equívocas respecto del conflicto. A los súbditos de las colonias, y en especial los cuatrocientos millones que habitaban la India, les pareció que de poco podía servir la derrota de Japón si ellos seguían sometidos al protectorado británico; en Francia fueron muchos los ciudadanos que combatieron con fuerza contra los Aliados; en Yugoslavia, las facciones rivales tenían mucho más empeño en hacerse la guerra las unas a las otras que en luchar por los intereses de los Aliados o el Eje, y entre los vasallos de Stalin, hubo muchos que abrazaron sin dudarlo la oportunidad que les ofreció la ocupación alemana de alzarse en armas contra el odiado régimen de Moscú. Aunque nada de ello quiere decir que la causa aliada no mereciese ganar, todo viene a subrayar que Churchill y Roosevelt no las tenían todas consigo precisamente.

Tal vez sea útil exponer cuál fue el proceso de escritura de este libro. Comencé releyendo A world at arms, de Gerhard Weinburg, y Guerra total, de Peter Calvocoressi, Guy Wint y John Pritchard, que son quizá las dos historias de la guerra mejores de cuantas se hayan editado en un solo volumen. A continuación, elaboré un texto esquemático que recogía todos los acontecimientos de relieve por orden cronológico y fui añadiendo los testimonios de que disponía y mis propias reflexiones. Una vez completo el borrador, repasé algunas de las exposiciones del conflicto más sobresalientes de los últimos años: Por qué ganaron los Aliados, de Richard Overy; La guerra que había que ganar, de Allan Millett y Williamson Murray, y Moral combat, de Michael Burleigh, para después revisar mis comentarios y conclusiones a la luz de su contenido.

Siempre que ha sido posible, se ha recurrido a testimonios relativamente desconocidos en detrimento de memorias personales que han alcanzado, con justicia, no poca fama; motivo por el que se omiten, por ejemplo, El último enemigo, de Richard Hillary, y Quartered safe out here, de George Macdonald Fraser. La doctora Liuba Vinográdova, que estudió el material

ruso que empleé durante la última década, ha vuelto a identificar y traducir testimonios personales, diarios y cartas que se han incluido en el presente volumen. Serena Sissons ha traducido miles de palabras procedentes de memorias y diarios escritos en italiano, pues todo apunta a que el pueblo de Mussolini no está representado como debería en la generalidad de los estudios anglosajones sobre el particular. También he buscado fuentes polacas inéditas en el archivo del Museo Imperial de la Guerra y del Instituto Sikorski de Londres. Una vez más, estoy en deuda con la doctora Tami Biddle, estudiosa de la Academia Militar de Carlisle (Pensilvania, Estados Unidos), por haber compartido conmigo con prodigalidad ideas y documentos procedentes de sus propias investigaciones. Varios amigos, entre quienes destacan el profesor sir Michael Howard (Orden del Mérito, Orden de los Compañeros de Honor y Cruz Militar), el doctor Williamson Murray y Don Berry han sido tan amables de leer el borrador original y hacer correcciones, sugerencias y comentarios de gran valor. Nicholas Rodger, profesor del All Souls College de Oxford y decano de los expertos británicos en historia naval, leyó el capítulo relativo a la experiencia del Reino Unido en el mar y mejoró de forma considerable su texto definitivo. A ninguno de los nominados, claro está, puede achacársele responsabilidad alguna en lo tocante a mis opiniones y errores.

Transcurridos casi setenta años desde el final de la guerra, lo máximo a lo que puede aspirar ningún historiador es ofrecer una visión personal más que una descripción completa de aquella experiencia, la más colosal y terrible de cuantas haya podido vivir el ser humano, que siempre inspira a quienes la abordan desde nuestros tiempos una gran humildad nacida de la gratitud por no haber tenido que vivir nada comparable. En 1920, cuando el coronel Charles à Court Repington, corresponsal militar de The Daily Telegraph, publicó una historia de gran éxito editorial sobre el conflicto recién acabado, los lectores consideraron siniestro y de mal gusto el título, The first world war («La Primera Guerra Mundial»), ya que parecía dar por supuesto que habría otra. El titular que tiene el lector en las manos, La última guerra mundial, puede ser mucho presumir; pero lo que es cierto es que jamás volverán a enfrentarse millones de hombres armados en campos de batalla europeos como los de 1939-1945. Los enfrentamientos bélicos del futuro serán, sin duda, diferentes, y tal vez no sea pecar de un optimismo temerario suponer que van a ser menos terribles.

MAX HASTINGS
Chilton Foliat (Berkshire) y Kamogi (Kenia),
abril 2011

1

Polonia traicionada

Por resuelto que estuviese Adolf Hitler a hacer la guerra, su invasión de Polonia, ocurrida en 1939, no precipitó el conflicto mundial en mayor grado que lo hizo en 1914 el asesinato del archiduque Francisco Femando de Austria. El Reino Unido y Francia carecían de la voluntad y los medios necesarios para emprender acciones efectivas con las que cumplir las garantías de seguridad que habían brindado al pueblo polaco. Las declaraciones de guerra que hicieron contra Alemania no pasaron de un gesto que se consideró, aun entre los enemigos más acérrimos del fascismo, insensato por lo que tenía de vano. Para todas las naciones beligerantes, excepción hecha de la propia Polonia, la lucha se desarrolló con gran lentitud en un primer momento. Hubo que esperar al tercer año para que la muerte y la destrucción alcanzasen la gravedad que iban a mantener hasta 1945. Ni siquiera el Tercer Reich estaba pertrechado, a la sazón, para generar la intensa violencia que requería una lucha cuerpo a cuerpo entre las naciones más poderosas de la Tierra.

Durante el verano de 1939 creció en Polonia de forma considerable la popularidad de Lo que el viento se llevó, novela de Margaret Mitchell sobre el viejo Sur de Estados Unidos. «De algún modo, la tuve por una obra profética», escribió Rulka Langer, una de sus lectoras polacas[1]. Pocos de sus compatriotas dudaban de la inminencia de un enfrentamiento con Alemania, toda vez que Hitler había hecho patentes sus ansias de conquista. Aquel pueblo de tenaz espíritu nacionalista respondió a la amenaza nazi con el

mismo brío que desplegaron los jóvenes confederados, condenados al fracaso, en 1861. «Yo creía, como casi todos, en los finales felices —recordaría más tarde un piloto de caza de poca edad—. Queríamos combatir; la idea nos enardecía, y queríamos que ocurriese cuanto antes. Ni se nos pasaba por la cabeza que pudiese suceder nada malo.»[2] Cuando el teniente de artillería Jan Karski recibió la orden de movilización el 24 de agosto, su hermana le cuestionó por llevar tanto equipaje diciéndole: «No te vas a ir a Siberia. Te tendremos aquí de vuelta en menos de un mes[3]».

Los polacos dieron buena muestra de su propensión a la fantasía. La euforia presidía las conversaciones en los cafés y las tabernas de Varsovia, ciudad cuya hermosura barroca y sus veinticinco teatros llevaban a sus habitantes a llamarla «el París de la Europa oriental». Cierto periodista de The New York Times escribió lo siguiente desde la capital polaca: «Oyendo hablar a las gentes de aquí se diría que el coloso industrial era Polonia más que Alemania[4]». El conde Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, advirtió al embajador en Roma de que su nación se encontraría luchando en solitario y no tardaría en «quedar reducida a un montón de cascotes» si no accedía a las reclamaciones territoriales de Hitler, y el legado, sin disentir, aseguró al descuido que «una posible victoria… podría fortalecer a Polonia[5]». En el Reino Unido, los periódicos de lord Beaverbrook tildaron de provocadora la actitud desafiante del país ante las amenazas de Hitler.

Las fronteras de aquel pueblo de treinta millones de habitantes —entre quienes se incluía punto menos de un millón de personas de procedencia alemana, cinco de ucranianos y tres de judíos— habían sido delineadas una veintena de años antes por el tratado de Versalles. Entre 1919 y 1921, Polonia luchó contra los bolcheviques para hacer valer su independencia de la antigua hegemonía rusa. Llegado 1939, la nación estaba gobernada por una junta militar, aunque el historiador Norman Davies ha manifestado lo siguiente: «Si bien es cierto que existían privaciones e injusticias en Polonia, no puede hablarse de las hambrunas o las matanzas multitudinarias que se daban en la Unión Soviética, ni tampoco de los métodos brutales a los que recurrían el fascismo y el estalinismo[6]». La manifestación más repugnante del nacionalismo polaco fue el antisemitismo, tal como ilustra, por ejemplo, la introducción de cupos máximos de judíos en las universidades.

A ojos tanto de Berlín como de Moscú, el estado Polaco debía su existencia, sin más, a causas de fuerza mayor provocadas por los Aliados en 1919, y carecía, por lo tanto, de legitimidad. Hitler y Stalin, en consecuencia, acordaron su reparto y disolución en un protocolo secreto del pacto firmado por nazis y soviéticos el 23 de agosto de 1939. Aunque las gentes de Polonia tenían a la Unión Soviética por enemiga histórica, desconocían sus intenciones y estaban resueltas a frustrar las de Alemania. Sabían que nada

podía hacer su mal equipado ejército por derrotar a la Wehrmacht, y cifraban su esperanza en que británicos y franceses fragmentaran las fuerzas alemanas mediante una ofensiva desde el oeste. «Dada la pésima situación militar de Polonia —escribió el conde Edward Raczyński, embajador en Londres—, mi mayor preocupación ha sido la de asegurarme de que no entraremos en guerra con Alemania sin recibir la ayuda inmediata de nuestros aliados.»[7]

En marzo de 1939, los gobiernos del Reino Unido y Francia habían aceptado, y formalizado en sendos tratados, el compromiso de intervenir en el supuesto de que se produjera una agresión por parte de Alemania. De ocurrir lo peor, Francia prometió al mando militar de Varsovia que atacaría la Línea Sigfrido de Hitler antes de que transcurrieran trece días desde la movilización, y el Reino Unido, que emprendería una ofensiva inmediata con bombarderos sobre Alemania. Las garantías de ambas potencias estaban teñidas de cinismo, dado que ninguna de las dos albergaba la menor intención de cumplirlas: lo que pretendían era disuadir a Hitler más que brindar asistencia militar a Polonia. Fueron, por ende, gestos insustanciales que los polacos, sin embargo, optaron por creer.

Por más que Stalin no entrase en la guerra de la mano de Hitler, el pacto que había firmado con Berlín lo convertía en beneficiario de la agresión nazi. Desde el 23 de agosto, el mundo entendió que Alemania y la Unión Soviética estaban actuando en concierto, como dos rostros gemelos del totalitarismo. Habida cuenta de que, en 1945, año en que acabó aquel conflicto mundial, esta última nación figuraba en el campo aliado, no faltan historiadores que hayan aceptado la imagen que quiso dar de sí misma tras la guerra, haciendo ver que fue neutral hasta 1941. Nada está más lejos de la verdad: si bien Stalin temía a Hitler y suponía que, al cabo, habría de enfrentarse a él, en 1939 tomó la decisión histórica de dar su aquiescencia a la agresión alemana, a cambio del apoyo nazi al programa de ampliación territorial concebido por Moscú. Fueran cuales fueren las excusas que pudiese ofrecer con posterioridad el dirigente soviético, y por más que sus fuerzas no llegaran a combatir jamás junto con las de la Wehrmacht, el acuerdo que firmaron ambas naciones da fe de la colaboración que mantuvieron ambas potencias hasta que Hitler reveló sus verdaderas intenciones durante la Operación Barbarroja.

El pacto de no agresión, junto con el tratado de amistad, cooperación y demarcación que firmarían el 28 de septiembre, comprometió a los dos mayores tiranos del planeta a respaldar sus ambiciones mutuas y renunciar a hostilidades entre ellos en favor del engrandecimiento de sus respectivas fronteras. Stalin consintió las acciones expansionistas emprendidas por Hitler en Occidente y le ofreció una ayuda material nada desdeñable en forma de petróleo, cereales y productos minerales. Los nazis, aun de modo poco sincero, se ofrecieron a permitir que se anexionara los territorios que

pretendía conquistar en el este, y entre los que se incluían la región oriental de Finlandia, los estados bálticos y una porción considerable del cadáver de Polonia.

Hitler tenía la intención de dar comienzo a la Segunda Guerra Mundial el 26 de agosto, tres días después de la firma del pacto con la Unión Soviética. Sin embargo, el día 25, decidió dar órdenes de proseguir la movilización pero dilató la invasión de Polonia ante el mazazo que le supuso el descubrimiento de que Mussolini no tenía intención de combatir de inmediato a su lado y de que el Reino Unido y Francia parecían dispuestas a respetar las garantías que habían ofrecido a Varsovia. Tres millones de soldados, cuatrocientos mil caballos, doscientos mil vehículos y cinco mil trenes avanzaron, pues, hacia la frontera polaca mientras se producía un último aluvión de comunicaciones diplomáticas sin efecto. Hitler dio al fin la orden de atacar el 30 de agosto. A las ocho de la tarde del día siguiente, se puso por obra el primer acto del conflicto, cuyo carácter sórdido marcaría su tono general. Alfred Naujocks, Sturmbannführer del SD alemán, el servicio secreto de la SS, acaudilló a una facción vestida con uniforme polaco y compuesta, entre otros, por una docena de criminales convictos a los que habían aplicado el calificativo desdeñoso de Konserven, «latas de conserva», y efectuó un asalto fingido a la emisora de radio alemana de Gleiwitz (hoy Gliwice), en la Alta Silesia. Tras efectuar algunos disparos y transmitir una serie de lemas patrióticos polacos, los «atacantes» se retiraron. Entonces, los de la SS ametrallaron a los Konserven y dispusieron sus cadáveres ensangrentados de tal modo que los corresponsales extranjeros los tomaran por prueba incontestable de la agresión polaca.

A las dos de la mañana del primero de septiembre, el I.er regimiento montado de la Wehrmacht se contaba entre las varias veintenas de unidades a las que despertó y sacó de sus vivaques el toque de clarín —tanto Alemania como Polonia llevaron cabalgaduras al campo de batalla—. Los escuadrones ensillaron a sus caballos, los montaron y se pusieron en marcha en dirección a la línea de partida junto con estruendosas columnas de vehículos blindados, camiones y cañones. «¡Retiren tapabocas! —fue la orden que se oyó a continuación—. ¡Carguen! ¡Coloquen los seguros!». A las cinco menos veinte de la mañana, los colosales cañones del viejo acorazado alemán Schleswig-Holstein, anclado en el puerto de Dánzig, que estaba visitando en señal de «buena voluntad», hizo fuego sobre la fortificación polaca de Westerplatte. Una hora más tarde, los soldados alemanes derribaron los postes que marcaban la frontera occidental y dieron paso a la vanguardia de la fuerza de invasión. Uno de sus comandantes, el general Heinz Guderian, se vería en breve atravesando la hacienda de Chełmno que había pertenecido a su familia desde tiempo inmemorial y en la que había nacido él mismo cuando

la ciudad pertenecía a la Alemania anterior al tratado de Versalles. Wilhelm Pruller, teniente de veintitrés años que marchaba entre sus tropas, expresó con estas palabras el ardor que imperaba en todo el ejército: «La de ser alemán constituye, en este momento, una sensación maravillosa… Hemos cruzado la frontera. Deutschland, Deutschland über alles! ¡La Wehrmacht alemana avanza! Miremos donde miremos: atrás, adelante, a la izquierda o a la derecha, topamos con unidades motorizadas de nuestras fuerzas armadas[8]».

Los Aliados occidentales, alentados por el conocimiento de que Polonia se preciaba de poseer el cuarto ejército de Europa en tamaño, supusieron que el enfrentamiento duraría unos meses. Los defensores instalaron 1,3 millones de soldados para hacer frente al millón y medio de alemanes. Aunque unos y otros disponían de treinta y siete divisiones, los segundos estaban mucho mejor equipados, pues disponían de 3600 vehículos blindados ante los 750 de aquéllos, y de 1929 aeroplanos modernos ante 900 anticuados. El ejército polaco había ido tomando posiciones desde el mes de marzo, pero había omitido, en respuesta a las peticiones de británicos y franceses, emprender una movilización completa por no provocar a Hitler. En consecuencia, la acción del primero de septiembre lo cogió por sorpresa. «Compartían la misma voluntad de resistir —escribió cierto diplomático de Polonia acerca de la disposición de su pueblo—, aunque no se oía nada concreto acerca de qué clase de resistencia debían ofrecer, aparte de la palabrería de los que hablaban de prestarse a hacer de "torpedo humano".»[9]

Ephrahim Bleichman, judío de dieciséis años que residía en Kamionka, era uno de los miles de habitantes que se congregaron en la plaza de su población para oír hablar al alcalde. «Cantamos un himno que declaraba que Polonia aún no estaba perdida, y otro que juraba que ningún alemán iba a escupirnos a la cara.»[10] Piotr Tarczyński, empleado de fábrica de veintiséis años, llevaba enfermo unas semanas cuando lo llamaron a filas; pero cuando informó de su situación al oficial al mando de la batería de artillería que le habían asignado, el coronel le respondió con un enérgico discurso patriótico, «y me dijo —recordaba— que una vez que estuviese en la silla me encontraría mucho mejor[11]». Los pertrechos escaseaban en tal grado que ni siquiera le dieron arma propia, aunque sí la montura reglamentaria: un caballo de grandes dimensiones llamado Wojak («Guerrero»).

Witold Urbanowicz, instructor aeronáutico, se hallaba haciendo un simulacro de combate con uno de sus alumnos sobre el cielo de Dęblin cuando descubrió, desconcertado, que las alas de su aparato estaban hechas un colador. Corrió a aterrizar, y una vez en la pista, vio a un oficial que iba a su encuentro a la carrera, preguntándole a gritos:

—¿Estás bien, Witold? ¿No te han dado?

Él quiso saber:

—¿Qué demonio está pasando?

—Yo que tú me metía en la iglesia y encendía una vela —respondió su camarada—. ¡Te acaba de atacar un Messerschmitt[12]!

La exigüidad de las defensas polacas se hacía evidente en todos los ámbitos. El piloto de caza Franciszek Kornicki tuvo que despegar dos veces de urgencia los días 1 y 2 de septiembre. La primera, lo hizo a la zaga de un avión alemán que no tuvo la menor dificultad en dejarlo atrás, y la segunda, se le encasquillaron las armas y tuvo que desatascarlas, hacer un tonel y renovar el ataque. Entonces, al inclinarse el aparato, se rompieron las correas que lo sujetaban a la carlinga descubierta y salió disparado. No tuvo más remedio que abrir el paracaídas y descender al suelo de aquel modo tan deshonroso[13].

A las cinco de la tarde, cerca del pueblo de Krojanty, los ulanos de la caballería polaca recibieron órdenes de efectuar un contraataque con el que proteger la retirada de la infantería que combatía a su lado. Mientras formaban y desenvainaban los sables, el capitán subalterno Godlewski propuso hacer a pie el avance.

—Joven —le respondió irritado el coronel Mastalerz, oficial al mando del regimiento—, sé muy bien qué es cumplir una orden imposible.

Agachados, tan pegados como les fue posible al cuello de sus caballos, aquellos doscientos cincuenta hombres cargaron a campo abierto, y aunque lograron hacer huir a los soldados de a pie alemanes que había en su camino, éstos tenían tras sí un grupo de vehículos blindados cuyas ametralladoras hicieron estragos entre los ulanos. Veintenas de cabalgaduras cayeron a tierra y otras se alejaron al galope sin jinete. Apenas hicieron falta unos minutos para dar muerte a la mitad de los atacantes, incluido el coronel Mastalerz. Los supervivientes retrocedieron sumidos en una gran confusión, convertidos en una sombra de lo que habían sido.

El alto mando francés había instado a los polacos a concentrar sus fuerzas detrás de los tres grandes ríos del centro de la ciudad; pero el gobierno de Varsovia juzgó más necesario defender toda la extensión de la frontera que compartía con Alemania —mil quinientos kilómetros—, entre otras cosas porque la mayor parte de la industria de la nación se hallaba en el oeste. Por lo tanto, hubo divisiones que tuvieron que hacerse cargo de frentes de hasta treinta kilómetros. El asalto alemán, emprendido a un tiempo desde el norte, el sur y el oeste, llevó a las fuerzas atacantes bien adentro del país frente a una resistencia muy poco eficaz, dejando focos aislados de defensores. Los aeroplanos de la Luftwaffe apoyaban de cerca a los carros de combate y, además, acometían incursiones devastadoras sobre Varsovia, Łódź, Dęblin, Sandomierz…

Aunque ametrallaban y bombardeaban a militares y paisanos con despiadada imparcialidad, a algunas de las víctimas les costó darse cuenta de la gravedad de la amenaza. Y así, después del primer aluvión de ataques, Virgilia, esposa de origen estadounidense del príncipe polaco Pablo Sapieha, dijo a los suyos:

—¿Veis? En el fondo, estas bombas no son tan peligrosas: ladran más que muerden.

Cuando cayeron dos de los proyectiles en el parque de la casa señorial que tenían los Smorczewski en Tarnogóra la noche del primero de septiembre, a Ralph y Mark, los dos varones más jóvenes de la familia, los sacó su madre de la cama para llevarlos, a la carrera, a una arboleda en la que se refugiaron junto con otros de edades similares. «Cuando nos recobramos del susto inicial —escribiría más tarde Ralph—, nos miramos y nos echamos a reír sin poder dominarnos. ¡Menuda facha teníamos! Un puñado variopinto de muchachos en pijama o con abrigos sobre los paños menores, de pie bajo los árboles sin nada que hacer más que jugar con las máscaras de gas. Decidimos volver a casa.»[14]

No hubo de pasar mucho tiempo para que se acallasen las risas y se viera obligado el pueblo polaco a reconocer el poderío devastador de la Luftwaffe. «Me despertó el aullido de las sirenas y el fragor de las explosiones —escribió en Varsovia el diplomático Adam Kruczkiewitz—. Fuera vi aviones alemanes que volaban a una altitud tan baja que parecía increíble mientras lanzaban bombas a voluntad. En lo alto de algunos edificios había instaladas unas cuantas ametralladoras que disparaban de forma irregular; pero no se veían aviadores polacos… La ciudad había quedado pasmada por la ausencia casi total de defensa aérea: sus habitantes se sentían amargamente defraudados.»[15] El municipio de Łuck no tuvo mucha suerte: sobre él cayeron de madrugada docenas de bombas alemanas que mataron a veintenas de personas, en su mayoría niños que se dirigían a pie a la escuela. Las víctimas, impotentes, llamaban al firmamento sin nubes de aquellos días de septiembre «la maldición de Polonia». El piloto B. J. Solak escribió: «El aire que rodeaba a la ciudad se llenó del hedor de los incendios y el velo pardo del humo[16]». Tras ocultar su aeroplano, desprovisto de armas, bajo unos árboles, regresaba en vehículo a su casa cuando topó, en la carretera, con un campesino que «tiraba de las riendas de un caballo con uno de los ijares convertido en una masa de sangre coagulada. Tenía la cabeza tan gacha que arrastraba los ollares por el suelo, y temblaba de dolor a cada paso». El joven aviador quiso saber adonde llevaba al animal, víctima de un bombardero en picado Stuka.

—A la ciudad, a que lo vea el veterinario.

—Pero ¡si quedan todavía seis kilómetros!

Y encogiéndose de hombros, le respondió el hombre:

—Es el único caballo que tengo.

Se desataron mil tragedias mayores que ésta. Mientras la batería de artillería a la que estaba adscrito el teniente Piotr Tarczyński avanzaba con estruendo hacia el campo de batalla, cayó sobre ella un grupo de Stuka. Todos los de la unidad saltaron de sus caballos y se lanzaron a tierra. Tras arrojar algunas bombas, que acabaron con unos cuantos hombres y diversos caballos, los aeroplanos volvieron a desaparecer y la batería emprendió de nuevo su marcha. «Vimos dos mujeres, una de mediana edad y otra que apenas era una niña, sosteniendo una escalera de mano sobre la que habían tendido a un herido que, aún con vida, se agarraba el abdomen. Al pasar a nuestro lado, pudimos observar que llevaba los intestinos a la rastra.»[17] Władysław Anders había luchado con los rusos durante la Primera Guerra Mundial, a las órdenes del general zarista conocido por el exótico apelativo de «Kan de Najicheván». En el momento que nos ocupa, hallándose al mando de una brigada de la caballería polaca, vio a un profesor que conducía a sus alumnos al abrigo que les proporcionaba el boscaje. «De pronto, oímos el rugido de un aeroplano. El piloto descendió, describiendo círculos en el aire, a una altitud de cincuenta metros, y cuando lanzó las bombas que llevaba y descargó las ametralladoras, los niños echaron a correr como gorriones en desbandada. El atacante desapareció con la misma prontitud con que se había presentado, pero los bultos arrugados y sin vida de ropa de colores que dejó desperdigados por el campo dejó bien claro cuál era la naturaleza de la guerra que acababa de estallar.»[18]

George Ślązak tenía trece años y viajaba con otros chiquillos a Łódź después de pasar unos días en un campamento de verano. De pronto oyeron explosiones y gritos, y el tren se detuvo en seco. El monitor del grupo les ordenó a voz en cuello que saliesen tan rápido como les fuera posible y echaran a correr hacia el bosque que se extendía en las inmediaciones. Aterrorizados, los muchachos pasaron media hora tumbados boca abajo hasta que cesó el bombardeo, y al salir de entre los árboles, a unos centenares de metros de donde estaban vieron sobre la vía un tren de transporte de tropas en llamas, que había sido el objetivo de los alemanes. Algunos rompieron a llorar ante la visión de soldados ensangrentados, y todos vieron frustrado su primer intento de regresar a su propio vehículo cuando regresaron los aparatos de la Luftwaffe y ametrallaron la zona. Al final, prosiguieron viaje en vagones sembrados de agujeros de bala. Al llegar a casa, George encontró a su madre deshecha en lágrimas junto a la radio de la familia, que acababa de informar de la incursión alemana.

El aviador Franciszek Kornicki fue a visitar a un camarada herido a cierto hospital de Łódź, «un lugar espantoso, lleno de heridos y moribundos

postrados por todas partes, algunos en camas y otros sobre el suelo, en habitaciones y pasillos. Algunos lanzaban gemidos agónicos, en tanto que otros guardaban silencio con los ojos cerrados o abiertos de par en par, aguardando y sin perder la esperanza[19]». El general Adrian Carton de Wiart, jefe de la misión militar británica en Polonia, escribió con amargura: «He visto demudarse el rostro de la guerra: en lugar de enviar soldados a los campos de batalla, ahora entierran en ellos a las mujeres y los niños[20]».

El domingo 3 de septiembre, el Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania, en virtud de las garantías ofrecidas a Polonia. La alianza de Stalin con Hitler llevó a muchos comunistas europeos a distanciarse, en acto de sumisión a Moscú, de la postura contraria al nazismo que habían adoptado sus naciones. Las críticas de los sindicalistas a lo que habían tildado de «guerra imperialista» tuvieron gran influencia entre los trabajadores de no pocas fábricas, astilleros y minas de carbón francesas y británicas. En las calles aparecieron pintadas en las que se exigía: «Parad la guerra: quienes la pagan son los obreros», o «No a la guerra capitalista». El diputado del Partido Laborista Independiente, Aneurin Bevan, abanderado de la izquierda, supo guardar el bulto pidiendo que se luchara en dos frentes: uno contra Hitler y el otro contra el capitalismo británico.

Aunque en las capitales occidentales no se supo nada de los protocolos secretos del pacto entre nazis y soviéticos, en los que se demarcaban las pretensiones territoriales de cada uno de los firmantes, hasta que los desvelaron los archivos alemanes capturados en 1945, en septiembre de 1939 fueron muchos los ciudadanos de las naciones democráticas que tenían por enemiga tanto a la Unión Soviética como a Alemania. Guy Crouchback, trasunto autobiográfico del novelista Evelyn Waugh, compartía con muchos conservadores de Europa la siguiente opinión: «la noticia que conmovió por igual a políticos y poetas jóvenes de una docena de capitales de estado [la del acuerdo entre los dos dictadores] trajo la paz a un corazón inglés… Por fin se mostraba ante todos el enemigo, ingente, odioso y sin máscara alguna: la Era Moderna con las armas en la mano[21]». Algunos políticos aspiraban a separar a la Unión Soviética de Alemania y conseguir así la ayuda de Stalin para derrotar a Hitler, a quien consideraban más peligroso. Sin embargo, hasta el mes de junio de 1941, semejante idea parecía remota, pues se entendía que ambos eran enemigos comunes de los países demócratas.

Hitler no contaba con la manifestación de hostilidades de británicos y franceses. Su aceptación de la toma de Checoslovaquia, en 1938, y la imposibilidad de socorrer de forma directa a Polonia lo convencieron de que no tenían ni las ganas ni los medios necesarios para detenerlo. Y aunque él se recobró enseguida de la impresión inicial que le produjo tal hecho, hubo entre sus acólitos quien se mostró muy preocupado. Uno de los que vieron

flaquear su valor fue Hermann Goering, quien en conversación telefónica espetó a Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores: «¡Ea, ya has conseguido tu puta guerra! ¡La culpa es tuya y de nadie más!». Hitler se había afanado por crear una sociedad guerrera consagrada a la gloria marcial, y entre los jóvenes había gozado de gran éxito. Sin embargo, los que ya no lo eran tanto desplegaron en 1939 un entusiasmo mucho menor que en 1914, pues no habían olvidado los horrores del anterior conflicto ni su propia derrota. «Esta guerra resulta irreal hasta rayar en lo fantasmagórico —escribió el conde Helmuth von Moltke, oponente implacable del Führer—. El pueblo no la secunda… [Se muestra] apático. Es como una danza macabra interpretada por actores desconocidos.»[22]

William Shirer, corresponsal estadounidense de la CBS, aseveró lo siguiente desde la capital de Hitler el 3 de septiembre: «No se palpa ninguna emoción… no hay vítores ni vivas desenfrenados. Nadie lanza flores… El pueblo alemán que vemos esta noche tiene el gesto mucho más adusto que el de anoche o el de anteanoche[23]». Alexander Stahlberg pudo confirmar esta opinión cuando atravesaba Estetinia con su unidad de camino a la frontera polaca: «No queda nada del arrojo de agosto de 1914; ni aclamaciones, ni flores[24]». Ésta fue la explicación que dio el escritor austríaco Stefan Zweig: «Si no sentían lo mismo era porque el mundo de 1939 no era tan ingenuo e infantil ni tan crédulo como el de 1914… La fe casi religiosa que había profesado cada uno de los países de aquél a la honradez o, al menos, a la competencia de su gobierno había desaparecido de toda Europa[25]».

Sin embargo, muchos alemanes se hicieron eco de los sentimientos de Fritz Muehlebach, un oficial del Partido Nazi: «Veo la intromisión de Inglaterra y Francia… como una mera formalidad… En cuanto se den cuenta de lo desesperada que es la resistencia polaca frente a la vasta superioridad de las armas alemanas empezarán a comprender que siempre estuvimos en lo cierto y que fue una tontería intervenir. Los asuntos por los cuales empezó esta guerra no son de su incumbencia. Si Polonia hubiera estado sola se hubiera entregado en silencio[26]».

Las naciones aliadas tenían la esperanza de que el simple gesto de declarar la guerra pondría a Hitler «en evidencia», precipitaría su derrocamiento a manos de su propio pueblo y propiciaría un acuerdo de paz sin que mediase un enfrentamiento catastrófico en la Europa occidental. La respuesta que dieron el Reino Unido y Francia a la tragedia que se estaba desatando en Polonia estuvo dominada por el egoísmo. El general Maurice Gamelin, comandante en jefe de las fuerzas armadas francesas, había dicho en julio al británico: «nos interesa que el conflicto comience en el este y se generalice sólo poco a poco. Así dispondremos del tiempo necesario para movilizar el total de las fuerzas francobritánicas». Por su parte, el diputado

del Partido Conservador del Reino Unido, Cuthbert Headlam, escribió irritado en su diario el 2 de septiembre que los polacos eran «los únicos culpables de lo que les ha venido encima[27]».

En el Reino Unido, las sirenas antiaéreas que sonaron minutos después del comunicado radiofónico con que anunció la guerra el primer ministro Neville Chamberlain el 3 de septiembre despertaron emociones muy diversas. «Madre se ha puesto muy nerviosa —escribió J. R. Frier, estudiante londinense de diecinueve años—. Varias vecinas se han desmayado, y muchas han salido corriendo a la calle. Se han oído comentarios de toda clase: "Que nadie vaya a los refugios hasta oír los cañones"; "¡Si ni siquiera han echado al aire los globos todavía!"; "¡Si será cerdo! Tenía que haber mandado los aviones antes de que se agotara el tiempo"». Minutos después de que se diera la señal de que había pasado el peligro, «todo el mundo estaba ya en la puerta de su casa, parloteando con voz nerviosa, hablando otra vez de Hitler y las agitaciones de Alemania… Lo más peculiar de cuanto se ha vivido hoy ha sido el deseo de que ocurriera algo: de ver aeroplanos llegar y actuar la defensa antiaérea. Yo no quiero ver bombas caer y gente morir, pero ya que estamos en guerra, tengo ganas de ver acción de una vez. Si no, a este paso, sólo Dios sabe hasta cuándo puede durar[28]».

En las lejanas colonias de África, hubo jóvenes que se echaron al monte al oír que había estallado el conflicto, por temor a que sus gobernantes británicos los alistasen a la fuerza en el servicio civil tal como habían hecho durante la Primera Guerra Mundial —y tal como, de hecho, harían después—. Cierto kikuyu llamado Josiah Mariuki dio testimonio de la existencia de «un rumor siniestro que afirmaba que Hitler iba a venir a matarnos a todos, lo que hizo a muchos dirigirse por miedo a los ríos y cavar hoyos en la ribera para esconderse de los soldados[29]». Aunque los mandamases de las fuerzas armadas británicas reconocieron que éstas no estaban preparadas para entrar en combate, no faltaron entre los jóvenes soldados profesionales quienes se alegraran de la idea de entrar en acción y lograr así un ascenso. «La noticia se recibió con gran regocijo y alboroto —escribió John Lewis, perteneciente a los fusileros escoceses del Camerún—. Hitler era un personaje ridículo, y los noticiarios de la [productora] Pathé en los que se veía a los soldados alemanes desfilar con el paso de la oca provocaban carcajadas… Habían demostrado ser insuperables atacando con bombarderos en picado los pueblos indefensos de España, pero poco más. En su mayoría, sus carros de combate no eran más que maquetas de cartón. Veinte años antes habíamos hecho morder el polvo a una Alemania mucho más poderosa. Éramos el mayor imperio del planeta.»[30]

Pocos fueron tan clarividentes como David Fraser, teniente de la guardia de granaderos, quien observó con dureza: «La actitud mental que adoptaron

los británicos respecto de las hostilidades se distinguió por dos de los errores más característicos de la nación: la pereza intelectual y la tendencia a dejarse llevar por ilusiones… Quienes habitan países democráticos necesitan creer que el bien se opone al mal, y de ahí surge el espíritu de cruzada. Todo ello, unido al intento de crear una moral enérgica y alzar las pasiones ideológicas, tiende a anular el concepto frío de la guerra como… extensión de la política que definió Clausewitz, como ejercicio dirigido a objetivos finitos y susceptibles de ser alcanzados[31]».

Entre los aviadores británicos hubo muchos que predijeron la suerte que podían correr. Así, el oficial Donald Davis escribió: «pasé con el coche por Wittenham Clumps y Chiltern Hills, lugares que tan bien conocía, y recuerdo que pensé que quizá a la vuelta de tres semanas estuviese muerto. Me detuve para contemplar la escena y sopesar unos minutos mi situación [y decidí que], de haber tenido que enfrentar las mismas decisiones, me habría resuelto igualmente a hacerme piloto y alistarme en la RAF si se me hubiera presentado la ocasión[32]». Para los de su generación, fueran del país que fuesen, el privilegio de surcar los aires suponía una aspiración romántica de primer orden por la que muchos jóvenes estaban dispuestos a arriesgar la vida con gusto.

En el Palacio de Westminster, cierto ministro del gobierno dio muestras de una monumental soberbia al decir al embajador polaco: «¡Menuda suerte tienen ustedes! ¿Quién les iba a decir, hace seis meses, que iban a tener al Reino Unido de aliado?»[33]. En Polonia, las noticias de la declaración de guerra de éste y de Francia causaron un brote de esperanza que fue a acrecentarse por los alardes retóricos de las naciones que acababan de unirse a su causa. Los varsovianos salieron a las calles para abrazarse, bailar, gritar y hacer sonar las bocinas de los automóviles. Ante la embajada británica de la avenida Ujazdów se congregó una multitud que, entre vítores, entonó, a su manera, el «Dios salve al rey». El embajador, sir Howard Kennard, salió al balcón para gritar: «¡Viva Polonia! ¡Vamos a luchar codo a codo contra la agresión y la injusticia!».

Estas escenas tumultuosas se repitieron en el edificio de la legación de Francia, en la que el gentío coreó la «Marsellesa» a voz en cuello. En Varsovia, aquella noche, un boletín del gobierno anunció en tono triunfante: «Las unidades de la caballería polaca han roto las líneas blindadas de los alemanes y se encuentran ahora en Prusia Oriental». En toda Europa hubo enemigos del nazismo dispuestos a abrazar ilusiones que no tardaron en hacerse añicos. El escritor rumano Mihail Sebastian tenía treinta y un años y era judío. El 4 de septiembre, después de oír que británicos y franceses habían hecho manifestación de hostilidades a Alemania, cometió la ingenuidad de sorprenderse de que no hubieran atacado de inmediato sus fronteras

occidentales. «¿A qué estarán esperando? ¿Será posible que, como dicen algunos, Hitler caiga de un momento a otro y lo sustituya un gobierno militar dispuesto a aceptar la paz? ¿Podrán darse cambios radicales en Italia? ¿Qué va a hacer la Unión Soviética? ¿Qué va a pasar con el Eje, del que de pronto han dejado de hablar tanto Roma como Berlín? Se agolpan mil preguntas que lo dejan a uno sin aliento.»[34] En medio de la confusión que reinaba en su interior, Sebastian buscaba consuelo en la lectura de Dostoievski y de las obras originales de Thomas de Quincey.

El 7 de septiembre, se introdujeron con cautela en el estado alemán de Sarre diez divisiones francesas, que se detuvieron tras avanzar ocho kilómetros y cubrieron con esta acción el expediente de la ayuda a Polonia. El general Maurice Gamelin estaba persuadido de que esta última podía contener a la Wehrmacht de Hitler hasta que Francia lograse hacer avanzar su programa de rearme. Poco a poco, la población polaca fue comprendiendo que estaba condenada a sufrir a solas su agonía. Stefan Starzyński, antiguo combatiente de la legión de Piłsudski, había sido alcalde de Varsovia desde 1934 y gozaba de un gran ascendiente y de no poca fama por haber llenado de flores la capital. En el tiempo que nos ocupa, se dirigía a diario a sus conciudadanos por radio para denunciar con apasionamiento el salvajismo de los nazis. Reclutó cuadrillas de rescate, reunió a miles de voluntarios a fin de cavar trincheras y confortó a las víctimas de las bombas alemanas, que no tardaron en contarse por millares. Muchos de los varsovianos huyeron hacia el este, y los más ricos hubieron de deshacerse de sus automóviles, para los que no tenían combustible, al objeto de procurarse carros o bicicletas. Ephrahim Bleichman, judío de dieciséis años, observaba las largas columnas de refugiados de su misma fe que avanzaban penosamente a pie por la carretera procedente de Varsovia sin entender, dada su inocencia, el peligro particular que corrían, pues pese al antisemitismo de infausta memoria que imperaba en Polonia, «lo más violento que había experimentado hasta entonces habían sido insultos[35]».

El primer factor que amenazó de veras el precipitado avance alemán fue el cansancio que empezó a hacer mella en sus soldados y sus monturas. El cabo Hornes vio que la suya tropezaba varias veces. «Llamé al oficial al mando de mi sección y le dije:

»—¡Herzog no puede más!

»Apenas había pronunciado estas palabras cuando el animalito cayó de rodillas. Habíamos recorrido setenta kilómetros el primer día y sesenta el segundo, y encima de todo, habíamos atravesado las montañas galopando con la avanzadilla… ¡En tres días habíamos hecho casi doscientos kilómetros sin descansar siquiera como está mandado! Hacía tiempo que había caído la tarde, y nosotros seguíamos marchando.»[36]

Los horrores de la guerra relámpago se hacían cada vez mayores. Mientras en Radio Varsovia hacían sonar la polonesa marcial de Chopin, al bombardeo alemán de la capital fueron a sumarse los fuegos de un millar de cañones. De ellos salían treinta mil proyectiles diarios que redujeron a escombros los espléndidos edificios varsovianos. «Se acerca el hermoso otoño polaco —escribió en su diario el piloto de caza Mirosław Ferić, aterrado ante lo sarcástico de la frase—. ¡Menuda hermosura!»[37]. Sobre la ciudad se había extendido un manto de humo gris y de polvo, y el castillo real, el Teatro de la Opera y el Nacional, la catedral y una veintena de edificios públicos, así como miles de hogares particulares, se hallaban en ruinas. Por todas partes, en parques y paseos, había cuerpos insepultos y sepulturas improvisadas. Se había cortado el suministro de alimentos, de agua y de electricidad, y el pavimento estaba alfombrado de cristales rotos, pues pocas eran las ventanas que habían quedado intactas. Llegado el 7 de septiembre, Varsovia y sus ciento veinte mil defensores habían quedado rodeados después de que el ejército polaco retrocediera en dirección este. Su jefe de estado mayor, el mariscal Edward Rydz-Śmigły, había huido de la capital con el resto del gobierno al día siguiente de estallar el conflicto, y el sistema militar de avituallamiento y de transmisiones se había venido abajo. Cracovia había caído sin apenas oponer resistencia el día 6, y Gdynia la seguiría el 13, por más que su base naval fuera a resistir una semana más.

El contraataque que emprendieron el día 10 ocho divisiones polacas a través del río Bzura, al este de Varsovia, entorpeció un tanto la ofensiva alemana y permitió hacer mil quinientos prisioneros. Kurt Meyer, integrante de la Leibstandarte de la SS, reconoció con cierta mezcla de admiración y arrogancia: «Los polacos atacan con una tenacidad tremenda, demostrando una vez y otra que saben morir». Contra lo que afirma la leyenda, las unidades montadas del ejército de Polonia sólo arremetieron en dos ocasiones contra los carros de combate alemanes. Uno de estos dos episodios se produjo la noche del 11 de septiembre, cuando cierto escuadrón se abalanzó al galope contra el pueblo de Kałuszyn, cuya ocupación defendía férreamente el invasor. De los 85 jinetes que atacaron sólo se replegaron 33. Los alemanes se servían de su propia caballería para labores de reconocimiento y para otros cometidos que exigían movilidad, más que para ningún género de ataque. La unidad del cabo Hornes, por ejemplo, avanzaba en columna precedida de dos soldados de a caballo, que «corrían al galope de una loma a la siguiente y nos hacían señas para que prosiguiésemos. Como precaución adicional, había jinetes destacados que recorrían las cadenas de colinas que nos flanqueaban. De pronto, vimos emerger de la espesa nube de polvo las siluetas desconocidas de caballos de escaso porte y gran agilidad que agitaban la cabeza al ser aguijados por ulanos polacos de uniforme caqui, que llevaban

lanzas largas insertas en el cuero del estribo y con el otro extremo apoyado en un hombro. El resplandor de las puntas subía y bajaba al ritmo que marcaban los cascos de las monturas. En ese momento hicieron fuego nuestras ametralladoras[38]».

La Wehrmacht estaba muchísimo mejor pertrechada que sus enemigos de armas y vehículos blindados. Polonia era un país pobre que apenas poseía seis mil camiones civiles y militares. Su presupuesto nacional era menor que el de la ciudad de Berlín. Dada la escasa calidad de los aeroplanos polacos en comparación con los de la Luftwaffe y lo reducido de su número, no deja de ser digno de mención que la campaña se saldara con la pérdida de 560 aviones alemanes. La batería antiaérea del teniente Piotr Tarczyński fue víctima de un intenso bombardeo a poco más de un kilómetro del río Warta, y él, que se hallaba en misión de reconocimiento, se encontró con las comunicaciones telefónicas cortadas, y los hombres a los que envió a revisar las líneas no regresaron. Así, sin ni siquiera haber podido dar las indicaciones pertinentes para que su unidad efectuase un solo disparo, se vio rodeado de soldados de la infantería alemana que lo hicieron preso. Como muchos de cuantos compartieron su suerte, hizo lo posible por congraciarse con sus captores. «Sólo se me ocurre comparar mi situación con la de alguien que, de pronto, se encuentre ante un grupo de extranjeros influyentes de los que dependa por entero su existencia. Sé que debería sentir vergüenza de mí mismo.»[39] Mientras lo conducían al lugar en que habrían de recluirlo, pasó al lado de varios soldados polacos muertos, y de forma instintiva, alzó la mano para saludarlos a todos.

En medio de la rabia popular que profesaban a quienes habían invadido su patria, se dieron escenas de violencia tumultuosa que difícilmente pudieron honrar a la causa polaca. Desde principios del mes de septiembre se produjeron detenciones multitudinarias de gentes de origen germánico, por suponer que formaban parte de la quinta columna, o podían hacerlo en un futuro. En Bydgoszcz, durante el «domingo sangriento» del 3 de septiembre, se llevó a cabo la matanza de un millar de paisanos alemanes de los que se decía que habían disparado a soldados de Polonia. Algunos historiadores de la Alemania de nuestros días aseguran que durante la campaña se acabó con la vida de trece mil germanos étnicos, en su mayoría inocentes, y aunque la cifra real es, casi con certeza, mucho menor, lo cierto es que su muerte brindó a los nazis un pretexto inmejorable para cometer toda clase de atrocidades sistemáticas contra los polacos, y en particular contra los judíos, desde los días posteriores a la invasión. Hitler dijo a sus generales en su retiro de Obersalzberg: «A Gengis Kan no le tembló el pulso para hacer matar a millones de mujeres y de hombres porque le vino en gana, y la historia lo recuerda sólo como creador de un gran imperio… y yo he enviado a mis

unidades del Totenkopf al este con la orden de acabar sin piedad con hombres, mujeres y niños de raza o lengua polaca. Sólo así vamos a poder hacernos con el Lebensraum ["espacio vital"] que necesitamos».

Cuando la Wehrmacht entró en Łódź, a George Ślązak, que contaba trece años, lo sorprendió ver a algunas mujeres lanzar flores a los soldados y ofrecerles dulces y tabaco, y a niños pequeños exclamando: «Heil, Hitler!». Perplejo, escribió: «compañeros míos de clase ondeaban banderas con la cruz gamada». Aunque quienes recibían con tanta cordialidad al invasor habían nacido en Polonia, en aquel momento no dudaron en alardear de su ascendencia alemana[40]. Goebbels lanzó una sonora campaña propagandística destinada a convencer a su propio pueblo de que la suya era una causa justa. El 2 de septiembre, el Völkischer Beobachter anunció la invasión con dos líneas de letras titulares rojas con el siguiente texto: «El Führer proclama la lucha por los derechos y la seguridad de Alemania»; y el día 6, el Berliner Lokal-Anzeiger afirmaba: «Atroz brutalidad de los polacos. Aviadores alemanes fusilados. Columnas de la Cruz Roja aniquiladas. Enfermeras asesinadas». Unos días después, el Deutsche Allgemeine Zeitung encabezaba su edición con el siguiente título: «Los polacos bombardean Varsovia». «La artillería polaca situada en el sector oriental de la ciudad —aseveraba más abajo— ha hecho fuego con proyectiles de todo calibre contra nuestras tropas, ubicadas en el occidental». La agencia de noticias tildaba a la resistencia polaca de «insensata y descabellada».

Los más de los jóvenes alemanes, alumnos del sistema educativo nazi, aceptaron sin vacilar la lectura de los acontecimientos que les ofrecieron sus dirigentes. «El avance de los ejércitos se ha convertido en una marcha incontenible hacia la victoria», escribió cierto cadete de la Luftwaffe de veinte años. «Con la liberación de los aterrados residentes germanos del Pasillo Polaco se producen escenas muy emotivas. Nuestros ejércitos están sacando a la luz atrocidades espantosas y crímenes que contravienen todas las leyes de la humanidad. Cerca de Bromberg y Thorn han descubierto fosas comunes en las que yacían miles de alemanes asesinados por los comunistas de Polonia.»[41]

El 17 de septiembre, fecha en la que daban por supuesto los polacos que emprendería Francia la ofensiva que había prometido lanzar en el frente occidental, fue la Unión Soviética la que acometió su propio asalto brutal, destinado a garantizar que Stalin no se quedaba sin su parte del botín de Hitler. Stefan Kurylak, polaco ucraniano de trece años, habitaba en una aldea tranquila cercana a la frontera soviética. Las tropas de Polonia en retirada atravesaron la polvorienta calle principal del lugar en un chorreo de soldados a pie y a caballo. «¡Corran! —los urgían algunos a voz en cuello—. ¡Corran, buenas gentes! ¡Escóndanse donde puedan, porque los rusos no tienen

piedad! ¡Dense prisa, que vienen!»[42]. Poco después, el adolescente vio irrumpir con estruendo en la aldea los carros de combate soviéticos. A un niño que se puso en su camino, presa del miedo y la confusión, lo abatieron sin más de un disparo, y Kurylak no dudó en refugiarse en el silo en que guardaba las patatas su familia.

Viacheslav Molótov, ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, hizo saber al embajador de Polonia en Moscú que, dado que la República polaca había dejado de existir, el Ejército Rojo había tenido que intervenir al objeto de «proteger a los ciudadanos soviéticos de las regiones occidentales de Bielorrusia y Ucrania». Y lo cierto es que, aunque Hitler había dado su consentimiento a la anexión de Polonia oriental por parte de Stalin, la irrupción soviética cogió por sorpresa a los alemanes, y también a los polacos. Tal como escribió afligido el mariscal Rydz-Śmigły, si el Ejército Rojo atacaba la retaguardia, la resistencia estaba abocada a tornarse en poco más que «una manifestación armada frente a una partición más de Polonia». El alto mando de la Wehrmacht, buscando evitar a toda costa choques accidentales con los soviéticos, creó una línea de demarcación determinada por los ríos San, Vístula y Narew, e hizo retirarse a todas las fuerzas que hubiesen avanzado más allá de ella.

Hitler tenía la esperanza de que la intervención de Stalin llevaría a los Aliados a declararle la guerra, y de hecho, en Londres se produjeron, durante un período breve, no pocos debates acerca de si el compromiso del Reino Unido con Polonia exigía hacer frente a un segundo enemigo. En el gabinete de guerra, sólo abogaron por la necesidad de prepararse ante semejante eventualidad Churchill y el ministro de Guerra, Leslie Hore-Belisha. El embajador en Moscú, sir William Seeds, envió un cablegrama en los siguientes términos: «No creo que un conflicto armado con la Unión Soviética pueda suponernos ningún beneficio, aunque, en lo personal, me encantaría declarársela a Molótov». El primer ministro, Neville Chamberlain, no pudo menos de sentirse aliviado cuando el ministro de Asuntos Exteriores notificó que las garantías ofrecidas por el gobierno a Polonia concernían sólo a la agresión alemana. En consecuencia, aunque se deshizo en ásperos ataques retóricos a Stalin, el Reino Unido no llegó a plantearse en serio un enfrentamiento bélico formal, y también los franceses se limitaron a expresar su indignación. Días después, al precio insignificante de cuatro mil bajas, los soviéticos habían ocupado doscientos mil kilómetros cuadrados de territorio, incluidas las ciudades de Lwów y Vilna. La Unión Soviética se convirtió así en estado protector de cinco millones de polacos, cuatro y medio de ucranianos étnicos, uno de bielorrusos y uno de judíos.

Los varsovianos, famélicos, seguían aferrados a la esperanza de que recibirían ayuda de Occidente. Uno de los paisanos encargados de patrullar

la capital durante las incursiones aéreas comentó a un conocido: «Tú ya sabes cómo son los británicos: tardan en decidirse; pero está claro que vienen[43]». Millones de polacos pasaron de la perplejidad inicial a un estado de paulatina indignación ante la pasividad de sus supuestas naciones amigas. Cierto oficial de caballería escribió: «Nos preguntábamos qué estaba pasando en Occidente, que ni franceses ni británicos daban principio a su ofensiva. No lográbamos entender por qué estaban tardando tanto en acudir en nuestra ayuda[44]». El 20 de septiembre, el embajador de Polonia en Londres emitió el siguiente mensaje a su pueblo: «¡Compatriotas! Tened por seguro que vuestro sacrificio no es baldío, y que aquí se sienten en lo más hondo su significación y su elocuencia… Nuestros aliados están congregando ya sus ejércitos… Llegará un día en que los estandartes de la victoria… regresen de tierras extranjeras a Polonia». Aun así, el mismo conde Raczyński sabía, tal como reconocería más tarde, que sus palabras eran «poco más que una ficción poética. ¿Dónde estaban esos ejércitos de los Aliados?»[45].

En París, el embajador Juliusz Łukasiewicz mantuvo una acre conversación con Georges Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores francés.

—¡No está bien! —le dijo—. ¡Sabe usted que no está nada bien! Un pacto es un pacto, y hay que respetarlo. ¿Se da cuenta de que cada hora que difieren el ataque a Alemania comporta… la muerte de miles de hombres, mujeres y niños polacos?

Bonnet se encogió de hombros para responder:

—¿Y qué quiere, que aniquilen también a las mujeres y los niños de París[46]?

La corresponsal estadounidense Janet Flanner escribió desde la capital francesa: «Se diría, de hecho, que aún se está haciendo todo lo posible por retrasar la guerra, por impedir que estalle con toda su fuerza. Y estos empeños los están haciendo gobernantes que, pensando tal vez en sí mismos, se muestran remisos a pasar a la historia por haber ordenado efectuar los primeros disparos enardecedores, o son fruto de la reflexión general de diversas poblaciones imbuidas por un estado de ánimo tan valeroso como confuso. Desde luego, ésta debe de ser la primera guerra en la que hay millones de personas de uno y otro lado convencidas de que puede evitarse aun después de haberse declarado de forma oficial[47]».

Los franceses no tenían la menor intención de lanzar la ofensiva de consideración contra la Línea Sigfrido a que los había instado Winston Churchill, y menos aún de provocar a Alemania bombardeando su suelo. También el gobierno británico declinó mandar a la RAF atacar sus objetivos terrestres. El diputado conservador Leo Amery escribió el siguiente comentario desdeñoso del primer ministro Neville Chamberlain: «Odiaba la guerra con toda su alma, y estaba resuelto a hacerla en la menor medida que le fuera posible[48]». Cierto editorial del Times de Londres llevó a los lectores polacos a pensar que el diario se estaba burlando de la situación que estaba atravesando su pueblo. «En medio de la agonía que sufre su nación martirizada —decía—, los polacos tienen motivo para consolarse, en cierta medida, sabiendo que cuentan con la solidaridad, y de hecho con la admiración, no sólo de sus aliados de la Europa occidental, sino también de todos los pueblos civilizados del planeta».

En ocasiones se ha sostenido que la de mediados de septiembre de 1939 fue una fecha inmejorable para que los Aliados lanzasen la ofensiva sobre el frente occidental, dado que el grueso del ejército alemán estaba luchando en Polonia. Sin embargo, Francia estaba aún menos preparada en lo psicológico que en lo militar para emprender semejante acción, y las fuerzas expedicionarias británicas, todavía de camino hacia el continente, tampoco podían hacer gran cosa por ayudar. Lo más probable es que los alemanes hubiesen rechazado cualquier ataque sin apenas interrumpir las operaciones

que estaban llevando a cabo en el este, y lo cierto es que la desidia de los gobiernos aliados no era sino un reflejo de la voluntad de sus pueblos. Pam Ashford, secretaria de Glasgow, escribió en su diario el 7 de septiembre: «Casi todos piensan que la guerra habrá acabado antes de tres meses… Muchos mantienen que, una vez aplastada Polonia, no tendrá mucho sentido seguir con el conflicto[49]».

Polonia tenía que haber previsto la pasividad con que afrontarían su invasión los Aliados, y sin embargo, resulta impresionante el cinismo de que dieron muestra éstos. El historiador moderno Andrzej Suchcitz ha escrito al respecto: «El gobierno polaco y las autoridades militares se habían visto traicionados, engañados, por sus socios occidentales, que no pensaban ofrecer a Polonia ninguna ayuda militar eficaz». Mientras Varsovia se enfrentaba a su suerte, Stefan Starzyński declaró por la radio: «El destino nos ha puesto sobre los hombros el deber de defender el honor de Polonia». Más tarde, un poeta polaco celebraría el desafío de su alcalde en términos por demás emotivos:

> Y cuando la ciudad no era ya más que una masa roja e informe,
> dijo: «No voy a rendirme». ¡Que ardan las casas!
> ¡Que hagan cascotes las bombas todos mis logros!
> ¿Y qué si de mis sueños se alza un sepulcro?
> Si venís algún día, recordaréis
> que hay cosas más preciosas que la muralla mejor construida en torno a una ciudad[50].

Tocaba a su fin la tercera semana de la campaña cuando cayó la resistencia polaca. Si los alemanes no ocuparon la capital fue porque tenían la intención de destruirla por entero antes de hacerse dueños de sus ruinas. Así, prosiguieron sin clemencia sus bombardeos hora tras hora, día tras día. La enfermera Jadwiga Sosnkowska hizo la siguiente descripción de las escenas que se produjeron el día 25 en el hospital de las afueras en el que trabajaba:

> La procesión de heridos que llegaban de la ciudad era un desfile interminable de muerte. No había luz, y los médicos y las enfermeras teníamos que ir de un lado a otro con velas en la mano. Como estaban destruidos tanto los quirófanos como los puestos de socorro, los atendimos en la sala de conferencias o sobre mesas de pino comunes, y la falta de agua nos impedía esterilizar el instrumental como era debido y nos obligaba a limpiarlo, sin más, con alcohol… Cuando colocaban sobre una mesa los restos de lo que había sido un ser humano, el cirujano trataba en vano de salvar las vidas que se le escurrían entre las manos… Vivíamos una tragedia tras otra. Una de las víctimas era una chiquilla de dieciséis años. Tenía una mata de pelo rubio hermosísima, la cara delicada como un pimpollo y unos ojos lindísimos de color azul zafiro anegados en lágrimas. Llevaba las piernas destrozadas hasta la rodilla, convertidas en una masa sanguinolenta en la que resultaba imposible distinguir el hueso de la carne. Había que amputárselas las dos por encima de la articulación. Antes de que comenzase a operar el cirujano, me incliné sobre aquella criatura inocente para besarle la frente desvaída y posar una mano impotente en su cabecita de oro. Murió en silencio en el curso de la mañana, como una flor arrancada por una mano cruel[51].

Raras veces pueden permitirse los soldados profesionales dejarse arrastrar por el sentimentalismo en lo que respecta a los horrores de la guerra, y, sin

embargo, es justo que la posteridad se horrorice ante la complacencia que desplegaron los caudillos alemanes tanto ante el carácter de su dirigente nacional como ante la aventura homicida en la que accedieron a ejercer de cómplices suyos. Aunque al general Erich von Manstein se le considera, por lo común, el jefe militar germano más sobresaliente de la Segunda Guerra Mundial, y tras la llegada de la paz se jactó de haberse conducido en ella como un verdadero oficial y caballero, en lo que escribió durante la campaña polaca y también después de ésta se trasluce la falta de sensibilidad propia de los de su condición. De entrada, se mostró encantado con la invasión: «Se trata de una decisión acertadísima del Führer en vista de la actitud que han mantenido hasta la fecha las potencias occidentales. Su oferta de resolución de la cuestión polaca ha sido tan amable que, si de veras querían la paz, el Reino Unido y Francia debían haber instado a Polonia a aceptarla». Poco después del comienzo de la empresa, Von Manstein visitó a una unidad que él mismo había comandando poco antes: «Me emocionó la alegría con que me recibió el estado mayor al verme aparecer de improviso… Cranz [su sucesor] me dijo que era un placer acaudillar en el campo de batalla a una división tan bien adiestrada».

En una carta que envió a su esposa, describió en estos términos sus quehaceres cotidianos durante la campaña, en la que sirvió en calidad de jefe de estado mayor de Von Rundstedt: «Me levanto a las 6.30, me lanzo al agua [para nadar y estoy] en mi despacho a las 7.00. Informes matutinos, un café y a trabajar o a trasladarme con R[undstedt]. Al mediodía, cocina de campaña; luego, media hora de descanso, y por la noche, después de la cena, que compartimos, igual que el almuerzo, con los oficiales del estado mayor general, llegan los informes vespertinos. Y así hasta las 23.30[52]». No puede ser mayor el contraste entre la serenidad del cuartel general del ejército y la colosal tragedia humana que habían provocado sus operaciones. El propio Von Manstein firmó la orden de que las fuerzas alemanas que cercaban Varsovia abatiesen a cualquier refugiado que tratara de huir de la capital, pues se daba por sentado que sería más sencillo culminar la invasión con rapidez y evitar combatir en las calles si se impedía a la población escapar al bombardeo. Aun así, era un hombre tan remilgado que, muchas veces, se veía impelido a abandonar la sala en la que estaba hablando Von Rundstedt por considerar insufrible el lenguaje procaz de su superior. El 25 de septiembre disfrutó de la visita de felicitación de Hitler. «Ha sido maravilloso —escribió a su mujer— ver el regocijo de los soldados por dondequiera que pasaba el vehículo del Führer.»[53] En 1939, en el cuerpo de oficiales de la Wehrmacht se hacía ya evidente la decadencia moral que iba a caracterizar su conducta hasta 1945.

Klemens Rudnicki, oficial de la caballería polaca, describió los

padecimientos que hubieron de sufrir los integrantes de su regimiento y sus adoradas cabalgaduras en Varsovia el 27 de aquel mes, víspera de la caída de la ciudad. «Las llamas, rojas y relucientes —escribió—, iluminaban a nuestros caballos, que de pie ante la muralla del parque Łazienki, callados e inmóviles, semejaban esqueletos con montura. Algunos yacían sin vida y otros sangraban por heridas enormes y abiertas. Cenzor, el de Kowalski, seguía respirando, aunque en el suelo y con las tripas arrancadas. No hacía mucho que había ganado la copa del concurso militar celebrado en Tarnopol. Estábamos orgullosísimos de él. Un disparo en el oído puso fin a su sufrimiento. Lo más probable es que al día siguiente alguien desesperado por matar el hambre se llevara parte del lomo.»[54]

Varsovia capituló el 28 de septiembre. El joven Krysk, capitán del III.er escuadrón de Rudnicki, declaró de un modo conmovedor que rechazaba la orden: «Mañana por la mañana tenemos intención de cargar contra el alemán a fin de ser fieles a la tradición de que el IXº regimiento de lanceros no se rinde[55]».. Rudnicki logró disuadirlo. Juntos, los oficiales del regimiento ocultaron su estandarte en la iglesia de San Antonio de la calle Senatorska, el único edificio que quedaba intacto en medio de varias hectáreas de escombros. Rudnicki no pudo menos de afligirse al pensar que el ejército polaco debía haber tomado las medidas necesarias para sostener una acción defensiva prolongada en lugar de organizar una línea avanzada que el enemigo iba a quebrar con total seguridad. Tal cosa, sin embargo, habría ido «en contra de nuestra aspiración natural, de nuestras tradiciones militares y nuestras esperanzas de llegar a ser una gran potencia[56]».

El día 29 se entregó Modlin, población cercana a la capital en la que los invasores hicieron treinta mil prisioneros. La resistencia organizada fue extinguiéndose, y de hecho, la península de Hel cayó el primero de octubre. La última batalla de que se tiene constancia se libró en Kock, al norte de Lublin, el día 5. Los atacantes apresaron a cientos de miles de soldados, número mucho menor que el de cuantos trataron de huir. El joven piloto B. J. Solak se estremeció al ver a un coronel de las fuerzas aéreas sentado tras un árbol con el rostro empapado en lágrimas. Felicks Lachman se encontraba entre los muchos polacos que recordaron su lectura reciente de Lo que el viento se llevó. «Pese a la desolación que reinaba en la hacienda de Tara, Scarlett O'Hara no duda en atravesar fuego y agua para llegar al lugar al que sabía que pertenecía. Nosotros habíamos dejado atrás para siempre a los hombres y las cosas que conformaban el entorno social, intelectual y emocional de nuestras vidas, y andábamos sin rumbo en medio del vacío.»[57] Después de una incursión aérea a la ciudad de Krzemieniec, Adam Kruczkiewitz vio en la calle a un judío de edad avanzada sumido en un estado de completa agitación, «de pie ante el cadáver de su esposa… y

maldiciendo y blasfemando a voz en cuello; gritando: "¡Dios no existe! ¡Los únicos dioses verdaderos son Hitler y las bombas! ¡Ya no quedan gracia ni piedad en el mundo!"[58]».

Un puñado de unidades de caballería polacas consiguió escapar a Hungría y entregar allí sus armas. En los barracones del III.er regimiento de húsares, los fugitivos se emocionaron ante el recibimiento que les brindaron los oficiales de la unidad, encabezados por el anciano coronel Von Pongratsch y ataviados con el uniforme de gala. Días después, cuando los polacos abandonaron el lugar para dirigirse a su cautiverio, aquel veterano de largos bigotes los abrazó uno por uno en señal de despedida. Ellos agradecieron dicha etiqueta, más propia del pasado, que había desaparecido por entero del universo inmisericorde en que estaban condenados a vivir los más de los habitantes de Polonia.

El general Władysław Anders condujo a su unidad, extenuada y muy mermada, hacia el este a fin de alejarla de los alemanes. Los hombres cantaban mientras espoleaban sus demacradas monturas en medio de una multitud de refugiados y combatientes rezagados. Cuando toparon con el Ejército Rojo, Anders envió a un oficial de enlace a su cuartel general para rogar paso franco a la frontera húngara. Al militar polaco lo despojaron de cuanto poseía y lo amenazaron con ejecutarlo, y los cañones soviéticos comenzaron a bombardear las posiciones de sus fuerzas. Anders dio instrucciones a sus soldados de dividirse en grupos pequeños y tratar de llegar a Hungría por sus propios medios. Él mismo fue capturado, herido de gravedad, junto con otros muchos, y un oficial soviético dijo en tono arrogante: «Nos hemos hecho muy amigos de los alemanes. Ahora luchamos juntos contra el capitalismo internacional. Polonia trabajaba para el Reino Unido, y por eso tenía que morir[59]».

Regina Łempicka se contaba entre los cientos de miles de polacos que fueron arrestados por los soviéticos de manera arbitraria en los meses siguientes para ser trasladados a Kazajistán. Su abuela y su sobrina recién nacida murieron de hambre durante su exilio, y a su hermano lo fusilaron por ser militar. La experiencia de su familia en manos de los estalinistas fue, tal como describiría más tarde, «una pesadilla espantosa». Mientras los guardias del Ejército Rojo hacían marchar a un grupo de soldados polacos sobre un puente fronterizo, uno de los prisioneros dijo en tono desolado: «Estamos entrando en la Unión Soviética, y de aquí no vamos a salir jamás[60]». Tadeusz Żukowski escribió: «En aquel momento nos dio la impresión de haber entrado en un mundo diferente por completo: el cielo, la tierra y las gentes eran distintos. Era una sensación extraña, como si estallase algo dentro de uno, como si lo hubiese abandonado la vida para sumirlo, de pronto, en una cueva oscura, una galería subterránea negra como la pez[61]».

Un millón y medio aproximado de polacos, conformado en su mayoría por paisanos desahuciados de sus hogares de la región oriental del país, comenzaron en el curso de los meses siguientes un suplicio de cautiverio y hambre a manos de los soviéticos en el que dejaron la vida unos trescientos cincuenta mil de ellos. Muchas de estas familias habían perdido a todos sus integrantes varones, ajusticiados sin muchos miramientos. El 5 de marzo de 1940, Lavrenti Beria, jefe de seguridad de la Unión Soviética, envió a Stalin un memorando de cuatro páginas en el que proponía la eliminación de oficiales superiores polacos y otras personas consideradas dirigentes de su sociedad. A su decir, con cuantos se hallaban reclusos en campos de concentración soviéticos cumplía usar «el castigo más extremo: la muerte por fusilamiento». Stalin y otros de los miembros de su Politburó aprobaron formalmente la recomendación de decapitar Polonia. Durante las semanas que siguieron, los ejecutores del NKVD acabaron con la vida de más de veinticinco mil polacos en varias prisiones soviéticas, en todos los casos con una sola bala en la nuca. A continuación, hicieron enterrar los cadáveres en fosas comunes cavadas en los bosques que rodeaban la localidad de Katyń, al oeste de Smolensk, en Minsk y en otras ubicaciones. Los nazis tuvieron ocasión de regodearse al descubrir, en 1943, la mayor de todas.

Las acusaciones que habrían de verterse más tarde sobre los procesos por crímenes de guerra que entablarían los Aliados después de 1945, por considerarlos una muestra patente de «justicia de los vencedores», están corroboradas, entre otros hechos, por el de que jamás se llegase a encausar a ningún soviético por las matanzas de Katyń. En octubre de 1939, uno de los polacos sometidos a interrogatorio por el NKVD preguntó en tono acibarado:

—¿Cómo es posible que un estado progresista y democrático como la Unión Soviética tenga trato de amistad con la Alemania reaccionaria de los nazis?

Su inquisidor le respondió con frialdad:

—Te equivocas: en este momento tenemos la consigna de mantenernos neutrales en el enfrentamiento entre el Reino Unido y Alemania. Que se desangren entre ellos, que así será mayor nuestro poder. Luego, cuando hayan agotado sus fuerzas, emergeremos nosotros convertidos en el partido vigoroso y nuevo que decidirá el último estadio de la guerra[62].

Cuesta imaginar una imagen más cabal de las aspiraciones de Stalin.

Durante la visita que hizo a la capital polaca el 5 de octubre, Hitler señaló las ruinas y declaró a los corresponsales extranjeros que lo acompañaban: «Caballeros, ya han visto ustedes que tratar de defender esta ciudad ha sido una locura de proporciones criminales… Sólo espero que los hombres de estado que parecen tener la intención de convertir toda Europa en una segunda Varsovia hayan tenido, como ustedes, la oportunidad de contemplar

lo que significa de verdad estar en guerra[63]». A su alcalde, Starzyński, lo recluyeron en Dachau, en donde le quitarían la vida cuatro años después. El ejército polaco había sufrido setenta mil bajas por muerte y ciento cuarenta mil por heridas, en tanto que los miles de caídos del paisanaje resultan incontables. Las bajas del ejército alemán fueron de dieciséis mil muertos y treinta mil heridos. Los soldados polacos apresados por Hitler en aquella ocasión ascienden a setecientos mil. En Londres se erigió un gobierno en el exilio sin que mediase comicio alguno.

El general sir Edmund Ironside, jefe del estado mayor general del Reino Unido, se reunió con Adrian Carton de Wiart al regreso de éste de Varsovia y le encajó con desdén:

—¡Parece que sus polacos no han hecho gran cosa!

Semejante reacción fue evidente reflejo de la frustración de las esperanzas que albergaban británicos y franceses de que el ejército de Polonia infligiese a la Wehrmacht el daño suficiente para librar a los suyos de la necesidad de hacerlo.

—Aún está por ver, excelencia —respondió su interlocutor—, qué es lo que hacen otros[64].

Un número considerable de polacos optó por el exilio, por separarse de todo cuanto conocían y amaban, a fin de proseguir su lucha contra Hitler. Unos ciento cincuenta mil se dirigieron al oeste, a menudo tras odiseas memorables. El suyo fue el éxodo voluntario más ingente de los que se producirían en las naciones invadidas por Alemania, y dio fe de la determinación de aquel pueblo para defender su causa. Los que se exiliaron a países occidentales tuvieron ocasión de sorprenderse ante la calurosa bienvenida que se les brindó en la Italia fascista, en la que todo un gentío los recibió al grito de: ¡Bravo, Polonia!

Antes de abandonar el campo de aviación al que estaba adscrito, el instructor Witold Urbanowicz regaló su radio y sus camisas de seda a la señora de la limpieza de la base, y su traje de etiqueta al portero, antes de subir con sus cadetes al autobús que lo llevaría a Rumania. Poco menos de un año más tarde, a los mandos de un caza Hurricane, se convertiría en uno de los ases más destacados de la RAF. En 1940 llegaron al Reino Unido unos treinta mil polacos, de los cuales una tercera parte pertenecía al cuerpo de aviadores y al personal de tierra, y aún quedaban más por refugiarse en suelo británico. Uno de ellos lo hizo aferrado a una hélice de madera, símbolo del que no había consentido en separarse durante un viaje de cinco mil kilómetros. También fueron muchos quienes sentaron plaza en el ejército británico en tierras orientales, tras ser liberados, por fin, de los centros penales de Stalin, y todos contribuyeron de forma mucho más notable a la empresa bélica aliada que el Reino Unido a la suya.

Polonia fue la única de las naciones ocupadas por Hitler en la que no se dio colaboración alguna entre conquistadores e invadidos. Desde que se apoderaron de ella, los nazis clasificaron a sus ciudadanos como esclavos, y recibieron en pago el odio implacable de todos ellos. La princesa Sofía Sapieha estaba cruzando la frontera en busca de una seguridad precaria junto con una multitud de refugiados cuando le preguntó su hija de escasa edad:

—¿Y en Rumania va a haber bombas?

—Se acabaron las bombas —le respondió ella—. Aquí no hay guerra: vamos a un lugar soleado en el que los niños pueden jugar cada vez que les plazca.

La pequeña insistió:

—Pero ¿cuándo vamos a volver con papá?

A esto la madre no pudo dar contestación. Poco después, apenas quedaría un solo rincón de Europa en que pudieran sentirse a salvo niños ni adultos.

Si Hitler había resuelto conquistar Polonia, lo cierto es que, como otras muchas veces, no tenía nada claro qué iba a hacer a continuación. De hecho, sólo decidió anexarse su región occidental cuando quedó fuera de toda duda que Stalin veía con buenos ojos la extinción del país. Antes de la guerra, los nazis gustaban de desdeñar Polonia por considerarla un Saisonstaat, o «estado temporal», y a su parecer, había llegado el momento de que dejara de ser nada semejante a un estado. El Führer, en consecuencia, se erigió en dueño y señor de un territorio habitado por quince millones de polacos, dos millones de judíos, un millón de gentes de origen germano y dos millones de personas pertenecientes a otras minorías. Entre sus características comunes más sobresalientes se contaba el odio reflexivo que profesaban a todo aquel que se opusiera a su voluntad. Este rasgo no iba a tardar en obrar en perjuicio de todos los habitantes de Polonia y en particular, por supuesto, de los judíos. Szmulek Goldberg regresaba a casa del trabajo cierto día, poco después del comienzo de la ocupación, cuando topó con que el caos se había enseñoreado de las calles de Łódź. «La gente corría desesperada en todas direcciones, y un desconocido se detuvo para agarrarme por la manga y decirme a voz en cuello: "¡Corra! ¡Corra! Los alemanes están arrestando a los judíos a punta de pistola para llevárselos en camiones"». Y en efecto, vio pasar vehículos cargados de detenidos: la primera manifestación de los designios que abrigaba Hitler respecto de los de su raza[65]. Durante las primeras semanas de la conquista de Polonia, miles de sus ciudadanos judíos fueron asesinados.

En el Reino Unido, una madre de familia llamada Tilly Rice, evacuada de Londres a un puerto pesquero sito al norte de Cornualles, escribió el 7 de octubre, acabada la campaña de Polonia: «En la casa en la que nos han acogido se han ido acogiendo las noticias con un silencio cargado de perplejidad… La guerra continúa, aunque sólo como algo distante que

repercute de forma ocasional en la vida general de nuestro entorno… Mis propias reacciones respecto de la situación en conjunto son de una indiferencia cada vez mayor[66]». El Reino Unido y Francia habían declarado la guerra a Alemania al objeto de salvar Polonia, y dado que ésta había caído y sus representantes habían sufrido expulsión del consejo de guerra supremo de los Aliados, muchos políticos de una y otra nación se preguntaban con qué fin se seguía manteniendo la empresa bélica y cómo era posible llevarla a término de un modo eficaz. Joseph Kennedy, embajador estadounidense en Londres, se encogió de hombros ante el representante de la legación polaca mientras le preguntaba: «¿Y dónde diablos pueden enfrentarse los Aliados a Alemania y derrotarla?»[67]. Pese a la condición de anglófobo declarado, complaciente y derrotista del diplomático que tal cuestión formulaba, lo cierto es que ésta no dejaba de herir en lo más vivo, y que los gobiernos aliados no tenían respuesta alguna al respecto: tras la rendición de Polonia, el mundo aguardaba desconcertado a descubrir qué podía ocurrir a continuación. Y dado que ni Francia ni el Reino Unido deseaban tomar la iniciativa, el curso ulterior de la guerra dependía del antojo de Adolf Hitler.

2

Poca guerra y menos paz

En noviembre de 1939, el comité noruego del Premio Nobel anunció que, estando buena parte de Europa en estado de guerra, había decidido no conceder el de la Paz aquel año. Así y todo, al parecer de muchos ciudadanos británicos y franceses, la caída de Polonia había vuelto inútil la lucha en la que los habían hecho partícipes. El ejército de los segundos, del que formaba parte un contingente reducido de soldados del Reino Unido en sus posiciones tradicionales del flanco izquierdo, se enfrentaron a las fuerzas alemanas en la frontera oriental de Francia; pero los Aliados no deseaban emprender operación ofensiva alguna, al menos hasta estar mejor armados. La campaña polaca había puesto de relieve la efectividad de la Wehrmacht y la Luftwaffe, a pesar de que éstas aún no poseían el poderío que alcanzarían más tarde. El general lord Gort, al mando del cuerpo expedicionario británico, quedó horrorizado por las condiciones en que se hallaban algunas de las unidades de la fuerza británica de reserva que llegaron en octubre a unirse a sus cinco divisiones, ya de suyo mal pertrechadas. Jamás hubiese creído posible llegar a contemplar semejante espectáculo en el ejército del Reino Unido: «los hombres ni siquiera tenían cuchillos, tenedores ni tazas».

Las operaciones aliadas, además, se vieron entorpecidas de forma decisiva por la neutralidad de Bélgica. Se dio por supuesto que, si Alemania atacaba Occidente, optaría por repetir la estrategia de atacar a través de dicha nación que había seguido en 1914; pero el rey Leopoldo no estaba dispuesto a ofrecer a Hitler un pretexto para invadir su país permitiendo en él la presencia de

tropas anglofrancesas entre tanto. Por consiguiente, los ejércitos del ala izquierda de los Aliados pasaron buena parte del gélido invierno de 1939 construyendo en los confines de Francia defensas que pretendían abandonar en favor de un avance en dirección a Bélgica en el preciso instante en que atacaran los alemanes. Los británicos, que no habían introducido hasta muy tarde el alistamiento forzoso, carecían de un número suficiente de personal adiestrado para efectuar una movilización similar a la que había llevado a término la inmensa mayoría de las naciones occidentales. La tradición antimilitarista que predominaba en las islas, motivo de orgullo para sus habitantes, las llevaron, no obstante, a mover guerra contra la potencia más fuerte de Europa sin poder enviar otra cosa que un número limitado de refuerzos aéreos y terrestres a las fuerzas que habían destinado los franceses a luchar contra Alemania. Toda acción que quisiera emprenderse por tierra quedaba así supeditada a la voluntad del gobierno de París, y aunque Francia había comenzado el rearme antes que el Reino Unido, todavía estaba a la espera de recibir un buen número de carros de combate y de aeroplanos. Los Aliados eran demasiado débiles tanto para precipitar un enfrentamiento decisivo con la Wehrmacht como para lanzar un ataque aéreo eficaz contra Alemania, aun en caso de albergar la voluntad de hacerlo. Durante el invierno de 1939, la RAF se limitó a acometer incursiones esporádicas con bombarderos contra buques alemanes lejos de tierra, a plena luz del día y con resultados poco útiles pese al gran número de bajas.

El sentido común de los gobiernos aliados debió de advertirles que resultaba por demás improbable que Hitler estuviese dispuesto a diferir el enfrentamiento armado hasta que ellos se encontraran lo bastante bien pertrechados para desafiarlo. Sin embargo, se obstinaron en pensar que el tiempo iba a obrar en su favor, y trataron de explotar su poderío naval para declarar el bloqueo al Reich. Maurice Gamelin habló de lanzar una gran ofensiva por tierra en 1941 o 1942, y los dos gobiernos se aferraron a la esperanza de que el ejército y el pueblo alemanes «entrasen en razón» en el entretanto y reconocieran que no estaban en condiciones de hacer frente a una guerra prolongada. El optimismo extremo de los Aliados hizo que tuviesen por cierto que la ocupación de Polonia sería la última victoria de las temerarias ansias territoriales de Hitler: los nazis serían derrocados por obra de la sensatez del pueblo alemán, y el régimen que los sucediese harían posible llegar a un acuerdo.

Los Aliados formalizaron el proceso conjunto de toma de decisiones a través de una junta de guerra suprema como la que se creó en los años finales —y no antes— del anterior conflicto europeo. Se acordó que los británicos y los franceses compartirían costes conforme a una proporción de sesenta y cuarenta, en virtud del tamaño relativo de sus economías. La política de

Francia se hallaba hondamente influida por el temor a la izquierda, a la que se consideraba probable instrumento de Stalin. Así, en octubre de 1939, las autoridades detuvieron a 35 diputados comunistas por el bien de la seguridad nacional, y el mes de marzo siguiente, procesaron a 27 de ellos y declararon culpable a la mayor parte, que recibió condenas de hasta cinco años de cárcel. Además, se arrestó a tres mil cuatrocientos activistas adeptos al marxismo y se internó a más de tres mil refugiados comunistas de procedencia extranjera.

Uno de los errores que cometieron los Aliados a la hora de crear su estrategia —si es que llegaron a tener alguna— fue el de centrarse en la consolidación de sus fuerzas armadas y descuidar la moral de sus gentes: los ministros hicieron caso omiso de la influencia corrosiva que tiene la inactividad sobre la opinión pública. Muchos franceses y británicos pensaban que la empresa bélica no tenía propósito alguno: sus naciones se habían movilizado, y sin embargo no estaban luchando. En Francia se había hecho notar con gran intensidad la presión económica impuesta por la necesidad de mantener a 2,7 millones de hombres listos para el combate. La nación trató de hacer ver con insistencia a la británica la conveniencia de acometer acciones bélicas en casi cualquier frente menos en el occidental, pues la memoria de los 1,3 millones de muertos que había sufrido en la Primera Guerra Mundial la hizo renuente a provocar otra carnicería en su propio territorio. Aun así, las propuestas de emprender operaciones menores, como la creación de un frente balcánico en Tesalónica destinado a anticiparse a la agresión alemana, no gozaron de una buena acogida en Londres por el temor a que semejante medida arrastrase a Italia a hacer causa común con Alemania. Los ministros se abstuvieron aun de hablar en público de la creación de un «frente antifascista» por no ofender a Benito Mussolini.

Entre los políticos aliados no fueron pocos los que, al verse incapaces de definir un conjunto creíble de objetivos militares, abogaron por pergeñar la paz con Hitler a condición de que aceptase, sin más, moderar sus ambiciones territoriales en el grado necesario para guardar las apariencias. Sus naciones conocieron cuáles eran sus propósitos, y en consecuencia, comenzaron a hablar de «guerra ilusoria», «boba» o «de aburrimiento». Mass Observation, entidad dedicada al estudio de tendencias sociales, percibió «una clara sensación de que no vale la pena seguir con esta guerra lamentable… Las sospechas de que Hitler ha ganado el primer combate informativo de esta guerra no son infundadas: ha sabido ofrecer a su pueblo una noticia de éxito colosal: Polonia».

Resulta difícil exagerar el impacto que tuvieron aquellos meses de pasividad sobre la moral de las fuerzas de Francia. En noviembre de 1939, Alan Brooke, al mando de un cuerpo de ejército, describió en los términos

siguientes la impresión que le produjo la contemplación de un desfile del IX.º ejército galo: «En pocas ocasiones he visto semejante desaliño… soldados sin afeitar, caballos sin almohazar… Ninguno de los hombres parece preciarse en absoluto de sí mismo ni de sus unidades. Aun así, nada me estremeció más que el gesto de aquellos hombres: su mirada descontenta, insubordinada… No pude menos de preguntarme si la francesa sigue siendo una nación lo bastante firme para participar, como antes, en la culminación de esta guerra[1]». Los exiliados polacos, de los cuales había varios miles adscritos a la sazón a las fuerzas armadas francesas, observaron con consternación la actitud equívoca de que daban muestras sus aliados. «[T]enemos en contra —escribió el piloto Franciszek Kornicki— tanto a los comunistas como a los fascistas de Francia, y Lyon está plagado de los segundos. Un día alguien te saluda con aire amistoso y al siguiente te insulta otro.»[2]

Cierto soldado francés, por nombre Jean-Paul Sartre, escribió en su diario el 26 de noviembre: «Los hombres, que al principio no veían la hora de empezar, se mueren ahora de aburrimiento». Georges Sadoul, alistado también, escribió el 13 de diciembre: «Los días pasan, interminables y vacíos, sin la menor ocupación… Los oficiales, procedentes de la reserva en su mayoría, piensan lo mismo que los soldados… Se nota que están hartos de esta guerra, y no dejan de repetir que quieren irse a casa». El 20 de febrero de 1940, Sartre observó: «El motor de esta guerra está en punto muerto… Ayer mismo me decía un sargento con cierto brillo de esperanza insana en la mirada: "No dejo de pensar que está todo pactado y el Reino Unido va a retractarse"».

Los británicos no estaban menos desconcertados. Jack Classon, joven dependiente de Everton (Lancashire) envió una carta a un amigo militar. «No parece que la guerra esté avanzando mucho, ¿no? —le escribió—. Una mañana leemos una cosa en el periódico, y a la mañana siguiente la niegan: para troncharse. Perdona si lo veo todo muy negro; serán las cortinas oscuras con las que tengo envuelta la tienda y las ventanas pintadas de azul que parecen mirarlo a uno cuando sube a la planta alta… En el cine Curzon hace una semana más o menos que toca el órgano Henry Croudson… y hay quien disfruta con él más que con la película. Sobre todo cuando interpreta su mayor éxito: "Vamos a tender la ropa en la Línea Sigfrido". El público se vuelve loco.»[3]

Un millón y medio de mujeres y niños británicos, evacuados de las ciudades por la amenaza de bombardeos alemanes, sufrieron accesos de nostalgia al verse en un entorno rural que les era extraño. Uno de ellos, Derek Lambert, quien contaba nueve años de edad cuando tuvo que abandonar el barrio londinense de Muswell Hill, recordaría más tarde: «Dormíamos con los puños apretados en camas que no eran nuestras. Con los dedos de los pies

sentíamos la tibieza de una bolsa de agua caliente, y con los de las manos, los saquitos de seda rellenos de espliego que colocaban bajo la almohada. Oíamos el ulular de los búhos y el roce de unas alas contra la ventana. Yo recordaba los ruidos de trenes lejanos y de motocicletas que llegaban a mí en Londres, el crujido de las ramas del serbal, el ladrido del perro del vecino, el runrún de la radio, los gemidos del quinto escalón y el carraspeo de las diez y media. Recordaba el papel pintado que tanto conocía y en el que igual podía navegar en canoa a través de rápidos de color verde que conducir un tren por desmontes escarpados… Y sollozábamos totalmente desolados[4]».

La mayoría de los evacuados pertenecía a las clases más bajas, y asombraba a las familias campesinas de acogida por sus harapos y sus hábitos anárquicos. Los niños de la ciudad, víctimas de la depresión de la década de 1930, no estaban acostumbrados a comer a horas fijas, y algunos ni siquiera a hacerlo con cuchillo y tenedor, porque solían alimentarse de porciones de pan con margarina, pescado frito y patatas, conservas y dulces, sin sentarse siquiera a ninguna mesa. Les repugnaban las sopas, los pudines y cualquier verdura que no fuese, claro está, patata. Muchos hacían gala de su alienación recurriendo a actos de delincuencia menor. Las prácticas de sus madres también resultaban perturbadoras a las sobrias comunidades rurales. «Los del pueblo se oponían a acoger refugiadas, sobre todo por lo sucio de sus costumbres y su ropa —señaló Muriel Green, ayudante en un garaje de Snettisham (Norfolk)—. Además, se decía que eran dadas a la bebida y el lenguaje indecente. En este pueblo no es normal oír a una mujer blasfemar ni verla entrar en un establecimiento público. Los de aquí las observaban horrorizados salir de los pubs. El propietario de la colonia de vacaciones me dijo: "Tenía usted que verlas apurar las copas".»[5] Llegadas las Navidades, y ya que aún no se habían producido bombardeos en el Reino Unido, los más de los evacuados habían regresado a sus hogares urbanos, y semejante circunstancia los había aliviado tanto a ellos como a sus anfitriones del campo.

Con todo, si la empresa bélica británica carecía de sustancia, eran muchos los indicios de conflicto bélico que llenaban la nación: edificios públicos protegidos con sacos de arena, globos de barrera sobre Londres, un riguroso apagón que se hacía efectivo no bien anochecía… Cuando llegó la paz, habían muerto más personas por los accidentes de tráfico ocurridos en estas horas de oscuridad que por la Luftwaffe: en los cuatro últimos meses de 1939, hubo 4133 defunciones en las carreteras británicas, y el número de peatones fallecidos, que alcanzó los 2657, dobló el que se había verificado durante el mismo período de 1938. Y el de cuantos murieron a consecuencia de percances de otra índole superaba con creces esta cantidad. El 18 por 100 aproximado de los encuestados por Princeton en diciembre de 1940 aseguró

haber sufrido heridas mientras caminaba a tientas en la negrura, y una tercera parte consideraba que debían relajarse las precauciones que se adoptaban ante la posibilidad de una incursión aérea[6]. Las regulaciones tocantes a la defensa de la nación se hicieron cumplir de un modo tan estricto que a dos soldados que salían del Juzgado Central de lo Penal tras ser condenados a muerte por asesinato recibieron una reprimenda por olvidarse sus máscaras de gas[7]. En el frente civil participaron dos millones y medio de paisanos.

Por otra parte, se destinó un gran número de colinas y espacios públicos urbanos al cultivo de cereales y hortalizas. Arthur Street, granjero de Wiltshire, roturó su prado siguiendo las directrices gubernamentales y se desprendió de su querido caballo de caza a fin de que lo adiestrasen para ejercer de bestia de tiro. Si a muchas cabalgaduras les costó hacerse a esta humilde ocupación, Jorrocks, la montura de Street, «echó a correr al trote para casa —al decir de su dueño— como todo un caballero, y desde ese día ha acarreado la leche, ha tirado de la sembradora durante la sementera de trigo, ha arado y ha hecho labores de toda clase sin un solo accidente… Lo que piensa de todo eso no puedo saberlo. Desde luego, no tiene la menor idea de qué puede ser lo que rueda tras él con tanto estrépito, aunque por cómo pone las orejas se me hace que está algo preocupado. De todos modos, como nunca lo hemos descuidado, debe de pensar que no vamos a hacerlo ahora, y está sirviendo en tiempos de guerra como el hombre hecho y derecho que es[8]». Los granjeros que se habían afanado por huir de la ruina en la década de 1930 conocieron entonces un nuevo período de prosperidad.

Si bien se recluyó a setecientos fascistas, la mayor parte de los aristócratas que habían coqueteado con Hitler se libró de castigo alguno. «Resulta pasmoso ver que todos esos lores se han salido de rositas pese a los lazos que los unían al régimen nazi antes de la guerra», se quejaba la comunista británica Elizabeth Belsey en carta a su esposo combatiente[9]. Si los británicos hubiesen adoptado la misma postura de Francia respecto de los adeptos al marxismo, habrían tenido que encarcelar a miles de sindicalistas y a una porción sustancial de la clase intelectual, que, sin embargo, también quedaron en libertad. Aún había mucha estupidez en el ambiente: el hotel Royal Victoria de Sante Leonard's-on-Sea afirmaba en un anuncio de The Times que «el salón de baile y los aseos contiguos están construidos a prueba de gas y esquirlas». Los que se publicaban por palabras para solicitar personal doméstico no hacían grandes concesiones al alistamiento forzoso: «Se necesita criada segunda de tres; sueldo: 52 libras año; hogar con dos damas y nueve criados». El arzobispo de Canterbury aseveró que los cristianos tenían derecho a rogar a Dios por la victoria, pero el de York discrepaba de tal opinión, pues por justificado que estuviese el conflicto, no podía considerarse

una guerra santa. «Debemos evitar —concluyó— combatirnos los unos a los otros con nuestras súplicas». Algunos clérigos instaron a sus feligreses a orar al Todopoderoso en estos términos: «Líbrame de albergar rencor y odio para con el enemigo». Así y todo, los cristianos británicos no pudieron menos de montar en cólera cuando, el mes de noviembre, el papa envió a Hitler una felicitación por haber escapado a un intento de asesinato[10].

Los cientos de miles de varones jóvenes recién uniformados que hicieron la instrucción en Inglaterra sin los pertrechos adecuados tenían un futuro incierto, aunque daban por supuesto que algunos de ellos encontrarían la muerte en el campo de batalla. Arthur Kellas, teniente del regimiento fronterizo, estaba seguro de sobrevivir al conflicto, aunque no podía evitar hacer conjeturas en lo tocante a la suerte que habría de correr el resto de oficiales de su entorno: «Me ponía a pensar quiénes caerían en la matanza. ¿Ogilvy, quizá? Un muchachote tan educado, siempre pendiente de su madre, a la que había dejado en Dundee… ¿Tal vez Donald, tan bien parecido, confiado y pagado de sí mismo? ¿Hunt, que se acababa de casar y gozaba de una gran prosperidad en el centro de las finanzas londinenses? ¿Germain; Dunbar; Perkins, del que nos burlábamos sin piedad? ¿Bell, al que envidiábamos cuando lo destinaron a buscar la gloria militar con el primer batallón en el frente de Francia y por ser el primero de todos nosotros al que ascendieron, y que además tenía una hermana guapísima en Whitehaven? Al cabo, nuestros padres ya habían pasado por algo similar. Podíamos dar por sentado que nuestra guerra no iba a ser muy diferente de la suya[11]».

Eran todos muy jóvenes. Doug Arthur, soldado de dieciocho años de las fuerzas de reserva, tuvo ocasión de azorarse cuando se fijó en él una de las amas de casa que conformaban el emocionado gentío que había ido a ver el desfile de su unidad frente a la iglesia de Everton (Lancashire), poco antes de embarcarse para servir en el extranjero. «Miradlo —la oyó exclamar con lástima—. Pero ¡si tendría que estar en casa con su madre! No sufras, criatura, que se va a arreglar todo. ¡Que Dios te bendiga, hijo! Él se encargará de cuidar de ti. Ese malnacido de Hitler va a tener que responder de unas cuantas cosas. ¡Ya me gustaría a mí que me dejasen sola cinco minutitos con ese cerdo, ya!»[12].

El presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, escribió a Joseph Kennedy, su embajador en Londres, el 30 de octubre de 1939: «Si la [primera] guerra mundial no engendró un liderazgo poderoso en el Reino Unido, en este conflicto tal vez ocurra lo contrario, porque me inclino a pensar que el público británico posee un mayor grado de humildad que antes y que se está deshaciendo, poco a poco pero con firmeza, de la actitud que lo llevó a conformarse con "ir tirando" en el pasado[13]».

El siguiente paso de aquella guerra no hizo sino aumentar el desconcierto y la confusión que reinaban en el planeta por el simple motivo de que quien lo dio no fue Hitler, sino Stalin. Como todos los tiranos europeos, el dirigente soviético valoró el conflicto en virtud a las oportunidades de ampliación territorial que le ofrecía. Durante el otoño de 1939, una vez sometida la región oriental de Polonia, se propuso mejorar aún más la posición estratégica de la Unión Soviética avanzando hacia Finlandia. Aquella vasta extensión de lagos y bosques vírgenes de escasísima densidad de población se contaba entre las muchas cuya frontera —cuya existencia, de hecho— databa de no hacía mucho, y las hacía, por lo tanto, vulnerables. Hasta las campañas napoleónicas había formado parte de Suecia, y después había estado gobernada por Rusia hasta 1918, año en que ganaron la guerra civil los finlandeses contrarios al bolchevismo.

En octubre de 1939, Stalin resolvió aumentar la seguridad de Leningrado, a la que apenas separaban cincuenta kilómetros de la divisoria soviética, haciendo retroceder la finlandesa a través del istmo de Carelia y ocupando las islas bálticas que se hallaban en posesión de Finlandia. Además, ambicionaba las minas de níquel del litoral septentrional del país. Este último sorprendió al mundo cuando la delegación enviada a escuchar las exigencias de Moscú las rechazó de plano. El que una nación de 3,6 millones de habitantes pudiese hacer frente al Ejército Rojo resultaba descabellado, y sin embargo los fineses, que además carecían del armamento necesario, desplegaban un nacionalismo rayano en la locura. Arvo Tuominen, comunista finés de relieve, declinó la invitación estalinista de formar un gobierno títere de oposición y optó por esconderse, pues, a su decir: «no habría sido justo; habría sido un acto criminal contrario a la autodeterminación del pueblo[14]».

A las 9.20 del 30 de noviembre, los aeroplanos de Stalin lanzaron el primero de un buen número de ataques con bombarderos sobre Helsinki que apenas causó más daño que el sufrido por la legación soviética y por los nervios del embajador británico, quien solicitó un cambio de destino. El Ejército Rojo atravesó la frontera en varios puntos, y los finlandeses respondieron con bromas como: «Con todos los que son y lo pequeña que es nuestra tierra, ¿cómo vamos a encontrar sitio para enterrarlos a todos?». La defensa de la nación se puso en manos del mariscal Carl Gustaf Mannerheim, que a sus setenta y dos años había dado muestras de heroicidad en numerosos conflictos, de los cuales el último había sido la guerra civil finlandesa. Estando destinado en Lasa, capital del Tíbet, en calidad de oficial zarista, había enseñado a disparar con pistola al dalái lama. Hablaba siete idiomas, aunque el finés no lo dominaba precisamente, y se conducía con una

altivez comparable a la de Charles de Gaulle. Asimismo, había puesto de relieve su falta de compasión entre 1919 y 1920, durante la purga de comunistas finlandeses derrotados en la guerra civil.

En la década de 1930, Mannerheim había construido, a lo largo del istmo de Carelia, la línea fortificada que llevaba su nombre. Consciente de la debilidad estratégica de su nación, había abogado por la conciliación con Stalin. Sin embargo, cuando sus compatriotas decidieron enfrentarse a éste, se dispuso a organizar la defensa con la frialdad de todo un profesional. Antes de la agresión soviética, los fineses adoptaron tácticas de tierra quemada, lo que los llevó a evacuar de las regiones avanzadas a un centenar de miles de paisanos, entre los que no faltó quien afrontase semejante sacrificio con un estoicismo impresionante. Así, los guardias fronterizos que fueron a pedir a cierta anciana que abandonase su casa no pudieron menos de quedar pasmados cuando toparon, al regresar a ella para incendiarla, con que la buena señora había barrido el suelo y limpiado el polvo antes de partir, y había dejado sobre la mesa cerillas, astillas de encender y una nota diciendo: «Cuando una hace un regalo a Finlandia, le gusta que esté como nuevo[15]». Así y todo, resultó muy doloroso destruir las viviendas e instalaciones que rodeaban las minas de níquel de Petsamo, cuya construcción, en el interior del círculo polar Ártico, había supuesto no pocas penalidades. La frontera se llenó de trampas explosivas, y se colocaron minas accionadas por cuerdas con la intención de quebrar el hielo situado ante los invasores que cruzasen la superficie de los lagos helados.

Stalin mandó doce divisiones a acometer asaltos en otros tantos sectores diferentes. A la mayoría de sus soldados se le aseguró que Finlandia había atacado a la Unión Soviética, aunque algunos no dieron crédito a semejante información. Ismaíl Ajmédov, capitán de la XLIV.ª división, oyó decir a un campesino ucraniano: «Dime, camarada comandante: ¿para qué estamos haciendo esta guerra? ¿No aseguró el camarada Voroshílov que ni queríamos un palmo de la tierra de otros pueblos ni íbamos a renunciar a un palmo de la nuestra? ¿Y ahora vamos a luchar? ¿Para qué?»[16]. Cierto oficial trató de explicarle el peligro que suponía permitir que la frontera estuviese tan cerca de Leningrado, pero lo cierto es que las ambiciones estratégicas de Moscú no despertaron demasiado entusiasmo entre los que debían satisfacerlas, en su mayoría integrantes de la reserva a los que se había movilizado a la carrera.

Stalin, sin embargo, no parecía preocupado. Persuadido de que las fuerzas atacantes, compuestas por ciento veinte mil soldados, seiscientos carros de combate y un millar de cañones, podían romper la Línea Mannerheim, hizo caso omiso de las advertencias que le hicieron sus generales respecto de lo restringido del acceso a Finlandia. Los vehículos tenían que avanzar por las angostas franjas de tierra que se extendían entre los diversos lagos, bosques y

pantanos del país, y pese a la escasez de piezas de artillería y armas anticarro de que adolecían los fineses, los asaltos soviéticos fueron tan ineptos que a los defensores no les costó hacer estragos en sus columnas con fusiles y ametralladoras. Los yermos nevados de la región oriental de la nación invadida no tardaron en quedar manchados de sangre, y algunos de quienes los defendían fueron presa del agotamiento nervioso después de pasar horas abatiendo desde escasa distancia a uno tras otro de los soviéticos que avanzaban hacia ellos. Los agresores perdieron un 60 por 100 de sus vehículos blindados, sobre todo porque avanzaban sin acompañamiento de infantería. La mayor parte cayó por la acción de armas tan rudimentarias como una botella llena de gasolina y provista de mecha, cuyo líquido se inflamaba al estrellarse contra el objetivo. Aunque ya se habían usado durante la guerra civil española, fue en Finlandia donde se bautizaron como cócteles Molótov en respuesta a las bombas de racimo soviéticas, que los fineses denominaban «cestos de pan de Molótov».

Mannerheim observó con sequedad que los agresores estaban desplegando «un fatalismo incomprensible para ningún europeo». El oficial al mando de cierto batallón soviético dijo trastornado a sus subordinados: «Camaradas, el ataque no ha tenido éxito; el comandante de la división acaba de darme la orden en persona: de aquí a siete minutos, volvemos a atacar[17]». Las columnas soviéticas volvieron, por tanto, a acometer el avance a duras penas… y sufrieron una nueva carnicería. Algunas unidades finesas adoptaron tácticas de guerrilla a gran escala, atacando a las tropas soviéticas desde los bosques para después volver a replegarse, con la intención de desbaratar sus formaciones y destruirlas después por partes. Llamaban a estos encuentros motti, o batallas de «leña», destinados a desmenuzar al enemigo. Uno de los héroes de esta campaña, el teniente coronel Aaro Pajari, sufrió un ataque al corazón en medio de un combate y, de un modo u otro, se las compuso para seguir luchando. Como la mayoría de los compatriotas suyos que participaron en aquella guerra, no era militar de profesión, sin embargo, en Tolvajärvi logró vencer a un número de fuerzas soviéticas muy superior al suyo. Los finlandeses pasaron varias semanas batallando en Kollaa con dos cañones franceses de 89 milímetros fundidos en 1871 que disparaban cargas de pólvora negra. En el sector septentrional, la defensa disponía de un tren blindado de 1918 que corría de uno a otro de los puntos amenazados.

El Ejército Rojo se hallaba mal pertrechado, hasta extremos grotescos, para sostener una guerra de invierno. Los hombres de la XLIV.ª división, por ejemplo, habían recibido un manual sobre técnicas de esquí, pero ninguno tenía esquís. Además, las primeras semanas ni siquiera los carros de combate estaban pintados de blanco. Los finlandeses, en cambio, destinaron patrullas

de esquiadores a cortar las carreteras situadas al otro lado del frente y a atacar las columnas de aprovisionamiento, a menudo de noche. El XXVII.º regimiento Jäger se encontraba a las órdenes del coronel Hjalmar Siilasvuo, hombre recio, bajito y rubio, que ejercía de abogado en tiempos de paz y acabaría, tras convertirse en el alma de la prolongada defensa del pueblo de Suomussalmi, al mando de una división. A los soviéticos los maravilló la aptitud de los tiradores finlandeses, a los que llamaban cucos. En su análisis de los errores cometidos por los soviéticos, el jefe de estado mayor del IX.º ejército del general Vasili Chuikov concluyó que la ofensiva había dependido demasiado de las carreteras. «Nuestras unidades —aseveraba—, bien dotadas de adelantos tecnológicos (y en particular piezas de artillería y vehículos de transporte), son incapaces de maniobrar y combatir en semejante campo de operaciones». A su decir, los soldados «se asustan de los bosques y no saben esquiar[18]».

Los finlandeses aborrecían todo lo relacionado con el modo que tenía de hacer la guerra su enemigo: cierto general soviético, aguijado por la desesperación, trató de despejar un campo de minas haciendo pasar por él a un hato de caballos, y aquéllos, que profesaban un amor proverbial a los animales, quedaron horrorizados por la carnicería resultante. Un hombre que observaba los cadáveres soviéticos que se habían ido amontonando en el sector septentrional comentó: «Los lobos van a estar bien alimentados este año». Carl Mydans, fotógrafo de la revista estadounidense Life, describió así la escena vivida en uno de aquellos campos de batalla helados: «La lucha estaba por acabar cuando ascendimos el sendero flanqueado de nieve que llevaba de la carretera al río… La superficie helada estaba salpicada de cadáveres soviéticos, que yacían solitarios y retorcidos, enfundados en sus pesadas gabardinas y sus botas de fieltro deformadas, con el rostro pajizo y las pestañas blancas por la helada. El bosque que se extendía al otro lado se veía sembrado de armas, fotografías, cartas, embutido, pan y zapatos; y a este lado había cadáveres de carros de combate muertos a los que habían volado las llantas, carretas muertas, caballos muertos y hombres muertos que obstruían la carretera y manchaban la nieve bajo los altísimos pinos negros[19]».

El asalto soviético causó no poco desconcierto en todo el planeta, agudizado por el hecho de la condición de símbolo de buena suerte que tenía la cruz gamada entre los finlandeses. La opinión pública se puso, claramente, de parte de las víctimas, y así, en la Italia fascista se celebraron manifestaciones en apoyo a Finlandia. Por su parte, británicos y franceses entendieron la conducta de Stalin como una prueba más de la colaboración buitrera entre soviéticos y alemanes que se había hecho manifiesta en Polonia, por más que, en realidad, nada tuviese que ver Berlín con esta

campaña. Entre los Aliados creció el entusiasmo ante la idea de enviar ayuda militar a los fineses. El general Maxime Weygand instó a Gamelin a dar este paso, que llevaba aparejada la inestimable ventaja de alejar la guerra de Francia. «En mi opinión —escribió— resulta esencial si deseamos acabar con la intervención soviética en Finlandia, y en cualquier otra parte.»[20] Sin embargo, por intensos que fuesen los debates relativos a posibles expediciones anglofrancesas a Finlandia en los meses siguientes, lo cierto es que las dificultades prácticas parecían abrumadoras. De haber sido entonces primer ministro del Reino Unido Winston Churchill, lo más probable es que no hubiese dudado en lanzar una operación contra los soviéticos; pero el gobierno de Chamberlain —en el cual la voz de aquél, favorable al activismo, no tenía más que una representación minoritaria en calidad de jefe supremo de la Royal Navy— no era partidario de declarar la guerra a la Unión Soviética de forma gratuita cuando aún estaba por resolver el problema de la amenaza alemana.

El mariscal Mannerheim procedió durante la campaña con su habitual meticulosidad personal. Se levantaba a las 7.00 en el hotel en que se alojaba y aparecía de punta en blanco una hora más tarde para desayunar, tras lo cual se dirigía en automóvil al cuartel general en que habían convertido una escuela abandonada sita a escasos centenares de metros de allí. La sociedad finlandesa no era muy populosa, y él insistía en que le leyeran, nombre por nombre, la relación diaria de bajas. Aunque en las primeras semanas del conflicto, sabedor de las limitaciones de su ejército, rechazó de manera categórica los ruegos de avanzar y sacar partido a las victorias que planteaban sus subordinados, el 23 de diciembre Finlandia lanzó, al fin, un contraataque a través del istmo de Carelia. La infantería cerró al grito de Hakkaa päälle! («¡A hacerlos picadillo!»). Dado que carecían de artillería y de respaldo aéreo, fueron rechazados con no pocas bajas.

El gobierno finlandés no fue nunca tan ingenuo para creer que su nación pudiese llegar a infligir una derrota absoluta a la Unión Soviética: en realidad, sólo aspiraba a elevar el precio de las ambiciones de Stalin hasta el punto de hacerlo inaceptable. Con todo, semejante estrategia estaba condenada al fracaso ante un enemigo indiferente al sacrificio humano. La respuesta que dio el dirigente soviético ante los reveses —humillaciones, de hecho— de la invasión de diciembre consistió en sustituir a los jefes y generales que habían fracasado —el comandante de una división fue fusilado, y el de otra pasó el resto de la guerra en los campos de trabajos forzados del gulag— y enviar cantidades ingentes de refuerzos. Se crearon carreteras de hielo capaces de soportar el peso de los carros de combate disponiendo troncos sobre nieve apisonada y rociándolos con agua que se congelaba a continuación. Los fineses habían empezado la guerra con munición de artillería para tres semanas, y combustible y munición de armas portátiles para sesenta días. Llegado el mes de enero, estas provisiones se habían agotado casi por entero.

El mundo acogió con admiración los triunfos iniciales de Finlandia, y los habitantes de la Europa occidental elevaron a Mannerheim a la condición de héroe. El primer ministro francés, Édouard Daladier, prometió enviar un centenar de aeroplanos y cincuenta mil soldados antes de finales del mes de febrero, aunque jamás movió un dedo para cumplir su palabra. El escritor Arthur Koestler, escribió en tono despectivo desde París que el regocijo que habían provocado entre los franceses las victorias finesas recordaba la actitud de «un mirón que se entusiasma y se satisface contemplando en otros las proezas viriles que él es incapaz de imitar». En el Reino Unido, la izquierda, representada por el semanario Tribune, que ofreció en un primer momento su apoyo intelectual a la causa moscovita, cambió de opinión de forma súbita y optó por secundar la de los finlandeses.

Para Churchill, la acción soviética fue pariente directo de la agresión nazi. El primer lord del mar del Reino Unido se gozó en el descalabro de Stalin y manifestó durante una declaración difundida por radio el 20 de enero: «Finlandia se ha mostrado soberbia, sublime por mejor decir, en las fauces del enemigo; ha prestado un servicio de gran magnanimidad al mundo al demostrar lo que pueden llegar a hacer los hombres libres. Ha puesto de manifiesto, a los ojos de todo el planeta, la ineptitud militar del Ejército Rojo y la Aviación Roja. Estas últimas semanas de lucha feroz en el círculo polar ártico han disipado no pocas ilusiones relativas a la Rusia soviética. Ahora ha quedado a la vista de todos el modo como es capaz de pudrir el comunismo el alma de una nación, haciéndola abyecta e insaciable en la paz y vil y abominable en la guerra».

Estos ejercicios retóricos sirvieron para alentar a los finlandeses. El

diputado conservador británico Harold Macmillan, de visita en el país agredido, contó que una revisora de Helsinki le había dicho: «Las mujeres de Finlandia van a seguir luchando porque están convencidas de que van a venir ustedes en su ayuda[21]». Hubo ocho mil suecos, ochocientos noruegos y daneses, y algún que otro ciudadano estadounidense y británico que se ofrecieron para tomar las armas de su lado, y aunque algunos llegaron a la región en conflicto, ninguno sirvió de gran cosa. El Reino Unido poseía un número muy reducido de armas para sus propios ejércitos, y no podía destinar cantidad significativa alguna a una nación que, si bien estaba desplegando un gran arrojo, no estaba luchando contra la potencia a la que habían declarado la guerra los británicos. De los treinta cazas biplanos Gloster Gladiator que se enviaron, dieciocho se perdieron en combate antes de diez días. Los fineses hubieron de pagarlos al contado, lo que supuso un anticipo de la neutralidad que adoptaría más tarde Estados Unidos ante el Reino Unido.

Aunque no cabe dudar de lo hondo del sentimiento popular británico en favor de Finlandia, lo cierto es que apenas se hizo nada por traducirlo en hechos, aparte de preparar una expedición a Narvik, puerto septentrional de la neutral Noruega que se hallaba libre de hielo. Los Aliados se sintieron atraídos por el pretexto de ayudar a los finlandeses a fin de cortar el paso invernal de Alemania a las minas de hierro suecas, actitud que fue a reafirmar el cinismo que había caracterizado su actitud durante la campaña polaca. Si Londres y París estimularon a Finlandia a seguir luchando durante los meses iniciales de 1940 fue porque, de lo contrario, no tendrían excusa alguna para intervenir en Noruega. La apasionada propuesta de hacer desembarcar un ejército expedicionario en Petsamo que hicieron los franceses recibió el veto de los británicos, que seguían rehuyendo un enfrentamiento directo con las fuerzas soviéticas.

A mediados de enero comenzó una nueva serie de ataques a Finlandia. En determinado sector se enfrentaron cuatro mil soviéticos a 32 fineses, y aunque aquéllos perdieron cuatrocientos hombres, de los defensores sólo salieron cuatro con vida. El primero de febrero, los invasores emprendieron un bombardeo brutal contra la Línea Mannerheim, seguido por una embestida multitudinaria de soldados de infantería y vehículos blindados. Los finlandeses, no obstante hallarse casi sin munición para su artillería, lograron defender sus posiciones durante dos semanas. «A primera hora de la tarde —escribió el 15 de febrero el oficial Wolf Halsti— apareció ante nuestra tienda un alférez de la reserva, un chiquillo, en realidad, que quería saber si teníamos algo que pudieran llevarse a la boca sus soldados y él… Estaba al mando de un pelotón de "hombres" que ni siquiera se afeitaban aún. Tenían frío, miedo y hambre, y se dirigían al frente de Lähde para servir de refuerzo

al retén». Al día siguiente añadió: «Hoy ha vuelto el mismo alférez, con el uniforme ensangrentado, para pedir más comida… Ha perdido sus dos cañones y a la mitad de sus hombres durante el avance de los soviéticos[22]». Las penalidades de sus enemigos, y en particular de cuantos se vieron atrapados varias semanas en posiciones sometidas a envolvimiento, no fueron menores. «Esta mañana hace un frío de muerte —escribió uno de ellos el 2 de febrero—. Estamos casi a 35 grados bajo cero. Casi no he pegado ojo porque estaba arrecido. Nuestra artillería se ha pasado la noche disparando. Cuando me he levantado he ido a cagar. En ese momento han roto el fuego los finlandeses, y una de las balas me ha ido a caer justo entre los pies. Llevaba sin plantar un pino desde el 25 de enero.»[23]

Aquella lucha unilateral no podía proseguir de forma indefinida. El gobierno finlandés pidió por última vez, sin resultado positivo alguno, ayuda a Suecia. Británicos y franceses ofrecieron contingentes simbólicos, pero los buques encargados de transportarlos ni siquiera se habían hecho a la mar el 12 de marzo, día en que una delegación de Finlandia firmó el armisticio en Moscú. Minutos antes de que se produjera esto último, los soviéticos lanzaron un último bombardeo vindicatorio sobre las posiciones de los derrotados. «Una cosa está clara —escribió a su familia un oficial de estos últimos—, y es que no hemos huido. Estábamos dispuestos a luchar hasta la muerte, y podemos llevar alta la cabeza porque hemos combatido con todas nuestras fuerzas a lo largo de tres meses y medio.»[24]

Carl Mydans compartió vagón con tres oficiales finlandeses de camino a Suiza, y uno de ellos comentó:

—Al menos, les dirá usted que luchamos con valentía.

El estadounidense musitó que lo haría, y en ese momento, el coronel se dejó llevar por la emoción:

—Su país dijo que iba a ayudarnos… Nos lo prometieron, y nosotros les creímos.

Entonces, agarró a Mydans y lo zarandeó mientras le decía a gritos:

—¡Y van, y nos mandan media docena de cazas Brewster, sin una puñetera pieza de repuesto! ¡Y los británicos, cañones de la última guerra que ni siquiera funcionaban!

Dicho esto, se echó a sollozar[25].

La paz impuesta por Stalin aturdió a todos por su carácter moderado. El dirigente soviético insistió en las exigencias territoriales anteriores a la guerra, que suponían una décima parte del suelo finlandés, pero se abstuvo de ocupar el país completo, cosa que probablemente hubiese podido hacer sin dificultad. Todo apunta a que no desease provocar la ira internacional en un momento en que estaban en juego asuntos de mucha más envergadura. Su confianza también se había visto zarandeada por las pérdidas sufridas por el

Ejército Rojo —ciento veintisiete mil soldados muertos cuando menos, tal vez hasta un cuarto de millón, frente a los 48 243 finlandeses muertos y los cuatrocientos veinte mil que quedaron sin hogar—. Los prisioneros soviéticos liberados por Finlandia, de los cuales no eran pocos los estudiantes llamados a filas, fueron enviados por Stalin al gulag como castigo por la traición cometida al aceptar el cautiverio.

Pese a ser de escasa relevancia respecto del enfrentamiento entre Alemania y los Aliados, la campaña finlandesa influyó de manera notable en la estrategia de ambos contendientes, que concluyeron que el león soviético no era tan fiero como lo pintaba Stalin; que sus ejércitos eran débiles, y sus jefes militares, chapuceros. Después del armisticio, y ante el desengaño de la asistencia prometida por el Reino Unido y Francia, Finlandia recurrió a Alemania en busca de ayuda para rearmar sus fuerzas; ayuda que Hitler no dudó en brindarle. Los soviéticos aprendieron varias lecciones fundamentales de aquella guerra, y así, decidieron a dotar al Ejército Rojo de prendas adecuadas para el invierno, camuflaje apropiado para la nieve y lubricantes destinados a hacer funcionar sus pertrechos a temperaturas bajo cero. Todo ello representaría un papel crítico en campañas futuras. El mundo, sin embargo, no vio otra cosa que el prestigio soviético devaluado por una de las naciones más pequeñas de Europa.

Durante el invierno de 1939 y 1940, mientras Finlandia luchaba por sobrevivir, los ejércitos aliados temblaban de frío en trincheras y fortines aislados por la nieve en la frontera con Alemania. Churchill, el primer lord del mar, se afanaba por extraer cada gota posible de emoción y propaganda de las refriegas que protagonizaban las naves de la Royal Navy con los submarinos y navíos mercantes artillados de los alemanes. Uno de los episodios más sensacionales se produjo el 13 de diciembre, día en que tres cruceros británicos toparon con el Graf Spee, acorazado de los llamados «de bolsillo», mucho mejor armado que ellos, sobre la costa de Uruguay. La escuadrilla salió muy maltrecha de aquel combate, pero infligió al buque alemán daños que lo obligaron a refugiarse en Montevideo. El día 17 le dieron barreno por evitar el riesgo de volver a hacerlo entrar en batalla, y este hecho y el de que su capitán se quitara la vida se presentaron como una hábil victoria de los Aliados. El Reino Unido hizo cuanto estuvo en sus manos por ganar adeptos al otro lado del Atlántico, o al menos por moderar su actitud belicosa a fin de evitar suscitar el antagonismo de la opinión pública estadounidense. El 29 de enero de 1940, después de que llegase a oídos de Churchill que Estados Unidos había montado en cólera por los registros a que sometía a sus naves la Royal Navy en busca de objetos de contrabando, el

almirante dio órdenes de no volver a arrastrar embarcaciones de dicha nación a la zona bélica del Reino Unido, aunque semejante concesión hubo de mantenerse en secreto a fin de no herir la susceptibilidad de otras naciones neutrales cuyos barcos seguían sujetos a inspección.

Entre tanto, los dirigentes civiles y militares de los Aliados proseguían sus disputas. La postura de los franceses seguía dominada por la determinación de evitar cualquier provocación militar directa a Hitler, hasta el extremo de llevarlos a rechazar la idea de bombardear el Sarre, estado de gran peso industrial que tenían a tiro de piedra. Al gobierno de Daladier, partidario de emprender acciones tan lejos de la nación como fuera posible, le resultó muy atractiva la idea de endurecer el bloqueo a Alemania interceptando la provisión de mineral de hierro procedente de Suecia. Para lograr tal cosa, se hacía necesario violar la neutralidad de Noruega, bien mediante el minado de la ruta de navegación costera al objeto de obligar a las embarcaciones alemanas a salir a mar abierto, bien destinando tropas y aviones en tierra, bien a través de ambas operaciones. El primer ministro británico y su ministro de Asuntos Exteriores, Neville Chamberlain y lord Halifax, se mostraron reacios a proceder de este modo, a pesar de la insistencia de Churchill. En consecuencia, aunque se consagró un buen número de días a planificar y preparar la expedición noruega, ésta se fue aplazando de manera indefinida.

El general sir Edmund Ironside, al mando del ejército británico, escribió: «Los franceses… no se cansan de hacer propuestas a cuál más extravagante. Se diría que no tienen ninguna clase de escrúpulos». Gamelin diría más tarde: «La opinión pública no sabía lo que quería que se hiciera, pero tenía claro que quería algo diferente, y por encima de todo, quería ver acción». Jacques Mordal, oficial de la armada francesa que con el tiempo se haría historiador, lo expresó con el siguiente comentario incisivo: «La idea era hacer algo, aunque fuera una estupidez[26]». El plan de minar el Rin concebido por los británicos también se convirtió en motivo de fricción, dado que París temía suscitar acciones de represalia por parte de Alemania.

Poco sabían de estos debates los ciudadanos de las naciones aliadas, que no veían otra cosa que sus ejércitos inmovilizados en la nieve de la frontera, cavando trincheras y contemplando a los alemanes apostados al otro lado. Jóvenes y viejos, fueran políticos o humildes electores, se sentían aquejados de una imponente sensación de vacuidad. «Todo el mundo se casa o se promete, y hasta concibe hijos —escribió el 7 de abril Doris Melling, mecanógrafa de Liverpool de veintitrés años—, y eso hace que me sienta estancada, excluida». Aun así, no se había dejado convencer por la frivolidad que había expresado en su columna del Sunday Express de aquel día lord Castlerosse, quien aseveraba que si, llegado el final de la guerra, había alguna

joven que no hubiese encontrado esposo, sería porque no lo había intentado. «La mayoría de mis amigas la ha hecho buena al contraer matrimonio sin tener un hogar como está mandado, sin dejar su trabajo…»[27].

Maggie Joy Blunt, escritora de asuntos arquitectónicos, de marcadas convicciones de izquierda, tenía treinta años y vivía en Slough, al oeste de Londres, cuando observó, el 16 de diciembre de 1939, que hasta entonces, lo más notable de la guerra había sido, a su entender, lo poco que había cambiado la vida del común de las personas:

> Hemos tenido que sufrir la terrible incertidumbre de que lo haría, y hemos soportado ciertos inconvenientes: apagones, racionamiento de combustible, cambios en el servicio de autobuses y trenes, falta de espectáculos teatrales, subidas en el precio de los alimentos y escasez de ciertos artículos como pilas eléctricas, azúcar o mantequilla. Entre los adultos no falta quien esté ocupado en trabajos que no se les habría pasado por la cabeza hacer antes. Y sin embargo, no hemos percibido ningún cambio esencial en nuestro estilo de vida, nuestro sistema educativo o de empleo, nuestras ideas ni nuestras ambiciones… Es como si quisiéramos jugar una manga más de tenis antes de que caiga la tormenta que estamos viendo acercarse… Un diputado local… se ha pronunciado en contra de esta guerra «en duermevela». Lanzar octavillas no sirve de mucho más que lanzar confeti. Siento tener que decirlo, pero no va a haber más remedio que hacer sufrir a los alemanes antes de hacer posible la paz[28].

Fueran o no conscientes ella y sus compatriotas, durante el invierno de 1939,los nazis estaban haciendo frente a sus propias dificultades. El desembolso armamentístico de Hitler había dejado a Alemania a un paso de la bancarrota en el momento de entrar en guerra. Tan escaso era el dinero que había disponible para fines civiles, que el sistema ferroviario se estaba viniendo abajo y sufría una carencia desesperada de material rodante. La opinión pública montó en cólera tras la muerte de 230 personas en dos accidentes serios de tren. Los nazis eran incapaces de hacer que los ferrocarriles se desplazaran con puntualidad; la industria estaba achacando las interrupciones sufridas por los envíos de carbón, y la Gestapo informó de que los problemas relativos al servicio de pasajeros estaba provocando el descontento generalizado de la población. El bloqueo aliado, además, había acabado con las exportaciones alemanas y originado una escasez grave de materias primas. El Führer deseaba acometer una ofensiva de relieve en el frente occidental el 12 de noviembre, y se puso hecho una furia cuando la Wehrmacht insistió en diferirla hasta la primavera, puesto que sus generales, amén de considerar que el tiempo les era por entero adverso para tamaña empresa, eran muy conscientes de las fallas en que habían incurrido sus fuerzas durante la campaña polaca, así como de la falta de vehículos y de todo género de armas. La expansión del ejército privó de cuatro millones de trabajadores a la industria de la nación, que contaba con 24,5 millones en mayo de 1939. La actitud imperante en este sector se caracterizaba por la indeterminación extrema y las interrupciones arbitrarias que imponía a la

producción la falta de acero.

En aquel momento se adoptó una decisión llamada a marcar la producción armamentística alemana en el curso de los años posteriores: la de centrar todos los empeños inmediatos en la fabricación de municiones y bombarderos ligeros Ju-88. La Luftwaffe se persuadió de que con este avión Junkers era imposible perder una guerra, y lo cierto es que prestaron un gran servicio, aunque con el tiempo, la falta de aviones más modernos se trocó en una desventaja notable. La armada seguía adoleciendo de una debilidad considerable; tal como reconoció con acento sombrío el almirante Raeder, carecía «del armamento necesario para hacer frente a la gran contienda… sólo está en condiciones de demostrar que sabe hundirse con dignidad». Sobre el papel, el poderío militar que presentaba Alemania en 1939 era sólo ligeramente mayor que el de los Aliados. Sin embargo, habida cuenta de todas las dificultades expuestas, resulta extraordinario que Hitler retuviese su dominio psicológico del conflicto. Su gran ventaja consistía en que los Aliados, habiéndose comprometido por principio a combatir y derrotar al nazismo, carecían del entusiasmo necesario para emprender las sangrientas iniciativas y el sacrificio humano que requería semejante tarea, y por lo tanto dejaron al Führer actuar a sus anchas.

Las semanas anteriores al ataque alemán en el frente occidental habían visto echarse a perder las relaciones entre las dos naciones de los Aliados, pues cada una de ellas culpaba a la otra de no ser capaz de hacer la guerra como era de esperar. La opinión pública francesa se volvió de forma decisiva contra Daladier, su primer ministro, que planteó al Parlamento una cuestión de confianza el día 20 de marzo. Sólo votó en contra uno de los diputados, y aunque 239 lo hicieron a favor… quienes se abstuvieron alcanzaron los tres centenares. Daladier dimitió y fue sustituido por Paul Reynaud, aunque permaneció en el gobierno en calidad de ministro de Defensa. El nuevo dirigente francés, político conservador de sesenta y dos años e inteligencia mucho más notable que su presencia física, siendo así que apenas llegaba al metro con sesenta de estatura, no veía la hora de entrar en acción y propuso, en consecuencia, desembarcar en Noruega y bombardear los yacimientos petrolíferos de que disponía en Bakú la Unión Soviética. «Después de Daladier, que no era capaz de tomar una sola decisión —apuntó amargamente Gamelin—, nos toca lidiar con Reynaud, que toma una cada cinco minutos.»[29] El primer ministro apoyó, en un primer momento, el plan de minar el Rin que con tanto empeño quería poner en práctica Churchill; pero topó con el rechazo de sus propios ministros, que seguían temiendo las posibles represalias. Los británicos se negaron a efectuar el desembarco de Narvik si Francia no secundaba dicha operación.

A principios de abril, en el momento en que desaparecían del continente

las nieves del invierno, comenzaron los ejércitos a salir de su hibernación y a tratar de imaginar lo que traería consigo el nuevo período bélico. Churchill logró convencer al fin a sus compañeros de gabinete para que votasen a favor de minar las aguas de Noruega. Por consiguiente, se hicieron a la mar cuatro destructores para llevar a término la operación, y en los puertos del Reino Unido embarcó un modesto contingente terrestre dispuesto a poner rumbo a dicho país en caso de que los alemanes respondieran a la acción de la Royal Navy. Londres ignoraba que ya había en aquellas aguas una flota alemana, siendo así que Hitler llevaba meses temiendo que interviniesen los británicos en Noruega para cortarle el suministro de mineral de hierro. Su agitación se había hecho aún más acuciante el 14 de febrero de 1940, cuando los destructores de la Royal Navy habían dado caza al Altmark, buque de aprovisionamiento del Graf Spee, y lo habían obligado a fondear en un fiordo noruego para liberar a 299 marineros mercantes británicos. Estaba, por lo tanto, resuelto a adelantarse a cualquier acción que pudiese emprender el Reino Unido para sentar posiciones en Noruega, y en consecuencia, el 2 de abril dio orden de zarpar a la flota de invasión.

Los buques y los aviones británicos no habían pasado por alto la intensa actividad naval desplegada por Alemania, y, sin embargo, los mandos de la armada se encontraban tan absortos en la inminente operación de minado, que no repararon en que aquélla anunciaba más una acción que una reacción de los alemanes. El Almirantazgo resolvió que las embarcaciones de Raeder tenían la intención de atacar las rutas atlánticas del Reino Unido, e hizo tomar posiciones a buena parte de la flota encargada de proteger sus aguas territoriales a muchas horas de navegación de Noruega. Aunque antes de que amaneciese el 8 de abril, la Royal Navy había completado, en efecto, el objetivo de minar el litoral noruego, horas más tarde los alemanes dieron comienzo a los lanzamientos aéreos y los desembarcos navales destinados a ocupar todo el país. La guerra ilusoria había llegado a su fin.

3

Guerra relámpago en Occidente

I. Noruega

Las naciones más pequeñas de Europa hicieron cuanto estuvo en sus manos por no participar en el conflicto, y si bien la mayor parte se resistió a asociarse con Alemania por evitar aceptar la hegemonía de Hitler, aun las que defendían los objetivos de las democráticas temieron unirse a ellas en calidad de beligerantes. La experiencia hacía pensar que tal postura sólo serviría para exponerlas a los horrores de la guerra con escaso beneficio, pues la suerte que habían corrido Polonia y Finlandia ponía de relieve la incapacidad de los Aliados para proteger a las víctimas que elegía el dictador. Si los Países Bajos y los países escandinavos habían logrado permanecer neutrales durante la Primera Guerra Mundial, ¿por qué no iban a tratar de hacer lo mismo en esta ocasión? Durante el invierno de 1939 y 1940, todos se esforzaron por evitar provocar a Hitler, y de hecho, a los noruegos los preocupaba más lo que quisiesen hacer los británicos en su costa que lo que pudieran hacer los alemanes. A la 1.30 del 9 de abril, cierto ayudante del rey Haakon de Noruega lo despertó para comunicarle:

—¡Majestad, estamos en guerra!

Y el monarca corrió a preguntarle:

—¿Contra quién?

Pese a que no faltaron advertencias de lo inminente de la invasión alemana, el país no había movilizado su diminuto ejército. La capital apagó de inmediato todas sus luces, pero el anciano general Kristian Laake,

comandante en jefe de las fuerzas noruegas, respondió con languidez a las noticias de la aparición de buques de guerra alemanes en el fiordo de Oslo. Así, mandó congregar a los integrantes de la reserva mediante correo postal, por lo que no tomaron las armas hasta el 11 de abril. Ante las quejas de los oficiales de su estado mayor, se limitó a declarar con aire indulgente: «¡Un poco de ejercicio no les va a venir mal a esas unidades!»; con lo que no hizo sino poner de relieve su desapego respecto de la realidad. Las embarcaciones alemanas llegaron, aportaron en el litoral y comenzaron a desembarcar soldados. Tanto los agredidos como los franceses y los británicos habían dado por supuesto —equivocadamente— que Hitler no iba a atreverse a invadir Noruega y desafiar así a la Royal Navy, y sin embargo, la negligencia de los servicios de información y los desaciertos en que incurrió a la hora de ubicar sus unidades llevaron al Almirantazgo a dejar pasar una oportunidad impagable de hacer estragos en las fuerzas de desembarco alemanas el 9 de abril. Más tarde, el desgaste que sufrieron en el mar los invasores, con ser considerable, se vio contrarrestado con el que infligieron a las fuerzas navales británicas la Luftwaffe y la Kriegsmarine. La costa noruega más cercana se hallaba a más de seiscientos kilómetros del Reino Unido, lo que hacía imposible brindar apoyo aéreo a los buques desde los aeródromos nacionales. La vulnerabilidad que presentaban aquéllos ante los ataques de los bombarderos no tardó en hacerse evidente de un modo brutal.

El acontecimiento más dramático de aquella primera mañana de la campaña se produjo en el fiordo de Oslo poco después de las cuatro de la mañana cuando el Blücher, crucero de reciente botadura que transportaba varios miles de soldados alemanes, se aproximaba a Oscarsborg. La añosa fortaleza tenía cargados —labor nada desdeñable— los dos cañones decimonónicos de que disponía: el Moisés y el Aarón. El coronel Birger Eriksen, oficial al mando de la plaza, sabedor de las limitaciones de sus artilleros, optó por retrasar tanto como le fue posible la orden de hacer fuego; de modo que el crucero se encontraba a sólo medio millar de metros cuando aquellas antiguallas vomitaron sus proyectiles. Uno de ellos alcanzó el centro de mando del sistema antiaéreo de la embarcación, en tanto que el otro fue a impactar en un depósito de combustible de la aviación y lanzó una columna de fuego en dirección al cielo. Minutos después, la nave había quedado envuelta en llamas y muy escorada por la explosión de la santabárbara. Después de recibir, además, dos torpedos lanzados desde tierra, se fue a pique y arrastró consigo la vida de un millar de germanos.

La capital noruega se vio invadida por la confusión y por escenas propias de una comedia negra. El general Erich Engelbrecht, a quien habían designado el mando del asalto, viajaba en el crucero siniestrado y fue rescatado de las aguas del fiordo por noruegos que, al apresarlo, dejaron a los

invasores sin mando de forma temporal. El general Laake huyó de la ciudad detrás de su estado mayor, primero a bordo de un tranvía y después, tras un intento fallido de seguir haciendo autostop, en tren. El gobierno de Noruega ofreció su dimisión, pero el rey la rechazó. El Storting, Parlamento de la nación, convocó una sesión de emergencia en la que estallaron feroces disputas relativas a las ventajas que podía brindar la rendición. Los ministros propusieron la demolición de los puentes más importantes para dificultar el paso a los invasores, pero no faltaron diputados que se opusieran a tal acción por considerar que comportaba «la destrucción de obras arquitectónicas de gran valor». El embajador británico remitió desde Londres una comunicación por la que se comprometía a enviar ayuda, aunque no decía nada concreto acerca de cuándo podría materializarse dicho ofrecimiento. Los paracaidistas alemanes tomaron el aeropuerto de Oslo en el momento mismo en que desembarcaban y tomaban posición seis divisiones. La mayor parte de los puertos del suroeste de Noruega no tardó en caer en manos del enemigo, y el gobierno hubo de huir al norte.

Entre quienes contemplaron aturdidos la llegada de los invasores se encontraba una refugiada judía de Austria de diecinueve años llamada Ruth Maier. El 10 de abril, en el barrio de Lillestrøm, sito a las afueras de Oslo, describió en su diario una escena que acabaría por convertirse en un trágico lugar común en toda Europa: «Entiendo que los alemanes son más un desastre natural que un pueblo… Vemos a la gente salir en tropel de los sótanos y arremolinarse en la calle con cochecitos de niño, mantas de lana y criaturas de pecho para después subir a camiones, carretas tiradas por caballos, taxis y coches particulares. Me recuerda a una película que vi una vez: refugiados finlandeses, polacos, albaneses, chinos… La situación es tan sencilla como triste: los están "evacuando" sin más pertenencias que mantas, cubiertos de plata y bebés. Huyen de las bombas[1]».

Los noruegos dieron muestras implacables de hostilidad frente a los agresores, y ni siquiera cuando se vieron obligados a someterse se dejaron convencer por las explicaciones. Ruth Maier oyó a tres soldados germanos explicar a un grupo de personas que los polacos habían matado a seiscientos mil paisanos alemanes antes de que la Wehrmacht interviniese a fin de salvar a sus hermanos étnicos. La joven se echó a reír. «[Uno de ellos] se vuelve entonces hacia mí, y me pregunta:

»—¿Le hace gracia, Fräulein?

»—Sí.

»—¿Y qué me dice de nuestro Führer? —se pone sentimental—. Ya sé que es un ser humano como nosotros; pero es el mejor, el mejor de Europa.

»El [soldado] de los ojos celestes asiente, también emocionado, mientras repite:

»—¡El mejor! ¡El mejor!

»Se van acercando más noruegos a escucharlos, y dicen:

»—¿De verdad quieren que nos creamos que han venido a protegernos… tal como dice aquí? —y señala un periódico…

»—¿Protegerlos? No, nosotros no hemos venido a eso.

»Pero el del cabello rubio lo interrumpe:

»—Claro que sí: eso es precisamente lo que estamos haciendo.

»El castaño se queda pensando unos momentos y dice a continuación:

»—Sí, sí; a decir verdad… los estamos protegiendo de los británicos.

»Y los noruegos:

»—¿De veras se lo han creído?»[2].

La fe que profesaba la generalidad de los alemanes a la justicia y la conveniencia de su misión quedó reforzada por la rapidez con que se llevó a término: las fuerzas invasoras hicieron más firme su ocupación de la región meridional de Noruega tras garantizar la comunicación con su tierra de origen mediante la toma de la península danesa, situada entre ambas naciones y entregada sin apenas resistencia. El Storting noruego volvió a reunirse en la modesta ciudad de Elverum, a unos sesenta kilómetros al norte de Oslo, y sus deliberaciones se hicieron más encendidas cuando se supo que los alemanes habían puesto a un traidor a la cabeza del gobierno títere que habían instaurado en la antigua capital. «Ahora tenemos un gobierno Kuusinen», declaró con desdén el primer ministro, refiriéndose al comunista finés Otto Kuusinen, que colaboró con Stalin durante la invasión de su patria. Sin embargo, el elegido en el caso de Noruega, Vidkun Quisling, acabaría por adquirir una fama mucho más funesta, hasta tal extremo que su nombre pasó a la lengua inglesa como sinónimo de traidor.

Cuatro autobuses cargados de paracaidistas alemanes que se dirigían a Elverum cayeron bajo los fuegos de un retén conformado por miembros de cierta sociedad local de tiradores, que lograron hacer retroceder a los atacantes a la desbandada e hirieron de muerte al capitán Eberhard Spiller, agregado militar de las fuerzas aéreas alemanas, a quien habían encomendado la misión de arrestar a los dirigentes nacionales. La familia real y los ministros escaparon a la aldea de Nybergsund. Haakon VII era un danés septuagenario alto y seco al que habían elegido rey cuando los noruegos obtuvieron la independencia de Suecia en 1905. En 1940 dio sobradas muestras de dignidad y arrojo. El 10 de abril, durante la sesión que celebró el gabinete rodeado por la nieve del citado pueblecito, comunicó a los asistentes con voz alta y trémula: «Me conmueve en lo más hondo la idea de tener que asumir la responsabilidad personal del sufrimiento que van a tener que soportar nuestra nación y sus gentes si nos negamos a satisfacer las exigencias de los alemanes… El gobierno es libre de elegir, y sin embargo yo

debo dejar clara cuál es mi posición: no estoy dispuesto a aceptarlas… Tal cosa sería contraria a cuanto he considerado siempre que era mi deber real». Había resuelto abdicar antes de ceder ante Berlín, que le instaba a respaldar a Quisling. El anciano monarca calló entonces, y tras un momento que acabó por prolongarse, rompió a llorar. «El gobierno —prosiguió al fin— debe ahora adoptar su decisión. No está obligado a secundar mi postura… y, sin embargo, creía mi deber expresarla.»[3]

Los noruegos se comprometieron a luchar a fin de ganar el tiempo necesario hasta que llegase la ayuda aliada. Al día siguiente, 11 de abril, Haakon y su hijo, el príncipe Olaf, se hallaban con sus ministros cuando los alemanes bombardearon y ametrallaron Nybergsund con la esperanza de decapitar el gobierno de la nación. Los políticos se lanzaron al interior de una zahúrda mientras el rey y sus acompañantes se refugiaban en un bosque cercano. No hubo ningún muerto, y pese a la impresión que produjo a los noruegos el tableteo constante de las armas de los Heinkel, su resolución permaneció intacta. El monarca quedó horrorizado por la visión de la población civil expuesta a los fuegos enemigos. «No fui capaz de mirar… niños agazapados sobre la nieve mientras las balas derribaban árboles y hacían caer sobre ellos una lluvia de ramas», recordó. Declaró que jamás volvería a refugiarse en un lugar en el que su sola presencia fuese peligrosa para ningún inocente.

El gabinete debatió brevemente la conveniencia de buscar asilo en Suecia, y aunque el primer ministro se pronunció a favor de tal idea, Haakon no estaba dispuesto a aceptarla, y en consecuencia, los dirigentes se trasladaron a Lillehammer con la intención de seguir luchando. El anciano general Laake, a quien la invasión había dejado destrozado, fue sustituido por Otto Ruge, caudillo animoso y enérgico, a quien encomió cierto oficial británico mediante el sublime halago de compararlo con un adiestrador de perros raposeros. La movilización de Noruega resultó, sobre tardía, caótica por encontrarse en manos del enemigo los depósitos de armas y arsenales del sur del país. Con todo, los más de los cuarenta mil hombres que respondieron a la llamada a filas estaban inflamados de pasión patriótica. Frank Foley, agente del servicio secreto británico en Oslo, remitió el siguiente cablegrama lacónico: «Imposible concebir un material militar en peores condiciones, pero los soldados son de lo mejor[4]». En el curso de las semanas siguientes, no faltaron noruegos que representaran papeles heroicos en la defensa de su nación. Ésta contaba con un número reducido de ciudades de cierta entidad: buena parte de su población se encontraba dispersa en comunidades asentadas a orillas de hondos fiordos y conectadas por carreteras angostas que pasaban por desfiladeros abiertos entre cordilleras. Los comandantes alemanes, británicos y franceses, sorprendidos en igual grado de verse

luchando en Noruega, se vieron obligados a recoger información de los futuros campos de batalla en guías de viaje de la célebre editorial Baedeker adquiridas en las librerías de Berlín, Londres y París.

Las fuerzas de desembarco que habían improvisado el Reino Unido y Francia para enviar a Noruega las semanas que siguieron a la invasión alemana no podían haber sido más ridículas. Dado que casi todas las unidades eficaces del ejército británico se encontraban destinadas en Francia, sólo había disponibles para cruzar el mar del Norte doce batallones a medio adiestrar de los cuerpos de reserva, y por si fuera poco, se enviaron a trompicones para encomendarles objetivos que cambiaban casi cada hora. Carecían de mapas, medios de transporte y equipos de radio con los que comunicarse no ya con Londres, sino entre sí. Desembarcaron sin apenas armamento pesado ni baterías antiaéreas, con un batiburrillo tremendo de pertrechos y municiones resultante del desorden en que habían estado sumidos en los buques de transporte. Los soldados se sentían desorientados por completo. George Parsons describió en estos términos el instante en que puso el pie en Mojoen junto con su compañía: «Sólo hay que imaginar cómo nos sentimos al ver ante nosotros una montaña gigantesca de seiscientos metros de altura coronada de hielo. Eramos niños del sur de Londres, y nunca habíamos visto una montaña antes. De hecho, la mayoría ni siquiera había navegado en su vida[5]».

Invasión de Noruega
Desembarcos y ataques alemanes
Desembarcos y ataques noruegos
Retiradas
Lanzamientos de tropas aerotransportadas
Tromsø
Harstad
Jervik
Narvik
FINLANDIA
Bodø
Mo i Rana
Mosjøen
Mar de Noruega
Nasos
Steinkjer
Trondheim
Dragset
SUECIA
Golfo de Botnia
Molde
Åndalsnes
Tynset
Ålesund
Rendalen
Kvan
NORUEGA
Rena
Lillehammer
Elverum
Hamar
Gol
Bergen
Hønefoss
Oslo
Kongsberg
Estocolmo
Halden
Stavanger
Arendal
Kristiansand
Skagerrak
Kattegat
0 50 100 150 millas
0 100 200 km
DINAMARCA
Copenhague
Mar Báltico

En tierra, los alemanes desplegaron más vigor y mejores tácticas que los Aliados aun en las ubicaciones en que se hallaban en clara desventaja numérica. El coronel noruego David Thue informó a su gobierno de la existencia de una unidad británica compuesta por «muchachos jovencísimos que parecen sacados de los barrios bajos londinenses. Todos muestran un gran interés por las mujeres de Romsdal, y por sus comercios y hogares, que no han dudado en saquear… Corren como liebres en cuanto oyen a lo lejos el motor de un avión[6]». «Algunos soldados británicos ebrios —participó el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido durante la fase final de la campaña—… se pelearon en cierta ocasión con un grupo de pescadores noruegos con los que terminaron a tiros… Algunos de los oficiales del ejército británico… se condujeron "con una arrogancia más propia de prusianos", y los oficiales navales… daban muestras de tal recelo que trataban a todos los noruegos como si fuesen quintacolumnistas, y se negaban a creer ninguna información procedente de ellos, por vital que pudiese resultar.»[7]

No es fácil exagerar el caos que caracterizó al proceso de toma de decisiones de los Aliados, ni tampoco el cinismo con que trataron a los desventurados noruegos. El gobierno británico no se privó de formular promesas extravagantes aun a sabiendas de que carecía de los medios necesarios para cumplirlas. El gabinete de guerra había centrado su atención en Narvik y en la posibilidad de hacerse con una franja de terreno en el norte para cortar a los alemanes la ruta del hierro procedente de Suecia. En el fiordo de esta población se produjeron combates navales de gran violencia en los que uno y otro contendientes perdieron no pocos destructores. Los británicos pusieron una modesta fuerza de desembarco en una isla cercana a la costa, y el general al mando se negó en redondo a seguir las recomendaciones del almirante John Boyle, conde de Cork y de Orrery, que no dudó en instarle a avanzar en dirección al puerto. Este comandante naval colérico, de escasísima altura y aficionado a llevar monóculo trató de aguijar a los soldados desembarcando en persona, aunque se vio obligado a abandonar tanto su misión de reconocimiento como sus planes de asalto cuando se vio metido hasta la cintura en la nieve acumulada.

En Londres, los debates relativos a la estrategia acabaron por degenerar en peleas de gallos. Churchill era el que más gritaba, aunque sus extravagantes proyectos quedaban siempre frustrados por la falta de medios necesarios para hacerlos realidad. Los ministros discutían entre sí, con los franceses y con los mandos del ejército. Entre estos últimos no existía ningún género de coordinación. En una quincena se trazaron y descartaron seis planes operativos seguidos. Los británicos acabaron por convencerse, a regañadientes, de que, por inútil que pudiera ser en lo militar, resultaba indispensable en lo político hacer ver que se estaba haciendo cuanto era

posible por defender la región central de la nación. En consecuencia, se pusieron en marcha sendos desembarcos caóticos en Namsos y en Åndalsnes, y los alemanes respondieron con incesantes bombardeos que destruyeron los depósitos de provisiones no bien se habían creado y redujeron a ceniza las viviendas de madera de aquellas poblaciones. En la primera de éstas, los soldados franceses depredaron las provisiones británicas, y se multiplicaron los accidentes de tráfico ocasionados por la divergencia existente en las costumbres nacionales relativas al lado que gozaba de prioridad en los cruces. El 17 de abril, en Londres, el general de división Frederick Hotblack acababa de recibir el cometido de acaudillar el asalto a Trondheim cuando cayó al suelo inconsciente a causa de una apoplejía.

La CXLVIII.ª brigada británica, cuyo comandante, haciendo caso omiso de las órdenes que le habían dado las autoridades londinenses, llevó a sus soldados a ofrecer apoyo directo al ejército noruego, fue atacada sin piedad por los alemanes. Los trescientos supervivientes de la unidad se retiraron en autobús. Un oficial de estado mayor enviado por Noruega al Ministerio de Guerra británico a fin de recibir instrucciones dijo a su regreso al general de división Adrian Carton de Wiart, al mando de otra sección: «Puede hacer usted lo que le parezca, porque ni ellos saben lo que quieren que hagamos». Las tropas británicas se desenvolvieron con honor en la batalla que empeñaron en Kvam entre el 24 y el 25 de abril antes de verse obligados a replegarse.

Después de aquello, los ministros y los jefes militares de Londres se mostraron favorables a la evacuación de Namsos y Åndalsnes. Neville Chamberlain, centrado como siempre en su propia persona, temía que recayese sobre él la culpa del fracaso. Los medios de comunicación, alentados por el gobierno, habían hecho que el pueblo británico albergase grandes esperanzas respecto de la campaña. Si la BBC, por ejemplo, había llegado a emitir el disparate de que los Aliados iban a «tender un cerco de acero en torno a Oslo», en aquel momento el primer ministro se preguntaba ante sus colaboradores si no sería prudente comunicar a la Cámara de los Comunes que el Reino Unido no había tenido en ningún momento la intención de emprender operaciones a largo plazo en el centro de Noruega. Los franceses, que llegaron a Londres el 27 de abril para reunirse con el resto de la junta de guerra suprema aliada, quedaron anonadados ante la propuesta de abandonar todo empeño bélico en la región, y se opusieron a ella con todas sus fuerzas. Reynaud regresó a París presumiendo de haber hecho salir de su inactividad a Chamberlain y a los suyos. «Les hemos enseñado lo que tienen que hacer y les hemos infundido la voluntad de hacerlo», aseguró de un modo no poco fantasioso, siendo así que dos horas más tarde se dio la orden de evacuar a los soldados británicos. Pamela Street, hija de un granjero de

Wiltshire, escribió con tristeza en su diario: «La guerra sigue adelante como un peso enorme que se hace más difícil de llevar conforme pasan los días[8]».

La campaña noruega engendró desconfianza y aun animosidad entre los gobiernos del Reino Unido y Francia, heridas que ni siquiera tras la caída de Chamberlain acabaron de cerrarse. Reynaud se lamentó el día 27 de la inercia de los ministros británicos, «ancianos que no saben lo que es asumir riesgos». Daladier hizo saber al gabinete galo el 4 de mayo: «Deberíamos preguntar a los británicos qué es lo que quieren hacer, porque nos han empujado a esta guerra y ahora escurren el bulto cada vez que hay que tomar medidas que pueden afectarlos de forma directa». Por vergonzoso que pueda resultar, lo cierto es que los jefes militares británicos destinados en Noruega recibieron órdenes de no decir a los invadidos que abandonaban el país. El general Bernard Paget se negó a acatarlas e hizo con ello que Otto Ruge, comandante en jefe de las fuerzas noruegas, exclamase alterado:

—Conque Noruega va a tener que compartir la suerte de Checoslovaquia y Polonia. Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¡Si sus ejércitos no han sufrido derrota!

Tras este breve arrebato, sin embargo, volvió a recuperar su compostura y su calma habituales. Aunque hay historiadores que han criticado la defensa que hizo del centro de Noruega, lo cierto es que resulta difícil imaginar cómo podía haber alterado el desenlace con el reducido número de fuerzas de que disponía. Cuando el rey Haakon y su gobierno optaron por aceptar el exilio en el Reino Unido, el comandante en jefe se negó a abandonar a sus hombres e insistió en compartir cautiverio con ellos.

En Namsos, el general de división Carton de Wiart obedeció la orden de evacuar sin informar al comandante noruego que combatía a su lado, y que, por ende, se encontró de pronto con un flanco al descubierto. Después de llevar a cabo una difícil retirada en dirección al puerto, el oficial de Ruge no encontró allí otra cosa que un puñado de provisiones británicas, algunos vehículos destrozados y una nota desenfadada de despedida firmada por Carton de Wiart. El general Claude Auchinleck, que había asumido el mando aliado en Narvik, escribió más tarde al despacho londinense del jefe del estado mayor general imperial: «Lo peor de todo es tener que mentir a todos, sin excepción, para mantener el secreto. La situación resulta en particular difícil en relación con los noruegos, y uno no puede evitar sentirse el ser más despreciable del mundo por fingir que vamos a seguir luchando cuando estamos preparándolo todo para salir de aquí enseguida[9]». Mucho más al norte, británicos y franceses concentraron unos veintiséis mil soldados con la intención de hacer frente a los cuatro mil alemanes que se habían apoderado de Narvik, y resulta sorprendente que aun después de iniciarse la campaña francesa sostuvieran los Aliados sus operaciones hasta finales del mes de mayo. El 27 ocuparon el puerto tras no pocos días de combatir una resistencia

alemana tan terca como diestra.

La confusión de adhesiones y nacionalidades que caracterizaría de un modo tan notable aquel conflicto quedó puesto de relieve por la presencia, entre los atacantes de Narvik, de algunos republicanos españoles alistados en la legión extranjera de Francia después de verse expulsados de su país. «Los oficiales que albergaban cierto recelo ante la idea de dejar que… sentasen plaza en la legión, por considerarlos a todos comunistas, quedaron satisfechos al conocer el valor que desplegaban en la lucha —escribió el capitán Pierre Lapie—. [A uno de] los jóvenes españoles que atacaron el emplazamiento de una ametralladora alemana más allá de Elvegård… lo abatieron los fuegos de ésta cuando estaba sólo a un centenar de metros de ella, y otro dio un salto adelante y le aplastó la cabeza al artillero de un culatazo.»[10] El diario de combate del regimiento describía en estos términos la ascensión de los legionarios por la empinada ladera que precedía a la ciudad de Narvik, en la que hubieron de plantar cara a una feroz contraofensiva: «El capitán De Guittaut perdió la vida y el teniente Garoux sufrió heridas graves. La compañía, acaudillada por el teniente Vadot, logró detener el contraataque, y los alemanes retrocedieron dejando atrás a sus muertos y heridos… El sargento Szabo ha sido el primero en poner un pie en la ciudad».

De nada sirvió: apenas habían ocupado la ciudad y enterrado a los caídos cuando volvieron a embarcar los Aliados tras reconocer que sus posiciones resultaban insostenibles desde un punto de vista estratégico. Los noruegos quedaron, pues, solos ante la contemplación de cientos de hogares destrozados y paisanos muertos. Su soberano y su gobierno zarparon hacia el Reino Unido el 7 de junio a bordo de un crucero de la Royal Navy, y entre los invadidos hubo algunos que emprendieron verdaderas odiseas a fin de huir de la ocupación alemana y unirse a la lucha de los Aliados, ayudados en ocasiones por la embajadora soviética en Estocolmo, la eminente intelectual Alexandra Kollontái, quien los llevó a dar la vuelta al mundo en dirección este para llegar, a la postre, al Reino Unido.

La evacuación del centro de Noruega, sometido a intensos ataques de la aviación, conmovió y consternó a la opinión pública británica. El estudiante Christopher Tomlin escribió el 3 de mayo: «Nuestra retirada me ha dejado pasmado, muy desilusionado y preocupado… El señor Chamberlain… me hizo creer que íbamos a expulsar a los alemanes de Escandinavia, y ahora me siento desinflado, deprimido y convencido de que van a seguir llegando malas noticias… ¿Es que no tenemos más hombres como Churchill? No me creo que sea imposible encontrarlos[11]». A decir verdad, el primer lord del mar era responsable en no poca medida de la precipitación y la confusión que habían imperado en la intervención aliada en Noruega. Las fuerzas armadas

británicas carecían de los recursos necesarios para hacer un buen papel, y sus desmañados gestos, por lo tanto, fueron más una burla ante la tragedia del pueblo invadido. Sin embargo, los alardes retóricos y la belicosidad de Churchill, en contraste con la insustancialidad del primer ministro, hizo cundir entre el público británico un entusiasmo ante la idea de cambiar de gobierno que se hizo extensivo a la Cámara de los Comunes. Chamberlain dimitió el 9 de mayo, y al día siguiente, el rey Jorge VI invitó a Churchill a formar un nuevo gabinete.

Los alemanes fueron quienes más bajas sufrieron en la campaña noruega: 5296, frente a las 4500 de los británicos, que se produjeron en su mayoría el 8 de junio tras el hundimiento del buque de transporte Glorious y las embarcaciones que lo escoltaban a manos del crucero de combate Schamhorst. Los franceses y el contingente de exiliados polacos sufrieron 530 muertes, y los noruegos, unas mil ochocientas. La Luftwaffe perdió 242 aeroplanos, y la RAF, 112. Asimismo, se fueron a pique tres cruceros, siete destructores, un portaaviones y cuatro submarinos británicos frente a tres cruceros, diez destructores y seis submarinos alemanes. Además, quedaron muy maltrechos cuatro cruceros y seis destructores germanos.

La conquista de Noruega brindó a Hitler una serie de bases navales y aéreas que revestirían una gran importancia durante la invasión de la Unión Soviética, y de los que el dirigente nazi sabría sacar provecho para impedir el envío de provisiones a Múrmansk por parte de los Aliados. Por si fuera poco, no necesitó importunar a los suecos, que siguieron siendo neutrales, y su predominancia estratégica garantizó la continuación de la remesa de hierro a Alemania desde Suecia sin que ésta se atreviera a ofrecer servicio alguno a los Aliados. Aun así, el precio que hubo de pagar el Führer no fue baladí: su obsesión por conservar su dominio frente a un posible asalto británico lo llevó a destinar allí a trescientos cincuenta mil hombres hasta el final de la guerra, lo que supuso una sangría considerable a los recursos humanos de que disponía. Por otra parte, las pérdidas navales que hubo de arrostrar durante aquella campaña serían uno de los factores que hicieron poco realista la invasión ulterior del Reino Unido.

Dado que la responsabilidad de dirigir las operaciones aliadas en Noruega recayó en especial sobre los británicos, a ellos corresponde la culpa del fracaso. Aunque éste se debió en gran medida a la falta de recursos disponibles, la actuación de la oficialidad de la Royal Navy dejó mucho que desear: a la escandalosa incompetencia del capitán del Glorious se debió sobre todo la pérdida de aquel buque de transporte de tropas, y la insuficiencia de las defensas antiaéreas de las embarcaciones británicas quedó de manifiesto de un modo lamentable. Los ataques a destructores alemanes emprendidos los días 10 y 13 de abril en Narvik y la posterior evacuación de

las fuerzas de tierra anglofrancesas fueron las únicas operaciones navales dignas de encomio. La conducta del Reino Unido respecto de Noruega se caracterizó por la mala fe o, lo que viene a ser casi idéntico, por una falta total de sinceridad. Dice mucho a favor de los noruegos el que supieran perdonar con tanta rapidez y diesen sobradas muestras de lealtad a los Aliados tanto en el exilio como en su nación ocupada. Aunque, después de que la Royal Navy dejase escapar la ocasión del 9 de abril, no había acción alguna al alcance de los británicos que hubiese podido impedir la conquista alemana, la vileza moral y la ineptitud militar de que se dio buena muestra en aquella campaña dijeron mucho en contra de los políticos y comandantes del Reino Unido. Si la escala de las operaciones fue pequeña en comparación con las que estaban por llegar, lo cierto es que la falta de voluntad y liderazgo, y la insuficiencia en lo tocante a equipo y tácticas que se dieron en ella aún tendrían que repetirse en campos de batalla mucho más amplios.

La intervención en Noruega tuvo por consecuencia más importante la caída de Chamberlain. De no haber sido por ella, es en extremo probable que se hubiera mantenido en el cargo de primer ministro durante toda la campaña francesa que la siguió. Una cosa así podía haber tenido efectos catastróficos para el Reino Unido y para el mundo, ya que no es improbable que su gobierno hubiese querido negociar la paz con Hitler. Con todo, sólo la posteridad puede brindar cierto consuelo ante el cataclismo noruego, consuelo que a la sazón se negó a todos los participantes a excepción de los ejércitos victoriosos de los alemanes.

II. La caída de Francia

La noche del 9 de mayo de 1940, los soldados franceses del frente occidental oyeron «un gran murmullo» en las líneas alemanas e hicieron correr hacia la retaguardia la voz de que el enemigo había comenzado a moverse. Los mandos, sin embargo, optaron por creer que se trataba de una alarma infundada de tantas. Aunque el asalto alemán a los Países Bajos, Bélgica y Francia comenzó a las 4.35 del día 10, hubieron de dar las 6.30, transcurridas ya cuatro horas del primer aviso procedente de los puestos avanzados, para que sacasen de la cama al general Maurice Gamelin, comandante en jefe de las fuerzas aliadas. Siguiendo las peticiones de ayuda que se habían esperado durante tanto tiempo y que en aquel momento llegaban procedentes de los gobiernos neutrales de Bruselas y La Haya, víctimas por encontrarse al paso del avance alemán, Gamelin envió a sus ejércitos al río Dyle (Bélgica) a fin de poner por obra su antiguo plan de contingencia. Entonces se pusieron en marcha con rumbo noreste las nueve divisiones del cuerpo expedicionario

británico y lo más granado de las fuerzas francesas: las veintinueve de los ejércitos I.º, VII.º y IX.º La Luftwaffe no efectuó intento serio alguno de interferir, pues los Aliados estaban haciendo precisamente lo que había esperado Hitler: eliminar la amenaza que se cernía sobre el flanco del grueso de los ejércitos alemanes, que avanzaba con brío más al sur.

Los atacantes desbarataron las defensas de los Países Bajos y Bélgica. En las horas iniciales del 10 de mayo, el cuerpo de paracaidistas lanzado por los aviones de la Luftwaffe se hizo con el fuerte de Eben-Emael, lugar de vital importancia que protegía el canal Alberto y que había sido construido por una empresa alemana que tuvo la amabilidad de entregar los planos a los estrategas de Hitler, y con dos de los puentes que cruzaban el río Mosa a la altura de Mastrique (Maastricht). Cuando Churchill juró el cargo de primer ministro del Reino Unido, las tropas avanzadas alemanas habían chocado ya con el ejército neerlandés. Entre tanto, más al suroeste, había 134 000 hombres y 1600 vehículos, de los cuales 1222 eran blindados, atravesando el bosque de las Ardenas a fin de asestar el golpe definitivo de aquella campaña, dirigido contra el sector central —el más débil— de las líneas francesas. Más tarde, los alemanes afirmarían, en tono jocoso, que habían creado «el mayor atasco de la historia» en las arboledas de Luxemburgo y la región meridional de Bélgica, al hacer pasar millares de carros de combate, camiones y cañones por carreteras que los Aliados habían supuesto demasiado angostas para ser transitadas por un ejército. Las columnas que avanzaban por ellas habrían sido vulnerables a ataques aéreos si los franceses hubiesen reparado en su presencia y su importancia; pero lo cierto es que no ocurrió nada semejante: Gamelin y sus generales dirigieron las operaciones, del principio al fin de la campaña, sumidos en un mar de incertidumbre que los llevó aun a desconocer hasta dónde habían llegado los alemanes en la mayor parte de los casos o adonde podían estar dirigiéndose.

Las acciones del reducido contingente británico y su escape de Dunkerque han recibido una atención desproporcionada por parte de la historia. Los alemanes tenían por objetivo principal la derrota del ejército francés, que constituía, con diferencia, el obstáculo más formidable de cuantos tenía delante la Wehrmacht. Las fuerzas del Reino Unido representaron un papel secundario, y en particular los primeros días, apenas se atrajo la atención de un número modesto de unidades alemanas de aire y tierra. No es cierto que la defensa de Francia dependiera sobre todo de las fortificaciones fronterizas de la Línea Maginot, destinadas, junto con los cañones en ellas instalados, a exonerar a los hombres de operaciones activas más al norte. Escarmentados por el recuerdo de la devastación y las carnicerías ocurridas entre 1914 y 1918 en su propia nación, los franceses hicieron cuanto estuvo en sus manos por hacer la guerra fuera del suelo patrio. Y así, Gamelin planeó una batalla

decisiva en Bélgica haciendo caso omiso del hecho de que los ejércitos atacantes tenían otras intenciones. El error más grave de cuantos había cometido el comandante en jefe de las fuerzas galas en los albores de la primavera de 1940 había sido el de trasladar el VII.º ejército a la izquierda de la línea de los Aliados en previsión de la incursión belga.

La vanguardia francesa cruzó la frontera de los Países Bajos y topó con que el ejército de éstos ya se había replegado demasiado en dirección noreste para crear un frente común, en tanto que el belga se retiraba sumido en el desconcierto. Las unidades de Gamelin lucharon con gran firmeza en las batallas, por demás significativas, que se sucedieron en Bélgica. Pese a carecer del número necesario de cañones antiaéreos y anticarro, poseían vehículos blindados de gran calidad, entre los que destacaba el Somua S-35. Durante la contienda larga y trabajosa librada en Hannut entre los días 12 y 14 de mayo, dejaron fuera de combate 165 carros alemanes frente a 105 de los propios, y el frente francés del Dyle permaneció sin menoscabo. Sin embargo, no hubo de pasar mucho tiempo antes de que quienes lo defendían se vieran obligados a replegarse, al encontrar doblegado su flanco derecho: los alemanes, que se habían hecho con el campo de batalla de Hannut, lograron recobrar y reparar la mayor parte de sus vehículos dañados.

Durante el primer par de días de la campaña, el alto mando francés fue incapaz de comprender el peligro que suponía: un testigo calificó de realmente desenfadada la conducta de Gamelin, que se pasó el tiempo «recorriendo de arriba abajo el pasillo de su fortificación a grandes zancadas y con porte marcial y satisfecho[12]». Otro observador aseguró haberlo visto «con aspecto inmejorable y una sonrisa de oreja a oreja». A este caudillo de sesenta y siete años de edad se le había considerado por lo común, en calidad de jefe de estado mayor de Joffre, responsable de la victoria obtenida por Francia en la batalla del Marne. Personaje refinado sabedor de su valía, gran aficionado a tratar de filosofía y arte y de marcada conciencia política, gozaba de una popularidad mucho mayor que la de su sucesor, el irascible Maxime Weygand. La debilidad que lo llevaba a la inacción fue su tendencia a buscar el término medio y a evitar la toma de decisiones espinosas. Él y sus subordinados, que habían dado por sentada une guerre de longue durée, un enfrentamiento prolongado en la frontera francesa, quedaron desconcertados por los acontecimientos de mayo de 1940, que se sucedieron a mayor velocidad de lo que jamás hubiesen podido imaginar.

Los alemanes habían destinado 17 divisiones al sur, a arremeter contra la Línea Maginot; 29 a tomar los Países Bajos y el norte de Bélgica, y 45, incluidas siete blindadas, a atacar el centro del frente y dirigirse a continuación al noroeste, hacia la costa del canal de la Mancha, después de cruzar el Mosa para envolver así a las fuerzas francesas y británicas

apostadas en Bélgica. Sólo la mitad de las tropas de asalto alemanas se hallaba adiestrada de manera cabal, y la mayor parte estaba conformada por combatientes de más de cuarenta años procedentes de la reserva. El peso de la misión de derrotar al ejército francés descansaba sobre todo en los ciento cuarenta mil hombres de las divisiones blindadas y mecanizadas encargadas de efectuar el avance decisivo a través del Mosa. Los primeros llegaron al río a las dos en punto de la tarde del 12 de mayo, sin apenas cruzarse con un solo soldado francés después de salir de las Ardenas; lo que significa que, más que un ataque, habían llevado a término una marcha. La linea del Mosa estaba defendida por soldados de la reserva del II.º ejército de Charles Huntziger, que la mañana del día siguiente fueron víctimas de un bombardeo devastador protagonizado por más de un millar de aviones de la Luftwaffe que atacaron por tandas. La incursión, la primera de su género que emprendieron durante la guerra, pese a provocar escasos daños materiales, tuvo un impacto brutal en la moral de los soldados. «Por si fuese poco el ruido de los motores —escribió uno de ellos—, viene acompañado de esos chillidos pavorosos que le destrozan a uno los nervios… Y de pronto, empiezan a llover bombas… ¡Y eso se repite una vez y otra! Por aquí no ha aparecido un solo avión francés o británico. ¿Dónde puñetas estarán? El compañero que tengo al lado, un tío joven, se ha echado a llorar.»[13]

Cierto oficial del estado mayor escribió desde Sedán: «Los artilleros dejaron de disparar para echarse a tierra, y los de la infantería se agazaparon en las trincheras, aturdidos por el estrépito de las bombas al caer y el chillido de los bombarderos en picado. Aún no han desarrollado la reacción instintiva de correr a los cañones antiaéreos para contestar con sus fuegos: sólo piensan en mantener la cabeza bien agachada. Cinco horas de pesadilla han bastado para hacerles añicos los nervios[14]». Los soldados, como la generalidad de los seres humanos, cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentren, responden mal a lo inesperado. Durante el largo invierno de 1939 y 1940 no se había hecho nada por enseñar al ejército francés a soportar experiencias tan terribles como aquéllas.

Los ataques aéreos destruyeron la mayor parte del sistema telefónico de la oficialidad. El mismo día 13, antes de aquello, se había producido una escena de «pánico ante los carros de combate» cinco kilómetros más al sur de Sedán. El general al mando de aquel sector salió de su cuartel general a fin de averiguar a qué se debía el griterío que había estallado en el exterior y topó con una escena caótica: «Por la carretera se había precipitado una oleada de artilleros y soldados de infantería que huían muertos de miedo en automóviles y a pie, algunos sin armas y con los macutos a rastras, anunciando a voces: "¡Que están los tanques en Bulson!". Algunos disparaban sus fusiles como lunáticos. A la cabeza corrían el general

Lafontaine y sus oficiales, tratando de hacer que entraran en razón y se agruparan. Habían mandado atravesar camiones en la carretera… Los oficiales estaban mezclados con sus hombres… Reinaba la histeria colectiva[15]». Unos veinte mil hombres levantaron el campamento dominados por el terror… seis horas antes de que cruzasen el Mosa las fuerzas alemanas. Lo más probable es que confundiesen sus propios carros de combate con vehículos del enemigo.

Las primeras unidades germanas que cruzaron el río sufrieron numerosas bajas a manos de las ametralladoras francesas, y sin embargo semejantes pérdidas no minaron la resolución de los soldados, que fueron alcanzando la margen occidental a bordo de lanchas neumáticas y atravesaron las ciénagas que se extendían en ella para atacar las posiciones de los de Francia. Un sargento llamado Walther Rubarth dirigió el ataque de un grupo de once ingenieros de asalto a una serie de búnkeres con cargas concentradas y granadas. Aunque murieron seis de ellos, el resto logró abrir brecha. Los de la infantería blindada, o Panzergrenadier, usaron una vieja presa que unía una isla con las dos orillas del Mosa para tomar posiciones en la occidental, y a las 17.30, los zapadores habían empezado a construir puentes y se había comenzado a transportar equipo de combate al otro lado a bordo de balsas. Algunos soldados franceses habían emprendido la retirada, o por mejor decir, la huida. A las 23.00, completados los primeros pontones, comenzaron a pasar carros de combate: los logros del cuerpo de ingenieros fueron tan impresionantes como los de las tropas de asalto.

La respuesta de las fuerzas francesas fue lentísima y confiada hasta rayar en lo absurdo. Cuando alguien dio a entender al general Huntziger que la agresión alemana se estaba desarrollando como la invasión de Polonia, éste se limitó a encogerse de hombros con gesto teatral y responder: «Polonia es Polonia, y esto es Francia». Asimismo, al saber del paso del Mosa repuso: «Más prisioneros haremos». Aquel mismo día, el cuartel general de Gamelin había declarado: «Aún no es posible determinar en qué sector piensa acometer el enemigo su ataque principal». Sin embargo, aquella noche, el general Joseph Georges, al mando del frente noreste, telefoneó al comandante en jefe para informar de que se había producido en Sedán «un follón tremendo». A las 3.00 del día 14, cierto oficial galo describió así la escena vivida en el cuartel general de Georges: «La sala se hallaba a media luz, y el comandante Navereau repetía en voz baja la información que iba recibiendo. El general Roton, jefe de estado mayor, se encontraba arrellanado en una butaca. La atmósfera imperante era la propia de una familia en la que se ha dado una muerte. Georges se levantó de pronto… blanco como la pared. "¡Han roto el frente en el sector de Sedán! ¡Lo han desbaratado!", gritó, y dejándose caer en una silla, rompió a llorar[16]». Otro oficial presentó al

general Georges Blanchard, comandante del I.er ejército, «sentado y atenazado por una inmovilidad trágica, incapaz de decir ni hacer nada y con la mirada clavada en el mapa desplegado sobre la mesa que nos separaba[17]».

Aquella misma mañana se produciría el momento decisivo de la campaña. Lo cierto es que el paso del Mosa no tenía por qué haber sido tan calamitoso de haberse contrarrestado con un contraataque rápido; pero las fuerzas francesas se congregaron con gran apatía para avanzar vacilantes y de forma poco sistemática; además, los ataques acometidos por 152 bombarderos y 250 cazas de la RAF no fueron respondidos por las fuerzas aéreas galas, por lo que no infligieron daño alguno a los puentes alemanes y se saldaron con un número elevadísimo de bajas: de los 71 bombarderos británicos volvieron sólo cuarenta. El Battle del capitán Bill Simpson se incendió al estrellarse, y su dotación tuvo que sacarlo a la rastra y medio desnudo de los restos en llamas[18]. Sentado en la hierba de los alrededores y presa de la conmoción, se miraba las manos «con aterrada incredulidad… Me colgaban jirones de piel como carámbanos, y los dedos encogidos y puntiagudos como las garras de una enorme ave salvaje, de una delgadez cadavérica. ¿Qué iba a hacer yo ahora? ¿De qué iban a poder servirme aquellas garras paralizadas de por vida?».

Caída la tarde del 14, habían sido derrotadas tres formaciones francesas, cuyos integrantes habían huido del campo de batalla. Una de ellas era la LXXI.ª división, de la cual ha entrado a formar parte de la leyenda un episodio infausto: el del coronel que trataba de detener la escapada de sus hombres y se vio apartado de un empujón por quienes gritaban: «¡Nos vamos a casa a trabajar! ¡Aquí no hay nada que hacer! ¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos! ¡Nos han traicionado!»[19]. Con todo, no faltan historiadores modernos que pongan en duda la verdad de esta escena. Pierre Lesort, oficial de la misma unidad, conservaba un recuerdo distinto, más heroico, de aquel día: «Vi con toda claridad, a unos ochocientos o mil metros a mi izquierda, una batería de artillería… que no dejó de disparar a los Stuka que descendían en picado para atacarla sin descanso. Todavía tengo presentes las nubecillas redondas de humo que formaban sus cañones en el cielo, alrededor de aquellos aviones que, tras dispersarse, regresaban una y otra vez». Con todo, quien tal cosa afirmaba no podía menos de reconocer que la moral iba erosionándose de manera progresiva: «Hay que decir que el dominio de los cielos que manifestaron los alemanes aquellos dos días sembró el descontento y la impaciencia entre los soldados. Al principio fue sólo un rezongo: "¡Por Dios bendito! Pero ¡si sólo hay aviones alemanes! ¿Qué puñetas están haciendo los nuestros?"; pero los días siguientes… pudo verse crecer algo semejante a un resentimiento impotente[20]».

En los días sucesivos, los vehículos blindados franceses lanzaron una serie

de ataques poco metódicos a la cabeza de puente del Mosa desde el sur. Gamelin y sus oficiales incurrieron en un nuevo error, desastroso y tal vez irremediable, al no ser capaces de entender que las tropas de asalto de Von Rundstedt no tenían la intención de proseguir su avance hacia el oeste para alcanzar el corazón de Francia, sino que se dirigían al norte, hacia el mar, al objeto de envolver a los ejércitos británicos y franceses apostados en Bélgica. El «torrente desbordado» alemán había formado ya un frente de cien kilómetros de ancho, en tanto que el IX.º ejército, al cargo de la defensa de aquel sector, casi había dejado de existir. Las columnas de Panzer en progresión eran muy conscientes del peligro que comportaba la posibilidad de un contraataque aliado a sus flancos, aunque el alto mando francés parecía carecer de la voluntad o la pericia necesarias para emprender semejante acción, así como de los medios que hacían falta para llevarla a término. Es un error dar por supuesto que su ejército no ofreció resistencia de relieve a la ofensiva alemana de 1940 cuando hubo unidades que acometieron ataques enérgicos y victoriosos en determinadas zonas, y que pagaron con numerosas bajas. Sin embargo, es cierto que en ninguna de ellas actuaron con la contundencia suficiente para detener los rápidos embates de las formaciones blindadas de Von Rundstedt.

Pierre Lesort describió «una impresión inmediata de caos total y vergonzosa desesperación; pertenencias transportadas en bicicletas, y cascos y cañones que brillaban por su ausencia. Presentábamos el aspecto propio de vagabundos aturdidos… En el arcén había de pie un hombre solo e inmóvil, tocado de negro y con sotana corta. Se trataba de un capellán castrense… y pude ver que lloraba[21]». El soldado Gustave Folcher escribió lo siguiente acerca del encuentro con compañeros procedentes de las unidades desbaratadas del norte: «Nos contaban cosas terribles a las que apenas lográbamos dar crédito… Algunos venían nada menos que del canal Alberto… Pedían algo que comer y beber. ¡Pobres gentes! Caminaban en hileras interminables, ofreciendo una imagen lastimosa. Si esos entusiastas que van a contemplar los magníficos desfiles militares de París o de cualquier otra ciudad pudiesen ver ese otro ejército que conocimos aquella mañana, el verdadero… tal vez entenderían lo que sufre el combatiente[22]».

La opinión pública francesa se vio invadida, en un primer momento, por una poderosa sensación de irrealidad cuando comenzó a desmoronarse el mundo que conocía. La escritora judía de origen ruso Irène Némirovsky dio cuenta en Suite francesa, novela autobiográfica de 1940, de la incredulidad que despertó en París la noticia de los impresionantes avances de los alemanes. «Pese al carácter terrible de la información que recibíamos, nadie quiso creerla más que si se hubiera anunciado la victoria.»[23] Sin embargo, a medida que empezó a comprenderse la verdad, la nación se vio invadida por

el pánico. Uno de los aspectos más nocivos de aquellos días fue el éxodo masivo de paisanos, que tuvo un impacto igual de desastroso sobre las comunicaciones militares que sobre la moral de los soldados. Los habitantes de las regiones orientales de Francia, que habían sufrido ya la ocupación alemana de 1914, no estaban dispuestos a vivir una experiencia similar. Buena parte de la población de Reims huyó de sus hogares; en Lille permaneció sólo una décima parte de sus doscientos mil habitantes, y de los veintitrés mil de Chartres quedaron apenas ochocientos después de los intensos bombardeos de que fue víctima la ciudad episcopal. Muchos municipios quedaron convertidos en pueblos fantasma.

En toda la Francia oriental y central, las unidades militares hubieron de afanarse por desplegar sus fuerzas entre colosales columnas de seres humanos desesperados.

> Las gentes están enloquecidas —escribió Gustave Folcher—, y ni siquiera responden cuando les preguntamos. Sólo llevan una palabra en la boca: evacuación, evacuación… Lo más penoso es ver a familias enteras caminar por la carretera, tirando de sus animales hasta que se ven obligadas a dejarlos en algún redil. Vemos carros tirados por dos, tres o cuatro yeguas hermosas, algunas de ellas seguidas por potrillos que corren el riesgo de ser aplastados cada pocos metros. Los conducen mujeres, a menudo deshechas en lágrimas, aunque lo más normal es que sea un chiquillo de ocho, diez o quizá doce años quien vaya al frente de los caballos. En el interior de los carros, en los que se han apilado a la carrera muebles, baúles, ropa blanca y los objetos más preciados, cuando no sólo lo más indispensable, se han hecho también un hueco los abuelos, que llevan en brazos a criaturas pequeñas o aun recién nacidas… Los niños nos inspeccionan uno a uno cuando los adelantamos. Llevan consigo el perrito, el gatito o la jaula de canarios de los que no quieren desprenderse[24].

En el mes que siguió al comienzo del asalto alemán abandonaron su terruño ocho millones de franceses, lo que convirtió la suya en la mayor emigración multitudinaria ocurrida en la historia de Europa. Las familias que permanecieron en París tuvieron que correr a los refugios antiaéreos cada vez que sonaban las alarmas. «Tenían que vestir a sus hijos a la luz de una linterna —escribió Irène Némirovsky, que vivió aquella experiencia—. Las madres llevaban en brazos el peso de sus cuerpos menudos y cálidos mientras les decían: "Tranquilo; no llores, que no pasa nada". Una incursión aérea. Aunque se habían apagado todas las luces, bajo la claridad dorada del cielo de junio no había casa ni calle que no fuera visible. Por su parte, las aguas del Sena parecían absorber hasta la luz más leve para reflejarla cien veces más brillante, como un espejo de caras incontables. Las ventanas mal tapadas, el resplandor de las azoteas, los goznes metálicos de las puertas…; todo refulgía sobre la superficie del río. Había unas cuantas luces rojas que permanecían encendidas más tiempo que las demás sin que nadie supiese por qué, y el Sena las atraía hacia él, las capturaba y las hacía botar juguetonas en sus ondas.»[25]

La semana siguiente al paso del Mosa, los ejércitos invasores mantuvieron

un avance punto menos que incesante, en tanto que los Aliados llevaban a término como a cámara lenta cualquier actividad que no fuese la de huir. Si bien los británicos no dudaron en responsabilizar a los franceses de aquella situación terrible, lo cierto es que entre los mandos de lord Gort no faltó quien adoptase una actitud más abierta por entender que su propio cuerpo expedicionario tenía bien poco de lo que enorgullecerse. «Después de unos días de lucha —escribió John Horsfall, oficial de una unidad de fusileros irlandeses—, había ya parte de nuestro ejército incapaz de tomar medidas coordinadas, fueran ofensivas o defensivas… No podemos achacar toda la culpa… a nuestros políticos, [pues hubo] errores que cometimos nosotros solos… La actitud de nuestras fuerzas tuvo parte de la culpa, y lo cierto es que cabe preguntarse en qué podía haber estado pensando la escuela de oficiales durante los años anteriores a la guerra.»[26]

La disparidad que se dio entre el rendimiento de los alemanes y el de los Aliados occidentales en el campo de batalla fue uno de los grandes enigmas no sólo de la campaña de 1940, sino de todo el conflicto. Si Thomas Mann describió en cierta ocasión el movimiento nazi como «misticismo mecanizado», Michael Howard ha escrito: «Habida cuenta de que estaban armados con todos los adelantos tecnológicos militares y la racionalidad burocrática de la Ilustración, e inflamados por los valores guerreros de un pasado en gran medida ficticio, no cabe sorprenderse de que los alemanes pusiesen a raya el planeta en aquellas dos guerras terribles[27]». Aun así, aunque apunten en la dirección correcta, estos comentarios parecen dar una respuesta incompleta a la pregunta de lo que ocasionó la destreza de la Wehrmacht. Cierto es que los oficiales de más graduación habían combatido en la Primera Guerra Mundial, pero no lo es menos que el ejército alemán había permanecido aletargado durante más de una década tras el conflicto, y que en el período de entreguerras no había tenido experiencia militar alguna, en tanto que los oficiales, jefes y generales británicos habían participado, cuando menos, en operaciones de escasa intensidad en la frontera noroeste de la India y en refriegas producidas en Irlanda o en las colonias.

La conclusión ineludible es que el papel de gendarme imperial que había adoptado el ejército británico había dificultado su adiestramiento y adaptación para hacer frente a una guerra a gran escala, siendo así que los conflictos menores fomentaban el empleo de unidades de poca envergadura, lo que convirtió al regimiento en el centro de las operaciones, y exigían esfuerzos, sacrificios y juicios tácticos limitados. Algunos oficiales, según la expresión empleada por Michael Howard, actuaban de un modo «por demás profesional en un ámbito reducidísimo». Sea como fuere, a lo largo del conflicto, los generales de Churchill hubieron de sufrir la falta de un sistema coherente de instrucción del alto mando como el que adquiriría el ejército

británico treinta años más tarde. La Wehrmacht, creada de nuevo durante la década de 1930 a partir de un simple cuadro, adoptó ideas nuevas y se preparó y condicionó exclusivamente para la guerra continental. La energía, la profesionalidad y la imaginación que desplegaban sus mandos superaban a las que podían verificarse en el común de los oficiales británicos, y sus hombres estaban muy motivados. El proceder de que dieron muestra los alemanes en el campo de batalla estaba impregnado de una clara disciplina institucional en todos los niveles, y se mantuvo así durante toda la guerra. La disposición a contraatacar que manifestaban aun en circunstancias adversas fue un don inestimable, y la inclinación a combatir hasta el último aliento por destruir al enemigo parecía innata al soldado alemán, en contraste con sus enemigos británicos o franceses. Éstos, influidos por la cultura de la que procedían, se preciaban de conducirse en el campo de batalla como gentes razonables, y la Wehrmacht se encargó de demostrar lo que podía llegar a hacer la irracionalidad.

Durante el mes de mayo de 1940, John Horsfall lamentó la falta de mapas topográficos de calidad de que adolecía el cuerpo expedicionario británico, así como el error de no proteger la retirada con contraataques circunscritos capaces de infligir un daño considerable a las fuerzas avanzadas alemanas, la escasa efectividad con que se ubicaban las unidades de artillería o el modo inadecuado como se transmitían las instrucciones a cuantos estaban en primera línea de fuego: «Nuestros soldados sólo necesitan que se les diga de manera sencilla contra qué tienen que luchar». Él y sus camaradas tuvieron sobrada ocasión de asombrarse e indignarse cuando hubieron de regresar a pie desde Bélgica y atravesar parte del noreste francés y fueron testigos del desmoronamiento de buena parte de su ejército y de la mayoría de sus comandantes. «Fue una marcha deplorable —escribió— durante la cual [la sección de fusileros] se vio disgregada de forma progresiva por fracciones perdidas y en ocasiones desordenadas de otras unidades que se iban uniendo a nosotros procedentes de las carreteras secundarias… Todo esto daba mucho que pensar… Era inevitable echar de ver que alguien de los nuestros había perdido los papeles. La tropa lo notó enseguida, y los oficiales tuvieron que acallar los comentarios al respecto… o reírse de ellos… Estaba ocurriendo algo muy poco favorable, pero nuestros regimientos no tenían más culpa de ello que de la confusión reinante en Crimea… No entendía por qué no se había dirigido con propiedad una retirada tan importante.»[28]

Entre tanto, los comandantes franceses parecían vivir en un mundo de fantasía. Los oficiales del estado mayor de Gamelin se maravillaron al verlo almorzar en su cuartel general el 19 de mayo entre chistes y comentarios insustanciales pese a la desesperación de sus subordinados. A las 21.00 de aquella misma noche, hora aproximada en la que llegaron los primeros

vehículos blindados alemanes a la desembocadura del Somme y alcanzaron, por lo tanto, el canal de la Mancha, fue sustituido, por orden de Reynaud, por el general Maxime Weygand, de setenta y tres años de edad. El nuevo comandante supremo entendió que la única esperanza que poseían los Aliados de romper el envolvimiento de Bélgica y el noroeste de Francia dependía del lanzamiento de diversos contraataques desde el sur y el norte contra los flancos alemanes en los aledaños de Arrás. Ironside, jefe del estado mayor general imperial, que se hallaba de visita en el continente, llegó a la misma conclusión. La reunión que mantuvo aquel día en Lens con los generales franceses Gaston Billotte y Georges Blanchard le produjo gran disgusto por causa de la inercia de que daban signos. Ambos se hallaban sumidos «en un estado de completa depresión. Ni tienen plan alguno, ni tienen pensado tenerlo. Listos para ir al matadero. Derrotados de cabeza sin bajas». Ironside les instó a emprender una ofensiva inmediata hacia el sur dirigida a Amiens, y Billotte prometió cooperar. A renglón seguido, el británico telefoneó a Weygand, y acordó con él que a la mañana siguiente, la del 21, atacarían dos divisiones francesas y otras tantas del Reino Unido.

Lord Gort no llegó a creer en ningún momento que los franceses fueran a ponerse en marcha, y no se equivocó: cuando las dos modestas unidades británicas avanzaron al día siguiente lo hicieron solas y sin apoyo alguno desde el aire. En un primer momento, los alemanes cayeron en la confusión cuando las columnas de Gort las agredieron al oeste de Arrás. Fue un enfrentamiento feroz en el que los británicos lograron avanzar unos dieciséis kilómetros y hacer cuatrocientos prisioneros antes de perder el ímpetu. Rommel, al mando de la VII.ª división de Panzer, se encargó personalmente de la defensa y de sacar a sus unidades de la confusión en que se hallaban. Los carros de combate Matilda causaron bajas considerables entre los alemanes y abatieron, de hecho, al ayudante de campo de Rommel, que se encontraba en ese momento al lado de su superior. Sin embargo, con esto quemaron los británicos su último cartucho. La ofensiva se llevó a término con arrojo y eficacia, aunque le faltó el peso necesario para ser decisiva.

La mañana de aquel día 21, mientras las fuerzas del Reino Unido se dirigían a Arrás, Weygand partió de Vincennes con rumbo al frente septentrional con la esperanza de organizar un contraataque más ambicioso. Semejante trayecto no tardó en sumirse en el absurdo. En primer lugar, el comandante en jefe hubo de pasar dos horas en Le Bourget esperando un avión. Al llegar a Béthune, topó con que en el campo de aviación no había más personal que un soldado desaliñado que vigilaba las provisiones de combustible. Al final, éste lo llevó en coche a una oficina postal desde la que logró telefonear a Billotte, el comandante del grupo de ejércitos, que había pasado la mañana buscándolo por los alrededores de Calais. Después de

detenerse a tomar una tortilla en un figón rural, se dirigió en avión al puerto para recorrer a continuación en automóvil una serie de carreteras atestadas de refugiados y reunirse con el rey Leopoldo en el ayuntamiento de Ypres. Trató de convencer al monarca para que apresurase la retirada de su ejército hacia el oeste, pero él se mostró reacio a abandonar el suelo belga. Billotte señaló que los británicos, que hasta entonces apenas habían entrado en combate, eran los únicos que se hallaban en condiciones de acometer. Weygand montó en cólera al entender, erróneamente, como un desaire el que lord Gort no asistiese a la reunión.

Cuando el comandante del cuerpo expedicionario llegó por fin a Ypres, accedió sin demasiada convicción a participar en una nueva contraofensiva, aunque dejó claro que tenía ocupadas todas sus reservas. Nunca llegó a creer que fuera a efectuarse de veras un avance combinado anglofrancés. Weygand habló más tarde de la propensión de los británicos a traicionar a sus aliados, lo que reflejaba el hondo convencimiento que, desde la Primera Guerra Mundial, albergaban los franceses de que los del Reino Unido luchaban siempre con un ojo puesto en la ruta de escape que los llevaría a los puertos del canal de la Mancha. Estos últimos, por su parte, no podían menos de desesperarse con el derrotismo de sus aliados. Hasta el momento, Weygand había estado en lo cierto al pensar que lord Gort los tenía por indolentes sin remedio y estaba resuelto a salvar el cuerpo expedicionario del hundimiento al que estaba condenada la campaña. Aquella noche aciaga del 21 de mayo, Billotte sufrió heridas mortales en un accidente de tráfico, y hubo que esperar dos días para que nombrasen a quien habría de sucederlo al mando del ejército septentrional. Mientras tanto, se hizo total la ruptura de las comunicaciones del mando aliado. Sir Edmund Ironside, jefe del estado mayor general imperial británico, escribió tras un encuentro mantenido el día anterior con el comandante del grupo de ejércitos francés: «Al final, perdí los nervios y lo agarré de la guerrera para zarandearlo. Se le ve totalmente derrotado[29]». Lord Gort expresó al rey Leopoldo lo difícil de la situación la noche del 21. Weygand salió de Dunkerque a las 19.00 a bordo de una lancha torpedera en medio de una incursión aérea, y a las 10.00 del día siguiente llegó a su cuartel general. Durante el tiempo que estuvo deambulando sin provecho por la región septentrional de Francia, los carros de combate, cañones y soldados alemanes no dejaron de avanzar en dirección norte y oeste a través de la descomunal brecha que se había abierto en las líneas aliadas.

Dejándose llevar por sus fantasías, el comandante supremo afirmó a Reynaud la mañana del 22 de mayo en tono punto menos que desenfadado: «Tantos errores me han dado confianza, porque ahora estoy convencido de que en el futuro vamos a cometer menos». Garantizó al primer ministro que

el cuerpo expedicionario así como las fuerzas de Blanchard estaban en buena forma para combatir, y le expuso las líneas generales del contraataque que había planeado y concluyó de manera ambigua: «Si no nos trae la victoria, al menos salvará nuestro honor». Durante una reunión celebrada en París el día 22 con Churchill y Reynaud, Weygand se mostró rebosante de optimismo y aseguró que un ejército nuevo con casi veinte divisiones iba a llevar a cabo el contraataque francés desde el sur a fin de restaurar la unión con el cuerpo expedicionario. Sin embargo, ni el ejército ni el ataque eran más que producto de su imaginación.

La noche del día 23, lord Gort retiró sus fuerzas del entrante que sostenían en Arrás. Esto llevó a los franceses a concluir que sus aliados estaban repitiendo el mismo proceder egoísta y pusilánime de 1914. En realidad, la decisión de aquél se derivó, sin más, de reconocer cuál era la realidad; pero Reynaud omitió comunicar a Weygand que los británicos se estaban preparando para evacuar su cuerpo expedicionario. Lord Gort aseguró al almirante Jean-Marie Abrial, responsable del perímetro de Dunkerque, que pondría tres divisiones a cubrir el repliegue francés. Sin embargo, después de que él partiese al Reino Unido, su sucesor, Harold Alexander, no tuvo a bien cumplir la promesa. «Su decisión —repuso Abrial— es una deshonra para su patria». La derrota provocó un maremágnum de recriminaciones entre los Aliados. Weygand, por ejemplo, cuando supo, el 28 de mayo, de la rendición de Bélgica, espetó hecho una furia: «¡Ese rey es un cerdo!; ¡un cerdo abominable!».

Los británicos, entre tanto, habían empezado a evacuar a los soldados del cuerpo expedicionario de los puertos y las playas de Dunkerque. «Nadie dudaba de que nos venía encima un cataclismo militar de magnitud monumental —escribió John Horsfall, oficial de los fusileros irlandeses, en su carta de dimisión—. Nos quedaba la opción de refugiarnos en la historia, sabedores de que tal consecuencia no sólo era de esperar, sino algo habitual de nuestro ejército cada vez que nos veíamos arrojados de forma temeraria por nuestros políticos a una guerra en Europa.»[30] El sargento L. D. Pexton se contaba entre los más de cuarenta mil soldados británicos que cayeron prisioneros tras un combate destinado a cubrir una retirada cerca de Cambray en el que el enemigo rebasó su unidad. «Recuerdo —escribiría más tarde— la orden de alto el fuego y que eran las doce en punto. Me puse en pie y puse las manos en alto. ¡Dios santo! ¡Qué pocos nos levantamos! Convencido de que había llegado al fin de mis días, encendí un pitillo.»[31]

La evacuación de Dunkerque se anunció al público británico el 29 de mayo, cuando los voluntarios civiles de cierta asociación de embarcaciones menores se unieron a los buques de guerra que estaban rescatando a los hombres de las playas y el puerto. La hazaña que protagonizó la Royal Navy durante la semana siguiente se haría legendaria. El vicealmirante Bertram Ramsay, dirigió, desde un cuartel general subterráneo de Dover, el movimiento de casi novecientas embarcaciones con una calma y una destreza extraordinarias. Si la imagen romántica de aquella operación está asociada a la evacuación de soldados de las playas de Dunkerque mediante el uso de lanchas civiles y barcos de recreo, lo cierto es que la mayor parte —dos tercios, aproximadamente— se embarcó en destructores y otras naves de gran calado en el espigón del puerto. Las fuerzas navales tuvieron suerte de que, durante toda aquella Operación Dinamo, el canal de la Mancha estuviese

sumido en una calma casi antinatural.

El soldado Arthur Gwynn-Browne vertió en términos de lirismo arrebatado su gratitud por verse regresando a su hogar y dejado atrás el infierno extraño de Dunkerque: «¡Qué maravilla! Me hallaba a bordo de un barco, y cualquier barco, sí, cualquier barco es Inglaterra. Cualquier barco, sí, cualquier barco; yo iba a bordo de uno de camino a Inglaterra. ¡Qué maravilla! Yo estaba en calma, bebiendo la brisa del mar. Allí no había humo ni llamas ni fuego ni densas nubes grises y oleosas: sólo la brisa del mar, que yo bebía con ansia. Era fresca y clara, y yo estaba vivo. ¡Qué maravilla!»[32]. Muchos regresaron con cierto temor respecto de la acogida que se les iba a brindar en cuanto supervivientes de una de las mayores derrotas que hubiese sufrido jamás su nación. Walter Gilding, cabo de mar de cierta compañía, escribió: «Estaba convencido de que cuando arribásemos nos iban a crucificar, sobre todo porque, siendo soldados regulares, habíamos puesto pies en polvorosa… Sin embargo, en vez de eso nos aclamaron y nos aplaudieron como a héroes, y nos agasajaron con té y emparedados. Debíamos de tener un aspecto lamentable[33]». John Horsfall vivió la misma experiencia: «En Ramsgate tuvimos ocasión de contemplar por vez primera la increíble proeza de improvisación lograda por la colaboración entre las autoridades civiles y militares. Allí estaba nuestra Britania, recibiéndonos con su varita de hada madrina y su manto de magia, y también un breve destello de la historia. Apenas éramos conscientes de esto último: nos sentimos muy emocionados, y supimos de inmediato que el mismo espíritu nacional que había derribado a Napoleón iba a acabar también con Hitler. La cálida recepción que se nos dispensó en aquel puerto de tanta antigüedad fue excelente… Nos aguardaba una serie interminable de trenes, y un grupo de señoritas encantadoras con té y otros obsequios; pero la fatiga ahogaba cualquier otra emoción, y me temo que debimos de reaccionar de un modo muy poco entusiasta[34]».

La leyenda de Dunkerque, como cualquier otro acontecimiento histórico de envergadura, no estuvo exenta de desdoro, y así, un número significativo de marinos británicos se negó a participar en la evacuación, incluidas la flota pesquera de la ciudad de Rye y algunas dotaciones de lanchas de socorro; otros, ya en suelo patrio, se excusaron de volver a zarpar una vez conocidos el caos de las playas y los bombardeos de la Luftwaffe. Aunque las más de las unidades combatientes conservaron su cohesión, no faltaron entre la tropa alteraciones disciplinarias que obligaron a algunos oficiales a echar mano a sus revólveres y aun a dispararlos. Los tres primeros días, los británicos se conformaron con sacar de allí a sus hombres, en tanto que los franceses mantuvieron el perímetro meridional sin que se les permitiera acceder a las embarcaciones. Al menos en una ocasión, cuando trataron de subir a una de ellas, los hicieron desistir soldados británicos indisciplinados. Hizo falta que

interviniese en persona Churchill para que comenzasen a evacuarlos también a ellos —en número de 53 000— una vez embarcado todo el personal del Reino Unido. Más tarde, los más solicitaron con insistencia ser repatriados en lugar de permanecer en suelo británico en calidad de exiliados.

Donald McCormick, soldado destinado en el barracón de Dover, consideró poco romántica su participación en la evacuación, que describió así en una carta escrita a los suyos el 29 de mayo: «Nos… despiertan y nos llevan a los muelles a la 1.45, y allí tenemos que soportar una tensión física y una tortura mental indescriptibles hasta las 8.30, acarreando muertos de un lado a otro, sin más que hacer y con la cabeza puesta en el trabajo. Me afecta mucho bajar aquí, y a veces me entran ganas de llorar. Todo esto tiene tan poco sentido y odio tanto la insensibilidad con que lo trata la mayoría de nuestra gente, que baja sólo para ver si puede birlar tabaco o algo de dinero…»[35].

La armada sufrió daños nada desdeñables en Dunkerque, siendo así que perdió seis destructores y 25 más quedaron maltrechos. El peor día fue el del primero de junio, en el que una incursión aérea mandó al fondo a tres de ellos y a una embarcación de pasajeros y causó averías en otros cuatro. Más tarde, el Almirantazgo se vio obligado a retirar de la evacuación los buques de más porte. Tanto los combatientes de tierra como los de mar maldijeron con frecuencia a la RAF por su supuesta ausencia. Cuantos estuvieron en Dunkerque aprendieron a temer los incesantes ataques de los Stuka. Sin embargo, el Fighter Command (Mando de Caza) no hizo poco por mantener a raya a la Luftwaffe, y de hecho perdió 177 aparatos en los nueve días que duró la evacuación. Mientras los alemanes trataban de minar el buen curso de la Operación Dinamo, sus pilotos aseguraron haberse visto más acosados por los cazas que en cualquier otro momento desde el 10 de mayo. Si los empeños de la aviación alemana en frustrar la salida de los británicos quedaron muy por debajo de las expectativas y las promesas de Goering fue debido tanto a su propia torpeza como a la RAF. Dado que, a partir del primero de junio, la Luftwaffe destinó la mayor parte de sus aviones a hostilizar a los franceses, la segunda fase de la evacuación resultó mucho menos onerosa que la primera.

Sea como fuere, y se mire como se mire, lo cierto es que el cuerpo expedicionario logró escapar. En total, se trasladó al Reino Unido a unos 338 000 soldados, de los cuales 229 000 eran británicos, y el resto, franceses y belgas. Aunque la retirada y la evacuación se entendieron, en general, como un triunfo personal de lord Gort, cumple reconocer que, por apropiadas que fuesen las instrucciones que, de hecho, dio el comandante en jefe, semejante logro habría sido imposible si Hitler no hubiese omitido hacer participar a sus carros de combate. Resulta improbable, aunque sí admisible, que tal cosa se debiera a una decisión política, provocada por el convencimiento de que actuando con moderación iba a ser más fácil que el Reino Unido se aviniera a

negociar la paz. Más creíble parece que Hitler aceptara las garantías ofrecidas por Goering acerca de la destrucción por parte de la Luftwaffe del cuerpo expedicionario, que, además, no suponía ya ninguna amenaza para la estrategia alemana, en tanto que los Panzer necesitaban ser reparados con urgencia antes de que los enviasen a atacar a las fuerzas de Weygand. La arrojada resistencia del I.er ejército francés en Lille contribuyó de forma considerable a la evacuación, y si bien es comprensible que los soldados británicos diesen muestras de rencor respecto de sus aliados, hay que admitir que el ejército de Churchill no había luchado mucho mejor que el de Reynaud durante la campaña continental.

La evacuación de Dunkerque fue, en realidad, una liberación de la que el primer ministro extrajo un retorcido triunfo propagandístico. Nella Last, ciudadana de Lancashire, escribió el 5 de junio: «Yo olvidé que era un ama de casa de mediana edad aquejada de dolores de espalda y acostumbrada a levantarse cansada de cuando en cuando. Aquella historia hizo que me sintiera parte de algo inmortal e incapaz de envejecer, como una llama destinada a iluminar o calentar que, además, tuviese la fuerza necesaria para quemar y destruir la inmundicia… De algún modo, sentía que todo valía la pena y estaba orgullosa de pertenecer a la misma raza de los rescatadores y los rescatados[36]». El ejército británico logró rescatar un cuadro profesional en torno al cual crear nuevas unidades, si bien perdió todo su armamento y su equipo. El cuerpo expedicionario dejó en Francia 64 000 vehículos, 76 000 toneladas de munición, 2500 cañones y más de 400 000 toneladas de provisiones. Sus fuerzas de tierra quedaron desarmadas prácticamente, y muchos de sus soldados hubieron de aguardar años antes de volver a recibir los pertrechos necesarios para servir en un campo de batalla.

En ocasiones se da por sentado que cuando el cuerpo expedicionario abandonó el continente se acabó la lucha. Nada menos cierto: si entre el 10 de mayo y el 3 de junio habían sufrido los germanos una media de 2500 bajas diarias, durante la quincena siguiente se doblaron estas pérdidas. Un soldado de la XXVIII.ª división escribió desafiante el 28 de mayo: «Parece que los alemanes han tomado Arrás y Lille. Si es verdad, la nación tiene que recuperar el espíritu de 1914 y 1789». Hubo unidades que se mantuvieron firmes en la batalla y soldados que hicieron caso omiso de la desesperación de sus mandos. Uno de los hombres del general de brigada Charles de Gaulle aseveró: «En quince días hemos emprendido cuatro ataques y en todos hemos tenido buen éxito; conque vamos a unirnos para acabar con ese cerdo de Hitler». Cierto combatiente escribió el 2 de junio: «Estamos cansadísimos, pero tenemos que seguir en la brecha: no van a pasar; les vamos a dar lo suyo… Estoy orgulloso de haber participado en una victoria de la que no me cabe la menor duda[37]». También entre los gobiernos foráneos había alguno

que no estaba aún convencido de que Francia fuera a ser derrotada. El 2 de junio, el conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores y yerno de Mussolini, hizo gala del cinismo ilimitado del régimen italiano cuando dijo al embajador francés en Roma: «Consiga unas cuantas victorias, y nos tendrá de su lado».

En la última fase de la campaña, se enfrentaron cuarenta unidades francesas de infantería y los restos de tres formaciones blindadas a cincuenta de infantería y diez de Panzer de los alemanes. Weygand despachó y sustituyó a 35 de sus generales, y aunque su ejército luchó mejor durante aquel mes de junio de 1940 que en mayo, era ya demasiado tarde para enmendar los errores desastrosos del comienzo. Constantin Joffe, integrante de la legión extranjera, no pudo evitar sorprenderse ante el modo como se distinguían en el combate los judíos de su regimiento:

> Muchos de ellos eran sastres modestos o vendedores ambulantes de Belleville, el barrio obrero de París, o de la judería de la Rue du Temple. Nadie quería cuentas con ellos en [el campo de adiestramiento de] Le Barcarès… Sólo hablaban yidis. Parecían tenerle miedo a las ametralladoras, como si viviesen afligidos por un temor perpetuo, y, sin embargo, bajo los fuegos del enemigo, si se necesitaban voluntarios para acarrear munición cuando más arreciaban las bombas o había que erigir alambradas delante de los cañones rivales, estos hombrecillos eran los primeros que se ofrecían. Lo hacían sin llamar la atención, sin pavoneos y tal vez sin entusiasmo; pero lo hacían. Siempre eran ellos los que, hasta el último momento, iban a recuperar las armas que habíamos dejado en un puesto abandonado[38].

Los mandos de la Wehrmacht expresaron su admiración por el modo como combatieron algunas unidades francesas a principios de junio para defender la nueva línea del Somme. Uno de ellos escribió en su diario: «Los franceses resistieron hasta el final en esos pueblos derruidos. Algunos seguían al pie del cañón cuando nuestra infantería se hallaba ya veinte kilómetros por detrás de ellos[39]».

Con todo, el 6 de junio se quebró el frente de forma decisiva, y el 9 entraron en Ruán los carros de combate de Von Rundstedt. Al día siguiente rompieron la línea de Aisne mientras el gobierno francés abandonaba París. El diplomático Jean Chauvel incendió la chimenea del despacho que ocupaba en el Quai d'Orsay mientras trataba de quemar en ella una serie de papeles relevantes. Las numerosas hogueras en que se destruyeron documentos se convirtieron en símbolo de las esperanzas de la nación. No faltó quien temiese que, en ausencia de las autoridades administrativas, se apoderaran de la capital los obreros socialistas de los barrios periféricos e instauraran una nueva comuna. En cambio, dado el número considerable de personas que había huido de la ciudad, se apoderó de ella una quietud macabra. El 12 de junio, cierto periodista suizo quedó anonadado al topar, en una calle elegante de París, con un hato de vacas abandonadas que mugía con aire lastimero. La caída de la capital, ocurrida dos días después, llevó a asegurar al escritor austríaco Stefan Zweig, judío exiliado a tierras remotas: «Pocas de las

desgracias que me han ocurrido personalmente me han consternado tanto y llenado de desesperación como la humillación de París, una ciudad que había recibido en mayor grado que ninguna otra la bendición de hacer feliz a quienquiera que la visitase[40]».

La huida multitudinaria de la población civil hacia el oeste y el sur prosiguió día y noche. «Uno tras otro, seguían pasando automóviles con las luces apagadas —escribió Irène Némirovsky—, llenos a reventar con equipaje y enseres, cochecitos de niño y jaulas de aves, cajones de embalaje y cestos de ropa, y todos con un colchón atado con firmeza al techo, semejantes a montañas de frágil andamiaje y como moviéndose sin la ayuda de ningún motor, impulsados por su propio peso.»[41] Némirovsky describió en estos términos la contemplación de tres desventuradas víctimas civiles de una incursión aérea: «Tenían los cuerpos hechos jirones, aunque la suerte había querido que quedasen intactos sus rostros. Aquellos rostros lúgubres y corrientes de expresión apagada, fija, aturdida, como si estuviesen tratando en vano de entender lo que les ocurría, no habían sido creados, Dios, para morir en un combate; no estaban hechos para la muerte[42]».

El piloto de caza de la RAF Paul Richey fue testigo de la caída de una bomba de la Luftwaffe sobre cuatro campesinos que labraban un terreno. «Los encontramos —refirió— entre los cráteres. El más anciano yacía boca abajo, con el cuerpo retorcido de un modo grotesco, una pierna destrozada y un tajo brutal que le atravesaba la nuca y empapaba la tierra. Su hijo se encontraba a poca distancia… Apoyado en el seto estaba lo que supuse que eran los restos del tercer cadáver, sólo reconocible por un puñado de andrajos, una bota maltrecha y algunas esquirlas de hueso. Los cinco caballos se desangraban al lado de la grada hecha añicos. Los sacrificamos de un disparo. El aire hedía a explosivo de gran potencia.»[43]

Durante aquel período, en el que los europeos estaban perdiendo aún su inocencia, los pilotos británicos quedaron pasmados por el espectáculo que ofrecían los refugiados que huían de las ametralladoras de los Messerschmitt. Richey encontró a un compañero de las fuerzas aéreas en medio de aquel caos. «Desilusionado —recordaría más tarde—, me dijo casi a regañadientes: "¡Es verdad que son unos mierdas!". En ese momento desechamos por completo toda idea que pudiésemos tener de un enemigo caballeroso.»[44] Ernie Farrow, soldado raso del II.º batallón del regimiento británico Norfolk, se horrorizó también ante la carnicería provocada por los señores del aire de Goering: «Por toda la carretera había muertos sin brazos y sin cabeza, reses muertas esparcidas, niños pequeñísimos y ancianos. Y no uno ni dos, sino cientos de ellos, tendidos por todas partes… Como no podíamos detenernos a apartarlos de la carretera… tuvimos que pasar por encima de ellos con los

camiones. Una escena desgarradora; desgarradora de veras[45]».

En el castillo de Chissay, nuevo refugio del gobierno de Reynaud a orillas del Loira, su amante, Hélène de Portes, se dejó ver dirigiendo los automóviles de los visitantes vestida con una bata roja echada sobre el camisón. La condesa empleó su apasionada influencia a fin de persuadir al primer ministro a aprobar un armisticio. Más tarde, tras la muerte de ella en un accidente de tráfico, Reynaud escribiría con tristeza que «se dejó llevar por su deseo de verse entre la juventud… y distanciarse de políticos viejos y judíos. Sin embargo, ella pensaba estar ayudándome[46]». La disposición de De Portes era fiel reflejo de la de buena parte de su nación. Cierta mujer de Sully-sur-Loire espetó, roja de ira, a un oficial francés que se hallaba a la puerta de la iglesia: «¿A qué están esperando ustedes, los militares, para parar esta guerra? ¿Qué quieren, que nos maten con niños y todo?… ¿Por qué siguen luchando? ¡Si agarro yo a ese sinvergüenza de Reynaud…!»[47].

En el cuartel general de la Wehrmacht reinaba la euforia. El general Eduard Wagner escribió el 15 de junio: «Debería quedar registrado en los anales de nuestro tiempo y del planeta el modo como se sienta Halder frente al mapa de escala 1:1 000 000 a medir las distancias con una regla de un metro mientras distribuye ya nuestras fuerzas más allá del Loira. Dudo que lo que [el general Hans von] Seeckt compendió como "juicio frío y acalorado entusiasmo" haya hallado nunca un ejemplo tan perfecto como el que está ofreciendo el estado mayor general en esta campaña… Sin embargo, a pesar de todo, quien merece la gloria es nuestro Führer, ya que sin su determinación, las cosas jamás hubiesen tomado este rumbo[48]».

La noche del 12 de junio, Weygand propuso buscar un armisticio. Reynaud se ofreció a permanecer, junto con sus ministros, en el cargo en el exilio; pero el mariscal Philippe Pétain descartó tal idea. El 16, Reynaud aceptó la capitulación por la que abogaban los más de los de su gabinete, y dimitió en favor de Pétain. El mariscal se dirigió al pueblo francés a la mañana siguiente con estas palabras: «No es sino con el corazón en un puño como os digo hoy que hay que dejar de combatir». En adelante, serían pocos los soldados de la nación que hallasen algún sentido al hecho de sacrificar sus vidas en el campo de batalla.

Con todo, se dieron algunos actos de resistencia tan animosos como estériles. Cerca de Châteauneuf hubo un batallón de infantería que mantuvo sus posiciones con empecinamiento. Otro episodio digno de pasar a la épica de Francia se produjo cuando, huyendo a través del Loira columnas enteras de refugiados civiles y desertores del ejército, se asignó al comandante de la escuela de caballería de Saumur, un coronel veterano de avanzada edad llamado Daniel Michon, el cometido de destinar a los 780 cadetes e instructores que se hallaban a sus órdenes a la defensa de los puentes de la

zona. Tras congregarlos a todos en el amplio anfiteatro del centro que dirigía, les anunció: «Caballeros, han encomendado a la escuela la misión de sacrificarse. Francia depende ahora de todos ustedes». Uno de los alumnos, por nombre Jean-Louis Dunand, que había dejado los estudios de arquitectura en París para sentar plaza en las fuerzas armadas, escribió con júbilo a sus padres diciendo: «Estoy impaciente por entrar en combate, igual que todos mis camaradas. Me esperan tiempos cien veces más dolorosos, pero estoy dispuesto a afrontarlos con una sonrisa[49]».

Al saber que Pétain tenía intención de rendirse, el alcalde de Saumur, que ya había perdido a un hijo soldado en aquella guerra, rogó a Michon que no convirtiese en un campo de batalla aquella antigua población; pero el coronel respondió con desdén: «He recibido órdenes de defender la plaza, y está en juego el honor de la escuela». Despachó las ochocientas monturas de que disponía el centro y repartió a los cadetes en «brigadas» dirigidas por sendos instructores, con las que formó un frente de veinte kilómetros en posibles cabezas de puente del Loira. Sus unidades recibieron el refuerzo de unos cuantos centenares de reclutas de infantería y rezagados del ejército, así como de un puñado de carros de combate. Poco antes de la medianoche del 18 de junio, cuando las tropas avanzadas de la división de la caballería alemana acaudillada por el general Kurt Feldt se aproximaban a Saumur, salió a recibirlos una cortina de fuego. El intento de parlamentar que hizo un oficial alemán con una bandera blanca y acompañado de un prisionero francés provocó una descarga de armas portátiles y de explosiones que acabó con la vida de ambos. A continuación, cuando la artillería germana comenzó a bombardear la ciudad, se produjeron choques feroces a lo largo de todo el frente.

Algunos de los defensores actuaron con un heroísmo que no por teatral resultó menos memorable. Cierto cadete, por nombre Jean Labuze, cuestionó la orden de resistir hasta el final con estas palabras desesperadas:

—Estamos dispuestos a morir, pero no a morir por nada.

Su oficial respondió poco antes de perder la vida:

—Nadie muere por nada, y nosotros vamos a hacerlo por Francia.

Otro oficial sacó de la cama al párroco de Milly-le-Meugon a medianoche para que administrase la extremaunción a sus cadetes. En la iglesia a oscuras, comulgaron entonces unos doscientos combatientes antes de volver al campo de batalla. Los defensores volaron los puentes del Loira de las cercanías de Saumur, y rechazaron todo intento alemán de cruzarlo en embarcaciones pequeñas los días 19 y 20 de junio.

Sin embargo, los invasores lograron pasar al otro lado en sectores situados a la derecha y a la izquierda de aquel punto, lo que les permitió rebasar la ciudad y aplastar las últimas posiciones de los de la escuela de caballería,

situadas en torno a una granja de Aunis, cinco kilómetros al suroeste de la ciudad. En aquella batalla sufrieron heridas o perdieron la vida veintenas de cadetes e instructores. Entre los muertos se incluían el antiguo estudiante de arquitectura Jean-Louis Dunand y el joven soldado Jehan Allain, prometedor intérprete de órgano y compositor antes de la guerra, que se había hecho merecedor de la Cruz de Guerra en Flandes, había vivido la evacuación de Dunkerque y había regresado del Reino Unido para volver a la lucha antes de encontrar la muerte. En las alforjas de su motocicleta se encontraron varias páginas de una composición musical inacabada.

En el momento mismo en que se desarrollaban los combates alrededor de Saumur, soldados y paisanos descontentos observaban los acontecimientos burlándose de los defensores por su insensatez y criticándolos por provocar una matanza innecesaria. Sin embargo, tras la rendición de Francia, cuando el desdichado coronel Michon abandonaba sus posiciones y dirigía a la columna de los que habían quedado en dirección oeste con la esperanza de seguir luchando en cualquier otro punto, los patriotas no dudaron en abrazar la historia de aquella modesta resistencia, diciéndose que, cuando menos en Saumur, había soldados que se habían conducido con honor y erigiendo monumentos a hombres como el teniente Jacques Desplats, muerto junto con Nelson, su querido terrier de Airedale, mientras defendía la isla de Gennes por orden de Michon. Si en lo militar, las acciones del 19 y el 20 de junio no tuvieron peso alguno, desde el punto de vista de la moral, acabaron por significar mucho para el pueblo de Francia.

Mientras tanto, la mayor parte del ejército aguardaba a ser capturada. El teniente Georges Friedmann, filósofo, escribió: «Hoy no detecto, entre muchos de los franceses, ningún sentimiento de dolor por los infortunios de su patria… Sólo he observado algo semejante a un alivio complaciente (y aun jubiloso), una suerte de vil satisfacción atávica ante el conocimiento de que "para nosotros, se acabó", sin que parezca importar nada más[50]». La derecha política francesa aplaudió la llegada al poder del régimen de Pétain, y de hecho, uno de sus partidarios escribió a un amigo: «Por fin hemos logrado la victoria». Durante los viajes que hizo por el país en los meses que siguieron al armisticio, el mariscal fue recibido por multitudes ingentes que lo aclamaban con exaltación, persuadidas de que nada que pudiesen hacer los nazis sería tan terrible como el precio que habría que pagar por proseguir una lucha inútil. El que Churchill convenciese al pueblo británico de la necesidad de adoptar un criterio diferente y rechazar la realidad tal como la percibía dio lugar a un sentimiento perdurable de envidia, rencor y amargura por parte de los franceses.

La conquista de Francia y los Países Bajos costó a Alemania poco menos de 43 000 muertos y 117 heridos; mientras que Francia perdió a unos

cincuenta mil soldados, el Reino Unido, once mil, y los alemanes hicieron un millón y medio de prisioneros. Los británicos tuvieron la fortuna de contar con una segunda liberación milagrosa, un segundo Dunkerque[51]. Tras la huida del cuerpo expedicionario, Churchill tomó la decisión, intachable en lo moral pero temeraria en lo militar, de enviar más tropas a Francia a fin de fortalecer la resolución de su gobierno. Y así, en junio se embarcaron dos divisiones mal pertrechadas con el fin de unirse a las fuerzas británicas que quedaban en el continente. Tras el armisticio, gracias a que los alemanes teman toda la atención centrada en otros lugares, resultó posible evacuar al Reino Unido a casi doscientos mil soldados de los puertos del noroeste de Francia sin tener que lamentar más que unos millares de muertes. Churchill tuvo, por lo tanto, mucha suerte por no haber de enfrentarse a las consecuencias de semejante imprudencia.

Sir Ronald Campbell, embajador británico en Francia, escribió a modo de despedida tras la rendición: «Yo… describiría Francia como un hombre que, aturdido por un mazazo inesperado, no ha conseguido ponerse en pie antes de recibir el golpe de gracia de su oponente[52]». En las décadas siguientes a la derrota francesa, se produjo un intenso debate sobre la supuesta decadencia nacional que había propiciado dicho final. Aquel verano de 1940, el obispo de Toulouse se preguntaba exaltado: «¿Hemos sufrido bastante? ¿Hemos rezado lo suficiente? ¿Nos hemos arrepentido de sesenta años de apostasía nacional; sesenta años en los que Francia ha sufrido todas las perversiones de las ideas modernas… durante los cuales ha declinado la moral francesa y ha prosperado de forma inconcebible la anarquía?»[53].

Dado que los ejercicios de estrategia relativos a la campaña de 1940 que se efectúan en las academias modernas de oficiales concluyen, en ocasiones, con la derrota de Alemania, algunos historiadores defienden la idea de que la victoria de Hitler podía haberse evitado. Sin embargo, semejante criterio resulta difícil de aceptar. En los años que siguieron al desastre de 1940, el ejército alemán demostró una y otra vez una clara superioridad marcial ante los Aliados occidentales, que sólo prevalecieron en los campos de batalla cuando disponían de un número de soldados, carros de combate y aviones de apoyo mucho mayor que su oponente. La Wehrmacht desplegó una energía y una eficacia de la que carecían por entero los ejércitos aliados en 1940. En contra de lo que afirma la leyenda, los alemanes no conquistaron Francia en virtud de un plan detallado de guerra relámpago, sino que sus comandantes —y en particular Heinz Guderian— se mostraron por demás inspirados a la hora de aprovechar las oportunidades que se les brindaban, y los resultados que obtuvieron superaron con creces sus mejores expectativas. Si los franceses hubiesen actuado con más rapidez y los alemanes lo hubieran hecho con más lentitud, el desenlace tal vez hubiera sido otro; pero afirmar

tal cosa carece de sentido.

En 1940, los alemanes no tenían por qué destinar buena parte de sus fuerzas a ningún frente oriental como habían hecho en 1914, siendo Francia aliada de Rusia. Pese a la indiscutible superioridad del cuerpo aéreo de los invasores, la derrota aliada no fue tanto consecuencia de su inferioridad material como del peor estado de su moral, siendo así que, salvo excepciones aisladas, a las respuestas que dieron británicos y franceses a las acciones alemanas les faltó convicción. Winston Churchill fue de los pocos estrategas anglofranceses que estuvieron dispuestos a combatir a todo trance, y otro tanto cabe decir de los soldados de los campos de batalla. Los políticos y generales galos, por el contrario, adoptaron una actitud racionalista y evaluaron los límites del daño que podían asumir la población y la estructura de su nación a fin de evitar someterse a un agresor extranjero, tal como se había visto obligada a hacer en otros muchos capítulos de su historia. Si el número relativo de soldados franceses que se mostraron dispuestos a dar su vida por la causa resultó ser relativamente escaso, se debió a la falta de adhesión que sentían respecto de sus dirigentes nacionales y sus jefes militares. El país había sufrido 42 gobiernos afectados de debilidad crónica entre 1920 y 1940. Gamelin escribió en una fecha tan temprana como la del 18 de mayo: «El soldado francés, ayer ciudadano, no cree en la guerra… Dispuesto siempre a criticar a quienquiera que posea la menor autoridad… no ha recibido el género de educación moral y patriótica necesario para prepararlo para el drama en el que va a representarse el destino de la nación».

En 1941, Irène Némirovsky reflexionaba sobre la caída en estos términos: «Durante años, todo cuanto se ha hecho en Francia en el seno de determinada clase social ha tenido un solo motivo: el miedo… ¿Quién va a hacerles menos daño (no ya en el futuro, ni en abstracto, sino ahora mismo y en forma de patadas en el culo o guantadas en la cara)? ¿Los alemanes?; ¿los británicos?; ¿los soviéticos? Ganaron los alemanes, pero la paliza que les dieron se ha olvidado, y ahora los alemanes están en situación de protegerlos. Por eso están "a favor de los alemanes[54]"». En 1940 y los años posteriores fueron poquísimos los franceses que siguieron el ejemplo ofrecido por las decenas de miles de polacos que siguieron luchando en el exilio aun después de la derrota de su nación. Sólo entre 1943 y 1944, cuando se hizo evidente que los Aliados iban a ganar la guerra y llegó a extremos intolerables la opresión ejercida por la ocupación alemana, accedió una porción considerable del pueblo francés a ofrecer ayuda significativa a los angloestadounidenses. En los años en que estuvo solo el Reino Unido, las fuerzas galas se resistieron con determinación a los ejércitos y la flota de Churchill sea cual fuere la parte del mundo en que topasen con ellos. Ni siquiera entre quienes no

combatieron a los británicos fueron muchos los que optaron por hacerlo a su lado. El portaaviones francés Béarn, por ejemplo, cargado de valiosos cazas estadounidenses, se refugió en la Martinica, colonia francesa del Caribe, desde junio de 1940 hasta noviembre de 1942.

Uno de cuantos contemplaron con estupefacción la caída de Francia fue el mismísimo Stalin. Pese al cumplido telegrama que envió Molótov a Hitler para expresarle sus parabienes por la toma de París, lo cierto es que la victoria nazi provocó terror en Moscú, por cuanto todos los cálculos estratégicos de los soviéticos se cifraban en el convencimiento de que se iba a producir en el continente una carnicería prolongada que debilitaría de forma drástica tanto a Alemania como a las potencias occidentales. Más tarde, uno de sus diplomáticos destinado en Londres cometió la indiscreción de aseverar que, en tanto que la mayor parte del planeta valoraba la progresión de la contienda calculando la diferencia entre el número de bajas aliadas y alemanas, Stalin sumaba unas y otras al objeto de evaluar cuál era su ventaja. Nikita Jrushchov describió así la cólera con que recibió el caudillo soviético la rendición de Pétain: «Stalin se hallaba muy agitado, nerviosísimo. Yo no lo había visto nunca en un estado similar. Por norma, eran raras las veces que usaba su asiento durante las reuniones, pues prefería caminar de un lado a otro; pero en esta ocasión se dedicó, más bien, a correr por la sala soltando sapos y culebras contra los franceses [y] los británicos [mientras preguntaba]: "¿Cómo han podido dejarse vapulear por Hitler?"[55]».

Lo más seguro es que Stalin tuviese pensado luchar contra Hitler después de transcurridos dos o tres años. La Unión Soviética había acometido un programa monumental de rearme que aún estaba lejos de completar, y su dirigente estaba persuadido de que Hitler estaba obteniendo demasiados beneficios materiales de su relación para romper el pacto que había firmado con él, cuando menos hasta la ocupación del Reino Unido. La armada alemana tenía acceso a los puertos del norte de Rusia, y de la Unión Soviética partían cantidades ingentes de cereal, materias primas y petróleo hacia el Reich. Aun después de la rendición de Francia, Stalin hizo cuanto estuvo en su mano por evitar provocar a tan peligroso vecino, lo que lo llevó, por ejemplo, a abstenerse de construir fortificación alguna de relieve en su frente occidental. En lugar de eso, sacó partido de la confusión imperante para aumentar sus propios logros territoriales. Mientras el mundo estaba pendiente de Francia, se anexó los estados bálticos, en donde al año siguiente efectuó el NKVD purgas brutales y deportaciones multitudinarias. De Rumania se hizo con Besarabia, que había obrado en poder de Rusia entre 1812 y 1919, y con Bukovina. El número de rumanos que sufrieron deportación al Asia central, en donde hubieron de sustituir a los obreros de las industrias soviéticas que habían sido alistados en el ejército, fue de al

menos cien mil, aunque bien podría ser que alcanzase el medio millón. En medio de cuanto estaba ocurriendo en Occidente, apenas hubo nadie, fuera de los ministros de Asuntos Exteriores de todo el planeta, que reparase en la catástrofe humana que había provocado Stalin en la Europa oriental. Aunque en este sentido la embestida de Hitler estaba sirviendo a los intereses de la Unión Soviética, su dirigente entendió el resultado como una calamidad tan alarmante para su propia nación como para las potencias occidentales derrotadas.

Italia entró en guerra del lado de Hitler el 10 de junio, con la indecorosa intención de hacerse con parte de los despojos. Benito Mussolini, que como muchos de sus compatriotas, temía a Hitler y profesaba aversión a los alemanes, fue incapaz, sin embargo, de sustraerse a la tentación de asegurarse los beneficios que le reportaría su amistad en Europa y en las colonias aliadas de África. Fue motivo de burla por los más de sus contemporáneos, ya fueran amigos, ya enemigos, por asociarse con Hitler para dar a su país un esplendor que sabía que los italianos eran incapaces de lograr en solitario. Deseaba obtener los beneficios de la guerra a cambio de un gasto simbólico de sangre. Entre mayo y junio de 1940, expresó con insistencia a sus más allegados su deseo de que muriesen uno o dos millares de italianos antes de que se firmara la paz con los Aliados, por considerar que aquél constituía un pago justo a cambio del botín que ansiaba conseguir[56].

En vísperas de comenzar las hostilidades con Francia, Mussolini aseveró, en privado, tener intenciones de declarar la guerra, pero no de hacerla. No cabe sorprenderse de que semejante actitud provocase un verdadero desastre: el 17 de junio, habiendo solicitado ya un armisticio los franceses, ordenó de pronto atacar la frontera alpina que compartía con éstos. El ejército italiano, desprevenido ante la repentina transición que suponía dejar de guarnecer una serie de posiciones fijas para lanzar una ofensiva, fue rechazado de forma enérgica. Sin embargo, el Duce no dejó de engañarse ni de confundir sus objetivos, y así, expresó su deseo de que el Reino Unido no firmara la paz hasta que Italia hubiese podido hacer ver que había contribuido a su derrota, y de que Alemania sufriese un millón de bajas antes de derrotar a los británicos. Quería a un Hitler victorioso, pero no todopoderoso. El modo como se desvanecieron sus ilusiones lo habría hecho merecedor de lástima y mofa si no hubiese sido por el número de vidas que hubo que pagar por ellas.

Franz Halder, jefe de estado mayor de la Wehrmacht, escribió satisfecho el 20 de junio: «Me cuesta entender que el mando político pueda querer nada más de nosotros o que haya quedado por satisfacer alguno de sus deseos». El coronel Georg Engel, ayudante militar de Hitler, señaló por su parte: «El comandante en jefe [el general Walter von Brauchitsch] tuvo su momento de gloria con el Führer cuando anunció el final de las operaciones y el principio

de los preparativos para el armisticio. Lo informó de la necesidad imperiosa de hacer la paz con el Reino Unido u organizar y poner por obra una invasión cuanto antes. El Führer se ha mostrado escéptico porque, a su parecer, la nación adolece de tal debilidad que, tras una serie de bombardeos, va a ser innecesario emprender operaciones terrestres de gran envergadura. El ejército va a intervenir y a acometer labores de ocupación. El F[ührer] asegura que, "de un modo u otro… [los británicos] van a tener que aceptar la situación[57]"».

Entre los espectadores más insólitos del desfile triunfal que celebraron en París los alemanes el 22 de junio, se contaba una muchacha inglesa desconcertada de diecinueve años, por nombre Rosemary Say, que se había visto atrapada en la capital francesa:

> El monstruo bélico avanzaba por los Campos Elíseos: caballos refulgentes, carros de combate, maquinaria, cañones y miles y miles de soldados en inmaculada procesión, radiante e interminable… como una serpiente verde y gigante que se arrastrara por el corazón de la ciudad despedazada mientras ésta aguarda con patetismo a ser tragada. Había una multitud colosal de espectadores, callados en su mayoría, aunque no faltaba quien lanzase vítores. Mis compañeros [estadounidenses neutrales], como niños pequeños, anunciaban a voces el nombre de los distintos regimientos, exclamaban ante los tanques modernos y silbaban al ver caballos tan magníficos. Yo guardaba silencio, consciente de estar formando parte de un momento histórico, y, pese a todo, no sentía ninguna emoción particular… Sin embargo, viendo que pasaban las horas y aquel espectáculo parecía no acabar nunca, comencé a sentir cierta vergüenza por haber aceptado la invitación. Pensé en mi familia y mis amigos, que se encontraban en Londres, y en el temor que debía de provocarles el futuro[58].

Antes de los ataques alemanes al frente occidental, los Aliados habían deseado una guerra larga, pues creían, con razón, que tal cosa les resultaría beneficiosa. La caída de Noruega, Dinamarca, Francia, Bélgica y Holanda, sin embargo, parecía indicar que los nazis habían obtenido una victoria rápida y definitiva. Fueron pocos los franceses que entendieron que el armisticio que signó su nación con Alemania en el histórico vagón de tren estacionado en Compiègne el 22 de junio no marcaba un final, sino un comienzo. Aún estaban por revelarse la magnitud de las ambiciones de Hitler, y la terquedad del desafío de Churchill.

4

El Reino Unido en solitario

El piloto de la RAF, Paul Richey, fue trasladado a suelo británico a bordo de un avión postal a principios de junio tras haber caído herido en Francia. «Contemplé el suelo calmo y pacífico del campo inglés —escribiría más tarde—. El humo no procedía de pueblos bombardeados, sino que se elevaba con pereza de las chimeneas de las casitas. Hasta estaban jugando un partido en el campo de cricket de uno de los pueblos por los que pasamos. Tenía la cabeza poblada por las explosiones y las llamas que habían destrozado Francia, y no pude menos de sentir indignación por la engreída satisfacción de que disfrutaba el Reino Unido tras su parapeto marítimo. Pensé que un par de bombas bastarían para concienciar a aquellos jugadores, y también que, al cabo, no iban a tardar en llegar.»[1] El resentimiento que lo invadía era el mismo que experimentaban otras muchas personas al llegar de contemplar los horrores de la guerra y topar con quienes se habían librado de ellos. Tenía razón al pensar que las gentes del sur de Inglaterra no iban a poder jugar mucho más al cricket sin ser molestadas. Sin embargo, cuando dejaron los terrenos que usaban para la práctica de dicho deporte a fin de tomar las armas, sin apenas entender lo que estaban haciendo hasta que Churchill consagró su experiencia con prosa majestuosa, infligieron a la Alemania de Hitler una de las mayores derrotas que haya conocido la historia.

Se ha citado tantas veces el discurso que pronunció en la Cámara de los Comunes el 18 de junio de 1940, que a menudo no se le brinda otra cosa que el asentimiento debido a las piezas sobresalientes de retórica. Sin embargo,

vale la pena prestar atención a sus palabras finales, toda vez que definieron la visión de lo que sería el objetivo de las democracias durante el resto del conflicto:

> Lo que el general Weygand ha llamado la batalla de Francia ha concluido, y tengo para mí que está a punto de comenzar la batalla de Inglaterra. De ella depende la supervivencia de la civilización cristiana. De ella depende la vida de nuestra propia nación y la continuidad de nuestras instituciones y nuestro imperio. Pronto se va a volver contra nosotros todo el poderío y la furia del enemigo. Hitler sabe que, si no quiere perder la guerra, va a tener que derrotamos en esta isla. Si logramos hacerle frente, podrá ser libre toda Europa, y la vida del planeta accederá a un lugar más elevado, más amplio y bañado por el sol; pero si fracasamos, todo el mundo, incluido Estados Unidos, se hundirá en el abismo de una nueva Edad Oscura, más siniestra y quizá más duradera a la luz de una ciencia pervertida. Vamos a prepararnos, pues, para cumplir con nuestro deber y conducimos de tal modo que, si el imperio británico y la Commonwealth duran mil años, sigan diciendo los hombres: «ése fue su mejor momento».

Resulta impresionante comparar la llamada del primer ministro a «cumplir con nuestro deber» con la estridencia con que, en circunstancias similares, apelaría el caudillo alemán a una «resistencia fanática» entre 1944 y 1945. Si el liderazgo del jefe del gobierno británico estuvo caracterizado por la elegancia, la dignidad, el ingenio, la humanidad y la resolución, a Hitler sólo cabe atribuirle este último atributo. Durante el verano de 1940, Churchill hubo de encarar el colosal reto de convencer a su propio pueblo y al mundo de que aún era posible resistir de forma continuada. L. D. Pexton, sargento de treinta y cuatro años, se hallaba prisionero de los alemanes cuando escribió, el 19 de julio: «Hoy he oído que Hitler ha transmitido una serie de condiciones para la paz y Churchill le ha dicho lo que puede hacer con ellas… Espero, como todos los de aquí, que lleguen a algún tipo de acuerdo y podamos volver a casa[2]». Si en su opinión pesaban, sin lugar a dudas, el hecho de haber vivido la derrota en Francia y el de hallarse después a merced de los nazis victoriosos, también había en suelo británico —y en particular entre la clase mercantil y la gobernante, mejor informadas de la debilidad de la nación— quien seguía temiendo lo peor, y fue hazaña del primer ministro el reunirlos en apoyo del sencillo objetivo de rechazar la invasión.

Los meses finales de 1940 resultaron decisivos en la determinación del curso que tomaría la guerra en adelante, pues fue entonces cuando los nazis, anonadados por la magnitud de sus triunfos, cometieron el error de abandonarse y perder parte de su ímpetu. Al acometer el asalto aéreo al Reino Unido, Hitler adoptó la peor componenda estratégica que pueda imaginarse: habiendo dominado el continente, pensaba que una modesta muestra de fuerza más bastaría para precipitar su rendición. Sin embargo, si en lugar de ello hubiese dejado que el pueblo de Churchill siguiera cavilando en su propia isla mientras observaba cuanto ocurría a su alrededor, el primer ministro hubiese tenido serias dificultades para mantener alta la moral de la

nación ante una farsa de gran eficacia táctica. Un pequeño contingente enviado por Alemania para respaldar la agresión alemana a Egipto aquel otoño habría sido suficiente para expulsar a los británicos de Oriente Próximo, y la toma de Malta, por otra parte, no habría supuesto grandes dificultades. Humillaciones como éstas habrían destrozado la credibilidad de la actitud combativa que defendía Churchill.

En cambio, la torpe ofensiva de la Luftwaffe representó el único desafío al que estaba en posición de plantar cara el Reino Unido, pues no obligaba al ejército ni al pueblo británico a luchar contra la Wehrmacht en sus playas y sus campos, confrontación que, probablemente, habría tenido consecuencias desastrosas. El primer ministro sólo requería su aquiescencia, en tanto que la defensa de la nación quedaba en manos de unos cuantos centenares de pilotos de la RAF y de la flota que navegaba sus aguas. Su capacidad para enardecer a las masas le garantizó el apoyo de su pueblo aun cuando comenzaron a arder las ciudades y a morir paisanos.

La amenaza de una invasión inminente nunca llegó a ser tan grande como supusieron los jefes británicos de estado mayor y aseveró Churchill en público, por carecer los alemanes de las embarcaciones anfibias necesarias y la escolta suficiente para proteger a las fuerzas de asalto a través del canal de la Mancha frente al inmenso poderío de la Royal Navy. Aun así, las noticias que recibía sobre los medios y las intenciones de Hitler el servicio de información no pasaban de ser fragmentarias: el desciframiento de los mensajes secretos del enemigo que se llevaba a término en Bletchley Park aún no había alcanzado la colosal magnitud que se conocería en períodos posteriores del conflicto, y buena parte de lo que hacían —o no hacían— los alemanes en el continente escapaba al conocimiento de las autoridades de Londres. Los jefes militares británicos, traumatizados por el desastre sufrido por Francia, atribuían a la Wehrmacht poderes punto menos que místicos.

Aunque Churchill fue siempre escéptico ante la amenaza de invasión en el ámbito privado, no dudó en hacer hincapié en ella en sus discursos y en las reuniones de planificación estratégica entre 1940 y 1941, a fin de hacer mayor la resolución de su pueblo y de sus fuerzas armadas. Supuso —y posiblemente estaba en lo cierto— que la inercia y la conciencia de su propia impotencia tendrían un efecto demoledor sobre el espíritu que necesitaba para mantener la moral, así como sobre las esperanzas de inducir a Estados Unidos a participar en las hostilidades. No podía permitirse una nueva guerra boba, y dado que la defensa frente a una posible invasión constituía la mayor empresa que podía abarcar el frente civil, siguió presentándola como objetivo principal muchos meses después de que quedase de manifiesto el fin de la amenaza.

Después de la caída de Francia, ofreció Churchill la primera muestra de la

falta de compasión que iba a desplegar en adelante respecto de los que habían sido aliados suyos. Cierta mañana del mes de julio de 1940, varias unidades armadas de sus fuerzas navales abordaron los buques de guerra galos que había amarrados en puertos británicos para exigir su rendición. Los oficiales del submarino Surcouf, atracado en Devonport, se resistieron y provocaron en la sala de mandos de la embarcación un tiroteo en el que murieron un marinero francés y tres británicos. Tres cuartas partes de los militares galos que se hallaban en Estados Unidos, incluida la mayoría de los evacuados de Dunkerque, insistieron en que los repatriasen, y el gobierno no dudó en complacerlos. La alienación de los franceses se hizo aún mayor después cuando rechazaron, el 3 de julio, el ultimátum que había dado el Reino Unido a la escuadra de combate que tenían en Mazalquivir, y la Royal Navy respondió hundiendo o dejando malparados con sus bombas tres de los acorazados del almirante Marcel-Bruno Gensoul y matando a mil trescientos de sus ocupantes. Churchill temía que el asalto empujase al régimen de Pétain a aliarse de forma activa con los nazis, aunque eso no lo disuadió de dar la orden de romper el fuego. Aunque el gobierno de Vichy no llegó a entrar en el conflicto de manera formal, y algunas colonias remotas de África se «solidarizaron» con la Francia Libre del general de brigada Charles de Gaulle, exiliado en Londres, las fuerzas galas se resistieron con determinación ante cualquier usurpación británica de sus territorios hasta finales de 1942.

No parece muy acertado suponer que la política de Pétain y el apoyo generalizado que supo ganarse fueran simples repercusiones de la derrota francesa. El régimen de Vichy acogió con los brazos abiertos la ocasión de imponer lo que Michael Burleigh ha denominado «un programa moral, político y social regresivo en el que primaban la autoridad y el deber sobre la libertad y los derechos[3]». El odio patológico a la izquierda —y a los judíos— llevó a casi toda la Francia aristocrática, mercantil y burguesa a apoyar a Pétain hasta que la opresión alemana se volvió insoportable y la victoria aliada, inevitable a todas luces.

El asalto aéreo a Inglaterra por parte de la Luftwaffe que comenzó en julio de 1940 brindó al pueblo de Churchill su mejor ocasión de enfrentarse a los alemanes en condiciones favorables. El único género de sistema armado terrestre o aéreo con que podía competir con el enemigo en calidad y cantidad era el de los interceptores monoplaza. Aunque los Hurricane y Spitfire de la RAF sufrían la desventaja de unos principios tácticos poco propicios, y las ametralladoras de 7,7 milímetros que montaban tenían un poder destructivo muy limitado, las escuadrillas estaban guiadas por la red de radares, observadores de tierra y emisiones de radio más avanzada del mundo, obra de un grupo excelente de funcionarios, científicos y aviadores. Si bien la dotación material y la actuación del ejército británico siguió sin ser

satisfactoria durante todo el conflicto, lo cierto es que la nación de Churchill superó con creces a la alemana en la aplicación de elementos científicos y tecnológicos: la movilización de los cerebros más destacados de la población civil y su integración en los sectores más elevados de la empresa bélica fue uno de los logros más destacados del Reino Unido. La RAF había desarrollado un sistema de defensa sobresaliente, en tanto que su enemigo carecía de un sistema de ataque aceptable.

Los comandantes de la Luftwaffe hubieron de enfrentarse durante todo el verano a una notable confusión respecto a cuáles debían ser sus objetivos. El general Albert Kesselring se opuso al asalto a las islas británicas para defender, en cambio, la toma de Gibraltar al objeto de hacerse con el dominio del Mediterráneo. Hitler prohibió en un primer momento bombardear las ciudades británicas, en tanto que Goering se manifestó en contra de hostigar los puertos meridionales, que podrían ser de utilidad para efectuar los desembarcos de la Wehrmacht. La Luftwaffe trató de enseñorearse del espacio aéreo del sureste inglés destruyendo los aparatos del Mando de Caza, y se embarcó en una campaña muy poco coherente destinada a lograrlo mediante el uso de bombarderos con órdenes de atacar aeródromos e instalaciones, escoltados por cazas de los que se esperaba que derribaran a los aeroplanos de la RAF con la misma facilidad con que lo habían hecho en Francia. Tan lamentable fue la actuación del servicio de información del Tercer Reich —que fue siempre uno de sus puntos flacos—, que los alemanes no tenían noticia de la red de detección y dirección del Mando de Caza. Pese a que éstos habían desarrollado un sistema de radar antes que los británicos, llamado Dezimeter-Telegraphie o, por abreviar, DeTe, y poseían equipos más avanzados, no lo habían integrado en un plan de orientación tierra-aire, y jamás pensaron que la aviación del Reino Unido pudiese haberlo hecho. La soberbia que invadía las instituciones nazis, y que se mantuvo constante durante toda la guerra, colocó de forma repetida al régimen en una clara situación de desventaja frente a los adelantos tecnológicos aliados al llevarlo a dudar que el enemigo hubiese podido crear ninguna arma ni aparato que no hubiese fabricado su propio pueblo.

El coronel «Beppo» Schmidt, jefe del servicio de información de la Luftwaffe, no era más que un embaucador experto en comunicar a sus superiores lo que éstos deseaban oír. Goering no poseía ni una reserva estratégica de aviones ni los recursos fabriles necesarios para crearla. Los alemanes manejaron la batalla de Inglaterra con una incompetencia pasmosa fundada en la arrogancia y la ignorancia, y si es verdad que la RAF no cometió pocos errores, el mariscal en jefe del Aire sir Hugh Dowding y su subordinado más destacado, el vicemariscal Keith Park, al mando del grupo XI.º, dieron signos de una firmeza de juicio rayana en la genialidad

que no se dio al otro lado del canal de la Mancha. Los alemanes comenzaron su campaña con dos ventajas: una modesta superioridad en lo tocante al número de aparatos y un cuerpo de veteranos con amplia experiencia bélica; pero no supieron concentrar sus recursos en objetivos de vital importancia: receptores de señales de radar, bases aeronavales e instalaciones de apoyo.

La batalla de Inglaterra principió en el mes de julio con una serie de refriegas mantenidas sobre el canal de la Mancha cuando la RAF respondía a los ataques alemanes a los convoyes de cabotaje británicos. Acertar desde el aire a un objetivo de precisión no era tarea fácil: el piloto de un bombardeo en picado que agrediera por la popa a una embarcación de 230 metros de eslora, por ejemplo, tenía menos de un segundo y medio de margen para soltar su carga, que se reducía a un cuarto de segundo en caso de acometerla por el través. Por lo tanto, dice mucho de la pericia de los aviadores de los Stuka alemanes la gravedad de los daños que infligieron a las conservas británicas. Aun así, los Ju-88 volaban con más lentitud aún que los bombarderos Battle de la RAF, destruidos en abundancia en los cielos franceses, y los británicos supieron aprovechar la ocasión que se les brindaba de sacar provecho a la vulnerabilidad del enemigo: los Stuka sufrieron derrota tras derrota cada vez que topaban con el Mando de Caza, y al cabo, hubieron de abandonar la batalla.

Geoff Wellum describió en estos términos la experiencia vertiginosa de un combate aéreo a bordo de un caza Spitfire:

> De pronto, fuego cruzado, intenso y además muy cerca. Maldito artillero. Mi objetivo; concéntrate: el objetivo. Lo tengo en la mira, pero se hace más grande con demasiada rapidez. Concéntrate; no lo pierdas; así… aguanta… Para, corazón, para… Sigue en la mira; todavía está ahí… Fuego… ¡ahora! Acciono el disparador y se lía una de mil demonios. Mis armas emiten un sonido como de percal rasgado… Tengo la fugaz impresión de haber alcanzado el morro de vidrio del Dornier, en el que me parece ver explosiones, y diría que el Spitfire de Brian se ha separado. Atisbo, durante una fracción de segundo, la panza manchada de combustible. Sigue disparando, Geoff, no pares. ¡Por Dios bendito! Sepárate, o vas a estrellarte contra él. Está demasiado cerca. Dejo de disparar y empujo la palanca con fuerza. Llego a oír hasta el ruido de sus motores mientras un destello me anuncia que ha pasado a escasa distancia de mi cabeza. ¡Maldita sea! ¡Sí que es peligroso esto[4]!

Cuando se producía un combate con gran confusión en el aire, resultaba a menudo sorprendente el escaso número de aviones de uno y otro lado que se destruía. El 25 de julio, por ejemplo, se encontraron varias veintenas de aparatos británicos y alemanes sobre un convoy que navegaba las aguas del canal de la Mancha, y aunque dispararon unos contra otros, sólo cayeron dos Spitfire y un Bf-109. Los pilotos de la RAF apenas habían recibido adiestramiento alguno en lo tocante a encuentros aéreos, arte en el que los alemanes habían demostrado su pericia en los cielos de España y Polonia, y no tuvieron más remedio que aprender a golpe de experiencia. Pronto quedó

claro que la mayoría de las bajas era obra de un puñado de pilotos destacados de cada nación: en el caso del Mando de Caza, por ejemplo, el 3,5 por 100 de los aviadores fue responsable del 30 por 100 de las naves derribadas, en tanto que la proporción de los ases de la Luftwaffe fue aún mayor. Los factores decisivos en este sentido fueron una vista excepcional, la puntería y el valor necesario para acercarse lo bastante al objetivo.

La RAF se oponía firmemente a la competitividad entre los pilotos y al culto a los logros individuales, pero la Luftwaffe los promovía. Algunas estrellas como Adolf Galland, Helmut Wick o Werner Molders fueron acusadas de sufrir «Halsweh», un «dolor de garganta» que hizo que se obcecaran en hacerse merecedores de una Cruz de Caballero, cosa que a la postre lograron los tres cuando su puntuación por muertes aumentó. Galland, piloto de caza cuya eficiencia extraordinaria era sólo comparable a su egoísmo y su brutalidad, demostró tener muy poca paciencia con los más débiles de carácter de su propia unidad. Cierto día, se oyó por radio una voz aterrada que decía en alemán:

—¡Tengo un Spitfire en la cola! —Y pocos segundos después—: ¡Sigo teniendo detrás al Spitfire! ¿Qué hago?

A lo que Galland espetó:

—¡Salta, measábanas[5]!

En los combates aéreos, a diferencia de cualquier otra forma de enfrentamiento bélico, participaban sólo soldados jovencísimos, que eran los únicos que poseían los reflejos necesarios para mantener duelos a velocidades que podían superar los novecientos kilómetros por hora. Cuando alcanzaban los treinta eran ya demasiado mayores. Los comandantes daban las órdenes desde los cuarteles generales, pero los resultados dependían más de la habilidad de pilotos que, si habían dejado atrás la adolescencia, había sido no hacía mucho. Casi todo lo que decían y hacían, tanto en el aire como en tierra, era reflejo de su escasa edad. El 17 de agosto, el teniente Hans-Otto Lessing, piloto de un Bf-109, escribió a sus padres en tono jubiloso para describirles la supuesta «victoria» número cien de su unidad como un colegial que refiriera un triunfo de su equipo de fútbol: «Nos han puesto en la escuadra del comandante Molders: la mejor… En los últimos días, los británicos han estado flojeando, aunque por separado siguen luchando bien… Los Hurricane son locomotoras viejas y renqueantes… Me lo estoy pasando en grande: ahora mismo, no me cambiaría por un rey. ¡Después de esto, la paz va a hacérseme muy aburrida!». Una de las «locomotoras» a las que con tanto desprecio se refería lo mató la tarde del día siguiente[6].

Paddy Barthrop, combatiente de la RAF, diría más tarde: «Todo era cerveza, mujeres y Spitfire. Éramos una panda de jóvenes John Wayne que corrían de un lado para otro. Teníamos diecinueve años, y nos importaba un

rábano todo[7]». Los pilotos británicos hacían salidas sin descanso por la noche, plantando cara al agotamiento merced a su juventud. «Bebíamos una barbaridad», recordaba uno de ellos, por nombre Pete Brothers[8]. Cierto día que hubieron de quedar en tierra por el mal tiempo, los de su escuadrilla se trasladaron a la cantina… y hubieron de dejarla a la carrera en el momento en que se despejaron los cielos. «Nunca se me olvidará —aseveraba— la sensación de despegar mientras pensaba: "Este botón… gíralo así… prepara la mira…". Estábamos todos borrachos como cubas. Eso sí: nos bastó con ver las cruces negras del enemigo para recuperar de golpe la serenidad».

Les tenían a sus aeroplanos el mismo aprecio que le habrían profesado a una alfombra mágica. «Hay —aseguraba Bob Stanford-Tuck— quien se enamora de los yates o de algunas mujeres, lo cual no deja de ser extraño; o de los coches. Y yo estoy convencido de que todo el que haya pilotado un Spitfire se quedaba prendado de él en cuanto se sentaba en aquel despacho acogedor en el que todo estaba a mano». Una impresión similar tuvo Bob Doe la primera vez que vio el nuevo aparato que le habían asignado: «¡Nos dio un vuelco el corazón! Le dimos varias vueltas, nos sentamos en su interior y lo acariciamos. Era tan hermoso, que creo que todos nos enamoramos de él[9]». Los británicos del Mando de Caza combatieron junto con contingentes llegados de otros lugares: neozelandeses, canadienses, checoslovacos, surafricanos y un puñado de estadounidenses. Los 146 polacos que participaron en la batalla de Inglaterra formaron el cuerpo extranjero más nutrido, pues suponían el 5 por 100 de los aviadores con que contaba la RAF. Supieron captarse una reputación excelente en combate gracias a su experiencia y su arrojo temerario. «Cuando uno veía la cruz gamada o la cruz negra en un aparato —decía uno de ellos, por nombre Bolesław Drobyński—, sentía que el corazón le latía con mucha más rapidez y enseguida tomaba la resolución de acabar con él o morir en el intento. Es una sensación de total… venganza.»[10] No hablaba por hablar: más tarde, durante el ataque a Alemania, sus compatriotas escribirían con tiza en las bombas que iban a lanzar mensajes como: «Ésta, por Varsovia», o: «Ésta va por Lwów», y lo decían en serio.

El pueblo adoraba a los defensores del cielo británico, y no dudaba en expresarles su agradecimiento cada vez que se encontraba con ellos —cosa que ocurría a menudo, después de noches de combate sobre municipios de mayor y menor entidad—. Esto significaba mucho para los aviadores, que encontraban cierto consuelo frente al cansancio y las pérdidas. «Todos rebosaban de amabilidad —aseguraría más tarde uno de corta edad—, y nosotros estábamos encantados. Desde entonces, no he vuelto a conocer así el Reino Unido.»[11] Los soldados, celosos, murmuraban de aquellos «niños engominados», tal como los llamaban —los de la Wehrmacht, de manera

similar, empleaban el apelativo de Schlipssoldaten, «soldados de corbata»—. Durante el resto de la guerra, los aviadores de todas las naciones estaban llamados a disfrutar de un trato distinguido al que no tenían acceso quienes combatían en tierra.

El Mando de Caza sentía en lo más hondo la pérdida de cualquiera de sus pilotos expertos. Entre el 8 y el 19 de agosto cayeron diez ases —hombres que habían derribado al menos cinco aeroplanos del enemigo— a bordo de sus cazas Hurricane, y otros doce entre el 20 de agosto y el 6 de septiembre. Los novatos que los sustituían morían a un ritmo cinco veces igual a éste. Las bajas eran mucho más elevadas en las escuadrillas que seguían empleando las rígidas formaciones que preceptuaba el reglamento a la hora de «combatir ataques de área». Las unidades que mejores resultados obtenían eran las que disponían de oficiales que fomentaban la flexibilidad e iniciativa de sus subordinados, dado que los aviadores que seguían rumbos fijos eran los primeros en morir, en tanto que para sobrevivir se hacía necesario cambiar constantemente de dirección y volverse así un blanco esquivo. Tres cuartas partes de los británicos caídos fueron víctimas de los Bf-109 más que de los artilleros de los bombarderos o de los bimotores Bf-110. Era fundamental evitar que el enemigo lo tomase a uno por sorpresa: cuatro de cada cinco caídos no llegaron a ver a su atacante; de hecho, a muchos de ellos los alcanzaron por detrás mientras ellos agredían a un avión situado delante del suyo.

«Bastaba con permanecer diez segundos en una carlinga en llamas para que el fuego y el calor lo abrasaran a uno —afirmaba el sargento Jack Perkin —. Nueve segundos allí dentro, y pasaba uno el resto de la guerra en la unidad quirúrgica de quemados que dirigía el doctor Archie McIndoe en el hospital Queen Victoria de East Grinstead. Con ocho segundos no volvía a volar en su vida, aunque sí pasaba una docena de veces por el cirujano plástico.»[12] Billy Drake, piloto de Hurricane, describió así la experiencia de verse derribado por el enemigo: «Es como tener un accidente de tráfico: uno no recuerda qué puñetas ha pasado[13]». Los dos lados en pugna sufrieron pérdidas considerables por siniestros debidos a descuidos pasajeros o imprudencias de jóvenes cansados y a menudo inexpertos. Entre el 10 de julio y el 31 de octubre recibieron daños —a menudo fatales— por causas ajenas al combate 463 cazas Hurricane, y, de hecho, nada menos que una tercera parte de las pérdidas globales de las fuerzas de Dowding y de Goering se debió a accidentes.

Pocos de los pilotos que saltaban al agua eran rescatados, pues un hombre sobre una lancha neumática resultaba demasiado pequeño para que lo divisaran las dotaciones de las embarcaciones de rescate que rastreaban el canal de la Mancha y el mar del Norte. Ulrich Steinhilper pintó en estos

términos el panorama que ofrecía la superficie del primero mientras regresaba de una misión durante el mes de septiembre: «Sobre aquellas aguas bravas podía verse el rumbo que habíamos tomado salpicado de paracaídas y pilotos con salvavidas, así como de manchas de combustible que marcaban el lugar de aquel mar frío en que había hecho su último picado otro Me-109. También los habíamos visto caer sobre los campos y la hierba de toda la costa de Boulogne, y algunos seguían clavados de morro en el suelo[14]». Aquel día se ahogaron 19 aviadores alemanes, en tanto que los hidroaviones no rescataron más que a dos.

El espíritu caballeroso con que habían comenzado la batalla ambas partes tardó poco en evaporarse. David Crook, de regreso de una incursión en la que habían matado a su compañero de habitación, se sorprendió al ver las pertenencias del difunto en el mismo lugar en que las había dejado y su toalla tendida en la ventana: «No podía dejar de pensar en Peter, que había estado charlando y riendo conmigo aquel mismo día y yacía ya en la carlinga de su Spitfire en el fondo del canal de la Mancha[15]». Aquella tarde telefoneó la esposa del desdichado para organizar un permiso y recibió la noticia de su muerte a través del jefe de escuadrilla. «Todo aquello fue terrible —escribió Crook—: vivir tan de cerca todo el dolor que causan las bajas…». Después de haber luchado varias veces con su unidad y haber perdido a varios amigos, Pete Brothers dejó de pensar que aquello fuera un juego. «Me dije: "Está bien: son todos una pandilla de hijos de perra; ya no me hacen gracia, y no pienso tener piedad de ellos".»[16] Y el piloto Denis Wissler escribió ya en los albores de la batalla en su diario: «¡Oh, Dios! Ojalá acabe pronto esta guerra[17]». Sin embargo, pocos de los jóvenes que lucharon a uno u otro lado en aquella batalla de Inglaterra sobrevivieron al lustro aproximado de enfrentamientos que aún habría de transcurrir. La de volar constituía una experiencia divertidísima, y sin embargo, la mayor parte de los combatientes aéreos se vio invadida por una gravedad prematura ante la tensión y los horrores que hubo de vivir.

La Luftwaffe fue acrecentando de manera paulatina la intensidad de sus ataques durante todo el mes de agosto. Con todo, pese a efectuar numerosas incursiones en los aeródromos británicos, apenas atacaron las bases de los radares. Sir Hugh Dowding, comandante en jefe del Mando de Caza, comenzó la batalla con una media de seiscientos aviones disponibles para cada acción, en tanto que los alemanes se sirvieron de un promedio diario de 750 bombarderos en condiciones de combatir, 250 bombarderos en picado, más de 600 cazas de un solo motor y 150 bimotores, divididos en tres flotas aéreas. Aunque no cabe dudar de que el campo de batalla principal era la región sureste de Inglaterra, Dowding se vio obligado también a defender el noreste y el suroeste de la nación frente a agresiones de largo alcance.

Los primeros bombardeos concertados de campos de aviación y de instalaciones se produjeron el 12 de agosto, fecha en que quedó fuera de combate la estación de radar de Ventnor. La Luftwaffe pretendía que la Operación Adlertag («Día del Águila»), emprendida el 13, fuese decisiva; pero el mal tiempo la hizo degenerar en una serie de ataques mal coordinados. Los alemanes lanzaron su mayor ofensiva dos días más tarde, el 15. En su transcurso protagonizaron dos mil salidas sobre el Reino Unido, lo que les supuso la pérdida de 75 aviones frente a 34 británicos, de los cuales dos ni siquiera habían despegado. Los bombarderos que habían despegado de aeródromos escandinavos, demasiado lejanos para cazas de un solo motor, sufrieron un número de bajas en particular elevado. Aquel día pasó a conocerse entre los aviadores germanos como Jueves Negro. La cantidad total de pérdidas de ambos contendientes fue aún mayor tres días después, el 18 de agosto, en el que se malograron 69 aparatos de la Luftwaffe y, del Mando de Caza, 34 en el aire y 29 en tierra.

Si bien las dos fuerzas aéreas sobrestimaron con creces el daño que infligieron al enemigo, los servicios de información germanos cometieron un error de juicio más grave, pues los llevó a mantener la ilusión de que estaban ganando. Las bases del Mando de Caza fueron el blanco de una cuarentena de incursiones de la Luftwaffe entre el mes de agosto y los primeros días del de septiembre, y sin embargo, sólo dos de ellas —la de Manston y la de Lympne, sitas en el litoral de Kent— quedaron fuera de combate durante un período mayor de unas cuantas horas. Cuando tocaba a su fin el mes de agosto, los alemanes dieron por cierto que habían descendido el número de aviones de que disponía en primera línea el Mando de Caza hasta reducirlo a tres centenares, cuando, en realidad, Dowding seguía contando con seis. Dicho de otro modo: la guerra de desgaste estaba favoreciendo al Reino Unido. Si bien es cierto que la RAF perdió 204 aviones entre el 8 y el 23 de agosto, no lo es menos que el número de los que se fabricaron aquel mismo mes ascendió a 476 y el de los que se repararon fue aún mayor. La Luftwaffe, en cambio, quedó con 397 aparatos menos, de los cuales 181 eran cazas, mientras que de sus fábricas salieron sólo 313 Bf-109 y Bf-110 nuevos. Si los pilotos británicos que causaron baja en las semanas segunda y tercera de agosto fueron 104, los aviadores germanos muertos o capturados durante este período ascendieron a 623.

El Mando de Bombarderos de la RAF ha recibido mucho menos mérito del que merece por su actuación en aquella campaña. Entre los meses de julio y septiembre perdió el doble de personal que el Mando de Caza mientras atacaba concentraciones de barcazas invasoras en los puertos del canal de la Mancha y hostilizaba los campos de aviación alemanes. Aunque estas últimas incursiones no causaron demasiados daños, ayudaron a aumentar la tensión

de los pilotos de la Luftwaffe al negarles el descanso que con tanta desesperación necesitaban. «Poco a poco, los británicos están consiguiendo sacarnos de quicio por la noche —escribió Ulrich Steinhilper—, porque debido a su persistencia, nuestras baterías antiaéreas apenas callan, y en estas condiciones no resulta fácil cerrar siquiera los ojos.»[18]

Llegado a este punto, Goering optó por cambiar de táctica y emprender una serie relativamente reducida de ataques con bombarderos acompañados de una escolta nutridísima de cazas. Su intención no era otra que la de obligar a la RAF a combatir, en particular para defender sus aeródromos, y destruirla en el aire. Las bajas que sufrió Dowding fueron, en consecuencia, muy elevadas, y, sin embargo, los mandos de la Luftwaffe tuvieron ocasión de desesperarse al ver que el Mando de Caza no dejaba de despegar día tras día para hacer frente a sus acometidas. En el lado británico, después de quedar maltrechos los campos de aviación del sureste a finales de agosto y principios de septiembre, no faltaron recriminaciones entre las escuadras del grupo XI.º, que tenían allí su base, y las del XII.º, situadas más al norte y encargadas de protegerlas mientras aquéllas interceptaban a los bombarderos enemigos. El XII.º abogaba por concentrar un gran número de cazas en el aire, aun cuando tal cosa supusiera retrasar el choque con el enemigo. Quienes apoyaban esta estrategia de «ala multitudinaria» (big wing) acabaron por salirse con la suya, y no dudarían en inflar en extremo sus logros. La reputación de Keith Park, el oficial neozelandés al mando del grupo XI.º, sufrió un gran varapalo por culpa de las luchas internas que se volvieron endémicas en septiembre en la RAF, en tanto que la de Trafford Leigh-Mallory, cuya habilidad para intrigar superaba a la que ejercía en cuanto comandante del grupo XII.º, se vio por demás beneficiada. A la posteridad, empero, no le cabe la menor duda de que el primero fue un aviador sobresaliente, ni de que a él corresponde compartir con Dowding los laureles de la victoria obtenida en la batalla de Inglaterra.

Muchos de los jóvenes de la RAF, sabedores de la tasa de desgaste que estaba soportando el Mando de Caza, se dieron por muertos sin que ello causara menoscabo alguno a su determinación. La CCXLIX.º escuadrilla de George Barclay, piloto de Hurricane, recibió orden de trasladarse a la base de North Weald, una de las más hostigadas, el primero de septiembre. «Supongo —señaló desalentado uno de sus camaradas mientras se disponían a mudarse — que más de uno de nosotros no va a volver nunca a Boscombe». Barclay se mostró sólo un tanto más optimista al escribir en su diario: «Creo que todos estamos convencidos de que vamos a mantenernos con vida al menos siete días[19]».

Cuando tocaba a su fin el mes de agosto, los alemanes cometieron el error

estratégico más grave de la campaña al hacer caso omiso de los aeródromos para centrar la atención en Londres, primero, y luego en otras ciudades de relieve. Los mandos del aire de Hitler creían que este cambio obligaría a Dowding a enviar sus últimas reservas al campo de batalla, y, sin embargo, los dirigentes británicos, de Churchill abajo, no pudieron menos de sentirse aliviados ante semejante decisión, pues sabían que la capital podía soportar daños muchísimo mayores que las vulnerables instalaciones del Mando de Caza. Quienes combatían en el aire, en cambio, no vieron otra cosa que una sucesión incesante de encuentros y de bajas. George Barclay escribió a su hermana el 3 de septiembre con el estilo entrecortado y adolescente propio de los de su entorno: «Hoy hemos salido cuatro veces, y dos de ellas hemos mantenido batallas terribles con cientos de Messerschmitt. Todo esto resulta asombroso a más no poder, distinto de todo lo que conocemos… A uno se le olvida por completo la posición de su propio aparato mientras trata de no perder de vista a los del enemigo. Tamaño arremolinamiento de aviones, de cientos de ellos, en su mayoría pintados con cruces negras, se produce a unos seis mil metros de altitud; de modo que el estuario del Támesis y los campos de alrededor, hasta llegar nada menos que a Clacton, se extienden como un mapa bajo nuestros pies[20]».

Sandy Johnstone estuvo «a punto de saltar de [su] carlinga» al divisar a lo lejos la masa de aparatos de la Luftwaffe que protagonizó el ataque del 7 de septiembre: «Delante de nosotros, y por encima de nuestras cabezas, [había] una verdadera flota de aviones alemanes… Una Staffel ["escuadrilla"] tras otra hasta donde alcanzaba la vista… Nunca he visto tantos en el aire a la vez. Ofrecían una visión imponente[21]». En un primer momento, los aviadores invasores se sentían más tranquilos cuando volaban en el centro de una formación nutrida. «Dondequiera que mire uno topa con aviones de los nuestros por todas partes. ¡Qué espectáculo tan maravilloso!», escribió Peter Stahl, quien participó en una de las incursiones multitudinarias del mes de septiembre a bordo de un Ju-88[22]. Con todo, él y sus camaradas aprendieron pronto que la seguridad que ofrecía tal formación no pasaba de ser ilusoria, pues no tardó en disgregarse cuando sus integrantes comenzaron a hacer picados e inclinaciones laterales para disparar a los Hurricane y los Spitfire. Avanzada la tarde del día 7, entró en combate un millar de aeroplanos sobre Kent y Essex. El Hurricane de George Barclay fue alcanzado viéndose obligado a forzar su aterrizaje en un campo. Aquel día 7, los alemanes perdieron 41 aparatos, y el Mando de Caza, 23. Tal como ocurrió en todos los grandes enfrentamientos de la batalla, los británicos se llevaron la mejor parte.

Ulrich Steinhilper, piloto de un Bf-109, fue uno de los muchos que, entre los espasmos provocados por el miedo y la emoción, quedó maravillado por la belleza del espectáculo que ofrecían sus fuerzas. Así, mientras sobrevolaba Londres cierto día de septiembre, se recreó en «el límpido azul celeste del cielo, con el sol desdibujado por el humo siniestro que se extendía a una altura inimaginable, entreverado por las estelas de condensación de los cazas de aquella lucha a vida o muerte. Y en medio de todo ello, globos incendiados y algún que otro paracaídas sumidos en un aislamiento espléndido e incongruente[23]». Dado que la Luftwaffe no acompañó el embate del 15 de septiembre con las fintas y las diversiones de costumbre, el Mando de Caza no albergó duda alguna de cuál era el foco de la amenaza y pudo centrar sus fuerzas en encararlo. Las escuadrillas despegaron con urgencia a fin de hacer frente por parejas a los bombarderos, a los que interceptaron nada menos que en Canterbury, en tanto que el «ala multitudinaria» de Duxford entraba en combate en el sector oriental de Londres. Aquella tarde, el segundo ataque de la Luftwaffe también topó con la firme defensa de los cazas. Los alemanes perdieron en total 60 aeroplanos, aunque la RAF aseguró haber derribado 185. Entre el 7 y el 15 de septiembre cayeron 175 aviones de la Luftwaffe, cantidad muy superior a la de los que fueron capaces de producir las fábricas de Alemania.

La ofensiva careció por completo de coherencia, y así los agresores, que habían comenzado tratando de echar por tierra la capacidad defensiva de la RAF, mudaron de objetivo antes de lograrlo y centraron su atención en deteriorar la moral y destruir blancos industriales. Sus bombarderos, relativamente ligeros, transportaban cargas explosivas que, si bien bastaban para dañar a los británicos, carecían del peso necesario para herir de muerte a una compleja sociedad industrial moderna. La RAF no acabó con la Luftwaffe, pues tal cosa era impensable; pero sus pilotos negaron a los alemanes el dominio del canal de la Mancha y la Inglaterra meridional, amén de imponerles un número inaceptable de bajas. El simple hecho de la continuidad del Mando de Caza en calidad de fuerza de combate fue suficiente para frustrar los designios de Goering. En lo que duró la batalla, las instalaciones industriales británicas fabricaron aviones de caza de un solo motor a una velocidad mayor que las alemanas, lo cual constituyó un logro industrial de vital relevancia. Si el Mando de Caza perdió un total de 544 hombres —una quinta parte aproximada de todos los pilotos británicos que participaron en la batalla—, y el Mando de Bombarderos sufrió 801 muertes y doscientas capturas, la Luftwaffe hubo de lamentar la cantidad desastrosa de 2698 bajas de pilotos altamente cualificados.

La contribución personal de Churchill consistió en convencer a su pueblo, por encima de algunos de cuantos conformaban la clase gobernante, del carácter noble y necesario de una lucha que, además, había tenido gran éxito. La batalla de Inglaterra ensalzó de tal modo el espíritu de la nación que la hizo capaz de trascender la lógica de la debilidad estratégica de la que seguían adoleciendo. «Nuestros aviadores han vivido una experiencia agotadora —escribió el 20 de septiembre Cuthbert Headlam, diputado conservador sin cargo de avanzada edad—, pero cada día que pasa da la impresión de que estén combatiendo con más magnificencia. Resulta extraño ver cuánto debemos a un grupo tan reducido de jóvenes los millones de personas que estamos aquí de brazos cruzados mientras una porción selecta de guerreros llegados de aquí, de allí, de todas partes decide el resultado de la batalla por encima de nuestras cabezas… Debe de ser un cuerpo de hombres soberbio… Uno no puede menos de preguntarse cuál puede ser la diferencia que existe en cuanto a poderío material entre nuestra RAF y la Luftwaffe: cabe esperar que algún día lo sabremos y, entonces, supongo, rendiremos homenaje con más motivo aún a los valientes que están brindando tan indescriptible servicio a su patria.»[24]

El pueblo británico soportó el suplicio de su nación con cierta entereza. Aunque quienes habitaban fuera de los núcleos urbanos no hubieron de sufrir los ataques de la Luftwaffe, el miedo a la invasión fue punto menos que universal. Si Churchill se había comprometido a luchar hasta el final, también se mostró realista hasta extremos brutales a la hora de afrontar las consecuencias de una posible derrota. El general de brigada Charles Hudson asistió a cierta reunión de oficiales superiores convocada en York durante el mes de julio por el ministro de Guerra, Anthony Eden, quien hizo saber a los asistentes que aquél le había dado instrucciones de sondear la situación de la moral del ejército. Por lo tanto, propuso preguntar a cada uno de los generales si, en palabras de Hudson, «podía contarse con que las fuerzas que se hallaban a nuestro mando iban a seguir al pie del cañón fueran cuales fueren las circunstancias… Casi fue posible oír un grito ahogado de espanto en toda la mesa». Eden aumentó aún más la estupefacción de todos al asegurar que «tal vez se diera el caso de que el gobierno tuviese que tomar, con escasa antelación, una decisión terrible, si se llegaba al extremo… de que fuese descabellado seguir enviando, en un intento del todo inútil de salvar una situación desesperada, a soldados mal armados contra un enemigo asentado con firmeza en Inglaterra». Quiso informarse de cómo responderían las tropas a una orden de embarcar en un puerto septentrional para ser trasladadas a Canadá y abandonar, por ende, a sus familias.

«Nos formuló la pregunta a todos, uno por uno, en medio de un silencio sepulcral», escribió Hudson. Y los interpelados respondieron, de manera casi

unánime, que los más de los oficiales, suboficiales y soldados regulares solteros se avendrían a acatar semejantes instrucciones. Sin embargo, entre los reclutas y los casados, «la inmensa mayoría… insistiría en acabar la lucha en suelo británico… o en [quedarse atrás para mantenerse] al lado de sus familias cualesquiera que sean las consecuencias». Dicho de otro modo: los altos oficiales del ejército británico opinaban que, ante una derrota inminente, muchos de sus hombres tomarían la misma decisión que los soldados franceses: rendirse antes de tener que encarar la incertidumbre y las penalidades de seguir combatiendo desde el exilio. Hudson concluía su relato diciendo: «Todos salimos desengañados de la reunión». Ni él ni la generalidad de los altos mandos se habían detenido a pensar que luchar hasta el final pudiese significar hacerlo desde el extranjero tras la derrota del Reino Unido[25]. Churchill aceptó una contingencia así, aunque en este sentido, igual que en otros muchos, el primer ministro estaba dispuesto a considerar sacrificios extremos ante cuya sola idea se habrían estremecido muchos de sus compatriotas.

Hitler podría haber intentado invadir las islas británicas si la Luftwaffe se hubiera enseñoreado del espacio aéreo del canal de la Mancha y el sur de Inglaterra. Sin embargo, su instinto lo llevó a recelar del mar y de afrontar riesgos estratégicos innecesarios, y, por consiguiente, tomó escasas medidas prácticas a fin de adelantar los preparativos de su nación, aparte de reunir un número ingente de barcazas en los puertos del canal de la Mancha. Churchill supo sacar provecho de la amenaza de un modo más eficaz que los que aspiraban a invadir el Reino Unido al emplearla para movilizar a cada uno de sus ciudadanos en favor del objetivo común de resistir al enemigo en caso de que desembarcara. Así, se retiraron postes indicadores y carteles toponímicos de cruces de carreteras y estaciones, se alambraron las playas, se reclutó a ancianos y menores para crear unidades locales del frente civil y se les dotó de armas sencillas. El primer ministro alimentó, de forma deliberada y un tanto cínica, el espíritu de la invasión hasta 1942, ante el temor de que el pueblo británico volviese a caer en su lasitud natural si suponía superada la crisis nacional.

La incertidumbre relativa a las intenciones alemanas persistió a lo largo de aquel verano y hasta el otoño. Entre la población general, el miedo fue a mezclarse con cierta expectación confusa y vehemente, más entusiasta aún por lo que tenía de irreal la idea de combatir a los alemanes en los pueblos y los campos de Inglaterra. Cierta ama de casa aristocrática inyectó veneno para ratas en parte de las reservas que atesoraba de jarabe de arce canadiense con la intención de intoxicar a las fuerzas invasoras. Sin embargo, para consternación de su familia, después de unas semanas había olvidado cuáles eran las latas emponzoñadas, y hubo de negar tamaña exquisitez a sus

hijos[26]. Arthur Street, granjero de Wiltshire, capturó parte de lo que tenía de cómico el proceder de sus compatriotas al describir la actitud que adoptaron sus propios trabajadores y sus vecinos el 7 de septiembre, cuando el frente civil recibió noticia de un desembarco inminente de los alemanes:

> La sección de Sedgebury Wallop se puso en marcha esa misma noche, y mandó a 17 paisanos perplejos a la comisaría de policía por haber olvidado su documentación. Sin embargo, el granjero de la de Walter Pocock se levantó a las 7.00 para aconsejar al pastor que abandonase durante media hora su labor soldadesca para consagrarse a su ganado.
>
> —Tendrás ganas de ver a tus ovejas —le dijo—. Pero no te olvides de llevarte la escopeta y munición. El redil está a diez minutos de aquí; conque en el momento que pase algo, mandaré a alguien a buscarte.
>
> —A mis ovejas no les va a pasar nada. El redil quedó listo ayer, y aunque el joven Arthur no tiene más de quince años, lo tengo bien enseñado. Así que mejor me espero a que pase la alarma.
>
> A las 11.00 más o menos, cuando se nos dijo que había pasado la amenaza, real o imaginaria, de invasión, casi todos se pusieron a rezongar.
>
> —Entonces, ¿no vienen? —preguntó con pena Tom Spicer.
>
> —Me temo que no, muchacho —respondió Walter.
>
> —Lo que me imaginaba —gruñó Fred Bunce, el herrero—. ¿No os he dicho que en los alemanes no se puede confiar[27]?

A diferencia de la población civil europea, aquellos campesinos de Wiltshire podían permitirse el lujo de mofarse de sus enemigos por no conocer la espantosa experiencia de tenerlos delante. El 17 de septiembre, Hitler dio la orden de diferir de forma indefinida la Operación León Marino, aunque, en realidad, el pueblo británico y el Mando de Caza sólo notaron que, durante el mes de octubre, fue pasándose de forma gradual de los ataques diurnos a las incursiones nocturnas. Entre el 10 de julio y el 31 de octubre, los alemanes perdieron 1294 aeroplanos, y los británicos, 788. Abandonada toda esperanza de ocupar el Reino Unido en 1940, así como de acabar con su flota de cazas, el Führer ocupó a sus fuerzas aéreas en un asalto prolongado a las ciudades británicas, destinado a minar la voluntad de la población. Si bien la Luftwaffe eligió como objetivo principal las fábricas aeronavales, junto con los muelles de Londres y demás infraestructuras de la capital, las limitaciones de que adolecían los sistemas de navegación y puntería de los bombarderos alemanes hicieron que la población civil británica entendiese los ataques, sin más, como una agresión indiscriminada a la ciudadanía, o por mejor decir, una campaña terrorista.

La guerra relámpago (Blitzkrieg), cuyo comienzo fecharon los defensores el 7 de septiembre, resultó mucho más difícil de repeler al Mando de Caza que las ofensivas emprendidas a plena luz del día, por disponer la RAF de escasos cazas nocturnos y de radares de interceptación aérea muy primitivos. Churchill instigó a los cañones antiaéreos a disparar a voluntad a fin de alentar a la población, y aunque éstos así lo hicieron, apenas lograron causar menoscabo a los bombarderos. Entre el mes de septiembre y mediados del de

noviembre, la Luftwaffe envió una media de doscientos aviones, todas las noches salvo una. Durante este período se lanzaron sobre Londres, Bristol, Birmingham, Portsmouth y otras ciudades principales trece mil toneladas de explosivos y bombas incendiarias, y la aviación alemana perdió sólo setenta y cinco aparatos, en su mayoría de forma accidental.

Aquella campaña causó a la población civil una mezcla de fascinación, terror y aversión hasta que, por fin, acabaron por aceptarla como una normalidad distinta. Cierta londinense escribió al respecto de una de las incursiones: «Las bombas llegaban agrupadas, todas juntas… Las explosiones poseen cierto poder de atracción hipnótica que procede, quizá, de los fuegos artificiales que contemplábamos durante nuestra infancia, y por eso yo me quedé a observar las dos primeras. Por más que haga saltar un edificio entero, el estallido de una bomba de gran potencia no constituye en sí un gran espectáculo como lo hace, por ejemplo, un incendio de consideración. Las líneas amarillas y rojas que proyecta hacia arriba resultan tan toscas e insustanciales como el dibujo que pudiese hacer de ellas un chiquillo[28]». Muriel Green, habitante de un pueblo de Norfolk, describió, con una sensatez que no deja de resultar notable en una muchacha de diecinueve años, lo que pensaba mientras oía pasar sobre su cabeza los aviones del enemigo de camino a cualquier ciudad británica la noche que siguió al devastador ataque sufrido en Coventry el 14 de noviembre: «Me pregunto qué deben de sentir los pilotos. Al fin y al cabo, deben de tener quien los quiera aunque sean nazis, y están arriesgando su vida mientras luchan por su país del mismo modo que aquellos de nuestros hombres que salen a bombardear. Pobres gentes de Coventry. ¡Qué amargura, qué desesperación deben de tener hoy en su interior! ¿Cuánto va a poder durar esto? ¿Cuántos años podemos vivir con miedo a los horrores desconocidos que muchos de nosotros aún no hemos experimentado?»[29].

Los bombardeos, que se prolongaron hasta que Hitler comenzó a necesitar aviones para invadir la Unión Soviética en mayo de 1941, causó estragos en los centros de las ciudades británicas y carcomió hasta lo más hondo la moral de millones de personas que hubieron de soportar noches interminables acurrucadas en refugios junto con sus familias y sus miedos. Los agresores, que despegaban en aeródromos del norte de Francia, apenas hubieron de pagar con un 1,5 por 100 de los aparatos que participaron en cada salida, lo que supone una proporción de bajas mucho menor que la que sufriría más tarde la RAF al bombardear Alemania, siendo así que tendría que recorrer distancias mayores. En total, hubo unos 43 000 muertos y 139 000 heridos entre los paisanos británicos. Sin embargo, la Luftwaffe no tuvo, durante aquel invierno de 1940 y 1941, un plan estratégico verosímil, ni tampoco la precisión ni la carga de bombas necesarias para infligir el daño suficiente a la

industria británica. R. V. Jones, joven oficial del servicio de información, desempeñó una función crítica al identificar las señales de navegación por radio de los alemanes y hallar el modo de bloquearlas con interferencias. La producción sufrió no pocas interrupciones debidas a las alertas; hubo instalaciones importantes que recibieron daños considerables, y quedaron destruidas varias decenas de miles de hogares, amén de edificios antiguos, iglesias y otros lugares representativos; pero en un grado que no deja de ser notable, la población del Reino Unido aprendió a seguir con su vida en medio de los bombardeos aéreos.

> Las víctimas guardaban más silencio del que yo hubiese podido imaginar —escribió Barbara Nixon, actriz londinense que asumió funciones de vigilante civil durante las incursiones sobre Finsbury—. Sólo oí gritos de veras aterradores en dos ocasiones, aparte, claro, de algunas manifestaciones de histeria. Cierta noche, le volaron las piernas a un guardavía [de la estación], y su caseta echó a arder cuando él estaba aún consciente. Era de todo punto imposible que nadie pudiese llegar a donde se encontraba, y el tiempo que transcurrió hasta que cesaron sus alaridos, tan espantosos que resultaban paralizadores, pareció no acabarse nunca. Por lo común, no obstante, hasta los que recibían heridas graves o quedaban atrapados en lugares de difícil salida se sentían demasiado aturdidos para hacer ruido. Los animales, sin embargo, daban unos chillidos pavorosos. Una de las noches más exasperantes de los tres primeros meses fue aquella en la que alcanzaron una lonja de ganado, y las bestias estuvieron bramando tres horas seguidas. Por si fuera poco, al mismo tiempo volcó una locomotora y se soltó el silbato de vapor. Aquel tono agudo y monótono, unido al rugir distante de las reses, resultaba enloquecedor[30].

En una época en la que buena parte del transporte local dependía de tracción animal, no faltaban en la ciudad establos que, a fin de seguir una práctica habitual en el campo, adquiriesen una cabra para hacer que los caballos la siguieran en casos de emergencia. Cierta noche, cuando las bombas incendiaron las instalaciones de una empresa importante de carreteros del centro financiero de Londres, se pusieron a buen recaudo dos centenares de las bestias que las ocupaban. Con todo, si real era el «espíritu de guerra relámpago» de los británicos, más aún lo eran las penalidades y la miseria que imponían los ataques aéreos. Bernard Kops, autor literario que a la sazón no era más que un muchacho, escribió: «Hay quien… parece albergar sueños poéticos como único recuerdo del Blitzkrieg, quien habla de aquellos días como si entonces reinara un espíritu de comunidad verdadero. No es mi caso: aquél fue el principio de una época de terror indecible, de miedo y horror. Yo dejé entonces de ser un niño para encontrarme cara a cara con la nueva realidad del mundo… Hétenos aquí otra vez de un lado a otro, errantes, embarcados en un nuevo éxodo. Los judíos del East End, después de abandonar sus hogares, habían tenido que exiliarse en los sótanos[31]».

Ciertas pinceladas de la tradicional estupidez británica fueron también en ayuda de los afligidos ciudadanos. Un religioso londinense preguntó en determinada ocasión a una mujer que se hallaba refugiada en el mismo subterráneo si oraba al oír caer una bomba.

—Sí —respondió ella—. Digo: «¡Dios mío, haz que no caiga aquí!».

Él repuso:

—Pero eso es tener muy poca consideración con el prójimo: si Dios escucha tus plegarias y en vez de caerle a usted, le cae a otro…

—Es que no puedo evitarlo —replicó ella—, y el prójimo debería rezar también para echarla más lejos todavía[32].

Los refugios antiaéreos situados en edificios viejos estaban plagados de piojos y chinches. En los grandes subterráneos de las ciudades interiores, abundaban las escenas desagradables provocadas por hombres y mujeres borrachos, las riñas y los altercados, además de toda clase de porquerías en los que no disponían de aseos.

La mayor parte de los ciudadanos coincidía en que la lucha hacía más mella en los más ancianos y los más pequeños, pues eran los que menos comprendían la situación. «Ni unos ni otros tenían la menor idea de a qué se debía todo aquello —nos refiere de nuevo la voz de Barbara Nixon—. Jamás habían oído hablar de Polonia… y el fascismo era para ellos, a lo sumo, algo relacionado con esa bestia malvada de Hitler que quería hacernos saltar por los aires a todos o matarnos mientras dormíamos.»[33] El célebre corresponsal estadounidense Ernie Pyle escribió desde Londres en enero de 1941: «Los más viejos presentaban un aspecto terriblemente trágico. Imagínense con setenta u ochenta años, llenos de achaques y de recuerdos borrosos de un pasado que quizá haya tenido pocos momentos venturosos. Y ahora, figúrense teniendo que caminar a oscuras, noche tras noche, hasta una estación de metro para, una vez allí, arrebujarse en sus ajados abrigos sentados en un banco de madera y con la espalda apoyada en un muro curvado para pasar la noche dando cabezadas. Piensen en cómo se sentirían si fuera ésa la suerte que han de correr esta noche y todas las siguientes[34]».

Herbert Brush, londinense de setenta y un años, describió la visita al médico de una amiga «que estaba mal de los nervios a causa de la tensión que le había producido el conducir un coche en las condiciones propias de la guerra. De camino a Cambridge, la habían ametrallado desde el aire y había tenido que esconderse detrás de un seto. Luego, en Norwich, lanzaron varias bombas cerca de donde dormía. El doctor le ha dicho que padece neurosis de guerra, y además de recetarle un poderoso reconstituyente, le ha recomendado dos semanas de reposo absoluto[35]». En un sentido estricto, aquella mujer había reaccionado de forma exagerada ante un peligro relativamente desdeñable; pero los seres humanos medimos el riesgo y la privación con el rasero de nuestro conocimiento personal. Habría sido inútil hacer ver a un ama de casa de barrio residencial británico cuánto mayor que el suyo era el sufrimiento de los refugiados polacos, judíos y franceses, y más tarde los soldados del frente oriental. Lo único que sabía ella era que lo que le

estaba ocurriendo era terrible en comparación con cuanto había vivido en el pasado. Sólo unos cuantos se mostraban exultantes ante la situación, como George Springett, jardinero, pacifista y objetor de conciencia de treinta años, quien tras pasar las primeras semanas del conflicto tomando dosis regulares de Sanatogén, había dejado de necesitar aquel tónico para los nervios. «¡Tengo —aseveraba— una salud de hierro desde que ha empezado la guerra relámpago!»[36].

Entre los héroes de la campaña se contaban quienes aprendían mediante prueba y error a ocuparse de las bombas sin explotar, que no tardaron en abundar en las ciudades británicas. Uno de los más destacados fue Jack Howard, conde de Suffolk. A comienzos de la guerra, este cerebrito inconformista, que contaba treinta y cuatro años en 1940, se procuró un puesto en el departamento científico del Ministerio de Abastecimiento que le permitía gran libertad de movimientos. Una de sus hazañas más notables que protagonizó ocupando tal cargo fue la evacuación de Burdeos, tras la rendición francesa, de una remesa de diamantes de uso industrial por valor de tres millones de libras recuperados de Ámsterdam, un grupo conformado por los científicos más brillantes de Francia y el total de las existencias de agua pesada procedente de Noruega, material indispensable en la fabricación de la bomba atómica. Durante el otoño de 1940, este personaje de carácter tímido y excéntrico decidió brindar sus servicios como artificiero.

Suffolk formó su propia cuadrilla —en la que incluyó a su secretaria, Beryl Morden— y la dotó de una furgoneta que costeó él mismo. Desde entonces, ataviado con botas de aviador y un sombrero tejano que cambiaba en ocasiones por un casco de piloto, y siempre con una conspicua boquilla de veinte centímetros en los labios, se consagró a descargar bombas y, sobre todo, a investigar los artefactos de acción retardada de los alemanes, equipados con sistemas cada vez más perfeccionados para evitar cualquier género de manipulación. Aunque nadie discutía que fuese un hombre de gran valor e imaginación, entre los artificieros hubo algunos que censuraron su falta de seriedad. El 12 de mayo de 1941, en el «cementerio de bombas» de los pantanos londinenses de Erith, estaba manejando una espoleta con temporizador del tipo 17 cuando explotó la bomba y se llevó con ella la vida de Jack Howard, el Loco, y la de trece ayudantes que habían cometido la imprudencia de arracimarse en tomo a él —y entre los que se hallaba la hermosa Beryl Morden—. Muchos lamentaron su muerte, aunque casi todos sostuvieron que había sido su negligencia lo que había causado la pérdida gratuita de sus compañeros. El de desactivar bombas no era trabajo para aficionados[37].

Bob Davies, vagabundo de Cornualles dedicado a esta labor tras estallar la guerra, provocó otro género de complicaciones. En sus viajes por el mundo

había adquirido cierta experiencia técnica que había sabido aprovechar para obtener una comisión de emergencia en el cuerpo de ingenieros. Una mañana de septiembre de 1940 se hallaba al frente de una cuadrilla destinada a inutilizar un proyectil de mil kilogramos que había quedado incrustado a gran profundidad en la calzada ante la catedral de San Pablo durante una incursión aérea. No bien llegaron, sufrieron intoxicación por el gas procedente de una tubería dañada y hubieron de ser atendidos en un hospital. Cuando, poco después, volvieron a emprender el trabajo y se pasaron la noche entera cavando, hasta que una chispa prendió el gas que salía de otra tubería y quemó a tres de los hombres.

La prensa no tardó en difundir la noticia recalcando el peligro que corría el edificio religioso. El Daily Mail no dejó pasar la ocasión de encomiar el valor de las cuadrillas de artificieros, «hombres gallardos y prácticos del cuerpo de ingenieros [que] echan pulsos diarios con la muerte». Los hombres de Davies siguieron cavando hasta que, cuando habían transcurrido punto menos que ochenta horas de su caída, dieron con la bomba, enterrada a ocho metros de profundidad en el barro de la capital. A continuación, trataron de sacarla mediante un camión unido a ella por un cable de gran resistencia, pero éste se partió. Entonces, emplearon un segundo cable y, con dos camiones, lograron por fin rescatarla con gran lentitud. A continuación, la ataron a un soporte y recorrieron con ella las calles de Londres hasta llegar a los pantanos de Hackney, en donde la hicieron detonar. La explosión provocó un cráter de treinta metros de diámetro.

El equipo recibió todo un aluvión de publicidad que lo hizo saltar a la fama. «Historia digna de una Cruz Victoria», aseguraba un periódico en letras titulares. En efecto, Davies y el zapador que había encontrado el proyectil y salvado la catedral recibieron la Cruz de San Jorge, medalla de reciente creación destinada a reconocer actos civiles de heroísmo. En mayo de 1942, sin embargo, mudaron las tornas cuando Davies fue llevado ante un consejo de guerra acusado de poco menos de treinta cargos relativos a robos sistemáticos a gran escala cometidos durante el período que estuvo al mando de su cuadrilla de artificieros. Asimismo, también se había servido de su cargo para recibir pagos en metálico de algunas de las personas cuyos edificios se habían salvado de ser destruidos gracias a su intervención, y había extendido, además, cheques sin fondos. Aún tendría que avergonzarse de algo más cuando se supo que, pese a lo que habían asegurado los medios de comunicación, la bomba de San Pablo no disponía de mecanismo de retardo alguno y era, por lo tanto, mucho menos peligrosa de lo que se pensaba, y que Davies no la llevó personalmente a Hackney. El oficial pasó dos años en la cárcel y fue puesto en libertad en 1944. Aunque está fuera de toda duda el peligro que corrían los artificieros, y es indudable que nuestro

personaje llevó a cabo con valentía trabajos de gran utilidad, su historia nos revela que en la guerra relámpago participaron no sólo héroes, sino también picaros y, en ocasiones, gentes en las que se mezclaban ambas condiciones[38].

La invasión de la Unión Soviética es la única metedura de pata de Hitler que superaría durante la guerra a la ofensiva aérea que emprendió contra el Reino Unido. Después del mes de junio de 1940, fueron muchos los compatriotas de Churchill, y en particular quienes ocupaban cargos de relieve, que reconocieron la incapacidad de la nación para hacer frente a la dominación nazi del continente. Si los hubiesen dejado, sin más, contemplar dicha impotencia, se habría renovado, sin lugar a dudas, la agitación política en apoyo de una negociación con el dirigente alemán, secundada, además, por muchos de los altos cargos del gobierno que se habían opuesto a ella con anterioridad. La falsa amenaza de un ataque aéreo aniquilador como el que ya se suponía y temía en 1939 podría haber influido en la actuación británica mucho más que la realidad de uno tan poco concluyente.

El primer principio que debe seguir quien emplee la fuerza para alcanzar objetivos nacionales es el de asegurarse de que resulta eficaz, y Alemania no lo hizo en el Reino Unido entre 1940 y 1941. Se trata de la primera muestra de una de las grandes verdades del conflicto: aunque la Wehrmacht se condujo a menudo con gran brillantez en el campo de batalla, los nazis desplegaron una ineptitud alarmante a la hora de hacer la guerra. En lugar de aterrorizar a las gentes de Churchill para someterlas a la voluntad de Hitler, la Luftwaffe no logró otra cosa que hacer que se unieran desafiantes.

Si bien la posteridad sólo suele considerar el que fue de julio de 1940 a la primavera de 1941 como el período en que se produjo la batalla antiaérea del Reino Unido contra la Luftwaffe, lo cierto es que en ésta sólo participó una porción modesta de los recursos militares de Alemania. Para el resto de los combatientes de Hitler, ésta fue una época de inactividad extraña comparada con la guerra boba. Claro está que había que afirmar la conquista de las naciones invadidas y frutos de la victoria que paladear —en particular en Francia—. En Berlín, «los primeros efectos de la guerra no fueron la decadencia y la escasez de costumbre en estos casos —escribió el corresponsal estadounidense Howard Smith—, sino un repentino salto adelante en la prosperidad palpable. Las mujeres de la limpieza y las amas de casa berlinesas que jamás habían sentido en las piernas la caricia de la seda, empezaron a vestir a diario medias finísimas procedentes del Boulevard Haussmann parisino, desde donde se las había enviado "mi Hans, que está en el frente". Asimismo, en las tabernas más modestas podían verse alineadas botellas de armañac, Martell y Courvoisier[39]».

La industria bélica alemana, que aún adolecía de cierta lentitud relativa, necesitaba tiempo para producir carros de combate, aviones y munición destinados a sustituir a los que se habían empleado en las campañas continentales. El ejército conoció durante el invierno un amplio programa de expansión que lo llevó a crecer de 5,7 a 7,3 millones de soldados y de 143 a 180 divisiones de mayo de 1940 a junio de 1941. Más allá del coñac y las medias, los territorios conquistados ofrecían un botín industrial de colosal importancia, sobre todo en forma de vagones de ferrocarril. Aunque la ocupación nazi precipitó una disminución drástica de la actividad económica que persistió en la mayor parte de Europa hasta la liberación, las fábricas de armamento francesas contribuyeron de manera notable a la empresa bélica de Alemania.

Hitler consagró mucho menos tiempo del que supusieron los británicos estudiando las operaciones de la Luftwaffe contra ellos. De hecho, jamás llegó a visitar a las unidades de las fuerzas aéreas destinadas en las costas del canal de la Mancha. En realidad, pasó buena parte del otoño y el invierno dedicado a lidiar con la disyuntiva estratégica que lo traía de cabeza: si debía consolidar las victorias obtenidas en el frente occidental e invadir el Reino Unido en 1941, o hacer caso a lo que le dictaban sus deseos y poner, más bien, rumbo al este. El 31 de julio de 1940, mucho antes del apogeo de la ofensiva de sus aviones contra las islas británicas, comunicó a sus generales, reunidos con él en el Berghof, su determinación de atacar la Unión Soviética el mes de mayo siguiente. Más tarde, sin embargo, llegarían más meses de vacilaciones. La armada alemana le instó a embarcarse en operaciones de envergadura destinadas a expulsar a los británicos del Mediterráneo mediante la toma de Gibraltar, a través de España, y del canal de Suez, a través de Libia. El almirante Erich Raeder, comandante en jefe de las fuerzas navales, recibió en esto el apoyo del general Walter Warlimont, jefe de la sección de planificación estratégica de la Wehrmacht.

Aún no se había descartado de forma decisiva ni oficial la opción occidental cuando, en noviembre, visitó Berlín Molótov, ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, y suscitó las iras de Alemania con sus ansias de expansión. Expresó el interés de Moscú por el futuro de Rumania, Bulgaria, Polonia y aun Grecia, y quiso saber si la neutralidad de Suecia decía bien con los designios comunes de Alemania y la Unión Soviética —a lo que se le respondió, de forma tajante, que sí—. Asimismo, hizo hincapié en que, si Hitler poseía ambiciones territoriales aún por satisfacer, a Stalin le ocurría otro tanto. Cuando llegó el momento de que Molótov embarcase en el avión que lo llevaría de regreso al Kremlin, el Führer había visto confirmado su convencimiento de que debía invadir la Unión Soviética el verano siguiente.

En realidad, vista la situación desde su perspectiva, no tenía elección: la

economía alemana era mucho más débil de lo que suponían sus enemigos, pues apenas superaba a la del Reino Unido, que disfrutaba de unos mayores ingresos por cabeza. La nación no podía seguir en pie de guerra de forma indefinida, y estaba haciendo esfuerzos tremendos a fin de alimentar a la población y pertrechar a la Wehrmacht. Hitler estaba resuelto a afirmar su posición estratégica en Europa antes de que entrase en la guerra Estados Unidos, cosa que, según sus cálculos, ocurriría en 1942. La única opción que se le ofrecía era la de buscar la paz, dado que Churchill se negaba a negociar. Estaba convencido de que la obstinación de los británicos se veía fortalecida por la creencia de que su primer ministro podría tender lazos con Stalin y hacer, de ese modo, admisible la victoria sobre Alemania, y creía, en consecuencia, que la derrota de la Unión Soviética haría inevitable la capitulación del Reino Unido. Si estaba destinado a entablar una lucha a muerte con el Ejército Rojo, resultaba insensato retrasarla y dar así tiempo a Stalin para rearmarse. El 18 de diciembre, por lo tanto, dio órdenes formales de acometer los preparativos necesarios para lanzar la invasión a finales de mayo de 1941.

Lo movían a ello tres razones principales: en primer lugar, deseaba realizar su ambición de erradicar el bolchevismo y crear un imperio alemán en el este; en segundo lugar, le parecía prudente eliminar la amenaza soviética antes de volver a centrar su atención en Occidente para firmar un acuerdo definitivo con británicos y estadounidenses; y por último, resultaba conveniente para su economía. Por paradójico que parezca, las monumentales remesas de materias primas y otras provisiones que recibía en virtud del pacto nazisoviético —y que en 1940 incluían la mayor parte de los alimentos destinados al consumo animal, el 74 por 100 del fósforo, el 77 por 100 del amianto, el 65 por 100 del cromo, el 55 por 100 del magnesio, el 40 por 100 del níquel y el 34 por 100 del petróleo que importaba Alemania— lo convencieron de que semejante grado de independencia no podía tolerarse. Aquel verano, además, las malas cosechas obligaron a la nación a importar cantidades colosales de trigo de Ucrania. Hitler no veía la hora de apropiarse de sus campos de maíz y saciar su sed de petróleo del Cáucaso. Aún habría de avanzar la guerra para que los Aliados tomaran conciencia de la gravedad de la escasez de combustible de sus enemigos, tan extrema que obligaba, por ejemplo, a reducir en gran medida el adiestramiento de los conductores novatos de la Wehrmacht, lo que se traducía en una tasa elevada de accidentes con vehículos militares. Aun en 1942, el peor año de la batalla del Atlántico, el Reino Unido importó 10,2 millones de toneladas de petróleo, en tanto que las importaciones y la fabricación de carburante sintético de Alemania no superaron jamás los 8,9 millones. Por ello hizo Hitler de la captura de los yacimientos caucasianos un objetivo primordial de la

Operación Barbarroja, haciendo preterición de las dificultades que tal hecho imponía a las operaciones destinadas a destruir al Ejército Rojo al dividir las fuerzas de que disponía Alemania. Por lo tanto, entendió la invasión de la Unión Soviética a un tiempo como cruzada ideológica y como campaña de conquista económica. Significativamente, no les contó a los italianos sus intenciones respecto a Rusia, pues no se fiaba de su discreción. Durante el invierno de 1940-1941, Mussolini continuaba albergando esperanzas de una paz victoriosa tras su conquista de Egipto. Aunque en aquel momento había cierta comunicación entre Alemania, Italia y Japón, nunca hubo intención de unirse en una estrategia común contra los Aliados.

En las últimas semanas de 1940, mientras el pueblo británico se suponía blanco de la perversidad nazi y los medios de comunicación de todo el mundo describían el drama de la guerra relámpago, el Führer tenía la cabeza en otra parte mucho más alejada. Sus generales comenzaron a apercibir a sus ejércitos para combatir en el este. Ya en el mes de noviembre, cierto agente doble estonio comunicó al representante del servicio secreto británico en Helsinki que había sabido de un oficial de la Abwehr que «el mando alemán [está] preparando una campaña contra la URSS para junio». El segundo, sin embargo, desestimó la información por considerar muy poco probable que los servicios de información de Alemania cometiesen tamaña indiscreción y suponer, por ende, que debía de tratarse de «una declaración hecha con intenciones propagandísticas[40]». Aun cuando hubiesen dado algún crédito a este informe en Londres, nada había que hubiesen podido hacer los británicos por minar la complacencia de Stalin y aguijarlo para que se aprestara a combatir la amenaza.

A excepción de las modestas fuerzas enviadas al África septentrional, apenas hubo soldados alemanes que efectuasen un solo disparo en serio entre finales de junio de 1940 y el mes de abril de 1941. En las operaciones terrestres se produjo una tregua prolongada, una pérdida de ímpetu que, si bien no resultó evidente a la sazón, fue de vital importancia en relación con el rumbo que habría de tomar el conflicto. Hitler no dio grandes pasos para trocar en una hegemonía perdurable las conquistas militares mayores que haya conocido la historia. La armada alemana era demasiado débil para secundar la invasión del Reino Unido o para cortar el cordón umbilical que le proporcionaba el Atlántico; por lo tanto, podía considerarse fracasada la campaña emprendida por la Luftwaffe contra las islas británicas. Aunque pueda rayar en la frivolidad dar a entender que el dirigente alemán se resolvió a invadir la Unión Soviética porque no se le ocurría otra cosa que hacer, lo cierto es que tal afirmación no es del todo incorrecta, tal como ha

observado Ian Kershaw[41]. Los nazis tenían aún por delante un buen número de triunfos militares en el campo de batalla, y, sin embargo, algunos de los generales alemanes que estaban al tanto de las intenciones que abrigaba su Führer sabían cuál era la dificultad fundamental a la que se enfrentaba el Tercer Reich: si no lograban dominar todo un hemisferio, estaban abocados al desastre, y la capacidad tanto militar como económica de Alemania para lograr tal cosa seguía siendo muy incierta.

Los logros continentales de Hitler llevaron a las democracias a sobrestimar el poderío alemán, a tiempo que persuadían a su propia nación a gozarse con entusiasmo en sus victorias. Las dudas que aquejaban al pueblo alemán en el momento de entrar en guerra se habían disipado en gran medida llegado el invierno de 1940. El fracaso de la Luftwaffe en el Reino Unido no significó gran cosa. Heinz Knoke, uno de sus jóvenes pilotos, describió en estos términos la emoción que sintió al hallarse entre el nutrido auditorio al que se dirigió el Führer en el Palacio de Deportes de Berlín el 18 de diciembre: «No creo que el mundo haya conocido jamás a un orador más brillante que él. Posee un magnetismo personal irresistible, y no resulta difícil percibir en él las emanaciones de una fuerza de voluntad y una energía tremendas. Somos tres mil jóvenes idealistas los que hemos escuchado sus palabras cautivadoras y las hemos aceptado con toda nuestra alma. Nunca habíamos experimentado una sensación semejante de devoción patriótica a nuestra patria alemana… Jamás voy a olvidar las expresiones de éxtasis que he visto hoy en los rostros de cuantos me rodeaban[42]».

Aun así, tamaño triunfalismo pecaba de prematuro en extremo. Las victorias germanas de 1940 ayudaron a crear un imperio gigantesco que, si bien podía saquearse a voluntad con resultados considerables, se administró con una incompetencia económica pasmosa. Alemania, en contra de la opinión general, no era un estado industrial avanzado en comparación con Estados Unidos, respecto del cual debía de ir rezagado una treintena de años. Aún poseía un sector agrícola campesino considerable, a diferencia del Reino Unido, y su posición económica relativa no era mucho más fuerte que la de Suráfrica o el Irán modernos[43]. Su prestigio y el temor que inspiraba en los corazones de sus enemigos provenían de la eficacia de que daban muestras en combate la Wehrmacht y la Luftwaffe, si bien esta última era mucho menos poderosa de lo que pensaban los Aliados. El tiempo se encargaría de poner de manifiesto que ninguna bastaba para satisfacer las ambiciones de Hitler. Si bien es cierto que el Reino Unido seguía estando acosado en las postrimerías de 1940, también lo es que los cimientos sobre los que descansaba el poderío alemán tenían mucha menos consistencia de lo que suponía el mundo.

La gran aportación que hizo Winston Churchill a la batalla de Inglaterra en el invierno de 1940 consistió en forjar su leyenda al convencer a su pueblo de que había logrado una hazaña heroica y de gran importancia cuando la generalidad no pudo menos de quedar perpleja al saber que había hecho algo. «El primer ministro ha estado poniéndonos sobre las nubes ante la Cámara de los Comunes —escribió Sandy Johnstone, piloto de Spitfire, el 18 de noviembre—. Dice que acabamos de obtener una victoria célebre, aunque si he de ser sincero, dudo mucho que ninguno de nosotros haya sido consciente de que se haya empeñado una batalla de semejante envergadura.»[44] El dirigente británico supo conferir no poca grandeza al triunfo del Mando de Caza y a la resistencia que había desplegado la nación ante los bombardeos aéreos de los alemanes, aunque omitió decir cómo podía pasar el Reino Unido de desafiar a la Luftwaffe a acabar con el imperio nazi por el simple motivo de que lo ignoraba.

Edward R. Murrow, el insigne locutor estadounidense, aseguró a sus radioyentes de la CBS el 15 de septiembre que la noticia de las bombas caídas sobre el Palacio de Buckingham no había sido recibida con gran conmoción por los londinenses, que se limitaron a encogerse de hombros al saber que los reyes estaban experimentando los mismos padecimientos que millones de sus súbditos: «Esta guerra no guarda relación con la anterior en lo que respecta a los símbolos y la población. Deben ustedes entender que estamos asistiendo a la muerte de un mundo, y que con él se están perdiendo los viejos valores, los antiguos prejuicios y las bases trasnochadas de poder y prestigio». Murrow reconocía que parte de la clase gobernante británica no se había hecho aún a la idea y se engañaba pensando que aquella lucha tenía por objetivo sostener la antigua sociedad que tan bien conocían. La minoría privilegiada en cuyo seno vivió Evelyn Waugh veía la guerra, al decir del novelista, como «una suspensión malévola de la normalidad: la concentración y el movimiento de millones de soldados, de los cuales algunos se veían en ocasiones en peligro y la mayoría se hallaba ociosa y aislada; la devastación, el hambre y el derroche; el derrumbe de edificios; el hundimiento de barcos; la tortura y la muerte de los prisioneros… se habían prolongado más de lo razonable[45]». Pocos de sus amigos comprendieron que la «suspensión de la normalidad» iba a volverse permanente en lo tocante al impacto sobre su propia forma de vida.

La entrega incondicional de Churchill a la victoria, que había brindado un servicio magnífico a su nación entre 1940 y 1941, pondría de manifiesto más adelante limitaciones nada desdeñables, siendo así que entre sus objetivos se hallaban la conservación de la grandeza imperial británica y del orden existente, y semejante propósito no bastaba para la mayoría de sus

compatriotas. Esta última ansiaba un cambio social y una serie de mejoras en lo tocante a su condición en el seno de la nación que el primer ministro consideraba punto menos que frívolas en medio de una guerra por el dominio del planeta. El ama de casa Nella Last buscaba a tientas, de un modo conmovedor, las palabras con las que expresar las esperanzas de sus coterráneos cuando escribió desde Lancashire aquel verano de 1940: «A veces no puedo evitar maravillarme al pensar con desconcierto en todo el trabajo, el empeño y las cantidades ilimitadas de dinero que se emplean hoy para "destruir" cuando hace no mucho no había dinero ni trabajo, y en cierto modo, parece tan injusto… [que] siempre sea posible dar con el dinero y el esfuerzo necesarios para echar abajo y derribar y no para construir[46]». La señora Last era una mujer de mediana edad, pero la generación de sus hijos estaba resuelta a hacer que, ganada la guerra, fuera posible encontrar la riqueza que hacía falta para crear una sociedad más igualitaria.

Churchill no llegó nunca a definir objetivos bélicos verosímiles aparte del de la derrota del Eje, y cuando se volvieran las tornas de la batalla, este hecho se convertiría en una debilidad grave de su liderazgo que amenazaría la popularidad de que gozaba en su nación. Sin embargo, entre 1940 y 1941 se centró, sobre todo, en convencerla de que podía ganar la guerra, y este reto se hizo más difícil —y no menos— una vez derrotada la Luftwaffe, pues los más conscientes reconocieron que el Reino Unido seguía sin poder hacer gran cosa para plantar cara a la dominación alemana en el continente.

El piloto de Hurricane George Barclay describió la intensa discusión que se produjo entre los aviadores jóvenes y sus superiores el domingo, 29 de septiembre de 1940, en el salón de oficiales del aeródromo en que estaba destinado, y resumió así las conclusiones a las que se llegó: «El pueblo británico sigue sumido en un sueño muy profundo, y aún no se ha hecho a la idea del poderío de nuestro enemigo ni de que va a tener que poner toda la carne en el asador… de que necesitamos métodos dictatoriales para combatir a los dictadores… de que, aunque a la postre vamos a ganar la guerra, va a haber que sudar sangre para lograrlo, y más aún si no conseguimos unirnos[47]». El mensaje era por demás sensato: el Reino Unido debía hacer un esfuerzo mayor; tenía ante él un número mucho mayor de frustraciones, aflicciones y derrotas, y de hecho, el mismísimo George Barclay acabaría en una pira funeraria en el desierto antes de que Hitler empujase a sus enemigos a movilizarse en el grado necesario para desencadenar su perdición.

5

El Mediterráneo

I. Mussolini prueba fortuna

Cuando comenzó la guerra en 1939, Hitler no tenía intención de luchar en el Mediterráneo y dejó fuera de toda duda su determinación de no enviar allí recursos alemanes. Era Benito Mussolini, otro dictador, quien ansiaba hacer del Mediterráneo un lago de Italia, y por eso emprendió por cuenta propia las ofensivas que llevaron el conflicto a la región. El año que siguió a la caída de Francia, ocurrida en junio de 1940, los ejércitos aliados y los del Eje sólo se enfrentaron en África y en los Balcanes. Aun después de la invasión de la Unión Soviética, en junio de 1941, el Mediterráneo siguió siendo, durante un trienio más, el centro de la contribución militar de los Aliados occidentales a la lucha contra Hitler. Y todo ello porque Mussolini decidió adoptar el papel de protagonista en un enfrentamiento para el que su nación estaba mal equipada hasta extremos lamentables.

Si el dirigente alemán poseía en la Wehrmacht un instrumento formidable con el que alcanzar sus ambiciones, Mussolini, en cambio, quería jugar a hacer de tirano poderoso con jefes militares incompetentes, soldados poco dispuestos y armas inadecuadas. Italia era una nación relativamente pobre que poseía un producto interior bruto de menos de la mitad del que correspondía al Reino Unido, en cantidades totales, y de apenas una tercera parte si se calcula en proporción a su población, y para la Segunda Guerra Mundial movilizó su economía con menos eficacia que para la primera. Hasta en los tiempos más prósperos de su relación con Hitler, el desdén que

profesaban los nazis a su aliado era tal, que los trescientos cincuenta mil trabajadores italianos con que contaba Alemania recibían un trato poco mejor que el que se dispensaba a los esclavos. Tanto era así, que el embajador italiano en Berlín debía consagrar la mayor parte de sus fuerzas a tratar de conseguir cierta mejora de sus condiciones laborales. En tanto que Hitler mantenía su lealtad personal para con el duce, a quien había tenido en otro tiempo por mentor, los más de los alemanes desconfiaban del dirigente italiano y gustaban de mofarse de él. Los berlineses aseguraban que, cuando se reunía con el Führer, los organilleros hacían sonar «Du kannst nicht Trae sein». («No puedes ser digno de confianza»), melodía muy popular en aquel tiempo. Se dice que, en 1936, una dama imprudente preguntó en una fiesta al mariscal de campo Werner von Blomberg quién iba a ganar la guerra que estaba por estallar, y que el militar le respondió: «Me temo, señora mía, que no puedo decírselo; pero lo que es seguro es que quien tenga de su lado a Italia está abocado a la derrota[1]».

También corría en los círculos del Partido Nazi un chiste despectivo según el cual Wilhelm Keitel, lacayo del Führer, informa a su señor de lo siguiente:

—¡Los italianos han entrado en guerra!

Hitler le responde:

—Envíen dos divisiones. Con eso bastará para acabar con ellos.

—No, mein Führer: han entrado en guerra a nuestro lado —replica él.

A lo que el dirigente contesta:

—Eso es otra cosa; en ese caso, que sean diez las divisiones[2].

En los primeros meses del conflicto, se dio entre los alemanes y los británicos un curioso consenso en contra del inicio de las operaciones en Oriente Próximo. Tan débil era la posición mundial del Reino Unido, que sus jefes de estado mayor se opusieron en redondo a emplear allí sus fuerzas. Después de que se uniera al Eje Mussolini, el Mediterráneo perdió todo valor en cuanto rata de navegación hacia el este a causa de la supremacía aérea y naval del enemigo. El general sir John Dill, jefe del ejército británico, prefirió enviar a Asia el mayor número de hombres y armas del que podía prescindir en otros lugares a fin de reforzar las defensas imperiales frente a la amenaza inminente que representaba Japón. Churchill, sin embargo, tenía otros designios, y dado que resultaba imposible guerrear en el continente europeo, resolvió hacerlo en África. Durante el verano de 1940, embarcó una valiosa remesa de carros de combate al general sir Archibald Wavell, comandante en jefe de las fuerzas británicas en Oriente Próximo. También se tomaron otras medidas de precaución, como la de evacuar a dieciséis mil gibraltareños —toda la población civil del Peñón, a excepción de cuatro mil habitantes—, primero al norte de África, y después al Reino Unido, ante la evidencia de que la conquista de la fortaleza situada a las puertas del Mediterráneo

constituiría un objetivo fundamental del Eje y la probabilidad de que tal acción contase con la connivencia del general Francisco Franco, dictador español.

La Royal Navy poseía una flota mediterránea relativamente extensa, aunque su comandante en jefe, el almirante sir Andrew Cunningham, había de reconocer —cosa que no hizo Churchill— que adolecía de no poca vulnerabilidad por carecer de apoyo aéreo. Durante el bienio que siguió a la entrada de Italia en la guerra, las fuerzas de Cunningham estuvieron en lamentable desventaja por causa de la escasez de aviones y de portaaviones y aeródromos desde los que pudiesen operar. Dadas tales circunstancias, quedaban vastas extensiones de mar fuera del alcance de los cazas británicos procedentes de Gibraltar, Malta, Egipto o Palestina, en tanto que el Eje podía atacar a voluntad desde una variedad casi ilimitada de campos de aviación. No deja de resultar extraordinario que la Royal Navy se impusiera con cierto éxito en el Mediterráneo entre 1940 y 1943 pese a tamaña desventaja y semejante debilidad estratégica. La pericia, el brío y el arrojo que desplegaron Cunningham y los capitanes a su mando compensó con creces la superioridad teórica de que gozaba la flota de guerra italiana.

En tierra firme, en la guerra del desierto del África septentrional sólo participó un puñado de divisiones británicas e imperiales, en tanto que la mayor parte del ejército de Churchill permaneció en las islas, en parte con la intención de brindar seguridad ante una posible invasión, y en parte por falta de armas y demás pertrechos, y por la escasez de embarcaciones con las que trasladar y aprovisionar a las tropas destinadas en el extranjero. Aunque las batallas libradas entre los ejércitos combatientes en el desierto tuvieron poco más peso en la determinación del resultado del conflicto mundial que los torneos entre bandas de caballeros franceses e ingleses que sazonaron los intervalos de la guerra de los Cien Años, la campaña del norte de África cautivó la imaginación del mundo occidental y alcanzó una inmensa significación simbólica en la mente del pueblo británico.

Las hostilidades se produjeron sobre una angosta faja de arena del litoral mediterráneo que raras veces superaba los sesenta kilómetros de anchura y que sólo podía recorrerse con carros de combate. En los trece meses que fueron de septiembre de 1940 a mayo de 1943, los ejércitos rivales lucharon por dominarla en una serie de operaciones de vaivén que, al final, se efectuaron a lo largo de más de tres mil kilómetros de territorio costero. Las variaciones relativas a la ventaja de que gozaba cada lado estuvieron influidas de un modo marcado por las distancias que debían recorrer uno y otro para trasladar el combustible, la munición, los víveres y el agua que necesitaban sus unidades, y así, los británicos obtuvieron mejores resultados entre 1941 y 1942, cuando se hallaban más cerca de sus bases del delta del

Nilo, y las fuerzas del Eje, cuando era mayor la proximidad con Trípoli. Resulta insensato idealizar ninguno de los aspectos de la guerra, habida cuenta de la realidad universal de que casi todos los que participaron en ella habrían preferido quedarse con los suyos a servir en un campo de batalla, y de que morir atrapado en un carro de combate en llamas no era menos terrible en as-Sallūm y en Bingāzī que en Stalingrado. Sin embargo, el vacío que imperaba en la mayor parte de los campos de batalla del desierto, en los que, por lo tanto, ni morían inocentes ni se destruían edificios civiles, supusieron cierto alivio frente al padecimiento que había impuesto la guerra en regiones pobladas.

Aun cuando no era precisamente cómodo combatir en el desierto, en los largos intervalos que se daban entre una batalla y otra resultaba preferible al invierno de las tierras soviéticas o al monzón asiático. En ocasiones se ha aseverado que lo que se produjo en el norte de África fue una «guerra sin odio», y aunque se trata sin duda de una exageración, puesto que también en ella el miedo engendraba accesos de animadversión y los más de los soldados sienten rencor, en el acaloramiento de la batalla, por quien pretende matarlos, lo cierto es que ambos contendientes evitaron, por lo general, incurrir en actos de brutalidad extrema como, sobre todo, la matanza de prisioneros. Italianos y alemanes, británicos, indios, australianos, neozelandeses y surafricanos subsistieron y lucharon en un entorno extraño en el que ninguno de ellos poseía interés emocional alguno. Además de con el enemigo, unos y otros hubieron de luchar contra la arena, las moscas, el calor y la escasez de agua.

Llegado el otoño de 1940, Mussolini estaba impaciente por lograr alguna victoria sobresaliente que lo hiciera merecedor de parte del botín que prometía la victoria del Eje. Aunque ignoraba tanto los aspectos militares como los navales, ansiaba las conquistas extranjeras para ennoblecer el fascismo y fortalecer el frágil espíritu de su pueblo. «El ejército tiene necesidad de gloria», decía. La colonia italiana de Libia lindaba con el Egipto sometido al dominio británico, en el que Wavell acaudillaba un modesto ejército conformado, en particular, por la VII.ª división acorazada, la Nueva Zelanda y la IV.ª de la India, a las que no tardaron en unirse tres unidades australianas. La presencia británica en Egipto era anómala hasta rayar en lo absurdo. El país era un estado soberano independiente gobernado por el rey Fārūq en el que, supuestamente, los británicos sólo ejercían los derechos necesarios para defender el canal de Suez, y las autoridades de El Cairo no entraron en guerra de un modo formal hasta febrero de 1945. La mayoría de los egipcios simpatizaba con el Eje, por creer que les liberaría de más de setenta años de dominación británica. De hecho, esta opinión estaba muy extendida entre los nacionalistas musulmanes de todo Oriente Próximo, y se

había visto fortalecida por las victorias obtenidas por Hitler en 1940. Aquel mes de agosto, el secretario del gran muftí de Jerusalén visitó Berlín a fin de tratar de la posibilidad de fomentar una revuelta en Iraq. Además, propuso pertrechar a los posibles rebeldes de Palestina y Transjordania con armas procedentes de los franceses del régimen de Vichy en Siria. Los futuros insurgentes querían a cambio, en primer lugar, que los alemanes secundaran la iniciativa de independencia de los estados islámicos.

Aun así, en 1940, los dirigentes germanos no tenían un gran interés en las revueltas musulmanas, y menos aún en la libertad de sus pueblos. La situación, además, se complicaba por el hecho de que, en aquel momento, los alemanes habían concedido a Italia el desempeño de las principales funciones diplomáticas en relación con aquella región, y las ambiciones que abrigaba Mussolini respecto de la expansión de su imperio en África resultaban de todo punto incompatibles con las aspiraciones de sus gentes. Hubo que esperar a 1941 para que Alemania se pusiera del lado de los nacionalistas islámicos, sobre todo en Iraq y en Persia, aunque su intento de intervención fue tardío y poco entusiasta, y no tardó en quedar frustrado por las fuerzas destinadas a reafirmar la hegemonía británica.

En Egipto, en septiembre de 1943, el Reino Unido se acogió a una cláusula del acuerdo que había firmado con Fārūq que lo obligaba a brindarle, en caso de guerra, «todas las instalaciones y la ayuda que esté en su poder ofrecer, incluido el uso de puertos, aeródromos y medios de comunicación». A partir de entonces, los británicos trataron al país como una posesión colonial que gobernaron por intermedio de su embajador, sir Miles Lampson. Convirtieron Alejandría en la base de su flota mediterránea, y en febrero de 1942 enviaron soldados a El Cairo para sofocar una incipiente rebelión egipcia. En lo que duró la guerra, la desesperación provocada por el hambre entre los campesinos dio lugar a varias sediciones. El sufrimiento de aquellos fillāhīn contrastaba de forma manifiesta con el estilo de vida sibarita de la colonia militar británica asentada en torno al cuartel general de Oriente Próximo, el hotel Shepheard's, el Club Deportivo Yazīra y un conjunto de barracones e instalaciones de abastecimiento y reparación, que se extendía por el delta del Nilo y en el que era punto menos que universal el desdén a los wogs, término por demás ofensivo empleado para designar a personas de piel oscura.

Quienes visitaban Egipto procedentes de Estados Unidos quedaban consternados ante la lasitud y la arrogancia que desplegaban allí los británicos, para quienes el conflicto que se estaba empeñando en el desierto que se extendía al oeste no parecía ser sino un acontecimiento más del calendario deportivo. Si bien esta percepción no hacía justicia a cuantos estaban muriendo en el campo de batalla, ni tomaba en consideración la

tradición del ejército británico de abordar con desenfado el hecho bélico, lo cierto es que de la campaña del norte de África puede afirmarse que el papel desempeñado por los británicos hasta finales de 1942 se caracterizó por una falta de profesionalidad que, aunque inspirada en ocasiones, a menudo resultaba ser desastrosa para sus objetivos.

Tal fue el peso del protagonismo de Italia durante el verano de 1940, que estuvo dentro de lo posible que los ejércitos de Mussolini expulsaran a los británicos del norte y el este de África. Aquéllos tenían en Libia y Abisinia seiscientos mil soldados italianos o coloniales con los que hacer frente a los menos de cien mil que se hallaban a las órdenes de Wavell en Oriente Próximo, Kenia, Sudán y Somalilandia. En agosto, Churchill tuvo ocasión de montar en cólera cuando las fuerzas de Italia tomaron esta última sin apenas derramar sangre. Durante el breve período en el que la conquista de África parecía cercana y los esfuerzos de la Luftwaffe contra Inglaterra eran visiblemente vanos, un periodista italiano escribió orgulloso, y con una sinceridad que refleja la inclinación al autoengaño de su pueblo: «Queremos llegar a Suez sólo con nuestras fuerzas; quizá seamos nosotros y no los alemanes los que ganen la guerra[3]». Sin embargo, las operaciones del Duce se veían perjudicadas por la confusión de que daba muestras respecto de los medios de que disponía y los objetivos que perseguía. Desmovilizó parte de su ejército para tener mano de obra suficiente para la cosecha de su país; desoyendo el principio vital relativo a la concentración de fuerzas, se aprestó para emprender la invasión de Yugoslavia y Grecia; omitió sacar partido de la oportunidad que se le ofreció de tomar Malta, e hizo caso omiso de que los comandantes que tenía en el norte de África carecían del equipo, la destreza y la resolución que requerían sus designios. En septiembre de 1940, en un gesto simbólico de la despreocupación de sus generales respecto del conflicto, el Ministerio de Guerra de Roma recuperó la costumbre de cerrar a las dos de la tarde, propia de tiempos de paz. Un diplomático italiano manifestó su indignación por el estado de ánimo que percibió entre sus compatriotas durante una visita a Milán: «Nadie piensa en otra cosa que comer, divertirse, ganar dinero y decir agudezas sobre los poderosos. Al que muere lo consideran un capullo… y al que abastece a la tropa de calzado de cartón lo tienen por héroe[4]». Uno de los jóvenes oficiales de la nación escribió por su parte: «Pretendemos abordar esta guerra como si fuese un conflicto colonial africano en lugar de una guerra europea… en la que se emplean armas europeas contra un enemigo europeo. Tenemos muy poco en cuenta este hecho al construir fortines de piedra y equiparnos con semejantes lujos[5]».

Mussolini se dejó llevar por su orgullo y rechazó las dos divisiones blindadas alemanas que le ofreció Hitler y que habrían sido decisivas para brindar al Eje una victoria rápida en el norte de África. En cambio, envió una

cuarta parte de los aviones de combate de que disponía Italia a ayudar a la Luftwaffe a atacar el Reino Unido, y dejó sin apenas apoyo aéreo a los soldados que luchaban en Libia. Entre tanto, un número nutrido de unidades italianas se preparaba en Albania —ocupada por el Duce en 1939— para invadir Grecia. La italiana sería, a la postre, la única nación cuya fortuna estratégica se vería afectada de forma determinante por lo ocurrido en el norte de África, en donde perdió, de manera progresiva, 26 divisiones, la mitad de sus fuerzas aéreas y toda una variedad de carros de combate, junto con todo vestigio de credibilidad militar.

Los británicos comenzaron sus operaciones durante el verano de 1940 con una sucesión de incursiones a través de la frontera libia. El mariscal Rodolfo Graziani apostó a 250 000 hombres frente a los 36 000 con que contaban los británicos en Egipto y los 27 000 —incluida una división de voluntarios de caballería— de Palestina. El mariscal se había ganado su reputación al destruir al ejército de Abisinia (Etiopía) en 1935 lanzando abundantes ataques con gas mostaza. Graziani se introdujo con cautela en Egipto en septiembre, hasta que, desconcertado por las muestras de agresión del enemigo y su colosal sobreestimación del número de efectivos con que contaba Wavell, se detuvo para atrincherarse al sur y al este de Sīdī Barrānī. Uno de sus generales, Annibale Bergonzoli, apodado «Barba Eléctrica», se vio obligado a hacer volver a sus puestos a patadas a parte de sus oficiales después de que, asustados, se hubieran refugiado en las trincheras durante las incursiones aéreas británicas. A esto siguió una pausa de tres meses, que acabó con la paciencia de Churchill, antes de que Wavell comenzase a lanzar sus contraataques. El 19 de enero de 1941, el teniente general William Platt dirigió a un ejército reducido de Sudán a Eritrea, en donde tomó la formidable fortaleza de Keren tras la empeñada batalla del 27 de marzo, que se saldó con 536 muertos, en su mayoría soldados procedentes de la India, y 3229 heridos.

Mientras tanto, durante el mes de febrero, avanzó de Kenia a Somalilandia otro contingente británico al mando del general Alan Cunningham, hermano del almirante, y a continuación marchó por la costa de Mogadiscio antes de poner rumbo al norte para recorrer mil doscientos kilómetros por tierra y llegar a Harar. El 6 de abril había tomado ya Adís Abeba, la capital de Abisinia, sin sufrir más de 501 bajas en combate. Aunque aún habría que luchar otros seis meses contra los focos italianos de resistencia, la campaña de Abisinia culminó con la victoria británica, después de mucho batallar sin demasiado alimento. Aunque las pérdidas en combate fueron escasas, el número de hombres que cayeron enfermos o sufrieron accidentes asciende a 74 550, de los cuales murieron 744, amén de quince mil de los camellos que emplearon en su avance. Por otra parte, hicieron más de trescientos mil prisioneros italianos.

La ofensiva más dramática tuvo lugar en Egipto, donde Wavell dio comienzo, el 6 de diciembre de 1940, a la Operación Brújula del teniente general sir Richard O'Connor, destinada a vencer a Graziani. Empezó con cierta vacilación y objetivos modestos, y a continuación se extendió de forma espectacular a medida que se iban sucediendo las victorias asombrosas. Las fuerzas imperiales recorrieron Libia capturando a decenas de miles de italianos. Cierto artillero británico describió en los términos siguientes una de las veloces columnas de O'Connor: «Cargada con la parafernalia habitual de la guerra del desierto: víveres, munición, combustible y el bien más preciado de todos: bidones de agua de cuatro galones hechos de aluminio ligero y transportados en vehículos Bedford de tres toneladas cubiertos con lonas. [Había] camionetas de reconocimiento Morris de doscientos cincuenta kilos en las que el oficial de sección o el capitán de la batería viajaba de pie en el lado del pasajero, en tanto que los banderines de la división ondeaban al viento; un par de cañones de once kilos de la artillería montada, y tanques cilíndricos de agua sobre una plataforma de dos ruedas que avanzaba dando botes detrás de camionetas de setecientos sesenta kilos. De cuando en cuando nos acompañaba también un grupo de carros ligeros de una unidad de húsares, cuyas llantas chirriaban y traqueteaban al rebotar sobre cantos rodados, y cuyas antenas de radio, largas y delgadas, no paraban de agitarse a su paso. El convoy rodante se movía de un modo armónico en orden abierto, con cincuenta metros de separación entre un vehículo y otro, y las ruedas despedían arena como salpica agua el suelo cuando arrecia la lluvia[6]».

Las defensas italianas se vinieron abajo con una rapidez asombrosa. «No aguantan —escribió con desdén un soldado australiano— ni el dolor, porque he visto a cientos de ellos heridos, y todos estaban llorando, ni los proyectiles, porque se estremecen con ver caer uno a cien metros. Los aterra el ruido de los carros británicos, y la simple visión de nuestras bayonetas les basta para rendirse con las manos en alto. Pues ¡vaya con los fascistas!»[7]. Cierto oficial se expresaba en términos semejantes: «Ahora, todos los australianos saben que uno de nosotros equivale a… cincuenta italianos, o poco menos[8]». El teniente Tom Bird, por su parte, se sirvió del cricket como metáfora: «Uno no puede evitar sentirse afortunado por haber podido practicar una serie o dos de lanzamientos, por decirlo de algún modo, con los italianos. ¿Cabe imaginar a gente más encantadora a la que pueda uno enfrentarse?»[9]. Nada salió bien a Italia en lo tocante a su empresa bélica. El Ministerio de Propaganda de Mussolini hizo una película destinada a poner de relieve la superioridad viril del fascismo. Al final se representaba un combate entre Primo Camera, antiguo campeón de los pesos pesados, y Kay Masaki, negro de origen surafricano al que habían tomado prisionero en el desierto. Este

último no había pisado un cuadrilátero en su vida, y cayó al suelo no bien comenzaron a rodar las cámaras; sin embargo, volvió a ponerse en pie y, cayendo sobre el italiano, le asestó tal golpe que lo dejó inconsciente[10].

Quienes lo contemplaban todo desde fuera no albergaban la menor duda de la insignificancia relativa de los triunfos obtenidos por el Reino Unido en el desierto. El rumano Mihail Sebastian escribió el 7 de febrero de 1941: «Huelga decir que la campaña de África, por interesante y espectacular que pueda resultar, no deja de ser una atracción secundaria: donde va a decidirse la guerra es en el enfrentamiento entre los británicos y los alemanes[11]». Aunque estaba en lo cierto, sin lugar a dudas, no es de extrañar que el Londres acosado por la guerra relámpago recibiera con regocijo la noticia de aquellas victorias. Llegado el día 9, las fuerzas de O'Connor habían avanzado ochocientos kilómetros y tomado al-'Uqayla, con lo que quedaba expedito el camino a Trípoli, situada más al oeste. En aquel momento, para desconcierto de los soldados rasos, terminó el avance: las tropas se detuvieron en las arenas de la colonia de Mussolini y allí aguardaron hasta el hastío. «Cada día era idéntico al anterior —escribió con desaliento el artillero Doug Arthur—: el sábado podría haber sido domingo, y el viernes, martes… y hasta Martes de Carnaval, y ni nos habríamos enterado… No sabíamos qué estaba ocurriendo, adonde íbamos ni qué íbamos a encontrar allí.»[12]

Desde luego, no iban a seguir tomando terreno en Libia. Cuatro de las divisiones de Wavell, incluida la neozelandesa y buena parte del contingente australiano, se transfirieron a Grecia para plantar cara al ataque alemán que se suponía que iba a producirse. No ha faltado quien haya sostenido que este desvío de tropas privó al Reino Unido de una ocasión irrepetible de despejar la costa del África septentrional y recuperar la hegemonía de las aguas meridionales del Mediterráneo, aunque tal cosa parece bastante dudosa, siendo así que el Afrika Korps del teniente general Erwin Rommel estaba desembarcando ya en Trípoli con la intención de socorrer al tambaleante ejército italiano y hacerse, a continuación, con el dominio de la campaña. El tren de abastecimiento británico se había prolongado hasta el límite, y los carros de combate y demás vehículos de O'Connor no daban más de sí. Si la lucha contra los italianos había puesto en muy buen lugar la capacidad de las Fuerzas Occidentales del Desierto, la campaña simultánea de Abisinia estaba agotando los recursos imperiales. Aun cuando no se hubiesen desviado divisiones a Grecia, resulta poco probable que los británicos hubieran tenido la fortaleza necesaria para completar la conquista del norte de África.

Tres meses antes de perder todo su ímpetu en Libia en febrero de 1941, la ofensiva británica alcanzó un logro, no por imprevisto menos importante, al que en aquel momento no se prestó atención: la Operación Brújula ayudó a mantener a España fuera de la guerra. Franco se enfrentó a la misma

disyuntiva que Mussolini, y, sin embargo, llegó a conclusiones diferentes. Su ideología lo inclinaba en favor del Eje, y también él deseaba compartir los despojos de la derrota aliada; pero mostró más cautela que el Duce a la hora de exponer a su nación, maltrecha por la reciente guerra civil, a los riesgos que comportaba un nuevo conflicto antes de que los británicos hubiesen perdido toda su fuerza. España no era un país neutral, sino más bien un contendiente en potencia ya desde 1939, y su ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer, estaba en particular deseoso de unirse a la causa del Eje. Pedro Teotónio Pereira, perspicaz embajador portugués en Madrid, envió a Lisboa la siguiente información el 27 de mayo de 1940: «No cabe duda de que España sigue odiando a los Aliados… Las victorias alemanas reciben aquí una acogida jubilosa[13]». A su decir, casi todos los españoles querían que triunfase Alemania, y sólo lamentaban que la miseria en que vivía su país hiciese poco prudente intervenir en favor de su causa: «Para ellos lo pernicioso no es la guerra, sino el no estar ellos en situación de participar».

Franco tenía la intención de hacerlo, pero sólo si Alemania aceptaba sus exigencias. «España no puede entrar por gusto», hizo saber a Hitler durante la reunión que mantuvieron en Hendaya, en la frontera de España con Francia, durante el mes de octubre de 1940. En el protocolo secreto del acuerdo que firmaron ambos se puso de relieve que Madrid estaba dispuesto a unirse al Triple Eje: «En cumplimiento de sus obligaciones como aliada, España intervendrá en la presente guerra al lado de las Potencias del Eje contra Inglaterra, una vez que la hayan provisto de la ayuda militar necesaria para su preparación militar… Alemania garantizará a España ayuda económica, facilitándole alimentos y materias primas». El Ministerio de Economía franquista redactó una lista de la compra formidable a tal efecto: cuatrocientas mil toneladas de combustible, medio millón de toneladas de carbón, doscientas mil de trigo, cien mil de algodón y cantidades ingentes de fertilizante.

Los estrategos de Franco se ocuparon en preparar una posible toma de Portugal y de Gibraltar. No obstante, más tarde se deterioraron las relaciones con Alemania. El dictador español se irritó ante la negativa de Hitler a concederle las colonias francesas de África, lo que se debió, en parte, a que seguía abrigando la esperanza de convertir al gobierno de Vichy en un aliado activo. Asimismo, deseaba apropiarse de parte de las posesiones coloniales de Franco para servirse de ellas como bases de ultramar: la Guinea Ecuatorial española, Fernando Poo y una de las islas Canarias. El punto de fricción más peliagudo de las negociaciones se debió a que, como Mussolini, el generalísimo no estaba dispuesto a permitir que Alemania apostase un número nutrido de soldados en su país. Profesaba una grandísima admiración al Führer, y acariciaba ilusiones absurdas acerca del nuevo

régimen europeo que, a su ver, iba a crear éste y en el que se iba a conceder a España, que durante tanto tiempo había sido la nación desamparada de la que todos habían abusado, el lugar que le correspondía por derecho; pero no iba a consentir que su estado se trocara en feudatario del nazismo.

Hitler tenía por principal objetivo estratégico la ocupación de Gibraltar, y dado que no tenía demasiada fe en que el ejército español fuese a conseguirlo, se dispuso a planificar la invasión por parte de la Wehrmacht. Para Franco, sin embargo, conforme a la expresión del historiador Stanley Payne, «era una cuestión tanto de honor como de interés nacional el que las fuerzas españolas llevasen a cabo dicha operación[14]». Las negociaciones llegaron a un callejón sin salida, siendo así que ni los alemanes estaban dispuestos a proporcionar a España las armas y las provisiones necesarias para que Franco invadiera Gibraltar, ni éste albergaba intenciones de conceder a la Wehrmacht derecho de paso para emprender por su cuenta la ofensiva. Sabía que los españoles no iban a aceptar los sacrificios impuestos por una nueva guerra. Sus generales se habían manifestado en contra de tal cosa, sobre todo porque el Reino Unido se estaba gastando una fortuna —treces millones de dólares en total— en sobornarlos en secreto para que mantuviesen la neutralidad de su nación, y, además, en tanto los británicos siguieran invictos, la Royal Navy podía imponer el bloqueo a España y desatar con ello una serie de consecuencias económicas devastadoras.

Los éxitos logrados en Libia y Abisinia por el Reino Unido también desalentaron a Franco de la idea de sumarse con precipitación a la lucha de Hitler en el preciso instante en que éste se disponía a destinar carros de combate y soldados a la toma de Gibraltar. El 7 de diciembre de 1940, se reunió con aquél en Madrid el almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr, al objeto de lograr de él un acuerdo por el que las fuerzas germanas pudiesen comenzar a trasladarse a España al mes siguiente. El generalísimo se negó, y Canaris cablegrafió a Berlín el 10 de diciembre para informar de que no iba a cambiar de opinión mientras planease sobre él la amenaza británica. Hitler acabó por perder la paciencia y archivó la Operación Félix, es decir, el ataque al Peñón. Llegado el mes de febrero de 1941, había vuelto la mirada de manera irrevocable hacia oriente, y no podía prescindir de una sola división si deseaba invadir con éxito la Unión Soviética. Por lo tanto, decayó su interés por Gibraltar, y con él, la disposición de Alemania a pagar un precio desmesurado por la beligerancia de España. Ésta siguió manteniendo una amistad activa con el Eje hasta que, dos años más tarde, el éxito de la invasión aliada del norte de África puso de manifiesto el cambio de rumbo del conflicto. Los aviones italianos enviados a bombardear Gibraltar repostaban en aeródromos españoles; de España siguieron saliendo materias primas como el tungsteno destinadas a Alemania, y el país estaba enjambrado de

diplomáticos y espías nazis, a los que se brindaron todas las facilidades necesarias para obstaculizar la empresa bélica aliada. Franco envió una división simbólica para colaborar en la campaña de la Unión Soviética, y los aviones meteorológicos y de reconocimiento de la Luftwaffe estuvieron despegando de las bases españolas hasta 1945. Aun así, España no abandonó su neutralidad nominal. Gibraltar siguió sin conquistar, y en consecuencia, la puerta del Mediterráneo permaneció abierta a la navegación aliada.

Si Franco se hubiese unido a la guerra, la caída inevitable del Peñón habría condenado a la perdición a Malta, y a los británicos les habría resultado mucho más difícil —tal vez imposible— hacerse con el dominio de Oriente Próximo. Su prestigio y su confianza habrían recibido un daño inmenso, y quizá Churchill habría perdido el cargo de primer ministro en 1941. No es que Franco mereciese gratitud alguna por parte de los Aliados, ya que la cautela con que se movió su diplomacia respondió sólo al interés propio, y si el caudillo vaciló en unirse al Eje fue sólo porque sobrestimó el valor que representaba para éste; pero lo cierto es que el desenlace benefició tanto al Reino Unido como a España.

Rommel, que se había ganado su reputación durante la campaña francesa de 1940, llegó a África el 12 de febrero de 1941. Sus soldados, henchidos de euforia por las victorias europeas, tenían la moral por todo lo alto y concebían aquel destino como una aventura romántica. «Tenemos todos veintiún años y estamos locos —escribió Ralph Ringer, teniente de la infantería blindada—; locos por habernos ofrecido voluntariamente a ir a África y por llevar semanas sin hablar de otra cosa [que de] las noches del trópico, las palmeras, las brisas marinas, los nativos, los oasis y los salacots. Estaban también los combates, claro; pero ¿cómo íbamos a salir de ellos sino victoriosos?… Como locos saltábamos de un lado a otro y nos abrazábamos: ¡de verdad íbamos a ir a África!»[15]. El teniente italiano Pietro Ostellino, adscrito a la división Ariete, escribió exultante a su esposa el 3 de marzo: «Por aquí va todo sobre ruedas, y no creo que tardemos más de unos días, o hasta unas horas, en recobrar Cirenaica de manos del enemigo. Corremos a situamos en la línea de combate por honrar a la Patria. Deberías estar orgullosa de nosotros y ofrecer tu sufrimiento a la causa por la que está luchando tu marido con entusiasmo y pasión[16]». Tres días más tarde añadiría: «Tenemos la moral altísima, y nos estamos aprestando para hacer grandes cosas en cooperación con nuestros valientes aliados… La nuestra es una causa sagrada, y tenemos a Dios de nuestro lado[17]».

Rommel lanzó su primera ofensiva contra los británicos apostados en Libia el 24 de marzo, y tomó sin dificultad la ciudad de al-'Uqayla, situada en la base del golfo de Sirte. Los carros de combate de aquéllos pararon los pies

a los del Afrika Korps en Marsa Brega, aunque se vieron obligados a retirarse a causa de la exigüidad de que adolecían sus fuerzas, acaudilladas a la sazón por el teniente general Philip Neame. Rommel volvió a atacar el 4 de abril, y los compelió a retroceder aún más al poner en riesgo su línea de abastecimiento. Dado que muchos de los vehículos británicos habían quedado inutilizados por fallos mecánicos, los alemanes pudieron seguir avanzando sin dificultad hasta Tobruk. La IX.ª división australiana quedó al cargo de la defensa del puerto en tanto el grueso de las fuerzas imperiales se replegaba tras la frontera egipcia casi hasta situarse en la línea de partida de la ofensiva de diciembre.

Wavell había convencido a Neame de que era más importante mantener intactos sus ejércitos que defender el terreno conquistado; aunque los soldados, que ignoraban tal prioridad, no pudieron menos de desconcertarse ante una huida tan precipitada. El artillero Len Tutt describió así cierto enfrentamiento en el que su batería de once kilogramos logró tener a raya a los alemanes durante varias horas antes de que, a la caída de la tarde, recibiera la orden súbita de volver a retroceder: «Han empezado los problemas. Habíamos entrado en combate después de avanzar por la carretera, pero casi no habíamos inspeccionado las posiciones cuando nos dieron instrucciones de replegarnos otra vez. Daba la impresión de que no hubiese un plan concreto. Había demasiadas unidades moviéndose al mismo tiempo, y ese error contribuyó a que cundiera el pánico. No tardamos en ver señales del peligro que se nos avecinaba: hombres que salían corriendo de un camión detenido para subirse a otro, cuando posiblemente les habría bastado con unos segundos para reparar la avería; vehículos abandonados por falta de combustible pese a estar pasando a un lado y a otro camiones de tres toneladas cargados de gasolina…»[18]. Si bien se dieron combates de resultado fluctuante en los que cambiaron de manos varias veces plazas como el paso de Halfaya o el fortín de Capuzzo, los alemanes y los italianos acabaron por ocupar la tierra en disputa a finales del mes de mayo.

Pietro Ostellino escribió el 13 de mayo desde las proximidades de Tobruk: «Hemos avanzado mucho, y ya sólo queda esperar. Hace mucho calor, aunque resulta soportable, y me encuentro bien de salud; pero tengo la piel como tripa de salchichón por el sol y por la arena, que se pega y forma una capa de barro con el sudor. Aunque tenemos agua suficiente, un cuarto de hora después de lavarnos volvemos a estar como antes[19]». Más tarde, tras saber del avance del Eje hacia Grecia, señalaba: «Ayer recibí una carta del tío Ottavio, de Albania, en la que me habla de la gran victoria que hemos logrado allí. Nosotros vamos a tardar muy poco en emularlos, y pronto habremos expulsado a los británicos de todas partes[20]». Aun cuando los australianos de Tobruk resistieron hasta después de que pasara por allí el

Afrika Korps de camino a Egipto, no cabe duda de que Rommel gozaba de un claro predominio estratégico. Entre tanto, tal como afirmaba Ostellino, los británicos estaban sufriendo otro rosario de desastres al otro lado del Mediterráneo.

II. Una tragedia griega

La lucha por los Balcanes comenzó con una farsa macabra provocada por Mussolini. El 28 de octubre de 1940, Italia envió a Grecia a un contingente de 162 000 soldados desde Albania mediante una operación de la que, sin embargo, el mariscal Graziani, destinado en el África septentrional, no tuvo noticia sino a través de las emisiones radiofónicas procedentes de Roma. Ni siquiera Hitler fue informado. El Duce estaba tan irritado con que Alemania hubiera tomado Rumania sin haberle consultado que decidió cambiar las tomas e informar a Berlín de su toma de Grecia a hechos consumados. El pretexto para la guerra era el supuesto apoyo que Grecia habría dado a los británicos para operar en el Mediterráneo. Se daba por supuesto que aquel país de siete millones de habitantes no ofrecería resistencia significativa alguna, habida cuenta, sobre todo, de que sus defensas se hallaban concentradas en la frontera búlgara y no en la albanesa. Aunque había firmado un tratado por el que se comprometía a defender al gobierno de Atenas, el Reino Unido no ofreció, en un primer momento, sino un número reducido de armas y aviones. Mussolini dijo a sus oficiales: «Si alguien es capaz de plantear alguna dificultad relativa a la victoria sobre los griegos, reniego de ser italiano[21]». El conde Ciano, su ministro de Asuntos Exteriores, hombre blando en ocasiones respecto a lo político, se mostró favorable a la invasión por entender que ofrecía ganancias a bajo coste. Estaba persuadido de que Grecia capitularía con sólo exponerla a un bombardeo simbólico, y trató de lograr semejante resultado destinando varios millones de liras al soborno de los políticos y generales de la nación. Con todo, aún no se sabe con certeza si llegaron a desembolsarse tales cantidades o se las apropiaron, sin más, los intermediarios fascistas.

Sea como fuere, a Roma se le negó el desenlace que tanto ansiaba. El pueblo griego, encolerizado por el hundimiento del crucero Elli a manos de un submarino italiano varias semanas antes de la declaración de guerra de Mussolini, se resistió con terquedad a la invasión. «Muerte a los espaguetis que echaron a pique nuestro Elli», decía una pintada. Pese a estar gravemente depauperada, la nación movilizó a 209 000 soldados y 125 000 caballos y mulas. Su dictador, el general Ioannis Metaxás, cuya jefatura de gobierno había causado no pocas divisiones amargas hasta el momento, escribió en su

diario en el momento en que se exacerbaron las tensiones con Italia: «Ahora todos me apoyan». Cierto campesino, por nombre Ajmet Tsapuni, le envió un telegrama en el que decía: «Al no poseer dinero con el que contribuir a la empresa bélica de la nación, le ofrezco las dos hectáreas de terreno que tengo en Barikó, y le ruego humildemente que lo acepte[22]». En Chipre, en donde el pueblo, predominantemente griego, se había manifestado hasta entonces en favor del Eje por creer que la victoria nazi liberaría la isla del dominio colonial británico, se volvieron las tornas. «Todos deseábamos ver derrotados a los ejércitos que habían invadido el suelo griego —escribió cierto ciudadano— y recibir "los frutos de la victoria", "la libertad" que había prometido Churchill».

El planeta entero tuvo ocasión de asombrarse cuando llegó el mes de noviembre y el ejército heleno, lejos de limitarse a repeler la agresión de Italia, había traspasado con creces la frontera de Albania. El general salernitano Ubaldo Soddu propuso pactar con los griegos la suspensión de hostilidades. En Atenas, Marís Markoyiannis oyó decir a un niño: «Cuando hayamos vencido a los italianos, ¿qué vamos a hacer con Mussolini?»[23]. Hitler respondió con ira al desastre griego: él se había opuesto siempre, de manera rotunda, a la intervención, aunque tras las elecciones estadounidenses de noviembre había instado para que se tomara Creta antes de atacar el territorio continental, a fin de frustrar la intervención británica. En una carta fechada en Viena el 20 de noviembre, expresó la consternación que le había provocado la colosal pifia de Italia. En su respuesta, el Duce culpó de sus reveses al mal tiempo; a las garantías de neutralidad ofrecidas por Bulgaria, que habían permitido a los griegos mover hacia poniente un número considerable de fuerzas, y a la poca disposición a ayudar al Eje que habían demostrado los albaneses. Asimismo, lo informó de que se estaba preparando para enviar a treinta divisiones «con las que asolaremos Grecia». Los que le suponían un tirano menos violento que el Führer quedaron confundidos ante la orden dada a Badoglio: «Todos los centros urbanos [griegos] de más de diez mil habitantes deben ser arrasados. Ésta es una orden directa».

No lo logró, ni mucho menos. De hecho, los ejércitos de ambas naciones pasaron los meses siguientes estancados en los montes de Albania, haciendo frente al peor invierno que hubiese conocido la región en los últimos diez lustros. El sargento Diamantís Stafilakas escribió en su diario el 18 de enero de 1941: «El viento recio arrastra la nieve hacia la puerta del refugio e impide abrirla. Hoy también está lloviendo. Estamos todos empapados, y no podemos encender fuego porque nos asfixiamos con el humo. Por la noche no hay quien duerma, así que acabo por levantarme y salir a caminar de un lado a otro. He intentado hacer otro refugio, y llevaba cavados veinte centímetros

cuando empezó a nevar otra vez y lo dejé por imposible[24]».

Las bajas por congelación se contaban por miles. Spyros Triantáfillos expresó así el dolor que le produjo el tener que abandonar a su querido caballo rucio cuando se derrumbó en medio de una ventisca. «Muerto de hambre, calado hasta los huesos y atormentado por la caminata incansable por el suelo rocoso, estaba condenado a pudrirse solo en aquel lugar. Vacié mis alforjas para seguir a pie a los demás, le acaricié el pescuezo y me despedí con un beso. Sé que no era más que un animal, pero había sido mi compañero de armas. Nos habíamos enfrentado juntos a la muerte muchas veces, y habíamos compartido días y noches inolvidables. Lo vi mirarme mientras me alejaba. ¡Qué mirada, amigos! Había en ella tanta angustia, tanta tristeza… Yo quería llorar, pero no me salían las lágrimas: la guerra no deja tiempo para cosas así. Me pasó por la cabeza sacrificarlo, y no fui capaz; conque lo dejé allí, mirándome hasta que desaparecí tras un peñasco.»[25]

Hitler, exasperado, hizo caso omiso de la protestas de Mussolini, quien no se cansaba de asegurarle que podía derrotar a los griegos sin ayuda, y promulgó, el 13 de diciembre, la directiva número 20, por la que se puso en marcha la Operación Marita. «A la luz de la situación de amenaza que se vive en Albania —disponía—, resulta imperativo por partida doble frustrar los empeños británicos en crear, tras la protección de un frente balcánico, una base aérea desde la cual desafiar Italia… y, de paso, los yacimientos petrolíferos rumanos». Tras la instalación del general Ion Antonescu en el puesto de primer ministro de Rumania, ocurrida el 12 de octubre de 1940, el país y sus vitales reservas de petróleo habían quedado bajo dominio germano. Muchos de sus ciudadanos tenían a Alemania por una aliada inevitable ante el riesgo que suponían las ambiciones territoriales de la Unión Soviética.

Llegado el mes de enero, la Luftwaffe había comenzado a atacar, desde las bases sicilianas, las naves británicas que surcaban el Mediterráneo. El general Metaxás murió de manera inesperada el día 29, y en marzo, la presión diplomática ejercida por Alemania llevó a Bulgaria a unirse al Eje. Yugoslavia también accedió a ello, aunque el golpe de estado producido en la capital elevó al poder a un régimen favorable al Reino Unido de escasa duración. La moral de la población italiana se desplomó cuando se hizo evidente que las ambiciones de su líder habían sufrido una humillante frustración y en consecuencia ellos mismos deberían postrarse ante la hegemonía alemana en la región mediterránea. Un informante de la policía en Milán escribió: «Muchos, muchos pesimistas ven a Italia como un protectorado de Alemania y concluyen que no podemos orgullecernos de nuestras políticas si hemos llevado a cabo tres guerras, el sacrificio de nuestras materias primas y reservas de oro… para acabar cediendo nuestra independencia política,

económica y militar[26]». Las privaciones del pueblo italiano se acrecentaron durante el invierno, con los precios al alza. Las raciones oficiales de pasta y arroz se redujeron a dos kilos por persona y mes, cuando el trabajador medio consumía cuatrocientos gramos al día. El entusiasmo inicial de los italianos por la guerra nunca se recuperó de su desastrosa caída tras las derrotas de 1940-1941. Para esas fechas, en su mayoría, soldados, marineros, pilotos y civiles eran prisioneros encadenados a las ruedas del carruaje de Hitler.

El 6 de abril irrumpieron en Yugoslavia treinta y tres divisiones alemanas, seis de ellas blindadas, a las que apenas costó aplastar a su ejército. El ataque que emprendió la Luftwaffe sobre Belgrado acabó con la vida de diecisiete mil de sus habitantes, cantidad que pone de relieve en qué grado tomó desprevenida a la población el destino que habría de correr. Seis días más tarde, los invasores ocuparon la plaza, y la nación capituló el 17 de aquel mes.

En el mes de marzo había desembarcado en Grecia, con la intención de apostarse en el noreste, una fuerza de 56 000 soldados dirigida por el Reino Unido y compuesta en su mayoría por australianos y neozelandeses. La insistencia con que había defendido Churchill la necesidad de poner las tropas imperiales a la orden de militares británicos causó, como era de esperar, no poco pesar entre los dirigentes de los dominios blancos. Aunque, en teoría, las unidades procedentes de Canadá, Australia y Nueva Zelanda sólo podían emplearse si mediaba una autorización expresa de sus gobiernos respectivos, lo cierto es que, en particular entre 1940 y 1941, antes de que sus ministros plantasen cara a los abusos sufridos por sus derechos constitucionales, sólo se buscaba dicha aprobación de manera retroactiva. El primer ministro australiano, Robert Menzies, asistió a la reunión celebrada por el gabinete de guerra británico el 24 de febrero de 1941, en el que decidió el envío de un ejército a Grecia. Sin embargo, tanto a él como a los demás ministros se les engañó en lo tocante a las opiniones y los miedos que albergaban quienes lo comandaban, y entre los que se incluían oficiales suyos de la más alta graduación. El gobierno neozelandés no tuvo noticia de esta circunstancia hasta el mes de diciembre de 1940, cuando sus soldados llevaban ya varias semanas en suelo heleno. Fue el ANZAC (la fuerza combinada de Australia y Nueva Zelanda), más que el ejército británico, quien hubo de soportar el peso de la apuesta militar más arriesgada en que se embarcaron los Aliados durante la campaña del Mediterráneo; y lo hizo a las órdenes de un comandante en jefe del Reino Unido, lo que consternó en particular a los políticos australianos.

Los soldados de dicho cuerpo, sin embargo, acariciaban sensaciones más ingenuas. Los neozelandeses viajaban hacia su primer campo de batalla, y como la mayoría de los jóvenes que se encuentra en una situación similar, disfrutaban soñando con las experiencias exóticas que estaban a punto de

vivir, inconscientes del peligro que corrían. El soldado de primera Morry Cullen escribió eufórico a los suyos acerca de la emoción que suponía navegar el Mediterráneo: «Nunca he visto tonos de azul más hermosos, desde el claro del cielo hasta el más oscuro, muy cercano al negro, y en la superficie apenas se ve una onda». Victor Ball, soldado raso, describía así en su diario la capital de Grecia: «El mejor sitio en el que he estado, y la gente es muy amable. Fui a ver la Acrópolis, las ruinas de la Atenas antigua… La zona de los burdeles está mucho más limpia que la de El Cairo. Cogimos una buena cogorza, pero volvimos bien». El teniente Dan Davin reflexionaría más tarde: «Éramos la imagen misma de la juventud y la lozanía… Las gentes que se han alimentado toda la vida con carne de buena calidad poseen cierto coraje natural[27]». Si la confianza y el entusiasmo con que abordaron sus primeras vivencias bélicas estas tropas llegadas de la Commonwealth se conservarían, en un grado notable, durante el padecimiento que estaban a punto de conocer, entre quienes las acaudillaban no faltaron posturas más cínicas. Así, el general sir Thomas Blamey, el réprobo jefe militar del contingente australiano, «más cobarde que comandante», al decir de uno de los oficiales de su estado mayor, pasó el 26 de marzo buscando en la región meridional de Grecia playas propicias para una posible evacuación.

Los alemanes acometieron su invasión el 6 de abril de 1941, el mismo día que asaltaron Yugoslavia, y se sirvieron de la presencia británica para justificar su acción en estos términos: «El gobierno del Reich ha ordenado, en consecuencia, a sus fuerzas armadas que expulsen a las tropas del Reino Unido instaladas en suelo griego. Todo acto de resistencia deberá ser aplastado de manera inexorable… Cabe insistir en que el ejército alemán no pretende combatir a los griegos… El embate que se ha visto obligada a efectuar Alemania en suelo de Grecia va dirigido al Reino Unido». Las fuerzas británicas no se hallaban lo bastante extendidas para contener a los invasores. Allí donde topaban con un foco de resistencia —y es de justicia reconocer que los hubo por demás empeñados—, los alemanes se limitaban a replegarse para buscar un hueco en cualquier otro punto del frente.

El neozelandés Victor Ball describió así el primer estadio de lo que se convertiría en una retirada larga y penosa: «Nos siguieron los fuegos de la artillería durante todo el camino: adondequiera que fuésemos, allí nos bombardeaban. A uno lo mataron justo a mi lado; lo alcanzaron en la garganta, y a otros muchos los hirieron con esquirlas de esquisto y piedra. Además, nos atacaba un avión tras otro con bombas y balas de ametralladora. Todo esto lo saca a uno de quicio cuando no puede responder[28]». Russel Brickell, compatriota suyo, reflexionaba así sobre la experiencia de verse agredido por los bombarderos en picado: «Es una sensación peculiar la de verse tumbado boca abajo en una trinchera o una zanja escuchando el chillido

de la bomba que se acerca y, tras el segundo de silencio que se produce cuando llega al suelo, notar en la cara el golpe de la tierra que levanta mientras se escucha el tremendo ¡bimba! y el silbido de los fragmentos que cruzan el aire[29]».

Las fuerzas alemanas no tardaron en cruzar a raudales la brecha de Monastir, desde donde amenazaron la retaguardia de las posiciones que ocupaban los griegos en Albania. Las fuerzas aliadas retrocedieron hacia el sur sumidas en un caos cada vez mayor; superadas por su enemigo en número y en táctica, y sin protección alguna ante las incursiones aéreas. Cierto oficial médico de Australia describió «los pasos de hombres y bestias que se oyeron durante toda la noche» a medida que la retirada griega se transformaba en una derrota aplastante dominada por el terror[30]. Los pueblos por los que discurría el avance del Eje fueron testigos de escenas espeluznantes. Una columna de prisioneros italianos que atravesaba cierta población con escolta se vio, de improviso, envuelta en fuego de mortero y otras piezas de artillería que mataron e hirieron a docenas de ellos. Una anciana, que había perdido a su primogénito, Stathi, prorrumpió en gemidos ante la escena, y el propietario de un café la reprendió al verla verter lágrimas por los combatientes de Italia:

—Ellos fueron quienes mataron a su hijo.

Pero ella, desoyendo su protesta, echó a correr hacia un soldado que, desgarrado por la metralla, yacía gritando:

—¡Madre, pan!

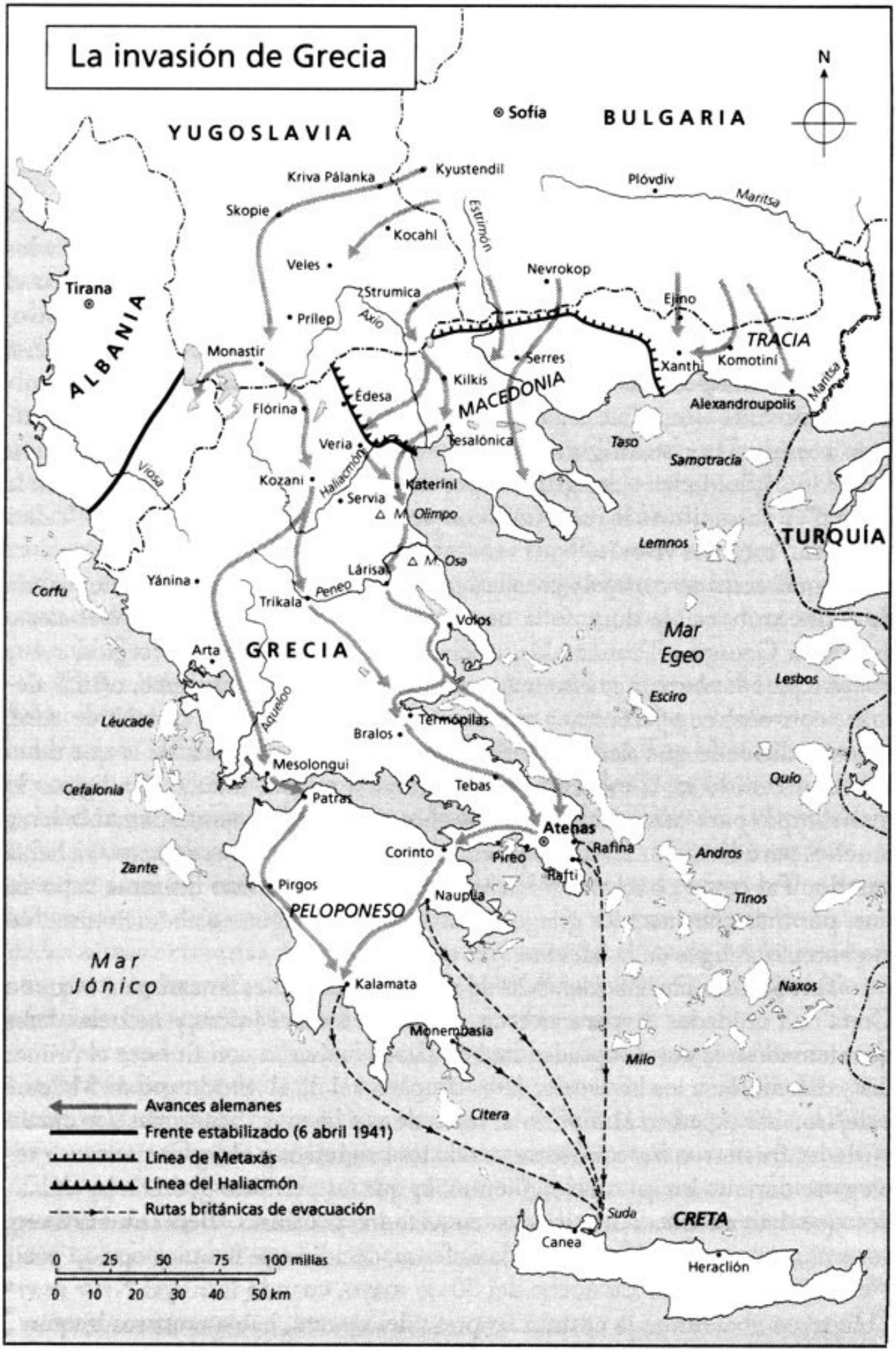
La anciana trató de lavarle las heridas con un paño mojado en raki, consolándolo entre sollozos.

—No llores, Stathi —le decía—. Sí: soy mamá. No llores, que te daré pan y también leche[31].

El ejército griego, que había extenuado sus fuerzas luchando contra los italianos durante aquel invierno, carecía del transporte necesario para efectuar maniobras con la rapidez suficiente. Los alemanes, por su parte, explotaron de manera implacable su dominio del aire, eficaz en particular en un país sin demasiadas carreteras. «Por la tarde tuvimos nuestro primer encuentro con los alemanitos de la Luftwaffe —escribió el capitán australiano Charles Chrystal— cuando llegaron 190 bombarderos y soltaron su carga… hasta no dejar nada en pie. Volaban en formaciones cerradas… y os aseguro que no pudimos hacer otra cosa que mirarlos boquiabiertos y cautivados por su número.»[32] Pese a las acciones de retaguardia, no por modestas menos resueltas, que llevaron a término los australianos y los neozelandeses, el 28 de abril comenzaron las primeras evacuaciones navales de relieve desde Rafina y Porto Rafti. Los alemanes avanzaron en abanico a través del Peloponeso, en donde la Royal Navy embarcó soldados en los puertos de Nauplia y

Kalamata.

Hasta que la experiencia los hace aguerridos, los ciudadanos de uniforme no pueden menos de espantarse ante los desechos que engendran los conflictos bélicos, y entre los recuerdos más vivos que poseían muchos de los del ANZAC de la retirada de Grecia figuraba, de hecho, la colosal cantidad de desperdicios en forma de vehículos averiados y abandonados, cañones, pertrechos, radios, telémetros…: material por valor de millones de libras que apenas se había usado antes de quedar tirado en las cunetas del Peloponeso. Los soldados que subían a bordo de las naves de la Royal Navy tenían orden de deshacerse de las armas, y en particular de las ametralladoras y los morteros a los que con tanta terquedad se habían aferrado durante la retirada. Esta medida tendría consecuencias graves para la defensa de Creta, que se verificarían unas semanas más tarde. A la mayor parte de los huidos la invadió un profundo sentimiento de vergüenza al tener que abandonar a gentes que no dudaban en abrazarse a ellos aun en la derrota.


La invasión de Grecia
N
YUGOSLAVIA
Sofía
BULGARIA
Kriva Pálanka
Kyustendil
Plóvdiv
Maritsa
Skopie
Kocahl
Estrimón
Veles
Nevrokop
Tirana
ALBANIA
Strumica
Ejino
Prilep
Axio
TRACIA
Monastir
Serres
Xanthi
Komotini
Kilkis
Édesa
MACEDONIA
Alexandroupolis
Florina
Tesalónica
Taso
Veria
Samotracia
Viosa
Kozani
Haliacmón
Katerini
Servia
M. Olimpo
Lemnos
TURQUÍA
Lárisa
M. Osa
Yánina
Corfú
Trikala
Peneo
Volos
Mar Egeo
Arta
GRECIA
Lesbos
Esciro
Aqueloo
Léucade
Termópilas
Bralos
Mesolongui
Tebas
Quío
Cefalonia
Patras
Atenas
Rafina
Corinto
Pireo
Andros
Zante
Rafti
Pirgos
Nauplia
Tinos
PELOPONESO
Mar Jónico
Kalamata
Naxos
Monembasia
Milo
Citera
Avances alemanes
Frente estabilizado (6 abril 1941)
Línea de Metaxás
Línea del Haliacmón
Rutas británicas de evacuación
Suda
CRETA
Canea
Heraclión
0 25 50 75 100 millas
0 10 20 30 40 50 km

A finales de abril, los alemanes se habían apropiado de Grecia; de los hombres de Wavell habían sido evacuados unos cuarenta y tres mil, frente a los once mil que habían quedado atrás, en manos de los invasores, junto con el total de sus vehículos de transporte y de los pesados, y el primer ministro, Aléxandros Koryzís, se había suicidado. Los soldados griegos comenzaron a regresar poco a poco de las colinas, en muchos casos sin armas. «En determinado momento —escribió alguien que lo presenció—, vi a un capitán que, subido a un altozano, se dirigía a los miles de hombres que se habían reunido a su alrededor. "¡Soldados —les gritó—, por desgracia, nuestra patria ha perdido la guerra!". Y su auditorio le respondió con un sobrecogedor: "Zeto! ¡Bravo!". Zeto significa: "estamos vivos".»[33]

Aquél sería un consuelo pasajero para una nación que, en adelante, habría de sufrir lo indecible durante la ocupación nazi. Tal como hizo saber cierto general a Georgios Tzannetakis, oficial de la fuerza aérea: «Georgios, sobre nuestro país se abate la noche más oscura[34]». Georg von Stumme, oficial alemán, conversó con Jerónimo, arzobispo ortodoxo de Atenas, el 27 de abril. «Estaba diciendo que siempre había querido visitar la capital, de la que tanto había aprendido en la escuela y en la academia militar cuando el religioso lo interrumpió para comunicarle: "De hecho, antes de la guerra Alemania tenía muchos partidarios en Grecia, y yo era uno de ellos"». Pero ese tiempo ya había pasado. Tal como concluyó quien relataba el suceso: «Von Stumme supo así que, por más que entre los griegos pudiese dar con algún colaboracionista, no encontraría amigos en la nación[35]».

Tres semanas más tarde, el 20 de mayo, los alemanes lanzaron un ataque a Creta con unidades de paracaidistas, y aunque los británicos y neozelandeses que defendían la costa septentrional de la isla lucharon con firmeza el primer día y diezmaron a los invasores, éstos ocuparon el 21 el aeródromo de Máleme y dejaron así expedito el camino al resto de sus fuerzas. Las tropas aerotransportadas frustraron los contraataques de los británicos y obligaron a éstos a replegarse durante los seis días siguientes, lo que les permitió liberar a las unidades que habían quedado aisladas en Candía y Rétino. Bernard Freyberg, general neozelandés al mando de la defensa, decidió que la única opción posible era la evacuación. La noche del 30 de mayo, cuando la Royal Navy se vio obligada a abandonar la costosa empresa del rescate, había embarcado quince mil soldados. Los que habían caído prisioneros de los alemanes sumaban 11 370, y los muertos, 1742.

Aquella acción cretense se saldó con el hundimiento de tres cruceros y seis destructores del almirante Cunningham, y con daños en otras diecisiete naves. En toda la guerra, jamás sufrieron las fuerzas navales un número mayor de pérdidas durante una sola operación. Aun cuando los seis millares aproximados de alemanes muertos disuadieron a Hitler de volver a

emprender nunca una invasión aerotransportada a gran escala, el resultado inmediato fue que las tropas asaltantes habían derrotado a un ejército aliado más numeroso que, además, conocía de antemano las intenciones, los planes y el calendario de los alemanes merced a los mensajes Ultra interceptados[*2]. Aunque buena parte de la responsabilidad de este fracaso recae sobre Freyberg, su comandante, lo cierto es que la falta de vehículos con los que transportar sus efectivos y la escasez alarmante de equipos de radio entorpecieron de un modo considerable su labor. Una vez comenzada la batalla, no tuvo medio alguno de formarse una idea clara de lo que estaba ocurriendo ni de transmitir sus órdenes. La Luftwaffe se enseñoreó del espacio aéreo, sin apenas rival que pudiese plantarle cara, y mermó de forma considerable tanto la moral como el número de combatientes y de embarcaciones del enemigo. Las fuerzas germanas superaron en energía, habilidad, táctica, determinación y liderazgo a las de la mayor parte de los defensores, a pesar de determinados actos notables de resistencia, protagonizados sobre todo por soldados neozelandeses.

Hitler habría garantizado unos resultados estratégicos mucho mejores de haber empleado a sus paracaidistas para hacerse con Malta, objetivo que probablemente hubieran logrado sin demasiada dificultad. Los alemanes sacaron poco provecho del hecho de sostener la ocupación de Creta en medio de una población por demás hostil. Aunque Freyberg hubiese resistido, la Royal Navy habría atravesado no pocas penalidades para aprovisionar la isla ante la superioridad aérea del enemigo. Una vez perdida Grecia, aquel puesto avanzado no habría servido de gran cosa a los británicos, siendo así que carecían de las unidades aéreas necesarias para respaldar la campaña del norte de África, y menos aún para explotar Creta en calidad de base aérea para efectuar operaciones ofensivas. Sin aquella plaza, por lo tanto, estaban mejor.

Pese a todo, el mundo en general y el pueblo británico en particular no estaban en condiciones de sacar consuelo de este hecho en junio de 1941. Len England, soldado que se encontraba a la sazón en el Reino Unido, escribió el 29 del mes anterior: «Creo… que las masas han considerado por primera vez la posibilidad de perder la guerra. Casi todos piensan: "Cada vez que nos enfrentamos a los alemanes nos hacen retroceder. Ya perdemos hasta en el mar, cuando se supone que es el ámbito que dominamos". Se está extendiendo, a pasos agigantados, el convencimiento de la superioridad alemana[36]». Churchill había declarado a voz en grito la determinación británica de defender Creta, y sin embargo, la guarnición de la isla había sido derrotada por un ejército más reducido. Por más entusiasmo que puso el primer ministro en sostener con posterioridad la idea de resucitar el frente balcánico frente a Hitler y meter a Turquía en la guerra, nada de esto pasó de

ser un sueño. Los Balcanes se incorporaron en bloque al imperio del Eje, lo que le causó no poco perjuicio. Italia aceptó, en un primer momento, la responsabilidad de ocupar la región, y destinó a ello a medio millón de soldados que, a la larga, sufrirían más bajas que en el África septentrional, y Grecia y Yugoslavia supondrían para Alemania una carga intolerable. Aun así, todo esto quedaba aún muy lejos durante aquel lúgubre verano de 1941.

III. Tempestades de arena

Aquella primavera, sin embargo, los británicos lograron dos victorias modestas con las que aliviar un tanto el desconsuelo que supuso la pérdida de los Balcanes. Aunque Iraq había adquirido la condición de estado independiente en 1932, el Reino Unido seguía manteniendo allí una serie de privilegios que les permitiesen proteger sus nada desdeñables intereses petrolíferos. Desde que había estallado la guerra, las facciones rivales que pugnaban por el poder en Bagdad se habían enfrentado en lo tocante a la conveniencia de respaldar o no al Eje, y en abril de 1941, tras un golpe de estado militar, se hizo con la dirección del país Rašīd ʻAli, nacionalista simpatizante del nazismo. Impresionado por los triunfos de Hitler, y haciendo caso omiso de la distancia que lo separaba de Berlín, abolió los derechos militares de que gozaban los británicos en la región y envió a sus ejércitos a sitiar la base de la RAF en Habbānīya. Los aeroplanos de la Luftwaffe comenzaron a enviar ayuda al gobierno bagdadí a través de Siria, y las autoridades francesas del régimen de Vichy destinadas en Damasco colaboraron con cazas de escolta y material bélico. Aunque Wavell, desde El Cairo, se mostró renuente a desviar tropas hacia Iraq, por insistencia de Churchill acabó por desembarcar en Basora una columna de liberación del ejército indio a la que se unieron, en el interior, mil quinientos soldados de la legión árabe de Transjordania. El ejército iraquí apenas ofreció resistencia útil, y a la vuelta de un mes se había liberado Habbānīya y se había firmado un armisticio. En Bagdad se instaló un gobierno propicio al Reino Unido al que, a la postre, se convenció para que declarase la guerra al Eje.

La intromisión de los de Vichy en Iraq y la presencia, cada vez mayor, de Alemania en Siria persuadieron a Churchill de que el Reino Unido no podía correr el riesgo de dejar que los alemanes dominasen el levante mediterráneo. En consecuencia, dio instrucciones a Wavell de enviar otro contingente a ocupar Siria, país gobernado por Francia desde 1920 en calidad de «territorio bajo mandato» junto con el Líbano. El primer ministro británico y sus comandantes albergaban la esperanza de que las fuerzas encargadas de la defensa de ambos países ofreciesen escasa resistencia al verse superadas en

número de soldados y cañones. Sin embargo, las fuerzas de Vichy lucharon con empeño durante aquel mes de junio de 1941. Su actitud fue la de subrayar la división y confusión que reinaban entre los franceses respecto de su adhesión, y que, evidentes desde la rendición de 1940, persistirían hasta 1944. Durante el infortunado intento de arrebatar Dakar a la Francia de Pétain protagonizado por las fuerzas británicas y gaullistas en septiembre de 1940, el submarino Bévéziers dejó maltrecho con sus torpedos al acorazado británico Resolution, y Churchill enfureció a los franceses al insistir en que se otorgara la medalla de la Orden del Servicio Distinguido al comandante Bobby Bristowe, quien acaudilló al grupo de voluntarios que, desde una lancha, colocó cuatro cargas de profundidad bajo el casco del acorazado Richelieu poco después de que lo botasen los de Vichy[37]. Los aviones de éstos, por su parte, bombardearon Gibraltar para desquitarse por lo de Dakar.

El 24 de octubre de 1940 se produjo la siguiente conversación absurda cuando Hitler se reunió con el mariscal Pétain en Montoire:

—Me alegra —dijo el dirigente alemán— estrechar la mano de un francés que no ha sido responsable de esta guerra.

Nadie tradujo sus palabras, y Pétain, suponiendo que se trataba de una fórmula de cortesía relativa a cómo había hecho el viaje, respondió:

—Bien, bien; je vous remercie.

Aun cuando el mariscal no pretendiera dar una imagen tan servil, lo cierto es que su régimen adoptó una serie de medidas y una actitud propagandística por demás hostiles a los británicos. El almirante René Godfroy, al mando de un escuadrón francés internado en Alejandría que declinó unirse al Reino Unido, escribió al comandante en jefe de las fuerzas mediterráneas de la Royal Navy el 26 de junio de 1940 para decirle: «Para nosotros, los franceses, sigue existiendo un gobierno en Francia, apoyado por un Parlamento instaurado en territorio no ocupado y que, por lo tanto, no puede considerarse irregular ni derrocado. En consecuencia, establecer otro gobierno en ningún otro lugar constituiría, como cualquier respaldo que se le brindara, un acto manifiesto de rebelión».

Todos los franceses, con independencia del lugar en que se encontraran, tomaron partido por uno u otro bando, y dieron claras muestras de hostilidad a quienes habían adoptado la opinión contraria. Si a bordo del submarino minador francés Rubis se celebró una votación en la que sólo dos de los 44 hombres que conformaban la dotación se declararon a favor de luchar al lado del Reino Unido, de los poco menos de cien mil soldados franceses que desembarcaron en las islas británicas tras las campañas de 1940, sólo sumaron dos mil quinientos los que prefirieron unirse a De Gaulle en lugar de regresar a su país y vivir bajo ocupación alemana. En una fecha tan tardía como la de noviembre de 1940, mes en que se ganó la batalla de Inglaterra,

fueron mil setecientos los soldados y oficiales navales que ejercieron el derecho a ser repatriados que se les otorgó. Sus nuevos amigos alemanes los recibieron de un modo muy poco caritativo al torpedear el buque hospital que los transportaba cuando se hallaba sobre la costa francesa. Cuatrocientos de ellos murieron ahogados, pero el comandante Paul Martin, que se contaba entre los supervivientes, dejó claro su carácter incorregible en la carta que remitió a un oficial superior de Tolón. «La política de Churchill —escribió en ella— me hace temer un desastre demagógico. Se diría que los británicos de seso tienen miedo al futuro, pues se han dejado llevar por la democracia, los financieros internacionales y los judíos. Es evidente que Francia va a tener que aplicar un correctivo a todo esto.»[38]

Si bien es cierto que la suya era una opinión extremista, también lo es que el antisemitismo estaba muy arraigado en la nación. La burocracia y los organismos de seguridad de Vichy capturaban a los judíos y a los portadores de la cruz de Lorena, símbolo de la Francia Libre, casi con la misma resolución que los alemanes. «¡Dios mío! ¿Qué me está haciendo este país? —se preguntaba en junio de 1941, desde su precario refugio francés, la escritora judía Irène Némirovsky, que más tarde hallaría la muerte en Auschwitz—. Ya que ha dado en rechazarme, no me queda más remedio que limitarme a observarlo con frialdad mientras va perdiendo su honra y su vida.»[39] La resistencia apenas comprendió a una minoría de la población gala hasta el mes de junio de 1944, y suscitó, en cambio, la ira de una proporción mucho mayor. Si el haber servido a las órdenes de De Gaulle se trocó en motivo de orgullo tras la liberación, hasta ese momento fueron muchísimos los franceses que acusaron de traición a sus seguidores, y, de hecho, los delataron con frecuencia ante las autoridades del régimen de Vichy cuando no ante los mismísimos alemanes.

El 8 de junio de 1941 avanzaron hacia Siria y el Líbano unidades australianas, británicas y de la Francia Libre. Los comandos del Reino Unido que desembarcaron en la costa toparon con una resistencia feroz en la desembocadura del Līṭānī, en donde sufrieron no pocas bajas. Uno de sus oficiales, por nombre Geoffrey Keyes, describió en su diario una de las acciones que se produjeron en este campo de batalla: «Desagradable en extremo… tiradores situados en postes de alambrada… Muy buena puntería. Padbury, Jones y Woodnutt, muertos. Varios de los de la 3 Troop, muertos y heridos. George y Eric avanzaron más de cincuenta metros con buena parte de la 3 Troop hacia el flanco derecho. Cuatro de los valientes australianos lograron subir a un bote… A uno lo mataron». El comando sufrió 45 muertes, incluidas la del oficial al mando, y 75 bajas por herida. Dos destructores pesados franceses bombardearon las posiciones británicas antes de volver sus fuegos hacia una flotilla de destructores de la Royal Navy, en uno de los

cuales causó daños de consideración. Los bombarderos de Vichy se unieron al ataque, y los cazas que los escoltaban derribaron a tres Hurricane. Un suboficial francés apresado por los Aliados espetó desafiante al corresponsal de guerra Alan Moorehead: «Os creíais que éramos unos caguetas, ¿no? Pensabais que en Francia no sabíamos luchar, que éramos como los italianos, ¿verdad? Pues ¡ahí tenéis eso!»[40].

Un hombre requería valor para separarse de su país, su hogar y su familia y aceptar la condición de renegados —al ver de su propia gente— a fin de unirse a la Francia Libre. Sin embargo, dado que entre los polacos fueron muchos quienes tomaron esta determinación, cabe preguntarse por qué los franceses optaron por oponerse a las fuerzas que combatían a los que habían conquistado y ocupado su patria. El sufrimiento de ésta suscitó no poca amargura, y ésta propició la búsqueda de un chivo expiatorio. Muchos se sintieron traicionados por el Reino Unido en junio de 1940, y su rencor no hizo más que exacerbarse cuando la Royal Navy destruyó varios de sus buques en Mazalquivir. El odio que, por otra parte, albergaban contra sí mismos también se tradujo en ira, y al resentimiento inmemorial que se profesaba a la «pérfida Albión» fue a sumarse, pues, el oprobio de que Churchill hubiese seguido luchando después de sucumbir Pétain. Si los ocupantes alemanes eran blanco de la animadversión del pueblo conquistado, no lo eran menos los británicos del otro lado del canal de la Mancha, despreciados sobre todo por los soldados profesionales, los marinos y los aviadores franceses.

«Francia no quiere que la liberen —declaró a The New York Times Pierre Laval, antiguo primer ministro del régimen de Vichy y colaboracionista destacado—: quiere construir su propio destino en colaboración con Alemania». Muchos de sus compatriotas estaban de acuerdo con él; de hecho, la resistencia no cobró peso de verdad en Francia hasta 1944, y, en realidad, su contribución militar fue insignificante en comparación con la de los partisanos de la Unión Soviética y Yugoslavia. A pocos de los franceses que defendieron Siria en 1941 les pareció ingrata la labor de matar a los invasores británicos, indios y australianos. Éstos, de hecho, tuvieron ocasión de leer, en el muro de un fortín, una pintada que decía: «Esperad a que lleguen los alemanes, cabrones ingleses. Ahora somos nosotros los que huimos; pero pronto os va a tocar a vosotros».

Durante el avance hacia Damasco de las fuerzas aliadas, las ametralladoras de los cazas de Vichy hirieron de gravedad a cierto oficial superior de la Francia Libre que se hallaba al mando de una de las columnas. El 16 de junio, la flota aérea de Swordfish de la Royal Navy hundió el superdestructor Chevalier Paul cerca de la costa de Beirut y, más tarde, un submarino de Vichy perdió a 55 de sus ocupantes al ser torpedeado. El día 19,

en Mazza, los resueltos contraataques que efectuaron los de la Francia de Pétain respaldados por unidades blindadas provocaron la rendición de dos batallones indios y una unidad de fusileros reales antes de ser rechazados. Los gestos de caballerosidad de los británicos y los intentos que hicieron de parlamentar se recibieron con gran desprecio. La escuadrilla de Hurricane que se envió para atacar determinado aeródromo francés efectuó una primera pasada a baja altitud sin hacer fuego al vislumbrar a los pilotos de Vichy compartiendo con un grupo de muchachas una serie de aperitivos al lado de sus aparatos. Cuando volvieron a sobrevolar el lugar, se vieron atacados por una intensa descarga procedente de tierra que infligió daños a varios de los cazas, entre los que se incluía el de Roald Dahl, quien con el tiempo alcanzaría una gran fama como escritor. Los franceses llevaron refuerzos aéreos desde las colonias del norte de África. Entre las ruinas romanas de Palmira, una unidad de la legión extranjera contuvo la embestida británica procedente del este durante nueve días, hasta que algunos de los combatientes españoles, juzgando inaceptable el conflicto ideológico que tal situación planteaba, acabaron por rendirse sin luchar.

Cuando el general Henri Dentz, alto comisionado del régimen de Vichy, cedió ante lo inevitable y firmó el armisticio el 14 de julio, después de cinco semanas de combates, sus propias fuerzas habían visto caer a más de un millar de soldados, y los Aliados, un número algo menor. La mayor parte de los muertos, 416, correspondió a los australianos. La Francia colaboracionista tuvo por heroicas las hazañas de Pierre Le Gloan, as de la aviación que abatió siete aviones de la RAF durante la campaña. Entre los del Reino Unido no fue poca la inquina que provocaron el vigor de la resistencia y el trato implacable y aun brutal que se dispensó a los prisioneros aliados. «Yo, al menos —aseveraría más tarde Roald Dahl—, no he perdonado jamás a la Francia de Vichy por haber causado una carnicería tan innecesaria.»[41]

Dejándose llevar por la animadversión, Dentz embarcó con destino a Grecia a 63 oficiales y suboficiales británicos apresados, a fin de que fueran trasladados de allí a los campos alemanes de prisioneros de guerra, aun cuando se encontraba negociando el armisticio. Sólo consintió en ordenar su regreso cuando los del Reino Unido amenazaron con negarles la repatriación a él y a los demás altos mandos. El número de los soldados procedentes de la Francia de Vichy o de las colonias que optaron por navegar junto con sus comandantes a territorio galo ocupado ascendió a 32 032, en tanto que el de quienes aceptaron combatir a las órdenes de De Gaulle quedó en 5668. El general Georges Catroux, condenado a muerte in absentia por el régimen de Pétain por secundar la causa gaullista, se erigió en representante plenipotenciario de la Francia Libre en el levante mediterráneo. Aunque el pueblo sirio no llegó jamás a mostrar demasiado entusiasmo ante la idea de

ser gobernado por franceses, fuera cual fuese su color, lo cierto es que la región quedó al fin liberada de la dominación alemana. La audacia de Churchill se hizo valer en medio de la cautela que desplegaron sus generales, por más que la torpe dirección de aquella campaña accesoria hiciese poco por promover la confianza en la competencia militar de los británicos.

La empresa siria se saldó con una victoria estratégica de gran utilidad, pues la defensa del flanco británico en Oriente Próximo poseía una importancia táctica mayor que la pérdida de Creta. Sin embargo, en toda Europa seguía habiendo gentes oprimidas y amenazadas luchando contra la desesperación. Mihail Sebastian escribió en Bucarest el 1 de junio de 1941: «Lo único que cuenta es que deberíamos seguir en pie. Mientras el Reino Unido no se rinda, habrá lugar para la esperanza[42]». No obstante, el prestigio británico seguía estando por los suelos tras tantas derrotas, y la Luftwaffe dominaba la mayor parte del Mediterráneo.

El 15 de junio, Wavell, que contaba con refuerzos blindados llegados, con no poco riesgo, desde las islas británicas a través del Mediterráneo, lanzó una nueva ofensiva que recibió el nombre de Operación Hacha de Combate y que fracasaría dos días después por las bajas causadas por los cañones de 88 milímetros de Rommel entre los carros de los atacantes. El resultado costó el puesto a Wavell, quien fue sustituido en calidad de comandante en jefe de Oriente Próximo por el general sir Claude Auchinleck. Éste, a su vez, colocó a Alan Cunningham, vencedor de la campaña de Abisinia, al mando del recién nombrado VIII.º ejército. A esto siguió una tregua de cinco meses en lo tocante a operaciones de relieve en el campo de batalla que exasperó a Churchill. Durante este período, el ejército británico sólo participó en acciones menores, tanto en el África septentrional como en el resto del planeta, si bien cabe destacar la defensa que hicieron los australianos de la asediada Tobruk.

La siguiente ofensiva del desierto, la Operación Cruzado, tuvo por fecha de inicio la del 18 de noviembre. Las fuerzas de Cunningham eran mucho más poderosas que las de Rommel, quien no logró hacerse cargo con la suficiente rapidez de la envergadura de la agresión británica ni identificar su centro. El VIII.º ejército avanzó con gran resolución hasta liberar Tobruk tras combates de gran intensidad. Los contraataques del mariscal de campo alemán no dieron el fruto deseado: al final, se vio obligado a retirarse después de haber sufrido treinta y ocho mil bajas entre los soldados alemanes e italianos, frente a las dieciocho mil, y haber perdido trescientos carros de combate ante los 278 de Cunningham. Llegados los últimos días de 1941, los ejércitos del Eje se hallaban de nuevo en al-'Uqayla, a unos ochocientos

kilómetros del mayor avance que habían logrado en Egipto. Tal situación dio a los del Reino Unido motivo para suponer, durante un breve lapso de tiempo, que habían hecho volver las tomas de la guerra del desierto, y Churchill echó las campanas al vuelo ante aquel éxito poco común.

Sin embargo, la mayor parte de los soldados del Eje entendió que no le iba a costar revertir aquella situación poco envidiable. El teniente Pietro Ostellino, por ejemplo, escribió el 7 de diciembre: «Por fin puedo continuar estas líneas. ¡Los británicos no me han dejado hasta ahora! Hemos pasado dos días y medio rodeados por fuerzas cien veces superiores a la nuestra, cuya artillería nos ha batido de lo lindo; pero hemos conseguido resistir hasta la llegada de los refuerzos y poner en fuga al enemigo. Hemos hecho prisioneros y apresado vehículos blindados. Claro que también nosotros hemos sufrido pérdidas tremendas. Por favor, no te preocupes si, por el momento, no te escribo con tanta frecuencia: es imposible que funcione a diario el correo[43]».

Quedó entonces trazada la configuración general de la guerra del desierto: los alemanes conservaron la superioridad aérea, por mínima que fuese, al quedar en el Reino Unido la mayoría de los mejores aviones con que contaba la RAF, lo que obligó a sus pilotos a combatir en el desierto a los Bf-109 de la Luftwaffe con Tomahawk, Kittyhawk y Hurricane de inferior calidad. Asimismo, los británicos iban a la zaga de su enemigo en lo relativo al desarrollo de técnicas de colaboración aeroterrestre en las que los aeroplanos cumplían una misión táctica semejante a la de la artillería. Gozaban, cierto es, de superioridad numérica respecto de hombres y vehículos blindados; pero sus deficiencias en lo referente a mando, estrategia y equipo anulaban esta ventaja. Sus carros de combate no tenían nada que hacer ante los de los alemanes; los fallos mecánicos causaban un número mayor de bajas materiales en el campo de batalla que las acciones del enemigo, y su sistema de recuperación y reparación de vehículos dejaba mucho que desear. Los bidones de combustible eran escasos y las fuerzas de Cunningham distaban mucho de poseer la pericia de que daba muestras el Afrika Korps a la hora de combinar Panzer, baterías anticarro e infantería. Los carros de combate británicos entraban a menudo en combate sin refuerzo alguno, y sufrían, en consecuencia, daños nada baladíes. Así, en lo que duró la operación, la VII.ª brigada blindada perdió 113 de sus 141 tanques.

«Podíamos aprender de los alemanes —escribió el australiano John Butler durante el sitio de Tobruk—. Sus batallones constituyen unidades completas dotadas de cañones anticarro, tanques, aviones, talleres de campo y defensas antiaéreas, mientras que nosotros tenemos que avisar con 48 horas de antelación si queremos que nos apoyen desde el aire; lo que es tan absurdo como escribir una carta a los bomberos cuando se incendia la casa de uno.»[44]

La debilidad institucional de las fuerzas del Reino Unido engendró comandantes de facciones mayores y menores carentes de la energía, la imaginación y la flexibilidad necesaria. La mayor parte de las unidades empleadas en el desierto estaban mal acaudilladas y peor adiestradas. «Entre 1941 y principios de 1942, la moral del ejército británico… había decaído —escribió el teniente Michael Kerr—. La instrucción media que recibían los soldados de infantería era terrible. Los soldados no lograban comprender lo que se esperaba de ellos ni de qué iba todo aquello.»[45]

La escala de las operaciones emprendidas en el norte de África fue diminuta en comparación con el enfrentamiento decisivo de la guerra, que se produjo en la Unión Soviética. Entre 1941 y las primeras semanas de 1942 fueron raras las ocasiones en las que los británicos emplearon más de seis divisiones contra tres unidades alemanas y cinco italianas. Sin embargo, las acciones del VIII.º ejército acapararon la atención de los ciudadanos del Reino Unido por realizarse en el único lugar en que los soldados británicos estaban luchando contra los alemanes. Rommel alcanzó no poco renombre en ambos lados, en donde se le admiró por su instinto, su arrojo y la gallardía de su liderazgo personal. Menos conocida fue su tendencia a prestar escasa atención a la logística, factor que revistió siempre una importancia decisiva en el África septentrional. El Reino Unido quiso tener al comandante del Afrika Korps por un «buen alemán», y pasó por alto su condición de exaltado seguidor de la causa de Hitler hasta que se hizo evidente que Alemania estaba perdiendo la guerra. Los Aliados disfrutaron siempre de una ventaja notable en lo respectivo a la información que tenían a su alcance gracias al desciframiento de los códigos del Eje, y, sin embargo, entre 1941 y 1942 Rommel dispuso de la fuente inmejorable que le brindó la interceptación de los informes elaborados a diario por el coronel Bonner Fellers, agregado militar estadounidense en El Cairo, que le brindaron una ventaja nada desdeñable en el campo de batalla hasta que las autoridades de Washington cambiaron de destino a Fellers en julio de 1942. Aun así, el factor que más influyó en el desenlace de los combates —más que sus dotes de mando— no fue otro que la superioridad institucional del ejército alemán, responsable de los triunfos de Rommel en mayor grado de lo que reconocieron los medios de comunicación británicos de la época o de lo que hace suponer en ocasiones la leyenda en nuestros días.

Los enfrentamientos que se produjeron en la inmensidad del desierto libio, caracterizados por veloces avances y repliegues, están envueltos en cierto halo de romanticismo, y abundan los testimonios —recogidos de cuando en cuando por la prensa británica— acerca de la humanidad del trato que brindaba el Afrika Korps a los prisioneros de guerra o de las treguas ocasionales que se daban entre los combatientes a fin de rescatar a sus

respectivos heridos. «Nos acercamos a las posiciones enemigas —escribió Butler, el soldado de Australia, durante el asedio a Tobruk—, y estaba quitándole la anilla [a una granada] cuando oímos una voz que decía desde una barricada: "¡Quieto, australiano, que tenemos a dos de los tuyos heridos!"… Éstos contaron que los alemanes, tras alcanzarlos, habían arriesgado su vida para llevarlos a su parapeto y, tras curarlos, les habían ofrecido café y buscado asistencia médica. ¡Gracias a Dios que se dan muestras así de caballerosidad!»[46] Otro de los combatientes describió así el alto el fuego que se declaró para que unos y otros recobrasen a los que habían sido alcanzados: «Había allí hombres de los dos ejércitos, de pie bajo un sol estupefacto. En el silencio casi podía oírse la tensión… La escena era aún más increíble por el contraste con la furia que habíamos conocido por la noche… Era como si dos soldados de armadura se hubieran detenido a alzar los visores de sus yelmos y hubiesen atisbado por un instante los rostros humanos que se ocultaban tras el acero[47]». «Estábamos apoyados contra el parapeto —escribió otro de los de Australia tras un ataque frustrado de los alemanes—, agitando los brazos mientras les cantábamos, les lanzábamos gritos de Heil, Hitler! y les hacíamos comentarios como: "¿Os hace una cervecita, colegas?"; "Volved a intentarlo esta noche", y otros menos elogiosos.»[48]

Mientras buscaba al resto de su escuadrón blindado en medio del caos de la Operación Cruzado, el sargento Sam Bradshaw vislumbró a un soldado enemigo cojeando al lado de las rodadas que habían dejado los vehículos en la arena. «Me situé a su lado y le pregunté alzando la voz:

»—¿Eres italiano?

»Él me respondió con un inglés más que aceptable:

»—¡Qué voy a ser un puñetero italiano! Soy alemán.

»Saltaba a la vista que mi duda le había molestado. Como estaba herido, lo llevé en el tanque [y le ofrecí] agua. Él me dio un cigarrillo Capstan.

»—El paquete me lo dieron vuestras columnas de aprovisionamiento —me dijo.

»A un kilómetro de allí, vimos algunos vehículos blindados alemanes, y él se apeó del carro y se fue renqueando hacia ellos. Mi artillero lo apuntó con el cañón, y yo le grité por el intercomunicador:

»—No dispares: deja que se vaya.

»El alemán se dio la vuelta y exclamó sin pudor:

»—¡Nos vemos en Londres!

»A lo que yo respondí:

»—Mejor que sea en Berlín.»[49]

Este estilo «civilizado» de hacer la guerra no carecía, sin embargo, de desventajas. Así, por ejemplo, era normal que los soldados británicos que se encontraban en una posición táctica desesperada se rindieran sin miramientos en lugar de combatir hasta el final o entregarse a un desierto sin agua. Los comandantes del Reino Unido y sus superiores londinenses no pudieron sino acoger con consternación creciente las capitulaciones que se sucedían en las diversas zonas y el espíritu caballeroso que, a su parecer, reinaba en la campaña.

El VIII.º ejército estaba conformado por una variedad considerable de contingentes nacionales. La división neozelandesa adquirió una fama notable en cuanto compendio de la resolución y la autosuficiencia proverbiales de su patria. Dos de las australianas gozaban también de una gran reputación, en particular cuando se hizo popular la leyenda de la resistencia que habían ofrecido en Tobruk. «¿Qué hacéis los australianos atravesando medio mundo para luchar por los putos británicos?», espetó indignado cierto oficial alemán a un prisionero[50]. El corresponsal de guerra Alan Moorehead escribió acerca de aquellos «hombres venidos de los muelles de Sídney y de los apriscos del Riverini [que] encarnaban la imagen misma de la rudeza con aquellos rostros demacrados y sucios, aquellas botas colosales y los revólveres metidos en los bolsillos mientras se aferraban a sus fusiles con manos enormes e informes, gritaban y siempre, siempre, estaban sonrientes». Estos soldados de escasísima disciplina y mando en ocasiones deficiente merecían, sin embargo, el prestigio que se habían granjeado, sobre todo en lo que a operaciones nocturnas se refería. «Los australianos se tenían por los mejores combatientes del mundo —aseveró cierto oficial británico—, y lo eran.»[51] Añadió que sus unidades mantenían su cohesión gracias a la camaradería, lo que casi siempre constituye una motivación mayor que cualquier causa abstracta para el rendimiento de los soldados.

Las opiniones relativas a la división surafricana del ejército de Auchinleck eran más equívocas, pues si bien tenía días buenos, por lo común no llamaba la atención. Otro tanto cabe decir de las unidades indias del ejército británico, pues si bien desplegaban una destreza y un valor dignos de encomio en ocasiones, adolecían de un rendimiento muy irregular. Aunque los del Reino Unido profesaban una estima justificada a sus gurjas, lo cierto es que no destacaron todos sus soldados ni sus batallones; de lo cual no cabe sorprenderse, siendo así que, a despecho de la satisfacción de que daban muestras todos los oficiales blancos ante la lealtad que guardaban sus hombres a su rey-emperador, los combatientes indios eran mercenarios. De las divisiones británicas, la más selecta era, al ver de todos, la VII.ª blindada,

la de «las Ratas del Desierto». Los alemanes, además, tenían un gran respeto a la artillería del VIII.º ejército. Sin embargo, los viejos regimientos de caballería eran propensos a exhibiciones de valor gratuito reminiscentes de la peor tradición del ejército británico.

Hasta finales del verano de 1942 persistió en las filas del VIII.º ejército una dificultad nada despreciable: la escasa confianza que les inspiraban sus altos mandos. Los contingentes coloniales, en particular, hacían patente su escepticismo ante la idea de que se estuviesen poniendo en riesgo —cuando no sacrificando— sus vidas en pro de planes y objetivos mal concebidos. Se daba un gran resentimiento para con los numerosos espadones que vivían a lo grande en Egipto mientras los combatientes se derretían en el desierto. Cierto artillero británico escribió con amargura: «Echando cuentas, llegué a la conclusión de que, por cada hombre que se deshace en sudor en el polvo y la mugre del desierto occidental, había veinte pegando la gorra y haraganeando en las bodegas y los restaurantes, los locales nocturnos y los burdeles, los clubes deportivos y los hipódromos de El Cairo[52]». Otro soldado compuso, con no poco cinismo, el himno de los de esta laya:

> No hemos ido nunca al oeste de al-Yazīra,
> ni tampoco al norte del Nilo;
> no hemos pasado de las pirámides,
> ni nos hemos alejado de la sonrisa de la Esfinge;
> hemos hecho la guerra en el Shepheard's y el Continental,
> hemos reservado nuestro brío para almorzar en el Turf Club
> y nos han concedido la Estrella de África.

El primer ministro británico compartía la indignación de la tropa por este particular. Para mantener el VIII.º ejército en un país desprovisto de infraestructura industrial propia, se hacía necesario un sistema de apoyo de gran complejidad, y, sin embargo, las autoridades militares habían destinado a un número extravagante de personas a funciones logísticas y administrativas alejadas del campo de batalla.

Bien que sufrieron menos privaciones que los que sirvieron en la Unión Soviética, Birmania o el Pacífico, cuantos lucharon en el desierto hubieron de hacer frente al malestar crónico que les impuso la escasez de agua. «Nos invaden millones de moscas desde primera hora de la mañana —escribió un oficial italiano—. No hay momento del día en que no tengamos la boca, el pelo y la ropa llenos de arena, y resulta imposible refrescarse.»[53] Pietro Ostellino, al mando de una unidad blindada, afirmó por su parte: «Hasta el clima ha empezado a robarnos la esperanza. Pasamos el día soportando un calor infernal, y el viento, abrasador e incesante, hace que aun las sombras sean inútiles. Da la impresión de que el valle se haya convertido en un horno. El viento amaina a las ocho de la tarde, y aun así… nos asfixiamos[54]». Era

frecuente que la temperatura del interior de los carros de combate superara los cincuenta grados centígrados. Abrir las escotillas sólo servía para dejar entrar nubes de arena en remolino.

Los soldados británicos recibían una ración diaria de agua de un litro, además de una cantidad generosa de té preparado en bidones de combustible reutilizados y calentados en fuegos encendidos con una mezcla de gasolina y arena. Comían, sobre todo, carne de vaca enlatada, galletas y fruta en conserva. Los alemanes se alegraban cada vez que capturaban provisiones del VIII.º ejército, que preferían a las que les suministraban sus propias fuerzas armadas —en particular las pródigas remesas de cigarrillos—. «Poco a poco… nos hemos ido transformando en soldados británicos —escribió con no poco sarcasmo Wolfgang Everth durante uno de los avances de Rommel—. Los vehículos, el carburante, las raciones y la ropa que llevamos son todos ingleses… Desayuno dos latas de leche, una de piña, galletas y té de Ceilán.»[55]

Los hombres aprendieron a ver el desierto como un terreno de peligrosos matices sobre el que moverse y combatir. «La arena, suave y dorada, que tan atractiva resultaba al no iniciado, resultaba mortal —señaló un oficial británico—. Si no se atravesaba a cierta velocidad, el camión quedaba enterrado en ella hasta los ejes. Los caminos de guijarros solían agradecerse, aunque a veces no eran más que una corteza engañosa bajo la cual se ocultaba una extensión de arena blanda que sólo el ojo avezado lograba detectar desde lejos. En algunos lugares, el desierto presentaba la firmeza de una pista de carreras en kilómetros a la redonda, y en otros se mostraba traicionero como melaza.»[56] El uso que hacían de los vehículos capturados tanto los de un lado como los de otro confundía con frecuencia al enemigo. Así, no era inusual que los británicos recibiesen sorpresas muy poco agradables al comprobar que quienes conducían los automóviles —y aun carros de combate— del Reino Unido con que topaban eran hombres de Rommel. La división italiana Bolonia se dejó llevar por el pánico al ver, cierto día, una columna de camiones británicos entre sus filas, hasta que sus integrantes descubrieron que iban cargados de alemanes.

Entre una ofensiva y otra se daban largos intervalos de aburrimiento, instrucción y preparativos. «La ocupación principal de los soldados en tiempo de guerra consiste en ir de un lado a otro sin hacer nada, a ser posible adrede.»[57] Los soldados no cesaban de cavar trincheras, sembrar minas, patrullar y participar en duelos entre tiradores ocultos. Padecían difteria cutánea, ictericia y disentería. Los de ambos lados aprendieron a maldecir los jamāsīn, las tormentas de arena que reducían la visión hasta confinarla a unos cuantos metros a la redonda y llenaban de arena amarilla la menor hendedura que poseyeran los vehículos, los pertrechos y los cuerpos

humanos. Los italianos los llamaban ghibli. Pietro Ostellino, integrante de la división Ariete, describió la siguiente situación en una carta remitida a su familia: «Os parecerá impensable que pueda tardar dos horas y media en recorrer los doscientos metros que separan mi tienda del comedor, pero así ha sido. Nunca he visto una noche más negra: si te detienes un instante para restregarte los ojos, te desorientas por completo. Cuando, al final, llegué a la tienda, me encontré con que todo estaba cubierto por cinco centímetros de arena. Daba la impresión de que la lona fuese a salir volando de un momento a otro[58]».

Aun en las dilatadas treguas que se producían entre una batalla y otra existían escasas diversiones aparte de la llegada del correo, que todos los soldados aguardaban con ansias obsesivas. Muchos de ellos escribían a los suyos casi a diario, porque no había nada más que hacer. Aquel acto mantenía vivo el vínculo que los unía a sus otras existencias y que se volvió aún más preciado a medida que los meses se fueron transformando en años. Los combatientes del VIII.º ejército disfrutaban, de cuando en cuando, de breves períodos de permiso en El Cairo, ciudad que acabarían por odiar. Olivia Manning, que adquiriría gran celebridad en cuanto autora de The Balkan Trilogy, llegó a la capital egipcia en abril de 1941, en calidad de refugiada procedente de Grecia. «La atmósfera irreal en que estaba sumida —escribió— tenía algo que ver con la luz… Era demasiado blanca; lo aplanaba todo y todo lo despojaba de color. Se posaba sobre los objetos como si fuera polvo… nos impresionó ver tan desvaído el delta en verano. Su miseria nos conmovió de un modo terrible, y, más que ella, el que las gentes se contentaran con ella. Pasamos semanas enteras apartándonos de todo.»[59]

Dado que llevaba en el extranjero desde 1939, no pudo menos de contemplar con curiosidad la multitud de soldados británicos que atestaba las calles: «Brillantes de sudor y con el cabello descolorido al extremo de hacerlos a todos iguales, aun cuando todavía era posible establecer ciertas diferencias merced al rosa de la piel británica quemada al sol. Todos tenían más o menos la misma altura, no demasiado destacada… Llevaban la fina tela de sus uniformes caqui desgastada, desteñida y arrugada por el calor, y entre los omóplatos y debajo de los brazos tenían manchas oscuras de sudor[60]». Los oficiales hallaban cierto consuelo en los elegantes puntos de encuentro de Egipto. «Cuesta olvidar el Groppi's de El Cairo y el Pastroudi's de Alejandría —aseveraba uno de ellos—. Hay algo de espléndida decadencia en tomar café con bollos de nata entre aquellos espejos dorados y aquella afluencia cursi.»[61] La clase de tropa, sin embargo, no conoció más que las sórdidas tascas y los burdeles de la capital, que tantas enfermedades propagaron entre los del VIII.º ejército.

Para los soldados de Mussolini, la campaña del norte de África fue un

infierno desde el principio mismo. Los peligros habituales de la guerra se hicieron punto menos que insoportables para ellos en razón de la escasez de alimento, munición, vehículos, provisiones médicas y convicción respecto de la causa por la que luchaban. El diario de Vittorio Vallicella, conductor consagrado al transporte de tropas, constituye un rosario inagotable de desgracias. A su decir, aquélla fue una contienda condenada al fracaso, «no por nuestra incompetencia ni por el valor del enemigo, sino por estar éste muchísimo mejor organizado». No sin amargura, agregaba: «Ésta es la "guerra de pobres" que nos han impuesto los deseos de la alta jerarquía fascista, instalada con comodidad en el Palacio de Venecia de Roma[62]».

Vallicella aseguraba haber visto una sola ambulancia italiana durante toda su estancia en África, y se quejaba con acritud de la falta de liderazgo que se hacía evidente en todo el escalafón, desde el cuartel general supremo de Roma hasta la oficialidad de su propia unidad: «¿Cuántas veces les habremos sacado las castañas del fuego los veteranos? Las divisiones de nuestros aliados son mucho más resueltas, poseen una potencia de fuego y una capacidad de maniobra muchísimo mayores y están mandadas por oficiales que mandan de verdad, mientras que muchos de los nuestros se han ido a casita por estar enfermos o heridos[63]». A muchos soldados italianos les resultaba ofensiva la diferencia que existía entre la sopa, el pan y las modestas porciones de mermelada de sus frugales raciones, a las que se sumaba, de forma esporádica, algún que otro limón, y los víveres de los gerifaltes, que regaban con vino y agua mineral enviada desde Italia por vía aérea en los comedores de oficiales[64]. Todos ellos soñaban con el solaz de su hogar o el que les proporcionaban actos como la visita que recibieron de muchachas de la Cruz Roja cargadas de paquetes enviados por admiradores de la Italia central: «Después de poco menos de veinte meses, resulta maravilloso ver a estas jóvenes maravillosas que nos traen obsequios útiles[65]».

Así y todo, la mejor fuente de alimento decente seguía siendo el enemigo: «A los que tenían la suerte de regresar con vida de una patrulla nocturna los esperaba un botín de tarros de mermelada y fruta en conserva, paquetes de galletas y de té, latas de carne, botellas de licor, cigarrillos, azúcar, café, camisas, pantalones, calzado de paisano, toallas, papel higiénico, aspirinas, quinina y otros medicamentos, leche condensada, jerséis de lana de verdad, brújulas y cualquier otra cosa que pueda uno imaginar de cuantas jamás figuraban en nuestros pertrechos[66]». Cuando Vallicella contrajo la malaria, rezó —en vano— por que fuese algo peor que justificase su repatriación[67]. Si la mayoría de los soldados se emocionaba al recibir correo de Italia, a él lo llenó de consternación conocer, por las cartas de los de su familia, que los que habían permanecido en la bota apenas sabían nada «del infierno en que nos

han metido». Cuando cometió la temeridad de expresar en voz alta su convencimiento de que sin vehículos blindados y sin raciones era imposible combatir, lo amenazaron con mandarlo ante un pelotón de fusilamiento, y si salvó la vida fue gracias a la intervención de su coronel[68].

En tanto que Wavell comenzó la campaña de Oriente Próximo con ochenta mil soldados a sus órdenes, llegado el invierno de 1941, fecha de la Operación Cruzado, su sucesor, Auchinleck, disponía de ciento cincuenta mil, si bien la mayor parte estaba consagrada a labores de guarnición, logística y apoyo en los diversos campos de batalla. Tras hacer retroceder a Rommel hasta al-'Uqayla, los británicos dieron por supuesto que habría una tregua y se dispusieron a reparar sus unidades blindadas; pero las fuerzas del Eje, que no habían quedado destruidas, se reagruparon con una velocidad notable. Cuando Pietro Ostellino salió del tumulto prolongado y sangriento de la Operación Cruzado, se llevó «la agradable sorpresa de dar con mi equipo, que pensaba que debía de haber caído en manos de los británicos. Iba en un camión que consiguió escapar al envolvimiento del enemigo, y pude por fin dormir en la cama del campamento. Estaba hecho añicos después de diez días sin ni siquiera lavarme las manos. Me deshice de toda la suciedad y de los piojos; supongo que el resto de los que me quedan se irán con un poco de gasolina. Limpio, soy un hombre nuevo[69]».

La mayor parte de los ejércitos del Eje compartía las mismas sensaciones. El 21 de enero de 1942, los británicos sufrieron un sobresalto muy desagradable cuando Rommel lanzó una nueva ofensiva de efecto devastador. Tres semanas más tarde, había avanzado algo menos de quinientos kilómetros hacia el este antes de que lo obligaran a detenerse los problemas de intendencia que tan bien conocía. Neil Ritchie, comandante a la sazón del VIII.º ejército, comenzó a crear los recios puestos defensivos de la línea de Gazala, conformados por «cajas» guarnecidas por una brigada y protegidas por minas y alambradas. Tenía la intención de hacer que Rommel derrochase sus energías asaltándolas para después emplear las unidades blindadas del Reino Unido, superiores en número como de costumbre, para sacar partido a esta ventaja.

La estrategia fracasó de manera estrepitosa, ya que Ritchie no se había detenido a estudiar la práctica de emprender operaciones de penetración y flanqueo a que tan dado era su enemigo. Cuando éste atacó el 26 de mayo, las «cajas» de aquél resultaron estar demasiado separadas para brindarse apoyo mutuo. Cierta brigada de la Francia Libre defendió con uñas y dientes la más meridional, sita en Bir Hakeim, durante varios días, tras lo cual hubo de retirarse. Los carros de combate germanos se condujeron con su pericia

habitual. «Nunca fuimos capaces de efectuar más de un par de disparos a ninguno antes de que quedase oculto por el polvo y fuera de nuestro alcance», escribió con frustración el oficial de uno de los británicos[70]. Acto seguido, su escuadrón recibió órdenes de acometer. «Ni siendo diez contra uno vamos a ser capaces», masculló el comandante de un vehículo blindado del Reino Unido. Recordando el gesto de indignación que adoptaba su cargador —desposado apenas unas semanas antes de salir de Inglaterra— al introducir otro proyectil en la recámara humeante, señaló: «Me dio mucha lástima». A continuación se pusieron a disparar: «Conductor, a la izquierda… ¡Pare! El de dos libras, hacia la derecha… ¡Vale! Trescientos… ¡Fuego!». Segundos después de su propia descarga «se oyó —a decir del comandante— un estruendo tremebundo. Sentí un dolor agudo en la pierna derecha, oí gruñir al operador y ordené: "Conductor, avance"; pero no ocurrió nada. El proyectil, de 88 milímetros, le había estallado en el estómago… En aquel momento sólo me di cuenta de que se había detenido el motor y el sistema de intercomunicación había dejado de funcionar. Los conductos de alta presión estaban dejando escapar el aire, y del interior salían nubes de humo acre. Todo esto ocurrió en un instante, y al siguiente, todos estábamos fuera del tanque, corriendo hacia otro. Era el del comandante de nuestro escuadrón, que se había parado a rescatamos. Mi artillero se había montado ya; el operador había desaparecido tras subirse a otro, y yo apenas podía avanzar cojeando porque me temblaba la pierna de manera desenfrenada bajo el peso de mi cuerpo. Me aterraba la idea de que arrancaran sin mí. Los alemanes seguían bombardeándome. Entonces, se abrió el suelo ante mí y, aunque me tambaleé por la sacudida, pude ver que no estaba herido. Conseguí al fin encaramarme al vehículo, mareado y sin fuerzas, y salimos de allí en busca de un lugar seguro. El artillero estaba a mi lado y sonreía con gesto alegre pese a tener el brazo derecho destrozado por debajo del codo. Por entre la sangre se veían brillar los huesos, y los dedos le colgaban en jirones de piel. Como no dejaba de sangrar, le aplicamos un torniquete, y yo le di mi jeringuilla de morfina. Hablamos del día en que volveríamos a casa».

Apenas recobró la conciencia en el hospital de campaña en que lo operaron cuando oyó bombas caer y el terrible estruendo de las baterías antiaéreas de Tobruk. «Había tantos heridos que el suelo estaba cubierto de pacientes tumbados en camillas; el aire hedía a anestésico, y se oía por todos lados a gente que gruñía o gritaba delirante mientras agonizaba. El calor y la falta de aire resultaban espantosos. Tenía la pierna derecha escayolada hasta la cadera, y la izquierda, cubierta de sangre seca. No había sábanas, y la manta me arañaba».

Aunque ambos lados perdieron numerosos carros de combate mientras luchaban en torno al «caldero» situado en el centro de las líneas británicas,

llegado el 30 de mayo, los alemanes habían logrado una ventaja decisiva que obligó a los del Reino Unido a retirarse de manera precipitada. Quedó atrás un contingente de surafricanos e indios encargado de la defensa de Tobruk, y el resto del VIII.º ejército se replegó hacia Egipto. Rommel circunvaló aquella plaza, y el 20 de junio dio la vuelta para caer sobre la retaguardia de quienes la salvaguardaban. Dado que el frente era más débil por allí, no tardó en abrir brecha. El general de división Henrik Klopper, comandante surafricano de la guarnición, se rindió a la mañana siguiente. Al caer la tarde del día 21 se había apagado toda resistencia. El Eje hizo más de treinta mil prisioneros, y sólo unas pocas unidades lograron escapar y volver a reunirse con el resto del VIII.º ejército.

Vittorio Vallicella se contaba entre los primeros soldados del Eje que llegaron al puerto de Tobruk. «¡Cómo me impresionó ver a los cientos de senegaleses [pertenecientes a las fuerzas coloniales francesas] que, al ver a nuestra diminuta cuadrilla, se puso en pie de un salto con las manos levantadas en señal de rendición! —escribió en su diario—. Me parece extraordinario que hagan tal cosa ante hombres mal armados y mucho menos numerosos que ellos. Contemplamos fascinados, con una mezcla de sorpresa y respeto, a esos pobres soldados negros que sirven al Reino Unido, nación rica, y que han venido de muy lejos para participar en una guerra sin saber siquiera, quizá, por quién o por qué están luchando.»[71] Mientras exploraban la ciudad, quedaron pasmados ante el lujo que se hacía notorio en el cuartel general británico, dotado de duchas, mosquiteras en todas las camas destinadas a los oficiales y toda clase de provisiones. Se maravillaron al descubrir tanta abundancia: ciruelas envasadas y cajas de lo que Vallicella supuso, en un primer momento, que debía de ser hierba seca. Su sargento le explicó que se trataba de una exquisitez llamada té[72]. Encontraron a unos cuantos árabes robando a los muertos, y no dudaron en ejecutarlos[73]. No faltó quien perdiera la vida tras meterse en un campo de minas. Los alemanes no tardaron en poner custodia a todos los almacenes de alimentos británicos, gesto que los italianos interpretaron como un desaire. «Hasta aquí quieren cortar el bacalao nuestros aliados.»[74] Sea como fuere, la victoria obtenida en Tobruk elevó la moral tanto de éstos como de aquéllos durante un breve período. «Tenemos la esperanza de que esté tocando a su fin esta pesadilla —escribió Vallicella—. Sólo pensamos en una cosa: Alejandría, El Cairo, el Nilo, las pirámides, las palmeras y las mujeres.»[75]

Las operaciones del principio del verano no habían supuesto más que 3360 bajas para los alemanes, en tanto que las de los británicos ascendían a cincuenta mil debido al elevado número de prisioneros. Buena parte de las fuerzas blindadas de Auchinleck había quedado destruida. Churchill, que

había viajado a Washington para reunirse con Roosevelt, se mostró escandalizado y humillado. Sus ejércitos habían quedado ocupando una línea en El Alamein, en el interior de Egipto. Cierto soldado escribió: «Nos dieron la siguiente orden: "Hasta que no queden cartuchos ni hombres". Una orden escalofriante. Resultaba curioso ver que aún se empleaba aquella frase legendaria de fatalismo heroico. Es de suponer que estaba concebida para propiciar una resolución férrea… Pero la interpretación que le dimos nosotros fue que, perdida toda esperanza en lo tocante a Tobruk, nos estaban dejando a nuestra suerte. Nada mejor para dejarnos con la moral por los suelos… Éramos una pandilla de derrotados que había perdido toda ilusión[76]». La aventura del Reino Unido en Oriente Próximo había tocado fondo junto con el prestigio mundial de su ejército. Los esfuerzos de su primer ministro en sacar provecho de África en cuanto campo de batalla contra el Eje no habían servido, pues, más que para elevar a Rommel a la categoría de héroe y minar los ánimos y la propia estimación de la opinión pública británica. En consecuencia, fue una gran fortuna que el desierto no fuera el lugar en que se decidiera la guerra y que lo ocurrido en otra parte del planeta, en concreto en la estepa rusa, disminuyese de forma drástica la significación del fracaso de los británicos.

6

La Operación Barbarroja

A las 3.15 del 22 de junio de 1941, según la hora de Berlín, la guardia fronteriza alemana apostada en el puente que cruzaba el río Bug en Kolden convocó a la soviética a fin de «tratar de asuntos importantes» y ametralló a cuantos la conformaban al verlos acercarse. Los zapadores de la Wehrmacht arrancaron las cargas que se habían dispuesto en el viaducto de Brest-Litovsk e hicieron señas a las unidades de asalto para que pasasen a las 3.30. Los integrantes de la división Brandenburgo de fuerzas especiales, entre los que había quien hablaba ruso, llevaban días pasando a la Unión Soviética en paracaídas o cruzando la frontera sin ser notados, y habían comenzado ya a sabotear las comunicaciones al otro lado del frente. Las tropas del Eje avanzaron hacia la Unión Soviética en número de 3,6 millones y a lo largo de un frente de mil quinientos kilómetros que se extendía del Báltico al mar Negro, acometiendo las defensas con efectos devastadores. El poeta moscovita David Samóilov diría más tarde: «Todos suponíamos que habría guerra, pero no esperábamos una así[1]». Las divisiones, y pronto también los ejércitos al completo, se fueron desmoronando al paso de los alemanes, de tal manera que las primeras semanas de la campaña estuvieron caracterizadas por las derrotas y rendiciones de los soviéticos. Uno de sus oficiales escribió lo siguiente de la conversación que mantuvo con un camarada: «Kutnetsov me informó, con voz temblorosa, que lo único que quedaba de la LVIª división de fusileros era el número[2]». Y aquél no fue sino uno entre miles de

desastres similares.

La invasión de la Unión Soviética por parte de Hitler fue el acontecimiento que decidió el resultado de la guerra del mismo modo que el Holocausto constituyó el acto definitorio del nazismo. Alemania se embarcó en ella por tratar de alcanzar los objetivos más ambiciosos de su historia: trasladar las fronteras eslavas y crear un nuevo imperio en el este. Al decir del argumento de los nazis, lo único que estaban haciendo era seguir el ejemplo que habían dado otras naciones europeas en busca de Lebensraum («espacio vital») al arrebatar su territorio a pueblos salvajes. El historiador Michael Howard ha escrito: «Muchos, quizá la mayoría de los alemanes, y sin duda la mayor parte de los intelectuales de la nación, concibieron la Primera Guerra Mundial como una lucha por la supervivencia cultural frente a las fuerzas convergentes de la barbarie rusa y la decadencia de la civilización occidental, elemento más subversivo aún, que ya no encarnaban los aristócratas franceses, sino las sociedades materialistas del mundo anglosajón. Esta convicción pasó intacta a los nazis y proporcionó los pilares de su propia filosofía[3]».

Eran millones los jóvenes alemanes a los que se había hecho creer desde la infancia que la Unión Soviética constituía una amenaza para la existencia de su nación. «Se dan las condiciones perfectas para que los bolcheviques lancen su ataque a Europa y den así un paso más para culminar su plan general de dominación mundial —escribió Heinz Knoke, piloto de la Luftwaffe y nazi ferviente—. ¿Serán capaces el capitalismo occidental y sus instituciones democráticas de entrar en alianza con el bolchevismo ruso? Si tuviésemos vía Ubre en Occidente, podríamos infligir una derrota aplastante a las hordas soviéticas a pesar del Ejército Rojo. Eso supondría la salvación de la civilización occidental.»[4] Imbuido por semejante lógica, Knoke no pudo menos de emocionarse al saberse parte de la invasión de la Unión Soviética, y otro tanto cabe decir de oficiales de más graduación. Hans Jeschonnek, jefe de estado mayor de la Luftwaffe, escaldado tras el fracaso de 1940 contra el Reino Unido, se mostraba exultante: «¡Por fin, otra guerra como está mandado!».

Henry Metelmann, cerrajero hamburgués de dieciocho años convertido en conductor de carro de combate, escribió más tarde: «Acepté que era el deber natural de Alemania por el bien de la humanidad imponer su estilo de vida a razas inferiores y naciones que, debido tal vez a lo limitado de su inteligencia, no entendían del todo lo que pretendíamos[5]». Como ocurrió a muchos de los jóvenes alemanes en aquel estadio del conflicto, vivió su adscripción al frente oriental con una despreocupación irresponsable: «Pocos nos dábamos cuenta de la gravedad de nuestra situación. Considerábamos que aquel destino, cuando no la guerra entera, constituía una gran aventura, una

oportunidad de escapar al aburrimiento que nos imponía la vida civil, y, además, en un segundo plano, queríamos cumplir con el deber sagrado que habíamos contraído con nuestro Führer y nuestra patria».

Hitler debía menos su estrategia al oportunismo que al conocimiento de que no podía dejar que el enemigo tuviese tiempo de armarse y unirse en contra de Alemania. Stalin, como parte de su plan disuasorio, permitió al agregado militar de ésta en Moscú que visitase algunas de las ciclópeas fábricas de armamento que se estaban construyendo en Siberia antes de la Operación Barbarroja. Sin embargo, sus informes tuvieron el efecto contrario al deseado, y así Hitler anunció a sus generales: «Ya ven ustedes hasta dónde han llegado esas gentes. Debemos atacar enseguida[6]». La destrucción del bolchevismo y el sometimiento de la vasta población de la Unión Soviética eran dos de los objetivos esenciales del nazismo, aireados por Hitler en discursos y escritos desde la década de 1920, y a ello hay que sumar el deseo de apropiarse de los ingentes recursos naturales de la nación invadida.

Lo más probable es que Stalin tuviese intención de combatir a tan amenazador vecino cuando considerase oportuno. Si Alemania se hubiese visto atollada, tal como esperaban en Moscú, en una larga guerra de desgaste contra franceses y británicos en el frente occidental en 1940, los soviéticos no habrían dudado en caer sobre su retaguardia a cambio de sustanciosas concesiones diplomáticas y territoriales por parte de los Aliados. Sus generales estaban preparando los planes necesarios para emprender una ofensiva contra Alemania —del mismo modo que para hacer frente a muchas otras contingencias—, y cabe suponer que habrían estado en posición de hacerlo llegado 1942. Sin embargo, en 1941 sus ejércitos no estaban preparados para combatir el embate que efectuó la Wehrmacht con casi todas sus fuerzas. Por más que hubiese acometido una movilización progresiva —en virtud de la cual había doblado, en el momento de la agresión, las fuerzas activas que poseía en 1939—, apenas había comenzado el programa de rearme que más tarde le proporcionaría algunos de los mejores sistemas armamentísticos del mundo.

Desde el punto de vista de Hitler, esta circunstancia hacía de la Operación Barbarroja un acto racional, por cuanto permitía a Alemania entablar combate con la Unión Soviética en el momento en que gozaba de una ventaja relativa mayor. La soberbia, sin embargo, lo llevó a infravalorar el poderío militar e industrial que había alcanzado ya Stalin; cometer la temeridad de desatender la extensión casi ilimitada de la nación que iba a invadir, y destinar un apoyo logístico por demás inadecuado para una campaña prolongada. Pese a la expansión que había conocido la Wehrmacht desde el año anterior y la producción de varios centenares de carros de combate nuevos, muchas unidades dependían de armas y vehículos tomados a los franceses en 1940,

en tanto que sólo las divisiones blindadas disponían de los medios de transporte y el equipo apropiados. Los laureles obtenidos en Occidente impidieron a Hitler reparar en que podría resultar más difícil vencer a una sociedad embrutecida y habituada al sufrimiento que a países democráticos como Francia o el Reino Unido, en los que la moderación y el respeto por la vida humana se consideraban virtudes.

Los espadones de la Wehrmacht, que se preciaban de representar a una nación refinada, dieron, no obstante, su aquiescencia a las barbaridades que abarcaba la Operación Barbarroja, y entre las que se incluía la de privar de alimento a no menos de treinta millones de ciudadanos soviéticos con la intención de enviarlo a Alemania —idea original de Herbert Backe, responsable nazi de Agricultura—. Durante una reunión celebrada el 2 de mayo de 1941 a fin de tratar de la ocupación de la Unión Soviética, el secretariado de planificación armamentística del ejército dejó constancia de su apoyo a un programa que resulta pasmoso aun en el contexto del Tercer Reich:

1. La guerra sólo podrá sostenerse si todos los víveres de la Wehrmacht proceden de la Unión Soviética durante el tercer año.
2. En caso de tomar del país cuanto nos es necesario, es indudable que morirán de inanición muchos millones de personas.

Aquélla no fue, pues, una operación meramente militar, sino también un programa económico del que se suponía que propiciaría la muerte de decenas de miles de personas, objetivo que, de hecho, cumplió. No faltaron generales que protestasen ante la orden de hacer que sus hombres participaran en el ajusticiamiento sistemático de comisarios soviéticos, y mayor aún fue el número de quienes cuestionaron la estrategia concebida por Hitler para la invasión. El general de división Erich Marcks, brillante oficial responsable de la planificación inicial, propuso librar la acometida decisiva al norte de los pantanos del Prípiat, por considerar que las posiciones soviéticas anunciaban un asalto más al sur. Algunos comandantes adujeron que la población conquistada se mostraría más dócil si recibía un trato clemente que si no obtenía nada a cambio de su sumisión. Tales objeciones respondían a consideraciones prácticas más que éticas, y cuando Berlín las rechazó, quienes las habían presentado no dudaron en brindar su consentimiento a las órdenes de su Führer y ejecutarlas a la letra.

La operación llevó aparejada, de forma indisoluble, una ferocidad mecanizada. Goering comunicó lo siguiente a los responsables de administrar los territorios ocupados: «Dios sabe que no tienen por misión velar por el bienestar de las gentes que están a su cargo, sino sacar de ellas el mayor

provecho en pro de la supervivencia del pueblo alemán[7]». Por su parte, el coronel general Erich Hoepner, oficial de caballería de cincuenta y cinco años al mando del VIII.º grupo blindado, señaló: «La guerra con la Unión Soviética es parte vital de la lucha por la existencia del pueblo de Alemania. Se trata del inmemorial enfrentamiento entre germanos y eslavos, la defensa de la cultura europea frente a la invasión asiática y moscovita, y el rechazo al bolchevismo judío. Esta guerra debe tener por objeto la destrucción de la Unión Soviética de nuestros días, y por eso tiene que llevarse a término con un rigor sin precedentes. Cada una de sus contiendas, desde su concepción hasta su ejecución, debe estar guiada por la férrea determinación de aniquilar por entero, y de un modo definitivo, al enemigo[8]». Desde el mes de junio de 1941, fueron pocos los altos mandos alemanes que pudieron negar, de un modo creíble, su complicidad en los crímenes del nazismo.

En vísperas de la invasión alemana, no había en el mundo una sociedad sometida a una regulación y una vigilancia tan severas como las que se daban en la Unión Soviética. Los mecanismos de represión nacional que utilizaban en ella eran mucho más refinados que los del nazismo, y, de hecho, en 1941 habían supuesto la muerte de un número mucho mayor de personas. El programa de industrialización forzada puesto en marcha por Stalin había acabado con la vida de seis millones de campesinos, y el número de camaradas leales que había dado la suya por culpa de sus sospechas paranoicas no era desdeñable. Los alemanes, excepción hecha de los judíos, gozaban de una libertad personal mayor que la de ningún ciudadano soviético. Y sin embargo, la tiranía estalinista estaba menos preparada para defenderse de enemigos foráneos que de sus propias gentes. Las unidades del Ejército Rojo apostadas en poniente ocupaban unas posiciones muy poco eficaces en lo estratégico, y formaban un frente avanzado de escasa magnitud. Muchos de sus mejores generales habían sido víctimas de las purgas de 1937 y 1938, y quienes habían ido a sustituirlos no eran más que lacayos incompetentes. Las comunicaciones dejaban mucho que desear por falta de radios y de pericia técnica, y la mayor parte de las formaciones carecían de armamento moderno y de otros pertrechos. No se habían creado posiciones defensivas, y la doctrina soviética estaba orientada únicamente a las operaciones ofensivas. El peso muerto del partido minaba la eficacia, la iniciativa y la prudencia táctica.

Stalin desoyó las numerosas advertencias relativas a la inminente invasión que le hicieron tanto sus generales como las autoridades de Londres. La entrada en paracaídas que hizo Rudolf Hess, subordinado inmediato del Führer, en el Reino Unido el 10 de mayo con la intención de negociar la paz por su cuenta no hizo sino aumentar el recelo que profesaba a los británicos y sus sospechas de que Churchill pretendía firmar un pacto bilateral con Hitler.

Asimismo, se negó a dar oídos a los datos reveladores que enviaban sus agentes desde Berlín y Tokio. En uno de los informes que redactó Beria, al respecto, llegó a garrapatear: «Puedes decirle a tu "informante" del cuartel general de las fuerzas aéreas alemanas que vaya a darle por culo a su madre. Lo que te has echado es, más bien, un desinformador. Y. St.»[9]. La Luftwaffe participó en las operaciones alemanas de despiste al enviar a Londres, el día 10 de mayo, quinientos bombarderos que causaron tres mil víctimas días antes de que la mayor parte de sus escuadrillas se trasladase al frente oriental.

Los colosales movimientos de tropas que precedieron la Operación Barbarroja fueron la comidilla de todas las calles europeas. El escritor Mihail Sebastian recibió, el 19 de junio, la llamada de un amigo de Bucarest que le aseguró: «La guerra va a empezar mañana por la mañana si deja de llover[10]». Aun así, Stalin prohibió emprender cualquier acción que pudiese provocar a los alemanes y desdeñó la insistencia con que le pidieron sus comandantes que pusiera en guardia las unidades del frente. Por si no bastara con esto, ordenó a las defensas antiaéreas que no disparasen a los aparatos de la Luftwaffe que sobrevolaban territorio soviético, y de los que se avistaron 91 entre el mes de mayo y principios del mes de junio. Aquel caudillo de fría determinación se dejó desconcertar por el perverso proceder de Hitler. En virtud del pacto firmado por ambos, Alemania estaba recibiendo de la Unión Soviética enormes cantidades de ayuda material. Los trenes de aprovisionamiento siguieron viajando al oeste hasta el momento de la invasión; los aeroplanos de la Luftwaffe funcionaban, en gran medida, con combustible soviético, y los submarinos de la Kriegsmarine tenían acceso a las instalaciones portuarias de la nación. El Reino Unido seguía sin ser derrotado, y él, en consecuencia, se negaba a creer que el dirigente alemán fuese a arriesgarse a provocar una escisión de consecuencias catastróficas. Por lo tanto, fue responsable personalmente de que la arremetida alemana, tal como suponían sus estrategos, tomase desprevenidos a los ejércitos encargados de la defensa del país. Cuando tocaba a su fin el 21 de junio, Gueorgui Zhúkov, jefe de su estado mayor general, dio a todos los mandos la orden de poner en alerta a sus tropas, pero ésta apenas les llegó una hora antes de que se produjera el ataque germano.

En el frente occidental soviético había apostados 2,5 millones aproximados de los 4,7 soldados de que disponía en activo Stalin, repartidos en ciento cuarenta divisiones y cuarenta brigadas que disponían de más de diez mil tanques y ocho mil aviones. Hitler lanzó contra ellos a 3,6 millones de soldados del Eje, el mayor ejército de invasión que haya conocido la historia europea, equipados con 3600 carros de combate y 2700 aviones de calidad superior a los soviéticos. Estaban divididos en tres grupos de ejércitos

sujetos al mando general del mariscal de campo Walther von Brauschitsch. El Führer desestimó los consejos de sus mejores generales, que le instaban a avanzar con decisión hacia Moscú, en favor de un ataque simultáneo a Ucrania que le permitiera apropiarse de sus vastos recursos naturales e industriales. En ocasiones se ha juzgado éste un error estratégico determinante, y, sin embargo, parece más razonable preguntarse si Alemania poseía el poder económico necesario para satisfacer las ambiciones orientales de Hitler, con independencia de cómo las acometiera.

Una porción considerable de los ciudadanos de Alemania quedó desconcertada, horrorizada de hecho, al saber de la invasión. «Tenemos que ganar, y hacerlo cuanto antes —escribió Goebbels—, pues el pueblo está un tanto deprimido. La nación desea la paz, aunque no si ha de pagar con la derrota, y, sin embargo, con cada nuevo campo de batalla crecen su preocupación y sus temores.»[11] Un joven traductor de la embajada soviética de Berlín, por nombre Valentín Berezhkov, dio cuenta de la notable experiencia que vivió durante su confinamiento con el resto de la legación tras el comienzo de la guerra. Había hecho amistad con un oficial de la SS de mediana edad llamado Heinemann, quien lo llevó a un café para tomar una copa con él. Allí, se les unieron seis miembros más de la SS, y Heinemann salvó la situación asegurando que su invitado era un pariente de su esposa que estaba cumpliendo una misión secreta de la que no podía hablar.

Estuvieron un rato charlando acerca de la contienda antes de que los oficiales propusieran un brindis por «nuestra victoria», y él no atrajo hacia sí ninguna atención indeseada al repetir: «Por nuestra victoria». A Heinemann lo aterraba la idea de que su hijo, que acababa de alistarse en la SS, pudiera morir en la Unión Soviética. Asimismo, le faltaba el dinero necesario para pagar cierto tratamiento médico que debía seguir su mujer. Berezhkov le dio mil marcos de la caja fuerte de la embajada, sabedor de que a ninguno de ellos le iban a permitir llevar consigo grandes sumas de dinero cuando los repatriasen. El alemán, que ayudaría más tarde a organizar la evacuación durante el intercambio de diplomáticos entre Moscú y Berlín, le ofreció un retrato suyo firmado a modo de obsequio de despedida y le dijo: «Quizá llegue un tiempo en que tenga que invocar el servicio que he ofrecido a la embajada soviética, y espero que no caiga en el olvido». Aunque ninguno de ellos volvió a saber del otro, Berezhkov se preguntaría siempre si su amigo, pese a su condición de oficial de la SS, no temía en lo más hondo que su nación sería derrotada por el Ejército Rojo[12].

La mayor parte de los soldados jóvenes de Hitler, eufóricos aún por las victorias de 1940, no compartía este recelo. «Estábamos entusiasmados, y no nos deteníamos a analizar la situación con ojo crítico. Nos enorgullecía estar viviendo una época que considerábamos heroica», escribió el paracaidista

Martin Poppel, que contaba veintiún años a la sazón[13]. Lo emocionaba la idea de luchar en el este: «Tenemos por destino la Unión Soviética, y por objetivo, la victoria en el campo de batalla… Estamos ansiosos por participar en la gran lucha… No hay ningún país del mundo que ejerza sobre mí un atractivo tan magnético como el de los bolcheviques[14]». Los alemanes irrumpieron en Lituania desde Prusia Oriental; en Minsk y Kiev, desde Polonia, y en Ucrania, desde Hungría; y en casi todas partes desbarataron sin más las formaciones soviéticas y destruyeron aviones que ni siquiera habían llegado a despegar (hasta alcanzar un total de mil doscientos en las veinticuatro horas primeras).

En las repúblicas bálticas, los invasores quedaron perplejos al ver que el pueblo les otorgaba un trato propio de libertadores y les ofrecía flores y alimento. En las semanas que precedieron a la ofensiva, el NKVD de Beria había efectuado decenas de miles de detenciones entre estonios, letones y lituanos, y se había atraído, por consiguiente, la enemistad de millones de ciudadanos de la región. Los soldados soviéticos que se retiraban hubieron de enfrentarse al hostigamiento de los lugareños, que en muchas ocasiones apostaban tiradores para que disparasen contra ellos. Buena parte de la población civil huyó al monte hasta que vieron rechazadas las fuerzas de Stalin. «Por estas fechas, las ciénagas y los bosques están más poblados que las granjas y los campos —escribió el estonio Juhan Jaik—, porque los primeros nos acogen a nosotros, en tanto que los segundos están ocupados por el enemigo.»[15] Se refería a los soviéticos, que no iban a tardar en desaparecer de allí.

Los letones arrebataron tres ciudades a sus ocupantes soviéticos antes de que llegasen las fuerzas germanas y, a finales de 1941, los guerrilleros estonios aseguraron haber capturado a veintiséis mil soldados del Ejército Rojo, que también en Ucrania sufrió el acoso tanto de los partisanos como de los alemanes. Stefan Kurylak, adolescente polaco de Ucrania, se encontraba entre la multitud de sus compatriotas que recibió con vítores la expulsión de los soviéticos. Uno de los últimos actos que llevaron a término en su pueblo, situado a orillas del Dniéster, consistió en matar a hachazos a su mejor amigo, Stasha, de sólo quince años, por el simple hecho de haber incurrido en sus sospechas. La llegada de la Wehrmacht originó celebraciones a uno y otro lado de la frontera soviética de Ucrania. «Como parecía no haber duda de quién iba a hacerse con la victoria —escribió Kurylak—, los nuestros… comenzaron a cooperar en todo lo posible con los "libertadores" germanos… Y algunos… llegaron incluso a saludarlos con el brazo derecho alzado a la manera de los nazis.»[16]

En las primeras semanas de la operación, la Wehrmacht logró algunas de las victorias más grandes de los anales de la guerra. Sometió a envolvimiento

y destruyó ejércitos enteros, en particular en Białystok y Minsk y en Smolensk. Los soldados de Stalin se rendían por decenas y centenas de miles, y las pérdidas que sufría su aviación aumentaban a diario. Heinz Knoke, nazi apasionado de veinte años, describió así la excitación que le producía el acto de ametrallar desde su aparato: «Jamás he disparado tan bien. Tengo a todos los bolcheviques tumbados en el suelo. Uno de ellos se pone de pie de un salto y echa a correr hacia la arboleda, pero el resto ya no va a levantarse… Cuando los pilotos presentan sus informes, todos les sonríen. Llevamos mucho tiempo soñando con hacerles algo así. En realidad, no los odiamos tanto como los despreciamos. Para nosotros es toda una satisfacción poder pisotearlos y hundirlos en el fango al que pertenecen[17]».

Iván Konoválov, uno de los miles de pilotos estalinistas que se vieron sorprendidos en sus propios aeródromos por los bombarderos en picado, escribió: «De pronto, oímos un estruendo increíble: teníamos encima a los aviones del enemigo. Alguien gritó: "¡A cubierto!", y yo corrí a esconderme bajo el ala de mi aparato. Todo quedó envuelto en llamas. El fuego arreciaba de un modo terrible[18]». El oficial de intendencia Alexander Andreiévich recordaba en estos términos su encuentro con los restos de una unidad soviética asolada por los ataques aéreos: «Había cientos y más cientos de muertos… Vi a uno de nuestros generales de pie ante una bifurcación. Había ido a pasar revista a la tropa, y llevaba puesto su mejor uniforme de gala; pero sus soldados corrían en sentido opuesto. Él contemplaba, desesperado y solo, sin ni siquiera un ayudante a su lado, el paso apresurado de sus hombres. Tras él había un obelisco que marcaba la ruta que se había seguido en 1812 durante la invasión napoleónica[19]». El segundo oficial político de la V.ª brigada de fusileros de la CXLVIIª división llevó a sus hombres al campo de batalla al grito de: «¡Por la patria y por Stalin!». Fue uno de los primeros en caer[20]..

En mangas de camisa y bajo un sol brillante, los soldados alemanes conducían sus carros de combate y sus camiones en columnas triunfantes y polvorientas por cientos de kilómetros de llanuras, marismas y bosques. «Aunque seguíamos la misma ruta de invasión que Napoleón —escribió más tarde el general de división Hans von Greiffenberg—, en 1941 no creíamos que pudiesen aplicarse a nosotros las lecciones de la campaña de 1812. Combatíamos con medios de transporte y de comunicación modernos, y pensábamos que podríamos burlar la inmensidad de Rusia mediante el uso del ferrocarril y el motor, el cable telegráfico y la radio… [T]eníamos una fe absoluta en la infalibilidad del Blitzkrieg.»[21] Cierto artillero de la VII.ª división blindada de Alemania escribió a su padre, veterano de la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1941: «Las lamentables hordas del otro lado no son más que un tropel de criminales a los que impulsan el alcohol y la

amenaza de una pistola en la sien… panda de gilipollas… El encuentro con la turba bolchevique y las condiciones en las que vive me ha impresionado profundamente. Todos, hasta los más escépticos, han acabado por convencerse de que la campaña contra estos infrahombres enloquecidos por los judíos no sólo era necesaria, sino que se ha producido en el momento preciso. Nuestro Führer ha salvado a Europa del caos[22]». El comandante de una batería adscrita a la XIª división de Panzer escribió el 8 de julio: «Emprendemos ataques magníficos. Sólo existe una nación a la que uno pueda amar por su maravillosa hermosura: Alemania. ¿Qué puede haber en el mundo comparable a ella?»[23].. Lo mataron poco después, aunque no cabe duda de que su entusiasmo sirvió para alegrar sus últimos días.

Los ejércitos invasores atravesaban pueblos y ciudades reducidos a escombros y llamas por la acción de sus cañones o de los soviéticos en retirada. Los hospitales de campaña de éstos estaban atestados de víctimas que llegaban a miles en camiones o en carretas; «había algunos que aparecían andando a gatas y cubiertos de sangre —según recordaba la enfermera Vera Yukina—. Les poníamos vendajes, y los cirujanos les extraían los fragmentos de proyectil y las balas. Como apenas quedaba anestésico, las salas de operaciones se llenaban de gruñidos, alaridos y gritos que pedían socorro[24]». Tras los cinco primeros días de guerra, en uno de los hospitales de Tarnopol, que tenía capacidad para doscientos pacientes, se apiñaban ya cinco mil heridos. Ante las tiendas de las unidades médicas dispuestas a lo largo de todo el frente yacían directamente sobre el suelo en hileras los soldados para los que no quedaban camas, y los que habían sido apresados marchaban aturdidos y a millares en columnas que se dirigían a recintos que habían tenido que improvisar sus admirados captores. Semejantes escenas causaron no menos pasmo entre quienes las contemplaban desde la sala de proyecciones privada del Kremlin en donde Stalin y sus acólitos examinaban los noticiarios que habían interceptado a los alemanes. «Cuando el narrador anunció cuál era el número de hombres soviéticos muertos o apresados —escribió Zoia Zarúbina, intérprete de veintiún años—, pude oír a los presentes sofocar un grito de terror, y vi a cierto comandante que había cerca de mí aferrarse al asiento que tenía frente a sí, rígido por la impresión. El desconcierto había dejado mudo a Stalin. Jamás olvidaré lo que apareció a continuación en la pantalla: un primer plano de los rostros de nuestros soldados. Apenas eran niños, y parecían tan indefensos, tan sumamente desorientados…»[25].

El mundo asistió al drama que se estaba desenvolviendo en el este con fascinación y un profundo desconcierto. En Estados Unidos, el acérrimo aislacionista Charles Lindbergh proclamó: «Prefiero cien veces ver a mi nación aliarse con el Reino Unido o hasta con Alemania, pese a todos sus

defectos, a la crueldad, la irreligiosidad y la barbarie que existen en la Unión Soviética». Clara Milburn, ama de casa de Warwickshire, escribió el 22 de junio, presa de la perplejidad: «Conque ahora la Unión Soviética va a probar unas gotas de la medicina que le dio a Finlandia… y a lo mejor muchas más. El señor Churchill ha hablado hoy por la radio para decir que debemos estar al lado de los soviéticos. Supongo que sí, porque ahora están luchando contra el enemigo de la humanidad; pero ojalá no tuviera que ser así, porque cuando pienso en su conducta, tan distinta de la nuestra…»[26]. El primero de julio, el conductor de un tranvía de Bucarest preguntó a Mihail Sebastian por el avance alemán al verlo con un periódico en la mano.

—¿Han entrado en Moscú?

—Todavía no, aunque seguro que entran hoy o mañana.

—Bueno, pues, ¡que entren! Así podremos hacer picadillo a los judíos[27].

Los berlineses no cabían en sí de gozo. Halder, el jefe de estado mayor de la Wehrmacht, declaró el 3 de julio: «No creo estar exagerando si digo que para ganar la campaña… han bastado quince días». Hitler quería celebrar un desfile triunfal en Moscú a finales de agosto. A los altos mandos que habían expresado escepticismo los desconcertó la incompetencia del generalato soviético, la facilidad con la que estaban destruyendo miles de aviones del enemigo y la superioridad táctica que sin ningún esfuerzo estaban desplegando los invasores. En el frente, Karl Fuchs, artillero de una unidad blindada, no cabía en sí de gozo: «La guerra contra esos seres infrahumanos está llegando a su fin… ¡Les hemos dado una buena! No son más que canalla, la escoria de la tierra, y poco pueden hacer ante un soldado alemán[28]». Llegado el 9 de julio, el grupo de ejércitos Centro había aislado en Bielorrusia un número nutrido de fuerzas, a las que habían privado de trescientos mil hombres —convertidos en prisioneros— y dos mil quinientos carros de combate. Los contraataques soviéticos retrasaron la toma de Smolensk hasta principios de agosto —revés que se revelaría decisivo con el tiempo por haber robado a la Wehrmacht una cantidad inestimable de días de verano—, y la resistencia ofrecida en el sur tampoco fue despreciable. Sin embargo, cuando se encontraron en Lójvitsia, al este de Kiev, las fuerzas de Von Bock y Rundstedt atraparon y destruyeron por completo a dos ejércitos rusos, lo que supuso a la Unión Soviética la pérdida de medio millón de combatientes. La ciudad de Leningrado quedó sitiada, y Moscú, amenazada.

No tardó en quedar patente la crueldad con la que se estaba conduciendo el invasor. Si en Francia, en 1940, habían sido apresados más de un millón de galos, a los que se suministraba el alimento necesario, en la Unión Soviética, por el contrario, los encerraban para matarlos de hambre conforme a los designios de sus captores. Los prisioneros, que se contaron primero por cientos de miles y, poco después, por millones, superaron la capacidad de los

alemanes para hacerse cargo de ellos aun en caso de que así lo hubiesen deseado, puesto que los campos de concentración del Reich sólo podían dar cabida a 790.000. Entre los apresados los hubo que recurrieron al canibalismo. Muchas unidades alemanas los mataban al sencillo objeto de evitar la inconveniencia que suponía supervisar un final más prolongado. El general Joachim Lemelsen elevó la siguiente protesta al alto mando: «No dejo de recibir noticias de fusilamientos de prisioneros y desertores llevados a cabo de un modo irresponsable, insensato y criminal. No son más que asesinatos. Los soviéticos no van a tardar en saber del número incontable de cadáveres que siembra las rutas ocupadas por nuestros soldados, sin armas y con las manos alzadas, tras haber sufrido un disparo a bocajarro en la cabeza. El enemigo va a acabar por esconderse en los bosques y en los campos para proseguir la lucha sólo por miedo, y nosotros vamos a perder a muchísimos camaradas[29]».

Poco parecía importar esto a Berlín: Hitler sólo quería conquistar la mayor cantidad de terreno y heredar el menor número de gentes que pudieran lograr sus ejércitos. Gustaba de invocar el precedente de lo ocurrido en el siglo XIX en Estados Unidos, en donde casi se exterminó a los nativos para hacer sitio a los colonizadores. El 25 de junio, Walter Stahlecker, general de la policía de seguridad, entró con la Einsatzgruppe A en Kaunas, a la sazón capital de Lituania, a la zaga de los carros de combate alemanes. En el garaje Kietükis, a menos de doscientos metros del cuartel general del ejército, los colaboradores lituanos encerraron y mataron a porrazos a un millar de judíos. «Estas operaciones de autolimpieza fueron a pedir de boca —informó Stahlecker—, porque las autoridades militares, a quienes se lo habían comunicado de antemano, entendieron a la perfección lo que había que hacer».

Los soviéticos, por su parte, también acabaron con un número considerable de prisioneros de guerra y de sus propios presos políticos. Cuando las fuerzas en retirada abandonaron cierto hospital en el que había ingresados 160 heridos alemanes, no dudaron en matarlos aplastándoles la cabeza o arrojándolos por la ventana. Un pelotón germano se rindió el 23 de junio tras un contraataque efectuado en el río Dubysa, y al día siguiente, tras retroceder de nuevo las fuerzas de Stalin, sus camaradas encontraron a cuantos los integraban no sólo muertos, sino mutilados. «Les habían sacado los ojos, cortado los genitales e infligido toda clase de crueldades —escribió horrorizado un oficial alemán de estado mayor—. Aquélla fue la primera de estas experiencias que tuvimos, aunque no la última. La noche [siguiente a] estos dos primeros días dije a mi general: "Excelencia, esta guerra va a ser muy diferente de la de Polonia y la de Francia"». La del frente oriental iba a estar caracterizada por un espíritu carnicero[30].

Stalin delegó en Molótov, aquejado de una proverbial tartamudez, la labor de informar al pueblo soviético de que estaba en guerra durante un comunicado radiofónico emitido el día 22 de junio a las 12.15. Los días siguientes, el dirigente mantuvo numerosas reuniones —el día de la invasión ascendieron a 29— con sus principales generales y adoptó una serie de decisiones de vital importancia, entre las que destacaba la relativa a la evacuación hacia el este de instalaciones industriales. El NKVD acometió innumerables ejecuciones y deportaciones de «elementos poco fiables», entre los que se incluían ciudadanos que no habían cometido más crimen que el de poseer apellido alemán. Se confiscaron todos los aparatos particulares de radio, de tal suerte que los soviéticos hubieron de depender de las noticias que se transmitían «a horas estrictamente determinadas» en fábricas y oficinas. Stalin pasó varios días aferrado a la absurda esperanza de que la invasión pudiese ser fruto de un malentendido, sin duda con el fin de justificarse ante sí mismo. De hecho, existen pruebas fragmentarias de que los agentes del NKVD destinados en países neutrales plantearon —en vano— a sus interlocutores alemanes la posibilidad de reanudar las negociaciones.

Sus fantasías se disiparon el 28 de junio con la caída de Minsk. Stalin, perdido todo su valor, se retiró a la dacha del bosque de Poklónnaia Gorá, a las afueras de Moscú. El 30, cuando fue a visitarlo una delegación del Kremlin encabezada por Anastás Mikoián, los recibió con visible desasosiego y les preguntó en tono huraño: «¿A qué habéis venido?». Todo apunta a que suponía que iba a ser derrocado por los mismos secuaces a los que había traicionado con sus descomunales desaciertos. En lugar de eso, sin embargo, aquellos hombres, acobardados y serviles sin remedio, suplicaron a su caudillo que los guiase. Él, por fin, salió de su ensimismamiento, y el 3 de julio se dirigió al pueblo soviético en un comunicado radiofónico. El emotivo llamamiento con que comenzaba contrastaba de forma notable con el autoritarismo inflexible que caracterizó su gobierno: «¡Camaradas! ¡Hermanos! ¡Combatientes de nuestro ejército y nuestra armada! A vosotros me dirijo, amigos». Habló de «guerra patriótica»; pidió la destrucción preventiva de cuanto se encontrara en el camino del avance alemán y pudiera resultar útil al enemigo, e invocó la guerra de guerrillas al otro lado del frente. Reconociendo de forma implícita la condición de aliado del Reino Unido, declaró sin un ápice de ironía que aquel conflicto formaba parte de «un frente unido de pueblos que defienden la libertad». A continuación, se encargó de dirigir personalmente todo pormenor relativo a la defensa de la Unión Soviética en calidad de presidente de la Stavka, el Comité de Defensa Estatal, el Comisariado del Pueblo para la Defensa y la Comisión de Transporte. El 8 de agosto, además, se erigió en comandante supremo del Ejército Rojo.

Stalin resultaría ser, a la postre, el caudillo más victorioso de toda la guerra, pese a no estar más cualificado que Hitler, Churchill o Roosevelt para dirigir operaciones militares multitudinarias. Dado que ignoraba el concepto de defensa en profundidad, rechazó todo repliegue estratégico, y su insistencia en que había que defender el terreno a muerte, aun en caso de envolvimiento, precipitó la destrucción de sus ejércitos. Tras las primeras batallas, hizo fusilar a miles de oficiales y soldados a los que se juzgó culpables de incompetencia o cobardía, y entre los que se encontraba el mismísimo Dmitri Pávlov, comandante del frente occidental. Respondió con sanciones draconianas a los informes que hablaban de deserciones y rendiciones masivas. La Orden 270 del 16 de agosto de 1941 requería la ejecución de los «perversos desertores» y la detención de sus familias: «Quienes sufran envolvimiento deberán luchar hasta el final… Quienes prefieran rendirse deberán ser destruidos por todos los medios posibles». Los comisarios se encargaron de leer en voz alta aquella directiva en millares de reuniones de soldados.

En el curso de la guerra, se condenó a muerte y se ajustició a 168 000 ciudadanos soviéticos por supuesta cobardía o deserción, y a muchos otros los ejecutaron sin siquiera fingir un juicio sumario. Se cree que, en total, debieron de morir a manos de sus propios mandos unos trescientos mil soldados de las fuerzas de Stalin, cantidad muy similar a la de los combatientes británicos que murieron a manos del enemigo en lo que duró el conflicto. Aun los que escapaban de los campos de prisioneros de guerra y volvían a las líneas soviéticas caían en manos de los del NKVD y eran enviados a Siberia, a batallones disciplinarios, unidades suicidas que adoptaron el carácter de institución pocos meses después y que se darían en proporción de una por ejército —el equivalente a los cuerpos de los Aliados occidentales—. Cuando las tropas avanzadas de Hitler se aproximaron a Moscú, se detuvo en la ciudad a más de cuarenta y siete mil presuntos desertores, y se ejecutó a cientos de personas acusadas de espionaje, deserción o «agitación fascista». Se concedió a los oficiales políticos, fuera cual fuese su graduación, una jurisdicción análoga a la de los comandantes de operación, lo que entorpeció de forma grave la toma de decisiones en el campo de batalla. Stalin quiso dirigir personalmente no sólo los movimientos de cada uno de los ejércitos, sino también los de sus divisiones.

La invasión alemana suscitó una modesta erupción de entusiasmo popular por la madre patria soviética: en las primeras treinta y seis horas se presentaron voluntarios para servir en el ejército unos tres mil quinientos moscovitas, y durante el primer mes lo hicieron siete mil doscientos habitantes de la provincia de Kursk. Sin embargo, fueron muchos los soviéticos que se horrorizaron, sin más, ante la situación de su pueblo. El

NKVD presentó informes de cierto consejero legal de Moscú llamado Izraelit que había dicho que el gobierno «pasó por alto la ofensiva alemana el primer día de la guerra, y eso ha supuesto la destrucción de no pocos aviones y la pérdida de numerosos soldados. El movimiento partisano cuya creación ha pedido Stalin constituye una forma de guerra totalmente ineficaz. ¡Es para desesperarse! Y esperar ayuda del Reino Unido o Estados Unidos es algo descabellado. La Unión Soviética está metida en un buen aprieto, y no parece que haya salida[31]».

El corresponsal Vasili Grossman describió así su encuentro con un grupo de campesinos al otro lado del frente: «Están llorando. Tanto los que van montados a alguna parte como los que siguen al lado de sus cercas se echan a llorar no bien comienzan a hablar, y uno siente el deseo involuntario de unirse a su llanto. ¡Hay tanto dolor!… Una anciana, convencida de que vería a su hijo en la columna que avanzaba entre el polvo, pasó el día allí de pie hasta que cayó la tarde, y entonces se acercó a nosotros diciendo: "Soldados, tomad unos cuantos pepinos. Comed, que estáis en vuestra casa". Otras dicen: "Soldados, tomad leche"; "Soldados, manzanas"; "Soldados, requesón"; "Soldados, por favor, tomad de esto"… Y todas lloran; lloran mientras ven pasar a los hombres[32]». Yevgueni Anúfriev formaba parte del nutrido grupo de mensajeros destinado a llevar las órdenes de reincorporación a los hogares de los miembros de la reserva. «Nos sorprendió —recordaba— que fuesen tantos los destinatarios que trataran de esconderse para no tener que acusar recibo de la citación. En aquel estadio de la guerra no había mucho entusiasmo.»[33]

Los soldados del Ejército Rojo habían sido reclutados a la fuerza en su inmensa mayoría, y no estaban más ansiosos por convertirse en mártires que los británicos o los estadounidenses. Algunos llegaban borrachos a los centros de reclutamiento, después de recorrer a pie la dilatada distancia que los separaba de sus aldeas. Aunque la educación había mejorado mucho desde los tiempos de la revolución, muchos de ellos eran analfabetos. Los que gozaban de una mejor educación entraban a formar parte de las unidades del NKVD, la policía secreta de Lavrenti Beria, que acabó por convertirse en un órgano selecto de seguridad de seiscientos mil integrantes. A los hombres procedentes de Ucrania, Bielorrusia y las repúblicas del Báltico se les consideraba demasiado poco fiables en lo político para destinarlos a servir en la dotación de los carros de combate. Por otra parte, el Ejército Rojo adolecía de una escasez crítica de oficiales y suboficiales competentes a consecuencia de las purgas estalinistas.

Los primeros meses, a los soldados de a pie se les enseñaba, sin más, a marchar —cubiertos los pies con portianki, los pañuelos que hacían las veces de calcetín, por falta de calzado—, a ponerse a cubierto en cualquier

situación, a cavar trincheras y a hacer ejercicios sencillos de instrucción con fusiles de madera. No tenían armas, barracones ni medios de transporte suficientes. Cada hombre aprendía a cuidar de su posesión más preciada: la cuchara, que guardaban en la caña de sus botas. Los veteranos aseveraban estar dispuestos a deshacerse de su escopeta antes que de un bien tan preciado. Sólo los oficiales llevaban reloj. En medio de la desesperación imperante en 1941, se envió al campo de batalla a muchos reclutas una semana o dos después de haber sido alistados. Nikolái Moskvín, comisario de un regimiento, escribió abrumado el 23 de julio: «¿Qué puedo decir a los muchachos? No dejamos de retirarnos. ¿Qué puedo hacer para conseguir su aprobación? ¿Qué? ¿Decirles que el camarada Stalin está con nosotros?; ¿que Napoleón fracasó aquí y que aquí van a encontrar su tumba Hitler y sus generales?»[34].

Moskvín hizo cuanto fue capaz durante la arenga que dio a los de su unidad, aunque al día siguiente no pudo menos de reconocer que había fracasado al saber que trece de ellos habían desertado aquella noche. Gabriel Temkin, refugiado judío, observó a las tropas soviéticas que avanzaban hacia el frente cerca de Bialystok. «[A]lgunos iban en camión, y muchos a pie —escribió—, y llevaban colgados del hombro sus fusiles anticuados. Tenían los uniformes ajados cubiertos de polvo, y en sus rostros abatidos y demacrados de mejillas hundidas no podía verse una sola sonrisa.»[35] Era frecuente que se hirieran a sí mismos. Cuando un corresponsal de guerra trató de halagar a un comandante soviético comentando el aspecto jubiloso que presentaban los pacientes que entraban en los hospitales venidos del campo de batalla, éste le respondió con aire cínico: «Sobre todo los que tienen la lesión en la mano izquierda[36]». Este género de baja se redujo de manera considerable cuando se empezó a fusilar a los sospechosos. Además de las sanciones, la Stavka introdujo el primero de septiembre el único consuelo que jamás iban a recibir sus soldados: los legendarios «cien gramos», conocidos también como «producto 61», es decir, la ración diaria de vodka que se asignaba a cada uno. Si bien éstos resultaron de gran ayuda para mantener la voluntad de resistir de la tropa, lo cierto es que fueron a reforzar la cultura ubicua y autodestructiva creada en el Ejército Rojo en torno a la ebriedad.

Uno de los rasgos decisivos de la respuesta que ofreció la Unión Soviética a la Operación Barbarroja fue la puesta en práctica de la doctrina de movilización total que propuso por vez primera Mijaíl Frunze, brillante ministro de Guerra de Lenin. Michael Howard ha observado que, por grande que fuera la sorpresa que les supuso la invasión de junio de 1941, en el plano estratégico y psicológico los soviéticos llevaban desde 1917 preparándose para acometer una gran guerra contra el capitalismo occidental. Resulta difícil exagerar la magnitud de la evacuación de fábricas importantes y

trabajadores que se emprendió hacia occidente; la fortaleza de quienes la llevaron a término, y la importancia que revistió el que se culminara con éxito. El número de empresas que acabaron por acogerse a esta migración industrial fue de 1523, incluidas 1360 factorías de gran envergadura. Un 15 por 100 aproximado se transfirió al Volga; el 44 por 100, a los Urales; el 21 por 100, a Siberia, y el 20 por 100, al Asia central soviética a bordo de 1,5 millones de vagones ferroviarios. Esta masa de obreros hubo de cambiar su existencia para adaptarse a unas condiciones de atroz privación y trabajar seis días a la semana con una jornada de once horas que, en un primer momento, transcurría al aire libre. No es fácil imaginar a los británicos y los estadounidenses creando y manteniendo cadenas de producción en semejante situación.

Stalin podía afirmar con toda justicia que lo que estaba haciendo posible en aquel momento fabricar los carros de combate y los aviones necesarios para resistir a Hitler había sido el proceso de industrialización que impuso a la Unión Soviética durante la década de 1930, y para la cual sembró la miseria y la muerte entre millones de campesinos desahuciados. Al conceder total prioridad a las industrias pesadas capaces de asumir la producción armamentística había hecho patente su adhesión al concepto de guerra total propuesto por Frunze. Cierto diplomático estadounidense evacuado a la ciudad de Kúibishev, situada a orillas del Volga, quedó estupefacto al encontrarse, un buen día, a escasos kilómetros de allí, en medio de una región industrial extensa y sin identificación alguna que los soviéticos habían bautizado con el sarcástico nombre de Bezimianni («Sin Nombre»). En un aeródromo cercano había cientos de aparatos recién construidos en sus fábricas. El éxodo industrial de 1941 se reveló como uno de los logros más decisivos de la guerra soviética. Las autoridades declararon a todo ciudadano de más de catorce años susceptible de ser movilizado para prestar sus servicios en el sector industrial. Dado que los víveres que recibía la población civil se habían reducido a raciones de hambre, fueron millones quienes necesitaron recurrir a la producción de huertos particulares. Puesto que los medios oficiales habían informado a la nación de que la carne de ardilla poseía más calorías que la de cerdo, quienes lograban hacerse con semejante presa no dudaban en consumirla.

De cualquier modo, sería erróneo idealizar los resultados espectaculares que logró la industria en medio de una hambruna crónica, pues para la producción de un motor de aviación soviético se necesitaba el quíntuplo de horas que para fabricar uno estadounidense. Aun así, todo aquel proceso fue cabal representación de lo que cierto oficial del servicio de información británico llamó «el don de los rusos para la improvisación poco sistemática[37]». Otro de los rasgos que caracterizaron aquella guerra total fue

la deportación en masa de minorías de cuya lealtad se recelaba. Stalin aceptó el derroche de medios vitales de transporte que supuso trasladar, por ejemplo, a los 74 225 «alemanes del Volga» de su modesta república a la remota Kazajistán. A éstos los seguirían más tarde otros desterrados, entre los que destacan, sobre todo, los chechenos y los tártaros de Crimea.

En la región occidental de la Unión Soviética, la bestia de los invasores proseguía su avance y hacía, con él, las delicias de Berlín. Hitler se afanó en planificar hasta el último detalle de su nuevo imperio: decretó la ocupación permanente, regida por tres principios: «Primero, gobernar; segundo, administrar; y tercero, explotar». Toda disensión debía pagarse con la muerte. En una fecha tan temprana como la del 31 de julio, Goering ordenó organizar una «solución definitiva a la cuestión judía en la esfera de influencia alemana en Europa». En consecuencia, las Einsatzgruppen que seguían a las fuerzas de vanguardia de la Wehrmacht acabaron con la vida de decenas de miles de judíos soviéticos allí donde topaban con ellos. La administración nazi comenzó a elaborar planes para trasladar al este a treinta millones de colonos germanos, en tanto que de Ucrania y los estados del Báltico se llevaban al Reich cientos de miles de mujeres jóvenes a fin de hacerlas trabajar de criadas o en granjas. No todas ellas fueron contra su voluntad, pues la destrucción de sus hogares y sus comunidades las había condenado a la indigencia. El 19 de agosto, Goebbels expresó en su diario la sorpresa que le produjo saber que Hitler pensaba que la guerra podía tener un final repentino y no muy lejano: «El Führer cree que quizá llegue el día en que Stalin pida la paz… Le pregunté qué pensaba hacer si ocurría tal cosa, y él me respondió que daría su consentimiento: lo que ocurriese a continuación al bolchevismo no era ya asunto nuestro, pues éste no representa amenaza alguna sin el Ejército Rojo».

Desde la revolución de 1917, el pueblo de la Unión Soviética había soportado los horrores de la guerra civil, el hambre, la opresión, la emigración forzada y la injusticia sumaria. Sin embargo, la Operación Barbarroja superó a todo aquello en la catástrofe humana que fue creando a su paso, y a la postre fue responsable de la muerte de 27 millones de las gentes de Stalin, de las cuales 16 no eran militares. Cierto soldado llamado Vasili Slesarev recibió, por mediación de los guerrilleros, una carta escrita por su hija Mania, de veintisiete años, en su pueblo natal, sito en los aledaños de Smolensk. «Papá —decía—, ha muerto nuestro Valik y lo hemos enterrado… Papá, esos monstruos alemanes nos lo han quemado todo». Habían incendiado la casa de la familia, y Valerii, el hijo de Slesarev, había muerto de pulmonía mientras se escondía de los invasores. «Han matado a muchos —proseguía Mania— de los pueblos de la región, y no hay quien no piense en esas bestias sedientas de sangre a las que ni siquiera podemos llamar humanas, porque no son más que salteadores y bebedores de sangre. ¡Mata al

enemigo, papá!». Por cínico que fuera el rendimiento que dio a misivas como ésta el aparato propagandístico soviético, lo cierto es que reflejaban las circunstancias y los sentimientos que se daban en miles de poblaciones de las vastas extensiones de la Unión Soviética[38].

El sargento Víktor Kónonov escribió a su familia el 30 de noviembre para describir las experiencias vividas tras verse prisionero de los alemanes: «Los fascistas nos llevaron a la retaguardia a pie, y en los seis días que tardamos en llegar no nos dieron ni agua ni pan… Después de aquellos seis días conseguimos escapar. Hemos visto tantas cosas… Los alemanes están robando a los trabajadores de nuestras granjas colectivas, arrebatándoles el pan, las patatas, las ocas, los cerdos, el ganado y hasta los harapos. Hemos visto granjeros ahorcados, cadáveres de partisanos a los que habían torturado antes de pegarles un tiro… No hay arbusto ni ruido que no asuste a los alemanes, ni obrero de granja campesina, por viejo o joven que sea, que no les parezca un guerrillero[39]».

El movimiento partisano, que sostenía la resistencia armada tras las líneas alemanas, comenzó en junio de 1941 y se convertiría en uno de los rasgos más notables de aquella campaña. A finales del mes de septiembre, el NKVD aseguró que había treinta mil guerrilleros activos sólo en Ucrania. Los invasores no tenían modo alguno de garantizar la seguridad de la descomunal extensión de monte que se daba más allá de su retaguardia, y no cabe pensar que aquellas cuadrillas de hombres desesperados, cuya guerra dependía de los alimentos de paisanos muertos de hambre, fuesen considerados héroes por éstos. Uno de sus comisarios, Nikolái Moskvín, escribió: «No es de extrañar que los aldeanos corran a quejarse a los alemanes, ya que dedican buena parte de su tiempo a robarles como si fueran bandidos[40]». En otro momento posterior de la campaña añadiría a esto la siguiente afirmación conmovedora: «Escribo para que sepa la posteridad que los partisanos están soportando padecimientos inhumanos[41]». De la población civil puede decirse otro tanto: la lucha por subsistir en un universo en el que la mayor parte del alimento estaba en manos de los ocupantes empujó a muchas mujeres a vender sus cuerpos a los germanos, y a muchos hombres, a alistarse en las tropas auxiliares de la Wehrmacht —en donde se les conocía como Hiwi—. El número de ciudadanos soviéticos que murieron con uniforme alemán ascendió a doscientos quince mil. Así y todo, las operaciones de los guerrilleros, destinadas a hostigar la retaguardia del invasor y a interrumpir sus comunicaciones, llegaron a revestir en la Unión Soviética una importancia estratégica sólo comparable en el imperio nazi con la que alcanzó en Yugoslavia.

Además, pese a la espectacularidad de las victorias y los avances de Alemania, el Ejército Rojo seguía sin desmoronarse. Si bien es cierto que

muchos de los soldados de Stalin se mostraron dispuestos a rendirse, no lo es menos que otros siguieron en la brecha aun frente a circunstancias desesperadas. En junio sorprendieron a los germanos por el modo como defendieron, durante una semana, el fortín fronterizo de Brest, y, de hecho, el informe de cierta división aseguraba que los atacantes se habían visto obligados a aplastar a «una guarnición arrojada que nos ha costado no poca sangre… Los rusos han luchado con una tozudez excepcional… Han dado muestras de un adiestramiento propio de la infantería más soberbia, y de una voluntad de resistencia espléndida[42]». Los soviéticos contaban con algunos carros pesados de gran calidad, y los generales de Hitler tenían sobrada ocasión de admirarse cuando derrotaban a uno de sus ejércitos y topaban con que había acudido otro a ocupar su lugar. El 8 de julio, el servicio de información alemán informó de que se habían destruido 89 de las 164 unidades que se habían identificado en el frente, y, sin embargo, llegado el 11 de agosto, Halder, desde Berlín, había tenido tiempo de aplacar su euforia: «Cada vez parece más evidente que hemos subestimado al coloso soviético… Creíamos que el enemigo poseía unas doscientas divisiones, y ahora contamos trescientas sesenta. Y aunque no siempre están bien armadas ni pertrechadas y a menudo las acaudillan con poca destreza, no deja de ser cierto que están ahí[43]».

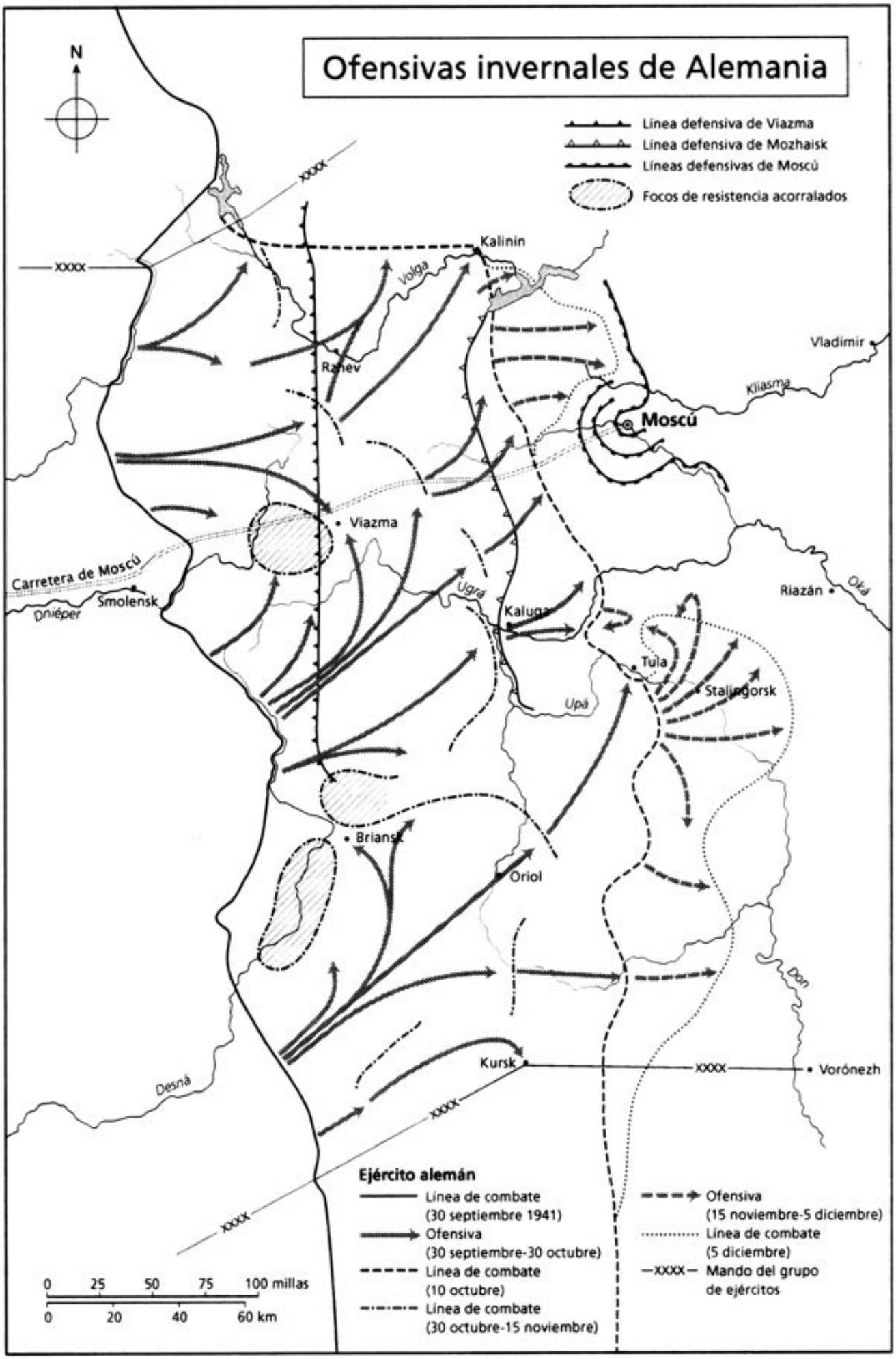
Helmuth von Moltke, miembro de la Abwehr alemana contrario al régimen nazi, se dolía, en una carta remitida a su esposa, de haber cometido, «en lo más hondo de mí», la insensatez de aprobar la invasión: «Creía que la Unión Soviética caería desde dentro, y que entonces podríamos crear en la región un orden de cosas que no representara peligro alguno para nosotros; pero ahora no da la impresión de que vaya a ocurrir nada semejante: los soldados rusos siguen luchando mucho más allá del frente, y los campesinos y los obreros, también. Exactamente igual que en China. Hemos despertado algo terrible que nos va a costar muchas vidas[44]». Una semana más tarde, escribió: «Hay algo que, en cualquier caso, tengo muy claro: entre este día y el primero de abril del año que viene van a morir más personas de un modo miserable entre los Urales y Portugal que en cualquier otro período de la historia de la humanidad. Y la semilla que estamos plantando va a dar sus frutos: si quien siembra vientos recoge tempestades, ¿qué temporal podemos esperar de un viento como éste?»[45].

El desconcierto que cundió entre el pueblo soviético al comienzo de la invasión quedó suplantado en breve por odio al invasor. Un caza de la aviación estalinista regresó a su base con restos humanos adheridos a la rejilla del radiador por haber explotado bajo él un camión alemán que transportaba munición. El comandante de su escuadrilla los recogió y pidió al médico de la unidad que los examinase. «¡Es carne aria!», sentenció él. Un corresponsal de

guerra escribió en su diario: «Todos ríen. Sí: ha llegado una era implacable, férrea[46]».

Hitler cambiaba sin cesar de objetivos. A instancia personal suya, el grupo de ejércitos Centro detuvo en julio su avance a Moscú ante la empeñada resistencia del Ejército Rojo. Esto permitió a las fuerzas alemanas situadas más al norte seguir marchando hacia Leningrado, en tanto que las del sur proseguían a través de Ucrania. En Kiev lograron poner por obra otro envolvimiento espectacular que elevó de nuevo la moral de las victoriosas dotaciones de los Panzer. «[M]e invadió una sensación triunfal increíble», aseveró Hans-Erdmann Schönbeck[47]. Una vez más, caminaron hacia el oeste largas columnas de prisioneros abatidos que, en número de 665 000, serían encerrados en jaulas en las que morir de hambre. En cierta residencia de estudiantes de Oriol, quinientos kilómetros al sur de Moscú, Vasili Grossman y otros corresponsales toparon con un mapa escolar de Europa el 2 de octubre. «Fuimos a mirarlo —recordaba—, y nos aterrorizó ver hasta dónde nos hemos retirado.»[48] Dos días después, describiría en estos términos la escena que ofrecía determinado campo de batalla:

> Yo creía haber visto retiradas, pero jamás he contemplado nada semejante a lo que estoy presenciando ahora. ¡Esto es un éxodo, un éxodo de dimensiones bíblicas! Los vehículos retroceden en ocho columnas, y llega a nosotros el rugir violento producido por las docenas de camiones que tratan de sacar a la vez las ruedas del barro. Al mismo tiempo, atraviesan los campos rebaños colosales de ovejas y vacas, seguidos por una ristra de miles de carretas de caballos cubiertas con arpillera de colores, chapa, hojalata…, y una multitud de gentes a pie cargadas con sacos, fardos y maletas. No es un aluvión, ni tampoco un río, sino el movimiento de un mar que fluye lento… con una anchura de cientos de metros[49].


Ofensivas invernales de Alemania
N
Línea defensiva de Viazma
Línea defensiva de Mozhaisk
Líneas defensivas de Moscú
Focos de resistencia acorralados
Kalinin
Volga
Rzhev
Vladimir
Kliasma
Moscú
Viazma
Carretera de Moscú
Smolensk
Dniéper
Ugra
Kaluga
Riazán
Oka
Tula
Stalingorsk
Upá
Briansk
Oriol
Don
Kursk
Vorónezh
Desná
XXXX
Ejército alemán
Línea de combate (30 septiembre 1941)
Ofensiva (30 septiembre-30 octubre)
Línea de combate (10 octubre)
Línea de combate (30 octubre-15 noviembre)
Ofensiva (15 noviembre-5 diciembre)
Línea de combate (5 diciembre)
Mando del grupo de ejércitos
0 25 50 75 100 millas
0 20 40 60 km

Semejante desbandada fue consecuencia del éxito de la embestida meridional de los alemanes, quienes, más al norte, estaban poniendo sitio a Leningrado. La moral soviética estaba tocando fondo, y la organización y el liderazgo adolecían de una debilidad terrible. Las operaciones se veían obstaculizadas sin remedio por la escasez de radios y enlaces telefónicos. El Ejército Rojo había perdido poco menos de tres miñones de hombres —a razón de 44 000 diarios—, muchos de ellos durante los grandes envolvimientos de Kiev y Viazma. Si Stalin había empezado la guerra con casi cinco millones de soldados, a la sazón su número había quedado reducido, de forma temporal, a 2,3 millones. Llegado el mes de octubre, vivían en territorio ocupado por Alemania noventa millones de personas —el 45 por 100 de la población que poseía la Unión Soviética antes del conflicto—, y habían quedado en manos del enemigo dos terceras partes de las fábricas.

Los observadores extranjeros residentes en Moscú, y en particular los británicos, tenían por inevitable la derrota y no albergaban más pretensión que la de predecir lo que duraría la resistencia residual. Sin embargo, los soldados de Stalin seguían luchando con perseverancia, famélicos y sin munición. En ocasiones avanzaban sin armas y debían arrebatárselas a los caídos. Escaseaban hasta los cócteles Molótov, los más primitivos de todos los artefactos anticarro, si bien las trabajadoras de las fábricas no tardaron en producir ciento veinte mil diarios. Los soviéticos sufrían veinte bajas por cada una de las alemanas, y perdían seis tanques por cada Panzer. En octubre habían sufrido más daños aún que durante el verano, y el número de divisiones desaparecidas ascendía a 64. Sin embargo, las que sobrevivieron se aferraban con fuerza a sus posiciones. En el frente meridional, en donde se hallaba el XXXVII.º ejército, el capitán Kozlov, comandante judío de un batallón motorizado de fusileros soviéticos, hizo saber a Vasili Grossman: «Me he dicho que, pase lo que pase, me van a matar hoy o mañana, y una vez que me he dado cuenta de este hecho, me está resultando facilísimo vivir; sencillo y hasta de una pureza cristalina. Voy sin miedo al campo de batalla, porque no tengo expectativas[50]». Puede ser que hasta estuviese diciendo la verdad.

Si la Unión Soviética se libró de la derrota absoluta fue, sobre todo, por la magnitud del país y de sus ejércitos. Aunque los alemanes tomaron grandes extensiones de terreno, fueron mayores aún las que no invadieron. El frente inicial de mil quinientos kilómetros se había ampliado a dos mil trescientos cuando los atacantes alcanzaron la línea que corría de Leningrado a Odesa. Destruyeron cientos de divisiones soviéticas, y sin embargo, siempre aparecían más. Los del Kremlin observaban con espanto la facilidad con que se rendían sus unidades y se adherían a los alemanes sus súbditos —y en particular los de Ucrania y las repúblicas del Báltico—. No obstante, la

inflexibilidad casi animal de algunos soldados, que antes había sorprendido a los invasores, había empezado ya a alarmarlos: cada soviético muerto costaba a la Wehrmacht fuerza, munición y un tiempo precioso. Si a los combatientes jóvenes les resultaba embriagador hacer avanzar sus carros de combate a gran velocidad a través de cientos de kilómetros de territorio enemigo, lo cierto es que la maquinaria se hallaba sometida a una presión incesante, y a medida que se cansaban los soldados de Hitler, se extenuaban también sus vehículos: se desgastaban y rompían las orugas, los cables, las ballestas… Muchas unidades alemanas habían sufrido una merma considerable en su número: en otoño, la IV.ª división blindada había quedado con treinta y ocho Panzer, y la X.ª, con apenas sesenta. El oficial al mando de la XVIIIª escribió acerca de la necesidad de reducir las pérdidas «si no queremos morir de éxito[51]»..

Llegado el mes de septiembre, Moscú se hallaba a una distancia muy tentadora; pero si los contraataques soviéticos resultaban toscos, tal como ocurrió en Smolensk entre el 30 de agosto y el 8 de septiembre, no habían dejado de ser persistentes hasta extremos asombrosos. Entre junio de 1941 y mayo de 1944, Alemania hubo de afrontar una media mensual de sesenta mil muertos en el este, lo cual no dejaba de ser una cantidad espeluznante porque las pérdidas del enemigo fuesen mucho mayores. Uno de sus componentes más emblemáticos fue el teniente Walter Rubarth, muerto el 26 de octubre mientras luchaba por el dominio de la carretera de Minsk a Moscú. Él había sido quien, diecisiete meses antes, en calidad de sargento, había dirigido el paso alemán del Mosa. La carcoma de la aprensión empezaba a consumir a sus camaradas. «Tal vez eso de que el enemigo está acabado y no va a volver a alzar cabeza no sean más que habladurías —escribió Hans Jürgen Hartmann—. No puedo evitar preguntármelo: estoy totalmente desconcertado. ¿De verdad va a acabar la guerra antes de que llegue el invierno?».

La confianza de Hitler, sin embargo, seguía intacta: sus ejércitos habían puesto cerco a Leningrado, y puesto que también habían vencido en Ucrania, podía considerar a salvo sus flancos y proseguir la embestida hacia Moscú. En un comunicado del 2 de octubre, describió dicho avance como «la última batalla decisiva a gran escala de este año», destinada a «hacer añicos la Unión Soviética». Helmuth von Moltke, integrante de la Abwehr, escribió: «Si no lo conseguimos este mes, no lo vamos conseguir nunca[52]». Sin embargo, el año estaba demasiado avanzado, y si Alemania había ganado terreno en todos los frentes había sido a costa de dar tiempo a los soviéticos de reforzar la línea dispuesta ante Moscú. Zhúkov, el militar más capaz de Stalin, se había visto

desposeído del puesto de jefe del estado mayor general el 29 de julio por insistir en la necesidad de evacuar Kiev. De ahí había pasado a capitanear el frente de reserva, función en la que no había tardado en hacerse indispensable, amén de merecedor de no poca gloria en cuanto organizador de la defensa de Leningrado. En aquel momento, el dirigente soviético volvió a recurrir a él para que asumiera la salvación de la capital.

En la Operación Tifón, el asalto «definitivo» a Moscú, participaron seis ejércitos alemanes —1,9 millones de combatientes, 14 000 cañones, un millar de carros de combate y 1390 aviones—. Como de costumbre, avanzaron con fuerza e infligieron grandes pérdidas a los soviéticos: ocho ejércitos de éstos sufrieron el embate, y si fueron muchas las unidades deshechas, mayor aún fue el número de las que quedaron aisladas. El comandante Iván Shabalin, oficial político que luchaba por sacar a un grupo nutrido de rezagados de la bolsa en que se había visto envuelto, escribió en su diario el 13 de octubre, pocos días antes de encontrar la muerte: «Hace frío y hay mucha humedad, y nos estamos moviendo con una lentitud terrible por haber quedado nuestros vehículos atascados en el barro de las carreteras… Ha habido que abandonar más de cincuenta automóviles en aquel lodazal, y otros tantos, más o menos, en un campo cercano. A las 6.00, los alemanes rompieron el fuego sobre nosotros con un bombardeo continuo de cañones, morteros y ametralladoras pesadas, y han estado así todo el día… Me resulta imposible recordar la última vez que dormí como está mandado[53]». El 15 de octubre, Karl Fuchs, artillero de un carro de combate, señaló con júbilo: «En adelante, la resistencia que puedan ofrecer los rusos va a ser insignificante: lo único que tenemos que hacer es seguir avanzando… Nos hemos guiado por el deber de luchar por liberar al mundo de la llaga del comunismo. Algún día, dentro de muchos años, el planeta entero agradecerá a los alemanes y a nuestro amado Führer las victorias que hemos logrado aquí[54]».

Aun así, el lodo del que se quejaba Iván Shabalin había empezado a resultar más peligroso para el avance de los alemanes que para los que trataban de impedirlo. Aunque las lluvias otoñales formaban parte del ciclo natural de Rusia, las que comenzaron el 8 de octubre de 1941 sorprendieron a los generales de la imparable Wehrmacht, entre los que, además, no faltaba quien hubiese combatido en la región entre 1914 y 1917. Ninguno de ellos fue capaz de prever el impacto que tendría el clima sobre la movilidad de sus fuerzas en una nación extensa en la que las carreteras eran escasas y de poca calidad. De súbito, las veloces fuerzas blindadas de vanguardia hubieron de detenerse al quedar sus orugas atascadas en el lodazal. El sistema de abastecimiento alemán no pudo soportar la tensión que suponía el traslado de víveres y munición a lo largo de cientos de kilómetros bajo unas condiciones atmosféricas que no dejaban de empeorar.

Stalin habían empezado a servirse de refuerzos venidos de sus regiones orientales después de que Richard Sorge, su agente en Tokio, lo convenciera de que los japoneses no tenían intención de atacar Siberia. Las lluvias arreciaron, y el frío no tardó en hacer estragos. «Desde ayer no ha dejado de caer nieve y aguanieve —se lamentaba Ernst Tewes, capellán castrense alemán—. Los hombres están padeciendo mucho, pues los vehículos no están bien cubiertos y aún no han llegado las prendas de invierno. Estamos esforzándonos por avanzar por carreteras terribles». El soldado Heinrich Haape se quejaba de las dificultades que entrañaba el mantener en movimiento los carros de intendencia: «Los soldados tiraban y empujaban, y los caballos sudaban por el esfuerzo. De cuando en cuando, teníamos que tomar un descanso breve, de apenas diez minutos, para reponernos de aquel agotamiento. Acto seguido, volvíamos a los vehículos y metíamos las piernas hasta las rodillas en aquel barro negro dispuestos a hacer cualquier cosa por que girasen las ruedas[55]».

Casi todos cuantos participaron en los combates de aquellos días hubieron de soportar experiencias extraordinarias con independencia del lado en que se hallasen. Nikolái Redkin, soldado de infantería de treinta y cinco años, escribió a su esposa el 23 de octubre: «¡Hola, Zoia! Me he librado de la muerte por los pelos en la última batalla. Tenía una posibilidad entre cien de sobrevivir, y lo he conseguido… Imagínate a un grupo de soldados rodeados por todas partes por tanques enemigos y obligados a moverse en la margen de un río de apenas setenta metros de ancho. Sólo había un modo de salir de allí con vida: arrojarse al agua. Yo lo hice, y me puse a nadar, pero como la artillería del enemigo seguía batiendo con fuerza la otra orilla, tuve que pasarme tres horas metido en aquella corriente helada por los fríos del otoño, entumecido por completo. Al caer la tarde, los carros alemanes se retiraron y pudieron rescatarme los trabajadores de una granja colectiva, que me calentaron y cuidaron. He tardado diez días en volver de la retaguardia enemiga a nuestras líneas, pero ya estoy de nuevo con mi unidad y puedo regresar al campo de batalla. Ahora vamos a descansar un poco y, luego, otra vez a luchar. Que nos aspen si no hacemos que los alemanes se den un baño como el que nos hemos dado nosotros. Vamos a ahogarlos en la nieve[56]». Aunque su deseo se cumpliría a la postre, él no vivió para verlo: lo mataron trece meses después, cerca de Smolensk.

El ejército alemán se tambaleaba. El cirujano Peter Bamm escribió: «La rueda trasera de uno de los vehículos tirados por caballos que forman parte de la columna kilométrica se hunde en el profundo cráter que ha dejado un proyectil y que ha quedado oculto bajo un charco de agua. La rueda se parte, y la lanza sale disparada hacia arriba. Las bestias al verse impulsadas, se espantan y cocean. Se parte uno de los tirantes. El vehículo de atrás trata de

adelantarlo por la izquierda, pero las rodadas son demasiado hondas para que pueda maniobrar. La rueda trasera derecha del segundo carro queda trabada con la trasera izquierda del primero. Los caballos se encabritan y reparten coces a diestro y siniestro. No hay modo alguno de avanzar ni retroceder. Un camión de munición que vuelve vacío del frente trata de sortear semejante maraña. Poco a poco, se va hundiendo en la cuneta hasta quedar atascado. Todo el mundo se ve afectado por una ira imposible de dominar. Todos se gritan. Sudando, renegando y salpicados de barro, arremeten contra los caballos, que también sudorosos, temblorosos y manchados de lodo, han empezado a echar espumarajos… Escenas así se repiten cien veces al día[57]».

El 30 de octubre, el coronel general Erich Hoepner, al mando de una unidad blindada, escribió con desesperación: «Las carreteras se han transformado en lodazales; todo se ha detenido. Nuestros carros de combate han dejado de moverse. No hay modo de que se nos suministre combustible, y las lluvias torrenciales y la niebla hacen imposible a los aviones lanzarnos provisiones». Poco después añadía: «Dios mío, concédenos catorce días de helada, ¡y sitiaremos Moscú!»[58]. No tardó en ver cumplido su deseo, y durante mucho más de dos semanas; pero la bajada de las temperaturas por debajo de los cero grados no ayudó mucho a la Wehrmacht, y sí a su enemigo. El lubricante que empleaban los alemanes para vehículos y armas se congeló, y a ellos mismos les ocurriría pronto otro tanto. Los soviéticos, sin embargo, estaban ya bien pertrechados para seguir luchando.

La segunda semana del mes de octubre de 1941 se consideraría, más tarde, el período decisivo de aquel aprieto. Zhúkov recibió orden de apersonarse en el Kremlin. Stalin, aquejado de gripe, se hallaba ante un mapa del frente, lamentándose amargamente por la falta de información fiable. El general se dirigió a la línea defensiva de Mozhaisk, en donde tuvo ocasión de horrorizarse al ver los enormes huecos que se abrían en el frente, a merced del ataque alemán. «En esencia —aseguraría más tarde—, estaban expeditos todos los accesos a Moscú. Era imposible que nuestras fuerzas detuviesen al enemigo.»[59] Zhúkov telefoneó a Stalin para ponerlo al corriente, y reconoció que, si los alemanes atacaban con todas sus fuerzas, la capital estaba perdida. Buena parte de la administración burocrática del gobierno estalinista fue evacuada, junto con las misiones diplomáticas, de Moscú a Kúibishev, ochocientos kilómetros más al este, a orillas del Volga. Beria llevó a cabo una serie frenética de fusilamientos de «elementos disidentes» en las prisiones del organismo que dirigía. Entre los 157 ajusticiados del 3 de octubre se incluían varias mujeres: Olga Kámeneva, hermana de Trotski y viuda de Lev Kámenev, destacada víctima de las purgas; una antigua comandante del aire de treinta y un años, llamada María Nesterenko y Alexandra Fibij-Savencho,

de cuarenta años, esposa de un oficial superior de artillería. Las instalaciones principales de la capital estaban listas para ser demolidas. Un cuarto de millón de personas, mujeres en su mayoría, se puso a cavar zanjas anticarro en las afueras. El pánico llevó a la población a saquear los comercios de toda la ciudad. Beria tuvo a bien hacer una visita a la seguridad que ofrecían las tierras del Cáucaso.

El propio dictador estuvo a punto de abandonar la capital, aunque la noche del 18 de octubre, cambió de pronto de parecer y se quedó. Desde su despacho, trasladado de forma temporal al cuartel general de la defensa aérea, sito en la calle Kírov, declaró Moscú una plaza fuerte. Se volvió a imponer el orden en su interior mediante el toque de queda y la amenaza de las sanciones brutales de costumbre. El 7 de noviembre se alcanzó una brillante victoria propagandística al hacer volver a las tropas que iban camino del frente con la intención de que participasen en el desfile con que se conmemoraba tradicionalmente el aniversario de la revolución bolchevique. Aquella noche cayó la primera nevada recia del año. Los alemanes, cuyas operaciones habían quedado por demás perjudicadas por las condiciones meteorológicas, carecían del número suficiente de efectivos para hacer el avance final. Languidecían en los aledaños de la capital, viendo aumentar con rapidez sus privaciones. Halder y Von Bock insistieron en que se efectuara una nueva acometida, gracias a la cual se logró ganar más terreno. Las unidades avanzadas ocuparon algunas de las estaciones periféricas del tranvía, en tanto que los aviones y la artillería bombardeaban la ciudad.

Algunos soviéticos se sintieron de veras conmovidos por el llamamiento que hizo Stalin a la adopción de medidas desesperadas con las que hacer frente a circunstancias desesperadas. Así, el operario de una fábrica de plásticos aseveraría: «Nuestro dirigente no ha callado que nuestras tropas han tenido que retirarse; no ha ocultado las dificultades que va a tener que afrontar su pueblo. Después de este discurso, quiero trabajar aún con más ahínco; sus palabras me han puesto en pie de guerra, y estoy dispuesto a ayudar en esta gran hazaña[60]». Con todo, tampoco faltaban escépticos: sería un error exagerar la unidad y la confianza en sí misma que poseía la Unión Soviética en 1941. Tal como lo expresó cierto ingeniero moscovita: «toda esa palabrería acerca de movilizar al pueblo y organizar la defensa civil no hace más que poner de relieve que la situación que se da en el frente es del todo desesperada. Está claro que los alemanes van a tomar Moscú de un momento a otro y se va a desplomar el poderío soviético». Su pesimismo era idéntico al que había afligido a muchos británicos bien informados en 1940. «Fusiladme si queréis —decía, más al sur, una mujer de la provincia de Kursk—; pero yo no voy a ponerme a cavar trincheras. Los únicos que las necesitan son los comunistas y los judíos. ¡Que se las hagan ellos solitos! Vuestro poder se está

yendo al garete, y nosotros no vamos a sacaros del atolladero.»[61]

Sin embargo, en medio de tan renuentes camaradas hubo un número apenas suficiente de patriotas y luchadores que defendió el frente hasta que, a finales de noviembre, se agotó el avance alemán. «El mismísimo Führer se ha puesto al mando —escribió Kurt Grumann—, pero los nuestros siguen deambulando como si estuviesen condenados. Dan paletadas al suelo helado, pero ni siquiera los golpes más fuertes logran arrancar la tierra suficiente para llenarse las uñas. Día a día sentimos que se nos van las fuerzas.»[62] Por su parte, Eduard Wagner, general de intendencia, afirmó: «Hemos llegado al límite de nuestras fuerzas humanas y materiales». La falta de combustible era tan extrema que la armada se encontraba punto menos que inmovilizada. La intendencia germana se afanaba por mantener abastecidas a las tropas avanzadas, situadas ya unos quinientos kilómetros más allá de los depósitos de vanguardia de Smolensk. Entre la oficialidad alemana circulaba un chascarrillo funesto: «La campaña oriental se ha prolongado un mes más debido a un gran triunfo[63]».

El 28 de noviembre se convocó en Berlín un encuentro de industriales presidido por el ministro de Armamento, Fritz Todt. La conclusión fue devastadora: la guerra contra la Unión Soviética había dejado de ser susceptible de culminarse con buen éxito. Alemania, incapaz de lograr una victoria rápida, había quedado sin los recursos necesarios para imponerse en una lucha prolongada. Al día siguiente, Todt mantuvo, junto con Walter Rohland, responsable de la producción de carros de combate, una reunión con Hitler. El segundo sostuvo que, cuando Estados Unidos se uniera al conflicto, sería imposible igualar el poderío industrial de los Aliados. Todt, pese al entusiasmo con que abrazaba la causa nazi, hubo de reconocer:

—Ya no es posible ganar esta guerra con medios militares.

—¿Y cómo voy a acabarla entonces? —quiso saber el Führer.

El otro le respondió que la única salida viable era de carácter político, pero Hitler rechazó semejante conclusión y prefirió, por el contrario, persuadirse de que la inminente adhesión de Japón al Eje estaba llamada a inclinar la balanza en favor de Alemania. Sin embargo, el diario del jefe del estado mayor de su ejército, Franz Halder, recoge otro comentario de noviembre por el que el Führer admitía la imposibilidad de una victoria absoluta. Durante el resto de la guerra, los responsables de planificación económica e industrial de su nación se vieron obligados a conjugar el cometido de producir alimentos y armas con la conciencia de que ya no había salida estratégica alguna para su causa. En diciembre de 1941 redactaron un documento titulado «Requisitos para la victoria», en el que concluían que el Reich iba a tener que invertir el equivalente a 150 000 millones de dólares en la fabricación de armamento en los dos años siguientes. Sin embargo, tamaña suma superaba la que había

destinado Alemania a tal fin durante todo el conflicto. Por sobresaliente que pudiera ser la destreza de la Wehrmacht, la nación carecía de los medios necesarios para ganar, y apenas podía aspirar a obligar a parlamentar a sus enemigos.

Con todo, aún habrían de transcurrir muchos meses para que los Aliados advirtieran que habían mudado las tornas. En 1942, el Eje aún habría de lograr triunfos espectaculares, y, sin embargo, la realidad histórica crucial es que los altos funcionarios del Tercer Reich repararon en considerar, ya en diciembre de 1941, en la imposibilidad de obtener la victoria militar al seguir invicta la Unión Soviética. Aunque hubo quien se aferró a la esperanza de que Alemania negociase una paz aceptable, todos, incluido tal vez el mismísimo Hitler, en lo más recóndito de su conciencia, sabían que había pasado el momento decisivo. El general Alfred Jodl, el asesor militar más cercano y leal al Führer, afirmaría en 1945 que, durante el mes de diciembre de 1941, su señor entendió que «ya era imposible alcanzar la victoria». Tal cosa no quiere decir, claro está, que se resignase a ver derrotada Alemania, sino más bien a que habría de sostener una guerra prolongada destinada a poner de relieve, a la postre, las divisiones fundamentales que existían entre la Unión Soviética y los estados democráticos de Occidente. Aspiraba a conducirse en el campo de batalla con destreza suficiente para obligar al enemigo a aceptar unas condiciones aceptables, y a esta esperanza se asió con fuerza hasta abril de 1945. Lo cierto es que, habida cuenta del miedo malsano y persistente que albergaban tanto las potencias occidentales como los estalinistas respecto a la posibilidad de que la otra parte de su alianza tratase de negociar la paz por separado con Hitler, la presunción de éste no fue tan descabellada como podría parecemos hoy. En realidad, sólo con el tiempo se hizo evidente que aquel conflicto estaba destinado a lucharse hasta el final, y que si bien iba a producirse en efecto la ruptura entre Occidente y la Unión Soviética que preveía el Führer, cuando ocurriera sería ya demasiado tarde para propiciar la salvación del Tercer Reich.

7

Salvada Moscú, Leningrado se muere de hambre

Quienes participaron en la guerra entendieron que el momento crucial se produjo en las postrimerías de 1942, cuando los japoneses vieron detenidos sus avances en el Pacífico y decayeron los alemanes en Stalingrado y en el norte de África. Antes de esto, las naciones aliadas hubieron de soportar un aluvión casi incesante de noticias aciagas que apenas menguó con la entrada de Estados Unidos en el conflicto. Konstantín Rokossovski, el más elegante de los generales de Stalin, a tiempo que uno de los más formidables, se hallaba al mando del VI.º ejército, situado al norte de Moscú. A mediados de noviembre, aseveró a un periodista: «Los alemanes van a empezar a perder fuerzas de un momento a otro, y llegará un día en que seremos nosotros quienes alcancen Berlín[1]». Con el tiempo, sus palabras se volverían proféticas, siendo así que en aquellos instantes no había muchos en todo el planeta que fueran conscientes de la gravedad de la situación en que se encontraban las fuerzas de la Wehrmacht combatientes en la Unión Soviética, ni del hecho de que algunos de los consejeros más allegados a Hitler considerasen ya perdida su apuesta por la dominación mundial.

Si bien las fuerzas alemanas seguían avanzando al norte y al sur de Moscú, verdad es que habían empezado a perder su ímpetu. El 17 de noviembre, una división de la Wehrmacht se desmoronó y se dio a la huida ante el ataque protagonizado por los carros T-34 que acababan de estrenar los soviéticos, quienes, además, estaban enviando ejércitos de refresco al campo de batalla, en tanto que los invasores seguían perdiendo vehículos blindados,

combustible, soldados y fe. «Conque nos acercamos, paso a paso, a nuestro objetivo final: Moscú —escribió un oficial joven de la SS—. Hace un frío terrible… Para arrancar los motores, tenemos que calentarlos encendiendo hogueras bajo el cárter. El combustible está medio congelado; el aceite, espeso, y no tenemos anticongelante… Nuestras fuerzas, limitadas, no dejan de disminuir por la exposición continua al frío… Las armas automáticas… suelen dejar de funcionar cuando se atascan los obturadores.»[2] Los escupitajos lanzados a tierra se helaban antes de llegar a ella. En un solo regimiento se dieron 315 casos de congelación, y el 3 de diciembre, Hoepner, al mando del IV.º grupo blindado, informó de lo siguiente: «El cuerpo ha perdido todo su potencial ofensivo. Razones: fatiga física y moral, pérdida de un gran número de comandantes, equipo inadecuado para el invierno… El alto mando debería pronunciarse respecto de la conveniencia de emprender la retirada».

Los alemanes volvían a lanzarse una y otra vez contra las posiciones de los soviéticos, y una y otra vez los rechazaban éstos. Gueorgui Osadchinski fue testigo de la confusión en que se sumió un grupo de carros de combate alemanes y la infantería que los acompañaba al llegar a un terraplén ferroviario que fueron incapaces de sortear y verse, de pronto, bajo los fuegos de los cañones enemigos. Los vehículos fueron incendiándose uno tras otro, y los supervivientes se dieron a la fuga. El soviético contempló a un soldado alemán agitarse en medio de la nieve a cuatro patas, y a sus compañeros correr sin mucha más gracia hacia sus propias líneas. «De nuestras filas se apoderó una sensación de alivio y alegría —escribió— cuando comprobamos que los alemanes no eran, en el fondo, tan terribles, y que era posible vencerlos.»[3] El Ejército Rojo seguía empleando tácticas muy poco eficaces, fundadas en acometidas frontales emprendidas por petición personal de Stalin. Una de ellas, lanzada contra el flanco del IX.º ejército alemán, provocó la muerte de dos mil hombres y monturas de una división de caballería. El mando estratégico también dejaba mucho que desear, y los soldados estaban mal adiestrados. Rokossovski no pudo menos de protestar ante la insistencia con que se aferraba Zhúkov a la negativa a retirarse impuesta por el Kremlin. La sangre de sus hombres se extendía sobre la nieve de un modo inimaginable.

Los jefes militares alemanes seguían subestimando a su oponente. Cierto informe de su alto mando, con fecha del 4 de diciembre, llegaba a la conclusión de que, «en este momento, el enemigo situado ante el grupo de ejércitos Centro no está en condiciones de efectuar una contraofensiva sin un número significativo de refuerzos». Ni siquiera su servicio de información tenía la menor idea de que Zhúkov había recibido nueve ejércitos de refresco —37 divisiones— ni de que se habían creado más unidades montadas capaces

de moverse sobre la nieve por zonas inaccesibles a los vehículos de motor. Los invasores se hallaban a cuarenta kilómetros del Kremlin solamente, y a sus tropas avanzadas apenas los separaban quince de las afueras de la capital. Sin embargo, después de sufrir doscientas mil muertes desde el comienzo de la Operación Tifón, podían considerar quemado su último cartucho.

El 5 de diciembre, el Ejército Rojo acometió un ataque multitudinario que cogió a los alemanes helados, de forma casi literal, en sus puestos. La Stavka había esperado a recibir la ayuda del que se había conocido de siempre en Rusia como «el general Invierno». El termómetro descendió casi hasta los treinta grados bajo cero, e hizo que se congelara el lubricante de las armas y los carros germanos, inconveniencia que, sin embargo, no afectó a los soviéticos. El motor de arranque del T-34, por ejemplo, funcionaba con aire comprimido y era, por tanto, inmune a las heladas. Albrecht Linsen, soldado de infantería, refería aturdido la respuesta que dio su unidad al ataque soviético: «La tropa se alejaba corriendo en medio de un temporal de nieve, dispersándose en todas direcciones como una manada en estampida. Algunos vacilaban, y otros huían ciegamente. Ante aquella masa desesperada se plantó de pie, solo, un oficial, y tras gesticular y hacer ademán de sacar la pistola, acabó por dejarla pasar sin más. El comandante de nuestro pelotón ni siquiera intentó detenernos. Yo me había detenido a preguntarme qué hacer cuando sonó a mi lado una explosión y caí al suelo con un dolor penetrante en el muslo derecho… Pensé: "Voy a morir aquí, con veintiún años y en medio de la nieve caída ante Moscú[4]"».

La ofensiva del Ejército Rojo arremetió contra los dos salientes alemanes que habían quedado desprotegidos al norte y al sur de Moscú para después seguir avanzando hacia el oeste. Lo impensable se trocó en realidad: la Wehrmacht, hasta entonces invencible, comenzaba a retirarse. «Cada vez que dejamos atrás un pueblo, le prendemos fuego —escribió Gustav Schrodek, teniente de una unidad acorazada—. Se trata de una forma muy primitiva de defensa propia que nos ha hecho merecedores del odio de los rusos. Aun así, la funesta lógica militar que subyace bajo ella es sencilla: negar al enemigo que nos persigue un lugar en el que refugiarse de este frío terrible.»[5] El teniente Kurt Grumann escribió desde un puesto de socorro: «Hoy ya han traído a ochenta hombres, y la mitad de ellos tiene congelación de segundo y de tercer grado. Traen las piernas hinchadas y cubiertas de ampollas, transformadas en una masa informe más que en extremidades. También se han dado casos de gangrena. Y todo esto ¿para qué?». «El fantasma de la Grande Armée napoleónica se cierne de forma aún más patente sobre nosotros como un espíritu maligno», observó el artillero Josef Deck[6].

El ejército alemán pasó diez días retrocediendo tambaleante a través de un desierto blanco salpicado de cadáveres amontonados y los esqueletos

ennegrecidos de los vehículos abandonados. La mayor parte de los generales alemanes era partidaria de una retirada a gran escala; pero Hitler, con una obstinación comparable a la de Stalin, exigió oponer una «resistencia fanática» al enemigo. El general Walther Model, acérrimo defensor de la causa nazi, acometió la hercúlea labor de estabilizar el frente. El dirigente soviético, haciendo caso omiso de la insistencia con que le instaba Zhúkov a lo contrario, se empecinó en ampliar las operaciones, y así, el 5 de enero ordenó emprender una contraofensiva a todo lo largo de la línea de combate. Siguiendo, una vez más, el ejemplo del Führer, desdeñó la oportunidad que se le presentaba de concentrar sus fuerzas contra el punto débil del frente germano y despilfarró así la posibilidad de obtener una gran victoria. Más tarde, Rokossovski presentaría un despectivo catálogo de los errores cometidos y las ocasiones desaprovechadas. Los alemanes seguían resistiendo con fiereza, abatiendo a sus atacantes por decenas de miles. Las reservas soviéticas no tardaron en agotarse, y su avance perdió todo empuje. Aun así, pese a que Model recobró parte del terreno perdido y Zhúkov vio frustradas sus esperanzas de envolver al grupo de ejércitos Centro, la cruda realidad no cambió un ápice: los invasores habían tenido que retroceder entre cien y doscientos cincuenta kilómetros, y los soviéticos, en consecuencia, seguían en posesión de la capital.

Por echada que hubiese quedado ya la suerte de Moscú, más al oeste se estaba produciendo un drama paralelo, de magnitud semejante y caracterizado por un sufrimiento humano aún mayor. Durante el otoño de 1941, las fuerzas del Eje procedentes del noroeste y el sur cercaron la antigua capital de Rusia, que hacía más de tres lustros que había mudado su nombre por el de Leningrado. La Operación Barbarroja brindó a los finlandeses la oportunidad de vengar su derrota de 1940, y, en consecuencia, su ejército, pertrechado por Hitler, se unió al asalto a la Unión Soviética en junio de 1941. Las fuerzas alemanas marcharon desde el norte de Noruega para tomar posiciones a cincuenta kilómetros de Múrmansk. Aunque los fineses no mostraron un entusiasmo excesivo por avanzar mucho más allá de la frontera que poseían en 1939, su ayuda permitió a la Wehrmacht acabar de circunvalar Leningrado. El sitio de la San Petersburgo de los zares, ciudad de elegantes avenidas, palacios barrocos y muelles costeros, se convirtió en una epopeya que se prolongaría más de dos años. Adquirió carácter único por los terrores vividos en su transcurso, y costó a sus defensores y sus moradores un número de vidas mayor que el que perdieron británicos y estadounidenses en toda la guerra.

Antes del comienzo de la batalla, los mandos soviéticos habían previsto ya

un asalto directo. Por consiguiente, decenas de miles de paisanos crearon obras defensivas bajo los proyectiles que mandaba contra ellos la artillería enemiga «de manera metódica y precisa», al decir de uno de los veteranos. «Nuestros soldados salían a la carrera de sus refugios subterráneos para agarrar a los más pequeños y a las mujeres y sacarlos de la carretera para apartarlos de la línea de fuego… Tras la caída de una bomba incendiaria, una manada de vacas, asustada al ver arder el asfalto, salió en tropel formando una colosal nube de polvo y se metió de cabeza en un campo de minas.»[7] A algunos niños los evacuaron, ya a deshora, de la ciudad… para ponerlos en el camino de las tropas germanas que avanzaban hacia ella: más de dos millares murieron durante un ataque de la Luftwaffe mientras viajaban en un tren de fugitivos a su paso por Lichkovo.

La defensa de Leningrado fue responsabilidad de Kliment Voroshílov, general entrado en años cuyo único mérito consistía en la lealtad guardada a su dirigente, y que, amén de despreciar a los soldados profesionales, lo ignoraba todo acerca de la ciencia militar. Cuando Moscú envió un nutrido convoy de alimentos a la ciudad, decidió que reconocer la necesidad de tal cargamento era dar muestras de derrotismo, y, en consecuencia, le buscó otro destino y se dedicó a emprender contra los sitiadores incursiones improvisadas que no produjeron otra cosa que muertes. El teniente Yushkévich expresó su desesperación en la última entrada que escribió en su diario antes de acabar sus días: «Nuestros soldados no han recibido más armas que fusiles viejos, y disponemos de un número ridículo de ametralladoras. Tampoco tenemos granadas, ¡ni médicos! Más que una unidad militar, somos simplemente carne de cañón». Sus hombres se veían «hostigados como animales por el monte… En todas partes se oyen disparos y se ven Panzer[8]».

El sitio de Leningrado comenzó formalmente el 8 de septiembre, fecha en que quedó ceñida por completo la plaza. Al día siguiente, Stalin envió a Zhúkov a sustituir a Voroshílov. Su inesperada aparición en un avión ligero provocó una situación un tanto absurda: los guardias apostados ante el cuartel general de la defensa de la ciudad, alojado al lado del Instituto Smolni, se negaron a dejarlo pasar por no llevar salvoconducto, hasta que se resolvió la situación un cuarto de hora más tarde. «Son cosas del ejército», fue la resignada respuesta que daría más tarde el general, quien en el momento del incidente debió de mostrarse mucho menos filosófico. Voroshílov, al que hicieron volar a Moscú, tuvo la osadía de revolverse contra el mismísimo Stalin. «¡Tú tienes la culpa de todo esto! —le espetó—. ¡Tú fuiste quien aniquiló a la vieja guardia del ejército e hiciste matar a tus mejores generales!». Cuando el dirigente soviético fue a protestar, el viejo revolucionario cogió la bandeja en la que descansaba un cochinillo asado y la

estrelló contra la mesa[9]. Tuvo suerte de no acabar ante un pelotón de fusilamiento.

Zhúkov reorganizó la defensa de Leningrado y revocó la orden de Voroshílov de barrenar las naves de la flota del Báltico que quedaban en el puerto: en los años siguientes, los cañones de aquellos buques brindaron un apoyo vital a las fuerzas de tierra. El general lanzó una serie de acometidas contra los alemanes que culminó el 17 de septiembre, se saldó con miles de vidas y se frustró en medio del fuego devastador de la artillería. El oficial naval Nikolái Vavin describió en estos términos el intento de reforzar la fortaleza insular de Oréshek, sita en el lago Ládoga: «Los nuestros no pudieron hacer nada. Los alemanes nos avistaron enseguida desde el aire… y convirtieron aquello en una ejecución masiva. Sus aviones nos bombardearon y después nos ametrallaron. De los doscientos que conformábamos mi grupo de desembarco llegamos a tierra catorce[10]». Ante las protestas de sus subordinados, que consideraban inútiles estos empeños —y en particular los ataques emprendidos desde la cabeza de puente de Nevski, ubicada en la margen oriental del Nevá—, Zhúkov se limitó a responder implacable: «¡He dicho que ataquéis!». El número de bajas se disparó, sin que hubiese apenas personal capaz de atender a los heridos. Zhúkov apostó zagradotriadi tras el frente: unidades habituales en el Ejército Rojo, destinadas a abatir a cuantos trataban de huir o retirarse. Los altavoces de la propaganda alemana se ocupaban en mofarse de aquellos asaltantes condenados al fracaso: «Ha llegado el momento de que volváis a tomar posiciones en los puntos de exterminio para que podamos enterraros a la orilla del Nevá». A continuación, descargaban una nueva cortina de fuego sobre los soldados soviéticos que se arracimaban impotentes en sus puestos.

Éstos ignoraron durante varias semanas que los germanos no tenían intención alguna de atacar por tierra Leningrado, ni de aceptar siquiera su rendición. Zhúkov adquirió no poco prestigio en cuanto salvador de la ciudad a los ojos de Stalin, quien no fue capaz de ver que, en realidad, la plaza no estaba siendo víctima de un asalto serio. En un alarde de fantasía, los oficiales del estado mayor de las fuerzas alemanas, con sede en Berlín, consideraron por un momento el gesto propagandístico de invitar a Estados Unidos a acoger, en calidad de refugiados, a los dos millones y medio de almas que habitaban la capital de Pedro I el Grande. Hitler, sin embargo, acabó por decidirse a dejarlos morir de hambre. Los aspectos prácticos de semejante proyecto se consultaron con el profesor Ernst Zegelmeyer, integrante del Instituto Muniqués de Nutrición y uno de los muchos científicos que brindaron su satánico asesoramiento a los nazis. Él se mostró de acuerdo en que no era necesaria batalla alguna, pues los soviéticos no iban a poder proporcionar a los sitiados durante mucho tiempo la ración de 250

gramos diarios de pan necesaria para mantener con vida a un ser humano. «No vale la pena poner en peligro a nuestros soldados —declaró—, cuando los ciudadanos de Leningrado van a morir de todos modos. Es de vital importancia evitar que cruce nuestras líneas una sola persona, pues cuantas más haya en la ciudad, antes morirán. Luego, podremos entrar en la plaza sin dificultad y sin haber perdido a un solo soldado.»[11]

«San Petersburgo —sentenció Hitler—, el nido de serpientes desde el que se ha arrojado al Báltico el veneno asiático durante tanto tiempo, debe desaparecer de la faz de la tierra. La ciudad está ya aislada: sólo nos queda bombardearla con todos los medios disponibles, destruir sus fuentes de agua y electricidad y negar a su población cuanto necesita para sobrevivir». La primera incursión de relieve de la Luftwaffe destruyó los almacenes de Badáiev, que guardaban la mayor parte de las reservas alimentarias de la ciudad. Los incendios provocados por esta acción duraron varios días, y por una de las calles contiguas corrieron ríos de azúcar derretida. Los habitantes no tardaron en hacerse cargo del brete en que se hallaban. Una de ellos, por nombre Yelena Skriábina, escribió en su diario: «Nos estamos acercando al gran terror… Nadie piensa en otra cosa que en dónde hallar algo comestible para no morir de hambre. Hemos vuelto a tiempos prehistóricos, y nuestra existencia se ha reducido a una sola cosa: la caza de alimento[12]».

Lázar Brontman, corresponsal del Pravda, habló en el suyo del caldo y el pan que elaboraba con hierba la población. Una vez que se adoptó como norma esta práctica, «los pasteles de hierba [adquirieron] su propio precio en el mercado[13]». Dado que una simple cerilla costaba un rublo, muchos optaron por usar lupas orientadas hacia el sol para encender fuego. Uno de los amigos escritores de Brontman fue lo bastante excéntrico para aferrarse a su mascota, «quizá el único perro que sigue con vida en Leningrado». La bicicleta constituía el único medio de transporte de que disponía la población civil. Puesto que el abastecimiento de agua dependía ya exclusivamente de las bocas de riego, las mujeres lavaban la ropa en la calle, y los vehículos militares se veían obligados a esquivarlas. Cuanto quedaba de tierra se empleó para cultivar hortalizas, y cada parcela se marcó con el nombre de su propietario. El pueblo sufría una escasez desesperada de combustible, porque se había puesto sitio a la ciudad antes de que pudiesen hacer sus habitantes el peregrinaje anual de costumbre destinado a recoger leña en los bosques aledaños.

Los alemanes retiraron sus carros de combate a fin de reforzar las operaciones que se estaban efectuando más al sur. Los sitiadores, menos numerosos que las tropas que defendían la plaza soviética, se atrincheraron en fortines y casamatas a fin de pasar el invierno. Cualquier ataque militar o huida civil recibía por respuesta los fuegos aniquiladores de los cañones,

morteros y ametralladoras de la Wehrmacht. Vasili Joroshavin, capitán de treinta y seis años al mando de una batería soviética, escribió a su esposa el 25 de octubre: «He recibido una carta tuya, y no sabes cuánto me ha alegrado. Hoy llevo ya seis días en el sótano del taller de un cantero al que sólo puede accederse a gatas. Aquí me siento a dirigir los fuegos de mis hombres mientras explosionan a mi alrededor minas y proyectiles que hacen temblar la tierra. Es imposible salir por agua. El té caliente es el mayor lujo que podemos permitirnos, y nos tienen que traer los víveres de noche. Ayer estalló entre un soldado de reconocimiento y yo una bomba que me hizo jirones el faldón del sobretodo. Salí ileso, aunque me golpeé la cabeza con el estuche de mi máscara de gas[14]». No tendría tanta suerte tres meses después, cuando murió por otra descarga alemana.

«Los soldados del frente parecemos demonios necrófagos demacrados por el hambre y el frío —escribió uno de ellos, por nombre Stepán Kuznetsov—, harapientos, sucios y famélicos a más no poder.»[15] Más tarde, la epopeya de Leningrado se centraría no tanto en el campo de batalla como en la lucha por la subsistencia de sus habitantes, combate que perdieron muchos de ellos. La artillería germana bombardeó la ciudad a diario cuando más probabilidades había de sorprender a las víctimas a cielo abierto: entre las ocho y las nueve de la mañana; entre las once y las doce del mediodía; entre las cinco y las seis de la tarde, y entre las ocho y las nueve de la noche. La ración de pan que correspondía a cada ciudadano cayó por debajo de la cantidad que juzgaba necesaria el perverso profesor Zegelmeyer para sostenerse, pues a menudo no llegaba a la ciudad el mínimo estimado de cien toneladas diarias de provisiones. Así, por ejemplo, el 30 de noviembre sólo se recibieron 61. Se amasaba pan con grano mohoso rescatado de una embarcación hundida en el puerto, con semillas de algodón a las que ya se había extraído el aceite, con celulosa «comestible», con sacos de harina y barreduras, con avena para el ganado…

Entre los meses de octubre y noviembre empeoraron las condiciones de un modo marcado: los cañones y los bombarderos alemanes batieron calles, escuelas, hospitales y otros edificios públicos. Un número incontable de ciudadanos quedó al borde de la inanición, y comenzaron a extenderse prácticas como la de hervir papel pintado para extraer la cola, o la de cocer cuero para hacerlo más masticable. Cuando apareció el escorbuto, se hizo necesario obtener extracto de pinocha a fin de proporcionar vitamina C a la población. La ciudad estaba infestada de ladrones de cartillas de racionamiento, pues el dinero había dejado de tener valor. Las plazas públicas quedaron huérfanas de palomas, convertidas en objetos de caza junto con los cuervos, las gaviotas y, más tarde, las ratas y los animales de compañía. Yan Shabolski, anciano profesor de academia de arte, confió a su

mejor alumna, Yelena Martilla, el siguiente cometido: «Lena —le dijo—, la situación se está volviendo insostenible, y yo dudo mucho que viva para contarla; pero alguien tiene que dejar constancia de lo que está ocurriendo. Tú eres una gran retratista; así que te pido que pintes a las gentes de Leningrado durante el asedio. Haz obras sinceras que muestren cómo sufren ante tan diabólicas circunstancias. Debemos conservar una imagen de todo esto para la humanidad: hay que advertir a las generaciones futuras del horror absoluto que representa la guerra[16]».

Ella se dedicó, pues, a recorrer las calles de la ciudad para elaborar tantos bosquejos como le permitían el frío y la extenuación, y llenó su cuaderno de semblantes estirados, macilentos, hundidos y vacíos por privaciones sin precedentes en ninguna otra civilización de la Europa moderna. Reparó en que muchos adultos respondían a su desesperación cerrándose por completo en lo emocional, volviéndose pasivos y retraídos, sonámbulos. En cambio, los niños desarrollaron una perspicacia muy poco natural. Vio a uno de ellos, por ejemplo, comentar de forma vivida, aguda y extensa una de las incursiones de la Luftwaffe ante los mayores que compartían refugio antiaéreo con él. «Daba la impresión —observó la pintora— de que hubiese envejecido cincuenta años en otros tantos días. La decrepitud antinatural de su rostro me hizo considerar que le habían arrebatado la inocencia de la infancia. Me horrorizó comprobar que la curiosidad propia de su edad había quedado soldada a la terrible maquinaria de la guerra… Al observar más de cerca sus rasgos, percibí en ellos una sabiduría misteriosa, y vislumbré algo que me desconcertó: que una criatura pequeña pudiese adoptar el aspecto de un anciano experimentado no dejaba de ser algo extraordinario que había cobrado vida de forma fugaz en medio de la agonía que estábamos sufriendo.»[17]

A los más de los habitantes de Leningrado, la privación de luz, calefacción y ocupaciones fabriles los sumió en una existencia aletargada entre cantidades cada vez mayores de nieve y escombros. Su vida y su metabolismo se fueron apagando como el mecanismo de un gramófono. Una anciana del edificio de apartamentos de Svetlana Magáieva, por nombre Kamilla, comenzó a debilitarse a pasos de gigante pese a los empeños de sus vecinos, que trataban de mantener la llama de su vida alimentando con muebles la estufa de su piso. Cierta mañana, se levantó de pronto del lecho y se puso a registrar, como una posesa, cada rincón y cada resquicio de la casa en busca de alimento. La frustración que le produjo el no dar con nada la llevó a sacar fuentes y platos del aparador y arrojarlos uno a uno contra el suelo. Entonces, a gatas, se puso en rebuscar migas de pan entre los fragmentos. Murió poco después[18].

Cuando llegó el mes de diciembre, la temperatura había descendido a

treinta grados bajo cero, y el hambre mataba por millares a los habitantes. La ración diaria de pan se redujo a 125 gramos. Hubo quien prosiguió su trabajo de forma mecánica. Axel Reichardt, experto en coleópteros de cincuenta años del Instituto Zoológico local, estuvo dedicado a su magna obra Fauna de la Unión Soviética hasta que, cierto día, lo hallaron muerto sobre un colchón de su despacho. Sasha Abrámov, actor del Teatro de la Comedia Musical, cuyo elenco apenas conservaba las fuerzas necesarias para acudir a las representaciones, falleció durante un entreacto vestido de uno de los tres mosqueteros de Dumas. «La inanición ha hecho a todo el mundo indiferente por entero a la muerte —escribió Yelena Skriábina—. La gente muere como si se echara a dormir, y sin que siquiera le presten la menor atención los muertos en vida que siguen a su alrededor.»[19] Los cadáveres, rígidos ya, yacían en las calles a la espera de que los apilasen en trineos para enterrarlos en alguno de los cráteres dejados por las bombas. Los servicios de información alemanes, que supervisaban la agonía de la ciudad con fría fascinación, calcularon que en tres meses debían de haber muerto unas doscientas mil personas.

Aun así, los más privilegiados escaparon a buena parte de todo este sufrimiento. Moscú reclamó la presencia de Zhúkov cuando se hizo evidente que no se iba a dar ninguna batalla por la toma de la plaza, y dejó la ciudad en manos de funcionarios del partido que comieron de forma prodigiosa durante todo el asedio. La persistencia de la corrupción y el trato de favor, pese a la muerte de decenas de millones de personas, se convirtió en característica de la guerra en la Unión Soviética. Algunos empleados públicos fueron evacuados por aire, tal como sucedió al más célebre de los residentes de la ciudad, el compositor Dmitri Shostakóvich, quien completó fuera de ella su séptima sinfonía, Leningrado, obra que se erigiría en símbolo del cerco. Los dignatarios que permanecieron en ella tuvieron a su disposición pan, azúcar, albóndigas y otros alimentos en un comedor del Instituto Smolni, amén de una sala privada de cine dotada de calefacción. Corrían rumores relativos al desvergonzado cinismo y las prerrogativas del partido. En las calles de la ciudad podían encontrarse octavillas impresas por el panfletista anónimo que firmaba como «el Rebelde», en las que se leían cosas como: «¡Ciudadanos! ¡Abajo con el régimen que nos deja morir de hambre! Nos están robando canallas que nos engañan, que acumulan alimentos y permiten que suframos inanición. Acudamos a las autoridades del distrito para reclamar pan. ¡Abajo con nuestros dirigentes!». El NKVD consagró esfuerzos ingentes a identificar al autor, y en diciembre de 1942 logró hacer confesar a un obrero fabril de cincuenta años llamado Serguéi Luzhkov, a quien enviaron a encontrarse con su inevitable suerte ante un pelotón de fusilamiento.

A finales de 1941, la congelación del lago Ládoga ofreció un frágil vínculo con el mundo exterior: la legendaria autopista de hielo de seis carriles construida por treinta mil operarios civiles. Aunque no tardaron en transitar esta «carretera vital» cuatro mil camiones, lo cierto es que el común de los ciudadanos recibió una proporción irrisoria de las provisiones entrantes, de las que en un primer momento se transportaban setecientas toneladas diarias. Por orden de Stalin, se lanzó un nuevo ataque destinado a romper el cerco alemán que, como de costumbre, no dio más fruto que un número descomunal de bajas. Nikolái Nikulin, operador de radio del frente del Vóljov, al este de la ciudad, escribió al respecto: «Entonces aprendí lo que era de verdad la guerra. Fue una noche tranquila, sentado en mi hoyo helado, incapaz de dormir por el frío y llorando de debilidad y sufrimiento mientras me rascaba el cuerpo infestado de piojos… Encontré patatas en un refugio alemán abandonado, duras como una piedra por causa de la temperatura, y encendí un fuego para cocerlas en mi casco. Con algo de alimento en el estómago, cobré cierto ánimo. Después de aquella noche comencé a cambiar y desarrollé mecanismos de defensa, instinto de subsistencia y no poco aguante. Aprendí a encontrar larvas… Una vez, mataron con un proyectil al caballo que tiraba de un trineo cerca de donde estábamos nosotros. Veinte minutos después, apenas quedaban de él más que las crines y las tripas, porque fuimos listos y lo descuartizamos. El conductor ni siquiera se había recobrado aún de la impresión: seguía sentado en su asiento, aferrado a las riendas[20]». Los intentos de en romper el sitio de Leningrado supusieron la pérdida de veinte divisiones. El único logro significativo del Ejército Rojo consistió en recuperar, el 9 de diciembre, el enlace ferroviario norte-este de Tijvin, que hizo posible transportar provisiones a una estación terminal que distaba no poco de la ciudad.

La hambruna no remitió: el 13 de enero, Yelena Kóchina acababa de obtener su magra ración después de soportar varias horas de cola en las calles nevadas cuando un hombre situado detrás de ella le arrebató el pan, se lo metió en la boca y trató de engullirlo. Cegada por la ira, aquella madre desesperada se volvió para arrojarse sobre él. «Cayó al suelo, y yo también —refería—. Tendido de espaldas, intentó metérselo en la boca de golpe, y yo lo agarré por la nariz y se la retorcí con una mano mientras trataba con la otra de arrancárselo de entre los dientes. Él se resistía, aunque cada vez con menos fuerzas. Al final, conseguí recuperar todo lo que no se había tragado ya. Los demás se limitaron a observar en silencio la escena.»[21]

A Lidia Ojápkina le robaron la cartilla de racionamiento. Un contratiempo así bien pudo haber supuesto la muerte punto menos que instantánea de su familia, pues el margen de subsistencia era por demás angosto. Aquella noche, desesperada, se hincó de rodillas para rezar por vez primera a la

divinidad cuya existencia negaba el régimen estalinista: «¡Oh, Dios! Ten piedad de mis hijos, que ninguna culpa tienen». A la mañana siguiente llamaron a la puerta, y al ir a abrir se encontró con un soldado del Ejército Rojo al que no había visto en la vida y que le entregó un paquete remitido por su esposo, combatiente a cientos de kilómetros de allí. El kilo de sémola, el de arroz y los dos paquetes de galletas que contenía supusieron para ella la diferencia entre la vida y la muerte[22]. Los hubo con menos suerte. En los diez primeros días de enero, el NKVD informó de 42 casos de antropofagia. Se encontraron cadáveres con los muslos y los senos cortados, y lo que es peor: los más débiles empezaron a correr peligro de ser asesinados no por sus escasas posesiones, sino por su carne. El 4 de febrero, el visitante de cierta oficina de la milicia dijo haber visto a doce mujeres arrestadas por canibalismo, acusación que ninguna de ellas negaba. «Una —añadía—, consumida por el agotamiento y la desesperación, admitió haber cercenado parte de la pierna de su marido para alimentar a sus hijos y a ella misma tras desmayarse él por la extenuación y el hambre.»[23] Las detenidas sollozaban, sabedoras de que iban a ser ajusticiadas.

En febrero, el peor mes, con diferencia, de todo el asedio, se recibió noticia de la muerte de veinte mil personas diarias. Dado el debilitamiento que sufría la población, no es de extrañar que la disentería se cobrara numerosas vidas. En las bocas de riego se hacían colas para obtener agua, y los incendios ardían sin freno por falta de nada con que extinguirlos. Se ingenió un manjar nuevo: la sopa de pegamento hervido; el Teatro de la Comedia Musical cerró sus puertas, y se agotaron las existencias de ataúdes. Muchos de cuantos conservaban aún las energías necesarias para leer recurrieron a Guerra y paz, el único libro que parecía capaz de dar explicación a su agonía. Quienes lograron subsistir eran gentes de una fuerza de voluntad excepcional que, además, se habían impuesto una disciplina que incluía hábitos como el de asearse, comer siempre en plato o aun proseguir su formación académica. Las autoridades se plantearon la posibilidad de transportar a la población civil a un lugar más seguro a bordo de los camiones que regresaban vacíos sobre el hielo del lago Ládoga, y de hecho, hubo madres con sus hijos recién nacidos que se pusieron en marcha, muchas veces para morir en el camino. Sin embargo, Stalin rechazó todo plan de evacuación en masa por motivos de prestigio. El infierno que vivió Leningrado constituyó un despliegue de fortaleza que sólo puede ser impuesto por un tirano y que, probablemente, no podría haber superado otro pueblo que el soviético.

Ni británicos ni estadounidenses dejaron de temer la derrota soviética hasta finales de 1942, pues tardaron en hacerse una idea de las pérdidas y el

sufrimiento a los que estaba teniendo que hacer frente el ejército invasor. En las postrimerías de 1941 había dos millones de soldados que, con las guerreras forradas de papel de periódico y paja a fin de compensar la escasez de prendas de abrigo, soportaban penurias casi tan graves como las del pueblo agredido. Hans Jürgen Hartmann escribió desde Járkov: «A menudo me he preguntado cómo iban a ser estas Navidades, y siempre he excluido la guerra de la idea que me he formado al respecto, o al menos la he relegado a un segundo plano. He evocado palabras especiales para la ocasión: Pascuas, patria, nostalgia, gozo y esperanza. Todos estos vocablos, siempre sinceros y sentidos, se me han ido haciendo cada vez más extraños y vacíos. Aluden a algo intemporal y precioso, y aun así, dadas las condiciones que se viven en el frente oriental, apenas pueden parecer ya creíbles… Esta guerra se ha vuelto tan inhumana… Ahora sí que es un conflicto total, una guerra contra mujeres, niños y ancianos, y eso es lo más espeluznante de todo[24]».

Franz Peters y algunos de sus camaradas entraron en la iglesia de cierto municipio. Aunque los comunistas habían arrancado el altar, los alemanes no dudaron en congregarse en el agujero que marcaba el lugar en que había estado para interpretar una serie de villancicos. «Jamás he oído cantar "Noche de paz" con semejante fervor. Resultaba increíble. Muchos no pudimos contener las lágrimas.»[25] Karl-Gottfried Vierkorn leyó a sus compañeros, a petición de éstos, la tarjeta que acompañaba al bizcocho con chocolate que le había enviado su madre desde Alemania. «[C]uando acabé —recordaba—, todos guardaron silencio. Lejos, muy lejos de este terrible desastre, que nadie hubiese podido imaginar cuando entramos en Rusia, existían otras cosas. ¿Seguiría habiendo Navidad en otros lugares? ¿Seguirían quienes la celebraban intercambiando regalos, reuniéndose alrededor del árbol y asistiendo a la Misa del Gallo?»[26].

En Berlín no había cabida para semejantes muestras de sentimentalismo, que de cualquier modo, no dejaban de resultar grotescas en medio de las atrocidades que estaban perpetrando en la Unión Soviética los mismos soldados alemanes que entonaban coplas navideñas y se compadecían de su suerte. Hitler, hecho una furia después de que su ejército se hubiera visto rechazado a las puertas de Moscú, tomó el relevo de Walther von Brauchitsch en calidad de comandante en jefe del ejército, y recordó a Model la draconiana prohibición de dar un solo paso atrás. El general Hoepner, que se contaba entre los numerosos partidarios de emprender un repliegue táctico, escribió al respecto: «Resulta exasperante hasta lo indecible estar luchando a un tiempo contra el enemigo y contra el propio mando supremo de uno[27]». Pocos días después, quien tal cosa afirmaba se unió a la extensa relación de jefes militares de aquella campaña destituidos por supuesta conducta pusilánime, entre los que también se contaban Von Rundstedt y Guderian.

Model, general franco consagrado a sus hombres y al nazismo, afrontó la amenaza de un final desastroso con notable energía y buenos resultados. Mediado el mes de enero, los soviéticos habían dejado de ganar terreno, y el día 21, aquél sorprendió a sus desmoralizados oficiales al emprender un contraataque contra el flanco del Ejército Rojo. Cuando su estado mayor quiso saber qué refuerzos podía aportar, declaró con seguridad: «¡A mí mismo!», y zanjó con ello la cuestión. No dejó de improvisar en todo momento, corriendo de una unidad a otra, a menudo bajo los fuegos enemigos, instando a los distintos comandantes a resistir, en primer lugar, y a continuación a devolver el golpe. Hubo que recurrir a medidas desesperadas para que los hombres pudiesen seguir luchando con temperaturas de hasta cuarenta grados bajo cero. Se construyeron refugios dotados de calefacción en los que pudieran recuperarse entre las pocas horas de actividad al aire libre que podían soportar los combatientes. Para los motores de los aviones se crearon «chozas contra la nieve» a fin de calentarlos durante la noche para que la Luftwaffe pudiese alzar el vuelo una vez más. Entre finales del mes de enero y principios del mes de febrero, los soldados de Model repelieron una y otra vez a los soviéticos y causaron no pocas bajas entre las tropas que seguían tratando de avanzar en el saliente de Rzhev.

En ninguno de los dos lados escaseaban los relatos aterradores. El corresponsal de guerra Vasili Grossman topó con un campesino que acarreaba un saco lleno de piernas humanas congeladas que tenía la intención de calentar en una estufa al objeto de hacerse con las botas que llevaban puestas. Fritz Langanke, integrante de la división Das Reich de la SS, vivió una experiencia muy poco agradable cuando uno de los cadáveres del enemigo, congelado, se quedó enganchado en los bajos del vehículo blindado en que viajaba. «Cogí una sierra —recordaría más tarde—, me metí bajo el automóvil y comencé a cortarle los brazos. Para hacerlo, tuve que poner la cara muy cerca de la suya, y con el vaivén de la herramienta, empezó a agitarse de pronto. Me helé de miedo: su movimiento se debía al de la sierra, pero por un instante me dio la impresión de que estaba meneando la cabeza mientras me miraba.»[28]

Wolf Dose, soldado alemán que supervisaba a un destacamento de trabajo de prisioneros soviéticos, describió con indiferencia la suerte que corrió uno de ellos que cayó al suelo mientras recogía leña en los aledaños de un refugio subterráneo:

> Permaneció inmóvil unos instantes sobre la nieve a veinte grados bajo cero. Se recobró en cierta medida y acabó por levantarse, pero el frío tuvo un efecto extraño en él: [al llegar al refugio] se lanzó hada delante con tal vigor que fue a caer en lo alto mismo de la estufa. Y allí se quedó, aturdido, mientras se le quemaba la piel. Alguien logró apartarlo y lo tendió en el suelo, con la cabeza apoyada en parte de la leña que había recogido. Su mano, achicharrada, había quedado soldada a una de las piezas. Gemía en voz baja, respirando de manera lenta e irregular… Alguien lo puso en

pie, y la sacudida de aquel movimiento brusco lo llevó a vaciar el contenido de sus intestinos en los calzones, que se hincharon hasta reventar. Pude contemplar su abdomen, enjuto y distendido, cubierto de sangre, excrementos y jirones de tela… Tenía los ojos clavados en el vacío, y su tez había adoptado un extraño tono azul verdoso. Se ordenó a los otros prisioneros que lo llevasen de vuelta al campo envuelto en un sobretodo. Una vez allí, sólo cabe esperar que alguien ponga fin a su sufrimiento de un disparo fulminante[29].

Los soldados de uno y otro ejército acabaron por habituarse a ver cosas semejantes, pues a todos preocupaba, por encima de todo lo demás, su propia salvación. Dose se justificaba diciendo: «Rusia, país rebosante de crueldad, debe recibir un trato cruel». Las fuerzas de Stalin se afanaban en recuperar la iniciativa, aunque no dejaban de sufrir un rechazo tras otro: la férrea profesionalidad de la Wehrmacht parecía seguir intacta. Al decir del general Gotthard Heinrici, el Ejército Rojo había incurrido en el mismo error que habían cometido al principio los germanos al pretender avanzar en un frente extendido en exceso, y Zhúkov era de su misma opinión. Aunque resulta poco probable que tuviera la fuerza y la habilidad necesarias para lograr la derrota total de los alemanes aquel mismo invierno, con independencia del curso de acción que hubiese adoptado, lo cierto es que la torpe injerencia de Stalin, sólo comparable a la de Hitler, hizo de todo punto imposible dicho resultado. El XXIX.º ejército soviético, que había quedado aislado al oeste de Rzhev, luchó casi hasta quedar sin un solo hombre. Si no se repitieron las rendiciones multitudinarias del verano anterior fue, entre otros motivos, porque los soldados de Zhúkov no ignoraban cuál era la suerte que los aguardaba si aceptaban convertirse en prisioneros. Los germanos aseguraron haber matado a veintiséis mil soviéticos durante la batalla de Rzhev, cantidad similar a la que perdió el ejército británico en los tres años que duraron las campañas del África septentrional. Por todas partes podían verse manifestaciones del coste humano de la contienda: «… los cuerpos congelados tintineaban como la porcelana cuando, por accidente, chocábamos con ellos mientras nos abríamos paso entre aquella carnicería», escribió perplejo el oficial alemán Max Kuhnert[30]. Sin embargo, los soviéticos no se quejaron jamás del número de caídos, pues lo que les importaba sobre todo era haber alejado el frente de combate a poco menos de trescientos kilómetros de Moscú. Entre el 22 de junio de 1941 y el 31 de enero de 1942, Alemania sufrió casi un millón de bajas, más de una cuarta parte de la cantidad de soldados que destinó en un principio a la Operación Barbarroja. Los invasores pasaron el resto del invierno atrincherados a fin de conservar el terreno conquistado y reconstruir sus unidades blindadas.

Si la doctrina del Blitzkrieg había ido evolucionando de forma progresiva en el transcurso de las campañas emprendidas por Alemania en Polonia y Francia entre 1939 y 1940, en 1941 Hitler decidió explícitamente destruir la

Unión Soviética por medio de la guerra relámpago, pues ni sus fuerzas armadas ni la economía alemana estaban en condiciones de emprender ningún otro género de ofensiva. El éxito de la Operación Barbarroja dependía de forma abrumadora del éxito alcanzado a la hora de derrotar a los ejércitos de Stalin al oeste de la línea fluvial del Dniéper y el Duina. Cuanto más avanzaban hacia el interior para librar batallas intensas, mayores eran las dificultades con que topaban las fuerzas de Hitler a la hora de abastecerse mediante un número escaso de vías férreas y camiones que consumían cantidades preciosas de combustible sólo para transportar su carga. En tanto que las batallas fundamentales de la campaña francesa de 1940 se produjeron a escasas horas de distancia de la frontera alemana, en la lucha por la Unión Soviética la Wehrmacht estaba combatiendo a miles de kilómetros de sus bases.

Pocos de los soldados del ejército alemán que sobrevivieron al invierno de 1941 volvieron a recuperar la fe en el liderazgo del alto mando que habían perdido durante aquella experiencia. Mal pertrechados, veían avanzar a los soviéticos para atacar sobre esquís, ataviados con abrigos acolchados para la nieve. Sus armas y sus vehículos se congelaban, mientras que los del enemigo seguían funcionando. Los soldados de Stalin no lograron alcanzar jamás la aptitud táctica de los alemanes: fundaban sus ataques en el aprovechamiento de su ingente número y de la voluntad de sacrificar vidas. Sin embargo, su artillería era formidable, y la eficacia de su aviación no dejaba de crecer. Los nuevos lanzacohetes Katiusha y el T-34, que fue quizá el mejor carro de combate de toda la guerra, alarmaron a los alemanes en igual medida que alentaron a sus oponentes, aunque la primera vez que se usaron aquéllos huyesen despavoridos los soldados de uno y otro lado. Helmut von Harnack, oficial de la Wehrmacht, no pudo menos de reconocer: «El hecho de que no hayamos sido capaces de poner fin a esta campaña ni de tomar Moscú supone un golpe durísimo para nosotros. La falta de previsión en lo tocante al tiempo atmosférico… es, por supuesto, uno de los motivos más importantes de este fracaso; pero lo cierto es que menospreciamos por completo a nuestro enemigo, quien ha dado muestras de una fuerza y una resistencia de las que no lo creíamos capaz, y que, de hecho, muchos de nosotros considerábamos impensables en un ser humano[31]».

El que Stalin tomara personalmente las riendas de las campañas soviéticas de 1941 dio origen a resultados desastrosos que, en ocasiones, amenazaron con ser irreparables. A su negativa a ceder terreno se debió la pérdida de muchos de los 3 350 000 soldados del Ejército Rojo que fueron apresados por los alemanes aquel año. Así y todo, la voluntad de lucha y la disposición a morir de que dio muestras su pueblo debían poco a la ideología y mucho a las virtudes de los campesinos, a la devoción visceral que profesaban a la

madre patria y también a la coacción. El soldado Borís Baromikin refirió así el ajusticiamiento de un camarada llegado de las repúblicas del centro de Asia al que habían acusado de abandonar su puesto sin permiso: «Aquel desdichado se hallaba, de pie, a apenas un par de metros de mí, masticando con aire pacífico un trozo de pan. Casi no sabía ruso, e ignoraba por completo lo que estaba ocurriendo. De pronto, el comandante que presidía el tribunal militar leyó una orden que rezaba: "Deserción de la línea de combate: ejecución inmediata", y acercándose a él, le descerrajó un disparo en la cabeza. El tipo se desplomó ante mí: fue horrible. Aquel día murió algo dentro de mí ante semejante visión».

Aun así, admitiendo que él y los suyos habían efectuado una retirada sumidos en el caos «como una manada de bestias desesperadas», añadía: «si nos mantuvimos unidos fue sólo ante el temor de que nos fusilaran nuestros superiores si tratábamos de huir[32]». Cierto soldado abatido por sus propios compañeros cuando trataba de desertar los maldijo mientras yacía en el polvo diciendo: «Os van a matar a todos. —Y al ver a Nikolái Moskvín, el agente político de la unidad, añadió—: Y el primero al que van a ahorcar vas a ser tú, comisario, que tienes las manos manchadas de sangre». Este último desenfundó el revólver y lo remató. Más tarde escribió en su diario: «Los muchachos entendieron que quien actúa como un perro merece morir como tal[33]». A fin de desalentar a quienes sintieran la tentación de abandonar su puesto, el Ejército Rojo adoptó una táctica nueva consistente en enviar a grupos de hombres en dirección a las líneas alemanas con las manos arriba en señal de rendición. Al llegar a cierta distancia de ellas, sin embargo, se ponían a lanzar granadas; de tal modo que el enemigo aprendía a disparar sobre todo aquel que tratara de rendirse, aunque fuese de veras[34].

La crueldad del estado soviético resultó indispensable a la hora de confundir a Hitler. Ninguna nación democrática podía haber instaurado una jerarquía de necesidades como la que creó Stalin, y en virtud de la cual los soldados recibían las cantidades más generosas de alimento; los obreros civiles obtenían un número menor de víveres, y las «bocas improductivas», denominación que incluía a los ancianos, poco más que raciones de hambre. Durante la guerra murieron de inanición más de dos millones de soviéticos en territorios administrados por su propio gobierno. Los éxitos logrados por sus fuerzas armadas entre 1941 y 1942 contrastan de forma espectacular con la pusilanimidad que habían desplegado los Aliados occidentales en Francia durante 1940. Por grandes que fueran las limitaciones del Ejército Rojo en lo tocante a armas, adiestramiento, estrategia y mando, lo cierto es que la cultura soviética blindó a su ejército para que se enfrentara a la Wehrmacht con una resolución impensable en los ciudadanos, más apocados, de los estados democráticos.

«La que estamos librando aquí no es ninguna guerra entre caballeros», hubo de reconocer el teniente Ludwig Freiherr von Heyl en una carta enviada a los suyos, en la que añadía: «Uno se vuelve insensible por entero: la vida humana cuesta tan poco…, menos que las palas con las que despejamos de nieve las carreteras. El estado al que nos hemos visto reducidos os parecerá increíble en Alemania. No matamos a seres humanos, sino a un "enemigo" al que hemos convertido en algo impersonal, un animal a lo sumo. Y ellos hacen lo mismo con nosotros[35]». La contemplación de los prisioneros famélicos tenía la propiedad de deshumanizar a los soviéticos a los ojos de muchos alemanes y de destruir cualquier instinto de compasión. Uno de estos últimos escribió: «Se arrastraban ante nosotros gimoteando, convertidos en seres humanos en los que no quedaba ya un atisbo de humanidad[36]».

La brutalidad hitleriana hizo que la nación de Stalin se reconciliara con la crueldad de sus propios dirigentes: la invasión unió a decenas de millones de personas de la Unión Soviética que hasta la fecha habían estado divididas por diferencias ideológicas y étnicas, purgas, hambrunas y la injusticia y la incompetencia de sus instituciones. La «gran guerra patriótica» que había declarado Stalin hizo más por la cohesión y la motivación de los pueblos soviéticos que ningún otro acontecimiento posterior a la revolución de 1917. Hasta los de la SS quedaron impresionados, a regañadientes, por el adoctrinamiento de su rival. Por más que en Berlín pudiesen seguir engañándose, en el campo de batalla eran pocos los soldados germanos que no habían reconocido a esas alturas lo desmedido, quizá lo irrealizable, de la misión que se había propuesto su pueblo. «Hemos tropezado, por error —admitía Wolfgang Paul, oficial de una unidad blindada de Alemania—, con un paisaje ajeno con el que jamás vamos a llegar a familiarizarnos como es debido. Aquí todo es frío y hostil, todo se vuelve en nuestra contra.»[37] Otro soldado escribió a sus parientes diciendo: «Aun si logramos hacernos con Moscú, dudo que la toma de la capital suponga el fin de la contienda del frente oriental. Los rusos son muy capaces de luchar hasta que no quede uno solo con vida por el último metro cuadrado de su colosal país. Su tenacidad y resolución resultan pasmosas. Estamos entrando en una guerra de desgaste, y lo único que espero es que, a la larga, la gane Alemania[38]».

La última carta que recibió desde Rusia la familia del hamburgués Jasper Mönckeberg, teniente de artillería, tenía fecha del 21 de enero de 1942. «El 40 por 100 de nuestros hombres —se leía en ella— tiene eccemas supurantes y forúnculos por todo el cuerpo, y sobre todo en las piernas… Los períodos de servicio se prolongan durante más de cuarenta y ocho horas con sólo dos o tres de un sueño interrumpido a cada paso. Nuestro frente es tan angosto (en más de dos kilómetros hay entre veinte y treinta y cinco soldados por compañía), que nos habrían rebasado ya por completo si los de la artillería no

estuviésemos deteniendo las arremetidas del enemigo, que nos supera a razón de diez o doce combatientes por cada uno de los nuestros». Después de repeler uno de dichos ataques, los de infantería llevaron al teniente a su fortín, «porque llevaba cuatro horas y media en medio de la nieve, a treinta y cinco bajo cero. Ya no me sentía las manos ni las piernas, ni tampoco era capaz de tenerme en pie… ¡Si no fuera por este cochino frío…!»[39]. Lo mataron pocos días después.

Durante la visita que hizo a Berlín en febrero, el general Gotthard Heinrici tuvo ocasión de anonadarse ante la indiferencia que desplegaba su Führer respecto del testimonio de la colosal tragedia oriental ofrecido por quienes la estaban viviendo de cerca. Hitler optó por dejar todo eso a un lado y centrar su atención en cuestiones técnicas tales como la organización de las defensas anticarro. La única vez que se refirió al invierno soviético fue para hacer el siguiente comentario frívolo: «Por suerte, no hay mal que cien años dure, y eso resulta consolador… y el que los hombres estén ahora convertidos en cubitos de hielo no va a impedir que el sol brille en abril y devuelva a la vida aquellas tierras desoladas[40]». Cierto soldado alemán, por nombre Wolfgang Huff, escribió el día 10 de aquel mes de 1942 en la ciudad rusa de Siniávino: «Cae la tarde; rugen los fuegos de artillería y, sobre el bosque, se eleva una columna de humo blanco. La cruda realidad de la guerra: roncas voces de mando miden sus fuerzas con el ruido de la munición que atraviesa el paisaje nevado. Y de pronto, una pregunta sorprendente: "¿Has visto el sol ponerse?", y me asalta un pensamiento: ¡Con qué descaro hemos roto la paz y el sosiego de esta tierra!»[41].

Durante aquel mes de febrero, Stalin insistió en que sus ejércitos se arrojaran una y otra vez sobre las posiciones de los alemanes, quienes los repelían infligiéndoles un número de bajas descomunal. El sistema de abastecimiento soviético se tambaleaba al borde del abismo, y eran muchos los combatientes que vivían sumidos en una penuria extrema. El campo de batalla había visto ya morir a 2 660 000 de ellos. Aun así, a esas alturas, la campaña había costado al ejército alemán casi un millón de bajas, junto con la pérdida de 207 000 caballos, 41 000 camiones y 13 600 piezas de artillería. El primero de abril, su alto mando estimó que, de las 162 divisiones que tenía en la Unión Soviética, sólo quedaban ocho en condiciones de atacar, y entre las 16 unidades blindadas sólo podía contarse con 160 carros de combate. Tal como preveía Hitler, llegada la primavera, sus fuerzas iban a poder ponerse en marcha de nuevo y seguir ganando batallas; pero la cruda realidad del primer año de la campaña no había dejado de ser que la Unión Soviética seguía sin ser derrotada.

Cerca de Tula, una anciana obsequió con patatas, sal y algo de leña a Vasili Grossman y a su reducido grupo. Su hijo Vania estaba en el frente. «Yo

antes estaba sana como un caballo —hizo saber a aquél—. Anoche vino a verme el diablo y me clavó las uñas en la palma de la mano. Me puse a rezar: "Que vuelva a alzarse Dios y aleje a sus enemigos"… Mi Vania vino a verme anoche, y se sentó en una silla a mirar por la ventana. Yo le dije: "¡Vania, Vania!"; pero él no me contestó.»[42] Grossman escribió: «Si ganamos esta guerra terrible y cruel, será porque en nuestra nación hay corazones nobles, gentes honradas, almas de inmensa generosidad, ancianas madres de hijos de noble sencillez que están dando la vida por el bien de su patria con la misma prodigalidad con la que nos ha ofrecido cuanto poseía esta mujer de Tula. Nuestra tierra no tiene más que un puñado de personas así, pero serán ellas las que ganen la guerra[43]».

El pueblo británico, impresionado por la resistencia de la Unión Soviética, la aceptó como aliado con un entusiasmo que consternó y aun alarmó a su propia clase dirigente. El comentario que hizo en una taberna del East End londinense un anciano de aquel distrito obrero ilustra de forma cabal la manifestación de este sentimiento en los sectores más humildes: «¿Quién iba a decir que el león de los rusos era más fiero todavía que como lo pintaban? Desde luego, algunos de ellos parece que nos dan sopas con honda. ¡Va por ellos!»[44]. En círculos más elevados, ayudados por el silencio que guardaban los medios de comunicación acerca de las barbaridades cometidas por los ejércitos de Stalin, los intelectuales cercanos al régimen de éste no dudaron en alabar las bondades de sus gentes. Wendell Willkie, candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos en 1940, escribió en Un mundo: «En primer lugar, la de la Unión Soviética es una sociedad eficiente y trabajadora, que concede un gran valor a su subsistencia… En segundo lugar, es nuestro aliado en esta guerra. Su pueblo ha aprobado con una calificación excelente el examen al que lo ha sometido Hitler, más duro aún que el que sufrieron los británicos… En tercer lugar, debemos colaborar con ella cuando acabe el conflicto… Es impensable que pueda darse una paz prolongada si no aprendemos a hacerlo[45]». El académico británico sir Bernard Pares expresó en The Spectator el «agradecido reconocimiento [de su nación] por el peso inmenso que está soportando este pueblo grandioso e intrépido en nuestra lucha común contra las fuerzas del mal, junto con el deseo ferviente de que, tras la guerra, prosiga esta estrecha amistad sin la que resulta imposible la paz en Europa[46]».

Pares elogiaba en los términos siguientes el análisis de la sociedad soviética que acababa de publicar cierto admirador estadounidense: «Constituye un retrato de… seres humanos falibles dispuestos a aprender de sus errores pese a las dificultades colosales… consagrados a la tarea de

construir, en uno de los países más atrasados de Europa, una nueva sociedad humana en la que la principal consideración del estado va destinada a… la masa ingente de su población». Muchos aceptaron de buen grado tamaña insensatez y convinieron en que la guerra había demostrado la superioridad del sistema soviético. Cierto amigo del soldado Henry Novy le hizo saber que «aún no se ha demostrado todo lo que puede hacer el comunismo… Una cosa así sólo podía haberla hecho un país comunista, y el pueblo que se encuentra en realidad tras él[47]».

Si bien es muy probable que la Unión Soviética fuera la única nación capaz de soportar una catástrofe como la de 1941 y alcanzar los logros que protagonizó al respecto, resulta difícil que quepa atribuir tal cosa a la nobleza de la sociedad comunista. Hasta el comienzo de la Operación Barbarroja, Stalin había tratado de hacer causa común con Hitler, por más que sus objetivos fueran diferentes, y ni siquiera después de coligarse con los estados democráticos en pro de la derrota del nazismo dejó de luchar por la creación de un imperio soviético y por la dominación y opresión de cientos de millones de personas, designio que persiguió con determinación absoluta y que logró a la postre. Por hercúleos que fuesen los esfuerzos de sus gentes en expulsar a los invasores de su patria, las metas que perseguía su dirigente eran tan egoístas y contrarias a la libertad humana como las que había concebido Hitler. Si el proceder de los soviéticos puede resultar menos bárbaro que el de los nazis es sólo porque ninguna de las atrocidades que perpetraron llega a ser comparable, por sí sola, al Holocausto. Así y todo, los Aliados occidentales no pudieron sino rendir gracias a aquel nuevo compañero de filas, pues su padecimiento y su sacrificio salvaron la vida a cientos de miles de soldados jóvenes británicos y estadounidenses. Aunque lo que hizo que la Unión Soviética se convirtiera en el principal campo de batalla de la guerra no fue ninguna afirmación exaltada de principios, sino sólo una desavenencia entre monstruos rivales, fue allí precisamente donde toparía el Tercer Reich con las fuerzas que ejecutarían su justo castigo.

8

Estados Unidos en pie de guerra

El pueblo estadounidense observó los veintisiete primeros meses del conflicto europeo con una mezcla de fascinación, horror y desdén. El protagonista de El tiempo vuela, novela de J. P. Marquand contemporánea a este período, aseveraba: «Uno podía alejarse unos instantes de la guerra, aunque no mucho más, porque estaba en todas partes, hasta en la luz del sol. Se hallaba escondida tras todo lo que uno decía o hacía: podía reconocerse su sabor en cualquier alimento y su sonido en cualquier música». Muchos entendieron que tanto su estallido como los triunfos del nazismo eran fiel reflejo de la degeneración colectiva que sufría el Viejo Continente. La animosidad que se profesaba al Eje era sólo relativa, y no faltaron comunidades étnicas que apoyasen de forma activa a Hitler. Cierta encuesta elaborada por la Universidad de Princeton el 30 de agosto de 1939 reveló que, si bien el 68 por 100 de la nación opinaba que no debía permitirse a sus ciudadanos que se alistaran en la Wehrmacht, el 26 por 100 creía que debían poder hacerlo si lo deseaban[1]. Muy pocos querían ver a sus conciudadanos sumarse a ninguno de los dos bandos para participar en una carnicería de la que los separaba todo un océano. El sondeo que llevó a cabo la empresa Roper en septiembre de 1939 preguntaba a los consultados cuál debía ser la postura de Estados Unidos respecto de las naciones contendientes. El 35,7 por 100 se mostró a favor de evitar cualquier adhesión y seguir vendiendo mercancías al por mayor a cuantos participaban en el conflicto; el 23,6 por 100 se oponía a cualquier transacción comercial con ellos, y sólo el 16,1 por 100 veía necesario

abandonar la condición de estado neutral para ofrecer ayuda al Reino Unido y a Francia en caso de hacerse probable la derrota. En el sur y el oeste de la nación era mayor el apoyo brindado a una posición intervencionista.

El presidente Franklin Roosevelt, que durante el lustro anterior había expresado su consternación por la renuencia de su pueblo en reconocer el peligro que corría, escribió el 30 de octubre de 1939 en una carta destinada a Joseph Kennedy, embajador en Londres: «Aquí, a pesar de los pasos de gigante que se han dado hacia la unidad nacional en los seis últimos años, tenemos todavía mucho que aprender acerca de la "relatividad" de la geografía mundial y la rapidez con que se esfuman las distancias y la economía circunscrita al ámbito nacional[2]». Así y todo, dado el aislacionismo imperante, entre 1939 y 1941 estimó más sensato actuar con circunspección en lo tocante a la ayuda al Reino Unido. Político cauto en muchos sentidos, hubo de tratar con lo que uno de sus seguidores consideró «la opinión pública más mudable del mundo». Robert Sherwood, cuya presencia no era poco habitual en la Casa Blanca, escribió: «Antes de que se viniera encima de la Europa occidental la hecatombe y apareciese Winston Churchill en escena, la causa aliada no atraía siquiera a quienes odiaban el fascismo y sus barbaridades[3]».

El novelista John Steinbeck escribió a un amigo el 26 de marzo de 1940 desde el litoral pacífico de Suramérica, por el que pasó varias semanas navegando durante aquella primavera: «No hemos recibido noticias de Europa desde que salimos, y tampoco tenemos demasiado interés. Las gentes con que nos encontramos cuando bajamos a tierra ni siquiera ha oído hablar de Europa, y parece que no les va mal. El viaje nos está ofreciendo precisamente lo que esperábamos de él: una visión del mundo dominada no por Hitler ni Moscú, sino por algo más vital y perdurable que ninguno de los dos[4]». Como muchos otros intelectuales de pensamiento liberal, Steinbeck estaba convencido de que Estados Unidos acabaría por entrar en liza, pero contemplaba semejante idea sin demasiado entusiasmo. «Si no fuese por la guerra que se avecina, albergaría deseos de pasar unos cuantos años viviendo con toda tranquilidad», escribió el 9 de julio[5].

La mañana siguiente al día de abril de 1940 en que Hitler invadió Noruega, ocuparon los periodistas el despacho de Roosevelt para saber si esta acción aumentaba en alguna medida la probabilidad de que Estados Unidos entrase en el conflicto. El presidente, eligiendo sus palabras con más reserva que nunca, respondió: «Pueden dar por sentado que lo ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas va a llevar a un número mucho mayor de estadounidenses a pensar en la posibilidad de guerra». Aquel año confesó no haberse sentido atraído por la idea de participar por tercera vez en las elecciones presidenciales, y dio a entender que si había cambiado de opinión

había sido sólo por la crisis mundial y, en particular, por la caída de Francia. «La cuestión de si presenta o no su candidatura Roosevelt —escribió el 15 de mayo Adolf Berle, una de las personas más allegadas a él— se está decidiendo en algún lugar de la margen del río Mosa.»[6] Semejantes evasivas distaban, quizá, de ser sinceras, pues como la mayoría de los dirigentes nacionales, el presidente tenía un gran apego al poder. Aunque la posteridad ha dado por supuesto que no había nadie mejor cualificado para dirigir a la nación durante la mayor emergencia que haya conocido la historia del planeta, a la sazón hubo una minoría de compatriotas suyos, conformada sobre todo por el sector financiero, que rechazó con insistencia esta proposición. Donald Nelson, quien más tarde abanderaría la movilización industrial de la nación, escribió: «De todos nosotros, ¿quién sino el presidente de Estados Unidos entendió de veras la magnitud del cometido que teníamos por delante?… Todo aquel con quien me reunía o con quien hablaba, incluidos altos mandos del estado mayor general, el ejército y la armada, hombres de estado y legisladores distinguidos, concebía el programa de defensa como un simple medio de equiparnos para mantener al enemigo alejado de las costas estadounidenses[7]».

El rearme había comenzado en mayo de 1938 con el proyecto de ley de expansión naval por valor de 1150 millones de dólares presentado por Roosevelt. A éste lo siguió, en noviembre de 1939, el relativo a la compra de armas estadounidenses por parte de las naciones beligerantes, conocido como cash and carry —pues el interesado debía pagar al contado (cash) y encargarse del transporte del material adquirido (carry)—, que favorecía a franceses y británicos —por dominar ambos las rutas marítimas— y enmendaba la Ley de Neutralidad. Roosevelt presidió la reunión de jefes militares convocada en la Casa Blanca a fin de anunciarles la necesidad de prepararse para la guerra y para la expansión de relieve que iban a experimentar las fuerzas armadas. En 1940, presionó al Congreso para que otorgase el visto bueno a una ley sobre el servicio militar por la que se imponía el alistamiento forzoso y a un programa de rearme nacional con un presupuesto de quince mil millones de dólares. Asimismo, se dirigió en persona al cuerpo legislativo para ponerlo al corriente de su intención de hacer que el país produjera cincuenta mil aviones al año. Los jefes de su estado mayor respondieron a esto con un mensaje lacónico signado por el almirante Harold Stark, a quien todos conocían por «Betty»:

Estimado señor presidente:
¡BRAVO!
Fdo., en nombre de todos nosotros: Betty.

Las fuerzas armadas estadounidenses, que en septiembre de 1939

contaban con 140 000 soldados, pasaron a tener 1 250 000 dos años más tarde. Sin embargo, los jefes de los tres ejércitos sabían que éstos carecían, en grado lamentable, de la preparación necesaria para participar en una guerra como aquélla. De hecho, tanto entre los militares como entre la población civil hubo muchas personas que seguían sin persuadirse de que su nación debiera entrar en ella… o de que fuera a hacerlo.

Los jóvenes que hubieron de sentar plaza en el ejército en virtud de la ley recién aprobada renegaban desde los campamentos a los que los habían destinado. «No hay nada más aburrido que un puesto militar en tiempos de paz —escribió Carson McCullers en una novela de 1941—. No es que no ocurran cosas, sino que las que ocurren se repiten una vez y otra… Tal vez el tedio se deba sobre todo a la estrechez de miras y al exceso de ocio y de seguridad, ya que de quien sienta plaza en las fuerzas armadas sólo se espera que siga los talones del que tiene delante.»[8] El periodista Eric Sevareid dio cuenta del modo como fue reuniendo Roosevelt, «lentamente, un ejército de mozos reacios, desconcertados y llenos de resentimiento. Ningún dirigente civil se atrevía a denominarlos soldados, como si el término tuviese algo de indecoroso… Fueron pocos quienes mostraron el atrevimiento suficiente para dar a entender que su misión era la de aprender a matar[9]».

Aquella vacilante expansión militar suponía la adquisición de veinte mil caballerías más. «El ejército estadounidense comenzó demasiado tarde a prevenirse para la Segunda Guerra Mundial —escribió Martin Blumenson—, y en consecuencia, el programa de adiestramiento, la procura de armas y casi todo lo demás se acometieron de forma apresurada, improvisada en gran medida, punto menos que caótica y del todo inadecuada durante el período brevísimo de movilización y organización que se produjo antes y después del ataque a Pearl Harbor.»[10] El teniente coronel Dwight Eisenhower, al mando de un batallón de infantería de Fort Lewis (Washington), arengó a sus hombres con estas palabras: «Vamos a ir a la guerra. La nación va a ir a la guerra, y quiero soldados dispuestos a luchar en ella[11]». Sin embargo, semejante alarde retórico sólo sirvió para hacerlo merecedor del apodo de «Ike el Alarmista».

Muchos intelectuales despreciaban el conflicto europeo por considerarlo un enfrentamiento entre fuerzas imperialistas rivales, tal como se expresa en England expects every American to do his duty («El Reino Unido espera que todos los estadounidenses cumplan con su deber»), obra de 1937 de Quincy Howe. Les resultaba mucho más grato considerar la posibilidad de emprender una cruzada nacional contra el fascismo que la de aliarse con las viejas naciones europeas y contribuir con ello a la conservación del imperio británico y, por extensión, del francés y el neerlandés. No querían ver manchados por asociación el honor y la virtud de Estados Unidos, y se

preguntaban si una guerra librada por los vetustos conservadores británicos podía recibir la consideración de una empresa ética. La publicación de izquierda Partisan Review aseveraba: «Nuestra participación en la guerra bajo la consigna de detener a Hitler se traduciría, de hecho, en la introducción inmediata del totalitarismo en estas tierras».

William Claflin, administrador de la Universidad de Harvard, dijo a su rector: «Si Hitler va a ganar, más nos vale hacernos amigos suyos». Robert Sherwood destacó que no eran pocos los hombres de negocios convencidos —como el general Robert Wood, Jay Hormel o James Mooney— del triunfo inminente del Führer y, por lo tanto, de que «lo mejor que podría hacer Estados Unidos sería "hacer negocios" con él[12]». Durante una reunión celebrada el 22 de julio en la embajada estadounidense de Londres, los diplomáticos de más categoría convinieron en que había un 50 por 100 de probabilidades de que el Reino Unido siguiese invicto llegado el 30 de septiembre; pero este tibio voto de confianza equivalía a reconocer de forma implícita que era igual de posible que la isla de Churchill hubiese sido invadida a esas alturas. Kingman Brewster y Spencer Klaw, directores, respectivamente, de los diarios estudiantiles de Yale y Harvard, publicaron, en el número de The Atlantic Monthly correspondiente a septiembre de 1940, un manifiesto en el que se expresaba la determinación de los universitarios a no salvar a Europa de Hitler.

Como cabe esperar, los británicos leían con consternación tan desdeñosas declaraciones. Aunque su primer ministro cifraba todas sus esperanzas de hacerse con la victoria final en la beligerancia de Estados Unidos, durante el verano de 1940 la exasperación que le provocaba lo exiguo de la ayuda recibida de dicha nación fue a sumarse a la duda de que el Reino Unido pudiese siquiera confiar en quienes tomaban las decisiones en Washington. Así, el 17 de julio se opuso en estos términos a la revelación de datos confidenciales relativos a la defensa del país: «No tengo ningún interés en desvelar nuestros secretos hasta que Estados Unidos esté mucho más cerca de hacer la guerra, pues no me extrañaría que cuanto confiemos a su ejército, en el que debe de haber, por necesidad, un buen número de alemanes, llegase al poco a Berlín[13]». Sólo mudó de actitud cuando fue indispensable para garantizar la continuidad de los suministros del otro lado del Atlántico.

Roosevelt logró el apoyo de su nación en lo tocante tanto a la ayuda a los británicos como al rearme estadounidense adoptando el mismo argumento que había planteado el general John Pershing, el más célebre de los combatientes de la Primera Guerra Mundial. En consecuencia, adujo que las medidas por él propuestas, lejos de apresurar la participación en el conflicto, tenían la intención de mantenerlo alejado del territorio estadounidense. Los británicos hubieron de abonar con dinero contante cada una de las armas que

se les enviaron, hasta que, a finales de 1941, quedaron exhaustas sus reservas de moneda y de oro. Fue entonces cuando entró en vigor el pacto de Préstamo y Arriendo. El presidente presentó el acuerdo de cambiar destructores por bases firmado con el Reino Unido en septiembre de 1940 como una medida defensiva a fin de conseguir que la aceptase su pueblo, y lo cierto es que hasta el Chicago Tribune, diario partidario del aislacionismo, la recibió con los brazos abiertos. «Cualquier trato que proporcione a Estados Unidos bases navales y aéreas en regiones que conviene sumar a la zona defensiva de la nación —declaró en sus páginas— debe entenderse como un triunfo». Churchill hizo caso a las advertencias que le enviaba Washington de forma apremiante y reiterada para que no dijese en público nada que pudiese hacer pensar que los estadounidenses lucharían en Europa hasta después de las elecciones de 1940.

La derrota sufrida por la Luftwaffe en la batalla de Inglaterra propició una modificación de relieve en su postura, aunque no para hacerlos más favorables a la participación en el conflicto, sino sólo para convencerlos de que la nación de Churchill era muy capaz de resistir. «Resulta muy interesante —escribió en su diario el ministro de Guerra, Henry Stimson, aquel mes de septiembre— el modo como se ha inclinado la balanza de la opinión pública hacia la certidumbre de que, a la postre, la victoria estará del lado del R[eino] U[nido]. La atmósfera de desmoralización que imperaba hace dos meses ha desaparecido, y los informes que recibimos de la otra orilla han cambiado para adoptar un tono más optimista». Entre tanto, el pacto tripartito firmado por Alemania, Italia y Japón alimentaba el convencimiento de que el mundo estaba amenazado por un mal común, y convertía a Estados Unidos y al Reino Unido en dos de las naciones democráticas que quedaban en el planeta, y cuyo número apenas alcanzaba la docena. Una encuesta de opinión efectuada en octubre puso de relieve que la proporción de estadounidenses que apoyaban el envío de ayuda material al pueblo de Churchill, aunque tal cosa comportase riesgo de guerra, era ya del 59 por 100.

Aun así, la corriente aislacionista siguió teniendo un gran peso en las elecciones de 1940. El candidato republicano Wendell Willkie, partidario del intervencionismo en el fondo, se mostró por demás contrario a la postura beligerante durante la campaña. Roosevelt, de hecho, temió que su condición de supuesto defensor de la guerra le acarrease la derrota. El general Hugh Johnson, columnista vinculado a la compañía Scripps-Howard, escribió: «No conozco a ningún observador bien informado de Washington que no esté convencido de que, de ganar los comicios, el señor R[oosevelt] nos arrastrará a la guerra no bien se le presente la ocasión, ni de que no tardará en crear una en caso de que tarde en presentarse[14]». Un sondeo publicado por la revista Fortune el 4 de noviembre mostró que el 70 por 100 de los estadounidenses

pensaba que había al menos una probabilidad entre dos de que la nación entrase a participar en la guerra, pero si el 41 por 100 apoyaba el envío de toda la ayuda material posible al Reino Unido, sólo un 15,9 por 100 secundaba la idea de mandar soldados. Lyndon Johnson, diputado demócrata cercano al gobierno en casi todos los asuntos nacionales, empleó el aumento del gasto público en concepto de defensa para aumentar su popularidad en Texas. Aun así, se mostró contrario a la participación en la guerra de Europa, y en junio de 1940 hizo saber a sus electores: «La capacidad del pueblo estadounidense para pensar con calma y actuar con prudencia durante una situación crítica va a mantenernos alejados de la guerra[15]». Sólo cambiaría de opinión durante el verano de 1941, cuando las derrotas sufridas por el Reino Unido en el Mediterráneo lo convencieran de que Estados Unidos no podía aceptar la amenaza de una victoria del Eje.

El poder de la corriente aislacionista llevó a Roosevelt a hacer una de las declaraciones más controvertidas de su vida durante la campaña electoral de 1940: «Y voy a garantizaros algo más a vosotros, madres y padres. Lo he dicho antes y no voy a dejar de repetirlo una y otra vez: vuestros hijos no van a ser enviados a ninguna guerra extranjera». La mismísima Eleanor, su esposa, se contó entre quienes se mostraron afligidos por semejante comentario. En My Day, la columna periodística que firmaba, lo matizó de un modo significativo: «Nadie puede prometer hoy día con el corazón en la mano que habrá paz dentro o fuera de la nación: ningún ser humano puede aspirar a otra cosa que no sea asegurar que hará cuanto esté en su mano por evitar que su país tenga que participar en una guerra». De todos era conocida la propensión del presidente al hermetismo y, de hecho, al engaño. Aun así, sobre el enigma que tanto preocupaba a Churchill y al pueblo estadounidense entre 1940 y 1941 —si hubiese sido capaz de convertir a la nación en un estado beligerante más de no haber precipitado el Eje tal desenlace— no nos cabe otra cosa que especular.

El día de los comicios, 5 de noviembre de 1940, logró ser reelegido con un 55 por 100 de los votos —27,2 millones frente a 22,3—. El embajador de Estados Unidos en Irlanda, que era tío suyo, describió así la reacción de los británicos ante los resultados: «El cortés locutor de la BBC abrió el boletín informativo de las ocho de la mañana diciendo: "¡Roosevelt lo ha conseguido!". Su voz revelaba alivio y cierta exaltación». Sin embargo, las elecciones también pusieron de manifiesto que la oposición al presidente no dejaba de crecer. Humphrey Cobb, novelista y héroe de guerra del anterior conflicto, se contaba entre quienes defendieron la intervención del ejército estadounidense para «salvar a Inglaterra» en una carta abierta que vio la luz el 25 de noviembre. Sin embargo, contra quienes tal cosa propugnaban se habían congregado muchos millones de ciudadanos que compartían la

opinión de George Fisk, miembro de la Universidad Cornell para el que «ninguna guerra ha[bía] conseguido nunca los objetivos que se perseguían con ella». En el mes de diciembre, Roosevelt insistió ante el gobierno británico en la necesidad de mantener en el secreto más estricto los detalles de las transacciones armamentísticas… no por motivos de seguridad, sino por su propio interés nacional.

«Todas nuestras conversaciones giran en torno a la ayuda al Reino Unido —rezaba la carta que envió desde Nueva York el escritor Joe Dees a un amigo británico en enero de 1941—. Los estadounidenses estamos orgullosos de vuestra resistencia, ilusionados por las victorias logradas en Albania y en Libia, preocupados por la obstinación suicida de Irlanda [en mantenerse neutral], temerosos de acabar participando en la guerra, y deseosos, sin embargo, de echar una mano en todo lo que sea posible.»[16] Así y todo, Dees demostró haber entendido a la perfección la diversidad de opinión existente en su país cuando escribió aquel mismo año: «Entre mis amigos no falta quien piense que Roosevelt debería adoptar medidas más contundentes, como prestar apoyo de forma resuelta con buques de guerra estadounidenses, etc. Creen que el presidente va por detrás, y no por delante, de la nación. Pero yo estoy convencido de que, en realidad, nos está llevando a tanta velocidad como le estamos permitiendo nosotros, y con "nosotros" me refiero a ciento treinta millones de personas en los que se incluye una multitud de habitantes del Medio Oeste dedicados al cultivo de maíz y trigo, y a la cría de ganado, que aun albergando ideas contrarias al nazismo, no acaban de ver claro que los alemanes puedan atravesar el océano y llegar aquí con las fuerzas necesarias para hacernos nada. No diría yo que no sean conscientes de lo que ocurre, pues sí lo son, y mucho; pero les falta ese convencimiento que empujó a muchos a morir en España o a unirse a la Francia Libre[17]».

Los argumentos aducidos por Roosevelt para asistir al Reino Unido eran muy similares a los que más tarde invocarían los Aliados occidentales a fin de justificar la ayuda a la Unión Soviética, puesto que suministrar armas a los británicos permitía escatimar sangre estadounidense del mismo modo como la sangre soviética ahorraría no pocas vidas británicas y estadounidenses. La Ley de Préstamo y Arriendo autorizaba el envío a crédito de material bélico, y aunque sólo el 1 por 100 de la munición que emplearon aquel año las fuerzas de Churchill se había adquirido en virtud de ella, el programa estaba destinado a suministrar, en lo sucesivo, la mayor parte del alimento y el combustible que necesitaría el Reino Unido, así como buena parte de los carros de combate, los aviones de transporte y el equipo para operaciones anfibias que emplearían sus fuerzas armadas. Los británicos centraron su propia producción industrial en aviones de combate, buques de guerra,

armas y vehículos militares. Desde 1941 en adelante, dependieron casi por entero de la financiación estadounidense para costear su empresa bélica.

En el fondo fue una suerte que fracasaran los empeños ciclópeos de Churchill en persuadir a Roosevelt a que hiciese entrar en el conflicto a su nación antes del ataque de Pearl Harbor, pues en el caso poco probable de que hubiera movido guerra contra Alemania a través del Congreso sin el respaldo de su electorado, no habría logrado otra cosa que dividir a su nación. Hasta el mes de diciembre de 1941, la opinión pública mantuvo su obstinada negativa a enfrentarse a Hitler. Sin embargo, fueron muchísimos quienes se declararon a favor de emprender acciones severas contra Japón, lo que se puso de manifiesto en julio de 1941 con la inmovilización de todos sus activos y la prohibición de las exportaciones, acción decisiva a la hora de empujar a Tokio a la lucha, por cuanto el 75 por 100 de sus provisiones petroleras procedía de Estados Unidos y las Indias Orientales Neerlandesas. El embargo recibió una acogida mucho más favorable por parte de la nación de Roosevelt que la ampliación del auxilio brindado por la armada estadounidense a la batalla del Atlántico, en la que participó escoltando a los convoyes con destino al Reino Unido hasta puntos situados cada vez más hacia levante, y manteniendo alguna que otra refriega con los submarinos alemanes.

Fueran cuales fueren los deseos personales del presidente, el Congreso siguió restringiendo con tenacidad las medidas del gobierno hasta que Tokio y Berlín pusieron punto final al debate. El historiador David Kennedy ha apuntado que, dado que Alemania fue siempre el enemigo principal de las naciones democráticas, Roosevelt habría prestado un mayor servicio a los intereses de su nación previniendo el conflicto con el Japón a fin de centrarse en la destrucción del nazismo. «[C]ierta dosis de contemporización (que es otra manera de decir diplomacia) habría dado unos frutos muy valiosos», ha aseverado[18]. Derrotado Hitler, habría sido posible frustrar las ambiciones de los militaristas japoneses con un derroche mucho menor de vidas y dinero mediante la amenaza o el uso del irrefrenable poderío aliado. Sin embargo, este argumento suscita una pregunta nada baladí: la de si Roosevelt hubiese sido capaz de convencer a su pueblo para que entrara en liza con los alemanes sin mediar una provocación que lo justificase por parte de Hitler, y teniendo en cuenta que éste no parecía dispuesto a proporcionar tal excusa.

Desde que la guerra fuera declarada en 1941, y hasta el final de las hostilidades, pocos estadounidenses sentían por los alemanes la misma aversión que mostraban hacia los japoneses. No se trataba tan solo de una cuestión racial; había además una simpatía ferviente por China, que había sufrido y aún sufría terribles horrores a manos de los japoneses. La mayoría de los estadounidenses censuraban lo que el nazismo le estaba haciendo al

mundo, pero se habrían sentido poco animados, o abiertamente contrarios, a enviar tropas a Europa si Hitler no hubiera forzado la situación.

El 27 de mayo de 1941, tras la caída de Grecia y de Creta, ochenta y cinco millones de estadounidenses escucharon «preocupados, tristes y desconcertados», al decir de cierto historiador, el comunicado radiofónico en el que Roosevelt advertía a la nación de los riesgos que comportaba la victoria nazi[19]. El presidente concluyó declarando el «estado de emergencia nacional indefinido», y aunque nadie estaba seguro de lo que significaba tal cosa, todos entendieron que los acercaba un paso más hacia la guerra y aumentaba la potestad del ejecutivo. Muchas ciudades, y en particular las del sur de la nación, experimentaron entonces un auge económico a consecuencia de los programas de armamento militar y construcción naval. Aun así, el país se vio acosado por protestas obreras, pues los trabajadores se consideraban tan ajenos a los designios de su estado, y de sus patrones, como los del Reino Unido. La falta de regulación existente en la actividad minera provocó la muerte de casi mil trescientos trabajadores estadounidenses en 1940 y dejó mutilados a muchos más. Los ánimos se caldearon tanto, que las huelgas se producían con frecuencia de forma violenta. De hecho, durante una disputa habida en el condado de Harlan (Kentucky) al año siguiente murieron cuatro hombres y sufrieron heridas de gravedad doce más.

El pueblo se opuso con empeño a la idea de admitir refugiados extranjeros que huían de la persecución nazi. En junio de 1941 se prohibió la entrada al país a nadie que tuviese parientes en Alemania: los aislacionistas no se rindieron jamás. Había en Estados Unidos un poderoso grupo de presión de origen irlandés encabezado de manera estridente por el padre Charles Coughlin, panfletista y estrella radiofónica, y Roosevelt escribió el 19 de mayo de 1941 a uno de sus partidarios, James O'Connor, diputado por Montana y enemigo acérrimo del intervencionismo, en los siguientes términos:

> Estimado Jim:
>
> ¿Vais a dejar alguna vez los irlandeses de odiar a los de Inglaterra? Piensa que, si cae ésta, caerá también Irlanda. Los irlandeses tienen más probabilidades de lograr su total independencia si subsiste la democracia en el mundo que si se ve suplantada por el hitlerismo. Ven a verme si quieres que hablemos de eso algún día, pero, por favor, no te dejes llevar por rencores inmemoriales y piensa en el futuro.
>
> Atentamente[20].

D. Worth Clarke, senador por Idaho y también aislacionista, propuso en julio de 1941 demarcar en el océano los límites que no deberían traspasar los estadounidenses, ocupados en supervisar de forma pacífica su propio hemisferio (en el que incluía América Central y del Sur y Canadá): «Sería posible trazar algún tipo de plan que permitiese instaurar gobiernos títere en

los que podamos confiar para que velasen por los intereses de Estados Unidos frente a los de Alemania o de cualquier otra nación del mundo». Los medios de comunicación del Eje se recrearon en sus comentarios, que presentaron como prueba del imperialismo yanqui. Los alemanes más informados dieron por supuesta su participación en el conflicto con mayor seguridad que los británicos o, de hecho, que muchos estadounidenses. Ya en 1938, el ministro de Finanzas del Reich, Lutz von Krosigk, previo un enfrentamiento llamado no sólo a empeñarse «con medios militares», sino también «a convertirse en una guerra económica del mayor alcance imaginable». Le preocupaba en lo más hondo el contraste existente entre la precariedad económica de Alemania y la gran cantidad de recursos de que disponían sus futuros enemigos. Hitler estaba convencido de que entre éstos se contaría Estados Unidos a partir de 1942, y aunque prefería no precipitar su beligerancia, no se mostraba preocupado ante la idea, lo que en parte se debía a su escasa comprensión de la realidad económica. Habida cuenta de las divisiones internas, las evasivas y las vacilaciones que dominaban la nación, fue una suerte para la causa aliada que las decisiones que llevaron a Estados Unidos a participar en la guerra se tomaran en Tokio y no en Washington D. C.

Los dirigentes militares de Japón tomaron una determinación decisiva en 1937, año en que se embarcaron en la conquista de China. Este hecho originó posturas hostiles en todo el planeta, y se reveló como un error estratégico de primera magnitud, siendo así que, dada la descomunal extensión del país invadido, sus logros territoriales no revistieron la menor significación. Uno de sus soldados garabateó desesperado en la pared de un edificio derruido: «Por todas partes hay conflicto y muerte, y ahora yo también estoy herido. China es infinita, y en ella no somos más que gotas de agua en medio del océano. Esta guerra no tiene sentido. No voy a volver a ver mi hogar[21]». Aunque los nipones dominaron la guerra que habían declarado al régimen corrupto del generalísimo Chiang Kai-shek y a sus mal pertrechados ejércitos, sufrieron un desgaste nada desdeñable —el número de caídos había alcanzado a finales de 1941 los 185 000—. Ni siquiera el despliegue multitudinario de fuerzas —hasta 1945 permaneció en suelo chino un millón de japoneses— sirvió para propiciar un resultado definitivo, ni sobre los nacionalistas de Chiang, ni sobre los comunistas de Mao, a cuyos ejércitos combatieron, en ocasiones, a lo largo de un frente de tres mil kilómetros.

La idea que se tiene en Occidente de la guerra con Japón está dominada por las campañas del Pacífico y del Sureste Asiático. Con todo, China, y la negativa de Tokio a renunciar a las conquistas que ambicionaba allí, tuvo un

peso fundamental en el fracaso último de los nipones. Si se hubieran retirado del continente, tal vez habrían evitado entrar en guerra con Estados Unidos, por cuanto fue la agresión allí perpetrada, y la cultura homicida simbolizada por la muerte de al menos sesenta mil paisanos, cuando no muchos más, en Nankín, lo que suscitó en mayor grado la inquina y la indignación de los estadounidenses. Además, por poca que fuese la eficacia de los ejércitos chinos, la empresa bélica impuso al Japón una colosal sangría de recursos. La maldición que perdió al gobierno de Tokio fue su dominación por parte de soldados consagrados a la supuesta virtud de considerar la guerra un fin en sí mismo, que embriagados por la certeza de su virilidad marcial fueron incapaces de hacerse cargo de la dificultad que entrañaba mover guerra contra Estados Unidos, la mayor potencia industrial del planeta, invulnerable, además, a los ataques y punto menos que imposible de vencer.

Las victorias militares obtenidas por Japón llevaron a los Aliados occidentales a sobrestimar a su ejército, cosa que no habrían hecho de haberles llegado noticia de un enfrentamiento anterior, de no poca significación, que las dos partes combatientes habían tenido a bien guardar en secreto: durante el verano de 1939, las escaramuzas que habían sostenido las tropas niponas y soviéticas en la frontera que separaba Manchuria de Mongolia originaron una guerra en toda regla que se conoció como el incidente de Nomonhan[22]. Desde principios de siglo se habían alzado en Japón voces poderosas a favor de la expansión imperialista en dirección a Siberia, y tras la revolución bolchevique de 1917, de hecho, se habían apostado allí fuerzas durante un tiempo con la esperanza de poder formalizar con posterioridad reivindicaciones territoriales. Sólo se retiraron después de que las potencias occidentales decidiesen, de un modo tardío, apoyar al estado soviético, una vez estabilizado y unificado éste. En 1939, Tokio, considerando que se enfrentaba a una nación débil y vulnerable, envió al ejército a fin de poner a prueba su resolución.

Aquella aventura tuvo consecuencias desastrosas. El general Gueorgui Zhúkov lanzó una contraofensiva respaldada por fuerzas blindadas y aéreas, que se tradujo en victoria aplastante. Pese a que las cifras que se han publicado en relación con las bajas son poco fiables, lo más probable es que cada uno de los lados sufriese, cuando menos, veinticinco mil. La paz se firmó en octubre, conforme a las condiciones dictadas por Moscú. Las consecuencias estratégicas de este incidente tuvieron no poco peso a la hora de determinar el rumbo que tomaría la Segunda Guerra Mundial, pues hizo que los japoneses se opusieran en redondo a volver a atacar hacia el norte por no volver a entrar en conflicto con la Unión Soviética. En 1941, de hecho, Tokio firmó con Moscú un pacto de neutralidad que la mayor parte de sus dirigentes insistió en cumplir impulsada por el convencimiento de que los

imperios occidentales ofrecían en el Sureste Asiático objetivos más asequibles para la expansión nacional. Dieron por supuesto que Alemania ganaría la guerra europea, y desestimaron, por considerarla inaceptable, la información ofrecida por sus agregados militares en Londres y Estocolmo, que aseveraban que los germanos carecían del equipo necesario para emprender la invasión del Reino Unido. El conflicto que estaba librando el Reich en Europa fue responsable, en grado abrumador, del que emprendió en Asia Japón, pues éste no se habría atrevido a atacar si no hubiese creído en lo inminente de la victoria hitleriana.

En virtud del pacto tripartito que firmó en Tokio con Alemania e Italia el 27 de septiembre de 1940, los estados signatarios se comprometían a brindar su asistencia a cualquiera de las partes que fuese atacada por una nación no participante en la guerra de Europa. Esta medida estaba destinada a disuadir a Estados Unidos de seguir presionando a Japón, y lo cierto es que fracasó por entero, pues aquél, que profesaba una hostilidad implacable al imperialismo nipón en China, le impuso más sanciones aún. En respuesta, los japoneses optaron por atacar hacia el sur. Se aprestaron para tomar las mal defendidas posesiones de los occidentales en el sureste en una serie de operaciones relámpago que obligó a Estados Unidos a dar su consentimiento desalojando a sus fuerzas del Pacífico occidental.

A mediados de 1941, los militares de Japón bosquejaron la estrategia a la que, con no poco optimismo, asignaron el título de «Plan de operaciones destinadas a acabar con la guerra con Estados Unidos, el Reino Unido, los Países Bajos y Chiang Kai-shek». En un primer momento albergaban la intención de «aguardar el momento oportuno en la situación bélica de Europa, en particular el derrumbamiento del Reino Unido, el fin del conflicto germanosoviético y el buen éxito de nuestros designios respecto de la India». El emperador Hirohito estudió el documento y sentenció: «Entiendo que vais a tomar Hong Kong después de Malasia; pero ¿y las concesiones extranjeras en China?»[23]. Su Majestad imperial recibió garantías de que se capturarían dichas propiedades europeas. Tokio, sin embargo, no vio cumplidas sus esperanzas de diferir la declaración de guerra hasta haberse culminado la victoria de Alemania. Este error de cálculo fue casi tan garrafal como la mala interpretación que hicieron los nipones del carácter de su enemigo. Con la notable excepción de un puñado de oficiales ilustrados como el almirante Isoroku Yamamoto, comandante en jefe de las fuerzas navales, los japoneses tenían al estadounidense por un pueblo poco belicoso y degenerado en extremo al que no sería difícil obligar a negociar la paz tras una serie de asaltos devastadores.

Las acciones que emprendieron antes del ataque a Pearl Harbor tuvieron un carácter vacilante e incoherente. En 1940, Tokio envió soldados y aviones a

la Indochina francesa, y el régimen de Vichy se vio obligado a dar su consentimiento. A continuación, cortó la ruta de abastecimiento que iba de dicha península a China a fin de hacer mayor la presión ejercida sobre Chiang Kai-shek. El objetivo principal que se había fijado Japón en el Sureste Asiático era el petróleo de las Indias Orientales, al que seguía siendo imposible acceder por causa de la negativa del gobierno neerlandés exiliado en Londres. Durante un tiempo, los generales nipones albergaron la esperanza de poder circunscribir su agresión a las colonias europeas y evitar los dominios estadounidenses de las Filipinas. Sin embargo, en los primeros meses de 1941, los comandantes navales del Japón convencieron a los del ejército de tierra de que la beligerancia de Estados Unidos era inevitable en caso de efectuarse cualquiera de los ataques al sur que se habían diseñado. Los responsables de planificación se ocuparon, pues, en proyectar una serie de arremetidas rápidas destinadas a echar abajo las magras defensas de Malasia, Birmania, Filipinas y las Indias Orientales Neerlandesas y crear allí nuevas realidades cuyo desmantelamiento resultase demasiado costoso a Estados Unidos.

Los cálculos de los militaristas japoneses estaban condicionados por su vanidad, el fatalismo —la doctrina de lo inevitable, expresado en la frase shikata ga nai— y la ignorancia de cuanto caía fuera de Asia. Sus soldados poseían una resistencia física notable y una disposición no menor al sacrificio; el ejército contaba con apoyo aéreo de calidad, aunque adolecía de una escasez grave de carros de combate y artillería, y la capacidad industrial y científica del país era demasiado exigua para sostener un conflicto prolongado con Estados Unidos. Alemania y Japón, además, no llegaron a coordinar en serio sus estrategias ni objetivos, lo que se debió en parte a que tenían pocos en común, fuera de la derrota de los Aliados, y en parte a la distancia geográfica que los separaba. Los principios raciales de Hitler lo llevaron a evitar asociarse con los japoneses, y a reconocerlos como aliados sólo a regañadientes. No es impensable que, de haber atacado éstos hacia poniente la Unión Soviética después de la invasión alemana de junio de 1941, hubieran inclinado la balanza en contra de Stalin y propiciado, en consecuencia, la victoria del Eje, amén de retrasar, cuando no evitar del todo, un enfrentamiento decisivo con Estados Unidos. El ministro de Asuntos Exteriores, Yosuke Matsuoka, que defendía esta opción, dimitió cuando la rechazaron sus compañeros de gobierno.

Sin embargo, aunque las conquistas asiáticas logradas por Japón entre 1941 y 1942 sorprendieron y horrorizaron a las potencias occidentales, lo cierto es que éstas no ignoraban que eran reversibles en caso de lograrse la derrota alemana. Ni en Londres ni en Washington dudaba nadie que la de vencer a aquél constituía una labor larga y muy dificultosa, en parte debido a las distancias que había que salvar para llevarla a término. Sin embargo, de

los estrategos dotados de cierta sensatez —entre quienes se contaba, sin lugar a dudas, el almirante Yamamoto— eran pocos quienes dudasen de que la victoria postrera de Estados Unidos sería inevitable si no se lograba abatir la voluntad nacional con las primeras derrotas. Dado que Japón no podía invadir Estados Unidos, resultaba poco probable que el poderío de éste pudiese desmoronarse ante una nación que poseía el 10 por 100 de su capacidad industrial y cuya existencia dependía de las importaciones.

Los japoneses dieron un paso preliminar fundamental hacia la invasión de Malasia ocupando toda la vecina Indochina a finales de julio sin resistencia por parte de Francia. El 9 de agosto, Tokio tomó de forma definitiva la resolución de no agredir a la Unión Soviética, cuando menos en 1941. Llegado el mes de septiembre, el pensamiento nipón estaba dominado por la nueva realidad del embargo petrolero de Estados Unidos, prueba de la resolución de Roosevelt por más que existan indicios que hagan pensar que el presidente no se hizo cargo de cuanto implicaba. Tokio concluyó que no tenía más opción que doblegarse a las exigencias estadounidenses, de las cuales ninguna le provocaba tanta repulsión como la de abandonar China, o atacar enseguida. El emperador Hirohito instó a su gobierno a agotar primero la vía diplomática, y su primer ministro, el príncipe Konoe, propuso, por consiguiente, reunirse con Roosevelt. Washington, sin embargo, rechazó tal cosa por considerarla poco más que un subterfugio. El 1 de diciembre, la asamblea imperial, reunida en Tokio, confirmó la decisión de luchar. El general Hideki Tojo, ministro de Guerra, que había asumido el puesto de primer ministro el 17 de octubre, declaró: «Nuestro imperio se encuentra en el umbral que separa la gloria del olvido». Con tamaña crudeza concebían los militares nipones las opciones de que disponían en aquel momento y a las que los empujaba el derecho de dominar Asia que, a su parecer, los asistía. Con todo, hasta Tojo hubo de reconocer que resultaba inviable la victoria absoluta sobre Estados Unidos, por lo que él y su gabinete centraron su atención en lograr una serie de triunfos bélicos que les permitieran negociar las condiciones de la paz.

Los japoneses acometieron su ataque a Pearl Harbor y el asalto al Sureste Asiático el 7 de diciembre de 1941, veinticuatro horas después de que emprendieran las fuerzas de Stalin la contraofensiva con que salvaron Moscú. Aún habrían de pasar muchos meses para que los Aliados occidentales empezaran a darse cuenta de que la Unión Soviética tenía posibilidades de subsistir. Sin embargo, si los emisarios japoneses hubiesen entendido mejor el estado de ánimo imperante en Berlín, si no hubieran estado tan cegados por la admiración que profesaban a los nazis y, por lo tanto, hubiesen comprendido la gravedad de la situación en que se hallaban en el este, el gobierno de Tojo habría vacilado en desatar la vorágine. Desde nuestros días

es evidente que Japón no podía haber elegido un momento peor, cuando había pasado ya la mejor ocasión de explotar la debilidad de sus víctimas. Uno de sus mayores errores fue el de suponer que Tokio podía poner coto a la guerra que estaba provocando, sobre todo al mantenerse alejado del enfrentamiento entre alemanes y soviéticos. En realidad, una vez transformado en verdaderamente mundial el conflicto europeo y humillados sus enemigos occidentales, los únicos resultados posibles eran la victoria absoluta o la total derrota. Japón basó su ataque en cálculos introspectivos, centrados en sí mismo en mayor grado aún de lo acostumbrado en el caso de las naciones-estado, y en una ignorancia asombrosa de la realidad geopolítica.

La escasa protección de las bases estadounidenses en el Pacífico sigue sorprendiendo a quien la considera desde el presente. Desde el mes de noviembre se dieron sobrados indicios de cuáles eran las intenciones de Tokio, en particular a través del desciframiento de comunicaciones diplomáticas. Lo único que dudaban tanto en Washington como en Londres era cuáles podían ser sus objetivos. No hay historiador serio que no rechace por absurda la tesis propuesta por el público más dado a las teorías conspiratorias, según la cual el presidente Roosevelt permitió al enemigo caer por sorpresa sobre Pearl Harbor; aunque lo cierto es que no deja de ser extraordinario que su gobierno y sus jefes de estado mayor no fueran capaces de garantizar que la base de Hawái y otras más cercanas a Japón estuvieran prevenidas. El 27 de noviembre de 1941, Washington envió el siguiente cablegrama a todas las bases del Pacífico: «El presente comunicado debe tenerse por una advertencia de guerra. En los próximos días se espera una iniciativa de ataque por parte de Japón… Tomen las medidas defensivas que consideren oportunas». Los comandantes de las distintas bases, sin embargo, actuaron con una dejadez extraordinaria al respecto. El 7 de diciembre, en Pearl Harbor, los cajones de munición antiaérea seguían guardados bajo llaves que obraban en poder de los oficiales de servicio.

Uno de los rasgos más conspicuos de la guerra fueron los cambios espectaculares que experimentaron diversas circunstancias y fueron a debilitar a los agredidos. Los británicos y los franceses en mayo de 1940, los soviéticos en junio de 1941 y aun los alemanes en junio de 1944, fecha del desembarco de Normandía —por citar sólo los ejemplos más señalados—, tenían motivos de sobra para prever un ataque enemigo, y, no obstante, respondieron de forma inadecuada cuando se produjo. A los mandos superiores —dejemos a un lado a sus humildes subordinados— les resultó difícil adoptar un espíritu combativo hasta que los bombardeos dejaron de ser una mera posibilidad para trocarse en realidad. No cabe dudar de que el almirante Husband Kimmel y el teniente general Walter Short, comandantes,

respectivamente, de las fuerzas navales y de tierra que guarnecían Pearl Harbor, actuaron con gran negligencia; pero tampoco debemos olvidar que la falta de imaginación de que dieron muestra era un mal común que afectaba tanto a los mandos del ejército estadounidense como a la Casa Blanca; un mal que tuvo consecuencias graves en los ánimos del pueblo norteamericano.

«Nos dejó pasmados tanta devastación —escribió uno de los marinos del portaaviones Enterprise, que tuvo la fortuna de aportar en la base la tarde del 8 de diciembre, al día siguiente de la incursión japonesa—. Uno de los acorazados, el Nevada, estaba puesto de través en la bocana, varado de proa, y no nos resultó fácil pasar por la angostura que había dejado… El agua estaba llena de combustible, todavía no se habían extinguido los incendios, las embarcaciones descansaban sobre el lodo del fondo y muchos puentes se habían venido abajo. Algunas presentaban agujeros tremendos por haberles estallado la santabárbara, y había humo por todas partes. Los que habíamos tenido por invencibles aquellas moles marinas contemplábamos semejante espectáculo sin llegar a comprenderlo… como dolientes en un funeral grandioso.»[24]

El ataque a Pearl Harbor causó no poco regocijo entre las naciones del Eje. El teniente nipón Izumiya Tatsuro escribió exultante acerca de «la espléndida noticia de la incursión aérea a Hawái[25]». La estrechez de miras de Mussolini también lo llevó a regodearse, pues consideraba estúpidos a los estadounidenses y, como Hitler, tenía Estados Unidos por «un país de negros y judíos[26]». Aun así, por fortuna para la causa aliada, la vulnerabilidad que hicieron patente estos últimos en Hawái tuvo como contrapartida el asombroso apocamiento que tantas veces manifestarían los japoneses durante el conflicto del Pacífico. En efecto, no faltaron las ocasiones en las que su flota perdiese todo su empuje después de haber luchado hasta quedar a un paso de la victoria. El almirante Chuichi Nagumo se sorprendió ante el éxito de sus propias aeronaves tras hundir seis acorazados estadounidenses durante los ataques de aquel domingo por la mañana. Entre sus oficiales, hubo algunos que instaron a efectuar una segunda incursión contra los depósitos de combustible y los talleres mecánicos de Pearl Harbor. Tal acción habría topado con una resistencia escasa, puesto que casi todos los cazas del enemigo habían quedado destruidos estando aún en tierra, y habría obligado a la flota del Pacífico a retirarse a la costa occidental de Estados Unidos. Sin embargo, Nagumo optó por retirarse, y en consecuencia, su nación apenas obtuvo una victoria táctica modesta a cambio de los frutos de una metedura de pata de proporciones épicas en el plano de lo psicológico, pues aquel 7 de diciembre de 1941, Estados Unidos tomó la determinación inquebrantable de no salir de aquel conflicto sin haber logrado la victoria total. La leyenda de aquel «día de infamia» lo unió en calidad de nación beligerante como no

podría haberlo hecho ninguna otra provocación de menor envergadura.

Winston Churchill llevaba meses temiendo que Japón pudiese atacar sólo a las posesiones de Europa en Asia, lo que habría supuesto al Reino Unido la obligación de enfrentarse a un enemigo más sin ganarse el apoyo de Estados Unidos en calidad de aliado, y Hitler entre tanto se veía acosado por una duda análoga, pues recelaba que los estadounidenses entraran en guerra con Alemania sin que Japón abandonase su condición neutral. Siempre había albergado la intención de combatir al pueblo de Roosevelt después de completar la destrucción de la Unión Soviética, y en diciembre de 1941 no dudó en seguir el camino trazado por los japoneses, con la esperanza extravagante de que la flota de Hirohito aplastaría a la de Estados Unidos. Cuatro días después de la agresión a Pearl Harbor, llevó aún más allá la locura que supuso aquel ataque al declarar la guerra a Roosevelt, a quien liberó así de la incertidumbre que lo atenazaba respecto a si el Congreso estaría de acuerdo en combatir a Alemania. John Steinbeck escribió a un amigo: «Con independencia de lo que haya logrado desde el punto de vista estratégico, el ataque ha sido un verdadero fracaso porque ha unido a la nación. Aun así, vamos a perder un buen número de naves, al menos por el momento[27]».

A lo largo de 1941, la revista británica Ladies' Home Journal había publicado una serie fascinante de apuntes biográficos de estadounidenses de todas las clases sociales bajo el título común de How America lives[28]. Hasta el mes de diciembre, la amenaza de la guerra apenas incidió en las vidas de los retratados: aunque los había que sufrían dificultades económicas y un número muy reducido reconocía hallarse en la pobreza, los más se mostraban satisfechos con su suerte, y tal circunstancia explica la consternación que supuso, tras el incidente de Pearl Harbor, ver echado por tierra el mundo que conocían, malogrados sus sueños y rotas sus familias. Mary Carson Cookman, directora de la publicación, escribió un epílogo en el que reflexionaba sobre las semblanzas aparecidas en meses anteriores y sobre las nuevas circunstancias en que se veían inmersos los estadounidenses. «La guerra —decía— está cambiando las condiciones vitales de todo el planeta; pero… las de Estados Unidos son gentes de bien que, por sorprendente que resulte, no piden gran cosa a la vida. Lo que tienen es, para ellos, valiosísimo… Están dispuestos a trabajar por lo que desean conseguir: no quieren ni esperan que se les dé porque sí… Con lo que tenemos podemos seguir adelante, pero tendría que ser mejor, debería mejorar y lo va a hacer.»[29]

Por más que se trate de una afirmación trillada del sueño estadounidense, lo cierto es que expresa con no poca propiedad el estado de ánimo dominante en el país en el momento de sumarse a las hostilidades. Aunque habrían de

pagar por ellas menos que ninguna otra de las naciones beligerantes. De hecho, la explosión económica que originó la guerra los llevó a salir de ella mucho más ricos que cuando entraron. Sin embargo, la sensación de atropello que provocó en muchos el ver sus tranquilas existencias invadidas y saqueadas por la vileza ajena no se extinguió con facilidad. Como ya había ocurrido a cientos de millones de europeos, descubrieron el dolor que suponía ver a sus seres queridos y a sus vecinos abandonar su hogar para enfrentarse a la muerte. Elizabeth Schlesinger escribió estas líneas acerca del momento en que se despidió de su hijo Tom, alistado en el ejército: «Sabía inevitable su partida desde lo de Pearl Harbor, aunque no me había atrevido a pensar en ello de forma consciente. En realidad, no soy más que una entre millones de madres amantes que ven marchar a sus hijos a la guerra, y sé que mis sentimientos no son sólo míos, sino universales. Me he hecho a la idea de que voy a tener que vivir con ello muchos meses y tal vez años. Tom me ha dicho: "¡Vaya! Yo creí que te ibas a poner más triste cuando tuviese que irme", y la verdad es que sabe muy poco de lo que significa para mí su ausencia y de la inmensurable inquietud que atormenta mis pensamientos[30]».

Sigue sin ser fácil determinar si Estados Unidos hubiese participado en el conflicto de no haber mediado el ataque a Pearl Harbor. Por decirlo con las palabras de John Morton Blum: «La guerra no fue ni una amenaza ni una cruzada, sino, como afirmó Fortune, "una necesidad dolorosa, sencillamente"… Los estadounidenses no vieron jamás al enemigo dentro de su nación: no compartieron ni quisieron compartir los desastres que se estaban viviendo en Europa y Asia[31]». Pese a las exuberantes declaraciones de patriotismo que siguieron al «día de la infamia», fueron muchos los ciudadanos que vieron con resentimiento la necesidad de aceptar siquiera una parte modesta de las privaciones que habían caído sobre la mayor parte de las naciones del planeta. A principios de 1942, Arthur Schlesinger viajó al Medio Oeste durante la visita a las bases militares que hizo en nombre del Departamento de Información Bélica. «Llegamos —recordaba— cuando todos se estaban quejando por el racionamiento de gasolina, y nos resultó muy deprimente. Nadie oculta su aversión al gobierno.»[32]

Por suerte para la causa de los Aliados, sin embargo, los responsables de la nación se condujeron en este trance extremo con no poca fortaleza y pericia. Durante la reunión celebrada con Churchill a finales del mes de diciembre de 1941, Roosevelt y su gabinete confirmaron el compromiso provisional de dar prioridad a la guerra contra Alemania al que habían llegado éstos en conversaciones anteriores. Los preparativos militares y navales que había hecho la nación desde 1939 —y entre los que destaca el Plan Naranja, convertido más tarde en Arco Iris 5— incluían la posibilidad de

combatir en dos frentes al mismo tiempo. El ejército dio por hecho —y no se equivocó— que un conflicto así no podría ganarse «sobre todo mediante acciones navales», y que sería necesario crear y destinar a ultramar una cantidad ingente de fuerzas terrestres. «El imperio británico —escribió el almirante Harold Stark al Secretariado de la Armada el 12 de noviembre de 1940— carece del número de efectivos y de los medios materiales necesarios para imponerse sobre Alemania, y precisa, por lo tanto, de la ayuda de un aliado poderoso que le proporcione tanto soldados como munición y otras provisiones». Previendo la contingencia de que el Reino Unido perdiese Malasia en caso de un ataque japonés, quien tal cosa afirmaba proponía imponer el bloqueo a Japón, medida que lo haría en extremo vulnerable a causa de su dependencia absoluta de las importaciones, y a continuación librar una guerra de alcance limitado en Oriente a tiempo que se enviaba a Europa un número considerable de fuerzas de tierra y aire.

Los jefes de estado mayor de Estados Unidos reconocieron que Alemania representaba, con diferencia, la mayor amenaza, pues los japoneses, pese al poderío militar y naval que poseían para agredir a las regiones más cercanas, no suponían peligro alguno para la metrópoli británica ni para la estadounidense. De las naciones anglosajonas blancas, la única que se encontraba, tal vez, al alcance de las fuerzas de Tokio era Australia, y tal hecho desató entre sus políticos no pocas protestas relativas a la falta de disposición del Reino Unido a enviar un contingente nutrido para su defensa. Llegado el momento, si bien se respetaron, en un sentido amplio, los principios propuestos por Stark, el poderío de que dio muestras la Unión Soviética al mantener a raya a la Wehrmacht —cosa que nadie habría sospechado siquiera en diciembre de 1941— alteró, en cierta medida, la balanza de los compromisos bélicos de Estados Unidos. Si bien el ejército que envió éste a Europa a la postre fue nutrido, lo cierto es que distaba mucho de contar con la fuerza que hubiese sido necesaria de haber tenido que representar los Aliados occidentales un papel mayor en la derrota de Alemania. De esto se desprende que, una vez que quedaron de manifiesto la supervivencia y la capacidad para el combate de los soviéticos, los jefes de estado mayor estadounidenses se vieron en situación de derivar un número significativo de fuerzas al Pacífico antes de lo previsto, medida tan aceptable en lo estratégico como conveniente en lo político, siendo así que, por el momento, el pueblo profesaba una hostilidad mucho mayor a Japón que a Alemania.

Geoffrey Perrett ha observado que, aunque no para encajar una noticia como la del ataque de Pearl Harbor, Estados Unidos sí estaba preparado para entrar en guerra[33]. Esto sólo es cierto en la medida en que la nación había emprendido un proceso de construcción naval a gran escala. Durante la

semana siguiente a la agresión, los astilleros estadounidenses botaron trece buques de guerra y nueve mercantes, precursores de la ingente armada que se hallaba ya en vías de creación en los arsenales del país y que se echaría al agua a lo largo de los dos años siguientes: 15 acorazados, 11 portaaviones, 54 cruceros, 193 destructores y 73 submarinos. Aun así, tanto el gobierno británico como el estadounidense, si no la opinión pública de sus naciones, sabían que aún habría que esperar mucho antes de que las fuerzas terrestres de poniente estuvieran en condiciones de enfrentarse a Alemania en el continente. La Unión Soviética debería seguir asumiendo el grueso de la lucha contra la Wehrmacht durante años, pues aun cuando los Aliados occidentales fuesen capaces de acometer un desembarco anticipado en Francia destinado a desviar las fuerzas del enemigo, sus ejércitos seguirían siendo relativamente poco numerosos hasta 1944.

Por ende, a diferencia de algunos de sus mandos militares, Roosevelt y Churchill aceptaron la necesidad de emprender operaciones menores, sólo imaginables en el Mediterráneo, con las que hacer ver a sus pueblos respectivos que estaban cobrando impulso. Las incursiones de sus bombarderos sobre Alemania irían ganando fuerza a medida que fuesen produciéndose los aviones necesarios, y, sin embargo, habida cuenta de que el frente decisivo seguía siendo el oriental, nada era tan prioritario como el envío de ayuda a la Unión Soviética. Aun cuando las cantidades de material que pudieron embarcarse con tal destino fueron modestas hasta 1943, tanto Washington como Londres eran conscientes de la importancia que revestía cualquier gesto que pudiera disuadir a Stalin de negociar la paz por separado. El temor de los estadounidenses a que fuera vencido el Ejército Rojo, o cuando menos obligado a parlamentar con Hitler, no dejó de planear sobre las relaciones de los Aliados hasta finales de 1942.

Entre tanto, en Oriente, la iniciativa estaba en manos de los japoneses, que destinaron un número formidable de fuerzas a combatir por tierra, mar y aire. «Nosotros, los nipones —aseveraba el manual de campo que se distribuyó entre los soldados de Hirohito al tiempo de sumarse a la empresa de atacar a los imperios occidentales—, herederos de dos mil seiscientos años de historia gloriosa, nos hemos alzado, en respuesta a la confianza que en nosotros ha depositado Su Majestad el comandante en jefe, en pro de la causa de los pueblos de Asia, y hemos acometido esta labor noble y solemne, llamada a mudar el curso de la historia universal… La Restauración Showa, que colmará los deseos de Su Majestad imperial de ver instaurada la paz en el Extremo Oriente y Asia liberada, descansa por entero sobre nuestros hombros». Tras devastar los acorazados de la flota estadounidense del Pacífico, cumplieron su antigua ambición de apoderarse de las Filipinas, que dependían de Estados Unidos, y de los ingentes recursos naturales de las

Indias Orientales Neerlandesas —la moderna Indonesia—, la británica Hong Kong, Malasia y Birmania. A la vuelta de cinco meses, y sin topar con demasiada resistencia, lograron crear un imperio que, aun resultando ser el más efímero de la historia, llevó al Sol Naciente a oscurecer el horizonte a lo largo de una vasta extensión de la masa continental asiática y del paisaje marino del Pacífico.

9

La estación triunfal de Japón

I. «Supongo que van a echar ustedes a esos hombrecillos»

Fueron muchos los nipones que acogieron de grado el estallido de la guerra por entender que ofrecía a su nación la única salida honorable posible del bloqueo. El novelista Dazai Osamu, por ejemplo, afirmó estar «deseando hacer papilla a esos estadounidenses brutales e insensibles[1]». Sin embargo, nos engañaríamos de medio a medio si imaginásemos a la sociedad de quien tal cosa aseveraba como un conjunto monolítico. El teniente general Kuribayashi Tadimichi, que había vivido dos años en Estados Unidos, expresó, en carta remitida a su esposa, su oposición a la idea de desafiarlo en el campo de batalla: «Su poderío industrial es considerable, y sus gentes, enérgicas y adaptables. No deberíamos subestimar nunca su capacidad para el combate». Por su parte, Sasaki Hachiro, de dieciocho años, se preguntaba en su diario: «¿Cuántos van a conocer de veras una "muerte trágica" en esta guerra? A mí no me cabe duda de que son más las muertes cómicas que se disfrazan de tales… Las muertes cómicas no comportan ningún género de goce por la vida: están preñadas de agonía sin sentido ni valor algunos[2]». Un tiempo antes se había resignado a entregarse a su propia extinción, y se había alistado voluntario en las fuerzas aéreas con la determinación, casi explícita, de cumplir con su destino —con el shikata ga nai—, cosa que hizo a la postre. Aun así, jamás mermó el desprecio que sentía por los militaristas de su nación, y, de hecho, convenció a su hermano menor para que estudiara

ciencias y evitase, así, ser reclutado. De ese modo, al menos uno de ellos sobreviviría.

Hayashi Tadao, coetáneo suyo, también adoptó una postura fatalista opuesta al conflicto. Su diario está lleno de expresiones de repulsión respecto a su propio país. «Japón —se preguntaba—, ¿por qué no puedo amarte y respetarte?… Me invade la sensación de tener que aceptar el sino de mi generación de luchar y morir en la guerra… Se nos exige que acudamos al campo de batalla sin dejarnos siquiera dar nuestra opinión, analizar la situación ni hacer ver en qué estamos de acuerdo y en qué no… es una gran tragedia.»[3] Las victorias obtenidas por los nipones en el campo de batalla entre 1941 y 1942 ante una resistencia occidental punto menos que insignificante llevó a ambos lados a sobrestimar el poder de aquéllos. Del mismo modo que Alemania carecía de la fuerza suficiente para derrotar a la Unión Soviética, Japón era demasiado débil para sostener sus conquistas asiáticas si los occidentales no consentían los primeros reveses. Pero este hecho, como tantos otros, resulta mucho más evidente hoy que hace setenta años, durante aquel período de triunfos.

Hasta el mes de diciembre de 1941, el ritmo lento, bochornoso y regalado que caracterizaba la vida de las colonias asiáticas apenas se había visto interrumpido por cuanto estaba ocurriendo en Europa. La teniente Earlyn Black, enfermera, se contaba entre los miles de expatriados que disfrutaban de una existencia cómoda y elegante en el dominio estadounidense de las Filipinas, rodeados de sirvientes sumisos. «No había noche —recordaba— que no nos vistiésemos de largo para cenar. Los hombres iban de esmoquin y faja. Era un estilo de vida muy formal. Hasta para ir al cine nos poníamos nuestras galas.»[4] A la teniente Hattie Brantly, también del cuerpo sanitario, le costó trabajo hacerse a la idea de que estuviesen en guerra con Japón. «Sonaba a chiste —aseguraba esta joven de veinticinco años procedente de Jefferson (Texas)—. La enfermera jefe siempre decía en el salón de oficiales: "Chicas, coged otra galletita, que os va a hacer falta cuando nos ataquen los japoneses"… Nosotras nos reíamos felices, sin pensar demasiado en ello.»[5]

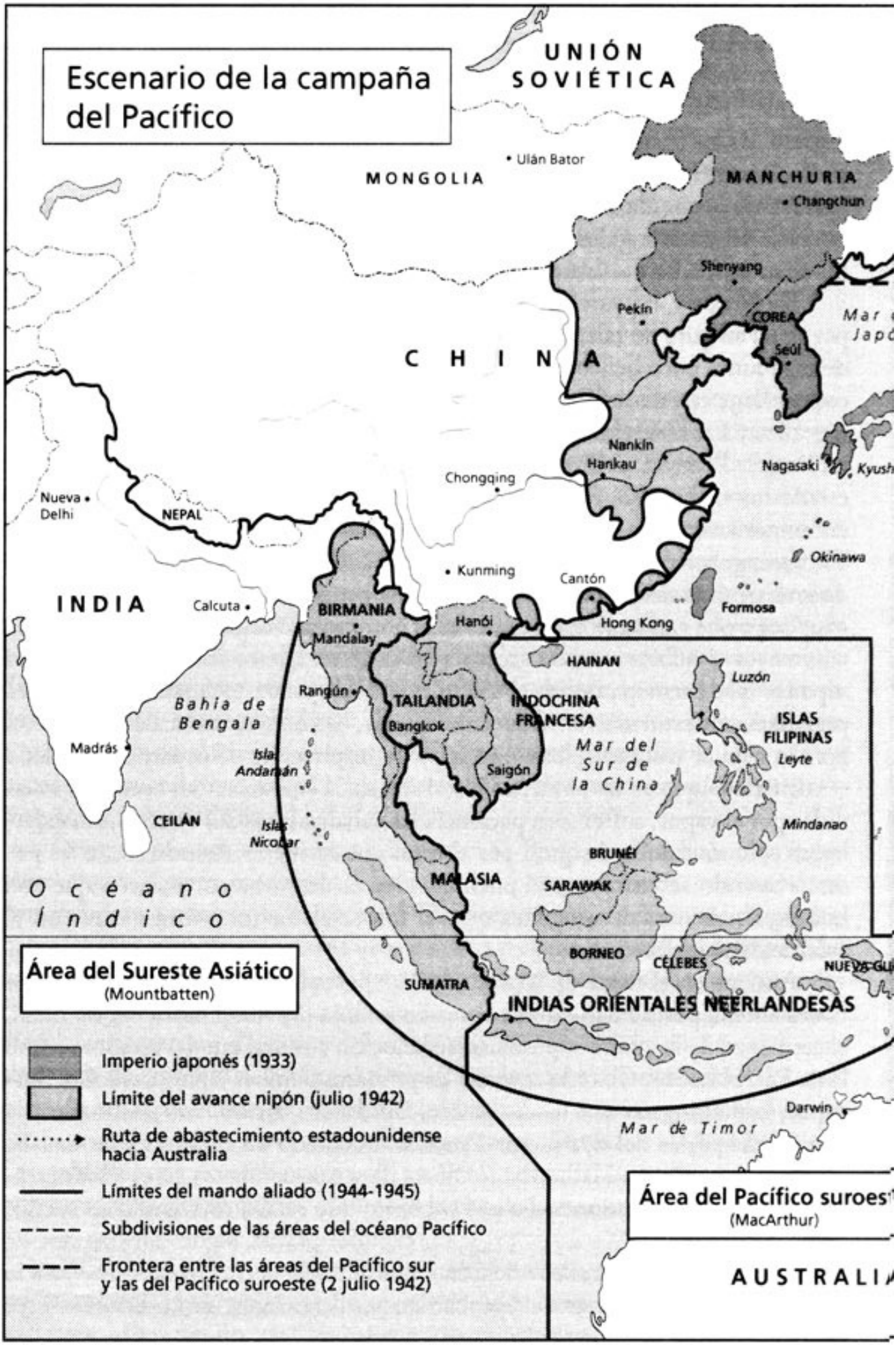
De igual manera, en la colonia británica de Singapur, Val Kabouky, ingeniero checo experto en motores, hablaba de «pompeyanos de nuestros días» para referirse a quienes la habitaban[6]. Después de más de dos años de guerra, había 31 000 europeos representando aún una parodia de privilegios imperiales entre una población de cinco millones de malayos y chinos. Los occidentales recién llegados que deseaban aprender lo más necesario de la lengua local podían hacerse con un diccionario fraseológico titulado Malay for Mems (forma abreviada de memsahibs, que era el título aplicado a las

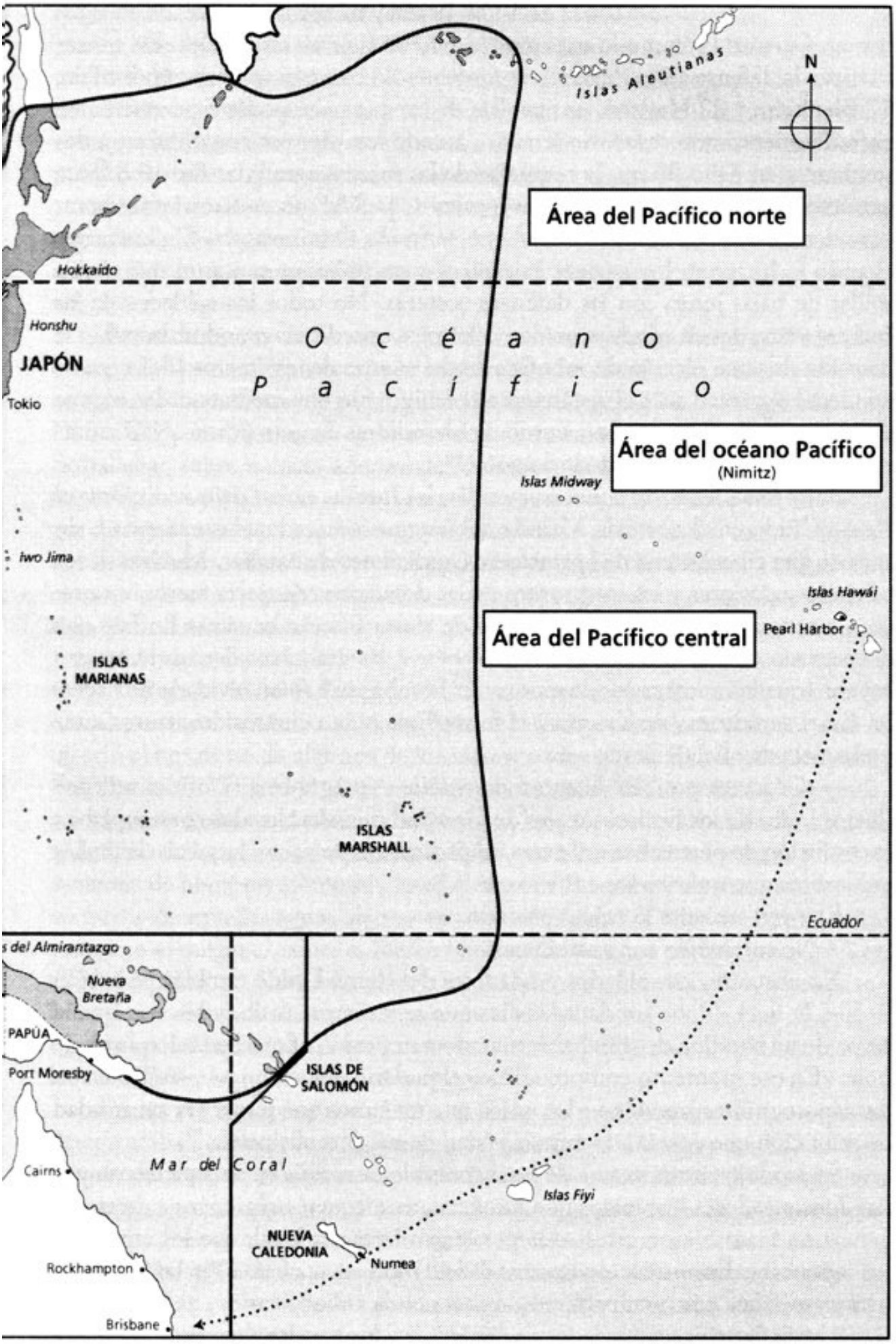
mujeres blancas). La mayoría de las expresiones que recogía era de carácter imperativo: «Coloca la red (de la pista de tenis)»; «Debes seguir a la señora»; «Dispara a ese hombre», etc. Los soldados que desembarcaron allí en 1941, australianos en su mayoría, manifestaron el disgusto que les produjo el hecho de verse excluidos de los círculos sociales de los colonos. A los indios no se les permitía subir a los vagones de ferrocarril que ocupaban los británicos, ni tampoco a entrar en sus clubes. En el regimiento de Hyderabad estalló un motín cuando se expulsó a cierto oficial indio por haber tenido trato sexual con una mujer blanca. Pese a que fue restituido y se echó tierra sobre el asunto, el rencor que había provocado no cayó en el olvido[7]. Lady Diana, esposa del ministro del Reino Unido, Duff Cooper, calificó con desdén aristocrático las pretensiones de los expatriados británicos de «endebles, putescas y pueblerinas[8]». El entusiasmo que expresaba ella misma respecto de los encantos turísticos de Singapur resulta extravagante si se piensa en la catástrofe que se estaba desplegando más al norte: «En cada calle se desarrolla, ante la mirada del paseante, toda la vida artesana de esas gentes orientales: unos fabrican ataúdes, otros pintan farolillos y otros, muchísimos, afeitan a sus clientes. Yo no me canso nunca de deambular y saborearlo todo».

En Malasia, las autoridades militares y civiles del Reino Unido revelaron por igual su falta de talento. El imperio parecía poseer una fuente inagotable de espadones poco belicosos. El mariscal del aire sir Robert Brooke-Popham, comandante en jefe del Extremo Oriente hasta finales de 1941, tenía sesenta y tres años y había servido en calidad de gobernador de Kenia; el teniente general Arthur Percival, comandante del ejército, llevaba lustros aposentado en el estado mayor cuando, en realidad, debía su magra experiencia operativa a un enfrentamiento con los insurgentes irlandeses del Sinn Féin, y sir Shenton Thomas, gobernador de la colonia, había hecho saber a los generales mientras desembarcaban los japoneses en el norte, a primera hora del 8 de diciembre: «Supongo que van a echar ustedes a esos hombrecillos». Su desdén habría sido aún mayor si hubiese tenido acceso a las órdenes que recibieron los soldados nipones que participaron en el asalto, y en las que se incluían instrucciones pragmáticas destinadas a evitar constipados, ardores estomacales y mareos, para lo cual se recomendaban ejercicios de respiración. «Recuerde el soldado —requería— que en las cubiertas inferiores de la embarcación, oscuras e invadidas por el vapor, sufren con paciencia las cabalgaduras del ejército, sin exhalar un solo murmullo de queja por el trato que reciben». Asimismo, se les pedía: «Cuando se enfrenten al enemigo tras el desembarco, piensen que son hombres sedientos de venganza que, al fin, se encuentran cara a cara con el asesino de su padre».

Aunque en el norte de Malasia había apostadas tropas británicas y

coloniales ante la posibilidad de una agresión anfibia nipona procedente de Siam, el comienzo de la guerra supuso una conmoción cultural tan devastadora como la de Pearl Harbor. Cuando cayeron las primeras bombas japonesas sobre Singapur, la madrugada el 8 de diciembre, Bill Reeve, australiano destinado a la sala de máquinas del destructor Vendetta, ancorado en el puerto, se hallaba dormido en su litera. Había vivido meses de serios combates en el Mediterráneo, y al oír las explosiones dio por supuesto que estaba reviviendo en sueños dicha experiencia: «Me dije: "¡Si serás capullo! ¡Anda, sigue durmiendo!"[9]». Sin embargo, la violenta sacudida de una explosión vecina lo hizo volver a la realidad. Con todo, durante el bombardeo permanecieron encendidas las luces de todas las calles de la ciudad.


Escenario de la campaña del Pacífico
UNIÓN SOVIÉTICA
MONGOLIA
Ulán Bator
MANCHURIA
Changchun
Shenyang
Pekín
COREA
Seúl
Mar de Japó
CHINA
Nankín
Hankau
Nagasaki
Kyush
Chongqing
Nueva Delhi
NEPAL
Okinawa
Kunming
Cantón
INDIA
Calcuta
BIRMANIA
Mandalay
Hanói
Hong Kong
Formosa
HAINAN
Luzón
Rangún
TAILANDIA
Bangkok
INDOCHINA FRANCESA
Bahía de Bengala
ISLAS FILIPINAS
Leyte
Madrás
Isla Andamán
Saigón
Mar del Sur de la China
CEILÁN
Islas Nicobar
Mindanao
BRUNÉI
MALASIA
SARAWAK
Océano Índico
BORNEO
CÉLEBES
SUMATRA
INDIAS ORIENTALES NEERLANDESAS
Área del Sureste Asiático
(Mountbatten)
Imperio japonés (1933)
Límite del avance nipón (julio 1942)
Ruta de abastecimiento estadounidense hacia Australia
Límites del mando aliado (1944-1945)
Subdivisiones de las áreas del océano Pacífico
Frontera entre las áreas del Pacífico sur y las del Pacífico suroeste (2 julio 1942)
Darwin
Mar de Timor
Área del Pacífico suroes
(MacArthur)
AUSTRALI


Islas Aleutianas
N
Área del Pacífico norte
Hokkaido
Honshu
JAPÓN
Tokio
O c é a n o
P a c í f i c o
Área del océano Pacífico
(Nimitz)
Islas Midway
Iwo Jima
Islas Hawái
Pearl Harbor
Área del Pacífico central
ISLAS
MARIANAS
ISLAS
MARSHALL
Ecuador
s del Almirantazgo
Nueva
Bretaña
PAPÚA
Port Moresby
ISLAS DE
SALOMÓN
Mar del Coral
Cairns
Islas Fiyi
NUEVA
CALEDONIA
Numea
Rockhampton
Brisbane

Churchill había tomado la decisión, brutal y tal vez ineludible, de concentrar en Oriente Próximo lo más granado de las fuerzas imperiales. En consecuencia, la defensa aérea de Malasia contaba sólo con 145 aparatos: 66 Buffalo, 57 Blenheim y 22 Hudson, antiguallas de las que poco podía esperarse en un enfrentamiento con cazas modernos. Cuando los nipones comenzaron a desembarcar en Kota Bharu, la respuesta de las fuerzas agredidas fue débil hasta extremos lamentables. Los mandos locales de la RAF necesitaron varias horas para decidirse a lanzar un contraataque contra la flota invasora. Sin embargo, cuando lo hicieron, los aviones británicos y australianos causaron más de un millar de bajas junto con las defensas costeras. No todos los soldados de las fuerzas atacantes se condujeron como héroes: uno de sus mandos describió la reacción de «una sección de suboficiales del cuerpo de ingenieros [de la que se apoderó] el pánico ante el bombardeo enemigo. Sin que mediara orden alguna de su comandante, subieron a bordo de las motoras de gran porte… y se retiraron por las aguas de la costa de Saigón[10]».

Así y todo, acabado aquel primer día, las fuerzas aéreas de que disponía el Reino Unido en el norte de Malasia habían quedado reducidas a la mitad, sin más de una cincuentena de aparatos en condiciones de batallar. Muchos de los oficiales superiores y los integrantes de las dotaciones de tierra fueron incapaces de actuar con eficacia. Los pilotos de cierta sección de cazas Buffalo que despegaron con la intención de interceptar a los atacantes descubrieron con espanto que los encargados de montar las bombas se habían olvidado de hacerlo. En el aeródromo de Kuantan, el terror hizo huir a cientos de cuantos integraban el personal de tierra.

—¿Cómo es posible? Si son todos sahibs —preguntó a su oficial un conductor indio de los fusileros reales de Garwhal mientras los dos contemplaban la confusión de pertrechos militares, impedimenta personal, raquetas de tenis y escombros que rodeaba los edificios de la base.

El joven teniente le espetó enojado:

—No son sahibs: son australianos[11].

No obstante, los soldados y aviadores del Reino Unido también se habían dado a la fuga. Hubo unidades indias que se vinieron abajo, y se creía que la tropa de un batallón de sijes había matado a su propio oficial británico antes de huir. «En ese momento comprendimos el poderío del enemigo —escribió con desdén un militar japonés—. Lo único que teníamos que temer era la cantidad de munición que poseía y la minuciosidad de sus demoliciones.»[12]

Se produjo entonces una de las incontables atrocidades de aquella campaña. Tres aviadores británicos que hubieron de efectuar un aterrizaje de emergencia en Siam fueron arrestados por la gendarmería local, que los entregó a los japoneses. Entonces, el vicecónsul de Tokio en la ciudad declaró

ante un juez siamés que eran «culpables de acabar con la vida de varios ciudadanos nipones y de destruir propiedades de Japón», y a los tres los decapitaron en una playa vecina. Si a lo largo de la historia, y de forma más reciente durante la guerra librada con Rusia en 1905, el ejército japonés había dado frecuentes muestras de clemencia para con el enemigo derrotado, el «grupo de control» dominante en Tokio se encargó de cambiar esta tendencia e inculcar a sus fuerzas armadas una cultura de crueldad absoluta. En 1934, el ministro de Guerra publicó un folleto que engrandecía el conflicto en cuanto «padre de la creación y madre de la cultura. La lucha por la supremacía hace al estado el mismo bien que al individuo hacer frente a la adversidad». Los Aliados estaban empezando a descubrir lo que comportaba tan despiadada idea para quienes caían en manos del enemigo.

Antes de zarpar de Singapur junto con el acorazado Prince of Wales para atacar a la flota anfibia nipona, la tripulación del crucero de combate Repulse celebró, en la cubierta de popa, un baile que despertó en la imaginación de Diana Cooper al fantasma de Waterloo: «Otra velada como la de Bruselas[13]». Se hallaban sobre la costa oriental de Malasia cuando el capitán William Tennant dijo a su tripulación: «Vamos a poner rumbo al norte con buena salida por ver con qué podemos hacernos y qué mandamos al fondo del mar. Tenemos que estar alerta… Ya sé que este campeón sabe cuidar de sí mismo… Que todo el mundo lleve su equipo salvavidas… aunque todos sabemos que la embarcación es demasiado afortunada para que pueda ocurrirle algo». Aun así, poco antes del mediodía del 10 de diciembre, los aviones japoneses echaron a pique tanto al Repulse como al Prince of Wales, y asestaron con ello un revés devastador al prestigio británico en toda Asia. El único consuelo a este desastre lo ofreció el heroísmo de algunos de los infortunados que se hundieron con ellos. Fue el caso de Wilfred Parker, capellán neozelandés del acorazado, que prefirió mantenerse hasta el último momento al lado de los moribundos a salvar la vida. Uno de los pilotos de caza de la RAF que sobrevolaron la escena y vieron a cientos de hombres aferrarse a la estructura de las embarcaciones siniestradas en medio de aquellas aguas oleosas escribió admirado: «Todos me hacían señas y alzaban el pulgar… como si fuesen bañistas de veraneo en Brighton… Vi en ellos el espíritu que lleva a la victoria en las guerras». Sin embargo, quienes sobrevivieron al hundimiento afirmarían más tarde que, en realidad, estaban agitando el puño hacia los pilotos mientras lanzabas pullas como: «¡Ahora vienen los de la RAF, las putas Ratas A la Fuga!»[14].

En las selvas septentrionales, la rapidez de movimientos de los nipones desorientaba a cada paso a los británicos. Los del I.er batallón del XIV.º regimiento del Punyab se vieron sorprendidos por los carros de combate enemigos mientras se resguardaban en el interior de sus vehículos de las

lluvias torrenciales. Tanto fue así, que ni siquiera tuvieron tiempo de separar los armones de las piezas de la artillería anticarro que llevaban consigo. «De pronto vi varios de mis camiones y a uno de los conductores gritando en medio de la carretera anegada, y oí un estruendo de mil demonios —escribió el teniente Peter Geer—. El ruido era ensordecedor… casi de inmediato pasó a mi lado, rugiendo, un tanque mediano que me hizo lanzarme de cabeza para ponerme a cubierto… durante los dos minutos siguientes lo siguió una docena más… Habían arremetido directamente contra nuestras compañías de vanguardia… Distinguí uno de mis vehículos de transporte con la parte trasera en llamas, y vi que el número dos se había vuelto para descargar su ametralladora ligera contra el carro que yo tenía a mi espalda, a unos veinte metros de mí. ¡Pobre diablo!»[15].

Los supervivientes del batallón punyabí se esparcieron y jamás volvieron a congregarse. Otro tanto ocurrió a uno de los batallones verdes de los guijas: en su primer combate murieron treinta de sus hombres; sólo doscientos escaparon con sus armas, en tanto que el resto cayó en manos del enemigo. Uno de sus oficiales recordaría más tarde «escenas sumidas en una confusión indescriptible, con grupos de soldados indios y gurjas disparando a discreción sin nadie que los comandara… daba la impresión de que nadie supiese qué estaba ocurriendo… los fuegos de su propia artillería estaban cayendo a menos distancia de la debida, en medio de las filas británicas[16]». Algunas unidades, entre la que destaca un batallón de los Argyll and Sutherland Highlanders, se defendieron con gran pericia, aunque de poco podían servir los focos aislados de resistencia cuando los japoneses los rebasaban adentrándose en las selvas que los británicos habían supuesto infranqueables.

Duff Cooper, ministro residente británico de Extremo Oriente, describió así al general Arthur Percival, comandante militar del Reino Unido en Malasia, en carta remitida a Churchill: «Un hombre bueno y agradable… tranquilo, de mente despejada y aun inteligente al que, sin embargo, no resulta fácil hacerse a la idea de lo que estamos haciendo aquí: para él, esto es como un día de maniobras en Aldershot. Conoce a la perfección el reglamento y lo sigue a la letra. Aguarda siempre a que el árbitro pite el alto el fuego con la esperanza de poseer, llegado el momento, los suficientes méritos militares para ganarse la aprobación de sus superiores[17]». La defensa británica de Malasia se vio entorpecida por las limitaciones de Percival, el mal estado de las comunicaciones y la proverbial debilidad institucional del ejército británico. Algunas unidades tuvieron que recurrir a la corneta cuando fallaba la radio y estaban cortadas las líneas de los teléfonos de campaña. Los nipones tuvieron ocasión de sacar provecho de su dominio casi absoluto del mar y el cielo. Cuando las fuerzas del general

Tomoyuki Yamashita toparon con la tenaz resistencia de las tropas apostadas en la ciudad malaya de Kampar, se limitaron a emprender un nuevo desembarco anfibio con el que rebasar a los defensores. Los británicos quedaron desconcertados por el arrojo con el que se servían los japoneses de los carros de combate, contra los cuales ellos ni siquiera tenían cócteles Molótov. Las tres divisiones de Yamashita, pese a ser muy inferiores en número, dieron muestras de una violencia y una energía impensables en el caso de sus oponentes. Su comandante compuso un poema que decía:

De día, el sol brilla con la luna,
la flecha parte del arco
y empuja mi espíritu contra el enemigo.
A mi lado luchan cien millones de almas,
mi pueblo del Este,
este día en que luce la luna
y el sol brilla con ella.

Churchill advirtió de que el ejército nipón tenía gran experiencia luchando en la selva. Sin embargo, aunque las dos divisiones de Yamashita se habían aguerrido en los campos de batalla de China, se internaron por primera vez en dicho medio al desembarcar en Malasia. Si en aquéllos se habían servido de caballos como medio de transporte, en tierras malayas los sustituyeron por bicicletas, de las cuales cada división recibió seis mil junto con quinientos vehículos de motor. El calor intenso hacía muy frecuentes los pinchazos, y cada compañía contaba con un equipo de reparación de dos personas encargado de arreglar una media de veinte ruedas diarias. Cuando topaban con carreteras hostigadas por los fuegos del enemigo, los de infantería no dudaban en echarse la bicicleta al hombro y cruzar con ella ríos y selvas. Pedaleaban hasta veinte horas diarias, con treinta kilos de impedimenta tras el sillín. Aun el teniente coronel Yosuke Yokoyama, oficial anciano al mando de un regimiento de ingenieros, avanzaba montado en una. Aquel hombre fornido y de poca estatura, siempre empapado en sudor, inspeccionaba personalmente las demoliciones británicas y dirigía las labores de reparación de los puentes, para lo cual se hacía necesario asaltar aserraderos locales. Los soldados japoneses llamaban a los colosales depósitos de víveres que apresaban, y de los que hacían buen uso sus unidades, «provisiones de Churchill».

«Han bastado unas quince horas y apenas quinientos hombres para penetrar la línea de Jitra», escribió con desdén el coronel Masanobu Tsuji. Según el informe de bajas de aquella acción, sólo había habido 27 muertos y 83 heridos entre los japoneses. «El enemigo se ha retirado —proseguía— y nos ha dejado de recuerdo unos cincuenta cañones de campaña, cincuenta ametralladoras pesadas, trescientos camiones y automóviles blindados y provisiones para alimentar a una división durante tres meses. Se han rendido

más de tres mil soldados, que han tirado las armas presas del pánico antes de correr a ocultarse en la selva… La mayoría estaba compuesta por combatientes de la India.»[18]

Algunas unidades del ejército indio se vinieron abajo enseguida, sobre todo tras caer, como ocurría en muchos casos, los oficiales británicos que las integraban. Los de Japón obtuvieron grandes resultados con el empleo de «tácticas amedrentadoras» consistentes, por ejemplo, en provocar grandes estruendos tras su propio frente con la intención de obligarlos a retirarse o, en ocasiones, a huir sin más. El abismo cultural que se abría entre los ejércitos rivales se hacía evidente cuando se rendían los británicos y, en lugar de recibir las muestras de clemencia acostumbradas en los europeos, aun en los nazis, topaban con que sus captores mataban a los heridos que no podían caminar, y en no pocas ocasiones, también a soldados y paisanos que habían salido indemnes. La hija adolescente de un profesor chino que llevaba alimento a cierto oficial de los Argyll and Sutherland Highlanders que se ocultaba en la selva dejó, un buen día, una nota en inglés referida a los japoneses: «Han hecho preso a mi padre y lo han decapitado. Yo traeré la comida mientras me sea posible[19]». No hubo que esperar mucho para que empezara a desmoronarse la disciplina en diversas secciones de las fuerzas de Percival, tal como puso de relieve el saqueo de Kuala Lumpur por parte de los soldados que se habían dado a la fuga. Pocas veces se insistía en los contraataques, elemento de vital importancia para el buen éxito de la defensa. La mayor parte de las unidades indias estaba compuesta por soldados bisoños sin apenas adiestramiento. Por grandes que fueran los defectos de los oficiales que servían a las órdenes de Percival, lo cierto es que desplegaron un arrojo considerable, tal como hizo patente el alto índice de bajas que se dio entre los británicos que trataban de hacer, con su ejemplo, que los indios siguieran luchando. Con todo, eran muchas las ocasiones en que tal cosa no servía para nada, y, así, cierta brigada de la India se limitó a dispersarse al ser atacada.

Entre las secciones del Reino Unido las hubo también que se disolvieron ante la tensión del combate y la caída de sus oficiales. La XVIII.ª división llegó a Singapur para reforzar, a destiempo, a las tropas allí apostadas, y de entrada sufrió humillación. Uno de sus batallones, el VI.º Norfolks, perdió seis alféreces y un capitán en las setenta y dos primeras horas en el campo de batalla. Pese a lo reducido de la fuerza atacante, las dos divisiones de Yamashita se contaban entre las mejores del ejército nipón. Se movían con gran rapidez, y las bajas no las disuadían de seguir atacando. El código del bushido los llevaba a tratarse a sí mismos con la misma crueldad que desplegaban con sus enemigos. De modo que, cierto piloto de caza japonés que hizo un aterrizaje forzoso en Johore disparó con su revolver a los malayos

que se habían congregado a su alrededor llevados de la curiosidad antes de suicidarse con la última bala.

Las tropas británicas a la fuga se aferraron desde el principio a las convenciones raciales del imperio y abandonaron con descaro a sus súbditos nativos. El comisario de Penang se negó a dejar que los bomberos malayos entrasen en el barrio europeo después de las incursiones aéreas, amén de rechazar las solicitudes de demolición de algunas casas coloniales a fin de crear un cortafuego. Cuando se evacuó la isla, se prohibió a los indígenas subir a las embarcaciones. A cierto magistrado chino lo expulsaron de una de ellas, en las que, sin embargo, sí hubo sitio para el automóvil del comandante del fortín. Una de las refugiadas de aquella provincia dijo del modo como llevaron a cabo los británicos aquella operación: «Estoy convencida de que jamás se va a olvidar ni a perdonar[20]». El jefe de la policía sij de Singapur aseguró a sus agentes que permanecería con ellos hasta el final, y, sin embargo, llegado el momento, no tardó en huir. Al abandonar las Cameron Highlands, los colonos pidieron a los integrantes asiáticos de las defensas locales que siguiesen resistiendo junto con sus unidades. No cabe sorprenderse de que se negaran en bloque. Los médicos británicos que ejercían en Kuala Lumpur dejaron las salas de los hospitales al cuidado de los facultativos asiáticos. Un joven actor de cierta compañía teatral china hizo saber a su auditorio en el centro minero de Ipoh: «Los británicos tratan su imperio como si fuera una propiedad inmobiliaria, y ahora parecen estar haciendo una transacción comercial[21]».

Aunque el proceder de las comunidades británicas en Malasia y, más tarde, en Birmania tenía, no obstante, mucho de comprensible, pues al Sureste Asiático no habían tardado en llegar noticias de la orgía de violaciones y matanzas que siguió a la caída de Hong Kong a finales de diciembre, lo cierto es que el espectáculo que ofrecían los dominadores blancos llevados del pánico echaba por tierra el mito imperial de paternalismo benevolente. El racismo y la preocupación exclusiva por el interés propio lo impregnaron todo. Cuando se amotinaron los camareros chinos que servían a bordo del crucero ligero Durban, su capitán, Peter Cazalet, escribió con arrepentimiento: «No hemos tratado bien a los chinos en tiempos de paz… en el fondo, no nos guardan ninguna lealtad, ni tienen motivo alguno para hacerlo[22]». A su decir, uno de los insurrectos había expresado su deseo de alistarse en el ejército de Japón. Hubo quien señaló que aun en la muerte se mantenía segregados a europeos y asiáticos al contemplar las fosas comunes en que estaban arrojando a las víctimas civiles de los bombardeos. Shenton Thomas, gobernador de Malasia, ofreció un claro paradigma del paternalismo de la clase dominante cuando, muerto su criado por una bomba japonesa caída tras el edificio en que desempeñaba él sus

funciones, escribió en su diario: «¡Qué lástima, lo de mi chiquillo! ¡Un alma tan fiel…!». Otras naciones de la «familia» imperial británica mostraron poco interés en acoger a los refugiados provenientes del Sureste Asiático. Australia consintió, en un primer momento, en permitir la entrada nada más que a una cincuentena de europeos y a otra de chinos, y Ceilán puso el límite en quinientos y otorgó prioridad a sus propios ciudadanos. Las restricciones a la inmigración se retiraron con demasiado retraso, siendo ya inminente la catástrofe.

El 31 de enero se produjo la voladura de la carretera que unía a Malasia con la isla de Singapur. El director británico del Raffles College, al oír la explosión, quiso saber de qué se trataba, y el joven chino Li Kuan Yew aseguraba haberle respondido: «Eso ha sido el fin del imperio británico[23]». En promedio, los japoneses habían sostenido durante cincuenta y cinco días un avance de poco menos de veinte kilómetros diarios, empeñado 95 combates y reparado 250 puentes. A esas alturas se habían quedado casi sin munición, y los efectivos de que disponía Yamashita eran menos de la mitad de los setenta mil con que contaba Percival. Sin embargo, el general británico cometió el error de dispersar sus fuerzas al objeto de defender los 116 kilómetros del litoral de Singapur. La moral, muy deteriorada, tocó fondo cuando los ingenieros comenzaron a derruir el astillero. Con no poco retraso, se trató de evacuar a los súbditos de las Indias Orientales Neerlandesas. Más de cinco mil personas zarparon en medio de las escenas de caos, pánico y, en ocasiones, violencia que se desataron en el puerto cuando los desertores del ejército trataron de embarcar a la fuerza. Al final, el número de refugiados que alcanzó la seguridad que les brindaban la India o Australia apenas llegó a mil quinientos. Casi todas las naves que arribaban a Singapur o partían de allí habían de vivir la terrible experiencia de las incursiones aéreas niponas. Uno de los fusileros de Northumberland describió así el infierno que suponía verse hostigado en el mar por los fuegos del enemigo: «Era como hacer una carrera de baquetas encerrado en una lata[24]».

Las tropas de Yamashita comenzaron a desembarcar en la isla de Singapur caída la tarde del 8 de febrero. Habían viajado a bordo de una flota improvisada de 150 embarcaciones que transportaron una primera remesa de cuatro mil soldados incluidos en dos divisiones. Los británicos no colocaron reflectores ni atacaron apenas a las unidades de asalto con la artillería. Los bombardeos cortaron enseguida la mayor parte de la comunicación telefónica en las zonas de vanguardia, y las fracciones australianas se replegaron desmoralizadas. Cuando se hizo evidente que Singapur iba a caer en manos del enemigo, el contraalmirante Jack Spooner, oficial al mando de la base naval, escribió con amargura: «La situación en que nos hallamos ha sido propiciada por las AIF [Fuerzas Imperiales Australianas], que se han limitado

a dar la vuelta sin orden ni concierto y dejar que los japoneses sigan penetrando sin oposición».

El general de división Gordon Bennett, al mando de la VIII.ª división, comentó desconsolado a uno de sus oficiales: «Creo que los hombres ni siquiera quieren combatir[25]». Él parecía hallarse en la misma disposición de ánimo, siendo así que acabó por tomar un avión que lo llevó de vuelta a Australia al cabo de doce días. La actuación de las unidades británicas no fue mejor que la de las australianas. Su actitud estuvo marcada por la misma falta de voluntad que infectó a toda la oficialidad de Percival. Norman Thorpe, capitán del ejército de reserva procedente de Derbyshire y adscrito al regimiento de los Sherwood Foresters, expresó así la extraña sensación de desapego que experimentó respecto de la catástrofe que se estaba desplegando a su alrededor: «Yo mismo no sentía más que un entusiasmo muy moderado, como si nada de aquello tuviese mucho que ver conmigo». Durante uno de los contraataques que acaudilló, topó con que sólo lo había seguido un puñado de sus hombres. Su magra tropa, por lo tanto, no tardó en ser aplastada. El oficial al mando de cierta unidad australiana informó de la presencia de fugitivos de las posiciones adelantadas que, «fuera de sí, aseguraban estar hartos de aquello[26]». Los japoneses no trataban con más compasión a los que se rendían que a los que les plantaban cara. El cabo Tominosuke Tsuchikane quedó perplejo al ver que entre el enemigo había quien esperaba salvarse por simple inercia: «Acobardados, algunos se limitaban a encogerse de miedo, ponerse en cuclillas y evitar el combate cuerpo a cuerpo, como quien espera a ver qué ocurre. También a ellos los matábamos sin piedad, a tiros o con la bayoneta[27]».

Churchill hizo llegar a Wavell, recién nombrado comandante supremo aliado, un comunicado histriónico por el que le instaba a hacer un intento desesperado por resistir en Singapur. «A estas alturas —decía—, no cabe pensar en salvar a los soldados ni en evitar sufrimientos a la población: hay que combatir hasta el fin y cueste lo que cueste… Los comandantes y los oficiales superiores deberían morir con sus hombres. Está en juego el honor del imperio y el ejército británicos. Confío en que no dé muestra alguna de debilidad ni de clemencia. Dado el empeño con que están luchando los soviéticos en su tierra y los estadounidenses en Luzón, es la reputación de nuestro país y nuestra raza lo que está en entredicho».

Estas líneas poseen una gran significación al ilustrar el contraste que se dio entre la conducta que guió a los distintos contendientes, por cuanto el valor y la voluntad de sacrificio que exigía Churchill a la guarnición de Singapur no difería mucho de los que desplegaban de ordinario alemanes, japoneses y soviéticos, aunque bajo amenaza de sanciones draconianas. Aun cuando se hubiera perdido Malasia, aún quedaba la posibilidad de crear una

leyenda redentora en torno a la resistencia a ultranza que protagonizaron sus defensores. Sin embargo, la idea de inmolación de la propia persona excedía los límites de la cultura de las naciones democráticas de Occidente. Por eso, la noche del 9 de febrero, el comandante de cierta brigada hizo saber a Percival: «Yo ejerzo la medicina en tiempos de paz. Si tengo un paciente con el brazo dañado en exceso, se lo amputo; pero cuando es todo el cuerpo el afectado, y no existe operación que pueda salvarlo, no queda más remedio que dejarlo morir. Y ése es el caso de Singapur: ya no tiene sentido seguir luchando para prolongarle la vida[28]». Aunque no faltó un número reducido de combatientes británicos, indios y australianos que actuase de un modo arrojado durante la defensa de Malasia, lo cierto es que nada pudo hacer en medio del hundimiento general. Pocos oficiales aliados —tal vez ninguno— pidieron a sus hombres sacrificios que sabían que ninguno iba a aceptar.

El campo de batalla de Singapur puso de relieve, quizá en mayor grado que ningún otro durante todo el conflicto, la diferencia abismal que existió entre la visión heroica que tenía el primer ministro de la misión bélica del imperio y la respuesta de los combatientes de su nación. Los soldados de Percival habían perdido la confianza en sus dirigentes y en sí mismos; carecían de las ansias de luchar a muerte que deseaba ver en ellos Churchill, y tampoco sus superiores estaban dispuestos a recurrir a medidas extremas para hacer valer la disciplina militar. Algunos desertores australianos lograron subir a punta de pistola a bordo de una embarcación de refugiados. Al llegar a Batavia, los arrestaron y pusieron entre rejas, y los oficiales británicos quisieron fusilarlos. John Curtin, primer ministro de Australia, se puso en contacto con Wavell con el objeto de recalcar que para imponer la pena de muerte a cualquiera de sus súbditos era necesario que mediara autorización de Canberra, cosa que, por supuesto, no iba a ocurrir. Aun en un momento tan desesperado como éste para el sino del imperio, seguían imperando los miramientos propios de la cultura occidental «civilizada» que, sin embargo, tan flaco favor hicieron a la causa aliada.

En Singapur, los ciudadanos británicos más sentimentales hacían cola ante las clínicas veterinarias a fin de dar muerte a sus animales de compañía del modo más humano posible. Sobre sus calles se extendía un colosal manto de humo procedente de los depósitos de petróleo en llamas, en tanto que la policía militar hacía retroceder a culatazos a los soldados que, aterrados y a menudo borrachos, trataban de acceder a los últimos barcos. Los del Reino Unido no dudaron en despellejar en un informe posterior a los australianos, de los que afirmaban que «se conducían de un modo bestial[29]». Lo único que ponen de relieve semejantes comentarios, expresados a esas alturas, es que se estaban buscando chivos expiatorios. Durante el último encuentro que mantuvo Wavell con el gobernador de Malasia antes de salir en avión hacia

Batavia, no paraba de decir, mientras se golpeaba la rodilla con el puño: «¡Esto no tenía que haber pasado! ¡Esto no tenía que haber pasado!»[30]. Las atrocidades se volvieron habituales a medida que avanzaban hacia la ciudad los japoneses. En el hospital Alexander, un paciente de veintitrés años dijo con gesto triste al oírlos aproximarse a su sala, matando a tiros y con la bayoneta a cuantos encontraban a su paso: «No voy a llegar a los veinticuatro. ¡Mi pobre madre!». Al final, fue uno de los cuatro únicos de su pabellón que sobrevivieron a la matanza, sólo porque los atacantes lo dieron por muerto al verle el cuerpo empapado en sangre. En total, mataron a 320 hombres y a una mujer, y violaron a un número considerable de enfermeras. Un grupo de 22 de ellas, de origen australiano, logró escapar de la ciudad, y cayó en manos de los japoneses al llegar a una isla neerlandesa. La única que vivió para contarlo no olvidaría nunca las últimas palabras que pronunció la enfermera jefe mientras las llevaban a alta mar para ametrallarlas: «Las cabezas bien altas, muchachas. Estoy muy orgullosa de vosotras, y os quiero mucho a todas[31]».

Percival entregó Singapur a Yamashita el 15 de febrero. La fotografía del comandante Wylde, el oficial británico que, en calzón corto y con el casco de medio lado, avanza al lado de su general para llevar a las líneas niponas la bandera del Reino Unido se convirtió en una de las imágenes más emblemáticas de aquella campaña, símbolo de la incompetencia chapucera y reaccionaria de los hombres a los que se había confiado la defensa del imperio oriental británico. Junto con Singapur, Percival rindió durante las capitulaciones una porción nada desdeñable del honor del ejército británico, cosa que no pasaron por alto Churchill ni su pueblo. Japón logró aquella victoria en poco menos de setenta días y a cambio de la vida de sólo 3506 soldados, de los cuales la mitad cayó durante la batalla de Singapur. Las fuerzas imperiales perdieron a unos 7500 muertos, a los que hay que sumar los 138 000 prisioneros —la mitad de origen indio— que hicieron los vencedores. Uno de los oficiales capturados, el capitán Prem K. Saghal, vio decapitar delante de él a su subordinado inmediato, británico, y afirmaría más tarde: «La caída de Singapur acabó por convencerme de la degeneración del pueblo británico[32]». A su parecer, la conducta de los dominadores del imperio los había hecho indignos de la lealtad de los indios. Del mismo modo, otro oficial, por nombre Shahnawaz Khan, decía tener la sensación de que a él y a sus hombres los habían «entregado los británicos a los japoneses como a ganado[33]». Japón comenzó de inmediato a reclutar a prisioneros de guerra con el fin de crear su propio «ejército nacional indio» con el que luchar contra el Reino Unido, y no se puede decir que fracasaran por completo en su intento. El prestigio del imperio británico de la India dependía en parte de su condición de invencible, que había quedado hecha añicos tras la campaña.

El teniente Stephen Abbott, apresado también por los nipones, dejó constancia de la escena que vivieron sus compañeros y él durante la larga marcha que efectuaron a través de Singapur para llegar a los campos de concentración que habían improvisado aquéllos. «La región ofrecía una imagen atroz de destrucción —aseveró—: camiones volcados, bicicletas, cochecitos de niños, muebles y otras posesiones tirados en el interior de los cráteres gigantescos que habían dejado las bombas o dispersos por carreteras y aceras. Los edificios mostraban al mundo su grotesco interior a través de agujeros terribles, y por todas partes yacían, en el mismo lugar en que habían sido arrojados, cuerpos desnudos y extremidades humanas de aspecto espantoso. La humedad del ambiente estaba impregnada de un olor repugnante. La población civil local, compuesta por chinos, malayos e indios, contemplaba los escombros a que habían quedado reducidos sus hogares entre dolorida y pasmada, y los chiquillos se aferraban asustados a las faldas de sus madres. De todos los edificios que habían quedado en pie de un modo u otro, pendía el globo rojo de la bandera japonesa… Mirando a los soldados de Japón que poblaban las calles por las que pasábamos no pude sino preguntarme: ¿Eran ésos los hombres contra los que habíamos estado luchando y a los que debíamos someternos en adelante? No parecían otra cosa que niños desgreñados de uniformes andrajosos, aunque niños triunfantes muy dispuestos a burlarse de sus víctimas.»[34]

Para los habitantes de Singapur, la fragilidad de que había dado muestras el imperio lo cambió todo tras más de un siglo de dominación colonial. Lim Kean Siew, joven de dieciocho años hijo de cierto chino ilustre, escribió: «En efecto, se nos abrieron los cielos y nos vimos catapultados de un mundo lánguido, dejado y descuidado a uno de vueltas de campana y de frenesí del que jamás íbamos a regresar[35]». De igual modo, Li Kuan Yew, estudiante del Raffles College de la misma edad, recordaba así el momento en que observó a los británicos recién apresados: «Los vi caminar por la calzada que pasaba ante mi casa tres días enteros como un reguero interminable de hombres atónitos que no sabían lo que les había ocurrido, por qué había pasado ni qué estaban haciendo, en cualquier caso, en Singapur[36]».

El general de división Imai, jefe de estado mayor de la división de la guardia imperial nipona, saboreó la victoria mientras aseguraba a Billy Key, general de división del ejército indio recién apresado:

—Los japoneses nos hemos hecho con Malasia y Singapur, y no vamos a tardar en ocupar Sumatra, Java y Filipinas. Australia no la queremos. Va siendo hora de que empiece a transigir el imperio británico de ustedes. Al fin y al cabo, ¿qué más pueden hacer?

—Podemos haceros retroceder —respondió el otro en tono desafiante—, y vamos a terminar ocupando vuestro país. Eso es lo que podemos hacer.

Los japoneses no estaban muy convencidos de que tal cosa fuera posible, tan lamentable había sido el proceder de las fuerzas británicas en Malasia. Yamashita y sus oficiales celebraron la victoria con jibia seca, castañas y vino, dones del emperador que dispusieron sobre un mantel blanco.

El coronel Masanobu Tsuji, uno de los militaristas más destacados y brutales del ejército nipón, contemplaba con desdén a los prisioneros británicos y australianos, que con tanta facilidad se habían dejado derrotar. «Muchos estaban en cuclillas en la carretera, fumando en grupos y hablando en voz muy alta —los describió—. Lo más curioso, sin embargo, era que no había en sus rostros signo alguno de hostilidad, sino más bien de la resignación que muestran los que pierden en una competición deportiva reñida… Los soldados británicos parecían hombres que hubiesen culminado un trabajo no mal remunerado y estuvieran descansando de la tensión del campo de batalla.»[37]

El diputado Harold Nicolson escribió en su diario de la rendición de Singapur: «Ha supuesto un revés terrible para todos nosotros, no sólo por los peligros inmediatos que comporta… sino por lo pavoroso que resulta pensar en la timidez con que estamos combatiendo a los resueltos». Churchill era de la misma opinión. Al primer ministro le indignaba la pobre actuación de sus compatriotas en Malasia no sólo por lo amargo de la derrota, sino por haber ganado los japoneses tanto a un precio tan bajo. En un documento enviado a los mandos angloestadounidenses el 20 de diciembre de 1941 en el que abordaba asuntos de estrategia había hecho hincapié en lo siguiente: «Resulta de vital importancia que el enemigo no adquiera a bajo coste ningún beneficio de relieve, que lo obliguemos a sostener sus conquistas mientras quemamos sin cesar sus recursos». Sin embargo, saltaba a la vista que las fuerzas británicas no habían sido capaces de hacer tal cosa, y el primer ministro estaba tragando hiel por ello. «Si en otras muchas ocasiones habíamos tenido motivos para quejarnos del torpe rendimiento de nuestros hombres en el combate —escribió el general sir John Kennedy, director de operaciones militares del Ministerio de Guerra—, pues no habían luchado con tanta resolución como los alemanes o los soviéticos, en aquel momento, además, nos habían aventajado los japoneses… Sin duda éramos, como nación, más débiles que ninguno de nuestros enemigos, a excepción de los italianos… Las civilizaciones modernas, erigidas conforme al modelo democrático, no propician una raza robusta, y nuestra sociedad… se hallaba algo más alejada del estadio de barbarie en que se encontraban las de Alemania, la Unión Soviética y Japón.»[38]

Masanobu Tsuji, que más tarde escribiría varios libros en alabanza de los logros del ejército imperial, fue uno de los que más criticaron las atrocidades cometidas en Malasia. De cuando en cuando se ha afirmado que la ejecución

de Yamashita tras la guerra carecía de justificación; pero lo cierto es que ni siquiera lo juzgaron por las matanzas sistemáticas de chinos que se produjeron en Singapur por orden suya. En cierta ocasión, pronunció un discurso en el que aseveraba que, en tanto que su propio pueblo descendía de los dioses, los europeos provenían del mono. La actitud racista con que actuaron los británicos en el Sureste Asiático se vio eclipsada por la de los nipones. El nuevo régimen impuesto por Tokio estuvo caracterizado por una brutalidad de la que jamás dieron muestras los imperialistas, por numerosos que fueran sus defectos.

Los japoneses no tenían intención de cambiar el trato que estaban brindando a sus prisioneros. Tras la caída de Hong Kong, ocurrida durante la Navidad de 1941, los invasores desataron una bacanal de violaciones y homicidios a la que no escaparon enfermeras ni monjas, ni tampoco los pacientes de los hospitales muertos a bayonetazos en sus camas. Escenas similares se produjeron en Java y Sumatra, islas más extensas de las Indias Orientales Neerlandesas que no tardaron en caer después de Singapur. El ejército japonés conservó en todas estas conquistas el espíritu brutal con que había procedido en China, perversión del espíritu viril y guerrero que resultaba aún más espeluznante por el hecho de estar institucionalizado.

En Java, el 19 de abril, el teniente coronel Edward Dunlop, cirujano australiano encargado de un hospital y a quien habían asignado el mal nombre de «el Cansado», despachó a un grupo de sus hombres después de que los hubiese inspeccionado y les hubiera dirigido unas palabras un tal teniente Sumiya:

> Me dirigí al oficial nipón para hacerle el saludo —recordó después—, y él, para mi asombro, me asestó un puñetazo bárbaro en el mentón que me hubiese derribado si no hubiera echado yo la cabeza un tanto hacia atrás… El teniente Sumiya sacó la espada y me lanzó una estocada implacable a la garganta. Evité la punta con reflejos de púgil, pero la empuñadura me golpeó la faringe con un sonido espeluznante y me dejó sin habla ni respiración durante un tiempo.
>
> Los soldados se pusieron a mascullar furiosos y a dar pasos hacia delante, y los guardias alzaron sus fusiles y los amenazaron con las bayonetas. La tensión de la escena era evidente, y todo apuntaba a que iba a acabar en matanza. Con la mano izquierda tendida hacia mis hombres, les indiqué que no se movieran, y entonces, volviéndome hacia el oficial, hice una inclinación fría y formal… y me cuadré, sin que la furia gélida que sentía me permitiese siquiera estremecerme cuando dio, cerca de mi cabeza, una estocada que silbó con fuerza y cuyo aire sentí en las orejas[39].

Él y los suyos sufrirían peores palizas en los años que seguirían a aquel momento, y miles de ellos morirían por el hambre y la enfermedad. Aquel cirujano de Australia mereció no poca veneración por la heroicidad con que se condujo durante la terrible experiencia del cautiverio en manos de los japoneses. Cabe pensar que la batalla de Malasia habría tomado tal vez otro rumbo de haber previsto los defensores el precio que habrían de pagar por la facilidad con que aceptaron la derrota.

Días después de la caída de Singapur, los japoneses se dirigieron a las Indias Orientales y sus valiosos yacimientos de petróleo. Desde su base de las islas Palaos, partió hacia Sarawak, Borneo y Java un contingente de desembarco escoltado por una fuerza naval imponente. Los defensores aliados eran pocos y estaban desmoralizados y mal coordinados. Los aviones nipones destruyeron 75 cazas en el cielo de Java durante una serie de enfrentamientos violentos habidos el 19 de febrero. El día 27, aquéllos enviaron una escuadra comandada por el almirante neerlandés Karel Doorman, compuesta por dos cruceros protegidos y tres ligeros y escoltada por nueve destructores, con el fin de atacar al convoy anfibio que navegaba rumbo a Java auxiliado por dos cruceros protegidos nipones y una docena de destructores. Las flotas rivales se avistaron a las 16.00, e hicieron fuego unos minutos después. Las primeras descargas causaron pocos daños, dado que ninguna de las dos descollaba por su puntería, y así, de los 92 torpedos lanzados por los japoneses, sólo acertó en el blanco uno, que fue a hundir un destructor holandés. El crucero Exeter sufrió un serio deterioro por la colisión de un único proyectil en la sala de máquinas, y buscó refugio, no sin dificultad, en el puerto de Surabaya. A las 18.00, los destructores estadounidenses se retiraron por propia iniciativa tras agotar todos sus torpedos.

El siguiente encuentro, producido tras caer la tarde, resultó ser desastroso para los Aliados: los torpedos nipones echaron a pique los cruceros neerlandeses De Ruyter y Java, y el almirante Doorman murió junto con buena parte de sus marinos. El Perth y el Houston, que lograron escapar, siguieron, sin embargo, su misma suerte la noche siguiente, al enfrentarse al grueso de la flota de invasión en el estrecho de Sonda. El primero de marzo cayeron el Exeter y dos destructores de su escolta mientras trataban de burlar al enemigo y alcanzar la costa de Ceilán, así como dos destructores estadounidenses y uno neerlandés que se dirigían a Australia. En consecuencia, en menos de una semana fueron a parar al fondo marino diez naves y más de dos millares de hombres, con lo que desaparecieron casi por completo las fuerzas navales de las Indias Orientales. Lo que quedaba en tierra del contingente neerlandés y británico mantuvo durante una semana más una resistencia poco metódica antes de que los japoneses consolidaran su dominio de las Indias Orientales. En realidad, la campaña no podía haber tenido otro resultado, habida cuenta de la cantidad aplastante de embarcaciones que destinó a aquella región la armada nipona.

II. La «ruta blanca» desde Birmania

Los conquistadores, alentados por el triunfo obtenido en Malasia, aprovecharon la ocasión que se les presentó de ocupar también Birmania, en parte para hacerse con sus recursos naturales, sobre todo los petroleros, pero también con la intención de cortar la «ruta birmana» a China. El 23 de diciembre, lanzaron sobre su capital, Rangún, las primeras bombas. Uno de los hijos del maquinista indio Casmir Rego se hallaba practicando con el violín «Noche de paz» en la casita que tenía la familia en la calle Sparks. Lena, su hermana pequeña, hacía cadenetas de papel mientras esperaba a que regresaran sus padres de hacer las compras navideñas. De pronto, aquella pacífica escena se vio interrumpida por el estrépito de los aviones y las ametralladoras. Empezaron a estallar bombas y a declararse incendios, y cundió el terror por toda la ciudad[40].

La comadrona birmana Daw Sein recordó más tarde que, si bien había oído vagas noticias relativas a una guerra, al principio no tenía claro quién estaba luchando contra quién. Aquel primer día de la batalla, su marido irrumpió en la cocina gritando: «¡Fuera; rápido! ¡Hay que salir de aquí!». Salieron corriendo de la casa, y se hallaban ya a medio camino de la estación de ferrocarril cuando ella se dio cuenta de que iba medio desnuda. Él partió por la mitad su propio longyi y le tendió una parte para que se cubriese los senos. Así vestidos, subieron al primer tren disponible, que se dirigía a Moulmein. Éste, atestado de fugitivos que se encontraban en su misma situación, se detuvo tras recorrer unos cuantos kilómetros, y así estuvo varias horas con su maloliente cargamento de seres humanos acosados por el hambre, la sed y la desesperación. Finalmente, pasó un hombre recorriendo a pie las vías y anunciando a gritos de un vagón a otro: «¡Han destruido Moulmein! ¡Están cayendo bombas por todas partes! ¡El tren se queda aquí!». Tras una consulta frenética, Daw Sein y su esposo echaron a andar en dirección a Mandalay, más al norte[41].

Los días siguientes, las incesantes incursiones menoscabaron de un modo marcado la distribución de alimentos. Muchos de los habitantes de Rangún comenzaron a rebuscar en las basuras y a allanar hogares abandonados en busca de algo que echarse a la boca. Tras uno de los ataques, los Rego descubrieron de súbito, horrorizados, que el menor de sus hijos, Patrick, había desaparecido. Mientras sus hermanos lo buscaban por las calles, toparon con una furgoneta cargada de cadáveres y extremidades amputadas, y vislumbraron a una mujer que, sepultada entre los cuerpos sin vida, gritaba: «¡Yo no estoy muerta! ¡Por favor, sáquenme de aquí!». A continuación, echaron más restos al montón antes de que volviera a ponerse en marcha el vehículo[42]. Aunque encontraron ileso al benjamín, los niños jamás olvidarían aquella escena.

El dominio colonial se desmoronó del mismo modo rápido e ignominioso

en Birmania que en Malasia. Entre los indios no fueron pocos quienes huyeron hacia la selva o hacia poniente, incluidos los «barrenderos» de casta inferior que vaciaban los retretes de sus señores y limpiaban las calles. El gobernador, sir Reginald Dorman-Smith, comentó en tono compungido al reparar en lo indispensables que resultaban para la existencia de sus sahibs: «La vida empieza con el barrendero, el más insignificante de todos los seres humanos, en cuya mano descansa la diferencia entre la salud y la enfermedad, la limpieza y la inmundicia[43]». La administración civil se vino abajo enseguida, como también la defensa del país, que los japoneses atravesaron en rápido avance entre febrero y marzo. Al desembarcar en Rangún, Robert Morris, soldado de caballería del VII.º de húsares se encontró sumido en un caos espantoso: «No veíamos más que incendios y depósitos de petróleo en llamas, y montañas de material bélico, como aviones aún por montar en cuyos cajones se leía: "Préstamo y Arriendo a China de Estados Unidos". El número de camiones que esperaban a que los enviasen a China nos dejó boquiabiertos. El puerto estaba desierto y había sido desvalijado[44]».

Dorman-Smith también era la viva imagen de un mal procónsul, que no mostraba reparo alguno en confesar su desconcierto ante el hecho de que, tras un siglo de dominación británica, no existiese entre los birmanos la lealtad al imperio que parecían profesar «otras naciones súbditas[45]». La respuesta era sencilla: «Los europeos —lo expresó el funcionario estatal John Clague— habitábamos un mundo en el que raras veces tomábamos en consideración, desde un punto de vista humano e íntimo, al pueblo: en el [club] Moulmein Gymkhana no había socios birmanos, ni ninguno de nosotros invitaba a cenar y a desayunar a ninguno de ellos[46]». En aquel momento, se dio orden de no permitir a los nativos el acceso a ningún medio de transporte destinado a los refugiados.

Sir Robert Brooke-Popham, comandante en jefe de Extremo Oriente, compartía la aflicción de Dorman-Smith al señalar, con no poca razón, que muchos de los aborígenes no hacían nada por ocultar su deseo de que venciera Japón: «Resulta descorazonador que, después de todos estos años en Birmania, y del evidente progreso que se ha producido durante nuestro gobierno, la mayoría de la población quiera librarse de nosotros… No puedo sino apuntar las tres cosas que, en cualquier caso, merecen investigarse: en primer lugar, la tendencia que se da entre los británicos a considerarse superiores por naturaleza, en todos los aspectos, a cualquier raza de color, sin hacer nada por verificar que tal proposición se cumple en todo momento; en segundo lugar, el fracaso a la hora de fomentar el entendimiento con el pueblo birmano… y en tercer lugar, el hecho de que la mayor parte de los británicos que habitan en Birmania y no pertenecen a la administración está más preocupada por ganar dinero… que por ser de provecho a la población

aborigen[47]».

Un birmano no habría expresado mejor la situación. Los británicos habían detenido a dos de los tres primeros ministros que había conocido el país desde su independencia respecto de la India por hacer intentos de acercamiento en relación con Tokio, como, por ejemplo, la instrucción que recibió de los japoneses un grupo de estudiantes nacionalistas para allanar el camino a una ulterior colaboración. En el caso, muy poco probable, de que se hubiera celebrado un plebiscito para permitir a la población birmana elegir con quién deseaba coligarse en la guerra, sin duda hubiese predominado el voto favorable a los nipones. Sir John Smyth, general de división al que acababan de situar al mando de la XVII.ª división india, apostada en la región meridional, más allá de Moulmein, escribiría tras el conflicto acerca del entusiasmo con que asistían los de Birmania a los invasores: «No sólo recibían [los japoneses] información de cada uno de nuestros movimientos, sino que también se ponían a su disposición guías, balsas, ponis, elefantes y todo aquello que a nosotros sólo se nos daba mediante pago y después de muchos esfuerzos[48]».

Mi Mi Khaing, birmana de veinticinco años que había estudiado en la Universidad de Rangún, escribió con acritud acerca del modo como enviaban a sus gentes al campo de batalla sin ni siquiera consultarlo con el pueblo. El suyo era, a su decir, «un país que aún no había encontrado sustituto moderno de la orgullosa soberanía que había perdido cincuenta años atrás, y que tenía la impresión de hallarse sólo de forma accidental en el camino de aquel monstruo voraz de la guerra[49]». El primer ministro, U Saw, acertó a encontrarse de paso en Estados Unidos en el momento del ataque a Pearl Harbor, y la impresión que le produjeron el desorden y la histeria de los de allí aumentaron el desdén que profesaba a los blancos. Poco después, tras su regreso a Birmania, el desciframiento de los mensajes Ultra puso de manifiesto que estaba tratando de negociar con Japón, lo que lo llevó al exilio en el África oriental. En semejantes circunstancias, hoy resultan por demás mendaces las afirmaciones que hizo el Reino Unido de estar promoviendo la causa de la libertad democrática mediante la lucha en Birmania.

Entre tanto, los invasores no pudieron menos de maravillarse ante la bienvenida que les dispensó la población nativa, y en particular la juventud birmana. Uno de sus oficiales de enlace escribió: «Entendimos cuán poderosa era su pasión por la independencia[50]». Los habitantes de las aldeas birmanas se arracimaban en torno a los soldados japoneses para ofrecerles agua y puros. A quienes recibían tal agasajo los sorprendía que se dirigieran a ellos en inglés, que era la única lengua extranjera que hablaba la población indígena. La pregunta más habitual era: «¿Ha caído ya Singapur?». El teniente Izumiya Tatsuro recordaría más tarde: «Y yo les contestaba ufano:

“Sí: ya ha caído Singapur[51]”».

Algunas de las primeras bombas que se lanzaron sobre Mandalay destrozaron el Upper Burma Club de los colonos. «No sabíamos qué era lo que nos había caído encima. Estábamos sentados a la mesa y, de pronto, se desplomó el techo y nos encontramos desparramados por toda la sala junto con mesas, sillas y alimentos.»[52] Los ataques provocaron incendios por toda la ciudad, y el que hubiesen de transcurrir varios días antes de que se diera sepultura a muchos de los cadáveres no hizo sino acentuar el desdén que sentía el pueblo respecto de la incompetencia británica. No faltó quien señalara el carácter simbólico de las flores que se empezaron a marchitar en los jardines de los colonos por haber abandonado su puesto los criados que las regaban. Los directores británicos de la Burma Corporation hicieron saber a sus empleados locales que no había nada que pudieran hacer por ellos.

El 22 de enero, Wavell envió a Rangún la siguiente respuesta tras recibir en Java la solicitud de refuerzos para Birmania: «No dispongo de recursos con los que poder asistirlo… No alcanzo a comprender por qué no va a ser capaz de defender Moulmein con las fuerzas que tiene a su disposición, y confío en que, a la postre, lo consiga. La naturaleza del país y sus recursos deben limitar los esfuerzos de los japoneses». Cuando la modesta fuerza nipona de invasión, compuesta por dos divisiones, emprendió su ataque desde Siam en las postrimerías del mes de enero, hubo unidades indias que defendieron el terreno con uñas y dientes, aunque las unidades de fusileros birmanos se desmoronaron enseguida. Los británicos no contaban con el apoyo necesario de la aviación ni la artillería, y John Smyth montó en cólera ante la insistencia de sus superiores en defender una plaza tan desprotegida como la de Moulmein. El primer desastre de aquella campaña se produjo en la madrugada del 23 de febrero, en el puente que cruzaba el río Sittang, ciento sesenta kilómetros más al norte de la ciudad. Los ingenieros británicos activaron a oscuras las cargas de demolición ante el avance japonés, y dejaron aisladas en la margen oriental a dos de las brigadas de Smyth. Todos sus integrantes, a excepción de un puñado, hubieron de rendirse, y tamaño revés estratégico resultó devastador para la moral de su ejército.

John Randle, teniente del regimiento de Beluchistán, se hallaba defendiendo sus posiciones al oeste del río Saluén cuando advirtió que los nipones estaban ya a su espalda. «Envié a mi ordenanza, el corneta de la compañía, a informar a mi oficial de que estábamos rodeados de japos —recordaba—. Entonces nos cortaron el paso por detrás, y pudimos oír los alaridos del ordenanza mientras lo mataban con espadas y bayonetas… Hicieron una carnicería con todos nuestros heridos.»[53] En el primer combate murieron 289 hombres de su batallón y cayeron en manos del enemigo 229. «Habíamos sido demasiado arrogantes al juzgar a los japos, al tenerlos por

culis, por gentes de tercera —afirmaba Randle—. ¡Dios mío; qué pronto cambiamos de opinión! Luchaban con una ferocidad y un coraje tremendos. Nosotros no teníamos la menor idea de combatir en la selva; no nos habían entrenado ni nos habían dado siquiera un folleto de instrucciones al respecto. No sólo éramos novatos, sino que estábamos tratando de hacer algo totalmente nuevo.»[54]

Llegado el mes de marzo, Rangún se había convertido en una ciudad fantasma, y los agentes de la policía que quedaban en ella, así como los soldados de la modesta guarnición británica, debían ocuparse en hacer frente a la turba consagrada a los saqueos. Los pilotos de caza del grupo de voluntarios estadounidenses de Claire Chennault, trasladados a Birmania desde China, constituían la única defensa de relieve ante las incursiones aéreas niponas. La resistencia se desmoronaba. El oficial de enlace británico W. E. Abraham comunicó desde Rangún: «Resulta difícil describir la atmósfera general de postración. El estado de ánimo que imperaba en el cuartel general de Atenas el día que nos expulsaron de Grecia era casi festivo en comparación[55]». Wavell, furioso ante el supuesto derrotismo de los mandos locales, destituyó tanto al comandante en jefe de la plaza como a Smyth, quien, hastiado, se afanaba en acaudillar a lo que quedaba de la XVII.ª división india en un combate que siempre había creído abocado al fracaso. El gobierno británico suplicó al primer ministro de Australia, John Curtin, que enviase a Birmania las dos divisiones de su nación que en ese momento se dirigían de Oriente Próximo a su patria amenazada. Él se negó, probablemente con razón, pues poco podían haber hecho las unidades australianas, por aguerridos que fuesen los combatientes que las integraban, por volver las tornas de aquella campaña sin remedio.

A Wavell lo acosaban los recuerdos de las acusaciones de entreguismo de que lo había hecho objeto Churchill antes de apearlo del puesto de comandante en jefe de Oriente Próximo. En el Sureste Asiático, hizo lo posible por mostrar unos nervios de acero y espolear a sus subordinados. «Los soldados que tenemos en Birmania no están luchando con el entusiasmo que se espera de ellos —comunicó a Londres—, y no me cabe la menor duda de que se debe en gran medida a la falta de empuje e inspiración que evidencian sus mandos». En realidad, las fuerzas británicas de Extremo Oriente estaban tan echadas a perder que poco podía hacerse para repararlo una vez comenzada la ofensiva japonesa. Wavell parece reconocer este extremo en otro de los mensajes enviados a sus superiores: «Me preocupa mucho la ausencia de un verdadero espíritu de combate que demostró nuestra tropa en Malasia y está haciendo patente también en Birmania hasta el momento. Ni británicos ni australianos ni indios han dado signos de verdadera fortaleza física ni psíquica… Los motivos están bien arraigados: la

blandura de los veinte años últimos, la falta de vigor durante el adiestramiento en tiempos de paz, y los efectos del clima y la atmósfera de Oriente». Pronto fue habitual en Rangún la presencia de Wavell, convertido, al decir de cierto historiador, en algo semejante a «un especialista de Harley Street[*3] que, maletín negro en mano, fuera a visitar a un paciente muy enfermo[56]».

El 5 de marzo, llegó para tomar el mando el teniente general sir Harold Alexander, militar impecable, favorito de Churchill —quien lo conocía, sin más, como Alex—, que poco pudo hacer sino aportar su indefectible elegancia y su serenidad a lo que se había convertido sin remedio en una derrota aplastante. En un primer momento, ordenó detener la retirada británica, aunque le bastaron veinticuatro horas para reconocer la imposibilidad de defender Rangún y dar el visto bueno a su evacuación. Los invasores perdieron una oportunidad impagable de atrapar a todo el ejército británico de Birmania cuando cierto comandante retiró a las tropas con las que había cortado la carretera septentrional, tras suponer por error que las fuerzas atacantes debían dirigirse a Rangún para empeñar un gran combate. Este paso en falso permitió a los de Alexander retirarse hacia el norte, y a él mismo escapar al cautiverio.

La desesperación llevó a Wavell a aceptar las dos divisiones nacionalistas chinas —95 000 soldados con elementos de apoyo— que le había ofrecido Chiang Kai-shek. Huelga decir que esta buena disposición para colaborar en la campaña no tenía nada de altruista, pues el avance japonés hacia el norte había cortado la «ruta birmana» por la que llegaban a su país las provisiones estadounidenses. Reabrirla resultaba, pues, de vital importancia para China. Si el británico no había accedido a recibir dicha ayuda en un primer momento había sido por ser consciente de que sus fuerzas carecían de sistema de abastecimiento propio y pretendían subsistir con los recursos de la región. Además, jamás llegaron a despejarse las dudas relativas a quién era el general encargado de darles órdenes, si el estadounidense Joseph Stilwell o el chino Tu Lu Ming, quien contradecía sus instrucciones e hizo saber a Dorman-Smith, gobernador de Birmania: «El general estadounidense piensa que está al mando, aunque en realidad no es así. En China creemos que el único modo de hacer que los de su nación sigan en la guerra consiste en darles cierta supuesta potestad. Siempre que seamos nosotros quienes hagan el trabajo, no harán mucho daño».

Stilwell, anglófobo incorregible, quedó abrumado cuando conoció a Alexander, el 13 de marzo. «Le sorprendió —escribió en su diario con la acidez que le caracterizaba— verme a mí, un dichoso estadounidense corriente, al mando de los ejércitos chinos. "¡Extraordinario!". Me miró de arriba abajo como si acabara de salir de debajo de un pedrusco». Stilwell

recibió la ayuda de una unidad montada de cuerpo fronterizo comandada por británicos para llevar a término labores de reconocimiento. Su adalid, el capitán Arthur Sandeman, de la caballería de la India central, alcanzaría la dudosa distinción de ser el último oficial británico que murió al frente de una carga montada. Tras situarse por error en la trayectoria de las ametralladoras niponas, desenvainó el sable, ordenó al corneta que diese la señal de atacar y avanzó hacia el enemigo para encontrarse con el sino inevitable que les estaba reservado a él y a los suyos.

La intervención de China llevó a los japoneses a reforzar las dos divisiones de su ejército de invasión con dos unidades más llegadas a Rangún por mar. Los británicos se reorganizaron para formar un cuerpo comandado por William Slim, oficial gurja astuto y rudo que se revelaría, a la postre, como el general británico más capaz de toda la contienda. El 24 de marzo, los nipones agredieron con violencia a las fuerzas de China apostadas en el norte, y aunque los británicos contraatacaron a fin de aliviar la presión de sus aliados, el enemigo se impuso en ambos frentes. El cuerpo birmano (Burcorps) de Slim, que se afanaba por evitar su total derrota en la margen oriental del Irawadi, pidió ayuda a los chinos. «Motín entre los soldados británicos de Yenangyaung —escribió Stilwell el 28 de marzo con imaginable desdén—. Los del Reino Unido están destruyendo los pozos petrolíferos. ¡Dios santo! ¿Para qué estamos luchando?». Sin embargo, tanto él como los británicos tuvieron ocasión de admirarse cuando la XXXVIII.ª división, acaudillada por el general Sun Li-Jen, uno de los oficiales más dotados de China, hizo retroceder a los japoneses y obtuvo una victoria notable aunque de consecuencias reducidas. Aunque la I.ª división birmana quedó al borde del exterminio en los combates acaecidos en torno al Irawadi, Slim salió de ellos maravillado por el proceder de los hombres del general Sun, sin cuya intervención habría sido imposible evitar la total desaparición del Burcorps.

Aun así, la posición de los Aliados en Birmania se había vuelto insostenible. No fueron muchos los soldados chinos que desplegaron un arrojo comparable al de la XXXVIII.ª división: al cabo de unos días, los ejércitos nacionalistas estaban retrocediendo en desorden hacia el norte, de regreso a China, y los japoneses que los perseguían se contentaron con detenerse llegados a la frontera. Stilwell y un grupo abigarrado conformado por estadounidenses, chinos y corresponsales de guerra pasaron dos semanas internados en la selva antes de alcanzar la seguridad que les ofrecía Imfal, ciudad india de Assam, el 20 de mayo. «Nos han dado una paliza de mil demonios —escribió el estadounidense—. ¡Qué humillación! Deberíamos averiguar por qué ha ocurrido y volver allí». Llegado el 30 de abril, los hombres de Slim se hallaban a salvo en la ribera opuesta del Irawadi. A continuación, se retiraron hacia poniente precedidos por una turba de

desertores y saqueadores que trató con predecible brutalidad a la población civil. El 3 de mayo, el Burcorps comenzó a retroceder hacia el otro lado del río Chindwin bajo los fuegos nipones. El pelotón de fusileros birmanos que defendía el cuartel general de Slim se desvaneció en la oscuridad de la noche. La mayor parte de los hombres que se hallaban a sus órdenes logró escapar, fue necesario abandonar en la margen oriental casi todos los vehículos de transporte y el material pesado de la unidad: unos dos mil de los primeros, ciento diez carros de combate y cuarenta cañones. Ni siquiera después de ponerse a resguardo dejaron de verse acosados los fugitivos. «El trato que recibimos de los del ejército [de la India] los que habíamos vuelto de Birmania fue espantoso —aseveró el cabo William Norman—. Nos hicieron responsables de la derrota.»[57]

Los japoneses llevaban 127 días avanzando a través de Birmania, durante los cuales habían recorrido dos mil quinientos kilómetros, lo que supone una media aproximada de casi veinte kilómetros al día, y habían librado 43 combates. Las bajas británicas ascendieron, entre muertos, heridos y prisioneros, a trece mil, en tanto que los de Japón sólo sufrieron cuatro mil. Aunque la magnitud del desastre no puede compararse con la de la derrota de Malasia, y es de reconocer que Slim dirigió la retirada con no poca destreza, con ella los nipones lograron hacerse con todo el imperio británico del Sureste Asiático y quedaron a las puertas de la India. Cierto habitante de la región escribió lo siguiente recordando a los prisioneros de guerra occidentales condenados a trabajos forzados junto con la población aborigen: «Siempre los habíamos tenido por seres superiores a nosotros, y los japoneses nos abrieron los ojos al ponerlos a barrer el suelo con gentes como yo… descalzos[58]». Ésta resultó ser una revelación perdurable. Entre tanto, la ruta birmana hacia China permanecería cortada durante poco menos de tres años.

Las migraciones civiles forzadas constituyeron uno de los rasgos más característicos de la guerra en casi todos los puntos del planeta por cuyo dominio batallaban los ejércitos. Entre los birmanos no fueron muchos quienes trataron de huir ante la llegada de los japoneses, pues creían no tener nada que temer de su victoria, y sí mucho que ganar. Cuando el ejército recién movilizado de liberación de Birmania marchó a través de Rangún por vez primera, bajo la supervisión de sus patrocinadores nipones, cierto habitante de la ciudad escribió con entusiasmo: «¡Qué emocionante, ver a los soldados y los oficiales birmanos con aquella variedad de uniformes y de armas, los brazaletes tricolor en la manga de la camisa y aquel gesto de seriedad!»[59].

No obstante, en el país vivía también un millón de indios, algunos en

posiciones de dominio de su vida comercial y otros desempeñando funciones serviles indispensables para el bienestar de sus señores occidentales, aunque desdeñados por los súbditos birmanos. Los de la India no gozaban de su afecto, y miraban con recelo el nacionalismo del lugar. A medida que avanzaba la invasión, los británicos no hicieron nada por contener la huida de unos seiscientos mil de estos subordinados suyos. No faltó quien afirmara que ya tenían bastantes quebraderos de cabeza con tratar de salvar su propio pellejo; pero lo cierto es que aquí, una vez más, la conducta de los del Reino Unido no hizo sino subrayar el fracaso del supuesto concierto imperial por el que los pueblos nativos recibían protección a cambio de aceptar su sometimiento. Los fugitivos acaudalados compraron billetes de avión o reservaron camarotes a bordo de las embarcaciones que zarpaban con rumbo a la India. Los indios llamaron al transbordador que remontaba las aguas del Chindwin «la ruta blanca», por estar restringido casi por completo el acceso a británicos y eurasiáticos. Mientras navegaban río arriba, los vapores de ruedas pasaban al lado de cadáveres que flotaban en el agua tras perecer en la desdichada «ruta negra» que debían seguir por tierra los indios.

La legión de personas que no disponían del dinero suficiente para comprar un billete a la salvación se vio obligada a echarse a las carreteras y demás caminos que iban al norte y al oeste, hacia Assam. El monzón se declaró en mayo, y la lluvia y el lodo obstaculizaron por igual a los ricos que huían en coche y a los pobres que lo hacían a pie. Fueron víctimas de atracos y aun de violaciones; hubieron de pagar cantidades exorbitantes por desechos de comida; padecieron disentería, malaria y fiebres, y vieron desaparecer sus últimas rupias en los bolsillos de aldeanos y policías codiciosos a bordo de transbordadores y en controles de carreteras. Aunque nadie sabe con exactitud cuántos indios murieron de camino a Assam entre la primavera y el verano de 1942, su número no debe de bajar de cincuenta mil. Sus esqueletos pasaron años tirados en la cuneta, para vergüenza de los británicos que, con el tiempo, volverían a transitar aquellas carreteras. Un oficial que recorría la región de la colina de Tagun en busca de rezagados, se encontró, de camino a Ledo, con una aldea habitada por muertos:

> Llegué a un claro sembrado de chozas desvencijadas en las que habían vivido y habían muerto juntas las familias. En una encontré los cadáveres de una madre y su retoño abrazados, y en otra, el de una mujer que había muerto mientras daba a luz, y el de su hijo, aún a medio nacer. En este [claro] habían perecido más de cincuenta personas. Algunas eran cristianas piadosas, que clavaban en el suelo cruces pequeñas de madera antes de acabar la vida; otras tenían figuritas de la Virgen María apretadas en sus manos esqueléticas. Un soldado había muerto con la gorra puesta, y aunque las prendas de algodón se habían desintegrado, seguía con aquélla, que era de lana, cabalmente encajada en la sonriente calavera. La selva, que todo lo consume, había invadido ya algunas de las chozas más antiguas y había convertido los esqueletos en polvo y mantillo[60].

Entre los fugitivos había muchos católicos mestizos provenientes de la

colonia portuguesa de Goa. El oficial de aduanas José Saldanha pasó días internado en la selva con su hijo Jorge, de diecisiete años, después de que el resto de su familia subiese a una embarcación sobrecargada de refugiados aterrados. Los dos sufrieron privaciones espantosas, aliviadas durante cierto momento casi irreal en un campamento instalado entre la espesura, cuando una niña llamada Emily D'Cruz les cantó «Alice blue gown». «Su voz —recordaría después— se elevaba, hermosa y clara, en la quietud de la noche». Jorge enfermó de disentería, y convenció a su padre para que siguiese sin él. Pasó varias horas apoyado en un árbol, en lo recóndito de aquella selva, hasta que vio a una mujer de una tribu naga de cazadores de cabezas, y el miedo le dio fuerzas para emprender de nuevo su camino. Pasó días deambulando en dirección al noroeste, alimentándose de las bayas que veía comer a los monos y que, por lo tanto, dio por supuesto que no debían de ser perjudiciales para el ser humano. Un día se encontró con un grupo de mariposas de gran belleza, y se acercó a ellas fascinado… hasta que descubrió que se estaban dando un festín con los humores que supuraba un cadáver en descomposición. Prosiguió su huida, y al final logró salvarse y encontrarse con su familia[61].

Aun después de llegar a Imfal, ciudad de dominio británico, los refugiados supervivientes se encontraban con que la población civil india no disponía de mejores instalaciones y ayuda médica que los soldados de su mismo origen. El imperio indio, pese a tener a su alcance todos los recursos del subcontinente, fue incapaz de proporcionar la ayuda humanitaria más fundamental a quienes habían sobrevivido a su guerra. Los kachines y los nagas, de hecho, brindaron más asistencia que los británicos. Cierto oficial del Reino Unido informó con insistencia al director angloindio de la Irrawaddy Steamship Company, que llegó a un puesto de rescate de Assam después de atravesar a duras penas las montañas, de que sólo podría recibir alimentos en el comedor destinado a los indios. Las condiciones en que se hallaban los hospitales a los que acudían los fugitivos enfermos eran demenciales. Una mujer británica escribió con amargura a Inglaterra, a la esposa del ministro R. A. Butler, amiga suya, para describir lo que había visto en Ranchi: «Los pabellones médicos son como los de Lo que el viento se llevó: los catres están apiñados, y los pacientes gimen pidiendo agua y vomitan. Y en todas partes es igual. ¡Quiera Dios la condenación eterna para el estado mayor del mando oriental por este crimen atroz!»[62]. En algunos campos de refugiados se dieron brotes de cólera.

El ejército derrotado de Alexander se reconstruyó sólo de un modo lento y poco convincente, pues, de hecho, harían falta aún dos largos años para que pudiese enfrentarse con éxito a los japoneses. En agosto de 1942, transfirieron al general al mando de las fuerzas británicas apostadas en Oriente Próximo.

El recuerdo de aquella terrible primavera birmana y de sus víctimas quedaría grabado en la memoria de cuantos la vivieron. El presidente del Congreso, Jawaharlal Nehru, comentó con justo desdén, desde la celda de la prisión de la India en la que lo habían encerrado los británicos, la caída del gobierno birmano y la huida de los funcionarios coloniales que habían abandonado a su suerte a cientos de miles de sus compatriotas: «Para la India es una gran desgracia, en este difícil trance de su historia, estar gobernada no ya por extranjeros, sino por gentes ineptas e incapaces de organizar con propiedad su defensa o garantizar siquiera la seguridad del pueblo indio y cubrir sus necesidades más esenciales[63]». Sus palabras no podían ser más justas. La pérdida del imperio británico del Sureste Asiático fue ignominiosa para quienes gobernaban la región, tal como reconoció sin ambages Winston Churchill.

Polacos vislumbran por primera vez la Luftwaffe, septiembre de 1939 (*Hulton Deutsh Collection/ CORBIS*).

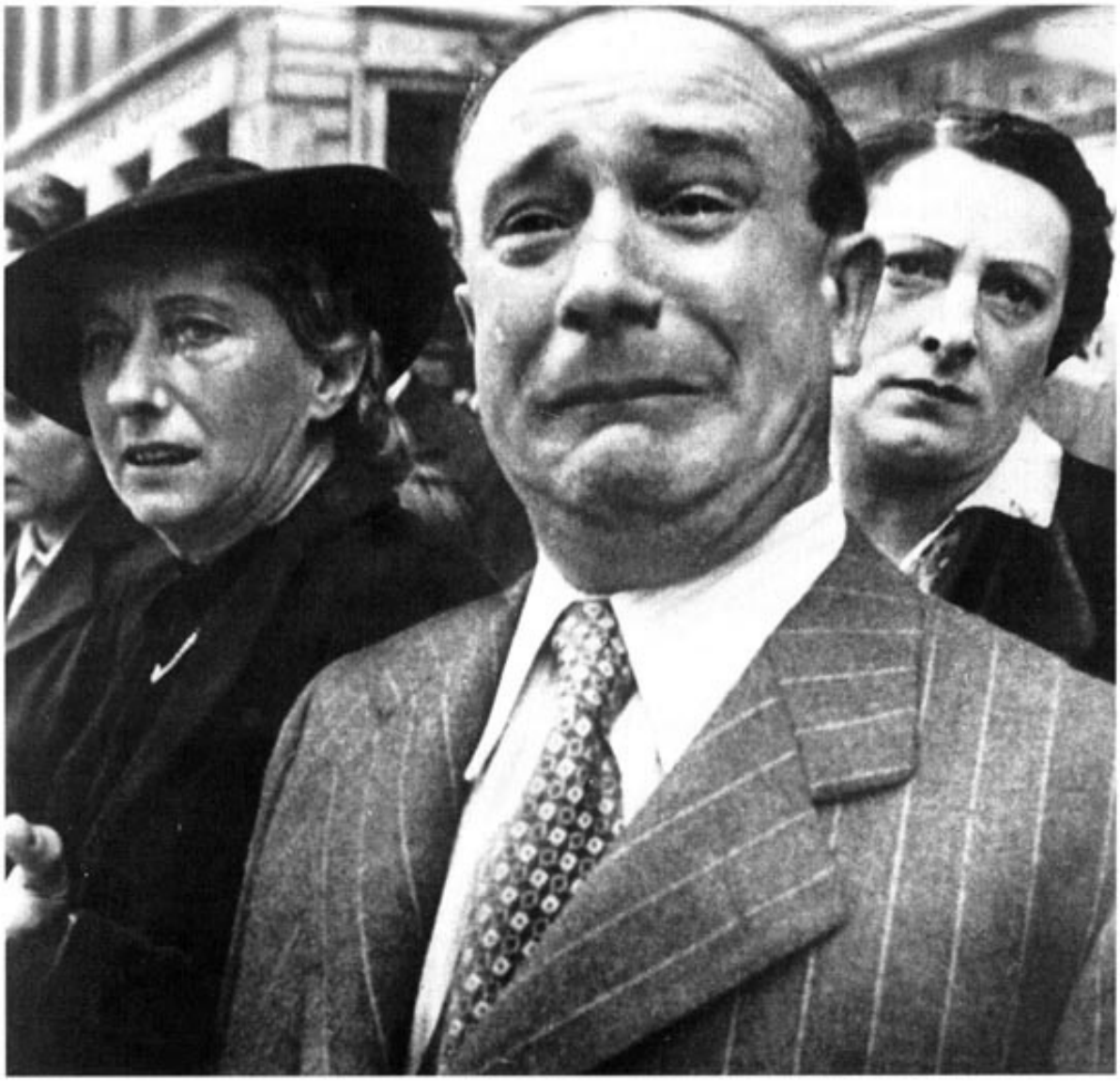
Los ocupantes frente a los ocupados. La SS —policía y unidades étnicas auxiliares—, llevan a cabo una búsqueda en Bydgoszcz, norte de Polonia, septiembre de 1939 (*Instytut Pamieci Narodowej/ United States Holocaust Memorial Museum*).

«Soldados fantasmas» finlandeses tratando de pasar desapercibidos en la nieve, diciembre de 1939 (*Keystone/Getty Images*).

Soldado ruso congelado en Finlandia, marzo de 1940 (*Keystone/Getty Images*).

Noruega invadida: tropas alemanas luchan cerca de Haugsbygd, abril de 1940 (*akg-images/Ullstein Bild*).

Dunkerque, al norte de Francia, es evacuada, mayo-junio de 1940 (*IAM/akg-images*).



Los rostros de los parisinos al ver a los alemanes entrar en París, 14 de junio de 1940 (*US National Archives & Records Administration: 208-PP-10A-3*).

Coventry, la ciudad sacrificada del centro de Gran Bretaña, después de un ataque aéreo, noviembre de 1940 (*Hulton Archive/Getty Images*).

Artillería británica en acción en el desierto norteafricano, enero de 1943 (*Mirrorpix*).

Un alemán entretiene a una mujer francesa que descubre las virtudes de la colaboración en la Francia ocupada, hacia 1943 (*Paul Almasy/akg-images*).

Ejecución masiva de judíos rusos por la SS Einsatzgruppen D, hacia 1942 (*Biblioteca del Congreso, Washington D.C.*).

La hora de comer tiene un significado muy diferente para personas en situación diferente. En Estados Unidos, a la izquierda, una familia celebra el Día de Acción de Gracias de 1942 (*Bettmann/CORBIS*) y, a la derecha, un hombre hambriento con su mísera ración de pan en Leningrado, 1941-42 (*akg-images*).

Las tropas alemanas descubren la dureza del invierno en Rusia, 1941 (*AP Photo/Press Association*).

10

Mudanzas de la fortuna

I. Bataán

«No podemos ganar esta guerra hasta que… se vuelva una cruzada nacional por Estados Unidos y el sueño estadounidense», escribió James Reston, periodista de The New York Times, en su libro Prelude to victory, con el que obtuvo un gran éxito de ventas en 1942[1]. La respuesta inicial que dio al conflicto su pueblo fue tan bienintencionada y confusa como la que había ofrecido el Reino Unido en septiembre de 1939. El público pareció entusiasmarse con la idea de aprender nociones de primeros auxilios, y, de hecho, del manual que mejor acogida recibió se vendieron ocho millones de ejemplares. Miles de estudiantes de secundaria se ocuparon en hacer maquetas de madera de los distintos modelos de aviones del enemigo destinados a los centros de instrucción militar; millones de ciudadanos donaron sangre y recogieron chatarra, y se cedieron a los reclutas muchos de los hoteles de recreo de Miami y Atlantic City. Dada la gravedad de las nuevas circunstancias nacionales, se prohibieron de forma temporal la caza y la pesca, y, en cambio, experimentaron un gran auge los adivinos, los juegos de damas, y las ventas de mapas del mundo y libros de cocina. El cine adquirió una popularidad extraordinaria, debida en parte a que muchos se encontraron con más dinero en los bolsillos. Así, en 1942 se dobló el número de espectadores que acudieron a las salas en 1940. Los prisioneros del presidio de San Quintín se ofrecieron para trabajar en la producción de

material bélico, y comenzaron a construir redes antisubmarinas.

Desde el principio, la nación dejó boquiabiertos a los visitantes de sociedades más pobres y menos ambiciosas que contemplaron la movilización económica a que dio lugar su entrada en el conflicto, y que estuvo auxiliada por los compromisos industriales de relieve que se habían alcanzado ya. Ni siquiera los británicos más inteligentes e informados pudieron hacerse una idea de los recursos casi ilimitados de que disponía el país. «El ejército… ha puesto la mira en un proyecto colosal —había escrito John Slessor, mariscal del aire del Reino Unido, en carta remitida a Portal desde Washington en abril de 1941 para informarle del desarrollo que tenían proyectado las fuerzas armadas estadounidenses—. Se había propuesto alcanzar los dos millones de hombres, y ahora está considerando la idea de sumar a éstos otros dos. Ignoro contra quién pretenden enviar semejante ejército, ni tampoco sé cómo piensan transportarlo a ultramar, aunque dudo mucho de que se hubieran embarcado en algo así de haber examinado a fondo y de forma conjunta sus compromisos y necesidades reales en lo tocante a la defensa.»[2]

Entre 1942 y 1945 hubo tiempo suficiente de abandonar semejante escepticismo. «Después de Pearl Harbor —escribió de los estadounidenses el teniente general Frederick Morgan, principal estratego británico del Día D— decidieron que iban a hacer la guerra más grande y mejor que hubiese visto el mundo.»[3] El secretario de la American Asiatic Association aseveró a un amigo del Departamento de Estado: «Va a ser una guerra larga y penosa, pero cuando acabe, el tío Sam va a ser quien corte el bacalao en el planeta[4]». El presupuesto federal aumentó de los nueve mil millones de dólares de 1939 a cien mil millones en 1945, y en ese mismo período, el Producto Nacional Bruto se elevó de los 91 000 a los 166 000 millones de dólares. El índice de producción industrial creció un 96 por 100, y se crearon diecisiete millones de puestos de trabajo. La mano de obra femenina aumentó en unos 6,5 millones entre 1942 y 1945, y los salarios que percibían las trabajadoras fabriles, en más del 50 por 100. Las ventas de prendas de vestir para su sexo doblaron su volumen. Las exigencias de la ciclópea movilización industrial de Estados Unidos favorecieron a magnates y a los grandes grupos de empresas, que florecieron en grado sumo, en tanto que la legislación contra los monopolios quedó eclipsada por los imperativos de la empresa bélica. Las cien compañías más poderosas de la nación, que en 1941 habían generado el 30 por 100 de la producción fabril de Estados Unidos, fueron responsables del 70 por 100 en 1943. La administración dejaba a un lado cualquier escrúpulo relativo a este género de acaparamiento cuando la firma en cuestión podía proporcionar carros de combate, aviones y embarcaciones.

Todo aumentó su escala a fin de ponerse a la altura de la mayor guerra de

la historia. Si en 1939 Estados Unidos tenía sólo 4900 supermercados, llegado 1944 contaba ya con 16.000. El líquido activo personal del estadounidense medio se dobló casi entre diciembre de 1941 y finales de 1944. Como quiera que escaseaban los artículos de lujo, el consumidor buscaba con desesperación bienes en los que gastar unos ingresos cada vez más sustanciosos. «El dinero ha vuelto loca a la gente —afirmaba cierto joyero de Filadelfia—. Les da igual lo que compren: lo hacen sólo por el placer de gastar.»[5] En 1944, si la producción nacional de bienes de consumo había caído en un 45 por 100 en el Reino Unido, en Estados Unidos había crecido en un 15 por 100. Muchas regiones acusaron una escasez grave de viviendas, y los alquileres se pusieron por las nubes cuando comenzaron a buscar alojamiento temporal los millones de personas que habían tenido que trasladarse a otros destinos para ejercer el trabajo que se les había asignado en tiempos de guerra.

> El mito de la guerra buena —escribió Arthur Schlesinger, adscrito a la sazón al Departamento de Información Bélica— hace pensar en un tiempo dichoso de unidad nacional en pro de objetivos nobles. Aunque la mayoría de los estadounidenses, de hecho, aceptó el carácter necesario de la guerra, tal cosa no significaba que no hubiese ocultos motivos mucho menos elevados. En Washington fuimos testigos del lado más sórdido de aquella «guerra buena». Conocimos a ejecutivos codiciosos que se oponían a la conversión destinada a producir material bélico y se sumaban después al gobierno para ingeniar el modo de salir beneficiados tras el conflicto… Se nos informó de que uno de cada ocho establecimientos comerciales estaba violando el límite impuesto a los precios. Averiguamos lo que un senador poco conocido de Missouri [por nombre Harry Truman] llamó «rapacidad, avaricia, fraude y negligencia»… La guerra exigía la igualdad de sacrificio, pero dondequiera que mirase, uno no encontraba más que estafa… El frente civil no presentaba un aspecto nada agradable en un tiempo en que había jóvenes estadounidenses muriendo en todo el mundo[6].

Entre los peores timos que salieron a la luz estuvo el de la National Bronze and Aluminum Foundry Company, contratista de defensa de relieve con sede en Cleveland, que vendía a sabiendas chatarra que hacía pasar por componentes de motores de cazas. Cuatro de sus ejecutivos acabaron entre rejas por fraude. La Cartridge Company de San Luis produjo millones de balas defectuosas que presentó como válidas para ser usadas en el campo de batalla, sin importarle el número de vidas que pudiese cobrarse semejante triquiñuela. Los ciudadanos no dudaban en recurrir al mercado negro para hacerse con artículos imposibles de conseguir de otro modo, y fueron muchas las empresas que eludieron el control de precios. Un estadounidense observó compungido que, en tanto que habiendo quedado Europa ocupada, la Unión Soviética y China invadidas y el Reino Unido bombardeado, Estados Unidos era la única de las grandes potencias que estaba «luchando en esta guerra sólo con la imaginación». Si bien lo ocurrido en Pearl Harbor y el sentimiento racista que fomentaron las noticias relativas a la brutalidad de los japoneses garantizaron el odio de los estadounidenses a su enemigo asiático, pocos

sintieron nada semejante a la animosidad para con los alemanes que con tanta facilidad experimentaron los europeos. Ni siquiera era sencillo excitar su ira respecto de la persecución a la que, al parecer, estaba sometiendo a los judíos. El historiador bélico Forrest Pogue observaría más tarde con asombro al hablar de las tropas de que disponía Bradley en Francia: «Los soldados no muestran un gran interés en la guerra; para hacer que se enfurezcan es necesario que los alemanes maten a unos cuantos de sus amigos[7]». El profesor Norman Maier, psicólogo conductista de la Universidad de Michigan reputado por sus estudios con ratas, sugirió que a los estadounidenses era más sencillo ponerlos en pie de guerra si se les dejaba sin gasolina, sin ruedas y sin libertades civiles que apelando a sus ideales[8]. Aun cuando se trata de una opinión cínica en exceso, por cuanto no faltó quien diese muestras de un patriotismo verdadero, y de no poco arrojo en el campo de batalla, sí es cierto que la distancia física que separaba a Estados Unidos de los frentes bélicos y la escasa probabilidad de sufrir un ataque directo o aun privaciones serias negó a sus ciudadanos la pasión que movió a los de las naciones que sufrieron las consecuencias de la ocupación o los bombardeos.

Tras el ataque de Pearl Harbor. Los dirigentes políticos y militares del país sabían que, como los británicos, habrían de encajar no pocas derrotas y humillaciones antes de disponer de la fuerza necesaria para invertir el avance japonés. La ignorancia y la inocencia en relación con el enemigo eran memorables aun entre quienes iban a tener que luchar contra él. «De pronto nos dimos cuenta de que nadie sabía nada de los japos —recordaba Fred Mears, piloto adscrito a un portaaviones—. Nunca habíamos oído hablar de los [cazas] Zero, ni teníamos ni idea de cómo se portaban los aviones ni sus pilotos. Nuestra preparación era lamentable.»[9] Aunque muchos estadounidenses habían reconocido varios meses antes que la beligerancia de su país estaba justificada, hasta que empezó a disparar el enemigo y comenzaron a hundirse barcos y a morir compatriotas, ni siquiera los soldados profesionales se mostraron implacables a menudo. «Fue asombroso lo que nos costó coger el hábito de reaccionar al instante como era debido —escribió el marino Alvin Kiernan—. Poco a poco fuimos aprendiendo que la guerra es, antes que nada, un estado de ánimo.»[10] Ernie Pyle señaló por su parte: «Todo apunta a que un país como Estados Unidos necesita dos años para meterse del todo en la guerra. Lo cierto es que tuvimos que pasar ese período de transición durante el cual renuncia uno a la vida que conoce para aceptar una existencia bélica nueva que, a la postre, acaba por entenderse como normal[11]».

Todo ello hace más extraordinario que, transcurridos apenas siete meses del ataque de Pearl Harbor, la flota estadounidense hubiese logrado los

triunfos que cambiaron el curso de las campañas asiáticas. Mientras que Alemania dominó la Europa occidental durante cuatro años, el perímetro de los japoneses estaba empezando a menguar llegado el otoño de 1942. La velocidad con que resurgió Estados Unidos en el Pacífico fue consecuencia de la debilidad fundamental del enemigo asiático. Aquel momento, sin embargo, estuvo precedido por no poco dolor. Las semanas siguientes al 7 de diciembre de 1941, los nipones tomaron sin dificultad Guaján, la isla de San Francisco y otros puestos avanzados insulares de Estados Unidos. El general Douglas MacArthur, al mando de la defensa de las Filipinas, rechazó la solicitud de contraatacar que hizo el comandante de sus fuerzas aéreas durante las diez horas que transcurrieron entre las noticias de la incursión sobre Pearl Harbor hasta el devastador asalto aéreo que destruyó unos doscientos cincuenta aviones estadounidenses que se hallaban en tierra y sin dispersar.

Al día siguiente, MacArthur reconoció la necesidad de replegar a sus soldados filipinos y estadounidenses hacia la península de Bataán, en Luzón, único lugar susceptible de ser defendido. Sin embargo, la de transportar allí los pertrechos necesarios constituía una labor hercúlea que el general no había querido emprender antes del estallido de la guerra, tildando de indolentes a quienes se lo habían propuesto. El ejército tuvo, pues, que comprar a la carrera arroz a los comerciantes chinos y toda la carne y la fruta que pudo adquirir en las fábricas de conservas locales. El 12 de diciembre informó, a destiempo, al presidente Quezón de la retirada que se había propuesto efectuar y que comenzó el día 22. Los médicos le advirtieron de que en Bataán era ubicua la malaria por estar muy extendido el mosquito anofeles. Con todo, apenas se adoptaron medidas profilácticas al respecto. Entre tanto, Manila sufrió un bombardeo diario desde el mediodía hasta la una de la tarde, lo que llevó a los oficiales estadounidenses a adelantar su almuerzo a las once.

MacArthur suponía que los japoneses tenían intenciones de desembarcar en el extremo meridional del golfo de Lingayén, y aunque apostó allí, en consecuencia, un contingente, la fuerza invasora llegó a la costa sin apenas topar con resistencia alguna. Llegado el 22 de diciembre, los hombres del XIV.º ejército del teniente general Masaharu Homma —43 110 en total— habían creado una cabeza de playa sin sufrir demasiadas bajas. Los torpedos defectuosos de los estadounidenses frustraron todos los ataques submarinos a las embarcaciones de transporte menos uno. En la bahía de Lamon, doscientas millas más al sur, arribaron otros siete mil nipones sin que nadie se lo impidiera. El ejército filipino se desmoronó con rapidez, y el general Lewis Brereton, comandante del aire, estimó oportuno escapar a Australia una vez perdida la mayor parte de sus aviones. MacArthur envió un comunicado rimbombante en el que aseveraba: «Mis valientes divisiones

siguen defendiendo su terreno y negando al enemigo el suelo sagrado de las Filipinas. Hemos causado un gran número de bajas entre sus filas, y su cabeza de puente no posee consistencia en ningún sector. Mañana los devolveremos al mar».

En realidad, no obstante, los japoneses avanzaron hasta Manila casi sin dificultad. En Washington, los jefes de estado mayor de Estados Unidos desecharon —con razón— cualquier idea de reforzar sus defensas. La suerte sólo asistió a MacArthur en un aspecto: los invasores centraron su atención en ocupar la capital y, por lo tanto, no hicieron nada por frustrar su retirada a Bataán. Carl Mydans, fotógrafo de la revista Life, observó desde el hotel Bay View la entrada de los primeros japoneses en Manila el 2 de enero: «Llegaron de la ensenada por los bulevares con el resplandor del amanecer, montados en bicicletas y en motocicletas diminutas, en orden y callados, y haciendo reverberar con fuerza los ridículos petardazos de sus vehículos de un cilindro en el silencio de la ciudad[12]».

Homma lanzó una semana más tarde el primer ataque contra la línea de combate que habían dispuesto estadounidenses y filipinos en la península de Bataán. Los días siguientes, los defensores rechazaron sin dificultad sucesivas embestidas, aunque sufrieron no pocas pérdidas a causa de las incursiones aéreas. Desde el principio hubieron de hacer frente al calor y al hambre, pues se hacía necesario alimentar a 110 000 personas: 85 000 soldados de uno y otro origen y 25 000 refugiados civiles. El cuerpo de ingenieros se ocupó en recoger y trillar arroz en los campos, y las nasas dispuestas a lo largo del litoral estuvieron operativas hasta que las destruyeron los cazas del enemigo. Además, se sacrificaron reses y otros animales de las granjas de la región. La malaria no tardó en alcanzar proporciones de epidemia. Ruth Straub, enfermera de hospital, escribió al respecto en su diario: «Tengo la impresión de que todos somos prisioneros de guerra voluntarios, que lo único que hacen es proteger sus propias vidas[13]».

Así y todo, el brío y la iniciativa de los defensores de Bataán fueron mayores que los que mostraron en Malasia los británicos. Los intentos nipones de quebrar el flanco de Wainwright mediante el desembarco de nutridos contingentes en las playas situadas tras el frente se saldaron con la aniquilación de las tropas agresoras. Uno de los grupos de asalto se vio obligado a retroceder hasta los escarpados cantiles de la punta de Quinauan. «Los japoneses se desprendieron de sus uniformes para lanzarse por docenas, dando gritos, a la playa que tenían debajo —escribió William Dyess, capitán de la XXIª escuadrilla de caza—. Las ametralladoras recorrían la arena y el oleaje en busca de cualquier cosa que se moviera.»[14]. Cuando la XX.ª de infantería japonesa rompió el perímetro y conquistó dos salientes en Tuol y Cotar el 26 de enero, los defensores lanzaron un contraataque y, tras una

lucha sangrienta, recuperaron el terreno perdido. Resulta notable que los bombardeos infligiesen tan poco daño en las posiciones de la artillería estadounidense. Cuando el XXVI.º de caballería se quedó sin forraje para sus cabalgaduras, los de la guarnición optaron por comérselas. Apenas hubo una especie de animal silvestre en Bataán que no fuese cazada y acabara en la cazuela, en tanto que los soldados recogían mangos, plátanos, cocos y papayas, y pescaban en el mar con dinamita.

Aunque los nipones no lograron avance alguno durante los meses de febrero y marzo, el hambre estaba debilitando a pasos agigantados a los defensores, y la quinina con la que combatir la malaria comenzaba a escasear. Por orden de Roosevelt, MacArthur escapó a Australia en una lancha torpedera con su familia y sus criados, y dejó al general Jonathan Wainwright al mando de la defensa, que aún duraría unas semanas. A finales de marzo estaba llegando a los hospitales un millar de casos de malaria a la semana, y al decir del teniente Walter Waterous, en los campos de refugiados civiles situados tras el perímetro se daban las condiciones «más deplorables que haya visto jamás, y la tasa de mortalidad es tremenda[15]». Las bombas dejaron en pie muy pocas de las instalaciones que se alzaban sobre el nivel del suelo en la plaza fuerte de la isla de Corregidor, en cuyo túnel de Malinta se hacinaron miles de enfermos y heridos.

Para la teniente Bertha Dworsky, enfermera texana de treinta años, uno de los aspectos menos agradables de su trabajo fue el hecho de conocer personalmente a muchos de los soldados que llegaban con lesiones gravísimas: «Solían ser personas con las que habíamos estado en el club de oficiales, o amigos nuestros. La experiencia hizo mella en nuestras emociones. Nunca sabíamos quién iba a ser el siguiente en ingresar[16]». Los heridos preguntaban a menudo si iban a vivir, y los médicos debatían si no sería mejor decirles la verdad[17]. El doctor Alfred Weinstein escribió al respecto: «Se sucedían las discusiones acaloradas sin que nadie fuese capaz de dar con la respuesta correcta. La mayoría de nosotros tomaba por el camino de en medio: si nos parecía que un paciente estaba a punto de irse al otro barrio, llamábamos al capellán para que le diese la extremaunción, recogiera sus últimos recuerdos personales y escribiese sus últimos mensajes… Lo más normal era que no hubiera que decirles nada[18]».

Los sitiadores, con todo, no se encontraban en mejores circunstancias que los sitiados. También entre ellos causaban numerosas bajas la malaria, el beri-beri y la disentería, de las que habían enfermado más de diez mil combatientes llegado el mes de febrero. La exasperación que provocaban en Tokio el desafío de los estadounidenses y la propaganda triunfalista a que había dado origen en Estados Unidos la epopeya de Bataán no dejaba de crecer. El 3 de abril, después de recibir refuerzos, Homma acometió una

ofensiva de gran envergadura precedida por un bombardeo brutal. Las unidades filipinas se dispersaron presas del terror ante los carros de combate nipones. No había movimiento de los defensores al que no respondieran las ametralladoras enemigas, si bien había algunos tan debilitados por el hambre que apenas podían salir de sus trincheras individuales. Los atacantes avanzaron con paso firme, desbaratando una línea estadounidense tras otra. El general de división Edward King decidió la noche del 8 de abril, por iniciativa propia, que debía entregar la península, y, en consecuencia, envió a las líneas japonesas a un oficial con bandera blanca. De los refugios que había repartidos por las selvas de todo Bataán emergieron grupos de defensores dispuestos a dar con un modo de llegar a la isla de Corregidor, en donde aún resistía Wainwright.

La mañana del día 9, King se reunió con el coronel Motoo Nakayama, oficial de operaciones de Homma, a fin de firmar la rendición.

—¿Van a recibir nuestros soldados un trato correcto? —preguntó aquél, y el japonés le respondió con un insulso:

—No somos bárbaros.

Así fue como cayeron presos de los nipones 11 500 estadounidenses y 64 000 filipinos. El traslado de aquellos hombres extenuados a centros de reclusión pasó a la historia como «la marcha de la muerte de Bataán». Los invasores mataron sin más a docenas de filipinos, en ocasiones simplemente para practicar con la bayoneta. Cierto soldado raso estadounidense vio a un compatriota agotado al que arrastraban las llantas de un carro de combate en avance. Blair Robinett dijo: «Si alguien había albergado alguna duda, en aquel momento supo de cierto que íbamos a pasarlas canutas[19]». El sargento Charles Cook describió los bayonetazos que recibían los prisioneros si trataban de coger agua, y el sargento Harold Feiner refería: «Si caías al suelo, ¡premio!: eras hombre muerto[20]». En un barranco cercano al río Pantingan mataron a más de trescientos cautivos filipinos. Al decir de sus ejecutores, si se hubiesen rendido antes, habrían recibido un trato más clemente; «pero provocaron muchísimas bajas entre los nuestros. Lo sentimos». Se calcula que en aquel trayecto perdieron la vida más de mil cien estadounidenses y más de cinco mil filipinos.

Los japoneses concentraron entonces en Corregidor —cuya área es sólo un tanto mayor que la del Central Park neoyorquino— los fuegos de su artillería. El 3 de mayo, Wainwright comunicó a MacArthur, quien se hallaba en Australia, que habían quedado arrasadas ya todas las estructuras que se elevaban sobre el suelo y también la vegetación de la isla. El calor y el hedor hicieron deplorables las condiciones que se vivían en el túnel de Malinta, atestado de seres humanos aterrorizados. Aquella noche, el submarino Spearfish evacuó al último grupo que escapó sano y salvo a Australia,

conformado por veinticinco personas, de las cuales trece eran mujeres. Horas más tarde, los japoneses enviaron un contingente anfibio para tomar por asalto Corregidor. Al mediodía del 6 de mayo, después de dos jornadas de combate, Wainwright rindió todas las fuerzas estadounidenses que quedaban en las Filipinas, después de hacer llegar a Washington el siguiente mensaje: «Con gran pesar, y siempre orgulloso de mi valiente tropa, voy a encontrarme con el comandante japonés… Adiós, señor presidente». Un médico naval que formaba parte de la guarnición, por nombre George Ferguson, se sentó a llorar, «decepcionado por su querida nación estadounidense[21]». Con todo, dados el agotamiento físico y mental que sufrían, muchos no pudieron menos de alegrarse de que la batalla hubiese acabado al fin. Sólo más tarde descubrirían que el infierno acababa de empezar para los 11 500 estadounidenses apresados por Japón.

La defensa de Bataán y la isla de Corregidor, que duró cuatro meses y en la que murieron dos mil estadounidenses y cuatro mil invasores, fue posible, en parte, por la incompetencia de los japoneses. El contingente inicial que enviaron éstos era poco numeroso y estaba compuesto por soldados que carecían de nada semejante al adiestramiento y la experiencia de las fuerzas empleadas por Yamashita en Malasia. De haber actuado de un modo más enérgico Homma y sus oficiales, la gesta de las Filipinas hubiese acabado mucho antes, tal como aseveró, furioso, el alto mando tokiota. Sin embargo, nada de ello resta mérito al arrojo de Wainwright, quien cumplió con su deber de una manera mucho más admirable que MacArthur, y de su guarnición. Crearon una leyenda de la que su nación pudo estar orgullosa y que provocó no poca envidia a Churchill. Por decirlo sin ambages, los soldados estadounidenses demostraron en Bataán y Corregidor una mayor lealtad que las fuerzas imperiales en Malasia y Singapur, por más que unos y otros luchasen por una causa perdida en igual grado.

El general de brigada Dwight Eisenhower, quien había servido, a su pesar, a las órdenes de MacArthur algunos años atrás, escribió en su diario: «¡Pobre Wainwright! Él ha sido el que ha luchado… [y MacArthur] se ha llevado todos los laureles del pueblo… [L]as diatribas que… con tanta frecuencia tuve que escuchar yo en Manila… van a parecer a la opinión pública tan estúpidas como nos parecían a nosotros entonces. Pero ¡es un héroe! ¡Bah!»[22]. Si en Estados Unidos, los comentaristas exprimían cada gota de gloria de la campaña de Bataán, las escaramuzas navales y las manifestaciones de la movilización incipiente de la nación, las fuerzas destinadas en el Pacífico no se dejaban engañar: no había soldado, marino ni aviador aliado que no supiese que el enemigo se estaba haciendo con la victoria en todos los rincones de la región. El teniente Robert Kelly, adscrito a la 111.ª escuadra de lanchas torpederas, responsable de la evacuación de

MacArthur de la isla de Corregidor, señaló: «Los periodistas ya nos hacían ganando la guerra, y eso nos fastidiaba. Desde donde estábamos nosotros se veían todas aquellas victorias. Eran muchas, y todas japonesas. Sin embargo, cada vez que conseguíamos rechazar un ataque en determinado punto, las noticias corrían a hablar de "victoria[23]"».

Kelly, como Eisenhower, pasó por alto la importancia que revisten las leyendas —y aun los mitos infundados— a la hora de mantener alta la moral de una nación acosada por la adversidad. La habilidad desplegada por la propaganda en Estados Unidos mitigó la consternación del país ante aquellas primeras derrotas. La nación tenía mucho menos que perder en Oriente que el imperio británico, y la epopeya de Bataán y MacArthur que forjaron Roosevelt y los medios de comunicación estadounidenses fueron de gran utilidad a su pueblo. El general era más un simple figurón que un soldado sobresaliente, y estaba dotado, además, de una personalidad repulsiva. Sin embargo, su huida de Corregidor no fue más deshonrosa que la de muchos de los comandantes británicos que abandonaron otros campos de batalla, y entre los que hay que incluir a Wavell por su actuación en Singapur. En los años siguientes, el que MacArthur se convirtiera en el rostro visible de los esfuerzos bélicos de su nación en el suroeste del Pacífico hizo mucho por elevar la moral de sus compatriotas, aunque poca cosa por la derrota de Japón. La campaña de las Filipinas de 1942 no tenía ningún fin estratégico práctico, toda vez que con las escasas fuerzas disponibles resultaba imposible defender unas islas que, además, se hallaban lejos de cualquier base amiga. Si la guarnición hubiese logrado resistir más tiempo, la opinión pública estadounidense habría obligado quizá a emprender un ataque destinado a poner fin al cerco de Bataán y que sin duda habría concluido en derrota. La armada estadounidense habría sufrido una catástrofe notoria de haber tratado de asistir a Wainwright frente a las fuerzas aéreas y navales del Japón, mucho más poderosas que las suyas. En consecuencia, la rendición de Corregidor libró a Washington de una situación muy embarazosa.

En adelante, no se produjo en el Pacífico ninguna campaña comparable en escala, ni por asomo, a las que se empeñaron contra Alemania. La lucha con Japón fue limitada en términos relativos, si bien se llevó a cabo a través de distancias ingentes y se dieron en ella encuentros navales de gran magnitud. Aun así, la mayor parte del ejército nipón siguió destinada en China. Las conquistas logradas en Asia y el Pacífico se debieron a contingentes relativamente poco numerosos dispersos por todo el hemisferio. Estados Unidos, el Reino Unido y Australia, por su parte, defendieron el dominio de los territorios insulares y sus frondosas selvas con modestas fuerzas terrestres compuestas por dos o tres divisiones que contrastaban sobremodo con los cientos de unidades que estaban participando en los campos de batalla de la

Unión Soviética. El factor que decidió cada uno de los choques habidos en el Pacífico fue el respaldo brindado por las fuerzas navales y aéreas. Los soldados de tierra y los integrantes de la infantería de marina de uno y otro lado sabían que su sangre y su sudor no iban a servir para nada si no se mantenían abiertas las rutas de abastecimiento y se negaba al enemigo el dominio del cielo. La marina estadounidense se convirtió en la fuerza decisiva en la guerra contra Japón.

II. El mar del Coral y la batalla de Midway

En enero de 1942, los japoneses tomaron Rabaul y transformaron aquella ciudad de Nueva Bretaña en un centro aéreo y naval de gran relevancia. Llevados de la euforia que provocaron sus triunfos —el «mal de la victoria», como comenzaron a llamarla los más escépticos de la nación de Hirohito—, se resolvieron a extender sus conquistas del Pacífico sur a Papúa, las Salomón, las Fiyi, Nueva Caledonia y Samoa. La armada persuadió al ejército de tierra a convenir en la ampliación del perímetro imperial que tuviese por centro las islas Midway y las Aleutianas por el extremo septentrional, lo que comportaba arrebatar unas y otras a los estadounidenses. Desde estas bases podrían dominar las rutas hacia Australia, que a la sazón era la escala más importante de que disponían los Aliados en la guerra de Asia.

Cuando aún no había caído la isla de Corregidor, los estadounidenses hicieron algo que consternó a sus enemigos por dejar al descubierto cierto aspecto de la vulnerabilidad de Japón y obligarlos a perseguir con más urgencia sus ambiciones: la incursión aérea contra Tokio que emprendió, el 18 de abril, el teniente coronel James Doolittle con dieciséis bombarderos B-25 desde el portaaviones Hornet, situado a 650 millas del territorio japonés, fue insignificante desde el punto de vista material pero muy importante desde el moral, pues alentó a los pueblos aliados durante un período en que se sucedían, una tras otra, las derrotas. Constituyó un acto imaginativo de teatralidad militar de los que Churchill gustaba de permitirse, y convenció a los nipones de la necesidad de hacerse con el atolón de Midway, desde 1867 la plaza más occidental de Estados Unidos. En cuanto el almirante Isoroku Yamamoto tuviera una base en Midway, podría frustrar cualquier aventura semejante a la de Doolittle.

Aunque los objetivos que se había propuesto Japón resultaron ser ambiciosos en extremo, constituían, al parecer de Tokio, la única opción posible si no querían dejar a los estadounidenses la libertad de movimientos que necesitaban para reunir fuerzas y acometer una contraofensiva. El almirante Yamamoto y sus colegas entendieron en todo momento que, si no

mantenían la presión constante sobre Estados Unidos, era inevitable la derrota. La única estrategia que, en su opinión, podía funcionar consistía en arremeter una y otra vez contra los Aliados hasta que Washington sucumbiese a la dominación nipona y se aviniera a negociar con ellos. Por encima de todo, la armada imperial tenía la intención de destruir los buques de guerra estadounidenses en combate naval.

Antes de centrar su atención en las Midway, los japoneses se dirigieron a Papúa y las Salomón. A principios del mes de mayo de 1942 zarparon con rumbo a Port Moresby tres convoyes de desembarco escoltados por una poderosa escuadra de ataque y protección en la que se incluían tres portaaviones. El vicealmirante Shigeyoshi Inoue, que dirigía las operaciones, albergaba la esperanza de que tratase de interceptarlos alguna flota estadounidense, pues estaba seguro de destruirla. El contingente anfibio destinado a la isla de Tulagi, en la región meridional de las Salomón, a escasas millas de Guadalcanal, desembarcó el 3 de mayo sin encontrar oposición alguna. Al día siguiente, los aeroplanos del portaaviones Yorktown atacaron sus embarcaciones a escasa distancia del litoral, y hundieron un destructor y dos buques de menor porte. Con todo, la acción resultó un tanto decepcionante, habida cuenta de que casi todos los elementos se hallaban a favor de los agresores.

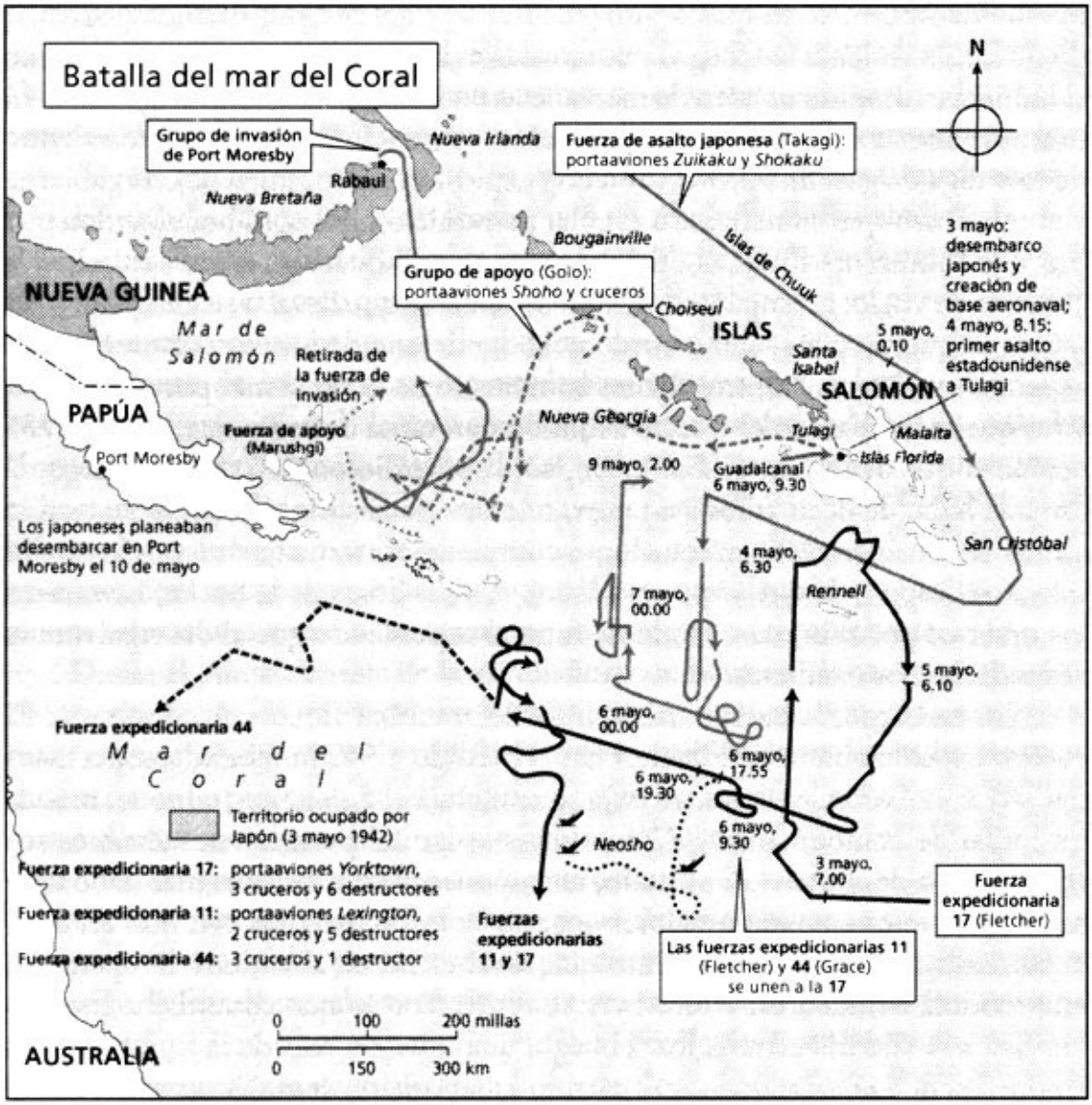
El 5 de mayo, los estadounidenses enviaron una flota reforzada por un modesto contingente australiano, comandada por el contraalmirante Frank Fletcher y advertida de antemano de las intenciones de los japoneses gracias a la información proporcionada por los mensajes Ultra, a fin de interceptar el grueso de las fuerzas de Inoue. Al amanecer el 7 de mayo en el mar del Coral, Fletcher mandó sus cruceros, al mando del contraalmirante británico John Crace, a atacar las embarcaciones de transporte del enemigo. Sin embargo, los datos que había recibido acerca de la ubicación de éste eran erróneos. Las escuadrillas aéreas estadounidenses, en lugar de dar con los portaaviones nipones, toparon con la fuerza anfibia de Inoue. Sus naves de transporte se alejaron enseguida y aguardaron a ver cuál era el resultado de la batalla. Crace se retiró al saber que el lugar al que se dirigía estaba vacío. Los aparatos del Lexington lograron una primera victoria al hundir el portaaviones ligero Shoho. Entre tanto, el grupo de portaaviones de Fletcher logró salvarse de milagro: la flota japonesa se encontraba a 175 millas a popa de él, y no disponía de sus aviones cuando los aparatos del enemigo hundieron y destruyeron un buque cisterna estadounidense y un destructor de escolta rezagados de su cuerpo expedicionario. De haber seguido volando y haber dado con los portaaviones de Estados Unidos, éstos habrían corrido un gran peligro. Sin embargo, los dos almirantes rivales se pasaron aquel día primero buscándose a tientas sin éxito.

Cuando amaneció a la mañana siguiente, 8 de mayo, a las 6.55, los marinos que sudaban en la fétida atmósfera que imperaba bajo cubierta aprovecharon la menor oportunidad para dar bocanadas de aire fresco al arrimo de rejillas y escotillones mientras de los portaaviones estadounidenses y de Japón despegaba una oleada tras otra de aviones. El capitán de corbeta Bob Dixon, que había dirigido el asalto aéreo efectuado el día anterior contra el Shoho, volvió a distinguirse al localizar a la flota nipona. Se mantuvo en el aire todo el tiempo que le fue posible a fin de mantener la vigilancia, aunque estuvo en todo momento pendiente del motor con la intención de ahorrar combustible, la del consumo elevado era una de las preocupaciones constantes de los pilotos de portaaviones.

La primera oleada de aparatos estadounidenses ubicó y atacó al portaaviones Shokaku, al que infligió daños significativos, aunque no determinantes, pues la mayor parte de los torpederos y los bombarderos en picado erró el blanco. Los ataques no estuvieron bien coordinados. La dotación de los bombarderos en picado tuvo serios problemas cuando sus telescopios de observación y parabrisas se empañaron durante el trayecto casi vertical que medió entre el momento de descender, a cinco mil metros de altitud, y el de volver a elevarse, a seiscientos, y los pilotos se quejaron de la falta de velocidad y de potencia de fuego que presentaban sus aparatos a la hora de defenderse de los cazas japoneses. El comandante William Ault se perdió mientras regresaba a su portaaviones, error tan frecuente como fatídico en aquel vasto océano. Antes de efectuar un amaraje forzoso y desaparecer para siempre envió el siguiente mensaje lacónico de despedida: «Bueno, pues ¡hasta luego, muchachos! Acordaos de que quien acierte al cabeza plana se lleva mil libras[24]». Sin embargo, el Shokaku sobrevivió al ataque. «[T]eníamos que haber actuado mucho mejor», reconoció arrepentido el capitán de corbeta Paul Stroop, oficial de estado mayor que viajaba a bordo del Lexington.

Además, en tanto los estadounidenses caían sobre la flota de Inoue, los de Japón atacaron las embarcaciones de Fletcher… con mucho más éxito. Cuando los radares advirtieron de la presencia de aviones enemigos, los capitanes de los portaaviones de Estados Unidos ordenaron andar con la arrancada máxima —25 nudos— y emprendieron una acción evasiva antes de encontrarse con una legión de torpedos enemigos y con un violento granizo de bombas. Un solo proyectil mató a más de una cuarentena de hombres del Yorktown, y otro que pasó a una distancia muy escasa hizo salir del agua por unos instantes las hélices, que seguían girando tan rápido como les era posible. Cuando el capitán pidió a los de la sala de máquinas que tratasen de perder salida, recibió una respuesta por demás desafiante: «¡Ni hablar! ¡De ésta salimos!». Sin embargo, por más que botó el timón para eludir los

torpedos, los fuegos enemigos alcanzaron aquel portaaviones de cuarenta mil toneladas con consecuencias devastadoras. «Resultaba muy desalentador ver a esos aviones japoneses lanzar sus torpedos y después aproximarse a la embarcación para mirarnos», recordaba Stroop[25]. Lo hacían «llevados por la curiosidad y por las ganas de burlarse de nosotros. Nosotros les disparábamos con los cañones de veinte milímetros que acabábamos de estrenar, y fallábamos siempre[26]». A los incendios que se declaraban a bordo no les faltaba pábulo: la pintura inflamable de los mamparos, por ejemplo, o una cantidad de mobiliario de madera que jamás volvería a verse en ningún buque de guerra estadounidense. Los marinos, medio desnudos, sufrieron quemaduras terribles: «la piel se les caía a tiras del cuerpo». Aquélla sería la última vez que la tripulación de una nave de Estados Unidos entrase en acción con alguna parte del cuerpo descubierta voluntariamente. Los aviones japoneses dieron media vuelta después de apenas trece minutos, y los aparatos americanos, al regresar de su propia incursión, fueron recibidos por el caos que habían provocado en tan poco tiempo.



Se hicieron empeños heroicos en extinguir los incendios del Lexington. El teniente Milton Ricketts, el único superviviente de un equipo de reparación de daños que había sido víctima de una bomba, cogió una manguera, pese a estar herido de muerte, y se ocupó en arrojar agua a las llamas. Con todo, no pasó mucho tiempo antes de que, según palabras de Paul Stroop, «hubieran arreciado de forma violenta los fuegos y comenzasen las explosiones… Sonaban como si hubiera irrumpido un tren de mercancías en la cubierta de los hangares… Un muro de llamas… surgió en torno al montacargas[27]». Los vapores procedentes de una fuga de gasolina provocaron una explosión descomunal bajo la cubierta, y el calor hizo que comenzase a estallar la munición. Se optó por abandonar el barco. El almirante Fitch, el oficial de más alta graduación, cruzó con calma la cubierta de vuelo, acompañado por un ordenanza que llevaba su chaqueta y sus partes de guerra, para subir a bordo del bote de uno de los destructores, que lo esperaba en el agua. Los tripulantes comenzaron a saltar al mar por centenares, y los que se ocuparon del rescate actuaron con tanta destreza que, de las 2735 personas que ocupaban el Lexington, sólo se perdieron 216. Sin embargo, la armada hubo de decir adiós a un portaaviones valiosísimo. El Yorktown recibió daños de consideración, aunque logró completar el aterrizaje de los aviones dos minutos después de que se pusiera el sol. A altas horas de la noche, lanzaron a los muertos por la borda a modo de funeral suponiendo que al día siguiente se reanudarían los combates.

Sin embargo, la batalla había acabado, y ambas flotas volvieron proa. El cuerpo expedicionario de Fletcher había perdido a 543 hombres, sesenta aviones y tres embarcaciones, entre las que se incluía el Lexington, e Inoue, más de un millar de combatientes y 77 aeronaves —las del portaaviones Zuikaku sufrieron serio desgaste—. Con todo, los nipones fueron quienes más daño causaron, puesto que poseían mejores aparatos y los manejaban con más eficacia. Y sin embargo, por sorprendente que resulte, Inoue abandonó la operación emprendida contra Port Moresby y se retiró, con lo que concedió a Estados Unidos una victoria estratégica. He aquí una muestra más de la timidez de los japoneses, que no supieron sacar partido a su posición ventajosa cuando tenían al alcance de la mano la conquista del mar del Coral. Jamás volverían a conocer una oportunidad como aquélla de consolidar la dominación del Pacífico.

En el curso de la guerra, la armada estadounidense demostró ser la más impresionante de las fuerzas armadas de la nación, aunque lo cierto es que hubo de afrontar un proceso de aprendizaje largo y muy arduo. Algunos de sus comandantes, incluido Fletcher, dejaron mucho que desear por la lentitud

con que asumieron los principios de la acción con portaaviones, imperante en la campaña del Pacífico. Si bien nunca pudo ponerse en duda el arrojo de los aviadores estadounidenses, en un primer momento fueron muy por detrás de los nipones en cuanto a destreza. En Pearl Harbor, estos últimos lograron nada menos que 19 aciertos de 40 torpedos lanzados, marca que no igualó ninguna otra marina del mundo, y que resulta imponente por más que la acción se efectuara contra un enemigo desprevenido y estático. Cuando los aparatos de los portaaviones estadounidenses asaltaron el fondeadero de Tulagi el 3 de mayo de 1942 sin encontrar apenas resistencia, sus 22 aviones torpederos Douglas Devastator dieron una sola vez en el blanco. Dos días más tarde, durante el ataque al Shokaku, su número fue de 21, y todos los proyectiles erraron su objetivo. Según aseverarían más tarde los japoneses, los más de los torpedos andaban demasiado desviados, y tan lentos, que no resultaba difícil eludirlos.

La batalla del mar del Coral puso de relieve que, de los aviones navales de Estados Unidos, el único que daba la talla era el bombardero en picado Dauntless, entre otras cosas por poseer la dureza necesaria. El Devastator era, en palabras de uno de los pilotos, «un verdadero trasto» que, además, consumía combustible en exceso. Y lo que era aún peor: los torpedos Mk-13 y Mk-14, lanzados, respectivamente, desde el aire y desde el mar, tenían un funcionamiento pésimo, y las más de las veces ni siquiera estallaban cuando daban en el blanco. La renuencia, por demás contraria a la costumbre estadounidense, en aprender de la experiencia hizo que este defecto, que afectaba tanto a las operaciones submarinas como a las aéreas, no se corrigiese del todo hasta 1943.

Desde el punto de vista de la estadística, combatir en el mar resultaba mucho menos peligroso que servir en la infantería o en la aviación, si se exceptúan casos especializados como la tripulación de los submarinos. La lucha tenía un carácter menos personal, en el sentido de que los marinos raras veces veían el rostro de sus enemigos. El sino que habría de correr la dotación de una nave dependía, en grado abrumador, de la competencia, el juicio y la fortuna de su capitán. Los marineros de todas las naciones sufrieron no poco hastío e incomodidades, interrumpidos por accesos de peligro y miedo. Se les exigía que diesen muestras de fortaleza, calma y devoción; pero raras veces gozaban de la ocasión de elegir si podían o no actuar con audacia, privilegio reservado a sus comandantes, cuyas órdenes determinaban la suerte de embarcaciones y flotas. La inmensa mayoría de cuantos desempeñaban funciones técnicas a bordo de máquinas de guerra marítimas jamás disparó un solo proyectil contra el enemigo.

Las operaciones de los portaaviones representaban el refinamiento más elevado y complejo de los combates navales. «La cubierta de vuelo parecía

una gran danza guerrera de colores diferentes —escribió uno de los marinos que servían a bordo del Enterprise—. Los de la artillería llevaban los cascos cubiertos de tela roja y camisetas del mismo color cuando cumplían con su cometido habitual de cargar ametralladoras, colocar la espoleta a las bombas, izar torpedos…, y los demás vestían otros colores según su condición: los capitanes de avión (de los cuales había uno asignado a cada aparato) iban de marrón; los hidráulicos, encargados de los cables de frenado y las catapultas, de verde; el oficial de señalización de aterrizaje y los encargados de la supervisión de la cubierta, de amarillo; los del combustible, de morado… Todo había que hacerlo ipso facto, en medio de un número incontable de hélices en movimiento, siempre dispuestas a hacer papilla a los incautos». La armada estadounidense, que haría del ataque con portaaviones un arte supremo, estaba aún en mantillas en 1942. Sus aviones eran inferiores a los de Japón, y además, sus comandantes aún no habían dado con la combinación más adecuada de cazas, bombarderos en picado y torpederos que debía montar cada embarcación. Así, tras los combates librados en el mar del Coral, los capitanes lamentarían el número poco apropiado de cazas Wildcat. Su artillería antiaérea no era más eficaz que la de la Royal Navy. Los radares eran cortos de vista en comparación con los que se desarrollarían en años posteriores, y las técnicas de reparación de daños, que iban a convertirse en una de las características más señaladas de sus fuerzas navales, aún eran muy imperfectas.

Aunque la armada estadounidense se preciaba de poseer una excelente tradición bélica, la oficialidad y la clase de tropa de 1942 estaban dominadas por hombres alistados en tiempos de paz que, en muchos casos, habían sentado plaza en las fuerzas armadas a falta de nada mejor que hacer. El aviador naval Alvin Kiernan escribió al respecto:

> Muchos de los marineros, entre los que me encontraba yo mismo, habían acabado allí empujados por la escasez de empleo que sufría Estados Unidos tras la Depresión… Todos habríamos negado ser de segunda… En Estados Unidos no existía tal cosa, pensábamos nosotros, olvidando, claro está, que a los negros y los asiáticos sólo se les permitía servir en la armada en calidad de cocineros y camareros de los oficiales. Habíamos recibido una formación pésima por causa de la dejadez que trajo consigo la Depresión, y no todos habíamos ido al instituto, por no hablar ya de la universidad. Éramos jovenzuelos aquejados de acné y malhablados que no dudaban en emborracharse y ponerse pendencieros cuando estaban de permiso… Yo solía preguntarme por qué había tantos de nosotros flacos y bajitos, con la cara llena de granos, el rostro amarillento y vello por todas partes[28].

Cecil King, escribiente mayor del Hornet, recordaba por su parte: «Teníamos a un grupito de verdadera escoria. No digo yo que aquellos chiquillos fuesen mañosos en toda regla; pero sí que estaban metidos en todo lo más sucio que había en el barco: desde el juego hasta la extorsión. Una noche lanzaron por la borda a uno de ellos[29]». Para la mayoría, el servicio naval estaba marcado por años de monotonía y trabajo agotador,

interrumpidos por breves períodos de acción violenta. Eran pocos quienes, como el propio Cecil King, disfrutaban con la experiencia de vivir en un portaaviones. «Yo me sentía en el mar como en casa —afirmaba—. Estaba convencido de que toda la armada sería igual. Muchas veces, sobre todo al caer la tarde, me dedicaba a recorrer el barco por mero placer. Me dirigía al montacargas que llevaba a la cubierta superior y me quedaba un rato contemplando el océano que nos rodeaba. Sigo teniéndome por una de las personas más afortunadas del mundo… por haber nacido cuando nací y haber podido luchar por mi país en la Segunda Guerra Mundial. Considero un privilegio haber vivido todo este período de la historia.»[30]

La expansión del cuerpo de oficiales de la armada estadounidense contribuyó de forma espectacular y muy positiva a las victorias posteriores de las fuerzas navales. Aun así, la mayor parte de los marinos rasos, y en particular cuando las embarcaciones comenzaron a llenarse de reclutas alistados en tiempos de guerra, cumplió con su deber de un modo cabal sin apenas dar con mucho de lo que disfrutar. Algunos encontraron la experiencia intolerable: cierto tripulante del Hornet se encaramó a uno de los penoles del portaaviones, y se colgó a cincuenta metros sobre el nivel del mar mientras trataba de reunir el valor necesario para saltar y quitarse la vida, hasta que lo disuadieron el capellán y el médico de a bordo. Lo enviaron a Estados Unidos para que lo sometieran a examen psiquiátrico, y, tras ello, regresó al portaaviones a tiempo para vivir su hundimiento, la suerte que tanto lo había horrorizado[31].

Quienes estuvieron presentes en las primeras batallas estadounidenses del Pacífico conocieron no pocos fracasos, pérdidas y derrotas. Los terrores propios de un hundimiento se incrementaron a menudo por el tiempo que se invertía en localizar y rescatar a los supervivientes. Muchos de los que caían a aquel vasto océano, aun cuando fuera de buques de guerra de gran porte, se perdían para siempre. Allan Heyn se contaba entre quienes se encontraron de pronto luchando por salvar la vida al hundirse el crucero ligero Juneau de camino a la base de Espíritu Santo, adonde se dirigía para reparar los daños sufridos. «Había una capa espesa de petróleo en el agua, por lo menos de tres dedos, y toda clase de borradores y documentos flotando por todas partes, además de un rollo tras otro de papel higiénico —recordaba—. Era incapaz de ver a nadie, y pensé: "¡Vaya por Dios! ¿A que soy el único?… Entonces oí llorar a un hombre, y al mirar a mi alrededor, vi al segundo contramaestre… Me dijo que no podía nadar, porque había perdido una pierna entera… Le ayudé a subir a la balsa… Aquélla fue una noche espantosa, porque la mayoría de los compañeros estaba malherida y agonizante. Era imposible reconocer a nadie, a no ser que fuese gente con la que había tenido uno mucho trato antes de que se hundiera el barco.»[32] Tres días después, su

número se había reducido de ciento cuarenta a cincuenta, y hubieron de transcurrir seis más antes de que un destructor y un hidroavión Catalina rescatase a los diez que sobrevivieron. En ocasiones, las embarcaciones se desvanecían con todo el personal de a bordo, como ocurría casi siempre en el caso de los submarinos.

Los japoneses comenzaron la guerra naval con un cuerpo aguerrido de marinos y aviadores armados con el torpedo que los estadounidenses denominarían long lance, el más eficaz de todo el planeta. Carecían de radares, y su servicio de información era lamentable; pero descollaban en operaciones nocturnas, y en los primeros enfrentamientos directos con la artillería apuntaban mejor que sus rivales. Sus excelentes cazas Zero gozaban de una mayor resistencia en combate merced a la falta de blindaje en la carlinga y de depósitos de combustible diseñados para evitar fugas. La superioridad aeronaval que demostró su nación en 1942 hace aún más asombroso el desenlace del siguiente estadio de la guerra en el Pacífico.

El almirante Yamamoto se afanó en provocar una batalla de primera magnitud con toda la urgencia que caracterizó su visión estratégica, y, así, cuando aún no había transcurrido un mes del desacierto del mar del Coral, arremetió contra las islas Midway en una operación compleja y ambiciosa destinada a escindir las fuerzas estadounidenses con 145 buques de guerra. Una de sus flotas avanzaría hacia el norte, en dirección a las Aleutianas, en tanto que el contingente principal caía sobre las Midway. Los cuatro portaaviones de escuadra del almirante Chuichi Nagumo —el Zuikaku y el Shokaku habían quedado atrás después de salir malparados del mar del Coral— se aproximarían al atolón desde el noroeste, seguidos, a trescientas millas, por los acorazados andadores de Yamamoto, mientras del suroeste se acercaba una flotilla de embarcaciones de transporte con los cinco mil soldados que efectuarían el desembarco.

Por inteligente y encantador que pudiese ser en lo personal Yamamoto, la torpeza de magnitud épica con que planificó el ataque a las Midway lo reveló como un hombre escasamente dotado para la estrategia naval, pues su plan no sólo exigía que dividiese sus fuerzas, sino que —lo que es aún peor— descartaba, dejándose llevar por la proverbial arrogancia de su nación, cualquier posibilidad de que los estadounidenses conociesen de antemano sus intenciones. Y lo cierto es que el almirante Chester Nimitz, comandante en jefe de la armada de Estados Unidos en el Pacífico, sabía de la llegada del enemigo: el capitán de fragata Joseph Rochefort realizó, desde Pearl Harbor, una de las hazañas más prodigiosas que protagonizaron los equipos de desciframiento en toda la guerra al identificar el objetivo al que se dirigía el

enemigo a través de textos de carácter fragmentario descodificados por él y los suyos. El 28 de mayo, los japoneses cambiaron el libro de códigos de la armada, y el grupo de expertos en criptoanálisis de Rochefort pasaría semanas tratando de descifrarlo; pero, por fortuna, semejante precaución no llegó a tiempo para frustrar el descubrimiento que reveló las intenciones de Yamamoto.

Nimitz dio un paso por demás arrojado al fundar toda su respuesta en lo acertado de la interpretación de Rochefort. Los servicios de información nipones, cuya actuación no fue nunca digna de encomio, creían que el Yorktown se había hundido en el mar del Coral, y que los otros dos portaaviones estadounidenses, el Hornet y el Enterprise, se hallaban en las remotas Salomón. Sin embargo, los empeños hercúleos de mil cuatrocientos trabajadores del astillero de Pearl Harbor dejaron el primero de nuevo en franquía, si bien con una dotación improvisada de aviones. Nimitz, por lo tanto, contó con dos fuerzas expedicionarias para la defensa de las Midway: una a las órdenes de Fletcher, a quien correspondió el mando general, y otra al de Raymond Spruance. El peso de la acción lo iban a asumir los portaaviones, y el objetivo serían los de Nagumo: los acorazados estadounidenses, antiguos y poco andadores, habían quedado en los puertos de California. Las armas que iban a decidir el resultado eran los aviones.

Herman Melville, el más grande de los novelistas marinos de Estados Unidos, había escrito casi un siglo antes: «Hay algo en un combate naval que lo distingue, de manera sustancial, de uno librado en tierra, y es que el océano… no tiene ríos ni bosques, orillas, ciudades o montañas. Con tiempo bonancible, es una planicie trabajada a martillo. En él resultan imposibles las estratagemas propias de los ejércitos disciplinados o las emboscadas que acostumbran tender los indios. Todo él está expedito, abierto, diáfano. El elemento mismo que sostiene a los combatientes cede con el roce de una simple pluma… Tamaña simplicidad hace que el enfrentamiento de dos buques de guerra… sea más semejante a las contiendas arcangélicas descritas por Milton que a las peleas de tierra, mezquinas en comparación[33]».

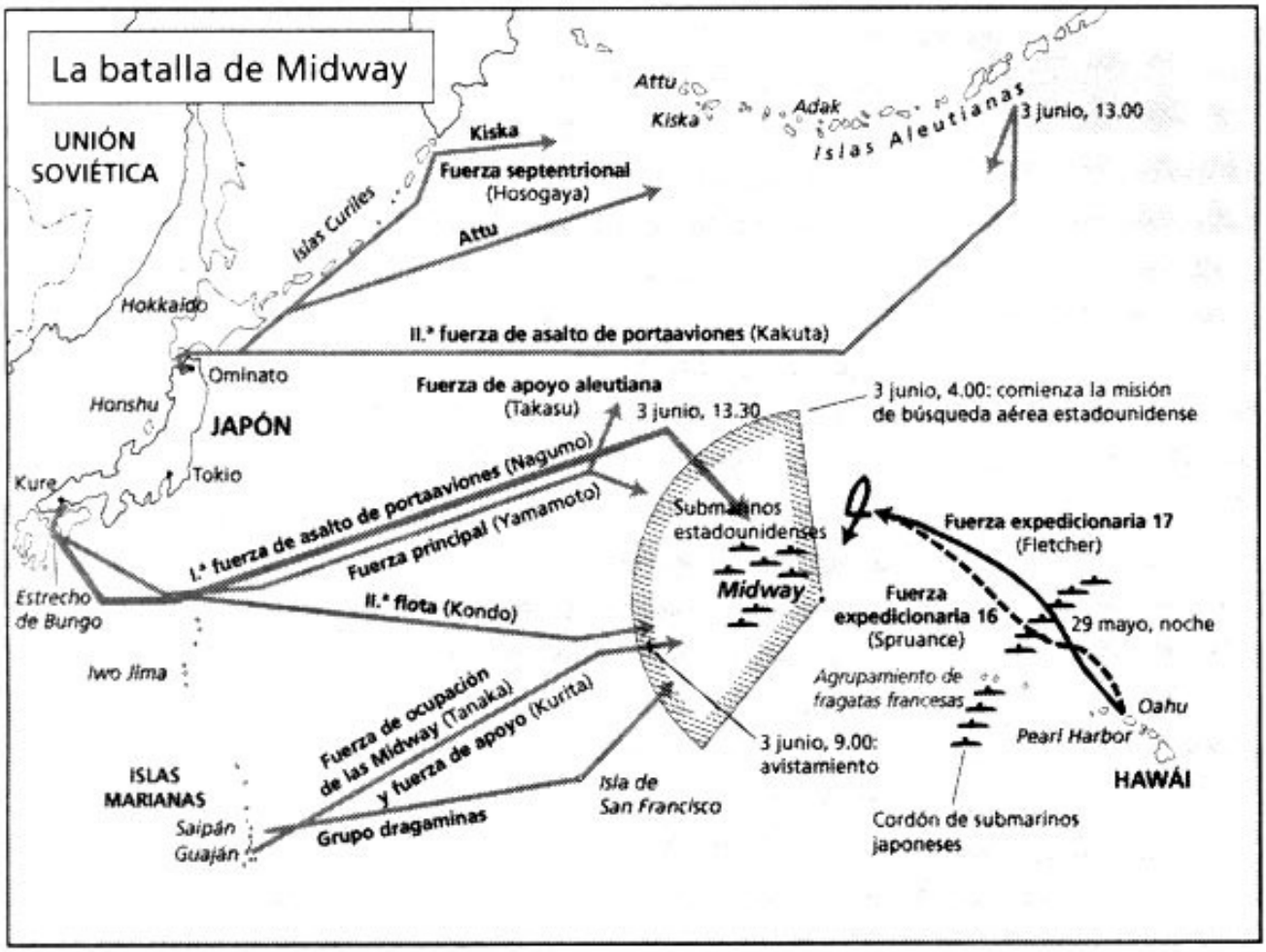
Aunque la visión lírica de Melville seguía siendo reconocible para los marinos de 1942, había dos factores que habían transformado la imagen que poseía de los combates navales. El primero era la radio y la interceptación de sus señales, que hicieron posible recurrir a «emboscadas» y «estratagemas» como las que se produjeron en las Midway al permitir localizar al enemigo y adelantarse a él antes de llegar a divisarlo. En este sentido, la superioridad de los sistemas de radar estadounidenses le confirieron una ventaja nada desdeñable sobre los japoneses. Por otra parte, el advenimiento de las fuerzas aéreas significaba que no todo estaba ya «expedito, abierto, diáfano»: las flotas rivales se habían vuelto vulnerables a ser sorprendidas aun

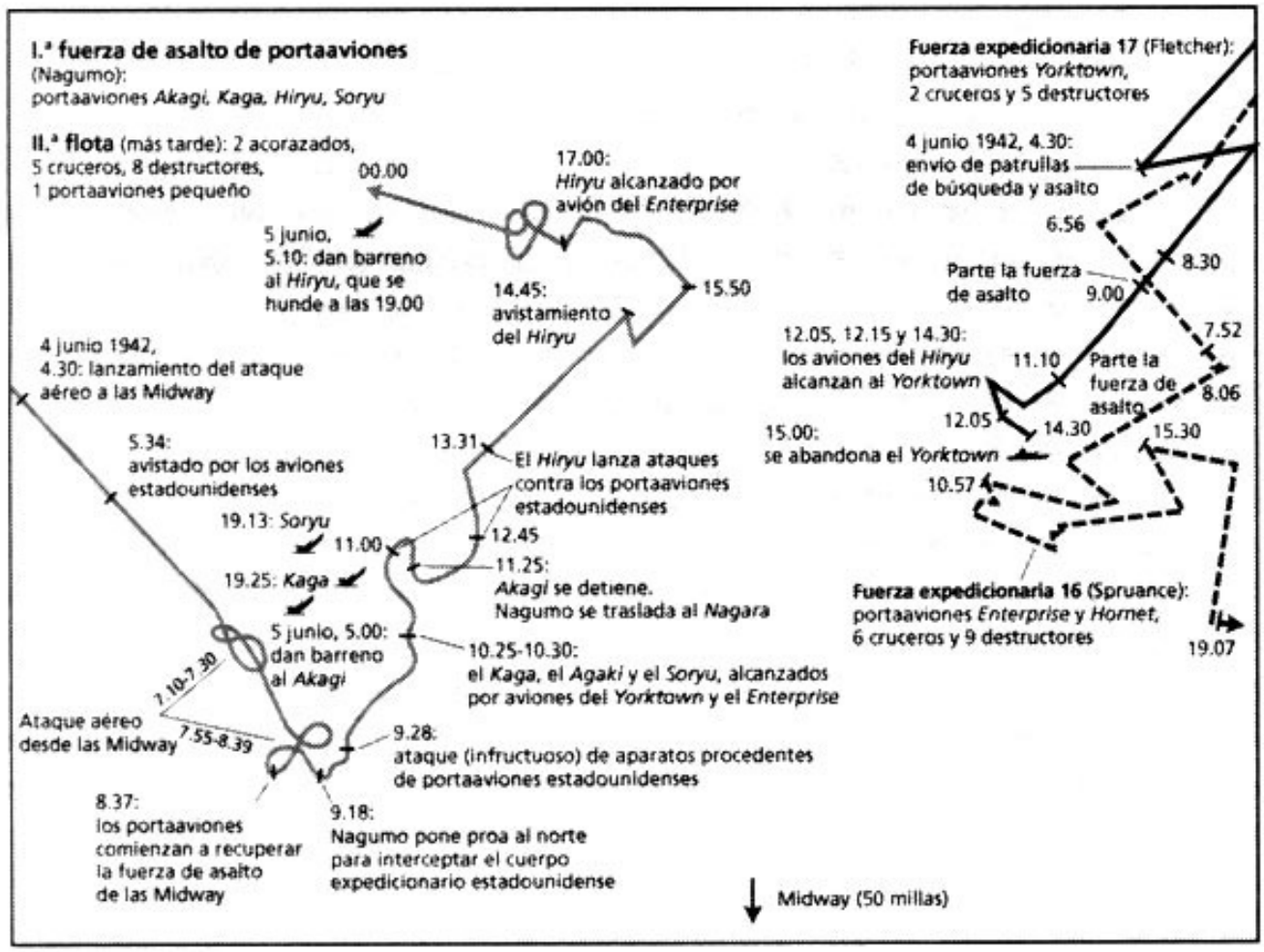
encontrándose a cientos de millas de distancia. Sin embargo, en un océano tan vasto, seguía siendo difícil conocer con exactitud la posición del enemigo, tanto de sus embarcaciones como de flotas enteras en algunos casos. «Acabado el combate —aseveraba el contraalmirante Frank Fletcher—, todo el mundo habla de las decisiones adoptadas como si fuesen fruto de una reflexión metódica, cuando en realidad no paramos de andar a tientas.»[34] Tal cosa se había hecho evidente en la batalla del mar del Coral, y lo cierto es que, a pesar de los logros heroicos del capitán de fragata Rochefort, la incertidumbre y la suerte también caracterizaron la de las Midway.

Aquel enfrentamiento se produjo sólo seis meses después del ataque de Pearl Harbor, en un tiempo en el que los portaaviones de la armada estadounidense aún eran menores en número que los británicos, y las dos fuerzas expedicionarias de aquélla se hallaban demasiado alejadas entre sí para proporcionarse ayuda mutua o coordinar de manera eficaz sus operaciones aéreas. El 3 de junio se entabló la primera escaramuza cuando, a las dos de la tarde, la fuerza anfibia nipona sufrió, sin gran menoscabo, el ataque de nueve B-17 Flying Fortress procedentes de tierra. Aquella mañana, los aviones de Japón habían acometido con fuerza las Aleutianas. Esta acción estuvo seguida por una noche tensa para decenas de miles de hombres de uno y otro lado. Los de la guarnición de las Midway estaban dispuestos a vender caras sus vidas, pues conocían de sobra la suerte que habían corrido ya los defensores de otras islas a manos de los japoneses. Los pilotos de los portaaviones estadounidenses, situados trescientas millas más al noreste, se preparaban para lo que sabían que sería una acción decisiva. Uno de ellos, el teniente Dick Crowell, dijo durante una partida de dados que jugó con algunos compañeros a altas horas de la noche a bordo del Yorktown: «La suerte de Estados Unidos se encuentra ahora en las manos de doscientos cuarenta aviadores[35]». Nimitz comprobó satisfecho que las cosas estaban saliendo tal como había previsto. A Yamamoto, en cambio, le preocupaba seguir sin localizar la flota estadounidense del Pacífico, aunque continuaba sin ser consciente de que las fuerzas de Nagumo pudieran estar a tiro de cualquier portaaviones.

Tanto los pilotos estadounidenses como los nipones desayunaron antes del amanecer del día siguiente, «cálido, húmedo y algo brumoso». Los del Yorktown tenían predilección por los «emparedados tuertos»: tostadas a las que se había practicado un agujero en el centro para freír un huevo en él. Los de Nagumo, por su parte, comieron arroz, leche de soja, encurtidos y castañas secas antes de brindar con sake caliente por la batalla. A las 4.30 despegaron 72 bombarderos y 36 cazas japoneses a fin de cerrar contra el atolón de las Midway. A las 5.45, un Catalina que patrullaba la zona anunció el ataque y avistó a continuación los portaaviones de Nagumo. Fletcher iba a necesitar

tres horas de navegación para situarse a una distancia adecuada para atacarlos. Los aviones torpederos de las fuerzas navales y de tierra con base en las Midway despegaron de inmediato, acompañados de cazas Wildcat y Buffalo. Estos últimos sufrieron grandes pérdidas ante los Zero: de 27 se estrellaron o quedaron inservibles para siempre todos menos tres; pero los atacantes, por su parte, perdieron el 30 por 100 de sus fuerzas.


La batalla de Midway
UNIÓN SOVIÉTICA
Islas Curiles
Kiska
Fuerza septentrional (Hosogaya)
Attu
Attu
Kiska
Adak
Islas Aleutianas
3 junio, 13.00
Hokkaido
II.ª fuerza de asalto de portaaviones (Kakuta)
Ominato
Honshu
JAPÓN
Tokio
Kure
Fuerza de apoyo aleutiana (Takasu)
3 junio, 13.30
3 junio, 4.00: comienza la misión de búsqueda aérea estadounidense
I.ª fuerza de asalto de portaaviones (Nagumo)
Fuerza principal (Yamamoto)
Submarinos estadounidenses
Fuerza expedicionaria 17 (Fletcher)
Midway
Fuerza expedicionaria 16 (Spruance)
29 mayo, noche
Estrecho de Bungo
II.ª flota (Kondo)
Iwo Jima
Agrupamiento de fragatas francesas
Oahu
Pearl Harbor
Fuerza de ocupación de las Midway (Tanaka) y fuerza de apoyo (Kurita)
3 junio, 9.00: avistamiento
ISLAS MARIANAS
Isla de San Francisco
HAWÁI
Saipán
Guaján
Grupo dragaminas
Cordón de submarinos japoneses


I.ª fuerza de asalto de portaaviones (Nagumo): portaaviones Akagi, Kaga, Hiryu, Soryu
II.ª flota (más tarde): 2 acorazados, 5 cruceros, 8 destructores, 1 portaaviones pequeño
Fuerza expedicionaria 17 (Fletcher): portaaviones Yorktown, 2 cruceros y 5 destructores
00.00
17.00: Hiryu alcanzado por avión del Enterprise
4 junio 1942, 4.30: envío de patrullas de búsqueda y asalto
5 junio, 5.10: dan barreno al Hiryu, que se hunde a las 19.00
6.56
14.45: avistamiento del Hiryu
15.50
8.30
Parte la fuerza de asalto
9.00
7.52
4 junio 1942, 4.30: lanzamiento del ataque aéreo a las Midway
12.05, 12.15 y 14.30: los aviones del Hiryu alcanzan al Yorktown
11.10
Parte la fuerza de asalto
8.06
12.05
14.30
15.30
5.34: avistado por los aviones estadounidenses
13.31
El Hiryu lanza ataques contra los portaaviones estadounidenses
15.00: se abandona el Yorktown
10.57
19.13: Soryu
11.00
12.45
19.25: Kaga
11.25: Akagi se detiene. Nagumo se traslada al Nagara
Fuerza expedicionaria 16 (Spruance): portaaviones Enterprise y Hornet, 6 cruceros y 9 destructores
5 junio, 5.00: dan barreno al Akagi
10.25-10.30: el Kaga, el Agaki y el Soryu, alcanzados por aviones del Yorktown y el Enterprise
19.07
7.10-7.30
Ataque aéreo desde las Midway
7.55-8.39
9.28: ataque (infructuoso) de aparatos procedentes de portaaviones estadounidenses
8.37: los portaaviones comienzan a recuperar la fuerza de asalto de las Midway
9.18: Nagumo pone proa al norte para interceptar el cuerpo expedicionario estadounidense
Midway (50 millas)

El ataque que efectuaron a las 6.35 los bombarderos de Nagumo infligió no pocos daños, aunque sin dejar inservibles los aeródromos de las Midway. En consecuencia, su almirante envió a la flota el siguiente mensaje: «Necesario segundo embate». En lo sucesivo, nada salió como él hubiera deseado. El primer error de cuantos cometió aquel día había sido el de enviar sólo un puñado de aparatos de reconocimiento en busca de los buques estadounidenses. El hidroavión procedente del crucero pesado Tone al que se había asignado el sector por el que navegaban los portaaviones de Fletcher vio retrasado su despegue, y Nagumo, en consecuencia, seguía sin sospecharse amenazado cuando recibió la información remitida por los aviones que sobrevolaban las Midway. A las 7.15 ordenó sacar de la cubierta a 93 de los bombarderos que los Aliados denominaban Kate, cargados ya de torpedos, para armarlos con explosivos de gran potencia con los que reanudar el ataque al atolón y, en el entretanto, dejar la pista expedita para el aterrizaje de los aviones que regresaban de él.

En ello estaban cuando las cornetas de las embarcaciones hicieron sonar de nuevo la alarma antiaérea. Entre las 7.55 y las 8.20, la flota de Nagumo fue víctima de sucesivas oleadas poco nutridas de aviones estadounidenses con base en las Midway. No llevaban escolta alguna de cazas, y los fuegos implacables de la artillería antiaérea y de los Zero los destruyeron sin que alcanzasen un solo objetivo. El estallido de las defensas cesó al mismo tiempo que se extinguía el zumbido de los atacantes que habían sobrevivido y que, en ese momento, regresaban a las islas. Los primeros aviones torpederos y bombarderos en picado de Spruance se encontraban ya en el aire, volando hacia la flota nipona desde una distancia extrema. Aunque el hidroavión del Tone acabó por reparar en las embarcaciones de Estados Unidos, el piloto no informó hasta las 8.10 que parecían incluir un portaaviones. Semejante noticia provocó un acalorado debate en el seno del estado mayor de Nagumo en torno a la respuesta que habrían de dar, y lo cierto es que aún no se había llegado a un acuerdo después de rechazar la última de las incursiones procedentes de tierra.

Aquellos ataques no lograron otra cosa que dificultar las operaciones de vuelo a bordo de los portaaviones japoneses, y lo hicieron a un precio elevadísimo. Nagumo no podía lanzar ataque alguno contra la flota de Fletcher hasta recobrar los aparatos que había enviado a las Midway con una carga modesta de combustible. Entre tanto, mandó cargar de nuevo con torpedos los Kate que había hecho descender al hangar. A esas alturas, lo más inteligente habría sido, con diferencia, volver la proa y aumentar su radio de acción respecto del enemigo hasta haber reorganizado sus escuadrillas y estar listo para el combate. Sin embargo, su proverbial falta de iniciativa lo llevó a mantener el rumbo que había tomado. A las 9.18, sus cubiertas de vuelo

seguían sumidas en el caos mientras sus aparatos acababan de reabastecerse de combustible cuando los destructores que había destacado alertaron de una nueva agresión y comenzaron a crear una cortina de humo defensiva. Los primeros aviones de Fletcher se acercaban a gran velocidad, y los Zero hubieron de despegar con urgencia.

Antes, el capitán de fragata John Waldron, militar de Dakota del Sur rudo y muy respetado que comandaba la VIII.ª escuadra de torpederos del Hornet, comunicó a sus pilotos que la batalla que estaban a punto de entablar constituía «un acontecimiento histórico y espero que glorioso». Jimmy Gray, al mando de la escuadra de Wildcat, escribió: «Todos sabíamos que estábamos combatiendo en el ombligo del mundo[36]». Eugene Lindsey, capitán de fragata responsable de la VII.ª de torpederos, había sufrido heridas de gravedad pocos días antes durante un aterrizaje no muy lucido, y tenía el rostro tan magullado que hasta le resultaba doloroso llevar puestas las gafas protectoras. Sin embargo, insistió en volar la mañana del ataque a las Midway: «Me han adiestrado precisamente para esto», dijo con terquedad antes de despegar por última vez.

Los agresores estadounidenses cerraron contra los nipones en oleadas sucesivas. Jimmy Gray escribió: «La de ver la espuma blanca de la estela de los barcos que avanzaban con arrancada notable más allá de la extensión del mar que cubrían las nubes y tomar conciencia de tener delante, a plena vista, a los japoneses que llevaban siete meses dándonos para el pelo es una sensación que pocas personas conocen en su vida». La veintena de Wildcat que los escoltaba volaba a gran altitud, en tanto que los Devastator necesitaban atacar a una altura más moderada. En la radio se oían aún, pese a la proximidad del enemigo, las disputas entre los pilotos de los cazas y los de los torpederos relativas a las tácticas que procedía emplear. Los Wildcat mantuvieron su altitud, y de todos modos, carecían de la resistencia necesaria para sobrevolar la flota enemiga durante demasiado tiempo. Como consecuencia, los cincuenta Zero japoneses que cayeron sobre los Devastator provocaron una verdadera matanza. Los doce aviones de la 111.ª de torpederos volaban en formación a ochocientos metros de altitud y se hallaban aún a quince millas de sus objetivos cuando los alcanzaron los nipones. El choque estuvo marcado por ataques fulminantes. Wilhelm Esders, apodado Doc, que se contó entre los pocos aviadores estadounidenses que vivió para contarlo, escribió: «Cuando estábamos a una milla más o menos del portaaviones y nuestro comandante se disponía a atacar, su aparato recibió un proyectil y se estrelló en el mar envuelto en llamas… Yo no vi más de cinco aviones lanzando torpedos[37]». El Devastator que pilotaba él también recibió un impacto del enemigo que hirió de muerte al encargado de las transmisiones e hizo que estallase el extintor de anhídrido carbónico de la

carlinga. A sus pies hacían explosión los proyectiles de los cañones antiaéreos, y los Zero tampoco dejaban de disparar. Fue una suerte extraordinaria para la dotación que los aviones enemigos diesen la vuelta después de perseguirlos durante una veintena de millas de regreso a su base.

Los Devastator se abrieron paso en dirección a sus blancos a una velocidad de cien nudos, la máxima de la que eran capaces, hasta que los japoneses destrozaban y mandaban al mar cada una de las oleadas. El artillero de uno de los bombarderos oyó a Waldron coordinar por radio a sus aviones: «Johnny 1 a Johnny 2… ¿Cómo me ves, Dobbs?… Ataque inmediato… Hay dos cazas en el agua… Los dos de mi escolta también han caído al mar». La última vez que lo vieron estaba tratando de escapar de su aparato en llamas. Después de la acometida de la primera tanda, el jefe de la escuadrilla de Zero comunicó sin más: «Derribados los quince aviones torpederos del enemigo». Muchos de los de la remesa siguiente hallaron su fin mientras maniobraban a fin de buscar el ángulo de ataque apropiado después del marcado viraje que habían efectuado los portaaviones japoneses para evitarlos. Uno de los artilleros estadounidenses, desesperado, descargó su pistola automática de 45 milímetros contra el Zero que lo perseguía al encasquillarse su arma.

El alférez texano George Gay, que partió del Hornet a los mandos de un Devastator y que se había granjeado fama de matasiete entre los de su escuadrón, fue, sin embargo, el único superviviente de la unidad. Arrojado al mar con una herida de bala y dos tripulantes muertos, se pasó el resto del día en el agua, contemplando la batalla. Había oído tantas historias relativas a la costumbre japonesa de disparar a los aviadores derribados, que no se atrevió a hinchar la lancha neumática hasta que anocheció, y tuvo la suerte de ser rescatado a la mañana siguiente por una patrulla anfibia.

Los japoneses que servían en la cubierta de vuelo de los portaaviones de Nagumo vivieron una hora de gran tensión al ver aproximarse a los atacantes estadounidenses por entre la tormenta provocada por los fuegos antiaéreos. Aun así, la mayor parte de los torpedos erró el blanco, y los Mk-13 eran tan lentos, que las naves niponas tuvieron tiempo suficiente para esquivarlos. «Yo no noté caer el torpedo», aseguraría después el artillero de un Devastator, que añadía a continuación que supuso que debió de ser porque el piloto estaba dando bandazos. «Unos días más tarde —añadía— le pregunté cuándo lo había soltado, y me dijo que cuando se dio cuenta de que éramos el único Devastator que seguía en el aire y de que no teníamos la menor posibilidad de lanzarlo en un punto en el que pudiese hacer daño alguno al enemigo. Yo no tenía la menor idea de qué era lo que estaba tratando de hacer, y como la artillería antiaérea estaba disparando de lo lindo, grité por el intercomunicador: "¡Vámonos de aquí echando leches!". Quizá eso acabó de

hacer que se decidiera.»[38]

Poco después de las 10.00, los atacantes habían quemado su último cartucho sin dar una sola vez en el blanco. De los 51 torpederos estadounidenses que despegaron aquel día, no volvieron más que siete, junto con 29 de 126 tripulantes. En su mayoría los aparatos que regresaron estaban llenos de agujeros. Lloyd Childers, artillero herido, oyó decir a su piloto: «De ésta no salimos». El Devastator llegó adonde estaba la flota, aunque no pudo aterrizar de nuevo en el Yorktown por la depresión descomunal que había dejado una bomba en la cubierta de vuelo. El piloto logró amarar a salvo en las aguas que rodeaban al portaaviones, y Childers se despidió del aeroplano dándole unos golpecitos en la cola mientras se hundía en agradecimiento por haberlo llevado de vuelta a la base. Muchos de cuantos corrieron su misma suerte, sin embargo, no pudieron menos de montar en cólera por lo inútil de su sacrificio y por la escasa protección que les habían brindado sus cazas. A uno de los artilleros que aterrizaron en el Enterprise a bordo de un Devastator tuvieron que agarrarlo cuando arremetió enfurecido contra el piloto de un Wildcat.

Los cazas estadounidenses lograron pocas victorias aquel día. Una de ellas se debió a Jimmy Thach, que se convertiría en uno de los tácticos más sobresalientes de la guerra en el ámbito de la aviación. Aseveraba haber perdido los estribos al ver a los japoneses ametrallar a su compañero: «Me sacó de quicio ver a un Zero a punto de despedazar a ese pobre piloto de ala que ni había combatido nunca ni tenía apenas formación de tiro, y que era la primera vez que servía a bordo de un portaaviones… Supuse que si mantenía el gatillo apretado contra él, acabaría por retirarse, y lo conseguí, aunque al hacerlo no me alcanzó de milagro. Del fondo de su aparato vi salir llamas. Es como jugar a quién es más valiente con dos automóviles de frente y, además, disparando[39]».

Estados Unidos había sufrido una sucesión asombrosa de desastres que bien podrían haber resultado decisivos, y los japoneses estaban a un paso de hallarse en situación de emprender un ataque colosal con torpedos contra las embarcaciones de Fletcher. Sin embargo, la fortuna mudó de lado con una rapidez extraordinaria: Nagumo pagó caro el no haber lanzado su agresión contra el cuerpo expedicionario de Spruance aun cuando la presencia de los Devastator revelaban su proximidad. Por si fuera poco, sus Zero habían empezado a decaer y a quedarse sin combustible cuando aparecieron, muy por encima de sus cabezas, más aeroplanos estadounidenses poco después del último asalto de los torpederos.

El Dauntless, el único aparato eficaz con que contaban las fuerzas aeronavales de Estados Unidos en 1942, cambió el curso de la guerra del Pacífico en cuestión de minutos al caer sobre los portaaviones de Nagumo y

causar estragos en ellos. «Vi algo destellar al sol —recordaba Jimmy Thach— como una hermosa cascada plateada, y supe que venían aquellos bombarderos en picado. En aquel momento me pareció que apenas hubo una sola de sus bombas que no diese en el blanco.»[40] En realidad, fallaron las tres primeras que escogieron por blanco el Kaga; pero la cuarta acertó de pleno, y provocó una serie de detonaciones en cadena entre la munición que había desperdigada por la cubierta y los hangares del portaaviones. El Soryu y el Akagi sufrieron un destino similar. El capitán de fragata Tom Cheek fue otro de los espectadores que contempló extasiado la retirada de aquellos bombarderos en picado: «En el momento en que volví la vista al Akagi se desencadenó un verdadero infierno. Primero apareció en la cubierta de vuelo, a medio camino entre la torre y la popa el fogonazo anaranjado de una bomba, y acto seguido vi una explosión en medio del buque, y cerca de su estela se elevaron varias columnas de agua provocadas por proyectiles que habían fallado por muy poco. Casi al unísono, estalló la cubierta de vuelo del Kaga y quedó envuelta por las llamas. Yo seguía con la mirada puesta en el Akagi, en cuya línea de flotación se había producido un estallido que dio la impresión de que se hubieran abierto las entrañas del barco con una llamarada esférica de color amarillo verdoso… [E]l Soryu… también estaba siendo víctima de un intenso bombardeo. Las tres embarcaciones habían perdido sus blancas olas de proa y se estaban quedando sin salida. Impresionado, viré con lentitud a la derecha describiendo un círculo[41]».

No menos fascinado —ni horrorizado— se encontraba el capitán de fragata Mitsuo Fuchida, héroe de la incursión sobre Pearl Harbor convertido entonces en espectador impotente desde la cubierta del Akagi. «Me aterró la destrucción que se extendió en cuestión de segundos. En la cubierta de vuelo, justo detrás del montacargas central, se había abierto un agujero enorme… Las planchas que la conformaban habían quedado hechas un gurruño grotesco. Los aviones, con la cola elevada, vomitaban llamas furiosas y humo negro como boca de lobo. Por las mejillas me corrían la lágrimas.»[42] El alférez George Gay, que lo observaba todo desde el agua, describiría más tarde la escena en estos términos: «Los portaaviones… parecían un yacimiento petrolífero gigantesco en llamas… El fuego que salía de la proa y la popa de [uno de ellos] lo hacía semejante a un soplete que escupiera con furia llamaradas blancas, y el petróleo, sin refinar, ardía y producía humo negro que se elevaba no sé hasta qué altura y vomitaba descomunales lenguas de fuego rojas… [H]abían provocado una buena fogata que estuvo ardiendo un rato considerable, acompañada de explosiones, y yo… en medio de aquellas aguas, no dejaba de exclamar: "¡Hurra! ¡Hurra!"».

El ataque de los bombarderos en picado se saldó con el hundimiento inmediato de dos portaaviones japoneses, en tanto que el tercero, envuelto en

llamas, se fue a pique aquella misma noche por la acción del submarino Nautilus. Fue un triunfo extraordinario, y más aún si tenemos en cuenta que uno de los grupos aéreos, procedente del Hornet, partió en la dirección equivocada y no llegó a dar con el enemigo. Los diez pilotos de la VIII.ª escuadra de cazas Wildcat se quedaron sin combustible y cayeron al mar sin llegar siquiera a avistarlo, y los 35 Dauntless adscritos a la embarcación aterrizaron en las Midway sin entrar en combate.

Los japoneses descargaron la ira provocada por la pérdida de sus portaaviones con todo estadounidense con que toparon a su paso. Wesley Osmus, alférez de veintitrés años proveniente de Chicago, que pilotaba un avión torpedero, se hallaba en el agua cuando reparó en él el vigía de un destructor. Enseguida lo izaron a bordo para que lo interrogase en el puente de mando un oficial impulsivo que blandía una espada. Estaba poniéndose el sol cuando, tras perder todo interés en su prisionero, los captores lo llevaron a la bovedilla de la embarcación y lo atacaron con un hacha de bombero. Tardó en morir, y se estuvo aferrando a la borda hasta que le aplastaron los dedos y cayó al océano. La armada imperial japonesa había alcanzado un grado de barbarie tan profundo e institucionalizado como el ejército de tierra de Hirohito.

A mediodía, el Hiryu, único portaaviones de Nagumo que seguía a flote, lanzó al fin su propio ataque, destinado al Yorktown de Fletcher. El radar de éste detectó a sus bombarderos en picado cuando se hallaban a cincuenta millas de él, y de inmediato se dieron órdenes de hacer despegar a los Wildcat. Éstos derribaron a diez de los bombarderos que conocían los estadounidenses como Val, en tanto que el fuego de la artillería antiaérea dio cuenta de dos más. Aunque el Yorktown fue alcanzado por tres bombas niponas, la enérgica actuación de los equipos de reparación de daños le permitió seguir embarcando sus bombarderos en picado aun al mismo tiempo que la tripulación se afanaba en apagar los incendios monumentales que se habían declarado a bordo. El almirante Fletcher trasladó al crucero Astoria su bandera insignia y traspasó a Spruance el mando general.

A las 14.30 atacó al Yorktown una oleada de aviones torpederos procedentes del Hiryu, y el estadounidense volvió a defenderse con cazas. El alférez Milton Tootle acababa de abandonar la cubierta a bordo de su Wildcat cuando acometieron los japoneses. Abriéndose paso por entre los fuegos de su propia artillería antiaérea, abatió a un avión enemigo antes de ser derribado por un Zero cuando apenas llevaba sesenta segundos en el aire. Tuvo la fortuna de que lo rescataran del agua. Aunque cayeron al mar varios de los agresores, cuatro tuvieron tiempo de lanzar sus torpedos long lance, y dos de éstos alcanzaron al portaaviones. El buque comenzó a embarcar agua y escoró de manera notable, y aún no habían dado las 15.00 cuando el capitán

dio orden de abandonarlo. Tal vez la decisión fue prematura, y quizá hubiera sido posible salvar la nave; pero lo cierto es que, en 1942, la armada estadounidense no sabía todo lo que iba a aprender los dos años siguientes sobre reparación de daños. Los destructores que la acompañaban rescataron a todos los de la dotación que no habían muerto durante el ataque.

A las 15.30, Spruance lanzó más incursiones, protagonizadas por 27 bombarderos en picado entre los que se incluían diez de los del Yorktown, que habían aterrizado en otros portaaviones durante la agresión sufrida por éste. Los atacantes llegaron al Hiryu poco antes de las 17.00, en el momento en que la tripulación comía bolas de arroz en el sollado. La embarcación conservaba dieciséis de sus aviones, de los cuales diez eran cazas; pero sólo tenía uno de reconocimiento en el aire, y a bordo no disponían entonces siquiera de un radar primitivo que pudiese alertarlos de la llegada de los estadounidenses. La alcanzaron cinco bombas, que provocaron incendios colosales. El vicealmirante Yamaguchi, el oficial de más alta graduación de a bordo, se subió a una caja de galletas para salvar su escasa estatura y pronunciar un discurso de despedida ante la dotación, y a renglón seguido, él y el capitán desaparecieron tras la puerta de sus camarotes para suicidarse, en tanto que al resto de los ocupantes los evacuaron para barrenar con torpedos la nave malparada. Cuatro de los seis portaaviones que habían participado en el ataque de Pearl Harbor se hallaban ya en el fondo del Pacífico. Del lado de los estadounidenses, la mala fortuna parecía seguir persiguiendo al Hornet, y, así, uno de sus pilotos, que regresaba herido a la cubierta de vuelo, accionó de forma accidental el botón de disparo mientras chocaba con violencia contra la pista. La descarga provocó la muerte de cinco de los hombres que ocupaban la superestructura. Los aviadores que volvieron a la base no pudieron menos de espantarse ante las pérdidas que habían sufrido, aunque, tal como lo expresó Jimmy Gray: «Estábamos demasiado cansados y ocupados para sentir otra cosa que pesar».

Aunque el sacrificio estadounidense no había sido desdeñable, la recompensa fue la victoria. El almirante Nagumo optó por retirarse, pero Yamamoto revocó su orden y exigió que las embarcaciones de superficie efectuasen un ataque nocturno. Sus intenciones se frustraron cuando Spruance, considerando que su flota había logrado cuanto podía aspirar, volvió proa. Este repliegue resultó ser lo más sensato, pues los acorazados de Yamamoto, de los que nada sabían los estadounidenses, estaban acudiendo a aquel punto desde el norte con buena arrancada. Spruance tuvo por prioritario conservar la ventaja arrolladora que había obtenido protegiendo los dos portaaviones que aún tenía a flote. Yamamoto acabó por reconocer su fracaso y ordenó poner mar de por medio. Entonces, el estadounidense se volvió de nuevo y lo siguió para lanzar un último ataque que se saldó con el

hundimiento de un crucero pesado y dejó inservible otro. Aquél fue punto menos que el final de la batalla, aunque el 7 de junio, un submarino nipón mandó a pique los restos calcinados del Yorktown, que estaban siendo remolcados. El revés, sin embargo, resultó aceptable en comparación con las colosales pérdidas que hubieron de encajar los japoneses.

El tino con el que se condujeron tanto Nimitz como Spruance destacó aún más por contraste de los errores cometidos por Nagumo. El valor y la destreza de los pilotos de los bombarderos en picado estadounidenses compensaron cualquier otro desacierto o fracaso. Su armada logró una victoria sobresaliente. Nimitz, dando muestra de su cortesía característica, envió a su conductor a buscar al capitán de fragata Rochefort para que asistiese a la fiesta de celebración que iba a darse en Pearl Harbor, y, una vez allí, ante todo su estado mayor, aseveró: «Sobre este oficial recae buena parte del mérito de la victoria de Midway». La suerte, que había estado de parte de los nipones los primeros meses de la guerra, se volvió de forma espectacular de cara a los estadounidenses durante aquella batalla decisiva de la contienda del Pacífico, aunque tal cosa no resta un ápice de valor al éxito obtenido por Nimitz y sus subordinados.

La flota japonesa no había perdido su carácter formidable, y en los meses siguientes aún habría de infligir diversos golpes de consideración a los estadounidenses en el Pacífico; pero la Armada de éstos había sabido desplegar sus mejores cualidades en un momento crítico de la guerra. Lo limitado de la capacidad industrial de Japón hizo muy difícil compensar las pérdidas sufridas en las Midway, y sobre todo las de aparatos aeronavales y de aviadores con experiencia. Uno de los puntos flacos más determinantes de la empresa bélica del Eje fueron las dificultades que acusó a la hora de mantener el número necesario de pilotos adiestrados con que contrarrestar las bajas. Los de Estados Unidos, en cambio, no tardaron en proporcionar miles de tripulantes aéreos de excelente formación capaces de pilotar el caza Hellcat, diseñado expresamente para hacer frente al Zero. Nimitz siguió estando falto de portaaviones hasta bien entrado 1943; pero a partir de entonces, los planes fabriles de su nación produjeron una variedad impresionante de buques de guerra nuevos. Durante aquella batalla había quedado establecida la tendencia que caracterizaría la contienda en aquel océano, en donde las acciones navales críticas se producían entre flotas rivales cuyos elementos de superficie raras veces entraban en combate entre sí de forma directa. Las aeronaves adscritas a portaaviones se habían consolidado como armas definitivas, y Estados Unidos comenzaría muy pronto a emplearlas de un modo más eficaz y en número mucho mayor que ningún otro país del mundo. Marc Mitscher, capitán del Hornet, temió ver acabada su carrera profesional, dada la lamentable actuación de sus fuerzas

aeronavales en la batalla de Midway. De hecho, suele darse por supuesto que falsificó los diarios de vuelo en los que se recogían las órdenes de sus escuadrillas a fin de ocultar el error que cometió y por el que éstas no participaron en el combate. Con todo, aunque Nimitz y Spruance fueron, junto con la dotación del Lexington y el Enterprise, los héroes de Midway, Mitscher se convertiría en el comandante de portaaviones más eminente de la guerra.

III. Guadalcanal y Nueva Guinea

La fase siguiente de la campaña del Pacífico estuvo impulsada por el afán de aprovechar las oportunidades que se presentaban y caracterizada por la improvisación. Estados Unidos, movido por la consigna de «Primero, Alemania», planeó enviar la mayor parte de los soldados de que disponía a luchar en el África septentrional. MacArthur, en Australia, no contaba con el número de tropas necesario para efectuar el ataque decidido a Rabaul por el que abogaba. En lugar de ello, las fuerzas australianas, reforzadas poco a poco por estadounidenses, se centraron en frustrar los designios nipones en la extensa isla selvática de Papúa Nueva Guinea, que se tornó en escenario de uno de los enfrentamientos más espantosos de todo el conflicto.

Entre tanto, seiscientas millas más al este, en las Salomón, los japoneses que habían ocupado la isla de Tulagi se trasladaron a la de Guadalcanal para comenzar a construir un aeródromo con el que iban a ser capaces de dominar la región en caso de poder completarlo y explotarlo. Por lo tanto, Estados Unidos tomó la súbita determinación de impedírselo mediante el desembarco de la I.ª división de la infantería de marina. Un golpe así encajaba a la perfección con el principio de plantar cara al enemigo cada vez que se diera la ocasión, principio que movía a la armada y promovía, desde Washington, el almirante Ernest King. La infantería de marina se preparó en el puerto neozelandés de Wellington para zarpar con rumbo a un objetivo aún por decidir. Tenía orden de aprovisionar sus embarcaciones para efectuar un desembarco inmediato, y cuando los operarios del muelle se negaron a trabajar bajo la lluvia torrencial, sus soldados no dudaron en hacer la estiba por su cuenta. Entonces, recién comenzado el mes de agosto de 1942, desatracaron en dirección a Guadalcanal. Muchos se dejaron llevar por el ingenuo convencimiento de que estaban destinados a hacer la guerra en un paraíso tropical.

El día 7 desembarcaron, primero en las islas de la periferia, y después en la de destino, diez mil soldados estadounidenses sin encontrar demasiada resistencia después de un intenso bombardeo naval. «Aquel sucio

amanecer… apenas hubo unos cuantos fuegos temblorosos, como desechos de una ciudad, que alumbrasen el sendero por el que accedimos a la historia», escribió uno de ellos, por nombre Robert Leckie[43]. El capitán Martin Clements, integrante australiano del servicio de información combinado conocido como coastwatchers, observó exultante desde su guarida la llegada de los estadounidenses, y escribió en su diario: «¡Estupendo! ¡Tibirí, tibiría! ¡Glorioso día!»[44]. Ya en la playa, los soldados, alborozados por el simple hecho de seguir con vida, partieron cocos para atiborrarse del agua de su interior sin prestar demasiada atención a quienes advertían, sin mucho fundamento, que los japoneses podían haberlos envenenado. A continuación, comenzaron a marchar hacia el interior de la isla, y no tardaron en verse hostigados por la sed y empapados en sudor. El servicio de espionaje nipón, una vez más, no había sido capaz de prever el desembarco. Los de la infantería de marina no tardaron en hacerse con la pista de aterrizaje, que denominaron Henderson en honor a un piloto convertido en héroe en la batalla de Midway. Algunos dieron con víveres que había escondido el enemigo, y que incluían botellas de sake con las que agarraron mayúsculas borracheras las noches siguientes. Y aquí acabó el último estadio sencillo de lo que acabaría por transformarse en una de las campañas más desesperadas de la guerra de Extremo Oriente, caracterizada por combates no por breves menos sangrientos empeñados en la costa a semejanza de los encuentros que protagonizaban los buques de guerra en el mar.

Dos días después del asalto inicial, la armada estadounidense hubo de soportar una dolorosa humillación en las proximidades de Guadalcanal. El almirante Fletcher había comunicado a Nimitz su convencimiento de que las fuerzas aéreas con que contaban los japoneses en la región representaban una amenaza que no podían aceptar sus tres portaaviones, y propuso en consecuencia emprender la retirada. A renglón seguido, sin esperar siquiera su aprobación, partió con rumbo noreste. El contraalmirante Kelly Turner, al mando de las naves de desembarco, estaba convencido de que Fletcher había abandonado su puesto, y así lo hizo saber. De hecho, la reputación de éste no llegó a recobrarse jamás del daño que le supuso aquella decisión de replegarse.

Durante la madrugada del día siguiente, 9 de agosto, las fuerzas navales aliadas toparon con una sorpresa que puso al descubierto tanto la incompetencia de su mando como lo insuficiente de su habilidad para los combates nocturnos. El vicealmirante japonés Gunichi Minawa atacó con una escuadra de cruceros pesados el ancladero enemigo, protegido por un crucero pesado de Australia y cuatro de Estados Unidos, así como por cinco destructores. Un Hudson de la RAAF, la aviación canadiense, había avistado

al enemigo la tarde anterior; pero en Fall River (Nueva Guinea) no recibieron su informe por hallarse cortada la radio durante una incursión aérea. Aun después de aterrizar el Hudson, se dio un retraso inexcusable de varias horas antes de que los buques recibieran la noticia[45].

Aunque los estadounidenses habían tomado posiciones sobre la isla de Savo en previsión de un asalto japonés, la oscuridad permitió a la columna de cruceros de Minawa atravesar sin ser notada la línea de destructores que patrullaba las aguas de poniente. A la 1.43, tres minutos después de que divisasen, tarde ya, el Chokai, la embarcación nipona que abría la marcha, el crucero Canberra recibió el impacto de una salva de torpedos que, al decir de uno de los supervivientes, detonaron «con un terrible fogonazo verdoso anaranjado». Murió todo el personal de la sala de máquinas, y además de perder toda salida, la nave fue incapaz de efectuar una sola descarga en las horas precedentes a su evacuación. Todo parece indicar que los proyectiles que acabaron con él procedían del destructor estadounidense Bagley, que había apuntado a los japoneses; pero su armada jamás reconocería este extremo.

El destructor Paterson acertó a encontrarse en una posición perfecta para disparar; pero en medio del fragor ensordecedor de los cañones, su oficial torpedero no oyó la orden de lanzar sus proyectiles que le dio el capitán. A la 1.47 alcanzaron al Chicago dos torpedos nipones que no llegaron a estallar, pero el crucero no se comunicó con otros buques ni descargó sus baterías al ser para él invisible el objetivo. El Astoria disparó trece veces sin lograr nada, pues tampoco él veía las embarcaciones de Minawa. Además, el radar de su artillería no funcionaba con propiedad. Lo dejaron malparado los fuegos de las naves japonesas desde una distancia de tres millas, y al día siguiente hubo de abandonarlo después de perder no pocas vidas.

También el Vincennes sufrió daños gravísimos, y de hecho, estaba ya ardiendo cuando comenzó a disparar. El capitán Frederick Riefkohl, oficial al mando de la embarcación, no tenía la menor idea de que estuviese atacando el enemigo, y supuso que había sido víctima de un error de su propia armada. Cuando Mikawa lo iluminó con sus colosales reflectores, Riefkohl, hecho una furia, se puso a gritar por la radio para exigir que los apagasen. En adelante, se centró en la salvación de su nave, reducida a un casco en llamas después de que la alcanzasen tres torpedos y 74 bombas. Cuando, por fin, reparó el capitán estadounidense en que los atacantes eran japoneses, ordenó a los destructores que respondieran, aunque no sirvió de nada. Tampoco hicieron gran cosa los cohetes luminosos que disparó el Quincy, porque se encendieron por encima de las nubes bajas que cubrían el cielo, en tanto que un hidroavión japonés dejó caer bengalas tras la escuadra estadounidense y permitió así a la artillería de Mikawa dirigir la puntería a la silueta de sus

buques. Al desventurado capitán del Quincy le arrebataron la vida poco después de que diese la orden de varar la nave, que acabó en el fondo del mar junto con 370 oficiales y marinos. El Chokai recibió un solo proyectil, que fue a caer en el cuarto de derrota.

Los fuegos japoneses cesaron a las 2.16, después de obtener una victoria arrolladora en sólo media hora. Sobre el puente de mando de su buque insignia se dio un debate acalorado en torno a la conveniencia de hostigar a los buques de transporte estadounidenses de las proximidades de Guadalcanal, que habían quedado indefensos. Minawa resolvió que era demasiado tarde para reagrupar la escuadra, emprender dicho asalto y retirarse antes de que la luz del día los cogiese fuera del alcance de los portaaviones estadounidenses, de los que supuso, erróneamente, que debían de hallarse en los alrededores. Así, bajo un cielo agitado por los relámpagos de una tormenta tropical, los de Japón volvieron la proa a su base. El caos que se había enseñoreado de las embarcaciones aliadas agredidas persistió hasta el final: al amanecer, uno de los destructores estadounidenses disparó 106 proyectiles de doce milímetros a un crucero antes de descubrir que se trataba del infortunado Canberra. Cuando se decidió que debían acabar de hundirlo, los destructores estadounidenses descargaron sobre él 370 bombas más antes de resolverse a emplear torpedos para poner fin a su agonía. Los Aliados no tuvieron más consuelo que el que les proporcionó un submarino de Estados Unidos al torpedear y hundir el Kako, uno de los cruceros pesados de Minawa, mientras se retiraba tras el combate.

En el fondeadero de Guadalcanal, el almirante Turner siguió desembarcando provisiones para la infantería de marina hasta el mediodía del 9 de agosto, cuando retiró sus naves hasta disponer de un mayor apoyo aéreo. Examinando el desastre sufrido en Savo, llegó a la siguiente conclusión: «Las fuerzas navales seguían obsesionadas con la superioridad técnica y mental que creían poseer respecto del enemigo. Pese a que no faltaban indicios de la competencia del enemigo, los más de nuestros oficiales lo despreciaban y se tenían por vencedores seguros de cualquier encuentro, fueran cuales fueren las circunstancias en que se produjese… Todo esto tuvo como resultado un letargo mental de consecuencias gravísimas… No estábamos listos, mentalmente, para hacer frente a batallas arduas. Creo que este elemento psicológico tuvo mayor peso en nuestra derrota que el factor sorpresa[46]». La armada estadounidense aprendió la lección, pues jamás volvió a sufrir una humillación como aquélla en lo que quedaba de guerra. Los japoneses, por otra parte, no tardaron en reparar en la cruda realidad de que, una vez más, un almirante de sus fuerzas navales había dejado que la cautela lo privase de la oportunidad de transformar una victoria concreta en un logro estratégico determinante. Los cruceros aliados hundidos podían

sustituirse, y el contingente de desembarco fue capaz de resistir por haber permanecido ilesas las embarcaciones anfibias de apoyo, que no tardaron en regresar a la bahía de Lunga. Se había expiado lo ocurrido en Savo.

Los japoneses tardaron en hacerse cargo de la importancia de la participación estadounidense en Guadalcanal. Enviaron con cuentagotas a sus soldados a la isla, de modo que les fue imposible aplastar el precario perímetro que habían creado los de la infantería de marina, pese a que no faltaron a los atacantes determinación ni insistencia. Los soldados de Estados Unidos encargados de la defensa del aeródromo Henderson y la selva tropical que lo rodeaba se encontraron sumidos en un infierno de dimensiones épicas. En aquella maraña casi impenetrable de enredaderas, helechos y árboles gigantes apenas era posible distinguir más allá de unos cuantos metros. Aun cuando cesaban los fuegos de manera temporal, los acosaban las sanguijuelas, las avispas, las hormigas gigantes y los mosquitos transmisores del paludismo en un lugar en que la intensa humedad hacía endémicas las infecciones fúngicas y epidérmicas. Los soldados que se veían por vez primera en medio de la selva no podían menos de alarmarse por los ruidos que la habitaban en todo momento, y en particular por la noche. «Si era chillido de aves… o alguna clase extraña de reptil o de rana es algo que no puedo decir —recordaba uno de ellos—; pero lo cierto es que nos aterrorizaba cualquier sonido, porque nos habían dicho que los japoneses se hacían señas en la selva imitando las llamadas de los pájaros.»[47]

Entre aguaceros reiterados, vivaqueaban envueltos en el lodo que se convirtió en la pesadilla de aquella campaña, hostigados por la escasez de alimento y los brotes de disentería. Era común que los soldados se disparan entre sí a causa de los nervios, y en todo momento hubo que evacuar a los que se veían aquejados por la neurosis de guerra. El comandante de cierto pelotón, que perdió a cuatro de sus hombres —el 15 por 100 de su fuerza militar— por obra de la histeria, supuso que debía de ser algo habitual. El salvajismo de los nipones engendró entre los estadounidenses muestras de una barbarie comparable. Ore Marion, soldado de la infantería de marina, describió en estos términos la escena ocurrida tras una noche durísima de combate: «Al rayar el día, un par de los nuestros, sucios, barbudos y flacos por el hambre, con heridas de bayoneta de escasa importancia y la ropa rasgada y raída, les cortaron la cabeza a tres japos y las clavaron en palos mirando al "lado nipón" del río». El jefe de su regimiento los recriminó severamente por considerar que se estaban conduciendo como animales. «Un muchacho sucio y maloliente le respondió: "Tiene razón, coronel: somos animales. Si vivimos como animales, comemos como animales y nos tratan como si lo fuéramos, ¿qué coño espera de nosotros?"[48]».

El río Tenaru fue escenario de algunos de los enfrentamientos más feroces

de la campaña. En sus márgenes, los dos lados sufrieron pérdidas terribles debido al arrojo suicida y la torpeza táctica que desplegaban los japoneses en sus incesantes ataques. Robert Leckie vivió lo siguiente a la luz verdosa de una bengala del enemigo: «Cacofonía, disonancia, brutalidad… estallidos, alaridos, gemidos, siseos, crujidos, zarandeos, balbuceos… Un infierno… El plaf de los morteros con el crac de las bombas al caer; el tableteo de las ametralladoras y el chirrido, más tenue y veloz, de los fusiles automáticos Browning; el martilleo de las metralletas de doce milímetros; el estrépito de los anticarro de setenta y cinco milímetros que lanzaban botes de metralla al enemigo que se abalanzaba contra nosotros… Cada uno de estos sonidos transmitía un mensaje concreto al oído experto[49]». Después de varias horas, el amanecer revelaba la presencia de los cadáveres amontonados del enemigo y del puñado de supervivientes que había emprendido la huida. Sin embargo, la sucesión de una noche tras otra como ésta hacía mella en los estadounidenses.

«Teníamos la moral por los suelos —aseguraba el teniente Paul Moore, que se hizo merecedor de una Cruz de la Armada durante la campaña—, pero los de la infantería de marina no nos arredrábamos: si nos pedían que atacásemos, nos decíamos: "¡Qué diablos! ¡Adelante!".»[50] Mientras cruzaba el río a nado con su sección, el joven oficial alzó la mirada y vio el arco que describían en el cielo las bombas de los morteros y las granadas: «Era como si estuviesen lloviendo balas a nuestro alrededor». A Moore, que apenas llevaba unos meses alejado de Yale, lo alcanzaron en el pecho mientras lanzaba una granada contra una ametralladora nipona. «Notaba el aire entrar y salir por el agujero que me hizo en el pulmón. Pensé que estaba muerto, que no saldría de aquélla. Ya no respiraba por la boca, sino sólo por aquella perforación. Me sentía como un globo que se desinflara; me decía: "Voy a morir", y me resultaba absurdo, viniendo de donde venía y teniendo en cuenta que había albergado planes de llevar una existencia tranquila, estar muriéndome en una isla selvática mientras luchaba con la infantería de marina. Ése no era yo… Poco después, llegó a gatas a mi lado un sanitario maravilloso y me inyectó morfina, y luego se unieron a él otros dos con una camilla y me evacuaron».

La conquista de Guadalcanal marcó la tónica de la campaña del Pacífico: un enfrentamiento de tres años por una sucesión de puertos y aeródromos, escasos refugios para embarcaciones y bases para aviones en medio de aquella colosal extensión de agua. Los japoneses no lograron nunca compensar los errores cometidos al principio, pues jamás dejaron de subestimar el poderío y la fuerza de voluntad de los estadounidenses. Cada una de aquellas acciones insulares fue menor en comparación con lo normal de los campos de batalla europeos. Así, en el apogeo de la batalla de Guadalcanal, los combatientes de ambos lados no sumaban más de sesenta y

cinco mil en tierra, a los que hay que añadir los cuarenta mil que tripulaban buques de guerra y de transporte. Sin embargo, la intensidad de los enfrentamientos y las condiciones en que hubieron de subsistir quienes participaron en ellos, entre pantanos, lluvias torrenciales, calor, enfermedades, insectos, cocodrilos, serpientes y raciones exiguas, convirtieron los frentes del Pacífico en una de las peores experiencias de la guerra. Los combates insulares se trocaron en una actividad extraña y rutinaria hasta el extremo.

> Todo estaba tremendamente organizado y se abordaba con una prontitud tan prosaica… —observó con fascinada repugnancia el cabo James Jones, uno de los primeros soldados de tierra que desembarcaron en Guadalcanal a fin de dar refuerzo a la infantería de marina—. Aquello era un oficio, un oficio como otro cualquiera que, sin embargo, tenía que ver con la sangre; sangre, mutilación y muerte… La playa hervía de personal, de gente que iba de un lado a otro, y parecía ondular con vida propia bajo semejante multitud como ocurre a veces cuando invade sus arenas una legión de cangrejos violinistas. Los hombres la cruzaban una y otra vez en hilera, en procesión, en aluvión, con gran presteza y en aparente desorden. Los había en todos los grados de desnudez imaginable… Se cubrían con toda clase de prendas: gorros estrafalarios, ropa de paisano o improvisada, y no era difícil ver a alguien faenando en cueros en el agua, sin más adorno que las chapas de identificación[51].

Entre el mes de agosto y el de octubre, los marines estadounidenses destinados en Guadalcanal superaban en número, con diferencia, a sus enemigos, quienes recibieron refuerzos con gran lentitud. Después de este período, sin embargo, los japoneses lograron igualarlos hasta el mes de diciembre, si bien sus reiterados ataques impetuosos fracasaron ante una defensa no menos terca. En consecuencia, fueron incapaces de arrebatarles el aeródromo Henderson, que disponía de una artillería y unas fuerzas aéreas de apoyo muy superiores. Aun así, esto no pasó de ser un magro consuelo cuando intervenía la armada nipona. Si bien no era habitual que los soldados aliados hubiesen de soportar bombardeos navales como los que acostumbraban emplear la Royal británica y la de Estados Unidos a las fuerzas del Eje, lo cierto es que los de Guadalcanal sufrieron daños muy graves por causa de los cañones de los buques japoneses. En el mes de octubre, los acorazados pasaron cuatro noches disparando, una hora tras otra, unos novecientos proyectiles de 350 milímetros, seguidos por otros dos mil procedentes de los cruceros protegidos. «[Aquélla] fue la experiencia más tremenda que haya conocido en mi vida —afirmaría más tarde un soldado de la infantería de marina—. Al lado de las cocinas teníamos un búnker enorme… y una de las bombas fue a caer en todo el centro y mató a casi todos los que estaban en él. Estuvimos intentando desenterrarlos hasta que vimos que no iba a servir de nada.»[52] Cierto corresponsal escribió: «Resulta poco menos que increíble que sigamos aquí, con vida, esperando y preparados». Muchas de las aeronaves del campo de aviación Henderson quedaron

inservibles, y de hecho, la pista de aterrizaje no pudo utilizarse en el transcurso de una semana.

Los japoneses estaban empezando a comprender, tarde, la importancia que revestía la batalla en cuanto prueba de voluntad entre ellos mismos y su enemigo. «Debemos estar alerta —escribió un oficial del cuartel general imperial— ante la posibilidad de que la campaña de Guadalcanal… se convierta en la contienda decisiva entre Estados Unidos y Japón». Los defensores, sin embargo, tenían la impresión, en ocasiones, de no ser más que un ejército insignificante del que se habían olvidado. «Aquello estaba tan aislado —aseveraba Robert Leckie—… [que] habíamos acabado por hacernos a la idea, aun de un modo sensiblero, de que éramos huérfanos que no importaban a nadie. Los millones de ciudadanos de Estados Unidos seguían con sus vidas, haciendo a diario lo mismo de siempre: ir al cine, casarse, asistir a ceremonias de graduación, acudir a reuniones de ventas…; incendios en cafeterías, críticas de los periódicos a la experimentación con animales vivos, oratoria política, éxitos y fracasos de Broadway, revelaciones horribles en puestos de responsabilidad y asesinatos en apartamentos para los titulares de la prensa sensacionalista, actos vandálicos en cementerios y famosos que abrazan una religión u otra. Lo mismo de siempre: lo mismo, lo mismo, lo mismo; Estados Unidos cotidiano e inmutable, que proseguía su actividad sin ni siquiera pensar en nosotros».

Con todo, el mito de la invencibilidad del ejército japonés se hizo añicos en aquella isla de cien kilómetros por cincuenta en la que la infantería de marina estadounidense, que había pasado de los 28 000 efectivos antes de la guerra a un número de 485 000, pudo considerarse por primera vez la fuerza de tierra más sobresaliente de su nación en aquella guerra. Los de Japón, en cambio, pusieron de manifiesto sus limitaciones, y en particular su escasez de mandos competentes. Aun durante el período en que se habían sucedido sus victorias, cuando Yamashita dirigió con brío y pericia las operaciones emprendidas en Malasia, las campañas de Birmania y las Filipinas hicieron pensar en la falta de iniciativa de algunos de los oficiales de su nación. Si bien a la hora de defender las posiciones que ocupaban, resultaba útil la ética de conformidad absoluta con las órdenes recibidas, cuando de atacar se trataba, los comandantes pecaban a menudo de una gran falta de imaginación. Comparados de forma individual, el soldado nipón era más resuelto y toleraba mejor las privaciones que el aliado. Dando muestras de no poca arrogancia, el general británico Bill Slim definió al enemigo como «el insecto guerrero más grande del mundo», y lo cierto es que, hasta 1945, los hombres de Hirohito manifestaron una capacidad excepcional para el combate nocturno. Sin embargo, tomado en conjunto, el ejército japonés no gozaba de nada semejante al poderío bélico de la Wehrmacht, el Ejército Rojo… o las

fuerzas de tierra de Estados Unidos.

Dice mucho de la propensión a engañarse de Japón que, después del pasmoso aluvión de conquistas logrado al principio de la guerra, los caudillos de su ejército propusieran crear guarniciones modestas con las que defender sus bases insulares mientras destinaban más tropas a China, país que consideraban el principal campo de batalla de su nación. Dado lo exiguo de los reservistas de que disponía, habían buscado hasta en el último rincón para dar con fuerzas con las que emprender las ofensivas del Sureste Asiático y las islas del Pacífico. La prolongada campaña de China había debilitado y desmoralizado al ejército aun antes de producirse el ataque a Pearl Harbor, y en lo sucesivo, los generales nipones se vieron obligados a recurrir a un grupo menguante de posibles soldados para enviarlos al campo de batalla sin más instrucción que la que era posible ofrecer en tres meses. Su estrategia había estado fundada en el convencimiento de que Estados Unidos estaría dispuesto a negociar la paz si recibía una buena paliza al principio de la contienda, y cuando vio frustradas sus esperanzas, pasaron lo que quedaba de ella tratando de defender su pretencioso imperio con medios inadecuados y un arsenal tecnológico inferior. La realidad que imperó en el Pacífico fue la de que, a la postre, los estadounidenses y los australianos lograron dominar cada una de las islas que asaltaron. Birmania y China fueron los dos únicos lugares en los que mantuvo su predominio el ejército japonés hasta la última fase del conflicto.

Durante la campaña de Guadalcanal se llevó a término en el mar una lucha igual de implacable y sangrienta mientras la armada estadounidense se afanaba por restaurar la reputación que había quedado deslucida durante la batalla de Savo. El pulso se prolongó durante poco menos de seis meses, y estuvo salpicado de acciones encarnizadas, precipitadas casi todas por los intentos nipones de reforzar y aprovisionar a los ejércitos que tenía en tierra y de impedir la acumulación de tropas que, a su vez, trataban de efectuar los estadounidenses. La batalla que estalló el 24 de agosto en la región oriental de las Salomón resultó favorable a los japoneses. Una semana más tarde, el portaaviones Saratoga sufrió daños tan graves por la acción de los torpedos enemigos, que se vio obligado a abandonar la región y poner proa a un astillero estadounidense. El 15 de septiembre, los submarinos nipones hundieron el portaaviones Wasp y dejaron malparado el South Carolina, acorazado de reciente construcción. Y aunque los de Estados Unidos causaron no pocas bajas a su oponente sobre el cabo Esperanza la noche del 11 al 12 de septiembre, volvieron a sufrir lo indecible en Santa Cruz y en Tassafaronga.

El vicealmirante William «Bull» Halsey, «el Toro», que asumió el mando de las operaciones navales el 18 de octubre, se encontró participando en

algunas de las acciones más violentas emprendidas entre dos flotas rivales durante la guerra. El 26 de octubre, en Santa Cruz, los japoneses perdieron más de un centenar de aviones, y los estadounidenses, setenta y cuatro, más de lo que perdieron en un día entero las fuerzas aéreas que se enfrentaron durante la batalla de Inglaterra. El Enterprise quedó demasiado dañado para seguir efectuando operaciones aeronavales. La noche del 12 de noviembre, el vicealmirante Hiroake Abe, al mando de una escuadra encabezada por dos acorazados y destinada a bombardear a los estadounidenses desembarcados en Guadalcanal, topó con un grupo de cruceros de éstos, y aunque infligió daños considerables a la formación —que perdió seis embarcaciones a cambio de tres niponas—, la proverbial cautela que caracterizó a los de su nación durante este período lo llevó a retirarse después de veinticuatro minutos de combate. Al día siguiente, la aviación estadounidense echó a pique uno de sus acorazados.

Dos días después, los pilotos de la infantería de marina pertenecientes a la «fuerza aérea Cactus», denominación que recibían las escuadrillas del aeródromo Henderson, estuvieron a un paso de aniquilar un convoy japonés que se dirigía a Guadalcanal y del que hundieron siete buques de transporte de tropas y un crucero, amén de causar daños a otros tres. A la mañana siguiente apenas llegaron a la costa unos restos de la fuerza de desembarco japonesa, despojados de todo material pesado. Por la noche, se produjo un choque espectacular entre acorazados rivales durante el que el Washington del almirante Lee —apodado Ching Lee— alcanzó con nueve proyectiles de cuarenta centímetros el Kirishima, cuyo naufragio, ocurrido poco después, compensó con creces el menoscabo sufrido por el South Dakota. La noche del 30 de noviembre, sobre la punta de Tassafaronga, los cinco cruceros de Estados Unidos que agredieron a un convoy de abastecimiento de destructores japoneses se enfrentaron a un ataque con torpedos que mandó al fondo del mar un crucero y dañó a otros tres, en tanto que de los buques nipones sólo se perdió uno.

Aquéllos fueron choques épicos, en los que participaron y se perdieron numerosas embarcaciones de superficie de una y otra nación. En lo que duró la campaña de las Salomón fueron hundidos una cincuentena de buques de guerra de relieve de uno y otro lado. Quienes participaron en ella hubieron de habituarse, a la fuerza, a soportar esperas largas y tensas, a menudo por la noche, mientras los operadores de los radares, empapados en sudor, permanecían atentos a las pantallas en busca de algún vestigio del enemigo. En adelante, muchos marinos aprendieron a aterrorizarse cuando sus embarcaciones se veían, de pronto, bañadas por el resplandor deslumbrante de los reflectores del enemigo, que anunciaba la llegada de una tormenta de proyectiles. Conocieron el caos que reinaba en encuentros en los que, una y

otra vez, las embarcaciones participantes intercambiaban, desde escasa distancia, cañonazos y torpedos que convertían, en pocos segundos, cubiertas, torretas, superestructuras y espacios destinados a la maquinaria en poco más que marañas de acero en llamas. Vieron a los marineros saltar por docenas y centenares de barcos a punto de hundirse.

Algunos de ellos fueron rescatados, pero muchos otros no conocieron dicha suerte. Cuando se fue al fondo el crucero Juneau, el señor Thomas Sullivan y su esposa, ciudadanos de Waterloo (Iowa) perdieron con él a cinco hijos varones. Cuando los pilotos abandonaban las cubiertas de vuelo sabían que, quizá a un centenar de millas de allí, los del enemigo podían estar haciendo lo mismo, y por lo tanto jamás podían estar seguros de que, al regresar de su misión, fuesen a encontrar intacto el lugar en que habían de aterrizar. El aeródromo Henderson fue lo único que permitió a los estadounidenses emplear el número de aviones necesario para compensar la merma de su fuerza de portaaviones. La intensidad sostenida de los combates de superficie que vivieron quienes lucharon en el mar y los cielos de Guadalcanal en los meses finales de 1942 no tuvo parangón en ningún otro período del conflicto.

Los estadounidenses demostraron ser la fuerza dominante: después de las batallas del mes de noviembre, y a pesar de las victorias obtenidas por sus escuadras, el almirante Yamamoto hubo de concluir que la Flota Combinada de Japón no podía hacer frente durante más tiempo a tamaño desgaste, y en consecuencia, hizo saber al ejército imperial que sus embarcaciones iban a retirar su apoyo a las fuerzas desembarcadas en Guadalcanal. Aquélla fue una victoria crítica para la armada estadounidense que la nación entendió como un triunfo personal de «Bull» Halsey, «el Toro». El logro del contingente de tierra estadounidense consistió, sin más, en resistir y defender el campo de aviación ante los asaltos cada vez más desesperados del enemigo. En diciembre, la mayor parte de la infantería de marina se vio, al fin, relevada por unidades del ejército de tierra. Los japoneses hubieron de conformarse con abastecer por medio de submarinos al contingente, cada vez más escaso, que tenía en la isla. A finales del mes de enero de 1943, después de que una ofensiva estadounidense los hubiese hecho retroceder hasta un perímetro angosto situado en la zona occidental, los destructores japoneses evacuaron por la noche a los trece mil supervivientes.

La toma y defensa de Guadalcanal costó a las fuerzas armadas de Estados Unidos un total de 6111 bajas, cantidad en la que se incluían 1752 muertos, lo que no resulta un precio muy elevado por una victoria tan relevante. Las bajas japonesas ascendieron a 21 500, de las cuales, en su mayoría fueron muertes. El que nueve mil de estos caídos fueran víctimas de las enfermedades tropicales dice mucho de lo inadecuado de sus servicios

médicos. Ninguno de los elementos que constituían las fuerzas estadounidenses dejó por demostrar su vaha: la fuerza aérea Cactus de pilotos de la infantería de marina que operó desde el aeródromo Henderson, la infantería encargada de guarnecer el perímetro y la dotación de los buques; todos desplegaron —con la única excepción del descalabro de la batalla de Savo— una destreza y una resolución que los japoneses jamás habrían atribuido a los estadounidenses. Las pérdidas sufridas por su armada podían repararse; pero de las de los nipones no cabía decir lo mismo: durante lo que quedaba de guerra, el rendimiento de la marina imperial decayó de forma progresiva, en tanto que el de la flota estadounidense del Pacífico creció en habilidad y en poderío.

En los meses finales de 1942, los pilotos estadounidenses percibieron un marcado descenso en la habilidad y la resolución de los del enemigo. Cierto oficial de estado mayor japonés aseveró con desaliento que la batalla de Guadalcanal había sido «la bifurcación conducente a la victoria». Como Yamamoto, sabía que su nación se dirigía, con paso cada vez más rápido, a la derrota.

En el momento en que luchaban en Guadalcanal los de la infantería de marina, se estaba desplegando en Papúa Nueva Guinea —la isla más extensa del planeta, después de Groenlandia— la campaña terrestre más larga de Extremo Oriente. Los japoneses comenzaron a posicionar fuerzas de escasa envergadura en la costa oriental en marzo de 1942 con la intención de hacerse con Port Moresby, capital de Papúa —nación gobernada por los australianos —, trescientos kilómetros más al suroeste. La incursión anfibia que habían planeado efectuar en un principio en la capital misma se vio frustrada por las acciones del mar del Coral. Dado que la victoria obtenida en las Midway por Estados Unidos un mes más tarde les negó toda posibilidad de capturar con rapidez Nueva Guinea mediante una serie de desembarcos, los estrategos de Tokio determinaron conquistar la isla por la vía difícil de un avance terrestre. MacArthur, comandante en jefe aliado del suroeste del Pacífico, empleó las fuerzas limitadas de que disponía a fin de impedirlo.

Las unidades australianas comenzaron a moverse hacia el litoral septentrional de Papúa en julio de 1942, pero los japoneses lograron tomar posiciones y empezaron a congregar las fuerzas necesarias para marchar hacia Port Moresby a través de la cordillera Owen Stanley. Aunque los combates que se produjeron a continuación a lo largo de la pista de Kokoda, el único paso practicable, fueron menores en escala, constituyeron una verdadera pesadilla para cuantos participaron en ellos. Todos hubieron de luchar por cada palmo de aquella selva tropical de senderos anegados en

barro que en ocasiones no se alejaban demasiado de la vertical, bajo el peso abrumador de la impedimenta. Los víveres llegaban de forma irregular, y la lluvia, casi a diario. Las enfermedades y los insectos hacían aún más lamentable la experiencia.

«He visto a hombres metidos hasta las rodillas en el lodo de una angosta pista de montaña, contemplando con total desesperación la siguiente sierra en apariencia insuperable —escribió cierto oficial australiano al director de su antigua escuela—. Cordillera tras cordillera, y tras la última, otra más, vamos recorriendo este país descorazonador sin esperanza ni utilidad.»[53] La necesidad de transportar a mano todas las provisiones y la munición convirtió aquella campaña en una empresa hercúlea en la que cada hombre cargó con treinta kilos y algunos hasta con cuarenta y cinco. «¡Menudo calvario, llevar este lastre montaña arriba con todo este fango! —escribió el cabo australiano Jack Craig—. A veces, perdemos pie y acabamos por los suelos, y en ese momento, uno daría cualquier cosa por no tener que volver a levantarse. En mi vida me he sentido tan agotado.»[54] Muchos sufrieron lo indecible a causa de hemorroides sangrantes y por enfermedades tropicales mucho más serias.

En lo tocante a los japoneses, uno de los australianos opinaba que «matar a esos animales repugnantes no es ningún homicidio», aunque uno de sus camaradas, al que cierto oficial había mandado rematar a un soldado enemigo herido de muerte, escribiría más tarde: «En ese momento comenzó para mí una de las cosas más terribles que ocurren en el campo de batalla… desde entonces he vivido con esos ojos aterrados clavados en mí[55]». Cierto capellán joven escribió desde la retaguardia del frente papú:

> Dudo mucho que haya habido nunca una campaña en la que los hombres hayan sufrido los apuros, las privaciones y las dificultades que están viviendo en ésta. Verlos llegar aquí heridos y aquejados de horribles dolencias tropicales, extenuados, vestidos con jirones y sucios, con los cabellos y las barbas largos y enmarañados, sin haberse podido asear en varios días y después de haber yacido en el barro, luchando contra un enemigo cruel y desesperado al que no pueden ver, demacrados por llevar varias semanas en la selva, enfermos de malaria o postrados por el tifus fluvial me hace pensar que se lo merecen todo… He visto tanto sufrimiento, tanto dolor aquí, que me he dado cuenta como nunca de la tragedia que supone la guerra y del heroísmo que están demostrando nuestros hombres[56].

Observaciones como éstas salían del alma y eran propias de un testigo que, por descontado, no podía comparar aquellas penalidades con las de los combatientes que servían en la Unión Soviética, el Pacífico central y Birmania, frentes no menos terribles. Aunque luchar en un medio natural hostil, con total ausencia de la menor comodidad, imponía mayores sufrimientos que hacerlo en el África septentrional o la Europa del noroeste, el hecho de combatir meses enteros atenazado por el miedo, el cansancio crónico y el

malestar, viendo morir a los camaradas, alejado de la vida del hogar y de sus seres queridos minaba la moral de cada uno de los soldados del frente, con independencia de dónde se hallara. Muchos, en particular durante la guerra del Pacífico, se dejaron llevar por la ilusión de que semejante experiencia resultaba más aceptable al enemigo. Los Aliados creían que los japoneses se desenvolvían en la selva con una naturalidad que ellos desconocían, y, sin embargo, las expresiones que empleaban muchos de los soldados de Hirohito para describir su padecimiento no eran muy diferentes de las que usaban sus enemigos australianos, británicos y estadounidenses.

Los japoneses rechazaron a los australianos en la pista de Kokoda, y a continuación los hostigaron sin descanso con emboscadas y circunvalaciones durante su retirada. Muchos de los rezagados murieron. «La tónica era la confusión —escribió el sargento Clive Edwards—. Nadie sabía con exactitud qué estaba ocurriendo, aunque cuando oíamos ante nosotros el fragor de la batalla, nos decían que los otros estaban tratando de abrirse paso… Era lamentable: la lluvia caía, y aquel largo rosario de hombres rendidos tensaba el último de sus nervios para evacuar a los heridos a tiempo que salvaba su propia vida. El desconcierto… se hacía patente en cada uno de los rostros, y a medida que vacilaba y se detenía la larga columna, los de la retaguardia se impacientaban y hacían pasar la voz de que había que seguir, porque teníamos a los japos pisándonos los talones.»[57] Al final, los australianos hubieron de retroceder hasta quedar a pocos kilómetros de Port Moresby.

Por fortuna, los servicios de información previnieron otro de los peligros que acechaban a los Aliados en Papúa cuando los mensajes Ultra revelaron que los japoneses abrigaban la intención de desembarcar en la bahía de Milne, sita en el extremo sureste de la isla. En consecuencia, se envió a la carrera una brigada australiana que tomó posiciones enseguida, y cuando el invasor trató de ocupar la playa, la noche del 25 de agosto, topó con una resistencia feroz. El 4 de septiembre se evacuó a los supervivientes. Con todo, la situación del frente de Port Moresby seguía siendo crítica. El desdén que expresó MacArthur por la actuación de los australianos no hizo sino delatar un desconocimiento lamentable de las condiciones que se estaban dando en la pista de Kokoda. Los nipones atacaban sin descanso el perímetro aliado, y el desastre parecía estar a la vuelta de la esquina. Si se evitó fue, sobre todo, merced a las fuerzas aéreas, pues los bombardeos efectuados por éstas sobre la línea de abastecimiento del enemigo, extendida más de lo razonable, pusieron a los atacantes en un aprieto que no hizo más que empeorar cuando se desviaron tropas de Nueva Guinea a Guadalcanal.

El oficial al mando de los japoneses allí destinados recibió orden de replegarse hacia la costa septentrional de Papúa, y los australianos se encontraron, una vez más, afanándose por ascender la pista de Kokoda y

cruzar los New Stanleys, aunque en esta ocasión detrás del enemigo en retirada. Las condiciones, sea como fuere, no eran menos atroces que durante la marcha anterior. «Nuestra tropa está combatiendo sumida en las frías brumas de una altitud de dos mil metros —escribió el corresponsal australiano George Johnston—, y lucha con violencia porque apenas le quedan un kilómetro o dos para llegar a lo más alto del paso y poder, por lo tanto, atacar cuesta abajo. Esto significa mucho para los que han ascendido cada palmo de esta pista dolorosa, han enterrado a tantos de sus compañeros y han visto a otros tantos regresar debilitados por la enfermedad o malheridos por las bombas de mortero o las balas y granadas del enemigo, simplemente por recuperar unos centenares de metros de esta montaña salvaje, hostil e indómita hasta el extremo… Las barbas les llegan casi a los ojos, y llevan por uniforme una mezcolanza de cuanto les está bien o abriga, o proporciona alguna protección frente a los insectos… En la penumbra verdosa, entre el hedor a descomposición del lodo y los cadáveres, la larga línea de australianos que, vestidos de verde, ascienden con desaliento el túnel de la pista ofrece una imagen fétida e inolvidable de los terribles horrores de esta guerra selvática.»[58]

En noviembre, MacArthur mandó desembarcar en la costa a dos regimientos estadounidenses a fin de tomar Buna. Aunque aquellos soldados bisoños, estupefactos por la primera toma de contacto con el entorno bélico de Papúa, no dieron mucho de sí; y aunque los australianos estaban agotados, y la malaria estaba haciendo estragos en ambos lados, se consiguió tomar Buna a principios de enero de 1943, y tres semanas más tarde no quedaban fuerzas japonesas en la zona. Los atacantes habían perdido algo menos de dos terceras partes de los veinte mil hombres allí destinados, en tanto que los muertos australianos sumaban 2165, y los estadounidenses, 930. El teniente general Robert Eichelberger, al mando de una división de estos últimos, escribió: «Aquél era un género de combate muy traicionero y solapado que nada tenía que ver con las operaciones multitudinarias y atronadoras de Europa, en las que se enfrentaban batallones blindados contra batallones blindados y maniobraban con pesadez ejércitos del tamaño de una ciudad… En Nueva Guinea, cuando llovía, podía darse el caso de que los heridos se hundieran en el barro antes de que pudiesen dar con ellos los camilleros. A muchos les ocurrió. Es verdad que no hay guerra buena y que la muerte no entiende de geografía; pero mis soldados y yo estábamos convencidos de que tenía que ser más agradable morir en climas templados[59]».

Las operaciones de Papúa estuvieron caracterizadas por las disensiones aliadas y las torpes intervenciones de MacArthur. El desdén y la desconfianza que se profesaban mutuamente australianos y estadounidenses causaron no pocos problemas, y la victoria tardía de Buna apenas propició júbilo alguno.

Los combates inclementes persistieron durante todo 1943, y los campos de batalla fueron trasladándose al norte de aquella isla colosal. Los japoneses, derrotados en Guadalcanal, hicieron lo imposible por que no les arrebatasen las líneas que ocupaban en Nueva Guinea. Buena parte de su XVIII.º ejército fue desembarcando allí de manera progresiva, aunque en marzo sufrió un revés brutal durante la batalla del mar de Bismarck. La V.ª fuerza aérea del general George Kenney, alertada por Ultra, lanzó una serie de ataques contra un convoy nipón y hundió ocho de las embarcaciones de transporte y cuatro de los destructores que las protegían, con lo que acabó con la mayor parte de la división que había enviado el enemigo de Rabaul a Nueva Guinea.

Después de varios meses de combates terrestres de resultado fluctuante, se produjo un avance decisivo cuando Kenney construyó en secreto una pista de aterrizaje avanzada a fin de que sus cazas pudieran atacar desde ella las principales bases aéreas de Wewak. Eso fue lo que hicieron, con efectos devastadores, en agosto de 1943, cuando aniquilaron casi por completo el poderío aéreo de los japoneses en aquella región. A continuación, emprendió una ofensiva de primer orden un ejército conformado, finalmente, por cinco divisiones australianas y una estadounidense. Llegado el mes de septiembre de aquel año, habían invadido ya los fortines principales del enemigo, y los ocho mil supervivientes japoneses se dirigían al norte en desbandada. La península de Huon quedó despejada en diciembre, lo que hizo evidente el dominio aliado de aquella campaña. Ultra reveló la localización de las restantes concentraciones de tropas niponas, y permitió a MacArthur acometer una operación espectacular a fin de circunvalarlas y cortarles la retirada mediante un desembarco en Hollandia, distrito de la Nueva Guinea neerlandesa, el 22 de abril de 1944. Los combates se sucedieron en la isla hasta el final de la guerra —Australia proporcionó el mayor número de soldados del lado de los Aliados—, y entonces, en agosto de 1945, salieron de la selva 13 500 japoneses con la intención de rendirse.

La campaña de Nueva Guinea sigue siendo objeto de no poca controversia, pues muchos de sus participantes pusieron en duda la utilidad del indecible sufrimiento que causó, en particular en los estadios últimos. Si antes de las batallas del mar del Coral y Midway se presentó, durante el breve período de unas semanas, como un posible puente hacia Australia para los japoneses, llegado el mes de junio de 1942, semejante idea había quedado descartada por completo. En cierto sentido, se convirtió en el equivalente asiático de las operaciones efectuadas por el Reino Unido en el África septentrional y en Birmania entre 1942 y 1944. Una vez que la armada y las fuerzas aéreas de Estados Unidos se hicieron con el dominio táctico, los japoneses toparon con dificultades insuperables a la hora de sostener y respaldar sus operaciones en Nueva Guinea, para lo cual necesitaban recorrer

una línea de comunicaciones marítimas por demás dilatada. Desde el punto de vista aliado, el principal valor estratégico de la campaña fue que brindó un campo de batalla en el que combatir al enemigo en un tiempo en que las fuerzas de tierra aliadas eran demasiado modestas para asestar un golpe decisivo.

Así y todo, las operaciones críticas contra Japón siguieron siendo las que empeñó a través del Pacífico central la armada estadounidense. Sus aviones y sus embarcaciones, de superficie y submarinas, fueron desgastando, mes a mes y en un campo de batalla de varios centenares de miles de kilómetros cuadrados, el poderío naval de los nipones, que tanta importancia revestía a la hora de mantener sus larguísimas líneas de abastecimiento. Entre 1942 y 1943, los Aliados necesitaron disponer de aeródromos en Papúa Nueva Guinea, y hubieron de luchar por ellos; pero quizá entre 1943 y 1944 no hubiese sido preciso emprender las onerosas operaciones destinadas a despejar la costa septentrional una vez destruidas su capacidad ofensiva y aérea. Aquella campaña, como otras muchas de las que se entablaron en la guerra, cobró fuerza y lógica por sí misma. Una vez destinados a ella miles de soldados, perdidas no pocas vidas y puesta en juego la reputación de tantos generales, fue cada vez más difícil conformarse con nada que no fuese la victoria total. En realidad, el único de los oficiales superiores que vio aumentar su prestigio de resultas de las operaciones emprendidas en Nueva Guinea fue Kenney, jefe de las fuerzas aéreas de Estados Unidos y uno de los comandantes más sobresalientes de su ejército.

El que, un año después del ataque de Pearl Harbor, se hubieran detenido los avances de Japón en Asia y en el Pacífico y hubiesen comenzado, de hecho, a dar marcha atrás hizo inevitable su perdición. No deja, sin embargo, de ser notable que la nación de Hirohito siguiese luchando después de quedar frustradas las esperanzas que albergaba Tokio de obtener una victoria rápida y fuera de toda duda la resolución de Estados Unidos. La estrategia de los japoneses se fundaba en el convencimiento de que Alemania se alzaría con el triunfo en Occidente, cosa que se había vuelto muy poco realista a finales de 1942. Llegados a este punto, Tokio tendría que haber preferido la paz, fueran cuales fueren las condiciones, al castigo que estaban dispuestos a infligirles los estadounidenses. Sin embargo, como en Alemania, no parecía haber nadie en su nación dispuesto a evitar que se inmolara. Shikata ga nai: era inevitable. Quizá tal cosa constituía una excusa por completo inadecuada para condenar a millones de personas a una muerte segura sin la contrapartida de ningún beneficio liberador: lo que es cierto es que a lo largo de la historia ha quedado demostrado que a las naciones que provocan las guerras les resulta por demás difícil ponerles fin.

11

La guerra naval de los británicos

I. El Atlántico

La función desempeñada por el ejército británico de tierra fue notoriamente más pequeña que la del ejército ruso, como también lo fue la de Estados Unidos. Más allá del papel simbólico que ejerció el Reino Unido al mantener alzado el estandarte de la resistencia frente a Alemania a partir de 1940, su principal cometido estratégico fue el de un portaaviones gigantesco y una base naval desde los que pudiesen partir hacia el continente bombarderos y embarcaciones. A la Royal Navy correspondió la labor de librar los combates decisivos empeñados entre 1940 y 1943 con la intención de garantizar el avituallamiento del pueblo británico; mantener expeditas las rutas marítimas al imperio y a los campos de batalla de ultramar, y enviar municiones a la Unión Soviética. Las operaciones navales no podían propiciar la derrota de Alemania ni tampoco proteger siquiera de los japoneses los dominios orientales del Reino Unido, y ése constituía un problema fundamental para los Aliados occidentales, potencias navales que, para derrotar al gran enemigo terrestre, no tenían más remedio que recurrir a la Unión Soviética. No obstante, si los alemanes triunfaban en su empeño en interceptar los cargamentos enviados a las islas británicas, el pueblo de Churchill se vería condenado a morir de hambre. Cada año se hacía necesario transportar a través del Atlántico un mínimo de veintitrés millones de toneladas de provisiones —la mitad del total de las importaciones que se recibían antes del conflicto— a pesar de los asaltos de embarcaciones de superficie y

submarinos, guiados por los aviones de reconocimiento de la Luftwaffe.

La de proteger estos envíos constituía una empresa titánica. La armada había sufrido en igual grado que las otras fuerzas británicas la reducción de gastos que caracterizó al período de entreguerras. Para construir un buque de gran porte hacían falta varios años, y ni siquiera las embarcaciones de escolta más modestas podían completarse en menos de unos meses. La dirección y la mano de obra de los astilleros británicos no formaban parte, precisamente, de lo más granado de los profesionales de la nación, y sólo abandonaron en parte su intransigencia para trabajar con un tanto más de empeño cuando la Unión Soviética se vio obligada a cambiar de bando y los comunistas de todo el mundo apoyaron la empresa bélica de los Aliados. El Reino Unido construía y reparaba sus naves con más lentitud, aunque a un precio mucho menor, que Estados Unidos, cuya capacidad no logró igualar en ningún momento. La Royal Navy sufrió una escasez constante de buques de escolta en los primeros años de la guerra.

Tampoco resultaba fácil concentrar fuerzas capaces de superar a los acorazados del enemigo, que presentaban una amenaza formidable, por limitado que fuera su número, y se hallaban a muchos cientos de millas de distancia entre sí. Durante los primeros años del conflicto, los barcos de asalto de Alemania resultaban tan peligrosos como sus submarinos, y la necesidad de que los convoyes eludieran las zonas por las que navegaban no hizo sino incrementar la presión que sufría el transporte británico de víveres. Las incursiones efectuadas por los alemanes entre 1939 y 1943 precipitaron no pocas tragedias que acapararon la atención del mundo entero. El acorazado de bolsillo Graf Spee echó a pique nueve buques mercantes hasta que se hundió después de enfrentarse a tres cruceros británicos sobre el río de la Plata en diciembre de 1939. El Bismarck, de 56 000 toneladas, destruyó al crucero de combate Hood antes de que dieran cuenta de él —de un modo un tanto desgarbado— varias escuadras británicas el 27 de mayo de 1941. El público del Reino Unido se indignó cuando el Scharnhorst y el Gneisenau pasaron el estrecho del canal de la Mancha entre el 21 y el 22 de febrero de 1942 durante su trayecto de Wilhelmshaven a la localidad francesa de Brest sin sufrir más daños que los provocados por algunas minas pese a los torpes empeños de la Royal Navy y la RAF en interceptarlos. La presencia del Tirpitz en los fiordos del norte de Noruega puso en peligro los convoyes británicos del Ártico e influyó de forma marcada en las posiciones que ocuparon hasta 1944 las naves de la flota encargada de proteger las aguas territoriales británicas. En aguas más remotas, la armada italiana disponía de un número formidable de embarcaciones, y cuando entraron en la guerra los japoneses, la del Reino Unido sufrió daños considerables.

La mayor parte de los acorazados británicos eran antiguos y poco

andadores, y carecían, además, del espacio necesario para albergar los equipos modernos de dirección de tiro. El Hazemeyer de la armada neerlandesa era el más adelantado del mundo en lo que a fuego antiaéreo se refería, y la marina británica tuvo acceso a él en 1940. Sin embargo, era frágil y poco seguro, y la variante nacional no estuvo disponible hasta 1945. Entre tanto, los sistemas de puntería antiaérea siguieron siendo por demás ineficaces. Aunque el Reino Unido contó con más portaaviones que la armada estadounidense hasta 1943, jamás llegó a poseer siquiera los suficientes para cubrir las necesidades que tenía en todo el planeta, y lo cierto es que eran demasiado pequeños para montar grupos aéreos poderosos. Los pilotos de la flota aérea de la Royal Navy dieron muestras de un coraje fuera de lo común, pero su actuación no pasó de ser mediocre, tanto en combate aéreo como en operaciones emprendidas contra las fuerzas navales. La RAF, que se centraba por doctrina en incursiones estratégicas con bombarderos, se negó a destinar parte de sus efectivos a brindar apoyo a las operaciones marítimas. Si bien la armada manifestó tener grandes dosis de valor, de devoción y de saber marinero durante todo el conflicto, hasta 1943 lo tuvo casi todo en contra, pues se vio obligada a cumplir con demasiadas responsabilidades con un número demasiado escaso de embarcaciones, vulnerables todas ellas a las incursiones aéreas.

La decisión que adoptó Churchill de consagrar buena parte de las fuerzas militares británicas a la campaña del norte de África hizo que la Royal Navy tuviese que efectuar sus operaciones mediterráneas sin apenas ayuda de la aviación, y frente a las nutridas fuerzas aéreas del Eje que tenían por base los aeródromos de Italia, Sicilia, Libia, Rodas, Grecia y Creta. El cabo de mar Charles Hutchinson describió así un ataque sufrido por el crucero Carlisle en mayo de 1941:

> Nos asaltó una oleada tras otra de bombarderos. Daba la impresión de que eligieran una embarcación concreta para caer sobre ella de forma multitudinaria, en picado y desde todos los ángulos imaginables. Al lado de nuestro cañón, en el mar, cayó una bomba enorme, y la tonelada de agua que levantó nos arrancó de nuestros puestos y nos lanzó por los aires como si fuésemos briznas de paja. Yo estaba convencido de que iba a acabar saltando por la borda. Cruzó mi mente una sola idea: «¡Dios! De ésta no salgo». Después de lo que nos pareció una eternidad, nos volvimos a poner en pie, inflamos los salvavidas y nos quitamos los zapatos, porque yo, por lo menos, tenía la intención de abandonar el barco. Sin embargo, poco después estábamos disparando otra vez, porque aún nos estaban atacando. Por todos lados había cascos enormes de proyectil, y en medio de la cubierta, una columna gigantesca de humo negro. El cañón número dos había recibido un impacto directo, y en su lugar sólo quedaba un amasijo de metal carbonizado. Habían aniquilado a casi toda la dotación: la mayor parte había quedado atrapada debajo de la pieza o se había dado con el escudo para la metralla. El espectáculo era espeluznante. Llevábamos un año y medio viviendo y durmiendo juntos como si fuésemos una gran familia, riendo, discutiendo, bromeando… Habíamos bajado juntos a tierra y hablado de nuestras vidas privadas… El pobre Bob Silvey sigue aún debajo del cañón. Lo he visto, pero es imposible sacarlo[1].

Malta, el único puesto avanzado del Mediterráneo central desde el que

podían interceptarse las rutas de abastecimiento destinadas al norte de África, sufrió tres años de asedio. Aunque, al verse sometida a un bombardeo constante procedente de la vecina Sicilia, quedó inutilizada en ocasiones en calidad de base desde donde lanzar ofensivas con submarinos y embarcaciones de superficie, la isla constituyó una prenda vital de la voluntad de lucha del Reino Unido. Hitler cometió un error funesto al no tomarla en 1941, tras lo cual los Aliados se desvivieron por conservarla. Entre el mes de junio de 1940 y los albores de 1943, el Mediterráneo no fue de gran utilidad en cuanto ruta de abastecimiento aliado, y, sin embargo, el estilo combativo de Churchill exigía la presencia de la Royal Navy y el aprovechamiento de toda oportunidad que pudiera presentarse, en especial contra la flota italiana. Algunas de las batallas navales más feroces de la guerra se produjeron en aquellas aguas cristalinas —y se tradujeron en bajas nada desdeñables para el Reino Unido—. El Eje hubo de soportar una presión cada vez mayor en su propia ruta de enlace con el África septentrional; pero el paso entre el sur de Italia y Trípoli era breve. Hubo que esperar a mediados de 1942 para que las pérdidas de cargamentos marítimos y la escasez de combustible comenzasen a influir de forma considerable en la suerte de Rommel.

El Atlántico, océano siempre cruel, fue el campo de batalla naval dominante. El oficial de transmisiones Richard Butler describía en estos términos una de las tempestades que suelen desatarse en él: «Los rociones me impedían ver nada. El viento ululaba a través de la jarcia y de la superestructura del buque. Daba la impresión de que estuviésemos navegando sobre agua hirviendo, porque el viento deshacía las olas en espuma blanca y humeante que nos hería los ojos y la cara. De cuando en cuando vislumbraba uno de los grandes buques mercantes acostado sobre una banda, de modo que dejaba ver la quilla por la acción del violento oleaje que se elevaba bajo un firmamento cargado de lluvia[2]». Su destructor, el Matchless, viró para aproximarse a una de las embarcaciones civiles, que se afanaba por no zozobrar a pesar de la hendedura de más de tres metros que presentaba en la cubierta superior. Poco después, las aguas lanzaron por la borda a uno de sus propios marinos. El capitán tomó la determinación, tan arrojada como inútil, de volver a cambiar de rumbo a fin de buscarlo. «Se ha vuelto loco —pensó Butler—: va a arriesgar la vida de doscientos hombres para tratar de encontrar a un capullo que no ha tenido la prudencia de mantenerse alejado de la cubierta». Después de unos momentos de angustia, abandonaron aquella descabellada operación de rescate. Más tarde, Butler supo que el accidentado era uno de sus mejores compañeros de rancho. «Sentí dolor y un gran remordimiento de conciencia

por la actitud egoísta que había adoptado —confesaba—… Snowy era un tipo muy querido, y tenía fama de tragón. Ya no vamos a volver a oírle preguntar con su alegría característica a la hora de comer: "¿Ha sobrado algún trozo de algo?"».

Las condiciones que se daban a bordo de las corbetas, caballos de tiro de la escolta de los convoyes, eran mucho peores; «un infierno total», según la expresión de uno de los tripulantes, que añadía: «Hasta para llevar la comida de la cocina al rancho había que sudar la gota gorda. Los sollados solían estar hechos un desastre, y el desgaste de nuestros cuerpos y nuestros nervios es algo que no voy a olvidar en la vida; pero éramos jóvenes y estábamos fuertes, y en cierto sentido, nos gozábamos en nuestro propio sufrimiento y le restábamos importancia. Ninguno de nosotros se molestaba en preguntarse qué conexión podía tener con la derrota de Hitler: nos bastaba con mantenernos medianamente a flote al día siguiente y con la esperanza de hacernos con un buen pudín y un buen baño cuando llegásemos a puerto[3]».

A todo esto hay que añadir, además, al enemigo: si los acorazados de Alemania se enseñoreaban de los titulares e infligían cierto daño a las embarcaciones aliadas, lo cierto es que, a la larga, resultaba mucho mayor la amenaza de los submarinos y los aviones del Eje, a cuyas dotaciones no les faltaba ni valor ni habilidad. Los primeros consiguieron algunos triunfos llamativos al principio al hundir, por ejemplo, el viejo acorazado Royal Oak en Scapa Flow (Escocia) o causar estragos entre buques mercantes vulnerables. Churchill, en calidad de primer lord del mar, calculó que la introducción de los convoyes en 1939 había sido responsable de un descenso del 30 por 100 en las importaciones del Reino Unido, ya que las embarcaciones escoltadas se veían obligadas a esperar varias semanas a que se reunieran las encargadas de defenderlas. Una vez en el océano, las conservas navegaban con gran lentitud, y al arribar eran descargadas por el personal apático, cuando no dado a la obstrucción, de los muelles británicos. Muchos de los barcos que acarreaban materias primas y bienes de consumo en tiempos de paz se habían destinado a transportar soldados y munición a través de distancias colosales por rutas tortuosas a fin de evitar las zonas de mayor concentración de aviones y submarinos del Eje. Así, por ejemplo, casi todos los cargamentos que debían llegar a Egipto lo hacían tras doblar el cabo de Buena Esperanza. La travesía a Suez aumentó de tres a trece mil millas, mientras que las seis mil que debían recorrerse para arribar a Bombay antes de la guerra se convirtieron en once mil tras estallar el conflicto.

Hasta 1943, la Royal Navy conoció una escasez desesperada de buques de escolta y de los adelantos tecnológicos necesarios para dar caza a los sumergibles del enemigo. Los británicos hundieron doce de éstos en 1940, y sólo tres en los seis meses que fueron desde septiembre de aquel año hasta

marzo de 1941. La labor del servicio de información y el trazado oportuno de las rutas de los convoyes hicieron más por frustrar al almirante Karl Dönitz que las escoltas antisubmarinas. La Royal Navy tardó en darse cuenta de la vulnerabilidad que ofrecían los navíos mercantes sobre la costa africana, en donde los alemanes provocaron daños espectaculares entre 1941 y 1942 con dos submarinos de largo alcance del tipo IX, en parte por el silencio radiofónico que supieron guardar, y en parte por los escasos recursos defensivos de que se disponía. El Reino Unido sufrió una falta lamentable de apoyo aéreo: el mando costero de la RAF apenas disponía de aeronaves, y la tripulación de sus hidroaviones Sunderland de gran alcance no poseía una gran pericia a la hora de surcar los aires ni de soltar cargas de profundidad, y las dificultades técnicas redujeron en 1941 a un promedio de dos al mes el número de incursiones efectuado por cada aparato. Entre tanto, hasta 1942 fueron muchos los destructores que se consagraron a la defensa del litoral británico.

Si el 6,1 por 100 de las pérdidas sufridas por los navíos particulares de los Aliados en todo el conflicto se debió a los ataques efectuados por embarcaciones de superficie y el 6,5 por 100 fue causado por las minas, el porcentaje relativo a los ataques procedentes del aire y las agresiones de los submarinos ascendió, respectivamente, a un 13,4 y nada menos que a un 70 por 100. Los británicos hubieron de encajar el primer revés de consideración durante el otoño de 1940, cuando el lento convoy SC-7 perdió a 21 de sus 30 naves mientras cruzaba el Atlántico en dirección este, y el HX-79, dotado de una mayor arrancada, 12 de 49. En adelante fue creciendo el ritmo de la guerra submarina, y así, durante 1941 se perdieron 3,6 millones de toneladas de cargamento británico, de los cuales 2,1 se debieron a la intervención de los sumergibles del Eje. Churchill no pudo menos de alarmarse: tras la guerra aseveraría que éstos le causaron más ansiedad que ninguna otra amenaza, y lo cierto es que esta afirmación ha ejercido una influencia nada desdeñable en la historiografía de la guerra. No cabe sorprenderse de la preocupación del primer ministro, siendo así que, hasta el mes de mayo de 1943, era rara la semana que no recibía informes de ataques que estaban consumiendo la capacidad del Reino Unido para el transporte de mercancías.

Sin embargo, la fuerza submarina comandada por Dönitz no poseía, en realidad, una gran fortaleza: la flota prevista por los planes industriales que había hecho Alemania en los años anteriores a la guerra sólo iba a alcanzar todo su poderío bélico en 1944. Los recursos de la construcción naval se destinaban, sobre todo, a la producción de embarcaciones de gran porte: con los que se prodigaron en el acorazado Bismarck se podía haber creado un centenar de submarinos. El almirante Erich Raeder, comandante en jefe de las fuerzas navales germanas, escribió en vísperas de la guerra: «No estamos en

situación de influir de forma decisiva en la guerra contra el comercio del Reino Unido». Dönitz no esperaba librar una campaña de relieve en el Atlántico hasta el mes de junio de 1940, ya que se le habían negado los medios necesarios para hacerlo: los submarinos del tipo VII que dominaban su arsenal, pequeños y de escaso alcance, estaban diseñados para operar desde bases alemanas. Aun después de que se transformara de forma radical el panorama estratégico con la toma de Noruega y los puertos atlánticos de Francia por parte de Hitler, la Kriegsmarine siguió construyendo aquéllos. La producción de sus astilleros, entorpecida por la escasez de acero y mano de obra cualificada, cuando no, más tarde, por los bombardeos, fue muy por detrás de la de los británicos. Los sumergibles alemanes, además, seguían siendo muy primitivos desde el punto de vista técnico, pues la innovación —como, por ejemplo, el sistema revolucionario que permitía aspirar aire estando bajo el agua, desarrollado entre 1944 y 1945— no llevaba aparejada seguridad de funcionamiento, y así, las revolucionarias embarcaciones del tipo XXI no efectuaron su primera patrulla hasta el 30 de abril de 1945.

En consecuencia, las fuerzas de Dönitz necesitaban crecer en número, alcance y calidad. Del mismo modo que la Luftwaffe trató de dejar fuera de combate al Reino Unido entre 1940 y 1941 con recursos por demás inadecuados, los submarinos de la Kriegsmarine carecían de la fuerza suficiente para cortar la ruta del Atlántico. Alemania jamás construyó la cantidad de embarcaciones sumergibles que habría sido precisa para ganar con ellas la guerra. Dönitz calculó que iba a necesitar hundir seiscientas mil toneladas mensuales de cargamento británico para obtener una victoria decisiva, y para ello debía disponer de trescientas naves a fin de mantener a una tercera parte apostada en áreas operativas. Sin embargo, en agosto de 1940 sólo tenía en posición trece submarinos, cantidad que se redujo a ocho en enero de 1941, aunque alcanzó, al mes siguiente, los veintiuno. Aunque esta fuerza reducida causó una destrucción impresionante, entre los meses de junio de 1940 y marzo de 1941 mandó al fondo del mar dos millones de toneladas de provisiones del Reino Unido, durante ese mismo período sólo se botaron setenta y dos sumergibles nuevos, número que aún distaba mucho del que necesitaba Dönitz. La tasa más alta de productividad —medida por el tonelaje hundido por cada submarino en activo— la alcanzaron en octubre de 1940. En adelante, pese al número mucho mayor de embarcaciones empleado, disminuyó el promedio correspondiente a cada una.

A medida que se desarrollaba el conflicto y crecían con ímpetu la habilidad y profesionalidad de las armadas aliadas, fue declinando la calidad y la determinación de las dotaciones submarinas de la Kriegsmarine. Los ases de Dönitz fueron pereciendo uno a uno o cayeron presos del enemigo, y quienes fueron a sustituirlos no tenían su talla. Los torpedos alemanes eran

casi tan defectuosos como los de la armada estadounidense entre 1942 y 1943, y la dirección de su campaña submarina se vio entorpecida por los cambios de estrategia y la impulsiva injerencia de Hitler. El servicio de información naval de Alemania y su comprensión de la estrategia, las tácticas y los recursos tecnológicos de los Aliados dejaron siempre mucho que desear.

Resulta notable y muy relevante que el 99 por 100 de todas las embarcaciones que zarparon de Norteamérica con destino al Reino Unido durante la guerra llegase salvo a puerto. Así, por ejemplo, de los 307 buques mercantes que navegaron en convoy en abril de 1941, sólo se hundieron 16, a los que hay que sumar 11 que carecían de escolta. En junio de aquel año hicieron la travesía del Atlántico en conserva 383. Los sumergibles sólo atacaron a una de ellas y echaron a pique seis de sus barcos, y en el mismo período se hundieron también veintidós navíos particulares que navegaban sin protección. En 1942, que fue con diferencia el año más alarmante en ese sentido, las aguas del Atlántico Norte engulleron 609 embarcaciones, un total de unos seis millones de toneladas, y, sin embargo, tal era la capacidad de Estados Unidos para la construcción naval, que en el mismo período, los Aliados botaron 7,1 millones de toneladas que fueron a sumarse a los treinta millones de que disponían.

Aun así, dado el carácter de la especie humana, éstos estimaron tener en su contra la mayor parte de las dificultades, y si bien ahora sabemos que los submarinos alemanes habían infligido en 1942 el mayor daño que les había sido posible, y que a partir de entonces se volvieron en menoscabo suyo las tornas de la guerra contra los convoyes, en aquel tiempo Churchill y Roosevelt no veían más que el rápido aumento del número de pérdidas, y calculaban que, de seguir creciendo de manera exponencial, no tardarían en dar al traste con su empresa bélica. En 1942 disminuyeron las importaciones británicas en cinco millones de toneladas, con grave perjuicio del suministro de alimento y petróleo. Este último acusó un descenso del 15 por 100 aproximadamente, lo que obligó al gobierno a recurrir a las reservas estratégicas nada desdeñables que tenía guardadas. Con todo, este hecho se debió menos a Dönitz que al desvío de doscientos barcos de la ruta atlántica a fin de crear una línea de abastecimiento a la Unión Soviética a través del Ártico. De cualquier manera, fueran cuales fueren las causas, semejante reducción alarmó a una nación que se hallaba entre la espada y la pared en no pocos campos de batalla.

Aun cuando Estados Unidos proporcionó a los británicos cierto número de bombarderos B-24 Liberator, susceptibles de ser adaptados para cubrir grandes distancias y, por consiguiente, para brindar protección a los convoyes que cruzaban el Atlántico, la RAF decidió destinarlos, en un primer momento, a otros cometidos. Sir Arthur Harris, comandante en jefe del

Mando de Bombarderos entre 1942 y 1945, se resistió con uñas y dientes a que destinasen aviones pesados a escoltar a los convoyes. «Tuve que estar batallando constantemente con la armada para que dejasen de birlarnos cuando se les antojaba —señaló el mariscal del aire, que profesaba a los marinos británicos una aversión sólo comparable al aborrecimiento que sentía por los alemanes—. Consagraba la mitad de mis energías a proteger al Mando de Bombarderos ante el resto de las fuerzas, pues la armada y el ejército de tierra no se cansaban de menospreciar la labor de las fuerzas aéreas.»[4] El «vacío aéreo» del Atlántico —la región oceánica situada fuera del alcance de los aviones procedentes de bases terrestres— siguió siendo el centro más importante de la actividad de los submarinos alemanes hasta finales de 1943.

La media de los convoyes que atravesaban el Atlántico norte en cada sentido era de poco más que uno a la semana. Muchos de ellos hacían el trayecto sin sufrir ataque alguno por no ser detectados por los germanos: los informes Ultra relativos a la posición de los sumergibles que se interceptaban, junto con los denominados Huff-Duff —los equipos de detección de alta frecuencia con que estaban equipados los buques de guerra—, hacían posible a menudo a las conservas evitar los lugares en que se concentraba el enemigo. Cierta estimación estadística ha dado a entender que, sólo durante la segunda mitad de 1941, los mensajes descifrados evitaron que acabaran en el fondo del mar entre 1,5 y 2 millones de toneladas de mercancías aliadas[5]. En 1941, los convoyes recibieron durante unos meses la protección de embarcaciones de Estados Unidos al este de Islandia. Cuando, tras el ataque a Pearl Harbor, dejaron de brindar este servicio, las sustituyeron las corbetas canadienses. Una vez llegados a las aguas occidentales de las islas británicas, asumía la responsabilidad la Royal Navy. Entre 1941 y 1943, período crítico de la batalla del Atlántico, esta última proporcionó el 50 por 100 de todas las escoltas; la marina de Canadá, el 46 por 100, y los buques estadounidenses, el resto.

Con todo, por mal administrada que estuviese, la ofensiva alemana causó no pocos padecimientos a los marineros de los navíos mercantes aliados, sobre todo entre 1941 y 1942. Sus tripulaciones estaban compuestas por gentes de numerosas nacionalidades, y si bien es cierto que había jóvenes del Reino Unido que preferían alistarse en este servicio a hacerlo en las fuerzas armadas, no puede decirse que tal fuera la opción más sencilla. Algunos de ellos, de hecho, se vieron obligados a abandonar en dos o tres ocasiones el barco en que servían. Michael Page describió así la experiencia:

> Estábamos de guardia en la cubierta o en la sala de máquinas, o durmiendo tranquilamente en nuestras literas, y al minuto siguiente nos veíamos metidos en un desbarajuste tremendo en medio de la densa oscuridad y los gritos, azotados por rociones helados y dando traspiés sobre la húmeda cubierta metálica, que se inclinaba cada vez con más rapidez hacia el hambriento mar a medida que

pasaban los segundos… «¿Qué pasa? ¿Qué pasa?», preguntaba uno con chillidos lastimeros, sumido en un desconcierto agónico… Nos afanábamos por maniobrar con los cabos tiesos y poco manejables del bote y su voluminoso aparejo como autómatas enloquecidos… De un modo u otro, conseguimos arriarlo y corrimos a embarcar en él. Algunos lo logramos, pero otros calcularon mal el salto y cayeron al agua. «Soltad amarras», gritó alguien al ver que no cabía nadie más a bordo, y aunque otros repitieron la orden, de arriba nos llegaron voces que exclamaban: «¡No, no! ¡Esperad! ¡Esperad un segundo!». Una silueta se destacó entonces de la negrura y fue a lanzarse contra las olas con un ruido tremendo, y tras aparecer de nuevo, se puso a chapotear hacia el bote y se aferró a la regala… Una ola nos embistió de lleno y nos puso como una sopa. Aquel golpe helado nos hizo jadear y farfullar… Alguien soltó entonces las amarras… Sólo Dios sabe si había subido a bordo todo el que estaba en condiciones de hacerlo. El caso es que la corriente nos separó del barco en un instante[6].

Aun quienes tenían la fortuna de salir con vida de uno de estos hundimientos eran, con frecuencia, víctimas de tormentos espantosos al verse navegando al raso en medio de unas condiciones climáticas por demás adversas. Tal fue el caso, por ejemplo, de los supervivientes del buque carbonero británico Anglo-Saxon. El crucero auxiliar alemán Widder lo echó a pique la noche del 21 de agosto de 1940 a 810 millas al oeste de las Canarias, y ametralló a continuación a los más de cuantos se habían lanzado al agua. Sólo se salvó un esquife diminuto ocupado por el primer oficial, C. B. Denny, y otros seis tripulantes. Cuando, al rayar el día, evaluaron su situación, se encontraron con que llevaban una modesta reserva de agua, galleta y algunas latas de conserva. Entre los de a bordo había alguno con heridas causadas por las ametralladoras alemanas. Pilcher, el oficial de transmisiones, tenía destrozado uno de los pies, y a Penny, artillero de mediana edad, lo habían alcanzado en la cadera y la muñeca.

Los ánimos, sin embargo, no decayeron durante los primeros días que pasaron con rumbo al oeste; pero el 26 empezaron a hacer mella en los supervivientes las quemaduras de la piel y la sed. A Pilcher se le había gangrenado el pie —de hecho, se disculpó ante sus compañeros por el hedor que desprendía—. Denny escribió en el cuaderno de bitácora: «Tenemos la esperanza de recalar… merced a la voluntad de Dios y de la determinación británica[7]». Después de aquello, sin embargo, su situación empeoró a pasos de gigante. Pilcher murió el día 27, y Denny se vino abajo. Penny, debilitado por las heridas, cayó por la borda una noche que quedó al cargo del timón. Dos tripulantes jóvenes que no se llevaban bien riñeron entre sí. Al día decimotercero se quedaron sin timón. Aquélla fue la gota que colmó el vaso para Denny, quien se propuso poner fin a su sufrimiento. Por consiguiente, tras dejar en manos de uno de los otros un anillo para que se lo hiciese llegar a su madre, saltó al agua acompañado del tercer ingeniero y se dejó llevar por la corriente.

La noche del 9 de septiembre, uno de los cocineros, por nombre Morgan, se puso en pie de pronto y anunció: «Salgo a la calle a tomar una copa», y sin pensarlo dos veces, se arrojó por la borda como quien cruza el umbral de una

puerta. A bordo quedó el par de marineros de escasa edad. Wilbert Widdicombe, de veintiún años, fue el encargado de escribir con laconismo: «El cocinero se ha vuelto loco. Ha muerto». Pocos días después, los dos jóvenes decidieron saltar también al agua; pero tras una discusión, optaron por volver a subir al barco. No tardó en aliviarles la sed una tormenta tropical. Se alimentaron con algas que flotaban a la deriva y con algún que otro cangrejo que llegó adherido a ellas, y tras sobrevivir a algún que otro mal trago meteorológico más y a no pocas peleas, el 27 de octubre vislumbraron el resplandor de una playa. Al final, llegaron a tierra firme en la isla de Eleuthera, en las Bahamas, tras una travesía de 2275 millas.

Tras varios meses de tratamiento hospitalario y convalecencia, Widdicombe partió con rumbo a su hogar en febrero… y murió el día 17 de aquel mes, cuando el torpedo lanzado por un submarino alemán hundió el Siamese Prince, buque de carga en que había embarcado en calidad de pasajero. Su compañero de fatigas, Robert Tapscott, de diecinueve años, sobrevivió a una temporada de servicio en el ejército de Canadá y pudo, por lo tanto, ofrecer su testimonio durante el proceso que se sustanció tras la guerra contra el capitán del Widder por la matanza de los náufragos del Anglo-Saxon y otras embarcaciones, por el que se le condenó a siete años de cárcel. Los horrores sufridos por Tapscott y sus compañeros se repetirían cientos de veces en el transcurso de aquella guerra naval, en muchas ocasiones sin que viviera nadie para referir la experiencia.

Igual que ocurre en cualquier situación de conflicto, la actuación de los tripulantes de navíos particulares fue irregular: eran hombres de procedencia muy diversa sin la disciplina propia de las fuerzas armadas, y a menudo hacían caso omiso a los quehaceres, rumbos y señales propios de los convoyes. En ocasiones se dejaban llevar por el miedo y abandonaban naves susceptibles de salvarse, aunque tampoco faltaron ejemplos de empresas heroicas, como la del Otari, buque de gasóleo de carga y pasaje de 10 350 toneladas. El 13 de diciembre de 1940, hallándose a 450 millas al norte del litoral británico, al que se dirigía desde Australia, lo alcanzó un torpedo que abrió un agua en la bodega de popa. La estela de la embarcación no tardó en llenarse de cordero congelado y recipientes de mantequilla. Los ejes motores del Otari estaban chorreando, y el mamparo de la sala de máquinas amenazaba con derrumbarse. Sin embargo, el capitán Rice, decidió que debía tratar de salvar la nave. Se hallaba sola en mitad del océano, envuelta por una bruma providencial que la protegía de más ataques enemigos, y él y su tripulación pasaron tres días prodigándole con paciencia todos los cuidados necesarios para evitar perderla, a pesar de que las bombas apenas desalojaban la cantidad de agua necesaria para mantenerla a flote. Al final, llegaron, siendo aún de noche, a la desembocadura del Clyde… y se

encontraron con que la barrera defensiva estaba cerrada. Rice hubo de esperar al amanecer del día 17 para entrar por fin en el fondeadero. Aunque tenía la cubierta casi a flor de agua, las gabarras pudieron rescatar la mayor parte de su valiosísimo cargamento. Casos como éste de arrojo y determinación permitieron mantener abierta la vía de sustento atlántica del Reino Unido.

En 1941, los británicos botaron 1,2 millones de toneladas de embarcaciones nuevas y lograron economizar de un modo espectacular el uso de los buques de transporte. Aunque las escoltas navales —en las que se estaban introduciendo poco a poco mejores sistemas de detección por radar y ASDIC— hundieron pocos submarinos, los alemanes no consiguieron llevar a un estadio crítico el asedio de la isla de Churchill. Cuando tocaba a su fin el verano de aquel año, los del Reino Unido estaban ya leyendo con una regularidad razonable los mensajes de los sumergibles del enemigo. Algunas de las naves de Dönitz se destinaron al Mediterráneo o a Noruega, en donde habían de proteger el flanco del ataque alemán a la Unión Soviética. Llegada la Navidad de 1941, Hitler había perdido ya toda ocasión de matar de hambre a los británicos, pues el aumento de la capacidad para el transporte y la construcción navales que experimentaron los Aliados una vez que Estados Unidos se trocó en nación beligerante transformó por completo la contienda.

Así y todo, los submarinos de Alemania conocieron una serie de victorias notables en los meses que siguieron al ataque a Pearl Harbor, sobre todo porque la armada estadounidense tardó en introducir sistemas eficaces de convoyes y escolta. En aquellos tiempos, en los que el desgaste aún no había hecho disminuir la calidad del personal de la Kriegsmarine, el Freikorps Dönitz, tal como gustaban de denominarse sus integrantes, constituía una fuerza selecta. «Quien vive y sirve en un submarino —escribió el capitán Erich Topp— debe desarrollar la capacidad para cooperar con el resto de la tripulación, pues es muy probable que lo necesite, sin más, para subsistir… Al zarpar del puerto, cerrar la escotilla y sumergirse, la tripulación de uno y uno mismo se despedían de un mundo colorido, del sol y las estrellas, el viento y las olas, el olor del mar…, para vivir sometidos a la tensión constante derivada de habitar en un tubo de acero, un espacio cerrado de dimensiones muy reducidas, atestado y dividido en compartimentos de gran estrechez, en los que la norma la constituían la monotonía y el estilo de vida insalubre que proporcionaban la mala ventilación, la ausencia del ritmo normal que imponen el día y la noche y la falta de ejercicio físico.»[8] Topp se desvivió por mantener alta la moral de sus subordinados. En cierta ocasión, horas después de abandonar el lugar en que habían estado fondeados, reparó en que el oficial de derrota se hallaba más malhumorado de lo ordinario. Cuando supo que tal cosa se debía a que había dejado atrás una corona de arrayán, símbolo

alemán de matrimonio que él empleaba, además, como amuleto durante las acciones de guerra, y que, en consecuencia, aquel hombre estaba convencido de que el U-552 estaba condenado a sufrir un destino funesto, hizo volver de nuevo la proa a Bergen para que pudiese recuperar su talismán antes de embarcar otra vez, recobrada su felicidad.

Muchos de los oficiales de Dönitz eran nazis fanáticos. Llegado el año de 1943, la media de edad había descendido a los veintitrés años, en tanto que la de los hombres que se hallaban a sus órdenes era de dos menos. Todos eran, por lo tanto, producto del sistema educativo de Goebbels. Wolfgang Lüth, adscrito al U-181, arengaba con regularidad a su dotación acerca de «la raza y otros asuntos de política demográfica… de Alemania, el Führer y su movimiento nacionalsocialista[9]». La idea de celebrar sesiones de adoctrinamiento en un tubo metálico hediondo repleto de hombres sudorosos a una treintena de metros por debajo de la superficie del Atlántico resulta por demás irreal, y lo cierto es que no toda la tripulación de Lüth debió de aplaudir su negativa a permitir que se colocaran fotografías de modelos sensuales cerca del retrato del Führer ni la prohibición relativa a la reproducción de la música «corrupta» de intérpretes de jazz angloamericanos. «Está fuera de discusión el que les guste o no —comunicó a sus oficiales—: simplemente, no debe gustarles, como a ningún alemán debe gustarle una mujer judía. En una guerra como ésta, todo el mundo tiene que haber aprendido a odiar sin reservas a su enemigo». Un capitán experimentado ordenó a su dotación en 1944 que retirasen una fotografía de Hitler que pendía en un mamparo de su sumergible diciendo: «Aquí no se consienten actos de idolatría». Tras ser acusado de minar el espíritu combativo de sus hombres, lo arrestaron y lo ajusticiaron[10].

Entre los meses de mayo y junio de 1942 se hundió en las aguas de la costa oriental de Estados Unidos un millón de toneladas de embarcaciones de transporte, a menudo a manos de submarinos que disparaban torpedos contra la silueta que se recortaba ante las luces del litoral. En todo aquel año se fueron al fondo del mar seis millones de toneladas: la flota mercante estadounidense pagó un precio elevado por la negativa de su armada a unirse a la red de convoyes que había dispuesto Canadá y a aprender de la experiencia británica. Los alemanes comenzaron a concentrar «jaurías» de hasta una docena de sumergibles con las que hostigar a las conservas y a su escolta. Los cambios que se daban en las claves de las comunicaciones secretas de la Kriegsmarine provocaban lagunas periódicas en los mensajes interceptados por los Aliados, y este hecho acarreaba consecuencias desastrosas a los convoyes, que no podían, por ende, evitar los lugares en que se apostaba el enemigo. Aun así, no tardaron en mejorar de forma progresiva sus técnicas antisubmarinas y aumentar el número de embarcaciones de

escolta. Los equipos de radares navales se beneficiaron de la introducción de magnetrones de cavidad, y los buques de guerra encargados de proteger a los mercantes, del sistema de radio conocido como TBS (pues se empleaba para hablar de una embarcación a otra: talk between ships) y —en grado mucho mayor— de la experiencia.

Para dar caza y hundir un submarino resultaba de vital importancia mantener una colaboración estrecha entre dos o tres navíos de guerra, pues apenas cabía esperar que uno solo pudiera lanzar cargas de profundidad con la precisión necesaria para dar en el blanco. Los alemanes empezaron a tener dificultades para operar en las inmediaciones del litoral estadounidense o del británico, dentro del alcance de las patrullas aéreas. Sus submarinos sólo podían alcanzar buena salida sobre la superficie: debajo del agua no les resultaba fácil interceptar los convoyes. Los aeroplanos los sobrevolaban para obligarlos a sumergirse, medida mucho más práctica que la de atacar con bombarderos los «apriscos» de hormigón de que disponían en Brest y Lorient, que tanto derroche de energías supuso a la RAF. En 1942, la batalla del Atlántico se centró, de un modo cada vez más marcado, en una franja de mar de mil millas situada fuera del alcance de la mayoría de los aviones que tenían su base en el litoral. Las embarcaciones de Dönitz, concentradas en ella, hacían pasar a los convoyes entre cuatro y cinco días de peligro al atravesarla.

El SC-104, compuesto, como era muy común, por 36 buques mercantes dispuestos en seis columnas, zarpó con rumbo este en octubre de 1942 con una salida de siete nudos —lo que en tierra apenas habría llegado a los trece kilómetros por hora— y acompañado por dos destructores (el Fame y el Viscount) y cuatro corbetas (la Acanthus, la Eglantine, la Montbretia y la Potentilla). El primer barrunto de amenaza se produjo cuatro días después de abandonar Terranova, a las 16.24 del día 12 de octubre, cuando el Huff-Duff detectó la transmisión de radio de un submarino alemán a estribor. Poco después percibió la presencia de un segundo sumergible. Al caer la tarde, con el mar picado, la escolta tomó posiciones a proa de los navíos particulares y en sus flancos. La situación era atroz, en particular a bordo de las corbetas, que no dejaban de balancearse. La dotación de los puentes a medio inundar se afanaba por mantenerse alerta y no abandonarse al sueño, sabedora de que ni siquiera cuando completase las cuatro horas de guardia iba a ser muy probable encontrar comida caliente o prendas secas en los sollados anegados. Por su parte, los ingenieros y fogoneros que operaban más abajo, en los compartimentos reservados para la maquinaria, disfrutaban de una temperatura más agradable, aunque también eran muy conscientes de que, caso de ser alcanzada la nave, tenían menos probabilidades de salir con vida, pues lo normal era que muriese el 42 por 100 de ellos, frente al 25 por 100 de

muertos de la cubierta. Todos vivían semanas de constante tensión e incomodidades, aun sin necesidad de que atacara el enemigo.

Aquella noche del 12 de octubre, el convoy SC-104 tenía sólo cuatro millas de visibilidad por causa de la cellisca. Poco antes de la medianoche, se detectó la presencia de un submarino cuatro millas a popa, y el Fame dio la vuelta y tomó arrancada para emprender un ataque guiado por el radar. Poco antes de alcanzar su posición, sin embargo, el embate de las olas inutilizó el aparato y cegó, en consecuencia, al destructor. Después de media hora de búsqueda infructuosa mediante reconocimiento visual y ASDIC, volvió a su puesto. Poco después, la Eglantine se destacó para tratar de hallar al enemigo, de nuevo sin éxito, a estribor. A las 5.08, la escolta oyó una potente explosión y lanzó cohetes de iluminación. El violento oleaje, amén de inutilizar casi por entero el radar y los detectores ASDIC, no dejó ver nada. Una hora después, el comandante de la escolta supo que, durante la noche, el enemigo había hundido tres embarcaciones sin que éstas hubiesen dado señal alguna, acústica o visual, de estar en peligro. A continuación, mandó una corbeta a buscar a los posibles supervivientes.

Durante las horas de luz del día 13, el convoy anduvo, no sin esfuerzo, entre olas que se alzaban como montes, divisando, de trecho en trecho, algún que otro submarino que corría a hacer inmersión antes de que pudiesen atacarlo. Aquella noche, el enemigo torpedeó a otros dos navíos mercantes. A las 20.43, el Viscount avistó un sumergible a flote a unos setecientos metros de distancia. Los rociones cegaban a sus artilleros, y la embarcación alemana comenzó a ocultarse bajo el océano a medida que el destructor se dirigía a ella con la intención de acometerla. Los del puente perdieron de vista su torre de mando cuando se encontraban a treinta metros de ellos. Toda la noche transcurrió del mismo modo, sin que los buques de guerra fuesen capaces de alcanzar las naves que avistaban, hasta el extremo de llevar al oficial al mando, según sus propias palabras, «al borde de la desesperación[11]». Al alba, se encontró con que la mitad de la conserva había abandonado el lugar que ocupaba en la formación debido a las condiciones meteorológicas. A nueve de los rezagados lograron hacerlos volver, pero los otros habían acabado en el fondo del mar, y apenas habían superado aún la mitad de la travesía.

Los apuros no cesaron al día siguiente, 14 de octubre, cuando se identificaron cuatro submarinos en torno al convoy. Por la noche, los capitanes tuvieron motivo de alivio al comprobar que la visibilidad se había reducido, circunstancia que dificultaba los ataques de aquéllos. El convoy cambió de rumbo varias veces a fin de zafarse de sus perseguidores, y la noche siguiente, la escolta acometió seis ataques sucesivos ante otros tantos avisos del radar. Uno de ellos se produjo a las 23.31, cuando el Viscount

localizó a un sumergible a poco menos de seis mil metros de él. El capitán embistió contra él con una salida de 26 nudos, y el comandante alemán, tratando de evadirlo, cometió un error de cálculo garrafal que lo llevó a situarse delante mismo de la proa del atacante. El destructor arremetió contra el submarino a seis metros de la torre en dirección a la popa, y arrolló el casco del enemigo. Éste logró apartarse de él, aunque se vio hostigado por los fuegos de todos los cañones antes de recibir una carga de profundidad lanzada a quemarropa. El U-619 se hundió con la popa en alto a las 23.47, si bien aquella victoria tuvo un precio muy elevado: los daños sufridos por el Viscount lo obligaron a poner rumbo de inmediato a Liverpool, a cuyo puerto arribó salvo dos noches más tarde y de cuyo arsenal tardaría meses en salir puesto en franquía.

La amanecida del 16 de octubre les regaló la amable contemplación de un Liberator de gran autonomía de vuelo: el primer avión que acudía a proteger al SC-104 y le anunciaba, por ende, que había superado el «vacío aéreo» del Atlántico. La Potentilla trasladó a un navío mercante al centenar de supervivientes que se hacinaba en su sollado. La mañana transcurrió sin incidentes, pero a las 14.07, el ASDIC del Fame detectó la presencia de un submarino a dos mil metros, y lo atacó con cargas de profundidad cinco minutos más tarde. El espectáculo que siguió se representó en medio de la conserva, con los buques de mercancías a un lado y a otro de la colosal burbuja que fue a reventar a la superficie, seguida de la aparición del sumergible, de cuyo casco salía agua a borbotones. Los británicos volvieron a hacer fuego. El destructor se situó borda con borda con él, y un oficial animoso se encaramó a la torre para coger un puñado de documentos de la sala de mandos del U-253 y salir de él segundos antes de su hundimiento.

Aun así, el Fame quedó, como el Viscount, malparado por el encuentro. Su capitán tuvo ocasión de arrepentirse de haber embestido durante las horas que pasó la tripulación afanándose por cerrar con palletes y vigas de madera las aguas abiertas en el casco de la nave. Mientras las bombas trataban de achicar el agua que seguía entrando en la sala de máquinas, también él puso rumbo a Liverpool para ponerse en manos de los operarios del astillero. Quedaban, por lo tanto, cuatro corbetas poco andadoras para escoltar a 28 barcos civiles. A las 21.40 de aquel 16 de octubre, la Potentilla, perteneciente a la armada noruega, volvió a detectar la presencia de un submarino enemigo. Las dos embarcaciones corrieron a encontrarse a toda máquina antes de que la corbeta botase el timón en el último momento a fin de evitar una colisión a 32 nudos que habría tenido consecuencias catastróficas para una nave como ella. Acto seguido, descargó su cañón de cien milímetros, sus piezas automáticas de novecientos gramos y sus Oerlinkon sobre el sumergible, que escapó, sin embargo, casi intacto. Aquélla fue la última acción seria del

SC-104, pues, a pesar de algunas alarmas infundadas, el 17 de octubre transcurrió sin más novedad que una niebla espesa. Dos días más tarde, los navíos de mercancías entraron en el río Mersey, en donde fue a recibirlos la noticia de que un Liberator de gran autonomía había hundido a un tercer submarino, el U-661, que iba siguiendo sus aguas.

Experiencias similares a las de esta conserva, que resultarían espeluznantes de no estar puestas en el contexto de un mundo en guerra, se repitieron una y otra vez en la ruta del Atlántico. En realidad, los daños sufridos por el SC-104 fueron relativamente leves para aquel período. Avanzado aquel mes de octubre, el SC-107, por ejemplo, sufrió el hundimiento de quince de sus embarcaciones, en tanto que el SL-125 perdió trece en una batalla de siete días en la que no consiguió echar a pique uno solo de los submarinos alemanes atacantes. En total, en 1942, éstos destruyeron 1160 buques mercantes aliados. En el preciso instante en que la balanza de aquel conflicto se inclinaba de forma espectacular en contra del Eje, el Reino Unido hubo de hacer frente a la mayor escasez de importaciones de que tuviese conocimiento. Las «jaurías» de Dönitz alcanzaron su mayor número durante el invierno de 1942, período en el que recorrían los mares más de un centenar de sumergibles germanos. La campaña del norte de África, y en particular los desembarcos de la Operación Antorcha, efectuados en noviembre, obligó a la Royal Navy a desviar al Mediterráneo una serie nada desdeñable de sus recursos.

Las corbetas canadienses, que habían asumido una parte considerable de las labores de escolta del Atlántico occidental, resultaron carecer del equipo y la experiencia necesarios para enfrentarse con buen éxito a las jaurías de Dönitz. El 80 por 100 aproximado de las pérdidas sufridas en la zona central del océano entre julio y septiembre se produjeron en convoyes escoltados por navíos de Canadá. Los informes de la época recalcaban la escasez crítica de capitanes competentes, bien adiestrados y duchos en el uso de los detectores ASDIC. La Royal Navy canadiense había crecido a una velocidad mucho mayor de lo que podía asumir su reducido núcleo de marinos profesionales: tres veces y media más que la marina británica o estadounidense. El oficial de uno de sus buques de guerra arribado al Reino Unido concluyó al dar noticia de su travesía: «Este grado ínfimo de eficacia se hace evidente, en general, en todas las corbetas de tripulación canadiense[12]». Cierto historiador ha señalado al respecto: «Tales problemas se traducían, a menudo, en acciones muy deficientes contra las jaurías de submarinos alemanes[13]». A principios de 1943, Canadá se vio exonerado de estas labores de escolta oceánicas durante unos meses, no bien pudo la Royal Navy destinar algunos de sus navíos a sustituir a los de su aliado.

En marzo de aquel año, los descifradores de Bletchley sufrieron un nuevo

revés en la descodificación de los mensajes interceptados a las radios de los submarinos, y, en consecuencia, en dos meses fue víctima de los ataques alemanes la mitad de los convoyes atlánticos, y acabó en el fondo del océano uno de cada cinco navíos particulares. Con todo, aquélla fue la última crisis de la campaña, pues durante aquella primavera los Aliados occidentales aportaron, al fin, los recursos necesarios para aplastar la flota sumergible de Alemania. Los grupos de escolta se beneficiaron de radares de diez centímetros de longitud de onda, aviones de gran autonomía de vuelo con mejores cargas de profundidad, portaaviones pequeños y un mejor criptoanálisis de los mensajes cifrados de Dönitz, elementos que se combinaron para transformar aquella contienda. El almirante sir Max Horton, que asumió el cargo de comandante en jefe de las aguas occidentales del Reino Unido en noviembre de 1942, empleó su gran talento y la experiencia adquirida en el ámbito de los submarinos durante la Primera Guerra Mundial para contribuir de forma decisiva a la victoria dirigiendo la campaña del Atlántico desde su cuartel general de Liverpool.

En mayo de 1943 se destruyeron 47 sumergibles alemanes, y en todo el año, poco menos de un centenar. El número de los hundimientos debidos exclusivamente a la aviación se elevó de cinco entre octubre de 1941 y marzo de 1942, a quince entre abril y septiembre de 1942, y a treinta y ocho entre octubre de 1942 y marzo de 1943. Hubo un momento, por lo tanto, en que Dönitz perdió un submarino diario, y de hecho, vio caer en un mes el 20 por 100 de cuantos disponía. Todo esto lo obligó a restringir de forma marcada las operaciones y a conceder, de forma implícita, el dominio de los mares a los Aliados. La cantidad de buques mercantes siniestrados descendió de forma brusca, y, llegado el último trimestre de 1943, la proporción de importaciones británicas que se perdían por la acción del enemigo había descendido a un 6 por 100. Aunque la travesía del Atlántico en tiempos de guerra no dejó de ser una experiencia penosa, las fuerzas británicas y estadounidenses se enseñorearon del océano en lo que restó de conflicto, sin más amenaza que la de una fuerza submarina cuyo número no dejaba de menguar y cuya tripulación ponía de manifiesto a menudo una gran inexperiencia y una moral cada vez más baja.

La flota mercante del Reino Unido quedó devastada en un grado que tuvo no poco peso en las dificultades económicas a que hubo de hacer frente la nación tras la victoria: los catorce millones de toneladas de embarcaciones aliadas que se botaron en 1943 eran estadounidenses casi en su totalidad. Sin embargo, la realidad inmediata fue que Alemania perdió la guerra que había declarado al comercio atlántico. En los siete últimos meses de 1943, el hundimiento de naves aliadas descendió a las doscientas mil toneladas, y los submarinos fueron responsables de una cuarta parte aproximada. Aunque la

escasez de barcos disponibles no dejó de afectar nunca a la estrategia de los Aliados, la acción naval del enemigo no iba a volver a poner en peligro ningún otro de sus intereses más relevantes. Antes de la guerra, las importaciones anuales del Reino Unido ascendían a 68 millones de toneladas, y si esta cantidad disminuyó hasta los 24,48 millones en 1943, en 1944 volvió a elevarse hasta alcanzar los 56,9 millones.

Tal vez el dato estadístico más elocuente de la batalla del Atlántico sea que, entre 1939 y 1943, sólo fue víctima de ataque un 8 por 100 de los convoyes lentos y un 4 por 100 de los rápidos. Se ha escrito mucho acerca de lo inadecuado de los medios de que disponían los Aliados para dar respuesta a la amenaza de los submarinos germanos, y si bien esto es cierto, cumple tener en cuenta que las dificultades de aprovisionamiento de Alemania fueron mucho mayores. Hitler no llegó a prestar jamás la atención debida a la guerra naval. Durante el estadio inicial del conflicto, dispersó los esfuerzos industriales y el acero de la nación entre una serie de sistemas de armamento. No reconoció la oportunidad estratégica que se le presentaba de empeñar una campaña de relieve contra el comercio atlántico del Reino Unido hasta la caída de Francia, ocurrida en junio de 1940, y hasta 1942 y 1943 no concedió prioridad a la construcción de sumergibles. A esas alturas, sin embargo, el poderío de las fuerzas navales aliadas estaban creciendo a gran velocidad, y la guerra se había vuelto ya en su contra. Alemania nunca tuvo en sus manos el poder de cortar el cordón umbilical que alimentaba al Reino Unido a través del Atlántico, aunque en aquel momento las colosales pérdidas sufridas por los cargamentos no hicieran fácil reconocerlo.

II. Convoyes en el Ártico

Cuando Hitler invadió la Unión Soviética, los jefes de estado mayor británicos y estadounidenses se opusieron por igual al envío de ayuda militar, por considerar que sus propios recursos se hallaban demasiado mermados para ceder armas a otras naciones. La Royal Navy, además, opuso otra objeción estratégica: cualquier material remitido a los soviéticos debía hacerse llegar a través de los puertos árticos de Múrmansk y Arjánguelsk, de los cuales este último sólo era accesible en verano, cuando estaba exento de nieve. Tal cosa exigiría a los convoyes andar entre ocho y nueve nudos durante una travesía de al menos una semana bajo la amenaza de los submarinos, los buques de superficie o los aviones de Alemania con base en el norte de Noruega. El primer ministro británico y el presidente estadounidense desestimaron este reparo por considerar —con toda la razón, posiblemente— que la ayuda a la empresa bélica de la Unión Soviética

constituía una prioridad absoluta. Hitler, en un primer momento, prestó poca atención a la importancia de dicho enlace ártico, si bien su obsesión con un posible desembarco británico en Noruega lo llevó a fortificar el litoral de ésta. Churchill siguió abogando por un ataque así hasta una fecha tan tardía como 1944, aunque le impedía lograr su objetivo la oposición implacable de los jefes de sus diversas fuerzas armadas. Lo que más importaba en 1942, sin embargo, era la decidida presencia naval y aérea de Alemania en las regiones más septentrionales y el peligro que suponía para los convoyes del Ártico.

El almirante sir Dudley Pound, primer lord del mar, protestó por el empleo de recursos de la batalla del Atlántico para abrir un nuevo frente azaroso destinado, sin más, a ayudar a los repugnantes soviéticos, quienes, además, daban la impresión de poder sucumbir de un momento a otro ante los alemanes. En particular, le inquietaba la idea de que las naves encargadas de defender las aguas británicas, dotadas de una potencia de fuego menor, pudiesen topar con uno de los acorazados de Hitler —probablemente con el Tirpitz—, pues aún quemaba a la Royal Navy el recuerdo de las dificultades y las pérdidas que hubo de afrontar a fin de derrotar al Bismarck. Su aprensión no hizo más que aumentar de resultas del infructuoso ataque aéreo emprendido desde un portaaviones contra los buques de cabotaje alemanes sobre la costa septentrional de Noruega el 30 de julio, en el que fueron derribados once de los veinte Swordfish empleados (uno de los fracasos estratégicos más notables de la Royal Navy fue la imposibilidad de interceptar el tráfico de mineral de hierro que tan vital importancia revestía para Alemania).

Churchill, sin embargo, no se dejó arredrar, e insistió en que su marina debía obligarse a hacer la travesía, fueran cuales fuesen sus peligros, y destinar a la Unión Soviética todas las armas y provisiones de que pudiesen prescindir su nación y la estadounidense. No le importó la posibilidad de tener que hacer frente a una batalla, por cuanto, entre 1941 y 1942, tenía entre sus objetivos principales el de aprovechar la menor ocasión de combatir a las fuerzas alemanas, y, en consecuencia, exigió la puesta en marcha de una ruta ininterrumpida de convoyes para hacer la travesía del Ártico. Los pocos buques mercantes que envió el Reino Unido a la Unión Soviética a finales de 1941 arribaron ilesos con un cargamento modesto de carros de combate, aviones y caucho. Los alemanes apenas tuvieron noticia de su paso.

En 1942, no obstante, cuando los británicos comenzaron a transportar en dirección este un volumen mucho mayor de material bélico, las fuerzas de Hitler intervinieron con una fuerza cada vez mayor. Las experiencias de los convoyes PQ que fue la designación que recibieron, y de los QP, tal como se denominaron los de vuelta, se convirtieron en una de las epopeyas más destacadas de la historia naval de la guerra. Aun antes de que interviniesen

los alemanes, el clima del Ártico se reveló como un enemigo terrible: las embarcaciones hubieron de abrirse paso a menudo por mares de olas gigantescas de hasta doce metros que, además, llevaban en la cima una carga de cientos de toneladas de hielo. Fueron muchos los marinos que cayeron por la borda, y en cierta ocasión una ola monstruosa arrancó el techo blindado de la torreta de proa del crucero Sheffield. El J. L. M. Curry, buque estadounidense de clase Liberty, se fue a pique durante una tempestad cuando le saltaron las planchas de hierro. Pocas naves arribaron a Múrmansk sin sufrir daños causados por los meteoros, que hacían vulnerables hasta a las más imponentes. «Recuerdo —refería el alférez de fragata Charles Friend, quien servía a bordo de un portaaviones— con qué furia se balanceaba y cabeceaba el Victorious cuando miré al King George V, que tenía más de doscientos metros de eslora, y lo vi encaramarse a la falda de una ola… Aquello no eran olas: eran montes en movimiento… de treinta metros desde el seno hasta la cresta… [N]i siquiera la altura de la borda libre del Victorious era capaz de evitar en todo momento que embarcase un golpe de mar, al embestir con la proa la cresta de alguna ola que acababa por estrellarse en la cubierta de vuelo… Una cayó con tanta fuerza que dejó inservible el montacargas proel… El mar consiguió doblar los diez centímetros de blindaje».

Los estibadores británicos, y en particular los del puerto de Glasgow, se granjearon una reputación deplorable por la negligencia con que cargaban las embarcaciones, en claro contraste con el esmero que empleaban los estadounidenses. Semejante desidia hizo que buena parte del material llegase dañado a Múrmansk, y puso en peligro, además, la subsistencia de muchas embarcaciones en los casos en los que se soltaba parte del flete. El 10 de diciembre de 1941,por ejemplo, la tripulación del Harmatis, vapor volandero de 5395 toneladas, abrió una escotilla al advertir que salía humo de ella, y descubrió que había un camión en llamas corriendo de un lado a otro de la bodega, aplastando los cajones de embalaje e incendiando los fardos. El primer oficial, provisto de la única mascarilla contra el humo de que disponía la nave, descendió a aquel caos y estuvo utilizando la manguera hasta que le abandonaron las fuerzas. Entonces fue a sustituirlo el capitán, que logró, al fin, apagar el fuego. A continuación, el barco pudo regresar, maltrecho, al Clyde.

Las dotaciones de los buques hubieron de trabajar sin descanso, quebrando a hachazos las peligrosas placas de hielo que se formaban en la obra muerta y los cañones, y probando las armas, pues lo normal era que se congelara el lubricante. Las incontables capas de abrigo que vestían, y que nunca bastaban para combatir el frío, impedían en gran medida sus movimientos. El teniente Alec Dennis, teniente de navío de un destructor,

trató de echar una cabezada sobre cubierta, porque sabía que no iban a dejar que se echara en su litera. «Aunque pude llegar a mantener cierto calor en el cuerpo, me resultó imposible calentarme los pies a pesar de llevar botas forradas de pieles», recordaba[14]. Cuando no tenía guardia, pasaba la primera hora de cada cuatro descongelándose los pies lo suficiente para poder dormir. La tripulación se alimentaba de kye (chocolate caliente) y emparedados de fiambre de ternera que les servían en sus puestos, dormitando en los breves intervalos que dejaban los alemanes entre un ataque y otro. Si la oscuridad del invierno ártico les provocaba una gran aversión, resultaba aún peor la claridad ininterrumpida del verano. Por su parte, la aurora boreal, espectáculo de gran belleza, hacía, sin embargo, terriblemente vulnerables a las embarcaciones al bañarlas con su brillo. El infortunado Harmatis vivió otro drama el 17 de enero de 1942 cuando lo alcanzaron dos torpedos procedentes de submarinos. Uno de ellos abrió una escotilla y sembró el aparejo del buque con las prendas de vestir que formaban parte del cargamento. El agua comenzó a embarcar por el casco dañado, y el capitán detuvo la marcha para evitar el hundimiento. Al final, consiguieron contener el daño, y los remolcadores llevaron al Harmatis a Múrmansk a pesar de los ataques de los Heinkel de la Luftwaffe.

Los hubo con menos suerte aún, y así, del destructor Matabele rescataron sólo a dos supervivientes después de que un torpedo hiciese estallar la santabárbara. El mar quedó salpicado de cadáveres con los chalecos salvavidas puestos: tripulantes que habían muerto congelados antes de que nadie pudiera acudir en su auxilio, pues bastaban unos minutos para matar a un hombre. George Charlton, que servía a bordo de un destructor hundido por fuegos de cañón durante el ataque que efectuó el crucero pesado Hipper a finales del mes de diciembre de 1942, refirió así la horrible experiencia de tratar de encaramarse a la red de salvamento de una trainera: «Esperé a que me alzase hasta ella el oleaje, y entonces [metí] los brazos y las piernas en las mallas. Y allí me dejaron, colgando, hasta que bajaron por el costado dos marineros y me izaron a bordo. Otro más echó una mano levantándome del pelo. Me dejé caer sobre la cubierta… y cuando salí de mi aturdimiento empecé a notar el frío. Nunca, ni antes ni después de aquello, he sentido nada semejante al dolor que me invadió en aquella ocasión[15]».

El PQ-ll, que hizo la travesía en febrero de 1942, fue el último en disfrutar de un trayecto relativamente tranquilo. Su sucesor se encontró con no pocas dificultades a causa de los bancos de hielo, y poco después tuvo que jugar a la gallina ciega con el Tirpitz, quien según el servicio de información se encontraba en aquellas aguas. Los capitanes de las embarcaciones que lo conformaban no pudieron menos de montar en cólera cuando cierto boletín informativo de la BBC anunció la zarpa «de un cargamento valiosísimo de

camino a la Unión Soviética». Tal como ocurre con frecuencia en la guerra, las necesidades propagandísticas entraron en conflicto con las exigencias propias de las operaciones secretas. En el mes de marzo se presentó a la Royal Navy la mejor ocasión de aquel año de hundir el acorazado alemán cuando lo interceptaron los aviones torpederos Albacore. La escuadrilla aérea, que perdió dos aparatos, no logró, sin embargo, dar en el blanco una sola vez. Churchill, hecho una fiera, comparó este fracaso con la victoria lograda, tres meses antes, por la aviación japonesa al hundir dos acorazados británicos. La explicación más admisible es que, en tanto que los nipones que sobrevolaban las aguas de Malasia eran pilotos aguerridos y muy bien adiestrados, la mayoría de las dotaciones de los Albacore estaba conformada por aviadores relativamente bisoños.

Una cuarta parte de los 21 mercantes del PQ-13, treinta mil toneladas en total, se perdieron por causa de los ataques de los sumergibles y bombarderos alemanes después de que una tempestad dispersara sus naves. El mal funcionamiento de un torpedo hizo que el crucero Trinidad se causara daños gravísimos mientras trataba de echar a pique a un destructor alemán que ya había sido alcanzado. En lo que respecta a los supervivientes de navíos particulares, la experiencia de los del Induna, hundido por un submarino el 30 de marzo, no fue precisamente insólita. Dos botes salvavidas se alejaron del siniestro envueltos en la negrura y cargados de hombres con quemaduras serias. Los heridos murieron muy pronto de hipotermia; de hecho, la primera noche perecieron siete. El agua potable de que disponían se congeló. Al final, sólo hallaron a una de las dos embarcaciones, ocupada por nueve tripulantes de los cuales sólo seguía con vida un piloto canadiense. De los 64 hombres que conformaban el total de la dotación del Induna rescataron sólo a 24, de los cuales todos menos seis perdieron alguna extremidad por congelación.

La amenaza que suponía la presencia del Tirpitz exigía dotar a cada conserva de un número de buques de guerra casi equivalente al de los mercantes a los que acompañaban. Los destructores ofrecían un grado aceptable de protección frente a los submarinos enemigos. Los navíos particulares montaban cañones antiaéreos, y el conjunto de los buques del convoy podía tender una cortina de fuego formidable contra los Heinkel atacantes. Los cruceros ofrecían protección ante los destructores alemanes hasta un punto tan oriental como la isla noruega del Oso —el Edinburgh rechazó uno de estos asaltos acometido contra el PQ-l4—, y más allá del horizonte aguardaban al acecho las colosales embarcaciones de la flota encargada de la defensa de las aguas británicas, deseando intervenir en caso de que efectuasen una incursión los acorazados de Alemania.

Dos días al este del punto de reunión islandés, se unía al convoy un avión

germano de gran autonomía —un Condor, por lo común— y se ocupaba en describir círculos a su alrededor, fuera del alcance de los cañones, para transmitir información relativa a su posición. Los marinos detestaban la insultante amenaza que suponían aquellos «fisgones», que presagiaban la sucesión, durante varios días, de ataques aéreos y submarinos casi continuos. El lento balbuceo de las armas automáticas de las embarcaciones, las bocanadas negras de humo que llenaban los cielos al estallar los proyectiles, las columnas de agua que provocaban los disparos fallidos y la detonación de los torpedos, el rugido de los aviones en vuelo rasante y las apagadas explosiones de las bombas que reventaban bajo las cubiertas se imponían en un paisaje esculpido por el mar, los hielos y la «humareda del Ártico», denominación que recibía la capa de bruma que se creaba a menudo sobre las aguas heladas.

En abril de 1942 se introdujo un sistema rudimentario de protección aérea con la botadura del primer CAM, navío mercante capaz de catapultar un Hurricane, cuyo piloto debía lanzarse al agua en paracaídas tras completar la única salida que podía efectuar. Estos aviones no solían obtener ninguna victoria —pues por lo común se lanzaban demasiado tarde—, y exigían un valor poco menos que insensato a sus aviadores, dado que había una probabilidad entre dos de que pudiesen ser rescatados de las aguas antes de morir congelados. Cada convoy vivió una variante distinta de la misma tragedia. Seis de los buques del QP-13, de regreso al Reino Unido, se perdieron tras descaminarse e irrumpir en campo de minas británico en aguas islandesas. Cuando la embarcación del comodoro del PQ-14 fue blanco de los torpedos, la munición que transportaba estalló e hizo trizas a la dotación de la sala de máquinas. Cuarenta de los ocupantes de la nave saltaron al agua, y todos ellos menos nueve fueron víctimas de la onda expansiva provocada por la trainera que trató de hundir al submarino atacante con una carga de profundidad. Más al oeste, un destructor quedó partido por la mitad cuando se cruzó delante de la proa del acorazado King George V, que, a su vez, se volvió carne de astillero por los daños infligidos por la detonación de las cargas de profundidad del buque contra el que había embestido. Los cruceros Trinidad y Edinburgh acabaron en el fondo del mar después de protagonizar choques de gran fiereza y efectuar nobles empeños en reparar los daños. Cierto oficial de ingenieros del primero se negó a abandonar a sus fogoneros, tripulantes que casi siempre acababan por hundirse con el barco. Pese a la conmoción cerebral que le provocó la onda expansiva de una bomba, la última vez que lo vieron se arrastraba mientras trataba de abrir las escotillas que los había dejado encerrados al atascarse, aun cuando el crucero se estaba yendo ya a pique. La posteridad no debería olvidar el nombre del teniente John Boddy.

No todos los que participaron en las batallas del Ártico dieron muestras semejantes de heroísmo. Del lado aliado, si bien hubo entre el personal de la marina mercante quien desplegó un arrojo digno de encomio, no eran pocos los que corrían a huir de los barcos dañados con demasiada facilidad, como ocurrió a la dotación estadounidense del Christopher Newport, que subió a bordo de una embarcación de rescate con sus mejores galas y aun su equipaje, abandonando alegremente diez mil toneladas de munición. Entre los británicos, los hubo que, mientras echaban los botes al agua atenazados por el terror, soltaron las tiras del aparejo con tanta precipitación que hicieron saltar al mar a varios de sus ocupantes. Muchos de los tripulantes de los convoyes se sorprendieron ante la indecisión que hacían patente algunos de los pilotos de la Luftwaffe, poco dispuestos, al parecer, a llevar a sus últimas consecuencias los ataques mediante descargas más violentas. La armada alemana, mientras tanto, se veía paralizada por la insistencia de Berlín en tomar todas las decisiones relativas al empleo de acorazados. Indignados, los oficiales de la Kriegsmarine recibían de continuo la orden de abandonar la acción y replegarse en busca de la seguridad que ofrecían los fiordos noruegos.

A medida que se hacían más arduas y costosas las batallas sostenidas por los convoyes en 1942, aumentaba también el disgusto entre los oficiales de la marina mercante por el tratamiento recibido de la armada. Se quejaban de que los colosales cruceros volviesen la proa al recalar en la isla del Oso por considerar inaceptable la amenaza aérea que se cernía más al este, y de que los buques de escolta abandonaran a menudo a los mercantes para perseguir submarinos. Les resultaba incomprensible que se brindara un apoyo aéreo tan escaso a cargamentos que tan preciados se consideraban, y por encima de todo, protestaban por que se esperase de ellos que navegasen a diario las aguas más peligrosas del planeta sin saber de lo que ocurría nada más que lo que alcanzaban a ver desde sus propias cubiertas incrustadas de hielo. «Una de las cosas que tiene estar en la marina mercante es que lo tratan a uno como a un niño —aseveró más tarde el capitán de uno de los barcos—. Nos tenían en ayunas de cuanto ocurría, y eso resultaba muy inquietante.»[16]

Los navíos particulares atravesaban aquellos mares helados con más lentitud que un hombre a la carrera, y estaban expuestos a los bombardeos y torpedeos en mayor grado que los que participaban en la campaña del Atlántico. El oficial superior de cierto crucero advirtió en mayo al Almirantazgo: «A los de la armada nos pagan por hacer esta clase de trabajo; pero a la marina mercante se le está empezando a pedir demasiado. Si a nosotros la arrancada que llevamos nos permite evitar las bombas y los torpedos, una nave de seis u ocho nudos no tiene esta ventaja». Algunos estadounidenses expresaron el espanto que les producían los peligros de la

travesía hacia la Unión Soviética. A bordo del añoso vapor volandero Troubadour estalló un motín cuando una veintena de hombres se negó a zarpar, y el capitán noruego de la embarcación hubo de reprimirlo con la ayuda de la guardia armada de las fuerzas navales estadounidenses. Los responsables, «una desdichada mescolanza políglota de trotamundos marítimos y marinos estadounidenses de salario extravagante a los que pagaban un plus de peligrosidad amén del sueldo», dieron con sus huesos en una prisión soviética al llegar a Múrmansk.

No obstante, Churchill rechazó iracundo las peticiones de suspender las operaciones con convoyes durante la claridad perpetua del verano ártico que presentó la Royal Navy. «Los soviéticos están guerreando con todas sus fuerzas, y esperan de nosotros que corramos los riesgos necesarios y paguemos el precio de nuestra contribución —escribió—. Con arribar a puerto la mitad, ya está justificada la operación. Si no hacemos el intento, perderemos influencia con nuestros dos aliados más importantes». El caso del PQ-16 pareció justificar su determinación. El 21 de mayo partieron de Islandia 36 naves, y aunque hubieron de hacer frente a frecuentes ataques de la Luftwaffe, muchas de ellas carecían de entusiasmo. Pese a las numerosas alarmas submarinas, el día 26 sólo se perdió un navío. Uno de los destructores envió a su médico en un bote de dimensiones reducidas a fin de que abordase un barco soviético dañado y evacuara de él a tres tripulantes heridos de gravedad, a los que operó al regresar. El Ocean Voice recibió el impacto de una bomba que le abrió un agua colosal en el costado. Sin embargo, la quietud del mar le permitió mantenerse a flote hasta alcanzar, al fin, la costa soviética «con la ayuda de Dios», al decir de uno de sus marineros.

Hubo embarcaciones que quedaron sin munición antiaérea, aunque se logró repeler un buen número de ataques. Los hombres de las cubiertas superiores del destructor polaco Garland sufrieron un número espantoso de bajas por bombas que no dieron en el blanco. En Múrmansk se encontraron, en la obra muerta del buque, las palabras: «Larga vida a Polonia», escritas con la sangre de su dotación. «Eran tipos duros», escribió un oficial de la marina mercante. De los barcos del convoy arribaron todos menos siete, de los cuales se logró rescatar a unos 371 tripulantes y artilleros en una gesta extraordinaria de coraje y destreza. El almirante sir John Tovey, comandante en jefe de la flota encargada de la defensa de las aguas británicas, cuya cautela deploraba Churchill, reconoció que, siendo «la situación estratégica… favorable por entero al enemigo», el éxito del PQ-16 fue «más allá de toda expectativa».

Con todo, el mes siguiente fue testigo del episodio más deshonroso de toda la campaña bélica de la Royal Navy. El PQ-17, en el que participaron

unas 36 embarcaciones, estadounidenses en su mayoría, zarpó de Islandia el 27 de junio con un cargamento de 594 carros de combate, 4246 vehículos, 297 aviones y más de ciento cincuenta mil toneladas de pertrechos militares y provisiones de toda clase. Los británicos sabían por Ultra que los alemanes planeaban emprender contra él una ofensiva de relieve consistente, sobre todo, en una incursión efectuada por acorazados y a la que asignaron el nombre en clave de Rösselsprung (denominación alemana del movimiento del caballo en el juego de ajedrez). Hitler había declarado que «las intenciones angloamericanas [consisten en] sostener la capacidad de la Unión Soviética para resistir mediante el envío del mayor número posible de material bélico»; lo que quería decir que reconocía, al fin, la importancia que revestían los convoyes árticos. El Almirantazgo asumió la dirección de las operaciones del PQ-17 y sus unidades de apoyo, por tener acceso a la información más reciente proporcionada por Ultra y por haber demostrado la experiencia que Tovey, a bordo de su buque insignia, no podía manejar de forma eficaz una fuerza ingente y muy dispersa sin hacer uso de la radio.

Las primeras escaramuzas se desarrollaron del modo acostumbrado. Un Condor de la Luftwaffe tomó posiciones en las proximidades de la isla de Jan Mayen el primero de julio. Un grupo de hidroaviones He-115 armados con torpedos efectuó una acometida muy poco convincente de la que no obtuvo ningún fruto y durante la cual el destructor estadounidense Wainwright descargó cuantas baterías montaba contra los atacantes. Sin embargo, el 3 de julio, el Almirantazgo ordenó a los cruceros del convoy que pusieran proa al oeste, en dirección a los acorazados alemanes, de los que se creía que debían de estar ya en el mar. Al día siguiente se hundieron tres buques mercantes, y esa misma noche, el capitán Jackie Broome, al mando de la escolta, recibió, incrédulo, el siguiente mensaje de Londres: «Secreto y urgente. Debido a la amenaza de embarcaciones de superficie, debe dispersarse el convoy y encaminarse a los puertos soviéticos». Trece minutos más tarde, llegó otro que confirmaba de un modo sucinto: «El convoy debe dispersarse». Después de transmitir, a regañadientes, la orden al resto de los buques, Broome se arrimó a uno de los mercantes y se dirigió al capitán a través del megáfono para decirle: «Siento tener que dejarlo así. Adiós y buena suerte. Esto no me gusta nada».

El Tirpitz, en realidad, hizo una breve incursión el 6 de julio, pero para disgusto de su tripulación y su escolta, recibió orden de regresar a Noruega. El capitán de uno de los destructores alemanes escribió aquel día: «Todo el mundo está muy molesto. Dentro de poco, sentiremos vergüenza de estar en activo… viendo luchar a otras partes de las fuerzas armadas mientras nosotros, "la médula de la flota", nos limitamos a esperar en el puerto[17]». Alemania, sin embargo, no tuvo necesidad alguna de poner en peligro sus

embarcaciones de mayor porte: la Luftwaffe y los submarinos hundieron 24 de los navíos mercantes del PQ-17, que avanzaban hacia la Unión Soviética sin protección y por rutas diferentes. Murieron 153 integrantes de la tripulación civil, en tanto que los buques de guerra no perdieron ni uno. La ignominia que supuso la operación para la Royal Navy sólo fue comparable a la indignación y el desdén con que recibieron la noticia, respectivamente, los estadounidenses y los soviéticos. Aunque es muy posible que el Tirpitz hubiese sido capaz de destruir al PQ-l7, el «sálvese quien pueda» que dio como respuesta la armada y el abandono del convoy por parte de su escolta echaron por tierra una tradición secular e inspiraron a la marina mercante una desconfianza perenne en una época en la que la moral se hallaba en un estado muy precario.

La decisión fue fruto de una intervención personal del almirante sir Dudley Pound, primer lord del mar, quien ya disfrutaba de una confianza muy escasa entre los suyos y de una salud frágil. Resulta asombroso que no lo destituyeran: a Churchill le caía en gracia, y, por lo tanto, conservó el puesto hasta poco antes de su muerte, ocurrida en octubre de 1943. El gobierno mandó a uno de sus ministros, Philip Noel-Baker, a Glasgow a recibir a los supervivientes del PQ-17 en la Saint Andrew's Hall. «Sabemos lo que nos ha costado este convoy —les dijo—, pero quiero que sepan que, por alto que haya sido el precio, ha valido la pena». Los abucheos del indignado auditorio lo hicieron callar. La censura gubernamental ocultó todo el episodio, y acallaron el testimonio del corresponsal Godfrey Winn, que viajaba a bordo de uno de los buques. El público no conoció la magnitud de la metedura de pata del Almirantazgo hasta después de la guerra.

El PQ-18 no se hizo a la mar hasta el mes de septiembre de 1942, cuando perdió trece embarcaciones de cuarenta, de las cuales una decena fue víctima de la aviación. Tanto los marinos de la armada como los tripulantes de los navíos particulares coincidieron en que la travesía del Ártico constituía la peor experiencia de toda la guerra naval. Winn preguntó al capitán de fragata Robert Sherbrooke, que se estaba recuperando de las graves heridas que había recibido por su actuación en una de las batallas, que le valió la Cruz Victoria, acerca de la pérdida del Bramble, a bordo del cual había navegado el corresponsal cuando acompañó al PQ-17. «Vimos un fogonazo en el horizonte, y se acabó», respondió Sherbrooke, quien expresó con estas palabras el modo como recibieron el azote del enemigo muchas de las embarcaciones. Cierto marinero describió a los supervivientes del crucero Edinburgh como «fulanos tristes y nerviosos[18]». Algunos de cuantos sirvieron a bordo de los convoyes quedaron muy traumatizados por la experiencia.

Durante el invierno de 1942, el Almirantazgo tomó una decisión no menos

temeraria al enviar una serie de buques mercantes a la Unión Soviética sin escolta, tripulados por voluntarios a los que habían atraído con primas de cien libras por oficial y cincuenta por marinero. Llegaron a puerto cinco de los trece que habían zarpado. Uno de cuantos quedaron por el camino encalló en Spitsbergen, en donde los supervivientes pasaron varias semanas de privaciones terribles. La mayoría murió de gangrena después de sufrir congelación, y el resto acabó por ser rescatado por una patrulla de esquiadores noruegos que pasaba por allí. A bordo de otro de ellos, el Empire Archer, se produjo un motín entre los bomberos —la escoria de la prisión escocesa de Barlinnie, centro penitenciario de infausta memoria—, que lograron acceder al cargamento de ron destinado a Arjánguelsk. Antes de que se restableciera la disciplina fueron apuñalados dos marineros.

Los que lograron alcanzar la Unión Soviética tampoco encontraron gran solaz en ella. «La llegada a la bahía de Kola fue espeluznante —escribió uno de ellos—. Estábamos en diciembre, y todo estaba muy oscuro. Nos rodeaban grandes bancos de niebla, aguas negras y hielo cubierto de nieve. A cada lado de la ensenada se alzaban, amenazantes, las rocas desnudas, y el silencio sólo se veía roto por el constante sonido lastimero de bocinas de niebla de diversos tonos… Pensé que, si el infierno tuviese que ser un lugar frío, aquello bien podía ser un anticipo.»[19] En Múrmansk, las incursiones de la Luftwaffe se repetían casi a diario. En la carbonera del carguero Dover Hill cayó una bomba que permaneció sin explotar bajo seis metros de combustible. El capitán y la tripulación estuvieron dos días con sus noches sacando baldes de carbón antes de estar en condiciones de izar el proyectil con un cuidado infinito a la cubierta y desactivarlo. En tierra, los soviéticos brindaban una hospitalidad glacial a los recién llegados, y las instalaciones eran mínimas. Entre los marineros británicos los hubo que arribaron proclamando un fogoso entusiasmo por sus compañeros de armas de la nación de Stalin, que enseguida se desvanecía ante el frío recibimiento de los del puerto. Los estadounidenses, despojados de las comodidades a las que estaban habituados, no podían menos de retroceder indignados. Mal iban los Aliados occidentales si albergaban alguna ilusión de ser dignos de gratitud por la ayuda brindada. Tal como lo expresaría tras la guerra cierto ciudadano de la nación: «Dios sabe que pagamos de sobra la deuda… con vidas soviéticas[20]». Y estaba en lo cierto.

El cambio de año resultó ser un momento decisivo para la campaña. Aunque las condiciones climáticas y el enemigo —en particular los submarinos armados con torpedos equipados con sistemas de guía acústica— se encargaron de que las experiencias de los convoyes árticos siguieran siendo penosas y alarmantes, lo cierto es que las pérdidas se redujeron de un modo espectacular. En 1943,la Royal Navy estuvo, al fin, en posición de

emplear portaaviones de escolta y defensas antisubmarinas y antiaéreas de gran poderío. Los alemanes, sometidos a una gran presión en la Unión Soviética y el Mediterráneo, se vieron obligados a apartar de Noruega buena parte de su flota sumergible. Hitler se negó a autorizar incursiones navales de consideración contra las conservas aliadas hasta que, en diciembre de 1943, el Scharnhorst emprendió un ataque muy poco prudente que se tradujo en su hundimiento sobre el cabo Norte por una flota británica dirigida por el acorazado Duke of York.

Estados Unidos comenzó a trasportar cantidades ingentes de mercancías a través de otras rutas, y de hecho, la mitad de todos los envíos que efectuó durante la guerra llegaron a la Unión Soviética por los puertos del pacífico; una cuarta parte, por Persia, y sólo la cuarta parte restante (4,43 millones de toneladas) por Arjánguelsk y Múrmansk. Por increíble que pueda parecer, el coste humano de los convoyes PQ fue, en comparación con otros campos de batalla, muy reducido. Pese a que se perdieron 18 buques de guerra y 87 mercantes, el número del personal naval que murió durante aquel servicio entre 1941 y 1945 fue sólo de 1944, y el de los marineros civiles, de 829. Los alemanes, por su parte, perdieron un acorazado, tres destructores, treinta y dos submarinos y un número indeterminado de aviones. Dadas las oportunidades extraordinarias que se les presentaron de dominar estratégicamente el Ártico en 1942, lo que resulta notable es, precisamente, que hundiesen tan pocas embarcaciones aliadas.

La Royal Navy contó el de aquellos convoyes entre los retos más formidables a que hubieron de hacer frente durante la guerra, y lo cierto es que constituye una gran desgracia para las fuerzas navales que la profesionalidad y el arrojo que caracterizó su actuación quedase empañada por el recuerdo de lo ocurrido al PQ-l7. La aviación naval jamás se distinguió en las aguas septentrionales, en parte por la falta de aparatos de calidad. Algunos de los oficiales superiores de la marina de guerra no supieron poner su imaginación a la altura del valor y la pericia naval que desplegaron sus subordinados. No quisieron reconocer lo que habían sabido desde siempre Churchill y Roosevelt: que era necesario enviar ayuda a la Unión Soviética a toda costa. Si los cargamentos enviados entre 1941 y 1942 revestían una mayor relevancia simbólica que material para el resultado de la guerra en el frente oriental, también constituían una señal de vital importancia del apoyo aliado a la campaña destinada a derrotar a Hitler de forma decisiva.

III. El suplicio del Pedestal

Entre 1940 y 1943, el Mediterráneo fue testigo de algunas de las batallas más

sangrientas de la guerra de la Royal Navy. Los submarinos británicos, que tenían por base la isla de Malta cuando lo permitían las circunstancias, atacaron con un éxito modesto las rutas de abastecimiento del Eje con dirección al norte. Las escuadras de combate trataron de imponerse sobre las fuerzas navales italianas, los sumergibles alemanes y la Luftwaffe. El almirante sir Andrew Cunningham infligió daños nada desdeñables a la flota de Italia en el asalto aéreo a Tarento que emprendieron sus portaaviones en noviembre de 1940, así como durante la acción llevada a cabo por sus embarcaciones de superficie sobre el cabo de Matapan entre el 28 y el 29 de marzo de 1941. Sin embargo, cualquier incursión que efectuaran los acorazados en mar abierto a tiro del enemigo constituía una empresa peligrosa que se saldaba con un número de pérdidas espeluznante. El portaaviones Illustrious quedó gravemente dañado por las bombas alemanas en enero de 1941, y el 25 de noviembre de aquel mismo año saltó por los aires el acorazado Barham —lo que supuso la pérdida de la mayor parte de su dotación— después de ser alcanzado por los torpedos de un submarino germano. Los acorazados Queen Elizabeth y Valiant sufrieron serio menoscabo por la acción de las arrojadas tripulaciones de los torpedos humanos italianos en el puerto de Alejandría, el 19 de diciembre de 1941; tanto, que hubieron de transcurrir siete meses antes de ganar franquía de nuevo. Mientras Cunningham no dispuso de acorazados, la flota de Italia se enseñoreó de la región central del Mediterráneo. Las minas, las bombas y los torpedos provocaron una merma constante de cruceros y destructores británicos. Durante algunos meses de 1941, la armada sufrió no pocas pérdidas mientras luchaba por mantener abierto el acceso por mar a la ciudad sitiada de Tobruk, importante desde un punto de vista simbólico más que militar.

La realidad estratégica dominante fue que la Royal Navy permaneció por demás vulnerable en el Mediterráneo hasta que el Ejército británico logró hacerse con el dominio del litoral septentrional africano y proporcionar así bases aéreas a la RAF. En 1942, los peligros del mar se hicieron mayores con el empleo de un número creciente de submarinos. Sin embargo, Winston Churchill dirigió la empresa bélica de su nación de tal modo que el mundo la viera desafiar al enemigo cada vez que se diera la oportunidad, en particular durante el período tan prolongado en que tan pocos éxitos logró. Malta, al alcance de los aeródromos que poseía el Eje en Sicilia, sufrió poco menos de tres años de bombardeos intermitentes. Pese a lo reducido de su extensión, en marzo y abril de 1942 recibió dos veces el tonelaje de bombas que cayó sobre Londres durante el Blitzkrieg. Su población quedó a un paso de morir de hambre, y la flotilla submarina de que disponía tuvo que retirarse. La necesidad de conservar Malta se hizo prioritaria para la Royal Navy. Cada

una de las naves que se enviaban a ella cargadas de provisiones tuvo que defenderse de ataques procedentes del aire, de la superficie del mar y de debajo de ésta. Los convoyes exigían la presencia de un contingente militar que los auxiliase: acorazados que hicieran frente a las incursiones de las unidades pesadas de Italia, portaaviones que ofreciesen protección aérea, y escoltas de cruceros y destructores. No había operación que no precipitase una batalla épica. La más recordada —quizá la de fama más infausta— se produjo en agosto de 1942, fecha en la que la escasez de petróleo, aviones y alimentos alcanzó proporciones desesperadas en la isla y se puso en marcha la Operación Pedestal a fin de socorrerla.

El vicealmirante Edward Syfret tomó el mando de la flota de combate que zarpó del Clyde el 3 de agosto para brindar escolta a catorce navíos mercantes. Varios de éstos —entre los que destacaba el buque cisterna Ohio— eran embarcaciones alquiladas a los estadounidenses y tripuladas por británicos. Todos montaban baterías antiaéreas manejadas por soldados, y durante el paso del estrecho de Gibraltar se ejercitaron profusamente, tanto en maniobras como en artillería. El día 10 puso rumbo a Malta una escolta imponente, conformada por los acorazados Nelson y Rodney, los portaaviones de escuadra Victorious, Indomitable e Eagle; el viejo portaaviones Furious, que transportaba Spitfire destinados a reforzar las defensas de la isla tan pronto mediara con ella una distancia prudente para hacerlos despegar; veinticuatro destructores y una flotilla de embarcaciones de menor porte. Un cadete que hizo la travesía a bordo de uno de los buques mercantes describió el que ofrecían como «un espectáculo fantástico, maravilloso[21]».

Apenas habían transcurrido unas semanas desde la humillación sufrida en el Ártico, y la Royal Navy estaba dispuesta a demostrar su valía, pues tal como lo expresó el capitán de corbeta David Hill, al mando de un destructor: «Después de lo del PQ-17 nos dejábamos empujar, en cierta medida, por la desesperación y el empecinamiento». Una de las flotillas de destructores de la Operación Pedestal, acaudillada por Jackie Broome, había formado parte de aquella experiencia terrible. No fueron pocos los alemanes e italianos que observaron a la flota en Gibraltar desde sus puestos de España y el norte de África, y los comandantes del Eje no se dejaron engañar por el falso convoy que soltó amarras, de manera simultánea, en Alejandría a fin de provocar una acción en el Mediterráneo oriental. «Yo tuve, de hecho, la sensación de que estábamos pasando el estrecho para encontrarnos con una empresa desesperada —escribió George Bundell, que se hallaba a bordo del acorazado Nelson—, y rogué al Señor de nuestros destinos por su buen éxito.»[22]

El día 11, sobre las aguas de un mar calmo y cerúleo, el Furious comenzó a hacer despegar sus Spitfire que llegaron, en su mayoría, salvos a Malta, de

la que los separaban 550 millas. Fue entonces, sin embargo, cuando les sobrevino el primer desastre. En el Mediterráneo occidental, los sistemas de detección ASDIC dejaron de funcionar correctamente a causa de las anomalías que creaba bajo el agua la confluencia de aguas cálidas con las corrientes más frías llegadas del Atlántico, y tal circunstancia hizo a las embarcaciones por demás vulnerables a los ataques submarinos. En el momento mismo de partir los cazas, el Eagle se vio alcanzado por los torpedos procedentes del U-73, que lo echaron a pique en ocho minutos y provocaron la pérdida de 260 tripulantes de una dotación de 1160. «Ofrecía una visión terrible mientras escoraba y presentaba la quilla para hundirse con una velocidad espantosa —escribió, pasmado, uno de cuantos contemplaron el desastre—. Se veían caer hombres y aviones de la cubierta de vuelo mientras zozobraba… Era para echarse a temblar. Si alguien lo ha tomado en película, debería mostrarlo por todo el país… Recuerdo haber pensado en los hombres que habían quedado atrapados.»[23] El Furious, con la cubierta de vuelo ya vacía, regresó aquella noche a la seguridad que ofrecían las aguas británicas. Uno de los buques que lo escoltaban, el destructor Wolverine, avistó a un submarino italiano y no dudó en embestirlo con la proa; y aunque logró hundirlo, sufrió daños considerables.

A las 20.45 se efectuó el primer ataque aéreo del enemigo contra la Operación Pedestal, protagonizado por 36 aviones Heinkel 111 y Ju-88 procedentes de Sicilia. Con todo, ninguno logró dar en el blanco, y cuatro de ellos fueron víctimas de los intensos fuegos antiaéreos. Al día siguiente, al mediodía, se produjo un asalto mucho más serio por parte de 70 bombarderos y torpederos protegidos por cazas. La batalla que siguió duró dos horas. El carguero Deucalion quedó dañado, y más tarde se hundiría sobre la costa de Túnez por la acción de un avión torpedero a pesar de los denodados esfuerzos que puso en salvarlo el capitán Ramsay Brown. Por la tarde, el convoy salió ileso de una emboscada submarina. El destructor Ithuriel embistió y hundió a otra embarcación italiana, aunque también fue a costa de su propia integridad.

Aquella noche del día 12, llegaron de nuevo la Luftwaffe y las fuerzas aéreas italianas y efectuaron, con un centenar de bombarderos y torpederos, ataques procedentes de todas direcciones y altitudes destinados a abrumar las defensas de los Aliados. La dotación de las baterías antiaéreas dispararon casi sin cesar, tanto, que los casquillos hicieron montaña al lado de los afustes y el azul del cielo quedó salpicado de miles de vaharadas negras. El bramido de los motores de la aviación competía con el balbuceo y el sordo tronar de las armas de todo calibre. El destructor Foresight se fue a pique, y el portaaviones Indomitable quedó muy maltrecho por tres bombas perforadoras. A esas alturas, lejos aún del estrecho de Sicilia, Syfret hizo que

sus acorazados se retirasen hacia poniente y dejó al convoy con una escolta de seis cruceros al mando del contraalmirante Harold Burrough.

La agonía de aquella operación comenzó entonces a precipitarse. Aún no había transcurrido una hora de la marcha de Syfret cuando el submarino italiano Axum logró una destacada victoria triple al hundir el Nigeria, buque insignia de Burrough, y el crucero antiaéreo Cairo, amén de dañar el buque cisterna Ohio. Estas bajas aniquilaron la capacidad del convoy para emprender operaciones de caza, siendo así que las dos embarcaciones hundidas llevaban a bordo los únicos equipos de radio que podían emplearse para mantener comunicación oral con los aviones de Malta. Entonces, cuando comenzó a anochecer y los navíos británicos empezaron a perder el buen orden de la formación, volvió a acometer la Luftwaffe. Los Ju-88 hundieron los mercantes Empire Hope y Clan Ferguson, y dejaron malparado el Brisbane Star. Poco después, un torpedo submarino deterioró el crucero Kenya. Valiéndose de la oscuridad de la madrugada del 13 de agosto, las lanchas rápidas alemanas y las torpederas italianas lanzaron una serie de ataques de varias horas de duración. La defensa estaba debilitada, porque Burrough había decidido que alumbrar con cohetes luminosos el campo de batalla iba a ser de más ayuda al enemigo que a sus propios artilleros. El crucero Manchester sufrió daños irreparables, y de los buques mercantes, se hundieron cuatro y a otro más lo alcanzó un proyectil. El único consuelo que llevaban aparejadas semejantes pérdidas en las aguas del cálido verano mediterráneo lo proporcionaba el mayor número de víctimas que podía rescatarse con vida en comparación con el Ártico o aun con el Atlántico.

La Luftwaffe regresó al rayar el día y hundió a otro navío particular. El Ohio volvió a recibir daños, aunque consiguió seguir adelante hasta que se le pararon los motores de resultas de los ataques que se produjeron avanzada la mañana. Otros dos mercantes sufrieron menoscabo y hubieron de quedar rezagados con un destructor de escolta. A las 16.00, siguiendo órdenes, volvieron proa a Gibraltar los tres cruceros de Burrough que habían sobrevivido, en tanto que los tres buques civiles restantes —el Port Chalmers, el Melbourne Star y el Rochester Castle, que tenía la cubierta casi a flor de agua— hicieron lo posible por salvar las últimas millas que los separaban de Malta acompañados por embarcaciones de escaso calado procedentes de la isla. A las 18.00 del 13 de agosto entraron en el Gran Puerto aclamados por la multitud que se había congregado en sus antiguas fortificaciones. Los alemanes se dispusieron a acabar con los rezagados, y, en consecuencia, hundieron el Dorset y volvieron a alcanzar el Ohio. Por un milagro, atribuible en parte a la recia construcción que le habían dado los estadounidenses, el buque cisterna prosiguió camino, atoado por un destructor y dos dragaminas. La mañana del 15 de agosto, fiesta católica de la Asunción de la Virgen,

aportó en el caladero y comenzó a desembarcar su cargamento. Al capitán, Dudley Mason, se le concedió la Cruz de San Jorge. El Brisbane Star también completó la travesía.

Merced al convoy de la Operación Pedestal llegaron a la isla treinta y dos mil toneladas de provisiones, doce mil de carbón y petróleo suficiente para dos meses. De catorce buques mercantes sobrevivieron cinco. La postura enérgica de la Royal Navy disuadió a la flota italiana de unirse a la batalla. Los acorazados de Mussolini estaban inmovilizados por falta de combustible, y los aviones de la RAF lanzaron bengalas sobre cinco cruceros que se hicieron a la mar a fin de hacerles ver el riesgo que asumían en caso de perseverar. El teniente Alastair Mars, al mando del submarino Unbroken, pudo vengar, en cierto grado, las pérdidas sufridas por la conserva al torpedear los cruceros Bolzano y Muzio Attendolo. Aun así, recordando la batalla, George Blundell, capitán de fragata del acorazado Nelson, señaló: «Aquella acción nos deprimió a casi todos. La llamábamos "Operación H", de homicidio[24]». «Es verdad que la armada se crece en las dificultades —afirmó la BBC—; pero ¿cuánto tiempo va a poder seguir haciéndolo?».

La «tragedia en tres días» de la Operación Pedestal no fue la única que vivieron los convoyes enviados a Malta, y lo cierto es que no todos los que participaron en alguno lo hicieron de manera distinguida: se dieron casos bochornosos de dotaciones que abandonaron sin necesidad los buques mercantes en los que servían y marinos que corrían a subir a bordo de los botes salvavidas estando aún bien a flote sus embarcaciones. Ramsay Brown, capitán del Deucalion, aseveraría más tarde, indignado al recordar el abandono prematuro de dicha nave por parte de sus subordinados: «Jamás hubiese podido imaginar que hubiese británicos dispuestos a actuar de un modo tan bochornoso[25]». Pese a todo, la empresa fue, en general, digna de encomio. Llegado el invierno de 1942, había pasado lo peor de los sacrificios mediterráneos del Reino Unido. Los mensajes Ultra permitieron a las fuerzas navales y aéreas aliadas causar estragos cada vez mayores en las rutas de abastecimiento de Rommel, y así, las pérdidas sufridas por los cargueros del Eje que surcaban el Mediterráneo se elevaron de las 15 386 toneladas del mes de julio a 33 791 en septiembre, 56 303 en octubre y 170 000 en los dos meses siguientes. En el mes de noviembre, Montgomery se hizo con la victoria en El Alamein, y los estadounidenses desembarcaron en el África septentrional. El sitio de Malta se levantaría poco después.

El aprovisionamiento de la isla había costado a la Royal Navy un acorazado, dos portaaviones, cuatro cruceros, un minador, veinte destructores y dragaminas y cuarenta submarinos desde 1940. La RAF, por su parte, perdió 547 aeroplanos en vuelo y 160 sin que aún hubiesen despegado. En tierra, la defensa de Malta costó la vida a 1600 paisanos, 700 soldados y

900 miembros de las fuerzas aéreas, en tanto que en el mar murieron mientras trataban de defender o abastecer la plaza sitiada 2200 tripulantes de buques de guerra, 1700 de submarinos y 200 de navíos mercantes. A partir de entonces, aunque el dominio aliado del Mediterráneo no dejó de ser reñido ni oneroso entre 1943 y 1944, la ventaja estratégica se fue yendo de las manos del Eje de un modo irremediable. En los dos años que restaban de conflicto, la principal responsabilidad de la Royal Navy consistió en escoltar a los ejércitos aliados a nuevos campos de batalla, para lo cual hubo de organizar y defender una sucesión de desembarcos anfibios multitudinarios. Si bien la amenaza de los submarinos y aviones de Alemania no cesó hasta el final —de hecho, los buques británicos sufrirían lo indecible durante la infortunada campaña del Dodecaneso, ocurrida en el otoño de 1943—, la Royal Navy había salido victoriosa de las batallas decisivas libradas en los mares europeos, no en acciones entabladas entre flotas, sino defendiendo los derechos de paso británicos frente a las fuerzas aéreas y las embarcaciones submarinas del enemigo. En el cumplimiento de esta misión, la mayor parte de sus capitanes y tripulaciones supo mantener la tradición más honrosa de sus fuerzas navales.

12

El horno: la Unión Soviética en 1942

Las emociones intensas y las fabulosas experiencias que propició la guerra en la Unión Soviética dieron origen a un renacimiento del culto religioso que Stalin no hizo nada por reprimir. Durante la Pascua de 1942, se levantó el toque de queda nocturno que pesaba sobre Moscú, lo que permitió a la doctora Sofía Skopina asistir a la gran catedral ortodoxa de la plaza de Elojóvskaia. «Cuando llegamos, a las ocho de la tarde —recordaba—, se había formado una modesta cola para bendecir los kulich y los huevos, y una hora después había tal multitud que resultaba imposible volverse ni respirar siquiera. Entre el gentío, había mujeres que gritaban: "¡Que me aplastan! ¡Me desmayo!". El ambiente estaba tan cargado que la humedad caía a chorros por las columnas. Las velas pasaban de una persona a otra, y el humo ascendía en espiral. Había muchos jóvenes, aunque no sé cómo habían ido a parar allí; madres con sus hijos, y un montón de militares. Hasta había gente sentada en la cruz que tiene pintada la figura del Cristo. Era como la aglomeración de un partido de fútbol. A las once de la noche apareció un sacerdote para anunciar: "Están a punto de llegar nuestros amigos los británicos". Viendo que ni siquiera podíamos respirar, salimos a la calle, y vimos llegar varios automóviles. Eran los británicos [de la embajada].»[1]

Evdokía Kalinichenko, enfermera del ejército, escribió en mayo: «Estamos disfrutando del primer descanso que tenemos este mes. Hemos puesto cómodos a los heridos, nos hemos secado y nos hemos bañado en una bania ["sauna"] de verdad. Hemos recorrido tantos caminos… Caminos de toda

clase; carreteras rurales, sobre todo, llenas a menudo de barro, surcadas por la lluvia y desgastadas, llenas de baches. Se nos parte el corazón cada vez que el vehículo coge uno, pues los más de los pasajeros tienen heridas graves, y muchos arriesgan la vida misma en estos saltos. Ahora, sin embargo, es tal el silencio que nos rodea, que resulta difícil creer que haya guerra en algún lugar del planeta. Paseamos por los bosques recogiendo ramos de flores, bajo un sol radiante en medio del cielo azul. Seguimos alzando la mirada para observarlo por costumbre, aunque sólo vemos nubes pasar. Suponemos que los alemanes se han detenido al fin y no tienen intención de seguir intentando avanzar, que han aprendido la lección que les hemos dado a las puertas de Moscú[2]».

No obstante, aún era pronto para desear tanto. Por más que fueran legión y pudiesen sustituir sin dificultad a los caídos de 1941, los soviéticos seguían sin poseer el poder combativo y el apoyo logístico necesarios para efectuar penetraciones de relieve en las líneas enemigas y mantenerlas durante un tiempo. La ofensiva que emprendieron en Año Nuevo cinco de sus «frentes» o grupos de ejércitos, y que dirigió Stalin en persona, perdió su empuje aun antes de que pudiese detenerla el deshielo de la primavera. Los alemanes defendieron las posiciones que ocupaban al sur de Leningrado, de modo que la plaza siguió estando amenazada, y se centraron en el frente del Vóljov para aislarlo y destruir al II.º ejército de choque. Su comandante, el teniente general Andréi Vlásov, capturado durante esta acción, crearía con posterioridad un «ejército ruso de liberación» cosaco al servicio de los nazis.

En Crimea, bloquearon la salida occidental de la península de Kerch y atraparon en su interior un ingente ejército soviético, y a continuación contraatacaron. Entre el 8 y el 19 de mayo, Manstein logró otro triunfo al hacer añicos el «frente» de Crimea y hacerse con ciento setenta mil prisioneros. Siete mil de cuantos sobrevivieron fueron a refugiarse en cuevas de caliza hasta que los germanos volaron las entradas y llenaron de gas el interior. El teniente general Günther Blumentritt, que pasó a comandar un ejército de la Wehrmacht, describió a los soviéticos como algo semejante a bestias a las que no podía respetar, aunque sí, a regañadientes, temer:

> El hombre oriental es muy diferente del occidental. Posee una capacidad mucho mayor para soportar penalidades, y esta pasividad le confiere un grado nada desdeñable de ecuanimidad respecto de la vida y la muerte… [N]o posee una iniciativa notable: está habituado a recibir órdenes, a que lo dirijan. [Los soviéticos]… conceden poca importancia a lo que comen o visten. Resulta sorprendente el tiempo que son capaces de subsistir con lo que cualquier occidental consideraría raciones de hambre… El estrecho contacto que mantienen con la naturaleza les permite moverse con libertad de noche o con niebla, por bosques o ciénagas. No temen a la noche, ni tampoco a sus interminables arboledas o al frío… Los siberianos, que son asiáticos en parte o por entero, son aún más rudos… El efecto psicológico que tenía este país sobre el soldado alemán corriente fue considerable. Se sentía pequeño y perdido en aquel espacio sin fin… Poco le queda por aprender de la guerra a quien haya sobrevivido al enemigo soviético y a su clima[3].

Aunque Manstein hubiese preferido eludir la fortaleza de Sebastopol, Hitler insistió en que debía capturarla. En consecuencia, recurrió a la llamada «Gran Dora», un colosal cañón de asedio de 800 milímetros y 1350 toneladas, cuyo desplazamiento exigió un esfuerzo colosal en mano de obra por estar concebido para andar por ferrocarril de vías paralelas. Franz Halder había desdeñado aquel ejemplo del despilfarro industrial en que incurrían a menudo los nazis a fin de dar con armas que pudiesen brindarles cierto prestigio por considerarla «una obra de ingeniería tan impresionante como inútil». Sus proyectiles de siete toneladas y los cuatro mil servidores que necesitaba contribuyeron en mucho menor medida a la toma de la ciudad que la tenacidad de la infantería de Manstein.

Los defensores de Sebastopol fueron víctimas del continuo bombardeo de las fuerzas aéreas alemanas. El capitán Herbert Paber, piloto de un bombardero en picado de la Luftwaffe, escribió: «Las explosiones se multiplicaban como champiñones venenosos que saliesen de entre los escondrijos rocosos. Toda la península estaba envuelta en fuego y en humo, y, sin embargo, también allí hicimos miles de prisioneros. Ante una resistencia así no puede uno más que asombrarse… Así fue como defendieron Sebastopol de principio a fin… Tuvimos que batir toda la región con bombas para conseguir que cediesen un terreno irrisorio[4]».

Cuando, tras 250 días de asedio, cayó por fin la ciudad, las unidades del NKVD escaparon con algunas más después de matar a todos sus prisioneros. Las terribles pérdidas que sufrieron los soviéticos en Crimea se atribuyeron a la incompetencia del comandante soviético Lev Mejlis, que se negó a permitir que sus unidades se atrincheraran por considerarlo un síntoma de derrotismo. Quizá lo único positivo que salió de aquel desastre fue la destitución de Mejlis. Los atacantes perdieron a veinticinco mil soldados en Sebastopol y emplearon cincuenta mil toneladas de munición de artillería en conquistar la plaza fuerte, y una vez más, no pudieron menos de quedar impresionados ante el empuje de la resistencia.

Entre tanto, más al norte, una vez seca la tierra tras el deshielo, el general Semión Timoshenko emprendió, el 12 de mayo, un ataque del «frente» suroeste contra Járkov que acabó en catástrofe. El Ejército Rojo sufrió, una vez más, envolvimiento por la acción de un contraataque alemán, y de nuevo Stalin prohibió todo repliegue, con lo que provocó la pérdida de más de un cuarto de millón de soldados. El comandante del VI.º ejército soviético y algunos de sus oficiales prefirieron suicidarse a entregarse, y los supervivientes echaron a correr hacia levante. «Nos retiramos llorando —reconoció uno de ellos—. Corríamos hacia donde fuese con tal de alejarnos de

Járkov: unos, a Stalingrado, y otros, a Vladikavkaz. ¿Dónde íbamos a acabar? ¿En Turquía?»[5].

La confianza de Hitler se reavivó de pronto: olvidando las pérdidas sufridas por Alemania el año anterior, optó por aceptar la opinión del coronel Reinhard Gehlen, jefe del servicio de información del frente oriental, quien afirmaba que Stalin se había quedado sin reservas. Llegado el mes de agosto, la producción armamentística alemana había vuelto a recuperar toda su fuerza después de que, en virtud de una decisión desastrosa tomada en julio de 1941 y rescindida sólo en enero del año siguiente, se hubiera detenido ante la supuesta inminencia de la victoria. Resulta extraordinario que Hitler siguiese gozando de la lealtad y la obediencia de sus soldados después de las chifladuras estratégicas que había cometido durante la campaña anterior y las privaciones que había impuesto el invierno. En Crimea, en enero de 1942, uno de ellos expuso, con no poco resentimiento, la dieta a la que se habían visto reducidos él y los suyos: una comida caliente al día —sopa de col con patatas—, media barra de pan cada dos días, algo de manteca, un poco de queso y miel endurecida.

Pese a las inconveniencias, la Wehrmacht seguía siendo una fuerza de combate formidable. Los más de sus generales sabían, en los recovecos más oscuros de su conciencia, que habían hecho cómplice a su nación de crímenes contra la humanidad —y en particular contra la soviética— de una magnitud tal que resultaba impensable que sus enemigos fuesen a perdonarlos, aun antes del Holocausto. En consecuencia, no tenían gran cosa que perder si seguían luchando, excepto más millones de vidas, pues cabe recalcar que la gran mayoría de las víctimas de la guerra murió en los años finales de ésta. Las victorias constituían el único elemento que podía hacer que los Aliados se avinieran a negociar. La directiva que hizo pública Hitler en abril a fin de exponer la estrategia del verano requería concentrar las fuerzas en el sur: los objetivos de la Operación Azul consistían en destruir las reservas residuales del Ejército Rojo, tomar Stalingrado y capturar los yacimientos petrolíferos del Cáucaso.

Stalin confundió las intenciones alemanas, y suponiendo que volverían a intentar atacar Moscú, dispuso sus ejércitos en consecuencia. Aun después de que le pusieran delante todo el plan de la operación, hallado en el cadáver de un oficial de estado mayor alemán muerto en un accidente de aviación, prefirió aferrarse a su idea original por considerar que se trataba de un ardid de los alemanes. Sin embargo, los ejércitos soviéticos conservaban un poderío mucho mayor que el que les atribuía Hitler, pues los 5,5 millones de combatientes de que aún disponían estaban beneficiándose de una producción creciente de carros de combate y aviones. Las autoridades estaban liberando a criminales y prisioneros políticos de los campos de

trabajos forzados del gulag a fin de que sirvieran en las fuerzas armadas, en número de hasta 975 000 en lo que duró la guerra. En tanto que Berlín estimó que la producción de acero que había conocido la Unión Soviética en 1942 ascendía a ocho millones de toneladas, la cantidad real alcanzaría los 13,5 millones.

La primera fase de la Operación Azul, de la que esperaba que durase tres semanas, comenzó el 28 de junio con un asalto en dirección al Don. El Führer empleó contra el ejército de Stalin 3,5 millones de combatientes alemanes más un millón de soldados de otras naciones —italianos, rumanos y unos cuantos españoles— y obtuvo un éxito inicial nada desdeñable. Cuando el corresponsal del Pravda Lázar Brontman llegó a Vorónezh, poco menos de quinientos kilómetros al noroeste de Stalingrado, encontró a los habitantes relajados y confiados por la distancia que los separaba del enemigo. Cierta noche, contempló divertido el gracioso espectáculo que ofrecían varias docenas de mujeres bailando unas con otras en el parque ante la ausencia de varones. La población femenina también se encargaba de mantener el orden público en la ciudad, y, de hecho, Brontman pudo comprobar que dirigían el tráfico con más eficacia que los hombres, aunque, a su entender, abusaban del silbato[6].

Días después, sin embargo, los ánimos cambiaron de un modo drástico. Más al oeste se habían roto las líneas soviéticas, y tal cosa había precipitado una nueva retirada. Los bombarderos alemanes comenzaron a hostigar las calles de Vorónezh, «batiendo la ciudad sin topar con resistencia alguna» y provocando un éxodo nutrido de fugitivos. Los especuladores que poseían vehículos cobraban a los más desesperados tres, cuatro y hasta cinco mil rublos por el privilegio de viajar hacia el este en automóvil. Una a una, fueron cerrando las fábricas y las oficinas gubernamentales. Al saber que los alemanes se hallaban sólo a cincuenta kilómetros de allí, los ciudadanos «se prepararon psicológicamente para la rendición», y, de hecho, el enemigo invadió la plaza pocos días después[7].

La lluvia y el barro estorbaron en mayor medida que el Ejército Rojo el avance de los carros de combate alemanes, quienes, de cualquier modo, alcanzaron sus primeros objetivos a principios del mes de julio. Stalin autorizó entonces el único repliegue estratégico al que dio su consentimiento durante la guerra; de modo que, al seguir avanzando más al este de Vorónezh, los invasores se encontraron atacando un espacio vacío. Las fuerzas soviéticas escaparon al envolvimiento que pretendía efectuar el enemigo en Míllerovo y, con ello, llevaron a Hitler a destituir por segunda vez al mariscal de campo Fedor von Bock y a dividir su grupo de ejércitos Sur en dos secciones nuevas: A y B, acaudilladas, respectivamente, por Wilhelm List y Maximilian von Weichs. El Führer, no obstante, no pudo menos de

regocijarse con la progresión de la campaña, que hasta entonces había sido más que un victorioso paseo blindado en el que apenas había hecho falta recurrir a la infantería. No dejaban de caer en manos de Alemania porciones de territorio soviético a cambio de un número insignificante de bajas. A lo largo del mes de julio, los Panzer prosiguieron su resuelto avance hacia Rostov, aplastando sin piedad el «frente» meridional soviético, cuyas unidades trataban de cruzar el Don para escapar. Hitler encomendó a Friedrich Paulus, oficial de estado mayor que no veía la hora de demostrar su valía en calidad de comandante de campaña, la dirección de la acometida del VIº ejército hacia Stalingrado.

La mayoría de los generales de Alemania reconoció enseguida lo insensato de esta acción. La ciudad que llevaba el nombre del dirigente soviético revestía una relevancia estratégica despreciable, irrelevante respecto del objetivo principal de despejar el Cáucaso y apoderarse de su petróleo. Asimismo, la vehemencia con que ansiaba el Führer obtener un triunfo simbólico sólo era comparable a la resolución que tenía Stalin de negárselo, por temer que tal cosa provocase un nuevo embate alemán en el norte, dirigido hacia Moscú. En consecuencia, determinó que era necesario defender a toda costa aquella ciudad del Volga, y destinó a su defensa a tres ejércitos de su reserva estratégica. Todo estaba listo para empeñar una de las batallas decisivas de la guerra, el encontronazo de las voluntades personales de los dos dictadores.

Aunque eran muchos los soviéticos que no se habían dejado hundir, las catástrofes sufridas durante la primavera y el verano minaron seriamente la moral de la nación. No faltaba quien abrigase esperanzas de que los Aliados occidentales iban a librarlos del suplicio. «Nos alegra —escribió Pável Kalitov, comisario de un grupo guerrillero de Ucrania, el 8 de julio— que el Reino Unido esté bombardeando Ucrania con tanto éxito, y que los estadounidenses tengan intención de enviar a Francia una fuerza de desembarco». Tales expectativas eran, sin embargo, falsas, pues las incursiones británicas estaban recibiendo, por parte del aparato propagandístico, una atención mayor de la que justificaban sus logros, y para la constitución del segundo frente quedaban aún dos años. Hasta 1943, el envío de armas y alimentos por parte de Occidente contribuyó sólo de forma modesta a cubrir las ingentes necesidades de los soviéticos y a compensar su participación. Fuera lo que fuere lo que iba a lograr el pueblo de Stalin en 1942, habría de hacerlo sin apenas ayuda.

No resulta fácil exagerar lo que hubieron de sufrir sus soldados no sólo ante el enemigo, sino también ante los elementos y la torpeza de sus propios

dirigentes. «La noche era oscura como boca de lobo —afirmaba el capitán Nikolái Belov al describir el momento en que se apeó su unidad del tren que la transportó tras las líneas de combate—. Todo el batallón echó a andar en la dirección equivocada, de tal manera que nos pasamos la noche caminando en círculos: treinta kilómetros anegados en barro.»[8] Dos semanas después, añadiría: «Sólo tenemos un par de fusiles viejos para todo el batallón». El 10 de mayo, su sección tomó posiciones cerca de un pueblo llamado Bolshói Sinkovets. «Llevamos dos días sin comer —afirmó—, y todo el mundo está hambriento». Dos días más tarde, el batallón recibió 41 fusiles para quinientos combatientes. El 17 de mayo, recorrieron cincuenta kilómetros a paso ligero, y dejaron atrás a cuarenta rezagados que fueron incapaces de seguir aquel ritmo —lo cual no resultaba sorprendente, toda vez que llevaban dos días sin comer—. «Todos —escribió Belov— se sienten defraudados por los mandos, y lo cierto es que no les faltan motivos». Aquel tormento se prolongó un día tras otro: «Llegamos a Zeliónaia Dubrava después de recorrer 35 kilómetros a la luz del día. El calor es insoportable, y estamos extenuados. Otra vez estamos sin nada que llevarnos a la boca. Hay muchísimos soldados incapaces de seguir adelante. Sedov está llorando: ya no es capaz de caminar». Sus hombres se vieron obligados a remover la tierra de aquellos campos en busca de patatas podridas que hubiesen quedado de la cosecha del año anterior. Sus primeras acciones contra los alemanes se saldaron con un número excepcional de bajas. Tanto es así, que el 15 de julio informó de que su compañía había quedado reducida a cinco hombres.

Mediado el verano de 1942, los Aliados occidentales seguían viendo con pesimismo el sufrimiento de la Unión Soviética. Cierto oficial del servicio de información británico comunicó al respecto el 15 de julio: «No puedo evitar sentir que, por grandes que hayan podido ser las pérdidas alemanas, las del Ejército Rojo han sido mayores… La de Sebastopol ha sido… una verdadera hazaña de las fuerzas soviéticas, que ha dejado fuera de toda duda el colosal poderío que posee el Ejército Rojo cuando se trata de defender sus posiciones, siempre que el terreno presente las condiciones adecuadas… [Con todo,] aún no es capaz de hacer frente a los alemanes en las tierras francas del sur de la Unión Soviética… En general, los alemanes han perdido la mayoría de las ventajas de que disponían… Poseen una maquinaria bélica mucho mejor… [Sin embargo,] el aprovechamiento de sus victorias dependerá de la capacidad del Ejército Rojo para retener cierta cohesión durante su repliegue hasta retroceder más allá de determinados obstáculos naturales de entidad o hasta un terreno más susceptible de ser defendido[9]».

Los acontecimientos de aquel año deben entenderse dentro de un contexto

apropiado. Si en 1941, la Unión Soviética había sufrido el 27,8 por 100 de todas las pérdidas que habría de encajar durante la guerra en concepto de soldados muertos o apresados por el enemigo, los desastres ocurridos en 1942 en Járkov, Crimea y la península de Kerch supusieron un número aún mayor de bajas. Sumando a éstas las de Stalingrado, el año completo costó a la Unión Soviética el 28,9 por 100 de las que conocería durante todo el conflicto, y el 133 por 100 de las fuerzas que tenía destinadas en el frente. La posteridad sabe que Stalin sacó de todo aquello una lección de vital importancia, pues comenzó entonces a delegar las decisiones militares en generales competentes y a prescindir de los más ineptos. Las armas producidas por la movilización industrial soviética más allá de los Urales comenzó a llegar a sus ejércitos. Sus fuerzas también tuvieron acceso a recursos nuevos e ingentes, en tanto que los del Eje no hacían más que menguar. Sin embargo, nada de esto fue evidente para el mundo durante el verano de 1942: los alemanes seguían pareciendo imbatibles en el campo de batalla, en tanto que la Unión Soviética daba la impresión de estar dando las últimas boqueadas.

Casi todos los esfuerzos británicos —y más tarde también estadounidenses— en colaborar con el pueblo de Stalin en el ámbito de la estrategia naufragaron en los escollos del secretismo, la incompetencia, el rencor y la falta de medios de su aliado. La ayuda que solicitó la Royal Army a los buques de guerra y los aviones soviéticos para los convoyes británicos que navegaban en dirección a Múrmansk y Arjánguelsk obtuvieron una respuesta muy poco entusiasta. En agosto de 1942, un hidroavión Catalina de la RAF transportó al noroeste de la Unión Soviética a dos agentes del servicio secreto británico a los que los soviéticos habían convenido en hacer llegar en paracaídas a la región septentrional de Noruega. Sus anfitriones, sin embargo, los tuvieron dos meses incomunicados antes de lanzarlos, vestidos con prendas de verano, a Finlandia, en donde no tardaron en arrestarlos para torturarlos y ejecutarlos. En adelante, el Reino Unido habría de reconocer que el de cooperar con los soviéticos iba a ser un asunto unilateral, y que el poner a disposición de su buena voluntad el destino del personal aliado podía tener consecuencias fatales.

Sin embargo, los gobiernos occidentales llegaron a extremos estrafalarios a fin de preservar la imagen de unidad. Cuando el general polaco Władysław Anders, que había padecido en las prisiones de Stalin entre 1939 y 1941, se reunió con Churchill en El Cairo, en agosto de 1942, no dudó en denunciar con vehemencia a quienes lo habían tenido encarcelado durante todo ese tiempo: «Le dije que en la Unión Soviética no existían la justicia ni el honor, ni un solo hombre en cuya palabra pudiera confiarse, y él me hizo ver que el lenguaje que estaba empleando podía resultar muy peligroso en público. Según él, llevar la contraria a los soviéticos no podía dar fruto apetecible

alguno… Puso punto final a la conversación diciendo que creía que Polonia saldría del conflicto convertida en una nación fuerte y próspera[10]». Al final, se dejó convencer de que «los polacos íbamos a regresar por fin a casa (o al menos, eso pensábamos) por un camino más largo, sí, pero menos penoso[11]». Las potencias occidentales se esforzaron en mantener con vida semejante engaño.

Los alemanes plantaron cara a las primeras unidades del «frente» de Stalingrado el 23 de julio, a unos ciento cuarenta kilómetros al oeste de la ciudad. Aquella noche, Hitler cometió el que iba a convertirse en el error decisivo de la guerra en el frente oriental. Publicó una directiva nueva por la que declaraba logrados los objetivos de la Operación Azul. El grupo de ejércitos A recibió orden de invadir los yacimientos petrolíferos que se extendían a mil doscientos kilómetros de sus posiciones —lo que suponía un avance mayor que el que habían efectuado sus ejércitos en mayo de 1940, al marchar de la Línea Sigfrido al litoral del canal de la Mancha—. Sus unidades no tardaron en verse tratando de mantener un frente de ochocientos kilómetros con un número de fuerzas por demás inadecuado y ante una terca resistencia soviética. Entre tanto, el grupo de ejércitos B acometió una serie de operaciones destinadas a avanzar hasta una línea dispuesta a lo largo del Volga y tomar Stalingrado. Se destinó a Manstein al norte con cinco divisiones de infantería y la artillería de plaza que había empleado en Sebastopol a fin de que pusiera fin a la interminable resistencia de Leningrado, pues Berlín había cambiado de estrategia y no veía la hora de tomar la ciudad. Hitler se mostró molesto por las siguientes noticias que recibió del VI.º ejército y de la lentitud con que se estaba desarrollando el avance hacia Stalingrado. En consecuencia, ordenó apartar del Cáucaso al IV.º ejército blindado para que auxiliara a Paulus, y al dividir de este modo sus fuerzas, dejó a cada uno de sus elementos demasiado débil para conseguir sus objetivos.

Sin embargo, el mes de agosto de 1942 también sería testigo de no pocos descalabros soviéticos. El mariscal Semión Budionni, veterano bolchevique y uno de los jefes militares favoritos de Stalin, sufrió una serie de derrotas caóticas en el Cáucaso septentrional; el VIº ejército de Paulus aplastó a las fuerzas soviéticas del Don, al este de Kalach, y se hizo con cincuenta mil prisioneros; el I.er ejército blindado soviético se vino abajo, a tal extremo que las dotaciones de los carros de combate huyeron despavoridas de sus vehículos… El 21 de agosto, Paulus emprendió un avance resuelto del Don al Volga y se abrió paso por entre las tropas defensoras con la ayuda de una oleada tras otra de bombarderos en picado. En el lapso de dos días, sus

fuerzas llegaron al río, situado catorce kilómetros al norte de Stalingrado, cuya toma parecía ya inminente. Hizo llegar a Hitler un borrador de los planes que tenía de hacer que el VIº ejército tomase posiciones en sus cuarteles de invierno. Más al sur, el 9 de agosto, las tropas de montaña tomaron Maikop, el yacimiento petrolífero más accesible de los que había repartidos por el Cáucaso; pero los soviéticos habían efectuado de un modo tan minucioso las demoliciones previas a la entrega de la ciudad, que los invasores se vieron obligados a transportar desde Alemania el equipo necesario para crear pozos nuevos. La fuerza de vanguardia del grupo de ejércitos A comenzaron su empuje oriental en dirección al Caspio, en tanto que el VII.º ejército se dirigía al sur, al mar Negro, por las montañas.

Estas operaciones quedaron paralizadas cuando Hitler mandó enviar a Paulus las existencias disponibles de combustible y munición. Entre los jerarcas nazis de Berlín, sin embargo, volvió a darse un brote de optimismo: Rommel se hallaba a las puertas de El Cairo; la producción armamentística estaba aumentando; los aliados japoneses de Alemania habían obtenido victorias extraordinarias… Se diría que nadie había recapacitado en lo que comportaban los triunfos navales que estaba obteniendo Estados Unidos en el mar del Coral y en las Midway. Los submarinos de Dönitz estaban causando estragos en los convoyes del Atlántico. El comandante de un sumergible italiano informó del hundimiento de un acorazado estadounidense, y Mussolini lo condecoró por semejante alarde de imaginación. La moral de la población civil alemana estaba empezando a remontarse.

Los tecnócratas que conocían bien los secretos económicos e industriales del Reich fueron los únicos que no se dejaron engañar: la falta de mano de obra seguía siendo desesperada, por ejemplo, y si estaba creciendo la producción aeronáutica era merced a la fabricación continuada de modelos anticuados. El general Halder escribió el 23 de julio en su diario: «La tendencia crónica a menospreciar la capacidad del enemigo está adquiriendo proporciones grotescas de forma gradual». En septiembre se multiplicaron las dificultades alemanas en el este. Las tropas apostadas en las montañas meridionales hubieron de enfrentarse a las tormentas de nieve, y los cambios reiterados de objetivo tuvieron un efecto pésimo en las operaciones. Los avances alemanes se vieron retrasados o interrumpidos por la falta de combustible, y así, por ejemplo, la detención de tres semanas sufrida por el I.er ejército blindado concedió un respiro valiosísimo a los generales de Stalin. Casi toda la aviación de apoyo se desvió a Stalingrado, sin reparar en los costes que pudiese suponer tal medida a las operaciones que se estaban efectuando en otros campos de batalla. El 12 de septiembre entraron en la ciudad los primeros soldados alemanes.

A lo largo del frente, los soviéticos —militares o paisanos— sólo veían el

sufrimiento propio de los fracasos y las matanzas. El 23 de octubre, el comisario Pável Kalitov escribió consternado desde Logovo tras recibir la orden de emprender una nueva retirada: «Los habitantes de la zona no dejan de dar alaridos. Hay que evacuarlo todo, y por todas partes hay llantos, lágrimas, dolor. No es para menos: ahora, que está a punto de llegar el invierno, se ven en la calle, con este frío y con los más pequeños de la casa… ¿Adonde van a ir? Nálchik se ha entregado, y nuestras unidades se están replegando. Los alemanes están aprovechando un punto débil de las líneas. Nuestros periódicos suelen decir cosas como: "bajo presión de la superioridad de las fuerzas enemigas"; pero ¿y nosotros? ¿Por qué no somos capaces de reunir esa "superioridad de fuerzas"? ¿Dónde está el problema? Los dieciséis meses últimos hemos aprendido mucho. Resulta tan descorazonador tener que abandonar las posiciones que habíamos afirmado… Más víctimas, más tortura… ¡Maldita sea! Se nos vienen encima más maldiciones. [Los campesinos dicen:] "Esto es lo que saben hacer nuestros protectores[12]».

Así de mordaz se mostró respecto de los dirigentes de la nación una anciana que habló con Vasili Grossman: «Esos mentecatos han dejado que [el enemigo] llegue al corazón del país: el Volga. Les han dado media Rusia[13]». Desde el Kremlin llegaron consignas nuevas: «Ni un paso atrás… Sólo hay una circunstancia atenuante: la muerte». Stalin, abocado a todas luces al desastre y con media Unión Soviética europea en manos del enemigo, se decidió, en el mes de septiembre, a poner los pies en la tierra con un nombramiento que resultó ser decisivo: el de Zhúkov en calidad de comandante supremo segundo de la nación. Acto seguido, lo mandó a supervisar la defensa de Stalingrado y a preparar una contraofensiva contundente. Reconoció la necesidad de subordinar la ideología a los imperativos de la realidad militar: el término oficial, prohibido hasta entonces en el Ejército Rojo, volvió a tener validez, y se liberó a los comandantes de las diversas unidades de su dependencia respecto de los comisarios políticos. Además, se dispuso que, desde aquel momento, los ascensos estuviesen determinados, sin más, por la competencia. Se reconoció, asimismo, el valor de las medallas en cuanto incentivos. De hecho, llegado 1945, las fuerzas armadas soviéticas habían concedido once millones de ellas frente a los 1,4 de las estadounidenses.

Stalin, que a diferencia de Hitler, supo sacar partido a su experiencia, delegó el mando operativo del campo de batalla, aunque jamás llegó a cuestionarse su autoridad suprema. Hicieron falta estas medidas drásticas para poner remedio a la lamentable actuación del verano de 1942. «No debemos dejar de aprender —escribió el comisario Pável Kalitov el 4 de septiembre de 1942 desde el pueblo de Klímovo—. De entrada, tenemos que

aprender a no ser tan descuidados.»[14] Nikolái Belov describió con pesimismo la inspección de un oficial superior del cuerpo encargado del adiestramiento de combate: «Deplorable: los yúsuf [apodo burlón con que se conocía en el Ejército Rojo a los de Kazajistán] no saben girar a la izquierda ni a la derecha. ¡Menudo hatajo de cabezas de chorlito! Si nos mandan más kazajos, podemos damos por jodidos[15]». Sin embargo, es cierto que las fuerzas soviéticas estaban aprendiendo, aun con no poco esfuerzo, y que no dejaban de recibir refuerzos formidables en forma de soldados, carros de combate y aviones.

Durante el otoño y el invierno de 1942, Stalingrado, ciudad gris y sin encanto, se trocó en escenario de algunos de los enfrentamientos más terribles de la guerra. El domingo, 23 de agosto, los alemanes anunciaron su asalto con una incursión aérea protagonizada por seiscientos aparatos: se dice que en las catorce primeras horas murieron cuarenta mil civiles, casi tantos como los que perdieron la vida en toda la guerra relámpago desatada contra el Reino Unido entre 1940 y 1941. En adelante, la Luftwaffe acometería sin piedad ni descanso. «Hostigamos de sol a sol los terrenos en llamas del campo de batalla de Stalingrado —escribió Herbert Pabst, piloto de Stuka—. Sigo sin poder entender cómo puede seguir viviendo la gente en un infierno así, y, sin embargo, los soviéticos se han asentado con firmeza entre los escombros, en barrancos, sótanos y en el caos de estructuras de acero retorcido en que se han convertido las fábricas.»[16] Paulus emprendió su primer ataque terrestre de consideración el 13 de septiembre, y en adelante la batalla se libró en medio de un paisaje ruinoso. El general Vasili Chuikov, al mando del LXII.º ejército, escribió al respecto: «Las calles de la ciudad están muertas: los árboles no tienen una sola rama verde, y todo ha perecido por el fuego[17]».

Los bloques de hormigón de las terminales de transporte público y las edificaciones industriales quedaron reducidas a escombros en muy poco tiempo. Cada una de ellas se tornó en un matadero, y sus nombres sin atractivo quedarían grabados a fuego en la leyenda de la Gran Guerra Patriótica de la Unión Soviética: el montacargas de grano aledaño a la estación Número Dos; la terminal de mercancías; la estación Número Uno; la planta química de Lazur; la metalúrgica Octubre Rojo; la fábrica de tractores de Dzerzhinski, y la fundición de artillería Barricadas. Durante la fase inicial de la batalla, los soviéticos defendieron un perímetro de unos cincuenta kilómetros por treinta que no tardó en ir disminuyendo. Los atacantes rechazaron el contraataque que acometieron, a instancia de Stalin, tres ejércitos de infantería contra su flanco norte, y, a su vez, se esforzaron en capturar dos lugares de gran importancia: la Punta 102, un túmulo tártaro que se elevaba unos cien metros por encima de la ciudad, y el paso del Volga situado un tanto más allá de la plaza Roja, a través del cual llegaban a aquélla

los refuerzos y las provisiones, y se evacuaba a los heridos. Había noches en las que llegaban a cruzar el kilómetro y medio de aquellas aguas sembradas de témpanos de hielo dos y tres mil víctimas soviéticas para llegar a la margen oriental.

A la vuelta, cada una de las embarcaciones que hacían este trayecto iba cargada de soldados y munición. Los refuerzos, hacinados a bordo, habían de soportar los ataques de la Luftwaffe, pues las circunstancias del asedio exigían, en ocasiones, cruzar a plena luz del día. Alexander Gordéiev, artillero naval adscrito a una ametralladora, observaba con lástima a los soldados que se aferraban a la barandilla de la cubierta en lugar de descender a la bodega tal como se les había ordenado. «Los oficiales —recordaba— los hacían bajar a patadas, y los sargentos no dejaban de soltar reniegos a voz en cuello. Baida [su oficial de mar] y dos marinos grandes agarraban a los que se resistían y los metían a empujones en la escalera. Se embarcaban cajones de proyectiles, balas y víveres. Yo contemplaba el montón de cajas de munición que habían apilado a cinco pasos de nuestra ametralladora Maxim, y me imaginaba lo que iba a ocurrir si lo alcanzaba el enemigo.»[18] Poco después, observó otro transbordador que transportaba a víctimas de los Stuka: «Los heridos, más de cien, estaban sentados o tumbados en los camarotes, en tanto que de la bodega trepaban fugitivos. Por encima de las explosiones se oía un sonido quejumbroso e incesante[19]».

Las unidades de refresco se lanzaban al combate tan pronto llegaban, pues según lo expresó Chuikov: «El tiempo es sangre». Las detonaciones de bombas y proyectiles, el tableteo de las armas portátiles y el ruido sordo de los morteros no cesaba casi nunca, ni de noche, ni de día. El general comentaría más tarde con respecto a Stalingrado: «Al llegar allí, los soldados decían: "Estamos entrando en el infierno"; pero cuando llevaban un día o dos en la ciudad, rectificaban: "No, no es el infierno: esto es diez veces peor[20]"». Una joven soldado señaló: «Siempre había tratado de imaginar cómo sería la guerra: fuego por todas partes, niños llorando, gatos corriendo de un lado a otro…, y cuando llegamos a Stalingrado, resultó que era así, aunque más terrible[21]». Había sentado plaza con un grupo de amigas de su ciudad natal de Tobolsk (Siberia). A la mayoría la destinaron a aquella plaza… y muy pocas de ellas regresarían de allí.

Las condiciones en que se produjo la batalla permitieron a los de Stalin desplegar su habilidad más sobresaliente: la lucha cuerpo a cuerpo, sin veloces avances blindados ni ocurrentes maniobras de flanco. En ella, los soldados, los cañones y los carros de combate alemanes trataron de abrirse camino hacia el Volga, palmo a palmo y día a día, por entre montañas de escombros en las que se acurrucaban, maldecían, morían de hambre, se helaban, combatían y morían los soviéticos. En el cadáver de uno de ellos se

halló una carta que le había escrito su hijo pequeño: «Te echo mucho de menos. Por favor, ven a vernos. Estoy deseando verte, aunque sea una hora. Estoy llorando mientras te escribo. Papá, por favor: ven a vernos[22]».

Chuikov expresó a Vasili Grossman la sensación de opresión que estaba experimentando: «Por todos lados se oyen disparos y estampidos. Mandas a un oficial de enlace para que averigüe lo que está pasando, y lo matan. Uno acaba temblando por la tensión… Lo más terrible era verse sentado como un idiota mientras la batalla hervía alrededor, y sin nada que pudiese uno hacer[23]». El 2 de octubre, su cuartel general se anegó bajo un torrente de petróleo en llamas procedente de los tanques de almacenamiento que tenían en las inmediaciones, y que habían estallado al ser alcanzados por las bombas alemanas. Murieron cuarenta de cuantos integraban su estado mayor, y a varias decenas del suelo se elevó una colosal columna de humo y fuego. Las ruinas de la fábrica de tractores fueron escenario de enfrentamientos propios de una pesadilla entre soviéticos medio muertos de hambre y los carros de combate de la XIV.º división blindada a los que se afanaban en repeler. En determinado momento, la cabeza de puente que defendía el LXII.º ejército en la margen occidental del Volga llegó a reducirse a unos cuantos centenares de metros.

Como de costumbre, la desesperación con que lucharon los del Ejército Rojo se vio reforzada por la obligación, pues cualquier retirada sin autorizar se pagaba con la muerte. «Para ser sinceros, en aquel tiempo de ansiedad en el que podía oírse el fragor de la batalla desde los barrios de las afueras de Stalingrado; en el que, de noche, era posible ver los cohetes que atravesaban los cielos, rasgados por los haces de luz de los reflectores; en el que hacían su entrada en las calles de la ciudad los primeros camiones desfigurados por la metralla y cargados con los heridos y la impedimenta de los cuarteles generales en retirada; en el que los periódicos anunciaban en primera plana el peligro mortal que corría la nación, el miedo logró abrirse paso hasta los corazones de muchos, y muchos eran los que tenían la mirada puesta en la otra margen del Volga». Dicho de otro modo: los soldados ansiaban huir hacia levante para escapar de aquel averno. Quienes lo intentaron pagaron en consecuencia, por lo que, durante la batalla se ejecutó a trece mil quinientos combatientes acusados de cobardía o deserción, y el número de los que fueron ajusticiados en el acto fue mucho mayor. En un informe típico redactado el 23 de septiembre, Beria comunicó que, en las veinticuatro horas anteriores, los «destacamentos de interceptación» de su NKVD habían detenido a 659 personas: a siete de aquellos «cobardes» y a un «enemigo del pueblo» los habían matado de un disparo delante de sus unidades, y aún había arrestados otros 24, incluidos un «espía», tres «traidores a la madre patria», ocho «cobardes» y ocho «enemigos del pueblo[24]».

Paulus emprendió un ataque tras otro, pero en todos demostró carecer de la suficiente potencia para avanzar de forma decidida. No había lugar para sutilezas: todo se reducía a un centenar de forcejeos diarios con la muerte entre combatientes que compartían privaciones idénticas con independencia de su nacionalidad. Chuikov apostó sus fuerzas tan cerca de la línea del enemigo como le fue posible a fin de frustrar los ametrallamientos de la Luftwaffe. Las bombas habían dejado la ciudad en ruinas; pero, tal como tendrían oportunidad de descubrir más tarde los Aliados occidentales, las ruinas constituyen obstáculos formidables para los carros de combate y pueden defenderse con más facilidad que las calles expeditas de edificios intactos. Apenas había soldados que no estuviesen hambrientos ni tuviesen frío a todas horas. Los tiradores y los morteros trocaban en mortal cualquier movimiento descuidado, y, de hecho, fueron muchos quienes murieron mientras recogían munición o hacían cola en las cocinas de campaña. Las mujeres no perecieron en menor proporción: Chuikov se encargaría más tarde de rendirles cumplido homenaje por la contribución que habían hecho en calidad de encargadas de transmisiones, enfermeras, secretarias y oteadoras de fuerzas aéreas.

El viento helado producía quemaduras en los rostros. Cada día traía consigo sus propios reveses locales, en tanto que, por las noches, los soviéticos hacían cruzar a la orilla occidental nada más que el número suficiente de refuerzos para mantener el precario perímetro que defendían. Desde Moscú dotaron de un aire de sentimentalismo a no pocos episodios con fines propagandísticos, tal como ocurrió con la historia de un soldado de la infantería de marina llamado Panaiko, que quedó convertido en una antorcha humana cuando se le encendió el cóctel Molótov que llevaba. Aquel desdichado no dudó en correr hacia un carro de combate alemán para estrellar contra la rejilla del motor un segundo cóctel que envolvió en llamas el vehículo y al héroe. Si bien algunas eran apócrifas, había otras muchas que no lo eran. «El coraje se ha vuelto contagioso aquí del mismo modo que en otros lugares se contagia la cobardía», escribió, cargado de razón, Vasili Grossman[25]. Las órdenes de Stalin eran sencillas, y nadie albergaba la menor duda al respecto: había que derramar la última gota de sangre si era necesario para defender la ciudad.

Por desgracia para Hitler, la batalla se conformaba a la perfección con el espíritu combativo elemental del Ejército Rojo. Cierto oficial de granaderos de la XXIV.ª división de Panzer escribió: «Llevamos quince días luchando por una sola casa con morteros, ametralladoras, granadas y bayonetas. El frente es un pasillo tendido entre habitaciones calcinadas… La calle ya no se mide en metros, sino en cadáveres. Stalingrado ha dejado de ser una ciudad. Por el día no es más que una nube gigantesca de humo ardiente y cegador, un

horno colosal iluminado por el reflejo de las llamas, y cuando llega la noche, una más de estas noches abrasadoras, tremebundas y sangrantes, los perros se lanzan al Volga y nadan con desesperación para alcanzar la ribera opuesta. Las noches de Stalingrado les resultan terroríficas, y los animales prefieren huir de este infierno. Tampoco las piedras más recias van a ser capaz de soportarlas mucho tiempo: los únicos que pueden con ellas son los hombres».

Es importante reconocer que, siendo decisiva la batalla de Chuikov, en los incontables cientos de miles de kilómetros que abarcaba el frente se prolongaron los combates durante aquel otoño y aquel invierno, y el número de muertos superó el que se produjo en Stalingrado. «¡Hola, amada Marusia! ¡Hola, hermana Tania! —escribió desde Ucrania Pável Kalitov, comisario de un grupo de partisanos—. Os escribo la presente para informaros de que, por el momento, sigo con vida y gozo de buena salud. Seguimos en el mismo sitio; es decir: en el curso alto del Shelón. Ahora mismo estamos viviendo combates muy arduos. Los alemanes nos atacan con tanques, aviones, cañones y morteros. Nuestros guerrilleros están luchando como leones. Vasia Búkov mató a quince con un fusil el 7 de junio. No es fácil enfrentarse a ellos, porque nos superan en potencia de fuego. Dependemos por completo de las gentes de los aledaños para conseguir víveres, y la verdad es que en estas tierras se están portando excelentemente con nosotros. Los alemanes son muchos, y nosotros, pocos. Por eso no dormimos más de dos o tres horas al día. Ayer fui a una bania después del combate, y me acordé de cuando, en tiempos de paz, podía uno disfrutar de una copita de vodka después de la sauna y descansar como está mandado, y de los fines de semana que salía a pescar. ¿Cómo está tu hermana Shura? ¿Está cogiendo peso, ahora que tus cuidados habrán hecho que olvide el hambre que pasó en Leningrado? —Y concluía en tono optimista—: Este año, los fascistas no están luchando tan bien como el pasado.»[26]

La vida en Leningrado se iba haciendo cada vez más llevadera, por más que la segunda ciudad de la Unión Soviética aún sufriese los bombardeos del enemigo. La población seguía famélica, aunque la mayor parte recibía la cantidad exacta de alimento necesaria para subsistir. En marzo de 1942, las autoridades emprendieron una campaña destinada a limpiar las calles de nieve, escombros y cascotes en la que participaron cientos de miles de ciudadanos. En abril se nombró a un nuevo comandante: el teniente general Leonid Góvorov, oficial de artillería de cuarenta y cinco años que, pese a su carácter taciturno, no estaba mal dotado de inteligencia, cultura y humanidad. El NKVD informó desde Leningrado aquel verano: «En relación con la mejora de la situación alimentaria experimentada en junio, la tasa de

mortalidad se redujo en un tercio… El número de incidentes vinculados al uso de carne humana para la manutención también ha descendido, y así, si en mayo se arrestó a 236 personas por semejante delito, los detenidos en junio sólo son 56[27]».

No obstante, el terror siguió acosando a los soldados apostados en las líneas del norte. Nikolái Nikulin anotó en su diario el 18 de agosto que de su división no quedaba otra cosa que la denominación, cierto número de cocineros y un puñado de suboficiales. Asimismo, se quejaba de que en la ración matinal de gachas era normal dar con fragmentos de metralla, y de que lo atormentaba la sed: «Por la noche, me he arrastrado dos veces hasta uno de los cráteres dejados por los proyectiles en busca de agua. Estaba tan espesa y parda como el café, y olía a explosivo y a alguna cosa más. Por la mañana, descubrí una mano negra y retorcida dentro de ese hoyo. Tengo la guerrera y los calzones tiesos como el cartón por el barro y la sangre, y las rodillas y los codos, desollados de reptar. Me he desprendido del casco. Aquí casi nadie lo lleva, porque lo normal es usarlo para cagar y arrojar después el contenido fuera de la trinchera. El muerto que tengo al lado apesta horrores. Esto está plagado de cadáveres nuevos y viejos. Algunos ennegrecen al secarse, y quedan tendidos en toda clase de posturas. Dentro de la trinchera, uno topa aquí y allá con partes pisoteadas y hundidas en el barro: una cara aplastada, una mano…; todo ello del mismo tono marrón que el suelo. Pasamos por encima sin más[28]».

A finales del mes de agosto, los alemanes abandonaron de súbito su estrategia de contención y acometieron una ofensiva de primer orden destinada a tomar la ciudad. Cuando fracasó, los soviéticos respondieron con un contraataque con el que alcanzaron logros espectaculares. Resucitó parte de la vida cultural de la ciudad, y así, se celebraron exposiciones artísticas, conciertos…, y aun se interpretó la séptima sinfonía de Shostakóvich en la Sala Filarmónica. El pueblo de Leningrado recuperó la fe en su propia supervivencia en grado suficiente para prestar atención al calvario que estaban sufriendo los ciudadanos de Stalingrado. «Se ve en la expresión de las gentes —escribió Vera Ínber—, en los tranvías, en las calles… No dejamos de dolemos de la desgracia de Stalingrado… Era allí donde se iba a decidir todo: el destino final de la guerra.»[29]

Leningrado no dejó de sufrir el hostigamiento de la aviación y la artillería en todo el invierno de 1942. Uno de los bombardeos se produjo durante una representación teatral. En el segundo acto del estreno de una comedia sobre la flota del Báltico titulada El ancho mar, apareció ante el telón uno de los actores para preguntar al auditorio:

—¿Qué hacemos, camaradas? ¿Nos refugiamos, o seguimos con la obra?

Y el público, con un sonoro aplauso, exclamó:

—¡Seguimos!

El 12 de enero de 1943, Góvorov estuvo en condiciones de emprender una nueva ofensiva con la que acabar con el asedio. Zhúkov volvió a visitar la ciudad y trató de imprimir su propio sello a las operaciones. Como de costumbre, mostró una indiferencia total ante las posibles bajas, y así, preguntó en tono mordaz: «¿Quiénes son los cobardes que no quieren luchar?». El 15 de enero se recuperó la Shlisselburg, plaza de gran relevancia, y dos días más tarde se anunció formalmente el fin del bloqueo. En la ciudad, la célebre poeta Olga Berggolts escribió: «Nunca olvidaremos esta felicidad, la felicidad de la liberación de Leningrado. Se ha roto el cerco maldito[30]». Otro de sus habitantes, por nombre Ígor Chaiko, escribió el 3 de marzo: «En mi cabeza se está formando un pensamiento con letras encendidas: no hay nada que no pueda superar… La primavera es símbolo de vida. La artillería alemana vuelve a bombardearnos, pero la amenaza no es tan imponente a la luz del sol[31]».

Los gatos —los pocos que no habían acabado en el puchero— volvieron, de pronto, a ser de gran utilidad para acabar con la plaga de ratas, y, de hecho, se transportó a la ciudad un tren entero de combatientes felinos. Los proyectiles alemanes, que a aquellas alturas respondían más al rencor que a ningún fin militar, no dejaron de caer durante 1943 —en el mes de julio se vivió el peor bombardeo del asedio—; pero aunque hubo que esperar a enero de 1944 para que lanzase el Ejército Rojo la acometida que acabaría por repeler al enemigo más allá del punto desde el que alcanzaba a batir la ciudad con sus baterías, lo cierto es que el destino de Leningrado se decidió durante la primavera de 1942, cuando se hizo evidente la posibilidad de alimentar a los habitantes que seguían con vida. Al decir de los cálculos oficiales, en lo que duró el sitio murieron 632 253 personas, aunque se da por supuesto que el número total de víctimas debió de ser, cuando menos, de un millón. La propaganda soviética ocultó buena parte de lo ocurrido durante la agonía de la ciudad, y así, cuando Olga Berggolts visitó Moscú para hacer una intervención radiofónica a finales de 1942, se le advirtió que debía omitir los horrores del asedio. «Me dijeron —recordaba— que los habitantes de Leningrado eran héroes, pero ellos no saben siquiera en qué consiste ese heroísmo. No sabían que pasamos hambre, que la población moría de hambre.»[32]

Aunque, desde un punto de vista estratégico, la campaña del sector septentrional revistió una importancia mucho menor que la batalla de Stalingrado, la experiencia de Leningrado no resulta menos significativa a la hora de demostrar por qué prevaleció la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. Es impensable que los británicos hubiesen preferido comerse los unos a los otros a rendir Londres o Birmingham, o que sus

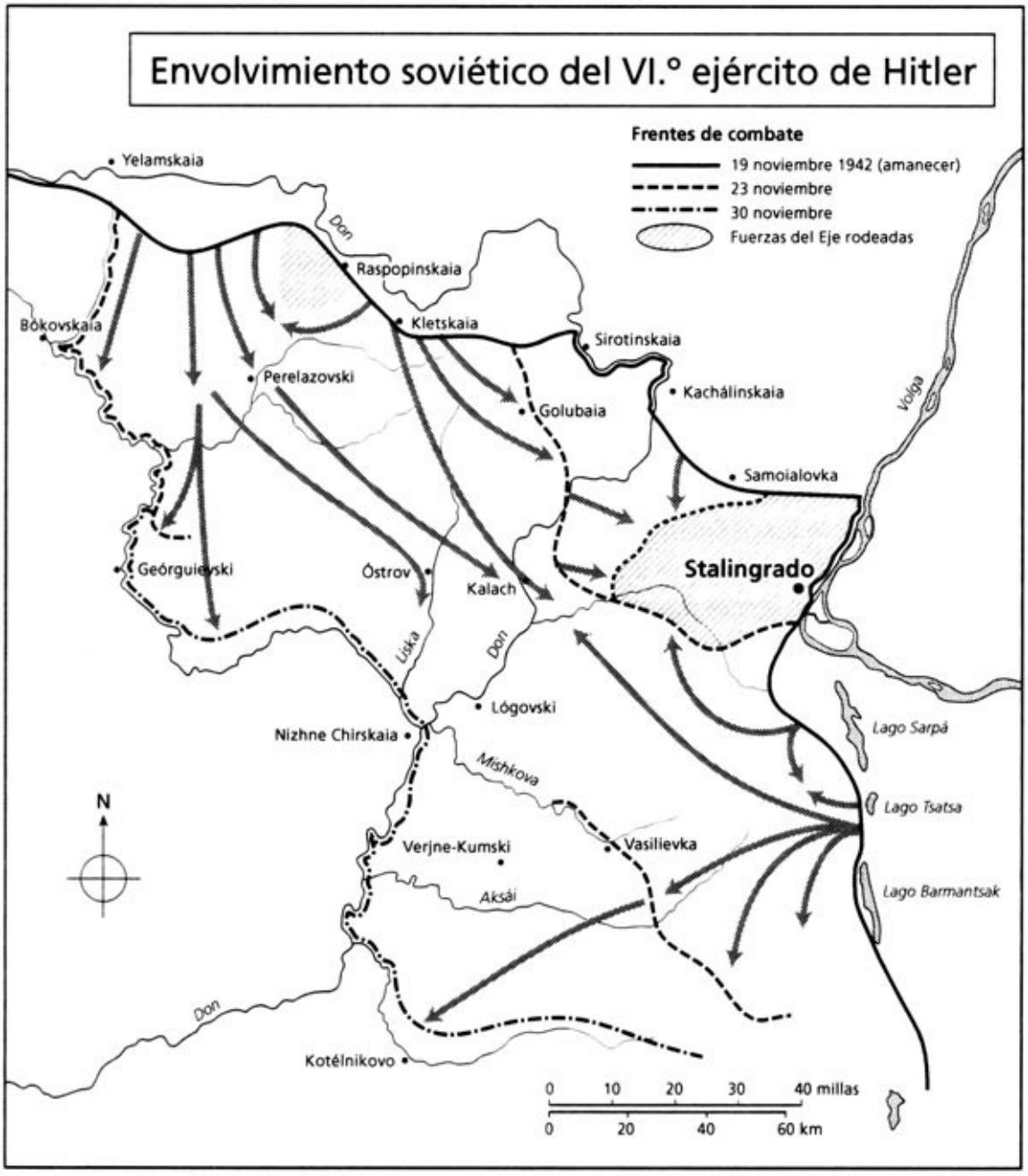
generales y políticos hubieran podido conminarlos a resistir a un precio semejante. El carácter obligatorio de la resistencia fue uno de los factores fundamentales de la supervivencia de Leningrado, como de la del resto de la nación de Stalin: si en febrero de 1942 hubiesen ofrecido a sus habitantes la oportunidad de capitular a cambio de alimento, apenas cabe dudar de que hubieran entregado la plaza. Pero en la Unión Soviética no existía semejante opción: las autoridades se encargaron de ejecutar a todo aquel que trató de acogerse a ella. Tanto el dirigente alemán como el soviético desplegaron una terquedad obsesiva respecto de la ciudad, y la del segundo se vio recompensada a la postre, aunque en medio de una montaña de cadáveres. Un pueblo capaz de soportar situaciones así poseía cualidades de las que carecían los Aliados occidentales, y que resultaron ser indispensables para la destrucción del nazismo. En la subasta de crueldad y sacrificio que se dio entre Hitler y Stalin, el dictador soviético resultó ser el mejor postor.

La Stavka acometió sus contraataques estratégicos en el instante mismo en que los defensores de Leningrado comenzaban a disfrutar de un frágil renacimiento de vida y esperanza. La Operación Marte, que comenzó el 25 de noviembre de 1942, ha caído en el olvido por la simple razón de que fue un fracaso. En ella, unos 667 000 soldados soviéticos y 1900 carros de combate trataron de completar el envolvimiento del IX.º ejército alemán, y pese a perder cien mil vidas en el intento, no lo lograron. La batalla, que en cualquier otro lugar del mundo se habría tenido por colosal, pasó punto menos que inadvertida en medio de la matanza que se estaba produciendo en el frente oriental.

Algunos soldados entendieron que cualquier opción era preferible a seguir luchando. «En el preciso momento en que me eché para descansar un rato antes del desayuno —escribió el capitán Nikolái Belov—, vino a verme un ordenanza del comisario para anunciarme que requerían mi presencia en el cuartel general. Resultó que el soldado Sharónov se había pegado un tiro. ¡Si será sinvergüenza! Se ausentó de la instrucción asegurando que estaba enfermo, y de camino a su barracón tropezó conmigo. Iba retorciéndose, y yo le ordené que permaneciera custodiado en mi refugio; pero se ve que aprovechó una ausencia momentánea de la guardia para suicidarse.»[33]

Por fortuna para Stalin, Zhúkov y la causa aliada, la otra gran acción soviética de aquel verano, la Operación Urano, obtuvo un éxito muchísimo mayor. Los alemanes carecían de la fuerza necesaria para manejar el gigantesco frente que ocupaban, y entre el II.º ejército, apostado en Vorónezh, en el cauce alto del Don, y los ejércitos blindados IV.º y VI.º, situados más al sureste, en Stalingrado, había, de hecho, un hueco de casi quinientos

kilómetros. Falto de soldados, Von Weichs, al mando del grupo de ejércitos B, empleó unidades húngaras, italianas y rumanas a fin de proteger los flancos del VI.º ejército, y el servicio de información alemán no supo darse cuenta de que contra las de Rumania se estaba congregando un número ingente de fuerzas soviéticas. Zhúkov dio comienzo a su ofensiva el 19 de noviembre, lanzando a seis ejércitos contra el sector norte del perímetro del Eje y, al día siguiente, hizo avanzar hacia el oeste el «frente» de Stalingrado, apostado al sur de la ciudad.



Henry Metelmann, adscrito a un cañón anticarro Pak, se encontraba asistiendo a los rumanos cuando atacó la Unión Soviética. «Se puso a temblar todo —recordaba—, y empezaron a caernos terrones encima en medio de un estruendo ensordecedor. Estábamos como borrachos por la falta de sueño, y

nos tropezábamos unos con otros. Confundíamos las botas, los uniformes y otros pertrechos, y dábamos voces para aliviar la tensión. Salimos de este alboroto para metemos en otro peor: un infierno de ruido y explosiones… Todo estaba sumido en una gran confusión, y de las líneas rumanas avanzadas me llegaban gritos y berridos… Entonces oímos el poderoso sonido metálico de las orugas, y alguien situado algo más adelante exclamó, aunque poca falta hacía: "¡Que vienen!". Entonces vimos a los primeros salir de la penumbra gris.»[34] Los soviéticos arrollaron la pieza de artillería de Metelmann, a toda su dotación —menos a él— y a dos ejércitos rumanos, cuyos soldados se rindieron por decenas de miles. A muchos de ellos los abatieron, y a los supervivientes, tocados con sus gorros blancos distintivos, los transportaron río abajo en barcazas a los campos de prisioneros. Mientras contemplaba la multitud de cautivos que miraba con gesto lánguido los témpanos que flotaban en el agua, cierto marino soviético sentenció al reparar en las ansias con que habían buscado el río: «Bueno, pues por fin han visto el Volga». Rumania pagaría un precio muy elevado por su adherencia al Eje, toda vez que habría de sufrir seiscientas mil bajas en lo que duraron las campañas orientales.

El 16 de diciembre se congeló el río, y la capa de hielo no tardó en hacerse lo bastante gruesa para permitir el paso de camiones y bocas de fuego. En las ruinas de Stalingrado fueron cesando los combates: las batallas decisivas se estaban librando más al suroeste. Cinco días más tarde, los carros soviéticos culminaron un envolvimiento doble perfecto tras el VI.º ejército de Paulus, y las puntas de lanza de Zhúkov se encontraron al este del paso del Don por Kalach. Si no eran pocas las veces que habían logrado los soviéticos efectuar con buen éxito una acción así, tampoco eran menos las ocasiones en que habían conseguido romper sus líneas los alemanes y escapar del cerco. Si la situación fue distinta en este caso fue porque Hitler rechazó los ruegos del comandante del VI.º ejército, quien se declaró a favor de semejante retirada, y le ordenó proseguir su ataque a Stalingrado. Manstein, por su parte, acometió el 13 de diciembre desde el oeste a fin de unirse de nuevo a las fuerzas de Paulus. Llegado el día 23, sus fuerzas de vanguardia se habían abierto camino hasta quedar a cincuenta kilómetros de Stalingrado, y una vez allí, se detuvieron. El mariscal de campo instó a Paulus a desobedecer al Führer y avanzar hasta encontrarse con él, puesto que aún era posible tal movimiento. El del VIº ejército, sin embargo, se negó en redondo, y condenó así a doscientos mil soldados a morir o caer prisioneros. Manstein, cuyas unidades se hallaban extenuadas, ordenó una retirada general.

La cercanía de las Navidades provocó un brote de sentimentalismo en todo el

frente oriental alemán. Cada tarde de domingo, la mayoría de cuantos tenían a mano un aparato de radio oía «Wunschkkonzert für die Wehrmacht», programa transmitido desde Berlín al objeto de tender un lazo entre los soldados y sus familias por mediación de las peticiones musicales. Su incansable patriotismo llevaba a sus responsables a hacer hincapié en piezas como «Glocken der Heimat» («Campanas de la nación») o «Panzer rollen in Afrika vor» («Los carros de combate recorren África»). A los soldados les encantaba oír a Zarah Leander cantar «Ich weiß, es wird einmal ein Wunder geschehen», una de las favoritas de los ciudadanos alemanes:

> Sé que un día habrá un milagro
> y se harán realidad mil cuentos de hadas.
> Sé que un amor tan grande y mágico
> no puede morir.

Muchos alemanes, sobre todo los jóvenes, se hallaban presos de una paranoia no menos real causada por las fantasías nazis. El piloto de la Luftwaffe Heinz Knoke se dejó llevar por la emoción al oír, en Nochebuena, «Stille Nacht, Heilige Nacht» («Noche de paz, noche de amor»): «Es el más hermoso de todos los villancicos de Alemania. Hasta los británicos, los franceses y los estadounidenses lo están cantando esta noche. ¿Serán conscientes de que es alemán? ¿Entienden de veras todo lo que significa? ¿Por qué nos odia la gente de todo el mundo, y sin embargo canta nuestras canciones, interpreta la música de compositores nuestros, como Beethoven o Bach, y recita las obras de los grandes poetas alemanes? ¿Por qué?»[35]. El paracaidista Martin Poppel escribió desde la Unión Soviética, imbuido del mismo espíritu:

> Todos nuestros pensamientos y nuestras conversaciones tienden ahora a nuestros hogares, a nuestros seres queridos, a nuestro Führer y a nuestra patria. No nos da vergüenza llorar mientras recordamos a nuestro dirigente y nuestros camaradas caídos. Es como un juramento que nos une a todos, y nos hace apretar los dientes y seguir adelante hasta la victoria… En casa, estarán también sentados al arrimo del árbol de Navidad. Puedo ver a mi padre, tan querido y valeroso, ponerse en pie para beber con ojos enrojecidos a la salud de los soldados; a mi denodada madre, que sin duda habrá dejado escapar alguna lágrima, y también a mi hermanita. Pero ya vendrá una Nochevieja en la que podamos estar todos juntos, felizmente reunidos tras haber dado un final victorioso a esta matanza entre naciones. El espíritu superior que mueve a los jóvenes debe conducirnos al triunfo: no hay otra alternativa[36].

Los sentimientos de aquella juventud, de las ruedas dentadas de una máquina bélica que había causado sufrimientos inefables, daban fe del éxito del sistema educativo y propagandístico de Goebbels, y de la trágica situación de Europa, a la que tanto había contribuido. Aquellas Pascuas de 1942, en la Unión Soviética, eran millones los soldados alemanes que se dirigían, a paso ligero, al momento en que el fracaso de las insensatas ambiciones de sus dirigentes los llevaría, de forma prematura, a la tumba.

Goering aseveró que la Luftwaffe gozaba de la capacidad necesaria para aprovisionar a las fuerzas alemanas aisladas cerca de Stalingrado, aunque hasta los cálculos más rudimentarios hacían patente que tal cosa era impensable. A lo largo del mes de diciembre, a medida que mermaban los víveres y la munición, las fuerzas de Paulus fueron perdiendo terreno, combatientes, carros de combate y, poco después, la esperanza. Cierto oficial de la Wehrmacht escribió, el 16 de enero de 1943, en una carta de despedida destinada a su esposa: «La lucha implacable no ha acabado. ¡Que Dios asista a los valientes! Que se diga un día de nosotros que combatimos en Stalingrado como no había combatido antes soldado alguno en todo el mundo. Transmitir este espíritu a nuestros hijos es el cometido de las madres[37]». A los más de cuantos quedaron atrapados en el foco de resistencia de Paulus, sin embargo, tan heroicos sentimientos les causaban empacho.

El 12 de enero, los soviéticos arremetieron con cuatro de sus «frentes» contra el grupo de ejércitos del Don, al norte de Stalingrado, e hicieron huir en desbandada a las fuerzas del Eje. La división Pasubio, que formaba parte del VIII.º ejército alemán atrapado en el envolvimiento del Don, tuvo que abrirse camino en dirección al oeste. Sin combustible, sus desdichados integrantes se vieron obligados a deshacerse de las armas pesadas y seguir camino a pie. «La carretera estaba llena de vehículos abandonados con toda su carga —escribió el teniente de artillería Eugenio Corti—. Me partía el corazón verlos. ¡Cuánto trabajo, cuánto gasto habrá costado a Italia todo ese equipo!»[38]. A los soldados que, exhaustos, trataban de subir a los vehículos alemanes, los apeaban entre gritos e insultos.

Corti trató en vano de mantener la disciplina de su propia unidad. «Pero ¿cómo va a esperarse, de gentes que no están acostumbradas a conducirse en buen orden en la vida corriente, que se vuelvan metódicas con sólo ponerles un uniforme? —se preguntaba—. Cuando empezaron a llover los proyectiles del enemigo, la turba aceleró su paso inseguro, y entonces fui testigo de una de las escenas más lamentables de toda la retirada: la de italianos que mataban a otros italianos… Habíamos dejado de ser un ejército; yo ya no estaba tratando con soldados, sino con criaturas incapaces de dominarse que obedecen a un solo instinto animal: el de la propia conservación.»[39] Se lamentaba de la permisividad de que había dado muestras él mismo al no matar de un disparo a un hombre que había desafiado su orden de dejar que los heridos ocuparan los pocos trineos disponibles: «La confusión en la que estábamos sumidos se debía a un número incontable de muestras de debilidad como la mía propia… Uno de los soldados alemanes que había entre nosotros estaba fuera de sí, ofendido por nuestro proceder, y lo cierto es que tuve que admitir que tenía razón… Estábamos tratando con hombres

indisciplinados, perplejos[40]».

En cierto hospital de primera sangre, «los heridos se amontonaban unos encima de otros, y cuando uno de los pocos enfermeros que allí había apareció con agua, a los gemidos fueron a unirse los gritos de los desdichados a los que había pisado sin querer. Fuera habían dispuesto paja sobre la nieve para tender a varios centenares de pacientes… [D]ebía de haber una temperatura de entre quince y veinte grados bajo cero, y los muertos habían empezado ya a entremezclarse con los vivos. Al médico encargado de tratarlos lo habían alcanzado dos veces con fragmentos de proyectil mientras efectuaba amputaciones con una navaja de afeitar[41]».

Los padecimientos de los soviéticos persistieron con independencia de cuál de los contendientes llevara la delantera. En una cabaña de campesinos, Corti topó con una familia destrozada: «Tuve por recibimiento la visión del cadáver descomunal de un anciano de largas barbas grises tendido sobre un charco de sangre… Pegadas a una de las paredes, encogidas de miedo, había tres o cuatro mujeres con cinco o seis niños; niños soviéticos, secos, delicados y con la carita de cera. También había un soldado comiendo con calma patatas guisadas… ¡Recuerdo la calidez de aquella casa…! Insté a las mujeres y a los niños a comer algo antes de que llegaran más soldados y se zamparan cuanto tenían[42]». Las tropas del Eje encontraban, a menudo, divertido e impresionante el estoicismo de los soviéticos, a quienes consideraban víctimas del comunismo más que enemigos. Aun después de que los invasores extranjeros hubiesen causado a su país infortunios indescriptibles, los lugareños profesaban, en ocasiones, una compasión tan humana respecto de la aflicción de los combatientes del Eje, que éstos no podían menos de conmoverse. «Durante las detenciones que efectuábamos en el transcurso de aquellas marchas —recordaba Corti—, hubo entre nuestros compatriotas muchos que se libraron de morir congelados por los cuidados desinteresados, maternales, de mujeres pobres.»[43]

En lo que duró aquella terrible retirada, los aliados de Hitler criticaron severamente a la Luftwaffe por no lanzar provisiones sino a las unidades alemanas. Corti escribió al respecto: «Observábamos con avidez aquellos aviones, y sus formas y sus colores nos resultaban repugnantes, extraños, como los uniformes de los soldados germanos… ¡Si se hubiese perfilado contra el cielo la silueta de uno solo de los aviones italianos que tan bien conocíamos…! ¡Si hubiesen dejado caer una sola cosa para nosotros, por insignificante que fuera…! Pero ¡qué va!»[44]. El sufrimiento de los italianos se agravó por la censura ejercida desde su nación, que mantuvo a sus familias ignorantes de la suerte que habían corrido cuantos perecían en la nieve: «En la distante patria, nadie sabía de su sacrificio. Los militares destinados en la Unión Soviética vivíamos nuestra tragedia, mientras que la radio y los

periódicos se centraban en asuntos totalmente ajenos a ella, como si toda la nación se hubiese olvidado de nosotros[45]».

Corti se horrorizaba ante las matanzas que cometían los alemanes con los prisioneros soviéticos, si bien era consciente de que el Ejército Rojo acostumbraba hacer otro tanto con sus propios cautivos: «Para nosotros, gentes civilizadas, resultaba doloroso en extremo verse en medio de un choque salvaje de bárbaros[46]». Se encontraba dividido entre la repugnancia que le producía la crueldad de los germanos, «que en ocasiones los hacía, a mi ver, indignos de ser considerados parte de la familia humana», y el respeto que, a regañadientes, le inspiraba su fuerza de voluntad. Deploraba el desdén que profesaban a otras razas. Había oído hablar de oficiales que mataban de un disparo a los soldados cuyas lesiones les impedían caminar; de violaciones y asesinatos; de la apropiación, por parte de la Wehrmacht, de trineos cargados de heridos italianos… Y aun así, también sentía un gran respeto por cómo cumplían con su deber los soldados de Alemania: de forma instintiva, sin necesitar siquiera un oficial ni suboficial que les diera órdenes: «Me preguntaba… qué habría sido de nosotros sin los alemanes, y no podía menos de reconocer, mal que me pesara, que, de haber combatido solos, los italianos habríamos acabado en manos del enemigo… [Así que] daba gracias al Cielo por tenerlos en nuestra columna… Sin la menor sombra de duda, como soldados no tienen par[47]».

Los Panzer y los Stuka hacían retroceder de continuo a los vehículos blindados de la Unión Soviética y permitían así que sus columnas se batieran en retirada, rodeadas por los fuegos homicidas de los morteros del Ejército Rojo. Un fragmento de proyectil le arrancó los testículos a uno de los soldados italianos, que se los echó al bolsillo y, atándose la herida con una cuerda, siguió caminando. Al día siguiente, al llegar a un puesto de socorro, se bajó los calzones y, tras hurgar en el bolsillo, según el relato de Eugenio Corti, tendió a un médico «los genitales cercenados, ya renegridos, mezclados en la palma de su mano con migas de galleta, a tiempo que le preguntaba si podía volver a cosérselos[48]». Corti logró mantenerse con vida hasta llegar a la estación terminal de Yasinovátaia, desde donde viajó a Alemania vía Polonia. Un tren hospital lo llevó, al fin, a su querida Italia. Al decir de un general compatriota suyo, a finales de 1942, el 99 por 100 de los de su nación no sólo suponía que perderían la guerra, sino que esperaba con fervor que ocurriera tal cosa cuanto antes[49].

En enero de 1943, las líneas orientales de Alemania sufrieron una serie de reveses nada desdeñable. El día 12, en el extremo norte, los soviéticos dieron principio al ataque que, a la vuelta de cinco días, abriría a lo largo del lago

Ládoga el corredor que permitió romper el sitio de Leningrado. El asalto efectuado de forma simultánea más al sur sirvió para recuperar Vorónezh y hacer trizas las unidades húngaras de los ejércitos de Hitler. A finales de enero, las fuerzas soviéticas se aproximaron a Rostov y amenazaron con ello a las fuerzas alemanas apostadas en el Cáucaso, que no tardaron en quedar confinadas a una cabeza de puente en Tamán, al este de Crimea. El 31 de aquel mes, Paulus rindió lo que quedaba del VIº ejército en Stalingrado. Zhúkov se convirtió en el primer comandante soviético que recibió un bastón de mariscal en tiempos de guerra, y no tardarían en seguirlo Vasilevsky y el propio Stalin. El 8 de febrero, el Ejército Rojo entró en Kursk; una semana después, en Rostov, y el 16 ocupó Járkov.

La victoria obtenida en Stalingrado transformó la moral de las fuerzas estalinistas. Un soldado llamado Agéiev escribió a los suyos para decirles: «Me encuentro de un humor excelente. Si estuvieseis viendo esto, también vosotros estaríais igual de felices. Imagináoslo: ¡los alemanitos están huyendo de nosotros!»[50]. Vasili Grossman expresó la indignación que le provocaba lo que entendía como burdas muestras de egoísmo por parte de Chuikov y otros mandos militares, que rivalizaban entre sí por el mérito de las victorias del Ejército Rojo: «Ninguno parece saber lo que es la modestia. "Lo he hecho yo, yo, yo, yo…". Hablan sin el menor respeto de los demás comandantes, sobre quienes difunden murmuraciones absurdas[51]». Aun así, después de los horrores y los fracasos que habían vivido el año anterior, ¿quién podía reprochar tales accesos de triunfalismo a los generales de Stalin? La lucha por Stalingrado había costado a la Unión Soviética 155 000 vidas —la mayoría de los caídos recibió sepultura en tumbas anónimas, toda vez que el frontovik era reacio, por superstición, a llevar placas de identidad—, en tanto que el número de evacuados por lesión o enfermedad ascendió a 320.000. Sin embargo, éste resultó ser un precio aceptable por la victoria que cambió el curso de la guerra.

El resto de los Aliados compartió el regocijo de las gentes de Stalin. «La muerte de miles de alemanes en la Unión Soviética se ha convertido en una noticia muy agradable —escribió el ciudadano británico Herbert Brush el 26 de noviembre de 1942—, y espero que se prolongue durante mucho tiempo, porque parece el único modo de convertir a la juventud de Alemania. Me pregunto cómo van a tratar los soviéticos a los prisioneros… si habrán abrazado de veras la vida civilizada.»[52] La respuesta a sus conjeturas era que a muchos de los presos alemanes estaban matándolos o dejándolos morir de hambre y frío, pues parecía imposible hacer que ninguno de los dos contendientes desistiera de demostrar que era más bárbaro que el otro.

El Ejército Rojo logró avances asombrosos en los primeros meses de 1943, período en el que se hicieron con doscientos cuarenta kilómetros de territorio

en el norte hasta detenerse más allá de Kursk. Aunque el generalato soviético desplegó en ocasiones no poco ingenio, el elemento decisivo de las victorias de sus fuerzas siguió siendo su carácter multitudinario: la disciplina era muy irregular, y las unidades seguían siendo muy propensas a entregarse al pánico y desertar en masa. En muchas ocasiones, la incompetencia de sus mandos se agravaba por su tendencia a la ebriedad. Las escenas que describió en estos términos el capitán Nikolái Belov no eran poco frecuentes durante los ataques:

> El día de la batalla, estuve durmiendo durante todo el ataque de la artillería. Después de una hora y media aproximada, me desperté y fui corriendo al teléfono para comprobar la situación. Entonces, me dirigí de la trinchera de transmisiones a donde estaba apostado el I.er batallón de fusileros, y ahí me encontré con que el capitán Nóvikov, su comandante, y Grudin, el jefe de estado mayor, estaban corriendo de un lado a otro pistola en mano. Cuando les pedí que se reportaran, me dijeron que estaban acaudillando a sus hombres hacia el campo de batalla. Los dos estaban borrachos, y les ordené que volviesen a enfundar las armas.
>
> Entre los cadáveres que se amontonaban en las trincheras y los parapetos se encontraba el del capitán Sovkov, muerto a manos de Nóvikov. Me dijeron que había matado a un buen número de [sus propios] soldados. Les hice saber, a él, a Grudin y a Aikazián que si no se unían a la compañía de vanguardia, yo mismo me encargaría de acabar con ellos. Sin embargo, en lugar de avanzar hacia el río, se dirigieron a la retaguardia. Les disparé una ráfaga de metralleta, pero Nóvikov consiguió volver a la trinchera, y no tuve más remedio que llevarlo a empujones al frente. No tardaron en herirlo, y Grudin regresó con él a la espalda. No hace falta que diga que ese par de cobardes estaba encantado. Tras asumir yo mismo el mando del batallón, pasé por la noche el río Oká a fin de sumarme a la compañía del teniente Utiltaiev. Avancé con tres compañías, pero el asalto fue un fracaso[53].

La causa fundamental de los desastres que acontecieron a los ejércitos alemanes combatientes en la Unión Soviética durante el invierno de 1942 y 1943 fue que habían emprendido una labor que sobrepasaba los límites de lo que podía asumir su nación. Si la Wehrmacht se libró de un cataclismo inmediato, se debió sólo al caudillaje de Manstein. En 1940, Hitler había reconocido de él a regañadientes: «No me gusta, pero es muy competente[54]». De hecho, puede afirmarse, casi con total seguridad, que se trataba del general alemán más capaz de toda la guerra. En marzo logró estabilizar sus líneas, recobrar Járkov con un contraataque y frenar el ímpetu que había llevado del Volga al Donets a las tropas avanzadas de la Unión Soviética, con lo que brindó otro respiro al Führer.

De poco le iba a servir ya, sea como fuere, dado que la balanza se había inclinado de manera decisiva e irrevocable contra Alemania en el frente oriental. El poderío de la Unión Soviética y sus ejércitos no dejaba de crecer a pasos agigantados, ni de menguar el de los invasores. En 1942, la nación germana produjo sólo 4800 vehículos blindados frente a los 24 000 de aquéllos. El recién estrenado T-34, que superaba cuanto estaba usando entonces la Wehrmacht, a excepción del Tiger, comenzó a multiplicarse en los campos de batalla. Cheliábinks, uno de los centros fabriles más activos de

cuantos servían a Stalin en los Urales, recibió a la sazón el nombre de Tankograd («ciudad del tanque»). Aquel mismo año, la Unión Soviética construyó 21 700 aviones frente a los 14 700 de Alemania. El Ejército Rojo envió al frente seis millones de soldados, amén de 516 000 miembros del NKVD, en tanto que Alemania sufrió, durante el invierno de 1942 y 1943, un millón de muertes y perdió cantidades ingentes de material.

El rendimiento de la Wehrmacht en la batalla siguió siendo superior al del Ejército Rojo, y así, hasta el final de la guerra, infligió un número mucho mayor de bajas de las que recibió casi en todas las acciones locales en que participó. Sin embargo, su predominio táctico había dejado de bastar para contener el aluvión soviético. Stalin había empezado a seleccionar a los generales más capaces; a crear ejércitos descomunales apoyados por unidades formidables de carros de combate y artillería, y a recibir, al fin, cuantiosos envíos de los Aliados occidentales que incluían víveres, vehículos y equipos de comunicación. Los cinco millones de toneladas de carne estadounidense que llegaron a la Unión Soviética permitieron asignar una ración diaria de casi un cuarto de kilo a cada soldado. Los suministros alimentarios de los Aliados probablemente evitaron una catastrófica hambruna en el invierno de 1942 y 1943.

De los 665 000 vehículos de que disponía el Ejército Rojo en 1945, 427 000 eran de construcción estadounidense —e incluían 51 000 todoterrenos jeep—. Estados Unidos proporcionó también la mitad de las botas que emplearon los soldados de aquél —por cuanto las pérdidas de ganado habían hecho del cuero un bien escaso—, casi dos mil locomotoras, 15 000 aviones, 247 000 teléfonos y poco menos de cuatro millones de neumáticos. «De pronto, nuestro ejército se vio combatiendo sobre ruedas. Y ¡qué ruedas! —afirmó Anastás Mikoián con una generosidad muy poco usual entre los ministros estalinistas—. Empezamos a recibir carne en conserva, manteca, huevos en polvo y otros alimentos de Estados Unidos, que aportaron no pocas calorías a nuestra empresa bélica.»[55] A juicio de quien tal cosa aseveraba, los suministros debidos a la Ley de Préstamo y Arriendo acortaron la guerra entre un año y dieciocho meses.

Los generales de Hitler no albergaban la menor duda de que obtener la victoria en aquella campaña se había vuelto ya imposible. Lo único que podía preguntarse Alemania era cuánto iban a poder resistir sus ejércitos a unas fuerzas soviéticas en constante crecimiento. Cuando la primavera propició el deshielo del Volga, dejó a la vista, entre un buen número de horrores, el cadáver de un soldado del Ejército Rojo y otro de la Wehrmacht muertos en Stalingrado y fundidos en un abrazo final. Los compatriotas de este último que seguían con vida se hallaban ya a casi quinientos kilómetros al oeste de allí, embarcados en una retirada que no tendría vuelta atrás.

13

Vivir en guerra

I. Los guerreros

La experiencia de la guerra fue extraordinariamente diversa. El frente oriental, donde encontró la muerte el 90 por 100 del total de los alemanes caídos en combate, dominó de forma abrumadora la lucha contra Hitler. Entre 1941 y 1944, marineros y aviadores británicos y estadounidenses lucharon en el mar y el aire; sin embargo, los efectivos de tierra de los aliados occidentales que entablaron batalla con el Eje en el norte de África, Italia, Asia y el Pacífico fueron relativamente menores. Fueron mucho más numerosas las fuerzas angloestadounidenses que pasaron aquellos años preparándose para acciones futuras: cuando el I.er batallón de Norfolk entró en acción en Kohima en junio de 1944, por ejemplo, fue su primera batalla desde que saliera de Francia por Dunkerque en mayo de 1940. Muchas otras unidades británicas y estadounidenses experimentaron paréntesis igualmente prolongados antes de reincorporarse al combate. La guerra era una circunstancia que lo invadía todo en las vidas de los británicos y sus dominios blancos, y, en menor grado, de los estadounidenses; no obstante, el peligro y los apuros que comportaba sólo afectaron a una minoría relativamente pequeña, situada «en el frente mismo» de los combates. En el mar, las víctimas mortales de la mayoría de batallas navales se contaban por centenares; en el cielo, las tripulaciones sufrían pérdidas muy elevadas en proporción, pero que quedaban muy empequeñecidas al compararlas con las de la campaña terrestre del este de

Europa.

La Unión Soviética sufrió el 65 por 100 de todas las muertes de militares aliados; China, el 23 por 100; Yugoslavia, el 3 por 100; Estados Unidos y Reino Unido, el 2 por 100 cada una; Francia y Polonia, el 1 por 100 cada una. Murió cerca del 8 por 100 de toda la población alemana, frente al 2 por 100 de chinos, 3,44 por 100 de holandeses, 6,67 por 100 de yugoslavos, 4 por 100 de griegos, 1,35 por 100 de franceses, 3,78 por 100 de japoneses, 0,94 por 100 de británicos y 0,32 por 100 de estadounidenses. Dentro de las fuerzas armadas, murió el 30,9 por 100 de los hombres de la Wehrmacht, el 17,35 por 100 de la Luftwaffe (incluidos paracaidistas y personal de tierra) y el 34,9 por 100 de la Waffen SS. Murieron cerca del 24,2 por 100 de soldados japoneses y el 19,7 por 100 de su personal naval. Las formaciones japonesas que se enfrentaron a los estadounidenses y británicos en 1944 y 1945 tuvieron bajas mucho más cuantiosas; las estadísticas generales están distorsionadas por el hecho de que, a lo largo de la guerra, un millón de soldados de Hirohito se quedaron en China, donde las pérdidas fueron relativamente modestas. Falleció uno de cada cuatro soldados rusos, frente a uno de cada veinte entre los combatientes de la Commonwealth británica, y uno de cada treinta y cuatro estadounidenses. Entre éstos, pereció cerca del 3,66 por 100 de los marines, frente al 2,5 por 100 del ejército de tierra y el 1,5 por 100 de la marina.

Un número moderado de combatientes se las arregló para disfrutar de la guerra, por lo general en los años en que su bando avanzaba victorioso: alemanes y japoneses en los primeros años, estadounidenses y británicos después. Los jóvenes que gustaban de la aventura la tenían al alcance de la mano. El teniente Robert Hichens, de la Armada Real, escribió en julio de 1940:

> Supongo que nuestra posición es tan peligrosa como pueda llegar a serlo, frente a la amenaza de invasión, pero yo no podía evitar sentirme lleno de alegría… Hallarme en el puente de uno de los barcos de Su Majestad, que el capitán se dirija a mí como a un igual, saber que la nave estará a mi cargo, exclusivamente, durante las siguientes horas. ¿Quién no preferiría morir así, antes que vivir como deben hacerlo tantos y tantos pobres, apelotonados en las ciudades y encerrados en un trabajo de interior[1]?

Hichens cayó en 1942, pero era un combatiente feliz.

Las fuerzas especiales —«ejércitos privados» contemplados con una mezcla de sentimientos por los combatientes más convencionales— atraían a los espíritus más audaces, libres del temor a arriesgar sus vidas en empresas piráticas por tierra y por mar. Entre 1940 y 1944, en parte porque el ejército de Churchill fue incapaz de enfrentarse a la Wehrmacht en Europa, las unidades de asalto británicas llevaron a cabo muchas operaciones menores de una clase que despertaba recelo entre los jefes del estado mayor de Estados Unidos, pese a que los Ranger (tropas de asalto) y las unidades aerotransportadas

estadounidenses interpretaron papeles conspicuos en la campaña europea noroccidental. El primer ministro británico promovió asaltos contra los puestos de avanzada alemanes para dar muestras de agresividad, poner a prueba tácticas y equipos, y mantener una apariencia de impulso en el esfuerzo bélico de su país. Probablemente, de todos aquellos ataques, el más útil fue el de la noche del 27 de febrero de 1942, cuando un pequeño contingente del recién formado regimiento de paracaidistas se lanzó sobre una estación de radar alemana situada en la cima de un acantilado, en Bruneval, cerca de El Havre, en la costa francesa.

Miembros locales de la resistencia francesa habían reconocido de antemano el objetivo sobre el que se lanzaron 120 paracaidistas, capitaneados por el comandante John Frost. Cayeron sobre una gruesa capa de nieve, aseguraron su posición (tras la escasa resistencia del sorprendido equipo del radar de la Luftwaffe) y la mantuvieron mientras un técnico de la RAF, el sargento de vuelo Charles Cox, desmontaba con gran serenidad las piezas clave de su escáner Wurzburg. A continuación, los soldados combatieron hasta llegar a la playa, que abandonaron en una lancha de desembarco. Sólo contabilizaron ocho bajas: dos muertos y seis prisioneros. La tecnología de la que se habían apoderado resultó de un valor incalculable para los servicios de inteligencia británicos. Churchill y los jefes de estado quedaron impresionados ante esta primera prueba de sus paracaidistas y aprobaron una gran expansión de las fuerzas aerotransportadas. El asalto de Bruneval, pregonado a los cuatro vientos por el sistema de propaganda aliado, fue realmente un buen ejemplo de arrojo e iniciativa, con ayuda de la suerte y una respuesta alemana desacostumbradamente débil.

Las operaciones de aquella naturaleza salían mejor cuando las protagonizaban fuerzas menores a la caza de objetivos limitados; los asaltos más ambiciosos ofrecían resultados más ambiguos. Un mes después de Bruneval, 268 comandos desembarcaron en Saint-Nazaire, al tiempo que un viejo destructor embestía la puerta de acceso al enorme muelle flotante del puerto. Al día siguiente, según lo previsto, cinco toneladas de explosivo detonaron a bordo del destructor, arrasaron las compuertas de la esclusa y mataron a muchos visitantes alemanes (así como a dos oficiales de los comandos, que, tras ser apresados, no habían desvelado lo que sabían acerca de la inminente explosión). Pero murieron 144 atacantes y más de doscientos miembros del ejército y la marina cayeron prisioneros. Durante el gran asalto sobre Dieppe, en agosto de 1942, los alemanes sufrieron la baja de 591 hombres de tierra, pero dos terceras partes de los seis mil asaltantes (la mayoría, canadienses) perdieron la vida o fueron heridos o apresados. En 1944, cuando los ejércitos aliados se desplegaron en campañas mayores, se permitió que las fuerzas británicas aerotransportadas y de asalto crecieran

más de lo que su utilidad requería, al absorber más personal de élite de lo que justificaban sus logros en el campo de batalla. En los años previos, sin embargo, contribuyeron útilmente a la moral y complacieron a sus participantes.

Muchos soldados profesionales recibieron con los brazos abiertos las oportunidades de hacer carrera que Hitler les ofrecía: quienes sobrevivían y demostraban ser competentes conseguían en tan sólo unos meses ascensos que en época de paz les hubieran costado años; comandantes que, un verano, eran unos completos desconocidos fuera de sus regimientos, al año siguiente podían haber logrado fama y fortuna. En cinco años, Dwight Eisenhower —sin duda, un ejemplo excepcional— ascendió de coronel a general de la máxima graduación. Según dijo el teniente general británico sir Frederick Morgan: «Una de las cosas más fascinantes de la guerra era ver cómo los estadounidenses se desarrollaban con tanta rapidez… "Ike" crecía casi a ojos vista[2]».

Entre los británicos, sir Bernard Montgomery pasó de ser un teniente general en agosto de 1942, desconocido fuera de su puesto, a ocupar el cargo de comandante de un grupo de ejércitos, además de convertirse en héroe nacional al cabo de tan sólo dos años. En otros niveles más bajos del escalafón, muchos oficiales que habían empezado la guerra siendo tenientes se convirtieron en coroneles o generales de brigada con veintitantos años. Horatius Murray, por ejemplo, tras dieciséis años en el servicio, en 1939 sólo había ascendido a comandante; sin embargo, cuando terminó la guerra era teniente general. En el otro bando, el capitán de la Wehrmacht Rolf-Helmut Schröder recordaba su experiencia de campaña «con gratitud», pese a haber resultado herido en tres ocasiones. Asimismo, el comandante Karl-Günther von Haase, que sobrevivió al cautiverio en manos rusas, afirmaba que «en los primeros años de guerra, estábamos orgullosos de pertenecer al ejército alemán. Cuando paso revista a mi carrera militar, no lo hago sin sentirme satisfecho[3]».

Algunos descubrieron que cargar su peso en la lucha que sus naciones protagonizaban por la conquista o la libertad hacía que las penas fuesen tolerables y ennoblecía la soledad y el peligro. Sin embargo, cuanto más humildes eran sus circunstancias personales, más leves parecían las compensaciones por el sacrificio. William Crawford, un joven de diecisiete años que servía como grumete de segunda en el crucero de batalla Hood, escribió a su casa abatido:

> Querida mamá:
>
> Sé que está mal decirlo, pero te juro que estoy harto. Tengo ganas de vomitar y no puedo comer y el corazón me se sube a la boca. Hoy hemos topado con mal tiempo. Te quiero decir que las olas eran grandes como casas, que rompen por encima de la proa… Me pregunto si valdría de algo que tú,

mamá, escribieras al Almirantazgo y les pidieras a ver si no me pueden dar un trabajo en tierra en Rosyth. Ya sabes, les dices que tienes dos hijos lejos y todo eso. Y les dices mi edad, que eso cuenta. Sólo con que pudiera salir de este barco, ya no sería tan horrible[4].

A pesar de esto, Crawford seguía a bordo del Hood cuando lo hundieron, con casi toda su tripulación, en mayo de 1941.

Tal como demuestra su carta, entre los marineros el estoicismo no era más general que entre los soldados del frente. Jackie Jackson, oficial pagador de la marina, escribía a su esposa desde su destino en el Mediterráneo en mayo de 1941: «Estoy harto de todo, a no poder más… La suciedad y la porquería, las moscas, el calor y sobre todo el hecho de que no tengo noticias tuyas[5]». Se quejaba de haber recibido tan sólo una carta en seis semanas, «la más deprimente que he recibido en toda mi vida. A esto le añades el telegrama en el que más o menos se decía que la casa está destrozada y te puedes hacer una idea de lo mucho que quiero saber de ti de vez en cuando, y al mismo tiempo cuánto lo temo, porque lo más probable es que lleguen noticias aún peores y más quejas… Lo he pasado fatal y no sé por qué sigo vivo». Es fácil entender por qué gente como Winston Churchill, George Patton o los jóvenes pilotos de los Mustang o Spitfire —una escasa y privilegiada minoría— disfrutaron de la guerra. Igual de obvio es por qué a tantos otros —en especial los soldados de la infantería rusa o los campesinos chinos, los judíos de Polonia o los campesinos griegos— les resultaba imposible disfrutar.

En su mayoría, los combatientes se aferraron con terquedad a su condición de no profesionales de la guerra y se limitaron a cumplir con un deber absolutamente desagradable antes de retomar su vida «real». Tal como nos cuenta Peter White, un teniente de veinticuatro años que se enfrentó a los alemanes como parte de los King's Own Scottish Borderers:

Hacen falta unos siete años… para sentirse como un auténtico soldado y no como un civil disfrazado. La situación parecía, al mismo tiempo, ridículamente irreal y tristemente real. Al menos, podíamos consolarnos sabiendo que los pobres tipos que teníamos delante iban en el mismo barco que nosotros, aunque fueran ellos los que se lo habían buscado[6].

John Hersey escribió a propósito de los marines en Guadalcanal: «Los uniformes, las bravatas… no eran más que un camuflaje. Eran chicos estadounidenses, nada más. No querían aquel valle ni ninguna otra zona de su selva. Eran excarniceros, expeones de carretera, exoficinistas de banco, excolegiales, chicos con un expediente limpio… no asesinos».

El cabo de la RAF Peter Baxter se lamentaba en estos términos: «Todos los de mi generación… están perdiendo algunos de los mejores años de su vida en esta deprimente empresa de la guerra. Como hombres hemos llegado a la plena madurez, pero a una madurez que se ahoga y decae en estos años perdidos… La influencia insensibilizadora, paralizante de la vida de servicio

ha arruinado mis veintitantos[7]». Muchos de aquellos jóvenes no habían vivido antes fuera de casa y odiaban las humillaciones e incomodidades de la vida cuartelada. Frank Novy, un joven de veintiún años, pasó su primera noche en el ejército en un almacén de Leeds:

> A los pocos minutos de echarme en el jergón, empecé a oír quejas por todas partes. El mío era horriblemente duro, y no tenía almohada, me dolían los dientes y enseguida cogí dolor de cabeza. Estaba deprimido y agotado. Intenté dormir, pero no dejaba de pensar en mi casa y todo lo que había dejado atrás me iba dando vueltas y más vueltas en la cabeza, sin parar, una y otra vez… A veces, estaba tan deprimido que quería llorar, pero no podía[8].

Los reclutas se descubrían a sí mismos desarrollando nuevas habilidades. Len England narró cómo un compañero suyo contaba toda una serie de chistes a la chica de un mostrador de la YMCA [Asociación de Jóvenes Cristianos] y luego se volvió hacia él y le dijo, sorprendido: «Nunca hasta hoy me había puesto a ligar. Sólo llevo cinco días en el ejército y mira qué hago ya». England comentó que él y sus nuevos camaradas se sentían personas distintas «con el uniforme puesto: más autoritarias, más enérgicas[9]». Los hombres de más formación cultural retrocedían ante la grosera banalidad del lenguaje de los barracones: entre los estadounidenses, todo parecía ser una «puta mierda»; de un supuesto cobarde se decía que «temblequeaba como un cachorro cagando clavos»; los civiles que se escapaban del servicio militar eran «esos cabrones inútiles».

No se formulaba ni una sola frase que no estuviera salpicada de improperios obscenos: los putos oficiales les hacían cavar los hoyos de mierda antes de darles la mierda de raciones o de hacer la puta guardia. Incluso los reclutas de educación más cuidada acababan adquiriendo este tipo de discurso, habitual entre los militares de todo el mundo, si bien en los comedores de los oficiales se aspiraba a un trato más elegante y refinado. Los hombres cultos sufrían el traslado a un mundo en el que no había lugar para el arte, la música o la literatura. El capitán Pavel Kovalenko, del Ejército Rojo, escribió una vez al respecto: «Después de cenar, me senté a leer Nekrasov. ¡Dios mío! ¿Cuándo podré pasar todo el tiempo que quiera disfrutando de Pushkin, Lermontov o Nekrasov? Vi una fotografía de Tolstói joven, vestido con el uniforme de oficial… Las lágrimas se me agolparon en la garganta y casi me ahogan[10]».

El capitán David Elliott, de la guardia galesa, cayó en una «terrible depresión» al regresar al cuartel de Reino Unido después de un permiso de fin de semana: «No hay nada tan plenamente aburrido, plenamente limitado y plenamente accesorio como servir de soldado en un cuartel sin que te acompañe la batalla… Desde luego, en este batallón no hay nada de amor al prójimo, no hay amabilidad y afecto, no hay lealtad… Entre los oficiales, si no

entre los hombres, hay muchos niños problemáticos[11]». Mientras los aviadores en ciernes se extasiaban con la instrucción de vuelo, pocos reclutas encontraban compensaciones comparables en descubrir cómo hacerse soldados de infantería. El soldado de primera «Red» Thompson, de Staten Island, Nueva York, tenía la sensación de haber aprendido cosas demasiado simples: «Aprendí a cuidar de mí mismo; a ser precavido, a mirar y a escuchar; y a cavar agujeros[12]». Todos los miembros de la infantería se familiarizaron de forma automática con la orden: «Cojan el equipo y prepárense para salir», pero casi siempre sin una idea clara de adonde se dirigirían: lo normal era no saber nada de cuanto quedaba fuera del alcance de la vista. Durante su instrucción como recluta en Carolina del Norte, en 1942, el soldado Tony Moody, de diecinueve años y originario de Missouri, descubrió que él y sus camaradas no abrigaban ningún deseo de gloria: «Lo único que ansiábamos era, de un modo u otro, librarnos de recibir[13]».

La necesidad de más personal provocó que se llamara a filas a no pocos reclutas que jamás deberían haberse visto obligados a prestar servicio. El soldado Ron Davidson, de dieciocho años, escribió:

> La mayoría de mis camaradas era de Yorkshire y Lancashire… Los años treinta habían sido una mala época para muchos y, en lo material, muchos se toparon con grandes dificultades y otros eran casi analfabetos. Recuerdo a uno que no aprobó el curso, padecía de aneurisma y además era subnormal; ni que decir tiene que los médicos militares lo consideraron plenamente apto. No pasaba de vestirse solo; la complejidad de la maquinaria militar lo superaba y procurábamos ayudarle. Solíamos prepararle el petate según lo prescrito, pero lo hacíamos de noche, así que [él] dormía sobre el suelo entarimado, que mojaba a diario. El ejército, con su gran sabiduría, decidió que era un «vago» y que fingía estar enfermo, y decidió «espabilarlo un poco». Para ello eligieron a [un] I[nstructor de] A[diestramiento] F[ísico] que se dedicaba a perseguirlo por toda la plaza, al tiempo que le gritaba en el oído las obscenidades más espantosas[14].

Al final permitieron que este inadaptado se marchase, pero la mayoría de las secciones de fusileros contaba con uno o dos hombres deficientes mentales, cuya conducta en la batalla era, lógicamente, imprevisible. El soldado británico William Chappell admitía estar sometido al servicio militar, pero jamás dejó de suspirar por la vida civil de la que lo habían apartado:

> Acepto esta vida. Acepto haber perdido mi casa, que mi carrera esté arruinada, la bomba que hirió a mi madre, la dispersión y desaparición de la red de amigos que me había ido tejiendo con tanto esmero… Aún sigo queriendo las mismas cosas: más chocolate, más horas en la cama, baños calientes y fáciles de obtener, alimentos variados y delicados, verme rodeado de todas mis cosas… Me molestan los pies, estoy harto del uniforme, me aburren y me fastidian mis compañeros y toda esta tontería tan monótona y lenta de la vida militar. Tengo muchísimas ganas de que todo termine y, en ocasiones, llego a sentir un poco de envidia de los que se han ido[15].

Un oficial estadounidense escribía desde el Pacífico:

> Cuando se recogen las tiendas, pienso que todos y cada uno de los hombres experimentan cierta

soledad al ver que, después de todo, esto no era su casa. Mientras había cuatro paredes de tela a su alrededor, aún podían engañarse un poco… De pie ante una tierra yerma, rodeados de petates y montones de trozos de madera, sin nada familiar a la vista, se sienten desarraigados e inseguros, vagabundos sobre la faz de la Tierra. La pregunta que siempre está flotando en el fondo de sus mentes sale ahora a la superficie, descarnada: «¿Acabará esto algún día? ¿Estaré yo para verlo?»[16].

El sargento primero Harold Fennema escribió a su esposa Jeannette, en Wisconsin: «Buena parte de esta guerra y de esta vida militar se limita a realizar la insignificante tarea de pasar el tiempo, y es una verdadera pena. La vida es tan corta y el tiempo tan valioso para quienes viven y aman la vida, que apenas puedo creer que yo mismo esté buscando formas de entretenerme para que el tiempo vaya pasando… A veces me pregunto adonde nos llevará todo esto[17]». Pero, si la vida en el campamento era monótona, al menos éste estaba más cerca de casa que los escenarios de guerra. El soldado Eugene Gagliardi, tipógrafo de diecinueve años, de Brooklyn, consideraba que toda su posterior experiencia de combate en Europa fue «una pesadilla. Todos mis buenos recuerdos del ejército se produjeron antes de que nos marcháramos a Francia[18]».

El servicio activo, cuando llegaba, lo transformaba todo. El corresponsal estadounidense E. J. Kahn escribió desde Nueva Guinea: «A medida que avanza la carrera militar de un recluta civil, éste va experimentando un cambio gradual: era un ser principalmente de interiores y se convierte en uno de exterior[19]». El marine Eugene Sledge se horripilaba por el brutal estado al que el campo de batalla lo había reducido:

Me costaba soportar la inmundicia que las condiciones de vida en el campo de batalla imponían sobre los cuerpos de los soldados de infantería. Resultaba molesto para casi todos los que conocía… Yo mismo, ¡cómo apestaba! Tenía una sensación en la boca… como si hubiera duendecillos caminando por dentro con las botas llenas de barro… Y el pelo, por más corto que lo llevaba, estaba impregnado de polvo y de aceite de los fusiles. Me picaba la cabeza y la barba, sin afeitar, me agobiaba e irritaba con el calor. El agua potable era demasiado valiosa… para usarla cepillándose los dientes o afeitándose, aunque la ocasión lo permitiera[20].

El combate abrió una enorme brecha entre aquellos que habían pasado por sus horrores y quienes, en casa, no los sufrieron. En diciembre de 1943, el soldado canadiense Farley Mowat escribió a su familiar desde Sangro, en el frente italiano:

La triste verdad es que estamos en mundos realmente distintos, en planetas por completo diferentes, y ahora ya no os conozco; sólo conozco al vosotros que fuisteis. Me gustaría poder explicaros la horrible sensación de aislamiento, de no pertenecer a mi propio pasado, de estar perdido, a la deriva, en alguna clase de espacio extraño. Es una de las cosas más duras que hemos de soportar; esta y el gusano del miedo, un ser primario que nos va royendo las entrañas[21].

El gran duque de Wellington observó, justamente: «Créanme, no todos los hombres que visten uniforme militar son héroes». En todos los ejércitos, los

soldados que servían en unidades de combate de vanguardia compartían el desprecio hacia la enorme cantidad de hombres que, desde las zonas de retaguardia, lucían idénticos uniformes, pero ocupaban posiciones en las que se enfrentaban a un riesgo insignificante: los soldados de infantería acumulaban el 90 por 100 del total de bajas del ejército. Un fusilero estadounidense o británico que entrase en Francia en junio de 1944 tenía una probabilidad del 60 por 100 de morir o resultar herido antes de que la campaña hubiera terminado, cifra que ascendía al 70 por 100 si se trataba de un oficial. Las unidades blindadas y de artillería sufrían muchas menos bajas, en proporción, y quienes se hallaban en la inmensa «cola» logística no corrían mayor riesgo de muerte o de sufrir un percance, desde el punto de vista estadístico, que los trabajadores industriales de su país de origen.

Los bombardeos provocaban auténticos traumas. «No había nada ni sutil ni íntimo en el acercamiento y la explosión de un proyectil de artillería», escribió Eugene Sledge, recordando Peleliu[22].

> Cuando en la distancia oía el silbido de uno que se acercaba, todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo se contraían. Me abrazaba a mí mismo en un esfuerzo lastimoso por intentar que no me barriera. Me sentía absolutamente desamparado. A medida que el endemoniado silbido iba creciendo, los dientes me entrechocaban, el corazón me retumbaba, la boca se me secaba, los ojos se entrecerraban, el sudor me cubría por completo, la respiración era entrecortada y jadeante, y no podía tragar nada por miedo a ahogarme. Siempre rezaba, a veces en voz alta. Me sentía absolutamente desamparado… Para mí, la artillería era una invención infernal. El silbido y el grito cada vez más próximos del gran paquete de acero destructor era la cumbre de la furia violenta y la encarnación del mal acumulado. Era la personificación de la violencia y de la crueldad inhumana del hombre hacia el hombre. Desarrollé un odio ferviente hacia los proyectiles. Morir por culpa de una bala parecía muy limpio y quirúrgico. Pero los proyectiles no solo desgarraban y destrozaban el cuerpo, sino que además torturaban las mentes hasta casi traspasar el umbral de la locura. Después de cada proyectil, me sentía exprimido, lisiado y exhausto.

La inactividad obligada en medio de un bombardeo era uno de los peores apuros por los que podía pasar un soldado: «Dadle un rifle a un escocés, o una ametralladora ligera Bren, y dejad que la use, y por más asustado que esté se enfrentará a casi todo —escribió el capitán Alastair Borthwick, del V.º batallón de los Seaforth Highlanders—. Pero dejadlo inactivo, en una trinchera, y cada vez le costará más aguantar el peligro. El miedo es insidioso y crece cuando uno está quieto[23]». Para la mayoría de soldados, soportar una descarga de mortero resultaba especialmente horrible; uno tuvo la ocurrencia fantástica de comparar aquellas explosiones repentinas y repetitivas al ruido que hace una mujer al golpear una alfombra. Las bombas que explotaban en las copas de los árboles esparcían mortíferas astillas de madera y fragmentos de acero por la zona inferior. Peter White sintió una enorme pena por la suerte que corrió uno de sus soldados durante un asalto de este tipo:

El joven Cutter, que era sin duda muy inadecuado para semejante pasatiempo, se desmoronaba por completo cada vez que oíamos, fascinados, el ruido de las bombas al ascender desde la colina enemiga y, tendidos en el suelo, temblorosos, nos atormentaba la prolongada espera hasta el silbido de su descenso, que sonaba un momento antes de que los alrededores estallasen hechos trizas, con estallidos que dolían en los oídos. Cada vez que llegaba uno de estos momentos de clímax, el pesar sollozante del soldado Cutter se desataba en un descontrolado torrente de súplicas. Entre medio, se recuperaba lo suficiente para murmurar un «Lo siento, Señor»… Yo sentía bastante simpatía por Cutter, pero no me atrevía a demostrarlo porque creía que aún se derrumbaría más. En un momento de pausa, lo suficientemente larga como para que saliéramos corriendo del escondite y continuásemos cavando, él había perdido el control de tal manera que le dije que se quedase quieto donde estaba hasta que se hubiera recuperado. Estaba en tal condición que podría haber dado ideas a los demás. Se arrodillaba en el suelo gimiendo: «¡Ay, Dios! Ay, Dios, ¿cuándo parará esto?… Señor… Yo, ¡lo siento! Dios mío, ¡ay, páralo!». Nadie se burlaba ni se reía de él. Todos habíamos experimentado demasiado vívidamente aquella prueba tan dura como para sentir nada que no fuera una profunda compasión[24].

Con la experiencia, los hombres superaban la engañosa ilusión inicial de que todos los que se hallaban bajo una lluvia de explosivos de alta capacidad estaban condenados a morir, y descubrían que, en la mayoría de las batallas, sobrevivía la mayoría de los soldados. A partir de ahí, era una cuestión de gusto personal, el que un hombre decidiera que le toca estar con los afortunados o con los sentenciados a unirse a los muertos. «Habíamos aprendido nuestra primera lección: que el destino, y no los alemanes o los italianos, era el enemigo indiscriminado —escribió un cabo del cuerpo de ingenieros reales, estando en Sicilia—. Con la misma sequedad de las órdenes militares; sin justicia ni criterio. "Tú y tú: muertos. El resto: al camión".»[25] Farley Mowat escribió, en agosto de 1943, palabras en las que resuena la falta de aplomo de sus veintidós años:

A los chicos de mi edad, nos resulta difícil comprender que nadie vive para siempre. Morir es tan sólo una palabra hasta que descubres que no es así. Es una perogrullada, pero espantosamente verdadera. Las primeras veces —pocas veces— en las que casi te pillan, das por sentado que eres casi inmortal. Las veces siguientes te empiezas a hacer preguntas. Y luego empiezas a mirar por encima del hombro, para comprobar que la vieja Dama Suerte sigue por aquí cerca[26].

Muchos hombres fantaseaban con el privilegio de recibir una herida ligera —que los británicos denominaban «de vuelta a casa»—, tal que permitiera escapar sin deshonra del campo de batalla. El azar, sin embargo, solía no ser generoso: un joven oficial de los fusileros de Birmania voló en 1944 desde la India para unirse con urgencia a una columna de chindit, acosada por el enemigo. La misma noche de su llegada, cuando llevaba en acción menos de dos horas, una bala se alojó en su muslo derecho y le cortó el pene y el testículo derecho. El cabo James Jones escribió desde Guadalcanal:

Son de lo más raro, las historias que te pasan. Un día, a un hombre que estaba junto a mí lo hirieron en la garganta, mientras estaba de pie, con una bala de una descarga de metralleta. Gritó: «¡Ah, Dios mío!» con una voz muy extraña, horrible, tristemente cómica y barboteante, que me hizo pensar en el desconcierto musical de la vieja banda de Shep Fields and His Rippling Rhythm. Había

consciencia en el grito, un tono de haberlo esperado, y luego cayó muerto a todos los efectos. Digo «a todos los efectos» porque las funciones vitales quizá perduraron un poco[27].

Jones sugirió que algunos hombres hallaban consuelo en resignarse a la aparente inevitabilidad de su propia muerte:

> Extrañamente, para todo el mundo, aceptarlo y renunciar a la esperanza creaba e insuflaba de nuevo esperanza con una función como de negativo fotográfico, de inversión mental. Las cosas pequeñas se vuelven significativas. La siguiente comida, la siguiente botella de alcohol, el siguiente beso, el siguiente amanecer, la siguiente luna llena. El baño siguiente. O, como podría haber dicho la Biblia, aunque la cita no es exacta: «A cada día le basta con su propia existencia[*4]».

Lo grotesco se convirtió en normal. «Uno aprendía a aceptar cosas que antes habría considerado imposibles», dijo el doctor Karl-Ludwig Mahlo, oficial médico del ejército alemán[28]. Hans Moser, que a sus dieciséis años era el responsable de orientar una batería antiaérea de 88 milímetros en Silesia, se sorprendió al ver que no le conmovía que una explosión cercana matara al equipo inmediato y dejara el hoyo del cañón cubierto de miembros destrozados: «Era tan joven, que nada me hacía pensar mucho[29]». El infante estadounidense Roscoe Blunt vio el impacto de un proyectil en un compañero: «El hombre se desintegró, sólo dejó retales y masas de carne y hueso diseminados por el barro. El registro de tumbas nunca lo encontraría, a ése, ni siquiera la chapita de identificación. Otro soldado desconocido. Me senté y me puse a comer. No le había llegado a conocer[30]».

En la línea de fuego, la mayoría de los hombres se centraba en lo inmediato y en la lealtad de unos a otros. Sus miedos y esperanzas devenían elementales, como lo describió el teniente británico Norman Craig, destinado al desierto: «La vida estaba muy libre de todas sus complejidades. En realidad, ¡qué clara y qué simple era! Seguir con vida, llevar otra vez una existencia normal, disponer otra vez del calor, la comodidad y la seguridad… ¿Qué más se podía pedir? Yo nunca volvería a quejarme de las circunstancias, nunca volvería a poner en duda el destino, a sentirme aburrido, infeliz o insatisfecho. Si se me permitía seguir con vida…, el resto no importaba[31]». La camaradería era fundamental. «Nadie tiene el coraje de guiarse por su cobardía natural cuando toda la compañía lo está mirando», dijo un suboficial de la Luftwaffe, llamado Walter Schneider, envanecido con la paradoja que había formulado[32].

La intimidad que se creaba incluso con sólo unas pocas semanas de compartir experiencias de batalla hacía que algunas unidades demostrasen una crueldad cínica hacia los recién llegados, que no eran «de los nuestros». Un veterano sargento de primera del ejército de Estados Unidos comentó, a propósito de Anzio, donde su unidad había visto morir a ocho reemplazos durante sus primeras veinticuatro horas en el grupo: «No íbamos a mandar a

nuestros propios muchachos allá fuera, a la cabeza, en una situación tan absurda como aquélla. Estábamos juntos desde África, Sicilia y Salerno. Mandamos a los reemplazos delante[33]». Pasaba lo mismo en todos los ejércitos: «La compañía era nuestra Heimat —dijo el Unterscharführer de la SS Helmut Gunther—, la gente con la que querías estar. Si alguien caía herido, lo importante era que lo separarían de su unidad. Teníamos unos sentimientos completamente distintos hacia quienes habían pasado mucho tiempo con nosotros que hacia quienes no habían estado a nuestro lado. Unos pocos meses son una eternidad para un soldado en guerra[34]». Algunos soldados escoceses de la LI.ª división Highland se amotinaron en Salerno, en septiembre de 1943, porque no aceptaban que los destinaran a otra formación.

Sólo un reducido número de combatientes aspiraba a más que a sobrevivir. Así lo hacía un oficial británico que, antes de morir en su primera batalla norteafricana, escribió estas palabras a sus padres:

> Querría que supierais por qué causa he muerto… Se respira, creo yo, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos un renacer de un sentimiento, un sentimiento que, a falta de otra palabra mejor, definiría como «bondad». No aparece en boca de los políticos o en los periódicos, porque es demasiado profundo para ellos. Es el sincero deseo de toda la «gente normal» de algo mejor; un mundo más digno para sus hijos, un mundo más simple en sus creencias, más cercano a la tierra y a Dios. He oído tantas veces a los soldados en Inglaterra y Estados Unidos diciendo estas cosas, en los trenes, en las fábricas de Chicago y en los clubes de Londres, en ocasiones expresado de un modo tan pobre que apenas se entendía, pero ahí en el fondo están esas ansias de una nueva vida[35].

Todo esto era verdad. Mientras que Winston Churchill se veía a sí mismo a la cabeza de una lucha para preservar la grandeza del imperio británico, la mayoría de sus compatriotas implicados en la contienda anhelaba, más bien, un cambio a nivel nacional, anticipado de la forma más vivida en el Informe Beveridge, publicado en noviembre de 1942, que sentó las bases del estado del bienestar en el Reino Unido de posguerra. The Spectator publicó un editorial que rezaba así: «El informe casi ha eclipsado la propia guerra como objeto de debate en el país; los soldados británicos en el extranjero han debatido sobre el tema con gran entusiasmo[36]». El capitán David Elliott escribió a su hermana, tras oír una conversación entre unos miembros de su guardia, a propósito de Beveridge: «Si no lo aceptan en su totalidad, creo que habrá una revolución[37]». El parlamentario Aneurin Bevan, del Partido Laborista Independiente, dijo ante la Cámara de los Comunes con una desacostumbrada precisión: «El ejército británico no está luchando por el viejo mundo. Si los honorables parlamentarios que tengo ante mí creen que estamos pasando por todo esto para conservar sus marismas malayas, cometen un error[38]».

Se daba por entonces un marcado contraste entre las actitudes de los

pueblos europeos y asiáticos, que buscaban un cambio social y constitucional como premio por la victoria, y los compatriotas de Franklin D. Roosevelt, que estaban bastante satisfechos con la sociedad que teman. Un periodista del New York Times lo expuso con sorna, en referencia a los estadounidenses que se encontraban fuera de sus fronteras: «El té de los británicos y el vin rouge de los franceses no han hecho sino confirmar sus convicciones originales: que su hogar es Estados Unidos de América y que su hogar es mejor que Europa[39]». Ernie Pyle dejó constancia de las aspiraciones de los soldados a quienes conoció antes de la invasión de Sicilia, dominadas en su inmensa mayoría por las ansias de volver a casa:

> Estos futuros, anhelados muy en serio por los hombres que se dirigían a la batalla, incluían muchas cosas, cosas tales como ver de nuevo a la «viejita», ir a la universidad, sentarte aunque sea por una vez a tu hijo sobre las rodillas, ser de nuevo el vendedor con más éxito de tu zona, conducir un camión de carbón por las calles de Kansas City una vez más y, claro está, sentarse una vez más en la solana de una casa de Nuevo México… Éstas eran las pequeñas esperanzas que componían la suma total de nuestras preocupaciones, más que cualquier visualización de la agonía física que se avecinaba[40].

Este deseo obsesivo de regresar al lugar de origen se hacía más enfático con la llegada de la «agonía física». La enfermera Dorothy Beavers, del ejército estadounidense, escribió una carta para «un joven capitán, guapo, que había perdido los brazos y las piernas. Pero aun así parecía ilusionado por poder decir: "¡Me voy a casa!"[41]». El estadounidense Donald Schoo contó que, cuando en su vehículo, donde él se ocupaba de la ametralladora, el conductor perdió una mano, éste se puso a correr en círculos gritando de un modo histérico: «¡Me voy a casa! ¡Gracias, Dios mío! ¡Me voy a casa!»[42]. Tras recibir una carta de la esposa comunicándole que había terminado la relación con él, un soldado le dijo a un periodista: «Cualquier tipo destinado al extranjero que te diga que está enamorado de su esposa está diciendo una gran mentira… Él ama un recuerdo: el recuerdo de una noche de luna, un camisón precioso, el olor de un perfume o la tonada de una canción[43]».

La sensación de aislamiento era muy intensa incluso en hombres que servían entre legiones de compatriotas. «Veo aquí a todos estos miles de soldados solos —escribió John Steinbeck desde la capital británica en 1943, a propósito de los estadounidenses que circulaban por sus calles—. En Londres, caminan de una forma especial; van arrastrando los pies, apáticos. Buscan algo. Dirán que es una chica, una chica cualquiera. Pero no se trata de eso, ni hablar.»[44] Aunque los soldados hablan a menudo de mujeres, con semejante presión y el desasosiego subyacente al combate, la mayoría quiere placeres simples, entre los que el sexo apenas figura. Un teniente coronel del cuerpo de marines de Estados Unidos, destinado en el Pacífico sur, soñaba con lo que haría al estar de vuelta en casa: «Empezaré a llevar pijama otra

vez… me liquidaré unos cuantos huevos y varios litros de leche… Unos pocos baños calientes tampoco estarán de más… Pero lo mejor me lo reservo para el final: voy a pasarme un día entero tirando de la cadena del váter, solo por el placer de oír correr el agua[45]».

Resulta muy llamativa la comparación entre estas ambiciones tan modestas, habituales entre la mayoría de soldados de las democracias, y el entusiasmo marcial de algunos hombres de Hitler, sobre todo los de la Waffen SS, que conservaron en un grado sorprendente hasta los últimos meses de la guerra. Una italiana de origen estadounidense escribía con una mezcla de perplejidad, repugnancia y fascinación acerca de dos oficiales alemanes a los que conoció en 1943:

> Son los seres humanos más especializados que he conocido jamás: los «luchadores». Los dos tienen menos de veinticinco años; ambos han tomado parte en las campañas de Polonia, Francia, Rusia y ahora están en Italia. Uno de ellos, surgido de la tropa, estuvo al mando de una compañía de desertores rusos durante seis meses… Es imposible transmitir con qué convicción resonaba su voz mientras nos exponía las consabidas doctrinas que le habían enseñado: las necesidades de la Grossdeutschland [«Gran Alemania»], la superioridad racial de los nórdicos, el carácter inevitable de la guerra (pese a todos los esfuerzos de Hitler por alcanzar la paz con Inglaterra), el orgullo que sentía por su país y sus hombres y, por encima de todo, la inquebrantable confianza, aun hoy, en su victoria[46].

Sigue siendo un enigma cómo un ejército alemán formado en su inmensa mayoría por reclutas, con tantos soldados civiles como en el bando aliado, se mostró sistemáticamente superior en el campo de batalla. Parte de la respuesta debe hallarse en la suprema profesionalidad del cuerpo de oficiales y su doctrina de combate; a lo largo de la historia, Alemania ha dado soldados formidables y, con Hitler, su actuación alcanzó un nivel cenital, si bien lo hizo en pro de una causa nefasta. Además, el peso de la coacción cobró casi tanta importancia como en los ejércitos de Stalin: los soldados alemanes que abandonaban el campo de batalla o desertaban sabían que era probable que los ejecutaran, una sanción impuesta cada vez con mayor frecuencia a medida que se iba desmoronando el imperio nazi. La Wehrmacht no fusiló ni de lejos a tantos de los suyos como hicieran los rusos, pero en 1945 el número de ejecuciones penales ascendió a varias decenas de miles. Los comandantes aliados, desesperados por conseguir que sus hombres se esforzasen más, con frecuencia lamentaban su incapacidad para imponer sentencias capitales disuasorias sobre los desertores.

Sin embargo, para la resistencia alemana residual, fue más importante la contribución de un grupo de fanáticos, en particular de las formaciones de Waffen SS. Una década de adoctrinamiento nazi formó a excelentes jóvenes dirigentes. Aun cuando era obvio que la guerra se había vuelto en contra de Hitler, de un modo irremediable, muchos alemanes realizaron extraordinarios sacrificios para preservar su patria de la venganza rusa. No

todos los miembros de la Wehrmacht eran héroes: en 1944-1945, cada vez más hombres se mostraban dispuestos e incluso ansiosos por rendirse. Pero los valores y la actitud de los soldados de Hitler —igual que los de Rusia y Japón — eran bastante distintos a los de británicos o estadounidenses. A cambio de permitir que los hombres conservasen ciertas libertades civiles y de elección, y declinar el uso de sanciones brutales sobre los débiles, los ejércitos occidentales se vieron obligados a compensar con potencia de fuego y paciencia el hecho de que sus soldados mostrasen menor disposición hacia el sacrificio.

II. Los frentes, desde el hogar

Nikolai Belov, del Ejército Rojo, escribió en su diario a finales de 1942: «Ayer recibí todo un pliego de cartas de Lidochka. Tengo la impresión de que las cosas no están siendo fáciles para ella, allí, con los pequeños[47]». El capitán Belov subestimó los apuros de su esposa: en muchas sociedades, los civiles sufrieron más que los soldados. El rumano Mihail Sebastian no vio nunca un campo de batalla, pero en diciembre de 1943 escribía estas palabras: «Todo equilibrio personal se pierde bajo la sombra de la guerra. Su terrible presencia es la realidad primera. Luego, en alguna parte, estamos nosotros, lejos y olvidados por nosotros mismos, con la vida apagada, disminuida, letárgica, mientras esperamos despertar del sueño y volver a vivir otra vez[48]». Aunque las estadísticas están deformadas drásticamente por la mortalidad en China y Rusia, llama la atención que, en el conjunto de los países en conflicto, muriesen entre 1939 y 1945 más civiles que combatientes uniformados. Es difícil hablar de «hogar» sin ironía, cuando nos movemos en el contexto de la guerra rusa, donde decenas de millones de personas se encontraban en las condiciones que nos describe el comisario Pavel Kalitov, partisano de Ucrania, en septiembre de 1942. Habla de lo visto en el poblado de Klímovo. «Una mujer pálida, delgada, está sentada en un banco con un bebé en los brazos y una niña de unos siete años. Le caen las lágrimas, pobre desdichada. ¿Por qué llora? Haría cualquier cosa por poder ayudar a estos seres humanos tan tristes, por aliviarles la pena.»[49]

Tres semanas después, describió una escena parecida en Budnitsa: «¿Qué queda de la población? Ruinas amontonadas, chimeneas que sobresalen, sillas quemadas. Allí donde había caminos y carreteras, ahora hay matojos y hierbajos. No hay señales de vida. El pueblo está bajo el fuego constante de la artillería[50]». Al poco tiempo, la unidad de Kalitov recibió la orden de evacuar a todos los civiles en un radio de veinticinco kilómetros por detrás de la línea del frente; se les permitiría coger sus pertenencias, pero ni forraje ni

patatas. Kalitov escribió, con tristeza:

> Hemos tenido que trabajar con los civiles, prepararlos de modo que cumplan la orden sin oponer resistencia. Es un trabajo duro: son muchos los que subsisten casi exclusivamente a base de patatas. Pedirles que dejen estas patatas para las tropas significa sentenciarlos a unas penalidades terribles, a la muerte incluso. Ahora tengo delante a una familia de refugiados. Están tan delgados y demacrados, que casi se puede mirar a través de ellos. Lo más duro es mirar a los pequeños; hay tres, un bebé y otros dos un poco más mayores. No hay leche. Estas personas han sufrido tanto como nosotros, los soldados, si no más. Las bombas, los proyectiles y las minas ya no les asustan[51].

Se maravillaba ante la capacidad de resistencia que demostraba poseer el ser humano.

Incluso aquellos rusos que no padecieron los asedios o los bombardeos pasaron la guerra en condiciones de privación extrema: para su alimentación, recibían quinientas calorías diarias menos que sus equivalentes en el bando alemán o británico, y mil menos que los estadounidenses. Cerca de dos millones murieron de hambre en territorios controlados por los soviéticos; en los campos de trabajo del gulag, los prisioneros ocupaban el último lugar en la jerarquía del reparto de raciones y cada año, en toda la duración del conflicto, murió una cuarta parte de ellos. El escorbuto estuvo muy generalizado, a consecuencia de la falta de vitaminas, junto con toda otra serie de condiciones asociadas a la hambruna. «No teníamos vida propia fuera de la fábrica», contaba Klavdiya Leonova, una obrera de Moscú, que trabajaba en una planta textil destinada a la confección de chaquetas guerreras y redes de camuflaje[52].

Durante la guerra, la línea de producción de Leonova funcionó las veinticuatro horas del día, con los trabajadores distribuidos en turnos de doce horas. Los alimentaban a base de pan mal cocido y kasha (gachas de trigo tostado), que repartían en los mismos bancos de trabajo.

> No nos moríamos por falta de comida, pero siempre teníamos muchísima hambre y a menudo nos comíamos hasta las pieles de las patatas… En teoría, los domingos eran días libres, pero el Comité del Partido en la fábrica solía llamarnos para trabajar fuera, cavando zanjas o trayendo madera de los bosques en los alrededores de Moscú. Teníamos que cargar camiones con puntales de madera tan pesados que habrían sido un engorro incluso para los levantadores de pesas profesionales… Vivíamos con los campesinos… Por norma, las mujeres se quejaban del régimen. También se quejaban de nosotros, porque recogíamos bayas y setas en el bosque, que ellos esperaban poder vendemos.

En los países occidentales no ocupados, algunas personas conocieron una gran prosperidad: hubo delincuentes que explotaron la demanda de los consumidores en cuanto a prostitución, productos del mercado negro, combustible robado a los militares y otros suministros; algunos industriales acumularon espléndidos beneficios; los granjeros, sobre todo en Estados Unidos, vieron cómo sus ingresos aumentaban en un 156 por 100 y vivieron

una época más floreciente que nunca. «Los días de las granjas fueron días buenos —dijo Laura Briggs, hija de un pequeño agricultor de Idaho—. Papá empezó a hacer que le mejoraran la tierra… Nosotros, y la mayoría de los agricultores, pasamos de vivir en una casucha de cartón asfaltado a tener otra de madera, con instalación de agua en el interior. Tuvimos una cocina eléctrica, en lugar de la económica, y agua corriente en la pica para lavar los platos; y una caldera de agua caliente, y un linóleo muy bonito.»[53]

Pero eran mucho más numerosos los que odiaban todo aquello. El teniente David Fraser, de la guardia de granaderos, señaló una verdad importante con respecto a las circunstancias de millones de personas, soldados y civiles por igual. «La gente no estaba en su tierra, así que uno tenía la impresión de estar en un sueño del que esperaba despertar algún día.»[54] En abril de 1941, Edward McCormick escribió a su hijo David, que se había alistado con su hermano Anthony, y ahora se embarcaba con un regimiento de artillería rumbo al Oriente Próximo. «Para mamá, en particular», decía su padre,

> la guerra entera gira en tomo de ti y Anthony. La fuerza motivadora principal en su vida, desde que naciste, ha sido tu salud, felicidad y seguridad. Estos son todavía sus pensamientos instintivos y no hace falta que te diga, por lo tanto, cómo ha sido de devastador, para ella, separarse de vosotros dos. Yo también siento lo mismo y me horroriza pensar en la dureza, el peligro y la suciedad que, probablemente, será vuestra experiencia. A mi modo de ver, no hay ninguna duda de que esta guerra tenía que pasar. Una victoria nazi sólo puede suponer que disfrute de la vida un número muy pequeño de alemanes escogidos, y que las almas de todos los sometidos se perderán, sepultadas. Tú y Anthony estáis ayudando a librar al mundo de esta peste y, aunque los sentimientos personales me hacen desear que te hallaras lejos de todo eso, me llena de orgullo… por lo que sé que lograrás. Mamá y yo te enviamos nuestro amor más cariñoso y nuestras bendiciones y rogamos por que te encuentres bien y vuelvas a casa sano y salvo.
>
> PAPÁ[55]

La separación de la familia McCormick, común a decenas de millones de familias, tardó cuatro años en terminar. Aunque unirse a las filas uniformadas era la causa más común del desplazamiento y la división familiar, esta cuestión también adquiría formas muy diversas. La mitad de la población británica se cambió de casa en el transcurso del conflicto: algunos, porque los desalojaban para dejar sitio para los militares; otros, porque su casa había quedado destruida; la mayoría, por cumplir las obligaciones de servicio bélico. Una parte significativa de la flota de pesca belga desarrolló una nueva vida en el puerto de Brixham, en Devon, mientras algunos pescadores daneses trabajaban desde Grimsby, en Lincolnshire. En todas partes de Europa se imponían imperativos aún más brutales. En enero de 1943, por ejemplo, una enfermera británica llamada Gladys Skillett, tuvo que dar a luz a su hijo no en las islas del canal de la Mancha, su legítimo hogar, sino en la sala de maternidad de un pequeño hospital alemán de Biberach.

Era uno de los 834 civiles que, tras la ocupación de la isla de Guernsey, fueron deportados en septiembre de 1943 al Reich, donde pasarían el resto de la guerra internos en un campo, como rehenes. (Tendrían que haber sido 836, pero un comandante ya anciano y su esposa, ambos de Sark, se cortaron las venas antes de embarcar). Gladys Skillett forjó una amistad para toda la vida con la esposa de un soldado de la Wehrmacht que compartía con ella la habitación del hospital en Biberach, y dio a luz a un saludable niño el mismo día que ella tuvo el suyo[56].

Bianca Zagari tenía dos hijos y formaba parte de una próspera familia italiana, que huyó de su ciudad natal, Nápoles, en diciembre de 1942, cuando empezaron los bombardeos estadounidenses. Catorce personas en total, contando a los parientes políticos, los sobrinos y sobrinas, la sirvienta y la institutriz, se instalaron en la empobrecida y remota región de Abruzzo, donde alquilaron dos casas en un pueblo del valle de Sangro, adonde se accedía exclusivamente a pie. Allí, tuvieron que vivir entre incomodidades hasta que, horrorizados, en octubre de 1943 contemplaron de nuevo cómo las bombas empezaban a caer otra vez a su alrededor: estaban a menos de treinta kilómetros de Monte Cassino, en una zona terriblemente disputada por los ejércitos alemán y aliado. Zagari y sus hijos abandonaron la zona junto con los habitantes del pueblo; cuando treparon a las montañas, un campesino le dijo, en el dialecto local que ella apenas podía entender, que los bombardeos se habían llevado a la mayoría de sus parientes: «Signora, los diez muertos son suyos». Ella escribió: «Está amaneciendo y van subiendo otros desde Scontrone, aterrorizados. Cada uno que llega me da un detalle terrible: una mano, un piececito, dos trenzas con lazos rojos, un cuerpo decapitado[57]».

Su esposo Raffaele sobrevivió, pero la mayor parte de su familia pereció. Los que salvaron la vida vivieron en las cuevas de las montañas durante semanas, aprendiendo a manejarse con recursos que Zagari nunca había soñado necesitar: encender fuego y construir toscos refugios con la ayuda siempre escasa de los lugareños, que no se mostraron nada amables y sólo se preocupaban de sí mismos: «Tengo que ir pidiéndole todo a todo el mundo; es como mendigar limosnas». Cuando los alemanes dieron con ellos, reclutaron a todos los hombres y los destinaron a trabajos forzados: «A uno se lo llevaron mientras cavaba entre las ruinas para sacar a su madre». Tras varios meses de penalidades, un día escapó atravesando las montañas con sus dos hijos y su estuche joyero; al final, un camionero alemán se apiadó de ellos y los llevó hasta Roma. «Entramos por la Porta San Giovanni. Me parece que estoy soñando: veo niñeras que juegan tranquilamente con los niños. La guerra parece un rumor, a lo lejos. Todo el mundo nos pregunta de dónde venimos. Nadie entiende la respuesta de que venimos de Scontrone, donde han matado a nueve miembros de nuestra familia. El conserje del hotel Corso

nos conoce y trata de ayudarnos, mientras oímos a otro huésped que amenaza con dejar de frecuentar el hotel si admite a vagabundos como nosotros».

Los Zagari pudieron aprovechar la riqueza para mantenerse lejos de las peores privaciones, cosa que no podía decir la mayoría de los italianos; cuando llegó el gélido invierno de 1944, las enfermedades, la falta de combustible y de comida impuso un implacable peaje a los civiles, sobre todo a los niños. Una madre contó:

> De repente mi hijita empezó a encontrarse mal. El doctor dijo que era colitis; su muerte duró cinco horas, una agonía indescriptible. La casa estaba congelada y Gigeto [el marido] corrió a comprar montones de botellas para llenarlas de agua caliente. La puse en nuestra cama y la sostuve junto a mí, con las botellas alrededor.
>
> —¡Gigeto! —grité—, ¡Santina no puede morir!
>
> Pero murió.

Muchas personas que habían perdido sus casas por los bombardeos o las expulsiones tuvieron que aguantarse con una existencia primitiva en la montaña, según explicaba una jovencita:

> El frío y la humedad de las cuevas se nos metía hasta los huesos. Mi madre estaba agachada en un rincón apretando a mi hermano de tres meses en sus brazos. Me dijo que fuera al pueblo y trajese a un médico. Corrí como una liebre, pero resultó que el doctor había salido; había ido a casa de los Podestà, cuyo hijo estaba enfermo con fiebre alta, como mi hermano. Al final me dio una receta, pero no quiso darme ninguna de las medicinas que había sobre su mesa. Dijo que vendría a visitar a mi hermanito, pero cuando llegó mi hermano ya estaba muerto[58].

Su madre, destrozada, decía: «Mi bebé se ha muerto porque mi leche era mala, porque no como lo suficiente». Era una entre muchos millones.

Los desplazados de su casas y de su país pasaron buena parte del tiempo de guerra esperando: órdenes o visados, una oportunidad para escapar del peligro que se avecinaba, permiso para viajar. Rosemary Say, una joven inglesa de veintiún años, tras escapar de un campo de internamiento alemán y entrar en la zona francesa de Vichy, esperó con impaciencia durante semanas en Marsella, entre una infeliz comunidad de compañeros de fuga:

> Era una pena ver cómo se desperdiciaba inteligencia y capacidades conforme los retrasos se iban alargando y el futuro se alzaba aún sombrío ante muchos. ¿Había conseguido ya su visado, lo habían arrestado, o sólo se había largado al campo a probar suerte? Esperábamos y nos hacíamos preguntas. Pero los que no volvían, pronto pasaban al olvido. Lo único que nos mantenía unidos de verdad era el deseo común de salir de allí y empezar con nuestras vidas de nuevo… Había muchos recelos y desesperanzas… Los sentimientos estaban desatados y las peleas eran fuertes y violentas. Todos compartíamos la preocupación por nuestra incertidumbre[59].

El adolescente ucraniano Stefan Kurylak fue enviado al oeste por las fuerzas de ocupación alemanas, a trabajar para una familia de granjeros de los Alpes austríacos, unos católicos fervientes llamados Klaunzer. En cuanto

vieron al chico, la señora Klaunzer rompió a llorar; sin saber por qué, el joven ucraniano hizo lo mismo. Le explicaron que el hijo de los Klaunzer había caído en el frente oriental hacía unas pocas semanas. La señora Klaunzer no paraba de decir una de las pocas frases en alemán que Stefan era capaz de entender: «¡Nada bueno, con Hitler! ¡Nada bueno, con Hitler!». A partir de entonces, Stefan recibió un trato amable y humano: trabajó en las tierras de la familia, no descontento, hasta el final de la guerra, cuando sus anfitriones le rogaron, en vano, que se quedase como uno más de los suyos[60].

Pero eran pocas las experiencias tan positivas como ésta; el polaco Arthur Poznański, de catorce años, regresó al gueto de Piotrków un día de octubre de 1942. Venía de la fábrica de vidrio de Hortensja, donde trabajaba junto a su hermano menor Jerzyk. Un miembro de la milicia judía del gueto le entregó una nota arrugada. Era de su madre; se había producido otra deportación. «Se nos llevan. Que Dios te ayude, Arthur. No podemos hacer nada más por ti y, pase lo que pase, cuida de Jerzyk. No es más que un niño y no tiene a nadie más, así que sé tú su hermano y su padre. Adiós…». Arthur, conmovido en lo más hondo, no dejaba de repetirse: «¡Lo intentaré! ¡Lo intentaré, sí!». Pero al mismo tiempo pensaba: «¿Cómo…? ¡Me siento tan solo y desamparado!»[61]. Aunque los dos chicos pasaron el resto de la guerra en campos de concentración, separados por cientos de kilómetros, por algún milagro sobrevivieron los dos. El resto de su familia, por el contrario, murió.

Los británicos soportaron seis años de austeridad y bombardeos intermitentes. El apagón nocturno provocaba un hundimiento tanto anímico como físico. Aun así, las circunstancias en las islas de Churchill eran preferibles, con mucho, a las de las sociedades continentales, donde el hambre y la violencia eran endémicas. Como Estados Unidos, Reino Unido estaba protegido por las extensiones marítimas, cierto grado de libertad personal y su nivel de riqueza. Los británicos más privilegiados conservaron esta condición: «Lo extraordinario de la guerra fue que quien realmente no quería verse implicado en ella, no lo estaba», escribió el novelista Anthony Powell un tiempo después[62].

Esto sólo era cierto dentro un círculo social limitado. La semana anterior al Día D —mientras doscientos cincuenta mil jóvenes soldados estadounidenses y británicos ultimaban sus preparativos para lanzarse contra el Muro Atlántico de Hitler—, en Londres, Evelyn Waugh escribió en su diario:

> Me levanté medio borracho y he tenido una mañana muy larga y ajetreada: cortarme el pelo, intentar localizar citas en la London Library, que sigue desordenada desde su bomba, ir a ver a Nancy [Mitford en su librería]. A la hora de comer, me he emborrachado otra vez. Ir al [club] Beefsteak, en el que acababa de ingresar… Otra vez al [club] White's; más oporto. He ido a Waterloo sumido en un sopor etílico, he cogido el tren a Exeter y he dormido durante casi todo el trayecto[63].

Waugh era un ejemplo atípico; muchos de los amigos con los que se iba de juerga estaban de permiso del servicio activo y varios murieron en el plazo de un año. El asalto de las armas V alemanas estaba a punto de iniciarse y provocaría una gran destrucción y numerosas bajas en los británicos ya cansados de la guerra. Pero, igual que la vida en Nueva York o en Chicago era mucho más cómoda que en Londres o en Liverpool, también los londinenses tuvieron mucha mejor suerte que los ciudadanos de París, Nápoles, Atenas o cualquier ciudad de la Unión Soviética. Nella Last, ama de casa de Lancashire, reflexionaba en octubre de 1942 y comentaba que, hasta la fecha, la guerra le había provocado pocas penurias o sufrimientos

> en comparación con el hecho de que el primer bombardeo de Stalingrado provocara la destrucción de tres cuartas partes de la ciudad. Nosotros hemos tenido comida, refugio y calor cuando millones de personas no lo tenían. ¿Qué precio tendremos que pagar por ello? No podemos pretender seguir «escapándonos», no hay escapatoria para ninguno de nosotros. Hoy he visto al bebé de una vecina y, de repente, he comprendido a todos aquellos que «se niegan a traer bebés al mundo ahora». Mucho hablar de los «nuevos mundos» y el «después de la guerra», pero no se dice nada del sufrimiento, la angustia, antes de que todo esto termine[64].

La señora Last era excepcionalmente sensible; en su mayoría, sus compatriotas estaban demasiado preocupados por los problemas del momento como para prestar atención a las penalidades mayores, pero remotas, de los demás. El 22 de noviembre de 1942, Phyllis Crook, también ama de casa, escribió a su esposo de treinta y dos años, que servía en el norte de África:

> Las Navidades van a ser una época horrible y odio pensar en ello. De todas formas, hay que seguir adelante «como siempre» y he estado muy ocupada intentando por todos los medios conseguir cosas para todos los niños de nuestros conocidos. Sería tan fácil decir: «No puedo encontrar nada», y dejarlo así. Hace tanto frío… Cómo me gustaría poder retirarme durante el invierno, en lugar de temblar todo el rato. ¡Chris [el hijo pequeño de la familia] le pidió a Dios que esta noche fueras un chico bueno! Bueno, mi amor, hay muy pocas noticias y tengo que darte las buenas noches. La vida parece demasiado sucia para describirla con palabras. Me pregunto cuándo volveremos a verte. Todo parece estar horriblemente lejos, como ni para pensarlo. ¡Cuídate, querido mío, y no corras riesgos, como diría papá!
>
> Con todo mi amor, siempre, mi querido Phil.
>
> PD: Ahora Joyce trabaja once horas en una fábrica. John Young ha cogido la malaria[65].

A muchas personas de las naciones devastadas por la guerra, las congojas de Phyllis Crook quizá les parecieran triviales y su autocompasión, despreciable. Ni su vida ni la de sus hijos estaban en peligro, ni siquiera pasaban hambre. Pero la separación de su marido, la necesidad de vivir lejos de su casa del este de Londres y la gris monotonía de la existencia en tiempos de guerra le parecían, como a muchos otros, motivos suficientes para la infelicidad. Y diez días después de escribir esta carta, se quedó viuda, pues su esposo murió en combate.

Las noticias de la muerte violenta y prematura de un ser querido que se encontraba lejos era un rasgo omnipresente en la experiencia de guerra. Con frecuencia, se sabía bien poco de su destino, tal como J. R. Ackerley señala en un poema publicado en The Spectator.

> Nunca supimos qué le pasó, fue algo curioso;
> se embarcó, un mes de diciembre, y no volvió;
> sin ocasión de un adiós, la Navidad a las puertas;
> llegaron algunas cartas, tiempo después, y nada más.
>
> Largas semanas sumaron meses y llegó diciembre.
> Preguntamos a los funcionarios, claro, y enviaron cables;
> eran pacientes, pero el tiempo no daba para tanto inoportuno;
> éste nos dijo una cosa, y aquél otra; nunca lo supieron.
>
> Así acaban muchos, sin ninguna explicación; y a fin de cuentas,
> la muerte es la muerte, poco consuela el saber cuándo y cómo;
> pero sigo pensando, ahora que ya no investigamos,
> que es morir como un insecto más que como un hombre[66].

Innumerables familias luchaban por encontrar un modo de sobrellevar la pérdida. Diana Hopkinson, esposa de un oficial del ejército británico, describió un encuentro con su esposo en el andén de una estación de Berkshire, tras una prolongada separación durante la cual recibieron la noticia de que el hermano de éste había caído en combate.

> Su uniforme, desconocido para mí, y el rostro desacostumbradamente delgado que se adivinaba bajo aquella luz tenue, me daban una sensación de artificialidad. Incluso en nuestros besos había algo de irreal. En la cama hubo que superar una tristeza horrible —la muerte de Pat— antes de poder hacer el amor. Cuando al fin se volvió hacia mí, hicimos el amor como si fuésemos compañeros de un rito fúnebre, extraño, sin palabras, pero familiar[67].

La señora Edie Rutherford, ama de casa en Sheffield, estaba preparando el té cuando su joven vecina, esposa de un piloto de la RAF, llamó a la puerta.

> No tenía expresión en la cara y me soltó de golpe:
> —Señora Rutherford, Henry ha desaparecido.
> Me estampó un telegrama en la mano. Por descontado, abrí los brazos y la abracé y dejé que llorase un buen rato mientras yo maldecía en voz alta esta maldita guerra.
> —No se ha muerto. Estoy segura de que no se ha muerto. Estaba en casa el miércoles pasado. Está vivo, en algún sitio, preocupado porque sabe que me enviarán este telegrama y me disgustará…
> Es difícil saber qué decirle a una esposa en semejante momento. Hice lo que pude, pobre chica. Me sentía vacía por dentro. Dios quiera que esta guerra termine[68].

Jean Wood, también ama de casa, escribió:

> Tenía por vecinos a una señora muy agradable y su esposo. Su hijo iba a llegar de permiso y la señora no tenía carne para darle. Pero justo aquel día, el carnicero me ofreció un poco de conejo… un bocado de lujo. Yo no quería el conejo, porque a mis pequeños preferiría darles huevo, si pudiera conseguirlo. Así que le llevé el conejo. ¡Se emocionó tanto! Aquel mismo día, mataron a su hijo.

Podríamos haber tirado el conejo a cualquier parte, para lo que nos importaba… Era un joven tan agradable, un joven oficial, de diecinueve años[69].

Todos eran «jóvenes agradables», para quienes se veían obligados a llorarlos.

Muriel Green era una de las ochenta mil «chicas del campo» que en Reino Unido sustituyeron a los hombres en las tareas agrícolas[*5]. La última noche de permiso en su casa, en Norfolk, en junio de 1942, rompió a llorar:

Lloré por la guerra. Ha cambiado nuestra vida, que ya jamás volverá a ser la misma. Contemplar la lúgubre desolación de la costa me entristece. Cuando estás lejos, y mamá escribe para hablar de la última profanación, del último muchacho perdido, de la última familia sacrificada, no son más que palabras. Pero en casa me mortifica. La vida jamás volverá a ser tan dulce como antes de la guerra, y los dos últimos veranos y el principio de 1939 fueron los mejores años de mi vida, cuando todo parecía joven y alegre. Podría haber estado horas llorando de no saber que a mamá le disgustaría[70].

La estadounidense Dellie Hahne fue una de las muchas mujeres que se casaron con el hombre equivocado en medio del estrés y los desequilibrios emocionales de la época, y se arrepintió sobre modo durante los años venideros. «Era un soldado. Sólo podía ser un ser humano maravilloso, espléndido», dijo ella, con el atribulamiento propio de quien se lo ha pensado mejor. Se compadecía de las otras mujeres que sufrían penalidades domésticas.

Mujeres embarazadas que apenas podían mantener el equilibrio en el vaivén de los trenes, que iban a ver a sus esposos por última vez antes de que los mandaran al extranjero. Mujeres que volvían de ver a sus maridos y viajaban con niños pequeños, intentando alimentar a sus hijos, ponerles los pañales. Me sabía muy mal por ellas. De repente pensé que aquello no era ni la mitad de divertido de lo que me habían dicho. Sólo di gracias a Dios por no haber tenido hijos[71].

Muchos niños vivían aferrados al último recuerdo de sus padres, de los que llevaban años separados; en algunos casos, para siempre. La pequeña Bernice Schmidt, de California, tenía nueve años cuando sus padres se divorciaron. Al recobrar la condición de soltero, el padre —Arthur, que por entonces tenía treinta y dos años— también era apto para ser reclutado. Le concedieron un permiso en el centro de instrucción antes de embarcar y llevó a los tres niños a un parque de atracciones de Los Ángeles. Les contó cuánto los echaba de menos y les entregó un regalo de despedida a cada uno: el de Bernice era un brochecito de dos corazones unidos por una flecha, en el que había grabado: «A Bernice, con amor. Papá». El soldado Schmidt cayó en combate con el CCCXVII.º de infantería el 15 de noviembre de 1944. Su hija jamás olvidó el día en que le llegó la noticia, porque aquel día precisamente cumplía doce años[72]. Un día, en octubre de 1942, Nella Last estaba mirando a los hijos de su vecina. La madre de los niños le tocó el brazo y le preguntó: «¿Qué piensas?». La señora Last le respondió: «¡Ay, no sé! En que puedes

estar contenta de que tu Ian sólo tenga siete años». La otra mujer le contestó: «No sabes cómo lo estoy[73]».

Hasta 1943, cuando Stalingrado y los bombardeos empezaron a cambiarlo todo, muchos civiles alemanes consideraban que la guerra era algo molesto, pero no traumático. «¿Podemos llegar a acostumbrarnos a la guerra?», reflexionaba en 1941 Mathilde Wolff-Mönckeberg, la anciana esposa de un académico, que vivía en Hamburgo.

> Me atormenta esta pregunta y tengo miedo a una respuesta afirmativa. Todo lo que al principio era insoportable y no podíamos comprender, de alguna forma ahora se ha «estabilizado» y se vive de día en día en una apatía alarmante… Seguimos contando con nuestras comodidades y nuestra calidez, tenemos suficiente comida, a veces también agua caliente, no nos herniamos, más allá de ir a comprar todos los días o nuestras pequeñas tareas domésticas[74].

Como todos los alemanes —salvo los funcionarios del nacionalsocialismo, que en esto, como en todo, gozaban de privilegios— se quejaba principalmente de lo deprimente de las raciones: «Cada vez más nos volvemos más sensibles ante el vacío interior, y el ansia de aquello que no podemos obtener se intensifica», escribió Wolff-Mönckeberg en junio de 1942. «Las brillantes fantasías se multiplican con colores tentadores cuando se piensa en bistecs grandes y jugosos, patatas nuevas y largos espárragos con trocitos de mantequilla dorada. Es todo tan degradante y triste, y hay gente que a esto lo llama período "heroico".»[75] Pero si los alemanes se quejaban de las privaciones, lo suyo era leve comparado con la media general: entre 1939 y 1944, la producción británica de bienes de consumo llegó a descender en un 45 por 100, mientras que entre los alemanes sólo lo hizo en un 15 por 100. Aun cuando a la población alemana no siempre le gustara lo que se veía obligada a comer —el consumo anual de patatas subió de doce millones de toneladas a treinta y dos—, solamente pasaron verdadera hambre cuando la guerra terminó, en mayo de 1945: los nazis mataron de hambre a los países conquistados para seguir alimentando a sus propios ciudadanos.

Más que ningún otro aspecto en la guerra, la comida —o la falta de ella— ponía de relieve la relatividad del sufrimiento. En todo el mundo, sufrieron hambre grave, o de hecho murieron de inanición, muchas más personas que en cualquier conflicto previo, incluida la Primera Guerra Mundial, porque los campos de batalla se hicieron extensivos a más países que nunca, con la consiguiente pérdida de la producción agrícola. Incluso los ciudadanos de aquellos países que escaparon del hambre hallaron su alimentación notablemente reducida. El sistema de racionamiento británico aseguró que nadie muriera de hambre y los pobres estaban mejor alimentados que en tiempos de paz, pero pocos encontraban platos de los que disfrutar. Una de las «chicas del campo», Joan Ibbotson, escribió:

La comida era nuestra obsesión… En mi primer alojamiento, la señora jamás cocinaba dos verduras, salvo el domingo; el lunes comíamos carne fría, y el resto de la semana, salchichas. A veces cocía patatas con la salchicha, pero a menudo nos daba una rebanada de pan a cada una. Las dos salchichas en un plato de cristal verde, frío y grande nos daban la bienvenida tras un día de puerros o coles, y un trayecto en bicicleta de cinco kilómetros de ida y cinco de vuelta… Una vez, un vecino nos trajo un saco de zanahorias, que dijo que eran para los conejos, pero nosotros sacamos mucho provecho de aquel gesto de amabilidad… Una vez a la semana desayunábamos huevos deshidratados, pero a la buena señora que se ocupaba de aquello le gustaba cocinarlos la noche anterior, así que parecían —y no sabían a otra cosa— serrín sobre una tostada. Algunas mañanas también tomábamos paté de pescado con tostadas… Un día de Navidad nos dejaron comprar un pollo. El mío era tan viejo y duro que apenas podíamos masticarlo[76].

Cada semana, un adulto británico tenía derecho a cuatro onzas de manteca de cerdo o mantequilla, doce de azúcar y cuatro de bacon; dos huevos, seis onzas de carne, dos onzas de té y una cantidad ilimitada de verduras o frutas nacionales «fuera de la ración», si las había. La mayoría de hogares recurría a la improvisación para complementar las raciones oficiales. Derek Lambert, que entonces era un niño, recordaba esta escena en la mesa de su casa:

Una mañana se sirvió en la mesa del desayuno un tarro, con total despreocupación… Mi padre, un hombre poco expresivo, extendió el néctar sobre el pan y le dio un mordisco. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué era eso?

—Mermelada de zanahorias —le respondió mi madre.

Con una parsimonia fuera de lo común, cogió el tarro y lo vertió sobre el montón de compost[77].

Sin embargo, cualquier campesino ruso o asiático, o un prisionero del Eje, habría considerado la mermelada de zanahorias como un lujo. Kenneth Stevens estaba en la cárcel de Changi, en Singapur. Éstas son sus palabras: «En este lugar, el pensamiento vuelve incesantemente sobre la comida y se centra en ella, con nostalgia… Pienso en el estofado de pato con cerezas, los huevos revueltos, los escalopes de pescado, el pollo Stanley, el kedgeree[*6], la tarta de frutas y crema, un pudín de verano, una macedonia de frutas, un pudín de pan y mantequilla; todas esas cosas tan adorables que en mi casa se hacían inmejorablemente bien[78]». Stevens murió el 10 de agosto de 1943, sin haber vuelto a probar todas estas delicias. Su esposa no recibió su diario hasta 1945, de manos de un compañero de prisión, y compartió sus nostálgicos sueños al borde de la tumba. En aquella época, entre 1935 y 1944, la altura de las niñas francesas se redujo de promedio en once centímetros; la de los niños, en siete. La tuberculosis, estimulada por la malnutrición, aumentó de manera espectacular en la Europa ocupada, y en 1943 cuatro quintas partes de los niños belgas mostraban síntomas de raquitismo. En la mayoría de países, la gente que vivía en las ciudades sufrió más hambre que en el campo, porque se les presentaban muchas menos oportunidades de complementar la dieta cultivando su propia producción. Los pobres carecían de dinero en

metálico para el mercado negro que, en todos los países, siguió alimentando a quienes tenían medios para pagar.

En esta cuestión de los alimentos, canadienses, australianos y neozelandeses no lo pasaron tan mal. Los estadounidenses apenas sufrieron penurias: al pueblo de Roosevelt no se le impuso el racionamiento hasta 1943, y aun entonces, con bastante generosidad. La revista Gourmet se explayaba con mal gusto: «Tal vez se reduzcan las importaciones de productos selectos desde Europa, pero Estados Unidos cuenta con batallones de comida de calidad para salir corriendo en defensa del apetito[79]». La carne fue prácticamente el único artículo que faltó, aunque los estadounidenses se quejaron bastante al respecto. Un ama de casa llamada Catherine Renee Young escribió a su esposo en mayo de 1943: «Ya estoy harta de siempre lo mismo… Es que ya casi no vemos un buen bistec. Y el filete es precisamente el trozo de carne que nos da fuerzas. Mi padre acaba de llegar de la tienda y sólo ha podido conseguir morcillas; ¡con lo que las odio!»[80]. Pero fueran cuales fuesen las eventuales deficiencias de calidad, en cuanto a la cantidad, el consumo de carne a nivel nacional en Estados Unidos cayó muy poco en el transcurso de la guerra, incluso cuando se exportaban grandes cantidades a Reino Unido y a Rusia.

Todos los países con capacidad para ello pusieron primero a los suyos, sin tener en cuenta las consecuencias para quienes dependían de ellos. El Eje se condujo de un modo brutal, lo que comportó consecuencias atroces: la política nazi en el este tenía como objetivo expreso matar de hambre a las razas sometidas para alimentar así a los alemanes. La incompetencia administrativa del régimen fue tal que las importaciones de alimentos al Reich, y las muertes consiguientes de habitantes rusos, quedaron muy por debajo de lo que esperaba el ministro de Agricultura, Herbert Backe, con su «Plan Hambre». La población de las regiones ocupadas demostró un gran ingenio para esconder las cosechas a los ocupantes y se aferró a la vida contradiciendo las previsiones de los nutricionistas nazis, que esperaban entre treinta y cuarenta millones de bajas. Ahora bien, murieron muchas personas. La agricultura soviética anterior a la guerra era extremadamente ineficiente y la Wehrmacht había tomado muchos campos. Incluso cuando se recobraron, la maquinaria había sido destruida o confiscada y el campo estaba arrasado. Con la meta de cumplir con la política de la Wehrmacht, que les ordenaba vivir de la tierra, los soldados alemanes en el este consumieron unas siete millones de toneladas de cereales rusos, diecisiete millones de cabezas de ganado, veinte millones de cerdos, veintisiete millones de corderos y cabras y más de cien millones de aves de corral[81].

Los japoneses adoptaron medidas draconianas en todo su imperio, pensadas para suministrar alimento a su propio pueblo, lo que provocó que

varios millones de personas en el Sureste Asiático se murieran de hambre. China también sufrió terriblemente, puesto que sus campesinos padecieron el saqueo tanto del ejército japonés como del nacionalista. En la provincia de Henan, en 1942, cuando a una helada y granizada inesperadas le siguió una plaga de langostas, millones de personas abandonaron sus tierras y muchos perecieron, ante la horrorizada mirada de los testigos occidentales. «Mientras se morían, el gobierno seguía exprimiéndoles hasta la última gota en tributos… Los campesinos que estaban comiendo corteza de olmo y hojas secas tenían que arrastrar su último saco de grano hasta la oficina de recaudación de impuestos.»[82]

Aunque los aliados no fueron responsables de un peaje de vidas humanas como el que se cobró el Eje, en sus directrices sí se observa un fuerte egoísmo nacionalista. Estados Unidos insistió en que tanto la población nacional como las fuerzas armadas destinadas en el extranjero debían recibir asignaciones de comida tremendamente generosas, incluso cuando escaseaba el espacio para la carga. Así, por cada libra de aprovisionamiento que los japoneses trasladaban a sus acuartelamientos insulares, muchos de los cuales pasaron la segunda mitad de la guerra —como, por ejemplo, en Rabaul— inmersos en el cultivo de un huerto de subsistencia más que en operaciones de combate, los estadounidenses enviaban dos toneladas para sus fuerzas. Si los norteamericanos se mostraron, ya desde el principio, reacios a alimentar a sus hombres con productos locales, esta reticencia aumentó por la deficiente calidad de algunas comidas enlatadas en ciertos países: ocho aviadores de Estados Unidos murieron por un brote de botulismo tras haber ingerido remolacha envasada en Australia. En adelante, se envió a especialistas de Estados Unidos para mejorar la calidad de producción local. El comandante Belford Seabrook, que venía de la famosa agroindustria de Nueva Jersey, introdujo sus métodos en Australia. Coca-Cola abrió cuarenta y cuatro plantas de embotellado en los escenarios de guerra, que produjeron el 95 por 100 de los refrescos vendidos en los economatos de los campamentos. Estados Unidos redujo la asignación de carne acordada con los británicos para así conservar las provisiones para sus propios ciudadanos y soldados; el general Brehon Somervell, un conocido anglófobo, apoyó la afirmación de su jefe de transportes en 1943, según la cual el pueblo británico «todavía vivía "con comodidad" y podía asumir fácilmente más reducciones[83]».

Para los italianos, el hambre fue una realidad constante desde el momento en que el país se convirtió en campo de batalla, en 1943: «Mi padre no tenía ingresos regulares», contaba la hija de un editor de Roma, antaño acaudalado.

> Gastamos todos nuestros ahorros, éramos muchos en la casa, contando con dos hermanos escondidos. Fui con mi padre a los comedores de la beneficencia porque a mi madre le daba

vergüenza. La sopa nos la hacíamos con las vainas de las habas. No teníamos aceite de oliva… Un frasco costaba dos mil liras, cuando toda nuestra casa sólo había costado setenta mil. Compramos todo lo que se podía encontrar en el mercado negro, cambiándolo por plata, mantelerías bordadas, sábanas. La plata valía menos que la harina; hasta la dote de nuestras hijas se cambió por carne y huevos. Después, en noviembre, cuando llegó el frío, tuvimos que cambiar nuestras cosas por carbón: las colas más largas eran las de los vendedores de carbón. Llevábamos los sacos nosotras mismas, porque más valía que ningún hombre se asomase [no fuera a ser que lo reclutasen para trabajos forzados].[84]

«El hambre lo gobernaba todo —escribió desde Italia el corresponsal australiano Alan Moorehead—. En realidad, estábamos contemplando el derrumbe moral de un pueblo. Ya no les quedaba orgullo ni dignidad. La lucha salvaje por la supervivencia lo gobernaba todo. La comida. Eso es lo único que importa. Comida para los niños. Comida para uno mismo. Comida al precio que fuese, por cualquier degradación o depravación.»[85] La prostitución se convirtió en la única actividad que permitía a algunas madres alimentar a sus familias, tal como pudo observar el sargento británico Norman Lewis en 1944. En un edificio municipal situado a las afueras de Nápoles, encontró a un montón de soldados alrededor de un grupo de mujeres vestidas con sus ropas de calle

y el aspecto habitual de las amas de casa de clase trabajadora: bien lavadas, con sus chismorreos y sus compras respetables. Al lado de cada una de ellas había un montoncito de latas, y enseguida se entendía que dejando una lata más sobre el montón, se podía hacer el amor a la mujer en aquel lugar tan público. Las mujeres estaban absolutamente calladas, no decían nada y sus rostros eran tan inexpresivos como si de estatuas se tratase. Podrían haber estado vendiendo pescado, aunque el lugar carecía del alboroto propio de los mercados. No abordaban a los posibles clientes, no se insinuaban, no intentaban atraerlos y no exhibían ni siquiera un poco de carne, ni aun del modo más discreto o accidental… Un soldado, algo bebido y azuzado constantemente por sus amigos, dejó al final su lata de la ración al lado de una mujer, se desabrochó y se tendió sobre ella. Empezó a mover las caderas de un modo mecánico y pronto llegó al final. Un momento después estaba de pie abrochándose el pantalón de nuevo. Había sido algo que terminar lo antes posible. Parecía que había cumplido con un castigo impuesto en el campamento, más que hacer el amor[86].

En diciembre de 1944, cuando el hambre amenazaba con matar a muchos habitantes de Italia y, prácticamente, toda Europa, un oficial de la embajada británica en Washington visitó al subsecretario de Guerra estadounidense, John J. McCloy para protestar contra la política que enviaba cantidades desmesuradas de provisiones a las fuerzas estadounidenses en el extranjero, mientras que los civiles liberados se hallaban en una situación desesperada: «Para ganar la guerra —le preguntó—, ¿no estaremos poniendo en peligro la estructura política y social de la civilización europea, de la que depende la futura paz del mundo?». Esto provocó la réplica inmediata del señor McCloy, quien afirmó que «al Reino Unido le interesaba recordar que, como resultado del cambio radical que la guerra había provocado en la posición económica y financiera de la Commonwealth británica, nosotros, en el Reino Unido, dependíamos tanto (como mínimo) de Estados Unidos como de Europa. ¿Era

prudente arriesgarse a perder el apoyo de Estados Unidos al intentar conseguir el de la Europa occidental? De eso se trataba». El oficial británico, atónito, siguió insistiendo en la urgencia de alimentar a los civiles europeos. McCloy se mantuvo en sus trece y afirmó que sería fatal para el Reino Unido «pretender que la guerra en el Pacífico debería retrasarse por alimentar a la población civil de Europa».

El Foreign Office, en Londres, manifestó una gran consternación al recibir el acta de esta reunión, pero no había alivio a la impotencia británica ante el dominio estadounidense[87]. Que al final, entre 1943 y 1945, solo muriera de hambre un número relativamente bajo de italianos se debió en primer lugar al desvío ilegal de grandes cantidades de raciones estadounidenses al mercado negro y, desde ahí, al pueblo —en buena medida, para enriquecimiento personal de algunos miembros del ejército de Estados Unidos—; y en segundo lugar, a la influencia política de algunos italoestadounidenses que, aun con retraso, convencieron a Washington de que debía evitar una muerte en masa[88].

El gobierno británico, a su vez, sometió a privaciones extremas a algunos súbditos de su imperio, para mantener el nivel de alimentación —mucho más elevado— que consideraba necesario en casa. En 1943, las raciones que se enviaban a la zona del océano Índico se rebajaron drásticamente, por razones estratégicas importantes, pero a un coste humanitario deplorable. Mauricio sufrió apuros terribles, al igual que varios países del África oriental donde colonos blancos hicieron fortuna gracias a la agricultura de guerra, explotando a nativos forzados a trabajar a cambio de sueldos irrisorios.

La hambruna bengalí de 1943-1944, sobre la que volveremos más adelante, provocó una respuesta de una crueldad brutal por parte del primer ministro británico. Cuando Wavell, entonces virrey, tuvo noticias del enorme puente aéreo que el Reino Unido pensaba establecer en 1945, para ayudar a Holanda, donde la gente se había visto obligada a comer bulbos de tulipán, observó con cierta amargura: «La actitud es muy distinta cuando se trata de alimentar a una población que muere de hambre, si esto sucede en Europa[89]». También los griegos sufrieron por el bloqueo que los británicos impusieron al imperio de Hitler: al menos medio millón de personas murió por inanición. Sin duda, Churchill tenía razón al afirmar que la Wehrmacht habría sacado provecho de las concesiones para entrar comida en Grecia y otras naciones ocupadas. Ello no obstante, hay una realidad fundamental indeleble: las potencias aliadas suministraban a su propio pueblo unos niveles de alimentación que negaban a otros, incluidas otras sociedades que, supuestamente, se hallaban bajo su protección.

III. El lugar de la mujer

La movilización de las mujeres fue un movimiento social clave en la guerra, más abarcador en la Unión Soviética y el Reino Unido, aunque Adam Tooze ha demostrado que Alemania también utilizó a trabajadoras de un modo más extenso de lo que se creía. Los valores de la sociedad japonesa descartaban elevar a mujeres a puestos de responsabilidad, pero interpretaron un papel crítico en las fábricas y, en 1944, suponían la mitad de la fuerza de trabajo agrícola en su país. El Reino Unido prebélico utilizó a las trabajadoras menos que la Unión Soviética, pero, bajo la presión del asedio, no tardó en reclutarlas. Con ello, algunas se sintieron realizadas de un modo desconocido en los días de paz: la madre de Peter Baxter, a sus cincuenta y cinco años, trabajó como oficinista en el Ministerio de Abastecimiento, «y sospecho que hacía años que no se lo pasaba tan bien», escribió su hijo. «Es rápida de pensamiento y para ella es estimulante usar la cabeza en lugar de afanarse con las pesadas tareas de la casa… No puedo evitar pensar que, por mucho que mi madre haya amado a sus hijos, quizá habría sido más feliz todos estos años si hubiera podido desarrollar una carrera empresarial como hacen las mujeres en Rusia.»[90]

Sin embargo, muchas chicas también sufrieron al verse metidas en un mundo industrial dominado por los hombres y de un machismo descarado. Tal fue el caso de Rosemary Moonen:

> Mi iniciación a la vida de la fábrica fue espantosa. Yo era peluquera en un salón de belleza para la clase alta, situado en una zona distinguida de la ciudad, y por tanto era una chica reservada y bastante refinada. Que me lanzasen de repente a un mundo de hombres y mujeres groseros y sin educación, que usaban un lenguaje malsonante y soez hasta el extremo, fue una experiencia muy dura, irreal[91].

El capataz ante el que Moonen fue presentada por primera vez le tiró una escoba y le dijo con desprecio: «¡Venga! ¡Coge esto y haz algo!».

> Me hirió y humilló ante el resto de las chicas… Regresó al cabo de media hora y me encontró sentada en una caja, sin hacer nada. Me preguntó, furioso, qué leches me creía que estaba haciendo. Reuní todo mi coraje y le repliqué que, hasta que tuviera la decencia de enseñarme cuál iba a ser mi trabajo, suponiendo que fuese para colaborar en el esfuerzo bélico, me quedaría allí sentada. Algo desconcertado, me soltó una serie de improperios y me insultó con algunas de las peores palabrotas imaginables. En aquel momento, yo estaba ya tan enfadada y asqueada que levanté la mano y le di una bofetada en la mejilla… Se disculpó de mala gana, me llevó a una máquina, y me enseñó cómo se usaban los pedales, los frenos y los rodillos para poder manejarla… Al final de aquel turno me fui a casa y lloré con amargura. ¿Cómo podría soportar aquel ambiente?

Sarah Baring era la hija de un lord cuya única ocupación, antes de que

estallara la guerra, había sido bailar en puestas de largo. Luego, se vio perforando planchas de aleación en una fábrica de piezas aeronáuticas, que le resultaba odiosa: «El puesto de trabajo sin ventilación, la comida indescriptible, los suelos húmedos que te empapaban los pies incluso a través de los zuecos de madera, el idiota del enlace sindical, más cobarde que las gallinas… la actitud del jefe, que nos intimidaba y agobiaba… Tenía que tomarme un día suelto para tumbarme en la cama y luchar siempre contra el agotamiento[92]». Más adelante, Baring tuvo la suerte de poder aprovechar que hablaba alemán con fluidez para conseguir, de este modo, que la trasladaran a Bletchley Park.

Todos los países querían ensalzar y pintar de color de rosa el papel de las trabajadoras durante la guerra, como estímulo para los nuevos reclutamientos. En Estados Unidos, en 1942, Redd Evans y John Jacob Loeb compusieron una cancioncilla popular:

> Llueva o haga sol
> pasa todo el día
> trabajando duro
> en la factoría.
> Rosie hace historia,
> ayuda a la victoria,
> Rosie, la remachadora[*7].

El modelo real de «Rosie, la remachadora», que se convirtió en icono del feminismo estadounidense, era una joven de veintidós años llamada Rose Will Monroe, del condado de Pulaski, en Kentucky. Como a millones de estadounidenses, se la trasladó para que trabajara en la industria bélica: en su caso, en las líneas de ensamblaje de B-24 y B-29 en la planta de Willow Run, en Ypsilanti, Michigan. Se la convirtió en estrella de una película propagandística y, en mayo de 1943, Norman Rockwell realizó un famoso retrato de «Rosie, la remachadora» que salió publicado en la portada del Saturday Evening Post (aunque el modelo de la imagen había sido una telefonista de Arlington, en Virginia). En 1944, había veinte millones de mujeres estadounidenses trabajando, lo que suponía un incremento del 57 por 100 con respecto a las cifras de 1940.

El avance de los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, por más que fuera extremadamente lento, mejoró de forma sustancial con el reclutamiento de afroamericanas para trabajar en las fábricas, con frecuencia al lado de mujeres blancas. Todas las trabajadoras, sin embargo, cobraban una paga netamente inferior a la de los hombres: mientras ellas ganaban una media de 31,50 dólares a la semana, el equivalente masculino ascendía a los 54,65 dólares semanales. Muchas mujeres hallaron empleo en los astilleros, lo cual dio lugar a un personaje propagandístico de corta vida: «Wendy la soldadora», basada en la Janet Doyle del astillero Kaiser Richmond Liberty,

en California. Otra «Rosie» que gozó de gran popularidad fue Shirley Karp Dick, que recibía seis dólares por posar para sesiones fotográficas; la más famosa de todas, aquella en la que aparecía pisoteando el Mein Kampf de Hitler. Canadá siguió su ejemplo y dio publicidad al personaje de «Ronnie, la chica de las metralletas».

Sería un error idealizar el papel de Rosie: por un lado, la fuerza de trabajo industrial de Estados Unidos seguía dominada, en su gran mayoría, por los hombres; por el otro, la vida que llevó esta primera generación de mujeres trabajadoras fue, en muchos casos, desdichada. Junto a la planta de aviación de Willow Run, de la Ford, se formó un sórdido y extenso parque de caravanas. Algunos empleados recorrían hasta un centenar de kilómetros diarios, antes que vivir allí. Los sueldos eran altos, pero surgió una preocupación social por los «huérfanos de ocho horas»: los hijos de las esposas que iban a trabajar y, simplemente, dejaban a sus hijos en casa durante todo el día. Se descubrió que unos pocos de aquellos niños desafortunados pasaban las horas encerrados en coches, en los aparcamientos de las fábricas. Además, muchas de las nuevas trabajadoras necesitaron su tiempo para adquirir la pericia necesaria. Algunas «Rosies», como sus equivalentes masculinos, no eran nada competentes en su labor, realidad que se reflejó en las limitaciones estructurales de algunos de los barcos que construyeron. Asimismo, el vivo esfuerzo agrícola a ambos lados del Atlántico se malograba a veces por decisiones de producción poco sensatas y por falta de las aptitudes necesarias para el trabajo. En abril de 1942, Muriel Green, empleada en una huerta del sur de Inglaterra, reflexionaba con tristeza acerca del desperdicio de buena parte de su empeño cultivador: «Supongo que en todo hay derroche: ése es el problema de nuestro país. Hasta ahora, no se llega al pleno esfuerzo y los resultados no llegan[93]».

En Rusia, las penalidades tanto de las mujeres reclutadas por el ejército como de las civiles eran bastante más graves: el corresponsal de Pravda, Lázar Brontman, anotó en su diario el esfuerzo desesperado de las esposas moscovitas por escapar del servicio en las fábricas. Las que tenían hijos menores de ocho años estuvieron exentas hasta el verano de 1942, pero luego el límite de edad descendió hasta los cuatro años. Las mujeres suplicaban realizar trabajos de oficina, en cualquier sitio, para evitar trabajar en las fábricas de vehículos ZIS. Brontman atestiguó la curiosa misión de algunas mujeres privilegiadas que se convirtieron en «cascos» y se ahorraron deberes más exigentes que el trabajar en un teatro de Moscú imitando el galope de los caballos para una obra acerca de la caballería soviética[94].

Más de ochocientas mil rusas sirvieron en los ejércitos de Stalin. Para algunas, incluidas noventa y dos que se convirtieron en heroínas de la Unión Soviética, la experiencia quizá fuera positiva. Las «unidades conejo» de la

fuerza aérea roja, formadas por mujeres, eran famosas. El nombre era una alusión propia, en tono de broma, a un incidente acaecido en épocas anteriores de la guerra, cuando reclutas de vuelo femeninas se comieron, «como conejos» muertos de hambre, las coles crudas que encontraron en una base. Un puñado de mujeres sirvieron como francotiradoras en Sebastopol y en Leningrado; después, en 1943, empezaron a salir las primeras grandes hornadas de francotiradoras específicamente instruidas en la materia. Al controlar mejor su respiración, se descubrió que su puntería era asimismo más fina, y desempeñaron un papel importante en los últimos años de guerra, aunque no en Stalingrado, en contra de lo que se suele creer.

Algunas mujeres, no obstante, retrocedían con miedo ante la experiencia de la batalla. Nikolai Nikulin fue testigo de un incidente en el frente de Leningrado, durante un bombardeo con proyectiles que hirió a un centinela, que se retorcía de dolor en el suelo. A una joven enfermera, sentada a su lado, «le corrían las lágrimas por la cara sucia, que no había visto el agua en muchos días, y las manos le temblaban por el pánico». El hombre herido alcanzó a bajarse los pantalones y vendarse la terrible herida del muslo, a la vez que intentaba calmar a la chica: «Hija, por favor, ¡no temas! ¡No llores!». El comentario de Nikulin fue seco: «La guerra no es sitio para niñas[95]».

Muchas mujeres de uniforme sufrieron una explotación sexual despiadada. El capitán Pavel Kovalenko escribió cierto día: «Fui a visitar el regimiento de tanques. El comandante de la unidad se había emborrachado mientras celebraba su ascenso a teniente coronel y estaba durmiendo la mona. Me sorprendió encontrarme ante el espectáculo de una figura postrada, hecha un ovillo, a su lado; resultó ser su "esposa de campaña[96]"». Las «esposas de campaña» se convirtieron en un fenómeno de la guerra de Rusia, y sólo una minoría afortunada consiguió el anillo de boda después de la experiencia. «El PPZh es nuestro gran pecado», suspiró Vasili Grossman, usando la jerga con la que los comandantes del Ejército Rojo se referían al abuso sexual de sus mujeres[97]. Miles de ellas fueron evacuadas cuando quedaron embarazadas, deliberadamente o de otro modo; la única concesión a su sexo, prácticamente, fue que a las mujeres soldado se les acabó entregando una mínima ración extra de jabón.

Entre tanto, las que trabajaban en campos y en fábricas en ausencia de sus hombres adolecían de hambre crónica y, a menudo, se les requerían trabajos que estaban por encima de su capacidad física. Las hernias fueron habituales entre las mujeres que cada día luchaban por levantar pesadas cargas; incluso se las uncía al carro si morían los bueyes. En los días oscuros de 1942, Grossman reflexionaba así:

> Los pueblos se han convertido en el reino de las mujeres. Conducen los tractores, vigilan los

almacenes, hacen cola para el vodka. Hay chicas, algo bebidas, cantando ahí fuera: se despiden de una amiga que va al ejército. Las mujeres llevan sobre sus hombros la pesada carga del trabajo. Las mujeres dominan. Ahora nos alimentan y nos arman. Nosotros luchamos. Y no luchamos bien. Las mujeres miran y no dicen nada. No hay ningún reproche [en sus ojos], ni siquiera una palabra amarga. ¿Están abrigando rencores? ¿O acaso entienden la terrible carga que supone la guerra, aun ésta tan poco exitosa[98]?

El ama de casa Valentina Bekbulatov le escribió a su hijo, que estaba en el frente, contándole las circunstancias desesperadas en que se encontraba la familia:

¡Querido Vova!

He recibido el dinero que enviaste, pero no hacía falta que te molestaras; en ningún caso llega para ayudarnos en nuestra pobreza y tú te estás privando incluso de este precario apoyo. Este mes sólo he ganado veintiséis rublos, así que imagínate en qué situación estamos: no hay ninguna posibilidad de comprar nada en el mercado. Estamos esperando la leche. El tío Pazyuk vino hace poco y trajo algunos enseres que intercambiar por harina. La tía se despidió de sus tres hijos, que se fueron al ejército: Aleksei, Egor y Aleksander. Aleksei ya ha estado en una batalla, Egor está en el Lejano Oriente y de Aleksander no hay cartas[99]…

Evdokiya Kalinichenko recibió una herida en la pierna mientras trabajaba como enfermera en el ejército. Fue licenciada y la mandaron de vuelta a la universidad a la que asistía antes, que a su vez fue evacuada al Kazajistán. Desde allí escribió a su familia una carta que retrata con realismo un fragmento de la enorme tragedia colectiva de su pueblo:

A veces me parece que nuestra universidad es el refugio de todos los pobres desgraciados que no tienen dónde ir ni refugiarse. (¡Oh, no voy a poder mandar esta carta!). [Temía la ira de los censores, pero la envió de todos modos.] Shura estaba en el frente. Tanto si se casó allí como si no, volvió con un hijo. Ah, Mayusha, no te imaginas cómo mira la gente a estas chicas y lo mal que lo llegan a pasar. Ella es un poco mayor que yo; estaba terminando segundo curso cuando estalló la guerra. No tiene amigos ni conocidos, sólo la universidad. Le han dejado que empiece tercero y le han dado sitio en una residencia. El bebé tiene cuatro meses; es una niña que se pasa el día y la noche llorando. Necesita pañales secos, pero Shura sólo tiene lo que lleva a la espalda. Hay que lavarla, pero el agua se congela en su habitación. Vamos arrastrando hasta casa todos los trozos de madera que encontramos. Ayer, vi un tablón enorme apoyado en la pared, de camino a casa. Era un anuncio del teatro, escrito en rojo sobre negro: «Otello». [Lo usaron para encender fuego]. Para Shura eso supone poder abrir las mantitas de la niña un par de días, cambiarle los pañales… Dusya, mi tocaya, ayuda a Shura con todo lo que puede. También está estudiando, pero debe de tener casi cuarenta años… De no ser por ella, la pequeñina se habría muerto de hambre y frío hace ya tiempo. La tía Dusya trabaja de cargadora en la panadería y de escondidas se lleva un poco de harina en los bolsillos. Shura hace sopas con ella y se las come y alimenta a la niña. La gente dice que los hijos de Dusya murieron en bombardeos. Ella no habla con nadie, es muy delgada, morena, se viste como un hombre y fuma majorka [picadura de tabaco].

Sólo una cuarta parte de nosotros son hombres, y están lisiados. Por alguna razón, las piernas son lo que más recibe, y se las amputan. Aquí, uno de cada dos hombres es cojo. La mayoría de las amputaciones se practica muy arriba. Petya (que se sienta a mi lado en las clases) no tiene piernas, [sólo] ortopédicas. Le cuesta moverse. No consigue acostumbrarse a ellas, y además está débil. Tiene una cara muy dulce, tímida, y unos ojos muy azules. Tiene la voz suave. ¿Cómo puede haber estado a la cabeza de una sección? A Petya le resulta especialmente duro caminar cuando las raciones de pan nos llegan con dos o tres días de retraso. La cara se le pone gris, se le afilan las mejillas y la mirada es sombría… Cuando nos cansamos mucho cortando y recogiendo leña para el fuego, Petya hace muchas bromas intentando entretenemos, a mí y a la chica que tengo al lado. No cuenta unas

historias demasiado divertidas, pero nosotras nos reímos una y otra vez.

Maldita guerra… Sólo vemos tullidos… En mi opinión, el más desgraciado es un capitán, un zapador. No tiene rostro, sino una máscara terrible, azul, lila y verde. Por suerte es ciego y no puede verse. La gente dice que, antes de la guerra, era guapo. Aun ahora es alto, esbelto y pulcro. Nosotros pensamos que si tuviera un hijo, volvería a nacer en él y todo el mundo vería cómo fue. A ver si acaba de una vez esta maldita guerra. Están matando y lisiando a los mejores. Tenemos que ser muy fuertes para sobrevivir[100].

Uno de los compañeros de estudios de Evdokiya era un joven llamado Vityia, que había sido muy apuesto, pero acabó terriblemente amargado al perder una pierna. Ella contaba que aquel hombre se había endurecido, «se había convertido en piedra». Él se negaba a ver a su familia, ni siquiera a su madre, aunque sí les escribía. En una de esas cartas, Vityia describía la vida en su ciudad, donde había aprendido a ir en bicicleta:

Empujo los pedales con un pie y me las arreglo bastante bien. Las calles están desiertas, hay casas derruidas por todas partes, proyectiles vacíos. Las tardes en el parque de la ciudad son un sueño de paz; hasta hay música. Hay muchas chicas, todas rubias, y nuestros oficiales pasan un buen rato con ellas… como si no hubiera guerra. A estas jovencitas las conocen con el sobrenombre de «pastora alemana» porque les resulta indiferente si sus hombres son rusos o alemanes. Le dije esto mismo a una de ellas, y ella me respondió:

—¿Estás celoso? También aparecerá alguien para ti, mi pobre tullido, pero no será tan buena.

Le arrojé mi muleta[101].

Todos los países en combate desplegaron a mujeres como enfermeras, un papel que muchas consideraban gratificante. Dorothy Beavors tenía veintidós años en 1942 y era hija de un pequeño granjero de Ohio cuya madre aún conducía una calesa tirada por un caballo y no disponía de teléfono en casa. Trabajaba en un pequeño hospital local y le sugirió a su padre la posibilidad de unirse a la sección médica del ejército. Sus dos hermanos ya habían ido a prestar servicio y, después de pensarlo un poco, su padre le respondió: «Quizá debas ir a cuidar de ellos». Ella se casó con un médico del ejército en Winchester, Inglaterra, la noche antes de zarpar hacia Francia en junio de 1944, y desembarcó en la playa de Utah agarrada aún a su ramo de novia. «El trabajo me resultó natural», dijo. Pero para ella fue una revelación hallarse tratando a muchachos de dieciocho y diecinueve años que no sólo habían perdido piernas o brazos sino, en ocasiones, las nalgas o «trozos enteros de las caderas». Nadie podía decir que la teniente Beavers y otras mujeres como ella estuviesen buscando publicidad, pero todas ellas apreciaban el reconocimiento de su tierra de origen. Cuando apareció en el Ohio State Journal un pequeño párrafo con una fotografía suya, se emocionó[102].

Los rusos y los partisanos yugoslavos fueron los únicos pueblos en guerra que desplegaron a mujeres en funciones de combate. Los británicos enviaron a unas pocas agentes a territorios ocupados, bajo las órdenes de la SOE (Dirección de Operaciones Especiales); y las mujeres cumplían con trabajos

administrativos y de apoyo esenciales para las fuerzas armadas aliadas y del Eje. La mayoría de oficiales de más edad, nacidos en el siglo XIX, se mostraba condescendiente con ellas. Los comandantes del bando aliado occidental —no así los soviéticos— deploraban la intrusión en las relaciones militares de tensiones y tentaciones sexuales, ya fueran éstas reales o sólo en potencia. Nimitz, en Pearl Harbor, se negó a aceptar a ninguna mujer en su equipo. Sir Arthur Harris, del Mando de Bombarderos, dijo: «Siempre he creído que las mujeres de uniforme debían de ser o tan bellas que no podían sentirse amenazadas por ninguna otra mujer, o tan viejas y feas que ya les daba igual[103]».

La RAF empleó a algunas mujeres que hablaban alemán para controlar las transmisiones de voz de las radios enemigas. La mayoría asumió su papel con entusiasmo, aunque unas pocas se mostraron más remilgadas. El vicemariscal del aire Edward Addison, al mando de las unidades de la RAF responsables de las contramedidas electrónicas, recibió una visita de una waaf[*8] cuyo padre, antes de la guerra, había sido director de banco en Hamburgo. La mujer se negó a espiar las conversaciones de los cazas nocturnos de la Luftwaffe, alegando que le daban vergüenza las obscenidades —habituales en las tripulaciones aéreas de todas las nacionalidades— que resonaban por las ondas[104]. En su mayoría, las mujeres fueron más fuertes. Trabajando codo a codo con el personal de combate, o en las distintas secciones de la defensa civil, se adaptaron tanto a las disciplinas como a los horrores. El piloto de la RAF Ken Owen mostró su desdén por los estereotipos sentimentales acerca de las relaciones entre tripulación y personal femenino de tierra en las bases de bombardeo. «Esto de las waaf que salen a despedirnos y todo el rollo es pura filfa. Se hacen tan insensibles y flemáticas como nosotros.»[105]

Para algunas chicas, la guerra demostró ser tanta aventura como para los chicos con ansias de combatir: la vida cotidiana adquirió un emocionante carácter de urgencia. La aristócrata alemana Eleonore von Joest dijo: «Yo era joven, lo encontré realmente interesante. Pensaba: "Todo esto es vida"». Después de que Von Joest, a sus diecinueve años, participase en 1945 en el horrible éxodo masivo de Prusia Oriental, su madre declaró con sarcasmo: «Mi hija logró divertirse hasta con la caminata[106]». Los límites de las licencias sexuales se ampliaron de forma espectacular. En todo el mundo, muchas mujeres se ponían sentimentales —e incluso pensaban que era su deber— hacia los combatientes con un pie en la tumba. Muriel Green, una campesina inglesa, escribió un día de 1941 acerca de su recién descubierta pasión por un soldado francocanadiense: «¡Estoy… casi enamorada! ¿O acaso estoy enamorada del amor? ¡Lo que significa ser joven y estar loca! ¡Desde luego, es muy bueno para la moral en época de guerra que te hagan el amor!

… Él está solo, igual que yo. Los dos estamos lejos de casa y de los amigos… No estoy muy segura de si le prometí que me iría con él de vuelta a Canadá o no ¡Seguiré siendo amiga suya, en cualquier caso! La culpa de todo esto la tiene la guerra[107]». Unas semanas después describía cómo permitió, a regañadientes, que un soldado escocés que se embarcaba para el extranjero la besase en su última cita: «La verdad es que yo no quería… pero ellos se marchaban… y quizá yo sea la última chica a la que bese antes de irse, quizá la última que bese jamás. ¡Dios le bendiga! Es demasiado agradable para que lo maten[108]».

Green, que tenía veintidós años, expresó una profunda infelicidad en la primera época de la guerra, tal como se ha citado antes, pero se regocijaba en los placeres que descubrió después, entre los cuales destacaba especialmente el idilio romántico. Habló de 1944 como de

> uno de los [años] más felices de mi vida. He tenido buena salud, buenos amigos, buenas condiciones laborales con dinero para gastar (si hubiera habido algo que comprar) y una temporada bien alegre. La guerra ha avanzado y ha dejado muchas cicatrices. Yo soy una de las afortunadas que ha salido sin cicatrices… La vida en las residencias ha convertido a casi todas las chicas de aquí en cazadoras de maridos… Hay tan pocos solteros disponibles… Todos culpamos a la guerra y seguimos disfrutando de la vida según se presenta, lo cual significa, en este lugar, vivir con los maridos ajenos[109].

La otra cara de la moneda, por supuesto, era que los hombres que servían en el extranjero temían la infidelidad de sus amadas. El sargento de primera Harold Fennema escribió desde Europa a su esposa, en Wisconsin: «Cariño, es lamentable la cantidad de veces que oyes a compañeros decir que, en su última carta, le hablaban de alguien que ha tenido un bebé cuando el marido de ella lleva un año o más en el extranjero. La infidelidad es, probablemente, la mayor causa de inquietud para el soldado[110]». El capitán Pavel Kovalenko, del Ejército Rojo, escribía algo por el estilo en julio de 1943: «La guerra ha trastornado todos los valores familiares. Todo se ha venido abajo. Todo el mundo vive para el momento presente. Hace falta muchísima fuerza y aguante para resistir a las tentaciones humanas, para conservarse sin tacha. Tengo que aguantar, el honor del propio matrimonio es sagrado[111]».

Pocos maridos de ningún país eran tan firmes como Kovalenko, en medio de las oportunidades sexuales de la guerra y las tensiones provocadas por la larga ausencia del hogar. En cuanto a las esposas e hijas, aquellas que, en los países ocupados, sucumbieron sexualmente a los invasores —ya fuera voluntariamente o por la fuerza—, casi invariablemente padecieron en sus comunidades ostracismo social, si sobrevivían hasta la liberación. Si algunas mujeres gozaron de las nuevas libertades, responsabilidades y recompensas, muchas más sufrieron penosamente y fueron explotadas sin piedad. La esposa, embarazada, de un italiano escondido describió la miseria de su vida

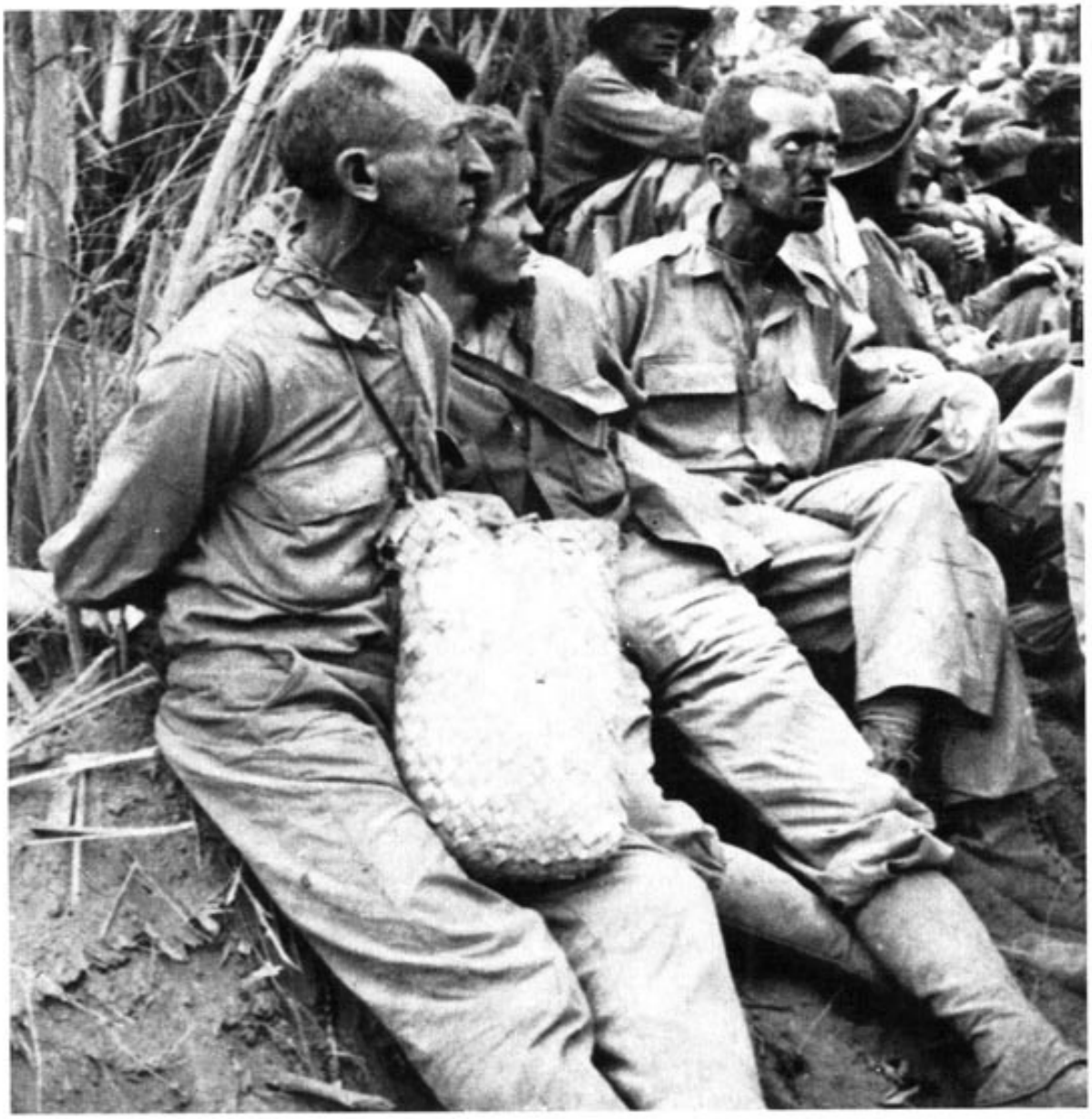
cotidiana en 1943:

> A veces hacía cola desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde… Tenía que llevarme a los dos niños pequeños conmigo. Encontré un sitio donde vendían sanguinaccio (morcilla), que a mí me pareció muy malo, pero mi hija se lo comió. Me salieron forúnculos en las piernas, que me dijeron que eran por falta de vitaminas. Mi marido andaba loco por encontrar cigarrillos y yo di con un estanquero que me los proporcionaba. Al llegar a casa, agotada, lo único que mi marido quería era que hiciéramos el amor. Me saltaba encima cuando aún tenía la bolsa de la compra en la mano. Si le decía que no, me acusaba de tener un amante[112].

Algunos combatientes jóvenes descubrieron ciertas compensaciones en el conflicto —aventura y una prueba de hombría— que se negaba a la mayoría de las mujeres, que sólo reconocían sus miserias y horrores. Si en algunas sociedades la guerra amplió las oportunidades y responsabilidades de las mujeres, también intensificó la explotación, sobre todo en el terreno sexual, en un mundo gobernado por el ejercicio de la fuerza.

Tropas japonesas celebran la victoria en Bataan, Filipinas, hacia 1942 (*US National Archives & Records Administration, Washington D.C.*).

Refugiados indios escapan de Birmania, enero de 1942. Miles de ellos fueron asesinados (*George Rodger/Time & Life Pictures/Getty Images*).



Prisioneros americanos en Filipinas, mayo de 1942 (*US National Archives & Records Administration, Washington: 127-N-114541*).

La tripulación abandona el USS Lexington en la Batalla del Mar del Coral, mayo de 1942 (*AP Photo/Press Association*).

Soldados japoneses muertos en Guadalcanal, agosto de 1942 (*AP Photo/Press Association*).

Tropas australianas llevando a un compañero herido a un puesto de socorro en Papúa Nueva Guinea, diciembre de 1943 (*AP Photo/Press Association*).

Picando hielo en el HMS Vansittart, de servicio en el Ártico como escolta de un convoy, febrero de 1943 (*AP Photo/Press Association*).

Supervivientes de un U-boot (submarino alemán) hundido en la batalla del Atlántico, abril de 1943 (*Photo by Jack January/USCG Historian's Offi ce*).

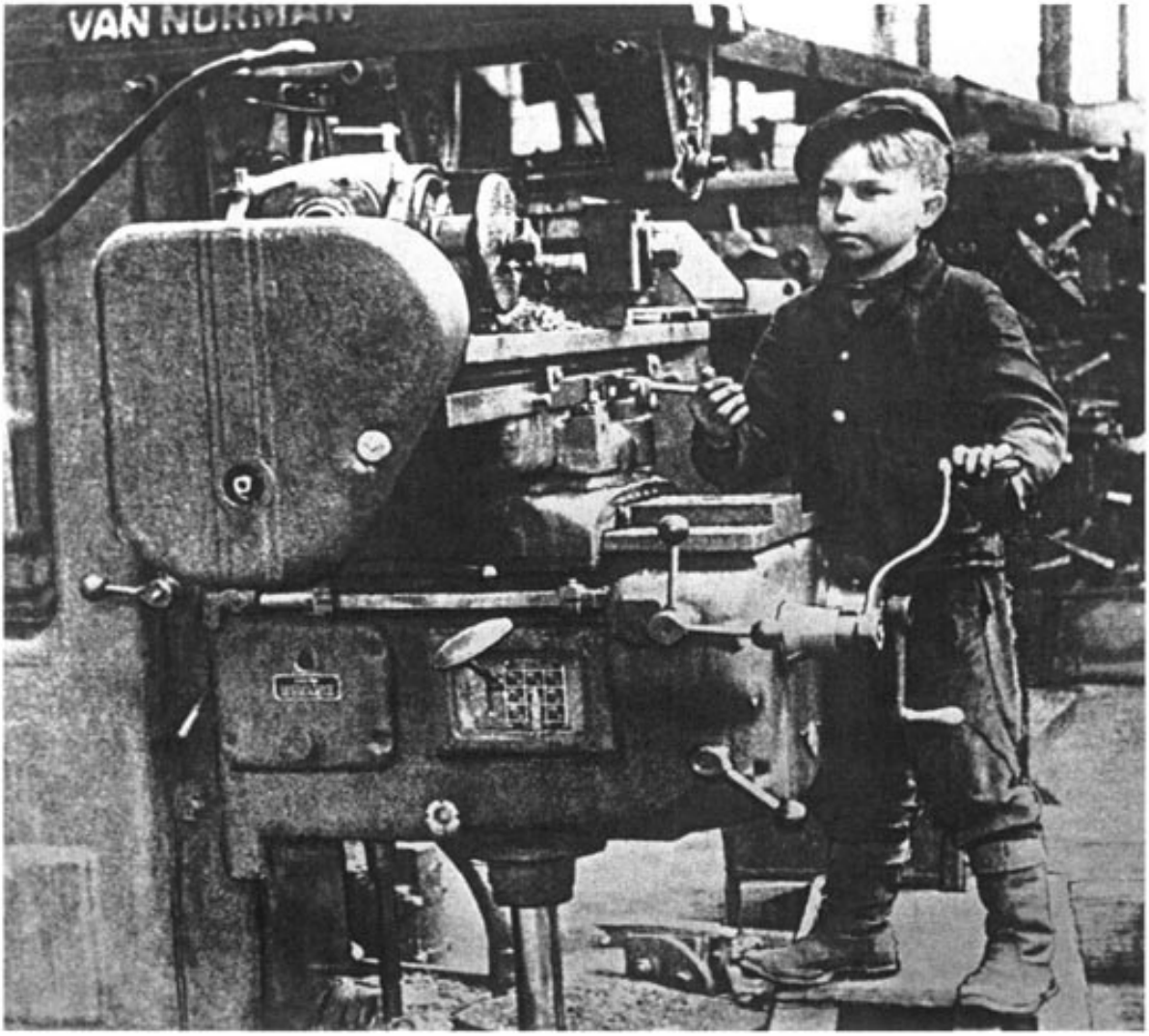
WRENS (división de mujeres de la Royal Navy) empujando un torpedo al lado de un submarino en Portsmouth, sur de Gran Bretaña, septiembre de 1943. Los británicos reclutaron para el servicio militar a más mujeres que ningún otro país, a excepción de Rusia (*Imperial War Museum A 19471*).

Algunos soldados chinos de Chiang Kai-shek, agosto de 1945. Más de un millón murió en la lucha entre 1937 y 1945 contra los japoneses (*Jack Wilkes/Time & Life Pictures/Getty Images*).

Granadero alemán durante la retirada de Rusia, 1943-1944 (*Keystone/ Getty Images*).

Daños colaterales en Rusia, 1943 (*Krasnogorsk 0177619 N. Asnina*).

Trabajadoras en un astillero americano, 1942. Muchas mujeres se encargaron de realizar duros trabajos mientras los hombres estaban en el frente (*CORBIS*).



Un niño de doce años trabaja en la fábrica de motores de Perm, Rusia, 1943 (*ITAR-TASS*).

El ejército rojo avanza (*Krasnogorsk 0326120 Minkevich collection*).

Dibujo de Zainul Abedin, artista bangladesí, sobre la vida y la muerte de las víctimas de la hambruna de Bengala entre 1943 y 1944 (*De la serie Bengal Famine, 1943, por cortesía de Mainul Abedin*).

14

Fuera de África

Incluso cuando Estados Unidos envió tropas al escenario mediterráneo, a finales de 1942, los Aliados occidentales sólo habían desplegado dieciséis divisiones para las operaciones en tierra contra alemanes e italianos. Los factores clave en la lucha contra Hitler, aquel año, fueron la supervivencia y posterior resurgir de Rusia, junto con el aumento en la producción armamentística estadounidense. En tierra, mar y aire, las fuerzas aliadas empezaron a cosechar el fruto del prodigioso esfuerzo industrial de Estados Unidos: a los escenarios de combate llegaban tanques y aviones en cantidades sin igual. Estados Unidos construyó al menos 48 000 aviones y 25 000 tanques en 1942, frente a los 15 400 aviones y los 9200 tanques alemanes. En 1939, la marina de Estados Unidos sólo daba empleo a 29 astilleros; en 1942, había 322, que llegarían a producir más de cien mil nuevos buques y pequeñas embarcaciones para la marina de Estados Unidos y la Comisión Marítima antes de la victoria sobre Japón.

Durante el resto de la guerra, las operaciones del bando aliado occidental se vieron muy condicionadas por la necesidad de concentrar embarcaciones adecuadas para desembarcar ejércitos en costas hostiles y bajo el fuego enemigo, tanto en Europa como en el Pacífico. Para este cometido se diseñó y se construyó un número elevadísimo de naves especializadas, que podían navegar por aguas poco profundas. Los británicos fueron a la cabeza con la creación de los buques de desembarco de tanques (LST, en sus siglas inglesas), capaces de realizar una travesía oceánica y luego desembarcar

veinte tanques y hasta un centenar de otros vehículos por las compuertas de proa. Estados Unidos adoptó el modelo de 2286 toneladas, mayor que muchos destructores, y al final de la guerra había construido 1573 unidades.

La fabricación de embarcaciones menores estuvo dominada por Andrew Higgins, un extravagante naviero de Nueva Orleans, de expresión cruda y gran bebedor, que se hacía llamar «Don Lancha de Desembarco». Nacido en Nebraska en 1886, en 1938 ofreció su primer diseño, el Eureka, al cuerpo de marines de Estados Unidos. Sus elementos claves —concebidos una década antes para una embarcación costera que empleaban por ejemplo contrabandistas de ron, agentes fiscales, perforadores de pozos de petróleo y tramperos— consistían en una hélice empotrada en un semitúnel y la proa en forma de espátula. Tenía una limitación: que los soldados debían desembarcar por los costados. Alguien enseñó a Higgins una fotografía de una nave japonesa con una rampa en la proa, usada en China. Inmediatamente telefoneó al ingeniero jefe y le dictó las instrucciones pertinentes para construir un prototipo, que un mes más tarde fue probado con éxito en el lago Pontchartrain. A Higgins le encargaron un gran número de este tipo de barcos, designados como «barcazas de desembarco de vehículos y personal». (LCVP, en sus siglas inglesas). La población de Nueva Orleans creció en un 20 por 100 en 1942, en gran parte debido al influjo de los trabajadores que se necesitaban para construir sus barcos: la empresa recibió pedidos por valor de setecientos millones de dólares. Higgins se convirtió en un personaje legendario del sector industrial bélico, capaz de producir cerca de veinte mil barcos. Sin embargo, en lo tocante a las finanzas era un imprudente y la empresa quebró al poco de terminar el conflicto.

La experiencia bajo el fuego norteafricano había demostrado que las embarcaciones de madera eran muy vulnerables. Así, se introdujeron variantes de acero, buena parte de ellas armadas por un contratista de maquinaria agrícola de Florida, que entre 1943 y 1945 transportó a la batalla a millones de soldados aliados y decenas de miles de vehículos. Los estadounidenses fabricaron un total de 42 000 embarcaciones menores de aquella clase, y los británicos unas tres mil. Los norteamericanos produjeron también 22 000 DUKW (apodados «duck», pato): camiones y tractores anfibios, estos últimos de uso prácticamente exclusivo en el Pacífico. Aun así, pese a que el inventario —que los estadounidenses bautizaron como «flota [ali]gátor»— era muy nutrido, nunca bastó para satisfacer la demanda; sólo para la fase inicial del Día D en Normandía se requirieron 2470 embarcaciones menores.

La escasez de buques de asalto supuso una restricción crónica en la estrategia aliada, y Churchill se lamentó con frecuencia de que su país dependiera de los fondos estadounidenses: no se podía montar ninguna

operación anfibia sin la aquiescencia de Washington. Las fuerzas británicas también apelaron al programa de Préstamo y Arriendo para cubrir cuotas cada vez mayores de sus necesidades armamentísticas. La producción británica de tanques cayó de 8600 en 1942 a 4600 en 1944, y las piezas de artillería pasaron de 43 000 a 16.000. A la postre, Estados Unidos proporcionó al Reino Unido el 47 por 100 de los blindados de su imperio, el 21 por 100 de las armas menores, el 38 por 100 de las naves y lanchas de desembarco, el 18 por 100 de los aviones de combate y el 60 por 100 de las aeronaves de transporte. Tan grande llegó a ser la capacidad de Estados Unidos que los envíos al Reino Unido tan sólo supusieron el 11,5 por 100 de la producción estadounidense de 1943-1944: el 13,5 por 100 de los aviones, el 5 por 100 de la comida y el 8,8 por 100 de los cañones y la munición. Mientras tanto, la industria británica se centró en la producción de grandes bombarderos: la ofensiva aérea estratégica acabó implicando cerca de un tercio de la producción nacional, lo que en buena medida explica por qué el Reino Unido concedió tanta importancia a sus logros y deficiencias.

Después de Pearl Harbor, se produjo un intervalo de treinta meses —lo que supone una temporada larga, en el contexto de setenta y un meses de guerra— antes de que la movilización militar e industrial se tradujera en el despliegue de grandes ejércitos en los campos de batalla europeos; la potencia aérea y marítima de los estadounidenses, sin embargo, tuvo impacto antes. La mayoría de los soldados británicos y estadounidenses que luego combatieron en el noroeste de Europa disfrutó del lujo —y soportó el aburrimiento— de más de dos años de instrucción, antes de que los enviasen a la lucha: la mayor parte de las formaciones estadounidenses no vio su primer campo de batalla hasta 1944. En 1942, Estados Unidos envió a la mayoría de su cuerpo de marines y a unas pocas divisiones del ejército de tierra al Pacífico, y decenas de miles de otros soldados a Islandia e Irlanda del Norte.

Los estadounidenses empezaron a descender sobre el Reino Unido en gran número. Algunos se entusiasmaron con el carácter pintoresco de las maltratadas islas de Churchill, pero la mayoría se preguntaba si sus ciudadanos se esforzaban de verdad por estar a mediados del siglo XX y guerrear con eficacia. «Los ingleses fueron amables con nosotros, sobre todo cuando llegaban a conocernos», escribió Haynes Dugan, oficial de una división acorazada estadounidense. «Daban algunas fiestas estupendas, aunque las provisiones eran escasas». Dugan jamás olvidó una reunión de aquéllas, en la que un joven oficial de paracaidistas galés cantó en su propio idioma. El estadounidense se quedó desconcertado al descubrir que, en medio de la escasez de confección nacional, una invitada llevaba un vestido hecho con sus propias cortinas. Anotó: «Los tenderos tienen una frase

favorita: "¡No es que haya racionamiento, chaval, simplemente es que no lo podemos traer!"[1]».

El aviador Bob Raymond, de Kansas City, llegó al Reino Unido para servir primero con la RAF y después con la USAAF. En mayo de 1942 escribió: «La fuerza de la tradición y los precedentes son tan fuertes que el pensamiento en materia de política, negocios, religión, etc., parece haberse congelado. Son la gente más atrasada en el terreno económico que jamás he conocido. Se resisten con todas sus fuerzas a emplear los recursos de ahorro de trabajo y los métodos comerciales más rápidos y directos… Mucho tomar el té, muchos fines de semana de viernes a lunes, muchas vacaciones, etc.»[2]. Un sondeo de la opinión pública realizado por el gobierno de Estados Unidos dado a conocer el 25 de marzo de 1942, informaba: «Los estadounidenses confían más en la intensidad del esfuerzo bélico por parte de los rusos que de los británicos; tienen la sensación de que los rusos están utilizando mejor nuestro programa de Préstamo y Arriendo… La falta de confianza en el esfuerzo bélico británico se ha intensificado después de la caída de Singapur[3]». Los británicos no se hacían ilusiones con respecto a su descenso de posiciones: «Los estadounidenses… tienen una imagen de nosotros, sobre todo, como un país que sufre una lenta decadencia —sostenía un informe del Ministerio de Guerra en enero de 1943—, una nación de gente soberbia, antipática y descortés, asentada en los viejos métodos de la ineficacia, aferrada a viejos sueños de grandeza que no podemos perpetuar… Nos estaremos engañando si creemos que la tierra está limpia. Están latentes en ella las semillas de la desconfianza y la aversión[4]».

Durante todo el año de 1942, el Reino Unido continuó con la implacable lucha naval para mantener abiertas sus líneas de abastecimiento a escala mundial. La ofensiva de la RAF contra Alemania fue cobrando impulso poco a poco y se unieron a ella algunos grupos de bombarderos de la USAAF. Un ejército débil, compuesto en su mayoría por indios, se enfrentaba a los japoneses en la frontera de Birmania. Los jefes del estado mayor estadounidense ansiaban desembarcar pronto en Francia y ofrecieron contribuir con una muestra de soldados a lo que habría sido —vana esperanza— una mayoría abrumadoramente británica. Churchill descartó la idea de plano y convenció a Roosevelt de que a los Aliados les convenía más un objetivo asequible: asegurarse la victoria en el Mediterráneo. Por tanto, el norte de África siguió siendo el único escenario donde un número considerable de fuerzas de tierra británicas combatían contra el Eje: en el desierto, los hombres del VIII.º ejército se preparaban para nuevos esfuerzos en un desierto en el que ningún bando tenía el menor interés emocional. El oficial británico Keith Douglas escribió:

> Los que provocan y dirigen las guerras —grandes hombres, y acaudalados—… tienen tantos motivos propios que se pueden permitir prestarnos unos cuantos. No hay nada de raro en su actitud. Han salido a por algo que quieren, o que sus gobiernos quieren, y nos utilizan para que se lo consigamos… Es emocionante y sorprendente ver a miles de hombres, de entre los cuales sólo una minoría sabe gran cosa de por qué lucha, todos soportando penalidades, viviendo en un mundo antinatural y peligroso, pero no totalmente terrible, teniendo que matar y morir; y sin embargo, de vez en cuando se emocionan con un sentimiento de camaradería hacia quienes les están quitando la vida, hacia los que ellos están matando, porque soportan y experimentan las mismas cosas[5].

Ni Churchill ni su pueblo pusieron en duda la enorme importancia de la lucha rusa, pero las operaciones norteafricanas afectaban sobremanera el amor propio de los británicos. En el invierno de 1942-1943, brindaron una ocasión muy importante, probablemente indispensable, a unas cuantas formaciones estadounidenses, de modo que ganasen experiencia en el combate y, de paso, se pudiera frenar el orgullo desmedido de sus generales. Durante buena parte del año anterior, no obstante, parecía dudoso que los británicos pudieran siquiera mantener Egipto. El parlamentario Harold Nicolson escribió: «Corre el rumor de que nuestras tropas no están luchando bien… Nuestros hombres no resisten el castigo. Y sin embargo, siguen siendo los mismos que tripulan los mercantes y que ganaron la batalla de Inglaterra. Algo va muy mal en la moral de todo nuestro ejército[6]». En una sesión privada en la Cámara de los Comunes, en la que se analizaba la campaña del desierto, Churchill dijo: «El comportamiento de nuestro extenso ejército… no parece haber estado en armonía con el ánimo previo o actual de nuestras fuerzas[7]». Tras la ignominiosa rendición de Tobruk el 21 de junio, Auchinleck despidió a Ritchie, su comandante de campo, y asumió personalmente el mando del VIII.º ejército. Pero a finales de mes, tras caer derrotados en Marsa Matruh, sus maltrechas formaciones se retiraron una vez más, hasta la línea de El Alamein, dentro de Egipto.

La suerte de los británicos atravesaba entonces su peor momento. En general se estaba de acuerdo en que las tácticas empleadas en el desierto durante los primeros seis meses de 1942, así como la dirección de los generales, habían sido deplorables; y que las batallas de Gazala se habían librado escandalosamente mal. La moral estaba por los suelos. Ambos bandos consideraban factible que Rommel llegara a El Cairo y los Aliados tuvieran que dar Egipto por perdido. El impacto estratégico de semejante golpe habría sido limitado, porque el Eje carecía de recursos para explotarlo. Pero el coste que habría pagado el prestigio británico —bastante empañado ya— habría sido demoledor. El pánico se extendió por Egipto y la flota mediterránea de la Royal Navy abandonó Alejandría. El teniente Pietro Ostellino escribió a su esposa, el 2 de julio de 1942, en un tono exultante que pone de manifiesto el fascismo residual de algunos italianos, que se aferraban a la esperanza de un éxito militar: «Aquí las cosas van cada día mejor. Como sabrás por la radio y

los periódicos, los ingleses y los Aliados se están llevando tal paliza que les costará volver a levantar cabeza. ¡Se lo tienen bien merecido! Nuestros soldados son, sencillamente, maravillosos. La victoria es nuestra; ya no podemos fallar[8]».

Washington también estuvo de acuerdo. Los jefes del ejército estadounidense dieron por perdida la campaña británica, al menos hasta finales de otoño; creían que el VIII.º ejército se había mostrado fatalmente inferior al Afrika Korps, que estaba destinado a avanzar inexorablemente hacia el norte y adueñarse del delta del Nilo. La melancolía se apoderó de los británicos en El Cairo, aquel mes de julio, al mismo tiempo que crecía el júbilo entre los egipcios. El famoso «Miércoles de Ceniza», el cuartel general del Próximo Oriente quemó documentos secretos y muchas familias escaparon a Palestina. Para vergüenza de las autoridades del mandato en la zona, a varios centenares de judíos que huían de Egipto y solicitaron refugio —incluidos algunos que trabajaban para los británicos— se les denegó el visado de entrada; los funcionaron alegaron, con superficialidad, que no podían infringir los cupos de inmigración.

Sin embargo, los británicos no estaban tan apurados como creían. Algunos civiles, incluso en la Europa ocupada, sacaron conclusiones más astutas a partir de los precarios y engañosos comunicados nazis que los propios soldados aliados en el campo de batalla. Victor Klemperer, el gran diarista judío de Dresde, escribió el 8 de julio de 1942: «Parto de suponer que Inglaterra y Rusia exageran en un 100 por 100, Goebbels y compañía en un 200 por 100… En Rusia, las victorias de Hitler lo están matando; en Egipto podía ganar en serio. Pero… parece que a Rommel le han hecho avanzar casi hasta Alejandría[9]». Klemperer tenía razón: la situación de Rommel no era nada envidiable. El ejército del Eje, superado en número, se hallaba en el extremo de una endeble línea de aprovisionamiento que debía recorrer 2400 kilómetros. La asignación de combustible y armas desde Alemania siempre fue inadecuada. Con la ayuda de los descodificadores de Ultra, la Royal Navy y la RAF empezaron a provocar un grave desgaste en el transporte de combustible, tanques y munición por el Mediterráneo.

La RAF adquirió fuerza en el norte de África, mientras la Luftwaffe se iba debilitando; y el VIII.º ejército recibió los primeros tanques Grant estadounidenses, casi equivalentes a los Panzer de Rommel. Desde un punto de vista estratégico, a los alemanes les habría convenido retirarse a una línea situada en el interior de Libia, donde mitigarían sus dificultades de aprovisionamiento y agravarían al mismo tiempo las de los británicos. Fueran cuales fuesen los delirios que acariciaran los soldados de Rommel, su ejército carecía de la fuerza suficiente para emprender una última ofensiva sobre Alejandría con perspectivas de éxito. Pero la vanidad y la ambición fueron

causa frecuente de que el Zorro del Desierto quisiera abarcar demasiado y Hitler —con temeridad y una insistencia superior incluso a la de Churchill con sus propios comandantes— instó al Afrika Korps a ser agresivo.

Auchinleck estaba en condiciones de frustrar los planes del Eje: le bastaba con mantener su posición. Fuerzas estadounidenses y británicas desembarcarían en el otro extremo del norte de África en noviembre —en el marco de la Operación Antorcha—, por lo que el VIII.º ejército no tenía necesidad de correr riesgos. Cuando los Aliados se hubieran establecido en Marruecos, Argelia y Túnez, la posición de Rommel en Egipto sería insostenible. Pero a medida que se acercaba el otoño, el éxito de la Operación Antorcha parecía más incierto, sobre todo en Washington. Para los británicos, contaba también el imperativo del prestigio nacional: desde 1939, los ejércitos de Churchill habían sufrido repetidas derrotas —humillaciones, de hecho— a menudo infligidas por fuerzas enemigas de menor tamaño. En el Reino Unido, la moral estaba por los suelos. El pueblo de Churchill era cada vez más sensible, de un modo casi enfermizo, al contraste observable entre la heroica lucha librada por los rusos y su propia actuación en el campo de batalla, tan floja. Necesitaban anotarse una victoria de forma desesperada, y sólo podrían lograrlo en el desierto. La derrota del Afrika Korps en Egipto apenas era relevante para el resultado final del conflicto armado, pero se convirtió en un asunto de la mayor importancia en el terreno anímico, y así lo entendió el primer ministro británico.

El 1 de julio, cuando los alemanes volvieron a atacar, fueron rechazados en lo que se conoció como la primera batalla de El Alamein. En los enfrentamientos posteriores, ningún bando obtuvo una ventaja decisiva. Pero lo que importaba era que habían impedido que Rommel realizase ningún gran avance; aunque, de hecho, dadas las fuerzas respectivas y los detallados informes del servicio de inteligencia con respecto a las intenciones alemanas, no poder impedírselo habría sido una vergüenza. Durante los primeros días de agosto, Churchill llegó a El Cairo con Alan Brooke, para ver las cosas con sus propios ojos, y despidió a Auchinleck. Su puesto de comandante del VIII.º ejército lo ocupó el candidato de Brooke, el teniente general sir Bernard Montgomery, y el de comandante en jefe del Oriente Próximo fue para el general sir Harold Alexander. Un mes más tarde, el 30 de agosto, Rommel atacó en Alam Halfa. Montgomery, que conocía al dedillo los planes de Alemania gracias a la información de Ultra, lo repelió. Entonces, el general se abocó a la tarea de entrenar a las tropas británicas para lanzar su propia ofensiva. Contaba con dos ventajas cruciales: estaban llegando muchos carros blindados estadounidenses y la Fuerza Aérea del Desierto había logrado dominar el cielo.

El volumen de información de Ultra crecía de forma notoria y resultaba de

vital importancia en todos los escenarios. En años anteriores, las descodificaciones eran impagables, sobre todo en la guerra naval, pero se producían de forma bastante irregular. Desde mediados de 1942, salvo unos pocos fallos notables, los Aliados pudieron conocer buena parte de las comunicaciones del enemigo; desvelar las claves de cifrado alemanas y japonesas supuso una extraordinaria aportación a la victoria. A los logros de los descodificadores británicos y estadounidenses se sumó el milagro adicional de que las potencias del Eje jamás sospecharan seriamente que sus comunicaciones más secretas estaban siendo interceptadas por los Aliados. No se podían captar todas las comunicaciones importantes a todas horas: las líneas telefónicas terrestres del Eje —la conexión preferida, siempre que estaba disponible— continuó siendo segura. La calidad de los análisis aliados, así como del provecho obtenido, variaba según fueran los prejuicios de los comandantes de campo y sus jefes de inteligencia. Por ejemplo, Ultra revelaría más adelante la concentración de blindados que, en diciembre de 1944, precedió a la ofensiva de las Ardenas, pero el estado mayor no sacó las conclusiones correctas sobre la inminencia de un ataque. El simple hecho de conocer las cartas del enemigo no bastaba para que estas cartas menguasen de valor, ni ofrecía ninguna garantía de éxito en el enfrentamiento entre ejércitos y flotas. Pero gracias a Ultra, los Aliados dispusieron de más información acerca de lo que sus enemigos hacían y planeaban que cualquier bando en combate en la historia precedente.

Los logros de Ultra debieron mucho a tres matemáticos polacos, dirigidos por Marian Rejewski, que estuvo al frente de los primeros trabajos —fundamentales— con la máquina alemana Enigma. Éstos se realizaron entre 1932 y 1939, tras haber adquirido una unidad comercial de la máquina codificadora alemana. Recibieron la ayuda de Francia cuando ésta les suministró una lista de claves de la Wehrmacht en 1931, que había conseguido a través de una fuente alemana. Irónicamente, aunque Rejewski estuvo sirviendo con el ejército polaco en Reino Unido entre 1943 y 1945, jamás tuvo noticias del rico fruto engendrado por sus logros pioneros. En 1939, los polacos ofrecieron a franceses y británicos máquinas Enigma reconstruidas. Aquello permitió que, al año siguiente, la Escuela Británica de Claves y Códigos, sita en Bletchley Park, empezase a descifrar algunos mensajes alemanes e italianos. Desde entonces, a intervalos, el arsenal de conocimientos de Bletchley se vio reforzado por la captura de nuevas Enigma en el mar y por listas de configuraciones mensuales.

Ultra era la denominación colectiva con que los Aliados designaron una serie de claves del Eje: más de doscientas, en 1945. Algunas tardaron bastante en entregar sus secretos. Primero se descifraron las comunicaciones de la Luftwaffe, hacia finales de mayo de 1940, y a continuación el tráfico naval y

del ejército de tierra. En 1941, ya se leía un buen número de mensajes de la Wehrmacht, y su contenido se transmitía a los comandantes de campo aliados con un retraso medio de seis horas. Aquello era demasiado lento para resultar útil a la hora de tomar decisiones tácticas en el campo de batalla terrestre. Poco a poco fue comprendiéndose que Ultra resultaría más útil para orientar la estrategia, como sucedió durante las batallas de El Alamein, en el verano de 1942.

El manejo aliado de los datos de inteligencia de Ultra alcanzó un magnífico nivel de desarrollo y complejidad. La información se transmitía a los comandantes de campo a través de Unidades de Enlace Especiales, desplegadas localmente, cuya misión consistía no sólo en proteger el secreto, sino también en asegurarse de que no se adaptarían iniciativas ni se emprenderían movimientos que pudieran revelar a los alemanes que los Aliados estaban al cabo de sus intenciones. Cuando mediante el análisis criptográfico se localizaba un posible blanco naval, una patrulla de reconocimiento aérea sobrevolaba al enemigo antes del ataque, siempre que las circunstancias lo permitían, para cubrir el papel de Ultra. A partir de 1942, Bletchley Park se convirtió en un centro industrial, con seis mil empleados trabajando en un distrito de barracones, en el que una avalancha de mensajes se procesaba por turnos, las veinticuatro horas del día. El corazón de las operaciones era Colossus, la «bomba» electrónica que aceleró hasta una velocidad de vértigo la exploración de las múltiples posibilidades matemáticas. Los equipos de descifrado estaban dominados por varios cientos de académicos brillantes, en su mayoría matemáticos y hablantes de alemán. Las personalidades de mayor influencia, ambos de treinta y pocos años, fueron Alan Turing, a quien a veces se ha descrito como el «padre del ordenador», y Gordon Welchman. Algunos jóvenes que desarrollaron tareas vitales —y, por fuerza, absolutamente secretas— en Bletchley Park fueron objeto de censura por parte de personas que, desde el exterior, criticaban su ausencia en el frente. Uno de ellos recibió una carta de su antiguo director en la que le reprochaba que su condición obstinadamente civil era una vergüenza para su viejo centro de estudios.

El panorama de las operaciones enemigas que suministraba Ultra siempre resultaba incompleto, pero ofrecía una fiabilidad que ningún «soplo» proveniente de espías humanos podía igualar. Por ejemplo, los Aliados pudieron emprender el Día D el 6 de junio de 1944 con la certeza de que el enemigo seguía sin tener conocimiento de su objetivo y fecha. Churchill permitió que alguna información Ultra relativa al frente oriental pasase a Moscú. A Stalin nunca se le informó oficialmente sobre las operaciones de Bletchley Park, pero hubo traidores británicos que pasaron un flujo ininterrumpido de descodificaciones a los contactos del NKVD en Londres y,

con ello, a Moscú.

Hasta 1943, ingleses y estadounidenses no empezaron a compartir plenamente la información obtenida por sus servicios de inteligencia. Estados Unidos había descifrado el código diplomático japonés antes de la guerra, pero su manejo de Ultra —en parte, debido a la rivalidad existente entre las ramas naval y terrestre— nunca llegó a igualar la integración entre las distintas secciones militares que sí lograron los británicos. El ejército de tierra estadounidense desarrollaba sus propias tareas de descodificación en Arlington Hall, donde al final llegaron a trabajar unas siete mil personas. El equipo de la marina norteamericana, establecido en un sombrío cuartel subterráneo del 14.º Distrito Naval, en Pearl Harbor, estaba dirigido por el comandante Joseph Rochefort. Rochefort, de extrema brillantez como hablante de japonés, criptoanalista y pensador intuitivo, contribuyó de un modo crucial a la victoria de Midway. Sus hombres leyeron algunos mensajes en la clave de operaciones de la marina japonesa, JN-25, al poco de estallar la guerra, y en varios momentos vitales de 1942 lograron descodificaciones fragmentarias que acabaron siendo los logros más importantes de Ultra en la guerra del Pacífico. No obstante, durante los meses siguientes el código JN-25 se resistió al equipo de Rochefort, por lo que el servicio de inteligencia naval dependió durante ese tiempo de los vigilantes costeros y el análisis de movimientos. En 1943, se accedió de nuevo al código de operaciones y, en adelante, se aportó un flujo constante de datos hasta el fin del conflicto.

Bletchley Park y Arlington Hall fueron esenciales para descifrar los códigos del ejército japonés en 1943; el primero fue el de los agregados militares en el extranjero. Gracias a hacerse con libros de códigos japoneses, en 1944 quedaron expuestas una gran cantidad de comunicaciones militares. Mientras que en enero de aquel año, Arlington leía menos de dos mil mensajes del ejército de tierra enemigo, en marzo la cifra había aumentado a 36 000, que influyeron decisivamente en la estrategia de MacArthur sobre Nueva Guinea. Las comunicaciones japonesas se interceptaron con mucha menos eficacia durante la campaña de las Filipinas, en 1944, tras un cambio de los códigos principales del ejército, lo cual supuso una nueva pausa en la descodificación, hasta el mes de julio. En general, las operaciones navales de Estados Unidos dependían más de Ultra que los movimientos de infantería en las campañas del Pacífico. Ninguna descodificación podía acabar con las dificultades de asaltar posiciones enemigas provistas de una fuerte defensa. Pero la contribución conjunta de los criptoanalistas estadounidenses y británicos al esfuerzo bélico superó la de cualquier otro cuerpo en la historia que hubiera sido relativamente tan poco numeroso. Sus operaciones supusieron el ejemplo más claro del acierto con que los aliados occidentales integraron en el esfuerzo bélico a sus intelectuales civiles más brillantes.

En el otoño de 1942, Churchill ardía en deseos de que el VIII.º ejército iniciase el ataque. En cuanto se produjeron los desembarcos de la Operación Antorcha, la gloria de todos los éxitos británicos posteriores sería compartida con los estadounidenses. Desde Londres apremiaban sin pausa a Alexander y Montgomery, pero el pequeño y astuto comandante de campo se atenía a su propia agenda. «Monty» era un soldado profesional, frío, mordaz y reflexivo, y estaba decidido a someter las operaciones británicas a un orden y una disciplina que hasta la fecha habían brillado por su ausencia. En ocasiones, y no de forma injusta, se lo ha descrito como «un buen general de la Primera Guerra Mundial», pues se sentía especialmente cómodo con las operaciones limitadas y preparadas de antemano; destacaba sobre todo su capacidad de «control». Entre agosto y octubre de 1942, llamativamente, consiguió que el ejército del desierto recuperase la confianza. Los refuerzos otorgaban en aquel momento una ventaja decisiva a los británicos: el VIII.º ejército desplegó a 195 000 hombres frente a los 104 000 de los alemanes e italianos; 1029 tanques, frente a los 489 del enemigo, y 750 aviones en lugar de 675. Además, en la artillería dispuso de una superioridad irrefutable.

Keith Douglas, que cruzó la zona de retaguardia del VIII.º ejército para unirse a un regimiento de acorazados, quedó fascinado por el espectáculo de hombres y máquinas reunidos en la arena, prestos a combatir:

> Los camiones aparecían como barcos, hundiendo la proa en montones de polvo y alzándose repentinamente sobre las crestas, como si de olas se tratara. Las ruedas estaban siempre ocultas tras las nubes de polvo: con tantísimo tráfico la arena normal quedaba pulverizada y convertida en una sustancia casi líquida, pegajosa al tacto, en la que los pies de los hombres se hundían casi hasta las rodillas. Todos los hombres llevaban una máscara blanca, por el polvo, y los ojos parecían los de un payaso, si no usaban gafas.

Al otro lado de la colina, el ejército de Rommel vivía en un entorno igual, pero cayó presa de un creciente pesimismo con respecto a la apurada situación en que se hallaba. Debemos recordar que el componente más numeroso de aquel grupo no era el alemán, sino el italiano; y, como la mayoría de sus compatriotas, Vittorio Vallicella se sentía abatido:

> Estamos atascados en esta desolada llanura de El Alamein, cansados, hambrientos, con poca agua, mugrientos y piojosos. Sabemos que nuestro Gran Líder [Mussolini] está a 660 kilómetros del frente, furioso porque hemos sido incapaces de abrirle las puertas de Alejandría… Llevamos dieciséis meses viviendo de esta forma: aguantamos con una cantimplora de agua (cuando hay suerte); a merced de las pulgas y los piojos. Llegados a este punto, quizá la única esperanza es que una bomba se nos lleve y acabe con nuestro sufrimiento[10].

Vallicella anotó que el suicidio de un camarada era el decimoséptimo ocurrido en su unidad desde marzo de 1941. La RAF los bombardeaba constantemente: durante uno de los ataques, sus compañeros cometieron la

imprudencia de buscar refugio bajo un vehículo que, al sufrir un impacto directo, los mató a todos. Vallicella, aturdido tras el bombardeo, se ganó el respiro de unas pocas horas de sueño en un hospital de campo alemán, antes de que volviesen a mandarlo al frente de batalla.

El sistema de aprovisionamiento del ejército italiano se había hundido y sus hombres quedaron a merced de la generosidad de los alemanes. El Afrika Korps se sentía irritado por el gorroneo italiano y, en respuesta, Vallicella y sus camaradas pasaron a arrangiarsi, algo así como «apañárselas cada uno como pueda[11]». «¿Qué será de nosotros? —pensaba el soldado—. ¿Cómo podemos seguir luchando tan lejos de nuestras bases de aprovisionamiento y a merced de los ataques aéreos? No pasa una semana sin que nuestras columnas de suministros sean ametralladas y destruidas. La falta de agua, comida y armas hace que tengamos la moral por los suelos.»[12] Muchos soldados italianos debían su subsistencia exclusivamente a la comida enlatada o en polvo. Tras la primera semana, Vallicella escribió: «No podemos más; si nuestra logística siempre ha sido inadecuada, ahora apenas existe[13]». Él y sus camaradas deambulaban por el campo de batalla, escarbando en busca de agua y comida, sacando el combustible de los depósitos de los vehículos derribados. La División Folgore sufrió un escandaloso número de bajas: «Esos jóvenes, que sólo contaban con el apoyo de morteros y unas extrañas ametralladoras, han escrito una página de la historia. Los han barrido por cientos en pro de un régimen que ni siquiera sabe suministrarles el equipo que necesitan para luchar».

Mientras tanto, el teniente Norman Craig, que describía sus sensaciones al comienzo de la batalla de El Alamein, reflexionaba acerca del desafío que suponía un liderazgo joven:

> Antes de un ataque, el miedo es universal. La creencia popular de que en la batalla hay dos tipos de personas —las sensibles, que se atormentan, y unas pocas carentes de imaginación que no saben lo que es el miedo y avanzan sin inquietud— es una falacia. Todos estaban asustados por igual, porque no se requiere imaginación para prever la posibilidad de la muerte o de una mutilación. Era sólo que algunos conseguían ocultar el miedo mejor que otros. Los oficiales no podían permitirse mostrar sus sentimientos de un modo tan abierto como los otros; debían disimular más. En una gran batalla, un subalterno tenía poca influencia, o ninguna, sobre el destino de su sección; era un juguete de los dioses. Tenía un papel esencialmente histriónico: debía fingir un optimismo despreocupado y alegre para crear ilusión de normalidad y hacer que pareciera que no había nada mínimamente extraño en las espantosas acciones que se pedía llevar a cabo. Sólo de este modo podía uno liberar la tensión, disipar el pánico que pudiera sentir y convencer a sus hombres de que, al final, todo saldría bien. En mis adentros, me maravillaba que no corrieran a poner pies en polvorosa. Refunfuñaban y tenían aspecto de aprensión, pero nada más… [Los suboficiales pensaban:] «Si un oficial puede hacerlo, ¡que caray!, también lo haremos nosotros». Los soldados miraban a los suboficiales y decían: «Nosotros iremos allí donde vayan esos malditos cabos». Y así es como un ejército se mantiene firme[14].

El 23 de octubre, Montgomery inició la Operación Lightfoot, fase inicial de

la segunda batalla de El Alamein, que empezó con un bombardeo devastador y duró doce días. Vittorio Vallicella estaba charlando con unos alemanes, bebiendo un té que había conseguido, cuando los proyectiles británicos empezaron a caer sobre ellos: «He visto muchas descargas enemigas, pero la intensidad de ésta supera toda experiencia anterior[15]». Los hombres, que se ahogaban entre las acres humaredas provocadas por las explosiones, veían lenguas de fuego saltar por el desierto. Vallicella se guareció en el refugio de los conductores, intentando encontrar consuelo en compañía de otros: «Juntos, tenemos menos miedo». Describió una escena que cuesta de imaginar en ningún ejército que no fuera el de Mussolini. Un teniente le ordenó cargar a los muertos en un camión y llevarlos a un cementerio temporal situado por detrás del hospital de campo; él se negó. El oficial lo amenazó con una pistola. En ese momento apareció el coronel, censuró de forma virulenta al teniente y le quitó el arma de las manos; abatido, el oficial rompió a llorar. Vallicella y sus camaradas llevaron los cuerpos a un hospital de campo, donde las enfermeras les ayudaron con la truculenta tarea de descargarlos. Según contaron a los soldados, su principal cometido durante los últimos días había sido enterrar a los muertos en fosas comunes; hasta los bulldozer debían pedirlos prestados a sus aliados alemanes.

Durante casi una semana, las fuerzas del Eje rechazaron repetidamente los ataques británicos. En Londres, Churchill echaba chispas. El alférez Vincenzo Formica dejó constancia de la oleada de júbilo que se desató en su unidad el 1 de noviembre: por un momento, los italianos supusieron que los británicos habían renunciado a avanzar. Les alentaban las noticias de los numerosos tanques que los Panzer habían destrozado a las unidades de acorazados de Montgomery: «Los oficiales y la tropa, que habían vivido las batallas y llevaban meses de sufrimiento en medio del desierto de Egipto y en la época más calurosa del año, vieron que todos sus padecimientos y sacrificios serían recompensados con el premio que todo guerrero ansia: la victoria. Dimos por sentado que contraatacaríamos. El grito de guerra era: "¡Navidad en Alejandría!"[16]».

Sin embargo, en veinticuatro horas, el panorama cambió radicalmente. Más tarde, Montgomery diría que la batalla de El Alamein se había librado de acuerdo con su plan original. En realidad, se vio obligado a desplazar más al norte el objetivo central del ataque, pero aun así, no había duda de que el dominio del campo de batalla correspondía al VIII.º ejército. El desgaste impuso pérdidas intolerables en las fuerzas del Eje, cuya falta de combustible se había agudizado. «Todas nuestras ilusiones se hicieron pedazos la noche del 2 de noviembre», escribió el alférez Formica[17]. Salieron detrás de una columna de tanques hasta descubrir que su líder se había perdido. Al final, apareció su coronel, quien los guió personalmente hacia la zona de

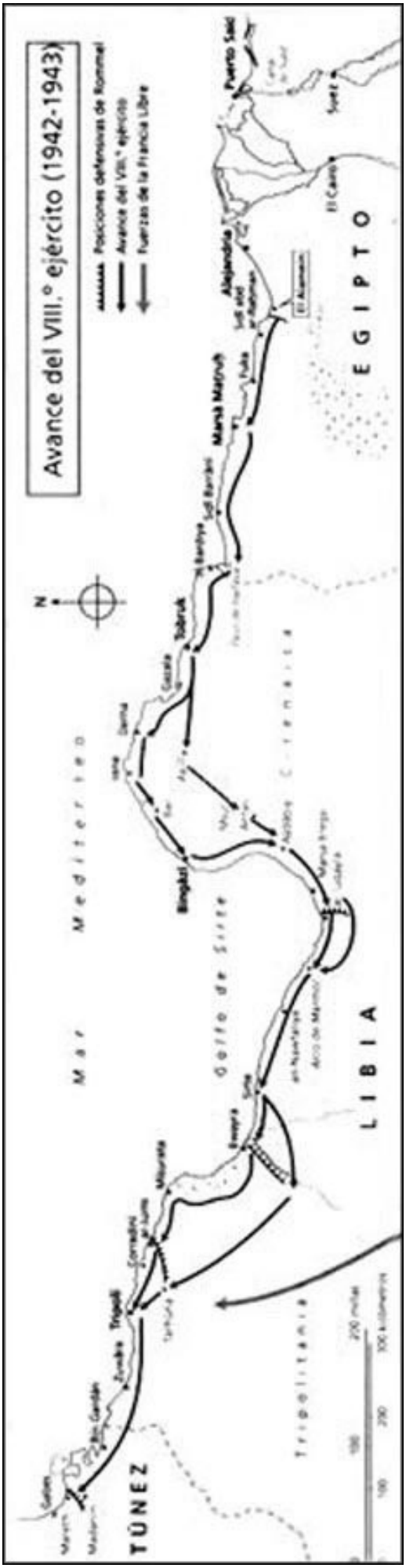
concentración de la división Ariete. Allí «vi muy claro que toda la situación militar había cambiado; y había cambiado a favor del enemigo. Largas columnas de vehículos de distintas unidades, e incluso distintas formaciones, se movían de una forma tan caótica que era obvio que no se trataba de cuerpos organizados persiguiendo objetivos. Las condiciones eran terribles: poca visibilidad, vehículos atrapados en la arena, choques. Desde nuestro vehículo miraba abajo y veía a los soldados de infantería silenciosos y exhaustos. De vez en cuando atisbaba el penacho de los Bersaglieri, tan colmado de gloria y arena».

Rommel, recuperado de una enfermedad, se reincorporó al campo de batalla y transmitió a Berlín que empezaba a retirar sus fuerzas. Ultra reveló la retirada a los triunfales británicos y el 4 de noviembre, el VIII.º ejército avanzaba a través del desierto persiguiendo unidades del Eje, que trataban de escapar. Formica escribió aquel día: «Mientras conducíamos, se me cruzaban vehículos de todas clases, cargados de hombres maltrechos y pálidos. Cuando pregunté a los oficiales y a los soldados, me di cuenta de que toda nuestra línea se había reventado. ¡Parecía imposible!… "¡Mire!", me dijo el comandante de mi batallón. "Ahí están los tanques ingleses". Vi al enemigo… silencioso y quieto, con el aspecto de un peligroso animal salvaje, medio escondido en la neblina de primera hora de la mañana[18]».

Aquella noche, el teniente Pietro Ostellino escribió: «A nuestro alrededor, por todo el cielo estrellado, veíamos destellos: rojos para los ingleses y verdes para los alemanes. Nos movíamos despacio, a la mayor velocidad posible dado el terreno y la oscuridad, cuando me vi obligado a abandonar mi tanque en el desierto porque no podía seguir el ritmo de los otros». Él y un puñado de compatriotas condujeron camiones hacia el oeste, a través de la oscuridad, haciendo pausas ocasionales para que el oficial pudiera bajar y comprobar el rumbo con la brújula, hasta que un vehículo alemán los encontró por casualidad. Ostellino preguntó qué sabían de los británicos y, aunque no compartían idioma, los alemanes dejaron claro que el enemigo los tenía rodeados y que su única esperanza era poner distancia antes del amanecer.

Hicieron una breve parada hacia la medianoche, para comer y dormitar. A Ostellino lo despertó un grito, se levantó para investigar y acabó dando con los restos de un batallón de infantería que se dirigía a El Daba: «Los hombres estaban en las últimas y se morían de sed. Sólo los oficiales, todos con acento del sur, conservaban algo de ánimo y energía y apremiaban a sus hombres para que continuasen la marcha… Fue una escena lamentable, cuando aquellos hombres desesperados a causa de la sed y el agotamiento se arrodillaron a mi alrededor para que pudiera darles un trago». Al poco

apareció el coronel —un veterano de la Primera Guerra Mundial, con un parche negro en un ojo—, que seguía a sus hombres en un todoterreno. Este coronel dijo con voz de lástima: «Nosotros, los oficiales, tenemos otros recursos; pero mis soldados, pobres muchachos, sólo pueden pensar en la sed que tienen». A decir verdad, a lo largo de toda la campaña del desierto, el liderazgo de los oficiales italianos fue deplorable.


Avance del VIII.° ejército (1942-1943)
Posiciones defensivas de Rommel
Avance del VIII.° ejército
Fuerzas de la Francia Libre
N
Mar Mediterraneo
Golfo de Sirte
Cirenaica
Tripolitania
TÚNEZ
LIBIA
EGIPTO
Gafsa
Gabes
Zarzis
Tripoli
Zuara
Misurata
Sirte
Bengasi
Derna
Tobruk
Bardia
Sidi Barrani
Marsa Matruh
Fuka
Alejandría
El Alamein
El Cairo
Puerto Said
Suez
200 millas
300 kilómetros

Las unidades blindadas del VIII.º ejército se dirigieron al oeste a gran velocidad; las orugas removían la arena y la tripulación se emocionaba con la idea de que los meses de tablas habían terminado. «Desde un tanque en movimiento, la vista es como desde el interior de una cámara oscura o una película muda —escribió Keith Douglas— porque como el motor ahoga el resto de ruidos, salvo las explosiones, entonces todo el mundo se mueve en silencio. Los hombres gritan, los vehículos se mueven, los aviones nos sobrevuelan, pero todo silenciosamente: cuando el ruido de los tanques es constante, quizá durante horas y horas, hay un efecto de silencio». Condujeron sin parar, siempre adelante, aunque la intensa lluvia y la precaución de Montgomery les impidieron convertir la victoria en la destrucción del ejército de Rommel. Vincenzo Formica señaló con cierta vergüenza el contraste entre la caótica desbandada italiana y la ordenada retirada del Afrika Korps[19]. «Me encontré con el capitán Bondi, el oficial de enlace alemán para la división Ariete, nada apreciado por nuestros soldados. Señaló a dos grupos de soldados alemanes que se retiraban a pie, exhaustos pero en perfecto orden, aun cuando los proyectiles enemigos caían entre sus líneas».

A Vittorio Vallicella, la experiencia de la retirada le resultó mucho menos desagradable que buena parte de lo vivido desde 1941. Condujo rápidamente hacia el oeste, en compañía de tan sólo seis compañeros, y consiguió esquivar los controles de carretera dispuestos para detener a los rezagados y reunificar las unidades rotas. Durante varios días ninguna noticia ni oficial llegó para molestarlos y dejaron atrás las zonas de bombardeo de la RAF. Encontraron depósitos de petróleo y aceite para sostener la huida e incluso lograron abatir a una gacela que les proporcionó carne fresca: «En la tragedia de la guerra, éstos son algunos de nuestros mejores días[20]». Sin embargo, lo bueno no les duró para siempre; un miembro del grupo se puso enfermo y, al llegar al hospital de campaña, volvieron a encontrarse sometidos a la disciplina militar. A cada hombre se le entregaba una copia de una Orden del Día que terminaba con estas palabras: «cada esfuerzo, cada sacrificio cosechará una alegre y preciosa recompensa para la grandeza de nuestro país, nostra patria». Vallicella escribió: «Al leer esta orden nos entran ganas de vomitar. Algunos generales siempre tienen la palabra patria en la boca, aunque ellos no se ocupan más que de organizar los planes de la comida[21]».

El oficial de Panzer Tassilo von Bogenhardt dijo:

> A los hombres no parecía quedarles ninguna capacidad de combate… Nos habían bombardeado por saturación y en picado, nos habían ametrallado… Lo último que recuerdo [antes de que me hirieran y evacuaran] es dinamitar mi Panzer cuando se quedó sin combustible y observar cómo las llamas lo envuelven lentamente. Entonces supe que aquello era el final de nuestro Afrika Korps… Recuerdo haberme preguntado por qué los británicos avanzaban con tanta cautela… ¡Si ellos

supieran! Casi deseaba que, en efecto, lo supieran[22].

Rommel fue capaz de sacar de allí a una parte sustancial de sus fuerzas, pero el VIII.º ejército había apresado a treinta mil hombres del Eje y destruido grandes cantidades de armas y equipamiento. Esta vez, la retirada del ejército de Rommel no hallaría ningún nuevo vaivén hacia el este. Los británicos habían conseguido la única victoria terrestre relevante, en la guerra en Occidente, cuyos laureles no compartían con ningún aliado. En el transcurso del mes de diciembre, los alemanes se plantaron varias veces y atacaron con fiereza desde la retaguardia, pero el VIII.º ejército siempre lograba expulsarlos de sus posiciones y seguir adelante. Trípoli cayó el 23 de enero. A los tres días, las fuerzas de Montgomery estaban en Túnez, donde se libró la última fase prolongada de la guerra norteafricana.

El 8 de noviembre de 1942 se produjeron los desembarcos de la Operación Antorcha en Argelia y Marruecos, dependientes del régimen de Vichy. Representaron la primera gran operación conjunta de los ejércitos británico y estadounidense contra el alemán. Churchill y Roosevelt lo aprobaron frente a la fuerte oposición de los jefes del estado mayor estadounidenses, para quienes el Mediterráneo sólo servía a las ambiciones imperialistas británicas. Una vez admitido que no podría haber un Día D continental en 1942, el presidente aceptó el punto de vista del primer ministro, quien defendía la necesidad de realizar algún gesto militar de importancia que preservara la impresión de impetuosidad de los Aliados; el norte de África era el único objetivo plausible. En un principio, la Operación Antorcha implicó a una fuerza angloestadounidense de 63 000 hombres y 430 tanques. Se esperaba que las fuerzas de Vichy no ofrecieran ninguna resistencia a las dos divisiones de asalto estadounidenses. No obstante, en contra de lo previsto, en las primeras acciones de la zona costera tuvieron que contabilizar 1500 bajas y se vieron obligadas a responder con fuerza.

Un miembro de la legión extranjera que manejaba una batería de Vichy sobre Casablanca describió el horror de los artilleros cuando los aviones estadounidenses cayeron sobre sus posiciones, no camufladas:

> En cinco minutos, todo había terminado. Me arrastré fuera de la zanja a la que me había lanzado cuando cayó la primera bomba… De treinta soldados y un oficial, habían muerto el oficial y quince soldados; otros diez habían quedado heridos. Los dos cañones quedaron fuera de servicio y dos camiones estaban en llamas. Por un momento, se apoderó de mi alma una amargura terrible, cuando vi a mis camaradas esparcidos por todas partes. Desde que Francia cayó, habíamos soñado con la liberación, pero no de aquella forma[23].

El 10 de noviembre, el comandante supremo de los Aliados, el general Dwight Eisenhower, negoció un alto al fuego. En adelante, las fuerzas francesas se fueron uniendo de forma progresiva al frente aliado contra los

alemanes, aunque con dificultades derivadas de la falta de armas y —en el caso de algunos oficiales— de entusiasmo hacia la nueva causa.

Estos avances en el norte de África despertaron la ilusión popular en los países aliados, cuando al fin se atrevieron a creer en ellos sin considerarlos un mero vaivén del péndulo. Muriel Green, por entonces una de las ochenta mil «chicas del campo[*9]», garabateó el 11 de noviembre: «De repente me di cuenta de que las noticias se habían vuelto emocionantes. Había llegado a cansarme tanto de los avances y las retiradas en Egipto, durante los años anteriores, que no me di cuenta de que esta vez había algo que celebrar. Es maravilloso que los estadounidenses ataquen a los del otro bando. De verdad, creo que están empezando a ocurrir cosas y que la victoria se acerca[24]». Algunos alemanes eran de la misma opinión: «Impresiona de una forma extraordinaria ver cómo se impone la potencia naval», escribió Helmuth von Moltke, que anhelaba la caída de Hitler, el 10 de noviembre, después de los desembarcos de la Operación Antorcha. «Avanza como un coloso.»[25] Los rusos, por lo general, consideraban la guerra en África como algo de escasa importancia, comparada con la magnitud de su propia contienda. Pero las noticias de la Operación Antorcha y de El Alamein llegaron al Ejército Rojo y renovaron un poco la esperanza de sus soldados. En el mismo período en que Muriel Green escribía su diario en la Inglaterra occidental, en el frente oriental el capitán Nikolai Belov anotaba: «Hoy han llegado buenas noticias: los estadounidenses y los ingleses están dando a los alemanes una verdadera paliza. Aunque África está muy lejos, ahora nos parece que se encuentra aquí al lado[26]».

En la ciudad de Derna, a unos seiscientos cincuenta kilómetros al oeste de El Alamein, un día de noviembre, una partida de soldados italianos ávida de información se encontró con algunos alemanes, uno de los cuales hablaba italiano. Se trataba de un nazi orgulloso de su causa, que insistía en que el Eje alcanzaría la victoria en 1943. Acaba de oír en la radio, dijo, el anuncio de que los alemanes habían tomado Stalingrado. Aquello significaba, sin lugar a dudas, el fin de los rusos. Los italianos no estaban en disposición de ser tan crédulos. «Ojalá esté en lo cierto —escribió uno—, pero este optimismo nos parece poco convincente.»[27] Su escepticismo no tardó en demostrarse fundado.

Durante los primeros estadios de la campaña norteafricana, los comandantes de Estados Unidos temían una posible intervención alemana proveniente de España. Cuando al final ésta no se produjo, los invasores ya estaban seguros en la costa y los franceses de Vichy abandonaron la resistencia, los Aliados dieron por sentado que todo el litoral se despejaría con rapidez. A este respecto, estaban confundidos. Hitler tomó una decisión inesperada: mandó más hombres al norte de África. Después de veinte meses

de negar a Rommel el apoyo que quizá le habría valido la victoria, el Führer decidió consolidar el fracaso. Por aire y mar, diecisiete mil soldados alemanes con unidades blindadas de apoyo se trasladaron de Italia a Túnez, con el consentimiento del general de la zona, adscrito al régimen de Vichy. Los Aliados aún contaban con su superioridad numérica, pero todas las tropas estadounidenses y buena parte de las británicas estaban todavía verdes; la Luftwaffe ofreció un apoyo aéreo de gran efecto a los alemanes, a las órdenes del general Jürgen von Arnim.

Vittorio Vallicella y sus camaradas del contingente del desierto, cada vez más reducido, pasaron las Navidades de 1942 en la costa de Túnez, alimentando la añoranza y protegiéndose de las bombas británicas: «En la Misa del Gallo, los rostros que miro están tristes. Los ingleses nos incordian con un ataque aéreo y todo el mundo corre a sus puestos. Así pasamos la Nochebuena, en lugar de estar comiéndonos el banquete que Doliman [su cocinero, muy admirado] nos había prometido[28]». Al día siguiente, sin embargo, las cosas mejoraron: el cocinero jefe les preparó pasta con ragú, patatas hervidas, un filete de carne y —la mayor sorpresa— panettone, «desconocido en estos lugares». Doliman les enseñó con orgullo su caja: «Panettone Motta». Su comida de Navidad estuvo regada con medio litro de vino y media escudilla de coñac. «Jamás una comida había estado tan buena. Acabamos el día nadando desnudos en el Mediterráneo mientras nuestros seres queridos están, casi seguro, sumidos en la niebla.»[29] Vallicella tuvo la buena suerte de ser apresado por los franceses poco tiempo después de aquello, y pasó los tres años siguientes realizando trabajos agrícolas para ellos; no regresó a su amada patria hasta 1947.

En medio de la lluvia y el barro del invierno, los alemanes consiguieron frustrar los intentos aliados de asaltar Túnez: durante toda una serie de ofensivas, las formaciones de Von Arnim fueron capaces de rechazar a las mal equipadas fuerzas francesas y mantuvieron abiertas las líneas de suministros con el Afrika Korps, más al este. En febrero consiguieron una serie de éxitos fantásticos frente a los estadounidenses, al destruir dos batallones blindados, dos de infantería y dos de artillería del cuerpo del teniente general Lloyd Fredendall, en una única operación que duró cuarenta y ocho horas. Rommel entonces lanzó un ataque por el paso de Kasserine, que obligó a las fuerzas de Eisenhower a emprender una retirada humillante. Los estadounidenses aprendieron varias lecciones que, a menudo, los británicos habían tenido que extraer antes: sobre la calidad de las unidades blindadas del enemigo, la velocidad de las acciones y las reacciones alemanas, y la falta de escrúpulos con la que aprovechaban cualquier ventaja. Algunas unidades estadounidenses se dejaron llevar por el pánico de un modo que inspiró el desprecio de destacados mandos británicos, incluido Alexander, que no

debería haber caído en eso. La actuación del I.er ejército británico en Túnez puso de relieve numerosas deficiencias, tanto en las habilidades de sus soldados como en la pericia de su comandante, el general Kenneth Anderson. Los ingleses razonables entendieron que era absurdo mirar por encima del hombro a sus aliados. El cabo de la RAF Peter Baxter escribió en su diario: «Creo que a los estadounidenses sólo les falta más instrucción en las condiciones de batalla, y quizá no están seguros de por qué se supone que luchan contra los alemanes[30]». Ambas suposiciones eran ciertas.

Cualesquiera que fuesen los reveses que sufría el ejército de Eisenhower, la guerra en el norte de África se iba inclinando a favor de los Aliados de un modo incuestionable. La precaución del alto mando italiano denegó a Rommel la posibilidad de explotar una ocasión de flanquear y destruir a las fuerzas aliadas en la zona norte de Túnez. Los estadounidenses enviaban refuerzos con gran rapidez, mientras que las fuerzas alemanas menguaban cada vez más. El 22 de febrero de 1943, Rommel se vio obligado a abandonar su ofensiva. Al día siguiente, fue ascendido a comandante en jefe del grupo de ejércitos de África. Una semana más tarde, Ultra reveló que Rommel pretendía emplear las tres divisiones acorazadas de que disponía, todas ellas debilitadas, para atacar el VIII.º ejército de Montgomery, cerca de la línea Mareth, establecida por el Eje en el sur de Túnez. La ofensiva alemana de Medenine, el 6 de marzo, fue rechazada sin dificultades; Rommel, un hombre enfermo, salió de África por última vez.

Al poco tiempo, Montgomery atacaba Mareth con gran superioridad de tanques y aviación. Tras el fracaso de su primer asalto el 19 de marzo, capitaneó una triunfal operación de flanqueo tierra adentro, aunque los alemanes lograron retirarse sin bajas a nuevas posiciones en el Wadi Akarit. Mientras tanto, los estadounidenses recuperaron el terreno perdido en el pequeño desastre de Kasserine. A instancias de Alexander, ahora segundo de Eisenhower, se reorganizó la caótica disposición del mando aliado; los oficiales cuya incompetencia se había hecho más notoria fueron sustituidos con una falta de misericordia que los británicos podrían haber emulado con provecho. Durante el mes de abril, los Aliados siguieron haciendo retroceder, sin tregua, la línea del Eje. A primeros de mayo, las fuerzas de Von Arnim habían quedado confinadas a una bolsa que no solía distar más de cien kilómetros de la costa mediterránea, a lo largo de un frente de doscientos cincuenta kilómetros, con los británicos al este y los estadounidenses más al oeste.

Los Aliados cerraron aún más el puño sobre la ruta de aprovisionamiento mediterránea y consiguieron hundir a un número récord de barcos del Eje. Si Von Arnim ya andaba escaso de blindados, munición, combustible y comida, la situación se hizo insostenible. Quedó claro que su resistencia no podría

durar mucho tiempo. De hecho, era sorprendente que hubiera aguantado en combate tanto tiempo, contra unas fuerzas aliadas tan superiores: en el norte de África, los soldados de Eisenhower y Alexander nunca lo tuvieron fácil. En abril, el II.º cuerpo estadounidense vio frustrado su intento de penetración, pero Montgomery tuvo más éxito en el Wadi Akarit e hizo que sus enemigos se retirasen a otra línea. El 22 de abril, Alexander lanzó una ofensiva conjunta: el I.er ejército atacó en dirección a Túnez, el cuerpo de Bradley, en Bizerta, y los franceses hacia Pont du Fahs. El VIII.º ejército británico no acertó a aplastar a la nueva línea alemana en Enfidaville. Por consejo de Montgomery, Alexander transfirió dos de sus divisiones al I.er ejército, para lanzar un asalto final a lo largo de la carretera de Medjez a Túnez, con un ingente apoyo de la artillería y la aviación. La presión combinada sobre el frente de Von Arnim fue irresistible: Túnez, Bizerta y Pont du Fahs cayeron el mismo día y dos ejércitos acorazados alemanes se desintegraron. El último reducto del Eje se rindió el 13 de mayo y los aliados se hicieron con 238 000 prisioneros.

La victoria requirió casi cinco meses más de combates de lo que el alto mando angloestadounidense había previsto en noviembre, tras El Alamein y la Operación Antorcha. Pero como Hitler había multiplicado su error, los frutos, cuando llegaron, fueron proporcionalmente mayores. El orgullo inicial de los estadounidenses fue castigado por la pericia de la Wehrmacht, pero Eisenhower y sus colegas aprendieron la lección y demostraron tener sentido común y humildad. La debilidad del mando, las tácticas, el equipamiento y el liderazgo joven se pudieron corregir en parte antes de que los ejércitos aliados empezaran a cruzar el Mediterráneo.

El ejército británico se sintió muy reconfortado con la sensación de redención que los acompañó al entrar en Túnez. Después de casi tres años de dura campaña, había alcanzado una victoria que le vahó aplausos efusivos en su país. Pese a los elogios que se prodigaron a Montgomery fueron exagerados, el comandante del VIII.º ejército había demostrado ser un profesional serio. Su historial quedó empañado por la incapacidad de destruir al ejército de Rommel después de El Alamein, la lentitud de su persecución posterior y algunos fracasos importantes contra las posiciones defensivas alemanas. El teniente general británico sir Frederik Morgan, un crítico duro, afirmó que «la persecución de Rommel en África se asemejaba más, por su naturaleza, a una procesión regia que a la desbandada de un ejército derrotado[31]». Pero Montgomery había demostrado ser el general británico más capaz de toda la guerra, hasta ese momento, con una aguda conciencia de las limitaciones de su ejército de civiles.

La campaña norteafricana determinó la reputación de los comandantes aliados que dominarían las grandes campañas occidentales en Europa:

«Monty», Alexander, Eisenhower, Patton, Bradley. Tuvieron suerte de enfrentarse a los alemanes cuando los aliados disponían de una considerable superioridad material y la Wehrmacht se había debilitado con las pérdidas sufridas en Rusia. No hay razones para suponer que ninguna de las estrellas que surgieron en el campo de batalla entre 1942 y 1945 hubiera salido mejor parada que sus antecesores británicos o franceses si hubiesen sido responsables de las primeras campañas de la guerra. La primera condición que debe cumplir un general ávido de forjarse una gran reputación es contar con un ejército lo suficientemente fuerte como para reducir al enemigo.

En mayo de 1943, tras la épica derrota de los alemanes en Stalingrado y su expulsión del norte de África, no quedaba duda alguna entre las naciones aliadas, y poca entre las del Eje, de cómo terminaría la guerra. El alférez Vincenzo Formica, que tantas esperanzas en la victoria del desierto había expuesto el 1 de noviembre de 1942, reflexionaba desconsolado acerca de la desilusión posterior: «Recuerdo con orgullo aquellos días lejanos, y siento una terrible lástima al contemplar la realidad de nuestra vida hoy. Estoy prisionero en un campo de concentración [así describe su campamento de prisioneros de guerra] en medio de Estados Unidos[32]». Pero, aunque entonces la balanza se inclinaba claramente a favor de los Aliados, aún existían muchas incertidumbres con respecto al curso y la duración de la guerra. Parecía verosímil que el imperio nazi pudiera aguantar hasta 1947 o 1948. Aunque Churchill ordenó que las campanas de Reino Unido tañesen para celebrar la victoria en el norte de África, aún les quedaba por delante un duro camino, lleno de penalidades y sufrimientos, antes de que los Aliados tuviesen motivos reales de celebración.

15

El oso se vuelve: Rusia en 1943

En 1943, mientras los Aliados occidentales proseguían con sus modestas operaciones en el Mediterráneo, la Unión Soviética infligió al bando alemán una serie de grandes derrotas que generaron pérdidas irreparables de hombres, tanques, cañones y aviación. La superioridad de los ejércitos de Stalin crecía pareja a la confianza de sus generales. La producción de armamento, en ascenso vertiginoso, incrementó la ventaja del Ejército Rojo: los rusos estaban fabricando más de 1200 carros de combate T-34 al mes, mientras que los alemanes sólo produjeron 5976 Panther y 1354 Tiger (sus mejores tanques) durante toda la guerra. Tras los triunfos del invierno, el pueblo de Stalin estaba seguro de la victoria final. Sin embargo, hasta el desenlace se vieron obligados a combatir con fiereza y aceptar un número elevadísimo de bajas.

Las penalidades de la población civil rusa seguían siendo atroces: millones de personas estaban próximas a morir de hambre cuando la oleada bélica empezó a retroceder y alejarse de su alrededor inmediato. En enero de 1943, algunas personas que habían enviado a sus familias fuera de Moscú cuando la ciudad parecía sentenciada, las trajeron de nuevo, pero a Lázar Brontman lo disuadió la continua escasez de combustible, electricidad y víveres. El periodista escribió: «Todo el mundo habla sin parar de comida. Nos acordamos de los menús de antaño y, si alguien come en una compañía más rica y afortunada, luego atormenta a los demás con los detalles de las viandas servidas[1]». En la imprenta de Pravda, había que quitar las bombillas

en cuanto se había despachado la edición del día, para impedir que las robasen. Durante aquella carestía de combustible, las vallas de madera desaparecieron de las calles y zonas residenciales de Moscú. Las temperaturas bajo cero obligaban a los oficinistas a trabajar con guantes y abrigo.

Los éxitos en el campo de batalla trajeron satisfacción, pero despertaron poca euforia, porque aún eran muchas las personas que seguían muriendo. Una y otra vez, en 1943, los rusos lograron cercar a los alemanes en situaciones dramáticas, pero éstos se abrían paso aplastándolos y protagonizando combates de retirada con su habitual pericia. El capitán Karl Godau, artillero de la Waffen SS, afirmó que «los rusos no eran muy buenos; sólo contaban con la masa. Atacaban en masa y, por tanto, sufrían pérdidas en masa. Disponían de buenos generales y de una buena artillería, pero los soldados dejaban mucho que desear[2]». Aunque semejante trato condescendiente resultaba exagerado, era cierto que el rango intermedio del mando soviético era débil, la organización se venía abajo con frecuencia en el campo de batalla y los hombres pagaban con sus vidas las reiteradas meteduras de pata tácticas.

El ametrallador Aleksander Gordeev lamentó la tosquedad de las tácticas de su propio ejército: «Los ataques frontales me desconcertaban. ¿Por qué avanzamos directamente hacia el fuego de las ametralladoras alemanas? ¿Por qué no atacamos por los flancos?»[3]. Por un tiempo se engañó a sí mismo creyendo que su compañía, que había quedado reducida a un tercio de sus efectivos, ya no tendría que realizar más asaltos; pero, en lugar de eso, una mañana, recibió los refuerzos de la sección de la retaguardia, formada en parte por oficinistas. Les dieron doble ración de vodka «y los que quisieron bebieron más». Al ayudante de Gordeev lo reasignaron a un puesto de fusilero y «se marchó como el que está seguro de que va a morir». Su lugar junto a la metralleta lo ocupó un soldado que sudaba de terror y cojeaba a consecuencia de una herida que se había provocado él solo. Gordeev escribió: «La situación era una mierda total; aquello no era una compañía, sino una banda de borrachos». Sin embargo, volvieron a enviarlos a la batalla.

En el sector del frente de Nikolai Belov, en la mañana del 20 de febrero de 1943, un bombardeo ruso que tenía como objetivo castigar a los alemanes cayó, por el contrario, entre sus propios hombres, quienes sufrieron enormemente aun antes de enfrentarse al enemigo. Tras un día de lucha sangrienta, a las 16.00 de la tarde, él mismo resultó herido. Permaneció tendido entre las trincheras durante cuatro horas hasta que cayó el sol y los artilleros de las metralletas pudieron arrastrarlo al interior de las zanjas y, desde ahí, a la retaguardia para que recibiese tratamiento. Cuando Belov regresó a su batallón, tres semanas después, encontró que faltaban muchos

oficiales, la mayoría por fallecimiento: «El comandante Anoprienko se marchó a la Academia [Militar]. El comandante de división, coronel Ivanov, cayó en la batalla. El capitán Novikov, fusilado [supuestamente por negligencia en el cumplimiento del deber], Grudin está muerto. Dubovik, muerto. Alekseev murió a consecuencia de las heridas. Stepashin fue degradado y sentenciado a diez años [de cárcel]»[4].

Pero Rusia podía soportar aquellas pérdidas, e incluso aquella forma torpe y brutal de combatir. Las fuerzas de Stalin eran por entonces mucho más numerosas que las de Hitler y gozaban de una superioridad que no cesaba de aumentar: algunos sistemas de armamento soviéticos eran mejores que los de la Wehrmacht. El poder aéreo ruso era cada vez más formidable, al par que la Luftwaffe desviaba cada vez más aparatos para defender el Reich frente a los bombardeos aliados. En la primavera de 1943, hubo una temporada en que los alemanes parecían incapaces de mantener ninguna línea al este del Dniéper, a 650 kilómetros de Stalingrado. En realidad, parecía factible incluso que se pudiera impedir a los grupos de ejércitos A y Don retirarse hasta el río. Mientras centenares de prisioneros se hacinaban en jaulas, los soldados rusos degustaban el botín de sus saqueos, en particular, de ropa: muchos hombres de la unidad de Ivan Melnikov aprovecharon la oportunidad de reemplazar los trapos que les envolvían los pies con botas alemanas. «Nos costó mucho quitarnos los vendajes, porque se habían pegado a la piel y había que arrancar los harapos uno por uno —escribió—. Sin reparar en el agua que gastábamos, nos lavamos los pies llenos de ampollas y de sangre. Algunos nos pusimos calcetines que habíamos encontrado… Luego seguimos la marcha con gran alegría.»[5]

A finales de enero, una veloz fuerza de unidades blindadas dirigida por el comandante del frente suroccidental, Nikolai Vatutin, cruzó el Donets al este de Izyum y se dirigió rápidamente hacia el sur, hacia Mariupol, en el mar de Azov, para situarse por detrás de los alemanes. El 2 de febrero, Zhúkov y Vasilevsky lanzaron un ambicioso ataque con dos puntas de lanza: una dirigida hacia el suroeste, pasando Járkov hacia el Dniéper, y otra hacia el noroeste, hacia Smolensko, por el camino de Kursk, que cayó el 8 de febrero. Járkov se tomó a la semana siguiente y, pocos días después, las fuerzas soviéticas se aproximaron a los pasos del Dniéper por Dnepropetrovsk y Zaporozhye.

Sin embargo, en adelante los rusos hallaron más dificultades. Los Panzer destrozaron la unidad movilizada de Vatutin gracias a la superioridad de sus tanques y su artillería. Manstein asumió el mando del grupo de ejércitos Sur y lanzó una serie de ofensivas extenuantes. Antes de que el deshielo primaveral convirtiera el campo de batalla en un barrizal que, como de costumbre, dejaría inmovilizados a los acorazados, el 11 de marzo los

alemanes recuperaron Járkov, donde muchos rusos sufrieron penalidades extraordinarias. El 8 de marzo, el ordenanza médico Aleksei Tolsukhin se vio atrapado por el avance alemán sobre la ciudad. Más tarde escribió a sus padres:

> Durante diez días he estado vagando por la estepa, intentando reunirme de nuevo con el Ejército Rojo. Estaba helado, me moría de hambre y me sentía agotado. El undécimo día encontré un montón de paja y me quedé allí dormido. Me despertó un fuerte golpe asestado en la espalda con la culata de un rifle. Abrí los ojos y me encontré rodeado por los hombres de Hitler. Después de aquello, comenzó una nueva vida para mí, de helor y hambre, con incontables palizas. No puedo describir cuánto he sufrido. Hasta el 17 de septiembre no tuve oportunidad de huir. A las diez de la mañana del 21 de septiembre recorrí a pie veinte kilómetros por la línea del frente, desde Poltava… Sigo sin poder creer que haya vuelto con los míos[6].

El cabo Tolsukhin se libró de los castigos draconianos que, por lo general, imponían a los prisioneros fugados sus propios comisarios y simplemente fue devuelto al trabajo. Al poco recibió una herida de metralla, no lo bastante grave como para librarlo de nuevas batallas; murió el 16 de noviembre, en la orilla del Dniéper.

Los alemanes, mientras tanto, también experimentaban grandes sufrimientos. «Nunca oímos que se reconociera con claridad una derrota», escribió Guy Sajer[7]. Cuando su unidad empezó a retirarse de la orilla oeste del Don, «como la mayoría de los soldados jamás había estudiado geografía rusa, teníamos muy poca idea de lo que estaba ocurriendo». Después de Stalingrado, sin embargo, el miedo al cerco ruso atormentaba a todos los alemanes. Sajer y un puñado de compañeros de infantería huyeron durante la noche, en un camión ruso remolcado por un tanque: «El parabrisas acabó completamente cubierto de barro y Ernst vadeó por aquel terreno líquido para rascarlo con la mano… Detrás nuestro, los heridos dejaron de gemir. Quizá se habían muerto todos, ¿cuál era la diferencia? La luz del amanecer cayó sobre unos rostros demacrados por el agotamiento». El grupo se detuvo y un suboficial del cuerpo de ingenieros gritó: «¡Descanso de una hora! ¡Aprovéchenlo!». El comandante del tanque que remolcaba respondió con gritos: «¡Que te jodan! ¡Nos iremos cuando haya dormido lo suficiente!». Se desencadenó un fuerte altercado entre los dos y el ingeniero quiso hacer valer la autoridad de su rango. El conductor del tanque le dijo: «¡Dispárame si quieres, y luego el tanque lo conduces tú. Llevo dos días sin dormir y ahora me vas a dejar en paz de una puñetera vez!». Partieron al cabo de dos horas, pero la experiencia puso de relieve que los soldados alemanes, como sus compañeros, también podían sucumbir ante adversidades graves.

El 18 de marzo, dos divisiones Panzer aprovecharon un terraplén del ferrocarril para que una columna de tanques corriera hacia Belgorod y retomara la ciudad. En el norte, Hitler autorizó —aunque a su pesar— la

retirada de tropas de la cuña de Rzhev, que ya no representaba ninguna amenaza creíble para Moscú. Con esto, el grupo de ejércitos Centro acortó su línea en cuatrocientos kilómetros y generó una concentración de fuerzas suficiente para frenar una ofensiva de Rokossovsky. Cuando los alemanes se replegaron, millones de rusos fueron testigo de la devastación y las masacres que dejaban tras de sí. Muchas personas que habían permanecido indiferentes ante las desgracias habituales entre los adultos, dieron rienda suelta a sus emociones al contemplar las tragedias de los niños. El capitán Pavel Kovalenko escribió el 26 de abril:

> Comprendemos los horrores de la guerra, sus implacables leyes escritas con sangre. Pero los niños, retoños de vida, brotes de los brotes, esas benditas almas inocentes, lo más hermoso de la vida… ellos, que no han hecho ningún daño a nadie… están sufriendo por los pecados de sus padres… No hemos sabido protegerlos de la bestia. Se me parte el corazón y se me paraliza el pensamiento con el horror de ver esos cuerpecitos impregnados de sangre, con los dedos retorcidos y las caritas deformadas… Son el testimonio mudo de un indescriptible sufrimiento humano. Esos ojos pequeños, congelados, muertos, nos piden cuentas a nosotros, los vivos.

En el pueblo de Tarasevichi, junto al Dniéper, Vasili Grossman conoció a un adolescente:

> Estos ojos de los niños, viejos, cansados, sin vida, resultan aterradores.
> —¿Dónde está tu padre?
> —Muerto —respondió.
> —¿Y tu madre?
> —Murió.
> —¿Tienes hermanos o hermanas?
> —Una hermana. Se la llevaron a Alemania.
> —¿Tienes algún pariente?
> —No, los quemaron a todos en un pueblo de guerrilleros.
> Y se marchó a un campo de patatas, con los pies desnudos y negros del barro, arreglándose los jirones de la camisa rota[8].

Incontables encuentros como éste forjaron el estado de ánimo de los soldados rusos cuando se acercaba la hora de entrar en los territorios del pueblo de Hitler. El propagandista soviético Ilya Ehrenburg escribió: «No sólo las divisiones y los ejércitos… [sino] todas las trincheras, las tumbas y los barrancos con cadáveres de inocentes avanzan sobre Berlín[9]». Un eslogan de la propaganda soviética decía: «La ira del soldado en la batalla tiene que ser terrible. No sólo debe buscar el combate; tiene que encarnar, además, al tribunal de justicia de su pueblo».

Grigory Telegin escribió a su esposa el 28 de junio de 1943:

> Recibí la carta en la que me contabas que a tu hermano Alexander lo mataron el 4 de mayo… El corazón se me ha vuelto de piedra, en mis ideas y mis sentimientos no hay sitio para la compasión; en mi corazón arde el odio hacia el enemigo. Cuando a través del punto de mira fijo el blanco en esos animales de dos piernas y veo cómo les explota el cráneo y sus cuerpos quedan mutilados, experimento una gran alegría y me río como un niño al saber que estas bestias no volverán a la vida.

Te describiré un día normal en combate. 5 de junio. Amanece y los rayos del sol destellan sobre las torretas de nuestros tanques. Cuelgan gotitas de niebla, como cristales, de las hojas de los árboles. Tres cohetes verdes indican que empieza el ataque. A las siete de la mañana nuestros tanques avanzaban en hilera, luego se alinearon en un claro. Desde allí se podían ver sin dificultades las casas de madera del pueblo[10].

Los proyectiles rusos explotaban en las posiciones alemanas. Los atacantes acertaron a ver figuras que corrían hacia la retaguardia, cuerpos tendidos boca abajo aplastados bajo las orugas de sus propios vehículos. Pero las minas y la artillería anticarro alcanzaron primero a un blindado soviético, luego a otro, luego a un tercero, que estalló en llamas: «El corazón se me encoge al pensar en mis amigos, que seguían disparando desde los vehículos incendiados. Pasamos junto a los tanques siniestrados guiados por la cólera y el odio. Aplastamos las fosas de las ametralladoras enemigas y de la artillería anticarro, junto con sus hombres». Cuando Telegin llegó al otro extremo del pueblo, vio ante sí trincheras alemanas, entre diques y bosques que eran infranqueables para los tanques. Tras identificar el blindado de su amigo Misha Sotnik, se puso al lado con su T-34, apagaron los motores e intercambiaron unas pocas palabras a voz en grito. Quedaron en avanzar uno por cada lado de las trincheras alemanas, volvieron a arrancar los motores y avanzaron a sacudidas.

Durante la batalla posterior, un proyectil impactó directamente contra la ametralladora y la óptica de Telegin, y las destrozó. A medida que las horas iban pasando, interminables, en medio del humo y el polvo, la tripulación tenía cada vez más sed y los hombres llegaban incluso a perder la conciencia. Entonces el motor se recalentó y dejó de funcionar. Encallados bajo el fuego enemigo, fueron víctima de otro impacto directo que provocó una conmoción al conductor e hizo que el mismo Telegin se desmayase un rato: «Jadeábamos como peces, con los labios agrietados y la boca seca. Abrimos la trampilla del conductor y a diez metros vimos un cráter lleno de agua. Las balas silbaban a nuestro alrededor, pero yo me deslicé por la trampilla, me arrastré hasta el agua y bebí. Llevé agua a mis camaradas en los platos del rancho y nos reanimamos». Durante las diez horas siguientes, continuaron apresados en su caja de acero, apestosa y cocida al sol. Luego, al fin, los experimentos del conductor con el estárter dieron sus frutos y el motor volvió a rugir: «Dimos marcha atrás. Una ambulancia se acercó y vi una silueta conocida en una camilla. Era Misha Sotnik, que había recibido una bala de metralleta en la cabeza. No pude contener las lágrimas, besé los labios azules de Misha y le dije adiós».

Incluso cuando la marea de la guerra había cambiado, y, de hecho, hasta los últimos meses de la contienda, los ejércitos de Stalin sufrieron una hemorragia incesante de desertores, muchos de ellos «Eldash» o «Youssefs»

(asiáticos). Nikolai Belov dejó constancia de las pérdidas en su propio batallón el 13 de junio de 1943: «Otros dos hombres han desertado al enemigo, lo que suma un total de once, en su mayoría Eldash». Según las estadísticas del ejército rojo, en abril de 1943, 1964 soldados rusos se pasaron al enemigo, 2424 lo hicieron en mayo y 2555 en junio. Continuaron imponiéndose los habituales castigos draconianos a aquellos a quienes se apresaba en un intento de fuga. Belov escribió sobre una ejecución: «Hoy han fusilado a un Youseff frente a la unidad, por intentar pasarse al bando alemán. La sensación es escalofriante». El 2 de junio anotaba, lacónico: «Hoy han intentado desertar otros dos hombres. Por suerte, han volado por los aires en la zona de las minas y los han arrastrado de vuelta[11]». Como muchos oficiales del Ejército Rojo, tenía la sensación de que sólo podía confiar en los de su mismo grupo racial; después de que la unidad recibiera refuerzos, escribió: «Son novatos, nacidos en 1926. Chiquillos. Lo bueno es que todos están bien entrenados y son todos rusos. Estos hombres no desertarán[12]».

El enemigo tenía sus propios problemas anímicos. Belov se quedó atónito al enterarse, por una unidad vecina, de que dos soldados de la Wehrmacht (uno de ellos, sargento) se habían rendido: «Es la primera vez que sé de alemanes que se pasan a nuestro bando. Por lo tanto, no deben de vivir tan bien[13]». El capitán Pavel Kovalenko tuvo la misma experiencia el 31 de marzo de 1943:

> Un desertor alemán apareció de la nada. Llamaron a la puerta:
> —¿Quién es? ¡Pase!
> Se abrió la puerta y entró un Fritz. Todos echamos mano a las armas. Él se quitó un reloj de oro y se lo dio a un soldado, le pasó un anillo de oro a otro, y el rifle a un tercero. Entonces puso las manos en alto. Viene de Westfalia, es minero del carbón, y tiene veintidós años. Su padre le había dicho que desertara[14].

Pero algunos alemanes no se desesperaban, ni siquiera cuando caían en manos rusas. Nikolai Belov citó el ejemplo de un prisionero capturado por su sección de reconocimiento: «Un tipo enorme, de veintidós años. ¿De dónde sacarán estos sinvergüenzas a jóvenes como éste? Dijo que en un mes lanzarían una ofensiva y que querían terminar la guerra aquel año. Y que, por descontado, Alemania ganaría[15]». Hitler consiguió reunir refuerzos que, en junio de 1943, le permitieron desplegar en Rusia a más de tres millones de soldados alemanes. Aunque reconoció que seguía siendo impracticable llevar a cabo una ofensiva general, insistió en desarrollar un ataque único a gran escala. Centró su atención en un saliente del frente soviético occidental, al oeste de un lugar que acabaría entrando en la leyenda de la guerra: Kursk. La magnitud de la guerra oriental cobra mayor relevancia si pensamos que este

saliente era casi tan extenso como el estado de Virginia Occidental o, lo que viene a ser lo mismo, la mitad de Inglaterra. Había varias colinas de poca altura, muchos barrancos y riachuelos; pero la mayor parte de la región era una estepa abierta: un terreno peligroso para el avance de los tanques contra una defensa anticarro eficaz. Las vetas de hierro de la zona desconcertaban a las brújulas, pero este factor apenas importaba, ya que ninguno de los dos bandos tenía motivos para dudar del paradero del enemigo.

Para el ataque de Kursk, Hitler concentró buena parte del potencial de combate de la Wehrmacht, junto con tres nuevas divisiones Panzer SS, doscientos de sus nuevos tanques Tiger y 280 Panther. Pero el limitado alcance de Zitadelle (Ciudadela, como se llamó la operación) contrastaba con las arrolladoras ofensivas de 1941 y 1942 y dejaba al descubierto los menguados recursos de Hitler. Los rusos identificaron la amenaza prontamente, con la ayuda de los detallados informes de inteligencia que les suministró su red de espionaje con sede en Suiza, «Lucy». En una reunión crucial, celebrada en el Kremlin el 12 de abril, los generales de Stalin lo convencieron de que permitiera que los alemanes tomaran la iniciativa: se contentaban con que los Panzer quedasen atravesados en una defensa en profundidad, antes de que el Ejército Rojo contraatacase. Durante la primavera y el principio del verano, los ingenieros rusos trabajaron sin descanso para crear cinco líneas sucesivas provistas de campos de minas, búnkeres y trincheras, y respaldadas por un enorme despliegue de blindados y cañones. Reunieron 3600 tanques contra los 2700 de los atacantes; 2400 aviones frente a los 2000de la Luftwaffe; y 20 000 piezas de artillería, que duplicaban la dotación alemana. Cerca de 1 300 000 rusos se enfrentarían a 900 000 alemanes.

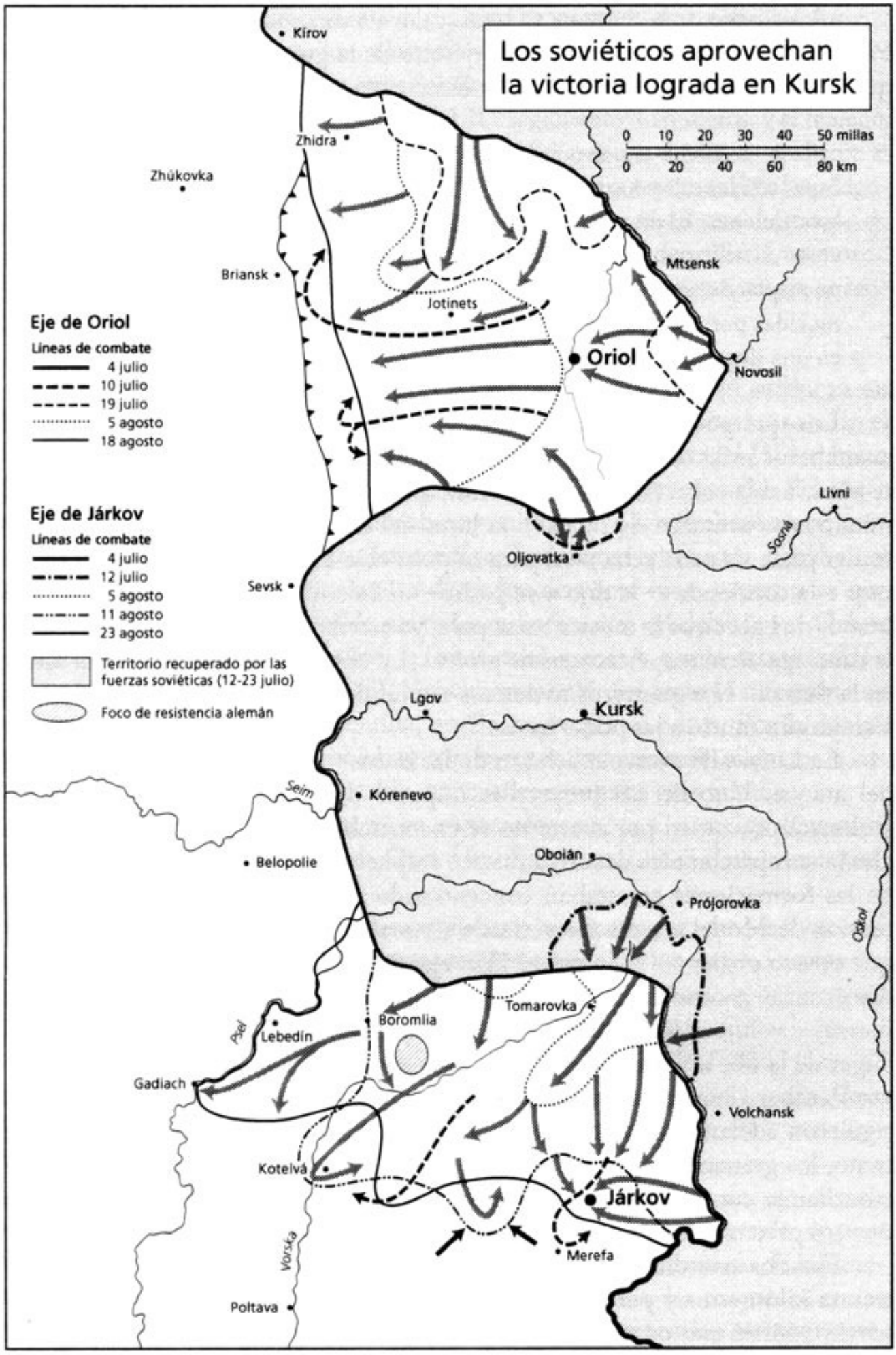
Manstein, al mando del grupo de ejércitos Sur, dedicó tres meses a reunir a sus fuerzas, pero pocos alemanes —más allá de las formaciones de Waffen SS— se engañaban con respecto a las perspectivas de éxito de Ciudadela. El teniente Karl-Friedrich Brandt escribió desconsolado desde Kursk: «Qué suerte tuvieron los hombres que murieron en Francia y en Polonia. Aún podían creer en la victoria[16]». Manstein ya no aspiraba a derrotar a la Unión Soviética; sólo buscaba un éxito que pudiera obligar a Stalin a aceptar unas tablas; un resultado estratégico con el que persuadir a Moscú de que era preferible negociar la paz, y no luchar hasta el final.

Los soldados rusos avanzaban hacia la defensa de Kursk atravesando tierras que sus enemigos habían echado a perder. Yuri Ishpaikin, un joven de dieciocho años, escribió a sus padres:

> Tantas familias han perdido a sus padres, sus hermanos, el techo mismo sobre sus cabezas. Sólo llevo aquí unos pocos días, pero hace mucho que cruzamos un país devastado. Por todas partes hay campos sin arar y sin sembrar. En los pueblos sólo quedan en pie chimeneas y ruinas de piedra. No

hemos visto ni a un solo hombre ni animal. Esos pueblos son ahora auténticos desiertos. Por la noche, toda la zona occidental del cielo queda iluminada, de un rojo cobrizo. Eso hace que el espíritu se alegre al pasar por un pueblo intacto. Las casas, en su mayoría, están vacías, pero unas pocas chimeneas lanzan rizos de humo y sale al porche una mujer o un niño, a mirar cómo pasa el Ejército Rojo[17].

Ishpaikin, como tantos otros, no saldría con vida del campo de batalla de Kursk.


Los soviéticos aprovechan la victoria lograda en Kursk
0 10 20 30 40 50 millas
0 20 40 60 80 km
Eje de Oriol
Líneas de combate
4 julio
10 julio
19 julio
5 agosto
18 agosto
Eje de Járkov
Líneas de combate
4 julio
12 julio
5 agosto
11 agosto
23 agosto
Territorio recuperado por las fuerzas soviéticas (12-23 julio)
Foco de resistencia alemán
Kírov
Zhidra
Zhúkovka
Briansk
Jotinets
Mtsensk
Oriol
Novosil
Livni
Sosná
Oljovatka
Sevsk
Lgov
Kursk
Seim
Kórenevo
Belopolie
Oboián
Prójorovka
Oskol
Tomarovka
Boromlia
Lebedín
Psel
Gadiach
Volchansk
Kotelvá
Járkov
Merefa
Vorska
Poltava

«A las ocho de la mañana ya hacía calor y subían nubes de polvo», escribió Pavel Rotmistrov, al mando de un ejército de la guardia acorazada, a medida que sus largas columnas entraban en el saliente.

> A mediodía el polvo se levantaba formando gruesas nubes y posándose en capas sólidas sobre los arbustos de la cuneta, los campos de cereales, los tanques y los camiones. El disco rojo oscuro del sol apenas era visible a través de aquel polvoriento velo gris. Tanques, cañones autopropulsados y camiones avanzaban con un resplandor infinito… Los soldados estaban torturados por la sed y sus camisas, mojadas por el sudor, se les pegaban al cuerpo. Los conductores se encontraron en una situación especialmente difícil[18].

Los que podían escribir redactaron las últimas cartas, mientras que los analfabetos se las dictaban a sus camaradas. Ivan Panikhidin, un joven de veinte años, había sobrevivido a una herida grave de un combate de 1942. Ahora, mientras se acercaba de nuevo a la línea del frente, manifestó su orgullo por tomar parte en una lucha vital para su país: «De aquí a pocas horas nos uniremos a la contienda —le dijo a su padre—. El concierto ya ha empezado, sólo hemos de hacer que la música no se pare: yo escribo con el acompañamiento de la descarga alemana. Atacaremos pronto. La batalla está que arde en el aire y en la tierra… Los guerreros soviéticos se mantienen firmes en sus posiciones». Panikhidin murió a las pocas horas[19].

La Luftwaffe estuvo machacando las líneas rusas durante varios días antes del ataque. Uno de sus proyectiles impactó de pleno en el alojamiento de Rokossovsky, quien por suerte no se encontraba allí. El fuego de la artillería alemana topó con otra descarga rusa en respuesta, que acribilló el terreno donde las formaciones se estaban concentrando para avanzar. El 5 de julio, las fuerzas de Model arremetieron desde el norte, mientras que por el sur, el ataque estuvo protagonizado por el IV.º ejército Panzer. Desde el principio, los dos bandos reconocieron que en Kursk se produciría un colosal choque de fuerzas y voluntades; los bombarderos en picado Stuka, junto con los tanques Tiger de la SS, infligieron graves daños a los T-34 rusos. Muchos de los nuevos Panther alemanes sufrieron averías que los dejaron bloqueados, pero otros siguieron adelante, aplastando a su paso la artillería anticarro soviética; entre tanto, los granaderos Panzer lidiaban con la infantería de Zhúkov, utilizando lanzallamas contra las trincheras y los búnkeres. La artillería de ambos bandos disparó prácticamente sin interrupción.

Pasados tres días, los ejércitos alemanes del norte habían avanzado casi treinta kilómetros y parecían a punto de abrir brecha. El ejército de Rokossovsky resistió asaltos salvajes, pero algunas de sus unidades se vinieron abajo. Un informe del Smersh denunciaba a los oficiales a los que consideraba censurables:

> El DCLXXVI.º regimiento de fusileros ha mostrado poco entusiasmo por el combate; su segundo

batallón, a las órdenes de Rakitsky abandonó sus posiciones sin [haber recibido] órdenes; otros batallones sucumbieron igualmente al pánico. El teniente coronel Kartashev, del XLVII.º regimiento de fusileros, y el teniente coronel Vokoshenko del CCCXXI.º se dejaron llevar por el pánico, perdieron el control y no supieron tomar las medidas necesarias para restaurar el orden. Algunos oficiales destacados se comportaron con cobardía y desertaron del campo de batalla: Gatsuk, el oficial al mando del CCIII.º regimiento de artillería, no mostró interés en las operaciones de su unidad y, junto con la telefonista Galieva, se retiraron a la retaguardia, donde él recurrió a la bebida[20].

Pero otros se mantuvieron firmes, y los blindados de Model sufrieron un terrible desgaste, sobre todo a consecuencia de los campos de minas rusos. En el sur, el 9 de julio casi la mitad de los 916 vehículos de combate del IV.º ejército Panzer estaban fuera de servicio o destrozados. A lo largo y ancho del vasto campo de batalla, una mezcla de hombres y vehículos se arremolinaban, se movían en oleadas, se enfrentaban, retrocedían. Las llamas y el humo llenaban el horizonte. Los comandantes oían un desorden de voces rusas y alemanas que competían en urgencia a través de sus redes radiofónicas: «¡Adelante!», «¡Orlov, atácalos por el flanco!», ¡Schneller!, «¡Tkachenko, penetra por la retaguardia!», ¡Vorwarts[21]! El corresponsal Vasili Grossman señaló que todo lo que había en el campo de batalla, comida incluida, quedó negro por el polvo. Por la noche, los hombres, exhaustos, se agobiaban con la repentina caída del silencio: la cacofonía diurna parecía más aceptable, porque les resultaba más familiar.

El 12 de julio, Zhúkov lanzó su contraofensiva, la Operación Kutuzov, contra el saliente septentrional de Orel. Un oficial de tanques alemán escribió:

Nos habían advertido de que esperásemos resistencia por parte de los [cañones anticarro] y algunos tanques en posiciones estáticas… En realidad, nos hallamos enfrentados a una masa de carros blindados que parecía inagotable; jamás como aquel día había tenido yo una sensación tan abrumadora de la fuerza y la masa rusas. Las nubes de polvo dificultaban el apoyo de la Luftwaffe y al poco tiempo muchos de los T-34 habían atravesado nuestra pantalla y correteaban como ratas por el campo de batalla[22].

En el tumulto de los vehículos blindados, algunos tanques del ejército rival chocaron y quedaron bloqueados en una maraña de acero retorcido; se produjeron numerosos tiroteos a quemarropa. A lo largo de centenares de kilómetros de llanura polvorienta y ruinas y restos ennegrecidos, las mayores fuerzas blindadas que el mundo había contemplado nunca se embestían mutuamente, girando y zigzagueando. La rotación de las torretas era con frecuencia una carrera letal, en la que la supervivencia dependía de si era el tanque ruso o el alemán quien disparaba la primera bala. Al caer la noche del 12 de julio, llovía sobre el campo de batalla. Los dos ejércitos se embarcaron en la habitual lucha contra el reloj, aprovechando la oscuridad para recuperar los tanques estropeados, evacuar a los enfermos y llevar al frente más

combustible y munición.

La realidad más importante era que las pérdidas alemanas eran insostenibles: el asalto de Manstein había agotado su impulso. Incluso allí donde los rusos no avanzaban, mantenían su territorio. Aquel mismo día, a más de tres mil kilómetros, las seis divisiones británicas y estadounidenses que habían desembarcado en Sicilia empezaron a barrer la isla. Hitler perdió los nervios. El 13 de julio, comunicó a sus generales que tenía que desviar dos divisiones Panzer SS —sus formaciones más potentes— para reforzar la defensa de Italia. Abortó la Operación Ciudadela. Zhúkov inspeccionó el campo de batalla con Rotmistrov. El general de blindados escribió: «Era una escena horripilante, con tanques destrozados y quemados, con ruinas de cañones, vehículos blindados de transporte de personal y camiones, montones de proyectiles y trozos de orugas desperdigados por todas partes. No quedaba ni una brizna de hierba en pie sobre el suelo ennegrecido[23]». Los alemanes siguieron atacando aún unos días más, con la esperanza de salvar algo que en Berlín pudiera presentarse como una victoria, pero muy pronto se vieron obligados a desistir. A las bajas de Kursk hubo que sumar la reputación de invencible que Manstein se había labrado, aunque él jamás aceptaría la responsabilidad del fracaso.

Por detrás del frente, los partisanos lanzaron ataques muy violentos contra el sistema de comunicaciones alemán; sólo entre el 20 y el 21 de julio, destruyeron 430 tramos de vías férreas. Los desventurados tripulantes de los convoyes, rusos reclutados a la fuerza por los ocupantes, morían fusilados en cuanto caían en manos de la guerrilla. Mediado 1943, los rusos afirmaron haber desplegado a 250 000 guerrilleros en los páramos de Ucrania y otras zonas orientales ajenas al control de los alemanes. La actividad de estos partisanos logró un impacto muy superior al de cualquier otro movimiento de resistencia en la Europa occidental, gracias en parte a la indiferencia que Moscú mostraba ante las represalias de la Wehrmacht contra la población civil. «Los alemanes enviaron tanques, aviación y artillería contra esta región de partisanos», escribió un corresponsal ruso cuando visitó la zona liberada,

> y la aplastaron. Todos los pueblos han quedado reducidos a cenizas. Sus habitantes han huido a los bosques… Los destacamentos de guerrilleros se han dispersado, porque los grandes grupos no podían sobrevivir. No pueden ocultarse (los alemanes no dejan de peinar los bosques) ni tampoco prestarse apoyo entre ellos. Escasea la comida. Desde hace dos meses, el destacamento de Sivolobov no ha podido encontrar otro alimento que no fuera carne de vacas y caballos sacrificados. Ya no toleran ni ver la carne. No había pan, ni patatas, nada… A los civiles les va mejor. Han conseguido esconder algo de comida, por ejemplo enterrándola en tumbas falsas. Los alemanes se dieron cuenta de que algo estaba pasando, pero cuando empezaron a cavar en una de ellas, ¡no encontraron más que a un alemán muerto! El terror es horrible. En algunos lugares están fusilando como «espías bolcheviques» a niños que no tienen más de diez años[24].

El ejército de Model sostuvo una defensa feroz en el saliente de Kursk

hasta el 25 de julio; entonces empezó la retirada. El 5 de agosto, los alemanes perdieron Orel y Belgorod. El día 25, los rusos recuperaron Járkov, y esta vez no volvieron a perderlo. El soldado Alexander Slesarev escribió a su padre: «Estamos atravesando territorio liberado, tierra que había sido ocupada por los alemanes durante dos años. La gente sale a saludarnos muy contenta, nos traen manzanas, peras, tomates, pepinos y muchas más cosas. Hasta ahora sólo sabía de Ucrania por los libros, pero ahora puedo contemplar con mis propios ojos su belleza natural y sus muchos jardines». Para el pueblo de Stalin, la reanudación del gobierno soviético no supuso una bendición libre de inconvenientes: «Es una vergüenza, cuando viajas por los pueblos liberados, ver la actitud tan fría del pueblo», escribió un soldado[25]. Los alemanes habían permitido a los campesinos que sembrasen y cultivasen sus propias parcelas; con el regreso de los soviéticos, se impuso de nuevo la colectivización rigurosa, lo cual fue motivo de algunos disturbios, según Lázar Brontman[26]. Habían desaparecido todos los tractores y casi todos los caballos, de modo que la tierra sólo podía labrarse con palas y rastrillos; en ocasiones, eran las mujeres las que tiraban del arado. Escaseaban incluso las hoces.

Las comunidades locales, que luchaban por la subsistencia, demostraron una gran frialdad (cuando no franca hostilidad) hacia los refugiados que pasaban por allí; a sus ojos, eran langostas. Una campesina de la provincia de Kursk escribió: «Es duro, ahora que nos hemos quedado sin vacas. Nos las quitaron hace dos meses… Estamos dispuestos a comernos los unos a los otros… No queda ni un solo joven soltero en casa, ahora que están todos combatiendo en el frente[27]». Otra mujer escribió a su hijo, soldado también, lamentándose porque se había visto obligada a vivir en el pasillo exterior del apartamento de su hermana, de una sola habitación. Y otra mujer le contaba a su esposo, igualmente soldado: «Ahora hace dos meses que estamos sin pan. A Lidiya le toca ir al colegio, pero no tiene abrigo ni nada para taparse los pies. Creo que, al final, las dos nos moriremos de hambre. No tenemos nada… Misha, aunque tú sobrevivas, nosotras ya no estaremos aquí». En el pueblo de Baranovka, que los alemanes habían ocupado durante siete meses, Lázar Brontman sólo encontró unas pocas edificaciones agrícolas en pie. El antiguo director de la granja colectiva local vivía en un establo para vacas, con su esposa y sus tres hijas pequeñas. Tenían el estómago hinchado por la inanición.

El hombre le contó al corresponsal: «Llevamos tres meses sin ver el pan. Comemos hierba[28]». Luego preguntó, asustado: «¿Volverán los alemanes?». El periodista les entregó un kilo de pan, que ellos contemplaron como un manjar preciadísimo. Otra familia, a la que Brontman invitó a compartir un té, rechazó la oferta: habían perdido la costumbre de aquellos lujos, le dijeron,

ya sin ánimo. Pero aquellas gentes vivían en medio de lo que antaño había sido la mejor zona agrícola de Rusia. Los censores interceptaron una carta de una madre llamada Marukova, desde la Orel liberada, a un hijo alistado en el Ejército Rojo: «No hay pan, por no hablar de las patatas. Estamos comiendo hierba y las piernas se niegan a caminar[29]». Otra madre que se llamaba Galitsina, del mismo distrito, contaba otro tanto: «Por las mañanas, cuando me levanto, no sé qué hacer, qué cocinar. No hay leche, ni pan, ni sal, ni ayuda de nadie».

Los alemanes organizaron en buen orden la retirada inicial de Kursk, pero nadie, en ninguno de los bandos, tenía la menor duda de que habían sufrido una derrota terrible: en cincuenta días de combate, sumaban medio millón de bajas. Stalin, triunfante, demostró una renovada confianza en sí mismo y dictó nuevas órdenes para domeñar a Zhúkov y Vasilevsky. Después del triunfo de Stalingrado, los siguientes cinco intentos posteriores de cercar al ejército alemán habían fracasado. En el futuro, decretó Stalin, el Ejército Rojo lanzaría asaltos frontales en lugar de cercos. A finales de agosto, ocho «frentes» soviéticos mantenían diecinueve ofensivas paralelas en dirección al Dniéper, en una línea de más de un millar de kilómetros, que se extendía de Nevel a Taganrog. El 8 de septiembre, Hitler autorizó que la retirada cruzara al otro lado del río; los rusos estaban improvisando pasos con todo lo que encontraban. En la orilla occidental realizaron uno de los pocos lanzamientos masivos de paracaidistas, infrecuentes en la guerra rusa; se lanzaron 4575 hombres, de los que sobrevivió la mitad.

Los ejércitos rusos avanzaron con la misma urgencia desesperada con la que se habían retirado el año anterior, anestesiados por los horrores cotidianos. La victoria en Kursk significó poca cosa para un hombre como el soldado raso Ivanov del LXX.º ejército, que envió estas palabras desoladas a su familia, en Irkutsk: «No me espera nada más que muerte y sólo muerte. Aquí la muerte está por todas partes. Jamás os volveré a ver porque la muerte, terrible, despiadada e implacable va a segar mi corta vida. ¿De dónde voy a sacar las fuerzas y el coraje para soportar todo esto? Todos nosotros vamos horriblemente sucios, con las barbas y el pelo largos, vestidos con harapos. Adiós para siempre[30]». El soldado Samokhvalov estaba igual de desesperado:

> Papá, mamá, os voy a explicar en qué situación estoy, es mala. Tengo una conmoción. En mi regimiento han matado a muchísimos; al teniente primero, al comandante del regimiento, a la mayoría de mis compañeros; ahora me tiene que tocar a mí. Mamá, nunca había tenido tanto miedo en mis dieciocho años. Por favor, mamá, reza y pídele a Dios que me conserve la vida. Mamá, leo tus plegarias… Debo admitir, con sinceridad, que en casa no creía en Dios, pero ahora pienso en él cuarenta veces al día. No sé dónde esconder la cabeza mientras escribo esto. Papá y mamá, adiós, jamás os volveré a ver, adiós, adiós, adiós.

El 9 de octubre, Pavel Kovalenko escribió:

> Hemos pasado por la zona donde quedó atrapado el XV.º regimiento. Hay cadáveres por todas partes, y carros aplastados. A muchos cuerpos les han arrancado los ojos… ¿Los alemanes son humanos? No puedo comprende este tipo de cosas. La gente viene y se va. Han matado al teniente primero Puchkov. Lo siento por el hombre. Ayer por la noche, uno de la caballería pisó una mina. Soldado y caballo, los dos, saltaron en pedazos. Cuando cayó la noche me senté junto al fuego, temblando; me castañeteaban los dientes por el frío y la humedad[31].

Al día siguiente, su unidad avanzó penosamente hasta llegar a un asentamiento bielorruso llamado Yanovichl:

> ¿Qué ha quedado del lugar? Ruinas, cenizas y restos carbonizados. Las únicas almas vivas son las de dos gatos con el pelo chamuscado. Acaricié a uno de ellos y le di unas patatas. Me ronroneaba… Hay por todas partes un montón de patatas sin recoger, igual que remolachas y coles. Antes de echar de allí a la población, los alemanes les sugirieron que enterrasen sus pertenencias. Ahora, esas tristes reliquias de la felicidad del hogar están esparcidas por los jardines. Los alemanes se llevaron todo lo útil. Sólo una casa se aguanta en pie, del total de trescientas; las demás han sucumbido a las llamas. Hay una anciana sentada, llorando. En sus ojos no hay vida: tiene la mirada fija en la distancia. No le queda nada y ya casi tenemos encima el gélido invierno.

Día tras día, a medida que el Ejército Rojo iba avanzando, se repetían escenas similares. «Me impresionaba la ferocidad de las batallas de tanques», dijo Ivan Melnikov. «¿Qué debían de sentir aquellas personas encerradas dentro de cajas de acero en llamas? Una vez vi a un grupo de diez o doce T-34 incendiados; una visión espantosa. Casi todos los cuerpos que yacían alrededor presentaban quemaduras terribles, mientras que los que habían permanecido dentro de los tanques ardieron como teas, hasta convertirse en pedazos de carbón.»[32] Una noche, una sección de reconocimiento de su unidad fue atacada en campo abierto bajo las luces de los alemanes; murieron cuatro de los seis hombres y, al día siguiente, los alemanes se entretuvieron usando los cuerpos para hacer práctica de tiro: «Por la tarde, aquello fue una visión horrible: deformados, desgarrados por las balas, con los rostros reventados, los brazos amputados[33]».

Los comandantes obligaban a sus unidades a recorrer tantos kilómetros y tan deprisa que los caballos que tiraban de los carros de pertrechos no podían siquiera comerse el heno, del cansancio. Muchos animales yacían muertos en las cunetas, entre filas de tumbas alemanas cavadas a toda prisa, cráneos, cadáveres medio descompuestos, trineos abandonados, vehículos incendiados. «Marchamos al paso que dicta la guerra —reflexionaba Kovalenko—. El caos es majestuoso, a su manera. Al contemplar este panorama de destrucción y muerte, mi alma se llena de dolor e impotencia.»[34]

Cuando la nieve volvió a cerrar los campos de batalla durante los últimos meses de 1943, los rusos mantuvieron una gran cabeza de puente al otro lado

del Dniéper, alrededor de Kiev, y otra en Cherkassy. Los alemanes perdieron Smolensko el 25 de septiembre y sólo conservaron un punto de apoyo aislado en Crimea. El 6 de noviembre los rusos tomaron Kiev. Vasili Grossman describió un encuentro con los soldados de infantería, cerca de la ciudad destrozada, aquel mismo día:

> El teniente Surkov, segundo al mando de aquel batallón, ha venido al puesto de mando. Lleva seis noches sin dormir. Tiene la cara cubierta por una espesa barba. No se aprecian en él rasgos de cansancio, porque aún es presa de la terrible excitación de la batalla. Quizá al cabo de media hora caerá dormido con el petate bajo la cabeza y entonces será del todo inútil tratar de despertarlo. Pero en este momento le brillan los ojos y su voz suena fuerte y nerviosa. Este hombre, que antes de la guerra había sido profesor de historia, parece arrastrar consigo el resplandor de la batalla del Dniéper. Me habla de los contraataques alemanes, de nuestros ataques, del fugado al que tuvo que sacar de la trinchera tres veces, que venía de la misma zona que él y que una vez fue su alumno: Surkov le había enseñado historia. Ahora, uno y otro participan en unos acontecimientos que los profesores de historia enseñarán a sus alumnos dentro de cien años[35].

Se había recuperado más de la mitad del territorio soviético conquistado por Hitler desde 1941. A finales de 1943, la Unión Soviética había contabilizado ya el 77 por 100 de su total de bajas en todo el conflicto, total que se acercó a los veinte millones de muertos. «¡Se ha roto el frente enemigo!», escribió un Kovalenko triunfante el 20 de septiembre[36]. «Estamos avanzando. Nos movemos despacio, a tientas. Hay trampas por todas partes, campos de minas. Hoy hemos avanzado catorce kilómetros. A las 14.10 se produjo un "malentendido menor". Un grupo de nuestros aviones se confundió y bombardeó nuestra columna. Consternaba verlos disparar contra su propia gente. Los hombres caían heridos y muertos. ¡Qué mal!». El 3 de octubre añadió:

> Nuestra organización, tanto en la marcha como en la acción, deja mucho que desear. En concreto, la coordinación de infantería y artillería es deficiente: los artilleros disparan al azar. [Hemos sufrido] bajas colosales. Sólo quedan sesenta hombres en cada uno de los batallones de nuestro regimiento. ¿Con qué se supone que vamos a atacar? Los alemanes resisten con ferocidad. Los soldados Vlasov [cosacos renegados] luchan a su lado. Carne de perro. Han apresado a dos, adolescentes, nacidos en 1925. No [deberíamos] preocuparnos, sino fusilar a los hijos de puta.

A los tres días escribió:

> Avanzamos de nuevo, pero con escaso éxito; sólo avances ligeros aquí y allá. Tenemos pocos soldados de infantería y una desesperante escasez de proyectiles. Los alemanes queman todos los pueblos. Nuestras unidades de reconocimiento, que actúan en sus zonas de retaguardia, han sacado a un montón de civiles de los bosques donde se mantenían ocultos. Parecemos atascados en una ciénaga. ¿Cuándo saldremos de aquí? Lluvia, barro.

La unidad del capitán Nikolái Belov se hallaba en apuros similares: «El tiempo y el barro son espantosos. Nos tocará pasar el invierno en medio de los bosques y los pantanos. Hoy, hemos salido a las diez y sólo hemos

recorrido unos seis kilómetros en veinticuatro horas. No hay munición. Los víveres escasean porque el suministro no llega. Muchos hombres caminan sin botas[37]».

Pocos soldados rusos encontraban motivos por los que alegrarse, porque sabían que aún debían recorrer muchos kilómetros hasta llegar a Berlín. Un oficial ya veterano, llamado Ignatov, escribió a su esposa quejándose de la falta de organización en el ejército: «Los soldados con los que luché en 1917-1918 eran mucho más disciplinados. Nos llegan reemplazos sin ninguna instrucción. Como veterano del viejo ejército, sé cómo debería ser un soldado ruso; cada vez que intento ponerlos en vereda, gruñen y se quejan de que soy severo con ellos. Nos enviaron a la batalla sin palas, aunque nos las habían prometido. Estamos hartos de promesas que ya no nos creemos[38]». A un suboficial de la unidad de Vladimir Pershanin lo envió, junto con su teniente, a recuperar las cápsulas identificadoras de ocho de sus hombres muertos cuando el oficial se desorientó y los condujo hasta el punto de mira de una

ametralladora alemana: «¡Pedazo de cabrón! —exclamó el sargento, sin dirigirse directamente al teniente, pero escupiendo en su dirección—. ¡Ocho vidas a la mierda!»[39].

No obstante, los apuros por los que pasaban los alemanes eran mucho peores. «Esta mañana, la fuerza de combate de la XXXIX.ª división de infantería se redujo a tan sólo seis oficiales y un grueso aproximado de trescientos hombres», escribió un comandante en un informe sobre el estado emocional de sus tropas, el 2 de septiembre: «Dejando aparte que sus fuerzas van a menos, el estado de fatiga de los hombres está generando una enorme ansiedad… Entre los soldados ha surgido tal estado de apatía que las medidas draconianas no logran el objetivo deseado. Sólo responden al buen ejemplo de sus oficiales y a una "persuasión amable[40]"». Durante la huida hacia el Dniéper se produjeron escenas terribles, cuando la disciplina se quebró de un modo nunca antes visto en la Wehrmacht. Según lo describió un soldado:

> Hombres desesperados lo abandonaban todo en la orilla y se sumergían en las aguas intentando nadar hasta la otra ribera. Miles de voces gritaban hacia el agua gris y la otra orilla… Los oficiales, que habían conseguido mantener cierto autocontrol, organizaron a unos cuantos hombres más o menos conscientes, como pastores que intentan controlar un rebaño de ovejas enloquecidas… Oímos ruido de disparos y explosiones salpicadas de gritos espeluznantes[41].

Muchos hombres terminaron cruzando con balsas improvisadas.

Una vez más, el ejército alemán se reagrupó; una vez más, se preparó para defender una línea con férrea determinación. Aún les esperaban muchas más batallas. El oficial de blindados Tassilo von Bogenhardt reflexionaba sobre la paradoja de que casi todos sus hombres se habían resignado a morir, pero aun así, no habían perdido el ánimo. «Todo soldado alemán se consideraba superior a cualquier soldado ruso, aunque contaran con aquella brutal superioridad numérica. La retirada, lenta y ordenada, apenas nos deprimió. Teníamos la impresión de estar defendiéndonos bien.»[42] Pero Von Bogenhardt no tardó en caer gravemente herido y en ser capturado; de alguna manera, logró sobrevivir a su posterior cautiverio de tres años. En el frente oriental, 1943 supuso una catástrofe irremediable para los invasores, mientras que los ejércitos de Stalin ya veían clara su futura victoria.

16

Imperios divididos

I. Libertad, ¿para quién?

Winston Churchill tocó un tema de importancia cuando dijo estas palabras ante la Cámara de los Comunes el 8 de diciembre de 1941: «Tenemos al menos a cuatro quintas partes de la población mundial a nuestro favor». Habría sido más preciso decir que los Aliados tenían a cuatro quintas partes de los habitantes del mundo bajo su control, o que éstos ya eran contrarios a la ocupación del Eje. La propaganda transmitía que las naciones «libres» —entre las cuales hubo que incluir, aunque fuera de nombre, al pueblo de Stalin— compartían un objetivo común: derrotar a los poderes totalitarios. A pesar de ello, en casi todos los países había diferencias de matiz en las actitudes y, en algunos lugares, se produjeron marcadas divergencias de lealtad.

América del Sur fue el continente menos afectado por la guerra, aunque Brasil se unió a la causa aliada en agosto de 1942 y —si bien es cierto que fueron casi invisibles— mandó a veinticinco mil soldados a la campaña de Italia. La mayoría de las naciones que lograron no implicarse en la contienda estaba protegida por su lejanía geográfica. Turquía fue el estado que mantuvo una neutralidad más notoria, después de haber aprendido la lección tras su impetuosa incorporación a la Primera Guerra Mundial en el bando de las potencias centrales. En Europa, sólo Irlanda, España, Portugal, Suecia y Suiza tuvieron la fortuna de que su soberanía fuese respetada por los beligerantes, sobre todo por cuestiones pragmáticas. Irlanda había conseguido condición de autogobierno en 1922, pero hasta 1938 el Reino Unido retuvo el control de

cuatro «puertos de tratado», importantes por su situación estratégica en la costa. En 1939-1940, cuando la antigua madre patria inició su lucha por la supervivencia contra los submarinos alemanes, Winston Churchill sintió la tentación de reafirmar por la fuerza las reivindicaciones de su país con respecto a aquellas bases navales y aéreas. Solamente lo disuadió el temor al impacto que ello tendría sobre la opinión pública de Estados Unidos, donde había un fuerte grupo de presión irlandés.

La «brecha aérea» del Atlántico se amplió de forma considerable y se perdieron muchas vidas y mucho tonelaje a consecuencia del odio ciego que el primer ministro irlandés, Éamon de Valera, sentía hacia sus vecinos ingleses. Casi todos los buques de guerra o mercantes que navegaron frente a la costa irlandesa en los años de guerra sintieron una oleada de resentimiento hacia el país que confiaba en el Reino Unido para conseguir la mayoría de sus artículos de primera necesidad y todo su combustible, pero que no movería un dedo para ayudarla cuando ésta se veía en apuros. «El coste en hombres y barcos… iba aumentando en una medida que no se anularía por mucho que, el día de la victoria, los irlandeses sonrieran con los ojos», escribió el oficial de corbeta Nicholas Monsarrat[1]. «En la lista de gente que estabas dispuesto a apreciar cuando la guerra terminase, el hombre que estuvo a tu lado y se quedó mirando mientras te cortaban el gaznate no podía ocupar uno de los primeros puestos». Pero debido a la división en la soberanía y las lealtades irlandesas, ni siquiera en Irlanda del Norte, que no había dejado de formar parte del Reino Unido, se atrevieron nunca a introducir el reclutamiento obligatorio en el servicio militar. El resultado perverso de todo ello fue que, en las filas de combate británicas, hubo más católicos del sur de Irlanda que protestantes del Norte —aun cuando estos últimos se llenaban la boca hablando de su compromiso con la corona—; es cierto, sin embargo, que el servicio de la mayoría de los hombres del sur era comprado: respondía a la necesidad económica, no a ningún entusiasmo ideológico hacia la causa de los Aliados.

Los suecos defendieron su condición con un rigor favorecido por su proximidad con Alemania, lo que los tornaba vulnerables a la malevolencia de tales vecinos; así, en Suecia se arrestó y encarceló a montones de agentes e informantes del servicio de inteligencia aliado. Sólo en 1944-1945, cuando el resultado de la guerra estaba ya fuera de toda duda, el gobierno de Estocolmo se mostró más receptivo a la presión diplomática de Londres y Washington y puso menos celo en encerrar a los simpatizantes de los Aliados.

Suiza era un centro de operaciones de espionaje aliado, aunque las autoridades nacionales acababan con todas las actividades encubiertas que descubrían. Negaron también el asilo a judíos que huían de los nazis y sacaron un enorme provecho de embolsarse fondos depositados en los bancos

suizos; tanto los que provenían de importantes nazis como de sus víctimas judías, que luego no serían reclamados debido al fallecimiento de sus propietarios. Estelle Sapir, hija de un acaudalado francés que fue víctima del holocausto, contó más tarde: «Mi padre pudo proteger su dinero de los nazis, pero no de los suizos[2]». Suiza suministró un importante apoyo tecnológico e industrial al esfuerzo bélico del Eje: en 1941 incrementó en un 250 por 100 sus exportaciones de productos químicos a Alemania, y en un 500 por 100, las de metales. El país pasó a ser un gran receptor de bienes robados en el saqueo nazi de Europa y acumuló «sumas gigantescas» de fondos fugados, según la calificación de la OSS (la organización de operaciones encubiertas de Washington[3]). Impasibles, los suizos pagaron a los nazis el importe de las pólizas de vida de los judíos alemanes y el gobierno de Berna descartó las recriminaciones relativas a esta acción, una vez terminada la guerra, como «irrelevantes según la ley suiza[4]». Solamente se ha reconocido una pequeña parte de los enormes beneficios que Suiza obtuvo a partir de las apropiaciones indebidas en época de guerra, y aún menor es la parte que, a regañadientes, se pagó a las víctimas judías y a sus familias. La guerra demostró ser un buen negocio en los cantones de corazón gélido.

Entre los beligerantes, como era de esperar, cuanto más alejado de las consecuencias de la agresividad del Eje estaba un país aliado, menos hostilidad mostraba el pueblo hacia el enemigo. Por ejemplo, un sondeo realizado a mediados de 1942 por la Oficina de Información de Guerra constató que una tercera parte de los estadounidenses se mostraba partidaria de firmar una paz individual con Alemania. Una encuesta de opinión de enero de 1944 indicaba que, mientras el 45 por 100 de los británicos sentía «odio» hacia los alemanes, solo el 27 por 100 de los canadienses compartía aquel sentimiento[5].

Para la mayoría de la población de Europa y Asia, el conflicto fue una realidad que lo invadía todo. Las familias de las repúblicas asiáticas de la Unión Soviética —que se hallan entre los lugares más remotos del mundo— vieron cómo los lugareños eran reclutados por el Ejército Rojo, cómo se montaban campos de confinamiento a la vista de la localidad y cómo les faltaba la comida de forma sistemática. El 19 de febrero de 1942 hubo un ataque aéreo japonés contra el puerto de Darwin, al norte de Australia, que mató a 297 personas; en su mayoría, personal de servicio en los barcos del puerto. Aunque el ataque no se volvió a repetir jamás y, en adelante, Australia sólo tuvo que preocuparse por intrusiones navales japonesas menores y esporádicas, pese a todo el país sintió que había dejado de ser invulnerable. Algunos miembros de tribus de las islas del Pacífico y las selvas asiáticas fueron alistados para servir en uno u otro ejército, aunque con frecuencia olvidaban por qué luchaban sus padrinos. También se alcanzó este

grado de ignorancia en algunas partes de Rusia; al otro lado del río Pechora, dentro del círculo polar ártico, el jefe de un gulag describía cómo los habitantes del pueblo «tenían una idea bastante vaga sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo. Ni siquiera sabían gran cosa sobre la guerra soviética con los alemanes[6]».

En los países beligerantes —con la notable excepción de Italia—, la gran mayoría de la población apoyó las causas defendidas por sus respectivos gobiernos; al menos, si no perdían, o hasta que no empezaban a hacerlo. Pero también hubo minorías en desacuerdo y, en consecuencia, se encarceló a miles de disidentes; algunos de ellos, en regímenes democráticos. Lo mismo ocurrió con las personas cuya lealtad se consideraba sospechosa, en ocasiones de un modo terriblemente injusto: en 1939, el Reino Unido arrestó a todos los residentes alemanes, incluidos los judíos que huían de Hitler. El historiador G. M. Trevelyan se hallaba entre los personajes públicos notorios que denunciaron los internamientos indiscriminados, y afirmó que el gobierno no supo reconocer «el gran daño que se le está provocando a nuestra causa, que en esencia es una causa moral… por el constante encarcelamiento de refugiados políticos». Estados Unidos cometió el mismo error en la histeria posterior a Pearl Harbor, al internar a sus japoneses nisei[*10]. El gobernador de Idaho dijo, en apoyo de estas medidas draconianas: «Los japoneses viven como ratas, crían como ratas y actúan como ratas. No los queremos[7]».

Cuando estalló la guerra, Estados Unidos no constituía en modo alguno una sociedad homogénea. Los judíos estadounidenses, por ejemplo, padecieron el recelo de sus conciudadanos (si no la hostilidad directa), como ejemplifica la exclusión de los clubes de campo y otras instituciones sociales de élite. Un sondeo de los años de guerra concluía que los judíos suscitaban más desconfianza que cualquier otro grupo étnico reconocido, salvo los italianos; una encuesta de diciembre de 1944 mostró que, mientras la mayoría de los estadounidenses aceptaba que Hitler había matado a unos cuantos judíos, no creían las noticias de que estaba exterminándolos por millones.

Los negros tenían motivos para observar la «cruzada de la libertad» con escepticismo, porque en buena parte de su país había segregación racial, y también en las fuerzas armadas. En la Academia de Instrucción del Recluta de Tierra John Capano, en Carolina del Sur, había un cartel a la entrada de un restaurante local: «Negros y yanquis, no sois bienvenidos». En palabras de Capano: «Era una tropa muy blanca, que se peleaba con los negros por todo el parque de automóviles[8]». 1940 fue testigo de seis linchamientos de negros en el Sur (cuatro, en Georgia), y muchos más azotamientos (tres de ellos, fatales). Unas matronas de Virginia presentaron una queja formal por la presencia de Eleanor Roosevelt en un baile mixto en Washington: «El peligro —escribieron al presidente— no reside tanto en la degeneración de las chicas

que tomaron parte en el baile, porque ya pertenecían… a la peor clase de mujer que existe, sino en el hecho de que la señora Roosevelt preste su presencia y dignidad a una cuestión tan humillante: que la esposa del presidente de Estados Unidos sancione con su presencia un baile en el que se encuentran… las dos razas y que puedan seguir su ejemplo otras blancas irreflexivas[9]».

En 1942, una gran cantidad de trabajadores negros se sumó a las fuerzas de trabajo de Detroit, lo que provocó ruidosas y airadas protestas blancas, que en junio desembocaron en serios disturbios; al año siguiente se vivieron más alborotos raciales, en Detroit contra los negros y en Los Angeles contra los mexicanos. El presidente adoptó una actitud particularmente silenciosa con respecto a los enfrentamientos de Detroit, y, de hecho, hasta el momento de su muerte se mantuvo circunspecto con las cuestiones raciales. La proporción de trabajadores negros en las industrias bélicas ascendió del 2 por 100 de 1942 al 8 por 100 de 1945, aunque siguieron sin contar la representación merecida. Las fuerzas armadas estadounidenses alistaron a un número elevado de afroamericanos, pero sólo confiaron puestos en el combate a una minoría reducida y conservaron un elevado nivel de segregación; la Cruz Roja estadounidense distinguía, en su banco de sangre, entre sangre «de color» y sangre «blanca». Con cinismo, algunas voces pidieron que se les indicase la diferencia entre los bancos del parque marcados «para judíos» en la Alemania nazi y los etiquetados «de color» en Tallahassee, Florida.

Al estallar la guerra hubo muchos estadounidenses blancos, inmigrantes o hijos de inmigrantes, que se definieron según el grupo nacional del viejo mundo al que pertenecían. Destacaron casi cinco millones de italoestadounidenses, pues hasta diciembre de 1941, los periódicos de su comunidad habían aclamado a Mussolini como un coloso. En cierta carta publicada a un lector se aplaudió la invasión alemana de Polonia y se vaticinó que «así como las legiones romanas hicieran bajo César, así la Nueva Italia dará un paso al frente y conquistará[10]». Aun cuando su país declaró la guerra a Mussolini, muchos estadounidenses de origen italiano albergaban la esperanza de que la victoria aliada, de algún modo, no supusiera una derrota italiana.

En 1945, sin embargo, se había producido un enorme cambio: la experiencia compartida del conflicto y, sobre todo, la del servicio militar, aceleró una considerable integración de las agrupaciones nacionales de Estados Unidos. Anthony Carullo, por ejemplo, había emigrado a Estados Unidos desde el sur de Italia con su familia en 1938. Cuando ingresó en el ejército y sirvió en Europa, tenía que remitir las cartas a sus hermanas, porque su madre no entendía una palabra de inglés. Pero cuando le

preguntaron: «Si te enviamos a Italia, ¿querrás luchar contra los italianos?», el joven de veintiún años respondió muy valiente: «Soy un ciudadano estadounidense. Lucharé contra quien sea[11]». El sargento Henry Kissinger, alemán de nacimiento, afirmaría más adelante que fue la guerra la que lo convirtió en un auténtico estadounidense[12]. Entre 1942 y 1945, millones de compatriotas suyos que acababan de llegar allí descubrieron por primera vez un nacionalismo común.

Las cuestiones relativas a la lealtad fueron mucho más complejas y crudas en las sociedades ocupadas por el Eje o sometidas a gobiernos coloniales de potencias europeas. En algunos países, y hasta el día de hoy, sigue siendo objeto de controversia si aquellos que escogieron servir a los alemanes o los japoneses, o resistirse a los Aliados, fueron culpables de traición o sencillamente concebían el patriotismo desde un punto de vista distinto. Muchos europeos sirvieron en fuerzas de seguridad nacionales que actuaron en contra de los intereses aliados y fomentaron los alemanes: los gendarmes franceses mandaban a los judíos a campos de la muerte; y, pese a la leyenda de la simpatía holandesa, según la difundió el Diario de Ana Frank, los policías holandeses demostraron ser más despiadados que sus compañeros franceses, ya que provocaron la deportación y muerte de un número comparativamente más elevado de judíos de su propio país.

Francia estaba dividida por las disensiones internas. Sobre todo en los primeros años de la ocupación, el gobierno de Vichy contó con un amplio apoyo y Alemania se benefició de aquel ánimo colaborador. Un oficial alemán que en 1940-1941 trabajaba con la Comisión del Armisticio, Tassilo von Bogenhardt, comentó que con sus compañeros franceses «era muy interesante hablar… Me pareció que la fortaleza mostrada por los británicos frente a nuestro bombardeo les disgustaba… Admiraban y respetaban al mariscal Pétain, tanto como detestaban a los comunistas y el Front Populaire[13]». Cerca de veinticinco mil franceses sirvieron como voluntarios en la División Westland de la SS. Aunque las autoridades coloniales de un puñado de posesiones francesas en África «se congregaron» en torno a De Gaulle en Londres, no fue el caso de la mayoría. Aun después de que Estados Unidos entrara en la guerra, soldados, marinos y aviadores franceses seguían resistiéndose a los Aliados. En mayo de 1942, cuando el Reino Unido invadió Madagascar, bajo el control de Vichy, para prevenir un posible asalto japonés sobre esta isla estratégica, la lucha fue larga. Madagascar es más extensa que Francia; de norte a sur mide algo más de mil quinientos kilómetros. El gobernador general comunicó a Vichy: «Nuestras tropas disponibles se están preparando para resistir cualquier avance enemigo con el mismo espíritu que inspiró a nuestros soldados en Diego Suárez, en Jajunga, en Antananarivo… donde en cada ocasión la defensa se convirtió en una página del heroísmo

escrito por La France».

Los enfrentamientos en el mar obligaron a la Royal Navy a hundir una fragata francesa y tres submarinos; en la campaña de la costa malgache, murieron 171 defensores y 343 resultaron heridos, mientras que las tropas británicas contabilizaron 105 muertos y 283 heridos. Cuando el gobernador ordenó que el submarino Glorieux huyese hacia Dakar, también bajo control de Vichy, su capitán se mostró contrariado porque se le negaba la oportunidad de atacar a la flota británica: «A bordo, todos se han sentido tan disgustados como yo al verse ante el mejor blanco que un submarino puede llegar a desear sin tener siquiera la oportunidad de atacarlo[14]». Los defensores de Madagascar no se rindieron hasta el 5 de noviembre de 1942. Una vez más, fueron escasos los prisioneros que decidieron unirse a De Gaulle. Allí donde Vichy ejercía su influencia, los franceses trataban a los prisioneros del bando aliado, ya fueran soldados o civiles, de un modo cruel y, en ocasiones, brutal. «Los franceses daban asco —valoró la señora Ena Stoneman, quien sobrevivió al hundimiento del buque de pasajeros hundido Laconia y quedó retenida en el Marruecos francés—. Al final acabamos teniéndolos a ellos por enemigos, más que a los alemanes. Casi siempre nos trataban como a animales». Incluso en noviembre de 1942, cuando empezaba a quedar claro que los Aliados ganarían la guerra, la resistencia que ofrecieron las tropas francesas sorprendió a los estadounidenses que desembarcaron en el norte de África.

En la Francia metropolitana, la resistencia sólo contó con el apoyo de una pequeña minoría hasta que en 1943 los alemanes introdujeron el trabajo forzado y convencieron con ello a muchos jóvenes de la conveniencia de pasar al bando de los maquis, desde el que lucharon con distintos niveles de entusiasmo; desafiar a los ocupantes era difícil y muy peligroso. Dada la fuerte tradición antisemita del pueblo francés, había pocas ganas de ayudar a los judíos a escapar de los campamentos de la muerte. Buena parte de la aristocracia francesa colaboró con los alemanes, así como con el régimen de Vichy, que gobernó la zona central y meridional de Francia hasta que los alemanes se hicieron con el poder en noviembre de 1942.

Hubo honrosas excepciones, sin embargo, como la de la conocida condesa Lili de Pastré. Nació en 1891, de madre rusa; su padre un francés acaudalado, miembro de la familia poseedora de la marca de vermut Noilly Prat. En 1916 casó con el conde Pastré, que disponía de una fortuna propia a través del negocio naviero de su familia, iniciado en el siglo XIX. De los tres hijos que tuvieron, Nadia ayudó durante la guerra a los Aliados que huían de las líneas enemigas. En 1940, la condesa se divorció pero siguió viviendo a lo grande en el castillo de su familia, el castillo de Montredon, al sur de Marsella. Empezó a gastar su fortuna en hacer de Montredon un refugio para artistas, muchos

de ellos judíos, que habían salido huyendo de la zona ocupada por los alemanes. Para sufragar y proteger a personas en situación de riesgo creó la organización Pour que l'esprit vive («Por la supervivencia del espíritu»). En el castillo se alojaron hasta cuarenta fugitivos a la vez; escritores, músicos, pintores, por ejemplo artistas como André Masson y el checo Rudolf Kundera, junto con la pianista judía Clara Haskil y la arpista Lily Laskine. Pastré se ocupó de que Haskil recibiera el tratamiento necesario para un tumor cerebral y luego pudiera huir a Suiza.

Los residentes ofrecían recitales y conciertos vespertinos de forma regular. Para estimular la creatividad de sus huéspedes, la condesa ofreció un premio de cinco mil francos a la mejor interpretación de una obra para piano de Brahms. El momento culminante de la trayectoria de la condesa durante la guerra fue la representación, a la luz de la luna, del Sueño de una noche de verano, puesta en escena el 25 de julio de 1942, con un reparto de 52 actores y el acompañamiento musical de una orquesta dirigida por un director judío. Los trajes fueron creados por el joven Christian Dior, en su mayoría con las cortinas del castillo. Las actividades de Lili de Pastré se redujeron sobremanera en la segunda parte de la guerra, cuando las tropas alemanas tomaron posesión de su castillo. Algunos de sus antiguos invitados, como por ejemplo el compositor judío de origen alemán Alfred Tokayer, fueron arrestados y enviados a los campos de exterminio. Pero el empeño de la condesa por socorrer a algunas de las víctimas más vulnerables de los nazis contrastó claramente con la pasividad de la mayoría de los ricos de Francia, que prefirió no arriesgarse a perder sus enormes posesiones (y sus vidas). La condesa murió en 1974, después de haber agotado su enorme fortuna al servicio de la filantropía, sobre todo durante los años de la guerra.

En otros lugares, algunos países pequeños mostraron una rebeldía más audaz que los franceses. Los daneses fueron los únicos, entre las sociedades europeas, que se negaron a participar en la deportación de sus judíos, de los cuales sobrevivieron casi todos. De las 293 000 personas que constituían el minúsculo Gran Ducado de Luxemburgo, pocas acogieron de buena gana su incorporación al imperio de Hitler. Durante la invasión alemana de 1940, de los ochenta y siete defensores de Luxemburgo, siete resultaron heridos; la familia reinante y los ministros huyeron a Londres, donde formaron un gobierno en el exilio. Cuando en octubre de 1941 se celebró un plebiscito sobre la ocupación alemana, el 97 por 100 de la población se declaró en contra. Berlín hizo caso omiso del voto, declaró a todos los luxemburgueses ciudadanos alemanes y empezó a reclutarlos para la Wehrmacht. Ellos respondieron convocando una huelga general, que terminó con la ejecución de veintiún sindicalistas y la deportación de varios centenares a los campos de concentración. Sería un error idealizar la resistencia de Luxemburgo ante

los nazis: el gobierno de posguerra condenó a diez mil ciudadanos por colaboracionistas y 2848 luxemburgueses murieron con el uniforme alemán. Pero la mayoría de la población del ducado dejó bien claro su rechazo a la hegemonía nazi.

Más al este, un gran número de ucranianos y ciudadanos de los estados bálticos se alistaron en la Wehrmacht porque se sentían más a disgusto con la Unión Soviética estalinista que con los nazis. Los ucranianos proporcionaron a los campos de exterminio de Hitler una parte importante de sus guardianes; en febrero de 1944, Nikolái Vatutin, uno de los mejores generales de Stalin, fue asesinado por partisanos ucranianos antisoviéticos que atacaron su vehículo. En la Yugoslavia ocupada, los alemanes se aprovecharon de las animosidades étnicas y desplegaron milicias de la Ustaša croata contra los serbios. La Ustaša, junto con cosacos vestidos con uniformes alemanes, emprendió las atrocidades más graves contra sus compatriotas. Durante los últimos años de la guerra, los alemanes reclutaron como soldados a aquellos hombres de cualquier potencia sometida que quisieran vestir su uniforme: hubo soldados cosacos, letones, incluso unos pocos escandinavos, franceses, belgas y holandeses.

Tal vez las formaciones más exóticas dentro de los ejércitos de Hitler fueron la XIII.ª y XXIII.ª divisiones de la SS, formadas en su mayoría por musulmanes bosnios bajo gobierno croata y capitaneadas por oficiales alemanes; en los desfiles, estos hombres llevaban el fez adornado con borlas. Himmler dijo que las Waffen SS musulmanas se hallaban «entre los más honrosos y sinceros partidarios del Führer Adolf Hitler, a consecuencia del odio que profesan hacia el enemigo común anglo-judaico-bolchevique». Se trataba de una exageración, puesto que el 15 por 100 de los hombres de la formación eran croatas católicos, pero Himmler fomentó el apoyo musulmán al establecer en Dresde una escuela militar específica para ulemas, y el muftí de Jerusalén abrió una «escuela de imanes» en Berlín, para educar a los oficiales de la SS en lo relativo a los ideales compartidos por nazis y musulmanes. Uno de los comandantes de las formaciones musulmanas, un extraño personaje llamado Karl-Gustav Sauberzweig, a quien le gustaba dirigirse a sus soldados como «niños, niños», afirmó que «los musulmanes de nuestras divisiones de la SS… están empezando a ver en nuestro Führer la aparición de un Segundo Profeta». Pero Sauberzweig fue retirado del mando de la XIII.ª división tras su pobre actuación en Yugoslavia en 1944, y los reclutas musulmanes aportaron escasa fuerza de combate al ejército de Hitler.

La guerra de guerrillas contra los ocupantes del Eje, estimulada por las organizaciones secretas de los Aliados, ha sufrido un proceso de idealización en la literatura de posguerra, pero en realidad tuvo poco impacto estratégico. Los grupos de resistencia raras veces eran homogéneos en cuanto a motivos,

composición o eficacia, tal como recogió en su diario el italiano Emanuele Artom —más tarde ejecutado por los nazis— en septiembre de 1943:

> Tengo que documentar la realidad por si, de aquí a unas cuantas décadas, la retórica pseudoliberal aplaude a los partisanos como héroes puros. Nosotros somos lo que somos, una mezcla de individuos: unos actuamos de buena fe, otros son arribistas políticos; otros, desertores que temen ser deportados a Alemania; a otros los mueve el ansia de aventuras, y a unos cuantos, el bandolerismo. En nuestras filas los hay que cometen actos violentos, se emborrachan y dejan a las chicas embarazadas[15].

Así era en todos los movimientos de la resistencia en la Europa ocupada. Ambos bandos actuaron con una brutalidad considerable: en la sección francesa de la Dirección de Operaciones Especiales británica (SOE) hubo motivo para la vergüenza cuando un correo, Anne-Marie Walters, denunció que su jefe en el suroeste francés, el teniente coronel británico George Starr, había participado en la tortura sistemática de colaboradores y prisioneros. Durante las investigaciones subsiguientes en el Reino Unido, un destacado oficial de la SOE, el coronel Stanley Woolrych, escribió que, pese a su admiración por los éxitos de Starr sobre el terreno, «considero que su historial ha quedado algo dañado por una veta sádica de la que costará muchísimo hacer caso omiso… No cabe duda de que… han torturado a prisioneros de un modo escandaloso». Las alegaciones de Walters se silenciaron, pero ponían de relieve las pasiones y las crueldades características de la guerra irregular[16].

No es de extrañar que sólo reducidas minorías apoyasen la resistencia, debido al elevado precio que había que pagar por ello. Peter Kemp, un oficial de la SOE en Albania, describía el siguiente episodio de 1943: él y su equipo británico buscaban refugio en un pueblo, tras haber tendido una emboscada a un coche del estado mayor alemán. Stiljan, el intérprete, discutió largo rato con una figura indignada en una puerta a medio abrir, que al final se les cerró en las narices. «No nos abrirá —explicó Stiljan—. Han oído los disparos en la carretera y están asustadísimos, y muy enfadados con nosotros por traerles problemas.»[17] ¿Quién podía culparlos? Sabían que se enfrentarían a represalias terribles, mientras los jóvenes aventureros extranjeros seguían su camino, para causar nuevas molestias al Eje en cualquier otra parte. Kemp reconoció:

> A medida que pasaba el tiempo, era más evidente que teníamos pocos incentivos que ofrecer para que los albaneses tomasen las armas, comparándolo con las ventajas de que disfrutarían si permanecían inactivos. Debo confesar que nosotros, los oficiales de enlace británicos, hemos tardado mucho en entender su punto de vista; como país, siempre hemos tendido a pensar que aquellos que no nos apoyaban incondicionalmente en nuestras guerras tenían algún motivo siniestro para no desear hacer del mundo un lugar mejor[18].

En los territorios extranjeros de los imperios europeos había división, y las diferencias se agravaban sobre todo en los casos de colonias sometidas a ocupación. En Indochina, tras una serie de complejas anomalías, la bandera francesa continuó ondeando hasta marzo de 1945; un régimen de Vichy encabezado por el almirante Jean Decoux administraba el país de acuerdo con las órdenes que dictaminaba una misión militar japonesa. En septiembre de 1940, las tropas japonesas pusieron de relieve su dominio absoluto al atacar dos ciudades de Tonkín y matar a ochocientos soldados franceses antes de retirarse a la zona sur de China. La confusión de las lealtades locales se intensificó cuando buques de guerra de Vichy desataron una rápida serie de acciones contra el vecino Siam, que trataba de proteger un territorio fronterizo en disputa en Laos y Camboya. Sin embargo, los japoneses intervinieron para forzar la retirada francesa y defender los intereses de sus clientes siameses. A partir de julio de 1941, treinta y cinco mil soldados japoneses actuaron a su antojo en Indochina, que se incorporó a la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. Los colonos de Vichy conservaron algunos restos de libertad personal siempre y cuando, como acólitos europeos de los nazis, ejecutasen la política de sus señores del Eje. En marzo de 1945, siguiendo órdenes del París liberado, los soldados franceses propiciaron un desastroso alzamiento. Los japoneses lo sofocaron con rapidez y brutalidad y asumieron el pleno control del país.

Los habitantes de Vietnam, Laos y Camboya sufrieron terriblemente a partir de 1942, cuando los japoneses saquearon su país: según los vietnamitas de más edad, aquella experiencia fue peor que la de las posteriores guerras de independencia. El arroz, los cereales, el carbón y el caucho se embarcaban con destino a Japón; en muchos campos de arroz se obligó a cultivar yute y algodón para satisfacer las exigencias textiles de los ocupantes. Como a la población local se la estaba privando de su propia producción alimentaria, la hambruna fue horripilante: en Tonkín, en 1945, murió de hambre al menos un millón y medio de vietnamitas (si no más), y ello en un país que antes de la guerra era el tercer mayor productor de arroz del mundo. Las autoridades coloniales francesas reprimieron las protestas e insurrecciones locales con una brutalidad que ni los japoneses habrían superado.

El principal beneficiario político de la miseria vietnamita fue el movimiento comunista del Vietminh, que se hizo con un notable apoyo en las zonas del norte donde la política económica de Tokio había provocado graves penurias. Hasta el verano de 1945 no hubo una resistencia armada importante ante los japoneses, porque los estadounidenses, antiimperialistas consumados, se negaron a transportar de China a Vietnam a oficiales de la Francia Libre. Sólo en aquel verano, la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos), encargada de organizar las operaciones encubiertas de

Washington, envió armas al Vietminh, en un intento tardío de fomentar la actividad antinipona. El líder del Vietminh, Nguyên Ai Quôc —más conocido como Ho Chi Minh— dispensó a las armas una calurosa bienvenida. Los oficiales de la OSS en la zona exhibieron entusiasmo sin reservas por sus guerrillas, una ingenuidad épica con respecto a su política y una animadversión feroz hacia los colonos franceses del país.

Los miembros del Vietminh —que por entonces ascendían a cerca de cinco mil partidarios activos— se alegraban de luchar contra los franceses, pero no mostraron ningún interés por entablar combate con los japoneses. O bien se reservaban las armas, preparados para la lucha de independencia posterior a la guerra, o las empuñaban para imponer su voluntad sobre la población rural. Presionada por Washington, la OSS convenció a las guerrillas de que diesen muestras de estar combatiendo a los ocupantes; un grupo protagonizó una ruidosa demostración contra una pequeña columna de aprovisionamiento nipona, que se dio la vuelta y huyó sin sufrir demasiados daños. En otra ocasión, el 17 de julio de 1945, un batallón del Vietminh capitaneado por Vó Nguyên Giáp atacó un puesto de avanzada japonés en Tâm Doa, mató a ocho de sus cuarenta defensores e hizo prisioneros a los demás. Pero a esto y no más parecen reducirse las contribuciones del Vietminh a la causa aliada, a cambio de varias toneladas de armas y equipamiento desde Estados Unidos que luego sí se emplearon contra los colonialistas franceses, al regresar éstos.

El elemento más importante del esfuerzo de guerra aliado en ultramar fue, sin duda, el imperio británico. Las relaciones de Londres con los dominios autónomos blancos se desarrollaron con una torpeza considerable, e incluso crueldad, bajo las exigencias del conflicto global; en cuanto al trato dispensado a las naciones negras y mulatas del imperio, fue inflexible. El primer ministro impuso su decisión de conservar la hegemonía sobre la India y escandalizó a la opinión pública estadounidense al declarar, en noviembre de 1942, que él no había sido nombrado primer ministro por el rey para presidir la liquidación del imperio británico. La mayoría de su pueblo valoraba con calidez la contribución de las tropas indias y coloniales al esfuerzo bélico, haciendo caso omiso del hecho de que estaban comprando sus servicios con dinero en metálico y en muy pocas ocasiones los inspiraba un sentimiento de lealtad, o incluso de correcta comprensión, con respecto a la causa aliada. James Mpagi, de Kampala (Uganda) dijo: «Pensábamos que eso de la guerra podría ser algo muy simple… quizá algo como cuando la gente se pelea por una vaca o [entre] pueblos vecinos[19]».

Reino Unido dio por sentada la lealtad de los pueblos sometidos negros y mestizos, y en 1939 se manifestaron así, sin demora, a través de mensajes de apoyo de los gobernadores coloniales y los ciudadanos más importantes. No

se produjo ninguna disensión significativa: el África negra y el Caribe acabaron aportando unos quinientos mil reclutas al esfuerzo bélico; tres divisiones africanas tomaron las armas en Birmania; el resto de soldados negros, en su mayoría, fue mano de obra en otros trabajos. El Reino Unido no introdujo nunca el servicio militar obligatorio en sus dominios africanos, pero se ejerció una fuerte presión local —y en ocasiones, coacción— para movilizar a los miembros de las tribus de modo que sirvieran con uniforme británico bajo el mando de los oficiales blancos. Batison Geresomo, de Nyasalandia, recordaba, unos años más tarde: «Cuando nos enteramos del conflicto, no estábamos seguros… de si se llevarían a todo el mundo por la fuerza… el hombre blanco pasó por todos los distritos a reclutar soldados. Algunos se fueron obligados por el jefe, otros por su propia voluntad[20]». Además, en el África oriental se introdujo de forma generalizada el reclutamiento para trabajos agrícolas, sobre todo en beneficio de los colonos blancos. Los jefes locales de la colonia de Costa Dorada británica se plegaron a los deseos de las autoridades apremiando a sus hombres para que se alistasen. Bandas de reclutamiento iban por las calles entonando canciones para atraer a los hombres, como la siguiente, que juega con la palabra barima, que en lengua akan significa «hombre valiente» y también «Birmania».

Barima ehh yen ko ooh!
Barima yen ko ooh!
Yen ko East África, Barima
Besin, na yen ko[*11]!

Kofi Genfi describió el proceso de reclutamiento entre los ashanti, donde se encargó al capitán Sinclair, comisionado del distrito, satisfacer los cupos de personal. Sinclair, a su vez, asignaba a cada jefe local una cuota: «Sinclair… tenía la lista, sabía cuántos hombres habría de cada pueblo. Cogía el camión… y traía a los hombres[21]». En la localidad de Bathurst, en Gambia, durante 1943, se pusieron en práctica medidas más drásticas: se reunió a unos cuatrocientos «chicos de las esquinas» (chavales de la calle) y se los alistó a las órdenes del gobernador británico; una cuarta parte desertó durante la instrucción. En Acra, un hombre describía cómo los soldados lo raptaron en la calle mientras visitaba a su hermano. En Sierra Leona, los arrestados por extraer ilegalmente diamantes de las minas fueron enviados al ejército, una posibilidad que se aplicó también a algunos condenados por los tribunales, como alternativa a la cárcel.

No obstante, también fueron muchos los africanos que libremente se ofrecieron voluntarios al servicio militar, porque querían trabajar y cobrar una paga. Aunque todos afirmaban haber cumplido los dieciocho años, muchos eran notablemente más jóvenes. Pocos entendían realmente qué podía conllevar la guerra y, cuando se mandaba a las unidades fuera del país,

se producían deserciones generales. Los soldados de Nyasalandia integrados en el regimiento de «Fusileros Africanos del Rey», destinados a Birmania, cantaban una tonada llamada «Sole», adaptación de la palabra inglesa «sorry» (aquí, «nos apena») que también puede significar «problemas[22]».

Sole, sole, sole.
No sabemos dónde vamos,
pero vamos lejos.
Sole, sole, sole.
Quizá vamos a Kenia.
Nos apena irnos de casa,
pero es la guerra, tiempo de problemas.
Sole, Sole, Sole.

Algunos africanos desarrollaron una clase simple de patriotismo: «Nuestro jefe participaba… el poder colonial —decía un hombre de Sierra Leona que sirvió en Birmania— y cuando el jefe participa, cuando el señor de la casa tenía un problema, todo el mundo debía prestarle su apoyo… Si no hubiéramos ido… a luchar contra los japoneses, hoy todos estaríamos hablando japonés[23]». Sólo unos pocos reclutas negros recibieron cargos de oficial. El más famoso fue el caso de Seth Anthony, de veintiún años y originario de la Costa Dorada, que antes de la guerra había sido profesor y soldado local. Lo mandaron a Inglaterra para que recibiese instrucción como oficial en Sandhurst; sirvió en Birmania y terminó la guerra con rango de comandante. Uno de sus hombres contó más adelante que le gustaba luchar a sus órdenes porque poseía un «poderoso juju[24][*12]». Pero Anthony era un caso extremadamente raro en el ejército británico, aunque al final la RAF otorgase rangos de oficial a algunos de sus cincuenta reclutas del África occidental. En todos los aspectos de la política estaban implícitos, e incluso explícitos, los supuestos y principios relativos a la superioridad racial. Cuando, por ejemplo, dos compañías de los Fusileros Africanos del Rey llegaron a las puertas de Adís Abeba en abril de 1941, los detuvo una orden del cuartel general del ejército: como iba a tratarse de una entrada imperial en la capital de Abisinia, se consideraba más propio que a la cabeza estuviese una unidad de blancos de Suráfrica, que, en efecto, pasó por delante de los contrariados fusileros negros.

Las fuerzas británicas imperiales sufrieron graves problemas de disciplina, así como situaciones vergonzosas. En diciembre de 1943, el regimiento de Mauricio, en respuesta al liderazgo flojo y el trato brutalmente insensible de los oficiales blancos, llevó a cabo una huelga de brazos caídos en el campamento de Madagascar; al final, quinientos hombres fueron sometidos a consejo de guerra y, de éstos, dos fueron sentenciados a muerte, aunque luego les conmutaron la pena. Otros veinticuatro hombres recibieron sentencias de entre siete y catorce años de cárcel, y el regimiento se

deshizo[25]. Las tasas de deserción fueron muy elevadas en el regimiento de la Costa Dorada, con un registro de ausencias del 15 por 100 de las fuerzas de 1943, el 42 por 100 de las cuales eran ashanti.

Entre los africanos negros que servían fuera de su país, el descontento estaba muy extendido, porque sus sueldos y condiciones eran muy inferiores a los de los soldados blancos. Las fuerzas surafricanas dispusieron que sus reclutas «de color» (en Suráfrica, mestizos) cobrarían la mitad de la soldada propia de los blancos; los soldados negros, las dos terceras partes del sueldo de los mestizos, basándose en que estos últimos, de acuerdo con sus costumbres habituales, podían mantener a sus familias con menos dinero. Como Estados Unidos hasta 1944, Suráfrica se negó a desplegar soldados negros en puestos de combate, aunque sí los reclutaba para otras labores; así, cuando los primeros carteles de reclutamiento mostraban a soldados negros con uniforme, knobkierres[*13] y azagayas, se estaba anunciando una falsedad. El flujo de voluntarios era lento, pues los hombres sabían que la discriminación racial institucionalizada en el país persistiría igualmente en las fuerzas armadas: hasta en la Tobruk asediada, las cantinas del ejército surafricano blanco se negaban a servir a los soldados negros.

En la India, se establecieron burdeles aparte para los africanos negros del ejército británico, si bien los escrúpulos de un oficial católico al mando hicieron que insistiese en cerrar el establecimiento de su unidad[26]. En 1942, la XXV.ª brigada del África oriental se amotinó, en su misma región de origen: el general sir William Platt informó de «numerosos incidentes en casi todas las unidades somalíes… se negaban a obedecer las órdenes, hacían huelgas de brazos caídos, desertaban llevándose las armas, eran de poca confianza a la hora de hacer una guardia, practicaban la connivencia con los robos y en ocasiones lanzaban piedras y sacaban cuchillos». En la India, durante 1944, hubo enfrentamientos entre soldados negros y civiles, cerca del campamento de descanso de Ranchi, en los que murieron seis indios y se violó a varias mujeres.

Los británicos se consolaban pensando que aquellos disturbios no eran tan graves como el notorio motín de los tirailleurs franceses negros en Thiaroye (cerca de Dakar), aquel mismo año; ni como los alzamientos de los batallones de la Fuerza Pública belga, en el Congo. No obstante, los comandantes estaban consternados por el comportamiento de algunas unidades coloniales en el campo de batalla: el batallón de los Fusileros Africanos del Rey se deshizo y echó a correr la primera vez que se vio expuesto al fuego enemigo en Birmania; dos batallones de la XI.ª división del África Oriental se negaron a cruzar el río Chindwin y adentrarse en Birmania (según dijeron: «haremos lo que nos digan que hagamos, pero no avanzaremos más»). El general de brigada G. H. Cree comentó que el descontento de las formaciones africanas

era tan intenso que «tenemos suerte de haber escapado con unos pocos altercados, en lugar de con una revuelta más generalizada[27]».

Es importante analizar estos comentarios e incidentes en un contexto más amplio: centenares de miles de soldados africanos cumplieron con su deber como trabajadores o fusileros bajo el fuego enemigo con un coraje notable y cierta dosis de eficiencia; pero sería absurdo idealizar su contribución. A ellos no les incumbía la victoria aliada y la mayoría prestaba sus servicios como mercenarios extraídos de sociedades educadas para obedecer a sus señores blancos. Un oficial de Rhodesia dejó constancia del entierro, en la tierra terriblemente pedregosa de Somalilandia, de muertos africanos caídos en el campo de batalla:

> Pobre cabo Atang, con la abnegación y discreta modestia que mostraste en vida… ¡Cómo te alteraría saber que tu funeral causa tantos problemas e impide el descanso de los hombres agotados! … Lo bajan con cuidado. Apartan la manta manchada de sangre… Al final está Amadu, el musulmán que murió aferrado a su ametralladora, su amada Bren. Asisten el brigada de la compañía D y un grupo de correligionarios. Dos bajan a la tumba; desde la camilla les pasan el cuerpo y ellos lo bajan despacito hasta el fondo… Con una voz fuerte, que resuena, el responsable del duelo entona una frase árabe, una plegaria por los muertos[28].

Aquí se percibe una concepción sentimental de la contribución de los súbditos coloniales, que debemos comparar con la de Frank Sexwale, un surafricano negro que describió el conflicto como «una guerra del hombre blanco, una guerra británica. Suráfrica pertenecía al Reino Unido; todo cuanto un afrikáner hacía lo había aprendido del señor, el Reino Unido[29]». El punto de vista de Sexwale reflejaba con precisión la indiferencia de casi todos sus compatriotas negros y mestizos con respecto a la contienda, pero Sexwale pasó por alto la complejidad del sentimiento de los blancos surafricanos. Entre los afrikáneres pervivía una arraigada tradición progermánica. El mariscal de campo Smuts, primer ministro de Suráfrica y amigo íntimo de Churchill, consiguió derrotar por los pelos una moción parlamentaria de 1939 que pedía la neutralidad de su país. Después de arrastrar a Suráfrica a la guerra, Smuts se aseguró de que el país contribuyera de forma sustancial a la causa aliada; de principio a fin, sin embargo, se enfrentó a la oposición nacional y no se atrevió nunca a introducir el servicio militar obligatorio. Continuó habiendo poca disponibilidad de voluntarios blancos y, hacia finales de 1940, hubo en Johannesburgo manifestaciones en contra de la guerra. Algunos filonazis confesos estuvieron recluidos durante el conflicto, entre ellos John Vorster, futuro primer ministro de corte nacionalista.

En Australia, el Reino Unido contó con un apoyo mucho más sólido. En 1939, decenas de miles de voluntarios respondieron como Rod Wells, que pensaba: «¡Hay una guerra en marcha! El Viejo País necesita ayuda… Vamos allá y que vean de qué somos capaces[30]». Tres divisiones de hombres como

Wells lucharon con distinción en el Mediterráneo, y otras dos se les unieron después en Nueva Guinea y otras campañas del Pacífico. Pero la guerra también sacó a la luz las tensiones políticas y las divisiones «de allá abajo[*14]». La mayoría del medio millón de estadounidenses que pasaron por Australia entre 1942 y 1945 se encariñó con el país en el aspecto social, pero sus comandantes se quejaban de mentalidad provinciana, prácticas feroces de los sindicatos (sobre todo en los muelles) y cierta pusilanimidad en la prosecución de la guerra. MacArthur sugirió con enfado que el espíritu australiano se había visto corrompido por veinte años de gobierno socialista. El 26 de octubre de 1942, el corresponsal militar del New York Times, Hanson Baldwin, publicó una crítica desgarradora sobre la participación de Australia en la guerra:

> Las dificultades propias de lidiar una guerra en coalición se han agravado en Australia por un factor del que los propios australianos se quejan: el problema del trabajo. Sin duda, muchos australianos creen que la insistencia de los trabajadores australianos con respecto a sus «derechos», su determinación a no trabajar más que un máximo de horas fijadas y librar los sábados por la tarde y durante las vacaciones, además de su actitud y su concepción de la guerra en general, han constituido un obstáculo para el pleno desarrollo del esfuerzo bélico de las Naciones Unidas en Australia. La actitud del trabajador en la «tierra de allá abajo» quizá podría describirse mejor como «autocomplacencia»: muchos de los trabajadores parecen interesados, ante todo, en conservar los privilegios de la época de paz.

Según Baldwin, a consecuencia del obstruccionismo de los sindicatos australianos, muchas tareas logísticas tuvieron que confiarse a soldados estadounidenses. Concluyó: «Muchos de nosotros, en las democracias de todos los países, como amamos la libertad individual y las formas de vida informales, fáciles y despreocupadas propias de los tiempos de paz, hemos olvidado que la guerra ejerce una fuerte tiranía y que las cosas no son iguales en la paz que en la guerra». Las observaciones de Baldwin desataron una tormenta en Australia, donde causaron resentimiento; pero retrataban la cruda realidad y el gobierno británico compartía los sentimientos correspondientes. Muchos australianos fueron admirados como guerreros, pero un número importante ejerció el privilegio democrático de mantenerse lejos del campo de batalla.

Del mismo modo, en Canadá, el servicio militar fuera del país continuó siendo voluntario, lo que provocó que el ejército sufriera una carencia sostenida de soldados de infantería. Aunque los canadienses interpretaron un papel destacado en la batalla por el noroeste de Europa, las campañas italianas, la batalla del Atlántico y la ofensiva de bombardeo, la mayoría del Canadá francés no quiso tener nada que ver con la contienda. «Una tarde asquerosa en Montreal, donde los canadienses franceses nos silbaron y escupieron y a varios de nosotros nos echaron de los bares», contaba un aviador en prácticas de la RAF, que formaba parte de un grupo de paso por la

región[31]. En agosto de 1942, una encuesta concluyó que el 59 por 100 de los canadienses franceses estaba molesto con la participación de Canadá en la guerra y consideraban motivo insuficiente que Canadá fuese miembro del imperio británico[32].

En el Oriente Próximo y en Asia, algunos pueblos sometidos mostraron una oposición más feroz al conflicto. Prestaron poca atención a la naturaleza de los regímenes alemán, italiano o japonés y se limitaron a contemplar a los enemigos de sus opresores coloniales como sus posibles aliados. En Egipto, los británicos gobernaban de facto, no como si se tratara de una posesión colonial reconocida; pero aplicaron una interpretación draconiana del tratado bilateral de defensa. Muchos egipcios —en realidad, la mayoría— ofrecieron su apoyo pasivo al Eje; el rey Farouk dio por sentada una inminente derrota británica. Uno de los oficiales de su ejército, el capitán Anuar Sadat, a la sazón de veintidós años, hijo de un funcionario del gobierno y futuro presidente de Egipto, escribió: «Nuestro enemigo era, principalmente, si no en exclusiva, el Reino Unido[33]». En 1940, Sadat abordó al general Azíz el-Masri, el inspector general del ejército, famoso por sus simpatías hacia el Eje, y le dijo: «Somos un grupo de oficiales que trabajamos para levantar una organización que pretende expulsar a los británicos de Egipto[34]».

En enero de 1942, numerosos manifestantes abarrotaron las calles de El Cairo gritando: «¡Adelante, Rommel! ¡Larga vida a Rommel!». Las tropas británicas y los vehículos blindados rodearon el Palacio Real hasta que Farouk accedió a las exigencias británicas. Aquel verano, muchos oficiales del ejército egipcio esperaban ansiosos su liberación por parte del Afrika Korps de Rommel. Se emocionaron con la llegada a El Cairo de dos espías alemanes, Hans Eppler y otro hombre conocido simplemente como «Sandy». Sin embargo, al capitán Anuar Sadat se le cayó el alma a los pies al contemplar el comportamiento frívolo de aquellos dos agentes y enterarse de que vivían en la casa flotante que tenía en el Nilo la famosa bailarina de la danza del vientre Hikmet Fahmy. Escribió: «La sorpresa ha tenido que plasmarse en mi cara, porque Eppler me preguntó entre risas: "¿Dónde creía que iríamos? ¿Al campamento del ejército británico?"». El alemán dijo que se podía «confiar plenamente» en Hikmet Fahmy. Él y su colega pasaban horas borrachos en el club nocturno Kitkat y cambiaron grandes sumas de pagarés británicos falsos a través de un judío que, supuestamente, les cargaba un 30 por 100 de comisión. Sadat escribió mucho después, con el antisemitismo franco que caracteriza a su pueblo: «No me sorprendió que un judío prestase este servicio a los nazis porque sabía que los judíos harían cualquier cosa que se hiciera a buen precio». Los británicos arrestaron a todo el círculo de espionaje y eliminaron las disensiones internas sin grandes dificultades; pero no lograron ofrecer una buena imagen creíble de la participación de Egipto en el

campamento aliado.

En el imperio asiático del Reino Unido se manifestó más claramente que en ningún otro lugar la división de lealtades. En 1939, los nacionalistas malayos organizaron manifestaciones en contra de la guerra, violentamente disgregadas por las autoridades coloniales del país. Un miembro indio del funcionariado malayo afirmó que «aunque racionalmente le repugnaba sobremanera, sus simpatías se alineaban, de forma instintiva, con los japoneses en lucha contra los anglosajones[35]». El líder nacionalista indio Jawaharlal Nehru escribió: «Es obvio que el hindú normal y corriente está tan harto de los británicos que vería con buenos ojos cualquier ataque en su contra[36]». Algunos de sus compatriotas se alegraron al contemplar el espectáculo de vecinos asiáticos que derrotaban a los ejércitos y la marina de los blancos. «No podíamos evitar el regocijo al ver cómo los alemanes estaban aplastando a los británicos —dijo el doctor Kashmi Swaminadhan—, y eso que nosotros éramos contrarios a Hitler.»[37] Lady Diana Cooper escribió, antes del diluvio de 1942: «No veo ninguna razón concreta por la que el 85 por 100 de los ciudadanos chinos de Singapur, más el 15 por 100 de ciudadanos indios y malayos, deban luchar (como hacen los cockneys) contra gente de su mismo color de piel y a favor de nuestros amados ingleses[38]». Y, de hecho, fueron pocos los que combatieron por Inglaterra.

En Malasia y Birmania, los nuevos gobernantes fueron capaces de reclutar los servicios de muchos malayos y birmanos y algunos indios que no abrigaban ningún sentimiento de lealtad hacia los británicos expulsados. Pero frente a estos casos, también habría que citar ejemplos como el del maestro indio P. G. Mahindasa, profesor de la escuela inglesa del asentamiento de Malaca. Antes de que los japoneses lo ejecutaran por escuchar la BBC en su aparato de radio, escribió: «Siempre he apreciado el servicio civil, la justicia y la deportividad de los ingleses como lo más selecto de un mundo imperfecto. Muero felizmente por la libertad. Mis enemigos no pueden conquistar mi alma. Les perdono lo que le han hecho a mi débil cuerpo. A mis queridos niños, diles que su profesor murió con una sonrisa en los labios[39]». En Malasia, un comunista chino llamado Chin Peng, futuro líder del violento movimiento independentista antibritánico, hizo notar la ironía de haber recibido la Orden del Imperio Británico por fomentar el terrorismo y el asesinato de malayos que colaboraron con los japoneses.

En Birmania, Malasia y las Indias Orientales Neerlandesas, fueron muchos los que recibieron con los brazos abiertos a los invasores japoneses, tomándolos por libertadores; lo mismo hizo un grupo no poco nutrido de filipinos. Pero incluso los enemigos acérrimos del imperialismo europeo se desilusionaron al poco tiempo, debido a la arrogancia y la brutalidad institucionalizada de sus nuevos señores. Abundan los ejemplos: en el famoso

ferrocarril de Birmania murieron muchos más lugareños esclavizados que prisioneros de los Aliados. De los casi ochenta mil malayos enviados a trabajar allí, cerca de treinta mil perdieron la vida, junto con otros catorce mil blancos; la conexión ferroviaria también se cobró las vidas de cien mil birmanos, indios y chinos. Cuando estalló el cólera en Nieke, en la frontera entre Birmania y Tailandia, fueron muchos los tamiles infectados que realizaban trabajos forzados en la vía férrea; los japoneses prendieron fuego a un barracón que alojaba a ciento cincuenta enfermos. En todas partes, cualquier hombre o mujer que contrariase a los ocupantes era tratado, de forma sistemática, con una crueldad sádica. Sybil Kathigasu, esposa católica de un hacendado de Perak, fue torturada en una cárcel de Taiping mientras colgaban a su hija de un árbol sobre una hoguera. Hizo que se avergonzaran hasta dejar libre a la niña, pero, a ella, la horrible experiencia la dejó tullida para siempre.

Al menos cinco millones de personas murieron en el Sureste Asiático durante el transcurso de la guerra, buena parte de ellas en las Indias Orientales Neerlandesas, ya fuera a manos de los japoneses o a consecuencia de la hambruna que causó Tokio al apoderarse de la comida y las cosechas para alimentar a su propio pueblo. El precio del arroz subió vertiginosamente al mismo tiempo que las cosechas caían en una tercera parte; como sustituto se explotó la tapioca. El escritor Samad Ismail escribió en 1944, con tono de cansancio: «Todo el mundo siente cariño por la tapioca; la adopta, la exalta y la ensalza; no hablan de nada más que de la tapioca, en la cocina, en el tranvía, en las bodas; siempre hay tapioca, tapioca y tapioca». Pero, por más que la dieta de tapioca suministraba algo de fibra, no contribuía en nada a corregir la carencia crónica de vitaminas que llegó a ser endémica en las sociedades ocupadas por los japoneses. En las poblaciones sometidas, el hambre fue lo que más las distanció de Tokio y la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, por muy fuerte que fuera la enemistad con sus antiguos señores europeos.

II. La hora más triste del Raj

La India ocupada por los británicos, según concebían los nacionalistas este subcontinente, experimentó mucha inquietud y numerosos disturbios durante la guerra. La joya de la corona del imperio británico, cuya extensión y población sólo era superada en toda Asia por China, se convirtió en un importante suministrador de productos textiles y equipamiento para los Aliados. Produjo un millón de mantas para el ejército de tierra británico —la trasquila de sesenta millones de ovejas— y cuarenta y un millones de piezas

de uniformes militares, dos millones de paracaídas y dieciséis millones de botas. Churchill se enfureció por el hecho de que la balanza comercial de libras esterlinas de la India —la cantidad que Reino Unido debía al subcontinente en pago por los productos suministrados— se elevara notablemente por todo ello. «Winston no cesaba de quejarse enfáticamente —escribió el secretario para la India Leo Amery, el 16 de septiembre de 1942— de que era monstruoso esperar que no sólo defendiéramos la India para luego marcharnos del país, sino, además, tener que abonar cientos de millones por tal privilegio.»[40]

Ahora bien, ¿acaso podían los indios negarse a que los defendieran? Antes de que se iniciara el conflicto, la exigencia nacionalista de independencia y autogobierno había llegado a ser clamorosa y se recibía con un entusiasmo abrumador entre la mayoría hindú, salvo en los denominados «estados principescos». Los territorios de los maarajás sobrevivían como señoríos feudales, cuyos soberanos sabían que, cuando los indios gobernaran su propio país, perderían todos sus privilegios. Así, proporcionaron islas de apoyo a la hegemonía británica con intención de preservar la propia. En los otros lugares, sin embargo, casi todos los indios cultos deseaban que los británicos se marcharan. La duda era cuándo: el estallido de la guerra hizo que algunos personajes influyentes sugirieran que la lucha por la independencia se pospusiera hasta haber derrotado al mal mayor: el fascismo. Veer Damodar Savarkar, aunque era nacionalista, sugirió el punto de vista pragmático de que su pueblo aprovechara la ocasión para adquirir conocimientos industriales y militares que resultarían de enorme valor para una India libre[41].

Así, desde la Liga de Congresistas Radicales de la India se defendió que la participación activa en la guerra «no ayudar[ía] al imperialismo británico, sino, por el contrario, lo debilitar[ía], al desarrollar y reforzar las fuerzas antifascistas de Inglaterra y Europa». Similarmente, M. N. Roy dijo:

> El presente no es la guerra de Inglaterra. Es una guerra por el futuro del mundo. Si coincide que el gobierno británico es una parte de la guerra, ¿por qué quienes luchan por la libertad humana van a avergonzarse de felicitarlos por sus actos meritorios? El viejo dicho según el cual la adversidad crea extraños compañeros de cama no carece por completo de sentido. Si para el gobierno soviético fue razonable firmar el pacto de no agresión con la Alemania nazi, ¿por qué no va a ser igualmente permisible que quienes luchan por la libertad india apoyen al gobierno británico mientras éste esté combatiendo contra el fascismo[42]?

Algunos de sus compatriotas adoptaron el punto de vista del teniente A. M. Bose, sobrino del científico más famoso de la India y, él mismo, viajero cosmopolita que había recorrido gran parte de Europa. Bose escribió a un amigo británico: «Hace tres años que estoy en el ejército, pues quería aportar mi granito de arena a la lucha contra los nazis[43]».

Varios centenares de indios, que lucieron nombres tan exóticos como «Tiger» Jaswal Singh, Piloo Reporter, «Jumbo» Majundan y Miroo Engineer, volaron en las fuerzas aéreas indias. Engineer, hermano de otros tres pilotos, paseó una vez a una novia en su Hurricane. Pero aunque los aviadores indios llevaban los mismos uniformes y adoptaron la misma jerga que sus hermanos de la RAF, en ocasiones sufrieron el racismo de los oficiales británicos, que los denominaban despectivamente «negritos». El piloto de cazas Mahender Singh Pujji quedó desolado cuando su barco paró en Suráfrica, de camino al Reino Unido: «Me conmocionó ver cómo se trataba allí a los indios y africanos. Mis compañeros y yo nos enfadamos mucho». En Inglaterra, y más tarde en el desierto occidental, no se llegó a adaptar a la comida británica y sobrevivió con una dieta compuesta principalmente de huevos, galletas y chocolate. Los pilotos indios sabían que, a ojos de sus comandantes, continuaban siendo aviadores de segunda y no se les concedían ni los mejores aparatos ni las misiones más señaladas; pero su aportación a la campaña de Birmania, en 1944-1945, fue notable, con miles de vuelos de reconocimiento y de ataques a objetivos terrestres en apoyo del XIV.º ejército.

Otros indios, sin embargo, adoptaron una actitud más cauta y matizada hacia el conflicto. Chakravarthi Rajagopalachari, líder del Congreso y primer ministro de la presidencia de Madrás, dijo en junio de 1940 que podría parecer corto de miras plantear cuestiones nacionales cuando el Reino Unido se hallaba en medio de una lucha a muerte contra un enemigo implacable. «Sin embargo, toda nación debe cuidar de su propia vida… No favorecemos la civilización por el hecho de olvidar nuestros derechos. Aceptar ser un pueblo sometido no supone ayudar a los Aliados. Antes al contrario, tal rendición ayudaría a los alemanes.»[44]

Nehru, en una carta enviada desde la celda que ocupó a menudo, hizo observar al virrey de la India, lord Linlithgow, que con frecuencia sus partidarios se habían abstenido de dañar al Raj: «En el verano de 1940, cuando Francia cayó e Inglaterra corría un riesgo sumo, el Congreso… evitó deliberadamente [la acción directa], pese a que muchos la demandaban… porque no quería sacar provecho de una situación internacional crítica ni animar la agresividad nazi de ninguna manera[45]». Un día después de Pearl Harbor escribió palabras similares: «Si se me preguntara a quién acompañan mis simpatías en esta guerra, diría, sin vacilar, que a Rusia, China, Estados Unidos e Inglaterra». Pero para el presidente del Congreso, faltaba una cuestión esencial. Churchill se negaba a conceder la independencia a la India; en consecuencia, según lo veía Nehru, «no me planteo ayudar al Reino Unido. ¿Cómo puedo luchar por algo, la libertad, que se me deniega? La política del Reino Unido en la India parece consistir en aterrorizar a la población, de modo que, movidos por la angustia, busquemos la protección

británica[46]».

Después de que Japón entrara en la guerra, Mahatma Gandhi exigió que los británicos se marcharan de inmediato, para que la India no resultara ser un objetivo tan deseable para el invasor japonés. En 1942, el movimiento nacionalista «Marchaos de la India» pasó a gozar de un apoyo generalizado y provocó un malestar popular creciente. El Congreso pasó de una política de no cooperación a una de rechazo directo del gobierno británico. El 21 de enero, lord Linlithgow informó a Londres: «Hay una quinta columna potencial, extensa y peligrosa, en Bengala, Assam, Bihar y Orissa y… de hecho, en la India oriental, la potencialidad de las actividades y la simpatía proenemigas es enorme[47]». Para sorpresa del nacionalismo, incluso entonces, en la hora más oscura de la fortuna oriental del Reino Unido, el poder imperial se negó a negociar. En su mayoría, los líderes del Congreso fueron encarcelados, algunos durante mucho tiempo; al propio Gandhi sólo se le liberó en 1944, por razón de su mala salud. Hubo una erupción de violencia generalizada, especialmente grave en Bombay, las Provincias Orientales Unidas y Bihar, con ataques a los símbolos del Raj —edificios del gobierno, vías férreas, oficinas de correos— y algunos actos de sabotaje.

En agosto de 1942, estallaron algaradas espontáneas, después de que la misión de sir Stafford Cripps no consiguiera cumplir su misión de convencer al Congreso de que dejara de lado las exigencias políticas hasta que volviera la paz. Los británicos restauraron el orden con una crueldad considerable: el virrey estuvo a punto de autorizar el bombardeo aéreo de los disidentes, alternativa que calificó, con palabras sólo medio irónicas, como «emocionante ruptura con los precedentes[48]». Hubo azotamientos de castigo colectivos, para los convictos por los disturbios, y se desplegó contra los manifestantes a decenas de miles de soldados y policías armados con bastones lathi. Informes creíbles hablan de policías que, en las zonas desafectas, participaron en violaciones (de hecho, violaciones en grupo) de las mujeres arrestadas; se abatió a tiros a varios cientos de manifestantes y se prendió fuego a muchos hogares.

En ciertas partes del noroeste de la India, prevaleció durante varios meses el reino del terror. El 29 de septiembre, en Midnapur, por ejemplo, un desfile encabezado por una anciana de setenta y tres años, Matongini Hazra, convergió ante el juzgado de Tamluk. Hazra, ardiente seguidora de Gandhi, ya había cumplido seis meses de cárcel por manifestarse frente al virrey. Ahora, con la compañía de varias mujeres que soplaban caracolas, avanzó hacia el cordón de seguridad del tribunal, formado por policías y soldados, portando una bandera. Cuando las fuerzas de seguridad abrieron fuego, una bala impactó en su mano izquierda; Hazra tomó la bandera con la otra mano, recibió otro balazo y luego un tercero, que dio directamente en la sien. Hubo

otros muertos, como por ejemplo tres adolescentes, antes de que los manifestantes huyeran.

A corto plazo, la represión logró restaurar el orden. El ejército indio fue leal al imperio, en su inmensa mayoría. Pero con la sola excepción de los imperialistas más miopes, todo el mundo comprendió que el gobierno británico ya no gozaba del consenso de los gobernados. Para los políticos reflexivos, fue embarazoso que, en 1942, en medio de una guerra contra la tiranía, fuera preciso desplegar unos cincuenta batallones —más de los dedicados a combatir a los japoneses— para mantener el control interior de la India. Cabría alegar que las objeciones prácticas eran abrumadoras: no convenía entregar el poder al Congreso cuando el ejército japonés estaba a las puertas. Pero entre los aspectos más feos de la gestión de la guerra por parte británica estuvo que, para mantener el control de la India, no sólo fue necesario repeler a los invasores externos, sino también administrar el país con poderes de emergencia, como si se tratara de una nación ocupada, no de un cobeligerante voluntario. Algunas de las medidas represivas adoptadas en la India fueron similares en su clase (aunque no en la escala) a las empleadas por el Eje en los países ocupados. Las noticias de los excesos cometidos por las fuerzas de seguridad fueron suprimidas por la censura militar.

En la India, los británicos mostraron cierto grado de racismo, y a veces de brutalidad, que hizo retraerse a los testigos razonables. El sargento de tropa Clive Branson, nacido en el subcontinente, había sido artista en los tiempos de paz, y participó en la guerra civil española en las filas comunistas de las Brigadas Internacionales. Sobre la conducta de sus compatriotas, escribió: «Esos imbéciles del ejército regular… tratan a los indios de un modo que no sólo hace temblar, pensando en el futuro, sino que hace sentir vergüenza de ser uno de ellos… Ninguno de nosotros… podrá olvidar nunca las increíbles, las indescriptibles condiciones de pobreza en las que vivía la gente que hemos ido encontrando allá donde íbamos[49]». Si en la metrópoli se supiera la verdad, dijo Branson, «habría un follón de mil demonios, porque estas condiciones se mantienen en nombre de los británicos».

En las filas del ejército indio hubo sensación de agravio, sobre todo porque las condiciones de servicio eran inferiores a las de los soldados británicos. Un grupo de hombres escribió conjuntamente a su oficial al mando: «A ojos de Mahatma Gandhi, todos son iguales; pero a los soldados británicos les pagáis 75 rupias, y a los indios, sólo 18[50]». Otro hombre se lamentaba así: «Un subadar indio[*15] saluda a un soldado británico, pero el soldado británico no saluda al subadar indio. ¿Por qué?». Los indios no eran las únicas víctimas de la dureza con que se gobernaba el Raj: en diciembre de 1942, había 2115 civiles japoneses prisioneros en el campamento británico de Purama Quila, próximo a Delhi; las condiciones de miseria y privación eran

escandalosas y, al terminar el año, habían muerto 106, algunos por beriberi y disentería. El imperio japonés toleró acciones mucho peores y cometidas a una escala muy superior, pero las muertes de Purama Quila eran un reflejo deplorable tanto de la competencia británica como de su humanidad.

Los estadounidenses, desde el mismo presidente, no perdonaron nunca por completo a Churchill y su nación por el modo en que éstos excluyeron a los pueblos del subcontinente de las sonoras proclamas de libertad consagradas en la Carta Atlántica. Los estadounidenses que servían en la India —para realizar labores logísticas y de enlace, instruir a soldados chinos y realizar operaciones de bombardeo aéreo contra los japoneses— sentían disgusto por el modo en que los británicos trataban a los habitantes del país y creían que su propia forma de comportarse era más humana. Los indios no lo veían exactamente así: una carta publicada en el periódico Statesman denunciaba con el mismo vigor a los estadounidenses que a los británicos, y los describía, sin matiz de compasión, como «seductores de mujeres entre los que abundan las enfermedades venéreas[51]». Para los británicos, era hipócrita, además de un signo de orgullo moral, que criticara el régimen imperial un aliado que, en su país, mantenía la segregación racial.

La mayoría de los colegas políticos de Churchill reconocía que no había forma de evitar conceder una pronta independencia a la India y sólo vacilaban con respecto al calendario. Pero el viejo imperialista Victoriano permaneció impasible: se aferraba a la ilusión de que la grandeza británica derivaba, en gran medida, del Raj, y le molestaba lo que consideraba traición de los políticos indios que intentaban aprovechar la vulnerabilidad británica y, en ocasiones, se alegraban de sus infortunios. A lo largo de la guerra, el primer ministro habló y escribió sobre los indios con un desprecio que sólo reflejaba lo que él había conocido en la zona, en calidad de subalterno de caballería, aún en el siglo XIX. Sus directrices políticas carecían de la compasión que por lo general caracterizó su liderazgo.

En otoño de 1942, se encarceló a más de treinta mil congresistas, incluidos Gandhi y Nehru. Pero la forma en que el Reino Unido trató a los disidentes, en todo su imperio, fue incomparablemente más humana que la puesta en práctica por el Eje frente a los enemigos internos y las naciones ocupadas. Por ejemplo, Anuar Sadat ingresó en prisión tras haberse implicado en la conspiración con los espías alemanes de El Cairo, pero la vigilancia era tan laxa, que pudo escapar por dos veces con facilidad y, tras la segunda, en 1944, continuó libre (aunque escondido) durante el resto de la guerra. En la India, Nehru vivió un encarcelamiento relativamente privilegiado: podía escribir cartas con libertad, leer libros tan apreciados como el diálogo sobre la República de Platón y jugar a bádminton. Pero perdió mucho peso y el encierro le pesó a este líder indio, a sus cincuenta y dos años, tanto como a

cualquier otro prisionero. En una misiva enviada a su esposa Betty, le pidió que, finalmente, no le enviara el estudio de A. C. Bradley sobre la tragedia de Shakespeare, «puesto que en este momento hay tragedia de sobra[52]».

Algunos nacionalistas creían que había que emplear métodos drásticos para expulsar a los británicos. En 1940, Subhas Chandra Bose, presidente del Congreso, abogó por una campaña de desobediencia civil. Cuando Gandhi lo rechazó, Bose dimitió de su puesto y se marchó a Berlín pasando por Kabul. Una vez en Alemania, reclutó a una pequeña «legión india», entre prisioneros capturados en el desierto occidental, que sirvió al Tercer Reich con una notable distinción. En el verano de 1943, Bose regresó al sureste de Asia. Los japoneses otorgaron a su «gobierno indio provisional[53]». una sede nominal en las islas ocupadas de Andamán y Nicobar, y al cabo de poco tiempo atraía a grandes multitudes en encuentros auspiciados por los japoneses. Vestía uniforme y botas altas, y en sus discursos empleaba conceptos similares a los de Churchill, cuando pedía sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas. Los reclutas del Ejército Nacional Indio (ENI), dijo a su público, debían enfrentarse al «hambre, la sed, la privación, las marchas forzadas y la muerte. Sólo cuando paséis esta prueba habréis conquistado la libertad». Los soldados del ENI denominaban a Bose «Netaji». («Estimado líder»). Uno de ellos, el teniente Shiv Singh, dijo: «Tras ser capturados en Hong Kong, el general Mohan Singh y Bose dijeron… "Lucháis por una soldada miserable, mejor venid a luchar por vuestro país". Nos presentamos voluntarios sin que se recurriera a la fuerza… Yo pensé que Netaji… era el líder máximo, por encima de Gandhi[54]».

Bose formó una brigada femenina, denominada Rani del regimiento de Jhansi, en honor de una heroína del alzamiento antibritánico de 1857, y marchó con ella de Rangún a Bangkok. Una recluta afirmó, en una transmisión de radio: «No soy una muñeca soldado, ni una soldado de palabra y nada más, sino una auténtica soldado, en el verdadero sentido de la palabra[55]». Un contingente de quinientas mujeres llegó a Birmania desde Malasia a finales de 1943, aunque tuvieron la decepción de verse relegadas a labores de enfermería. Las unidades masculinas se desplegaron contra el ejército de Slim en Assam y Birmania. Un soldado, P. K. Basu, dijo más adelante: «No creía que el ENI pudiera llegar a imponerse de verdad, pero sí creía en el ENI[56]»; dos regimientos del ENI fueron bautizados con los nombres de Gandhi y Nehru. Entre la retórica de Bose y la contribución del ENI al esfuerzo bélico del Eje se abrió todo un abismo. Cuando las unidades del ENI se desplegaron en combate, con su escaso armamento, los patronos japoneses las trataron con desdén; pocas demostraron tener aguante para batallas serias. Algunos soldados imperiales de la India fusilaron si control a prisioneros del ENI, pero los británicos se sentían avergonzados por la mera

existencia de la fuerza de renegados y consternados al comprobar que un número importante de indios consideraban a Bose como un héroe; y aún hoy lo hacen así.

El borrón más serio del Raj en los años de guerra —y quizá de todo el empeño bélico del Reino Unido— fue la hambruna de Bengala en 1943-1944. La pérdida de Birmania privó a la India del 15 por 100 de sus alimentos. Cuando una serie de inundaciones y ciclones —catástrofes naturales a las cuales está expuesta de forma crónica el este de Bengala, situado a poca altura sobre el nivel del mar— castigó la región y destruyó la cosecha de 1942, la población cayó presa de un hambre terrible. Se destruyeron muchos transportes, lo que dificultó aún más el traslado de alimentos. Un pescador bengalí llamado Abani estaba entre los millones de personas que quedaron sin sustento. «No podíamos permitirnos comprar una red… El prestamista me negó el crédito. El propio prestamista no tenía dinero. Las posesiones de nuestra familia habían quedado destruidas por la inundación: de las ocho vacas, sólo salvamos una.»[57] En diciembre, la gente se moría de hambre. Al año siguiente, las penalidades adquirieron carácter de catastróficas. En octubre de 1943, un trabajador de los servicios de socorro, llamado Arangamohan Das, informó desde el bazar de Terapekhia, junto al río Haldi:

> Allí he visto a casi quinientos indigentes de ambos sexos, casi desnudos y reducidos a simples esqueletos. Algunos de ellos mendigaban alimentos… a los que pasaban por el lugar, otros soñaban con la comida, con miradas piadosas; algunos yacían al borde del camino y se aproximaban a la muerte sin apenas más energía que la necesaria para respirar; de hecho, tuve la desgracia de ver a ocho personas exhalar el último aliento justo delante de mis ojos[58].

Los censores interceptaron la carta de un soldado indio enfurecido por la experiencia vivida de permiso: «Llegamos a casa, a nuestras aldeas, y hallamos que la comida es escasa y muy cara. Han pervertido a nuestras mujeres y se han apoderado injustamente de nuestras tierras. ¿Por qué el Sarkar [gobierno] no está haciendo algo al respecto ahora, en vez de hablar sobre la reconstrucción de posguerra?»[59]. ¿Por qué no, en efecto? El gobierno británico se negó a desviar sus recursos de transporte, escasos de por sí, para aliviar el hambre. El secretario para la India, Leo Amery, adoptó al principio una actitud displicente, pero incluso cuando empezó a ejercer su influencia en pro de una intervención, ni el primer ministro ni el gobierno mostraron compasión. En 1943, el transporte marítimo a los destinos del océano Índico se redujo en un 60 por 100, porque las naves se dedicaron a apoyar las operaciones anfibias aliadas y a respaldar a Rusia y los convoyes del Atlántico; el gobierno británico solamente atendió el 25 por 100 de la

aportación alimentaria solicitada por Delhi. En marzo de 1943, Churchill escribió palabras de aplauso al ministro de Transporte de guerra, que se negó a liberar embarcaciones para los suministros de auxilio: «Hace concesiones a un país… favorece las peticiones de todos los demás. [Los indios] deben aprender a cuidar de sí mismos, como hemos hecho nosotros… No podemos permitirnos enviar barcos como un simple gesto de buena voluntad[60]». Unos pocos meses más tarde, afirmó: «No hay razón por la que todas las regiones del imperio británico no deban pasar estrecheces, las mismas que está pasando la madre patria[61]».

Sin embargo, la alimentación británica siguió siendo incomparablemente más generosa que la india. Los bengalíes usaban el sintagma payter jala —el vientre arde— para describir el hambre, y fueron muchos los vientres que ardieron en 1943 y 1944. Gourhori Majhi, de Kalikakundu, dijo mucho más tarde: «Todo el mundo estaba loco de hambre. Lo que fuera que encontrabas, lo arrancabas y te lo comías allí mismo. Mi familia constaba de diez personas; a mí me lloraba el estómago. ¿Quién es tu hermano? ¿Quién, tu hermana? Ya nadie pensaba en tales cosas. Todo el mundo se preguntaba: "¿Cómo viviré?"… En los campos no había ni un brote de hierba». Muchas mujeres recurrieron a la prostitución y algunas familias vendieron sus hijas a proxenetas.

Incluso en esta situación extrema, no hubo informes de canibalismo, como el que se vivió en Rusia; pero sí se produjeron muchos asesinatos infantiles. El periódico Biplabi informó, el 5 de agosto de 1943:

> En la población de Sapurapota… un tejedor musulmán era incapaz de mantener a su familia y, enloquecido por el hambre, se echó a vagar por los caminos. Su esposa creía que se había ahogado… Ella pasó varios días sin poder dar nada de comer a sus dos hijos pequeños y el sufrimiento de éstos se le hizo intolerable. El [23 de julio] arrojó al hijo menor, nacido de sus entrañas, niña de sus ojos, a las aguas espumosas del Kasai. Intentó hacer lo mismo con el hijo mayor, enviarlo junto con su padre, pero él chilló y se le agarró… Ella descubrió una nueva forma de silenciar la dolorosa hambre del niño. Con débiles manos, cavó una pequeña tumba y arrojó al hijo al interior. Mientras intentaba cubrirla de tierra, un hombre que pasaba por allí oyó sus gritos y arrancó la pala de manos de su madre. Un [hindú de casta inferior] prometió criar al niño y la madre se alejó del lugar, quién sabe hacia dónde. Probablemente halló la paz uniéndose a su marido en el frío torrente del Kasai[62].

Hubo numerosas epidemias de cólera y la gente moría por las calles y los parques de las ciudades principales: a mediados de octubre de 1943, las cifras de mortalidad, sólo en Calcuta, habían ascendido de los seiscientos muertos habituales a dos mil. La cuñada de Jawaharlal Nehru, desde un centro de socorro, describió a «bebés raquíticos, con brazos y piernas como bastones; madres lactantes con rostros arrugados; niños de rostros hinchados y ojos vacíos por la falta de comida y sueño; hombres exhaustos, agotados, esqueletos andantes, todos ellos[63]». Quedó horrorizada por «el aspecto de exhausta resignación de su mirada. Hería mi espíritu más aún que la vista de

sus cuerpos sufrientes». En octubre, Wavell, el nuevo virrey de la India, destinó al fin —aunque muy tarde— tropas para el transporte de ayuda alimentaria. En adelante, el gobierno se esforzó cada vez más por asistir a la población, pero ya había muerto como mínimo un millón de personas —quizá hasta tres millones— y se había causado un inmenso daño político. No había duda de que los británicos se enfrentaban a dificultades logísticas, a la hora de aliviar las consecuencias de los desastres naturales al mismo tiempo que luchaban en una guerra mundial. Pero Churchill respondió a las peticiones de ayuda de Wavell, cada vez más urgentes y contundentes, con una insensibilidad brutal, que dejó una cicatriz irreparable en las relaciones angloindias.

Nehru escribió desde la prisión, el 18 de septiembre de 1943: «Las noticias de Bengala son asombrosas. Nos hemos acostumbrado a todo, a cualquier grado de profundidad de las penalidades humanas… Cada día estoy más convencido de que, detrás de esta gestión tan terriblemente desatinada, hay algo más hondo… el hundimiento de la estructura económica de Bengala[64]». El 11 de noviembre añadió: «La hambruna de Bengala ha sido el epitafio definitivo del gobierno y los éxitos británicos en la India». Churchill se obstinó en seguir negándose a hacer concesiones al sentimiento indio y desdeñó las objeciones que le formularon los estadounidenses y sus clientes chinos. Leo Amery quedó consternado por los desvaríos de Churchill: «El gabinete de ministros… [Winston] decía una tontería tras otra; en primer lugar, trataba a Wavell como un aventurero despreciable e interesado, y luego hablaba de la grave desventaja que suponía defender la India y lo contento que estaría de pasársela al presidente Roosevelt[65]».

Sin embargo, entre los británicos, que luchaban por su vida, escaseaban los que sentían inquietud por el distanciamiento de los indios o la represión imperial. Les alegraba saber que el vasto ejército indio, con sus cuatro millones de soldados, seguía siendo leal al Raj. Las divisiones indias hicieron una aportación notable a las campañas del África oriental, Irak, norte de África e Italia e interpretaron el papel principal en las batallas de 1944-1945 por Assam y Birmania. La política de guerra británica quizá pueda considerarse un éxito en el sentido en que, en 1944-1945, los desórdenes habían quedado suprimidos casi por completo; las huelgas y los actos de sabotaje se redujeron. Pero desde la posteridad se puede ver la ironía de que, mientras el Reino Unido luchaba contra el Eje en nombre de la libertad, sin embargo, para retener el control de la India, practicó un gobierno implacable, sin consenso popular, y adoptó algunos métodos totalitarios.

La forma en que el Reino Unido trató a las razas que había sometido, en los años de guerra, siguió siendo humana, en comparación con el comportamiento de alemanes o japoneses; no hubo ejecuciones arbitrarias ni

matanzas a gran escala. Pero la India no fue la única posesión imperial en la que se emplearon las exigencias de la emergencia para justificar la desatención, la crueldad y la injusticia. En 1943, hubo hambrunas en Kenia, Tanganika y la Somalilandia británica; en varios momentos, hubo algaradas por la carestía de alimentos en Teherán, Beirut, El Cairo y Damasco. Aunque tal vez la escasez obedecía a las circunstancias de la guerra, el poder imperial se tomó con mucha parsimonia el aportar recursos para aliviar las consecuencias. Aunque el gobierno británico reflejó un autoritarismo más moderado que absoluto, esto apenas fue suficiente para conseguir apoyo —especialmente, en la India— a la preservación de la hegemonía imperial. La única defensa mínimamente plausible de la forma en que el Reino Unido gobernó la India en tiempos de guerra consiste en decir que, como el país era tan vasto, y su potencial de turbulencia tan fuerte, haber sido tolerante con la disensión interna habría amenazado con una irrecuperable pérdida de control, a beneficio del Eje. La experiencia de combate compartida forjó algún sentimiento de camaradería militar entre los soldados británicos e imperiales, blancos, mestizos y negros, por igual. Pero las tensiones de la guerra, antes que reforzar los lazos del imperio, como gustaban de aseverar los patrioteros británicos, no hizo sino aflojarlos sobremanera.

Los líderes de la Gran Alianza describían la guerra como una batalla por la libertad y contra la opresión; el combate del bien contra el mal. En el siglo XXI, son pocas las personas informadas que, incluso en las antiguas posesiones coloniales, ponen en duda el mérito de la causa aliada y las ventajas que rentó a la humanidad la derrota del Eje. Pero se antoja esencial reconocer que, en muchas sociedades, la lealtad contemporánea fue confusa y equívoca. Millones de personas de todo el mundo, que no sentían ningún aprecio por los regímenes de Hitler, Mussolini o Hirohito, sentían poco más entusiasmo por unas potencias aliadas cuyo concepto de la libertad se desvanecía —ajuicio de las colonias sometidas— en la propia puerta de entrada.

17

Frentes asiáticos

I. China

Ya en 1936, el corresponsal estadounidense Edgar Snow, admirador apasionado y amigo de Mao Zedong, escribió:

> En su gran empeño por dominar los mercados y la riqueza del interior de China, Japón está destinado a romperse el cuello imperial. Esta catástrofe no ocurrirá porque en Japón se produzca un hundimiento económico automático, sino porque las condiciones de soberanía que Japón debe imponer sobre China demostrarán ser humanamente intolerables y al poco tiempo provocarán un esfuerzo de resistencia que asombrará al mundo[1].

Snow estaba en lo cierto en cuanto al fruto del imperialismo japonés, pero no en lo relativo a la eficacia militar de la resistencia china. Durante la guerra, la estrategia de los aliados en el Extremo Oriente estuvo poderosamente influida por el deseo de Estados Unidos de convertir a China no en un gran combatiente, sino en una gran potencia. Se destinaron enormes recursos a transportar por avión desde la India suministros al régimen nacionalista de Chiang Kai-shek, cruzando el Himalaya, después de que Japón cortara la vía terrestre al conquistar Birmania en 1941. Estados Unidos también construyó aeródromos en China, desde donde desplegar sus bombarderos.

Todo el esfuerzo resultó vano. China siguió siendo una sociedad profundamente dividida, caótica y empobrecida. Chiang se jactaba de poseer un enorme ejército, sobre el papel, pero su régimen y sus comandantes eran demasiado corruptos e incompetentes, y sus soldados carecían de la

motivación y el equipo suficientes, por lo cual no progresaban de forma clara contra los japoneses. Las operaciones logísticas y operativas obstaculizaron las misiones de la USAAF desde China. Al norte, en la provincia de Yunnan, dominaban los comunistas de Mao Zedong, que profesaban antagonismo a los japoneses. Pero en la estrategia de Mao, lo que más pesaba era el deseo de construir una fuerza poderosa para enfrentarse con Chiang en la posguerra. Entre 1937 y 1942, tanto nacionalistas como comunistas infligieron cuantiosas bajas a los invasores: 181 647 muertos. Más adelante, sin embargo, reconocieron su incapacidad para desafiarlos en batallas frontales que diezmaban sus escasos recursos con pobres frutos. El historiador chino Zhijia Shen ha escrito, en un estudio sobre la provincia de Shandong: «La población local estaba mucho más influida por el cálculo pragmático que por la idea del nacionalismo… Cuando chocaban los intereses nacionales y locales, la población no dudaba en poner en duda los intereses nacionales[2]».

Aunque Mao engañó a algunos estadounidenses, haciéndoles creer que sus guerrillas estaban combatiendo con eficacia, durante buena parte del conflicto mantuvo una tregua táctica con los japoneses y, de hecho, en secreto se asoció con ellos en el comercio de opio. Mientras que los nacionalistas sufrieron 3,2 millones de bajas militares durante la ocupación japonesa, los comunistas sólo reconocieron 580.000. En la primera parte del conflicto, los combates más intensos de China enfrentaron a las facciones de Chiang y Mao, hasta que ambos bandos decidieron que, para sus intereses, era preferible mantener el territorio ya dividido en sus respectivas áreas de poder. A Chiang no le avergonzaban sus errores. En sus palabras: «Los japoneses son una enfermedad de la piel; los comunistas son una enfermedad del corazón».

No obstante, la ocupación de media China supuso una auténtica sangría para los recursos de Tokio: entre 1941 y 1945 murieron allí 202 958 japoneses, frente a los 208 000 hombres muertos en combate con los británicos y los 485 717 hombres del ejército de tierra y 414 879 marinos muertos en la lucha contra Estados Unidos. El país era inmenso: aunque la oposición organizada era débil, para que Tokio pudiera hacer valer su poder sobre el territorio y controlar a una población hostil y a menudo famélica necesitaba fuerzas muy numerosas. En el norte, el ejército japonés de Kwantung controlaba Manchuria, el estado títere de Manchukuo; su Ejército del Área Septentrional de China tenía su base en Pekín; los cuarteles de las Fuerzas Expedicionarias de la China Central estaban en Shanghái. Todos los cálculos son poco de fiar, pero parece razonable aceptar la cifra de quince millones de chinos muertos a consecuencia directa de la acción militar japonesa en tiempo de guerra, el hambre o las epidemias. Algunas de las enfermedades fueron alimentadas de forma deliberada por los especialistas en guerra biológica de la unidad 731

del ejército japonés.

Los japoneses fueron los únicos combatientes que emplearon a gran escala las armas biológicas. En Manchuria, la unidad 731 actuaba bajo un nombre insuperablemente cínico: Unidad de Abastecimiento de Agua y de Protección Epidémica del Ejército de Kwantung. En la base de la 731, próxima a Harbin, cientos (y, posiblemente, miles) de prisioneros chinos fueron asesinados durante pruebas de laboratorio; a muchos se les practicó la vivisección sin anestesia. A algunas víctimas las ataban a un palo antes de detonar junto a ellas bombas de carbunco. A las mujeres se les contagiaba la sífilis en el laboratorio; a los civiles del lugar se los raptaba y se les inyectaban virus letales. En el curso de la guerra de Japón en China, se transmitieron gérmenes de cólera, disentería, peste y tifus; a veces, mediante bombas de porcelana, que soltaban pulgas portadoras de la enfermedad. En Saipán se intentó emplear tales medios contra las fuerzas estadounidenses, pero sin éxito, porque el barco que portaba a los supuestos insectos guerreros se hundió de camino[3].

No se pone en duda que los japoneses intentaron matar a millones de personas con armas biológicas; está menos claro, no obstante, qué grado de éxito tuvo su empeño. Entre 1936 y 1945 hubo en China incontables muertes por causa de epidemias, que la China moderna atribuye, en su mayoría, a la acción japonesa. En un sentido lato es una atribución justa, dado que las privaciones y el hambre fueron resultado de la agresión japonesa. Pero no se ha demostrado que obedecieran directamente a las operaciones de la unidad 731. Por ejemplo, en 1942 hubo en Yunnan una epidemia de cólera que causó la muerte de más de doscientas mil personas. Los japoneses habían liberado bacterias del cólera en la provincia, pero muchos de los casos se produjeron en zonas distintas a las de su actuación. Con la tecnología disponible, resultaba difícil extender enfermedades a voluntad con armas biológicas lanzadas desde el aire. Sin embargo, aunque la cosecha genocida fuera menos generosa de lo que deseaban sus cultivadores[4], la responsabilidad moral de la nación es manifiesta.

Entre 1942 y 1944, las grandes batallas fueron escasas en China, pero las fuerzas japonesas realizaron a menudo expediciones de castigo para suprimir disidentes o proveerse de alimentos. Una de las expediciones más feroces se desarrolló en mayo de 1942; el alto mando japonés la planteó como un acto de venganza por la incursión aérea de la USAAF, encabezada por Doolittle, contra Tokio. Se envió a más de cien mil hombres a las provincias de Chekiang y Kiangsi, con apoyo de la unidad de guerra biológica. En septiembre, cuando se consideró que la misión se había completado y las columnas se retiraron, habían matado a un cuarto de millón de personas. A lo largo de la guerra, la capital de Chiang, Chonqing, fue objeto de bombardeos

repetidos por parte de los aviones japoneses, y las incursiones aéreas causaron numerosas bajas civiles en otras varias ciudades.

Los archivos de la sección médica del Ministerio de Guerra de Toldo muestran que, en septiembre de 1942, había «mujeres de consuelo» esclavizadas al servicio de los soldados japoneses en un centenar de bases del norte de China, ciento cuarenta de la China central, cuarenta al sur, un centenar en el Asia suroriental, diez en el Pacífico suroccidental y diez más en el sur de Sajalín. Las mujeres se desplegaban en una proporción de una para cada cuarenta soldados. En el centro se reclutó a cerca de cien mil, a las que hay que sumar muchas otras incorporadas localmente; a los guerreros de Hirohito se les proporcionaban condones con la inscripción «Asalto n.º 1», pero muchos se negaban a usarlos. Los campesinos chinos denominaban a sus ocupantes japoneses como «YaKe», es decir, «mudos», porque ningún japonés se rebajaba a aprender o hablar chino. Con el «trato YaKe» se designaba la perforación de las piernas de un hombre o una mujer con un bambú afilado, castigo habitual para los casos de supuesta desobediencia china.

Una de las víctimas fue una chica de diecinueve años, llamada Lin Yajin, quien, como muchos de sus contemporáneos, llevó cicatrices YaKe para el resto de sus días. Era hija de unos campesinos de la provincia de Hainan, tenía cinco hermanos y fue apresada por los soldados japoneses en octubre de 1943. Se la llevaron al campamento de su base y la interrogaron someramente sobre las actividades de la guerrilla local. Ella pasó la primera noche de cautiverio sollozando aterrorizada; en la segunda noche, cuatro hombres entraron en fila en la cabaña en que la retenían.

> Uno de ellos era un intérprete que me dijo que los otros eran oficiales y luego se marchó. Los tres me violaron. Como yo era virgen, sentí mucho dolor y grité con furia. Por mucho que grité, ellos no dijeron nada, sólo continuaron jodiéndome como animales. Durante diez días, cada noche, tres, cuatro o cinco hombres hacían lo mismo. Por lo general, mientras uno me violaba, los otros miraban y se reían.
>
> Intenté escapar, pero era muy difícil. Incluso cuando ibas al baño, te vigilaba un soldado, un bengalí que no nos violaba. Entonces me trasladaron a otra aldea, llamada Qingxun, a sólo un kilómetro y medio de mi casa. Aquí también venían varios soldados cada día. Querían joder conmigo incluso cuando tenía la regla. Pasado un mes, me sentía muy enferma. Tenía la cara amarilla y todo el cuerpo, hidropésico. Cuando los soldados japoneses se dieron cuenta de lo que había pasado —había cogido una enfermedad venérea—, al final, me dejaron marcharme a casa. Encontré a mi padre gravemente enfermo, y murió un mes más tarde; mi familia era tan pobre que no teníamos dinero para un médico. Mi madre me trató con hierbas campestres. Mi enfermedad tardó mucho en curar. Por entonces era el verano de 1944. Los japoneses se habían llevado a su campamento a otras cuatro chicas, además de a mí, y en 1946 supe que todas ellas habían muerto por enfermedades venéreas. Más tarde, cuando los de la aldea supieron que me habían violado los japoneses, también se rieron de mí y me pegaron. He estado sola desde entonces[5].

Deng Yumin, de Xiangshui, en el condado de Baoting, sufrió un destino similar. Como muchas otras personas de su pueblo, miembros de la minoría

étnica Miao, se la reclutó para que realizara trabajos forzosos en 1940. Vivió en un campo de trabajo, primero plantando tabaco y luego construyendo carreteras. Un día, el supervisor le dijo que la habían seleccionado para un trabajo especial. La llevaron ante un oficial japonés, que aparentaba tener unos cuarenta años. A través de un intérprete,

> me dijo que yo era una chica guapa y que él quería ser mi amigo. Yo no tenía elección, así que asentí, para mostrar mi acuerdo. Unos días más tarde, por la noche, el intérprete me llevó a ver de nuevo a aquel oficial y me dejó con él. Se llamaba Songmu. Me tomó en sus brazos sin perder un segundo y se puso a sobarme. Yo luché, instintivamente, pero no podía hacer nada contra él. Hizo lo que quiso conmigo. Al volver donde trabajaba, me daba mucha vergüenza contarle a las demás chicas lo que había pasado. Después me violó todos los días. Yo era virgen, tenía catorce años. Aún no había tenido la regla. No sentí gran cosa. Sólo dolor, mucho dolor.
> Continuó así durante más de dos meses. Un día, el intérprete me llevó a la casa de Songmu. Él no estaba allí. Encontré a otros dos oficiales a los que no había visto nunca. Quería marcharme y llamar al señor Songmu, pero uno de los oficiales me detuvo y cerró la puerta. Dijeron que querían casarse conmigo. Cuando me resistí, me abofetearon. Uno tendría veinte años, el otro, unos cincuenta. Me violaron los dos aquel día. Le conté al señor Songmu lo que había pasado, y él tan sólo sonrió y dijo que no había sido gran cosa. Hasta entonces lo había considerado con cariño, pero aquel día empecé a odiarlo mucho. Una semana más tarde, el intérprete me pidió que fuera a ver otra vez al señor Songmu, pero yo respondí que no quería verlo más. Me dijo que, si me negaba, los soldados me matarían a mí, a mi familia y a todos los aldeanos. Así que tuve que ver al señor Songmu otra vez, y desde entonces no sólo él, sino también otros oficiales me violaron muy a menudo. Una vez vinieron tres oficiales y uno me agarró de los brazos y otro de las piernas mientras el tercero me violaba y todos se reían como locos. Fue así hasta el final de la guerra[6].

Si en la victoria los japoneses se habían comportado como bárbaros, cuando empezaron las derrotas se tornaron cada vez más agresivos. Las víctimas principales de su violencia asiática no fueron los británicos, australianos y estadounidenses, cuyo orgullo y prestigio era más vulnerable que sus ciudadanos, sino los nativos de las sociedades sobre las que Tokio había impuesto su soberanía; ante todo, los chinos. «En China, los japoneses hicieron cosas terribles», dice el autor japonés moderno Kazutoshi Hando[7]; sin embargo, muchos de sus compatriotas aún se niegan a reconocerlo.

No solamente los nacionalistas japoneses, sino también algunos historiadores occidentales modernos, afirman que Estados Unidos provocó a Japón para que entrara en guerra en 1941. Sugieren que el conflicto entre las dos naciones era evitable y proponen una teoría de equivalencia moral, según la cual la conducta de los japoneses, durante la guerra, no fue peor que la de los Aliados. Pero los japoneses emprendieron una guerra de expansión en China y masacraron a incontables civiles años antes de que el presidente Roosevelt impusiera sanciones económicas. Un nacionalista japonés de la época intentó, más adelante, justificar las directrices seguidas por su nación, con este argumento: «Estados Unidos y Reino Unido han estado colonizando China durante muchos años. China era una nación atrasada… pensamos que Japón debía ir allí y emplear la tecnología y el liderazgo japonés para hacer

de China un país mejor[8]». Los datos de archivo muestran que el comportamiento de los japoneses en China fue a un tiempo completamente egoísta y desvergonzadamente bárbaro. Pero muchos japoneses seguían convencidos de que su nación desarrollaba una «misión civilizadora» y estaba legitimada para aspirar a un imperio de ultramar, por lo que presionaron al gobierno para que se opusiera frontalmente a retirarse de China, incluso cuando Japón empezó a perder la guerra y a sopesar posiciones de negociación. Si el imperialismo europeo fue innegablemente explotador, los japoneses se arrogaron el derecho a saquear las sociedades asiáticas con una magnitud y unas maneras nunca vistas en ningún régimen colonial.

El entusiasmo estadounidense por el régimen nacionalista y el potencial de China como aliado perduró hasta 1944, cuando los japoneses lanzaron su última gran ofensiva convencional de la guerra, la Operación Ichigo. Se pretendía destruir los aeródromos que eran base de los bombarderos estadounidenses en China y abrir una ruta terrestre hacia Indochina. Expuso de forma manifiesta la impotencia del ejército de Chiang Kai-shek, cuyas formaciones se disolvieron al paso de los atacantes. Éstos se adueñaron de amplias zonas nuevas en el centro y sur de China, sin apenas derramamiento de sangre en el bando nipón, aunque no así, en ningún caso, en el chino. Una vez más, los chinos contaron las muertes por miles y cientos de miles, mientras los ejércitos enfrentados les pasaban por encima. Es llamativo que Japón se embarcara en Ichigo en un momento de la guerra en el que una operación tan ambiciosa resultaba estratégicamente fútil; su único logro relevante, más allá de las masacres, fue desengañar a Washington de sus ilusiones chinas. En 1945, los jefes del estado mayor de Estados Unidos habían abandonado la idea de conquistar Taiwán y usarlo como peldaño en la creación de un perímetro continental. Reconocieron que el país no era capaz de participar eficazmente en la guerra. China no era más que una gran víctima, sólo superada por Rusia en la escala de pérdidas y sufrimientos; pero, a diferencia de ésta, ni siquiera podía consolarse con una victoria militar.

II. Pegando contra la selva, saltando de isla en isla

En la conferencia cumbre de Casablanca, en enero de 1943, los líderes de los Aliados occidentales reafirmaron la prioridad de derrotar a Alemania; al mismo tiempo, sin embargo, acordaron destinar recursos suficientes a la guerra contra Japón, para mantener la iniciativa. Los estadounidenses se comprometieron a aportar, idealmente, un 30 por 100 de su esfuerzo bélico.

Esto ponía en entredicho la doctrina de «Primero, Alemania», más de cuanto se atrevían a reconocer los jefes del estado mayor, pero reflejaba el imperativo creado por la opinión pública estadounidense, mucho más partidaria de aniquilar a Japón que a Alemania. A partir de entonces, los comandantes estadounidenses decidieron que la limitación de recursos descartaba asaltar Rabaul a corto plazo. Antes de 1944, la USAAF ni siquiera estaba dispuesta a destinar bombarderos de largo alcance para que emprendieran una ofensiva aérea notable contra la base principal de Japón, en el Pacífico suroeste. Así, los jefes del estado mayor acordaron que, en 1943, las fuerzas aliadas perseguirían objetivos modestos: subir por las islas Salomón hasta Bougainville, mientras las fuerzas de MacArthur atacaban la costa norte de Nueva Guinea. Esta última fue una operación integrada exclusivamente por tropas australianas y del ejército de tierra estadounidense, aunque se contaba con apoyo naval.

Tanto el cuerpo de marines como la marina estadounidense eran plenamente escépticos sobre las operaciones en el Pacífico suroccidental, dirigidas, como meta última, a la reconquista de las Filipinas. Lo veían como una concesión al ego de MacArthur, no como parte del camino a la victoria. En lugar de las Filipinas, los almirantes preferían aprovechar el poderío naval y aéreo para avanzar por el Pacífico central, por las islas Marshall, Carolinas y Marianas, lo cual dibujaba la ruta más corta hacia Japón. Como signo de la inmensa riqueza de Estados Unidos, se decidió emprender las dos estrategias al mismo tiempo, sin renunciar a ninguna. En adelante, Nimitz y MacArthur dirigieron campañas paralelas, pero separadas e, implícitamente, en mutua competencia.

Los británicos, entre tanto, volvieron la vista hacia Birmania, una vez más. Su retirada había concluido en mayo de 1942. En diciembre de aquel año, tras la acostumbrada parálisis estacional impuesta por el monzón, Wavell hizo un primer intento de atacar de nuevo, enviando una división india contra el puerto de Akyab, en la región birmana de Arakán, frente a la bahía de Bengala. Fracasaron dos asaltos, así como un intento de tomar Donbaik en marzo de 1943. El comandante de campo británico, el teniente general Noel Irwin, celebró una conferencia de prensa insensata, en la que se esforzó por explicar las derrotas aliadas afirmando que «en Japón, la infantería es el cuerpo de élite», mientras que los británicos «arrojan a la infantería a sus peores hombres». Se necesitarían años de instrucción para que las tropas indias alcanzaran el nivel preciso para derrotar a las japonesas. Los censores aliados silenciaron la publicación de estos comentarios[9], que en cualquier caso reflejan el derrotismo, la incompetencia y la incoherencia que predominaban entre los comandantes británicos de Oriente. Churchill escribió a los jefes del estado mayor: «No estoy nada satisfecho con la forma

en que se está llevando la campaña india. La fatal lasitud del Oriente se ha contagiado a todos esos comandantes[10]».

Aunque a la postre cuatro millones de soldados indios portaron armas en pro de los Aliados y en el subcontinente se desplegaron cuantiosos recursos británicos, los generales tardaron en reanudar las operaciones eficaces. Churchill echaba chispas ante el hecho de que las numerosas tropas desplegadas en el noreste de la India hubieran logrado metas tan pobres; en cierta ocasión describió el ejército indio como «un sistema gigante de distracción al aire libre» por el escaso número de divisiones de combate que proporcionaba[11]. Cerca de cuatrocientos cincuenta mil soldados (principalmente indios, con algunas unidades británicas) se enfrentaron a los trescientos mil japoneses que defendían Birmania, pero en la preparación del ejército para la batalla apenas hubo actos útiles. El teniente Dominic Neill, de los gurjas —los mercenarios nepalíes, tan apreciados en Reino Unido—, que llegó a la India en 1943, dijo: «Ni mis soldados gurjas ni yo habíamos recibido ninguna instrucción táctica, ninguna en absoluto, antes de entrar en el cara a cara con los japoneses[12]».

La única buena noticia de Birmania, aquel año, la generó una operación situada muy por detrás del frente enemigo, en la que participaron tres mil soldados británicos dirigidos por el excéntrico —de hecho, mentalmente inestable— general de brigada Orde Wingate. Sus chindit apenas lograron nada de valor militar, y ello con un índice de pérdidas del 30 por 100. No obstante, crearon una leyenda que resultó muy útil para la propaganda: la supervivencia por detrás de las líneas enemigas, pese a haber padecido sufrimientos horribles, se utilizó para demostrar que los soldados británicos eran capaces de resistir el combate en la selva, afirmación de la que ya muchos dudaban. Antes de que las columnas de chindit salieran de la India, Wingate dejó claro que no se podría transportar a ninguna baja, por lo que habría que poner fin a las penalidades de los hombres heridos de gravedad. Esta política quizá habría resultado compasiva, dado el destino que sin duda habrían corrido los heridos en manos japonesas, pero a los soldados aliados les resultaba difícil de cumplir. Tras una acción chindit, el teniente gurja Harold James se vio obligado a seguir tales órdenes de Wingate.

> Tenía un gurja herido, destrozado por el fuego enemigo, que se moría con enorme dolor. Tras un tiempo de agonía, le di una dosis letal de morfina… Los guijas eran asombrosos, lo aceptaban sin más. Para mi horror, me encontré con otro gurja herido de gravedad.
>
> —He tenido que hacerlo —le dije.
>
> George me miró como si me dijera:
>
> —Ahora hazlo otra vez.
>
> —De ninguna forma pienso hacer eso otra vez —protesté yo. Fue él quien le dio al compañero la dosis letal[13].

Otro superviviente de la incursión chindit de 1943, Dominic Neill, estuvo entre los que se dieron cuenta del escaso fruto de las columnas, más allá de crear una leyenda de sufrimiento y sacrificio. «Allí en la India, los periódicos lucían grandes titulares sobre la expedición de Wingate. No nos podíamos creer lo que veíamos: no habíamos conseguido nada de nada, los japos nos habían expulsado a patadas. La publicidad era obra de las autoridades del C[uartel] G[eneral] de Delhi, que se agarraban a todo lo que encontraban desde la derrota de 1942, a la que siguió de cerca la desastrosa campaña de Arakán en 1942-1943.»[14] Pero a Churchill le entusiasmaban las proezas de los chindits, que parecían ofrecer un contraste honroso frente a la inercia que invadía al principal ejército indio.

En agosto de 1943, los japoneses marcaron un gol propagandístico al declarar la independencia del estado birmano. Muchos birmanos se sintieron seducidos por breve tiempo, con un entusiasmo doblado cuando los japoneses lograron rechazar las ofensivas británicas de Akyab. Pero en Birmania, como en el resto de lugares, la arrogancia de los ocupantes, su crueldad y la explotación económica, fueron distanciando cada vez más a los súbditos. Por muy ansiosos que estuvieran los birmanos de derrocar el gobierno británico, lo que había cobrado más urgencia era expulsar a los japoneses. En la primera mitad de la guerra asiática, solamente los habitantes de las montañas ayudaron a las armas británicas. En 1944, por el contrario, los japoneses se enfrentaban al odio de los habitantes de las ciudades birmanas y también a las actividades guerrilleras de las tribus.

Los monzones de otoño ponían fin a cada estación de campañas en la frontera de la India y Birmania, tanto como el deshielo de primavera en Rusia. Así, después de que las fuerzas indias y británicas fracasaran en su intento de abrirse camino por el Arakán, 1943 pasó sin avances significativos en el frente de Birmania. Churchill quedó obligado a contentarse con usar las formaciones indias para ayudar a las campañas aliadas en el norte de África y en Italia. Los críticos al ejército indio adujeron entonces, y lo siguen manteniendo, que su reputación romántica era muy superior a lo que se justificaba por su rendimiento. Algunas unidades —sobre todo, los gurjas— exhibían pericia, valentía y tenacidad. Otras, por el contrario, no. El esfuerzo del imperio británico contra los japoneses siempre fue por detrás del de Estados Unidos.

Sin embargo, incluso en el Pacífico —hasta que, durante 1944, llegaron a aquel teatro recursos enormes—, hubo pausas largas entre las sucesivas iniciativas estadounidenses. En junio de 1943, MacArthur y el comandante del área del Pacífico suroeste, el almirante William Halsey, comenzaron las nuevas campañas en Nueva Guinea y las Salomón. La captura de Nueva Georgia requirió un mes de duros combates. Después, Halsey saltó por

encima de varias islas defendidas por los japoneses para desembarcar 4600 hombres en Vella Lavella. En diciembre, los estadounidenses habían asegurado el control de posiciones en Bougainville y capturado Cabo Gloucester, en la punta occidental de Nueva Bretaña. En enero de 1944, una gran ofensiva aérea contra Rabaul dejó esta base casi inservible para los barcos y aviones japoneses. El destacamento que la defendía, de cien mil hombres, pasó a ser estratégicamente irrelevante; como las tropas no se podían desplazar a ningún lado, se las podía dejar allí, tranquilamente, hasta que se pudrieran.

La expansión de la marina estadounidense posibilitó ir acumulando fuerzas en el Pacífico en el transcurso de 1943. Siete portaaviones de escuadra y once portaaviones ligeros proporcionaron el grueso de las fuerzas operativas rápidas, que incluían buques de guerra y cruceros para el bombardeo de la costa, y destructores antisubmarinos para la transmisión de la señal de radar y las labores de escolta. Una ingente flota de petroleros y barcos de abastecimiento permitió a los buques de combate sostener períodos de hasta setenta días de actuación continua, mucho más allá de las posibilidades de la marina británica. También había portaaviones escolta, que daban apoyo inmediato a las armadas anfibias, cientos de lanchas para actuar en las inmediaciones de la costa y también barcos de reparación y de atención hospitalaria. Aunque estas embarcaciones las ocupaban en su mayoría hombres de tierra adentro, sin experiencia previa en la marina, a la postre tanto oficiales como marinería mostraron una capacidad de navegación, artillería y pericia marinera que superó por completo la de sus enemigos. El pronunciado descenso en el rendimiento operativo de la Flota Combinada japonesa, desde la notable profesionalidad de diciembre de 1941 a la ineptitud tambaleante de 1942 o 1943, fue uno de los fenómenos más extraños y llamativos de la guerra.

Los pilotos japoneses que se acercaron lo suficiente para ver bajo sus aparatos una fuerza operativa estadounidense quedaron impresionados por sus dimensiones, puesto que éstas cubrían cientos de kilómetros cuadrados de océano. La marina estadounidense, en los dos últimos años de la guerra, proyectó un poder de largo alcance que no se había visto nunca en la historia del mundo y creció hasta ser más amplia que la suma de todas las otras armadas combatientes. En apoyo de las operaciones de asalto a las islas, que dominaron la última fase de la guerra oriental, se desplegaron elementos sustanciales de esta flota. La ofensiva de Nimitz en el Pacífico central se inició en noviembre de 1943, con desembarcos en el minúsculo atolón de Tarawa, en las islas Gilbert. No había posibilidad de un engaño estratégico, porque los únicos objetivos creíbles del asalto estadounidense eran un puñado de bases aéreas insulares. La marina estadounidense y el cuerpo de marines avanzaron

de un punto de apoyo al siguiente, sabedores de que los japoneses los habían fortificado todos, en previsión de su ataque.

La armada del almirante Raymond Spruance en Tarawa incluía diecinueve portaaviones, doce buques de guerra y sus barcos de apoyo, y una fuerza de invasión de treinta y cinco mil infantes de marina y seis mil vehículos. Los estadounidenses que estuvieron en el mar aquel día, al contemplar la exhibición del poderío de su país, se sentían invencibles. Las aeronaves de los portaaviones estadounidenses destrozaron todos los aeródromos japoneses de la zona, mediante bombas y cañones; antes del desembarco, los cañones pesados de Spruance bombardearon la isla durante tres horas, arrojando tres mil toneladas de proyectiles. Ello no obstante, la experiencia posterior resultó ser una de las más amargas del cuerpo de marines en aquella guerra. En Betio —el islote principal, de menos de tres kilómetros de longitud y setecientos metros de anchura—, los japoneses habían creado búnkeres de hormigón, acero y troncos de palmera, casi inmunes a bombas y proyectiles. El marine Karl Albrecht quedó conmocionado al ver la playa por primera vez, cuando su embarcación se aproximaba a la costa:

> Estaba cubierta de tractores anfibios, y todos parecían estar o en llamas o humeando… El ataque parecía haberse disuelto en la confusión. Yo estaba aterrorizado y asombrado al mismo tiempo. Éramos estadounidenses, éramos invencibles. Teníamos una enorme flota de buques de guerra y una división de marines. ¿Cómo podía estar pasando aquello? Descubrí que las hileras de marines a lo largo de la playa no estaban allí tendidos, a la espera de órdenes, sino muertos[15].

Un amplio arrecife, a poca distancia de la costa, frenaba los botes de asalto, así que miles de infantes de marina tuvieron que vadear los últimos cientos de metros hasta la costa, con una lentitud agónica y bajo el fuego japonés. Un piloto de la marina, que miraba la escena desde una posición elevada, dijo después: «El agua no parecía vaciarse nunca de hombrecitos minúsculos, con el rifle sobre la cabeza, vadeando lentamente hacia la playa. Yo quería llorar[16]». A continuación se produjeron cuatro días de combates, entre palmeras destrozadas por los explosivos y defensas hábilmente camufladas. Cuando terminó el tiroteo, los marines habían sufrido 3407 bajas y casi todos los defensores japoneses, 4500 en total, habían muerto; sólo se hicieron diecisiete prisioneros. Todos los que participaron en la batalla quedaron impresionados por su intensidad. Para el pueblo estadounidense, y para sus marines, fue una experiencia dolorosa comprobar con qué dureza tenían que combatir para superar una defensa tan dispuesta al sacrificio. El orgullo nacional y la doctrina de la excepcionalidad estadounidense quedaron afrentados por la revelación de que un enemigo primitivo podía resistir ante una potencia de fuego apabullante; en consecuencia, el camino

de la victoria exigía combates cuerpo a cuerpo, con los sacrificios derivados. Aunque en Tarawa se aprendieron lecciones tácticas de relevancia, la infantería repitió la misma experiencia en posteriores batallas insulares. Desde una perspectiva global, y especialmente desde la rusa, las pérdidas estadounidenses fueron bajas en comparación con la importancia de los beneficios estratégicos; pero adquirían un aspecto terrible cuando la recompensa eran simples atolones de coral y palmeras.

Nada podía alterar lo fundamental de la campaña: para derrotar a Japón, las fuerzas estadounidenses debían capturar bases navales y aéreas del Pacífico cuya defensa era feroz. Por mucho que aplicaran una potencia de fuego y una tecnología superiores, aún necesitarían que los soldados y marines expusieran la vida ante un enemigo habilidoso y obstinado. Incluso en aquellas fechas, cuando estaba claro que los Aliados ganarían la guerra, Japón no vacilaba ni un ápice en la defensa. La estrategia japonesa, según se vio, pasaba por exigir un derramamiento de sangre lo más brutal posible para cualquier mínima adquisición territorial estadounidense, lo cual, a su entender, erosionaría la determinación de los norteamericanos y los movería a negociar. Con frecuencia se dice que solamente los militaristas japoneses insistieron en continuar la guerra, pero los generales gozaron de grandes apoyos entre los políticos conservadores —muchos de ellos, fervientes nacionalistas— y del emperador. En noviembre de 1943, en la primera conferencia de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, que se celebró en Tokio, se advirtió a Hirohito de que las Salomón estaban a punto de caer. Su respuesta consistió en espolear como sigue a los generales: «¿Acaso no hay ningún lugar donde podamos asestar un golpe contra Estados Unidos? ¿Cuándo y dónde pensáis plantear por fin una buena batalla? ¿Y cuándo vais a lidiar alguna batalla decisiva?».

La repulsión cultural apuntalaba el odio que caracterizó la dirección aliada de la guerra asiática. La brutalidad de Japón hacia sus prisioneros y súbditos era bien conocida, en aquel momento, y a menudo se devolvió el pago en especie. La disponibilidad japonesa a luchar hasta la muerte antes que rendirse, incluso en circunstancias tácticas y hasta estratégicas carentes de toda esperanza, disgustaba a las tropas aliadas. Los soldados británicos y estadounidenses estaban imbuidos de la tradición histórica europea, por la cual la respuesta honrosa y civilizada a una derrota inminente era abandonar el combate y, con ello, evitar un derramamiento de sangre gratuito. Los estadounidenses del Pacífico, como los británicos en Birmania, se enfurecían ante un enemigo que rechazaba tal lógica civilizada. Los japoneses, que habían sido implacables en la victoria, se mostraban resueltos a cobrarse todas y cada una de las vidas humanas que pudieran arrastrar en su inexorable descenso hacia la derrota.

Si los aliados se hubieran enfrentado a su enemigo en una masa terrestre amplia, donde hubiera lugar a las maniobras motorizadas, habrían logrado la victoria con mucha más celeridad: la apabullante superioridad estadounidense en tanques, artillería y poder aéreo habría machacado al ejército japonés, relativamente primitivo, como hicieron los rusos en Manchuria en agosto de 1945. A la postre, sin embargo, la larga serie de batallas del Pacífico —miniaturas, en comparación con la escala típica en Europa— permitió a los japoneses sacar partido a la pericia, el arrojo y la capacidad de sacrificio, reduciendo la desventaja de carecer de artillería y apoyo aéreo; también fueron magistrales en el aprovechamiento del camuflaje y el acoso (la «táctica de agitación nerviosa»). Incluso en los años de la derrota, los soldados de Japón retuvieron un notable dominio psicológico en el campo de batalla. El cuerpo de marines era, probablemente, la fuerza de combate terrestre más excelsa de Estados Unidos, con la sola excepción de las divisiones aerotransportadas del ejército, y obtuvo algunos logros notables en las campañas del Pacífico; pero los estadounidenses nunca igualaron la pericia de sus oponentes (o de los soldados rusos) en el combate nocturno. Cuanto más urbana y compleja es una sociedad, más difícil resulta instruir a sus soldados para que se adapten a un estilo de vida caracterizado por batallas de infantería en un marco natural crudo. Cuanto mayor era el acceso a la tecnología en un determinado brazo militar, más notoria era la excelencia estadounidense: los pilotos de portaaviones, por ejemplo, eran los mejores del mundo. Pero los mejores fusileros son de extracción campesina.

Cuando los aviones estadounidenses pudieron despegar de Tarawa, destruyeron con rapidez la capacidad aérea japonesa en todas las islas Marshall. En los primeros días de febrero de 1944, los marines quedaron agradablemente sorprendidos por la facilidad con la que tomaron los atolones de Majuro, Kwajalein y Roi-Namur. Luego capturaron Eniwetok, en el extremo noroccidental de la cadena de las Marshall, mientras las aeronaves de los portaaviones de Spruance devastaban una base japonesa crucial: la de Truk, en las islas Carolinas. La celeridad de estos éxitos permitió a Nimitz adelantar el calendario de la siguiente fase de su campaña y programar un ataque a las Marianas en junio, y no ya en septiembre de 1944.

En este momento, cobró peso en la dirección estadounidense de la contienda un elemento de intensa competitividad. A MacArthur le entró miedo de que la campaña de Nueva Guinea quedara estancada y aceleró sus propias operaciones. Así, sus tropas se apoderaron de las islas del Almirantazgo tres meses antes de lo previsto, y con ello rodearon Rabaul y obligaron a los japoneses a retirarse remontando la costa septentrional de Nueva Guinea. En abril de 1944, escenificó su golpe más atrevido y dramático: capturó Holandia, en la Nueva Guinea neerlandesa,

circunvalando a un grupo de cuarenta mil soldados japoneses; en junio repelió un fuerte contraataque japonés, a lo largo del río Driniumor. Sus fuerzas también capturaron la península de Vogelkop, en el extremo occidental de Nueva Guinea, junto con la isla cercana de Biak, que se convirtió en una importante base aérea.

Se ha expuesto de forma convincente —lo adelantó la marina estadounidense en aquel momento y lo han afirmado muchos historiadores desde entonces— que la campaña de MacArthur se había convertido en redundante a finales de 1943; que el único objeto de su posterior campaña de las Filipinas, feroz y sangrienta, fue realizar la ambición personal de su comandante, a expensas de una ingente cantidad de vidas de filipinos y las de varios miles de estadounidenses. El dominio estadounidense del mar y el aire había alcanzado tal carácter abrumador que las fuerzas japonesas del Pacífico suroccidental eran incapaces de transportar tropas con las que amenazar propósitos estratégicos de los Aliados. A finales de 1943, los submarinos estadounidenses, fuerza decisiva para la victoria, empezaron a sembrar el caos en las líneas de abastecimiento de Japón, que se extendían por un imperio excesivamente amplio. Muchos destacamentos insulares se quedaron sin armas, munición y alimentos.

No obstante, como es característico de todas las guerras, y especialmente de la mayor en la historia del mundo, los hechos y las personalidades adquieren impulso propio. MacArthur existía. Poseía un gran título y la propaganda lo había exaltado hasta convertirlo en el más famoso de los caudillos militares estadounidenses. Su máquina de relaciones públicas era la sección más eficaz de su cuartel general. Aunque Roosevelt y sus socios, junto con los jefes militares de la nación, lo tenían por un charlatán, una encuesta de 1945 en la que se preguntaba a los estadounidenses a quién tenían por el mejor de sus generales obtuvo la siguiente respuesta: un 43 por 100 eligió a MacArthur, frente al 31 por 100 de Eisenhower, el 17 por 100 de Patton y el 1 por 100 de Marshall[17].

El comandante del área suroccidental del Pacífico poseía una fuerza de voluntad y una autoridad personal superior a la de los jefes del estado mayor estadounidenses. Aunque a MacArthur nunca le dieran la cantidad de recursos que él exigía, ejercía una influencia política y moral que bastaba para sostener su campaña y respaldar sus objetivos. Racionalmente, Estados Unidos podría haber detenido las operaciones terrestres contra Japón en 1944, una vez controladas las Marianas. Desde sus bases aéreas, los bombarderos «Superfortaleza» de la USAAF podían reducir a cenizas la patria del enemigo. Junto con el bloqueo naval, que paralizó la industria japonesa y, sobre todo, el abastecimiento de petróleo, un bombardeo aéreo irresistible hacía inevitable, a la postre, la rendición de Japón. Las sangrientas campañas

insulares de Estados Unidos en 1944, como el tardío avance británico por el interior de Birmania, contribuyeron en poco a adelantar el resultado de la guerra.

Pero ésta es una perspectiva reservada a la posteridad. En aquel momento, detener las operaciones de tierra habría sido inconcebible; salvo para los aviadores, con la feroz ambición de demostrar que podían derrotar a Japón por sí solos. El cuerpo de marines y las divisiones del ejército estadounidense desplegadas en el Pacífico esperaban continuar luchando, igual que sus comandantes y su nación. Una vez que los grandes pueblos se entregan a la empresa de matar, hay una inevitabilidad sombría en el modo en que continúan haciéndolo hasta que sus enemigos hincan la rodilla. En la primavera de 1944, los japoneses aún estaban lejos de reconocer la derrota.

18

Italia: grandes esperanzas, frutos amargos

I. Sicilia

En septiembre de 1939, los sabelotodos de Reino Unido decían: «Los generales han aprendido la lección de la última guerra. Ahora no habrá masacres sistemáticas». Evelyn Waugh respondió a estas palabras con su mordacidad característica: «¿Cómo va a ser posible la victoria, si no es mediante masacres sistemáticas?»[1]. Su pregunta, aunque maliciosa, estaba perfectamente justificada. Para derrotar a la Alemania nazi, era indispensable que sus enemigos destruyeran la Wehrmacht. Los Aliados occidentales tuvieron la suerte de cara por el hecho de que fueran los rusos, y no ellos, los que pagaron casi por entero la «factura del carnicero»; para lograr esa meta, Rusia aceptó el 95 por 100 de las bajas militares de las tres potencias principales de la Gran Alianza. En 1940-1941, el imperio británico desafió a Hitler en solitario. A partir de entonces, Estados Unidos aportó el grueso de la contribución material a la derrota de Alemania, al facilitar a Rusia y Reino Unido una ayuda que adquirió proporciones ciclópeas desde 1943 y, además, crear fuerzas navales y aéreas muy poderosas. La ofensiva de los bombarderos angloestadounidenses causó un impacto cada vez más intenso sobre Alemania. En cambio, los ejércitos aliados occidentales, al demorar hasta 1944 los desembarcos de importancia en el continente, se limitaron a interpretar un papel marginal. A la postre, los rusos mataron a más de cuatro millones y medio de soldados alemanes, mientras que las fuerzas de tierra del Reino Unido y Estados Unidos sólo causaron la muerte de aproximadamente

medio millón de alemanes. Estas cifras ponen de manifiesto la disparidad existente entre las respectivas aportaciones militares.

Para que los soldados de Churchill y Roosevelt hubieran desempeñado una función decisiva en la batalla terrestre contra Alemania, deberían haber desembarcado en el continente europeo un mínimo de cuarenta divisiones (y, probablemente, más) en 1943, antes de que los rusos obtuvieran sus grandes victorias. Esta fuerza no existía con el nivel de instrucción y grado de equipamiento que los jefes militares estadounidenses y británicos consideraban esenciales. Un factor no menos importante fue que no existía una flota capaz de transportar hasta Europa una fuerza similar y abastecerla adecuadamente en adelante. La Luftwaffe siguió siendo relativamente poderosa; no halló rival que la hiciera caer hasta el año siguiente, cuando los Mustang de las fuerzas aéreas estadounidenses volaron sobre Alemania. El dominio aliado del espacio aéreo francés, que en 1944 resultó absoluto, habría hallado contestación si los Aliados hubieran desembarcado antes.

Los estadounidenses estaban dispuestos a correr el riesgo de desembarcar un ejército poco numeroso en Francia en 1943 o incluso en 1942. No así los británicos, que deberían haber proporcionado la mayoría de los hombres. Juzgaban (y apenas caben dudas de que acertaban al pensar así) que si no desplegaban una fuerza abrumadora sufrirían otro desastre, tan doloroso como los vividos en los primeros años de guerra. Aun si una campaña continental hubiera demostrado ser sostenible en 1943, habría costado cientos de miles de bajas más de las que sufrieron los ejércitos angloestadounidenses en 1944-1945, al enfrentarse a fuerzas alemanas mucho más poderosas que aquellas contra las que lidiaron los aliados en el Día D y a continuación, cuando Alemania había padecido ya otro año de desgaste en el frente oriental.

Las extensiones marítimas que separaban a los Aliados occidentales de la Europa ocupada representaban un reto para las fuerzas de invasión que debían cruzarlas, pero también protegieron a los angloestadounidenses de la interferencia alemana. Roosevelt y Churchill pudieron poner en práctica el lujo de la elección; éste era un lujo negado al Ejército Rojo, que se enfrentó sin pausa a los ejércitos de Hitler. El capitán Pavel Kovalenko estaba entre los muchos rusos enfurecidos con lo que consideraban pusilanimidad de los Aliados occidentales, que hicieron caso omiso, convenientemente, del ignominioso papel que hubo de desempeñar la Unión Soviética entre 1939 y junio de 1941. Kovalenko escribió desde el frente, el 26 de marzo de 1943: «Winston Churchill ha pronunciado un discurso en la radio, [en el que decía:] "Puedo imaginar que, a lo largo del año próximo o posiblemente del siguiente, seremos capaces de culminar la derrota de Hitler". ¿Qué puede esperarse de esos cabrones de "Aliados"? Son unos farsantes, unos canallas.

Quieren unirse a la lucha cuando el resultado esté decidido».

Churchill era muy consciente de estos sentimientos y dio instrucciones al respecto a sus jefes del estado mayor, en marzo de 1943: «Británicos y estadounidenses están sobrecargando en todas partes sus planes operativos con tantos factores de seguridad que pierden la capacidad de emprender ninguna clase de guerra agresiva. Durante los próximos seis u ocho meses, Reino Unido y Estados Unidos estarán jugueteando con media docena de divisiones. Ésta es la posición a la que nos vemos reducidos y que ustedes deberían empeñarse en resolver con la mayor diligencia[2]». Pero no podía darse ningún compromiso especial de las fuerzas de tierra. Británicos y estadounidenses optaron por operaciones limitadas contra el flanco meridional del Eje. En Casablanca, la delegación de Churchill había obtenido una garantía de apoyo estadounidense a un desembarco en Sicilia, que por entonces se confiaba en que pudiera desarrollarse a principios de verano. También se hizo mucho hincapié en Pointblank («A quemarropa»), la ofensiva de bombardeo combinado concebida para abrir camino a la invasión de Francia. Cuando se celebró la cumbre siguiente, en Washington, en el mes de mayo, el prolongado final de partida de la guerra norteafricana había demorado el objetivo siciliano hasta julio. Los jefes del estado mayor de Estados Unidos seguían descontentos con la idea de desviar fuerzas de la esperada campaña francesa, pero en Washington reconocieron que aquel año no podía completarse ningún desembarco en el noroeste de Europa. Creían que los británicos aprovechaban la escasez de embarcaciones de transporte para rehuir un acuerdo con la invasión de Francia que les disgustaba; la pusilanimidad de los británicos era en efecto real, pero también lo era el problema con los transportes. Sería intolerable que los ejércitos aliados permanecieran ociosos en Reino Unido hasta el verano siguiente; entre tanto, Italia era su único objetivo creíble.

Los Aliados sabían que muchos italianos ardían en deseos de escapar de la guerra. Iris Origo, escritora de origen estadounidense que ocupaba un castillo en el sur de la Toscana, escribió en abril: «En la opinión pública se ha producido un cambio notable. El resentimiento y el desánimo activos que siguieron al desembarco de los Aliados en el norte de África y al bombardeo de ciudades italianas ha dado paso a una apatía desesperada… Todo el mundo lo dice con notable franqueza: "Es el fascismo lo que nos ha traído esto[3]"». Era evidente que Italia no tardaría en abandonar. Los británicos contaban con que, cuando ocurriera esto, la mayoría del país caería en manos de los Aliados: Ultra indicaba que los alemanes no pretendían organizar una campaña destacada en el sur de la península, sino que se limitarían a mantener una línea de montaña en el norte. Aquí hallamos un ejemplo de los peligros derivados de espiar la mano de cartas del enemigo: los Aliados

creían estar al cabo de la intención de Hitler, pero éste podía cambiarla y repartir las cartas de nuevo.

Churchill y sus generales tenían mucha razón al creer que era esencial atacar la zona continental italiana, el único campo de batalla en el que las fuerzas terrestres angloestadounidenses podían enfrentarse a las alemanas en 1943. Pero estaban muy mal informados —inexplicablemente y por su propia culpa— sobre los problemas geográficos, políticos y económicos que encontrarían allí. Subestimaron las dificultades de avanzar por territorio montañoso contra una defensa tan obstinada como habilidosa. Previeron que Italia proporcionaría un trampolín para una ofensiva temprana contra el flanco meridional de Alemania. Según aseveraron en Washington, «el Mediterráneo nos ofrece ocasiones de actuar en el otoño próximo que podrían resultar decisivas… Tendremos todo tipo de oportunidades de quebrantar el Eje y llevar la guerra a una conclusión de éxito en mayo de 1944».

Los estadounidenses aceptaron el acuerdo italiano, con la condición de que, al llegar el otoño, varias divisiones se retirarían para desplegarse de nuevo en Reino Unido y prepararse para el Día D. En fecha tan tardía como el 27 de julio de 1943, el Comité de Inteligencia Conjunta de Reino Unido predijo correctamente una inminente rendición de Italia, pero dio por sentado —erróneamente— que a continuación las fuerzas alemanas se retirarían a los Alpes marítimos y posiciones que cubrieran Venecia y el Tirol. Los jefes del estado mayor de Churchill fueron más cautos y contaron con que el enemigo recibiría algunos refuerzos en Italia. Pero las operaciones aliadas contra el país de Mussolini se lanzaron entre promesas británicas de presas fáciles, que provocaron un enfado perdurable entre los estadounidenses, cuando los hechos negaron las predicciones.

El 10 de julio, una armada de 2950 buques de guerra y transportes comenzó a desembarcar ciento ochenta mil soldados en la costa de Sicilia, bajo el mando del general sir Harold Alexander. Los británicos desembarcaron en el este, y los estadounidenses, al suroeste. Vientos fuertes hicieron estragos en el plan de aerotransportación, al causar que muchos planeadores cayeran al mar; así se perdieron 69 de los 147 que habían despegado en Túnez, con lo cual se ahogaron 252 paracaidistas británicos; sólo doce aterrizaron sanos y salvos en sus zonas asignadas. El uso imprudente del fuego antiaéreo por parte de la flota aliada causó más bajas entre los transportes. En las playas, cuatro divisiones italianas ofrecieron escasa resistencia, lo cual resultó afortunado, dado que muchos invasores habían tomado tierra en lugares equivocados. Incluso algunos alemanes mostraron pocas ganas de combatir: un paracaidista estadounidense que cayó entre una de sus unidades, sin recursos y en solitario, se sorprendió cuando

se le acercaron tres soldados enemigos y su jefe dijo, en perfecto inglés: «Nos rendimos. Llevamos tres años y ocho meses luchando por toda Europa, Rusia y el norte de África. Con eso hay de sobras para cualquier ejército. No aguantamos más[4]».

La defensa halló el obstáculo de que, mientras el general Albert Kesselring dirigía las tropas en Italia, Mussolini insistió en que un italiano, el general Alfredo Guzzoni, controlara a las fuerzas del Eje en Sicilia, responsabilidad que iba enormemente grande a su limitada capacidad. Pero la mayoría de los hombres de las dos formaciones alemanas desplegadas en la isla, a las que se les sumó pronto el refuerzo de una tercera, se arrojó al combate con su determinación habitual. El paracaidista de la Luftwaffe Martin Poppel escribió el 14 de julio, después de que su unidad hiciera los primeros prisioneros, que eran soldados aerotransportados británicos: «En mi opinión, su ánimo no es demasiado bueno. Tienden a rendirse en cuanto se les ofrece un mínimo de resistencia, de un modo que jamás se habría visto en ninguno de nuestros hombres[5]». Una semana más tarde añadió:

> Está claro que los tommies creían que su fuego de artillería de ayer nos había obligado a retirarnos y esta mañana temprano se han presentado con tres camiones cargados de infantes. Iban apiñados detrás de cañones anticarro de 37 y 57 milímetros. Desde luego no han entendido a nuestros paracaidistas ni han aprendido nada de las experiencias de ayer. Todo estaba en silencio. Mis chicos dejaron pasar la escolta motorizada y sólo les dieron su merecido cuando los camiones estaban justo a su lado. En cuestión de segundos, el primer camión ardía y los tommies saltaban de ahí como podían. Al terminar, contamos hasta quince muertos y nos llevamos a once prisioneros. Por la noche recogimos los anticarro; reforzarán considerablemente nuestras posiciones[6].

Poppel sólo hablaba bien de la artillería británica, que se hizo merecedora del respeto alemán durante toda la guerra: «Hay que reconocerlo: un tommy te sitúa en posición al oficial de observación avanzada con una prontitud endiablada y su artillería abre fuego muy rápido[7]».

Los alemanes no lo pasaron mal solamente por la artillería aliada, sino también por los ataques aéreos. Descubrieron que sus enormes carros de combate Tiger, de sesenta toneladas, aun siendo armas formidables, eran muy poco adecuados para la irregularidad del terreno siciliano. Los contraataques del Eje, sobre todo los dirigidos contra las cabezas de playa estadounidenses, fueron repelidos con facilidad. La jactancia con la que Martin Poppel hablaba del rendimiento de su unidad no debe enmascarar el hecho de que otra división de la Luftwaffe, la Hermann Goering, demostró ser la formación alemana más inepta de toda la isla. Su comandante, el general Paul Conrath, escribió con furia el 12 de julio: «He tenido la amarga experiencia de contemplar escenas, durante estos últimos días, que son indignas de un soldado alemán… El personal corría hacia la retaguardia, gritando con histerismo, porque habían oído un simple disparo en algún

lugar indeterminado de la zona… El "pánico a los carros" y la difusión de rumores se castigarán con las medidas más severas. La retirada sin órdenes expresas y la cobardía se castigarán en el momento y lugar mismos, si es preciso mediante ejecuciones». Los alemanes se enfurecían ante las noticias repetidas de oficiales italianos que abandonaban a sus hombres.

Los soldados italianos entraban en tropel en las líneas aliadas, para rendirse «con ánimo de fiesta», según la expresión de un estadounidense: «Habían lanzado por todas partes sus posesiones personales y llenaban el aire de risas y canciones[8]». Un teniente escribió a su familia: «Son una raza extraña, estos italianos. Uno creería que somos sus libertadores, en lugar de sus captores[9]». Algunos estadounidenses respondieron de forma brutal a esta docilidad. En dos incidentes separados del mismo 14 de julio, un oficial y un suboficial de la XLV.ª división estadounidense mataron a sangre fría a grupos numerosos de italianos. Uno de ellos, el sargento Horace West, que mató a treinta y siete personas con una metralleta Thompson, fue condenado en consejo de guerra, pero más tarde se le concedió clemencia. El otro, el capitán John Compton, organizó un pelotón de fusilamiento que masacró a treinta y seis prisioneros italianos. A Compton se le formó consejo de guerra, pero fue absuelto y halló la muerte más adelante, en combate. Patton, cuya ética militar era paralela a la de muchos comandantes alemanes, escribió que: «en mi opinión, se trata de muertes plenamente justificadas». Sólo bajo presión accedía a los consejos de guerra. Se impidió la revelación de ambos incidentes, porque Eisenhower temía posibles represalias del enemigo contra los prisioneros aliados; si los alemanes hubieran sido los responsables, se los habría acusado de crímenes de guerra en 1945 y probablemente se los habría ejecutado.

A la derecha del campo aliado, los dos cuerpos de Montgomery tomaron Siracusa el primer día, según se había planeado, pero en adelante su progreso fue lento, al verse frenados por la falta de transportes. «Esto no es país para los tanques», se lamentaba un oficial británico, mientras uno de los soldados de Montgomery se quejaba de que Sicilia era «una puta mierda, la mires por donde la mires: peor que el puto desierto[10]». Un oficial británico, David Cole, describió la experiencia de «recorrer kilómetros y kilómetros de tierras polvorientas con 35 grados a la sombra[11]», hasta que contempló desde lo alto la llanura de Catania, junto a su oficial al mando.

> Ante nosotros se abría un panorama magnífico. Cincuenta kilómetros al norte, el horizonte estaba dominado por la descomunal, neblinosa y cónica masa del monte Etna, con sus tres mil metros de altura… Siguiendo la costa, la ciudad de Catania brillaba, desdibujada, con el calor. Todo esto habría representado una imagen de gran belleza y tranquilidad, de no haber sido por el sordo ruido de los proyectiles, con sus reveladoras nubes de humo negro, que estallaban cerca del río. La realidad era que, allá abajo, frente a nosotros, escondidos en trincheras y zanjas y refugiados detrás de los edificios y cuanto podían hallar para ocultarse, dos ejércitos se enfrentaban entre sí en un

conflicto mortal.

Los paracaidistas británicos tomaron el puente de Primosole intacto, aunque al terminárseles la munición, los contraataques los obligaron a retirarse. Paracaidistas de la Luftwaffe organizaron a continuación una defensa a ultranza del puente contra los asaltos, caracterizados por su lentitud y falta de imaginación. A lo largo de toda la guerra, el ejército británico padeció la poca calidad de sus sistemas de radio; los fallos de comunicación fueron constantes en las operaciones de Primosole. Los alemanes contaban con radios mejores que sus enemigos, lo que les proporcionaba una ventaja notable en el campo de batalla. La diferencia era aún más marcada en el frente oriental, puesto que en 1941-1942 eran pocos los aviones y carros rusos que disponían de radio; incluso en 1943, solamente las equipaban los tanques de los comandantes de las compañías. La pobreza de las comunicaciones británicas tuvo impacto sobre las campañas de Francia en 1940 y de Creta en 1941. Incluso en septiembre de 1944, las deficiencias de los vínculos radiofónicos entre los elementos de la primera división aerotransportada contribuyeron de forma clara a su derrota en Arnhem y supusieron una desgracia institucional para el ejército británico. Entre 1942 y 1945, la RAF desplegó una tecnología electrónica que se contaba entre la más avanzada del mundo, pero las radios del ejército de tierra siguieron siendo inestables y hubo ocasiones en las que esta debilidad influyó de un modo significativo en el desarrollo de las batallas, como ocurrió en Sicilia.

En Primosole, dos batallones de la infantería ligera de Durham padecieron quinientas bajas. La coordinación de carros e infantería era pobre y dos cañones alemanes de 88 milímetros destruyeron una sucesión de Sherman que avanzaban por campo abierto. Algunos de los atacantes situaron luego aquellos combates entre los más sangrientos de su guerra. Sin embargo, los alemanes mantuvieron la plaza con un grupo de batalla improvisado, formado principalmente por ingenieros y técnicos de transmisiones, más que por infantes. Sigue siendo un misterio por qué Montgomery, enfrentado a tan fuerte resistencia, no optó por superar al enemigo por el flanco, enviando las tropas por mar hasta Catania. El puente se conquistó, pasado un tiempo, pero el avance británico había sufrido un serio retraso.

Alexander encargó a los estadounidenses que se limitaran a proteger el flanco británico. En consecuencia, se les denegó una ocasión de avanzar hacia el norte por el interior de la isla, con la posibilidad de atrapar a una división de Panzer que se retiraba hacia el este. Patton, que perdía la paciencia por las restricciones de su papel, envió a un cuerpo a la carrera hacia Palermo, en el noroeste. Llegó a la ciudad el 22 de julio e hizo numerosos prisioneros italianos, pero su avance desconcertó a Kesselring, porque desde un punto de

vista estratégico resultaba fútil. El hecho de que Alexander consintiera esta carrera estadounidense en sentido contrario al grueso de las fuerzas alemanas fue un reflejo de su típica falta de control de la situación. A cualquier oficial reflexivo le resultaba evidente que la campaña se decidiría en la zona oriental de Sicilia, no en la occidental. Pero mientras que los soldados aliados trazaban caminos errabundos por la isla, sólo sus enemigos exhibían claridad en sus propósitos.

Ello no obstante, los alemanes topaban con obstáculos como las carencias de munición y abastecimiento y la abyecta actuación de sus propios aliados. El general Conrath les dedicó palabras amargas: «Los italianos casi nunca han presentado batalla y es de suponer que tampoco lucharán en la península. Muchas unidades de Sicilia, ya fueran dirigidas por sus oficiales o marcharan en solitario, se despidieron sin disparar ni un solo tiro… El 90 por 100 del ejército italiano son cobardes y no quieren combatir[12]». Pero la prontitud con la que los soldados italianos abandonaban la lucha sirvió de poco a su propio pueblo, que en Sicilia comenzó una larga agonía. Mientras una ciudad tras otra se convertía en campo de batalla, arrasada por las bombas y los proyectiles, los súbditos de Mussolini, ya agotados por la guerra, sufrieron terriblemente. En Troina, al este del monte Etna, se vivieron varios días de combates feroces. Un corresponsal describió así la escena vivida en la ciudad después de que fuera capturada por la I.ª división estadounidense:

> Una anciana fantasmal yacía entre revoques desmoronados y maderas hechas pedazos… estiró las manos hacia nosotros, nos contempló fijamente con ojos ciegos y gimió como el viento que se lamenta entre los pinos. Seguimos caminando hacia la iglesia. Entraba luz por un boquete del techo. Bajo el agujero, en el suelo, había una bomba de quinientas libras, sin explotar. Algún soldado estadounidense suspiró hondamente en mi oído: «Dios, ha sido un milagro»… En la oficina del comandante encontramos a unos pocos de los heridos que nuestros soldados habían rescatado con vida de las ruinas. En un banco de madera yacía la delgada forma de una niña de unos diez años. Su pelo negro estaba manchado de yeso grisáceo. Una de sus piernas estaba completamente cubierta de vendas… Agarraba con las dos manos una galleta salada que le había dado un soldado. No se movía, sólo miraba fijamente al techo[13].

El 25 de julio, en Roma, el rey Víctor Manuel III y el mariscal Pietro Badoglio acordaron el arresto de Mussolini. El primer líder fascista de Europa apenas protestó ante su propia caída. Tenía el ánimo quebrantado, se había resignado a la derrota y parecía centrar sus preocupaciones en salvar el pellejo. El ex Duce pasó las semanas siguientes de cautividad —primero en islas costeras, luego en una estación de esquí de los Apeninos— ingiriendo cantidades prodigiosas de uvas, leyendo una vida de Cristo y asistiendo a misa por vez primera desde la infancia. No es muy probable que se alegrara cuando el comando nazi de Otto Skorzeny lo rescató el 12 de septiembre. Aunque lo restauraron a una posición de poder, no era más que un títere y sabía que su juego había terminado. También lo sabía Hitler, quien durante

meses había estado buscando un jefe alternativo para el fascismo italiano y a la postre tuvo que restaurar a Mussolini a falta de ningún candidato mejor.

La caída del Duce provocó una explosión de júbilo entre los Aliados y quienes simpatizaban con ellos en todo el mundo. Muchas personas hallaban que la vida cotidiana en tiempo de guerra sólo era soportable por recibir tales inyecciones de esperanza. Gracias a las victorias locales o las noticias sobre cambios de gobiernos, experimentaban oleadas de intensa emoción o alivio. Victor Klemperer, el diarista judío de Dresde que se aferraba de modo precario a una libertad con restricciones, recordaba muchos momentos en los que supuso que la derrota de Alemania era inminente. El 27 de julio de 1943, exultaba ante el destino de Mussolini: «El fin está ahora a la vista… ¡Quizá falten sólo seis u ocho semanas! Apostamos nuestro dinero por una dictadura militar [en Alemania]»[14]. Un compañero de religión compartía su euforia y afirmó en su puesto de trabajo: «Ahora ya no tenemos que presentarnos por la mañana», decía, y conjeturaba que quizá Hitler ya no duraría más de un mes[15]. Tales momentos de optimismo enfebrecido y exagerado bastaban para que personas de ambos bandos del conflicto fueran un poco más allá de sus penalidades y privaciones y conjurasen con ello la desesperación.

La agitación política de Roma convenció a Hitler de la necesidad de evacuar Sicilia. Los alemanes se retiraron hacia el este ordenadamente y fueron librando obstinadas acciones de combate para demorar a sus enemigos. La agitación política de Roma convenció a Hitler de la necesidad de evacuar Sicilia. Los alemanes se retiraron hacia el este ordenadamente y fueron librando obstinadas acciones de combate para demorar a sus enemigos. El artillero de blindados Erich Dressler, horrorizado por la destrucción de su propia unidad y la inferioridad de recursos de los defensores, quedó desconcertado por la dilación aliada. «Con más agallas, los tommies podrían haber acabado con todos nosotros… Yo pensaba: "Todo ha terminado". Pero por la razón que fuera, de pronto se pararon[16]». En la noche del 11 de agosto, empezaron a embarcar sus fuerzas para cruzar el estrecho de Mesina, de unos cuatro kilómetros de anchura, hasta la península italiana. Aunque Ultra señaló con claridad la intención del enemigo, ni las fuerzas aéreas aliadas ni la Royal Navy intervinieron de forma eficaz para impedir que el Eje retirase a cuarenta mil soldados alemanes y sesenta y dos mil soldados italianos con la mayoría de sus carros, vehículos y pertrechos. Fue un fallo asombroso. Un oficial de la marina alemana, el barón Gustav von Liebenstein, fue el cerebro de una evacuación que algunos describieron como una Dunkerque en miniatura; en realidad, cabe decir que fue aún más eficaz, porque las tres divisiones alemanas alcanzaron el continente con plena capacidad de combate. Los estadounidenses entraron en el puerto de Mesina a una hora ya tardía del 16 de agosto, justo por delante de los británicos. El

comandante alemán, el general Hans Hube, completó su evacuación a primera hora de la mañana siguiente.

Los estadounidenses extrajeron lecciones dolorosas de la campaña siciliana. Las operaciones anfibias y las consiguientes acciones aéreas adolecían de una planificación pobre y una dirección torpe. La coordinación entre las fuerzas aéreas y terrestres resultaba deficiente. Si las tropas italianas hubieran combatido con la misma determinación que las alemanas, probablemente habrían expulsado de tierra a los invasores. Los estadounidenses se sentían consternados por la falta de control de Alexander, despreciaban la morosidad de Montgomery y se irritaban ante la evidente voluntad británica de relegarlos a una función subordinada. Los británicos, a su vez, se sentían exasperados por la reticencia de los comandantes estadounidenses —sobre todo de Patton— a ajustarse a los planes acordados. Cada aliado criticaba el rendimiento en combate de las tropas ajenas. Los dos hallaron dificultades en superar a los defensores cuando controlaban terrenos altos desde los que dominaban las pocas carreteras de la isla. Los alemanes eran magistrales en la ejecución de emboscadas y demoliciones, un anticipo de lo que serían sus tácticas en toda la longitud de Italia durante los dos años siguientes. Los invasores no supieron aprovechar el poder naval para flanquear la resistencia y se limitaron a dirigir una sucesión de combates penosos.

Cerca de cincuenta mil alemanes habían mantenido a raya a medio millón de soldados aliados durante cinco semanas. Los invasores dieron mucha importancia a los peligros que podían representar los carros Tiger, los Nebelwerfer[*16] las metralletas Spandau y el fuego de la artillería enemiga; a las dificultades de atacar en terreno escarpado; al calor, la malaria y las pérdidas por fatiga de combate. Pero era evidente que, aunque la abrumadora superioridad aliada había terminado por imponerse, los soldados de la Wehrmacht habían luchado de un modo más convincente que los estadounidenses. Las fuerzas aliadas fueron incapaces, una y otra vez, de traducir las conquistas de terreno en destrucción de fuerzas enemigas (y les ocurriría de nuevo en la Europa noroccidental). Los alemanes se sentían tan desconcertados por su propia supervivencia —así como por la incapacidad aliada de lanzar una operación anfibia contra Calabria, que les habría cerrado el paso— que algunos acariciaron una teoría fantástica, según la cual Alexander habría consentido su retirada por razones políticas.

La campaña siciliana representó la única operación terrestre significativa que para julio de 1943 habían emprendido Estados Unidos y Reino Unido contra Alemania; supuso la participación de ocho divisiones aliadas y costó seis mil muertos. Durante el mismo período, cuatro millones de hombres quedaron atrapados en los combates de los alrededores de Kursk y Orel,

donde perecieron medio millón de rusos. Algunos civiles alemanes, que anhelaban el fin de la guerra, lamentaron la lentitud del avance de los Aliados occidentales. Así, Mathilde Wolff-Mönckeberg escribió el 14 de agosto: «Teníamos todas, todas nuestras esperanzas puestas en que las cosas irían aún más rápido[17]». Sobran las explicaciones para el modesto compromiso de los Aliados con la batalla terrestre en 1943, pero es fácil comprender por qué los rusos lo contemplaban con tanto desprecio. También lo hicieron así algunos participantes de la acción de Sicilia. El teniente coronel Lionel Wigram, uno de los oficiales más enérgicos e imaginativos del ejército británico, envió un informe en el que analizaba los fallos que había observado personalmente. Criticó el abuso de ataques frontales sin variantes; la excesiva dependencia de la artillería; la negativa a aprovechar la tarea de infiltrados para trabajar por detrás de los defensores en el terreno próximo. Instó a que todos los batallones quedaran aligerados de los veintitantos soldados que, una y otra vez, huían de los combates. Concluyó: «No cabe duda de que, en cierto sentido, los alemanes han obtenido un triunfo claro en Sicilia. Han sido capaces de evacuar sus fuerzas casi intactas y tras haber sufrido muy pocas bajas… A nosotros nos han causado bajas de importancia. Estamos muy irritados por ello[18]». Esta valoración tan brutalmente franca llegó a oídos de Montgomery, quien, escocido en la vanidad, despachó a Wigram del mando de su batallón. Más allá de esto, no se prestó ninguna atención a las críticas del coronel.

Los apologistas de los ejércitos británico y estadounidense alegan que el respeto por la defensa alemana de Sicilia, como por muchos otros éxitos del Eje en los campos de batalla, no puede enmascarar el fracaso último: las fuerzas de Kesselring fueron expulsadas de la isla, ergo perdieron. Esto es tan cierto como importante. Entre los temas de este libro figura el de que la Wehrmacht lidió muchas batallas con total brillantez mientras que Alemania llevó la guerra espantosamente mal. Sin embargo, la repetida incapacidad angloestadounidense de aniquilar a los ejércitos de Hitler, por mucho que lograran ir desplazándolos de forma progresiva del territorio ocupado, significó que, hasta 1945 —y desde 1941— el motor principal de la destrucción del nazismo no fue otro que el Ejército Rojo.

II. El camino a Roma

El asalto aliado a la península italiana comenzó el 3 de septiembre, cuando un grupo de canadienses del VIII.º ejército desembarcó en Calabria sin hallar resistencia; Kesselring, que dirigía la defensa alemana, había decidido luchar la primera batalla más al norte. Cinco días más tarde, el 8 de septiembre,

cuando los líderes aliados se reunieron para celebrar una cumbre en Quebec, el gobierno romano del mariscal Badoglio anunció la rendición de Italia, lo que renovó el optimismo: se confiaba en ascender con rapidez por la península. Al día siguiente, el V.º ejército del teniente general Mark Clark desembarcó en Salerno. Ésta fue una de las acciones cruciales de la guerra occidental, pero no del modo previsto por los invasores. Los rangers estadounidenses del coronel Bill Darby lograron un triunfo inicial en el extremo izquierdo de la línea aliada, liberaron las residencias vacacionales de la costa de Amalfi y tomaron el control del paso de Chiunzi, desde donde ya se atisbaba Nápoles. Pero en las demás zonas, los alemanes se desplegaron con rapidez para enfrentarse a los invasores con toda una serie de contraataques de gran intensidad. Un cuerpo británico y uno estadounidense de Clark se encontraron atrapados en cuatro pequeñas cabezas de playa, bajo fuego intenso.

El día 13, las fuerzas de Kesselring abrieron una cuña entre elementos británicos y estadounidenses que llevó a sus Panzer a poco más de un kilómetro del mar. La armada anfibia de costa afuera sufrió duros ataques de la Luftwaffe, que empleaba nuevas bombas planeadoras controladas por radio. Clark sintió pánico y propuso embarcar de nuevo al ejército. Aunque Eisenhower y Alexander rechazaron la propuesta, durante horas el caos dominó la cabeza de playa, sobre todo tras caer la noche. Según escribió un testigo ocular:

> Al creer que en nuestra posición se había infiltrado la infantería alemana, [las tropas estadounidenses] empezaron a dispararse entre sí y sonaban gritos escalofriantes de los hombres heridos por las balas. Nos agazapamos en nuestra trinchera bajo las hojas rosadas y agitadas de los olivos y observamos cómo el fuego se acercaba cada vez más y la noche pasaba lentamente… La historia oficial se ocupará de disfrazar esta parte de la acción de Salerno añadiéndole toda la dignidad posible. Lo que vimos nosotros fue ineptitud y cobardía, que se extendían desde el propio mando hasta la tropa, y esto tuvo como fruto el caos[19].

El teniente Michael Howard, de la guardia de Coldstream, escribió: «Los proyectiles gemían sobre nosotros como almas perdidas. Aaay, aaay, aaay, iban llorando[20]». Algunas unidades, tanto británicas como estadounidenses, actuaron de un modo deplorable: la historia oficial de la guardia escocesa reconoció que «flotaba en el aire la sensación de otra Dunkerque». Sólo un intenso bombardeo naval, que batía sin descanso el frente alemán, evitó el desastre. «Pero por el amor de Dios, Mike —le decía Eisenhower al general de división Mike Dawley, comandante del VI.º cuerpo de Estados Unidos, unas pocas horas antes de que Dawley fuera relevado y enviado a casa con rango de coronel—, ¿cómo lo has hecho para que tus tropas acaben tan hechas polvo?». El teniente Peter Moore, del regimiento de Leicestershire, escribió:

Durante la noche, los alemanes habían situado morteros y Spandau de forma que cubrían todo el perímetro. El primer signo del inminente bombardeo era el conocido tanc, tanc, tanc, tanc, tanc, tanc de las bombas de mortero que se colocaban en el cañón y se disparaban. La espera fue tensa y a los pocos segundos llegó el aullante uuush-bam, uuush-bam, uuush-bam de las bombas que explotaban entre nosotros. Al mismo tiempo, las Spandau abrían fuego con largas ráfagas que sobrevolaban nuestras cabezas y destrozaban las vides. La morterada era muy precisa y pronto sufrimos muchos heridos y unos pocos muertos. Era muy difícil ir en ayuda de los heridos por el ametrallamiento incesante. Disparamos nuestras ametralladoras Bren y nuestros rifles para dar cobertura a los heridos que se arrastraban o podíamos arrastrar nosotros a unas cavas que habíamos encontrado. El intercambio de artillería continuó todo el día. Me había convencido de que sólo nos cabía resignarnos: no veía cómo podríamos sostener un ataque prolongado y simplemente deseaba que el destino que me hubiera de aguardar fuese rápido. Siempre llevaba conmigo el devocionario del ejército y me proporcionó un enorme solaz y consuelo ir leyendo los rezos de mañana y tarde y aquellos consabidos cánticos, salmos y oraciones[21].

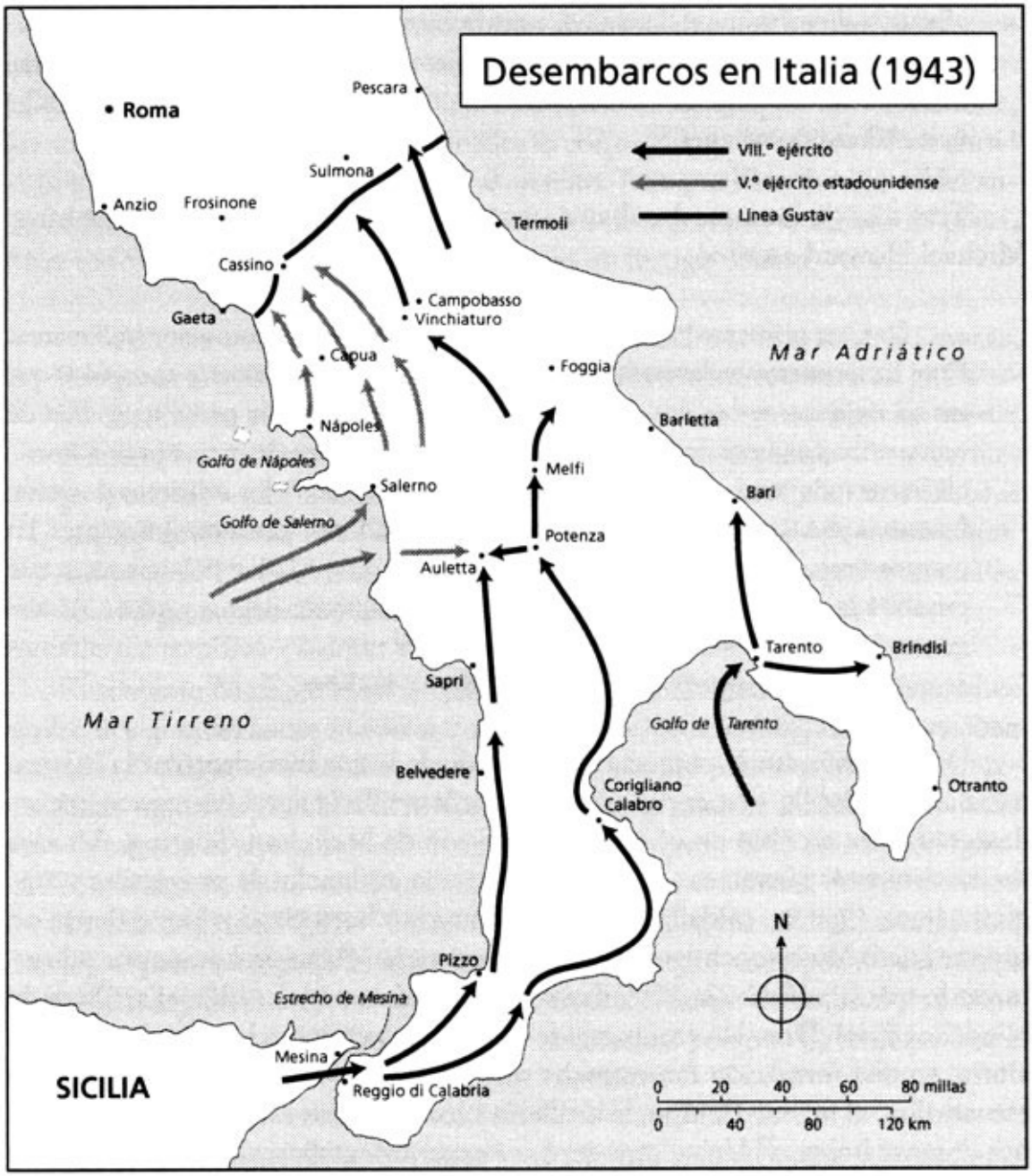
Tras días de intensos combates, se rechazó el contraataque de Kesselring. Michael Howard escribió:

Con las primeras luces, aún grisáceas, enterramos a los muertos alemanes. Eran los primeros cadáveres que yo manejaba: muñecos tristes y encogidos que yacían rígidos y retorcidos, con ojos azules vidriosos. Nadie podía tener más de veinte años y algunos eran poco más que niños. Con una despreocupación horrible los introdujimos en sus propias trincheras, a paladas, y los cubrimos de tierra. La escena aún sigue grabada en mi mente: los cavadores, jorobados y urgentes, las cuerpos despatarrados con los ojos muertos bajo una fría luz del amanecer que privaba a la escena de todo color y sólo dejaba lastimeros negros y grises. Al terminar, hincamos sus rifles y bayonetas sobre las tumbas y corrimos a ocultarnos de nuevo en lugar seguro. Era una escena digna de Goya.

Una vez más, fue la potencia de fuego aliada la que hizo decantar la balanza hacia el otro platillo. «La cortina de fuego de la artillería naval fue especialmente desagradable», escribió un oficial de la división de Hermann Goering. A todos los movimientos alemanes se respondía con una avalancha de proyectiles y ataques aéreos. Que los soldados aliados se sintieran horrorizados por Salerno no supone que la Wehrmacht gozara de la experiencia. «Aquí probamos por primera vez lo que significaba la auténtica superioridad material —dijo el artillero de blindados Erich Dressler, compungido—. Primero vinieron bombarderos a baja altura, en una formación tan estrecha que no se podían distinguir las diversas escuadrillas; al mismo tiempo, la artillería y los morteros estuvieron apaleándonos durante horas.»[22] Una y otra vez los Panzer intentaban abrirse paso y una y otra vez quedaban detenidos con pérdidas de importancia. Aunque las bajas de Kesselring en la batalla fueron de sólo 3500 hombres, incluidos 630 fallecidos, contra los 5500 británicos y los 3500 estadounidenses, los alemanes carecían de la potencia de combate necesaria para llegar al mar. Golpearon y dejaron tocados a los invasores, como harían más tarde en Anzio y Normandía, pero no lograron expulsarlos al enfrentarse a una artillería terrestre y naval extraordinariamente poderosa.

La mediocre actuación de los Aliados frente a fuerzas del Eje inferiores

ejerció, sin embargo, una influencia decisiva sobre la campaña posterior. Aun cuando Kesselring empezó a retirarse hacia el norte, Salerno lo convenció de que la Wehrmacht estaba capacitada para sostener una prolongada acción de demora en la península italiana, al ser ésta un terreno idóneo para la defensa. Hitler se mostró de acuerdo y descartó su plan anterior de una retirada a las montañas septentrionales. A este respecto, el asalto de los Aliados al Mediterráneo fue un éxito y lo convenció de retirar dieciséis divisiones del frente oriental para reforzar Italia. Pero la escena estaba dispuesta para dieciocho meses de lentos y costosos combates en algunos de los paisajes más agrestes de Europa. Como escribió un paracaidista alemán en una carta inacabada hallada en su cadáver, en Salerno: «Si los tommies quieren hincarle el diente a nuestro territorio, tendrán que ganárselo pulgada a pulgada, y ten por seguro que no vamos a ser bocado fácil».



Kesselring resolvió dirigir una serie de batallas defensivas que para los Aliados resultaron penosamente repetitivas. En cada etapa, bombardearon las posiciones alemanas durante varios días antes de que su infantería pudiera pasar a las ametralladoras, artillería y fuego de mortero. Tras estos días (o semanas) de desgaste, los alemanes emprendían una retirada organizada hasta una nueva montaña o línea fluvial, que protegían demoliendo puentes, enlaces de ferrocarril y carreteras de acceso. Todo lo que podía resultar de valor a la población civil, así como a los Aliados, como por ejemplo el ganado, era saqueado o destruido. Se calculó que, durante su retirada con la estrategia de tierra quemada, los alemanes tomaron o mataron al 92 por 100 de todas las reses lanares y vacunas del sur de Italia, junto con el 86 por 100 de las aves de corral. Con la malicia que tan a menudo caracterizó el comportamiento de los alemanes, los hombres de Kesselring destruyeron buena parte del patrimonio cultural de Nápoles antes de abandonar la ciudad; así, prendieron fuego a bibliotecas medievales enteras, incluidos los cincuenta mil volúmenes de la universidad. Dejaron bombas de acción retardada en edificios destacados, con las que causaron bajas graves tras la liberación de la ciudad. Algunos soldados aliados no se comportaron mejor que sus enemigos y trataron como vándalos algunos artefactos de valor inestimable.

Churchill no se liberó de la creencia —de hecho, la obsesión— de que una gran campaña en Italia podría abrir un camino de entrada a Alemania. Los estadounidenses, por el contrario, decidieron pronto que las nuevas operaciones del Mediterráneo sólo podían ofrecer frutos amargos, así que intentaron derivar fuerzas lo más rápidamente posible para la invasión de Francia; sin duda, obraron correctamente. El entusiasmo británico hacia una estrategia meridional estaba justificado en 1942-1943, pero perdió credibilidad cuando se fue aproximando el ataque a través del canal de la Mancha y se fue evidenciando que no resultaría nada fácil penetrar en Italia. Las fuerzas aliadas debían permanecer en este país, para atar a los soldados alemanes que de otro modo acudirían a luchar a Francia o Rusia. Pero no se conseguiría ninguna victoria importante; no, desde luego, a las órdenes de unos comandantes de campo con capacidades tan limitadas como las de Alexander y Clark.

A finales de septiembre, trece divisiones aliadas hicieron frente a siete alemanas, mientras otras once formaciones de Kesselring protegían el territorio situado por detrás de la línea, empleando los métodos más brutales allí donde los partisanos ofrecían resistencia a su dominio. A lo largo de los meses de otoño, los Aliados fueron remontando lentamente desde el sur de Italia, siempre con el recurso incesante de los alemanes a las demoliciones, emboscadas y defensas a ultranza de los pasos fluviales y las colinas. «Si la

“liberación” de Italia continúa a este ritmo, quedará muy poco que liberar; distrito por distrito, los alemanes van dejando un desierto tras de sí», se lamentaba la condesa Iris Origo desde el territorio ocupado, en el mes de octubre[23]. La Línea Gustav, a lo largo de los ríos Sangro y Garigliano, estuvo en disputa varias semanas, período de tiempo durante el cual tormentas torrenciales redujeron el campo de batalla a un cenagal. «No creo que podamos lograr ningún resultado espectacular mientras siga lloviendo —informó Montgomery a Brooke poco antes de ceder el mando del VIII.º ejército para regresar a Inglaterra y ponerse a la cabeza de la invasión de Normandía—. El país entero se convierte en un mar de barro y no hay nada sobre ruedas que pueda moverse fuera de las carreteras».

La moral sufrió un bajón: «Italia les quebrantaría el lomo, los huesos, y a punto estuvo de quebrantarles el ánimo», según ha escrito Rick Atkinson, excelente historiador estadounidense de esta campaña[24]. «Todos los caminos conducen a Roma —se lamentaba Alexander—, pero todos los caminos están minados». Las bombas trampa y los artefactos explosivos «antipersona» causaban un constante goteo de bajas. Según las notas de un médico del ejército de tierra de Estados Unidos, «por lo general, la explosión parte el pie por el tobillo y el pie lisiado queda colgando de los tendones triturados. Las heridas y pinchazos adicionales de las dos piernas y la ingle agravan aún más la agonía». Evacuar a los heridos de las montañas era una labor de pesadilla que requería de cuatro hombres para mover cada una de las angarillas. Los alemanes crearon obstáculos imaginativos. Al norte del Sangro talaron una línea —de casi un kilómetro de largo— de álamos situados al borde de la carretera, bloqueando el paso de los blindados; la vía sólo pudo despejarse mediante bulldozers, a un ritmo de un árbol por hora.

En el recuerdo de la mayoría de los participantes en la campaña no dominó el sol y la belleza natural con la que la imaginación popular caracterizaba Italia, sino el horror de las condiciones invernales. «La tierra de fuera son cincuenta metros de FANGO: balsas de agua de quince centímetros de profundidad, brillantes, pegajosas y duraderas», según escribió a sus familiares el oficial de artillería John Guest[25].

> Grandes excavaciones en el barro, que dejan Alpes de barro en miniatura, indican dónde se han clavado tiendas en el barro y se han movido por culpa del barro a otros puntos de ese mismo barro. La experiencia psicológica acumulada con el barro… resulta imposible de describir. Los vehículos chirrían por la carretera inferior, en marchas cortas. A uno y otro lado de la carretera hay bancos de barro en los que te hundes hasta el muslo. Los márgenes de la carretera se hunden a menudo y los enormes camiones, como animales prehistóricos cansados, resbalan hasta hundirse sin remedio en la cuneta… Mis hombres están de pie en los pozos de cañón dando patadas en el suelo empapado, con la cabeza hundida en el cuello del abrigo. Cuando te hablan sólo alzan la mirada, porque sienten demasiado frío al levantar la cabeza. Todo el mundo tiene que andar con los brazos hacia fuera, para guardar el equilibrio.

En noviembre, el soldado canadiense Farley Mowat escribió desde Italia a un amigo que tenía en Reino Unido: «Odio desilusionarte con respecto al clima, pero tiene que ser el peor de todo el condenado mundo. Cuando no te hierve las pelotas en verano, te las congela en invierno. Entre tanto, te las pudre con una lluvia incesante. El único rato que paso cómodo es cuando estoy dentro del saco, vestido con la ropa de combate de lana y escondido debajo de media docena de mantas más[26]».

El teniente coronel Jack Toffey, comandante de un batallón estadounidense y héroe de la campaña italiana, cavilaba en voz alta sobre cómo desarrollar el instinto letal de sus hombres, para infundirles la pasión de los tigres, su deseo de entablar combate con el enemigo, lo único que podría inclinar la balanza de las batallas: «Nuestros chicos no son profesionales y tienes que condicionarlos para que disfruten de matar[27]». En noviembre, más de la mitad de los soldados cuyo desembarco había dirigido Toffey había pasado a formar parte de las bajas. Otro estadounidense comparó los combates en Italia con «subir a una escalera mientras un enemigo te pisotea las manos en cada travesaño[28]». El «artista de combate» George Biddle escribió: «Ojalá la gente de casa, en lugar de pensar en sus chicos como en estrellas del fútbol americano, los concibiera como mineros atrapados bajo tierra o ahogados hasta morir en el incendio de un edificio de diez plantas… fríos, empapados, llenos de añoranza y miedo[29]».

El 1 de diciembre, diecisiete divisiones aliadas se desplegaron contra trece alemanas. Los invasores gozaron de un apoyo aéreo apabullante, que sin embargo resultó de valor limitado en el tiempo invernal, contra unos defensores muy bien protegidos entre las montañas. En Monte Cassino, a unos ciento treinta kilómetros de Roma por el sur, tuvieron lugar cuatro batallas entre enero y mayo de 1944, en cuyos bombardeos se destruyó uno de los grandes monasterios medievales sin por ello favorecer claramente el avance terrestre. Los ejércitos aliados, que ahora incluían un conglomerado notable de soldados británicos, estadounidenses, franceses, neozelandeses, polacos, canadienses e indios, demostraron su coraje y fortaleza en condiciones similares a las del frente oriental o el Flandes de la Primera Guerra Mundial; pero sus sacrificios sirvieron de poco. La labor de los generales fue pobre y los ataques adolecieron de falta de coordinación, y esto, unido a la pericia de los alemanes y lo intratable del terreno, causó el fracaso de los asaltos repetidos. El general francés Alphonse Juin fue el único mando aliado que emergió de las campañas montañosas con una reputación mejorada: era un mariscal que había preferido degradar su rango para combatir en Italia y estaba mucho mejor preparado para la dirección de las operaciones que Alexander o Clark.

Las ambulancias de campo estadounidenses recibieron cálidos elogios por

su empeño de retirar a las bajas bajo un fuego continuo, hora tras hora y día tras día. Cuando uno de los vehículos cayó por una cuneta tras estallarle una bomba muy cerca, el conductor prosiguió a pie y trajo consigo a cuatro heridos indios, uno por uno, «bajo una lluvia de fuego… Día y noche, sin parar si era preciso, aquellos chicos estadounidenses no cejaban en su empeño. Siempre se podía confiar en que lo conseguirían, por muy difícil que estuviera la situación[30]». El I.er batallón del II.º regimiento de fusileros gurjas dirigió uno de los numerosos ataques contra Cassino:

> Las compañías de cabeza se adentraron en una trampa mortal. La maleza resultó ser matorral espinoso; sembrado de minas antipersona; en la zona exterior abundaban los cables trampas que detonaban explosivos. Detrás de esta barrera letal aguardaban las tropas de asalto, en puestos de metralletas situados a menos de cincuenta metros de distancia unos de otros. Entre estos nidos de ametralladoras había trincheras que protegían a artilleros y lanzadores de bombas enemigos. Una lluvia de granadas pasó trazando un arco por el cielo nocturno… Las secciones de cabeza entraron corriendo en la zona de maleza y casi todos sus hombres volaron por los aires. El coronel Showers cayó herido en el estómago. En menos de cinco minutos habían caído dos tercios de la compañía de cabeza, pero los supervivientes continuaron abriéndose paso. Luego se hallaron a varios fusileros con hasta cuatro cables trampa enredados en sus piernas. Naik Birbahadur Thapa, aunque sufrió numerosas heridas, logró abrirse paso entre el matorral y apoderarse de una posición… El camillero Sherbadur Thapa hizo dieciséis viajes por este terreno letal, antes de morir. Sólo un puñado de hombres salió indemne y pudo continuar la batalla hasta que se dieron órdenes de retirarse. Habían caído siete oficiales británicos, cuatro oficiales gurjas y otros 138 hombres de otra graduación[31].

En seis semanas, la IV.ª división india sufrió más de cuatrocientas bajas. Sus propios oficiales reconocieron que, con posterioridad a la experiencia de Cassino, ya nunca volvieron a ser la misma formación de combate.

El ánimo no era mejor en el otro lado de la colina. Según escribió el sargento Franco Busatti, miembro de una unidad de pioneros fascistas que prestaba servicio junto a los alemanes: «Creo que en el futuro se escribirá mucho sobre estas batallas y siento curiosidad por saber las respuestas de mañana a los porqués de hoy[32]». Le tocó retirarse con el ejército de Kesselring y le llamó la atención el contraste entre los soldados italianos, con su desorden crónico, y los alemanes, disciplinados incluso en la derrota. «Esta guerra la ganarán o los alemanes o los ingleses y estadounidenses. Los italianos son irrelevantes», escribió con fatalismo. Como muchos de sus compatriotas, al final Busatti decidió que no le debía lealtad a ninguno de los bandos. En agosto de 1944 desertó del campo de batalla y se refugió con su familia en el hogar de Città di Castello, hasta el final de la guerra.

Para los Aliados, sin embargo, era absolutamente imperativo renovar el asalto. El capitán Henry Waskow, texano de veinticinco años, dirigió a su ya disminuida compañía en un ataque nocturno (el 14 de diciembre de 1943, a la luz de la luna) contra una de las innumerables posiciones de montaña alemanas, la conocida con la simple referencia de «colina 730». «¿No sería éste un lugar horrible para morir y quedar congelado en la montaña?»,

murmuró irónicamente, hablando con su ordenanza. Sentía un deseo repentino de tomarse una tostada. «Cuando volvamos a Estados Unidos, me compraré una de esas tostadoras sabelotodo en las que metes el pan y salta cuando está hecho». A los pocos segundos, los alemanes detectaron el avance estadounidense y Waskow cayó mortalmente herido por un fragmento de metralla[33]. Waskow dejó una carta para su familia, similar a la que solían escribir muchos jóvenes:

> Quisiera haber sobrevivido. Pero si Dios ha querido otra cosa, no os apenéis demasiado, querida familia, porque seguro que la vida en el otro mundo es hermosa y he vivido toda mi vida con eso en mente… Habré aportado lo que me correspondía para hacer del mundo un lugar mejor. Quizá cuando las luces se enciendan de nuevo en todo el mundo, la gente libre pueda recuperar la alegría y la felicidad… Si he fracasado como jefe, y ruego a Dios que no haya sido así, no habrá sido por falta de esfuerzo[34].

Sólo porque muchos otros jóvenes de muchas naciones compartían el terco compromiso de Waskow con hacer «lo correcto» (según lo definía cada una de las sociedades beligerantes), se podía continuar con la guerra.

Las víctimas principales de la campaña fueron las gentes de Italia. Si Benito Mussolini hubiera mantenido la neutralidad italiana en 1940, es posible que hubiera podido preservar su dictadura al modo en que lo hizo en España el general Francisco Franco. Es improbable que Hitler hubiera invadido Italia por mucho que Mussolini se hubiera aferrado a la condición de no beligerancia; el país no poseía nada que la Alemania nazi pudiera valorar, más allá de unas vistas hermosas. Según se desarrollaron las cosas, por el contrario, entre 1943 y 1945 Italia pagó —y de un modo catastrófico— las consecuencias de haberse adherido al Eje. Durante muchos meses, incluso antes de la rendición de Badoglio, sus compatriotas se consideraron no como beligerantes, sino como víctimas impotentes de Hitler. Según escribió Iris Origo en su diario: «Es… necesario… darse cuenta de hasta qué punto se ha extendido entre los italianos la convicción de que la guerra era una calamidad que nos habían impuesto las fuerzas alemanas; en ningún sentido se cree que obedezca a la voluntad del pueblo italiano y es, por lo tanto, algo cuya responsabilidad no se les puede exigir[35]». Quizá el pensamiento refleje ingenuidad, pero era ciertamente común.

El derrocamiento de Mussolini, lejos de terminar con el derramamiento de sangre y suponer la liberación de Italia de modo que pudiera unirse a los Aliados, expuso el país a la devastación a manos de los ejércitos enfrentados. El 13 de octubre, el nuevo gobierno declaró la guerra a Alemania. Lo que pensaban muchos italianos sobre el cambio de lealtad de los italianos y sobre los alemanes se expresa claramente en una carta escrita por un hombre dos días más tarde: «No lucharé en el bando de ellos; ni, como somos culpables de traición, lo haré en contra de ellos, aunque los encuentro repulsivos[36]».

Origo comentó: «La gran mayoría de los italianos tira a campare, "va tirando"». Emanuele Artom, un judío que era miembro de un grupo de resistencia intelectual en Turín, escribió: «Media Italia es alemana, media es inglesa y ya no existe ninguna Italia italiana. Están los que se han quitado los uniformes para huir de los alemanes; los que están preocupados por cómo van a poder mantenerse; y por último, los que dicen que ha llegado la hora de emprender la guerra contra un nuevo enemigo[37]». El propio Artom fue capturado, torturado y ejecutado al año siguiente.

La represión nazi y el miedo a ser deportado a los campos alemanes de trabajos forzados provocó un incremento radical de la actividad guerrillera, sobre todo en el norte de Italia. Muchos jóvenes se marcharon a las montañas y desarrollaron vidas próximas al bandidaje; al terminar la guerra, había en Italia casi ciento cincuenta mil partisanos armados. Las divisiones políticas causaron nuevos enfrentamientos de bandos en muchas zonas, especialmente entre los monárquicos y los comunistas. Algunos fascistas continuaron luchando junto con los alemanes, mientras que los Aliados pertrecharon a sus propias unidades italianas para reforzar a los ejércitos angloamericanos, superados por la extensión de su esfuerzo bélico. Fueron pocos los reclutas que, en una u otra circunstancia, exhibieron entusiasmo. Cuando el hijo del rey, el príncipe heredero Umberto, estaba pasando revista a una batería de artillería que luchaba con los Aliados, el artillero Eugenio Corti se encontró sintiendo compasión del desdichado visitante real, «líder de un pueblo experto en hallar cabezas de turco para su propia cobardía[38]». Los italianos sólo estaban unidos en el ansia de que todos los combatientes se marcharan del país.

En junio de 1944, entre la euforia del avance aliado sobre Roma, Alexander hizo un llamamiento por radio a los partisanos de Italia, pidiéndoles que se levantaran contra los alemanes. Fue un grave error de apreciación por su parte, pues tuvo como consecuencia que en muchas comunidades, cuando los ejércitos aliados no lograban imponerse con toda claridad, los alemanes emprendieran una represión catastrófica. Acabada la guerra, muchos italianos compararon la incitación de los angloestadounidenses a los partisanos —seguida del posterior abandono a la venganza alemana— con la incapacidad de Rusia de ayudar a Varsovia durante su alzamiento, no menos desastroso, del otoño de 1944. La lección fue la misma en ambos casos: los comandantes aliados que promovían la guerra de guerrillas en el territorio del Eje aceptaban una responsabilidad gravosa por los horrores que se produjeron a continuación, y ello a cambio tan sólo de unos beneficios militares de escasa relevancia.

Los alemanes, tras haber considerado primero a los Aliados italianos como simples cobardes, los tildaban ahora de traidores. «Somos unos pobres

desgraciados, pobres seres abandonados a la merced de los acontecimientos, sin patria, sin ley ni sentido del honor», escribió el teniente Pedro Ferreira cuando estaba con las fuerzas italianas en Yugoslavia, donde muchos de sus camaradas fueron fusilados por los alemanes con posterioridad al armisticio[39]. «Los italianos, tras esta vergüenza, no podrán levantar la cabeza nunca más y hablar de honor. ¿Qué somos: traicioneros o traidores? ¿Qué destino nos aguardará si hemos cambiado de bandera por tres veces en dos días?». Kesselring gobernaba Italia con una determinación implacable, documentada de forma vivida en su orden de 17 de junio de 1944:

> La lucha contra los partisanos debe llevarse a cabo con todos los medios a nuestra disposición y la máxima severidad. Protegeré a cualquier comandante que se exceda en nuestra contención habitual en la elección y gravedad de los métodos empleados contra los partisanos. A este respecto, regirá como principio la idea de que un error en la elección de los métodos empleados en el cumplimiento de las órdenes es preferible a un fracaso o a una actuación descuidada.

El 1 de julio añadió: «Donde haya pruebas de la presencia de números elevados de grupos de partisanos, se fusilará a una parte de la población masculina».

La más conocida de las masacres de inocentes tuvo lugar a instancias de Hitler, con el apoyo de Kesselring y bajo la dirección del jefe de la Gestapo en Roma, el teniente coronel Herbert Kappler. El 23 de marzo de 1944, unos partisanos atacaron la marcha de una columna del regimiento de policía de Bozen (Bolzano) en la Via Rasella. Los disparos y explosivos causaron la muerte de treinta y tres alemanes y heridas a otros sesenta y ocho, además de matar a diez civiles. Como represalia, Hitler exigió la muerte de diez italianos por cada alemán. A la mañana siguiente, se trasladó a 335 prisioneros de la prisión de Regina Coeli a las Fosas Ardeatinas. Eran una selección heterogénea y azarosa de actores, abogados, médicos, tenderos, ebanistas, un cantante de ópera y un sacerdote. Algunos eran comunistas y setenta y cinco eran judíos. A doscientos los habían apresado en las calles próximas a la Via Rasella con posterioridad al ataque guerrillero, aunque ninguno estaba implicado en ese asalto. Por grupos de cinco, los hicieron entrar en las cuevas y los ejecutaron, dejando los cuerpos allí donde caían. Aunque los alemanes usaron explosivos para sellar un pozo, en un intento desganado de ocultar la masacre, la estratagema surtió poco efecto por el hedor que no tardó en emerger de allí. Las fosas se convirtieron en foco de llantos y peregrinajes.

Elide Ruggeri estuvo entre el puñado de supervivientes de otra masacre, en el camposanto de Marzabotto, un pueblo pequeño y pintoresco situado al pie de los Apeninos. En septiembre de 1941, tropas de la Waffen SS hicieron pagar a la población civil, de un modo terrible, la venganza por las actividades de los partisanos locales. «Mataron a todos los niños en brazos de

sus madres», explicó esta mujer italiana un tiempo más tarde[40]. Aunque ella misma había resultado gravemente herida, se quedó bajo los muertos sin hacer ni un movimiento. «Por encima y por debajo de mí estaban los cuerpos de mis primos y de mi madre, a quien le habían rajado el estómago. Me quedé allí sin moverme toda la noche, todo el día siguiente y la noche siguiente, bajo la lluvia y en un mar de sangre. Faltó poco para que se me cortara la respiración». Al amanecer del tercer día, Ruggeri y otras cuatro mujeres heridas se arrastraron al exterior de entre la masa de cadáveres amontonados. Habían matado a cinco personas de la familia de Ruggeri. En total perecieron en la iglesia 147 personas, incluidos los sacerdotes que estaban oficiando cuando llegó la SS, y se exterminó por completo a veintiocho familias. En la vecina Casolari murieron 282 personas, incluidos treinta y ocho niños y dos monjas. A la postre, las muertes entre la población local ascendieron a 1830, lo que movió a Mussolini a presentar una inútil protesta ante Hitler. Resulta llamativo que Kesselring, bajo cuyas órdenes actuaba la SS, evitara la ejecución en Núremberg.

Aunque los invasores aliados nunca cometieron horrores de tamaña magnitud, sí tomaron parte en crímenes contra la humanidad. Las tropas coloniales francesas, sobre todo, cometieron atrocidades de gran escala. Según lo describió un suboficial británico, Norman Lewis: «Cada vez que toman un pueblo o una aldea violan a toda la población al completo[41]».

> Hace poco violaron a todas las mujeres de los pueblos de Patricia, Pofi, Supino y Morolo. En Lenola… violaron a cincuenta mujeres, pero —como con eso no había bastante para todos— también violaron a niños e incluso a ancianos. Se ha informado de que es normal que dos marroquíes asalten a una mujer al mismo tiempo o que tengan las relaciones normales mientras el otro comete sodomía. En muchos casos se ha causado daño grave a los genitales, el recto o el útero. En Castro di Volsci un médico trató a trescientas víctimas de violación… Muchos moros han desertado y están atacando en poblaciones situadas muy por detrás de las líneas. Hoy he ido a Santa Maria a Vico a ver a una chica que dicen que ha perdido el juicio de resultas del ataque de una numerosa partida de moros… Era incapaz de hablar… Al menos una se había enfrentado a la realidad palpable del tipo de horror que hizo que toda la población femenina de las aldeas macedonias prefiriese arrojarse desde lo alto de los precipicios antes que caer en manos de los turcos a punto de entrar.

Estos excesos de los Aliados, a los que se sumaron los efectos de los bombardeos aéreos y de la artillería a lo largo del penoso camino de remonte de la península, lograron que pocos italianos se alegraran francamente de su «liberación». Los soldados de la IV.ª división india estaban persiguiendo un pollo por un corral cuando se abrió de golpe una ventana de la casa adyacente: «Apareció por allí la cabeza de una mujer y una voz nos gritó, con un acento inglés del todo inesperado: "¡Cabr****, dejad a las p**** gallinas en paz! ¡Aquí no necesitamos que nadie nos libere!"[42]».

La rendición de Italia precipitó una migración masiva de prisioneros de guerra británicos, liberados de los campos del norte del país, que

emprendieron caminos a pie a través de los Apeninos hacia las líneas aliadas. Una característica definitoria de estas odiseas, muchas de las cuales duraron varios meses, fue el auxilio que tales hombres recibieron de la población local. La amabilidad de los campesinos obedecía a una empatía humana e instintiva, no al entusiasmo por la causa aliada, y conmovió de corazón a sus beneficiarios. A los civiles que ayudaban a los huidos, los alemanes los castigaban con la destrucción de sus casas y a menudo con la muerte, pero la punición no surtió efecto: miles de soldados británicos fueron alojados por decenas de miles de campesinos italianos cuyo coraje y caridad aportaron una de las facetas más nobles a la por lo general desdichada participación de Italia en la guerra. Cuando el canadiense Farley Mowat llegó al país sentía desprecio por sus gentes, pero cambió de opinión después de vivir entre ellos:

> He descubierto que la verdadera sal de la tierra son ellos. La gente corriente, quiero decir. Tienen que azacanarse tanto para mantenerse que es increíble que no sean amargos como un limón verde, pero no es así, al contrario, desbordan risas y alegría. También son duros de la hostia… Tendrían que odiarnos a muerte, tanto como a los nazis; pero de los únicos de los que no me fiaría es de los curas, los abogados, los dueños de los grandes comercios, los terratenientes y esa clase de gente[43].

Lo agreste del campo italiano y la costumbre hospitalaria de sus habitantes causaron más deserciones de los ejércitos aliados en este país que en ningún otro teatro de la guerra. En las zonas de retaguardia abundaban los militares fugitivos, hombres «a la carrera», en su inmensa mayoría de infantería. En 1944-1945 se calcula que había en Italia unos treinta mil desertores británicos en libertad, el equivalente a dos divisiones; y cerca de la mitad de estadounidenses. Se trata de cifras ciertamente extraordinarias, a las que habría que prestar más atención en las narraciones de la campaña, aunque también cabe señalar que las historias oficiales sitúan los totales por debajo. En una zona de descanso situada por detrás del frente, el teniente Alex Bowlby se encontró por azar con un hombre que había abandonado su sección y estaba cenando con una familia italiana. El soldado errante terminó su comida, salió de la casa y robó el jeep del desconcertado oficial antes de que nadie pensara en detenerlo. Entre las incomodidades y los horrores crónicos de la guerra, Bowlby comentó que la mayoría de sus hombres cumplía con su deber al borde del amotinamiento. Un desertor frustrado capturado por la policía militar se volvió hacia sus compañeros para gritarles de un modo desafiante: «¡Yo estaré vivo cuando todos vosotros la hayáis palmado!»[44]. Alexander se moría de ganas de introducir de nuevo la pena de muerte como disuasión, y el comandante de una división británica, Bill Penney, se mostró de acuerdo con él: «Probablemente, ejecutar en los primeros días habría sido un profiláctico eficaz[45]». Pero la pena capital se

consideraba políticamente inaceptable.

Tanto los alemanes como los Aliados repartieron folletos a la población, con las respectivas demandas de ayuda a uno y otro bando. Ajuicio de Iris Origo:

> Los campesinos leen estos folletos con una inquietud perpleja en lo que atañe a su propio destino y una indiferencia absoluta (en la mayoría de casos) hacia el tema principal: Che sarà di noi? («¿Qué será de nosotros?»). Lo único que desean es la paz; recuperar su tierra y salvar a sus hijos. Viven en un estado de incertidumbre crónica, sin saber qué esperar de la llegada de soldados de cualquier nacionalidad. Les podrían traer comida o matanzas, libertad o saqueo[46].

El 12 de junio de 1944, Origo estaba en el jardín de su castello, ensayando La bella durmiente con su sección residente de niños refugiados, cuando una partida de soldados alemanes, armados hasta los dientes, bajó de un camión. Con mucho miedo, les pregunta qué quieren y recibe una respuesta que no esperaba:

> —Por favor, ¿podrían los niños cantar para nosotros?
>
> Los niños cantan «O Tannenbaum» y «Stille Nacht» (que habían aprendido la Navidad pasada) y los ojos de los hombres se llenan de lágrimas.
>
> Die heimat! ¡Esto nos devuelve a die Heimat!
>
> Y entonces montan de nuevo en el camión y se marchan[47].

Antes de que pasaran dos semanas, la zona fue ocupada por tropas coloniales francesas. Origo escribió con enfado:

> Los goums[*17] han terminado lo que habían comenzado los alemanes. El saqueo y la violación les parecen una compensación justa por la batalla y se han entregado generosamente a las dos cosas. No solo violan a las niñas y las jóvenes, sino que han violado incluso a una anciana de ochenta años. ¡Así se ha presentado ante la Val d'Orcia el tan larga y ansiosamente esperado gobierno aliado[48]!

Las fuerzas aliadas remontaron la península con toda clase de penalidades, pero desde el verano de 1944, fue motivo de gran amargura para los soldados de Alexander el hecho de que las operaciones y los sacrificios emprendidos en el Mediterráneo obtuvieran cada vez menos atención en su país natal. «Huimos del Día D en la Italia soleada —cantaban—; si no estamos entre vinos, estamos de parranda». El mundo comprendió que el resultado de la guerra dependía de los acontecimientos desarrollados mucho más al norte, en Francia y Alemania. Pero el frente italiano ocupaba la atención de una décima parte de las fuerzas terrestres de Hitler, que de otro modo se habrían desplegado en el frente oriental o en Francia. Las bases aéreas de los Aliados en Italia posibilitaron desarrollar una intensa y efectiva campaña de bombardeos contra los yacimientos petrolíferos de Alemania en Rumania. Resulta difícil imaginar cómo podría haberse acelerado, evitado o interrumpido la campaña. Pero no reportó ni gloria ni satisfacción a quienes

lucharon en ella y tampoco a los desventurados que habitaban los campos de batalla.

III. Yugoslavia

La campaña italiana provocó un estallido de entusiasmo británico —con sólo una tibia aquiescencia estadounidense— en pro de elevar el ritmo de las operaciones contra el Eje en la vecina Yugoslavia. A lo largo de la guerra, Churchill abrazó a todos los países que mostraran disposición a unirse a la lucha contra Hitler, éste fue un principio fundamental de su política exterior, que en 1940-1941 había cobrado especial urgencia debido a las circunstancias desesperadas de Reino Unido. En consecuencia se eligió como compañeros de cama a algunas sociedades que poco o nada tenían en común con las democracias. Yugoslavia representó un ejemplo llamativo a este respecto. Desde 1943 se convirtió en foco de muchas esperanzas británicas, por lo accesible que resultaba desde Italia y la importancia estratégica general de los Balcanes.

El país —al que se había concedido carácter de estado en 1918, entre el hundimiento del imperio de los Habsburgo— era un batiburrillo variopinto de grupos étnicos hostiles entre sí e ideologías en conflicto, que hasta 1941 fue regido como una dictadura por el príncipe Pablo, en calidad de regente del rey Pedro, a la sazón en la adolescencia. La mayor parte del país se caracterizaba por un primitivismo extraordinario. Un partisano comunista describió así una típica comunidad de campesinos:

> Muchos no habían estado nunca en las poblaciones próximas. [Las mujeres] llevaban vestidos tejidos a mano y abiertos del cuello hasta el ombligo, de modo que los pechos les colgaban por fuera. Se untaban el pelo con la grasa de la leche, hacían la raya en medio y se lo enrollaban sobre la frente. Su vocabulario era escaso, salvo el del ganado y demás… Los hombres estaban notablemente más avanzados que las mujeres, porque habían visto algo del mundo por el ejército, el trabajo y el comercio[49].

«El país era extremadamente salvaje, desde luego», escribió el capitán Charles Hargreaves, quien más adelante prestó servicio entre los serbios como oficial de la SOE (Dirección de Operaciones Especiales) con los chetniks:

> … y apenas había nada que pudiera contar como carretera. Las casas se parecían a las casas de campo inglesas de la época Tudor, hechas de vigas y ladrillos, hasta el punto de que al cruzar por una puerta el suelo aparecía vaciado y por tierra había esteras o helechos. La gente vivía de un modo que desapareció de Inglaterra hace quinientos años… Eran muy amables, muy buenos. Te lo darían todo. Un día entramos en una casa, después de mucho rato de marcha, y nos sentamos y dos de las hijas se acercan, nos quitan las botas, nos lavan los pies y los secan con su pelo. Fue verdaderamente

bíblico[50].

Lo que ocurrió en Yugoslavia durante la guerra fue, en su gran mayoría, un enfrentamiento intestino. Ni el Eje ni los Aliados occidentales despertaban emociones ni entusiasmo. Las atrocidades alemanas generaban odio pero también conseguían su objetivo de infundir miedo. Muchos yugoslavos renunciaban a todo por evitar exponerse a la cólera de los ocupantes y, por lo tanto, rechazaban los actos de resistencia violenta. Cerca de un millón doscientos mil yugoslavos perecieron en el conflicto, lo que viene a equivaler a la suma de víctimas mortales de británicos, estadounidenses y franceses; pero la mayoría murió a manos de grupos raciales hostiles pero compatriotas, no por la acción de los beligerantes principales.

En la primavera de 1941, Hitler coaccionó al príncipe Pablo para que firmara el pacto tripartito, que aseguraba el control alemán de los recursos minerales de Yugoslavia y su aquiescencia a la invasión de Grecia. Esto provocó una reacción violenta de los nacionalistas serbios. El 27 de marzo dieron un golpe de estado para derrocar al regente e instalar un gobierno contrario al Eje, en nombre del joven rey Pedro. Hitler, enfurecido por lo que consideraba una traición, respondió invadiendo el país el 6 de abril, el mismo día en que sus ejércitos atacaron Grecia. El rey y el gobierno huyeron y los alemanes lograron una ocupación sin apenas derramamiento de sangre. Hitler se dispuso a desmembrar el país. Incorporó al Reich la zona septentrional de Eslovenia y otorgó a Croacia la independencia. Aquí había una milicia fascista, la Ustaša, que desempeñó un rol poderoso y sangriento en el mantenimiento de la sumisión del país al Eje. En mayo de 1941, la Ustaša desató un reino del terror destinado a limpiar Croacia de su población de dos millones de serbios. Entre tanto, Dalmacia y el sur de Eslovenia se cedieron a Italia; y Macedonia, que se había entregado a Bulgaria, experimentó tal brutalidad de manos de los búlgaros que el pueblo macedonio se tornó claramente en contra del gobierno de Sofía. Debido a la limpieza étnica, si por ejemplo en Skopje habitaban veinticinco mil serbios antes de la guerra, en la primavera de 1942 sólo dos mil seguían en la ciudad[51]. Todo el país se sumió en el caos y se originó un ciclo de represión, resistencia esporádica y lucha cruda por la supervivencia, que afectó a millones de desventurados.

En Londres, los británicos recibieron a los soberanos yugoslavos como héroes en el exilio y empezaron a aportar la poca ayuda que estaba en sus manos dar al movimiento de resistencia de los chetniks serbios, que dirigía el coronel Draza Mihajlović, de lealtad monárquica. Pero en 1943 cada vez quedaba más claro que a los chetniks les interesaba menos desafiar a los ocupantes del Eje que hacerse con el control político de Yugoslavia. La

ferocidad de las represalias —cien yugoslavos fusilados por cada alemán muerto— convenció a Mihajlović de que, ante costes como aquéllos, era inútil desafiar al Eje.

Los comunistas, encabezados por el croata Josip Broz —«Tito»—, parecían luchar más activamente. Su propaganda estaba dirigida con habilidad, con intención de persuadir tanto al pueblo yugoslavo como a los Aliados occidentales de que ellos sí se opondrían claramente al dominio de los invasores, a diferencia de los chetniks. Tito también obtuvo apoyos que superaban las barreras étnicas. Según el oficial de enlace británico Robert Wade,

> el ejército de Mihajlović se basaba por entero en los campesinos y carecía de la disciplina necesaria, mientras que el grupo de Tito, aunque éste era implacable, en comparación se comportaba como la brigada de guardas. No hacían instrucción, pero si se les ordenaba mantener la distancia, la mantenían; estaban bajo una dirección adecuada y la diferencia se notaba[52].

Charles Hargreaves estaba de acuerdo con esa valoración: «En ocasiones, [los chetniks] estaban muy preparados para tareas menores, como quizá emboscar un tren o un convoy, pero nada muy grande, nada que implicara la muerte de muchos alemanes… Su intención principal era asegurarse el control del país una vez acabada la guerra[53]». El comandante Basil Davidson, de la SOE, partidario entusiasta de Tito, dijo con cinismo: «Por desgracia, los chetniks adoptaron el punto de vista según el cual nos correspondía a nosotros ganar la guerra contra los alemanes y a ellos ganar la guerra interior de Yugoslavia, la guerra contra el comunismo, quienes entre tanto habían formado una resistencia mucho más fuerte y efectiva[54]».

En diciembre de 1943, Churchill varió su apoyo de forma decisiva, y se decantó por el jefe comunista, que afirmaba contar con doscientos mil hombres armados. A este respecto, el primer ministro británico se vio influido por algunas ilusiones: así, quiso creer que los partisanos de Tito «no eran verdaderos comunistas»; que se los podía convencer de forjar un acuerdo con el rey Pedro y que su único objetivo era combatir contra el Eje. Los simpatizantes del comunismo en los cuarteles de la SOE en El Cairo contribuyeron a esta percepción teñida de rosa; Londres desconocía que, durante varios meses de 1943, Tito había estado negociando con los alemanes una tregua que le permitiera machacar a Mihajlović y había dedicado el grueso de sus fuerzas a matar chetniks. Milovan Djilas estaba entre los negociadores de la guerrilla que pasaron varios días en los cuarteles alemanes, donde los oficiales mostraron su repulsa al estilo bélico de los yugoslavos: «¡Mirad lo que le habéis hecho a vuestro propio país! —exclamaron—. ¡Es un desierto, es carbonilla! Las mujeres piden por caridad en las calles, el tifus arrasa, los niños se mueren de hambre… Nosotros

queremos traeros carreteras, electricidad, hospitales[55]».

Sólo cuando Hitler se negó en redondo a llegar a acuerdos con los comunistas se retomó el enfrentamiento entre los partisanos y los ocupantes. El consiguiente baño de sangre radicalizó a buena parte de la población y permitió a Tito crear un movimiento de masas. Sus guerrilleros terminaron por hacerse con el control de amplias zonas rurales. Pero carecieron de la fuerza necesaria para tomar ciudades y poblaciones importantes hasta que, en 1944, llegó el Ejército Rojo, y tenían la misma meta que los chetniks: hacerse con la dominación en la posguerra. En Yugoslavia se desplegaron treinta y cinco divisiones del Eje, pero pocas eran tropas de primera línea y esta concentración reflejaba el obsesivo temor de Hitler a un desembarco aliado en los Balcanes, tanto o más que la necesidad de proteger el país frente a Tito. Los logros militares de los partisanos fueron menos importantes de lo que Londres había querido creer. Desde finales de 1943, los Aliados empezaron a enviar a Tito armas en grandes cantidades, hasta aportar el arsenal mejor provisto, de lejos, de todos los concedidos a los movimientos de resistencia europeos. Sin embargo, la mayor parte de estas armas no se destinó a matar alemanes, sino a aniquilar a los chetniks y asegurar que Tito controlara el país en 1944-1945.

Es difícil exagerar el carácter asesino y complejo de la guerra en Yugoslavia, donde se solapaban muchas enemistades. Milovan Djilas, segundo de Tito, citó el siguiente ejemplo:

> Entre multitud de huertos y elevándose de la confluencia de dos arroyos de montaña, la ciudad de Foca, todavía no dañada, parecía ofrecer unas perspectivas pacíficas y atractivas. Pero la devastación humana en su interior era inconmensurable e inconcebible. En la primavera de 1941, la Ustaša —y entre sus hombres, un buen número de matones musulmanes— había causado la muerte de muchos serbios. Entonces los chetniks… procedieron a masacrar a los musulmanes. La Ustaša había elegido a doce hijos únicos de familias serbias notables y los había matado. En la aldea de Miljevina cortaron la garganta a varios serbios sobre una cuba, al parecer con la intención de llenarla de sangre, en lugar de la habitual pulpa de fruta. Los chetniks habían masacrado a grupos de musulmanes a los que ataban unos con otros en el puente sobre el Drina para arrojarlos al río. Muchos de los nuestros vieron grupos de cadáveres flotando, enganchados en alguna roca o algún tronco. Algunos incluso reconocieron a sus propias familias. En la región de Foca, se informó de que habían muerto cuatrocientos serbios y tres mil musulmanes[56].

Los desventurados habitantes de pueblos y aldeas se vieron obligados a soportar la presencia de partisanos que vivían de sus tierras y el magro fruto que rentaban. Vieron sus valles convertidos en campos de batalla, fueron testigos de la ejecución de colaboradores reales o supuestos de una u otra facción, e igualmente de auténticas matanzas emprendidas por los ocupantes del Eje como represalia ante acciones de la guerrilla. Los odios eran implacables. Casi todas las comunidades y familias sufrieron alguna pérdida. Djilas reconoció el horror de muchos habitantes locales cuando veían una

venganza de los comunistas; por ejemplo, prender fuego al pueblo chetnik de Ozrinici:

> Aunque entre ellos fueron muy pocos los que se alegraron del infortunio de Ozrinici y comprendieron las razones militares de nuestra acción, a los campesinos les resultaba imposible meterse en la cabeza que los comunistas pudieran actuar igual que los invasores y los chetniks… La respuesta implacable de los comunistas… volvió a los campesinos reticentes y ambiguos; en adelante se alineaban con todos los que pasaban e intentaban liberarse de cualquier compromiso que supusiera algún peligro[57].

Incluso la propia tía de Djilas, Mika, se lo reprochó: «Lucháis por una causa justa, pero sois demasiado duros y sangrientos[58]».

Allí donde los partisanos se detenían a lo largo de sus interminables marchas, encontraban desdicha:

> Todos los pueblos del valle de Sutjeska habían quedado destruidos. Primero la Ustaša redujo a cenizas los pueblos ortodoxos y luego los chetniks prendieron fuego a los pueblos musulmanes. Las únicas casas y personas que permanecieron indemnes fueron las de las colinas próximas. La devastación era aún más horripilante porque aquí y allá surgían entre las hierbas altas y la maleza un marco de puerta tembloroso, una pared renegrida o un ciruelo carbonizado. Aunque a una y otra orilla de aquel río rápido la brisa era fresca y movía una vegetación exuberante, mis recuerdos de aquellos días se hallan abrumados por la amargura, el pesar y el horror[59].

En una sociedad en la que los nacionalismos rivales, las enemistades y el culto a la venganza eran endémicos, la brutalidad, en 1944, se había institucionalizado. Todos los bandos en conflicto habían vertido una espantosa cantidad de sangre y, en buena medida, ésta había pertenecido a personas cuya única falta era pertenecer a otra raza u otro credo. A menudo, los partisanos aceptaron en sus filas a los chetniks apresados que se apuntaban a cambiar de bando. Djilas se entristeció al conocer la suerte de una chica alta y morena que se negó a las insinuaciones de sus captores, diciendo, con actitud desafiante: «¡Sería inmoral cambiar ahora de parecer!»[60]. Le impresionó su coraje, aunque le apenó saber que en la ejecución lo había perdido y se había hundido en sollozos temblorosos. Se consoló pensando que, aunque se fusiló a todo el grupo de la chica, no se había torturado a nadie según las costumbres habituales: «Las ejecuciones las llevaron a cabo unos montenegrinos que se presentaron voluntarios con el fin de vengar a sus camaradas muertos… Se sacó a los condenados de noche, alejándolos en grupos de veinte». Tanto los verdugos como las víctimas parecían insatisfechos con sus respectivos papeles: «No podíamos distinguir a unos de otros, salvo porque unos tenían rifles y estrellas, y otros, alambre alrededor de sus muñecas… Como de costumbre, no se hizo nada por enterrarlos adecuadamente y piernas y brazos sobresalían del montón de tierra. La guerra civil presta poca atención a tumbas, funerales o cantos para los difuntos». Los partisanos sólo sintieron vergüenza cuando la misión

militar británica que los acompañaba se topó con los «cerebros derramados, caras machacadas, cuerpos retorcidos[61]». Tito preguntó irritado: «¿Es que no podían hacerlo en otra parte?».

Entre tanto, las fuerzas del Eje aportaron su propia cuota de matanzas. Un soldado de los Alpes italianos lo describió con muchos reparos:

> Tras haber estado todos nosotros en Podgorica durante un par de días, nos marchamos juntos hacia un paso próximo, donde los partisanos han salido bien parados de atacar una de nuestras columnas. Han destruido treinta y ocho vehículos y han masacrado a los conductores y sus escoltas, ¡a todos ellos! Los cuerpos están mutilados. Se proclama una orden: dos días de carta blanca. Destruimos o, mejor dicho, asistimos a la destrucción de todo cuanto encontramos. Quien la acomete con más ansia son los veteranos. Nos sentimos conmocionados y aterrorizados por los chillidos de los soldados y el terror de los desventurados habitantes… Es la primera e inolvidable confrontación con una realidad que, en cuanto hombres, nos avergüenza[62].

En septiembre de 1943, la rendición de Italia eliminó el puntal principal de la dominación croata; sin embargo, a los partisanos les sorprendió comprobar que esto no comportó ninguna disminución en la sed aniquiladora de la Ustaša. Cuando los hombres de Tito capturaron a fascistas que habían perdido la guerra, estos prisioneros, condenados a morir, aún gritaban: «¡Lo sabemos, pero aún hay tiempo de liquidar a un buen puñado de los vuestros!»[63]. Los croatas sentenciados cantaban: «Rusia, te pertenecerán todos / pero de los serbios habrá muy pocos». Djilas escribió: «Fue una guerra sin cuartel, sin rendición, en la que lo pasado, pasado no estaba». Expuso una reflexión tolstoiana sobre los destinos de los participantes en la guerra:

> ¿Por qué había médicos de Berlín y profesores de Heidelberg matando a campesinos y estudiantes de los Balcanes? El odio al comunismo no bastaba. Alguna otra fuerza terrible e implacable los empujaba hacia una vergüenza y muerte demenciales. Y nos empujaba a nosotros, igualmente, a ofrecer resistencia y pagar con la misma moneda. Quizá Rusia y el comunismo pudieran explicarlo en parte. Pero el entusiasmo, el aguante que hacía caso omiso del sufrimiento y la muerte, la lucha por la hombría y nacionalidad propias frente a la propia muerte…, esto no tenía nada que ver con la ideología o con Marx y Lenin[64].

A menudo, los partisanos se vieron obligados a abandonar a sus bajas o incluso a rematar a los heridos de más gravedad. Djilas describió cómo un marido accedió a los ruegos de su mujer, tan malherida como desesperada, y le quitó la vida en un momento en el que dormitaba. Un padre hizo lo mismo por su hija; «él sobrevivió a la guerra, mustio y sombrío, y sus amigos lo consideraban un santo en vida[65]».

Para los Aliados occidentales, 1945 trajo una decepción profunda cuando el apoyo del Ejército Rojo permitió a Tito hacerse con el control de Yugoslavia. La invasión alemana de 1941 había desatado fuerzas internas que los Aliados occidentales demostraron ser incapaces de controlar. Incluso si los angloestadounidenses le hubieran negado a Tito el armamento, la llegada del

Ejército Rojo en 1944 habría garantizado que en Belgrado se instalara un régimen comunista. Tito fue una de las grandes figuras de la guerra: sacó partido del apoyo aliado con una notable pericia diplomática y se aseguró el dominio de por vida de su país. Sin embargo, es mucho más dudoso que, según él afirmaba, se lo deba recordar como una fuerza importante en el derrocamiento de la Alemania nazi. Sus partisanos fueron los insectos más numerosos y pestilentes entre los que zumbaban en torno de las heridas abiertas del Eje en decadencia, pero interpretaron un papel secundario en comparación con los ejércitos aliados.

19

Guerra en los cielos

I. Bombarderos

Para muchos jóvenes de todas las naciones, la idea de actuar en la guerra como caballeros del aire resultaba atractiva, romántica y aventurera. «Me veía a mí mismo como una especie de antiguo gladiador», escribió Ted Bone, que en 1941, a los diecinueve años, se presentó voluntario para el servicio aéreo de la RAF[1]. «No quería los horrores de combatir cuerpo a cuerpo con un rifle y una bayoneta; lo que ansiaba era disparar contra otro caza». Los jóvenes de la «generación Lindbergh» exultaban con la idea de volar a toda velocidad en un ágil aparato monoplazas y monomotor, que concedía a los pilotos un poder sobre el propio destino inusual entre los combatientes del siglo XX. Fue irónico, por lo tanto, que muchos de estos soñadores terminaran dedicados al bombardeo de ciudades, uno de los rasgos más bárbaros del conflicto; el propio Bone se convirtió en artillero de un Lancaster. En Europa y Asia, los bombardeos mataron a una cifra bastante superior al millón de personas, incluidos muchos niños y mujeres. Algunos de los vástagos más valientes, mejor educados e instruidos con más intensidad de sus sociedades se convirtieron en rivales en la lucha por devastar los centros de civilización de sus enemigos.

Ni ellos ni sus comandantes veían la misión de esta forma, claro está. Los tripulantes de los aviones no pensaban en las víctimas que causaban en tierra, a las que no prestaban atención porque raramente eran visibles, sino más bien

en su propio destino, allí en el aire. El vuelo parecía ofrecer una liberación que inspiró a su generación; a cambio de un billete para el cielo, aceptaron tanto incrementar el riesgo de morir como asumir la responsabilidad de disparar, bombardear y destruir. Geoff Wellum, que pilotó un Spitfire por vez primera con dieciocho años, en la víspera de la batalla de Inglaterra, describió la sensación con estas palabras: «Experimento una euforia que no recuerdo haber sentido nunca. Es como un sueño maravilloso, un sueño a lo Peter Pan. Todo parece irreal… ¡Qué pena… que un avión que puede despertar un sentimiento tan glorioso de pura alegría y belleza deba emplearse para luchar contra alguien!»[2].

El neoyorquino Harold Dorfman, que sobrevivió a su período de servicio como navegador de un B-24 sobre Alemania, dijo más tarde: «No cambiaría esta experiencia por nada del mundo[3]». En una base de la USAAF en Inglaterra, el cabo Ira Wells, artillero de un B-24, leyó relatos de los combates terrestres y sintió compasión de los soldados aliados: «A nosotros nos correspondía toda la gloria. Me di cuenta de que estar en el aire era una gran suerte. Tuve más miedo en Londres durante los ataques de los cohetes V2 que en el aire, durante las misiones[4]». Dorfman y Wells fueron casos relativamente inusuales, porque pocos tripulantes de bombarderos disfrutaban de su trabajo al modo en que lo hacían muchos pilotos de caza. No porque lamentaran, ni mucho ni poco, el destino de los enemigos que morían bajo sus bombas, sino porque volar durante ocho o diez horas, ya fuera en formación diurna entre cazas y antiaéreos —como los hombres de la USAAF— o en solitario en la oscuridad —como los de la RAF—, imponía una tensión sin descanso y a menudo causaba terror. Se les negaba la emoción de lanzarse entre los cielos con un caza de máximo rendimiento. La monotonía de las misiones de bombardeo sólo se rompía cuando las tripulaciones se encontraban los infernales sonidos y vistas del combate y de las rondas de bombardeo sobre las ciudades de Alemania y Japón.

Aunque Laurie Stockwell era un inglés joven y sensible, nunca se le ocurrió poner en duda la ética de la función que desempeñaba, como piloto, en el bombardeo de Alemania. Como casi todos los de su clase, simplemente se veía a sí mismo como alguien que interpreta, sin fervor, un papel excepcionalmente peligroso en una lucha que pretendía suprimir una amenaza contra la civilización occidental. Escribió a su madre en 1942:

> Nunca os he hablado de mis sentimientos y pensamientos sobre esta guerra y confío en que nunca más hablaré de ellos. ¿Recordáis a un niño de pocos años que decía que, si estallaba una guerra, sería objetor de conciencia? Las cosas terminaron cambiando el punto de vista de aquel niño, uno piensa en la brutalidad, los padecimientos humanos, las atrocidades; pero no fue esto lo que tuvo especial efecto en mi cabeza, porque me doy cuenta de que todos nosotros somos capaces de cometer los actos de los que tanto leemos en estos días. Lo que modificó mi punto de vista es el hecho de que unas pocas personas desearan privar de libertad a los pueblos de la tierra. Las noticias

de las atrocidades sólo generan odio y el odio es algo despreciable, a mi modo de ver. Así pues, ¿por qué debería yo combatir en la guerra que sólo trae pesar a mis pensamientos? Es para poder vivir en paz y felicidad todos los días que pase contigo… También lucho para que un día la felicidad mueva de nuevo el mundo, y que con la felicidad puedan regresar el amor a la belleza, a la vida, la satisfacción y el compañerismo entre todos los hombres. Te habrás dado cuenta de que no he hablado de luchar por el propio país o por el imperio; para mí, todo eso no es más que una estupidez[5].

Stockwell murió sobre Berlín en enero de 1943. Randall Jarrell, un operador de las torres de control aeroportuario, escribió poesía sobre la experiencia de las tripulaciones de la USAAF, como los siguientes versos:

En bombarderos con nombres de chica,
les prendíamos fuego a las ciudades
que enseñaban los libros en la escuela,
hasta haber consumido nuestras vidas:
nuestros cuerpos yacían entre aquellos
a los que, sin haber visto, matábamos.

La mayoría de los jóvenes reclutados para el servicio bélico ansiaba volar, pero eran pocos los que veían realizada esta aspiración. Las fuerzas aéreas seleccionaban para su muerte probable sólo a los adolescentes más brillantes y en mejor forma física. Ken Owen, un navegador galés de la RAF, dijo: «Quizá una cuarta parte de nuestro curso de sexto en la secundaria de Pontypridd se unió a las fuerzas aéreas; murieron más de la mitad[6]». Pero los que eran aceptados para labores de vuelo se regocijaban de su condición de élite: recibían una adulación popular mucho más intensa que los miembros de ninguna otra rama de la guerra.

En los primeros años de Reino Unido en la guerra, las circunstancias forzaron a la RAF a acelerar la introducción de nuevos pilotos en combate, a veces con no más de veinte o treinta horas de experiencia con los aviones que luego manejaban. Más adelante, por el contrario, británicos y estadounidenses dotaron a las tripulaciones que requerían de mayor preparación —pilotos y navegantes— de hasta dos años de instrucción, antes de enviarlos a la acción bélica. Los instructores «cateaban» a muchos candidatos, pero aun a pesar de la instrucción intensiva, los pilotos de guerra morían a menudo porque carecían de la pericia necesaria para controlar aviones de alto rendimiento, y morían incluso antes de enfrentarse al enemigo; la juventud y el ánimo general de la época favorecían la imprudencia. En el transcurso de la guerra, la RAF perdió, en accidentes no relacionados con operaciones, a 787 oficiales y 4540 hombres de otra graduación, por muerte; fueron baja por heridas 396 oficiales y 2717 hombres de otra graduación. Entre los tripulantes de todos los servicios aéreos de Estados Unidos, murieron en accidente trece mil hombres. El despegue y aterrizaje de los cazas, diseñados para ser característicamente inestables,

exigía un cuidado meticuloso. Así, un error de cálculo solía costar la muerte. En los dos primeros años de la guerra, murieron mil quinientos cadetes de la Luftwaffe mientras aprendían a tripular los Bf-109. Controlar un bombardero no era mucho más sencillo, sobre todo si sufría algún percance técnico.

Un aspecto del conflicto común a los combatientes de las tres ramas militares fue que la navegación era una ciencia de vida o muerte. Un informe de instrucción del ejército británico indicaba que los soldados perdonarían casi cualquier fallo de sus oficiales, salvo el haber leído mapas con incompetencia, lo cual en el mejor de los casos era un dispendio de energías y, en el peor, los llevaría a la muerte. Los barcos se hundían cuando una ruta descuidada los adentraba en campos de minas. Los aviadores que perdían el rumbo, especialmente sobre el mar, morían a menudo al terminárseles el combustible. Las labores de las patrullas antisubmarinos, que vagaban por océanos vacíos y remotos, eran soporíferas al tiempo que exigían una especial atención a la navegación: los errores mataron a tantas tripulaciones como la acción del enemigo o los fallos mecánicos. Incluso cuando se introdujeron las ayudas y señales electrónicas, un número pasmoso de aviones caía al mar porque aviadores sin la debida experiencia volaban con rumbos recíprocos o eran incapaces de determinar sus posiciones en condiciones de mal tiempo.

Los alemanes, italianos y japoneses entraron en el conflicto con pilotos muy bien instruidos y, hasta 1942, los aviones de la Luftwaffe fueron superiores, en su mayoría, a los de la RAF o USAAF; japoneses e italianos también contaban con algunos modelos buenos. «Si tenemos en cuenta de qué forma habían empezado los alemanes, fue un milagro que al final llegáramos a ponernos a su altura», dijo Edward Addison, comandante británico de un grupo de bombarderos[7]. El apoyo cercano de la Luftwaffe a la Wehrmacht fue un factor clave en las victorias que obtuvieron los alemanes entre 1939 y 1942. Sin embargo, los escuadrones de Goering fracasaron como fuerza de bombardeo estratégico. Antes del bombardeo de Reino Unido, los principales aviadores de la mayoría de las naciones estaban imbuidos de una fe mística. Se engañaban creyendo que las sociedades sucumbirían al pánico ante el simple hecho de un ataque aéreo; el hundimiento anímico provocaría la desintegración industrial y, con ello, la derrota. La destrucción de Guernica por obra de la Legión Cóndor, durante la guerra civil española, junto con el bombardeo de Nankín, Varsovia y Rotterdam, favoreció las falsas ilusiones sobre la vulnerabilidad de las poblaciones civiles. Con la experiencia más prolongada, se vio que la realidad era otra. Según escribió un importante estratego aéreo de Estados Unidos, el comandante Alexander Seversky, en 1942:

> [Una] lección vital —que ha sorprendido incluso a los especialistas del aire— tiene que ver con el comportamiento de la población civil que sufre un castigo aéreo. Por lo general se ha dado por

sentado que el bombardeo aéreo quebrantaría con rapidez el ánimo popular… El desarrollo de esta guerra ha tendido a indicar que se trataba de una expectativa infundada. Antes al contrario, hoy parece evidente que, aun a pesar del elevado número de bajas y la impresionante destrucción material, los civiles pueden «encajar el golpe». En el conjunto, de hecho, son las fuerzas armadas las que se han sentido desmoralizadas con mayor rapidez por efecto del poder aéreo, no la población urbana y desarmada. Son hechos relevantes más allá de su interés psicológico. Significan que la destrucción incontrolada de las ciudades… resulta demasiado costosa, un derroche, en comparación con los resultados tácticos obtenidos. Los ataques se centrarán cada vez más en los objetivos militares, más que en los objetivos humanos al azar. La agresión aérea no planificada debe ceder el paso, cada vez más, a una destrucción planeada y predeterminada[8].

Los bombarderos sólo lograron resultados en proporción al peso de explosivos que podían arrojar con precisión sobre objetivos escogidos; el peso era crucial. Las fuerzas aéreas japonesas y alemanas poseían una capacidad formidable de apoyar a sus respectivas fuerzas marítimas y terrestres, así como de matar a refugiados y provocar el terror, pero sus aviones portaban una carga de bombas reducida. Así, aunque la Luftwaffe infligió mucho dolor y destrucción durante el bombardeo de Reino Unido en 1940-1941, en ningún caso fue suficiente para afectar decisivamente la capacidad de la nación de Churchill de mantenerse en la guerra. Y en adelante, la fuerza aérea alemana sufrió una decadencia progresiva: cuando se acabó con la primera generación de aviadores del Eje, la instrucción de sus sucesores languideció. Tanto los japoneses como los alemanes cometieron un error estratégico fundamental —que agravó aún más la carencia crónica de combustible— al ser incapaces de destinar los recursos precisos para mantener un flujo constante de pilotos competentes; así, en 1944-1945, la pericia voladora de británicos y estadounidenses superaba con creces a la de los pilotos del Eje. Los rusos demostraron la misma falta de piedad en la instrucción y utilización de las tripulaciones aéreas que emplearon en todo lo demás. En 1943 contaban tanto con algunos buenos aviones como con algunos pilotos capaces, pero su tecnología estaba menos avanzada y sufrieron bajas terribles.

En la segunda mitad de la guerra, los Aliados occidentales produjeron aparatos excelentes en grandes cantidades, mientras los alemanes introducían sólo dos nuevos modelos buenos: el Focke-Wulf 190 y el revolucionario caza Me 262. Sin embargo, los números de este último fueron demasiado escasos, y la habilidad de los pilotos, insuficiente para evitar el eclipse del poder aéreo de la Luftwaffe[9]. El Zero japonés, que tanto amilanaba a los Aliados en 1941-1942, quedó completamente desfasado: se lo ha descrito como «un avión de origami», ligero, grácil y extremadamente maniobrable, pero frágil y sin las condiciones mínimas de seguridad para los pilotos (por ejemplo, una cabina de mando blindada). El comandante David McCampbell, que fue el as del aire con más aciertos de la marina estadounidense, afirmó: «Aprendimos muy pronto que si los tocabas cerca del principio del ala, donde llevaban el combustible, te explotaban en la misma cara[10]». Las fuerzas aéreas del

ejército y la marina japonesas no supusieron ningún problema notable a los Aliados, en 1944-1945, hasta que adoptaron las tácticas kamikazes, como recurso desesperado.

La aviación aliada, una vez se desplegaba en escuadrones operativos de cazas o bombarderos, se enfrentaba a una determinada probabilidad estadística de extinción, hasta los últimos dieciocho meses de la guerra. Las ilusiones románticas se desdibujaron cuando aprendieron a anticipar ese destino como un triturado sangriento de huesos y carne machacada, o la coronación de una pira funeral avivada por el combustible en llamas. Sin duda, la vida cotidiana que desarrollaban en tierra era privilegiada; se ahorraban el fango y las incomodidades que debían sufrir los soldados de a pie. Pero era menos probable que sobrevivieran. Según escribió Ernie Pyle: «Un hombre se acercaba a la muerte, en las fuerzas aéreas, de un modo muy decente. Moría bien alimentado y bien afeitado[11]».

Más de la mitad de los tripulantes de los bombarderos pesados de la RAF pereció en la guerra: un total de 56 000 hombres. Las pérdidas globales de la USAAF fueron menores, pero de los cien mil hombres que participaron en la ofensiva estratégica contra Alemania murieron unos 26 000 y otros 20 000 cayeron prisioneros. «Cada noche te resignabas a morir —dijo el piloto de un bombardero Whitley, el británico Sid Bufton—. Antes de partir, echabas un vistazo a tu habitación: palos de golf, libros, una radio pequeña y bonita…, y la carta a tus padres, apoyada sobre la mesa.»[12] Como sin duda era lógico, las bajas aliadas fueron proporcionalmente más intensas cuando el Eje dominaba la guerra y fueron rebajándose progresivamente cuando cambió el sentido de la marea. Desde 1943, en su mayoría los muertos fueron alemanes y japoneses; al concluir la guerra, no sobrevivió ni el 10 por 100 de sus tripulantes.

La inquietud principal de los jefes del aire aliados fue el asalto estratégico de Alemania —la ofensiva contra Japón no empezó en serio hasta marzo de 1945—, con el que aspiraban a vencer la guerra por sí solos. La RAF se vio obligada a abandonar el bombardeo diurno tras una iniciación sangrienta en 1939-1940. En adelante, sus escuadrones organizaron una ofensiva nocturna, que apenas tuvo efecto material en Alemania hasta 1943: el peso de las bombas era insuficiente, igual que la pericia en la navegación y el acierto en la puntería. Las primeras bombas británicas que cayeron sobre Berlín a finales de agosto de 1940 sólo causaron daños al azar, aunque conmocionaron a los habitantes de la capital y mataron a unos pocos civiles. Una madre joven se retiró al refugio cuando sonaron las sirenas de advertencia, pero prefirió no despertar a los dos niños que dormían; los dejó en la cama, y allí murieron cuando la casa recibió un impacto directo. Después de que esta historia se publicara, los berlineses hicieron más caso de las sirenas.

El comandante de un escuadrón de la RAF describió las primeras operaciones del Mando de Bombarderos sobre Alemania como «tanteos». Lo ejemplifica la experiencia del sargento Bill Uprichard, quien volaba en un Whitley del Escuadrón 51 en una misión de ataque contra las refinerías de petróleo de Politz, en el Báltico; era la noche del 29 de noviembre de 1940 y las condiciones meteorológicas eran malas. En vuelo, tras pasar dos horas y media entre nubes densas sobre el mar del Norte, el cielo se abrió de repente y reveló una ciudad brillantemente iluminada. Uprichard y su tripulación se dieron cuenta de que debían estar pasando sobre Suecia, neutral, y se apresuraron a reformular el rumbo. Bombardearon Politz a ciegas —a ojo, calculando la hora estimada de llegada al objetivo— y regresaron a casa entre nubes impenetrables. De pronto se hallaron bajo el ataque de un intenso fuego antiaéreo. Uprichard escribió:

> ¡Me desperté! El viento había sido más fuerte de lo que pensaba y el vuelo nos estaba llevando directamente por encima de las islas Frisias, defendidas con fiereza. Cruzamos el mar del Norte y era difícil localizar nada con exactitud. Pasé mucho tiempo —probablemente, demasiado— volando hacia arriba y a lo largo de la costa de Yorkshire, confiando en ver un espacio libre. Llovía con intensidad… Por entonces, el combustible era ya muy escaso —nos quedaban solo unos veinte minutos—, así que, por primera vez, emití una señal de emergencia (pan, pan, pan) y en dos segunditos apareció Linton-on-Ouse[*18] con un rumbo magnético. En ese momento estábamos a punto de abandonar el aparato. Era cuestión de planear un buen rato hasta casa. Lo conseguimos, pero el equipo de repostaje me dijo que prácticamente habíamos agotado el tanque del todo[13].

A lo largo de 1940-1941, en la RAF persistió la ingenuidad sobre la eficacia de las operaciones del Mando de Bombarderos. Según Ken Owen, un navegador de diecinueve años:

> Los informes eran muy, pero que muy positivos. Nos hacían creer que íbamos a golpear contra un objetivo importante, a causar un daño importante a los alemanes. Y claro, todos escuchábamos los boletines de la BBC, a la mañana siguiente, que se hacían eco de nuestro éxito; era increíble cómo llegábamos a engañarnos a nosotros mismos. Creíamos que los estábamos dejando hechos fosfatina. Unas doce veces [para treinta «viajes»] debimos de bombardear el lugar correcto; las otras veces, o era el sitio equivocado o eran campos de cultivo[14].

A pesar del reducido impacto que la ofensiva aérea estratégica tuvo en los primeros años, la mayoría de los jefes de la RAF seguía conservando la fe visionaria no sólo en lo que podrían llegar a hacer los bombardeos, sino en lo que ya habían conseguido. En septiembre de 1942, el mariscal del aire sir Wilfred Freeman escribió al jefe del aire sir Charles Portal lamentando la extravagancia de las afirmaciones de algunos comandantes: «En su empeño por ser el centro de atención, a veces exageran e incluso falsifican los hechos. El caso más grave es el del comandante en jefe del Mando de Bombarderos». Freeman citaba afirmaciones publicadas en los medios de comunicación sobre los logros de algunas incursiones recientes en territorio alemán:

Los daños de [Karlsruhe y Düsseldorf] se describen de un modo fantasioso. Creo que no son ciertos… Sugiero que tal vez usted podría… enviar una circular a los comandantes en jefe… para recalcarles la importancia de adherirse a la estricta verdad en los informes de operaciones, sin mejorarla en modo alguno… Estoy alarmado por el perjuicio que las tendencias actuales, sin duda, no tardarán en causar al buen nombre de la RAF[15].

No obstante, durante los largos años previos a que los ejércitos aliados emplearan toda su fuerza en enfrentarse a los alemanes, al primer ministro británico y el presidente estadounidense (e igualmente a sus jefes del aire) ya les fue bien coincidir en proclamar los éxitos de los bombardeos. Sir Arthur Harris, nombrado comandante en jefe del Mando de Bombarderos en febrero de 1942, dijo: «La actitud de Winston hacia los bombardeos era: "lo que sea para armar un espectáculo". Si no hubiéramos [usado el Mando de Bombarderos] sólo habríamos tenido la guerra contra los submarinos y, según él mismo decía, la defensa de nuestras rutas comerciales no era un instrumento bélico[16]». Churchill consideraba la ofensiva de bombardeo como un arma vital en las relaciones de Occidente con Stalin, para calmar en lo posible el enfado del caudillo soviético con lo que para éste era falta de actividad y compromiso de los angloestadounidenses en el lanzamiento de un segundo frente.

El primer viaje de Ken Owen, en 1942, lo llevó a Kassel en un estado de euforia:

Estaba en las nubes. Era emoción pura: las órdenes, sentado en el avión, dispuesto a despegar. La luna llena y brillante. Encontramos el objetivo, también muchos antiaéreos. Sentí mucho más miedo en la segunda operación. Tenía los pies helados, me sudaban las axilas. No tardaron en establecerse dos clases de reputación; primero estaban las tripulaciones «genéticas», los tíos resueltos de verdad; y luego los que lo pasaban muy mal. Había dos o tres que tenían todos los números de palmar, algunos porque estaban tan asustados que era probable que hicieran alguna estupidez… Uno o dos pilotos se cagaban en los pantalones; algún artillero se quedó helado en la torreta. A veces la gente la palmaba por una terrible falta de disciplina en sus tripulaciones.

La tripulación se familiarizó del todo con la peste del avión a goma caliente y combustible, a veces también con el olor a la cordita del fuego incesante y al vómito de los hombres asustados. En varias ocasiones, el radiotelegrafista de Owen devolvió cuando el avión emprendía una maniobra de evasión violenta.

Si te pillaban en el foco [los reflectores de los antiaéreos], volabas hacia otro aparato con la esperanza de que lo escogieran a él, antes que a ti. El componente de cinismo e insensibilidad era tremendo: «¡Gracias a Dios que ha sido otro!». Sinceramente, no soy capaz de recordar los nombres de muchos de los que la palmaron. Solían pasar allí no más de una quincena. Tardamos bastante en darnos cuenta de que volar se estaba convirtiendo en una labor arriesgada; el motor de la emoción nos mantenía en marcha y la moral era elevada. Había problemas, por descontado, pero yo nunca culpé a ninguna autoridad superior porque tenía la impresión de que allí todos estábamos aprendiendo juntos.

Que en las relaciones entre los tripulantes de los bombarderos solía alcanzarse un alto nivel de intimidad es un tópico al que no se puede conceder validez universal. Harold Dorfman, navegante de un B-24, respetaba la pericia de su piloto, pero «nos odiábamos el uno al otro… Después de pelearnos en un vuelo de instrucción, ya nunca nos volvimos a dirigir la palabra, salvo hablar sobre la misión». Jack Brennan, de Staten Island, tenía veintiún años cuando se unió a la fuerza aérea, provocando la cólera de su familia. «"Te podíamos haber mantenido aparte", dijeron. Pero yo era de los chicos que ansiaban ser un héroe». La experiencia de volar en veinticuatro misiones contra Alemania junto a un piloto cobarde e incompetente lo curó de tales ilusiones falsas: «A todas horas, deseaba haber optado por otro camino. Nos tocaron en casi todos los vuelos. Lo único bueno era que las condiciones de vida eran decentes, en comparación con las de los hombres de tierra». La experiencia de combate de su propia tripulación concluyó con deshonra, cuando el piloto los convenció de arrojarse en paracaídas sobre Suecia mientras estaban en una misión contra Berlín. Brennan fue uno de los tres supervivientes y se deleitaba en la comodidad y la seguridad de su experiencia posterior como interno: «Era como un campamento de verano[17]».

La naturaleza de la vida y la muerte en las bases de bombarderos animaba poco a establecer relaciones fuera de la propia tripulación. «Como nuestras bajas eran tan y tan graves, procurabas no aproximarte de más a la gente —dijo Etienne Maze, que tripulaba Halifaxes de la RAF—. Iban y venían. Para cuando alcanzabas las diez misiones, eras un niño muy viejo.»[18] El día en que Ted Bone vio a varios conocidos en una lista de «desaparecidos», se limitó a anotar en su diario: «Buena gente, Pyatt, Donner, etc. Bici limpia, carta a casa, panecillos y cacao de cena en el alojamiento[19]». Un tripulante de un B-17 estadounidense escribió: «Aprendimos a vivir como quizá fuimos mucho tiempo atrás, con la simplicidad de los animales: carecíamos de esperanza por nosotros mismos y de compasión por los demás[20]».

Las operaciones de bombardeo imponían una tensión excepcional a los participantes, que sabían qué probabilidades tenían de sobrevivir a una «gira»: subían a los aviones en bases tranquilas y bien reguladas; se adentraban volando en el corazón más ardiente de la guerra en Europa; aterrizaban de regreso entre los campos de Norfolk o Lincolnshire; visitaban el pub entre la peña de pueblerinos, la noche siguiente; y repetían todo el proceso dos o tres días más tarde. Los pilotos, sobre todo en las operaciones nocturnas, disfrutaban de una libertad personal considerable, que podían ejercer para bien o para mal. La mayoría exhibió una resolución notable y plena devoción al deber, pero algunos titubearon. El vicemariscal del Aire sir Ralph Cochrane, comandante del Grupo 5, entrevistó en persona a un piloto

que viró en redondo y regresó a casa cuando se acercaba a Hamburgo; aquel hombre ofreció, como única excusa, la de que había encontrado que el aparato se estaba alejando de la «corriente principal[21]». El hombre indicó al comandante del grupo que la tripulación había debatido sobre las opciones mediante el sistema de intercomunicación y que habían acordado abandonar la misión: «Cuando le pregunté por qué no había sido él, como capitán, el que adoptó la decisión, dijo que todos se sentaban a la mesa de los sargentos y que no estaba en juego su vida, sino la de todos, así que estaba claro que se lo tenía que consultar».

A Ron Crafter, operador de las contramedidas electrónicas en un Halifax del Mando de Bombarderos, le alcanzaron en el rostro unas esquirlas de proyectil durante un ataque contra las bases de lanzamiento de V1 en junio de 1944. «Las heridas eran superficiales, pero me dejé llevar por el pánico. Desde entonces me ha resultado muy difícil vivir con eso: era el momento más importante de mi vida, ¡y no cumplí las expectativas! He intentado convencerme de que solo tenía diecinueve años y se me podía disculpar.»[22] Y así era, por descontado. Una minoría significativa de pilotos que habían recibido una onerosa instrucción, tras sufrir experiencias como ésta, fue incapaz de completar los vuelos asignados. El ánimo de muchos alcanzó su punto más bajo en el invierno de 1943, durante la que se dio en llamar como «batalla de Berlín». «Treinta salidas en una gira operativa, con un índice de pérdidas del 4 por 100, estaba cerca del límite de la resistencia humana… Era obvio que la moral era escasa», según reconoció Ralph Cochrane[23].

A muchos de los hombres que se echaron atrás se los trató con una considerable dureza, porque sus superiores temían que la indulgencia favorecería la emulación. Reg Raynes era un radiotelegrafista, único superviviente de un Hampden que se estrelló en una playa de Norfolk en 1941, tras haber sufrido grandes daños en Berlín. «Mientras caíamos, lo recuerdo con claridad, el silencio era completo. Habíamos perdido los dos motores y los demás hombres no dijeron ni una palabra». Su recuerdo siguiente fue hallarse en un hospital psiquiátrico en Matlock, desde donde fue enviado de nuevo a una base de bombarderos, con una degradación automática. «Era incapaz de cumplir con labores de vuelo y nadie parecía saber qué hacer conmigo. Todo lo que podían ver era a un "tele" o artillero del Aire que caminaba por ahí sin objeto aparente y creo que nunca se dieron cuenta de que yo sufría una enfermedad mental.»[24]

Una mañana se presentó en la enfermería con un intenso dolor de cabeza y se le envió a otro hospital, próximo a Newcastle. «Se llevaron mi uniforme y me entregaron unas ropas que no me iban bien: traje azul, camisa blanca y corbata roja. Aparte de un sargento al que habían traído de Tobruk, todos los otros pacientes eran soldados rasos de tierra, inadaptados que se habían

colado en las filas por error. Ninguno había llegado a ver ni una arma, todo el día hablaban tan solo de conseguir el "billete" [retirada del servicio] y casi todos lo consiguieron». A Raynes lo dieron de baja de las fuerzas aéreas en 1943; padeció problemas psiquiátricos graves durante el resto de su vida, pero sólo se le concedió la pensión por invalidez parcial, de un 30 por 100.

A algunos hombres de la RAF calificados de «CFM» («carentes de fibra moral») se les confiaron labores de tierra secundarias; a otros se los envió a las barracas de castigo denominadas «Centros de Reciclaje del Personal Aéreo», el más notorio de los cuales estaba situado a las afueras de Sheffield. Ken Owen dijo: «Me habría apuntado al "CFM" si se hubiera podido hacer sin deshonor. Se gastaban bromas sobre palmarla, sobre volar en rumbos recíprocos, pero nunca sobre Sheffield[25]». Sin embargo, Owen estaba entre la reducida minoría de tripulantes que no sólo sobrevivieron a una «gira» de treinta misiones, sino que emprendieron una segunda, con un nuevo equipo, en un Lancaster.

> En la segunda gira éramos mucho más cínicos y suspicaces. [Nos preguntábamos:] «¿Qué clase de artillero trasero es ese Macpherson? Confiemos en que ese cabroncete se aguante despierto». Éramos mucho más eficaces, estábamos mucho más resueltos a ser eficaces, mucho más resueltos a sobrevivir, había más conversaciones sobre posibles choques al sobrevolar el objetivo; sabíamos que el sistema de cazas nocturnos de los alemanes había mejorado una enormidad.

Una noche, Owen y su tripulación regresaban de una incursión contra una base de desarrollo de cohetes alemanes en Peenemünde, con dos motores estropeados y el avión perforado en multitud de puntos por la metralla de los antiaéreos. Lo abandonaron sobre Norfolk y tuvieron la suerte de que, al lanzarse en paracaídas, alcanzaron el suelo sanos y salvos. Se reunieron todos en la comisaría de policía de Hunstanton. «Odiaba todo el asunto, por entonces».

Para aquellos aviadores estadounidenses que realizaban misiones diurnas resultó particularmente doloroso ser testigos, de cerca, de horrores que eran invisibles a los tripulantes nocturnos de la RAF. El piloto de un B-17 escribió sobre una de las misiones:

> Cuando un avión estallaba, veíamos miembros [de los cuerpos despedazados de sus tripulantes] desperdigados por todo el cielo. A veces chocábamos contra algunos de esos miembros. Un avión topó contra un cuerpo que salió dando vueltas de un avión más adelantado. Un tripulante salió por la escotilla delantera de un avión y chocó contra el empenaje… Sin paracaídas. El cuerpo daba vueltas y más vueltas como una bolsa de alubias arrojada al aire… Un piloto alemán salió de su avión y formó una pelota con las piernas, con la cabeza abajo. Le volaban papeles de los bolsillos. Atravesó nuestra formación con una voltereta triple. Sin paracaídas[26].

Si bien las tripulaciones del aire fueron en efecto una élite en los tiempos de guerra, pagaron un precio muy alto por sus privilegios, al encarar riesgos mayores que ningún otro grupo de combatientes, con la sola excepción de los

fusileros de infantería y los submarinistas.

II. Objetivos

Hasta 1943, el logro más importante de la ofensiva aérea estratégica de los Aliados fue el hecho de obligar a los alemanes a traer del frente oriental un gran número de cazas y de los cañones de doble función de 88 milímetros, para reforzar la defensa del Reich: sólo para la defensa de Berlín, por ejemplo, se destinaron cien baterías de entre dieciséis y veinticuatro cañones, operada cada una de ellas por equipos de once hombres. Aunque muchos artilleros eran adolescentes a los que no cabía enviar al frente, la desviación de potencia de fuego y tecnología fue importante. Richard Overy ha expuesto de un modo convincente que el esfuerzo bélico alemán sufrió mucho por la necesidad de comprometer recursos para la defensa nacional. El Mando de Bombarderos y la USAAF hicieron una contribución destacable al obligar a la Luftwaffe a dedicar casi todas sus fuerzas de 1943-1945 a la batalla de Alemania, lo que impidió casi por completo que pudiera atacar a las fuerzas aliadas terrestres. También es evidente que, aunque Albert Speer se las ingenió para aumentar la producción incluso durante los ataques aéreos en gran escala de 1944, los alemanes podrían haber producido una cantidad muy superior de armas si la obra de las fábricas se hubiera desarrollado sin impedimentos; y esto habría tenido consecuencias graves en los campos de batalla.

Entre 1940 y 1942, sólo 11 228 alemanes murieron a consecuencia del bombardeo aliado. Entre enero de 1943 y mayo de 1945, por el contrario, murieron otros 350 000, además de una cantidad imprecisa —varias decenas de miles— de trabajadores forzados y prisioneros de guerra extranjeros. Este coste debe compararse con los 60 595 británicos muertos a consecuencia de todas las formas de bombardeo aéreo alemán, incluidos los cohetes V, entre 1939 y 1945. Durante 1943, la ofensiva nocturna del Mando de Bombarderos aumentó radicalmente su intensidad y la USAAF empezó a desplegar unas fuerzas formidables. Su jefe, el general «Hap» Arnold, promovió con brillantez la expansión de su servicio, «con el apoyo importante de un personal plenamente capaz y no demasiado dado a los remilgos», según las palabras de admiración de un colega británico[27]. El personal de guerra de la USAAF pasó de veinte mil personas a dos millones, de diecisiete bases aéreas a trescientas cuarenta y cinco, y de dos mil cuatrocientos setenta aviones a ochenta mil, mientras que la marina estadounidense adquirió otros siete mil quinientos aviones propios. Una proporción cada vez mayor del poder de bombardeo estadounidense se fue desplegando contra Alemania desde las

bases británicas.

La hazaña de precisión más señera de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial fue el ataque de la RAF, en mayo de 1943, contra las represas del Ruhr. Fue una obra épica de ingenio, pericia y valor que adquirió carácter de leyenda, aunque su importancia estratégica era limitada. Ya en 1937, el Ministerio del Aire había identificado el suministro de agua de Alemania como un factor clave en la producción de acero, y en 1940, el jefe del estado mayor del aire sir Charles Portal instó a atacar las presas. La dificultad era hallar el medio adecuado. Barnes Wallis, científico y diseñador de aviones, estaba persiguiendo el mismo objetivo de un modo independiente y concibió la idea de hacer rebotar cargas de profundidad contra las paredes de las represas. En febrero de 1943, su proyecto obtuvo respaldo oficial, a pesar del escepticismo de sir Arthur Harris. Se pidió a Wallis que produjera las armas a tiempo de atacar en mayo, cuando las presas del Ruhr estarían llenas. Un destacado oficial del estado mayor escribió, con llamativa ingenuidad: «La operación contra las presas no resultará especialmente peligrosa, según se cree», porque los objetivos apenas estaban defendidos (algunos, ni eso). Se realizaron pruebas iniciales con una carga esférica, pero en abril Wallis se decidió por una alternativa cilíndrica, a la que se daba efecto de retroceso antes de su lanzamiento mediante una polea eléctrica, de forma que se «arrastraba» pared abajo de la represa para detonar a cien metros por debajo de la superficie del agua. Sorprendentemente, las armas, de cuatro toneladas de peso, se construyeron en apenas un mes, al tiempo que se introducían modificaciones especiales en los Lancaster para poder transportarlas.

El escuadrón 617, creado especialmente para esta misión, se entrenó durante el mes de abril y los primeros días de mayo para realizar el ataque. En contra de lo que sostiene el mito popular, ni todos los hombres eran voluntarios ni todas las tripulaciones contaban con mucha experiencia. Algunos hombres no habían cumplido aún ni diez vuelos contra Alemania, mientras que varios ingenieros de vuelo todavía no habían entrado nunca en acción. Esto concede especial valor al logro del comandante de ala Guy Gibson, a la sazón de veinticuatro años, un aviador de disciplina feroz y dedicación obsesiva, que supo preparar su unidad para lanzar el ataque en la noche del domingo 16 de mayo. Despegaron diecinueve tripulaciones; las presas de los afluentes Möhne y Eder se identificaron como objetivos prioritarios; en cuanto al tercer objetivo, el Sorpe, con sus terraplenes, aunque era vital para la industria, se admitía que era menos vulnerable a las cargas de profundidad de Wallis.

En la presa del Möhne se abrió una brecha al arrojar la cuarta arma; en el Eder, con la tercera y última de la que podían disponer los Lancaster atacantes. En su mayoría, los aviones enviados al Sorpe fueron derribados en

ruta; dos tripulaciones regresaron a la base sin haber acometido; las dos cargas arrojadas contra el Sorpe no alcanzaron a quebrar la presa, al igual que otra lanzada sobre el Bever, identificado por error como el Ennepe. Ocho tripulaciones no pudieron volver, lo que supuso todo un castigo, en proporción; seis cayeron víctimas del fuego antiaéreo durante los vuelos bajos hacia y desde el Ruhr a plena luz de la luna, hecho indispensable para la precisión del bombardeo[28].

La destrucción de las presas del Möhne y Eder creó sensación y mereció la admiración del mundo. El impacto moral del ataque fue enorme, y no fue menor en los jefes alemanes; aumentó mucho el prestigio del Mando de Bombarderos y Gibson recibió una Cruz Victoria. Parte del entusiasmo popular por los que se conoció como dambusters («revientapresas») derivaba del hecho de que destruir objetivos industriales precisos parecía una acción de moralidad mucho menos incómoda que el prender fuego a ciudades y civiles. Pero la inundación del valle del Möhne mató a 545 alemanes y 749 extranjeros: mujeres ucranias, que hacían trabajos forzados, y prisioneros de guerra franceses y belgas. La pérdida del agua sólo supuso un inconveniente temporal para la producción de acero en el Ruhr, en parte porque el Mando no acertó a lanzar bombardeos convencionales con los que impedir la reparación de las presas. Pero en adelante, los alemanes se sintieron obligados a dotar recursos importantes para la defensa de las represas. Así, aunque los resultados económicos de la incursión fueron modestos, en el terreno de la propaganda se apuntaron un tanto notable. Todos los implicados merecieron los laureles concedidos, sin duda.

En 1943, la economía alemana se tambaleó por la presión combinada de las carencias de carbón, acero y mano de obra, junto con la destrucción masiva causada por el Mando de Bombarderos en el Ruhr. Fue el primer año en el que la ofensiva aérea provocó daños cuantiosos en la máquina de guerra nazi. La tormenta de fuego que cayó sobre Hamburgo en julio, creada por las incursiones aéreas más intensas de la historia, mató a cuarenta mil personas y destruyó doscientos cincuenta mil hogares. «Nos dijeron que los [bombarderos] británicos evitarían Hamburgo porque más adelante necesitarían la ciudad y su puerto. Vivíamos en el paraíso de los tontos», escribió Mathilde Wolff-Mönckeberg, una de las ciudadanas traumatizadas, entre las ruinas[29]. Mediante esfuerzos extraordinarios y gracias a la pericia del general Erhard Milch, la Luftwaffe consiguió duplicar la producción aeronáutica de 1942, y en el verano de 1943 salían de sus líneas 2200 aviones de combate al mes. Pero sus nuevos modelos, los He 177 y Me 210, demostraron ser un fracaso que malgastó recursos vitales. Los modelos avanzados de Bf-109 que, junto con el Focke-Wulf 190, continuaron siendo los puntales de la defensa aérea diurna de Alemania hasta el fin de la guerra, se

vieron superados por los cazas aliados. Aún más importante fue que la habilidad de los pilotos de la Luftwaffe continuó cayendo en comparación con la de sus enemigos. El caza Me 262 fue un hito de la concepción aeronáutica, pero el número de aparatos disponibles fue demasiado escaso, y llegó demasiado tarde, para modificar el resultado de la guerra aérea. El suicidio del jefe del estado mayor de la Luftwaffe, Hans Jeschonnek, en agosto de 1943, equivalió a reconocer la derrota de su sección.

Adam Tooze ha aportado argumentos relevantes y convincentes en contra de la afirmación de Albert Speer, según la cual Alemania hizo un «milagro» con la producción de armamento entre 1942 y 1945[30]. Muchas de las soluciones que Speer aplicó a la crisis fallaron: por ejemplo, cuando el revolucionario submarino Mk XXI entró en producción, en 1944, lo hizo de un modo tan apresurado que las deficiencias técnicas imposibilitaron que pudiera prestar servicio útil. Hubo una escasez persistente de carbón y acero hasta el final de la guerra; la distribución de combustible entre la población civil se redujo a un nivel un 15 por 100 inferior a la de por sí magra ración doméstica de los británicos. 1943 fue el último año en el que Alemania aún tuvo acceso a las minas de metal ucranio. Las meras necesidades de munición ya absorbieron más de la mitad de los recursos de acero del ejército, además del servicio de 450 000 trabajadores; otros 160 000 estaban construyendo tanques y 210 000, produciendo otras armas. Si Alemania produjo en 1943 18 300 vehículos blindados, los Aliados superaron de largo la cifra con sus 54 100 unidades (29 000 de ellos, rusas), aunque las factorías del Reich doblaron las entregas entre otoño de 1942 y primavera de 1943. La fabricación de munición alemana alcanzó su máximo en septiembre de 1944. A partir de 1943, los recursos materiales de los Aliados superaron los del Eje por márgenes cada vez más amplios.

Esto hace especialmente llamativo que, frente a todos los inconvenientes y errores de juicio, las fuerzas alemanas contaran con las armas necesarias para sostener una resistencia feroz hasta mayo de 1945. Al valorar la experiencia industrial del Tercer Reich y el trabajo de Speer y de Milch, sucesor de Jeschonnek como jefe del estado mayor de la Luftwaffe, no debemos excedemos con el revisionismo histórico. Desde 1943, en realidad desde antes, el Reich se embarcó en una ruta que sólo podía conducirle al hundimiento económico. No obstante, los soldados aliados que luchaban contra los alemanes habrían obtenido un escaso consuelo de haberlo sabido, pues ellos lidiaban con una artillería y descargas de mortero devastadoras, y tenían dificultades para enfrentarse a los Tiger y Panther con sus carros propios, que eran inferiores.

El punto débil de la ofensiva de bombardeo aliada fue la pobreza del trabajo de inteligencia, que la convirtió, según lamentó Churchill, en una

porra, cuando debía haber sido afilada como un estoque. Ultra ofreció poca ayuda para descubrir qué estaba pasando dentro de Alemania, porque la mayor parte de los datos industriales se transmitían en papel o por línea telefónica, no por radio. Incluso cuando creció el poder destructivo de la RAF y la USAAF, los «barones de los bombarderos» siguieron mal informados sobre los puntos de estrangulamiento de la industria nazi, que, por otra parte, sir Arthur Harris tenía poco interés en identificar. Tras haberse embarcado en una campaña tendiente a arrasar las ciudades alemanas, la sostuvo con una dedicación obsesiva hasta 1945. La USAAF, que por doctrina estaba comprometida con el bombardeo de precisión, dedicó mucha más energía a localizar sistemas cruciales como objetivo: en agosto y octubre de 1943, la VIII.ª fuerza aérea sufrió bajas impresionantes al atacar las plantas de cojinetes de Schweinfurt: en la primera incursión se perdieron 147 de los 376 aviones, y en la segunda, 60 de 291, más otros 142 dañados; y el fruto del ataque fue indiferente.

Estos desastres reforzaron el desprecio de Harris hacia el bombardeo de precisión de lo que él denominaba «objetivos panacea». Se ha observado justamente, sin embargo, que aunque el liderazgo británico en Casablanca, en enero de 1943, autorizó una ofensiva de bombardeo combinada, lo que en realidad se produjo fue una competición entre la RAF y la USAAF, que persiguieron sus propias ideas de forma independiente. Adam Tooze cree que Harris, con la «batalla del Ruhr» —que comenzó con un ataque contra Essen el 5 de marzo de 1943—, estuvo cerca de lograr una victoria decisiva al arruinar la producción de carbón y acero alemanes[31]. Goering expresó su asombro ante el hecho de que los Aliados no continuaran con los ataques al Ruhr, «porque ahí, en algunos puntos, tenemos que lidiar con cuellos de botella en la producción que suponen un peligro descomunal», según nota de Goebbels. Pero el Mando de Bombarderos subestimó la importancia de mantener la presión sobre las ciudades industriales ya atacadas, que Harris borraba de su lista de objetivos con demasiada premura, con la simple prueba de fotografías aéreas.

En julio de 1943, Harris, al suponer que el Ruhr ya estaba suficientemente arrasado, desplazó el foco del ataque del Mando de Bombarderos primero a Hamburgo, luego a Berlín. Sus escuadrones, que debían recorrer una distancia enorme con el tiempo invernal y contra un área de objetivos enorme y de lo más dispersa, sufrieron mucho por ello. Entre octubre y marzo, causaron daños graves —pero no decisivos— en la capital alemana y las importantes zonas industriales de los alrededores. Quizá cabe afirmar que la equivocación de Harris refleja la de Goering, cuando reservó bombarderos para atacar Londres en 1940. A finales de 1943, los cuarteles generales del Mando de Bombarderos enviaron un informe a todos sus grupos y bases,

donde se proclamaban, con una exhibición de fantasía, los supuestos logros de sus ataques: «Estas incursiones a la capital alemana marcan sin duda el principio del fin… Los ataques han infligido a la organización militar e industrial de los nazis, y sobre todo a su moral, una herida letal de la que no pueden recuperarse[32]».

El 7 de diciembre, Harris escribió al primer ministro afirmando que si podía enviar otras quince mil misiones de los Lancaster contra las principales ciudades de Alemania, el régimen nazi se hundiría el 1 de abril de 1944. El Mando de Bombarderos cumplió casi por completo la cuota asignada de esta misión, pero no por ello flaqueó la resistencia de Alemania. Las extravagantes predicciones del comandante en jefe dañaron su credibilidad ante el primer ministro y los jefes de los cuerpos, incluido sir Charles Portal. A principios de la primavera de 1944, cuando el Mando de Bombarderos recibió otro destino —unirse a la USAAF para atacar los objetivos previos a la invasión de Francia—, las bajas que sufría en la «batalla de Berlín» se habían tornado prohibitivas; pero la inflexible voluntad de Harris le permitió renovar entrado el verano el asalto contra las ciudades alemanas, que perduró hasta abril de 1945.

El bombardeo no tuvo el impacto sobre la moral de la población civil que los británicos aspiraban a conseguir; las fábricas continuaron produciendo y se siguió prestando obediencia a las órdenes. Pero las penalidades del pueblo alemán fueron muy grandes; el régimen nazi tuvo que recurrir a medios cada vez más desesperados para explicar a su propio pueblo la vulnerabilidad al ataque aéreo. Los titulares de prensa, tras la incursión contra las represas de mayo de 1943, aseveraban que habían sido «obra de judíos». La opinión pública no quedó convencida; la policía de seguridad informó de que abundaban las personas que preguntaban por qué la Luftwaffe era incapaz de conseguir logros como aquéllos. En junio, un capataz municipal de Hagen tuvo ocasión de ver y comentar una devastadora incursión nocturna británica contra la vecina Wuppertal:

> Cientos de cañones antiaéreos truenan a lo lejos… El aire zumba con tanto motor de avión. Por el cielo se cruzan incontables reflectores. Llueve metralla… El cono de uno de los reflectores ha atrapado a cinco aviones enemigos; vuelan hacia nosotros, se los ataca con furia y pasan volando por encima de nosotros. Más adelante vemos a un avión derribado y en llamas. Todo continúa así durante una hora y media… Por el oeste, el cielo está rojo… Largas caravanas de camiones atraviesan la ciudad, cargados con toda clase de enseres domésticos. Hay gente sentada, consternada, junto a sus pocas pertenencias. Llegan refugiados a la estación central, y se quedan ahí, en pie, con el rostro ennegrecido por los incendios y sin más posesiones que la ropa que aún llevan. Es una desolación absoluta. En la ciudad, los ánimos son pésimos. Por todas partes corre la pregunta: ¿cuándo nos tocará a nosotros[33]?

En junio de 1943, un ciudadano de Mülheim escribió: «Ahora nuestro Führer debería dar la orden de destruir igualmente las grandes ciudades de

Inglaterra[34]». Hitler lo habría hecho así de haber podido, desde luego; pero la Luftwaffe era incapaz de volver a Reino Unido para completar lo que había dejado inconcluso en mayo de 1941. Unos pocos alemanes meditabundos temían que el caos creciente que se estaba sembrando en su país representara un juicio por los crímenes nazis: el 20 de diciembre de 1943, el obispo protestante de Württemberg provocó la cólera de Berlín al escribir al jefe de la cancillería del Reich para sugerir que las ovejas de su rebaño «sentían, a menudo, que el sufrimiento que se veían obligadas a soportar ante los bombardeos del enemigo eran la compensación por lo que se estaba haciendo a los judíos[35]». Se le encareció, con severidad, la importancia de mostrar una «mayor contención en tales materias».

Cuando los bombardeos se intensificaron y el ánimo de la población civil se vino abajo, se optó, con el fin de preservar la hegemonía nazi, por una opresión y obligatoriedad aún más implacables. En 1943, los tribunales aprobaron un centenar de sentencias de muerte semanales contra ciudadanos a los que se consideraba culpables de sabotaje o derrotismo; entre los ejecutados por supuesto derrotismo había dos directores de sucursal del Deutsche Bank y un destacado ejecutivo de un grupo industrial eléctrico. Para que no se redujera la producción, la industria aeronáutica adoptó una semana laboral de 72 horas. Como el trabajo forzoso adquirió cada vez más importancia, Milch instó a emplear medidas aún más draconianas para aumentar su productividad. Con respecto a los trabajadores y prisioneros de guerra extranjeros, escribió:

> Son elementos cuya eficiencia no se puede aumentar con medios menores. No se los está tratando de un modo suficientemente estricto. Si un capataz decente le soltara un buen puñetazo a uno de esos tipos desobedientes que se niegan a trabajar, entonces la situación cambiaría pronto. Aquí no podemos hacer caso del derecho internacional. He insistido con toda claridad… He defendido con toda la fuerza el principio de que a los prisioneros, salvo a los ingleses y estadounidenses, hay que alejarlos de la autoridad militar. Los soldados están en una posición en la que… no son capaces de lidiar con estos tipos… Si un [prisionero de guerra] ha cometido sabotaje o se ha negado a trabajar, haré que lo cuelguen en la misma fábrica[36].

Las «armas maravillosas» de Hitler, la bomba volante V1 y el cohete V2, eran producidas por esclavos en condiciones de brutalidad y dureza espantosas; la producción industrial se mantuvo sólo gracias a la explotación implacable de la mano de obra cautiva. La dedicación a las «armas vengativas» de alta tecnología, que se calcula costó al Reich cerca de un tercio de los recursos invertidos por los Aliados en el proyecto atómico Manhattan, representó una carga tan desastrosa como fútil sobre una economía de guerra cada vez más débil.

Aunque la RAF causó daños muy considerables en Alemania, quedó para la USAAF lograr la victoria más importante de la guerra aérea, en los

primeros meses de 1944, con medios que sorprendieron a sus propios comandantes. El caza Mustang de largo alcance, capaz de escoltar a las Fortalezas Volantes y los Liberator en todo el trayecto hasta Alemania y de superar en combate a cualquier oponente que se le enfrenta allí, pasó a estar disponible en grandes cantidades. La USAAF se embarcó en una campaña importante contra las fábricas aeronáuticas, bombardeándolas durante seis días consecutivos de la «semana grande» de febrero, lo que obligó a la Luftwaffe a emplear en su defensa todos y cada uno de sus cazas disponibles. Pronto quedó de manifiesto que la destrucción sembrada por los bombarderos en tierra era menos importante que el llamativo éxito de los pilotos estadounidenses en el combate aéreo. En sólo un mes, la Luftwaffe perdió un tercio de sus cazas y una quinta parte de sus aviadores. En marzo se había destruido la mitad de la restante potencia aérea de Alemania; en abril, el 43 por 100 de capacidad residual; en mayo y junio, el 50 por 100.

La producción alemana siguió siendo notablemente alta: en fecha ya tan tardía como el mes de septiembre, se construyeron 3538 aviones de varios tipos, 2900 de los cuales eran cazas. Pero la producción total de la Luftwaffe en 1944, que ascendió a los 34 100 aviones de combate, no sostenía comparación posible con los 127 300 aparatos de los Aliados, 71 400 de los cuales eran estadounidenses; y las pérdidas de pilotos alemanes fueron calamitosas. Desde entonces, la USAAF comenzó a atacar las plantas de petróleo sintético, principal fuente de combustible del Reich desde que los rusos se hicieron con los yacimientos rumanos en abril de 1944, lo que tuvo impacto inmediato en el abastecimiento de combustible: muchos de los aviones de la Luftwaffe se quedaron en tierra y también quedó muy perjudicada la instrucción de nuevos aviadores. Cuando llegó el Día D, en junio, los menguados escuadrones de Goering no pudieron ofrecer ningún apoyo significativo a la Wehrmacht. En adelante, el bombardeo aéreo de Alemania alcanzó proporciones pasmosas al tiempo que se reducían las pérdidas de la RAF y la USAAF. Si en un ataque típico del mes de marzo de 1943, aproximadamente un millar de aviones lanzaba 4000 toneladas de bombas, en febrero de 1944 la fuerza había triplicado su magnitud; en julio, los Aliados desplegaron 5250 aviones de todos los tipos contra Alemania, con una capacidad de bombardeo de 20 000 toneladas. En el transcurso de aquel año y los primeros meses de 1945, redujeron a escombros las conurbaciones del Reich. En noviembre de 1944, los ataques contra la red ferroviaria habían cerrado la salida al acero producido en el Ruhr, que ya no se podía transportar a casi ninguna planta de fabricación de otros lugares.

El efecto moral de las incursiones diurnas de la USAAF fue inmenso: la población alemana se sentía horrorizada al contemplar las enormes formaciones de aviones enemigos con sus estelas de condensación abrasando

las capas altas del cielo, desfilando con impunidad sobre su patria. Según escribió una persona al ver volar sobre sí grupos de bombarderos de la VIII.ª fuerza aérea:

> Las rayas blancas se movían con lentitud por el margen del cielo, con calma, en curso recto, sin prisa. Se acercaron. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la brillantez de las luces que veíamos, bañadas por la luz del sol, los puntos brillantes en los extremos de las rayas, entonces pasaron a toda velocidad, en escuadrones bien formados; uno, un par de minutos y entonces otro, y un tercero, un cuarto, un quinto… La gente que había a nuestro lado empezó a contar los minúsculos puntos plateados. Cuando ya habían llegado a los cuatrocientos, aún no se veía el final por ninguna parte[37].

El peso principal del ataque aliado cayó sobre 158 ciudades alemanas. Brunswick, un ejemplo típico, fue objetivo de doce incursiones que destruyeron un tercio de sus edificios y mataron a 2905 personas. El centro acerístico de Essen vivió 635 advertencias por «aproximación de aviones enemigos» entre septiembre de 1939 y diciembre de 1943, seguidas por otras 198 alertas en los nueve meses siguientes. Todas ellas obligaban a los cansados ciudadanos a ocultarse durante horas en los refugios y búnkeres. La población rural de Alemania sólo sufrió ataques aéreos deliberados en 1945, pero no había ningún lugar completamente seguro: en la noche del 17 de enero de 1943, una única bomba perdida cayó en la pequeña comunidad rural de Neuplotzen, en Brandenburgo, al oeste de Berlín, y mató a ocho personas. Se erigió una cruz cerca de sus tumbas, con la inscripción: «La muerte rencorosa los arrancó de mitad de la vida cotidiana. La fe en la victoria vencerá a la aflicción[38]».

A medida que aumentaba la destrucción, también lo hacía la malevolencia de los nazis hacia los responsables de la aviación aliada. Martin Bormann, el ayudante del Führer, envió circulares a las autoridades locales el 30 de mayo de 1944, en las que ordenaba que no se castigara a ningún ciudadano por agredir o matar a aviadores enemigos derribados. Hubo cerca de cuatrocientos incidentes registrados en los que aviadores británicos y estadounidenses murieron sin supervisión tras lanzarse en paracaídas o aterrizar de forma forzosa; los pilotos de los cazabombarderos, que hostilizaban desde baja altura en la última fase de la guerra, eran especialmente odiados. Entre los ejemplos conocidos, el 24 de marzo de 1944, cuatro tripulantes murieron en Bochum; el 26 de agosto, siete aviadores estadounidenses murieron en Russelheim; el 13 de diciembre, tres hombres de la RAF murieron apaleados por una multitud enfurecida en Essen. En febrero de 1945, un miembro de una brigada antiincendios de una fábrica, que formuló propuestas en voz alta contra el maltrato que se dispensaba a los aviadores aliados prisioneros, fue arrestado por la Gestapo y fusilado.

Los habitantes de las ciudades alemanas tenían que pasar en sótanos y

refugios hasta la mitad de las veinticuatro horas del día. Los nazis gozaban de privilegios de acceso a los refugios mejor protegidos, y abusaron de ello, lo que causó un resentimiento general: en un refugio público de Bochum, según se informó, hubo miembros del partido que «se pusieron cómodos entre unas cuantas cajas de cerveza» mientras los ciudadanos menos afortunados quedaban expuestos a la furia del bombardeo. Hitler dedicó recursos sin tasa a su seguridad personal: para construir un búnker en Berlín y sus cuarteles generales de la Prusia Oriental se empleó a 28 000 trabajadores y se gastó un millón de metros cúbicos de hormigón, lo que superaba el peso de los materiales utilizados entre 1943 y 1944 en todos los refugios públicos de Alemania. Una auxiliar de la Luftwaffe, a la sazón de veintidós años, describió el disgusto que le provocó pasar una noche en un búnker público de Krefeld, en noviembre de 1944.

> En la parte delantera de la sala, hombres y mujeres de todas las edades bebían aguardiente… Densas nubes de humo de tabaco impedían dormir. De un rincón venía una confusión de ruido de mujeres que chillaban y hombres que murmuraban medio bebidos… Niños y ancianos dormían entre los adultos, envueltos en mantas de lana y harapos rasgados, sobre sillas o simples planchas de madera. Por todas partes se veían cuerpos desplomados y agotados, y caras demacradas… la atmósfera espantosamente viciada por el olor a ropa interior sucia, a sudor y la falta de ventilación casi impedía respirar. A no poca distancia un niño lloraba quedamente mientras desde el otro lado se oían ronquidos y gemidos[39].

A quienes saqueaban aprovechando las incursiones aéreas se les impusieron castigos brutales. El 5 de marzo de 1943, Kasimir Petrolinas, un lituano de sesenta y nueve años, fue detenido por un policía cuando cogía de unos escombros tres boles metálicos abollados, por valor de un reichsmark, en la ciudad de Essen. Fue condenado por un tribunal especial y ejecutado a las pocas horas por un pelotón de fusilamiento. En marzo de 1944 se acusó a una chica de dieciocho años, Ilse Mitze, de haber robado ocho chalecos, cinco pares de bragas y trece pares de calcetines, con posterioridad a un bombardeo ocurrido en Hagen en octubre de 1943. En su defensa, se alegó que anteriormente había ayudado a desenterrar víctimas. Su patrono observó que era «difícil» y «golosa», a la vez que la consideraba «industriosa y respetable». El oficial médico de Hagen, al prestar testimonio, la despreció calificándola de «psicópata estúpida, descarada y mentirosa». Fue condenada a muerte por una sentencia que hizo protestar incluso a las autoridades de la seguridad local. Sin embargo, Mitze murió en la guillotina en Dortmund, en mayo, y su suerte se proclamó en carteles murales, con intención disuasoria[40].

Los habitantes de las ciudades alemanas experimentaron el terror y la devastación en una escala muy superior a cuanto provocó la Luftwaffe en Reino Unido en 1940-1941: un ataque de bombarderos con éxito causaba una

visión infernal. Mathilde Wolff-Mönckeberg escribió desde Hamburgo, durante la tormenta de fuego de agosto de 1943: «El terror se prolonga durante dos horas en las que —de principio a fin— los tímpanos parecen reventar y no ves más que fuego. Nadie habla. Los rostros, tensos, aguardan lo peor en cada explosión gargantuesca. Cada vez que hay un estallido, las cabezas se hunden automáticamente y los rasgos quedan atrapados en el horror[41]».

Los frutos grotescos de la destrucción eran incontables. En noviembre de 1943, Berlín sufrió un ataque en cuyo transcurso cayeron muchas bombas sobre el zoo de la ciudad. Ursula Gebel escribió:

> Aquella tarde… había estado en el recinto de los elefantes y había visto las seis hembras y un cachorro que practicaban trucos con su cuidador. Aquella misma noche, los siete se quemaron vivos… El hipopótamo macho sobrevivió en su piscina, [pero] todos los osos, los osos polares, los camellos, los avestruces, las rapaces y las demás aves murieron quemados. Los tanques del acuario se secaron; los cocodrilos huyeron, pero al igual que las serpientes, se congelaron con el frío aire de noviembre. En el zoo solo sobrevivieron el elefante macho Siam, el hipopótamo macho y unos pocos simios[42].

Martha Gros vivía en Darmstadt, cerca de Francfort. Durante la noche del 12 de septiembre de 1944, esta extensa ciudad industrial sufrió el ataque del grupo V.º del Mando de Bombarderos, que causó la muerte de al menos novecientas personas. Según contaba Gros:

> Estábamos de pie en un rincón del refugio, el más alejado. Éramos el Hauptmann R., con el uniforme completo, y las Fräulein H. y G., que se daban las manos la una a la otra, y escuchábamos cómo [los aviones] se acercaban ruidosamente. Una de las primeras explosiones se produjo muy cerca. Mi corazón palpitó con fuerza, hubo un estallido terrible, las paredes temblaron. Oímos ruidos de agrietamiento, luego un hundimiento y el silbido de las llamas. Empezó a caer yeso sobre nuestras cabezas y pensamos que el techo iba a ceder. Las luces habían fallado. Unos treinta segundos después hubo una segunda explosión terrible, la puerta se abrió de golpe y vi cómo las escaleras de la parte más alta, bañadas en una luz brillante, se hundían y un río de fuego manaba hacia abajo. Las cortinas de seguridad ardían.
>
> Grité: «¡Salgamos de aquí!», pero el Hauptmann R. me retuvo: «¡Quédese aquí, aún los tenemos aquí arriba!». En ese momento alcanzaron la casa de enfrente. Una lengua de fuego, de unos cinco metros de longitud, azotó como un látigo en el refugio; los armarios y demás muebles se abrieron y cayeron sobre nosotros. Una presión terrible nos retuvo contra la pared. Ahora R. gritó: «¡Salgamos, cogidos de la mano!». Empleó toda su fuerza para arrastrarme fuera de todo aquel maderamen derruido. Arrojé la caja del dinero y estiré de la señorita H. hacia mí, y ella cogió al señor G. Trepamos por el agujero que llevaba a la parte de atrás. Nuestro edificio estaba en llamas. Oí cómo se hundían los techos, vi cómo el fuego devoraba mis camas. En medio del jardín hacía un calor increíble y había tanto humo que todos nos arrodillamos en el suelo, manteniendo la cabeza lo más baja posible, y de vez en cuando arañábamos tierra y la sosteníamos contra el rostro caliente[43].

En los sótanos y refugios situados bajo un hospital cercano, con la iluminación de emergencia mediante baterías, hubo que empapar las sábanas en aceite alimentario para aliviar el dolor de afectados que padecían heridas horrorosas, muchos de los cuales acabaron muriendo. Se cortó el agua. El aire

apestaba a carne quemada. Los médicos operaban hora tras hora, superando todos los límites del agotamiento. Los cuerpos de algunos fallecidos no mostraban huellas de la muerte; habían sucumbido a la asfixia o a heridas internas provocadas por la explosión. Muchas personas sufrieron daños oculares por los gases tóxicos o los fragmentos ardientes que salían despedidos. Ottilie Bell describió el caso de un impacto muy próximo: «Hubo un estallido, se fue la luz, se apagó la radio. Caímos de rodillas al suelo, con la boca abierta. Mi cuñada oraba en voz alta por nuestra vida. Nuestro cachorro, de apenas seis semanas, comenzó a ladrar aterrorizado[44]».

Grete Siegel, ama de casa, contó:

> Estábamos todos petrificados… Había ancianas apoyadas contra el muro de sus jardines, con bata y gorra, temblando por el frío y el terror. Los que se habían quemado tenían ampollas del tamaño de puños en la cara, en el cuello, en todas partes. A una mujer le colgaban de la cara tiras de piel… De reojo vi un cadáver carbonizado, de unos sesenta centímetros de largo, tumbado de cara. Así estaban todos… En el Palaisgarten vimos incontables cadáveres, casi todos desnudos; uno solamente tenía un calcetín, otro sólo los tirantes o una tira de la camisa. Una era una joven rubia que parecía que estuviera sonriendo[45].

En los sótanos, los que habían muerto ahogados parecían fantasmas, envueltos en mantas y con telas atadas frente a sus caras: «el hedor era insoportable». Cuando llegó la mañana del 13 de septiembre, en palabras de Martha Gros, «había un silencio mortal en la ciudad, fantasmal y escalofriante. Era aún más irreal que la noche anterior. Ni un pájaro, ni un árbol con su copa verde, nada, sólo cadáveres». Ottilie Bell dijo: «No se veía nada que no fueran ruinas en llamas. Ni una casa en nuestra calle, de un kilómetro de largo[46]».

Entre 1943 y 1945, estas escenas se repitieron día tras día, noche tras noche, en las ciudades de Alemania. Además de las penalidades de los civiles, la moral de los hombres destinados en batallas distantes sufría dolorosamente al oír las noticias de su país natal y, con el tiempo, ver la destrucción con sus propios ojos. «¡Vaya regreso fue!», escribió un soldado que volvía del frente ruso en 1944:

> Teníamos alguna noticia, claro, de los ataques aéreos emprendidos por los Aliados contra las ciudades alemanas. Pero lo que vimos desde las ventanillas [del tren] era mucho peor de lo que esperábamos. Nos conmocionó hasta lo más hondo. ¿Era para esto para lo que habíamos estado luchando en el este?… Las caras de los civiles se veían grises y cansadas, y en algunos de ellos veíamos incluso resentimiento, como si fuéramos nosotros los culpables de que hubieran destruido sus hogares y que tantos de sus seres queridos hubieran muerto entre las llamas[47].

Italia no se salvó de la destrucción. Según escribió a su esposa el teniente Pietro Ostellino, de la división Ariete, en el norte de África: «Hoy he sabido que los aviones enemigos han bombardeado una vez más nuestra grande y hermosa Turín… El bombardeo de una ciudad abierta es horrible. Cuando los

aviones dan rienda suelta a su furia contra nosotros en el frente, ¡que así sea! Somos soldados y debemos soportar las consecuencias de la guerra. Pero para los civiles indefensos, es un acto de salvajismo y crueldad impropio de un ser humano[48]».

En 1944-1945, la ofensiva de bombardeo angloestadounidense se convirtió en la expresión suprema del poder industrial y la excelencia tecnológica de ambas naciones. Buena parte del sur y el este de Inglaterra se transformó en un tablero de bases aéreas distribuidas por la zona agrícola, cercadas por alambre de espino y concebidas para fines diversos como la instrucción, el transporte, los cazas o los bombarderos. Sólo en Norfolk había ciento diez aeródromos de la USAAF y la RAF, cada uno de los cuales ocupaba doscientas cincuenta hectáreas de llanura; una base del Mando de Bombarderos ocupaba a unos dos mil quinientos empleados como personal de tierra (entre ellos, unas cuatrocientas mujeres) y una plantilla rotatoria de unos doscientos cincuenta aviadores. Era una guerra dirigida según un horario, cuadrada con una rutina cotidiana letal, que se mantuvo durante años.

Aunque en los últimos meses las bajas de la USAAF y la RAF en Europa disminuyeron claramente, el vuelo operativo no llegó a convertirse nunca en una actividad segura. La tripulación de Alan Gamble, con la mezcolanza de naciones característica del período —un piloto australiano, un artillero de cola estadounidense, un navegador y el artillero de la posición superior-central, escoceses, y el resto, ingleses—, comenzó a actuar en febrero de 1945 con el deseo ferviente de estar «ahí para ver el final… Confiábamos en labrarnos una reputación». Todos habían completado anteriormente alguna serie de vuelos con el Mando de Bombarderos. El 7 de febrero, despegaron con una fuerza de cien Lancaster, para un ataque diurno contra una refinería petrolífera situada en Wanne-Eickel. Al cruzar la costa francesa, vieron por delante una nube negra de pésimo aspecto y subieron a la máxima altitud con la intención de evitarla. Pero no la esquivaron y el aparato comenzó a helarse rápidamente. Al cabo de poco tiempo, el avión «se desplazaba inestable como un pato mareado», en palabras de Gamble[49].

Continuaron el vuelo, pero tras debatir la situación por el intercomunicador, decidieron dirigirse a la cercana Krefeld, en el Ruhr. El avión estaba a 8500 pies de altitud y acababan de lanzar sus bombas cuando se produjo una sacudida violenta, porque el ala de estribor había empezado a combarse «como si fuera a enrollarse sobre nosotros». El Lancaster giró y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. «Preparaos para abandonar el avión», ordenó Geoff, el piloto, mientras se esforzaba por recobrar la estabilidad. Gamble, convencido de que la muerte era inminente, pensó: «Dios mío, esto es el fin. ¡Espero que no duela mucho!». De repente, el aparato se estabilizó

momentáneamente. La tripulación cogió los paracaídas y, uno a uno, sus miembros fueron saltando por la escotilla delantera. Gamble se alarmó al ver que estaba cayendo sobre un río turbulento, pero logró alejarse y caer en tierra. La tripulación tuvo una suerte desusada: todos aterrizaron con vida y sobrevivieron los tres meses siguientes como prisioneros de guerra.

Hasta el final de la contienda, las ciudades fueron bombardeadas sin compasión. Una mujer de Brunswick escribió el 9 de marzo de 1945: «Los aviones pasan sobre Berlín todos los días, incluso dos veces por día. ¡Pobre, pobre gente! ¿Cómo pueden soportar tanto sufrimiento? Todo el mundo está completamente agotado[50]». Un berlinés, Karl Deutmann, escribió sobre el ataque de la USAAF:

> Por detrás de las paredes de nuestro búnker, de más de un metro de grosor, y durante más de una hora, no oímos más que el horrísono caer y estallar de aquella lluvia de bombas, con la luz titilante, débil, a veces a punto de apagarse… Al salir del búnker, el sol había desaparecido en un cielo oscurecido por las nubes. Un enorme mar de humo, alimentado por incontables incendios de varia magnitud, colgaba sobre el conjunto de la ciudad interior… En la Neuburgerstrasse… habían alcanzado la escuela de oficios femenina, en cuyo sótano se escondían cientos de chicas. Luego vimos a los padres en pie, frente a los cuerpos destrozados, despedazados y desnudos por la explosión, y eran incapaces de reconocer a sus propias hijas.

En el diario de un habitante de Hagen se escribió, el 15 de marzo de 1945: «Entre la gente imperan el miedo y el pánico. En la ciudad no quedan ya edificios públicos, ni negocios, ni apenas calle alguna; solo montañas de escombros y ruinas. Se me ha hecho tal nudo en el estómago que no me siento capaz de describir todo el error. El aire silba y ruge con un efecto escalofriante. Estoy por aquí junto a los demás, desconcertado y sin saber qué hacer[51]».

Fueron pocos los británicos y estadounidenses que reflexionaron en serio sobre el destino de la Alemania sometida al bombardeo aéreo, en parte porque sus gobiernos los mantuvieron sistemáticamente engañados sobre la naturaleza de la campaña: la realidad del bombardeo zonal —eligiendo ciudades como objetivo— se ocultaba tras una retórica de asalto a las instalaciones industriales. La USAAF, moral y doctrinalmente comprometida con los bombardeos de precisión, no admitió nunca en público que sus operaciones (especialmente, el bombardeo a ciegas con la sola guía de radares) causaron casi tanta destrucción en las vidas y las propiedades civiles como los ataques de área de la RAF. Por otro lado, difícilmente se podía pedir a la población de las naciones aliadas que habían padecido la agresividad de Alemania que se preocupara seriamente por las bajas civiles de este país.

Algunos británicos mejor informados se sintieron más decaídos por el coste de la destrucción arquitectónica que por las muertes causadas. Harold Nicolson, esteta y parlamentario del laborismo nacional, expresó su

conmoción ante la indiferencia pública hacia la destrucción del patrimonio cultural de Europa. Justo un año antes del bombardeo de Dresde, en febrero de 1944, escribió en las páginas de The Spectator.

> Hay que reprochar a la educación democrática que los pueblos de Reino Unido y Estados Unidos sean ora indiferentes, ora en realidad hostiles a estas expresiones supremas de la inteligencia humana. Ello refleja que nuestros líderes sólo han mostrado una conciencia somera de sus responsabilidades. Y será una fuente de desconsuelo para nuestros nietos el hecho de que nosotros, que podríamos habernos plantado como firmes fiduciarios del patrimonio de Europa, le hayamos girado la cara[52].

Nicolson acertaba al predecir que las generaciones futuras contemplarían con desconsuelo la ofensiva de bombardeo estratégico, pero juzgó mal la naturaleza de su repulsión: en el siglo XXI, lo que despierta emociones hondas es el bombardeo indiscriminado de civiles, más que la devastación de los palacios barrocos. No son pocos los críticos alemanes, ni del todo inexistentes los estadounidenses, que hallan una equivalencia moral entre la maldad con la que los Aliados bombardeaban ciudades y la maldad con la que los nazis masacraron a inocentes, especialmente a los judíos. Esto parece un error, sin embargo. La ofensiva de bombardeo se concibió para lograr la derrota del Eje y la libertad de Europa. En cambio, los asesinatos colectivos de los nazis no sólo mataron a muchas más personas, sino que carecían de las razones propias del caso anterior: no eran «daños colaterales», frutos derivados de la acción militar, sino que se realizaron única y exclusivamente con la intención de cumplir los objetivos raciales e ideológicos de la Alemania nazi. El factor decisivo en los peores excesos del bombardeo aliado —que se produjeron en 1945, cuando era evidente que la guerra se aproximaba a su conclusión— fue el determinismo tecnológico: como existían unas fuerzas aéreas poderosísimas, se las utilizó. Años de conflicto contra un enemigo salvaje habían endurecido la sensibilidad de los Aliados y habían reducido el instinto humanitario. Es algo que no llama la atención.

Cuando todo terminó, los aviadores británicos y estadounidenses que con tanto riesgo y sacrificio propio habían participado en la ofensiva estratégica contra Alemania se sintieron desolados al constatar que su campaña era objeto de crítica, incluso de oprobio. Habían bombardeado la economía nazi hasta provocar su hundimiento; por desgracia, sin embargo, el logro llegó demasiado tarde y no permitió asegurar el crédito de una victoria que los jefes del aire creían merecer: los ejércitos de tierra aliados estuvieron a punto de completar la derrota del Reich mediante su propio esfuerzo. La ofensiva de bombardeo hizo una contribución notoria al resultado, pero alcanzó su terrible madurez demasiado tarde para reclamar el éxito para sí sola.

Los críticos concluyeron que los Aliados habían pagado un precio moral inaceptable para una victoria estratégica secundaria. Sir Arthur Harris dijo al

respecto: «Todo se reduce al hecho de que a todo el mundo le disgustan los bombarderos porque les arrojan cosas encima, mientras que todo el mundo ama a los cazas porque derriban a los bombarderos[53]». En cierta ocasión escribió con tono amargo: «No tengo intención… de pasar a la historia como el autor, o el ejecutor único, de los planes estratégicos de destrucción de las ciudades de Alemania». Según afirmó, él «nunca había tenido el control estratégico de la ofensiva de bombardeo… sólo el control táctico con el que poner en práctica las directrices estratégicas… recibidas[54]». Citó el comentario que formuló el general John Burgoyne tras haber aceptado la derrota en la guerra de independencia de Estados Unidos: «Cuento con que se exhibirá la ingratitud ministerial, como ha sido usual en todos los tiempos y todos los países, con el fin de que la culpa se transmita de la orden a su ejecución». Harris aún añadió: «Según mi experiencia, tenía toda la razón». No andaba desencaminado; fue un comandante formidable, aunque como ser humano no se hiciera querer y desarrollara una obsesión personal con destruir las ciudades alemanas, tarea en la que desplegó el espíritu de un antiguo romano al que se le hubiera encargado ese fin: delenda est Carthago. Pero si sus superiores disentían respecto del modo en que estaba dirigiendo las fuerzas británicas de bombardeo, su deber habría sido despacharlo. En realidad, Churchill y los jefes del estado mayor permitieron que Harris llevara hasta un extremo arrasador la política que ellos mismos habían ordenado emprender en 1942; fue el ejecutor del bombardeo de área, no su arquitecto.

Es injusto que los pilotos de los cazas, en todas las naciones, sigan reteniendo una adulación popular que a menudo se niega a las tripulaciones de los bombarderos. El rigor moral contra el ataque aéreo estratégico debe dirigirse en contra de quienes lo instigaron, para ser justos; no de quienes lo llevaron a cabo. Siempre hay que deplorar la muerte de civiles, pero la Alemania nazi representaba un mal histórico: hasta el último día de la guerra, el pueblo de Hitler causó sufrimientos espantosos a inocentes. La destrucción de sus ciudades y la muerte de un número elevado de sus habitantes parece ser un precio que debían pagar por los horrores que habían desatado sobre la civilización occidental, y este peaje fue mucho más ligero que el que ellos impusieron al resto de Europa.

20

Víctimas

I. Amos y esclavos

Casi todos los ciudadanos de las naciones que participaron en la guerra sufrieron sus consecuencias, pero con una intensidad muy variable. Los historiadores describen los hechos principalmente en función de los enfrentamientos armados, que sin duda determinaron aspectos importantes; pero el conflicto también debería entenderse como una experiencia humana que transformó las vidas de cientos de millones de personas, muchas de las cuales no vieron nunca un campo de batalla. El principal motivo de aprensión, obviamente, lo constituyó el miedo a caer herido o morir, sobre todo en la nueva era de los bombardeos aéreos. Pero más allá de esto, había otras muchas causas de inquietud, como por ejemplo la preocupación por la comida y la salud, la ausencia de los seres queridos o la disolución de las comunidades. Había pesares simples, como el de no poder regalar nada a las personas amadas. Victor Klemperer, un judío al que los nazis dejaron en la indigencia al confiscarle todo cuanto poseía, escribió el 12 de julio de 1944, en la ciudad de Dresde y en alusión a su esposa: «Cumpleaños de Eva. Mis manos vacías de nuevo, ni siquiera una flor[1]». Sin embargo, no sólo los que estaban sometidos a la hegemonía del Eje sufrían penalidades: Stalin deportó al este de su país a una gran cantidad de ciudadanos soviéticos pertenecientes a minorías de cuya lealtad no se fiaba, sobre todo chechenos y tártaros de Crimea; en total, cerca de tres millones y medio de personas. Un porcentaje

no cuantificado, pero notable, de estas personas murieron por ello, algunas por el tifus que reinaba en los transportes. Sobre sus padecimientos, a diferencia de los de las víctimas de Hitler, apenas se guardan datos, pero sabemos que entre los deportados había cuatro con el título de «héroe de la Unión Soviética»; las purgas de Beria no excluían a nadie.

Entre las víctimas de los soviéticos hubo un millón y medio de polacos deportados al gulag o el exilio siberiano en 1940-1941, en cumplimiento de la política estalinista de limpieza étnica; al menos trescientas cincuenta mil murieron por hambre o enfermedades y se ejecutó a otras treinta mil. Edward Matyka, un soldado de veintiún años, suponía ingenuamente que los rusos no le impedirían huir a Rumania desde la Polonia ocupada por los alemanes. Pero en enero de 1940, una patrulla soviética lo arrestó y lo encarceló; se lo condenó a cinco años de trabajos forzados por «cruzar ilegalmente la frontera e intentar espiar en provecho de los enemigos de la Unión Soviética». En octubre, tras varias semanas de viaje en barcazas de prisioneros, él y sus compañeros tuvieron que recorrer a pie más de sesenta kilómetros hasta alcanzar el campo de trabajo. El frío era terrible. «Cuatrocientas sombras de hombre se movían una tras otra con lentitud, con dificultad, abriéndose paso entre la honda nieve… Atravesamos un bosque y la columna empezó a estirarse y adelgazarse a medida que los más débiles y los más cargados iban cayendo».

En aquel campo, y en unas condiciones de privación espantosas, Matyka y sus compañeros pasaron los dieciocho meses siguientes. Había mañanas en las que, incluso en el hospital de la prisión, Matyka se levantaba con el pelo cubierto de blanca escarcha. Cada día morían, de media, doce hombres. El polaco escribió sobre su desolación: «Estaba muy lejos de mis seres queridos y yacía enfermo entre desconocidos moribundos. Era consciente de que, si moría, me olvidarían como los cuerpos sin vida que sacaban del campo todos los días, y de que mi familia nunca sabría qué me había pasado. Lloraba como un niño desvalido al que han maltratado y rezaba por que ocurriera un milagro». Lo enviaron a trabajar al campo de Ust-Usa, situado dentro del círculo polar ártico, a enlatar carne para el consumo carcelario. Cuando finalmente los pusieron en libertad a él y a sus compañeros, los polacos y otros prisioneros habían completado una vía férrea de un millar de kilómetros, que habían dispuesto con las manos desnudas. Matyka escribió con amargura: «Probablemente hay, debajo de cada raíl, huesos de polacos y otros prisioneros[2]».

Felicks Lachman, otro prisionero polaco del gulag, compuso algo más tarde un poema tan breve como amargo:

Piojos chinches chinches piojos
pulgas más aún que piojos
ratas moscas y mosquitos
chuscos secos y roídos.

Polvo y barro sin jabón
todo suciedad y hedor
no hay fe no hay esperanza
no hay luz a tientas se anda.

Por camastro, dos tablones
por colegas, rezongones
por sueño, cientos de carros
de combate americanos[3].

En las circunstancias desesperadas que vivió la Unión Soviética en julio de 1941, Stalin amnistió a 50 295 polacos liberados de cárceles y campos, 26 297 liberados de celdas para prisioneros de guerra y otros 265 248 liberados de asentamientos especiales y el exilio. Fueron muchos los soldados que a continuación se unieron al ejército comunista polaco organizado en el seno de la propia Unión Soviética. Durante el año siguiente, otras 115 000 personas (73 000 como parte del personal militar, y el resto, mujeres y niños) recibieron con asombro la autorización para abandonar Rusia rumbo a Persia, donde se convirtieron en responsabilidad británica. Aunque el ministro de Exteriores, Anthony Eden, reconoció las terribles penalidades de los polacos, «que viven en condiciones angustiosas, enfermos y en peligro de morirse de hambre», no fue una carga bienvenida para quienes los acogieron. Las autoridades coloniales británicas de El Cairo escribieron al Foreign Office en junio de 1942 para expresar verdadera alarma ante la magnitud de la inmigración polaca. «Por decirlo con brutalidad, si estos polacos mueren en Rusia, el empeño bélico no se verá afectado. Si [se les permite] trasladarse a Persia, nosotros, a diferencia de los rusos, no seremos capaces de dejarlos morir y nuestro esfuerzo bélico se verá seriamente obstaculizado. Es preciso actuar para detener a esta gente, de modo que no abandonen la URSS antes de que estemos preparados para recibirlos… sin tener en consideración cuántos pueden morir en consecuencia[4]».

Este análisis tan frío y despiadado pone de manifiesto el embrutecimiento de algunos de los que dirigían el esfuerzo bélico aliado al enfrentarse a tantas tragedias a la vez. La inmigración polaca siguió adelante, sea como fuere: un médico británico responsable de acoger a los refugiados informó de que el 40 por 100 sufría malaria y casi todos adolecían de disentería, diarrea, malnutrición o fiebre tifoidea. Estos soldados polacos tardaron casi dos años en hallarse en un estado de salud tal que les permitiera unirse a los ejércitos aliados desplegados en Italia, donde prestaron servicio con distinción hasta el fin de la guerra. Los familiares a su cargo fueron siendo trasladados de un

campo británico a otro, en condiciones de cautividad que, pese a resultar humanas, los hacían sentir infelices. A muchos los embarcaron con rumbo a la India y, de aquí, pasaron en 1945 a Reino Unido, donde la mayoría eligió vivir para el resto de sus días. Fueran cuales fuesen las deficiencias del trato que los británicos dispensaron a estos polacos, la realidad fundamental era que fueron víctimas de una persecución atroz por parte de la Unión Soviética, una potencia que en teoría acompañaba a las democracias en la supuesta «cruzada por la libertad».

En Europa, entre tanto, se calcula que cerca de veinte millones de personas tuvieron que desplazarse de los hogares que ocupaban antes de la guerra, a menudo en circunstancias de una dureza terrible. Una tarde de 1940, el judío de Łódź, Szmulek Goldberg, se llevó a su novia Rose a un club deportivo próximo en el que habían pasado muchas horas felices. En aquel momento estaba cerrado, tras quedar dañado en los bombardeos. Pasearon hasta el gimnasio en ruinas en el que Szmulek había ganado en cierta ocasión un concurso de baile, haciendo pareja con su madre.

> Me había vestido con mi ropa chillona y mi fieltro marrón por última vez. Nos paramos y me volví hacia Rose.
>
> —Me llamo Szmulek Goldberg —le dije, en tono formal, como si me estuviera presentando.
>
> —Yo me llamo Rose —respondió ella, con los ojos húmedos y relucientes.
>
> Le hice una reverencia que ella me devolvió. Estuvimos bailando en el silencio, al son de una música que sólo oíamos en nuestros corazones[5].

Aquella noche, entre los sollozos de Rose y tras un largo abrazo, Szmulek se despidió. Huyó de Łódź y sobrevivió, pero pasó los últimos años de la guerra en Auschwitz-Birkenau. No volvió a ver a su novia.

Una de las sensaciones más intensas de cientos de millones de personas fue la de una injusticia. No creían merecer la epidemia de riesgo, privaciones, soledad y horror que los había alejado de su vida habitual para arrojarlos a entornos extraños de una peligrosidad letal. En palabras de un artillero británico, el teniente John Guest: «No creo ser malvado, ni creo tampoco que lo sea la mayoría de la gente, incluidos los alemanes; desde luego, no lo suficientemente malvados como para merecer verse arrollados por esta guerra[6]».

Los pueblos de los territorios controlados por el Eje se hallaban en condiciones peores, por descontado: casi todos se encontraban a merced tanto de los soldados enemigos como de los nuevos gobiernos colaboracionistas. Chin Kee Onn, un chino que estaba en Malasia, escribió: «El antiguo orden social se invirtió. Los "Don Nadie" de ayer se convirtieron en los "peces gordos" de hoy. La antigua escoria de la sociedad, como por ejemplo exconvictos, conocidos caballeros sin escrúpulos, estafadores y fracasados notorios se erigieron en la nueva élite y ascendieron a posiciones de poder y

favor oficial[7]». En Java, dos chicas neerlandesas que viajaban en compañía de su madre en un tren extraordinariamente abarrotado se sorprendieron al ver que les denegaban los asientos que estaban acostumbradas a ocupar. Un anciano indonesio comentó con ironía sobre su confusión: «Ya Njonja, daly Iain sekarang» («Sí, señora, las cosas han cambiado[8]»).

Aquella familia neerlandesa no tardó en sufrir infortunios aún peores: Elizabeth van Kampen, que era hija del dueño de una plantación, estuvo de los quince a los dieciocho años en un campo de internamiento japonés, junto con su madre y dos hermanas. Se aferraron a la vida, pero de un modo precario, pues padecieron beriberi, disentería, ataques repetidos de malaria, malnutrición y piojos. La señora Van Kampen perdió casi todos los dientes y su marido falleció a manos de la policía Kempeitai. Para no perder el juicio, Elizabeth soñaba con la idílica infancia colonial que había vivido y con el mundo exterior a las cercas, pero «¿cómo puedes soñar mientras estás en un prisión sucia y abarrotada, mientras estás sobre un colchón repulsivo y lleno de bichos? ¿Cómo puedes soñar mientras tu estómago grita de hambre? ¿Cómo puedes soñar donde nunca suena la música? Yo sólo tenía diecisiete años, pero me entró miedo a soñar lo más mínimo».

En los países ocupados, la ley ya no era un absoluto, sino que se convirtió en lo que los conquistadores eligieran que debía ser. Pocos alemanes eran tan aprensivos como el oficial de la Abwehr Helmuth von Moltke, quien durante una visita a Oslo se halló ocupando una casa requisada a un noruego: «Era desagradable… la sensación de haber entrado en el hogar de otra persona y estar allí sentados como ladrones, mientras el propietario, según pude saber, se sentaba en un campo de concentración[9]». En Łódź, Polonia, en abril de 1940, la familia Ślązak quedó desposeída de su apartamento y su tienda, que pasaron a manos de sus vecinos, de etnia alemana; la madre de George lloraba con amargura. «Mi querido padre era un gigante amable. Nunca lo había visto perder los nervios. Al ver que los Bucholt se quedaban con nuestra casa y nuestra tienda, temblaba de ira, pero no podía decir nada, con dos hombres de la Gestapo allí.»[10]

Hubo oportunistas alemanes y japoneses que, sin haber conseguido apenas una condición digna o un respeto en sus propias sociedades, se convirtieron en gobernadores en las nuevas propiedades de sus naciones. Takase Toru, que entre 1942 y 1945 fue una figura poderosa en la Singapur sometida a los japoneses, provocaba a los hombres de negocios de la comunidad económica china: «He estado en Malasia en tres ocasiones, antes de ahora, y os he visto a muchos de vosotros cenando en las mesas… pero entonces no me prestasteis ninguna atención[11]». Mediante extorsión, los japoneses obtuvieron de la comunidad china el «regalo» de cincuenta millones de dólares de las Colonias del Estrecho; cambiaron el nombre de

muchas calles y avanzaron en dos horas todos los relojes, para que cuadraran con el horario de Tokio. Durante la breve luna de miel que vivieron en 1942 los birmanos con sus «libertadores», un grupo de teatro clásico japonés actuó en Rangún, donde cantaba:

> Bailemos con alegría,
> pues si bailamos con alegría
> estaremos en el corazón de Tokio.
> ¡Alegría! ¡Alegría!
> Entre las flores de Tokio[12].

Pero la arrogancia y la brutalidad japonesas no tardaron en destruir la buena voluntad del pueblo birmano. Los malasios también retrocedieron ante la conducta de sus nuevos señores, un buen ejemplo de lo cual era la ubicua práctica de orinar en público. Se sentían ofendidos por la costumbre japonesa de transmitir las reprimendas con un bofetón. No sin reticencia, los ocupantes modificaron esta práctica en 1943, al decretar que sólo los oficiales de mayor categoría (de coroneles arriba) podían abusar físicamente de los nativos; pero apenas se hizo caso de tal restricción. Christopher Bayly y Tim Harper, en su viva crónica de la experiencia asiática, han escrito: «Los japoneses no parecían ser más sensibles, culturalmente hablando, que los británicos, y sin duda eran más brutales[13]».

Hans Frank, gobernador nazi de Polonia, escribió en su diario de 1942: «"Humanidad" es una palabra que nadie se atreve a emplear… El poder y la certeza de ser capaz de utilizar la fuerza sin ninguna resistencia es el veneno más dulce y nocivo que cabe introducir en todo gobierno». Es una afirmación importante, porque atrapa la euforia que sintieron muchos alemanes y japoneses al hallarse, junto con sus acólitos, ocupando puestos que les conferían poderes absolutos sobre la vida y la muerte. En los tiempos corrientes, de paz, las acciones de hombres y mujeres quedan limitadas no sólo por la ley, sino por la convención social; incluso aquellos que podrían no sentir ninguna inhibición moral frente a saquear, herir o matar a otros, se hallan sujetos a una maquinaria que les impide llevarlo a la práctica. Pero los hombres que ejercieron la autoridad bajo los regímenes totalitarios se sabían liberados de todas las limitaciones y garantías relativas a la santidad de la vida humana, con la sola condición de que las muertes favorecieran los objetivos del sistema al que servían. Esta libertad tan descomunal y terrible entusiasmó a sus beneficiarios: los pocos responsables nazis que con posterioridad prestaron testimonio sincero describieron su ejercicio del poder en tono lírico.

Para las víctimas, acostumbradas a vivir en comunidades ordenadas, resultaba difícil comprender las implicaciones de su impotencia absoluta. El abismo que separa a, por un lado, una sociedad burguesa entregada a sus

negocios legales y, por otro lado, el arco de entrada a Auschwitz con su Arbeit macht frei («El trabajo te hace libre») era demasiado ancho, en un principio, para resultar inteligible. La ocupación y la sumisión parecían suficientemente malas de por sí; sólo de un modo progresivo iba quedando claro que aún existían grados de sufrimiento más intenso. Ruth Maier, una joven refugiada judía que había emigrado de su Austria natal a Oslo, escribió el 25 de abril de 1941, sobre la petición de un visado estadounidense: «He tratado la cuestión en el consulado de Estados Unidos. Seguro que obtendré un visado después de la guerra. Pero no antes… así que tenemos que ser pacientes[14]». Aquella infeliz muchacha no había comprendido aún que el hecho de no obtener un visado no era un simple inconveniente, sino una cuestión de vida o muerte, de su propia muerte: a los cinco meses fue deportada y asesinada. Incluso en 1944, Edith Gabor, una joven de dieciocho años que era hija de un mercader de diamantes de Budapest, tuvo noticias de la suerte que estaban corriendo las comunidades judías de Europa, «pero pensábamos: "Bueno, es algo que le ocurre a otras personas, que pasa en otros países"». Ella sentía miedo, pero no suficiente: aquel mismo año fue trasladada al primero de una serie de campos de concentración donde sobrevivió, con grandes penalidades, a unos horrores inenarrables. Todos los demás miembros de su familia murieron en la cámara de gas, salvo uno de sus hermanos[15].

Muchas personas hallaron la muerte lejos de los campos de batalla. Los judíos de Europa sufrieron el destino más dramático, pero millones de civiles de multitud de orígenes —rusos, polacos, yugoslavos, griegos, chinos, malayos, vietnamitas, indios— fallecieron por asesinatos deliberados, explosiones accidentales, enfermedades o hambre. Sus muertes no fueron menos terribles porque se produjeran en circunstancias de oscuridad, en alguna aldea arruinada, antes que en Auschwitz o Majdanek; tampoco porque nunca gozaran de la redentora oportunidad de ofrecer resistencia o ganar medallas. Helmuth von Moltke, de la Abwehr, se horrorizó al saber que en los territorios ocupados se había fusilado a rehenes en masa, según escribió a su esposa el 21 de octubre de 1941:

> En una zona de Serbia han reducido a cenizas dos pueblos y han ejecutado a 1700 hombres y 240 mujeres. Es el «castigo» por haber atacado a tres soldados alemanes. En Grecia han fusilado a 220 hombres de un pueblo. Luego prendieron fuego a las casas y dejaron a las mujeres y niños para que lloraran por sus maridos y padres y hogares. En Francia hay fusilamientos colectivos mientras escribo. No me cabe duda de que cada día se mata a más de mil personas de otra manera y otros mil alemanes se habitúan a asesinar. Y todo esto es un juego de niños comparado con lo que está ocurriendo en Polonia y Rusia. ¿Puedo ser consciente de todo esto y, sin embargo, sentarme a mi mesa en mi apartamento bien caldeado a tomarme un té? ¿No me estoy convirtiendo también en culpable? ¿Qué diré cuando me pregunten qué hacía yo durante ese tiempo? Desde el sábado, están deteniendo a los judíos de Berlín[16].

En la actualidad, el Holocausto suele analizarse aisladamente. En cierto sentido es lógico que sea así, porque a los judíos se los señaló expresamente para el genocidio, pero los archivos de Auschwitz-Birkenau, el más notorio de los complejos que sirvieron como campos de exterminio, ponen de relieve las cantidades de personas de otros grupos raciales que compartieron destino con los deportados judíos. Las mejores estadísticas disponibles indican que llegaron al complejo 1 100 000 judíos, en total, de los que sobrevivieron 100 000; de los 140 000 polacos que no eran judíos, sobrevivió la mitad; de los 23 000 gitanos, murieron todos, salvo 2000; fallecieron todos los prisioneros de guerra soviéticos, 15 000 en total; también murió aproximadamente la mitad de las otras 25 000 personas deportadas al campamento, en su mayoría prisioneros políticos. Además de los casi seis millones de judíos asesinados por los nazis, más de tres millones de rusos murieron en cautividad de los alemanes, mientras que grandes cantidades de civiles no judíos fueron masacrados en Rusia, Polonia, Yugoslavia, Grecia y otros países ocupados.

Así pues, parece importante valorar el Holocausto sobre el trasfondo del modo en que Hitler gobernó su imperio. La ya mencionada Ruth Maier fue una de las personas que abogó por esa integración contextual de una forma más emocionante e inteligente. Como refugiada en Oslo, a sus veintidós años, apenas un mes antes de que la deportaran y mataran en Auschwitz, escribió en su diario:

> Si te encierras en ti mismo y contemplas esta persecución y tortura de los judíos desde el punto de vista exclusivo de un judío, desarrollarás alguna variedad de complejo que te conducirá sin duda a un hundimiento psicológico lento pero seguro. La única solución es ver la cuestión judía desde una perspectiva más amplia… dentro del marco de los checos y noruegos oprimidos, de los trabajadores oprimidos… Sólo nos habremos enriquecido cuando comprendamos que no sólo nosotros somos una raza de mártires. Que junto a nosotros son incontables los que sufren, los que sufrirán como nosotros hasta el fin de los tiempos… salvo que… salvo que luchemos por un mejor[17]…

Calló para expresar su exasperación por la persistencia de su propio instinto de ver la tragedia judía como algo único, pero su confusión mental no menoscaba la nobleza y generosidad de las palabras que esta mujer tan joven pronunció desde el umbral de la tumba.

Una de las equivocaciones más graves de Hitler, desde el punto de vista de sus propios intereses, fue que intentó dar una nueva forma a las tierras orientales que caían bajo su soberanía, una forma acorde con la ideología nazi; pero quiso hacerlo mientras aún estaba luchando en la guerra. Casi todas las comparaciones entre Hitler y Churchill son ociosas, pero una parece significativa: el líder británico provocó la exasperación tanto de sus ministros como de sus compatriotas más humildes por negarse a considerar ninguna reforma social nacional de calado hasta que se hubiera obtenido la victoria. El

líder alemán, por el contrario, emprendió una reordenación drástica de las sociedades conquistadas en el este a las pocas semanas de su ocupación. Dirigió expulsiones colectivas de las poblaciones locales para dejar sitio a colonos alemanes y masacró a grandes cantidades de personas, sobre todo judíos y activistas políticos y sociales, independientemente de si ofrecían resistencia a su hegemonía. Es difícil exagerar los trastornos económicos que esta política provocó en la máquina de guerra alemana. Algunos miembros de las razas designadas como inferiores se alistaron al servicio de los nazis para asegurarse el sustento o la paga, porque odiaban a los judíos, o porque simplemente les apetecía aprovechar la oportunidad de ejercer el mando y permitirse la crueldad; pero la opresión distanció a millones de antiguos súbditos de Stalin que habrían podido ser unos serviciales acólitos alemanes.

En la Europa occidental ocupada en 1940-1941, los nazis encontraron a muchos voluntarios o colaboradores potenciales: los líderes del Vichy francés ansiaban desarrollar una sociedad con el Reich, que podía haber obtenido el apoyo de muchas personas en Francia y, plausiblemente, haber derivado en el enfrentamiento de Francia con Reino Unido. Pero la nación de Pétain se vio sometida a tal explotación económica por parte de Hitler, especialmente cuando éste impuso un tipo de cambio artificialmente elevado del marco con respecto al franco, que los franceses se fueron distanciando de forma progresiva; y ello ocurrió aun antes de que, en 1943, se introdujeran los trabajos forzados en Alemania: el detestado Service du Travail Obligatoire[18].

Las deportaciones masivas de los nazis en Polonia, Checoslovaquia y Ucrania causaron estragos en la producción agrícola: muchos colonos de raza alemana que debían reemplazar a los habitantes locales se mostraron reacios a aceptar la asignación de su destino y, por otro lado, no estaban capacitados para las tareas. Todos los imperios de éxito a lo largo de la historia se han basado, en parte, en la fuerza mayor; pero también han obtenido apoyos ofreciendo compensaciones a los pueblos conquistados que se dejaban someter: estabilidad, prosperidad y el imperio de la ley. Los nazis, al contrario, sólo ofrecían brutalidad, corrupción e incompetencia administrativa. Ellos habrían alegado que, con su actitud de crueldad, lograron sofocar la resistencia contra la ocupación, de importancia estratégica, en todas partes salvo en Yugoslavia y en Rusia. Y aunque esto es cierto, sólo cuenta una parte de la historia.

Muchos de los países ocupados, y Francia de forma especial, realizaron útiles contribuciones a la economía de guerra alemana bajo coacción: en total, suministraron el 9,3 por 100 del armamento del Reich, y la agricultura danesa les cubrió el 10 por 100 de las necesidades alimentarias del país. Pero a Hitler le habría ido mejor de haber ofrecido a los pueblos conquistados incentivos, además de amenazas, si hubiera sumado recompensas a los draconianos

decomisos de propiedades y mercancías. El punto de vista económico de los nazis era grotescamente primitivo: contemplaban la creación de riqueza como un juego de suma cero en el que, si Alemania debía ganar, otro tenía que perder. La consecuencia fue que, desde 1940, Hitler financió la guerra saqueando cada vez más su propio imperio; este proceso sólo podía terminar en la bancarrota.

La jerarquía nazi tardó mucho en comprender lo absurdo de masacrar a posibles esclavos en medio de una crisis de mano de obra nacional generada por la movilización de la mayoría de población alemana en edad militar. Adam Tooze ha calculado que, en total, los alemanes mataron o dejaron morir a unos siete millones de personas en edad de trabajar; sobre todo, prisioneros de guerra judíos, polacos y rusos, y casi todos entre 1941 y 1943. Tooze describe el Holocausto como «una catastrófica destrucción de mano de obra[19]». En 1941-1942, los nazis llegaron a la conclusión de que sus dificultades para alimentar al pueblo alemán se mitigarían si eliminaban a toda boca superflua a su alcance. En una reunión celebrada en Berlín el 16 de septiembre de 1941, a la que asistió Goering, se llamó la atención sobre la escasez de alimentos: el mariscal del Reich anunció que resultaba impensable reducir las raciones de la población civil alemana, «dado el estado de ánimo de la nación»; para creer que valía la pena librar aquella guerra, el pueblo de Hitler necesitaba tranquilidad material, además de moral.

La única respuesta, concluyeron los nazis, era reducir las provisiones tanto de los habitantes nativos de los territorios ocupados como de los prisioneros de guerra rusos. El 13 de noviembre, el intendente general Eduard Wagner comunicó a sus jefes de sección que «los prisioneros de guerra que no trabajen tendrán que morir de hambre». De este modo, los prisioneros rusos empezaron a morir en grandes cantidades; algunos, de hambre, y otros, a manos de unos guardias a quienes se había concedido licencia para matar sin límites, con el objetivo de controlar la manada de desesperados de los que eran responsables. El 1 de febrero de 1942, había perecido casi el 60 por 100 de los 3,35 millones de prisioneros soviéticos en manos de los alemanes; en 1945, habían muerto 3,3 millones de un total de 5,7 millones de prisioneros soviéticos.

Hasta 1943, los nazis no comprendieron que las bocas hambrientas también tenían manos útiles: sólo con retraso, aceptaron el valor —indispensable, de hecho— de mantener vivos a los prisioneros para reforzar la mano de obra industrial de su país, cada vez más mermada. Cuando pusieron en práctica esta nueva directriz, Goering observó con complacencia que los rusos aportaban el 80 por 100 del trabajo de construcción de los Stuka Ju-87. En el otoño de 1944, casi ocho millones de prisioneros de guerra y trabajadores extranjeros estaban integrados en la economía alemana, hasta

representar el 20 por 100 de su fuerza de trabajo. BMW empleó a 16 600 prisioneros sólo en su planta de Múnich; aunque se los continuaba tratando con una crueldad institucionalizada, les aumentaron las raciones de alimentos lo justo para asegurar su supervivencia. Los jefes industriales pidieron que los castigos se administrasen dentro del recinto alambrado de los trabajadores, y no a la vista de todos, en la propia fábrica, para evitar la angustia de la plantilla alemana. En todas las grandes ciudades alemanas, en el interior y las proximidades, se instalaron enormes complejos de barracones vigilados donde albergar a extranjeros de toda clase. La zona de Múnich reunía 120 instalaciones para prisioneros de guerra, 286 barracones y albergues para civiles y un burdel específico, además de siete campos de concentración más alejados, incluida una sección de Dachau, con ochenta mil camas.

La mayoría de civiles alemanes no podía negar, de modo creíble, que conocía la existencia de los campos de concentración o el sistema de trabajo de esclavos: a las niñas que vivían cerca de Ravensbrück se las podía ver jugando a «guardias del campo»; a los prisioneros se les hizo trabajar habitualmente en tareas de extinción de incendios, rescate y limpieza de escombros, con posterioridad a los ataques aéreos. También se les encomendaba ocuparse de las bombas que no habían explotado, labor que resultaba fatal, tan a menudo, que para vigilar aquellos pelotones se prefería a los hombres de la SS condenados por algún delito. Para asegurar la fácil disponibilidad de los esclavos, se establecieron campamentos en la periferia de las zonas urbanas. A los prisioneros de Sachsensausen, por ejemplo, se los empleaba en la vecina Berlín, donde los civiles los conocían como «cebras», por sus uniformes de rayas. En Osnabrück, algunas madres se quejaron ante la SS porque sus hijos tenían que ver desde el patio del colegio cómo los guardias azotaban a los esclavos. La SS replicó que «si esos niños aún no han aprendido lo suficiente, tienen que curtirse[20]».

Las autoridades locales solían mostrarse bastante agradecidas por tal mano de obra barata, que el alcalde de Duisburg describió como «grandemente satisfactoria». Pero algunos civiles lamentaban la supuesta indulgencia con que se los trataba; un contratista de carreteras escribió en marzo de 1944: «Aún somos demasiado blandos con los prisioneros de guerra y otros pelotones de trabajo en nuestras calles. En mi opinión, más vale tirar a un hombre por la borda que irnos todos a pique[21]». La SS solía emplear prisioneros para saquear los edificios en ruinas en beneficio propio; en Düsseldorf, se fusiló a dos hombres para que no revelaran la delincuencia organizada de sus carceleros. También era frecuente que médicos civiles firmasen certificados de defunción falsos para prisioneros que habían sido fusilados o azotados hasta morir; en esto, como en tantas otras cosas, la

profesión médica alemana mostró su prontitud a favorecer al régimen nazi. Los trabajadores esclavizados seguían muriendo incluso después de que los incluyesen entre los trabajadores de la industria del Reich, en parte porque perduró una tensión entre la necesidad de su servicio y la reticencia de los nazis a alimentarlos. Según ciertos cálculos, murieron 170 000 trabajadores civiles rusos (de un total de 2,77 millones), junto con 32 000 prisioneros de guerra italianos y 130 000 polacos.

No obstante, a partir de 1943, el índice de mortalidad de los prisioneros cayó en picado. Se mantuvo con vida incluso a algunos judíos, sobre todo para que trabajaran en el enorme complejo de I. G. Farben, junto a Auschwitz-Birkenau. Las principales matanzas del Holocausto, excepto la de los judíos húngaros, se habían terminado. Los trabajadores y esclavos extranjeros no supusieron nunca un sustituto plenamente satisfactorio de la mano de obra anterior; se consideraba que rendían un 15 por 100 (o hasta un 30 por 100) menos que sus homólogos alemanes[22]. Era una locura —además de una barbaridad— suponer que esclavos maltratados y hambrientos podrían rendir con una productividad similar a la de quienes recibían un trato mínimamente humano. El sistema de los campos de concentración, que la SS pretendió convertir en un centro de beneficios económicos, no resultaba eficiente ni siquiera por sí solo. Sin embargo, el trabajo de los esclavos permitió a Alemania continuar en la guerra hasta 1945.

II. La matanza de los judíos

La bibliografía sobre el Holocausto forma un edificio vasto que, aun así, no es suficiente para explicar satisfactoriamente por qué los nazis —cuando el resultado de la guerra aún no se había decidido— asumieron el coste económico de embarcarse en la destrucción del pueblo judío, destinando al programa de asesinato en masa recursos de trabajo y de transporte de los que padecía escasez. La respuesta ha de buscarse en el hecho de que la persecución de los judíos ocupaba un lugar desquiciadamente central no sólo en la ideología nacionalsocialista, sino en el conjunto de la política sostenida por Alemania a lo largo de todo el conflicto. Los nazis siempre se mostraron resueltos a aprovechar la licencia concedida a su gobierno —porque había emprendido una guerra total— para cumplir objetivos que, de otro modo, habrían sido difíciles incluso para un régimen totalitario. Goering afirmó en una crucial reunión del partido, celebrada el 12 de noviembre de 1938, después de la «Noche de los cristales rotos»: «Si, en un futuro próximo, el Reich alemán entrara en conflicto con las potencias extranjeras, no hay ni que decir que nosotros, en Alemania, deberemos lidiar antes que nada con los

judíos».

En aquella época, la política nazi todavía fomentaba la emigración de los judíos del Reich, pero un artículo de noviembre de 1939, publicado en el periódico de la SS Das Schwarze Korps, constataba el compromiso de alcanzar «el auténtico y definitivo fin de los judíos en Alemania: el exterminio total». Los dirigentes nazis expresaron muchos comentarios semejantes, en público y abiertamente. Hitler expuso su famosa «profecía» en un discurso pronunciado ante el Reichstag el 30 de enero de 1939, donde afirmó que la guerra acabaría «aniquilando a los judíos de Europa». Se esforzó por dejar claro que todo judío a su alcance sería un rehén que garantizara la «buena conducta» de las potencias occidentales. Si británicos y franceses no consentían sus ambiciones —y, sobre todo, si decidían oponerse a ellas por la fuerza— las consecuencias caerían bajo su responsabilidad.

Las potencias extranjeras trataron aquellos comentarios como hiperbólicos. Incluso cuando Hitler se embarcó en la conquista furiosa del hemisferio norte, a las democracias les costó creer que el pueblo de una sociedad europea de elevada cultura y siglos de civilización pudiera hacer realidad la extravagante retórica de sus líderes y, en consecuencia, emprender un genocidio. A pesar de las pruebas cada vez más numerosas de los crímenes nazis, este engaño pervivió en cierto grado hasta 1945, e incluso algo más tarde.

El programa nazi de eutanasia conocido como T4 se inició en julio de 1939 y supuso la muerte de internos alemanes y polacos de las unidades psiquiátricas, a los que se había catalogado como «no aptos para la supervivencia»; en 1940, el ritmo fue de unos cinco mil asesinatos al mes. La mayoría murió en las cámaras de gas, aunque también hubo fusilamientos, bajo la supervisión de la Gestapo y la SS y con la colaboración de algunos médicos; de las setenta mil víctimas, entre cuatro y cinco mil eran judíos. El programa T4 tuvo importancia histórica porque, en un estadio inicial, ya demostraba la voluntad del gobierno alemán de llevar a término un proceso de aniquilación, minuciosamente organizado por la burocracia de Berlín, y tendente a eliminar a un subconjunto demográfico que resultaba superfluo, a juicio del Tercer Reich. Una vez que se hubo masacrado a una minoría en bloque, ya no se alzó ninguna otra barrera moral en el camino del Holocausto: los dilemas a los que se enfrentaba el liderazgo nazi sólo tuvieron que ver con las fechas y la viabilidad logística.

Durante más de dos años, desde que estalló la guerra, se dio la prioridad a asegurar la victoria y se sostuvo que esto requería posponer la eliminación absoluta de los judíos europeos. Entre agosto de 1939 y el verano de 1942, cuando el programa de los campos de exterminio adquirió su plena capacidad, los nazis se contentaron con matar a gran número de personas en

muchos países, sobre una base de arbitrariedad y oportunismo. En los primeros meses posteriores a la entrada de las tropas alemanas en Polonia, se asesinó a cerca de diez mil polacos, mezcla de judíos y no judíos, a los que se consideró hostiles a los intereses alemanes. Cinco Einsatzgruppen selectos de la SS siguieron, como escuadrones de la muerte, a la vanguardia acorazada. A sus jefes se les garantizó una generosa discreción al respecto de la selección de las víctimas, que algunos aprovecharon para eliminar a prostitutas, gitanos y enfermos mentales. Entre los prisioneros de guerra polacos, se segregó a cerca de sesenta mil soldados judíos, y se los marcó para su posterior aniquilación. Todos los judíos polacos —1,7 millones, en total— tuvieron que mudarse a guetos específicos. En los primeros meses de 1940, los nazis iniciaron la expulsión forzosa de seiscientos mil judíos de zonas del país ya incorporadas a la Gran Alemania; estos deportados fueron transferidos al resto del «Gobierno General», que se regía por separado. Muchos de los desplazados, carentes de refugio y alimento, perecieron a los pocos meses.

En este estadio, la política nazi todavía era incoherente. Se hablaba mucho de la deportación: en mayo de 1940, Himmler presentó a Hitler un memorando sobre la posibilidad de enviar a los judíos europeos al África continental o a Madagascar. El Reichsführer SS mencionó la alternativa extrema del «método bolchevique de exterminio material de un pueblo», pero la rechazó por «no germánica ni posible». Se acordó que debía perecer el mayor número posible de judíos en el transcurso de la administración normal de la ocupación; pero no se acordó su matanza sistemática.

Durante los dos años posteriores, y sobre todo después de la invasión de Rusia, los alemanes mataron a judíos a capricho, en una escala determinada esencialmente por la disponibilidad de mano de obra y recursos. Según recordaba el sargento de una compañía alemana de panadería: «Vi cómo acorralaban a esa gente y tuve que apartar la mirada, porque los estaban matando a palos ante nuestros mismos ojos… Lo miraban muchísimos soldados alemanes, y también lituanos. No mostraban ni aprobación ni disgusto. Simplemente estaban allí, con una indiferencia absoluta[23]».

Un puñado de oficiales alemanes tuvo el arrojo de protestar. El coronel Walter Bruns, un ingeniero que se topó con una masacre de judíos por casualidad, mientras había salido a cabalgar cerca del bosque de Rumbuli, en Letonia, el 30 de noviembre de 1941, envió un informe oficial al grupo de ejércitos Norte. También realizó una visita personal a los cuarteles generales del ejército de tierra en Angerburg, para presentar otra copia. No hubo respuesta oficial, más allá de que el jefe del estado mayor instó a que, en el futuro, tales matanzas «se hagan con más prudencia[24]».

Los Einsatzgruppen eran relativamente pocos y poco numerosos; si bien

es cierto que perpetraron algunas masacres impresionantes —especialmente, en Ucrania—, aun así el número de víctimas todavía no superó las decenas de miles. El empeño enérgico de la brigada montada de la SS, en las marismas del Pripet, en los primeros días de agosto de 1941, provocó la muerte de 6504 judíos. El informe que la unidad redactó a final de mes habla de 15 878 muertos, aunque el total auténtico ascendió, probablemente, a más de 25.000. Las dificultades logísticas de las matanzas colectivas demostraron ser inmensas, incluso cuando se adoptaban técnicas de ahorro de trabajo, como apelotonar a las víctimas en fosas comunes antes de fusilarlas. Como el ritmo era lento, el proceso de «solventar el problema judío de Europa» requeriría varias décadas; a finales del verano de 1941, los comandantes de la SS empezaron a pedir un enfoque mucho más radical y abarcador. En septiembre, el Einsatzgruppe C propuso extenuar a los judíos, haciéndoles trabajar hasta la muerte: «Si acabamos por completo con la fuerza de trabajo judía, entonces será virtualmente imposible… la reconstrucción económica de la industria ucrania. Sólo hay una posibilidad… solucionar el problema judío mediante un despliegue total de la mano de obra judía. Esto traería consigo la liquidación progresiva de los judíos[25]».

A finales de julio de 1941, se adoptó una nueva estrategia: confinar a los judíos de la Europa oriental en guetos, donde era más fácil controlarlos y emplearlos como mano de obra, a la vez que se liberaban alojamientos en el exterior. La Wehrmacht apoyó claramente esta medida, porque resolvía dificultades administrativas en las áreas de retaguardia. La SS amplió el espectro de las víctimas judías para incluir a muchas más mujeres, e igualmente niños, pero tras experimentar las dificultades prácticas de la matanza industrial, pocos oficiales de la SS se sintieron capaces de aceptar un desafío tan ambicioso como la aniquilación de toda la raza. A lo largo del invierno de 1941-1942 se centraron en atiborrar los guetos y completar los procesos de limpieza regional matando a todos los semitas que hallaban fuera de la judería; la mayoría, en las zonas rurales. Las condiciones de vida en los guetos eran inenarrables: en el de Varsovia —por citar un ejemplo, aunque las cifras de mortalidad eran similares a las de muchos otros—, desde agosto de 1941, morían cada mes por hambre y enfermedades 5500 judíos, de una población total de 338 000.

En esas fechas, todavía se pensaba que la victoria final en Rusia era inminente. Hasta que ello ocurriera, con la consiguiente liberación de recursos, la mayoría de los jefes nazis era partidaria de demorar la «solución final». Heinrich Himmler, en cambio, era menos paciente: consideraba que la rápida erradicación de los judíos en los territorios ocupados era tanto una prioridad nacional como un medio de extender su autoridad personal. Alardeaba de su cargo de «Reichskomissar para el fortalecimiento de la

nación alemana», aunque en esas fechas, Hitler aún no había tomado ninguna decisión sobre la «germanización» del territorio soviético ocupado. Puede parecer trillado hacer hincapié en el papel esencial que interpretó la SS en el Holocausto, pero sigue siendo necesario. El feudo más poderoso de la Alemania nazi persiguió la extinción de los judíos sin prestar apenas atención al impacto que ello pudiera tener en el desarrollo de la guerra. Tal como ha puesto de manifiesto John Lukacs, Himmler se centró en este objetivo de un modo aún más obsesivo que Hitler[26].

En septiembre de 1941, el Führer confirmó que la autoridad sobre la Europa oriental recaía en Himmler, y no en Alfred Rosenberg: al Reichsführer SS se le concedió licencia explícita para emprender la limpieza étnica en el este. Esta decisión marcó el comienzo de la campaña genocida sistemática del Tercer Reich. Se confiaba en una victoria próxima y se adoptaron compromisos que a la postre obstaculizaron notablemente el esfuerzo bélico de Alemania, cuando ésta debió enfrentarse al fantasma cada vez más temible de la derrota. Aun así, el compromiso no se canceló nunca: Himmler persiguió el exterminio de los judíos con una determinación focalizada de la que carecían, llamativamente, todos los demás aspectos de la formulación política nazi. Todo análisis racional de los apuros que vivía Alemania a finales de 1941 habría exigido que su gobierno se dedicara antes que nada a ganar la guerra, sobre todo contra la Unión Soviética. Una vez conseguido esto, el Tercer Reich podría ordenar el sistema de gobierno a su antojo; pero si no lo conseguía, el nacionalsocialismo estaba condenado. Sin embargo, Himmler empleó la SS para una labor que no podía aportar nada a la victoria alemana y que, de hecho, desvió recursos necesarios para la consecución de esa meta.

Durante el otoño y el invierno de 1941, el ritmo de la masacre se aceleró y los pogromos aniquilaron a la población judía de decenas de pueblos y ciudades. En octubre, cuando un comando soviético «durmiente» dinamitó el cuartel general recién establecido por el ejército rumano en Odesa, las tropas rumanas, ayudadas por la SS alemana, mataron a cerca de cuarenta mil de sus judíos. El 18 y 19 de octubre, la SS mató a todos los habitantes judíos de Mariupol (ocho mil) y, una semana más tarde, a otros mil ochocientos en Taganrog. Semana a semana, el proceso continuó, en ciudades de las que el mundo nunca había tenido noticia: Skadovsk y Feodosiya, Kerch y Dzhankoy, Nikolayev y Kherson. También se mataba automáticamente a los pacientes de sanatorios mentales, fuera cual fuese su religión.

La SS también fusiló a grandes cantidades de prisioneros considerados «de apariencia asiática» y empezaron la labor de matanza de los gitanos, que adquirió carácter sistemático en 1942. Peinaron los campamentos de prisioneros de guerra, buscando comisarios y judíos rusos; una vez

identificados —un mínimo de ciento cuarenta mil, en total—, los sacaron de los campamentos y los fusilaron. Parece importante hacer hincapié en el hecho de que, cuando se aprobó la «solución final», ya se había causado o permitido la muerte de al menos dos millones de prisioneros de guerra soviéticos. Así, antes de que se ordenaran las masacres más numerosas del Holocausto, ya se habían derribado todas las barreras morales contra la matanza masiva y se había establecido un amplio precedente de asesinatos colectivos.

En el invierno de 1941, persistía la confusión administrativa al respecto de si se debía mantener con vida a los judíos capaces de trabajar. Los comandantes locales fueron adaptando políticas diversas: en Kaunas se asesinó, el 26 de septiembre, a 1608 hombres, mujeres y niños «enfermos o sospechosos de infección», más otros 1845 el 4 de octubre, en una «operación de castigo», y otros 9200 tras una nueva inspección, el 29 de octubre. El 30 de octubre, el jefe del gobierno civil alemán de Slutsk, en la Rusia occidental, presentó una protesta formal ante el Comisionado General de Minsk, por la masacre de los judíos de la ciudad. «Era de todo punto imposible prescindir de los artesanos judíos —dijo—, porque eran indispensables para sostener la economía… Todas las empresas vitales quedarían paralizadas de golpe si se liquidaba a todos los judíos.»[27]

El comandante del batallón de policía que llevaba a cabo la masacre no sólo hizo caso omiso de tales quejas, sino que expresó su asombro

> y aclaró que había recibido instrucciones… de liberar la ciudad de los judíos, sin excepción, como se había hecho ya en otras ciudades. La limpieza obedecía a razones políticas y en ninguna parte se había prestado atención a los factores económicos… Durante la acción, la propia ciudad ofrecía un aspecto terrible… Los judíos, incluidos los artesanos, recibieron un maltrato brutal, aterrador, bárbaro. Ya no se puede hablar de una acción judía; aquello se parecía mucho más a una revolución.

Nada de esto, por descontado, hizo cambiar a Himmler o a sus oficiales: el 29 y 30 de noviembre, más de diez mil habitantes del gueto de Riga murieron fusilados fuera de la ciudad, y otros veinte mil, una semana más tarde. En diciembre, había muerto la mayoría de la población judía de los estados bálticos; miles de colaboradores reclutados por los alemanes como «tropas locales voluntarias» participaron con entusiasmo en la masacre. Durante el resto de la guerra, letones, lituanos, estonios y ucranios interpretaron un papel importante en el cumplimiento del programa de exterminio de Himmler. Con el tiempo, más de trescientos mil se alistaron como auxiliares de la SS. Es de suponer que, de no haberse unido a la SS, habrían prestado servicio en los ejércitos de Hitler.

Aunque la SS cometiera la mayor parte de los asesinatos, la Wehrmacht fue cómplice sin reservas de las operaciones de Himmler. El 10 de agosto de

1941, Walter von Reichenau, comandante del VI.º ejército, incluyó en una orden que la SS debía llevar a cabo la «ejecución necesaria de los elementos criminales, bolcheviques y, ante todo, judíos». Manstein describió a los judíos, el 20 de noviembre, como «intermediario entre el enemigo, a nuestra espalda, y los restos del Ejército Rojo». Karl-Heinrich von Stülpnagel, del XVII.º ejército, indicó a sus unidades, el 30 de julio, que no disparasen indiscriminadamente contra los civiles, sino que se concentraran en los «habitantes comunistas y judíos». La Wehrmacht proporcionó apoyo logístico regular a las masacres de la SS, además de tropas para acordonar los campos de la matanza. Se han documentado muchas ocasiones en las que las unidades del ejército participaron en los fusilamientos, aun a pesar de que los altos mandos habían ordenado no intervenir en tales actos de mancilla del honor militar. La actividad de los guerrilleros soviéticos se usó como pretexto de «operaciones de seguridad» tales como la siguiente misión del comandante de la DCCVII.ª división de la Wehrmacht, en Bielorrusia, cuyas órdenes se han preservado hasta nuestros días. «Los judíos —escribió este comandante el 16 de octubre de 1941— son el único apoyo que tienen los guerrilleros para sobrevivir ahora y durante el verano. Por lo tanto, hay que proceder a aniquilarlos inflexiblemente». Sin la asistencia activa de la Wehrmacht, la masacre que se produjo en 1941-1942 nunca habría alcanzado la escala que alcanzó. A finales de 1941, se había dado muerte, como mínimo, a medio millón de judíos de la Europa oriental.

La eliminación de los judíos de Europa adquirió un carácter cada vez más prioritario en la agenda nazi: Hitler se convenció de que la Carta del Atlántico, de agosto de 1941, junto con la inminente entrada de Estados Unidos en la guerra, se debieron a la influencia de los judíos sobre el gobierno estadounidense. Esto incrementó la urgencia de su resolución de matar a sus correligionarios europeos. En los meses y años siguientes, el líder de Alemania pasó a otorgar a este objetivo tanta importancia como a la victoria militar, e incluso a considerarlo condición previa de ésta. Cualquier intento de hallar racionalidad en la estrategia nazi, sobre todo desde 1941, se va a pique al chocar contra esta estructura mental.

Peter Longerich, uno de los historiadores más autorizados del Holocausto, ha defendido convincentemente que los líderes nazis no se comprometieron a ejecutar la «solución final» mediante campos de exterminio creados a tal objeto hasta finales de 1941[28]. Según Longerich: «Los líderes, en el centro, y las organizaciones ejecutivas, en la periferia, se radicalizaron entre sí mediante un proceso recíproco[29]». El primer campo de exterminio construido ex profeso, en Bełżec, cerca de Lublin, no se empezó a levantar hasta el 1 de noviembre de 1941. Longerich cita pruebas de que, hasta finales de aquel año, destacados oficiales de la SS hablaban aún de deportaciones

masivas, más que de exterminio, y que estaban preocupados sobre todo por hallar el mejor modo de organizar y movilizar a los judíos para el trabajo como esclavos. Aquel otoño, la propaganda antisemita en el interior del Reich se incrementó bruscamente, con miras a preparar a la opinión pública para la deportación de los judíos alemanes al este. Aunque pueda parecer irrelevante distinguir entre enviar a los condenados a una zona desértica donde se esperaba que murieran de hambre y, por otro lado, gasearlos en masa, para la evolución del Holocausto sí resultó significativo.

Cuando Estados Unidos explicitó su compromiso con la causa aliada, Hitler no vio ventaja alguna en preservar la vida de los judíos a su alcance. «En el otoño de 1941 —escribe Longerich—, los líderes nazis comenzaron a desarrollar la guerra, en todos los niveles, como una guerra "contra los judíos".»[30] Se empezó a construir cámaras de gas en Chełmno, Bełżec, Auschwitz y otros muchos campos. Ya se había recurrido a los camiones de gas para liquidar a enfermos mentales en Alemania y otras zonas del imperio nazi. Himmler recibió con los brazos abiertos la ampliación del uso de aquella tecnología, en buena medida, porque aliviaba la carga psicológica que los fusilamientos masivos imponían sobre su SS. En otoño de 1941, el Zyklon B ya estaba matando a prisioneros elegidos en Auschwitz y otros lugares, aunque en aquella época, las víctimas, en su mayoría, no eran judías. La muerte no dependía tanto de una directriz central y coherente como de la iniciativa local de los oficiales de la SS.

Mediado el mes de octubre de 1941, comenzó la deportación masiva de judíos del Reich: varios miles fueron enviados a Łódź, Riga, Kaunas o Minsk. Entre las víctimas designadas no escasearon los suicidios y, a la vista de los acontecimientos, se hace difícil afirmar que quienes emprendieron aquel camino estaban mal aconsejados. Hans Michaelis, ya retirado, había sido abogado en Charlottenburg. Justo antes de que lo deportaran, hizo llamar a su sobrina[31]. «María —le dijo—, no tengo mucho tiempo. ¿Qué debo hacer? ¿Qué es lo más fácil? ¿Qué, lo más digno? ¿Vivir o morir? ¿Sufrir un destino terrible o terminar con mi propia vida?». Su sobrina escribió: «Hablamos. Analizamos las dos posibilidades. Nos preguntamos qué le habría aconsejado… su difunta esposa. Él coge el reloj otra vez». Luego dice: «Me quedan cincuenta horas aquí, ¡como máximo!… Gracias a Dios, mi Gertrud murió una muerte normal, antes de Hitler. ¡Cuánto daría yo por eso!… ¡Mira, María, el tiempo vuela!». Cuando al fin se despiden, ella dice: «Tío Hans, sabrás hacer lo correcto. Adiós». Hans Michaelis se envenenó.

Una berlinesa llamada Hilde Meikley estuvo observando la expulsión de los judíos de la ciudad y comentó al respecto: «Por desgracia, debo decir que había muchas personas en las puertas, gritando de placer al paso de las columnas desdichadas. "¡Mirad a esos judíos, qué descarados! —gritó alguien

—. Ahora se ríen, pero tienen los días contados[32]”». Se permitía que las víctimas llevaran cincuenta kilos de equipaje por cabeza. Las propiedades de valor les fueron requisadas en las estaciones de partida, donde se realizaron cacheos y se exigió a los pasajeros que pagaran el billete. El equipaje se cargó en vagones de mercancías y sus propietarios no volvieron a verlo nunca. Las autoridades locales tomaron posesión de las casas vacías, que se reasignaron a nuevos y ansiosos huéspedes. La retórica de Rosenberg y Goebbels, quienes reconocieron ante el mundo el hecho de las deportaciones, fue inflexible. En una conferencia de prensa de noviembre de 1941, Rosenberg dijo: «Aún viven en el este unos seis millones de judíos, y esta cuestión sólo puede resolverse mediante el exterminio biológico de toda la judería europea. Alemania no habrá resuelto la cuestión judía hasta que el último judío no haya abandonado el territorio alemán; y en cuanto a Europa, no la resolverá mientras haya un solo judío en todo el continente europeo, hasta los Urales».

Pese a que la responsabilidad del Holocausto corresponde a los nazis, en sus crímenes contaron con la ayuda de algunos —si no de la mayoría— de los regímenes de la Europa ocupada. El antisemitismo, aunque no tan homicida como en Alemania, era un fenómeno corriente. Mihail Sebastian, un escritor judío alistado por breve tiempo en el ejército rumano, dejó testimonio de la actitud de muchos de sus compañeros de las fuerzas armadas, que contribuyó a que vieran con buen ojos el dominio de los nazis sobre el sistema de gobierno rumano: «Voichita Aurel, compañero en el XXI.º de infantería, dijo ayer algo sobre el capitán Capsuneanu, algo que resume a la perfección todo un estilo de hacer política en Rumania: “Es un auténtico cabronazo, que te pegará y maldecirá. Pero tiene algo bueno: no soporta a los judíos y nos deja que nosotros también los sacudamos[33]”». Sebastian escribió: «Éste es precisamente el consuelo que los alemanes ofrecen a los checos y polacos, y que están preparados para ofrecer a los rumanos». La ocupación alemana de Francia institucionalizó un antisemitismo que ya estaba muy extendido en el país y que el gobierno de Vichy se complació en explicitar.

Fueron tantos los nazis destacados que expusieron con toda franqueza sus intenciones hacia los judíos que llama la atención que los líderes de las naciones aliadas fueran tan reticentes a aceptar sus palabras literalmente. Hubo ciudadanos importantes tanto en Reino Unido como en Estados Unidos que sacaron las conclusiones adecuadas sobre lo que estaba ocurriendo, reforzadas por testigos visuales de la Europa oriental. La señora Blanche Dugdale, apasionada defensora británica de los intereses judíos, escribió en una carta publicada en el Spectator. «En marzo de 1942, Himmler visitó Polonia y decretó que, al terminar el año, se debería haber “exterminado” al 50 por 100 de la población judía… y, desde entonces, parece que el ritmo se ha

acelerado. Ahora el programa alemán exige la desaparición de todos los judíos… Nada más publicarse el decreto comenzaron a producirse asesinatos en masa, en una escala inaudita desde el alba de la civilización[34]». La señora Dugdale informó de las deportaciones e identificó Bełżec, Sobibór y Treblinka como campos de exterminio. «Sin duda, parece que la judería polaca se extinguirá si no se logra detener la campaña de asesinatos antes de que termine la guerra». Helmuth von Moltke, de la Abwehr, informó a los británicos mediante una carta secreta, enviada a través de Estocolmo, en marzo de 1943: «Al menos nueve décimas partes de la población [alemana] desconocen que hemos matado a cientos de miles de judíos. Continúan creyendo que sólo se los ha desplazado… más al este… Si uno le contara a esa gente lo que ha ocurrido de verdad, responderían: "No eres más que una víctima de la propaganda británica[35]"».

En algunas naciones aliadas hubo ambigüedad —o algo peor— a la hora de definir las actitudes frente a la mayor de todas las persecuciones nazis. El antisemitismo estaba profundamente grabado en la historia y los valores de Rusia. En Moscú, en la Pascua de 1942, por ejemplo, uno de los incontables rumores que corrían por la ciudad afirmaba que los judíos habían estado perpetrando asesinatos rituales de niños ortodoxos; era el antiguo y espantoso «libelo de sangre» de la Europa oriental contra el pueblo judío[36]. En 1944, el NKVD anotó valoraciones populares como la siguiente: «Hitler hizo un buen trabajo, con la paliza a los judíos[37]». La revelación de los campos de exterminio supuso para Moscú un dilema que las autoridades soviéticas no llegaron a resolver nunca por completo. No podían aplaudir la forma en que los nazis masacraron a los judíos, pero un historiador ha descrito el Holocausto como «un bulto indigerible en la panza del triunfo soviético[38]». Reconocer su enormidad habría supuesto compartir el abrumador sentimiento de victimismo del pueblo soviético, algo que en ningún caso iban a conceder de buen grado. En los informes de los corresponsales de guerra, todas las referencias explícitas al sufrimiento de los judíos fueron eliminadas por la censura. En 1945, cuando los rusos colmaban de improperios a sus enemigos derrotados, hubo alemanes observadores que comentaron que la única acusación que no les formulaban, o casi la única, era la de haber perseguido a los judíos[39].

En Polonia, donde el antisemitismo era corriente, algunas personas citaron, como prueba de la perfidia de los judíos, noticias según las cuales éstos habían dado la bienvenida al Ejército Rojo en septiembre de 1939. Cuando en 1943 el gueto de Varsovia emprendió una revuelta —breve y condenada al fracaso—, un periódico clandestino de orientación nacionalista polaca escribió, el 5 de mayo:

> Durante la ocupación soviética… los judíos despojaron repetidamente de armas a nuestros soldados, los mataron, traicionaron a los jefes de nuestra comunidad y pasaron abiertamente al bando de la ocupación. [En una población pequeña] que en 1939 estuvo temporalmente en manos de los soviéticos… los judíos erigieron un arco triunfal, bajo el cual debían pasar los soviéticos, y todos lucían brazaletes y escarapelas rojos. Ésa fue, y sigue siendo, su actitud hacia Polonia. Y en Polonia, nadie debería olvidarlo[40].

En la primavera de 1944, algunos soldados judíos desertaron del cuerpo polaco establecido en Escocia, y alegaron para ello el disgusto por el antisemitismo de la unidad, que afirmaron era tan evidente en el ejército del exilio como lo era en su patria.

Los anglosajones no fueron inmunes a tales sentimientos. El soldado británico Len England expresó su conmoción ante las ideas de muchos de sus compañeros de cuartel, similares a las que Irwin Shaw retrató con vividez al describir el servicio en el ejército de tierra estadounidense en la novela The Young Lions. England escribió:

> Dos de las personas más inteligentes que conozco son antisemitas confesos. El argumento que dan suele parecerse al siguiente: ¿quién ha visto a un judío en el ejército? Nadie, porque todos se las han arreglado para quedarse con los trabajos cómodos y que no los recluten. Igualmente, los judíos son siempre los primeros en abandonar las zonas de peligro. Los judíos administran el dinero de todos, se han adueñado del país. Este o aquel judío en concreto quizá sea amable, pero como raza, son la raíz de todo lo malo[41].

Murray Mendelsohn, ingeniero del ejército de tierra estadounidense, que había emigrado de Varsovia siendo niño, junto con su familia, era consciente de que en su barracón había un antisemitismo latente, si no activo. Por su formación e inteligencia, despertaba sospechas entre sus compañeros, muchos de los cuales venían de la minería y la construcción. Lo apodaban «Cerebro», pero no porque lo admiraran. «No es que yo fuera muy inteligente, era simple comparación. Aprendí a no llamar nunca la atención sobre mí.»[42] Cuando los hombres de la DVI.ª compañía aerotransportada (la «Easy Company») querían maldecir a su odiado primer comandante, el teniente Sobel, lo llamaban el «puto judío[43]». Incluso en junio de 1945, cuando los campos de concentración ya habían sido expuestos ante el mundo, el general George Patton, cada vez más trastornado, denunció a los liberales que «creen que las personas desplazadas son seres humanos, cuando no lo son, y esto se aplica en particular a los judíos, que son inferiores a los animales».

Aunque Churchill deploró, con palabras de lo más apasionadas, las noticias sobre el programa de exterminio nazi, su gobierno —como el de Franklin Roosevelt— se mostró poco dispuesto a aceptar a un número elevado de refugiados judíos, incluso si se hubiera podido convencer a los alemanes de que los liberasen o intercambiasen. En una encuesta de

noviembre de 1938, se preguntó a los estadounidenses si debían concederse derechos de inmigración especiales a los judíos que huyeran de Hitler, de modo que entraran más fácilmente en el país, y sólo el 23 por 100 respondió que sí, mientras el 77 por 100 optó por el no. En agosto de 1944, se preguntó a los australianos si aceptarían un asentamiento de refugiados judíos en las zonas vacías del norte del país; cerca de un 44 por 100 rechazó la idea, contra un 37 por 100 que se mostró favorable a ella. Incluso en diciembre de 1944, otra encuesta de opinión sobre la admisión de judíos en Estados Unidos concluyó que el 61 por 100 pensaba que no se les debía otorgar más prioridad que a cualquier otro solicitante[44]. Un funcionario de las colonias británicas comentó con cinismo cierto informe de diciembre de 1942 sobre los campos de exterminio: «Es un tema viejo. Los judíos han perdido la razón porque hace demasiados años que van con cuentos exagerados[45]». Otro funcionario del Ministerio británico de Asuntos Exteriores deploró, igualmente, las argucias de «estos judíos con sus gimoteos».

El trabajador clandestino polaco Jan Karski logró llegar hasta Londres en el otoño de 1942, tras una odisea fantástica por media Europa, y pudo ofrecer testimonio personal no sólo sobre los padecimientos de su país sino también, explícitamente, sobre las condiciones de los guetos judíos y lo que presentó como un logro extraordinario: haberse adentrado en el campo de concentración nazi de Bełżec. Aunque fue recibido con suficiente cortesía por el primer ministro polaco en el exilio, el general Sikorski; por el ministro de Exteriores británico, Anthony Eden; y, más adelante, en Washington, por el presidente Roosevelt, le afligía la lúgubre convicción de que los horrores que estaba describiendo, de un modo u otro, perdían su fuerza y magnitud en las tranquilas y seguras capitales aliadas no sometidas a ocupación. Karski escribió:

> En Londres, todo esto pesaba poco. Londres ocupaba el centro de una vasta rueda militar cuyos radios estaban formados por miles de millones de dólares, escuadras de bombarderos, armadas de buque de guerra, ejércitos inmensos que habían sufrido grandes pérdidas. Y la gente también preguntaba qué lugar ocupaba el sacrificio polaco en comparación con el inconmensurable heroísmo, el sacrificio y las penalidades del pueblo ruso. ¿Qué parte interpretaba Polonia en aquella empresa titánica? ¿Quiénes eran los polacos?… Nosotros, los polacos, no tuvimos ninguna suerte en esta guerra[46].

Los propios jefes de Karski le instaron a no hacer excesivo hincapié en la persecución de los judíos, no fuera a ocurrir que ello privara de fuerza a su relato de las penalidades de Polonia en su conjunto.

Arthur Schlesinger, relativamente bien informado por su trabajo para la Oficina de Servicios Estratégicos estadounidense (OSS), escribió sobre cuanto había llegado a saber en 1944 con respecto al destino de los judíos europeos: «La mayoría aún pensaba que se habían aumentado las persecuciones, no que

se había desarrollado una nueva y bárbara política de genocidio… No logro encontrar compañeros que recuerden un momento de clara iluminación sobre la "solución final[47]"». Hallamos palabras similares en el oficial de inteligencia británico Noel Annan: «Se tardó cierto tiempo… en que calara la enormidad de los crímenes antisemitas de Alemania. Entre los datos de inteligencia, teníamos noticia de las cámaras de gas; pero no de la escala, la completitud y la burocrática eficiencia con la que se había perseguido y masacrado a los judíos. Al terminar la guerra, no había nadie, que yo recuerde, que hubiera comprendido que la cifra de judíos asesinados ascendía a varios millones[48]». En todo el archivo de guerra del servicio secreto británico no hay ni una sola mención —al menos, que se haya conservado— al Holocausto o la persecución de los judíos; probablemente, porque nunca se invitó al SIS (Servicio Secreto de Inteligencia) a investigar estas cuestiones.

En contra de lo que afirma mucha mitología popular moderna, las dificultades operativas de bombardear las vías de transporte con los campos de concentración habrían sido enormes, sobre todo en 1942, año en que se produjo la mayoría de los asesinatos del Holocausto. Los líderes aliados consideraban las noticias del sufrimiento judío en el contexto de las atrocidades que se estaban cometiendo contra las poblaciones ocupadas de toda Europa.

El diplomático estadounidense George Ball escribió, un tiempo más tarde: «Quizá estábamos tan preocupados con la sórdida amenaza de la guerra que no centramos la atención en este espanto inenarrable. Tal vez sea también que la idea del exterminio en masa quedaba tan lejos del pensamiento tradicional de la mayoría de estadounidenses que, instintivamente, nos negábamos a dar crédito a su existencia». Por otro lado, hubo muchos europeos y estadounidenses que se horrorizaron con las noticias de las atrocidades cometidas por los alemanes en Bélgica en 1914, y que, tras la Primera Guerra Mundial, concluyeron con enfado que se habían dejado engañar por la propaganda aliada: al final se comprobó que la matanza de civiles se había exagerado. En la siguiente guerra mundial, las potencias occidentales estaban resueltas a que no se las engañara del mismo modo. Si muchas personas eran reticentes a suponer que sus enemigos eran tan bárbaros como demostraron las pruebas posteriores, ello fue un efecto perverso de la consideración de británicos y estadounidenses. Según escribió George Orwell en 1944: «"Atrocidades" había pasado a considerarse un sinónimo de "mentiras". Las historias sobre los campos de concentración alemanes eran historias de atrocidades: por lo tanto, eran mentiras. Así razonaba el hombre corriente[49]». Las encuestas concluían que la mayor parte de la nación de Roosevelt continuaba teniendo a los alemanes por un pueblo esencialmente

pacífico y amable, que había extraviado el camino por culpa de sus líderes. En mayo de 1945, cuando los noticiarios de todo el mundo habían mostrado los campos de concentración, el 53,7 por 100 de los encuestados estadounidenses aún opinaba que sólo una pequeña parte del pueblo alemán era «brutal y cruel por naturaleza[50]».

Nada de lo anterior reduce, en lo más mínimo, la responsabilidad de los nazis y del pueblo alemán con respecto al Holocausto. Pero también se debe reconocer que, incluso cuando se dispuso de pruebas irrefutables, las naciones aliadas respondieron con lentitud a los campos de exterminio. Aunque apenas se podía haber hecho nada para salvar a los internos —ni a ellos, ni a los millones de prisioneros rusos que murieron a manos de los alemanes—, en la documentación aliada del período domina una indiferencia que dice poco a favor de Reino Unido y Estados Unidos. Aunque en las sociedades angloestadounidenses no se persiguió a los judíos, tampoco se los apreciaba demasiado. Hasta 1945 perduró una evidente falta de voluntad oficial de valorar su tragedia en una dimensión propia, aislada de los sufrimientos padecidos por los otros cautivos de Hitler y las sociedades ocupadas de Europa. Es una insensibilidad que cabe comprender, pero que a la vez inquieta a la posteridad, y es justo que así sea.

En el invierno de 1941-1942, un gran número de judíos deportados de Alemania fueron fusilados nada más llegar a sus destinos orientales. Sin embargo, esta matanza se desarrolló a discreción de los comandantes locales de la SS, sin que se dictara ninguna orden general sobre su preservación ni su exterminio. A finales de noviembre se produjo una intervención excéntrica de Himmler en persona, quien ordenó que se detuviera temporalmente el asesinato de los judíos del Reich, a diferencia de los orientales; pero esta contención se anuló al poco tiempo. La decisión de quién vivía y quién moría todavía dependía notablemente de la autonomía regional y la conveniencia logística (escasez de alojamientos y comida o, por el contrario, de mano de obra); pero a lo largo del invierno se continuaron produciendo masacres de judíos orientales, sobre todo de los que no eran aptos para trabajar. En Serbia se ejecutó a miles de judíos y gitanos, en represaba por las actividades de los guerrilleros: los comandantes alemanes de la zona sabían que dar prioridad como víctimas a tales personas garantizaba la aprobación de Berlín.

A los líderes nazis sólo les faltaba dar un paso más: ordenar la transición del asesinato arbitrario y regional a la muerte impuesta por orden directa de la autoridad máxima, para cumplir con una política acordada de exterminio total. En un discurso pronunciado el 12 de diciembre de 1941, posterior a la declaración de guerra contra Estados Unidos, Hitler explicitó su compromiso con la destrucción de los judíos, en venganza por la supuesta responsabilidad de éstos en el conflicto. La implantación del programa de genocidio se confió

al subjefe de la SS, Reinhard Heydrich, a quien Himmler rindió luego un tributo póstumo sin reservas: «Fue un carácter de rara pureza, de inteligencia magnífica, clara y penetrante. Estaba imbuido por un incorruptible sentido de la justicia. Las personas sinceras y decentes podían confiar siempre en su sentimiento de caballerosidad y su comprensión humana». Tales virtudes quedaron minuciosamente escondidas el 20 de enero de 1942, cuando, en la conferencia de Wannsee, Heydrich trazó el mapa de acceso a los campos de exterminio. No se ha documentado que expresara un compromiso explícito con la voluntad de matar a todos los judíos de Europa; entre otras razones, porque los obstáculos logísticos seguían siendo formidables. Matar de hambre todavía era un recurso útil y, donde conviniera, podía obligarse a las víctimas a trabajar hasta caer muertas. Pero el resultado esperado ya no ofrecía ninguna duda: la «solución final» del problema judío se iría cumpliendo por fases, aunque para el último estadio hubiera que esperar a que acabara la guerra.

Hubo conversaciones notablemente detalladas sobre la construcción de los campos de exterminio y las virtudes del gas. El fruto principal de la conferencia fue el acuerdo de que, en adelante, la SS tendría la autoridad absoluta sobre el destino de los judíos de Europa: ningún otro departamento del Reich podría apelar en su contra y, en lo sucesivo, se perseguiría el objetivo político —ambicioso por demás— de limpiar de judíos todo el imperio nazi. Esto se puso en práctica con una notoria rapidez: a mediados de marzo de 1942, seguía con vida casi el 75 por 100 de cuantos perecieron en el Holocausto; once meses después, este mismo porcentaje había muerto.

Un consejero ministerial preguntó a Odilo Globocnik, Brigadeführer de la SS, si no sería más prudente incinerar los cuerpos de las víctimas judías del nazismo, antes que enterrarlas. «¡Quizá después de nosotros venga una generación que no comprenda todo este asunto!»[51]. Globocnik replicó: «Caballeros, si por detrás de nosotros hay alguna vez una generación tan débil y temblorosa que no comprenda nuestra gran hazaña, entonces todo el nacionalsocialismo habría sido en vano… Se deberían enterrar tablillas de bronce anunciando que hemos sido nosotros los que hemos tenido el valor de llevar a término esta labor tan necesaria y trascendental». No obstante, es llamativo que, aunque los líderes nazis afirmaron de manera repetida y pública el compromiso de eliminar a los judíos europeos, la implantación detallada de la «solución final» se mantuvo como secreto celosamente guardado: incluso Hitler y sus socios temían la respuesta mundial, y sobre todo el impacto sobre su propio pueblo, si se revelaban en público los campos de exterminio.

En la primavera de 1942, Himmler refino un programa de explotación de la mano de obra de los campos de concentración, tanto para la producción de

armamento como para el beneficio privado de la SS. Sin embargo, la corrupción y la incompetencia sistémicas garantizaron que, bajo los auspicios de la SS, apenas se produjera nada de valor para el Reich; por el contrario, el programa de campamentos supuso una sangría para el transporte, la mano de obra y los recursos económicos en general de Alemania. Aunque se obligó a trabajar a millones de prisioneros —la mayoría, en labores de tipo primitivo—, la SS nunca se esforzó seriamente por reconciliar el deseo de extraer servicios útiles de sus esclavos y la consiguiente necesidad de tratarlos con un mínimo de humanidad. Como su aspiración principal era provocar una matanza masiva, no se logró mucho más fruto, salvo una horripilante cosecha de pelo humano, dientes de oro y ropas de desecho.

En los primeros días de junio de 1942, entre nuevas deportaciones masivas de los distritos de Lublin y Galitzia, la SS amplió la medida de eliminar a las víctimas de inmediato, nada más llegar éstas a la zona de recepción de los campos. Se había abandonado la idea de reubicar a los judíos en el este, aunque se mantenía cierta ficción al respecto. Ahora los líderes alemanes preveían que la ofensiva de verano en Rusia concluiría la guerra y la mano de obra esclava de los judíos sería útil. El gobierno eslovaco autorizó el envío de cincuenta mil ciudadanos del país a Auschwitz. Se introdujo un programa de deportación de judíos de la Europa occidental, realizado en colaboración con las fuerzas de seguridad nacionales; el imperio nazi carecía de los recursos precisos para limpiar los territorios ocupados sin la ayuda de las policías y los gobiernos nativos. Entre los propósitos explícitos del gobierno alemán estaba asegurarse de involucrar en la masacre antisemita al mayor número posible de regímenes extranjeros. En esto, cabe decir que obtuvo un éxito notable.

La posteridad está fascinada por la facilidad con la que los nazis hallaron a muchos «hombres corrientes» —por tomar prestado el título al estudio clásico de Christopher Browning—[*19] dispuestos a matar a sangre fría a una multitud de inocentes de todas las edades y cualquiera de los dos sexos. Sin embargo, la experiencia moderna confirma con numerosas pruebas que hay muchas personas dispuestas a matar por orden, una vez comprobado que esto satisface los deseos de aquellos cuya autoridad aceptan. Cientos de miles de rusos fueron cómplices de la muerte de millones de sus compatriotas a petición de Stalin y Beria, antes de que se concibiera el Holocausto. Quizá los generales alemanes no mataron a civiles por sí mismos, pero permitieron —a veces incluso con entusiasmo— que otros lo hicieran.

Los testimonios de posguerra muestran que la implantación de la «solución final» sólo requirió un mínimo de paciencia y práctica, antes de superar los escrúpulos de algunos aprendices de aniquilador. El 13 de julio de 1942, el batallón CI.º de policías de reserva llegó, en una caravana de camiones, hasta la población polaca de Józefów, entre cuyos habitantes se

contaban 1800 judíos[52]. Al llegar, estos reservistas de Hamburgo, que en su mayoría ya no eran jóvenes, recibieron la orden de reunirse en torno de su jefe, el comandante Wilhelm Trapp, de cincuenta y tres años. Se trataba de un policía de carrera al que la unidad designaba afectuosamente «Papá Trapp». Con voz entrecortada y lágrimas en los ojos les dijo que debían cumplir una labor desagradable, ordenada desde lo más alto: detener a todos los judíos de la población, enviar a un campo de trabajo a los hombres en edad laboral y matar a los demás. Dijo que se justificaba por el hecho de que los judíos colaboraban con los partisanos y además habían instigado el boicot de Estados Unidos, que había perjudicado a Alemania. Luego invitó a todos los que se sintieran incapaces de completar ese deber amargo a hacerse a un lado. Varios policías se negaron a participar, en efecto; una vez iniciada la matanza, el número se incrementó, y se permitió que regresara a los barracones al menos una veintena de hombres.

Sin embargo, el número de los que permaneció fue suficiente para el trabajo: un hombre recordaba, más adelante, que su primera víctima le había rogado compasión, en vano, alegando que era un veterano condecorado en la Primera Guerra Mundial. Georg Kageler, un sastre de treinta y siete años, mató al lote inicial con relativa facilidad, pero luego se puso a hablar con una madre y una hija de Kassel, a las que debía matar a continuación; rogó al jefe de su sección que lo excusara y se lo envió a vigilar el mercado mientras otros completaban su labor de fusilamiento. Otro hombre que abandonó durante la matanza explicó que le angustiaba la deficiente puntería de un compañero: «Siempre apuntaba el arma demasiado alto y provocaba heridas terribles en sus víctimas. En numerosas ocasiones arrancaba toda la parte trasera de la cabeza de las víctimas, de modo que los sesos se desperdigaban por todas partes. Yo no pude aguantar seguir viendo aquello». Otro miembro del batallón, Walter Zimmerman, atestiguó más tarde: «No recuerdo que, en ningún caso, se obligara a nadie a participar en las ejecuciones cuando había declarado que ya no se sentía capaz de hacerlo… Siempre había compañeros a los que disparar contra los judíos les costaba menos que a los demás, así que los distintos jefes de los comandos nunca tuvieron dificultades para encontrar gente adecuada para empuñar los fusiles[53]».

Christopher Browning muestra que, durante las semanas y meses siguientes, los miembros del batallón CI.º de policías de reserva superaron la repulsión inicial, en su mayoría, y se convirtieron en asesinos curtidos. No cabe duda de que recurrieron al alcohol para hacer más tolerable su deber, pero actuaron con una brutalidad creciente. El teniente Hartwig Gnade, por ejemplo, pasó de ser un simple asesino a un sádico degenerado: en la masacre de Łomazy, el 16 de agosto, mientras esperaba a que 1700 judíos terminaran de cavar su propia fosa común, seleccionó a veinte judíos ancianos, de

poblada barba, y los hizo arrastrarse desnudos ante él. Mientras lo hacían, gritó a su pelotón: «¿Dónde están mis suboficiales? ¿Es que aún no tenéis bastones?». Los suboficiales fueron al margen del bosque, se procuraron bastones y apalearon con ellos, vigorosamente, a los judíos[54]. Cuando el batallón CI.º completó su contribución al Holocausto, en noviembre de 1943, sus quinientos hombres habían fusilado al menos a 38 000 judíos y habían hecho subir a otros 45 000 a los trenes que los trasladarían a Treblinka. Browning no halló pruebas de que se impusiera ninguna sanción a los que se negaban a matar; en una de las sociedades más educadas de Europa, era sencillo hallar hombres que asesinaran a aquellos a los que sus gobernantes definían como enemigos del estado, sin que hubiera que coaccionarlos.

En los últimos momentos de su vida, muchos judíos invocaban la protección del Todopoderoso y buscaban la ayuda de Dios cuando los asesinos atacaban sus comunidades. Ephrahim Bleichman, de diecinueve años, vivió acontecimientos trágicos: a su tío Moshe lo mataron gendarmes polacos después de hallar carne fresca en su casa y a su prima Brucha la mataron unos saqueadores, para robarle el pan reciente. El joven Bleichman pensaba: «Si esta tragedia obedecía a la voluntad de Dios, no había nada que hacer. Sin embargo, mi familia… confiaba en que Dios, y no el hombre, rectificaría la situación. Yo no podía ni compartir su filosofía ni discutirla. La máquina de la propaganda, combinada con el acoso sistemático, nos ha acobardado y vuelto apáticos. [Ellos] se sentían impotentes[55]». Ephrahim se marchó al bosque cuando oyó que era inminente una deportación alemana y sobrevivió ocultándose durante muchos meses. «Compartíamos el bosque con búhos, serpientes, jabalíes y ciervos. En las noches ventosas, los ramas de los árboles hacían ruidos extraños. Las sombras de los arbustos se asemejaban a intrusos dispuestos a lanzarse contra nosotros. Los movimientos naturales de los animales nos hacían temer, una y otra vez, que nuestros enemigos se habían puesto en marcha. Tardamos mucho en acostumbrarnos a las noches». En el verano de 1942, se había matado a todos los judíos soviéticos de las zonas controladas por los nazis. Desde entonces, incluso cuando la situación militar de Alemania pasó a ser apurada, el ritmo de las matanzas se aceleró. En 1943 hubo deportaciones masivas desde Grecia y Bulgaria. El levantamiento del gueto de Varsovia, en abril de aquel año, intensificó la persecución en Polonia, Holanda, Bélgica, Francia, Croacia y Eslovaquia.

Se han preservado muchos grandes testimonios de víctimas del Holocausto, pero uno de los más asombrosos no se reveló al mundo hasta pasados sesenta años de la muerte de su autora. Irène Némirovsky nació en Kiev en 1903. Era hija de un banquero acaudalado que había cambiado los guetos y pogromos de Ucrania por una gran mansión de San Petersburgo. Irène, que creció en un lujo solitario, viajaba regularmente a Francia con su

familia. Huyeron de la revolución en 1917 y pasaron muchas penurias hasta llegar, dos años más tarde, a París, donde su padre rehízo su fortuna. Irène había estado escribiendo desde los catorce años. En 1927 publicó su primera novela corta; cuando estalló la guerra, era una figura consolidada de las letras francesas, autora de nueve novelas, una de las cuales había dado pie a una película; se había casado y tenía dos hijas. En 1940, cuando los alemanes ocuparon París, se retiró a una casa alquilada en la población de Issy-l'Evêque , en el departamento de Saona y Loira. Allí, durante el año siguiente, se embarcó en lo que había concebido como una trilogía sobre la guerra, de la misma escala épica de Guerra y paz. No se hacía ilusiones sobre su destino más probable y, en 1942, escribió con desesperación: «¡Ojalá acabe todo de una vez, del modo que sea!». Aunque se había convertido al catolicismo, no había forma de huir al odio antisemita de los nazis: el 13 de julio, fue arrestada por la policía francesa. La deportaron a Auschwitz y murió en Birkenau el 17 de agosto. A su esposo lo mataron poco después.

Némirovsky había completado los dos primeros volúmenes de su notable obra. Las hijas, que sobrevivieron a la guerra escondidas, preservaron milagrosamente sus manuscritos, escritos con una letra minúscula, reflejo de la escasez de tinta y papel de la autora; pero no reunieron el coraje necesario para leer este único monumento de su madre hasta pasado más de medio siglo. Entonces, una de ellas, Denise, transcribió el difícil manuscrito con ayuda de una lupa y se lo confió a un editor, no sin vacilaciones. Suite française se publicó en Francia en 2004 y se convirtió en una sensación mundial. El primer volumen describe la experiencia francesa de junio de 1940 y las penalidades de millones de refugiados. El segundo se centra en la relación entre un soldado alemán del ejército de ocupación y una mujer francesa. El patetismo es extraordinario: una judía condenada a muerte retrata, con aguda empatía, los sentimientos y el comportamiento de quienes la asesinarían. Su relato de la sociedad francesa bajo la ocupación —sus padecimientos y sus muestras de valor silencioso y también de traición moral — forman uno de los legados literarios más notables de la guerra. Al análisis frío e irónico se le suma una cálida compasión, exhibida mientras ella misma esperaba la muerte; una muerte de la que el pueblo francés sería cómplice, junto con los alemanes. Hoy se reconoce a Némirovsky como uno de los testigos más importantes de su tiempo y de la tragedia de su raza.

Mientras una enorme mayoría de alemanes dio su conformidad, directa o indirecta, a la matanza de judíos, una reducida minoría mostró gran coraje y socorrió a los perseguidos, a riesgo de perder la propia vida. Un joven zapatero berlinés llamado August Kossman, comunista, ocultó en su pequeño apartamento durante dos años a Irma Simon y al marido y el hijo de ésta. La madre del adolescente Erich Neumann, propietaria de un café en

Charlottenburg, acogió durante cinco meses a un joven amigo judío de la familia. Max Krakauer, un joven fugitivo judío que sobrevivió a la guerra, quiso anotar a los berlineses que le habían ayudado en la larga lucha por huir de la muerte y enumeró sesenta y seis nombres. La madre de Rita Knirsch acogió a un joven llamado Solomon Striem, amigo de la familia, tras dirigir estas palabras a su hija: «¡Hija mía, no debes decirle a nadie ni una palabra sobre esto!… No puedo dar la espalda, sin más, a este pobre hombre perseguido[56]». Esta clase de personas, extraordinariamente valerosas, preservó una brizna del honor de la civilización alemana.

En 1944, cuando los nazis ocuparon Hungría y Eslovaquia, para la mayoría de los 750 000 judíos supervivientes de estos países llegó la hora de subir a los transportes y morir en las últimas matanzas masivas del Holocausto. Más adelante, cuando ya se veía venir la victoria de los Aliados, los judíos que habían sobrevivido hasta entonces hallaron que sus perspectivas mejoraban: había más personas dispuestas a arriesgarse y darles refugio. Pero entre aquellos a los que Hitler había elegido como víctimas especiales, la mayoría ya había perecido.

21

Europa se convierte en un campo de batalla

El 3 de noviembre de 1943, Hitler anunció a sus generales la decisión estratégica de no enviar nuevos refuerzos al frente oriental. Argumentó que las fuerzas alemanas todavía contaban con un amplio espacio de reserva, que protegía al Reich de los rusos; y que en cambio debía reforzar Italia, donde se habían establecido ejércitos angloestadounidenses, y Francia, donde sin duda desembarcarían pronto. Pero mientras intentaba plantar cara a las amenazas occidentales, el 14 de enero de 1944 los rusos renovaron el asalto por el norte. La respuesta obvia era una retirada estratégica, porque ya no era creíble que los alemanes pudieran amenazar Leningrado; pero el Führer, tras cierta vacilación, insistió una vez más en que las fuerzas debían mantener sus posiciones. «Hitler sólo sabía pensar en líneas, no en movimientos —según dijo con un suspiro un oficial alemán, Rolf-Helmut Schröder, un tiempo después—. Si hubiese permitido que sus generales cumplieran con su trabajo, es probable que muchas cosas hubieran sido diferentes.»[1] Los rusos abrieron una brecha y fragmentaron la línea alemana; el 27 de enero, Stalin declaró Leningrado oficialmente liberada. Hitler envió a Model, su general favorito, para salvar la situación, pero en el plazo de un mes el nuevo comandante se había retirado cerca de doscientos kilómetros para preparar posiciones a lo largo del río Nevá, el lago Peipus y el lago Pskov. Luego el deshielo de primavera impuso el freno habitual a las operaciones.

Más al sur, los soviéticos atacaron repetidamente entre enero y marzo, pero con poca ganancia territorial. Aunque el tiempo impuso dificultades a

todos los combatientes, afectaron en mayor medida a los rusos porque ellos intentaban avanzar. El 11 de febrero, Zhúkov convenció a Stalin de que aprobara una nueva maniobra envolvente. Esta vez se intentó aislar a seis divisiones alemanas en la orilla occidental del Dniéper, atrapadas entre dos cabezas de puente soviéticas. La maniobra terminó teniendo éxito y Konev fue recompensado con una estrella de mariscal, pero el 17 de febrero, treinta mil soldados alemanes huyeron del cerco. La Wehrmacht estaba demostrando con qué ferocidad podía responder en circunstancias desesperadas.

Aún más al sur, durante el mes de marzo, tres de los apodados como frentes ucranios se abrieron paso hacia el oeste, con gran energía. Los comandantes alemanes que hallaron en su camino, Kleist y Manstein, desafiaron las órdenes expresas de Berlín al emprender retiradas de importancia, para salvar de la destrucción a formaciones amenazadas. Hitler replicó dictando el cese de los dos mariscales de campo y situando en su lugar a Model y el implacable Ferdinand Schörner, al que atribuía una brutalidad que juzgaba indispensable para aquel momento. Schörner organizó una defensa a ultranza de Crimea, en contra de su propio criterio, pero a la postre tuvo que aceptar lo inevitable: el 12 de mayo, fueron evacuados por vía marítima 27 000 supervivientes de una guarnición de 150 000 hombres. Los rusos habían conservado Sebastopol durante 250 días, pero los alemanes abandonaron la fortaleza tras defenderla durante sólo una semana.

El capitán Nikolái Belov escribió desde el frente, a mediados de abril: «Todo se está fundiendo. Aquí habrá una cantidad increíble de fango, que no se despejará hasta junio[2]». Aquella primavera, las condiciones del pueblo ruso mejoraron algo: la Luftwaffe podía reservar pocos aviones para el bombardeo de ciudades y civiles; en muchos puntos se puso a trabajar a los prisioneros alemanes, para que limpiaran zonas de escombros. En muchos miles de kilómetros cuadrados de territorio disputado, soldados y civiles fueron sorteando vehículos destrozados, trincheras abandonadas, minas por estallar y aldeas reducidas a cenizas. En comunidades que se hallaban al borde del precipicio, puesto que sobrevivían con una ración diaria de trescientos gramos de pan, la población local codiciaba los alimentos que se daba a los prisioneros de guerra alemanes, pero admitía que eran buenos trabajadores. El NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) y el Smersh —«el bacilo soviético de la desconfianza», en palabras de una historiadora—[3] emprendieron una caza implacable de supuestos traidores, colaboradores y espías en áreas que había ocupado la Wehrmacht. En Chernigov, por ejemplo, colgaron durante días de una horca situada en la plaza mayor los cadáveres de cuatro traidores; uno de ellos, una mujer.

Los habitantes de Kiev aconsejaban a los visitantes que desconfiaran de

ciertas chicas de la ciudad: «Han dormido con los alemanes por un trozo de salchicha». Los refugiados regresaban a la ciudad en un flujo constante, arrastrando sus miserables propiedades en carretas y carretillas. Los tranvías comenzaron a circular de nuevo y algunas tiendas y cines reabrieron sus puertas; se podía obtener agua de las bocas de riego de la calle e incluso se pudo disponer, de forma esporádica, de electricidad. Pero seguían haciendo falta largas horas de cola para tener la oportunidad de comprar algún producto y las calles continuaban sin limpieza[4]. Aún colgaban de algunas paredes carteles de la propaganda nazi e imágenes de «Hitler el libertador». Había decenas de millones de rusos que vivían en condiciones de indigencia. Cuando tres pilluelos callejeros se acercaron a Lázar Brontman, corresponsal de Pravda, en una calle de Yelsk, él esperaba que le pidieran dinero o comida. Pero lo que le preguntaron fue: «Tío, ¿no tendrá algún lápiz, por casualidad? En la escuela no tenemos con qué escribir». Brontman les dio un lápiz. «Se olvidaron hasta de darme las gracias y desaparecieron a toda prisa calle abajo, absortos en su nueva adquisición y, al parecer, discutiendo sobre cuál de ellos se lo quedaría.»[5]

En mayo de 1944, 2,2 millones de soldados alemanes hacían frente a los rusos; Hitler se consolaba pensando que el enemigo seguía a novecientos kilómetros de Berlín, contando desde el punto más occidental del frente. Creía que el empuje de los soviéticos, en el verano, se centraría en la Ucrania septentrional, y repartió las fuerzas de acuerdo con esta suposición. Pero se equivocaba: los objetivos de la inminente Operación Bagratión —que, encabezada por Zhúkov, sería la ofensiva más espectacular de los soviéticos en toda la guerra— estaban en la zona defendida por el grupo de ejércitos Centro. Se preveía que comenzara en junio y su escala reflejaba los enormes recursos de los que en ese momento podía disponer el Ejército Rojo. Cerca de 2,4 millones de hombres, 5200carros blindados y 5300 aviones emprenderían el ataque inicial hacia Minsk. En la segunda fase, el segundo frente báltico y el primer frente ucranio avanzarían hacia delante por los dos flancos, aprovechando la brecha. Bagratión se caracterizaba por una ambición descomunal, pero cabe decir que la capacidad del Ejército Rojo y la vulnerabilidad de la Wehrmacht hacían factible la apuesta.

Han abundado los elogios —y son merecidos— sobre el ingenio y el éxito de las operaciones de engaño que emprendieron británicos y estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial, pero se ha prestado menos atención al logro equiparable de la maskirovka soviética (literalmente, «camuflaje»). Cobró una complejidad cada vez mayor en 1943 y llegó a su punto más alto al engañar al enemigo sobre los objetivos de Bagratión[6]. Se dedicaron muchos recursos a construir tanques, cañones e instalaciones falsos, con los que convencer a los alemanes de que el ataque principal se desarrollaría en el norte de Ucrania,

donde también se creaban puentes y carreteras ficticios. Entre tanto, las formaciones soviéticas que se enfrentarían al grupo de ejércitos Centro permanecían en un despliegue defensivo estático; los refuerzos sólo se desplazaron hacia arriba de noche y en situación de riguroso oscurecimiento, y hasta el último momento se mantuvieron a entre cincuenta y cien kilómetros de distancia del frente. Las intenciones de Zhúkov se fueron revelando sólo cuando y donde era absolutamente necesario y sólo a un puñado de militares destacados. Los alemanes identificaron el 60 por 100 de las fuerzas soviéticas que se enfrentarían al grupo de ejércitos Centro, pero omitieron un ejército crucial, el de la guardia blindada, por lo que supusieron que se encontrarían solamente con 1800 tanques y cañones autopropulsados, en lugar de los 5200 reales. El jefe de inteligencia de la Wehrmacht en el frente oriental, Reinhard Gehlen, pese a ser hombre muy reputado, cayó por completo en la maskirovka soviética, tan habilidosa e importante como los engaños angloestadounidenses previos al Día D. El hundimiento de las últimas ilusiones en el este sólo dependía ya de la prontitud del ataque ruso.

En todo el mundo, aquella primavera, persistió el cinismo sobre la modesta contribución angloestadounidense a la guerra, en comparación con la soviética. El comandante del cuerpo polaco en Italia, el general Władysław Anders, escribió de forma sombría a mediados de abril: «El curso de la guerra no se ha alterado; el Ejército Rojo sigue obteniendo victorias y los británicos o bien caen derrotados, como en Birmania, o bien, junto con los estadounidenses, han quedado detenidos en Italia[7]». La invasión aliada de Normandía se suele denominar como segundo frente; sin embargo, en el sur de Europa se hallaba cerca de una décima parte del ejército de Hitler, incluidas algunas de sus mejores formaciones, en situación de combate en una línea montañosa al sur de Roma y en la costa, más al norte. Los sucesivos ataques aliados contra las posiciones alemanas en torno de Monte Cassino se caracterizaron por la falta de coordinación, imaginación y, de hecho, competencia. El monasterio benedictino del siglo VI quedó arrasado por un bombardeo que empleó miles de toneladas de bombas y otros proyectiles; también se perdieron numerosas vidas de británicos, indios, neozelandeses y polacos; aun así, la plaza seguía en manos alemanas.

El cuerpo angloestadounidense que desembarcó en enero en un punto de la costa situado más al norte de Anzio, en cumplimiento de la visión personal de Churchill, quedó confinado a un estrecho perímetro que los alemanes atacaron feroz y repetidamente. «Hemos vuelto a la Primera Guerra Mundial —escribió un joven oficial de un regimiento escocés que mantenía la línea en esa zona—. Lodos profundos y pegajosos. Restos de tanques. El frío, Dios mío, el frío. Tumbas señaladas con un casco perforado de metralla. Fragmentos de alambrada. Árboles como raspas destrozadas.»[8] La

invariabilidad de la vida de trinchera y el bombardeo incesante embotaban los sentidos. «La eficiencia en general, y en particular la eficiencia en combate, se reduce cuando las personas se hallan demasiado tiempo y demasiado regularmente bajo el fuego», escribió el teniente coronel Jack Toffey[9]. Por detrás del frente, la existencia bajo asedio adquiría un carácter estrambóticamente doméstico: «Esta cabeza de playa es lo más loco que haya visto nunca. Los chicos tienen sus propios caballos, aves de granja, ganado, bicicletas y todo lo que habían dejado los civiles», escribió un oficial de comunicaciones estadounidense a su hermano, que estaba en Nueva Jersey[10]. Algunos incluso plantaban huertos.

En febrero, los alemanes lanzaron un contraataque de gran fuerza contra la cabeza de playa. «Nunca en toda mi vida había visto tanta gente muerta a mi alrededor», afirmó un cabo de la guardia irlandesa[11]. Un suboficial que contemplaba horrorizado cómo los cerdos hincaban el hocico entre los cadáveres en aquella tierra de nadie, comentó con amargura: «¿Para esto luchamos? ¿Para que nos coman los cerdos?». Para los alemanes, la experiencia de Anzio fue tan dura como para los Aliados. «El ánimo no es particularmente alto, porque estos cuatro años y medio de guerra empiezan a alterar los nervios», escribió uno de los soldados de Kesselring, con notable moderación. Otro hombre observó, el 28 de enero, que llevaba una semana sin poder quitarse las botas. «El aire ruge y silba. Explotan proyectiles a nuestro alrededor.»[12] El asalto de febrero costó a los alemanes 5400 bajas, y en el diario de su ejército se lee: «Se ha vuelto muy difícil evacuar a los heridos. Hemos perdido todas las ambulancias, incluso las blindadas, y eso nos obliga a utilizar cañones de asalto y tanques Tiger[13]». Algunas unidades aliadas se vinieron abajo y huyeron hacia la retaguardia, al igual que hicieron varias unidades alemanas, castigadas por la aniquiladora artillería británica y estadounidense. Los Aliados emplearon ciento cincuenta y ocho mil balas durante las batallas de febrero, lo que supuso decuplicar las disparadas por la Wehrmacht.

Entre tanto, más al sur, aunque los Aliados seguían bloqueados en las montañas, sus enemigos no tenían razones para celebrar nada. El comandante del cuerpo alemán en Cassino, el general Fridolin von Senger und Etterlin, le dijo a un edecán: «Lo malo es seguir luchando y luchando, y sin embargo tener claro que hemos perdido esta guerra… El optimismo es el elixir de la vida para los débiles». Von Senger, un raro e indiscutible «alemán bueno», prestó servicio militar como el excelente profesional que era. Pero sus hombres vivieron un infierno bajo el bombardeo y la artillería aliados, que redujo la ciudad a ruinas, tanto como el monasterio que se levantaba sobre ella, en la montaña. Las explosiones hacían volar a los hombres por los aires como si fueran «trozos de papel». Un teniente alemán describió así los

ataques aéreos de marzo: «Ni siquiera nos veíamos los unos a los otros. Todo lo que podíamos hacer era tocar al hombre de al lado. La negrura de la noche nos rodeaba y en la lengua sentíamos el gusto de la tierra quemada[14]». Pero aunque las nubes de polvo no se retiraban y los tanques y la infantería aliados empezaron a avanzar, los alemanes no cejaron de defenderse; y los cráteres y escombros creados por las bombas obstruían a los atacantes, no a los defensores. «Por desgracia, combatimos contra los mejores soldados del mundo. ¡Qué hombres!», escribió Alexander a Brooke, con desencanto, el 22 de marzo.

La brecha abierta en Italia, cuando al fin se produjo, fue tan tardía e incompleta que no animaba al triunfalismo: el 12 de mayo, Alexander lanzó su primer ataque planeado con inteligencia, con dos ofensivas simultáneas de las fuerzas aliadas. Se engañó a Kesselring, haciéndole temer un nuevo desembarco anfibio por detrás de su frente, con lo que retuvo a sus reservas. Los hombres del general Alphonse Juin, del cuerpo de expedicionarios franceses, interpretaron un papel prominente al arrasar la línea de Hitler al suroeste de Cassino, mientras que las fuerzas polacas derrotaron a las defensas situadas al norte del monasterio. Los estadounidenses atacaron por la izquierda, justo tierra adentro desde el mar. Los alemanes, con el frente roto, iniciaron una retirada general hacia el norte. El 23 de mayo, Alexander ordenó salir desde la cabeza de playa de Anzio, sitiada durante cuatro meses. Muchas unidades alemanas quedaron reducidas a un tercio de sus fuerzas, si no menos. «El corazón me sangra cuando miro cómo ha quedado mi hermoso batallón —le escribió un oficial a su esposa—… Hasta pronto, espero que en días mejores.»[15]

La Operación Diadema, como se denominó en clave la ofensiva de mayo, ofreció a los Aliados la única oportunidad de que dispusieron entre 1943 y 1945 de lograr la derrota completa de los ejércitos de Kesselring en Italia, a condición de que les hubieran cortado la retirada. Pero el general Mark Clark desdeñó ese objetivo, lo cual, unido a su obsesión de obtener la gloria personal de tomar Roma, ha pasado a engrosar la leyenda de la guerra; el hecho de que desobedeciera las órdenes recibidas puso de relieve su ineptitud en la comandancia de un ejército. Alexander, que era un comandante en jefe débil, no era un hombre capaz de controlar al anglófobo Clark y también a él cabe achacarle una parte importante de la responsabilidad por la falta de agilidad con que los Aliados desarrollaron Diadema. El 4 de junio, cuando cayó la capital italiana, Kesselring completó la retirada a una nueva posición defensiva fuerte, la Línea Gótica, que recorría un eje noroccidental anclada en los Apeninos, entre Spezia en la costa oeste y Pesaro en la este.

Sin embargo, parece justo medir las decepciones que los Aliados

experimentaron en Italia durante junio de 1944 en paralelo a las sufridas por sus ejércitos en otras zonas: la Wehrmacht exhibió una determinación y una pericia constantes para escapar de las maniobras envolventes, tanto en el frente occidental como en el oriental. Una y otra vez los rusos cercaban a los ejércitos alemanes, pero no podían impedir su huida. Aunque Clark hubiera cerrado las carreteras italianas hacia el norte, es probable que las fuerzas en retirada de Kesselring se hubieran abierto paso a través del bloqueo. Si en Diadema no se supo traducir el éxito táctico en uno estratégico, algo similar ocurrió unas pocas semanas más tarde cuando una parte sustancial de las fuerzas alemanas escaparon de la bolsa de Falaise, en Normandía; e igualmente, en enero de 1945, cuando los estadounidenses se negaron a cortar la retirada de Von Rundstedt al huir éste de las Ardenas.

En Italia, los Aliados tuvieron que contentarse con evitar las penalidades de las tablas invernales y avanzar cuatrocientos kilómetros. Una vez quedó claro que no había forma de lograr una victoria decisiva en aquel teatro, los estadounidenses provocaron la furia de Churchill al insistir en rebajar la intensidad de la ofensiva: retiraron a seis divisiones estadounidenses y francesas para que se unieran a la batalla de Francia. Durante los últimos ocho meses de la contienda, a ojos de Washington, el único mérito de las últimas y residuales operaciones de Italia fue que mantuvieron ocupadas a veinte divisiones alemanas que, de otro modo, habrían estado defendiendo el Reich contra Eisenhower o Zhúkov.

Hitler recibió la noticia de la retirada italiana con un fatalismo inusitado en él. A finales de la primavera de 1944 sabía que, a las pocas semanas, sus ejércitos se enfrentarían a una gran ofensiva rusa. Resultaba vital rechazar primero la invasión angloestadounidense de Francia, que era a todas luces inminente. Si lo conseguía, era improbable que los ejércitos aliados pudieran organizar un nuevo asalto en la costa del Canal antes de 1945; la mayoría de las fuerzas alemanas en el oeste podría pasar al frente ruso y, con ello, mejorar radicalmente las posibilidades de repeler la ofensiva de Stalin. Aunque era un escenario poco plausible, según pensaban los generales alemanes, Hitler racionalizó su estrategia alimentando esta clase de esperanzas. Así pues, todo dependía del resultado del intento de invasión de Eisenhower.

En el bando aliado, también estaba claro cuánto estaba en juego en aquellos días. La comparación de las fuerzas respectivas, sobre el papel, indicaba que se impondrían los angloestadounidenses, sobre todo gracias a su apabullante potencial aéreo. Pero las operaciones anfibias en el Mediterráneo no habían hecho nada para favorecer la autocomplacencia: en Sicilia, como también en Salerno y Anzio, las fuerzas habían desembarcado en el caos y les había faltado sólo un pelo para sucumbir al desastre. Los

británicos siempre habían mostrado aprensión a la idea de luchar grandes batallas en Francia: en 1943, cuando el teniente general sir Frederick Morgan empezó su labor como principal planificador aliado del Día D, halló «evidente que el Ministerio de Guerra británico no tenía en gran consideración el proyecto, salvo como proeza de instrucción de gran nivel… Los británicos se habían sumado a la expedición, desde el principio, con la mayor de las reticencias, por decirlo con un eufemismo[16]». En mayo de 1944, Churchill y Brooke seguían estando marcados por el caos de Anzio.

Los jefes del aire británico y estadounidense también eran hostiles al proyecto. Como se consideraban próximos a lograr la derrota de Alemania mediante el bombardeo estratégico, acogían con sumo desagrado la desviación de sus aparatos en apoyo de la invasión. Churchill tenía sus propias objeciones en contra del bombardeo de las vías férreas francesas, debido a que era inevitable que provocara bajas de civiles, mostrando una sensibilidad que disgustó al comandante en jefe del Mando de Bombarderos, sir Arthur Harris, que comentó: «Personalmente, no me importaba lo más mínimo si mataba a franceses o no. Deberían haber estado luchando aquella guerra por sí mismos. Pero Winston me acosaba sin parar[17]». Roosevelt, Marshall y Eisenhower impusieron su opinión sobre la del primer ministro. En el transcurso de la guerra, las bombas aliadas mataron a unos setenta mil franceses; así, en Francia los «daños colaterales» incluyeron casi un tercio más de civiles muertos por accidente que los británicos que murieron por el ataque deliberado de la Luftwaffe contra su isla. El bombardeo interpretó un papel clave en ralentizar la concentración de fuerzas alemanas posterior al Día D, pero el precio fue alto.

Si los pueblos de las naciones aliadas aguardaban con impaciencia la invasión de Francia, algunos de los que debían desempeñarla mostraban menos entusiasmo: los soldados británicos que había prestado varios años de servicio en el norte de África y en Italia lamentaban que les pidieran arriesgar la vida de nuevo en Normandía. Sentían que había llegado el turno de otros. «¿Hay alguien más combatiendo en esta guerra?», pidieron saber unos soldados enfadados de la LI.ª división de las Highland, que, en opinión de uno de sus oficiales de mayor rango, se había «ablandado, más que endurecido» tras pasar seis meses de instrucción en Inglaterra a la vuelta del Mediterráneo[18]. Entre otros veteranos del Mediterráneo, «el III.º de tanques del Rey estuvo a punto de amotinarse antes del Día D», escribió más adelante el comandante de brigada Anthony Kershaw[19]. «Pintaron las paredes del cuartel de Aldershot con eslóganes como "No al segundo frente" y, de no haber sido por el nuevo oficial al mando —el mejor de cuantos oficiales de un regimiento blindado conocí durante la guerra—, creo que realmente habrían llegado a amotinarse de verdad».

Pocas unidades británicas de las que habían luchado en el Mediterráneo rindieron de modo impresionante durante la campaña del noroeste de Europa, lo que no parece nada extraño; miraban con recelo a los millones de soldados británicos y estadounidenses que hasta la fecha habían escapado a los combates. En el Día D, treinta meses después de Pearl Harbor, aún no se había desplegado en ultramar la mitad de los ocho millones de hombres del ejército estadounidense y eran muchos más los que aún no habían entrado en acción. Por ejemplo, la XXIV.ª división de infantería pasó diecinueve meses como mera guarnición en Hawái, a los que siguieron otros siete meses en Australia, entrenándose para la guerra en la jungla; algunos de sus hombres eran soldados de carrera desde antes de la guerra, por lo que podían ser elegidos para regresar a Estados Unidos antes de que su formación viviera un solo día de combate. Treinta meses después de que Estados Unidos entrara en la guerra, eran menos de una docena las formaciones estadounidenses que habían combatido contra los alemanes. Similarmente, muchos soldados británicos habían estado instruyéndose en Inglaterra desde 1940: según los datos estadísticos, en mayo de 1944,menos de la mitad del ejército de Churchill había disparado en combate (si se toman en cuenta las tropas que desarrollaban funciones que no suponían combate, como labores de apoyo y guarnición). Y aunque la campaña que lidiaron luego las fuerzas de Montgomery demostró ser ardua y sangrienta, fue breve, en comparación con la lucha librada en otros frentes.

Sólo la incansable presión de Estados Unidos sobre los líderes británicos pudo extraer un compromiso con el Día D. Ello da un tinte irónico al hecho de que los británicos se quedaran para sí los puestos de mando iniciales de la invasión: Montgomery dirigió las tropas de tierra británicas y estadounidenses; Ramsay, la flota, y Leigh-Mallory, la fuerza aérea. Aunque Dwight Eisenhower era el comandante supremo, Montgomery se engañó a sí mismo pensando que podría retener el control operativo de los ejércitos aliados en todo el camino a Berlín, con su jefe americano como simple mascarón de proa. La indefectible insensibilidad del pequeño general le hizo aferrarse a esta ambición hasta los últimos meses de la guerra.

La planificación meticulosa y la inmensidad del armamento prometía el éxito de la Operación Overlord, pero lo imprevisible del tiempo y la calidad del ejército alemán insuflaban aprensión en el pecho de muchos británicos y estadounidenses. Las consecuencias del fracaso serían necesariamente horribles: la moral de la población civil se hundiría a plomo en uno y otro lado del Atlántico; habría que despachar y sustituir a los principales comandantes; y el prestigio de los Aliados occidentales —a los que Stalin reprochaba desde hacía tiempo una actitud pusilánime— quedaría seriamente tocado, al igual que la autoridad de Roosevelt y Churchill. Incluso

después de tres años de desgaste en el este, el ejército alemán seguía siendo una fuerza de combate formidable. Era vital que Eisenhower se enfrentara a las sesenta divisiones de Von Rundstedt en el oeste con un potencial de combate superior. Sin embargo, los invasores contaban con el apoyo de una «cola» de apoyo y logística tan vasta, que, incluso cuando alcanzaran su fuerza máxima en 1945, sólo desplegarían sesenta divisiones de combate estadounidenses y otras veinte británicas y canadienses. El poder aéreo, junto con una impresionante fuerza blindada y de artillería, debía compensar la inadecuación de los números de la infantería.

Churchill y Roosevelt se hicieron merecedores de la gratitud de sus naciones por retrasar el Día D hasta 1944, cuando sus propios recursos habían llegado a ser enormes y los de Hitler se hallaban muy disminuidos; las pérdidas que sufrieron los Aliados en la posterior campaña continental fueron sólo una fracción de lo que habrían tenido que ser si el Día D hubiera llegado antes. Para los jóvenes que emprendieron el asalto el 6 de junio de 1944, sin embargo, estas grandes verdades no significaban nada: sólo reconocían el peligro mortal que debían encarar todos y cada uno de ellos para franquear el Muro Atlántico de Hitler. La invasión comenzó con el lanzamiento de una división aerotransportada británica y dos estadounidenses, en la noche del 5 de junio. El desembarco aerotransportado fue caótico pero logró sus objetivos: confundir a los alemanes y apoderarse de los flancos de la zona de asalto; los paracaidistas se enfrentaron a todas las fuerzas enemigas con las que se encontraron con una energía digna de tales formaciones de élite.

El sargento Mickey McCallum no olvidó nunca su primer tiroteo, a las pocas horas del desembarco: un ametrallador alemán hirió mortalmente al hombre que tenía a su lado, el soldado Bill Attlee. McCallum preguntó a Attlee «si la herida era grave». El soldado replicó: «Me estoy muriendo, sargento Mickey, pero vamos a ganar esta puta guerra, ¿eh? Pues claro que sí, joder». McCallum no sabía de dónde venía aquel soldado, pero por su forma de hablar, dedujo que quizá fuera de la costa Este norteamericana. Se conmovió profundamente al ver que el soldado, en sus últimos momentos, pensaba en la causa, antes que en sí mismo[20]. En las horas y los días siguientes, muchos otros jóvenes mostraron un temple similar y se vieron obligados a hacer el mismo sacrificio. En el alba del 6 de junio, seis divisiones de infantería con apoyo blindado desembarcaron en las playas de Normandía a lo largo de un frente de unos cincuenta kilómetros; una formación canadiense y dos británicas desembarcaron a la izquierda, y tres divisiones estadounidenses, a la derecha.

La Operación Overlord fue la misión combinada más vasta de la historia. Cerca de 5300 barcos transportaron a 150 000 hombres y 1500 tanques, que

estaba planeado que desembarcaran en la primera oleada, con el apoyo de 12 000 aviones. En la costa francesa, aquella mañana, se desarrolló un drama en tres dimensiones de una magnitud que el mundo no volvería a contemplar nunca. Las tropas británicas y canadienses se lanzaron a tierra en las playas denominadas Espada, Juno y Oro. Usaron una tecnología blindada innovadora para superar unas defensas ocupadas en muchos casos por las Osttruppen (tropas orientales) del imperio de Hitler. «Fui el primer tanque en bajar a la costa y los alemanes me recibieron con balas de ametralladora. Pero cuando nos detuvimos en la playa, sólo entonces se dieron cuenta de que éramos un tanque, porque retiramos la falda de lienzo, el aparato de flotación. Entonces vieron que éramos Sherman.»[21] El soldado Jim Cartwright, de los Lancashire del Sur, dijo: «Nada más tocar la playa, quería alejarme del agua. Creo que crucé la playa como una liebre».

Los estadounidenses se apoderaron de Utah, el codo de la península de Cherburgo, con pérdidas escasas. «Bueno, suena algo tonto, pero no fue nada distinto de un ejercicio —se admiró un soldado raso—. Paleamos hasta la costa como niños en un cocodrilo y subimos por la playa. Nos lanzaron unos pocos proyectiles, pero cayeron lejos. Creo que me sentí incluso un poco decepcionado, un poco desanimado.»[22] Más al este, en la playa de Omaha, por el contrario, los estadounidenses sufrieron las bajas más graves del día, con más de ochocientos muertos. La unidad defensora alemana, aunque no era de élite, estaba compuesta por tropas mejores que las que operaban en la mayor parte del frente del Canal, y respondió a los invasores con un fuego vigoroso y sostenido. Don Whitehead, corresponsal de AP, escribió:

> Nadie daba un paso adelante contra los invasores. Los heridos, empapados en agua fría, yacían entre la grava. «Ay, Dios mío, déjame en el bote», gimoteaba un joven casi delirante. A su lado un chico tiritaba y cavaba en la arena con las manos desnudas. Estallaban proyectiles por todas partes, algunos tan cerca que nos arrojaban encima una lluvia de tierra y agua negra[23].

Un soldado raso escribió:

> Había hombres que lloraban de miedo, que se defecaban encima. Yo estaba ahí estirado con algunos otros, petrificado, sin poder moverme. Nadie hacía nada, sólo estar ahí estirados. Era como una parálisis colectiva. No veía a ningún oficial. En algún momento algo me golpeó en el brazo. Pensé que me había alcanzado una bala… Pero era la mano de alguien, arrancada de cuajo por algo. Fue demasiado.

Durante media mañana, el asalto a Omaha estuvo a punto de fracasar; sólo después de varias horas de aparente situación de tablas en la arena hubo grupos pequeños de hombres resueltos —con un papel notable de los Ranger— que se abrieron camino por los riscos que ascendían sobre el mar y fueron derrotando poco a poco a los defensores. Cuando se transmitió la noticia de la invasión, multitud de iglesias de las naciones aliadas se llenaron de

personas que no solían acudir a los servicios religiosos, pero que ahora unían sus rezos por la suerte de los hombres de sus fuerzas armadas. En la radio estadounidense se cancelaron las pausas publicitarias, mientras millones de personas escuchaban con ansia los diversos boletines e informes en directo desde la cabeza de playa. Se abandonaron las huelgas industriales y se multiplicó la donación de sangre en la población civil. En Europa, millones de poblaciones oprimidas y amenazadas experimentaron un chorro de emoción. Como judío de Dresde, Victor Klemperer tenía más razones que la mayoría para alegrarse, pero las decepciones pasadas lo habían vuelto cauto. Comparó la reacción de su esposa con la suya propia: «Eva estaba muy emocionada, le temblaban las rodillas. Yo en cambio me quedé bastante frío, ya no soy capaz, o quizá aún no, de confiar… Apenas logro imaginar que viviré para ver el final de esta tortura, de estos años de esclavitud[24]».

En cuanto a los soldados de Hitler en Francia, «en la mañana del 6 de junio, vimos todo el poderío de los ingleses y los estadounidenses», según escribió un hombre a su mujer, en una carta que se halló luego en su cadáver. Decía:

> En el mar, a poca distancia de la costa, se había desplegado la flota, un número incontable de buques pequeños y grandes, dispuestos como para una exhibición, para un espectáculo grandioso. Nadie se lo habría creído sin verlo con sus propios ojos. El silbido de los proyectiles y el estruendo de las explosiones que nos rodeaban creaban la peor clase de música. Nuestra unidad ha sufrido terriblemente; tú y los chicos podéis alegraros de que haya sobrevivido. De nuestra compañía sólo queda un puñado, un puñado minúsculo de hombres[25].

El teniente Martin Poppel, paracaidista de la Luftwaffe y durante mucho tiempo ardiente defensor del nazismo y confiado en la victoria, escribió el 6 de junio: «Según vamos viendo, éste es de veras el gran día de los Aliados…, lo que por desgracia supone que también ha llegado el nuestro[26]». Geyr von Schweppenburg, que dirigía el Grupo Acorazado Oeste, estaba convencido de que Rommel, que dirigía el despliegue por detrás del Muro Atlántico de Hitler, se equivocaba al apostarlo todo a una «defensa avanzada». Von Schweppenburg había instado a mantener atrás las divisiones blindadas, reunidas para un contraataque feroz. No obstante, al igual que los comandantes alemanes más serios en sus reflexiones, creía que el resultado era inevitable, independientemente del despliegue que pudieran hacer los defensores. «Nunca podríamos haber derrotado un intento de desembarco o alojamiento de los Aliados sin una fuerza aérea, y carecíamos por completo de ella.»[27]

Pasado el mediodía del 6 de junio —demasiado tarde para tener esperanzas de éxito realistas—, la XXI.ª división acorazada escenificó un contraataque sobre el frente británico, fácilmente detenido mediante los

cañones anticarro y los Sherman «Firefly» de 17 libras. Al caer la noche, las fuerzas de Eisenhower se habían asentado con seguridad y controlaban perímetros de entre ochocientos metros y cinco kilómetros tierra adentro, que se fueron enlazando en los días posteriores. En las líneas alemanas, Martin Poppel escribió: «Todos admitimos que a [nuestro] batallón lo han arrojado al combate en solitario y con pocas esperanzas de éxito… Los hombres están de los nervios… Todo el mundo está que se caga de miedo en esta noche escalofriante y no logro que se muevan sin jurar ni maldecir[28]».

En las playas, acudían en masa nuevos refuerzos mediante un puente de lanchas de desembarco, de modo que al terminar el primer día posterior al Día D, Montgomery había desplegado a 450 000 hombres. También empezaron a volar los primeros cazas aliados, desde aeródromos improvisados localmente; la Luftwaffe estaba tan castigada por los meses de desgaste sobre Alemania, que sus aviones apenas inquietaron a los invasores. Los pilotos aliados se maravillaban ante el contraste que arrojaba la vista diurna de la cabeza de playa, donde se veía avanzar con impunidad a largas columnas de vehículos, y la quietud de las líneas del enemigo: los alemanes sabían que cualquier movimiento visible atraería sobre sí a los cazabombarderos. Las fuerzas de Rommel sólo podían desplegarse en otra zona y abastecerse durante las breves horas de oscuridad de los días de verano; su propio comandante resultó herido más tarde por un cazabombardero.

La batalla del Día D sólo causó la muerte de tres mil británicos, estadounidenses y canadienses, un coste desdeñable para un logro estratégico tan decisivo. La población de Normandía, en cambio, pagó cara su liberación, pues aquel 6 de junio padeció el mismo número de muertos que los invasores. Los soldados aliados conmocionaron a la población local por su desprecio a la propiedad civil; una unidad de Asuntos Civiles comentó en Ouistreham: «Las tropas saquean casi por costumbre. Hoy el prestigio británico se ha venido abajo en este lugar[29]». Son similares las palabras con las que una francesa describió el saqueo de su hogar en Colombières, por parte de soldados canadienses: «El asalto afectó a todo el pueblo. Con camiones y carretillas, los hombres lo robaban, pillaban y saqueaban todo… Hubo peleas sobre quién se llevaba cada cosa. Se quedaron con ropa, botas, comida, incluso el dinero de nuestra caja fuerte. Mi padre no pudo pararlos. Desaparecieron los muebles; robaron incluso mi máquina de coser[30]». A lo largo de la campaña, el pillaje siguió siendo una práctica universal en los ejércitos de Eisenhower, sin que hubiera apenas restricciones de sus comandantes. Entre tanto, durante la feroz guerra de desgaste que se inició a continuación, las bombas y los proyectiles aliados mataron a cerca de veinte mil personas en el noroeste de Francia.

Eisenhower y sus generales habían reconocido siempre que la «batalla de la acumulación de fuerzas», en las semanas posteriores al Día D, sería tan crucial como los desembarcos: si los alemanes podían concentrar las fuerzas en Normandía con más celeridad que los Aliados, quizá todavía podrían desalojar a los invasores; así lo esperaba y exigía Hitler. Los planificadores de engaños aportaron una contribución vital gracias a la tan compleja como brillante Operación Fortaleza, que convenció a los alemanes de que persistía una amenaza contra el paso de Calais, donde permanecieron durante varias semanas fuerzas importantes. Pero aunque la destrucción de los enlaces ferroviarios y puentes de carretera por parte de las fuerzas aéreas ralentizó la llegada de refuerzos, a lo largo de junio y julio entraron nuevas formaciones en Normandía, que luego se fueron vertiendo en el caldero poco a poco. La campaña de once semanas se convirtió, de lejos, en la más costosa de la guerra occidental, y Normandía fue el único campo de batalla donde los índices de bajas se equipararon por breve tiempo con los del frente oriental. Aunque el Día D poseía una enorme significación simbólica y encabeza la fascinación de la posteridad, los combates siguientes fueron mucho más sangrientos: por ejemplo, mientras que a la compañía D del regimiento británico de Oxfordshire y Buckinghamshire capturar con éxito el «puente de Pegaso», que cruzaba el canal de Caen, en las primeras horas del 6 de junio, sólo le costó dos muertos y catorce heridos, al día siguiente sufrió sesenta bajas en una acción menor e inconcluyente en Escoville.

En el flanco oriental, Montgomery había elegido para los británicos unos objetivos iniciales ambiciosos, incluida la toma de la ciudad de Caen. Como era de esperar, sin embargo, el 6 de junio se perdió impulso cuando las tropas que avanzaban desde las playas hacia el interior quedaron retrasadas por un laberinto de posiciones defensivas fortificadas y fuerzas de bloqueo desplegadas con premura. Durante los días siguientes, un combate obstinado permitió consolidar la cabeza de playa y ganar algo de terreno, pero las formaciones alemanas, entre las que destacaba la XII.ª división Panzer SS, impidieron que se abriera una brecha decisiva. Una y otra vez, las tropas británicas intentaron avanzar pero se vieron frenadas por los tanques y la infantería enemigos, que luchaban con su energía habitual.

Según palabras de un oficial de los King's Own Scottish Borderers:

> El ataque requería cruzar unos mil metros de campos despejados, de cultivo de cereales, que se alejaban del bosque de Cambes. Apenas habíamos cruzado la línea de salida cuando el enemigo reaccionó con ferocidad, con metralletas bien situadas y un intenso fuego de mortero que barría nuestras compañías cada vez que avanzaban. Era una situación que casi recordaba algunos campos de batalla de la Primera Guerra Mundial… Podíamos ver cómo las balas trazadoras pasaban azotando los cereales[31].

El sargento Robert Macduff, de los Wiltshire, dijo: «Una de las escenas

que no podré borrar nunca de mi mente son los brazos y piernas tirados en las cunetas y cubiertos de gusanos. El hedor era repulsivo. Habían matado a alguien, alguien se había ido para siempre… Ése era mi destino, de no haber mediado la gracia de Dios[32]». El general de brigada Frank Richardson, uno de los más capaces oficiales del estado mayor de Montgomery, escribió más adelante sobre los alemanes, a los que admiraba sin reservas: «A menudo me he preguntado cómo hicimos para derrotarlos al fin[33]».

Pero la Wehrmacht también era capaz de cometer pifias extraordinarias, e hizo muchas en Normandía, sobre todo antes de que sus comandantes comprendieran hasta qué punto podían los Aliados castigar los movimientos diurnos. El 8 de junio, un suboficial alemán situado cerca de Brouay escribió: «Aquí encontramos una de las imágenes más terribles de la guerra. Mediante sus armas pesadas el enemigo había cortado a pedazos, prácticamente, varias unidades de la división Panzer Lehr. [Los semioruga] y el equipo estaban destrozados; junto a ellos, por el suelo, e incluso colgando de los árboles, había miembros de los camaradas muertos. Un silencio horrible lo cubría todo[34]». El 9 de junio, una docena de Panther de la XII.ª división Panzer SS lanzó una carga frontal implacable contra un grupo de canadienses situados en Bretteville. El sargento de la SS Morawetz describió lo que ocurrió a continuación:

> Toda la compañía se movía como un cuerpo, a gran velocidad y sin parar en ningún momento, en un frente amplio… Tras un estallido sordo y un balanceo, como si hubieran hecho saltar una oruga, el vehículo se paró. Cuando miré a la izquierda, por azar vi cómo arrancaban la torreta del Panzer que conducía por el flanco izquierdo. En ese mismo momento, después de otra explosión menor, mi vehículo empezó a arder… Paul Veith, el artillero que se sentaba frente a mí, no se movía. Salté al exterior y vi llamas que salían de la escotilla abierta como si fuera un soplete… A mi izquierda, otros Panzer en llamas… Todos los tripulantes sin excepción se quemaron el rostro y las manos… Toda la zona estaba bajo el fuego de la infantería[35].

A los pocos minutos, siete Panther fueron destruidos por los cañones anticarro; cuando su comandante regresó tras recibir el tratamiento médico requerido por unas heridas sufridas en una acción anterior, halló a su regimiento tristemente disminuido. La futilidad del ataque lo hizo exasperarse: «Podría haber llorado de rabia y pesar».

Los estadounidenses combatieron en varias batallas duras para asegurar el control de la península de Cherburgo, donde los campos pequeños, los terraplenes pronunciados y los densos setos de aquel paisaje de bocage[*20] permitió a los defensores causar bajas importantes a cambio de cada adquisición menor. Según un oficial de infantería de Estados Unidos:

> No salían: teníamos que desenterrarlos. Era un asunto lento y peliagudo, en el que no se podía perder la cautela. Nuestros hombres no cruzaban los campos abiertos en cargas dramáticas… Lo hacían así al principio, pero pronto aprendieron vías mejores. Iban en grupos minúsculos, de un

pelotón o menos, separados varios metros entre sí y pegándose a los setos de cada lado del campo. Se arrastraban unos metros, se agachaban, esperaban y luego se arrastraban unos metros más[36].

Los soldados de las divisiones aerotransportadas estadounidenses esperaban que tras el Día D los retirasen del combate para poder preparar otro asalto aerotransportado, pero no fue así: lucharon en Normandía durante cinco semanas. Mostraron una agresividad y un compromiso del que carecieron algunas formaciones de infantería y su contribución fue crucial. Un informe operativo del I.er ejército de Estados Unidos destacó

la urgente necesidad de insuflar un espíritu agresivo en el soldado de infantería… Muchas unidades no adquieren esta actitud hasta mucho tiempo después de entrar en combate y algunas no llegan a adquirirla nunca. Por otro lado, las unidades que incluyen personal especialmente seleccionado, como las aerotransportadas y las tropas de asalto, exhibieron un ánimo agresivo desde el principio[37].

Cada vez que los alemanes intentaban atacar, quedaban destrozados por la artillería, los cazabombarderos y los cañones anticarro; pero solamente los Aliados tenían el imperativo estratégico de avanzar. Los británicos perdieron un elevadísimo número de tanques en una serie de intentos infructuosos de abrir brecha hacia Caen y las zonas de más allá; los contraataques del enemigo deshacían a menudo las victorias locales. «En esencia, nosotros éramos defensivos, mientras que los alemanes eran esencialmente atacantes, tanto por naturaleza como porque luchaban por sobrevivir», según escribió el comandante Anthony Kershaw[38]. «No somos soldados muy atrevidos y la caballería inglesa nunca ha sido muy buena». Los ataques de la infantería aliada adolecían de falta de imaginación y escasa coordinación con las unidades blindadas.

Las dimensiones, la dirección de los generales y la eficiencia institucional de los ejércitos es lo que más influye en los resultados del campo de batalla, y así ocurrió también en Normandía. Pero la calidad de los sistemas armamentísticos rivales, especialmente de los tanques, también desempeñaba un papel importante. Los ejércitos británico y estadounidense poseían una artillería excelente. Los estadounidenses pertrecharon a sus infantes con un buen rifle automático, el M1 Garand, pero una metralleta ligera de escasa calidad, la BAR. Su lanzagranadas anticarro portátil, el bazuca de 2,36 pulgadas —el nombre de bazooka deriva de un extraño instrumento de viento inventado por el cómico estadounidense Bob Burns—, no tenía la penetración adecuada. El ejército británico se jactaba de poseer un rifle fiable, el Lee-Enfield Mk IV de carga única y balas de 7,70 milímetros, además de la metralleta ligera Bren, muy apreciada.

Los alemanes tenían armas mejores. En particular, podían generar una violencia extraordinaria con su ametralladora MG42 de alimentación por

banda, conocida entre los Aliados como «Spandau», de la que se produjeron unas setecientas cincuenta mil unidades. En combate, la áspera cadencia de fuego de 1200 rpm. de la MG42 sonaba mucho más letal que el lento martilleo (500 rpm.) de la Bren o la BAR. Británicos y estadounidenses también tenían metralletas pesadas Vickers y Browning, pero la MG42, que se fabricaba fácilmente a partir de troquelados metálicos y era capaz de cambiar de cañón en cinco segundos, fue un factor clave del elevado rendimiento táctico del ejército alemán. Lo mismo cabe decir del lanzagranadas anticarro portátil Panzerfaust a corta distancia era letal —mucho más que el bazuca estadounidense o el PIAT británico— y se producía a un ritmo de doscientas mil unidades al mes, por lo que el Faust interpretó un papel importante en la contención de los blindados alemanes en 1944-1945, cuando la Wehrmacht carecía de los suficientes cañones anticarro. También se manejaron con un efecto formidable el cañón dual de 88 milímetros y el mortero multicañón Nebelwerfer.

Todos los ejércitos europeos tenían metralletas para el combate a corta distancia. La Sten británica de nueve milímetros era un arma adecuada y producida por millones con un coste que cayó hasta las 2,87 libras esterlinas. De la Thompson 0,45 del ejército estadounidense se apreciaba su fiabilidad, pero su fabricación ascendía a cincuenta libras por pieza. En 1944-1945, el grueso de las unidades estadounidenses empleaba la M3, apodada «pistola de engrase», más sencilla y económica. Los soldados aliados envidiaban las pistolas automáticas alemanas MP38 y MP40, que denominaban «Schmeisser», aunque este diseñador no tuvo nada que ver con su creación: se fabricaban en los talleres de Berthold Geipel. Hacia el final de la guerra, los alemanes también adquirieron pequeñas cantidades de un excelente rifle de asalto, el MP43, antecesor de toda una generación de las armas de infantería europeas.

No obstante, el problema más grave de los Aliados era la inferioridad de sus tanques: la ventaja numérica valía de poco cuando los proyectiles británicos y estadounidenses rebotaban a menudo en el excelente blindaje de los Tiger y Panther alemanes, a diferencia de lo que ocurría con los Sherman, Churchill o Cromwell, que casi siempre resultaban destruidos por tal clase de impactos. Un oficial de blindados británico, después de que su Cromwell fuera alcanzado por un 88 milímetros lanzado desde un Tiger, describió lo ocurrido con palabras conmocionadas:

> Una cortina de llamas subió lamiendo la torreta y mi boca estaba llena de arena y pintura quemada. «¡Todos fuera!», grité y salté de allí… Ahí estaban mis hombres, escondidos detrás de un grosellero, todos sanos y salvos, de milagro. Joe, el piloto, estaba blanco y temblaba, agazapado y con el revólver desenfundado. Tenía el aspecto de una rata acorralada… El Tiger se alejó sin daño y su comandante saludaba con el sombrero y reía… Las manos nos temblaban hasta el punto de que apenas podíamos encendernos un cigarrillo[39].

Aunque los tanques aliados se podían reemplazar sin fin, es difícil exagerar el impacto que tuvo la superioridad de los blindados alemanes sobre la moral de las unidades aliadas. Según el capitán Charles Farrell: «Creo que no había ningún comandante de blindados británico que no hubiera cambiado felizmente sus "beneficios marginales" por un tanque de la misma clase que los Tiger o Panther alemanes[40]».

«Todos estábamos muy asustados —escribió un oficial tanquista británico al respecto de una noche pasada en la sierra de Bourgébus, durante uno de los choques más feroces entre blindados— y dos hombres del carro del cabo de mi tropa vinieron a decirme que preferirían enfrentarse a un consejo de guerra antes que continuar. Les expliqué que todos sentíamos más o menos lo mismo, pero que no se nos daba esa opción.»[41] Dos días después, cuando alcanzaron uno de los tanques de este oficial, los tanquistas se arrojaron al exterior. «Ya no volví a ver nunca ni al artillero ni al radiotelegrafista. Hubo casos para el psiquiátrico y el oficial médico los retiró. Eran gente que había estado en casi todas las batallas que había lidiado el regimiento y todos ya habían abandonado el tanque antes, al menos en doce ocasiones».

A Peter Hennessy se le ordenó investigar la suerte corrida por otro tanque de su escuadrón de Sherman, que se había quedado inmóvil unos metros más allá. Su propio conductor desmontó, trepó por el casco, echó un vistazo al interior de la torreta y volvió corriendo a toda prisa. «¡Por Cristo! —dijo—. Ahí están todos muertos. ¡Hay sangre por todas partes!». Una bala de 88 milímetros había rebotado por el interior, mató a todos los hombres de la torreta y terminó hundiéndose en la espalda del copiloto. Unos momentos después, una figura conmocionada y llorosa levantó la escotilla del piloto y emergió del tanque atacado, como único superviviente[42].

Las formaciones que habían servido antes en el Mediterráneo no fueron las únicas que vivieron la guerra en Francia como una experiencia espantosa: varios hombres que aún no habían entrado nunca en acción retrocedieron ante aquella iniciación feroz. «En Normandía hubo un montón de problemas y algunas de las unidades del ejército británico, por decirlo sin rodeos, no estaban en muy buena forma», escribió el teniente Michael Kerr; «habían pasado demasiados años en Reino Unido antes de entrar en combate[43]». Al parecer, algunas unidades de novatos tardaron mucho en realizar sus tareas con el compromiso absoluto que se requería; un oficial de la Waffen SS quedó asombrado al ver que un grupo de la infantería británica avanzaba por detrás de sus tanques el 18 de junio «paseando, con las manos en los bolsillos, los rifles colgados en el hombro y un cigarrillo en los labios[44]».

El teniente Tony Finucane creía que la doctrina de confiar en la artillería y el apoyo aéreo corroía el espíritu que debía caracterizar a la infantería. Su propia unidad avanzaba, en palabras de Finucane, «sabiendo que, con el

primer estallido de las Spandau, todo el mundo se lanzaría al suelo y ahí se habría terminado el día. Eso era todo lo que importaban el arrojo, el brío y el empeño; los que se guiaban por esas antiguallas solían caer derribados por nuestros propios cañones de 25 libras». Finucane creía que la responsabilidad de muchos de los problemas debía atribuirse en propiedad a los oficiales de brigada y división, algunos de los cuales no poseían más experiencia en combate que sus hombres. «El fallo no había sido necesariamente entrenar al ejército en el Reino Unido. Era más bien que muchos oficiales destacados carecían de experiencia y quizá creían estar "por encima" de una eventual instrucción.»[45]

Es difícil exagerar la tensión impuesta a todos los hombres por la responsabilidad de unirse a la punta de lanza de un ataque. Ken Tout describió cuán agotadoramente lento era el avance de una típica unidad blindada:

> Los carros delanteros se aventuran lenta y pesadamente hacia el primer blanco, rincones salvajes. Su cautela se va filtrando poco a poco hacia atrás, a lo largo de la columna, hasta imponer un ritmo de caracol… La mañana pasa muy despacio y el lánguido avance del reloj se acentúa con nuestro traqueteo, sólo se avanzan diez metros cada vez, mientras nos retorcemos en nuestros estrechos gallineros, como las aves de una granja intensiva, intentando que vuelva a circular la sangre por nuestras piernas, nalgas y hombros[46].

Un oficial de lanceros aceleró su Sherman hasta adentrarlo en un bosque y ordenó a su escuadrón que lo siguiera. El mando del tanque siguiente olvidó desconectar el altavoz antes de hablar por el intercomunicador y, así, toda la unidad le oyó ordenar: «Piloto, izquierda, piloto, izquierda». El piloto contestó, extrañado: «Pero [el tanque de cabeza] ha ido hacia la derecha, señor». Y el comandante replicó: «Sé de sobras que ese idiota ha ido a la derecha, pero no pienso seguir a ese p… cab…, jo…, es demasiado peligroso[47]».

«Fue un día infernal», escribió el comandante de una compañía británica, quien pormenorizó las experiencias de su unidad el 25 de junio con una franqueza inusual entre los soldados aliados.

> La primera conmoción fue que, cuando se suponía que el avance contaría con una protección de humo, quedamos completamente expuestos… Dos miembros de la compañía no pudieron soportarlo y se dispararon en el pie, uno detrás del otro… Allá vamos, la explosión de un proyectil me derriba, pero sólo me provoca una pequeña herida que no toca hueso… ¿Dónde están los chicos? Aquí no. Vuelvo atrás: «¡Venga!». Han venido a través de más setos… Muerte sangrienta; gente que cae sin vida. Prisioneros de las Hitlerjugend… Durante el ataque, una de mis secciones huyó, hasta que Tug Wilson, mi segundo, la devolvió con nosotros a punta de pistola… Recibíamos el contraataque de la infantería y dos tanques. La misma sección volvió a huir… Al final, todo se calma. El enemigo se retira y deja tras de sí dos tanques fuera de combate y un buen puñado de muertos[48].

Los soldados que luchaban a pie y los que circulaban sobre orugas desconfiaban, casi siempre, de las tácticas ajenas. «Pronto íbamos a avanzar y analizamos el asunto con la delicada y amable negociación que se desarrollaba siempre entre tanques e infantería», escribió el teniente de infantería británico Norman Craig, sobre un contacto con un oficial de blindados. «Por mi parte, confiaba en convencer a los tanques de ir por delante; él resolvió cortésmente que no. El infante consideraba al tanque un titán apabullante, que debería lanzarse indiscriminadamente al ataque; el tanquista miraba a la infantería como una masa que podía invertirse a voluntad, útil para neutralizar los cañones anticarro.»[49]

En toda la campaña de la Europa noroccidental, los principales oficiales aliados dieron rienda suelta a su frustración por la constante esclavitud de los infantes para con la artillería. Forrest Pogue dejó constancia de comentarios de algunos comandantes estadounidenses:

> Decían una y otra vez que la infantería no sabía ponerse a cubierto, no sabía aprovechar lo que habían preparado los artilleros, no sabía avanzar con arrojo, no sabía excavar bien las trincheras. [Cuando el fuego era intenso], lo que los salvaba era cavar trincheras, pero en [la instrucción] básica sólo cavábamos un hoyo. La artillería se usa muy ampliamente. He estado en muchos [puestos de mando] en los que, cuando alguien decía que veía a dos o tres alemanes a varios cientos de metros de distancia, a menudo se les lanzaban entre cinco y treinta proyectiles[50].

Era mucho lo que dependía de jefes jóvenes con poca experiencia y, entre ellos, fueron demasiados los valientes que hallaron la muerte. Escribió Norman Craig: «El ánimo agresivo del ser humano tiene una tendencia mágica a evaporarse en cuanto empiezan los tiros y entonces un hombre solamente responde a dos influencias: la disciplina externa que lo ata y el respeto a sí mismo que lo impulsa… El coraje es esencialmente competitivo e imitativo[51]». El oficial al mando de un batallón de información británico dijo: «Como media, de los veinticinco hombres de una sección, cinco combatirán entregándose a fondo… y quince seguirán el modelo. El resto será inútil. Esto se aplica a todo el cuerpo de infantería y si los oficiales jóvenes y los suboficiales no se mueven, la situación resulta muy negativa[52]».

El oficial de blindados Michael Rathbone escribió: «He sacado mi revólver para detener a infantes que huían; pasaron corriendo junto a mi tanque mientras estábamos reparando una oruga dañada por una mina. Recé por que nunca tuviéramos que luchar otra vez con la LIXª división[53]».. Algo similar escribió Peter Selerie, de una unidad acorazada: «A menudo criticábamos a la infantería… Recuerdo que un batallón de infantería se fundió y desapareció después de una sesión conjunta de morteros, increíblemente intensa, con salvas de "explosión en el aire". Por desgracia, no

habían cavado bien las trincheras y habían perdido a sus oficiales y el grueso de los suboficiales. El batallón de ametralladoras de Kensington sostuvo la línea con el apoyo de nuestros tanques[54]». Los fusileros siempre sufrían bajas mucho más graves que los tanquistas y, en fin, ellos mismos lo sabían mejor que nadie.

La mayoría de los soldados que entraban en combate por vez primera estaba menos atemorizada de lo que pasaban a estarlo cuando ya habían experimentado su realidad. Cuando el infante estadounidense Royce Lapp desembarcó en Francia, «ninguno de los nuestros estaba demasiado asustado, por entonces, porque no sabíamos dónde nos metíamos[55]». Similarmente, los hombres de una unidad de caballería de Estados Unidos se apelotonaron con curiosidad alrededor del primer cadáver que vieron, el de un oficial alemán. Su comandante, el teniente Lyman Diercks, un empleado postal de veintiocho años originario de Bryant, Illinois, arengó a sus soldados. «Les dije que era muy probable que algunos de nosotros no sobreviviéramos a la guerra. Temamos que ser como una familia. No esperaba de ellos que fueran héroes, pero si actuaban como cobardes tendrían que vivir con ello el resto de sus vidas. Y mientras les hablaba, en realidad, me hablaba a mí mismo.»[56]

Cuando un proyectil cayó cerca de un sargento canadiense en Normandía, éste exclamó: «¡Mierda y requetemierda!». Un reemplazo recién llegado preguntó si lo habían herido. El suboficial dijo que no, que «sólo se había meado en los pantalones. Siempre se los meaba, dijo, cuando empezaba la historia, y ya luego todo iba bien… Entonces me di cuenta de que algo tampoco iba muy bien conmigo. Había algo caliente por ahí abajo, algo que parecía estar bajándome por la pierna. Lo toqué y no era sangre. Era meado… Dije: "Eh, sargento, yo también me he meado"… Él sonrió y me dijo: "Bienvenido a la guerra[57]"». El miedo afectaba a otros hombres de otras maneras. Una vez condujeron a un prisionero canadiense al interior de los cuarteles de un regimiento de la Waffen SS, bajo un intenso bombardeo aliado. Para su sorpresa, el estado mayor estaba refugiado debajo de las mesas de los mapas mientras cantaba a coro un vehemente «Oh, hermoso Rin alemán» acompañado por una armónica. El canadiense movió la cabeza y murmuró confuso: «¡La guerra es un chiste!»[58]. Algunas tareas sin especial atractivo imponían riesgos desproporcionados. «En la mayoría de las batallas, los primeros en morir eran los técnicos de telefonía», dijo un artillero de la Waffen SS, el capitán Karl Godau[59]. Las comunicaciones por el teléfono de campo eran cruciales cuando pocas unidades poseían radios tácticas: los hombres de mantenimiento y tendido de los cables tenían que exponerse repetidamente al fuego enemigo para reparar las roturas causadas por los proyectiles y el paso de vehículos, y muchos hallaban la muerte en esa labor.

Un sargento de segunda de un grupo de Panzer, tras ser capturado por los

estadounidenses, ofreció a sus interrogadores una comparación entre los frentes oriental y occidental:

> Los rusos no te dejan olvidar ni por un momento… que estás luchando en su tierra, que representas algo que odian. Soportarán las penalidades más duras… Cierto es, el soldado medio carece de la riqueza de recursos del estadounidense, pero lo compensa con una tenacidad que no he visto igualada en ningún otro. Si en un intento de abrirse paso por una alambrada mueren nueve hombres, el décimo todavía lo intentará, y tendrá éxito. Vosotros, los estadounidenses, domináis vuestro equipo y es un equipo de primera. Pero os falta la tenacidad de los rusos[60].

Sea como fuere, aunque ambos bandos sufrieron terriblemente en Normandía, las bajas alemanes fueron peores y, además, irreemplazables. Ya el 16 de junio, la XII.ª división de Panzer SS quedó debilitada por 1149 bajas y su fuerza de tanques se redujo a la mitad. En un informe a su puesto de mando, Meyer escribió: «Veo caras de inquietud… Sin haber hablado abiertamente de ello, sabemos que nos aproximamos a una catástrofe… Frente a la enorme superioridad aérea y naval del enemigo, podemos predecir la descomposición del frente defensivo… Ya sólo sobrevivimos en un nivel de mera subsistencia. Hasta ahora no hemos recibido ni un solo reemplazo para los camaradas muertos o heridos, ni un solo tanque o cañón[61]».

Fritz Zimmer, granadero de la Panzer SS, anotó en su diario a finales de junio que su compañía había quedado reducida a dieciocho hombres; una semana más tarde, el 8 de julio, luchó en la última acción de su propia guerra:

> De las 6.30 a las 8.00 de la mañana, una cortina de fuego pesado, otra vez. Después, ataques de tommies con números cuantiosos de infantería y muchos tanques. Luchamos todo el tiempo que podemos, pero nos damos cuenta de que estamos en una posición perdida. Cuando los supervivientes intentan retirarse, vemos que ya estamos rodeados… Me arrastré hacia atrás, bajo fuego continuo, lo más rápido que pude. Algunos camaradas intentaron hacer lo mismo, sin éxito. Aún no he logrado entender cómo no me pasó nada con proyectiles que caían dos o tres metros por delante de mí, por detrás y a los lados. Las esquirlas pasaban zumbando junto a mí. Me pude abrir paso hasta llegar a menos de doscientos metros de nuestras líneas. Fue una labor dura, siempre de cara a tierra, con el estómago tocando el suelo, y casi nunca a gatas, durante tres o cuatro kilómetros. Un grupo de tommies al ataque pasaron a cinco o seis pasos de mí, pero sin verme entre el trigo crecido. Estaba casi a punto de caer redondo, los pies y los codos me dolían un horror y la garganta me quemaba de sed, pero seguí adelante. De pronto, la vegetación se aclaró y me vi obligado a cruzar un campo abierto. Me hallaba a solo diez metros del trigal inmediato cuando aparecieron de pronto tres tommies que me capturaron. Enseguida me dieron de beber y un cigarrillo. En el punto de reunión me encontré con mi Unterscharführer y otros camaradas de mi compañía[62].

El 22 de julio, el paracaidista de la Luftwaffe Martin Poppel estaba en el hospital, recuperándose de las heridas sufridas en Normandía y cada vez más preocupado por el futuro de su causa nacional: «Los pobres cabrones del frente, y la población civil, hoy agotada, ¿cómo iban a merecer que los dirigiesen tan mal? Abundan las preguntas serias sobre el futuro y nuestras expectativas en esta guerra prolongada. Incluso el más confiado de nosotros

alberga dudas[63]». Otro soldado escribió a su esposa el 12 de agosto:

> Querida Irmi:
> Esto no pinta bien —decir eso sería exagerar—, pero ya sabes que me gusta ir por la vida con alegría… El hombre es una criatura de costumbres. El rugido de la artillería y la explosión de las bombas, que al principio te atacan los nervios, pierden su poder terrorífico a los dos o tres días… Estos últimos tres días hemos tenido un fantástico tiempo de verano —sol, calor y cielos azules— que contrasta completamente con todo lo demás que vemos alrededor de nosotros. En fin, quizá al final todo vaya bien… Tú sólo ten mucha fe en mi suerte, como yo hago, y todo adquirirá mejor aspecto.
> Mil besos para ti, mi querida Irmi, y para los niños, de tu Ferd.

Un camarada escribió palabras similares para su familia, el 10 de agosto:

> Querida esposa, queridos niños:
> … el ruido de los cañones se acerca cada vez más. Cuando lo oigo, mis pensamientos vuelven hacia vosotros, lo que más quiero, y se me plantea la pregunta de si os volveré a ver o no. La batalla podría llegar hasta aquí en cualquier momento. ¿Qué destino me aguarda?… La noche pasada, estuve con vosotros, en sueños. ¡Ah, qué bonito ha sido! ¿Te puedes imaginar, cariño mío, cómo es despertarse de ese idilio entre el trueno de los cañones? Llevo tu imagen en mi corazón. Es un sentimiento que pesa tanto… Me gustaría volar de vuelta con vosotros, querida. ¿Qué destino me aguarda? ¡Me alegró mucho que me permitieran pasar unos días —pocos, pero maravillosos— contigo en Fallingbostel, mi querida y leal esposa[64]!

Las dos cartas citadas arriba fueron halladas por un soldado estadounidense en los cadáveres de sus respectivos autores.

A lo largo de aquellos meses de verano, el pueblo británico y el estadounidense apenas pensaron en otra cuestión que no fuera la batalla de sus ejércitos en Normandía. Pero en Berlín, Hitler se enfrentaba a una amenaza todavía mayor: menos de tres semanas después de los desembarcos de Francia, por el este, los soviéticos lanzaron la Operación Bagratión, que se convirtió en la ofensiva más importante de la guerra y en la última que se inició desde territorio ruso. La negativa de Hitler a permitir una retirada estratégica durante la primavera obligó a sus fuerzas a defender un frente de más de dos mil doscientos kilómetros de extensión, con pocas reservas. Dos tercios de todo el ejército alemán seguían estando desplegados contra los rusos, pero ello no era suficiente para contener un asalto en el que participaron 2,4 millones de soldados y más de cinco mil tanques, es decir, el doble de las fuerzas empleadas en los asaltos soviéticos de 1943.

Stalin dijo, en el discurso que dirigió a su pueblo el primero de mayo de 1944: «Si queremos librar a nuestro país y los países aliados del peligro de esclavitud, debemos perseguir a la bestia alemana ahora que está herida y asestarle el golpe final en su propia madriguera». La palabra rusa para «madriguera» es berloga y, en consecuencia, las tropas de los blindados no decoraron sus tanques con la inscripción «¡Hasta Berlín!» sino «¡Hasta Berloga!». El 22 de junio, tres frentes soviéticos a las órdenes de Zhúkov

atacaron a los setecientos mil hombres del grupo de ejércitos Centro. Simultáneamente, una ofensiva de guerrilla en la retaguardia alemana estuvo a punto de cortar las líneas de comunicación del mariscal de campo Ernest Busch. Los rusos concentraron cuatrocientos cañones a menos de dos kilómetros, para un bombardeo preliminar por todo un frente de unos quinientos cincuenta kilómetros. Tenían la plena superioridad aérea, gracias, en gran medida, a la destrucción que los Aliados habían causado a la Luftwaffe en los cielos alemanes.

Cuando la infantería y los tanques de Zhúkov se adentraron en las cortinas de humo y polvo que protegían las posiciones de los defensores, las líneas de teléfono alemanas estaban muertas, y los lazos de mando, rotos. Las formaciones de Busch fueron arrasadas allí donde estaban, en el vano intento de cumplir con la exigencia hitleriana de una defensa rígida, sin derecho a retirada. Se ordenó que las denominadas «fortalezas» de Vitebsk, Orsha, Mogilev y Bobruysk resistieran hasta el último hombre. Las consecuencias fueron catastróficas. Los rusos barrieron en su avance, como una marea irresistible, y circunvalaron las «fortalezas» para continuar de cabeza hacia el oeste. El 28 de junio se envió a Model como reemplazo urgente de Busch, pero la situación ya era irrecuperable. Minsk cayó el 4 de julio, mientras que en el norte los atacantes empujaron hacia Riga, en el Báltico, que pronto quedó rodeada.

El Ejército Rojo nunca desplegó mucha sutileza táctica, salvo quizá al hostigar al enemigo en las horas de oscuridad, una habilidad que sus hombres poseían en mayor grado que los Aliados occidentales. Un analista británico ha escrito: «En el pensamiento soviético, el concepto de la "economía de la fuerza" tiene poca importancia. Mientras para un inglés usar un mazo para cascar una nuez es una decisión equivocada y un signo de inmadurez mental… a ojos de los rusos, no hay duda de que los mazos son para cascar nueces[65]». Los ataques rusos hicieron hincapié en el bombardeo masivo de la artillería y en avances con sacrificio de tanques e infantería, encabezados a menudo por «batallones disciplinarios»: unidades penales de prisioneros políticos y militares a los que se ofrecía la posibilidad de indulto a cambio de aceptar una extinción probable. Se calcula que unos 442 700 hombres sirvieron en ellos, y la mayoría murió. Los rusos continuaron sufriendo bajas más elevadas que los alemanes. Si para todo soldado es difícil describir después a los civiles qué ha sufrido durante la campaña, para los soldados rusos fue singularmente difícil. Incluso en los años de la victoria, entre 1943 y 1945, las unidades de asalto del Ejército Rojo perdían cerca del 25 por 100 de los hombres en cada acción, un índice de bajas que las fuerzas angloestadounidenses nunca hubieran aceptado como constante. De los 403 272 soldados rusos que completaron la instrucción como tanquistas en el

transcurso de la guerra, murieron 310 000.

El poeta Samóilov escribió: «Ésta fue la última guerra rusa en la que, en su mayoría, los soldados eran campesinos[66]». En parte por ello, los soldados de Rusia eran aún más supersticiosos que la mayoría de los combatientes. Algunos, por ejemplo, consideraban de mal agüero maldecir mientras cargaban un arma; muchos llevaban amuletos y cruces de buena suerte. Si bien eran relativamente pocos los que admitían ser fieles del cristianismo —que estaba prohibido—, muchos se santiguaban antes de entrar en acción. La canción desempeñaba un papel importante en la cultura del ejército. Los hombres cantaban durante la marcha y por la noche, en torno del fuego; en su mayoría, baladas de gran carga sentimental, que carecían del cinismo de las favoritas de los soldados británicos. Como muchos frontoviks caían heridos o muertos con rapidez, se ha calculado que los soldados rusos sólo pasaban en común una media de tres meses. Pero los hombres decían que, en el transcurso de una semana, aprendían más del otro que en todo un año de vida civil. El Ejército Rojo no ofrecía a sus soldados ni educación sexual ni condones. De hecho, a los que contraían enfermedades sexuales se los castigaba, en ocasiones, negándoles el tratamiento médico. Algunos niños marchaban con los regimientos porque lo habían perdido todo y sólo el ejército les ofrecía alguna esperanza de sobrevivir.

Un informe soviético del 25 de agosto de 1944 describía la resistencia alemana, que aún era eficaz:

> El enemigo usa tanques y cañones autopropulsados para cubrir su retirada y eso nos dificulta enfrentarnos con su infantería. En tales circunstancias, ocurre a menudo que nuestra infantería se comporta sin decisión. La naturaleza de nuestras unidades se ha modificado claramente en estos últimos meses y ahora la gran mayoría se compone de refuerzos novatos. Hay pocos hombres que hayan servido desde 1941. Muchos de los que han luchado desde 1943 se quejan de la falta de experiencia de los reemplazos[67].

Las operaciones soviéticas estuvieron salpicadas de asombrosas exhibiciones de incompetencia, a menudo relacionadas con la bebida. Las crueldades infligidas a los soldados de a pie por parte de sus superiores explican que incluso en 1944-1945, hubiera combatientes rusos que desertaban para unirse a los alemanes. De los hombres de Stalin, al igual que de los japoneses, cabe decir que su comportamiento bárbaro hacia otras razas era un simple reflejo del trato que sus jefes les daban a ellos mismos. Pero en aquel momento, los principales comandantes rusos mostraban una confianza impresionante en la dirección de fuerzas numerosas y la coordinación de las distintas ramas militares, con el apoyo de los equipos de comunicaciones, suministrados por los estadounidenses.

En 1944-1945, el Ejército Rojo avanzó con más prontitud que las fuerzas de Eisenhower, en parte porque sus soldados vivían de las tierras por las que

pasaban y necesitaban una escala de abastecimiento mucho menor: fueron los menos mimados de la guerra. Entre la larga lista de productos e instalaciones que se proporcionaban habitualmente a las tropas aliadas occidentales, pero se denegaban a los soldados rusos, figuraban las maquinillas de afeitar, salas de despioje, lápices, tinta y papel, cuchillos, linternas, velas y juegos. El vodka era el único estimulante de la moral que se repartía en el Ejército Rojo y algunas secciones hacían fondo común de las raciones para que los hombres pudieran, por turnos, beber hasta quedar estupefactos. Hacia el final de la guerra, muchos hombres emprendían el ataque en condiciones de hambre, piojos, hemorroides, dolor de muelas, encías sangrantes por el escorbuto y, a veces, tuberculosis.

Las ventajas más destacadas de los rusos en el conflicto bélico eran la disposición a aceptar bajar ilimitadas y el hecho de que los soldados sabían que, a los que vacilaran o fallaran, les aguardaban castigos draconianos. A las unidades rusas que se enfrentaban con la resistencia alemana no se les permitió nunca el recurso, habitual entre los angloestadounidenses, de situarse a cubierto y solicitar el apoyo del aire y la artillería; se esperaba de ellos que continuaran con la batalla, independientemente de los obstáculos o campos de minas, y que pagaran el precio que hubieran de pagar, porque siempre había otros hombres a los que recurrir. El 5 de julio, la primera fase de Bagratión terminó con la destrucción del IX.º ejército alemán. El I.er ejército acorazado y el IV.º ejército habían perdido unos 130 000 hombres de los 165 000 con los que habían empezado la batalla. Vastas columnas de prisioneros alemanes se arrastraban desaliñadamente hacia la retaguardia rusa, como desechos de la otrora invencible Wehrmacht. El primer frente bielorruso giró hacia el oeste, hacia Varsovia, mientras otros dos grupos de ejércitos se dirigían hacia la Prusia Oriental y entraban en Lituania. El 13 de julio, el primer frente ucranio empezó a avanzar hacia el Vístula. Al terminar el mes, tanto Vilnius como Brest-Litovsk estaban en manos rusas.

En 1944, los polacos contaban un chiste de humor negro sobre un pájaro que cae del cielo a una boñiga, de donde lo rescata un gato; la moraleja, decían, era que «no todo el que te libra de la mierda es necesariamente tu amigo». La «liberación» soviética de Polonia, que empezó con Bagratión, obligó a su pueblo a cambiar un tirano por otro. El 14 de julio, la Stavka emitió una orden a todos los comandantes soviéticos, según la cual las tropas soviéticas habían encontrado

destacamentos militares polacos dirigidos por el gobierno polaco en el exilio. Estos destacamentos se han comportado de manera sospechosa y han actuado en todas partes contra los intereses del Ejército Rojo. En consecuencia, queda prohibido el contacto con ellos. Cuando se encuentren con tales formaciones, deben desarmarlas de inmediato y enviarlas a puntos de reunión organizados al efecto, para que se las investigue.

Los rusos mataron a miles de polacos cuyo único delito fue comprometerse con la libertad democrática; de forma especialmente notoria, se negaron a ayudar al levantamiento de Varsovia, en agosto. Los rusos sentían un odio histórico por el pueblo polaco y gozaron de darle rienda suelta en 1944-1945, con una brutalidad indiscriminada hacia los dos sexos.

Incluso cuando el Ejército Rojo se aproximaba al Vístula, su frente carelio se adentró muchos kilómetros en Finlandia, rompiendo la Línea de Mannerheim que los finlandeses habían defendido a ultranza en 1940. La población finlandesa pagó caro el segundo desafío a Stalin: el 2 de septiembre, el gobierno de Helsinki firmó un armisticio por el que renunciaba para siempre a sus territorios orientales. Hitler se negó a evacuar la península báltica de Curlandia, en Letonia, aunque sus generales adujeron que las fuerzas que mantenían un perímetro en esa zona quizá podían prestar una contribución importante a la defensa de Alemania. Veintiuna divisiones —149 000 hombres y cuarenta y dos generales— permanecieron asediadas en Curlandia hasta mayo de 1945.

Cuando Bagratión llegó a su victoriosa conclusión, los rusos afirmaron haber matado a unos cuatrocientos mil alemanes, destruido dos mil tanques y apresado ciento cincuenta y ocho mil prisioneros. Los vencedores se sorprendieron ante el lamentable estado físico de muchos de estos prisioneros; según un soldado: «Todos tenían un aspecto horrible. Son como empleados de banco. Muchos necesitan gafas[68]». A finales de agosto de 1944, los rusos alcanzaron el Vístula, con lo que tenían Varsovia casi a tiro de piedra, y también llegaron a la frontera de Prusia Oriental. Estaban sitiando Riga y, por el sur, habían llegado hasta el Danubio. En dos meses habían avanzado 725 kilómetros. Un oficial ruso se admiraba ante los incontables tanques destruidos que él y sus hombres dejaban atrás en su marcha hacia el oeste, que comparaba imaginativamente con «camellos arrodillados[69]». Mientras el Ejército Rojo saboreaba el dominio del campo de batalla, sus hombres encontraron —por vez primera— ocasiones de disfrutar los placeres de vivir y combatir en el territorio de otras naciones. Gennady Petrov escribió a sus padres, ucranios: «Una noche duermes a cielo abierto y la noche siguiente te hundes en un lecho de plumas, como un aristócrata. Vivo tan bien que no puedo quejarme de nada, salvo de la falta de discos musicales y carretes para la cámara[70]».

En el extremo izquierdo de la línea soviética, el 20 de agosto, dos frentes ucranios comenzaron una ofensiva hacia el sureste de Europa cuyos objetivos eran más políticos que militares. Stalin, resuelto a controlar antes que los Aliados occidentales la mayor parte de los Balcanes, dirigió primero sus fuerzas contra Rumania, que se rindió el 23 de agosto. El cambio de lealtad de los rumanos les salió muy caro: el 25 de octubre, su ejército había sufrido otras veinticinco mil bajas, después de que los reclutaran para ayudar al Ejército Rojo a expulsar a los alemanes de su país. El 5 de septiembre, Rusia declaró la guerra a Bulgaria, que oficialmente sólo estaba enfrentada con los angloestadounidenses. Ante el apabullante poder de los soviéticos, los búlgaros se rindieron cuatro días después. En Sofía se instaló un gobierno comunista que permitió al Ejército Rojo mover fuerzas a Transilvania y Yugoslavia: Belgrado cayó el 19 de octubre.

Sólo el golpe de estado que se produjo en Budapest el 15 de octubre a instancias de los nazis impidió que el gobierno húngaro se rindiera igualmente a los soviéticos. El 30 de diciembre, Budapest estaba sitiada. Los avances soviéticos de verano obligaron a Hitler a reconocer que la mayoría de los Balcanes se había tornado indefendible. A finales de octubre, los germanos empezaron a evacuar Grecia. Weichs, el comandante de la zona, se dedicó en adelante, sobre todo, a procurar que sus seiscientos mil hombres (en su mayoría, personal de servicio y asistentes médicos sin especial calificación) contribuyeran a proteger desde Albania y Yugoslavia el flanco

derecho del grupo de ejércitos Sur. A lo largo de todo el frente oriental, las circunstancias de los alemanes eran duras. El triunfo soviético que se avecinaba sólo se demoró por las dificultades logísticas de abastecer de combustible y demás necesidades a fuerzas enormes desplegadas en regiones con pocas carreteras y conexiones ferroviarias destruidas; los ejércitos se detuvieron para rearmarse y reagruparse. Los generales de Hitler sabían que, cuando los rusos decidieran avanzar otra vez, la Wehrmacht sólo podría retrasar lo inevitable.

Si en las grandes guerras se luchara alguna vez con racionalidad, había llegado el momento de que Alemania se rindiera, como había hecho en 1918 antes de que la patria se convirtiera en un campo de batalla. Ahora bien, en 1944, muchas de sus grandes ciudades habían quedado devastadas por una ofensiva de bombardeo aliada cada vez más intensa. La Luftwaffe estaba destrozada, las fuerzas armadas carecían penosamente de combustible, hombres, tanques, vehículos y artillería. No es de extrañar que los jefes nazis creyeran que debían continuar combatiendo a ultranza, puesto que de manos de los vencedores sólo podían esperar la muerte. Es discutible si el propio Hitler, en lo más interior de su conciencia, conservaba esperanzas reales de que la fortuna terminara favoreciéndole. Pero se había entregado a una política de guerra total y, de hecho, perpetua; si se le negaba la victoria, en los últimos meses de gobierno parecía satisfecho con presidir un cataclismo final titánico, coherente, en su escala, con el fracaso de sus ambiciones titánicas.

La posteridad está más confundida con el hecho de que otros alemanes tampoco fueran capaces de aceptar la lógica de sus penalidades, esto es: deponer a los nazis y salvar cientos de miles de vidas al abandonar la batalla. Tal iniciativa sólo habría resultado creíble si hubiera venido de los generales. La trama de la bomba del 20 de julio de 1944 —el único intento militar concertado de decapitar el régimen nazi— se llevó a término con una falta de convicción y una incompetencia asombrosas y contó con la participación de un número relativamente corto de oficiales. Sobre la resistencia nazi se creó una leyenda que aún se fomenta hoy día, pero que surgió sobre todo para favorecer el renacimiento de la autoestima germánica en la posguerra. El coronel Claus von Stauffenberg habría logrado matar a Hitler, casi con toda certeza, si hubiera permanecido en los cuarteles del Führer para detonar la bomba, en lugar de volver corriendo a Berlín. Muchos otros oficiales tuvieron ocasión de conseguir este mismo fin, con el sacrificio de sus propias vidas.

Según se desarrollaron las cosas, fue un perverso sentido del deber lo que causó que la mayoría de los jefes de la Wehrmacht siguiera al régimen nazi hasta el final, para su personal deshonor perpetuo. En privado, los generales alemanes se burlaban a menudo del carácter y el comportamiento de los esperpénticos mafiosos que dirigían su país; pero ello no hizo flaquear casi

nunca su esclavitud hacia Hitler. En una reunión celebrada el 27 de enero de 1944, cuando el Führer pidió que todos los oficiales exhibieran su apoyo leal y fanático al nacionalsocialismo, Manstein gritó: «¡Que así sea, mi Führer!». Más adelante Manstein alegó que la exclamación había sido irónica, pero pocos le creyeron. Él y los de su especie fiaban su reputación a ser miembros de la casta militar, resueltos a cumplir como fuere sus responsabilidades en ese campo y el juramento a Hitler, por encima de los intereses de la sociedad a la que decían servir. Tomaron la decisión, tácita o expresa, de combatir y morir como servidores del Tercer Reich, antes que como protectores de la nación cuyos intereses sólo podían atender de un modo creíble si firmaban la paz con las condiciones que fuere o hasta sin condición ninguna. Hubert Meyer, oficial de la Panzer SS, escribió encolerizado sobre la trama del 20 de julio: «Era incomprensible que unos soldados intentaran un golpe contra el jefe militar supremo a la vez que ellos mismos se implicaban en una amarga lucha defensiva contra el enemigo que les exigía "rendición incondicional" y se negaba a negociar una tregua e incluso la paz[71]». Muchos oficiales de la Wehrmacht, incluso hostiles a los nazis, compartían estos sentimientos.

Helmuth von Moltke, de la Abwehr, explicó el apoyo continuado que un número suficiente de alemanes prestó a Hitler en una carta secreta escrita en inglés a su antiguo tutor de Oxford y enviada desde Estocolmo en marzo de 1943:

> Son muy numerosas las personas que se han beneficiado del Tercer [Reich] y que saben que su tiempo habrá acabado con el fin del Tercer [Reich]. Esta categoría no compromete sólo a unos pocos cientos de personas, sino que se extiende a cientos de miles. Luego están aquellos que prestaron apoyo a los nazis para contrarrestar la presión exterior y que ahora no saben hallar la salida del embrollo; incluso en aquellos puntos en los que creen que los nazis están equivocados dicen que ese mal sólo equilibra el mal que otros nos han causado antes… Están los que… dicen: si perdemos esta guerra nuestros enemigos nos devorarán y, por lo tanto, tenemos que salir de aquí con Hitler[72].

Von Moltke comentó que a los soldados alemanes «se los dirige continuamente a posiciones donde no les queda más remedio que luchar. Su mente está ocupada por el enemigo tanto como la de un ama de casa por sus necesidades». Repitió un comentario que hizo Hitler a Manstein: «El general y el soldado alemán no deben sentirse nunca seguros, pues de otro modo querrán descansar; tienen que saber siempre que hay enemigos al frente y a su espalda y que solo cabe hacer una cosa: luchar». El análisis de Von Moltke no perdió validez hasta 1945.

Los soldados abandonaron a los civiles a su desesperanza. En Hamburgo, la anciana Mathilde Wolff-Mönckeberg escribió, el 25 de junio de 1944: «Ya nadie ríe nunca, nadie está alegre ni feliz… Aguardamos al acto final[73]». Unas pocas semanas más tarde añadió: «Hemos pasado varios días sin agua; todo está desportillado, roto, desgastado; viajar es inconcebible; no se puede

comprar nada; sólo vegetamos. La vida no tendría ningún sentido si no hubiera libros y personas que amamos y cuya suerte nos inquieta día y noche[74]».

Los jefes militares de Alemania se hicieron merecedores del desprecio de la posteridad por consentir a los carniceros que dirigían su país a la vez que se declaraban absueltos de complicidad con los crímenes nazis; contemplar la revolución en la última fase de una lucha por la supervivencia nacional exigía un coraje moral que pocos oficiales alemanes poseían. Sabían la masacre que se había perpetrado en Rusia: no podían esperar ninguna compasión del pueblo de Stalin y el miedo a la inminente venganza soviética se convirtió en motivo dominante para millones de soldados alemanes. Proporcionaba una justificación tan perversa como espuria a la negativa de los generales a sopesar volverse en contra de Hitler. El razonamiento era vacuo, porque mantener la resistencia sólo valía para retrasar lo inevitable; y aun así, incluso los más instruidos se aferraban a la esperanza fantástica de que los Aliados occidentales los liberarían a ellos de los rusos. El capitán y oficial de carrera Rolf-Helmut Schröder creía que cuando los estadounidenses hubieran derrotado a Alemania, se enfrentarían con la Unión Soviética: «Nos parecía imposible que los estadounidenses aceptaran que los rusos arrasaran Alemania[75]».

La guerra había adquirido un impulso propio e irresistible: en los últimos meses de la contienda europea, era obvio que algunos soldados alemanes daban las gracias si los hacían prisioneros, pero la mayoría sostuvo una defensa pertinaz. Mostraron una voluntad de sacrificio muy superior a la exhibida por los franceses en circunstancias similares, en 1940, o por la mayoría de las tropas británicas posteriormente. El rendimiento de la Wehrmacht se puede explicar en parte por la coacción: por el hecho de que a los desertores y supuestos cobardes se los fusilara implacablemente, y en los últimos meses, por miles. Entre 1914 y 1918 se dictaron 150 sentencias de muerte contra miembros del ejército del káiser, de las que sólo se llevaron a cabo cuarenta y ocho. En cambio, entre 1939 y 1945 se confirmaron oficialmente más de quince mil ejecuciones militares y el total verdadero fue notablemente superior. Más allá de las penas capitales, la realidad inmediata de los campos de batalla —la presencia del enemigo en la calle o el campo siguientes— imponía su propia lógica. Incluso en la agonía, el Tercer Reich logró convencer a muchos alemanes para que exhibieran una terquedad tan extrema como fútil.

Tras un mes de combates en Normandía, los ejércitos angloestadounidenses controlaban un perímetro seguro que llegaba a unos treinta kilómetros tierra adentro. Pero el mal tiempo obstaculizó las operaciones aéreas y el desembarco de suministros. Cada pequeño avance

exigía un esfuerzo descomunal y causaba bajas en una escala que alarmó sobremanera a los aliados, especialmente a los británicos. Cuando, a finales de junio, la Operación Epsom fracasó en el intento de cercar Caen —cerco previsto originalmente como un objetivo del Día D—, Montgomery solicitó el apoyo de los bombarderos pesados: en consecuencia, los Lancaster arrasaron la ciudad en la tarde del 7 de julio, lo que permitió a los soldados británicos y canadienses entrar en las ruinas de la zona norte. El 18 de julio, se destinó una formidable fuerza blindada a la Operación Goodwood, concebida para tomar Falaise. Montgomery interrumpió el ataque al terminar el segundo día, tras perder a cuatrocientos hombres y quinientos tanques, un tercio de los blindados británicos de Normandía. Los Sherman tuvieron un reemplazo notablemente rápido, pero los atacantes quedaron muy tocados por el fracaso. «Teníamos los nervios a flor de piel —escribió el comandante de blindados John Cropper, sobre el humor de sus hombres a finales de julio—. Ritchie y Keith empezaron a discutir, por la música, creo. A los pocos segundos se estaban chillando el uno al otro, literalmente. Tuve que ser muy firme con ellos para cortarlo… Los dos tardaron mucho tiempo en decir ni una sola palabra más.»[76]

Entre tanto, en la zona derecha del bando aliado, el I.er ejército del general Omar Bradley avanzaba con dificultades por la zona de bocage, cuyas condiciones empeoró el hecho de que los alemanes inundaran las tierras bajas. Los atacantes sufrieron cuarenta mil bajas en dos semanas antes de alcanzar terreno seco en las inmediaciones de St. Lo, desde donde se podía lanzar un asalto blindado importante. Precedió a la Operación Cobra un intenso ataque de bombarderos pesados, que paralizó a la división Panzer Lehr, que se interponía en el camino. El 25 de julio, los estadounidenses emprendieron camino hacia Coutances, sin encontrar apenas resistencia efectiva: el ejército alemán en Normandía se estaba desmoronando. Pronto las fuerzas de Bradley corrían hacia el sur mientras los alemanes se iban replegando por delante. Avranches cayó el 26 de julio y la captura de un puente intacto en Pontaubault abrió el camino hacia el oeste, por la Bretaña, al sur, hacia el Loira, y al este, hacia el Sena y la «brecha París-Orleans». Patton, que dirigía el III.er ejército de Estados Unidos, recién activado, envió a un cuerpo en una carrera hacia el sur y el este, a Mayenne y Le Mans, donde llegaron tras recorrer ciento veinte kilómetros en una semana.

Pero aunque hubo jefes militares alemanes que reconocían que era esencial una retirada estratégica, la mayor parte de la línea aguantó en su puesto. Hitler insistió en un nuevo contraataque, revelado a los Aliados por Ultra: en la oscuridad de las primeras horas del 7 de agosto, Von Kluge lanzó una contraofensiva importante que buscaba separar al I.er ejército estadounidense del III.o. Durante la noche, los Panzer recuperaron Mortain y

avanzaron once kilómetros; con el amanecer, sin embargo, su suerte devino desastrosa: los cazabombarderos aliados destruyeron rápidamente cuarenta de los setenta carros atacantes. Durante otros cuatro días, los alemanes intentaron recobrar el impulso, pero la infantería estadounidense mantuvo sus posiciones con el apoyo de un ingente fuego de artillería.

En el frente de Montgomery, los avances siguieron siendo lentos. A una hora ya tardía del 7 de agosto, el II.º ejército canadiense atacó al sur de Caen. En las horas de oscuridad, sus tanques adelantaron algo, pero poco después del amanecer el asalto se quedó sin fuerza. Unidades blindadas canadienses y polacas tomaron el control, pero su inexperiencia —y un bombardeo aéreo que por error les destrozó varias unidades de la vanguardia— detuvieron las operaciones una vez más. En la carretera de Falaise siguió habiendo combates no conclusivos hasta el 10 de agosto. Las formaciones de Montgomery se enfrentaron al grueso de supervivientes de las fuerzas blindadas alemanas. Sin embargo, les dolía avanzar tan morosamente mientras por el oeste los estadounidenses barrían en su camino.

Como las fuerzas de Patton se movían tan rápido, Bradley vio una oportunidad de atrapar a una cifra estimada de veintiuna formaciones alemanas (dicho con más precisión, los restos). Si el III.er ejército giraba hacia el norte, hacia Alenzón, y los canadienses podían llegar hasta Falaise, sólo les separarían veintidós kilómetros y medio. Montgomery aceptó el plan. Uno de los cuerpos de Patton corrió hacia Alenzón, sin hallar apenas oposición, y cruzó la ciudad hasta llegar a las afueras de Argentan en la tarde del 12 de agosto. En este punto, Bradley tomó una de las decisiones más controvertidas de la campaña: ordenó detener la marcha. La razón que alegó —evitar el riesgo de una colisión con el avance de los canadienses— no merece examinarse con seriedad. Lo más plausible es que vacilara antes de situar unas fuerzas relativamente débiles en el camino de los alemanes en retirada, auténticos tigres heridos. Probablemente, fue un signo de prudencia.

Los canadienses todavía combatían con dureza. Una y otra vez se enfrentaron con acciones feroces de retaguardias enemigas que, a veces, luchaban hasta el último hombre. El índice de desgaste de algunos de los choques de blindados fue extraordinario: en la mañana del 8 de agosto de 1944, por ejemplo, un «Firefly» de 17 libras de los yeomen de Northamptonshire puso fuera de combate a tres Tiger y un Panzer Mk IV; pero una hora más tarde, un solo Mk IV, tras apostar el casco en un cauce, destruyó siete tanques del mismo regimiento antes de quedar destruido él mismo. Los canadienses llegaron a Falaise, por fin, el 16 de agosto, veinticuatro horas después de que las tropas estadounidenses y francesas lanzaran los desembarcos Anvil («Yunque») en el sur de Francia, ante escasa oposición. Aquel día, mientras el ejército de Patton se apresuraba a retirarse

hacia el oeste, hallando a pocos alemanes y provocando la alegría histérica de multitud de franceses, Hitler autorizó una retirada estratégica de Normandía.

En la que se conoce como «bolsa de Falaise», ciento cincuenta mil alemanes sufrieron un bombardeo implacable de los Aliados, tanto aéreo como de la artillería. Según escribió un oficial aliado que se hallaba cerca de Trun:

> El suelo del valle parecía un ser vivo: hombres que marchaban a pie, iban en bicicleta o corrían, columnas de transportes tirados por caballos, transportes motorizados y, cuando salió el sol, se veían aún muchos más objetivos… Era el paraíso de los artilleros y todo el mundo lo aprovechó… Lejos, por nuestra izquierda, estaba el famoso sitio de la matanza y el rugido de los Typhoon estuvo sonando todo el día y nuevas columnas de humo iban oscureciendo el horizonte… toda la imagen en miniatura de un ejército en desbandada. Primero un pelotón de hombres que corrían, a los que adelantaban otros en bicicleta, seguidos por un avantrén al galope, y a todos los adelantaba un carro Panther atiborrado de soldados que iba sin duda hasta a cincuenta kilómetros por hora[77].

En la tarde del 19 de agosto, tropas polacas y estadounidenses se encontraron en Chambois, con lo que supuestamente cerraban la «brecha de Falaise». Aunque los cazabombarderos aliados destruyeron miles de vehículos en aquella bolsa, durante otros dos días aún lograron escurrirse del cerco fugitivos alemanes. Los alemanes perdieron a diez mil hombres en Falaise y se apresó a otros cincuenta mil. «Mi conductor ardía —escribió Herbert Walther, granadero de la Panzer SS—. Una bala me había atravesado el brazo. Salté a una vía de tren y corrí.»[78] Tras ser alcanzado otra vez en la pierna, pudo recorrer otro centenar de metros antes de que «un enorme martillo me golpeara en la nuca; una bala había entrado por detrás de la oreja y salido por la mejilla. Me ahogaba en sangre. Dos estadounidenses me miraban desde arriba y había también dos soldados franceses que querían liquidarme». Pero es llamativo cuántos fugitivos huyeron; en la historiografía de la guerra se convirtió en tópico afirmar que los ejércitos alemanes destinados en Francia quedaron destrozados, pero no fue enteramente así. Sufrieron unas doscientas cuarenta mil bajas durante la campaña y la destrucción de cuarenta divisiones. Aun así, fue todo un logro que otros doscientos cuarenta mil hombres y veinticinco mil vehículos cruzaran el Sena hacia el este entre el 19 y el 31 de agosto.

En el río que corre bajo Ruan, una cola de vehículos y blindados alemanes, de ocho kilómetros de longitud, permaneció inmóvil pero casi intacta durante todo un día y una noche, mientras los ingenieros alemanes se esforzaban por reparar un puente ferroviario dañado, el único punto de cruce factible; la intensa lluvia mantuvo alejadas a las fuerzas aéreas aliadas hasta que el paso se abrió de nuevo. El fuego de artillería esporádico infligió algunas pérdidas, pero miles de hombres y vehículos se hallaron pronto camino de Alemania; y varios más cruzaron el río sobre un transbordador que una unidad naval

improvisó en Elbeuf haciendo uso de dos barcazas. Si bien sólo eran fragmentos de un ejército, resultaron de enorme valor para Hitler en las semanas posteriores, pues formaron el esqueleto sobre el cual se improvisó la defensa occidental del Reich. Herbert Rink, oficial de la Panzer SS, escribió:

> Estábamos neuróticos y agotados. Una vez por detrás del Muro Occidental, pudimos reunir a todas las unidades alemanas, diezmadas y derrotadas, a todos los que habían logrado sobrevivir a seiscientos kilómetros de una batalla horrible y aplastante… Nosotros, que habíamos llegado consumidos y exhaustos del infierno de Caen, después de fugarnos de la bolsa de Falaise y emprender una penosa retirada a través de Francia y una Bélgica plagada de partisanos, habíamos recuperado las fuerzas y renovado la confianza[79].

Aunque la última afirmación de Rink sea exagerada, es indiscutible que Von Rundstedt, nuevo comandante en jefe del oeste tras el suicidio de Von Kluge, fue capaz de establecer y defender una nueva línea.

Los alemanes abandonaron París sin luchar. La división blindada libre de Leclerc entró en la capital el 25 de agosto y halló que la resistencia reclamaba la posesión, una leyenda que comenzó a restaurar el respeto de Francia por sí misma. Los ejércitos aliados se embarcaron en una persecución dramática que los llevó a entrar en la Bélgica oriental y liberar Bruselas. El 1 de septiembre, Eisenhower asumió el mando operativo de las fuerzas angloestadounidenses, y a Montgomery se lo relegó al liderazgo del XXI.er grupo de ejércitos, con la concesión de un ascenso a mariscal de campo. Los Aliados occidentales estaban convencidos de que, al lograr la victoria en Normandía, habían llevado a Alemania al borde de la derrota. La mayor parte de Francia era libre y ello con un coste de tan sólo cuarenta mil muertos. En los primeros días de septiembre de 1944, preveían que la victoria final se produciría antes de que terminara el año. En cualquier caso, sus esperanzas tardaron bastante más en cumplirse, pero «el resto de la guerra —según escribió Geyr von Schweppenburg, comandante del grupo de Panzer oeste— fue sólo un epílogo prolongado[80]».

22

Japón: un desafío al destino

En la guerra el desperdicio es prodigioso, porque buena parte del esfuerzo hecho por los combatientes rivales resulta estéril y el precio se paga en vidas. Para los historiadores es fácil identificar no sólo batallas, sino campañas enteras, que no habría sido necesario luchar porque los resultados ya estaban claros de acuerdo con los acontecimientos de otros lugares; así, mucho esfuerzo y mucho sacrificio humano contribuyen poco a la victoria final. Pero cuando se han creado y desplegado fuerzas muy grandes, es casi inevitable que se las use: en tanto en cuanto el enemigo se niegue a reconocer su derrota, se conceptúa como intolerable que los ejércitos permanezcan ociosos. Durante 1944, la marina de Estados Unidos se adueñó del Pacífico de una forma apabullante. El bloqueo hizo inevitable el hundimiento de un enemigo que dependía por completo de la importación de combustible y materias primas; los submarinos estadounidenses lograron estrangular el comercio japonés, como habían intentado hacer, pero sin éxito, los U-Boote alemanes con el comercio británico. Pocas veces en la historia una fuerza tan reducida —unos dieciséis mil hombres, el 1,6 por 100 del personal de servicio naval, con un despliegue nunca superior a los cincuenta barcos— ha obtenido resultados tan decisivos. Los submarinos de Estados Unidos causaron el 55 por 100 de las pérdidas de buques japoneses durante la guerra: 1300 barcos con un total de seis millones de toneladas. Su éxito destructivo llegó a la culminación en octubre de 1944, cuando hundieron 322 265 toneladas de barcos. En adelante, las pérdidas japonesas se redujeron sólo porque apenas

les quedaban barcos de carga que hundir; la importación a granel cayó un 40 por 100.

Es extraordinario que los líderes japoneses entraran en guerra conociendo la vulnerabilidad e importancia de su marina mercante, pero sin ocuparse como debían de la protección a los convoyes. Así, construyeron buques de guerra impresionantes para la Flota Combinada, pero el número de naves escolta fue terriblemente inadecuado. Las técnicas antisubmarinas de Japón eran muy inferiores a las de otros beligerantes; su protección aérea y de radares era tan débil que, a menudo, los submarinos estadounidenses podían actuar en superficie a plena luz del día. Mientras que los alemanes perdieron 781 U-Boote y los japoneses, 128 sumergibles, la marina imperial japonesa sólo hundió 41 submarinos estadounidenses (y otros seis se hundieron accidentalmente). Los tripulantes estadounidenses sufrían un índice de bajas comparables al de las fuerzas aéreas: un hombre de cada cuatro. Pero los resultados fueron tan importantes que este sacrificio fue económico, en cuanto a su coste; la inversión de recursos industriales en la construcción de submarinos fue sólo una fracción menor de la generosamente concedida a los bombarderos B-29 «Superfortress» («Superfortaleza»), que se unieron al asalto con retraso.

Las guarniciones de las islas japonesas se encontraron aisladas, inmovilizadas y sin alimentos. Un soldado escribió el 14 de septiembre de 1944, desde Bougainville: «Las antiguas amistades se disuelven cuando los hombres se mueren de hambre. Cada uno intenta satisfacer su propia hambre. Da mucho más miedo que enfrentarse al enemigo. Entre nuestras propias filas se está produciendo una guerra cruel. ¿Puede el poder espiritual degenerar tanto?»[1]. El dominio aéreo y marítimo de Estados Unidos denegó a Japón toda oportunidad de lanzar un contraataque estratégico efectivo; sus soldados, marinos y aviadores aún disfrutaban de muchas ocasiones para morir con valentía y causar muerte y sufrimiento a sus enemigos y los súbditos oprimidos de su imperio; pero la suerte de la nación estaba echada.

Para los Aliados era racionalmente innecesario lanzar operaciones terrestres de gran calado en el sureste de Asia o, a ese respecto, en las Filipinas; tan sólo con mantener el bloqueo naval y el bombardeo aéreo, el pueblo japonés acabaría por morir de hambre y la máquina bélica, privada de combustible, quedaría reducida a la impotencia. Ahora bien, dada la naturaleza de la guerra, las democracias y la geopolítica global, ese «acabaría por» no se produciría con la celeridad deseada; en la primavera de 1944, se daba por sentado que los Aliados debían atacar a las fuerzas japonesas allí donde fuera posible. Los británicos se habían enfrentado a ellos durante dos años, en la frontera nororiental de la India, sin lograr adelantos significativos; pero ahora, al menos, se podía disponer de más recursos —como una gran

cantidad de aviones de transporte estadounidenses— para organizar una ofensiva de una superioridad abrumadora.

Churchill se opuso a una operación terrestre para reconquistar Birmania; Stilwell se quejó amargamente a Marshall, en julio de 1944, de que los británicos «no quieren combatir en Birmania ni reabrir las comunicaciones con China»; y en esto tema razón. «En el momento actual, India no es una base adecuada para lanzar desde allí operaciones a gran escala —afirmó un informe conjunto, angloestadounidense, en la primavera de 1944—. Su sistema de transportes ya está saturado, su situación política es insatisfactoria y su situación económica es precaria.»[2] Australia, decía el documento, ofrecía instalaciones de base mucho más convenientes. Los soldados del imperio británico habían sido vencidos una y otra vez en las batallas de la jungla; Churchill prefería un desembarco anfibio en el sur de Birmania, por debajo de Rangún; mejor aún, en la punta de Sumatra, para asegurar una base desde la cual reconquistar la península de Malaca. Washington, sin embargo, se negó a proporcionar buques de asalto con el simple fin de permitir que los británicos —según se veía desde Estados Unidos— recuperaran su imperio oriental. Los estadounidenses ya no se molestaban mucho en respetar los intereses de Churchill y explicitaron con brutalidad su determinación de dirigir el curso futuro de la guerra oriental. Un funcionario del gobierno estadounidense, de visita en Londres, afirmó sin rodeos: «Ahora nos toca a nosotros batear en Asia[3]». Los estadounidenses exigieron un asalto terrestre a la Birmania septentrional para reabrir la carretera que iba de la India a la China de Chiang Kai-shek.

Chiang declinó emplear sus propias tropas para favorecer este objetivo hasta que, o a menos que, los británicos avanzaran desde Assam. Reino Unido accedió a disgusto a los deseos estadounidenses, aunque tanto Churchill como el comandante de campo local, el teniente general William Slim, reconocieron que, ganaran o perdieran, las operaciones del XIV.º ejército podían contribuir poco a la derrota de Japón, a diferencia de la campaña de Estados Unidos en el Pacífico. El plan inicial de los aliados para 1944 preveía que dos de las divisiones de Slim lanzaran una nueva ofensiva en la costa de Arakán; dos divisiones indias explorarían la Birmania septentrional desde Assam, mientras que el general «Vinegar Joe» Stilwell dirigiría un ataque hacia el sur desde China, para tomar Myitkyina y reabrir la «ruta birmana». Esta última operación contaría con el apoyo del ambicioso despliegue de una fuerza chindit ampliada, de seis brigadas, aerotransportada hasta el norte de Birmania por detrás del frente japonés y luego respaldada y abastecida por aviones estadounidenses.

Sin embargo, mientras los Aliados empezaban a concentrar sus fuerzas, el enemigo se les adelantó: dos divisiones japonesas atacaron en Arakán, para

bloquear a las fuerzas británicas antes de lanzar una ofensiva de calado hacia el interior de Assam, con Imfal como objetivo principal. La operación era de una ambición temeraria, ahora que las fuerzas británicas e indias se habían desplegado con tal fuerza; a falta de superioridad aérea, con pocos tanques y cañones, era una locura que los japoneses enviaran a cientos de miles de infantes a través de un paisaje terrible contra las posiciones de Slim. La ofensiva japonesa proporcionó a los británicos una ocasión de la que no habían disfrutado hasta entonces: la de combatir en su propio terreno, con una artillería poderosa y el apoyo blindado y aéreo.

La ofensiva de Arakán se aplastó tan rápida y completamente que Slim pudo aerotransportar algunas de sus unidades hacia el noreste para reforzar la defensa de Imfal y Kohima, cruces de carretera cruciales separados por unos ciento cincuenta kilómetros. Las batallas que se libraron allí en la primavera de 1944 fueron los combates más intensos de la guerra en el frente oriental de Reino Unido. Las condiciones climatológicas de Assam y Birmania eran tan duras como las del Pacífico, con la dificultad adicional del terreno montañoso; antes incluso de que los hombres empezaran a combatir, el mero movimiento por las paredes escarpadas ponía a prueba sus fuerzas hasta el límite. «La paliza física que uno se da allí es difícil de entender», dijo el teniente Sam Hornor, oficial de señales del I.er batallón de Norfolk, que añadió:

> El calor, la humedad, la altitud y la pendiente de casi cada metro de terreno se combinan para reventar incluso a la constitución más fuerte. Das boqueadas por un aire que no parece llegar, arrastras las piernas hacia lo alto hasta que parecen tan débiles como un par de cerillas, te limpias el sudor salado de los ojos. Sientes que el corazón te late tan violentamente que parece que va a estallarte en el pecho… Al final, mucho después de que todo te diga que deberías haber muerto de un ataque al corazón, llegas a lo que imaginabas como la cumbre de la montaña para encontrarte que es tan sólo una falsa cima… Te olvidas de los japoneses, te olvidas de las horas, te olvidas del hambre y de la sed. Sólo puedes pensar en una cosa: en cuándo podrás parar otra vez[4].

El corneta Bert May dijo sobre Kohima: «Era un agujero infernal y apestoso. Toda la vegetación del terreno estaba muerta… Las sanguijuelas lograban abrirse camino hasta cualquier parte de tu cuerpo que estuviera abierta. Entonces cogías un cigarrillo encendido, se lo pegabas en la cola y, ¡bam!, por lo general se despegaban[5]». Desde que se inició el ataque japonés, el 7 de marzo, y durante varias semanas, la situación pareció pender de un hilo. Los japoneses rodearon las posiciones de Slim y hubo pánico en Dimapur, el gran depósito de abastecimiento, además de Kohima. El teniente Trevor Highett, de los Dorset, dijo más adelante: «Hay pocas cosas más desagradables que una base donde cunde el caos. Estaba llena de gente que no esperaba tener que combatir y no podía esperar a marcharse. "Quédate lo que quieras —decían—. Pero échanos la firma en cuanto puedas[6]"». Luego

la infantería se echó a andar, penosamente, hasta entrar en combate: cada día se veían batallas feroces y libradas a corta distancia con armas menores y granadas, pues los japoneses cargaban una y otra vez.

La pista de tenis del antiguo jefe del distrito se convirtió en centro de la batalla de Kohima, donde sólo unos pocos metros separaban las posiciones del regimiento real de West Kent de las de sus enemigos. «Les disparamos en la pista de tenis, les lanzamos granadas en la pista de tenis», dijo el comandante de la compañía, John Winstanley.

> Aguantamos porque yo tenía contacto constante por radio con los cañones y los japoneses no parecían haber aprendido cómo sorprendernos. Solían gritar en nuestra lengua, mientras formaban: «¡Rendíos!»… Se podía determinar el momento idóneo para solicitar el fuego de mortero y cañón… No actuaban con inteligencia, sino que hacían algo estúpido y lo repetían una y otra vez. Teníamos la experiencia de haber combatido con los japos en Arakán, donde mataban a bayonetazos a los heridos y prisioneros… Habían renunciado a todo derecho a ser considerados humanos y nosotros los teníamos por unos gusanos a los que era necesario exterminar. Eso era importante: somos de naturaleza pacífica, pero cuando se nos provoca, combatimos muy bien[7].

El campo de batalla quedó pronto reducido a un desierto estéril y negruzco, privado de vegetación por las explosiones, señalado por multitud de cráteres y hoyos, adornado por los paracaídas de colores con los que se lanzaban los suministros a la guarnición. El hedor a muerte y a carne putrefacta estaba por todas partes. «Nos atacaban todas y cada una de las noches», dijo Frankie Boshell, comandante de una compañía del regimiento de Berkshire, que reemplazó a los de West Kent. «En la segunda noche empezaron a las 19.00 y el último ataque llegó a las 4.00 de la mañana siguiente… Venían por oleadas, como en el tiro al pichón. La mayoría de las noches recuperaban parte de la posición del batallón, por lo que teníamos que organizar contraataques.»[8] Su compañía perdió a la mitad de los hombres en Kohima. Otras unidades sufrieron en la misma proporción. El sargento Ben McCrae escribió: «Los nervios te podían. Te entraban ganas de sentarte y llorar a moco tendido. Muchos tíos lo hacían, se desanimaban un montón. Pasabas hambre y frío, estabas empapado, y pensabas: "¿Cuándo saldré de aquí?". No había modo, no podías[9]». El sargento Bert Fitt destruyó tres búnkeres con granadas y se quedó con la ametralladora Bren vacía cuando se encontró con un japonés: «Cuando llegas a luchar de esa manera, cuerpo a cuerpo, te das cuenta de que uno de los dos va a morir… Te acercas y confías en no ser tú… Le estrellé la ametralladora ligera en la cara… Antes de que tocara el suelo había puesto mi mano en su tráquea… Logré arrancarle la bayoneta del rifle y lo liquidé con eso[10]».

En la acción, sólo una línea fina separaba el arrojo que animaba a los demás de la bravuconería que acarreaba su desprecio. Los hombres del I.º de Norfolk no tenían claro en cuál de los dos lados debían situar a su coronel, el

elocuente Robert Scott. Entre una carnicería, Scott dijo, con vivacidad: «Venga, colegas, no hay que tener miedo, sois mejores que esos putos enanos amarillos[11]». Cuando un fragmento de metralla le tocó de refilón en el cuero cabelludo, sacudió el puño hacia las líneas japonesas y dijo: «¡El tío más alto de la puta posición y ni a ése le dais! ¡Si estuvierais en mi batallón haría que os quitaran el plus de competencia!». El capitán Michael Fulton le dijo a otro oficial: «Bueno, Sam, es hora de salir a ganarme la CM [cruz militar]»[12]. Fulton corrió hacia delante y, a los pocos segundos, cayó con la cabeza atravesada por una bala. En Kohima, el I.º de Norfolk perdió por muerte a once oficiales y sesenta y nueve soldados de otra graduación, y sufrieron heridas trece oficiales y otros ciento cincuenta hombres.

«Los japoneses habían muerto sin intentar escapar, casi hasta el último hombre», escribió el comandante de una compañía británica del regimiento Border, tras un choque nocturno más al sur, en la llanura de Imfal.

> Pero uno estaba ardiendo al raso y sus miembros amarillos eran oscuros y brillantes como los de algún negro fantástico. Otro que había salido a combatir estaba muerto y despatarrado, con una bayoneta del tamaño de una flecha gigante aún atravesada en su pecho. Otros tres, ya heridos, corrían buscando la cobertura de un alto macizo de bambúes, de unos treinta metros de anchura[13].

Algunos hombres no pudieron soportar el combate. «Por primera vez, aquel día, vi hundirse a dos hombres —escribió el mismo oficial, después de otro choque salvaje en Imfal—. Uno era un cabo de más de metro ochenta, que se pasó la tarde encogido en una zanja. El otro era un refuerzo que, cuando no estaba pasando nada, en medio de la noche, arrancó de pronto a correr… hasta que alguien lo detuvo con una bayoneta».

El devastador poder de la artillería, los blindados y la fuerza aérea fue reduciendo a los atacantes de manera progresiva; un tanque Lee-Grant bajó por las terrazas inclinadas e irregulares, ennegrecidas por días de bombardeo, para recuperar la pista de tenis, e iba disparando a quemarropa dentro de los hoyos de los japoneses. El general Renya Mutaguchi, el comandante japonés, había lanzado su ofensiva sin apenas apoyo logístico y la RAF castigaba sus líneas de comunicación a diario; pronto, los sitiadores comenzaron a padecer hambre. El 31 de mayo, sin autorización, el comandante local de los japoneses en Kohima ordenó una retirada que se tradujo en una desbandada. El 18 de julio, también Mutaguchi se inclinó ante lo inevitable: los restos de las fuerzas japonesas en las cercanías de Imfal emprendieron una marcha penosa y tambaleante hacia el río Chindwin. El hambre era terrible y en cada giro de los caminos de montaña los atormentaban los aviones aliados y las fuerzas imperiales en su persecución.

Un soldado japonés describió su desesperación:

Bajo la lluvia, sin tener dónde sentarnos, dormíamos de pie por períodos cortos. Los cuerpos de los camaradas que habían combatido el camino antes que nosotros yacían por todas partes, empapados por la lluvia. Emitían hedor a descomposición. Incluso con el apoyo de los bastones nos caíamos entre los cadáveres una y otra vez, porque chocábamos con las rocas y las raíces de los árboles, descubiertas por la lluvia. Estábamos agotados y todo era intentar dar un paso más, un paso más[14].

El resultado de todo ello fue la derrota más importante de la historia del ejército japonés: de los ochenta y cinco mil hombres desplegados, hubo cincuenta y tres mil bajas; entre sus treinta mil muertos, murieron tantos por la acción de los Aliados como por enfermedades y malnutrición. Las fuerzas de Mutaguchi perdieron todos sus tanques, cañones y transportes animales, para los que no había sustituto; en ninguna otra batalla única de la campaña del Pacífico, las fuerzas de Hirohito sufrieron tanto como aquí.

Tras casi tres años de derrotas en Oriente, la moral de los vencedores se recobró. Aunque en 1945 les aguardaba una campaña difícil —reocupar Birmania al final de una línea de abastecimiento muy larga—, Slim sabía que había quebrado la espina dorsal del ejército japonés en el sureste de Asia. También podía reclamar que se lo reconociera como el más capaz —y el más amado— de los comandantes de campo británicos de la guerra. En cuanto a los japoneses, Mutaguchi no contaba con la posibilidad de conquistar la India, pero sí albergaba esperanzas de que el espectáculo de un «Ejército Nacional Indio» enfrentado a los británicos pudiera estimular una revuelta general contra el Raj británico. En realidad, la actuación del ENI lo desacreditó como fuerza de combate; la victoria en Assam y la posterior entrada de Slim en Birmania reafirmó de nuevo, temporalmente, la autoridad británica en la India. Así, aunque el entusiasmo popular por la independencia no se redujo, sí disminuyeron las huelgas y la violencia callejera.

Las batallas cruciales de 1944 se desarrollaron mucho más al este, sin embargo. Aquel verano, una descomunal incorporación de recursos al teatro del Pacífico —sobre todo, aviones y buques de guerra— permitió a Estados Unidos estrechar el cerco a Japón. Aunque los hombres seguían muriendo y los barcos, hundiéndose, el dominio de la marina estadounidense cambió el carácter del combate. El suboficial Roger Bond, del portaaviones Saratoga, afirmó: «Si salías al Pacífico después de… enero de 1944, tenías una experiencia y un punto de vista completamente distintos a los que te habían precedido… Yo no formé parte de la época en la que de veras estábamos perdiendo y nos estaban expulsando de la zona[15]». Los japoneses seguían combatiendo duro, pero se veían obligados a retroceder en todas partes.

En Bougainville, como en muchas otras islas, los soldados de Hirohito pagaron el precio de emprender fútiles ataques de infantería contra defensores bien armados. Un estadounidense escribió en marzo de 1944:

> Los enemigos muertos estaban esparcidos en pilas de cuerpos mutilados, tan penosamente desmembrados, en la mayoría de los casos, que era imposible determinar cuántos eran. Aquí y allá había una pierna o un brazo o una mano arrancados… En un punto, los cuerpos japoneses formaban una escalera humana por encima de la alambrada: cinco enemigos muertos estaban apilados uno encima de otro, a medida que cada uno llegaba al lugar para usar a su predecesor como barricada para luego caer encima de éste cuando lo mataban a él. Más allá del perímetro, donde un arroyuelo serpeaba en paralelo a este, los japos muertos por la fuerza de miles de proyectiles de mortero yacían con la cabeza oculta —como los avestruces— bajo cualquier protección que podían hallar[16].

En 1944, Estados Unidos producía tantos buques y aviones que se sintió capaz de destinar fuerzas muy amplias en el Pacífico. El cumplimiento de la doctrina de «Primero, Alemania» se había visto comprometido siempre por el hecho de que el sentimiento popular estadounidense era mucho más intenso contra los japoneses que contra los alemanes, así como por la determinación inquebrantable de la marina estadounidense de vencer su guerra en el este. Mientras la batalla por Rusia aún pendía del hilo, era algo arriesgado; pero ahora estaba claro que los ejércitos de Stalin vencerían y la Wehrmacht se eclipsaba. El ejército de Eisenhower en Europa era relativamente amplio, pero estaba lejos de ser tan numeroso como habría sido preciso de haberse enfrentado a la Wehrmacht en solitario; aunque contaba con un abastecimiento pródigo de tanques, cañones, vehículos y aviones, siempre andaba corto de infantes. Además, las campañas del Pacífico supusieron una sangría para los recursos marítimos globales de los aliados, sin proporción ninguna con las fuerzas de combate desplegadas, relativamente cortas, debido a las distancias con el teatro. Estratégicamente, las formaciones que desempeñaron la sangrienta liberación de Filipinas a las órdenes de MacArthur quizá se habrían empleado mejor en el noroeste de Europa; pero la política creaba otros imperativos.

Servir en el Pacífico era una experiencia que distaba años luz de hacerlo en Europa, en primer lugar por el aislamiento geográfico. Samuel Hynes, piloto de la marina estadounidense escribió: «Ahí afuera no había otra cosa que la vida de guerra; no se veía la historia, ni los monumentos del pasado, ni las ciudades aprendidas en los libros. Ahí no había nada que recordara a un soldado su otra vida; no había ciudades, ni bares, ni sitio alguno donde ir, ni siquiera donde desertar[17]». Hombres obligados a existir durante meses a cielo abierto en condiciones tropicales no hallaban descanso a las enfermedades y los problemas en la piel, antes incluso de que la acción del enemigo exigiera un peaje más sangriento. El marine Frazer West describió un trastorno típico de la estancia en Bougainville: «No era la disentería… Era diarrea por las malas lluvias, el mal tiempo… [así] puedes sufrir diarrea muy, muy rápido… Sin duda, el estrés nos afectaba mucho. Por entonces ni siquiera sabíamos el significado de la palabra estrés, pero ahora sí lo sabemos[18]».

Las operaciones anfibias se convirtieron en algo habitual en el Pacífico, pero no por ello menos complicado y peligroso. Un soldado estadounidense escribió:

> Incluso en las mejores condiciones, la fase de descarga de una operación de desembarco es una tarea dificultosa y arriesgada. Con olas altas que baten contra una franja estrecha de maleza selvática, con un plazo definido de horas diurnas y bajo el calor abrasador del sol de noviembre en el Pacífico sur, la tarea era una pesadilla agotadora. Los equipos de trabajo gastaban hasta la última reserva de energía para sacar de los botes y llevar por encima de la línea de pleamar municiones, petróleo, suministros, vehículos, raciones y agua. Los comandantes del equipo de tierra se esforzaban como locos por encontrar algún metro cuadrado de tierra que emplear como depósito, pero no hallaban más que marismas a lo largo de la playa. Los ingenieros y seabees[*21] exprimían cuerpo y cerebro al máximo en el intento desesperado de construir cualquier clase de carretera hacia un terreno elevado en el que pudieran aparcar los vehículos y almacenar el petróleo y las municiones. Pero no había ningún terreno alto en miles de metros: sólo unas pocas islitas diseminadas de tierra semiinundada rodeada por un lodo pegajoso y apestoso. Y hora tras hora, las lanchas rugían hasta la playa, repletas de suministros[19].

La operación más importante del Pacífico, en 1944, fue la captura de las Marianas, clave para acceder al anillo interior de las defensas japonesas. Cuando el cuerpo de marines comenzó los asaltos a Saipán, Tinián y Guam, la Flota Combinada japonesa zarpó para encontrarse con los invasores; el resultado fue el mayor choque de portaaviones de toda la guerra. «El destino del imperio reposa sobre esta única batalla», declaró el almirante Soemu Toyoda al empezar su acción contra la Quinta Flota de Spruance el 13 de junio. Pero Ultra había revelado sus planes a los estadounidenses y el amago del vicealmirante Jizaburo Ozawa no logró atraer a Spruance, quien aguardó a la fuerza principal de Toyoda. Los japoneses confiaban en utilizar submarinos y aviones con base en tierra para debilitar seriamente a los estadounidenses antes del enfrentamiento principal. En su lugar, Toyoda perdió diecisiete de sus veinticinco submarinos y los aeródromos de Guam y Tinián fueron devastados por el bombardeo estadounidense.

Los dos bandos desplegaron fuerzas formidables, pero los estadounidenses casi duplicaban los números japoneses en el mar y el aire, con 956 aviones frente a 473 y quince portaaviones frente a nueve; eran las fuerzas estadounidenses de Midway, cuadruplicadas. Ozawa creía haber cobrado ventaja cuando localizó los barcos de Spruance y fue el primero en lanzar ataques aéreos el 19 de junio a las 8.30. Pero el radar estadounidense los detectó con prontitud y se informó al almirante Marc Mitscher: «Aviones enemigos grandes, 265 grados de demora, 125 millas a 24 000 [pies]». Su jefe del estado mayor, el capitán Arleigh Burke, dijo más adelante: «Bueno, eso era justo lo que queríamos saber, así que lanzamos todos nuestros cazas, todos los condenados aparatos[20]».

De las 373 aeronaves enviadas por Ozawa, sólo sobrevivieron 130 y ni

siquiera lograron causar daños de importancia a la flota estadounidense; otros cincuenta aviones japoneses fueron derribados sobre Guam. La batalla fue tan desigual que se la comparó con una cacería de pavos y dio en llamarse «gran tiro al pavo de las Marianas». Según Burke, los japoneses «estaban desolados. Se notaba por sus conversaciones de radio». En la sala de operaciones del portaaviones, se espiaban las transmisiones de radio del enemigo. Cuando al fin el desconsolado controlador aerotransportado japonés solicitó a su comandante permiso para regresar a la flota, un oficial estadounidense en la sala propuso derribarlo, a lo que Burke respondió: «No, a ese hombre no lo podemos derribar. Hoy ha hecho más por el bien de nuestro país que ninguno de nosotros. Así que dejémosle volver a casa». Los submarinos estadounidenses torpedearon el buque insignia de Ozawa, el nuevo portaaviones Taiho, además del veterano Shokaku. Estos éxitos sólo costaron a los estadounidenses veintinueve aviones; los barcos supervivientes de Toyoda se dieron la vuelta.

A lo largo de la noche, los portaaviones de la Fuerza Operativa 58, de Mitscher, aceleraron en la persecución de los japoneses en retirada y, la tarde siguiente, los aviones de reconocimiento estadounidenses señalaron la posición de la escuadra de Ozawa. Mitscher apostó fuerte y lanzó ataques a gran distancia, aun sabiendo que sus 216 aviones deberían recobrarse en la oscuridad; pero los recursos estadounidenses eran tan elevados y había tanto en juego que se podía sopesar la idea de perder el componente aéreo de los portaaviones. Los pilotos, exultantes, dieron con los japoneses. Entre ellos iba Don Lewis, piloto de un bombardero en picado:

> El portaaviones de abajo se veía grande, inmenso, casi de mentira. Tuve un momento de auténtica alegría. Había soñado a menudo con algo como esto. Entonces me horroricé de mí mismo. ¿Qué hago yo aquí? Debo de estar loco… En los dos costados del portaaviones parecía haber una masa de puntos rojos destellantes… Había estado virando despacio hacia babor. Se detuvo. ¿Acaso se podía pedir más? Activé el liberador de la bomba, sentí cómo caía, empecé la retirada. Me lloraban los ojos, me dolían los oídos y el altímetro indicaba mil quinientos pies. El cielo era sólo una masa de nubes algodonosas blancas y negras y, entre ellas, aviones ya alcanzados, que ardían y se hundían en el agua. Es extraño cómo puede uno sentirse fascinado incluso en medio del horror[21].

La expedición hundió también a otro portaaviones, el Hiyu, y causó daños en otros dos; los japoneses se quedaron con treinta y cinco aeronaves tras haber destruido tan sólo veinte aparatos estadounidenses. Otros ochenta aparatos de la fuerza de Mitscher cayeron por falta de combustible o se perdieron intentando aterrizar en la oscuridad, pero se pudo rescatar a la mayoría de las tripulaciones. Las fábricas estadounidenses podían reemplazar con facilidad los aviones perdidos, mientras que las japonesas eran incapaces, o casi, de armar de nuevo a Ozawa. Se criticó a Spruance por interrumpir la batalla en este punto, con lo cual —se dijo— malgastó una

oportunidad de completar la destrucción de los japoneses en retirada. Pero había infligido una derrota colosal a la flota de Toyoda, de la que no se podría recuperar, no había necesidad de arriesgar sus propias naves, y quizá toda la operación de las Marianas, en aguas peligrosas. En la batalla del mar de Filipinas Spruance exhibió una sabiduría y discreción que su homólogo y rival «Bull» Halsey no demostró casi nunca. La acción confirmó que la pericia en combate de los estadounidenses, así como su poderío naval, había pasado a superar por completo la de sus enemigos. Durante el resto de la guerra, los pilotos japoneses mostraron una eficacia cada vez menor, y a veces incluso falta de coraje; los aviones embarcados de Estados Unidos, sobre todo el caza Hellcat, superaban en vuelo a cualquier aparato que el enemigo pudiera enviar en su contra.

Pero la victoria en el mar, frente a las Marianas, no podía evitar que en tierra hubiera combates sangrientos. El primer objetivo de la infantería de marina era Saipán; sus 22,5 kilómetros de longitud, con algún terreno elevado, permitían a los japoneses desplegar en profundidad a treinta y dos mil defensores. Cuando setenta y siete mil marines desembarcaron allí el 15 de junio, los recibió un fuego de artillería y ametralladoras que provocó cuatro mil bajas en las primeras cuarenta y ocho horas. Según la planificación, se había previsto una batalla de tres días; pero la conquista de la isla duró tres semanas, porque fue preciso dinamitar los búnkeres para eliminar a los defensores metro a metro. En apoyo de los marines se destinó una división del ejército; sin embargo, tras fracasar en la conquista de la boscosa posición que se bautizó con el compungido nombre de Cresta del Corazón Púrpura, se despidió a su comandante. Aun así, día a día, los invasores iban abriéndose paso hacia el interior.

En la noche del 6 al 7 de julio, tres mil japoneses, tras comprender que el fin estaba próximo, lanzaron una carga banzai, sacrificio fútil en el que combatieron cuerpo a cuerpo pero terminaron siendo barridos por la potencia de fuego estadounidense. «Apenas teníamos armas —contó uno de los pocos supervivientes, el oficial pagador Noda Mitsuharu—. Algunos sólo tenían palas, otros, bastones.»[22] Un oficial estadounidense dijo: «Me recordaba a una de aquellas viejas escenas de película, la de la estampida. La cámara está en un hoyo en el suelo y ves cómo el rebaño se acerca, salta por encima de ti y enseguida desaparece. Sólo que los japoneses venían sin tregua. Me pareció que no pararían nunca[23]».

Mitsuharu, que yacía frente a los estadounidenses con dos balas en el estómago, vio a un grupo de camaradas que se arrastraban hacia él. Uno levantó una granada e invitó: «¡Eh, tú, marinero! ¿Vienes con nosotros?». Entonces el japonés herido oyó una voz que gritaba: «¡Larga vida al emperador!», y hubo una explosión. «Varios hombres quedaron hechos trizas,

convertidos al instante en pedazos de carne dispersos… tenían la cabeza completamente reventada y salía humo del interior». Mitsuharu sobrevivió y cayó prisionero. La resistencia organizada terminó el 9 de julio, pero durante varias semanas hubo pequeños grupos de supervivientes que continuaban atacando a los estadounidenses. Muchos soldados y civiles —algunos de éstos, bajo coacción— se mataron arrojándose de los acantilados de Punta Marpi.

El 21 de julio, los estadounidenses iniciaron el desembarco en Guam, una isla más extensa, de unos cincuenta y cinco kilómetros de longitud. Guam era un objetivo vital porque contaba con la única fuente de abastecimiento de agua potable de la cadena de las Marianas, además de con el mejor puerto. La prolongada resistencia de Saipán dio al destacamento japonés, formado por diecinueve mil hombres, tiempo para construir defensas poderosas en la playa; pero antes del asalto, los estadounidenses emprendieron uno de los bombardeos aéreos y navales más largos y eficaces de la campaña. Sembraron la destrucción: la resistencia organizada se hundió pronto, aunque se necesitaron tres semanas de combate para eliminar los bastiones aislados y controlar la isla de modo que se pudiera iniciar el ambicioso programa estadounidense de construcción de aeródromos. De hecho, Guam no quedó limpia del todo: la infantería tuvo que mantener patrullas y lidiar escaramuzas con pequeños grupos de japoneses hasta el final de la guerra.

Los marines atacaron el tercer objetivo de las Marianas, la isla menor de Tinián, el 24 de julio. El teniente general Holland Smith, que dirigía el asalto, consideró que éste fue el desembarco anfibio mejor organizado de la campaña; la resistencia organizada se eliminó en doce días, pero, una vez más, los japoneses supervivientes se negaron a rendirse. «En ningún sitio he visto un ejemplo más claro de la naturaleza de los japos que cerca del aeródromo, al anochecer», escribió Robert Sherrod, corresponsal de Time:

> Había estado cavando un hoyo para la noche cuando un hombre gritó:
> —¡Hay un japo debajo de esos troncos!
> El oficial de seguridad del puesto de mando albergaba dudas, pero entregó granadas de concusión a un hombre, con órdenes de reventar al japo. Entonces se oyó el agudo ping de una bala japonesa, que voló silbando desde el hoyo, y desde debajo de los troncos saltó un tipo delgado y esmirriado —no mediría mucho más de metro y medio— que agitaba una bayoneta. Un americano le arrojó una granada y lo derribó. Luchó por ponerse en pie, se apoyó la bayoneta en el estómago e intentó abrirse la panza según la teoría del hara-kiri. Pero no llegó a destriparse a sí mismo, porque alguien disparó al japo con una carabina. Sólo que, como todos los japos, costó mucho matarlo. Incluso después de que le clavaran cuatro balazos aún se levantó sobre una rodilla. El americano le disparó entonces en la cabeza[24].

Hubo incidentes como éste por millares, lo que explica por qué los soldados e infantes de marina estadounidenses que luchaban en el Pacífico trataban a sus enemigos como bestias salvajes potencialmente letales.

Los japoneses más reflexivos sabían que sus islas natales —con millones de casas construidas con madera y papel— se exponían ahora a un terrible bombardeo aéreo: los aeródromos de las Marianas permitían a los bombarderos estadounidenses llegar hasta las ciudades de Japón. Las batallas costeras mostraban que la disposición a sacrificarse de los soldados japoneses podía exigir un coste elevado para toda victoria norteamericana, pero la potencia de fuego de los invasores era irresistible. Los submarinos de Nimitz estaban provocando un extraordinario desgaste a la flota mercante japonesa, insostenible para una nación que dependía de las importaciones para la mayor parte de sus fuentes de energía y materias primas. La combinación del bloqueo naval y el bombardeo aéreo garantizaba la derrota japonesa, incluso si las fuerzas terrestres de Estados Unidos no avanzaban más. Pero el gobierno seguía empeñado en combatir: los jefes militares que dictaban la política de Tokio creían, con una terquedad suprema, que podrían llegar a un acuerdo negociado que preservaría al menos sus posesiones en China. Si no, los estadounidenses tendrían que pagar un precio demasiado elevado por el asalto de las islas natales.

Al tiempo que la infantería de marina luchaba por las Marianas, en el suroeste del Pacífico Estados Unidos estaba librando una campaña mucho más controvertida. El general Douglas MacArthur, comandante supremo de la región, poseía un don infinito para la autopromoción, muy superior a su competencia como militar. Se había impuesto la meta personal de liberar a los diecisiete millones de habitantes de las Filipinas, donde había pasado una buena parte de sus años de servicio. Como antiguo jefe del ejército con amigos muy poderosos entre la derecha estadounidense, en 1944 MacArthur flirteó con disputar la elección presidencial a Roosevelt, y sólo abandonó este concepto absolutamente indigno cuando fue evidente que no tenía garantizada la elección entre los republicanos, y menos aún, la victoria frente al titular de la Casa Blanca. Pero MacArthur seguía siendo una figura de inmenso poder, que los jefes del estado mayor apenas podían resistir, puesto que su prestigio volaba tan alto gracias a la propaganda interior que de hecho resultaba imposible deshacerse de él.

Los planificadores de la marina argumentaban que, con las bases aéreas de las Marianas en manos de Estados Unidos, el numeroso ejército japonés de las Filipinas podía quedarse a contemplar su propia impotencia mientras las fuerzas estadounidenses se ocupaban de Peleliu, Okinawa y, luego, las islas patrias de Japón. Alguna voz defendió que Estados Unidos emprendiera operaciones limitadas para controlar algunos puertos y aeródromos filipinos, pero nada similar a lo que ocurrió en realidad. MacArthur tenía la decidida intención de abrirse paso combatiendo a través de todo el archipiélago, y así lo hizo. Aunque nunca recibió la aprobación formal de los jefes del estado

mayor para sus grandiosos propósitos, en Washington nadie tenía el poder —o la lucidez— exigidos para detenerlo. Marshall escribió en cierta ocasión a MacArthur estas palabras memorables: «No te olvides de que la marina está de nuestra parte». Sin embargo, el jefe supremo del Pacífico suroriental nunca lo reconoció así.

En septiembre de 1944, portaaviones de la Tercera Flota, de Halsey, situados al sur de las Filipinas, castigaron la capacidad aérea que le restaba a Japón. Sólo el día 12 hubo hasta 2400 salidas estadounidenses que destruyeron doscientos aviones enemigos en el aire y en tierra. Nimitz y MacArthur acordaron que se debía capturar la base insular de Peleliu antes de que el ejército se ocupara de Filipinas. El 15 de septiembre, hombres de la 1.ª división de marina hicieron un desembarco de asalto con un enorme apoyo naval y aéreo; diez mil defensores japoneses resistieron ferozmente, respaldados por una artillería protegida en profundidad. La campaña posterior, que también absorbió una división del ejército estadounidense, resultó una pesadilla; para derrotar las posiciones enemigas hubo que ir búnker por búnker e invertir muchísimo esfuerzo y grandes cantidades de munición; más adelante se calculó que la artillería disparó mil quinientos proyectiles por cada defensor muerto. Como era habitual, los japoneses lucharon casi hasta el último hombre y 1950 estadounidenses perecieron antes de que el comandante de Peleliu, el coronel Kunio Nakagawa, se suicidara el 24 de noviembre. La batalla, una miniatura de intensa violencia, aportó un dudoso valor a la estrategia general de Estados Unidos; simplemente reforzó el mensaje de que no había atajo hacia el éxito en el intento de conquistar los puestos avanzados de Japón en el Pacífico.

El 20 de octubre de 1944, cuatro divisiones del ejército empezaron a desembarcar en la isla de Leyte, en el centro del archipiélago filipino. Hallaron una oposición ligera y, por la tarde, la cabeza de playa era suficientemente segura para que MacArthur bajara en persona a la costa y pronunciara una grandilocuente emisión de radio anunciando la liberación. En adelante, sin embargo, una resistencia japonesa cada vez más vigorosa convirtió la campaña en una experiencia terrible para decenas de miles de soldados estadounidenses, por la lluvia, el fango y la sangre. El estado mayor de MacArthur había ignorado las advertencias de los ingenieros, que consideraban Leyte inadecuada para la construcción de aeródromos, por lo que las tropas estadounidenses pasaron a depender cada vez más del abastecimiento por medios aéreos. El jefe de relaciones públicas de MacArthur, el coronel Bonner Fellers, se hizo famoso en 1942 al emitir comunicaciones diarias desde El Cairo en las que informaba de las operaciones e intenciones británicas, mensajes que fueron interceptados por Rommel. Ahora, Fellers mantuvo su triste marca al anunciar repetidamente la

victoria en Leyte mientras los soldados de MacArthur aún tenían que luchar por su vida.

Semana tras semana y luego mes tras mes, el clima y las montañas, los insectos y el fuego enemigo, el agotamiento y las marismas impusieron un peaje de penalidad a todos los infantes de la isla. «Perdieron por entero la cuenta de la distancia que habían cubierto», escribió Norman Mailer, que prestó servicio en las Filipinas, en Los desnudos y los muertos, relato ficcional de una patrulla que sin embargo era dolorosamente similar a su propia experiencia.

> Por detrás de ellos, todo se había difuminado, y los tormentos propios de cada clase de terreno estaban olvidados… Se tambaleaban como una hilera de borrachos, caminaban pesadamente con la cabeza gacha, los brazos pegaban espasmódicamente en sus costados… Tenían los hombros ampollados por las mochilas, las cinturas magulladas por el balanceo de las cartucheras, y los rifles chocaban abrasivamente contra sus lados, levantándoles vejigas en las caderas… Como portadores de literas, lo habían olvidado todo; ya no pensaban en sí mismos como personas individuales. Eran tan sólo envoltorios de sufrimiento[25].

Al tiempo que los estadounidenses penaban para abrirse paso en la isla de Leyte, la Flota Combinada japonesa intentó, con tanta ambición como desesperación, hundir la campaña: la marina imperial ordenó a cuatro portaaviones sin apenas carga de aeronaves que hicieran un amago desde el norte, con miras a atraer hacia sí y alejar de la zona a la Tercera Flota de Halsey, aunque fuera a costa, casi inevitablemente, de su propia destrucción. Entre tanto, unidades pesadas niponas se dispusieron a converger en el golfo de Leyte, donde planeaban atacar la armada anfibia estadounidense y su fuerza de apoyo naval, la Séptima Flota del almirante Thomas Kinkaid, que era relativamente débil. Esta operación, denominada Sho-Go, no tuvo nunca esperanzas reales de éxito, porque por mucho daño que causaran los atacantes, la superioridad estratégica de los estadounidenses era apabullante. Pero un cambio en los códigos japoneses y un silencio en las transmisiones por radio hizo que Halsey y Kinkaid no tuvieran noticia previa de lo que estaba en marcha; sólo el 24 de octubre se vio entrar a un poderoso escuadrón de batalla japonés, dirigido por el vicealmirante Takeo Kurita, por el estrecho de San Bernardino, entre Leyte y Luzón. Los submarinos estadounidenses destruyeron pronto dos de sus cruceros y la Tercera Flota lanzó las aeronaves de sus portaaviones, que hundieron al enorme buque de guerra Musashi y dañaron otros barcos. Kurita se dio la vuelta, como si reconociera la derrota. El impulsivo Halsey, convencido de que había derrotado a los japoneses, partió con toda su fuerza, los sesenta y cinco barcos, en persecución del señuelo de Ozawa, cuyos portaaviones habían sido localizados por las aeronaves de reconocimiento.

Aquella noche del 24, mientras Halsey se dirigía con rapidez hacia el

norte, la Séptima Flota lidió una notable batalla propia. Se avistó a un segundo escuadrón de combate japonés que se acercaba al golfo de Leyte desde el sur, remontando el estrecho de Surigao. Como respuesta, Kinkaid desplegó sus antiguos buques de guerra de bombardeo, junto con destructores y torpederas. La acción posterior fue notoria. En una oscuridad que pronto quedó iluminada por las erupciones de las llamas, las torpederas estadounidenses causaron pocos daños a la columna de buques de guerra japoneses, pero justo antes de las 4.00, los torpedos de los destructores y el fuego guiado por radar desde el armamento principal (de 14 y 16 pulgadas) de los barcos grandes de Kinkaid hundieron a los buques de guerra Yamashiro y Fuso, junto con dos escoltas. El crucero pesado Mogami también fue alcanzado y, más tarde, hundido por aviones estadounidenses. Los supervivientes de la fuerza operativa japonesa regresaron hacia su patria; escaparon un crucero pesado y cinco destructores. Los barcos estadounidenses sólo padecieron la muerte de treinta y nueve hombres, en su mayoría víctimas del fuego amigo en la confusión de la noche. Había sido una matanza: la actuación japonesa no sólo demostraba que su tecnología y su artillería eran inferiores, sino que también ponía de manifiesto su resignación al sacrificio. El escuadrón de batalla no podía albergar esperanzas realistas de atravesar la angostura del estrecho de Surigao y lograr resultados útiles salvo que, por un lado, hubieran contado con el factor sorpresa y, por otro lado, los estadounidenses hubieran respondido tan débilmente como dos años antes, en circunstancias similares, en aguas de Guadalcanal. No era nada probable; en realidad, los japoneses zarparon para encontrarse con la muerte y así lo hicieron.

Pero la acción más llamativa de la batalla —y, de hecho, uno de los encuentros navales más extraños de la historia— aún tenía que producirse. Durante la noche, la flota de batalla japonesa, atacada por los aviones de Halsey, volvió a dar media vuelta; tras dirigirse al este a través del estrecho de San Bernardino, puso proa al sur, hacia el golfo de Leyte, donde no fueron detectados ni con la llegada del día, y tampoco encontraron ninguna oposición. Justo antes de las 7.00, los cinco pequeños portaaviones escolta y siete escoltas de la fuerza del contraalmirante Clifton Sprague, la Fuerza Operativa 3 (apodada Taffy 3, como hipocorístico de Task Force 3), habían terminado el zafarrancho de combate general previo al amanecer cuando una transmisión de voz enviada desde un avión de la patrulla antisubmarinos advirtió, con tono de pánico, que ocho cruceros y destructores escolta se hallaban a menos de veinte millas náuticas de distancia y se acercaban a gran velocidad. Sprague exclamó, con un enfado comprensible: «¡Ese hijo de puta de Halsey nos ha dejado con el culo al aire!». Sus barcos, plataformas flotantes de gran lentitud que proporcionaban apoyo aéreo a las tropas de

MacArthur en tierra, se esforzaron sobremanera por abrir el campo y hacer despegar a todos los aviones que se pudiera. Los japoneses, sin embargo, no tardaron en disparar rápida e intensamente contra Taffy 3.

Al almirante Kurita, al mando de la escuadra japonesa, se le ofrecía una ocasión fácil de aniquilar la fuerza estadounidense, reducida y miserablemente débil. Los destructores y los aviones de Sprague atacaron al enemigo repetidamente y con un arrojo extraordinario, pero su número era insuficiente y carecían de armas capaces de perforar el blindaje. Los buques de guerra de Kinkaid se hallaban al sur, a muchas horas de distancia, tras haber combatido en el duelo nocturno del estrecho de Surigao. Los aviadores y los portaaviones escolta sabían que tendrían que repeler en solitario a la flota de combate enemiga. Muchos pilotos exhibieron un valor prodigioso, aunque unos pocos se vinieron abajo ante la presión de repetir los ataques: un hombre que aterrizó sobre el Manila Bay se negó a alzar el vuelo otra vez para emprender su tercer ataque con torpedos de aquella mañana. El capitán Fitzhugh Lee mandó llamar al joven a su puente: «Estaba muy dolido porque había visto caer derribados a sus compañeros… Sólo nos quedaba un torpedo… Ya no había más pilotos a bordo, todos los nuestros estaban volando. Así que lo montamos y le solté una arenga de combate sobre el puente, le di toquecitos en la espalda y dije: "Sal y haz todo lo que puedas". Voló por tercera vez y sobrevivió[26]».

El abrumador fuego japonés hundió tres escoltas y un crucero de Taffy 3 en una sucesión de refriegas a quemarropa; de los aviones estadounidenses que aporreaban a los japoneses, se perdieron unos cincuenta. Pero los cruceros Chokai y Chikuma se fueron a pique por los ataques aéreos y Kurita se desinfló; afectado por la energía de la resistencia estadounidense y convencido de que se hallaba en presencia de elementos de la Tercera Flota, cuyos grandes buques, por lo tanto, no tardarían en combatir con él y destrozarlo, interrumpió la acción y regresó a su base. Sólo habían pasado 143 minutos desde que se dispararon los primeros proyectiles. El heroísmo de Taffy 3 había repelido a una flota de batalla de un modo que asombró a miles de marinos estadounidenses, que aquella misma mañana se tenían por condenados a muerte.

Los estadounidenses perdieron otro portaaviones escolta, hundido, y otros dos con daños serios, cuando unos aviones japoneses con base en Filipinas realizaron los primeros ataques suicidas de la campaña. Los aviones de Halsey atacaron la escuadra señuelo de Ozawa, como era de esperar, y hundieron los cuatro portaaviones y dos cruceros pesados. Entonces la Tercera Rota viró hacia el sur y se encontró con recriminaciones muy serias por haber dejado tirado al escuadrón de Leyte. La imprudencia de Halsey lo hizo merecedor del despido; pero, dada la escala de la victoria en lo que ha

pasado al recuerdo como batalla del golfo de Leyte —el mayor enfrentamiento naval de la historia—, se optó por no darle más importancia a su locura. Los japoneses habían empleado 64 barcos contra 216 embarcaciones estadounidenses y dos australianas; perdieron 285 000 toneladas de buques de guerra, por las 29 000 estadounidenses; sólo murieron 2803 norteamericanos, frente a los más de once mil japoneses. La Operación Sho-Go privó a la marina imperial japonesa de cuatro portaaviones, tres buques de guerra, diez cruceros y nueve destructores. Los estadounidenses perdieron tres portaaviones pequeños, dos destructores y un destructor escolta; otros varios barcos recibieron daños de tal magnitud que se habrían hundido de no haber sido por la energía y el coraje de los equipos de control de daños, que los estabilizaron entre incendios del combustible, explosiones de las tuberías de vapor y munición que estallaba.

El golfo de Leyte demostró con vividez el hundimiento de la capacidad naval japonesa: artillería, navegación, identificación de barcos y coraje. Los almirantes nipones dirigieron Sho-Go como si de entrada esperaran perder, como en efecto hicieron; parecían más dispuestos a morir que a combatir, extraña transición para unos hombres que, en 1941-1942, se habían mostrado como combatientes valientes y eficaces. En muchas de las anteriores batallas del Pacífico, fue la captación de mensajes japoneses lo que dio a los estadounidenses una ventaja crucial, pero en las acciones del golfo de Leyte no contaron con ese factor. Gracias a las pifias de Halsey, el poder de la Tercera Flota no llegó a emplearse nunca a fondo. Pero en todas y cada una de las ocasiones, la marina de Estados Unidos combatió mejor que sus enemigos. Sin duda, la tecnología —y especialmente, el radar— se desplegó de un modo que favorecía a los estadounidenses; la destrucción de la sección aérea de la marina japonesa permitió que los pilotos de Halsey y Kinkaid volaran sin apenas oposición. Pero el mensaje principal de la batalla fue que la marina imperial había sufrido un hundimiento anímico, además de material.

La isla de Leyte quedó controlada a finales de diciembre; posteriormente, el 9 de enero de 1945, fuerzas estadounidenses desembarcaron en la isla principal del archipiélago, la de Luzón, para empezar una campaña que duró hasta el fin de la guerra. Se enfrentaron a unas fuerzas japonesas dirigidas con habilidad y pertinacia por el general Tomoyoki Yamashita, el «Tigre de Malasia» de 1942. Manila, la capital, quedó arrasada tras varias semanas de combate, en las que los marinos japoneses lucharon casi hasta el último hombre. Estos marinos también cometieron masacres de civiles, que carecían del más mínimo propósito militar, pero demostraban que Japón estaba resuelto a imponer la muerte a toda víctima que tuviera a su alcance —a menudo, acompañada por la violación y la mutilación—, hasta que le llegara

su propia hora.

Muchos filipinos que escaparon a la ferocidad japonesa perecieron por el fuego de la artillería estadounidense. Manila quedó reducida a ruinas, convirtiendo en burla su liberación. Hasta cien mil manileños murieron entre los escombros de su capital, además de un millar de estadounidenses y unos dieciséis mil japoneses. Yamashita se retiró al centro de la isla, montañoso y muy boscoso, y defendió allí un perímetro cada vez más reducido hasta agosto de 1945. El VIII.º Ejército estadounidense, bajo las órdenes de Eichelburger, emprendió sucesivas operaciones anfibias por todo el archipiélago hasta el final de la guerra, ocupando islas una por una, tras lidiar batallas que en ocasiones fueron feroces y costosas. MacArthur podía afirmar que había reconquistado el archipiélago y derrotado a la ocupación japonesa; pero como a esos soldados no se los podía trasladar a ningún campo de batalla donde pudieran influir en el resultado de la guerra, en realidad eran prisioneros en las Filipinas, tanto como el numeroso y fútil destacamento de Hitler que ocupaba las islas del Canal.

«La campaña de las Filipinas fue un error —dice el historiador moderno Kazutoshi Hando, un japonés que vivió la guerra—. MacArthur la emprendió por sus propias razones. Japón había perdido la guerra cuando perdió las Marianas». El pueblo filipino al que MacArthur aseguraba amar pagó el precio de su egotismo en vidas perdidas —al menos medio millón, y quizá incluso el doble de esa cifra, si incluimos los que perecieron por el hambre y las enfermedades— y hogares destruidos. Para ellos, y para el esfuerzo bélico de los Aliados, fue todo un infortunio que ni el presidente Roosevelt ni los jefes del estado mayor de Estados Unidos supieran contener las ambiciones de MacArthur en unos límites menos demenciales. En 1944, era inexorable que Estados Unidos se encaminaba a la victoria sobre Japón, pero las locuras del comandante supremo del Pacífico suroccidental desfiguraron este logro.

Italianos con miembros de las G.I. (*galvanized iron*, de las fuerzas armadas americanas) que trataban de liberarlos, hacia 1944 (*US National Archives & Records Administration: 208-AA-240C-3*).

Entierro en el mar para los oficiales y hombres del USS Intrepid durante la batalla del Golfo de Leyte, Filipinas noviembre de 1944 (*US National Archives & Records Administration: 80-G-468912*).

Piloto escapando de la cabina de un caza Hellcat ardiendo, septiembre de 1944 (*AP Photo/US Navy/ Press Association*).

Alivio temporal: un equipo de bombarderos británicos celebra el regreso de una incursión en Alemania durante la estratégica ofensiva aérea en la que morirían más de la mitad de los tripulantes de la RAF (*Royal Air Force*) que formaron parte de ella.

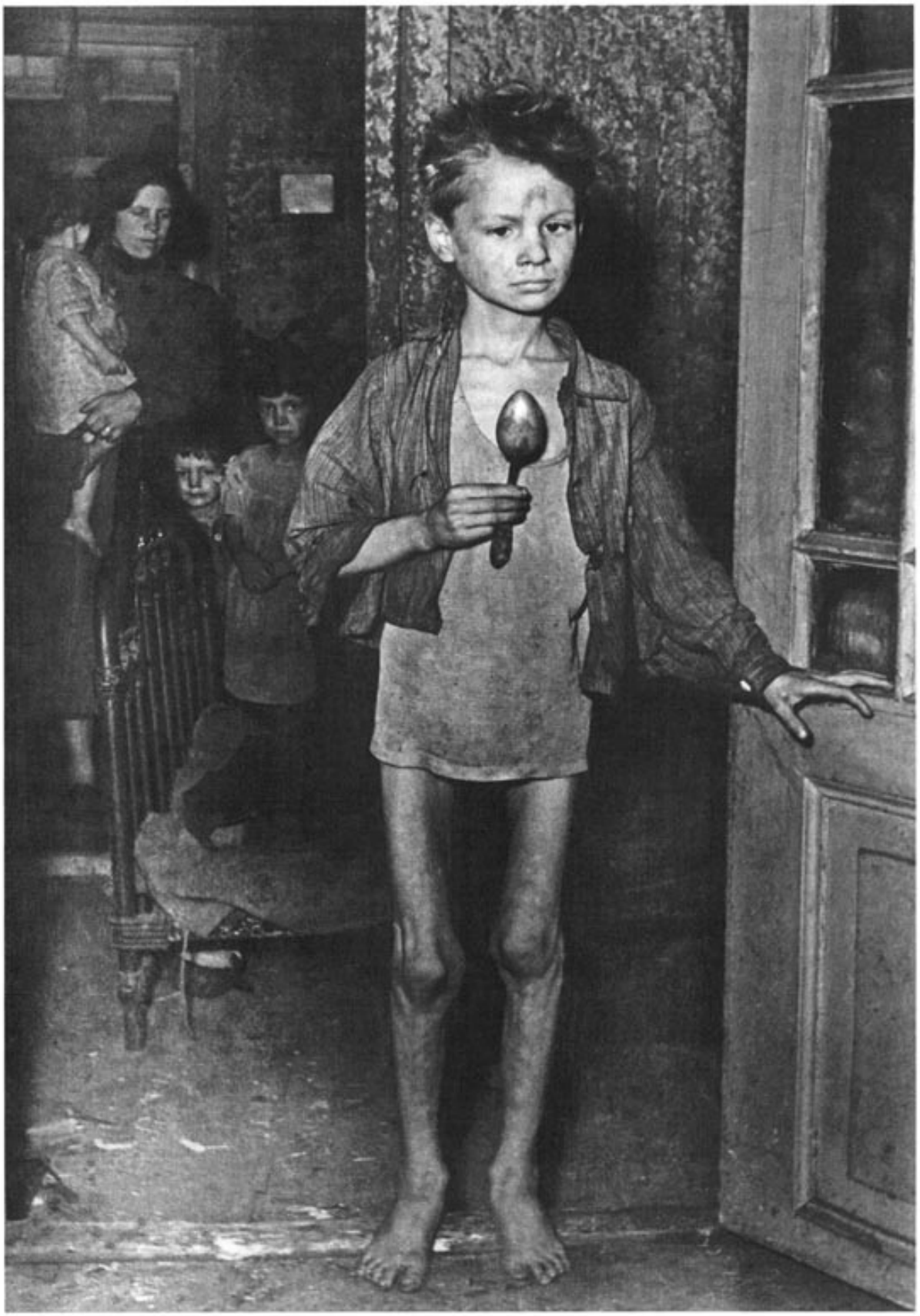
El precio de la colaboración: escena callejera en la Francia liberada, hacia 1944 (*US National Archives & Records Administration: 111-SC-193318*).

Un soldado americano encuentra a una familia japonesa escondida en una cueva de Saipan, junio de 1944 (*US Marine Corps/Time & Life Pictures/Getty Images*).

Uno de los soldados británicos del General Slim con una ametralladora ligera Bren en Birmania, noviembre de 1944 (*Imperial War Museum SE 564*).

Médicos transportando a un soldado americano del campo de batalla cercano a Brest, Normandía, agosto de 1944 (*AP Photo/Press Association*).

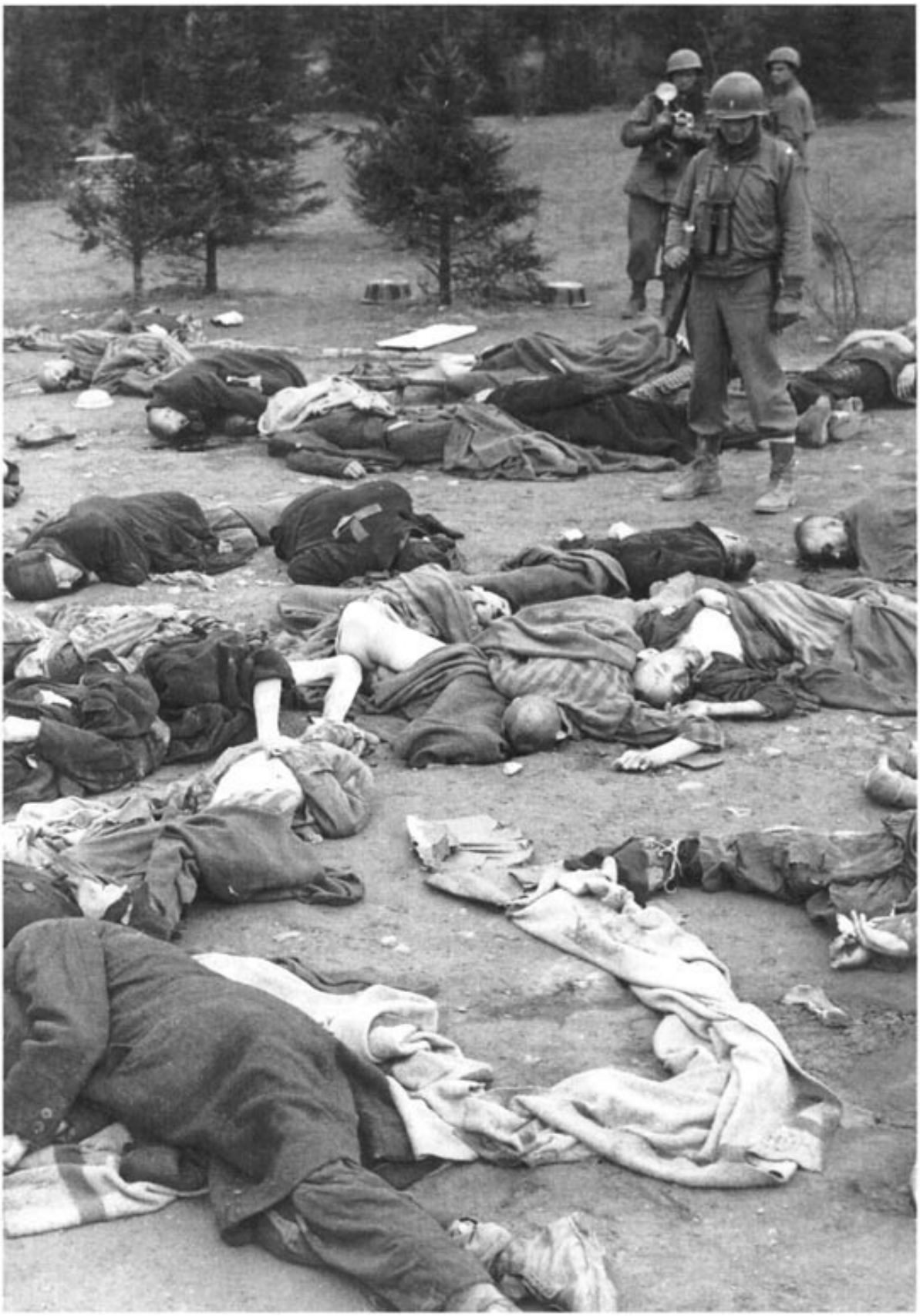
Paracaidista en pleno asalto a Arnhem, Países Bajos, durante la operación *Market Garden* de septiembre de 1944 (*Airborne Assault Museum*).



Niños holandeses durante el *Hongerwinter* (invierno del hambre), de 1944 a 1945 (© *Marius Meijboom/ Nederlands Fotomuseum*).

Los últimos recursos humanos de Hitler: dos prisioneros adolescentes de la Wehrmacht capturados en el Rin, marzo de 1945 (*Mirrorpix*).

Cañones soviéticos de asalto preparados para la batalla de Berlín, abril de 1945.



Panorama desolador del campo de concentración de Ohdruf cuando entraron las tropas estadounidenses, abril de 1945 (*AP Photo/Byron H. Rollins/Press Association*).

Marines estadounidenses luchando en Iwo Jima, marzo de 1945 (*AP Photo/US Marine Corps/Press Association*).

Una madre y su hijo entre las ruinas de Hiroshima (*Alfred Eisenstadt/Time & Life Pictures/Getty Images*).

23

Asedio a Alemania

En los primeros días de septiembre de 1944, buena parte de los líderes aliados —con la notable excepción de Winston Churchill— suponía que a sus naciones les faltaban sólo unas pocas semanas para completar la conquista del Tercer Reich. Muchos alemanes eran de la misma opinión y se preparaban, con ánimo sombrío, a ver convertido su país en un campo de batalla. Un suboficial alemán llamado Pickers escribió a su esposa, en Saarlouis: «Tanto tú como yo vivimos en un constante peligro mortal. Yo ya he escrito el finis de mi vida, porque dudo que salga vivo de ésta. Así que me despediré de ti y de los niños[1]». El padre del soldado Josef Roller le escribió desde Tréveris: «He enterrado toda la porcelana y la plata y la alfombra grande en el establo. La alfombra pequeña está en el sótano de Annie. He tapiado la porcelana de Annie donde solía estar el vino. Ahí lo encontrarás todo si nos hubiéramos tenido que marchar, pero ten cuidado al cavar, que nada se rompa. Así, Josef, te deseo todo lo mejor y agacha bien la cabeza, saludos muy cariñosos y besos de todos. Papá[2]».

El pueblo alemán pensaba que, si los rusos se abrían paso por el este, todo estaba perdido. «Entonces no quedará otra que envenenarnos», le dijo una vecina de Hamburgo a Mathilde Wolff-Mönckeberg, con un tono «muy tranquilo, como si sugiriera preparar tortitas para la comida de mañana[3]». Es más sorprendente que algunos partidarios del nazismo siguieran aferrándose tercamente a la esperanza. Konrad Moser fue un niño evacuado a

uno de los muchos albergues dispuestos para los chicos en su situación, emplazado en Eichstadt, al lado de un campamento de prisioneros de guerra, por la suposición de que era improbable que los Aliados bombardearan allí mismo. A finales de 1944, cuando Hans, su hermano mayor, se presentó para llevarlo de vuelta a casa, en Núremberg, el guardián del albergue lo acusó: «No sé para qué quieres llevártelo. ¡Tú no crees en la victoria final!». Hans Moser sacudió la cabeza y respondió: «Estoy de permiso del frente oriental». Llevó a Konrad de vuelta junto con sus padres, con los cuales éste sobrevivió a la guerra[4].

La mayoría de las ciudades alemanas ya había sido devastada por las bombas. El hijo de Emmy Suppanz estaba destinado en el frente occidental y recibió una carta de Marburgo en la que su madre le contaba cómo iba la vida local.

> El Café Kaefer aún abre de 6.30 a 9 de la mañana y de 5 a 10 u 11 de la noche. Con el último ataque cayeron fragmentos de las molduras de yeso, pero, por raro que sea, los espejos aún no se han roto. Las ventanas del café y del piso de arriba han volado, claro. Burschi tenía dos conejos, uno blanco, grandote, llamado Hansi, y uno más pequeño al que aún no le habíamos dado nombre y que nos comimos hace quince días. La cocinera también quería matar a Hansi, pero no lo hizo. ¡Y ayer Burschi me vino con la noticia de que Hansi había tenido siete pequeñines! Sepp, la ciudad… estaba horrible[5].

Recibir tales noticias de casa minaba sobremanera la moral de los soldados que luchaban por sus vidas.

En el otro lado de la colina, el avance de los ejércitos aliados en Francia, entre el clamor de las multitudes, intoxicó hasta cierto punto a comandantes y soldados por igual. El soldado estadounidense Edwin Wood describió la euforia de aquella persecución:

> Tener diecinueve años, tener diecinueve años y ser de la infantería, ¡tener diecinueve años y estar luchando por liberar Francia de los nazis en el verano de 1944! Aquella época de días azules, cálidos y despejados, en la que las abejas zumbaban en torno de nuestras cabezas y nosotros gritábamos frases extrañas con palabras que no entendíamos a hombres y mujeres que nos vitoreaban como si fuéramos dioses… En aquel momento de gloria, el sueño de la libertad vivía y nosotros medíamos tres metros de altura[6].

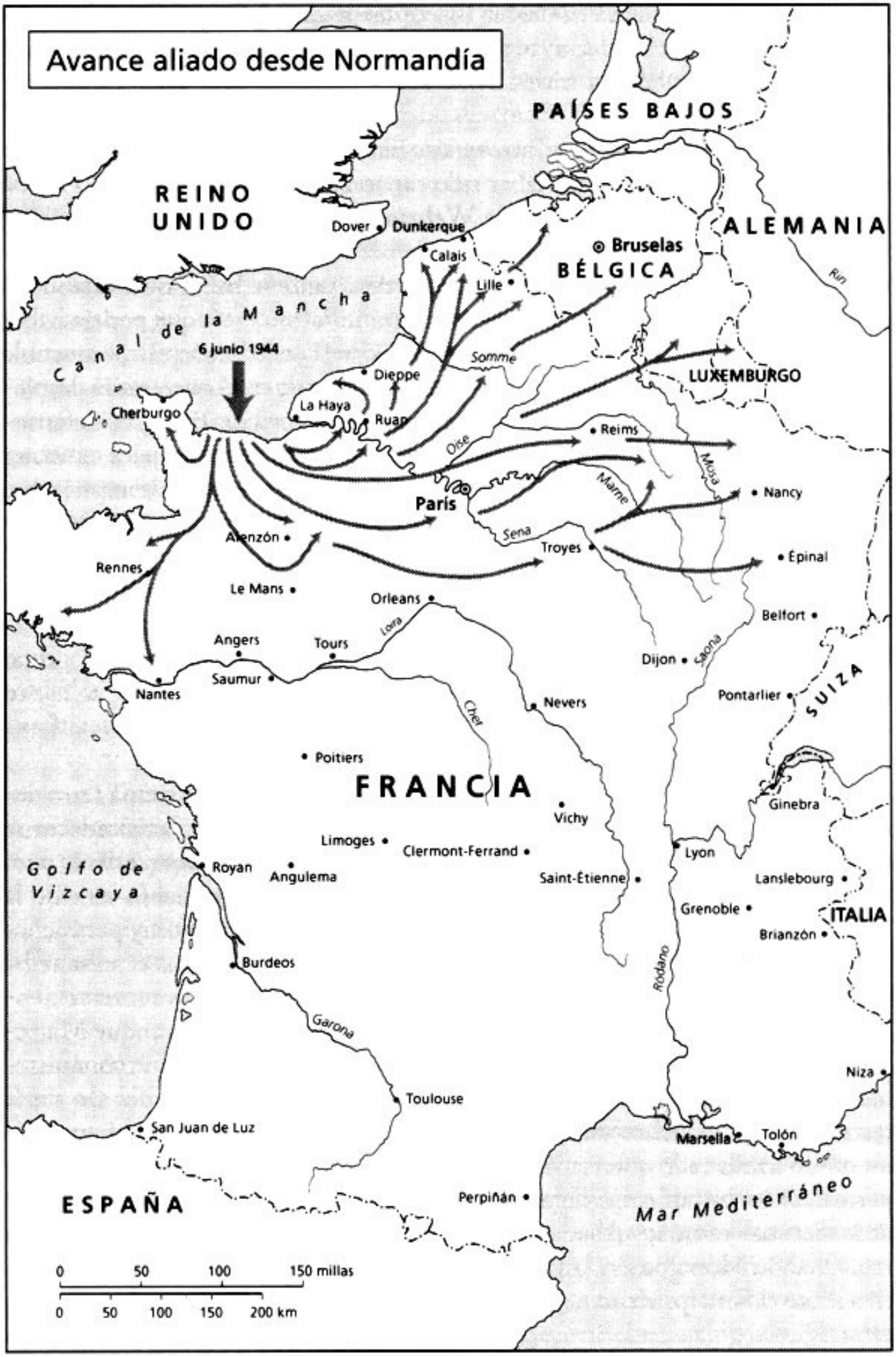
Sir Arthur Harris afirmó que, gracias al apoyo de los bombarderos de la RAF y la USAAF, los ejércitos habían disfrutado de un «paseo» por Francia[7]. Era una exageración grosera, característica de la retórica de los jefes del aire británicos y estadounidenses; pero sin duda era cierto que, en el otoño de 1944, los Aliados occidentales liberaron Francia y Bélgica con un coste de vidas humanas muy inferior al que habían previsto sus comandantes. Una avalancha de comunicaciones interceptadas por Ultra reveló la desesperación de los generales de Hitler y la ruina de sus fuerzas. Esto, a su vez, provocó en Eisenhower y sus subordinados una breve e injustificada despreocupación.

Con los alemanes a punto de caer, parecía que asumir riesgos comportaría recompensas sin precedentes: Montgomery convenció a Eisenhower de que en su propio sector septentrional del frente había una oportunidad de lanzar un ataque que valdría la victoria en la guerra: se tomaría un puente sobre el Rin, en la ciudad neerlandesa de Arnhem, a través del cual las fuerzas aliadas podrían inundar Alemania.

Sigue siendo un foco de controversias feroces la cuestión de si los ejércitos aliados occidentales deberían haber sido capaces de ganar la guerra en 1944, a continuación del hundimiento de la Wehrmacht en Francia. Cabe la posibilidad de que, con una exhibición de energía más intensa por parte de la comandancia, el I.er ejército estadounidense de Hodges pudiera haber quebrantado la Línea Sigfrido en los alrededores de Aquisgrán. Patton creía que podría haber conseguido grandes cosas si sus tanques hubieran contado con el combustible necesario, pero no está tan claro: el sector meridional, en el que estaba desplegado su III.er ejército, era un terreno difícil; y hasta abril de 1945, los defensores aprovecharon una serie de posiciones montañosas y fluviales para contener el avance de Patton. Los aliados dedicaron los primeros días de septiembre —vitales— a recuperar el aliento tras el enorme esfuerzo de avance hacia el este. El VII.º ejército de Patch, que había desembarcado en el sur de Francia el 15 de agosto y había remontado el valle del Ródano ante una oposición ligera, se reunió con los hombres de Patton en Châtillon-sur-Seine el 12 de septiembre. El teniente general Jake Devers fue nombrado comandante del VI.º grupo de ejércitos, un nuevo grupo francoestadounidense desplegado por el flanco derecho de los Aliados. Ahora las fuerzas de Eisenhower controlaban un frente ininterrumpido desde el Canal hasta la frontera suiza.

Pero aún carecían de un puerto principal y utilizable. El sistema ferroviario francés había quedado destruido en su mayoría; algunos planificadores se quejaron de que los bombardeos previos al Día D habían sido excesivos, pero este juicio, según parece, sólo se podía hacer una vez que se había vencido la batalla de Normandía. El movimiento de combustible, munición y pertrechos para dos millones de hombres por el solo medio de las carreteras representaba problemas enormes: casi cada tonelada de abastecimiento debía recorrer cientos de kilómetros en camión desde las playas hasta los ejércitos, aunque Marsella pronto empezó a aportar una contribución relevante. «Hasta que conquistemos Amberes —escribió Eisenhower a Marshall—, no dejaremos de sufrir restricciones.»[8] Muchos tanques y vehículos necesitaban mantenimiento. De un modo similar a lo que ocurrió en 1940, cuando la euforia de la Wehrmacht permitió a los británicos escapar del continente, un estallido de la «enfermedad de la victoria» entre los Aliados permitió ahora que sus enemigos se reagruparan. Cuando

Montgomery lanzó la Operación Market Garden, ambiciosa ofensiva sobre el Rin, los alemanes se habían puesto en pie otra vez. Su grave apuro estratégico seguía siendo irrecuperable, pero exhibieron una terquedad infatigable en la defensa local, unida a una agresividad muy enérgica en la respuesta a las iniciativas de los Aliados.


Avance aliado desde Normandía
PAÍSES BAJOS
REINO UNIDO
ALEMANIA
Dover
Dunkerque
Calais
Bruselas
BÉLGICA
Lille
Canal de la Mancha
6 junio 1944
Somme
Dieppe
LUXEMBURGO
Cherburgo
La Haya
Ruan
Reims
Oise
Mosa
Marne
Nancy
París
Sena
Alenzón
Troyes
Épinal
Rennes
Le Mans
Orleans
Loira
Belfort
Angers
Tours
Dijon
Saona
Saumur
Nantes
Nevers
Pontarlier
SUIZA
Cher
Poitiers
FRANCIA
Ginebra
Vichy
Limoges
Clermont-Ferrand
Lyon
Golfo de Vizcaya
Royan
Angulema
Saint-Étienne
Lanslebourg
Grenoble
ITALIA
Brianzón
Burdeos
Ródano
Garona
Niza
Toulouse
San Juan de Luz
Marsella
Tolón
ESPAÑA
Perpiñán
Mar Mediterráneo
0 50 100 150 millas
0 50 100 150 200 km

El 17 de septiembre, tres divisiones aerotransportadas aliadas descendieron sobre Holanda: a la LXXXII.ª y CI.ª divisiones estadounidenses se les encomendó tomar los pasos de ríos y canales entre la primera línea aliada y Arnhem; a la I.ª división aerotransportada británica se le encargó capturar el puente del Rin y mantener un perímetro alrededor: toda la formación bajó a una zona situada al norte del gran río. Las acciones estadounidenses tuvieron éxito, en su mayor parte, aunque las demoliciones alemanas en Zon provocaron retrasos mientras se levantaba en su lugar un puente portátil Bailey de sustitución. Los británicos, por el contrario, lejísimos de la fuerza de socorro de Montgomery, corrieron dificultades de inmediato. Ultra había revelado que los restos de la IX.ª y X.ª divisiones Panzer SS se estaban pertrechando de nuevo en Arnhem. Los comandantes aliados no les daban mayor importancia, porque esas formaciones habían sufrido mucho en Normandía, pero los alemanes respondieron al súbito asalto británico con su violencia característica, no por habitual menos impresionante. Una agrupación improvisada de fuerzas locales aprontó posiciones de bloqueo que demoraron mucho la aproximación de los paracaidistas al puente; Model, el «bombero» favorito de Hitler para el frente oriental, estaba a mano para dirigir la respuesta alemana. Algunos elementos de la I.ª división aerotransportada desplegaron una deficiencia clara de pericia táctica y coraje: mientras intentaban entrar en Arnhem, los dividieron e hicieron pedazos; incluso el breve número de vehículos blindados alemanes situado al alcance de la ciudad fue capaz de apalear a unidades aerotransportadas que tenían pocas armas anticarro y ningún tanque.

El batallón solitario que llegó hasta el puente sólo pudo aguantar posiciones en su extremo norte, separado de la fuerza blindada de apoyo por el Rin y un número cada vez más elevado de alemanes. La decisión británica de lanzar a la I.ª aerotransportada fuera de Arnhem impuso una pausa de cuatro horas entre la apertura de las primeras sombrillas de los paracaídas y la llegada del teniente coronel John Frost al puente, a pie; esto ofreció un margen de tiempo ciertamente demasiado generoso a los alemanes, que pudieron emplear sus vehículos para responder. Los británicos quizá podrían haber capturado el paso del Rin arrojando por sorpresa equipos de planeadores directamente sobre el objetivo, tal como habían hecho los alemanes en Holanda, en 1940, y los propios británicos en el canal de Caen el Día D. Una iniciativa como ésta habría costado vidas, desde luego, pero muchas menos que las que se perdieron abriéndose paso hasta Arnhem. Tal como se desarrolló la acción, desde la tarde del 17, los británicos del interior y los alrededores de la ciudad tan sólo luchaban por la supervivencia, tras haber renunciado a toda esperanza realista de cumplir con sus objetivos.

Aun así, en el planteamiento de Montgomery había otro defecto todavía

mayor, que probablemente habría frustrado sus ambiciones incluso si los paracaidistas británicos se hubieran hecho con el control de ambas orillas del puente: la fuerza de apoyo necesitaba cubrir los noventa y cinco kilómetros que separaban Arnhem del canal Alberto en tan sólo tres días, pero teniendo acceso únicamente a una sola carretera holandesa. Era imposible avanzar campo a través, porque el terreno era demasiado blando para los carros blindados. A los pocos minutos de cruzar la línea de salida, la división de la guardia acorazada se encontraba en problemas: los tanques de cabeza quedaron fuera de combate por las armas anticarro alemanas, y la infantería británica de apoyo estaba aprisionada en tiroteos locales. Las formaciones aerotransportadas estadounidenses hicieron cuanto se esperaba de ellas en la toma de los pasos cruciales, pero el avance de los Aliados no tardó en retrasarse. Los alemanes pudieron organizar sus propios despliegues con un conocimiento pleno de las intenciones aliadas, porque habían encontrado el plan de la Operación Market Garden en el cadáver de un oficial del estado mayor estadounidense, que tuvo la imprudencia de llevarlo consigo al combate; al cabo de unas horas, el documento llegó a la mesa de Model, quien sacó todo el partido posible a la información.

El 20 de septiembre, cuando el XXX.º cuerpo alcanzó Nimega con retraso sobre lo previsto, los paracaidistas de la LXXXII.ª aerotransportada de Gavin emprendieron un vadeo heroico del río Waal, en botes de asalto y bajo un fuego devastador; se hicieron con el control de un perímetro en la otra orilla que permitió a los tanques de la guardia blindada cruzar el puente, milagrosamente intacto. Entonces se produjo otra demora de 24 horas —incomprensible para los estadounidenses— antes de que los británicos se sintieran capaces de reanudar el asalto de Arnhem. En realidad, el retraso carecía de importancia, porque la batalla ya se había perdido: los alemanes habían concentrado sus fuerzas para defender los caminos de aproximación por el sur. La resistencia residual de los paracaidistas británicos en la otra orilla era irrelevante y Montgomery reconoció el fracaso: en la noche del 25 de septiembre, los transbordadores llevaron a unos dos mil hombres de la I.ª división aerotransportada a la otra orilla del Rin, más abajo de Arnhem, mientras otros dos mil hombres llegaron a lugar seguro por otros medios. Quedaron atrás seis mil hombres, convertidos en prisioneros. Se calcula que murieron 1485 paracaidistas británicos, aproximadamente el 16 por 100 de cada unidad implicada, y la I.ª división aerotransportada se deshizo. En la sección aérea, durante esta operación murieron 474 hombres, mientras que, entre los estadounidenses, la LXXXII.ª aerotransportada sufrió 1432 bajas y la CI.ª, 2118. Entre los alemanes murieron 1300 hombres. A todo ello hay que sumar la muerte de 453 civiles holandeses, muchos de ellos a consecuencia del bombardeo aliado.

Los defensores de Market Garden, entre los que destacó el propio Montgomery, afirmaron que la operación había logrado un éxito importante al dejar a los Aliados en posesión de una cuña profunda, insertada ya en Holanda. Esto carecía de sentido, puesto que se trataba de un callejón sin salida, que no llevó a los Aliados a ninguna parte hasta febrero de 1945. Durante las ocho semanas posteriores a la batalla de Arnhem, las dos divisiones aerotransportadas estadounidenses tuvieron que luchar con dureza para mantener el territorio conquistado en septiembre. El asalto de Arnhem fue un concepto equivocado y sin apenas probabilidades de éxito. Los comandantes británicos encargados de ejecutarlo, especialmente el teniente general Frederick «Boy» Browning, mostraron una desastrosa incompetencia y se hicieron merecedores de la destitución, no de los honores que recibieron.

El error clave de Montgomery fue sucumbir a las ansias de gloria que a menudo separaron a los comandantes aliados de los intereses estratégicos más favorables a su causa. El general Jake Devers, uno de los comandantes de grupos de ejércitos más capaces —aunque menos renombrados— de la guerra, escribió más adelante que era inevitable que surgieran diferencias entre las naciones, con respecto a los modos y maneras de conseguir el objetivo común de derrotar al enemigo:

> Esto no sólo es cierto de los hombres situados en el nivel político más alto… [sino que] es un rasgo natural de los profesionales de la milicia… Es irrazonable esperar que los representantes militares de las naciones que sirven bajo un mando unificado subordinarán libre y prontamente sus propios punto de vista a los de un comandante de otra nacionalidad, a no ser que el comandante… los haya convencido de que ello va a favor de sus intereses nacionales, individual y colectivamente[9].

Como Eisenhower carecía de una visión determinante propia, a menudo sus subordinados tuvieron libertad de perseguir su propia visión. La ambición personal de Montgomery era encabezar un golpe ganador y ello, fortalecido por su engreimiento, le hizo emprender la única gran operación para la cual los ejércitos aliados podían ofrecer apoyo logístico aquel otoño a través del terreno menos adecuado para su éxito final. No supo reconocer que limpiar los caminos de acceso al río Escalda —lo que permitiría emplear Amberes como base de abastecimiento de los Aliados— era un objetivo mucho más importante, y asequible, para su XXI.er grupo de ejércitos. Por emplear la frase hecha, al apostar por la toma del puente del Rin los jefes aliados comieron con los ojos, sin pensar en lo que en verdad les habría sentado mejor.

Al tener noticia del fracaso de Arnhem, un agricultor británico, Muriel Green, confió a su diario un impulso depresivo como el que en aquel momento afectaba a todas las naciones aliadas: «Todos pensábamos que la

guerra estaba a punto de acabar y ahora nos enteramos de este enorme sacrificio de vidas, que me hace sentir fatal. Supongo que, al dar por sentado que ganaremos, estos desastres parecen aún peores[10]». Cuando la guerra entró en su fase final, a las familias les resultó aún más difícil aceptar la pérdida de aquellos seres queridos con los que anhelaban compartir los frutos de la paz. Ivor Rowberry, un contador en prácticas de veintitrés años, que murió mientras servía como señalero del regimiento de South Staffordshire, dejó escritas para sus padres palabras que reflejaban los sentimientos de muchos combatientes de muchas naciones:

> Esto… es una carta que esperaba que no recibierais nunca… Mañana entramos en combate. A esta hora no sé aún exactamente qué tarea nos corresponderá, pero sin duda será una peligrosa en la que se perderán muchas vidas; la mía podría ser una de esas vidas. En fin, mamá, no tengo miedo a morir. Me gusta esta vida, claro; en los dos últimos años he planificado y soñado y concebido un futuro perfecto para mí. Habría preferido que ese futuro se materializara, pero no será lo que yo quiera, sino lo que Dios quiera, y si al sacrificar todo esto dejo un mundo ligeramente mejor de lo que lo encontré, estoy plenamente dispuesto a asumir ese sacrificio. No me entiendas mal, mamá, no soy un patriota de los que agitan la bandera… Inglaterra es un gran pequeño país —el mejor que existe—, pero, sinceramente, no puedo decir que «vale la pena combatir por ella». Tampoco logro imaginarme a mí mismo en el papel de un cruzado galante que batalla por la liberación de Europa. Sería un pensamiento bonito pero sólo me estaría engañando a mí mismo. No, mamá, mi mundo es pequeño y se centra en ti, e incluye a papá, a todos los de casa y mis amigos de W[olverhamp]ton. Por eso sí vale la pena combatir; y si combatir refuerza vuestra seguridad y mejora vuestra suerte de un modo u otro, entonces también vale la pena morir por eso[11].

Las esperanzas aliadas de entrar en Alemania —e incluso de ganar la guerra en 1944— no se fueron a pique de golpe en los últimos días de septiembre con el fracaso de Market Garden. No, fueron hundiéndose poco a poco, durante las semanas posteriores, a medida que los Aliados se atascaban en un mar de fango y decepciones locales. Se ha prestado un exceso de atención histórica al fracaso del asalto de Arnhem; incluso si Montgomery se hubiera apoderado de un puente sobre el Rin, es poco plausible que lo pudiera haber aprovechado para abrirse paso hasta el interior de Alemania. Había posibilidades más prometedoras en el camino del I.er ejército estadounidense, de Hodges, en torno de Aquisgrán, justo en el interior de la frontera alemana; a principios y mediados de septiembre, este sector, el más próximo al Muro Occidental de Hitler, apenas contaba con defensas; pero entre el 12 y el 15 los estadounidenses fracasaron en una serie de intentos, poco convincentes, de abrir brecha. Hodges fue el menos impresionante y contundente de los comandantes del ejército estadounidense y sus operaciones de otoño se dirigieron con una notable torpeza; se necesitaron otras cinco semanas hasta que el I.er ejército ocupó las ruinas de Aquisgrán. Si Patton hubiera sido el comandante en la zona, habría habido más posibilidades de abrir una brecha en el Muro Occidental. Pero el III.er ejército de Patton batalló en Metz todo el mes de septiembre, maldiciendo la lluvia

incesante y sin lograr más frutos que el de ir aumentando la lista de bajas.

El siguiente error grave de Hodges fue lanzar a su ejército a dos meses de combate desesperado y sangriento para limpiar el bosque de Hürtgen, que se pensaba amenazaba su retaguardia y su flanco derecho; cuatro divisiones estadounidenses se sucedieron en la zona para cosechar penalidades, bajas de gravedad e índices de fatiga de combate cada vez más elevados entre el espeso boscaje. Los alemanes no cedían terreno e impusieron un precio elevado para cada pequeña conquista; cuando el I.er ejército emergió por fin a la llanura del Ruhr, en los primeros días de diciembre, no quedaban esperanzas de una victoria rápida. Los ejércitos de Montgomery, entre tanto, se vieron obligados a dedicar el otoño a limpiar el estuario del Escalda con el fin de abrir Amberes. Esta tarea quizá se podía haber completado en unos pocos días de mediados de septiembre, cuando el enemigo carecía de orden; pero en octubre y noviembre costó semanas de duros combates en terrenos anegados. Una y otra vez, las unidades lanzaron sus ataques por pasos elevados estrechos y abiertos que los exponían al fulminante fuego alemán.

El estuario de Escalda no lo defendía la Panzer SS ni formaciones de infantería de élite, sino la LXX.ª división «Pan blanco», integrada por casos médicos, que un oficial de la marina alemana describió como «una chusma apática e indisciplinada». Pero no hacía falta demasiada pericia para disparar morteros y ametralladoras contra unos atacantes expuestos a la vista de todos; durante varias semanas, estos enfermos, con sus dolencias, frustraron a las mejores tropas del ejército canadiense. El oficial al mando de los Queen's Own Rifles de Canadá describió

> la absoluta miseria de las condiciones y el enorme coraje exigido para hacer las cosas más simples. Los ataques debían realizarse sobre diques barridos por la artillería enemiga. Atravesar el polder significaba vadear, sin posibilidad de ocultación, por un agua que a veces llegaba hasta el pecho. El fuego de mortero, que los alemanes manejaban como maestros, batía todos los puntos de reunión… Para los fusileros era un combate muy peculiar, porque no había grandes batallas decisivas sino sólo una lucha continua e incesante[12].

En su mayoría, los ataques debían realizarlos fuerzas reducidas al tamaño de una sección, que avanzaban en fila de a uno. El fuego automático alemán era tan letal que la proporción de muertos con respecto a heridos era un 50 por 100 más elevada de lo habitual.

Tras una semana de combate en la bolsa de Breskens, una sola brigada canadiense perdió a 533 hombres, entre ellos 111 muertos. A finales de noviembre, una división asignada a la zona había sufrido la baja de 2077 hombres, incluidos 544 muertos o desaparecidos, y la otra tuvo 3650 bajas en treinta y tres días, 405 hombres de cada uno de sus batallones de rifles. Esto representaba un índice de bajas casi tan grave como el que las tropas canadienses padecieron en noviembre de 1917, en la batalla de Passendale,

que por lo general se destaca como una de las peores experiencias de la Primera Guerra Mundial. Incluso los defensores alemanes sin especialización podían conservar una línea en un paisaje en el que los blindados no podían operar, los búnkeres protegían de todo cuanto no fueran impactos directos y el panorama sin árboles impedía toda sutileza táctica.

El asalto anfibio del 1 de noviembre contra la isla de Walcheren fue un asunto desordenado y costoso, que requirió una semana de duros combates antes de que los alemanes se rindieran. El primer convoy aliado que desembarcó en Amberes no llegó hasta el 28 de noviembre; dado el impacto decisivo de los problemas de abastecimiento en los ejércitos aliados desde finales de agosto, y el milagro de que los muelles de Amberes se hubieran conquistado intactos en septiembre, la incapacidad de tomar las vías de acceso por el Escalda se convirtió en la mayor equivocación aislada de toda la campaña. La responsabilidad cabe achacarla a toda la cadena de mando de los Aliados, de Eisenhower hacia abajo. Pero era Montgomery el que tenía la responsabilidad operativa, el general que se tenía a sí mismo por un maestro de la guerra, y es a él a quien debemos atribuir el grueso de la culpa: «En invierno, los estadounidenses habían dejado de reírle las gracias a Monty —dijo el teniente general sir Frederick Morgan— y en los casos de [Bedell] Smith y Bradley… el desprecio había dado paso a un odio activo[13]».

Los Aliados occidentales perdieron una ocasión menor de entrar en Alemania en septiembre —menor, pues la probabilidad sugiere que carecían del potencial de combate suficiente para ganar la guerra en 1944— porque sucumbieron a la euforia del triunfo en Francia. No supieron aportar la energía e imaginación necesarias para improvisar recursos con los que superar sus problemas de abastecimiento, a diferencia de lo que quizá habría hecho un ejército alemán al ataque. También cabe decir que los cuantiosos recursos asignados a las operaciones del Pacífico en 1944, en contra de la estrategia de «Primero, Alemania», negaron a Eisenhower el margen de hombres y barcos que tal vez habría permitido a sus ejércitos asestar un golpe ganador. Tanto el ejército estadounidense como el británico sufrían una escasez crónica de fuerzas de infantería y un sobrepeso de unidades redundantes, anticarro y antiaéreas. En el XXI.er grupo de ejércitos, de Montgomery, estas unidades absorbían a 47 120 hombres muy valiosos, el 7,1 por 100 de la fuerza total, mientras que en Normandía sólo 82 000 de los 662 000 soldados británicos desplegados eran fusileros[14]. En el transcurso del invierno se desmontaron algunas unidades antiaéreas y anticarro y su personal se transfirió a la infantería, pero hasta el final de la campaña fueron demasiado escasos los soldados británicos y estadounidenses que combatían y demasiado numerosos los que desempeñaban papeles marginales. La táctica aliada recibía una influencia negativa tanto más intensa cuanto más

prisioneros quedaban sus ejércitos de sus propios vehículos.

Los angloestadounidenses no supieron convertir una gran victoria en una victoria decisiva y pagaron por ello en los meses de combate que siguieron. Wacht, el periódico del XIX.º ejército alemán, escribió el 1 de octubre:

> A lo largo de toda esta guerra, los ingleses, y más aún los estadounidenses, han intentado evitar que el sacrificio de vidas fuera muy elevado… Aún les da miedo la entrega sin reservas, el verdadero sacrificio del soldado… La infantería estadounidense sólo ataca con una gran punta de lanza blindada y sólo inicia un asalto después de una gran avalancha de bombas y proyectiles. Y si entonces aún se encuentran con resistencia por parte de los alemanes, cancelan el ataque de inmediato y lo intentan otra vez al día siguiente, con su enorme potencia de fuego[15].

Aunque el punto de vista era interesado, no era del todo incorrecto.

En la Europa occidental, el invierno de 1944 resultó ser uno de los más húmedos en varias décadas. Desde el mes de octubre, las condiciones meteorológicas reforzaron a los alemanes e impusieron el estancamiento a lo largo del frente. «Mi querido general: estoy harto hasta no poder más de tanto mal tiempo», escribió Eisenhower a Marshall el 11 de noviembre[16]. Aunque las condiciones eran negativas para todos los combatientes, perjudicaban más a los Aliados porque ellos intentaban avanzar, pero la inundación del terreno impedía moverse con rapidez campo a través; los tanques y otros vehículos se arrastraban penosamente entre un barro que les llegaba hasta el protector de la oruga y el cubo de la rueda; las operaciones aéreas quedaron radicalmente limitadas y los alemanes sacaron partido de todos los obstáculos acuáticos. Los británicos procuraban controlar al máximo el número de bajas, puesto que sus ejércitos se reducían con el agotamiento de las reservas de mano de obra nacional; pasaron el invierno avanzando lentamente por la Holanda oriental, a veces sin progresar nada en varias semanas. Nimega está a menos de sesenta kilómetros de Wesel, pero con el bosque de Reichswald entre medio; pasaron siete meses entre la captura de la antigua ciudad, que se produjo el 20 de septiembre de 1944, y el paso del Rin por Wesel, el 23 de marzo de 1945.

Pese a la enorme celebridad de Patton, su ejército cruzó muy lentamente Alsacia-Lorena y no llegó a la frontera alemana hasta mediados de diciembre. A su derecha, el VI.º grupo de ejércitos del general Jake Devers encontró una resistencia feroz de los alemanes que defendían un perímetro en la orilla occidental del alto Rin, la denominada «bolsa de Colmar». El soldado William Tsuchida, sanitario en los Vosgos, escribió a sus padres:

> Toda esta historia es un verdadero caos. Mi cabeza es una mezcla confusa de incidentes, los miedos básicos de la noche y la espera durante el día. El resto lo olvidaría ahora mismo porque está podrido del todo. Confío en que todos los que en esta guerra tienen tareas cómodas se den cuenta de los horribles días y noches que los hombres del frente tenemos que pasar ahí fuera… A veces entro en tal estado de confusión que me obligo a mí mismo a leer algo en cuanto puedo, como una revista

o una carta vieja. Todo se reduce a preguntarte si deberías comer ahora o mejor más tarde y confiar en que esta noche podrás dormir en un sitio seco y no perder la esperanza de que las bajas se irán reduciendo. Todo es no perder la esperanza, la esperanza[17].

Bill True, soldado de primera de una división aerotransportada, quedó muy emocionado cuando —una tarde, entre las varias batallas de Holanda— una niña se acercó al hoyo que ocupaba junto con otro hombre y les entregó dos almohadas. Fue un gesto minúsculo e inocente hacia las comodidades de la civilización que, de otro modo, parecían inconmensurablemente remotas.

Los Aliados continuaron teniendo dificultades de abastecimiento incluso después de que los barcos empezaran a descargar en Amberes. Los soldados angloestadounidenses requerían alimentos y enseres en una cantidad muy superior a lo que sus enemigos juzgaban necesario; para controlar hasta los objetivos más locales y modestos se empleaba una prodigiosa reserva de munición. Las tropas de Eisenhower que avanzaron por Europa se comportaron mucho mejor que las rusas, pero casi todos los soldados que viven con temor a morir muestran una indiferencia cruel hacia la propiedad ajena; un médico holandés describió su disgusto al ver cómo la ciudad de Venray, situada justo detrás de la primera línea del frente holandés, había sido ocupada por soldados británicos: «No hay palabras para describir lo horrorizado que me sentí al ver que la ciudad había sido saqueada y destruida. Se lo expuse a un oficial inglés, ya mayor, cuyas palabras hablan por sí solas: "Lo siento mucho y estoy muy avergonzado, aquí el ejército ha perdido su reputación[18]"».

La matanza de prisioneros no se institucionalizó nunca, a diferencia del frente oriental, pero los hombres de Eisenhower también cometieron excesos. Un soldado canadiense describió su experiencia en Holanda con una patrulla que capturó a ocho tanquistas alemanes que, habiendo desmontado de su carro, intentaban regresar a sus líneas. Su oficial hablaba buen inglés y los enemigos charlaron algunos minutos sobre el frío y cómo les gustaría poder encender una hoguera. Acababan de pasar por una granja, dijo el oficial, donde quizá hubiera aguardiente y un cerdo. ¿Y si lo asaban? El canadiense dijo, un tiempo más tarde: «La guerra se había acabado para él y me pareció que estaba contento». Pero entonces, de pronto, el teniente que dirigía la patrulla se dirigió al artillero de la Bren y dijo: «Ametrállalos». El oficial alemán que había estado haciendo broma

fue como si corriera un poco hacia delante y cruzó los brazos frente al pecho y dijo algo, y el tío de la Bren la desató sin más… Había dos, creo, que aún se movían como un salmón boqueante, y el tío aquel al que llamábamos «Blanquito», uno de Cape Bretón —lo llamábamos «Blanquito» porque siempre se las daba de lo buen minero que era— les disparó a los dos con su pistola… Probablemente lo añadieron a nuestra historia, supongo, como una patrulla alemana eliminada. Y ninguno le dio mucho a la cabeza… Pero tienes que saber que, un año antes, de haber estado yo ahí, habría vomitado hasta la primera papilla[19].

Las fuerzas aliadas se fueron acercando a la frontera alemana metro a metro y siempre penosamente. Durante un ataque en Alsacia, en el mes de noviembre, a los pocos segundos de encontrarse con el fuego devastador de las metralletas alemanas, el soldado Robert Kotlowitz descubrió que era el único superviviente no herido de su sección:

> Lo que recuerdo de ese momento, cuando empecé a sentir una desorientación total, es el olor de un pegote de barro en las ventanas de la nariz… cómo se me secó de pronto la saliva en la boca y me provocó una deshidratación instantánea; con qué intensidad sentía mi propio cuerpo, como si lo estuviera transportando como una carga; mi cuerpo flaco y atenuado, estirado en el suelo, a la espera; la presencia pesada de unos miembros que salían de ese cuerpo; mi cráneo con el casco, el torso que se agita y la vulnerable entrepierna. Los tiernos genitales hechos un ovillo, como un punto muerto, en la pelvis; y la vejiga inflada, ardiendo… El ruido de las ametralladoras y las armas de bajo calibre, de los hombres que piden ayuda o gritan de dolor o terror: las voces de nuestros propios hombres, al principio irreconocibles, extrañas en la altura y el timbre. Y el zumbido en el interior de mi cabeza, que intenta ahogar los sonidos que proceden de mi alrededor[20].

Kotlowitz quedó inmóvil hasta la noche, cuando lo evacuaron los médicos, que lo consideraron un caso de fatiga de combate. No volvió a servir en la primera línea. El teniente británico Tony Finucane describió cómo un batallón «avanzaba hasta contactar» con el enemigo en Holanda:

> Nos desplegamos por la llanura en lo que parecía (así lo sentíamos) un paseo agradable en una tarde soleada. De pronto, cerca del objetivo, cuando los hombres buscaban sus palas para enterrarse bien antes de que cayera la noche, vimos a un centenar de metros por delante de nosotros a un montón de hombres de gris que avanzaban en una formación similar. ¡Imagínate! ¡Dos batallones cara a cara en un espacio abierto! A los pocos momentos empezó una auténtica batalla de infantería, con sus armas menores, ¡todo un pandemónium! No teníamos artillería de apoyo, el enemigo (al que solíamos llamar entre nosotros «el astuto huno») abrió fuego con lo que parecía un cañón antiaéreo de veinte milímetros. Pero luego, allí, en el pares o nones, nosotros éramos mejores que ellos. Se retiraron casi un kilómetro[21].

Pero cada una de estas escaramuzas, aunque se venciera, causaba una pérdida de impulso y pérdidas irreemplazables para los británicos. Cuando Finucane se encontró al fin en la alemana Cléveris, en diciembre, su sección había quedado reducida de treinta y cinco hombres a tan sólo once. Cuando su general de brigada visitó las posiciones adelantadas y se le contó cuánto se había reducido la fuerza de fusileros, dijo, con un suspiro: «Es lo que le digo una y otra vez al general. Las bajas no parecen muchas si se considera el número total de hombres implicados, pero son todas de tropas de combate[22]». A Alan Brooke se le oyó decir que deseaba que las circunstancias hubieran situado a los británicos a la derecha, y no a la izquierda de la línea de Eisenhower. El jefe del estado mayor imperial general creía que había oportunidades al sur, que el ejército de Montgomery podría haber aprovechado con más eficacia que los estadounidenses[23]. En esto, no hay duda de que se equivocaba. Su punto de vista sólo era reflejo de una

manifestación de mutua desconfianza entre los ingleses y los estadounidenses, que devenía más pronunciada cuando los generales de cada una de las dos naciones examinaban, con aire sombrío, los fracasos y decepciones de la otra.

Aquel invierno, Stalin —no deja de ser curioso— mostró más entusiasmo por la aportación occidental a la guerra que en cualquier período precedente; ello a pesar de las tensiones que provocó entre los aliados la negativa rusa a ayudar a los polacos, enredados en el poco prudente levantamiento de Varsovia. «Este año pasado ha aparecido un nuevo factor en la lucha contra la Alemania de Hitler», dijo en una conferencia del partido el 6 de noviembre, en Moscú,

> el hecho de que el Ejército Rojo no ha estado combatiendo a los alemanes en solitario, como ocurría antes. La conferencia de Teherán no se celebró en vano. Sus resoluciones sobre la ofensiva conjunta contra Alemania por el oeste, el este y el sur se están llevando a cabo con verdadera convicción. No hay duda de que, sin el segundo frente de Europa, que ha implicado hasta setenta y cinco divisiones alemanas, nuestras fuerzas no habrían sido capaces de romper con tanta rapidez la resistencia alemana y de expulsar a los ejércitos alemanes de nuestro país. Igualmente, sin la poderosa ofensiva de verano del Ejército Rojo, que afectó hasta a doscientas divisiones alemanas, nuestros aliados habrían sido incapaces de expulsar con tanta rapidez a los alemanes de la Italia central, Francia y Bélgica. El desafío, clave para la victoria, es mantener a Alemania entre las garras de los dos frentes.

En diciembre, con la llegada de la nieve, los ejércitos de Eisenhower se habían resignado a pasar el invierno temblando de frío y sin reanudar la ofensiva hasta que las condiciones lo permitieran. Para los civiles resulta difícil comprender las penalidades de una existencia en el exterior, semana tras semana y mes tras mes en tales condiciones. «Con la tienda y la ropa mojadas y medio heladas —escribió el soldado estadounidense George Neill —, me sentía tan entumecido que apenas me importaba lo que me pudiera pasar». En su hoyo, y en la oscuridad, «la temperatura llegaba muy por debajo de cero. El fango semihelado del fondo de la trinchera se congeló como una piedra. Nos limitábamos a quedarnos allí en posición fetal y maldecíamos para nosotros mismos… Mis colegas y yo coincidíamos en que sería imposible exagerar qué poca esperanza teníamos, qué pesares pasábamos, qué deprimidos nos sentíamos[24]». Tales fueron las condiciones normales para millones de hombres a los dos lados del frente entre octubre de 1944 y marzo de 1945. La dolencia del «pie de trinchera» se convirtió en endémica, sobre todo en las formaciones cuyo ánimo era escaso y que, por lo tanto, atendían poco a la disciplina higiénica. También era habitual la disentería. El (mal) funcionamiento de los procesos de excreción se convirtió en la obsesión de millones de hombres privados del control de sus intestinos. En las condiciones del campo de batalla, muchos hombres no llegaban a tiempo a una letrina, ni siquiera a bajarse los pantalones antes de defecar.

Si ya era penoso combatir, más penoso aún resultaba hacerlo con ropas

sucias. Para los hombres de los blindados la situación podía ser particularmente indigna. Según el conductor de un carro alemán: «A través de mi ranura de visión exterior, vi muchos espectáculos hilarantes de soldados valerosos que se aferraban, por su vida, a la torreta de un Panzer en movimiento, con los pantalones en los tobillos y apretando los dientes en un intento desesperado de hacer lo que era casi imposible[25]». El infante Guy Sajer perdió el control intestinal durante la retirada del Don y se acostumbró, como todos los compañeros que viajaban en su mismo camión, a dar tumbos entre la nieve sucio de sus propios excrementos. El soldado de primera Donald Schoo sufrió la misma odisea durante la batalla de las Ardenas. Tras defecar en una caja de municiones, de madera, «el trasero te dolía demasiado para limpiarte así que te levantabas los pantalones y volvías al hoyo, sin más. Nadie se quejaba de tu olor porque todos olían mal[26]».

Robert Kotlowitz estaba agazapado en una trinchera, en Alsacia, cuando los intestinos le explotaron de repente. Dio un salto afuera, se bajó los pantalones y se puso en cuclillas. Su compañero gritó: «¡Por Dios santo! ¡Vuelve a tu sitio!». Kotlowitz, absorto en las exigencias de su cuerpo, le miró con pena.

> Entonces hubo el extraño y agresivo ruido de un rifle disparado muy cerca y una bala impactó en el suelo unos pocos pies por detrás de mí, surcando la tierra… Miré hacia delante desde mi posición acuclillada, protegiéndome los ojos con la palma de la mano. Pude ver a un soldado alemán, al que veía de cintura para arriba… a unos doscientos metros de distancia… se estaba riendo. Todo me quedó muy claro: su risa, los detalles de su ropa, los hombros levantados por las hombreras, el cuello alto, la cabeza desnuda. Me pareció incluso verle los dientes… Entonces sonó otro disparo que también falló claramente. Hizo volar la tierra otra vez. Pero ahora yo estaba de pie, agarrándome los pantalones, y al cabo de un segundo estaba en la trinchera… Creo que el hijo de puta falló el tiro a propósito… solo quería divertirse un poco para aliviar el aburrimiento general de aquella tarde y coincidió que yo fui su diversión[27].

Para los que sufrieron heridas intestinales, la indignidad era aún mucho más dura. La enfermera del ejército estadounidense comentó que algunos pacientes de su hospital de campo soportaban la pérdida de miembros con estoicismo, mientras que los que habían padecido una colostomía, a menudo «rompían a llorar al ver sus heces en una bolsa[28]». No había límites a las penalidades provocadas por las balas, los explosivos de gran intensidad, la enfermedad y la vulnerabilidad a los elementos.

En el invierno de 1944, Hitler sabía que se avecinaba otra ofensiva soviética. Hizo caso omiso de las restricciones impuestas por el tiempo y por su propia escasez de recursos y resolvió acometer brutalmente a los ejércitos de Eisenhower antes de encararse con la ofensiva rusa. Aunque sus generales se opusieron enérgicamente, desató una ofensiva occidental en la peor estación del año y en el punto menos esperado para los Aliados: el bosque de las Ardenas, en la frontera de Alemania, Bélgica y Luxemburgo. El objetivo

era llegar a Amberes para dividir el frente aliado. Para tal fin, se crearon dos nuevos ejércitos blindados, se reunió a treinta divisiones nuevas y se almacenaron preciosas reservas de combustible. «Si sois valerosos, diligentes y hábiles —decía una orden del día al helado grupo de los Volksgrenadier, el 16 de diciembre—, montaréis vehículos americanos y comeréis buenos alimentos americanos. Pero si sois estúpidos, cobardes y parados, entonces tendréis que recorrer con frío y hambre todo el camino de aquí al canal de la Mancha.»[29]

Dos días más tarde, el 18, se inició la operación Herbstnebel («Niebla de Otoño») contra el sector más débil del I.er ejército estadounidense, de Hodges. La sorpresa estratégica y táctica fue absoluta y logró abrir una brecha de sesenta y cinco kilómetros de anchura, mientras las tropas estadounidenses, llevadas por el pánico, huían en desbandada frente a la Panzer SS; entre la espesa niebla, las fuerzas aéreas aliadas eran impotentes y veían anulada su capacidad de intervención. A los dos días, las tropas alemanes entraban en tropel por el enorme agujero[*22] abierto en la línea estadounidense. Gran parte de la responsabilidad debe atribuirse al jefe de inteligencia de Eisenhower, el general de división británico Kenneth Strong, que no supo percibir la importancia de la acumulación de fuerzas alemanas en las Ardenas, desvelada por Ultra: Strong le dijo al comandante supremo que las formaciones alemanas identificadas en la zona no hacían más que descansar y reorganizarse. El fallo fundamental, compartido por muchos jefes militares tanto estadounidenses como británicos, fue haberse convencido de que dominaban por completo la campaña y haber dado por sentado que los alemanes no podrían emprender ninguna ofensiva relevante.

El teniente Tony Moody fue uno de los incontables jóvenes estadounidenses que se vieron apabullados por la experiencia de la retirada:

> Al principio, no tenía miedo. Me fui asustando; era la incertidumbre; no teníamos misión, no sabíamos dónde estaban los alemanes. Estábamos muy cansados, sin comida, con poca munición. Había pánico, caos. Si tienes la impresión de que te rodean unas fuerzas abrumadoras, sales huyendo como puedes. No tenía ánimo, me sentía fatal. Estaba congelado. Lo pasaba muy mal. Sólo podía pensar: «Ay, Dios mío, ¿qué me pasa? ¿Cuánto podré aguantar?». De pronto me quedé solo y me alejé de allí, a trompicones. Acabé dando con la base de asistencia de un batallón y me hundí allí mismo… dormí veinticuatro horas. El cerebro hace desaparecer un montón de imágenes pero recuerdas la sensación de desesperanza, de que todo está perdido. Te quieres morir. Sentíamos que los alemanes estaban mejor entrenados, mejor equipados, que eran una máquina de guerra muy superior[30].

«Reinaba el miedo», escribió Donald Burgett. Su formación, la CI.ª división aerotransportada, interpretó un papel clave en la estabilización del frente, mientras veía que los soldados de varias otras unidades huían temiendo por sus vidas. «Cuando el miedo ataca, se extiende como una epidemia, más rápido que un reguero de pólvora. Una vez que echa a correr

el primer hombre, otros no tardan en seguirlo. Entonces se ha acabado todo; pronto hay hordas de hombres que corren con los ojos fuera de las órbitas y guiados por el miedo.»[31] El soldado de primera Harold Lindstrom, de Alexandria, en Minnesota, se desesperó hasta el punto de hallarse a sí mismo contemplando con envidia los cadáveres alemanes: «Transmitían paz. Para ellos, la guerra se había terminado. Ya no pasaban más frío». Sintió incluso punzadas de envidia hacia los compañeros que preferían mutilarse a continuar combatiendo: «Nadie podría saber nunca cuántos accidentes eran genuinos y cuántos provocados por el propio soldado[32]». El comandante de una compañía de infantería escribió sobre una acción emprendida en Stoumont (Bélgica) el día 21: «La niebla era tan intensa que uno de los nuestros se encontró a diez metros de una metralleta alemana antes de darse cuenta… Todo el mundo había llegado hasta su propio límite. Perdían el control hasta los hombres que pensabas que nunca flojearían[33]».

Un infante joven describió las penalidades que pasó a finales de diciembre, cuando hirieron a su compañero de trinchera:

> A Gordon lo cosió una ametralladora desde, más o menos, el muslo izquierdo hasta el lado derecho de la cintura… Me dijo que también le habían dado en el estómago… Estábamos aislados… Estábamos solos en la trinchera, así que los dos sabíamos que se iba a morir. No teníamos morfina. No podíamos aliviar [el dolor] así que intenté dejarle sin sentido. Le quité el casco, le aguanté la mandíbula en alto y le sacudí allí tan fuerte como pude, porque él quería que lo noqueara. No funcionó, así que le golpeé en la cabeza con un casco, y tampoco funcionó. Nada funcionó. Se congeló lentamente hasta morirse, se desangró hasta morirse[34].

Los civiles belgas sufrieron terriblemente en manos de los dos bandos. Los alemanes, durante su breve reocupación de las ciudades y los pueblos liberados, hallaron tiempo para ejecutar a numerosos civiles, o bien porque los consideraban culpables de actuar en la resistencia, o bien, más a menudo, como simple ejemplo para otros. La brutalidad de algunos de los hombres de Model reflejaba una malevolencia característica de 1944-1945: como parecían condenados a perder la guerra, y probablemente la vida, se propusieron privar al mayor número posible de enemigos de los placeres de sobrevivir en libertad. El bombardeo y la artillería aliados agravaron las penalidades de los civiles: si por ejemplo en la pequeña población de Houffalize murieron 192 personas, todas, salvo ocho, perecieron por el bombardeo aliado. Veintisiete víctimas no habían cumplido los quince años y los supervivientes quedaron entre las ruinas y el pesar. Veinte habitantes de la aldea de Sainlez, próxima a Bastogne, murieron por las bombas que redujeron todas las casas a un cascarón; entre ellos había ocho miembros de la familia Didier: Joseph, de cuarenta y seis años; Marie-Angèle, de dieciséis; Alice, de quince; Renée, de trece; Lucile, de once; Bernadette, de nueve; Lucien, de ocho; y Noël, de seis[35]. En todas las zonas de batalla de Bélgica y Luxemburgo hubo un

saqueo feroz, tanto por parte de los soldados aliados como de los alemanes.

Si las unidades acorazadas de Model exultaban por sus primeros éxitos, los comandantes aliados quedaron horrorizados y conmocionados. El despliegue de unos pocos grupos de alemanes anglohablantes con uniformes estadounidenses, dirigido por Otto Skorzeny, provocó una epidemia de «pavor a la quinta columna» que movió a los estadounidenses a ejecutar a todos los soldados enemigos que capturaban así disfrazados. Un asalto aéreo contra los aeródromos aliados, el día de Año Nuevo, costó trescientos aviones a la Luftwaffe, pero sólo destruyó 156 aparatos británicos y estadounidenses que se sustituyeron con facilidad. Las incursiones siguieron inquietando a los comandantes de Eisenhower, pero, en realidad, la situación estratégica de los ejércitos angloestadounidenses nunca fue tan mala como pensaron —o se convencieron a sí mismos de que debían pensar— los que se hallaban en el ojo del huracán. Disponían de recursos en cantidad, mientras que los alemanes sufrían una carencia extrema de tanques, aviones, combustible y operarios cualificados. Por detrás de las formidables divisiones Panzer SS había una infantería bastante incapaz de exhibir la agresividad apabullante que tantas victorias había proporcionado a la Wehrmacht en 1940-1941. Las dificultades logísticas de abastecer las puntas de lanza alemanas a través de los desfiladeros de las Ardenas eran inmensas; a los pocos días, los tanques de Model quedaron limitados por la escasez de combustible.

Suficientes unidades estadounidenses resistieron con tenacidad, sobre todo en los «hombros» de la cuña alemana, que eran cruciales, lo que impidió que la derrota parcial se convirtiera en una derrota apabullante. Se envió adelante a reservas estadounidenses, entre los que destacaron dos divisiones aerotransportadas. Uno de los soldados de Bradley vio cómo los supervivientes de un enfrentamiento enconado en Cheneux, entre los días 20 y 21, se retiraban del frente:

> Los restos destrozados del primer batallón se arrastraban carretera abajo con desorden e indiferencia. ¡Qué contraste más terrible con el batallón feliz que, tan sólo dos días antes, había remontado aquella misma carretera bromeando y con ganas de luchar! Sin afeitar, con los ojos rojos, cubiertos de barro de la cabeza a los pies y mirando al frente sin expresión. Nadie hablaba… Habían escrito una página en la historia de la que casi nadie sabría nunca nada… tal era la confusión de lugares, unidades y hechos que se había lanzado al caldero de la bruja, pues eso y no otra cosa era esta batalla[36].

Los Aliados tenían a mano un alivio importante, al poder introducir refuerzos en el frente, mientras que la situación de los alemanes empeoraba hora a hora a medida que la artillería estadounidense los atacaba con bombardeos aniquiladores. El suboficial mayor de la SS Karl Leitner describió así su propia experiencia del 21 de diciembre:

> Mi sargento y yo saltamos a una trinchera. Unos diez minutos más tarde, un proyectil impactó a la derecha de nuestra posición, probablemente contra un árbol. Mi sargento recibió lo que seguro que era una herida grave en el pulmón: dio un grito ahogado y, al poco rato, murió. A mí me impactó metralla en la cadera derecha. Entonces un proyectil explotó en un árbol, por detrás de mí. Un fragmento de metralla me alcanzó en el tobillo izquierdo y otros fragmentos me hicieron cortes en el tobillo y el pie derechos. Logré ocultarme a medias bajo mi compañero muerto… Fragmentos de otro proyectil me hirieron en la parte superior del brazo izquierdo[37].

Leitner tardó varias horas en ser rescatado y conducido a un puesto de socorro, y en todo ese tiempo, la descarga estadounidense no se detuvo.

A Montgomery se le dio el mando del sector septentrional del frente y desplegó fuerzas formidables y dispuestas a encararse con los alemanes si llegaban hasta la línea de los blindados británicos, lo cual, en la mayoría de los casos, no ocurrió. El 22 de diciembre, las condiciones meteorológicas se aclararon lo suficiente para que las fuerzas aéreas aliadas pudieran volar, con consecuencias devastadoras para los Panzer. La vanguardia blindada alemana avanzó casi cien kilómetros, en su extremo más occidental, Foy-Notre-Dame; pero el 3 de enero los ejércitos de Patton y Hodges contraatacaban por el norte y el sur, mientras que los tanques de Model habían agotado no sólo el combustible, sino también el impulso. El día 16, las dos pinzas estadounidenses superaron la profunda capa de nieve, así como al enemigo, para reunirse en Houffalize. Los alemanes habían sufrido cien mil bajas entre los quinientos mil hombres asignados a la operación y habían perdido casi todos sus tanques y aviones. El capitán de infantería Rolf-Helmut Schröder dijo, sobre su parte en la batalla de las Ardenas: «Terminamos la batalla donde la habíamos empezado y entonces lo supe: esto es todo[38]». En enero de 1945, Schröder reconoció que era inevitable que Alemania perdiera la guerra, algo que se había negado a admitir un mes antes.

Los Aliados no supieron hallar el coraje necesario para intentar cortar la retirada alemana, por lo que las fuerzas de Model se replegaron en buen orden y las estadounidenses las siguieron, más que acosarlas. Eisenhower se contentó con restaurar su frente después de haber sufrido la conmoción más traumática de la campaña europea noroccidental. La batalla de las Ardenas dejó un legado de cautela entre algunos comandantes, que perduró hasta el fin de la guerra. «Los estadounidenses no se crían entre el desastre, como hacen los británicos, para quienes esto sólo fue un incidente más en la inevitable dureza del camino hacia la victoria final», comentó con ironía sir Frederick Morgan[39].

«El registro de logros nos habla, en lo esencial, de una laboriosidad anodina —escribió el magistral historiador estadounidense Martin Blumenson—. Por lo general, los comandantes eran más eficientes que arrojados y más prudentes que atrevidos, con la notable excepción de George

S. Patton, por descontado.»[40] Pero si la reputación de Patton como personaje enérgico se amplió por lo que contribuyó a restaurar el frente de las Ardenas, su instintiva falta de discreción no se redujo en nada: mientras visitaba un hospital de campo, metió la pata de un modo que casi rivalizaba con su comentario sobre los casos de fatiga de combate en Sicilia. Tras preguntar a un soldado cómo se había herido, explotó al oír su respuesta: «Me disparé en el pie». La víctima, que tenía el tobillo destrozado, replicó: «Mi general, he estado en África, en Sicilia, en Francia y ahora en Alemania. Si hubiera querido recurrir a esto para librarme del servicio, lo habría hecho mucho antes». Patton se disculpó: «Lo siento, hijo, me he equivocado[41]».

La víctima más grave de la ofensiva de las Ardenas fue el pueblo alemán. Ahora la mayoría sólo ambicionaba que fueran los Aliados occidentales, y no los rusos, quienes ocuparan sus pueblos y ciudades. Después de las intensas emociones de diciembre, sin embargo, las operaciones de Eisenhower se caracterizaron por la prudencia estratégica; el avance posterior de sus ejércitos en el interior de Alemania fue lento, influido por una malsana obsesión por no exponer los flancos a eventuales contraataques. Entre tanto, los rusos, en el este, se beneficiaron sobremanera de las pérdidas de Hitler: cuando lanzaron su propia gran ofensiva el 12 de enero, muchos de los tanques alemanes que podrían haber contenido su avance habían quedado destruidos en el frente occidental. La batalla de las Ardenas, al aniquilar las reservas blindadas de Hitler, apresuró el fin de Alemania, y no de un modo que favoreciera al pueblo. Aseguró que fuera el Ejército Rojo, antes que los estadounidenses y británicos, quien encabezara el camino a la capital de Hitler. Hasta el 28 de enero de 1945, las fuerzas de Eisenhower no ocuparon de nuevo el frente que habían controlado antes de que Hitler lanzara la Operación Niebla de Otoño.

Mientras la batalla por las Ardenas dominaba los titulares de gran parte del mundo, en Italia los angloestadounidenses continuaron con su desagradecido combate por remontar la península metro a metro. Muchos soldados aliados se sintieron cada día más molestos al creer que estaban sufriendo privaciones terribles a cambio de un reconocimiento escaso y con un propósito dudoso. En algunas unidades, la disciplina se tornó precaria. En el batallón de infantería del teniente Alex Bowlby, una sección formó para representar una protesta colectiva cuando se supo que un oficial al que despreciaban había sido recomendado para una Cruz Militar. La recomendación se canceló[42], pero Bowlby notaba que sus hombres no estaban lejos de amotinarse y mostraban pocas ganas de participar en patrullas ni ataques. Se ha apuntado que quizá la unidad de Bowlby fuera especialmente débil; y que algunos regimientos mostraron un ánimo más elevado y una resolución más firme, lo que sin duda es cierto. Pero en

ocasiones era difícil convencer a los soldados de que arriesgaran sus vidas —o, de hecho, las sacrificaran— cuando sabían que el resultado de la guerra se estaba determinando en otros lugares.

La última fase de la campaña italiana, en la primavera de 1945, fue de lejos la mejor dirigida, porque los Aliados —no sin retraso— nombraron buenos generales. Lucian Truscott sucedió a Clark en el V.º ejército estadounidense, en diciembre de 1944, y Richard McCreery sustituyó a Oliver Leese en el VIII.º ejército británico; tanto Truscott como McCreery exhibieron una imaginación de la que sus predecesores carecieron, a todas luces, sobre todo con miras a evitar los ataques frontales. El avance por el valle del Po —sin duda, contra fuerzas alemanas muy debilitadas— fue todo un logro militar, aunque llegara demasiado tarde para influir en el final de la partida bélica.

Pero en Italia había combatientes que tenían razones especiales para poner en duda el valor de la campaña: la conferencia de Yalta había dejado claro que, cuando se consiguiera la victoria, Polonia sería regida por un gobierno comunista y el este del país pasaría a manos rusas. El 13 de febrero, el comandante del cuerpo polaco en Italia, el general Władysław Anders, envió una carta a su comandante en jefe británico, en la que reflejaba los sacrificios realizados por sus hombres de 1942: «A lo largo de nuestro camino, que considerábamos nuestra ruta de batalla hacia Polonia, hemos ido dejando miles de tumbas de nuestros compañeros de armas. En consecuencia, los soldados del XI.º cuerpo polaco entienden que esta última decisión de la conferencia de las Tres Potencias es una injusticia gravísima… Ahora este soldado me pregunta cuál es el objeto de esta lucha, y, en el día de hoy, no soy capaz de darle respuesta a esa pregunta[43]». Anders sopesó seriamente la idea de retirar su cuerpo del frente aliado, hasta que McCreery le disuadió de ello. Los polacos se aferraron a la débil esperanza de que su contribución en combate a la causa aliada pudiera aún comportar alguna modificación a lo acordado en Yalta, más positiva para sus intereses. Pero la realidad, por descontado, era que cada una de las naciones conquistadoras arbitraría el futuro de los países que ocupara al modo que le pareciera más apropiado. Los soldados de Stalin ya estaban en Polonia —por la que habían entrado en guerra Reino Unido y Francia— cuando los ejércitos occidentales aún estaban muy lejos.

24

La caída del Tercer Reich

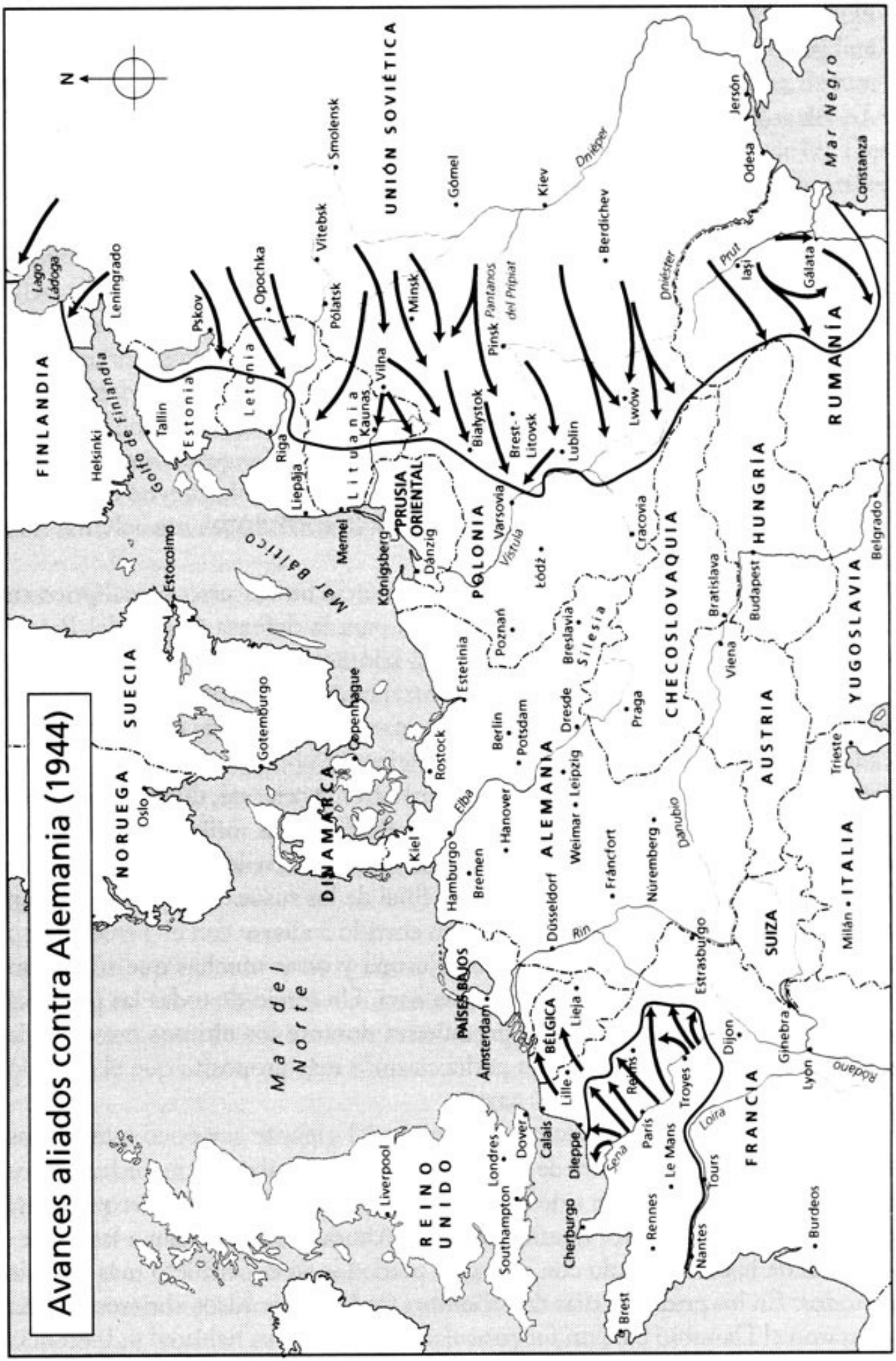
I. Budapest: en el ojo de la tormenta

A finales de octubre de 1944, Himmler pronunció un discurso apocalíptico en la Prusia Oriental, que preparaba la escena para la defensa última del Reich: «Nuestros enemigos deben saber que cada kilómetro que intenten avanzar en nuestro país les costará ríos de sangre. Entrarán en un campo de minas humanas formado por combatientes fanáticos e insobornables; cada edificio urbano, cada aldea, cada granja, cada bosque será defendido por hombres, chicos y ancianos y, si es preciso, mujeres y niñas». En el frente oriental, durante los meses posteriores, su visión se cumplió en buena medida: 1,2 millones de soldados alemanes y aproximadamente un cuarto de millón de civiles murieron durante la vana batalla por impedir la arremetida final de los rusos. También murieron muchas personas cuyos gobiernos habían corrido a aliarse con el Tercer Reich en los años en los que éste dominaba Europa y otras muchas que se habían presentado voluntarias a servir a la causa nazi. Un tercio de todas las pérdidas alemanas en el frente oriental se produjeron durante los últimos meses de la guerra, cuando su sacrificio ya no podía cumplir más propósito que el acuerdo de autoinmolación de los líderes nazis.

Entre los que se hallaron en el camino del gigante soviético estaban los nueve millones de habitantes de Hungría, que se deleitaban en recordarse unos a otros que su nación había sido derrotada en todas las guerras en las que había participado en los últimos quinientos años. Ahora se enfrentaban a las consecuencias de haberse casado con el bando perdedor en el conflicto

más terrible de todos. En los primeros días de diciembre de 1944, los rusos abrieron brecha y pasaron el Danubio bajo un fuego asolador, pero con su habitual indiferencia a las bajas. Un húsar húngaro que contemplaba los cadáveres amontonados en la orilla se volvió hacia su oficial y dijo, asombrado y conmocionado: «Mi teniente, señor, si es así como tratan a sus propios hombres, entonces, ¿qué les harán a sus enemigos?»[1]. Después de que los soviéticos atacaran al norte de Budapest, los defensores arrastraron una figura que se retorcía cerca de su alambrada. Un húngaro escribió:

> El joven soldado, con la cabeza afeitada y pómulos de mongol, yace de espalda. Sólo mueve la boca. Le faltan las piernas y los antebrazos. Los muñones están cubiertos por una gruesa capa de tierra, mezclada con sangre y mantillo. Me inclino hacia él. «Budapest… Budapest…», susurra, en los estertores… Quizá esté teniendo una visión de una ciudad de rico botín y mujeres hermosas… Entonces, sorprendiéndome a mí mismo, saco mi pistola, la apoyo en la sien del hombre y disparo[2].


Avances aliados contra Alemania (1944)
N
FINLANDIA
Helsinki
Golfo de Finlandia
Lago Ládoga
Leningrado
Tallin
Estonia
Letonia
Pskov
Opochka
Riga
Liepāja
Vitebsk
Smolensk
Pólatsk
UNIÓN SOVIÉTICA
Gómel
Minsk
Vilna
Kaunas
Lituania
Kiev
Dniéper
Pinsk
Pantanos del Pripiat
Białystok
Brest-Litovsk
Lublin
Berdichev
Lwów
Dniéster
Prut
Iaşi
Gálata
Jersón
Odesa
Mar Negro
Constanza
RUMANÍA
Mar Báltico
Estocolmo
SUECIA
Gotemburgo
NORUEGA
Oslo
Copenhague
DINAMARCA
Kiel
Rostock
Königsberg
Memel
PRUSIA ORIENTAL
Danzig
Varsovia
Vístula
POLONIA
Łódź
Poznań
Estetinia
Berlin
Potsdam
Hamburgo
Bremen
Hanover
Elba
ALEMANIA
Breslavia
Silesia
Dresde
Weimar
Leipzig
Francfort
Núremberg
Danubio
Cracovia
CHECOSLOVAQUIA
Praga
Bratislava
Viena
Budapest
HUNGRÍA
AUSTRIA
Belgrado
YUGOSLAVIA
Trieste
Milán
ITALIA
SUIZA
Estrasburgo
Gijebra
Lyón
Ródano
Dijon
Rin
Düsseldorf
Lieja
BÉLGICA
PAÍSES BAJOS
Amsterdam
Mar del Norte
Lille
Calais
Dover
Londres
Southampton
Liverpool
REINO UNIDO
Dieppe
Sena
Reims
Troyes
París
Le Mans
Loira
Tours
Nantes
Rennes
Cherburgo
Brest
FRANCIA
Burdeos

Poco después, la capital húngara se convirtió en centro de una de las batallas más brutales de la guerra, que apenas despertó interés en el oeste porque coincidió primero con la ofensiva hitleriana de las Ardenas y luego con la gigantesca ofensiva rusa, más al norte. Durante los últimos días de diciembre, el segundo frente ucranio del mariscal Rodion Malinovsky se aseguró el control de la ciudad. La capa de nieve era muy espesa. Tras un golpe de estado, promovido por los nazis, que evitó que el gobierno húngaro pudiera rendirse a Stalin, el país cayó en manos de un régimen fascista apoyado por la brutal milicia de la Cruz Flechada. El ejército continuó luchando junto a los alemanes, pero el flujo constante de desertores da fe del dudoso entusiasmo de sus soldados.

La población civil, curiosamente, no prestó atención a la catástrofe que se avecinaba: en Budapest, los teatros y cines permanecieron abiertos hasta el Año Nuevo. Durante una representación de Aída en el Teatro de la Opera, el 23 de diciembre, un actor vestido de soldado apareció frente a la cortina. Ofreció saludos del frente a la platea semivacía, dijo alegrarse de que todo el mundo estuviera más tranquilo y esperanzado que unas semanas atrás «y prometió que Budapest seguiría siendo húngara y que nuestra maravillosa capital no tenía nada que temer», según la versión de un espectador[3]. Las familias decoraron los árboles de Navidad con las «ventanas»: las cintas de papel de plata que los bombarderos británicos y estadounidenses arrojaban para confundir los radares alemanes. Del millón de habitantes de la ciudad, muchos desdeñaron las ocasiones de huir hacia el oeste, haciendo caso omiso del desastre próximo. Algunos ansiaban recibir a los rusos como libertadores: tras oír a corta distancia los cañones de Malinovsky, el político liberal Imre Csescy escribió: «He aquí la más bella música de Navidad. ¿De veras están a punto de liberarnos? Que Dios nos ayude y ponga fin al gobierno de estos mañosos[4]».

Stalin había ordenado la captura de Budapest y al principio confiaba en lograrlo sin necesidad de batalla: incluso cuando los rusos habían completado casi del todo el sitio de la ciudad, dejaron abierto un paso por el oeste, por donde pudiera retirarse la guarnición de la ciudad. Guderian, comandante del grupo de ejércitos Sur, quería abandonar la ciudad; pero Hitler, como era de esperar, insistió en que se la defendiera hasta el último hombre. Así, unos cincuenta mil soldados alemanes y cuarenta y cinco mil húngaros mantuvieron sus posiciones aun sabiendo desde el principio que su suerte estaba echada; un batallón de artillería de la II.ª división SS estaba formado por ucranios vestidos con uniformes polacos e insignias alemanas. De la XXII.ª división de caballería de la SS se dijo que estaba «totalmente desmoralizada» y tres regimientos húngaros de la policía de la SS se clasificaron como «dignos de escasísima confianza». El general Karl Pfeffer-

Wildenbruch, al mando de las fuerzas alemanas, no salió de su búnker durante seis semanas y mostró un pesimismo sin reservas. Un general húngaro estaba tan molesto por las incesantes deserciones de sus hombres que declaró con altivez que «no pensaba arruinar su carrera» y dimitió del puesto, declarándose enfermo[5].

Sin embargo, como tan a menudo, cuando se inició la batalla los combatientes quedaron atrapados en una lucha por la supervivencia que alcanzó un impulso propio. El 30 de diciembre, un millar de cañones rusos iniciaron una descarga contra Budapest que se mantuvo durante diez horas diarias, con ataques aéreos intercalados. Los civiles se apiñaban en los sótanos, que ofrecían una protección deficiente contra la incineración o la asfixia. A los tres días, los tanques y la infantería rusos empezaron a presionar, reduciendo el perímetro alemán en la orilla danubiana de Pest, al mismo tiempo que entraban en Buda metro a metro.

Un oficial de artillería húngaro, el capitán Sándor Hanak, esperaba el ataque el 7 de enero desde el otro lado de una valla de madera del hipódromo de la ciudad. «Los rusos… venían por el camino a descubierto y cantando, cogidos del brazo… supongo que en un estado alcohólico. Derribamos la valla a patadas y lanzamos granadas de fragmentación y descargas de metralleta contra el colectivo. Corrieron hacia las tribunas, donde se produjo un terrible baño de sangre cuando los cañones de asalto empezaron a disparar a las filas de asientos, una por una. Los alemanes les calcularon ochocientos muertos.»[6]

Cuando al fin se perdió la cabeza de puente del Pest y se dinamitaron los puentes del Danubio, en Buda se luchó calle por calle y casa por casa. En algunos lugares los rusos llevaban por delante de sí a los prisioneros, que gritaban con desesperación: «¡Somos húngaros!», antes de recibir el fuego de uno y otro bando. Se dio el extraño caso de un grupo de setenta rusos que desertaron para unirse a los defensores, asegurando que tenían más miedo de retirarse —y enfrentarse a las metralletas del NKVD, por detrás de su propio frente— que de avanzar y rendirse[7]. Los aliados involuntarios de Stalin sufrieron sobremanera: el 16 de enero, el VII.º cuerpo rumano comunicó que desde octubre había padecido la baja de 23 000 muertos, heridos y desaparecidos, esto es, más del 60 por 100 de su fuerza; su comandante fue condenado a diez años de trabajos forzados en Siberia por esta «insubordinación».

Los rusos alistaban a civiles infortunados para que transportaran la munición bajo el fuego enemigo. Por las calles avanzaban a buen ritmo, pero cuando se veían obligados a cruzar espacios abiertos barridos por las armas alemanas y húngaras, sufrían masacres y altos repetidos. Más difícil aún era la situación de los defensores, sin embargo: el soldado Dénes Vass trepó por

el montón de heridos civiles y militares dispuestos a lo largo de los pasillos del puesto de mando de su unidad. Una mano se levantó y lo agarró del abrigo. «Era una chica de entre dieciocho y veinte años, de pelo rubio y cara bonita, que me rogó, con un susurro: "Saca la pistola y mátame". La miré con más atención y me di cuenta, con horror, de que le faltaban las piernas.»[8]

El hambre atormentaba a hombres, mujeres y niños. Los veinticinco mil caballos de la guarnición sirvieron de alimento. Sólo catorce de los dos mil quinientos animales del zoo de la ciudad sobrevivieron; los otros murieron por el fuego soviético o se los mató por su carne. Durante varias semanas, un león vagó por los túneles del metro, hasta que fue capturado por un equipo soviético constituido con esa función. Tras una conferencia en el cuartel general el 26 de enero, un oficial alemán escribió: «Al dejar la sala tras la reunión, varios comandantes lamentan abiertamente la terquedad de Hitler. Incluso algunos de la SS están empezando a dudar de su liderazgo[9]». El principal general húngaro informó al ministro de Defensa el 1 de febrero: «Situación de abastecimiento, intolerable. Menú para los próximos cinco días, por cabeza y día: 5 g manteca, 1 rebanada de pan y carne de caballo… Tropas infestadas de piojos, cada vez peor, sobre todo entre heridos. Seis casos ya de tifus[10]». La Luftwaffe mantuvo algunos vuelos de abastecimiento, cuyo producto, además de escaso, cayó en muchos casos entre las líneas rusas. A los civiles hambrientos se los fusilaba ipso facto si se los hallaba saqueando los contenedores de alimentos lanzados con los paracaídas. En la sala de maternidad de un hospital, las enfermeras pegaban a los bebés huérfanos a sus pechos, para proporcionarles al menos calor humano mientras los desventurados infantes privados de alimento se acercaban a su muerte.

Durante el sitio de la ciudad, continuó la persecución y el asesinato de los judíos de Budapest: en la mañana del 24 de diciembre, la milicia de la Cruz Flechada condujo hasta el hogar de acogida de los niños judíos de la calle Munkácsy Mihály, en Buda, e hizo marchar a los internos y sus cuidadores hasta el patio de los barracones de Radetsky, a poca distancia, donde se los hizo ponerse en fila ante una ametralladora. A este grupo lo salvó un movimiento súbito de las tropas rusas, que provocó que los ejecutores en ciernes se dieran a la fuga; pero los padres de aquellos niños ya habían sido deportados y asesinados. A muchos otros judíos se los llevó ante pelotones de fusilamiento a orillas del Danubio, donde un puñado logró escapar arrojándose a las heladas aguas del río.

Un oficial del ejército húngaro censuró a un adolescente de la Cruz Flechada por apalear a una mujer de una columna que se dirigía a su punto de ejecución: «¿Es que no tienes madre, hijo? ¿Cómo puedes hacer esto?». El chico replicó sin inmutarse: «Es sólo una judía, viejo[11]». Se calcula que entre mediados de octubre de 1944 y la caída de la ciudad, 105 453 judíos murieron

o desaparecieron de Budapest. Entre los supervivientes, las condiciones se tornaron horripilantes. Un testigo describió esta escena vista en un gueto:

> En la estrecha calle de Kazinczy, hombres debilitados y cabizbajos empujaban una carretilla. Sobre aquel aparato traqueteante iban dando tumbos cadáveres humanos desnudos, amarillos como la cera, y un brazo rígido con moratones oscilaba y chocaba contra los rayos de la rueda. Se pararon frente a los baños de Kazinczy… detrás de la fachada envejecida se apilaban los cuerpos, helados y rígidos como piezas de madera… Crucé la plaza de Klauzál. En el centro había varias personas acuclilladas o arrodilladas en torno de un caballo muerto, al que arrancaban la carne con cuchillos. Del cuerpo abierto y mutilado sobresalían los intestinos, amarillos y azules, semejantes a gelatina y con un brillo helado[12].

El diplomático sueco Raoul Wallenberg, que se encontraba entre los atrapados en Budapest, intentó detener las masacres de judíos, advirtiendo a los comandantes alemanes que se les responsabilizaría por ello. Pero las matanzas continuaron, en ocasiones con la participación de oficiales de la policía húngara, enviados para proteger a los judíos. Wallenberg murió a manos de los rusos.

A comienzos de febrero, cuando las bajas alemanas eran cada vez mayores y el abastecimiento, cada vez menor, buena parte de Budapest había quedado arrasado. Había incendios en mil lugares e iban sucumbiendo palacios, residencias privadas, edificios públicos y bloques de pisos. A todas horas se oían explosiones y fuego de artillería. Los heridos gritaban mientras los aviones soviéticos bombardeaban desde baja altura y los cazaban allí donde se encontraban, sin poder evitarlo. En una calle, un cañón anticarro aparecía camuflado grotescamente con alfombras persas extraídas del atrezo del Teatro de la Opera. Caballos aterrorizados, mujeres sollozantes y soldados desesperados buscaban protegerse ora en desbandada, ora formando una piña.

El dominio de la ciudad se disputaba en una docena de puntos al mismo tiempo. Los edificios cambiaban de manos varias veces, entre ataques y contraataques. Cada vez desertaban más soldados húngaros, pero los rusos les ofrecían poca elección: o bien se unían al Ejército Rojo para combatir contra sus antiguos camaradas o bien se enfrentaban a la deportación a Siberia. A los primeros se les proporcionaban, como identificación, cintas rojas para la gorra, cortadas de la seda de los paracaídas, y se los enviaba a la batalla sin más demora. Los rusos trataban a estos renegados con una camaradería sorprendente: el comandante de un cuerpo de fusileros, por ejemplo, invitó a cenar a oficiales húngaros. Acabada la guerra, se averiguó que el índice de muertes había sido similar entre los que eligieron la cautividad y los que se unieron al Ejército Rojo. Entre un caos de lealtades, los grupos de la resistencia comunista húngara intentaron ayudar a los soviéticos, sobre todo matando a jefes y soldados de la Cruz Flechada. A

finales de enero, numerosos disidentes encarcelados fueron fusilados por sus compatriotas en la terraza del Palacio Real, en la mayoría de los casos, después de torturarlos.

El 11 de febrero de 1945, la resistencia de Buda se hundió. El comandante de la artillería antiaérea húngara desarmó a los alemanes en su cuartel general del hotel Gellert, levantó una bandera blanca y ordenó a sus hombres que ejecutaran a los que no aceptaran la paz e intentaran prolongar la resistencia. Aquella noche, los restos de la guarnición y sus oficiales más destacados intentaron huir, algunos en grupos pequeños, otros en multitud. En su mayoría fueron segados por el fuego soviético, que apelotonó cadáveres en los espacios abiertos. El comandante de una división de caballería de la SS y tres de sus oficiales optaron por el suicidio cuando se evidenció que no podrían escapar. Otros veintiséis hombres de la SS se dispararon a sí mismos en el jardín de una casa de la calle Diósárok. El comandante de una división de Panzer murió por el fuego de una metralleta soviética. El viejo coronel húngaro János Vértessy tropezó y cayó de cara al suelo mientras corría por una calle, lo que le supuso perder el último diente. «Hoy no es mi día», dijo, amargado, a la vez que recordaba que se cumplían treinta años de la ocasión en que, siendo piloto en la Primera Guerra Mundial, fue derribado y apresado. Poco después, el Ejército Rojo lo capturó y ejecutó sumariamente.

En los sótanos del Palacio Real había dos mil heridos. En palabras de un testigo que se los encontró: «Pus, sangre, gangrena, excrementos, sudor, orina, humo de tabaco y pólvora se mezclan en un hedor muy intenso[13]». El pánico y el conflicto entre facciones también afectó a las fuerzas condenadas. Dos soldados entraron de golpe en la sala donde unos cirujanos acababan de abrir el estómago de un herido y empezaron a dispararse el uno al otro sobre la mesa de operaciones. En el cuartel del general Pfeffer-Wildenbruch, un joven suboficial se vistió con el uniforme abandonado de su comandante y, al cabo de poco, un soldado enloquecido lo mató a tiros. En los edificios públicos de la ciudad, los rezagados vagaban entre pinturas rajadas, porcelana destrozada, muebles rotos y posesiones personales abandonadas. Había incendios sin control por todas partes.

Algunos defensores intentaron escapar por las alcantarillas, a la luz de las velas, caminando por aguas sucias que a veces les llegaban hasta la cintura, mientras por encima seguían oyéndose los sonidos de la batalla desesperada. Encontraron el cadáver de una mujer hermosa, vestida con elegancia —medias de seda, abrigo de piel— y aún aferrada a su bolso. Hablaron sobre quién podría ser. Tras avanzar varios cientos de metros, sin embargo, el nivel del agua era tan alto que no pudieron pasar. En su mayoría, incluido Pfeffer-Wildenbruch, tuvieron que trepar por los pozos de inspección hasta la calle,

donde pronto los apresaron los soviéticos. Se calcula que unas dieciséis mil personas, entre soldados y civiles, huyeron a las colinas circundantes, donde permanecieron escondidos o vagaron por la zona. Algunos capturaron un carromato soviético, cargado de pan, que desató un tiroteo entre ellos por la posesión del contenido. Otros, que siguieron caminando penosamente hacia el oeste, emergieron de los bosques a la zona descubierta de la cuenca de Zsámbék. Aquí sus figuras destacaban sobre la nieve y hubo cientos de muertos por las balas de las metralletas y los francotiradores soviéticos. En la ciudad también murieron multitudes desesperadas. Según escribió un oficial soviético: «Los hitlerianos continuaron avanzando hacia la salida de la ciudad, pese a las cuantiosas bajas, pero pronto empezaron a intervenir nuestros lanzacohetes múltiples, que disparaban a quemarropa. Fue una visión terrible[14]». Sólo unos setecientos hombres de los 43 900 de la guarnición militar de Budapest llegaron al frente alemán, más al oeste, el 11 de febrero; del resto, 17 000 habían muerto y otros 22 000 había caído prisioneros.

Sobre Budapest cayó un silencio letal. Lásló Deseö, un chico de quince años, regresó a la vivienda de su familia después de que la hubieran saqueado los primeros rusos. «Al pasar por las habitaciones te entraban ganas de gritar. Hay ocho caballos muertos. Las paredes están rojas de sangre hasta la altura de un hombre, todo está lleno de mugre y escombros. Todas las puertas, los armarios, los muebles y las ventanas están rotos. No queda yeso. Piso los caballos muertos y los noto suaves y elásticos. Si saltas sobre ellos, unas burbujas pequeñas silban y salen ensangrentadas por las heridas de bala».

Sin perder la cautela, los supervivientes comenzaron a arrastrarse fuera de los escombros. Les desconcertaba el comportamiento caprichoso de los vencedores: a veces, al entrar a los apartamentos, los rusos mataban a familias enteras; a veces se echaban a jugar con los juguetes y se marchaban pacíficamente. Un escritor húngaro calificó así a los conquistadores: «Eran simples y crueles como niños. Con los millones de personas aniquiladas por Lenin, Trotsky, Stalin o en la guerra, la muerte se había convertido, para ellos, en un asunto cotidiano. Mataban sin odio y se dejaban matar sin resistencia[15]». Hubo muchas ejecuciones, sobre todo de rusos atrapados con uniformes alemanes. También se fusiló a algunos carteros y conductores de tranvía, cuando los rusos confundían sus ropas con las de los milicianos de la Cruz Flechada. Se produjo un saqueo sistemático de colecciones de arte y depósitos bancarios, bajo los auspicios del NKVD; destaca el robo a los grandes coleccionistas judíos, cuyo botín se envió a Moscú. Una gran proporción de las mujeres que sobrevivieron a la conquista de Budapest —de todas las edades, de los diez a los noventa años, y sin excluir a las

embarazadas— fueron violadas por los soldados del Ejército Rojo. La penalidad de las víctimas se agravaba por el hecho de que muchos de los violadores estaban enfermos y en toda Hungría faltaban medicinas. El obispo Joseph Grosz escribió con desconsuelo: «Así debían de ser las cosas en Jerusalén cuando el profeta Jeremías expresó sus lamentos».

Los comunistas húngaros suplicaron al mando soviético que frenara a sus soldados. A finales de febrero, una de estas peticiones rezaba así:

> No sirve de nada elogiar al Ejército Rojo en los pósteres, el partido, las fábricas y cualquier otro lugar, si ahora, a los hombres que han sobrevivido a la tiranía, los soldados rusos los conducen por los caminos como ganado, dejando tras de sí una estela de cadáveres. A los camaradas enviados al campo para favorecer la distribución de la tierra, los campesinos les preguntan que de qué van a servirles las tierras, si los rusos se han llevado sus caballos de los prados. ¡No van a arar con la nariz!

Sin embargo, las protestas fueron en vano. Stalin había decretado que, a cambio de sus sacrificios, los soldados merecían la justa recompensa del saqueo y la violación. Polacos, yugoslavos, checos y húngaros sufrieron por igual el destino que pronto vivirían los alemanes.

En Budapest, antes incluso del hundimiento último de la defensa local, el primer cine de la ciudad reabrió sus puertas con la exhibición de una película de propaganda soviética, La batalla de Orel. Casi de inmediato se empezaron a erigir en espacios públicos estatuas de héroes de guerra soviéticos. Tras soportar un sufrimiento extremo, los húngaros anhelaban reír otra vez y muy pronto los cabarés hacían negocio fresco entre los escombros. Cuando el cómico Kálmán Latabár subió al escenario, el público se puso en pie para ovacionarlo, pero el aplauso devino éxtasis cuando se levantó las mangas y perneras para mostrar hileras de relojes, como burla de los «libertadores» soviéticos de Hungría. De haber hecho lo mismo (o hasta menos) unos pocos meses más tarde, lo habrían fusilado.

La captura de Budapest costó a los rusos cerca de ochenta mil muertos y medio millón de heridos. En el asedio murieron unos treinta y ocho mil civiles; decenas de miles fueron deportados a la Unión Soviética para desempeñar trabajos forzados de los que muchos nunca retornaron. Las fuerzas húngaras y alemanas perdieron a unos cuarenta mil hombres y sesenta y tres mil fueron hechos prisioneros. Esta batalla tan brutal como fútil se habría calificado de épica si se hubiera desarrollado en el frente angloestadounidense. A la postre, sólo los húngaros prestaron atención a sus horrores, entonces o más tarde. A los tres meses, la conquista quedaría eclipsada por un drama similar, pero de escala mucho mayor, en la propia capital de Hitler.

II. La marcha hasta el Elba

En los primeros meses de 1945, la mayoría de los alemanes recibió la llegada de las fuerzas estadounidenses y británicas a su país como una intrusión inmerecida; aunque muchos comprendían que Hitler les había llevado al desastre, aun así les resultaba difícil aceptar las implicaciones que ello tenía para su propia vida doméstica. Varios hombres del CCLXXIII.º batallón de artillería de campo ocuparon una casa habitada por (en palabras de uno de sus soldados) «una mujer bajita, semejante a un pájaro, vestida de negro, que salió tambaleándose de una puerta lateral. En cuanto nos vio cogiendo de su reserva de leña, empezó a chillar en alemán. Nos la llevábamos por brazadas y ella rompió a llorar y a gemir incontrolablemente, ahogándose y sin poder terminar las frases». Los estadounidenses hablaron entre sí antes de quitar importancia a cualquier escrúpulo. «¡Al infierno! —dijo Frenchie—. Esta tía es tan alemana como los otros kraut[16]». Cuando una mujer alemana no supo tener la boca callada y se quejó amargamente de que los intrusos americanos estaban rayando los muebles de su casa, ocurrió algo similar con un tipo tosco de la unidad del soldado de primera Charles Félix: «"Estoy hasta las narices de estos malditos cabeza cuadrada —protestó el soldado—. Aquí nos tienen luchando por su culpa y va y tiene la jeta de quejarse por los muebles. Hala, señora, ¡ahora verá lo que es estropear de verdad!" —dijo, agarró una silla y la estrelló contra la pared[17]». Sólo una minoría de soldados aliados conservó inhibiciones persistentes con respecto a los civiles: un soldado de la sección de ingenieros de Aaron Larkin se echó a llorar cuando se le ordenó desalojar a una familia alemana de su vivienda, para dejar sitio a su propia unidad[18]. El soldado de primera Harold Lindstrom sufrió un episodio de culpa instintiva cuando se tumbó sobre el lecho de plumas de una mujer, pertrechado con todo su equipo de infantería[19].

El auditor general del ejército estadounidense constató un incremento notorio en los casos de violación cuando los soldados aliados entraron en el territorio alemán. Según su informe de posguerra:

> Eramos miembros de un ejército conquistador y llegamos como tales conquistadores. Sólo en algún caso muy excepcional la víctima alemana se resistía vigorosamente a sus atacantes armados… Al parecer, las víctimas alemanas se hallaban completamente acobardadas… Aquel miedo mortal no era del todo infundado, como se demostró en varios casos en los que los alemanes que intentaban impedir que los soldados llevaran a efecto el intento de violación fueron asesinados sin piedad[20].

Un periodista de Stars & Stripes envió una nota, en marzo de 1945, sobre la elevada incidencia de las violaciones en Renania; pero el censor la eliminó,

al igual que otros «informes negativos» sobre la conducta de los Aliados en Alemania.

También hubo, por descontado, relaciones sexuales voluntarias, muy numerosas, que provocaron una multiplicación de la incidencia de las enfermedades des venéreas; las alemanas más desesperadas vendían la única mercancía que les quedaba, a menudo para poder alimentar a sus familias. Muchos soldados aliados se echaron atrás ante la desvergüenza de la conducta alemana, puesto que incluso los miembros más instruidos del pueblo de Hitler se habían embrutecido con los privilegios de la opresión. Un grupo de hombres de la guardia escocesa, acogidos por los aristocráticos propietarios de un castillo en el norte de Alemania, se horrorizaron al comprobar que en un parque inmediato había un pequeño campo de concentración con doscientos prisioneros famélicos. Cuando un oficial británico se lo reprochó, el anfitrión replicó, desconcertado: «Comandante, no lo ha entendido usted; esta gente son animales, sólo se los puede tratar como animales».

Las últimas batallas de los angloestadounidenses fueron incomparablemente menos sangrientas que las libradas en el este, porque a los dos bandos les iba bien así. El teniente británico Peter White gritó que se detuviera a un alemán que huía:

> Apunté a media espalda con una intensa sensación de repugnancia por tener que disparar a un hombre que huía… cuando, al parecer, algo le dijo que no tenía ninguna esperanza de conseguirlo. Me alivió mucho ver que se daba la vuelta, arrojaba su rifle a la nieve y levantaba los brazos con un gesto rápido y teatral. Con voz asustada chapurreó una serie confusa de palabras en mi lengua:
>
> —¡No disparar, por favor, señor…! Hitler no bueno… No disparar… ¡Por favor, Kamerad!
>
> Al mismo tiempo, echó mano a su ropa, con brusquedad, por lo que estuve a punto de dispararle, temiendo que sacara una pistola o una granada de mano. En lugar de eso…, sacó lo que resultó ser un reloj de oro con cadena y lo balanceó ante mi cara, como ofrenda de paz[21].

Los ejércitos occidentales avanzaron por Alemania con el mismo paso mesurado que había caracterizado su campaña desde octubre de 1944. Intentaron completar la destrucción del nazismo con un coste humano aceptable, avanzando hasta las líneas de ocupación acordadas con los rusos; sólo temporalmente y en áreas contadas fueron más allá de esas líneas. Los alemanes siguieron resistiendo, pero pocos exhibieron el fanatismo con que se vivió la batalla oriental hasta su fin. La parte más difícil, para los vencidos, era identificar la ocasión de abandonar sin que los fusilara una parte o la otra. El auxiliar sanitario estadounidense Leo Litwak describió su experiencia de atender a un anciano alemán al que habían disparado mientras intentaba alcanzar las líneas estadounidenses, desarmado, probablemente para rendirse.

> Llevaba gorra y uniforme de lana gris, con ojos enormes, mala cara, sin afeitar, la boca abierta

como si estuviera chillando, pero sólo emitía un sonido asfixiado, un «Ohhhhh, Ohhhhh». Vio las cruces rojas de mis brazos y mi casco y estiró el brazo para cogerme y gritó: «Vater!», «¡Padre!», decía. Sobresalía de sus pantalones una gran astilla del hueso femoral. Rasgué sus pantalones y desnudé la herida a medio muslo. Había cagado mojoncitos duros y grises, lo que esperarías ver como rastro de un animal. La mierda había ido bajando hasta cerca de la fractura. La peste era acre y daba ganas de vomitar. Le puse sulfamida en polvo en el hueso descubierto, lo cubrí con una venda y até un torniquete flojo sobre la herida, en la parte alta del muslo. Se estaba agrisando con rapidez, iba a sufrir el shock. Dijo: «Vater, ich sterbe», «Padre, me muero». Le inyecté morfina en el muslo. No le tranquilizó y le di otro octavo de grano. Le vi entrar en estado de shock: labios azules, sudor frío, piel gris, pupilas distendidas, pulso débil y palpitación… Deseé que se muriera para que los dos pudiéramos aliviarnos de su dolor[22].

El grueso de la Wehrmacht y la Waffen SS se enfrentó a los ejércitos de Zhúkov, Konev y Rokossovsky; los rusos desplegaron a 6,7 millones de hombres en un frente que se extendía del Báltico al Adriático. La lucha letal entre las fuerzas de los dos tiranos rivales, Stalin y Hitler, estuvo entre los encuentros militares más terribles de la guerra. Fue completamente irracional, porque no cabía duda sobre el resultado; pero los nazis —con la ayuda de condenas de muerte a los que flaquearan— lograron impulsar a sus soldados a realizar el último esfuerzo supremo por la patria. Henner Pflug, maestro de escuela en la Prusia Oriental, afirmó que dejaron de llamarle la atención los hombres ahorcados en los árboles, con carteles colgados en el cuello que decían: «Soy un desertor» o «No he sabido defender a la patria». Ya los había visto demasiadas veces[23].

Incluso los partisanos de Tito reconocieron, aunque fuera a regañadientes, que la retirada combativa y obstinada que había emprendido la Wehrmacht, con todo en contra, resultaba impresionante. Milovan Djilas escribió:

El ejército alemán había dejado una estela de heroísmo, aunque el dominio del nazismo ha eliminado del pensamiento del mundo hasta la sola idea de tal cosa… Hambrientos y medio desnudos, limpiaron desprendimientos de tierras, asaltaron las cumbres rocosas, excavaron carreteras. Los aviones aliados los utilizaban como objetivo en prácticas de tiro gratuitas. Se les terminó el combustible… Mataron a sus propios heridos graves… Al final consiguieron escapar y dejaron un recuerdo de hombría marcial. Al parecer, el ejército alemán podía hacer la guerra… sin masacres ni cámaras de gas[24].

Gerda, la prometida del paracaidista Martin Poppel, fue uno de los muchos alemanes que, no sin retraso, se distanciaron del régimen nazi por los horrores que había traído a su país. Según le escribió a Poppel mientras éste estaba en Holanda, en enero de 1945:

Estamos agotados tras esta terrible descarga de bombas. Oír el aullido de estas cosas a todas horas, aguardar a la muerte en cualquier momento en un sótano oscuro, sin ver nada… ¡Oh, es una vida maravillosa! ¡Ojalá pudiéramos parar! Desde luego, esperan demasiado de la gente. ¿Te acuerdas del lago? ¡Creo que me diste allí nuestro primer beso! Pues todo ha desaparecido. Los encantadores cafés Brand y Bohning, el ayuntamiento, completamente quemados. No podría ni empezar a describirlo. Pero te lo podrás imaginar. Tú has visto Múnich. ¿Todo va a quedar destruido? Nadie ve ninguna otra salida. ¿Por qué la gente envía a nuestros soldados a una muerte

inútil? ¿Por qué dejan que arrasen el resto de Alemania? ¿Por qué tanta penalidad, por qué[25]?

Luego añadió: «Si cuando terminara la guerra todavía fueras un partidario leal de esta gente —ya sabes quién digo—, eso nos separaría, sin remedio. ¿Qué han hecho de nuestra hermosa y magnífica Alemania? Es para echarse a llorar. Y mejor no pensemos en cómo nos esclavizarán los otros».

Las historias que nos hablan de los «ejércitos» y las «divisiones» de Hitler en 1945 como formaciones de batalla serias son una burla de la realidad: todas las unidades habían quedado reducidas a una porción de su fuerza esperable en hombres, tanques, artillería y transporte. Entre junio de 1944 y marzo de 1945, la Wehrmacht perdió 3,5 millones de rifles, por lo que en sus últimas campañas carecía incluso del número suficiente de armas menores. Muchos soldados se hallaban en pésimas condiciones físicas: un informe médico de la VIII.ª batería del III.er regimiento de artillería paracaidista, el 10 de enero, recogía que de sus setenta y nueve componentes, todos salvo dos tenían piojos, y dieciocho, eccemas por la mala alimentación. El empeño de mantener la disciplina invitaba a la irrisión; a los soldados del primer batallón del regimiento 1120 de Volksgrenadier tuvo que resultarles fantástico que su oficial al mando, el comandante Beiss, proclamara una orden del día en la que deploraba el desaliño personal: «Los rifles se portarán en el hombro derecho, con el cañón hacia arriba. Si vuelvo a ver a un "deportista dominguero" paseando con el rifle apuntando hacia el suelo, se le castigará con siete días de estricto arresto. La suciedad reciente adorna a un soldado, pero la antigua descubre haraganería. Si vuelvo a ver a un hombre con "melena de león" o cualquier otro cabello fantástico, yo mismo le cortaré el pelo[26]».

Entre los ejércitos —sobre todo entre los que se enfrentan a la adversidad— es lugar común considerar que los hombres no deben tener tiempo de sobras para rumiar. En los primeros días de 1945, cuando sin duda la guerra estaba yendo muy mal para Alemania, el teniente Tony Saurma, comandante de una compañía de Panzer, intentó distraer las horas de ocio de sus hombres con charlas; en una ocasión, les habló durante una hora sobre Estados Unidos, su «cinturón del maíz», las áreas industriales y las grandes ciudades[27]. Saurma sabía, como quienes lo escuchaban, que Estados Unidos pronto tendría un gran peso en sus vidas, si tenían la suerte de sobrevivir. Lo más notable no fue que cientos de miles de soldados abandonaran la guerra en los últimos meses, sino que otros continuaran con la resistencia, y que algunos incluso calificaran de aceptable su situación; el comandante de una sección de Panzer SS, destinado a Hungría, escribió sobre un tiempo de tregua en el campo de batalla, a mediados de febrero: «Las raciones eran excelentes. La población civil nos enseñó los varios usos del pimentón. La

gente era muy amable. Por las tardes conducíamos hasta Nové Zámky, para ver películas[28]».

El 1 de febrero, en la reunión de los jefes del estado mayor combinados de los Aliados, celebrada en Malta antes de la cumbre de Yalta, se aprobó el plan de Eisenhower de confiar el esfuerzo principal, en la última fase de la campaña, al XXI.er grupo de ejércitos de Montgomery, reforzado por el IX.º ejército estadounidense de Simpson. A las fuerzas de bombardeo pesado se les encomendó atacar la infraestructura de transporte alemana, incluyendo centros ferroviarios como Dresde[*23] y Leipzig, en la vía de avance de los rusos. Pero el progreso por tierra resultó lento: el siguiente ataque de Montgomery, la Operación Veritable («Verdadera»), topó con problemas en el bosque de Reichswald; las formaciones de Simpson quedaron retenidas hasta el 23 de febrero, porque los alemanes habían inundado amplias zonas de su frente. Las fuerzas de Montgomery no se acercaron al Rin, entre la frontera holandesa y Coblenza, hasta el 10 de marzo, y después de lidiar combates

penosos.

En las circunstancias desesperadas de Alemania, Hitler adoptó una panacea conocida: cambiar de generales. Kesselring, que había dirigido la brillante defensa de Italia, sustituyó a Von Rundstedt en la comandancia del oeste. Pero Kesselring ya no era más capaz que su predecesor de sostener una campaña coherente, pues tan sólo disponía de cuarenta y cinco divisiones debilitadas frente a las ochenta y cinco divisiones completas de Eisenhower, respaldado además por un apabullante poder aéreo. El 7 de marzo, el I.er ejército de Hodges se apoderó del puente ferroviario de Ludendorff, que cruzaba el río por Remagen, y de inmediato se aprestó a establecer un perímetro en la orilla oriental; el III.er ejército de Patton conquistó su propia cabeza de puente en Oppenheim, más al sur, el 22 de marzo. Tres días más tarde se barrió a los últimos alemanes de la orilla occidental del Rin. El 24, las tropas de Montgomery escenificaron su complejo paso del Rin en Wesel, estropeado sólo por las numerosas bajas entre los soldados aerotransportados: a falta de otros recursos, los defensores de la ribera oriental sí contaban con un equipo muy bien provisto de artillería antiaérea.

A finales de mes, la vanguardia enlazó con el IX.º ejército de Simpson en Lippstadt y rodeó al grupo de ejércitos B, de Model, en la denominada «bolsa del Ruhr»; Model se suicidó el 17 de abril y 317 000 de sus hombres se convirtieron en prisioneros de los Aliados. Ahora los ejércitos estadounidenses tenían una ocasión perfecta para recorrer el último tramo con celeridad; para furia de Montgomery, a sus formaciones se las relegó al papel secundario de limpiar el norte de Alemania hasta Hamburgo y Lubeca (Lübeck). Se consideró urgente enviar fuerzas hasta la base de la península de Jutlandia, para proteger Dinamarca de cualquier amenaza de ocupación soviética. Eisenhower abandonó oficialmente el objetivo de Berlín e informó a Stalin de ello. Desvió al VII.º ejército estadounidense y al I.er ejército francés hacia el sur, hacia la frontera austríaca, para impedir cualquier intento nazi de crear un «reducto nacional» desde el cual sostener la guerra después de que las fuerzas rusas y angloestadounidenses se encontraran en el norte de Alemania. Sin embargo, este «reducto nacional» era un mero fruto de la imaginación del personal de inteligencia de Eisenhower y la división de fuerzas tuvo el efecto negativo de debilitar el avance central y principal y dejar que los rusos ocuparan Checoslovaquia.

No obstante, es difícil argumentar convincentemente que nada de esto hubiera cambiado el mapa político de la Europa de posguerra, como denunciaron los detractores del comandante supremo. Las zonas de ocupación de los Aliados se habían acordado muchos meses antes y confirmado en la cumbre de Yalta, en febrero. Los rusos habían llegado los primeros a la Europa oriental; para haber frustrado sus propósitos

imperialistas y haber librado a la Europa central de una tiranía soviética como sucesora de la tiranía nazi, se habría requerido que los Aliados lidiaran una guerra muy distinta y más feroz, con un coste de bajas muy superior. Habrían tenido que reconocer la posibilidad, o incluso la probabilidad, de combatir contra el Ejército Rojo además de contra la Wehrmacht. Tal camino era política y militarmente inconcebible, por mucho que Churchill se hubiera engañado a sí mismo, durante un breve tiempo, con la idea de obtener la libertad de la Europa oriental mediante la fuerza.

Stalin estaba obsesionado con que la conquista de Berlín debía corresponder a la Unión Soviética, y su pueblo tenía esa misma visión: veían este triunfo simbólico como el único final adecuado a su lucha, el cumplimiento de todo aquello por lo que habían venido esforzándose desde 1941. Militarmente, quizá llegar a la capital de Hitler antes que el Ejército Rojo hubiera estado al alcance de las fuerzas de Eisenhower, pero tal movimiento habría precipitado un choque entre los Aliados. Los rusos se habrían indignado ante cualquier intento de privarles de su premio.

El comportamiento soviético, en los meses de marzo y abril, lo rigió la paranoia sobre las intenciones occidentales. Stalin mintió repetidamente a Washington y Londres, indicando que Berlín le provocaba indiferencia; no era capaz de dar crédito a la idea de que británicos y estadounidenses pudieran desaprovechar la ocasión de adelantar al Ejército Rojo en esa meta. Los soviéticos rodearon Berlín en parte por la exigencia de quitársela a Hitler, pero en parte también para asegurar que no la tomaran Roosevelt ni Churchill. Hubo una consideración adicional: los rusos ansiaban apresar a los científicos nucleares nazis y su material de investigación. Tras saber por sus agentes en Occidente que los estadounidenses estaban a punto de perfeccionar una bomba atómica, Stalin quería todo lo que pudiera ayudar a arrancar el proyecto soviético rival; entre los objetivos vitales del Ejército Rojo se incluyó el Instituto de Física Kaiser Wilhelm, en el barrio de Dahlem.

En el último estadio de la guerra occidental, los ejércitos angloestadounidenses avanzaron ante una oposición esporádica y mal coordinada; como siempre, la infantería recibió más que nadie en la tarea de limpiar las bolsas de resistencia. Servir en un carro blindado no era ninguna sinecura, pero en las últimas seis semanas de la campaña europea noroccidental, el batallón de tanques de la guardia escocesa —por poner un ejemplo— sólo perdió a un puñado de heridos y, entre los muertos, un solo oficial y siete hombres de otra graduación. En cambio, en el mismo período, la infantería del II.º batallón de la guardia escocesa vio morir a nueve oficiales y setenta y seis hombres de la tropa, además de perder a diecisiete oficiales y doscientos cuarenta y ocho soldados heridos. Algunas unidades aliadas toparon con grupos de fanáticos que defendían a muerte las encrucijadas o

los pasos fluviales importantes; uno por uno, los fueron derrotando hasta que los vencedores se aproximaron al Elba. El 12 de abril, se ordenó al I.er ejército que se detuviera a poca distancia de Dresde, para esperar a los soviéticos. Las patrullas alemanas y estadounidenses se encontraron en la pequeña ciudad sajona de Strehla, en la ribera del Elba, en la mañana del 24 de abril; aquel mismo día se produjo el celebrado encuentro de Torgau, más al norte, en un ambiente de entusiasmo angloestadounidense desbordante y estirada formalidad rusa. El II.º ejército británico llegó a Lubeca el 2 de mayo, disipando el temor aliado a que los soviéticos quisieran ocupar Dinamarca. Afortunadamente para el pueblo danés, la atención de los rusos estaba centrada casi exclusivamente en otro lugar: en Berlín, la capital y último bastión del nazismo.

III. La última batalla

Stalin asumió una responsabilidad personal sobre las últimas grandes operaciones de la guerra, sobre todo para denegar la gloria a Zhúkov, quien fue relegado al mando del I.er frente bielorruso. El 12 de enero, los soviéticos lanzaron una ofensiva general desde las cabezas de puente del Vístula; decuplicando a los defensores, sus tanques y su infantería se dirigieron hacia el oeste y machacaron cuanto encontraron a su paso. En un boletín de noticias casi histérico, emitido el día 20, Radio Berlín describía la ofensiva soviética como «una invasión masiva, que debe compararse, por su escala e importancia, con las antiguas venidas de las hordas mongolas, los hunos y los tártaros».

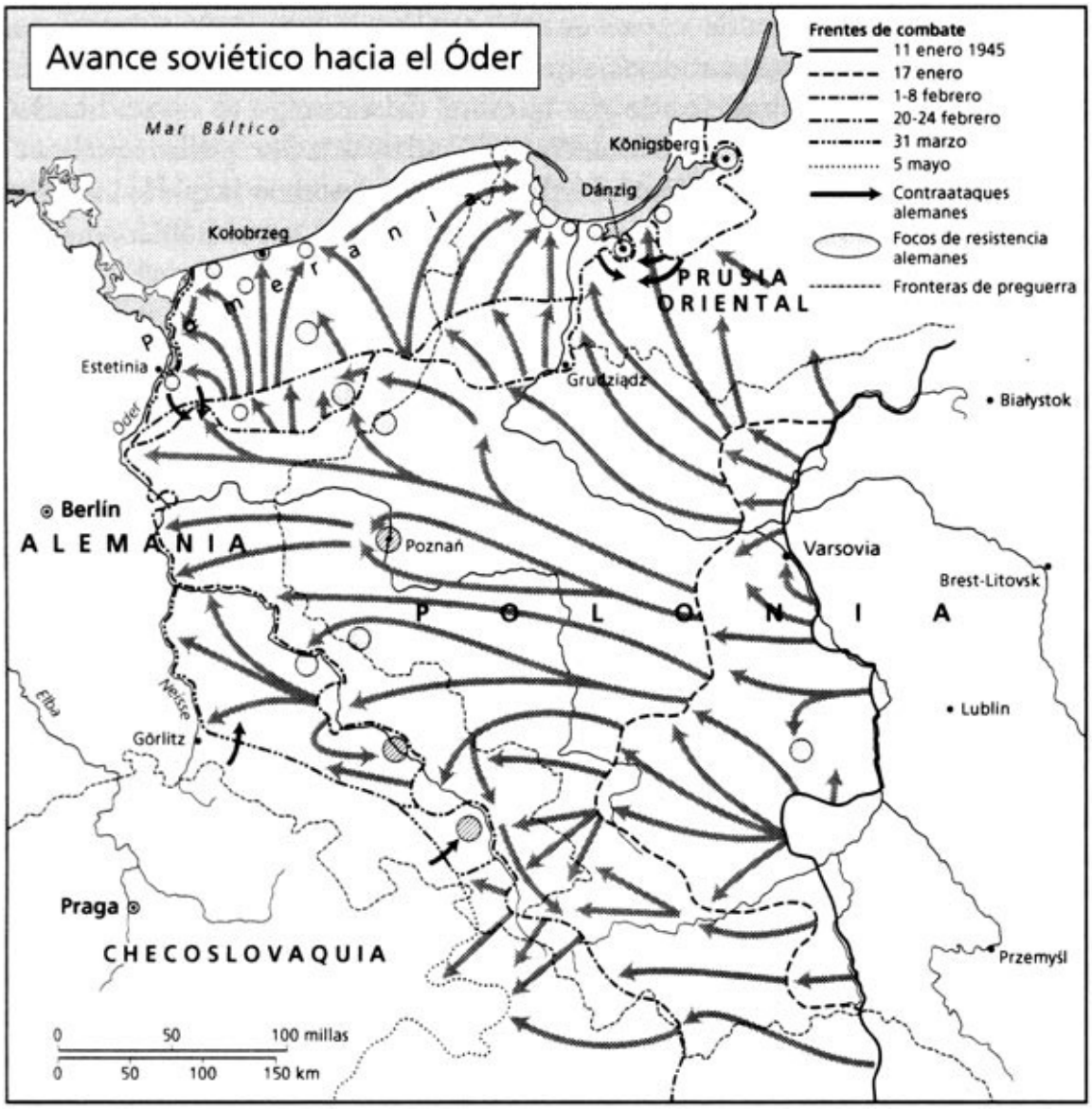
El comentarista Hans Fritsche afirmó que el objetivo del enemigo no era otro que la «destrucción total» y que la derrota «marcaría el fin de la civilización»; aseveró que ahora los alemanes poseían la ventaja de unas líneas de comunicación cortas y de estar «apasionadamente resueltos a defender su patria». Alemania, según Fritsche, se había convertido en «el baluarte de Europa contra las hordas bárbaras que bajan de las estepas orientales». Expresó su consternación ante el hecho de que los británicos no se alinearan con el pueblo alemán en contra de los bolcheviques; lejos de negar la amenaza de la derrota, como se había hecho tan a menudo en el pasado, en la última fase de la guerra los nazis pidieron a su pueblo una resistencia desesperada para una situación que reconocían como desesperada. El 22 de enero, Radio Berlín declaró:

> Los líderes de Alemania se enfrentan a la crisis más grave de la guerra. Ya no hay posibilidad de retirada de ninguna clase, porque nuestros ejércitos disputan un territorio de vital importancia para la industria de guerra alemana… Se exige a todos los alemanes el máximo esfuerzo. El pueblo

alemán está respondiendo voluntariamente a este llamamiento porque saben que, en el pasado, nuestros líderes siempre han sido capaces de restaurar las situaciones, a pesar de todas las dificultades.

Si los alemanes caían en la desesperación, los rusos estaban exultantes. El corresponsal de guerra Vasili Grossman expresó su sentimiento de «alegría feroz» cuando él, que había visto tantas batallas desde 1941, fue testigo del paso del Vístula. Un poco más tarde escribió: «Quería gritar, decirles a todos nuestros hermanos, nuestros soldados, que yacen en la tierra de Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Polonia, que duermen para siempre en nuestros campos de batalla: "Camaradas, ¿nos oís? ¡Lo hemos conseguido!"[29]». Las bajas de la ofensiva del Vístula fueron mareantes, incluso para lo habitual en el frente oriental: los rusos se encarnizaron con todas las formaciones que hallaron en su camino. Sólo en el mes de enero murieron cuatrocientos cincuenta mil alemanes; en cada uno los tres meses posteriores, fallecieron más de doscientos ochenta mil, cifra que incluye también a las víctimas de los bombardeos angloestadounidenses de Dresde, Leipzig y otras ciudades orientales. Durante los últimos cuatro meses de la guerra murieron más alemanes que en todo el período de 1942-1943. Son números que ponen de manifiesto el precio que pagó el pueblo alemán por el hecho de que los jefes del ejército no acertaran a deponer a los nazis y terminar la guerra antes de sus últimos actos terribles.

En los primeros días de febrero, el comandante en jefe del grupo de ejércitos Vístula escribió: «En la Wehrmacht tenemos una crisis de liderazgo de la peor magnitud. El cuerpo de oficiales ya no tiene control firme de las tropas. Entre los soldados se manifiesta la desintegración más grave. En absoluto escasean los ejemplos de soldados que se quitan el uniforme y recurren a cualquier medio disponible para hacerse con ropas civiles y huir». A los generales alemanes les esperaban aún otras humillaciones: a Guderian lo interrogaron Ernst Kaltenbrunner, de la RHSA[*24], y el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, sobre su papel en la evacuación de Varsovia contra las órdenes de Hitler.



El mayor obstáculo al avance soviético fue el tiempo: un deshielo repentino dificultó el movimiento de los blindados por el barro y la nieve fangosa. El 3 de febrero, los ejércitos de Zhúkov y Konev controlaban un frente a lo largo del Óder, desde Küstrin, unos ochenta kilómetros al este de Berlín, hasta la frontera checa, con cabezas de puente en la orilla occidental. El día 5, el grupo de ejércitos Balcke, de Hitler, informó desde Hungría:

> Entre todas estas presiones y tensiones, no se percibe ninguna mejora en la moral ni el rendimiento. La superioridad numérica del enemigo, unida al conocimiento de que la batalla se libra ya en territorio alemán, ha demostrado ser muy desmoralizadora para los hombres. No tienen más comida que una rebanada de pan y algo de carne de caballo. Todos los movimientos se ven dificultados por su debilidad física. A pesar de todo esto y de seis semanas de incumplidas promesas de refuerzos, los hombres combaten con tenacidad y obedecen las órdenes.

Los rusos lo reconocieron así —con tanto respeto como mala gana— en un informe de inteligencia del 2 de marzo: «La mayoría de los soldados alemanes sabe que la situación de su país es desesperada, después de lo avanzado en enero, aunque unos pocos todavía expresan confianza en la

victoria alemana. Sin embargo, no hay indicios de que la moral del enemigo se vaya a hundir. Todavía combaten con una persistencia obstinada y una disciplina inquebrantada». En otra decisión demencial, Hitler se negó a autorizar lo que le instaban a hacer sus generales: evacuar la península de Curlandia, en el Báltico, que estaba sitiada, para que sus doscientos mil hombres reforzaran el Reich.

En el frente central, los rusos se detuvieron temporalmente. Cabe la posibilidad de que Zhúkov pudiera haber continuado adelante sin demora y aprovechado el impulso para conquistar Berlín, pero se enfrentaba a unos problemas logísticos formidables y los rusos no tenían ninguna necesidad de asumir riesgos. Más al norte, Rokossovsky seguía adelante entre las nieves de Prusia. Los soldados rusos sentían una enorme satisfacción al ver que la destrucción que los nazis habían causado en su patria se extendía ahora al territorio alemán. Un hombre escribió desde la Prusia Oriental el 28 de enero de 1945: «Ardían las fincas, los pueblos y las ciudades. Columnas de carros, con alemanes aturdidos, hombres y mujeres que no habían logrado escapar, se arrastraban por el paisaje. Por todas partes había fragmentos informes de tanques y cañones autopropulsados, además de cadáveres por cientos. Recordé haber visto imágenes similares en los primeros días de la guerra[30]». Sus recuerdos, por descontado, eran los de la batalla por la Madre Rusia. Los propietarios de tierras de la Pomerania y la Prusia Oriental que tuvieron la imprudencia de permanecer en sus hogares, aunque fuera por la edad o por enfermedad, sufrieron destinos terribles: los invasores los identificaron no sólo como alemanes, sino también como aristócratas, y por ello los torturaban antes de matarlos.

Millones de refugiados huyeron hacia el oeste por delante de los soviéticos. Los fuertes sobrevivieron al viaje, pero fallecieron muchos niños y ancianos. «Al menos nosotros éramos jóvenes, podíamos lidiar con aquello mejor que los viejos», dijo Elfride Kowitz, una prusiana oriental de veinte años[31]. El paisaje nevado de la Europa oriental quedó desfigurado por decenas de miles de cadáveres. Los fugitivos compartían dramas de una intensidad fantástica, lo cual les convirtió en compañeros temporales en la adversidad, que comían o pasaban hambre juntos, vivían o morían, andaban y dormían hasta que un nuevo giro de las circunstancias los separaba. «En estas situaciones, se intimaba rápida y profundamente durante horas, días, semanas, hasta que se rompía la relación.»[32]

«El mundo es un lugar solitario sin familia, amigos, o al menos el calor de un hogar», escribió una mujer alemana, entre la muchedumbre de desposeídos[33]. Aprendió el sentido de la desesperación cuando vio a otras amas de casa, ansiosas de hallar ropa de abrigo para aquel tiempo helado, pasar corriendo junto a los soldados que se enfrentaban a los rusos con rifles

y morteros para llegar a un castillo donde se decía que había toda una provisión de ropa, con intención de coger cuanto pudieran. Huía con dos niños pequeños y, en cierta ocasión, se hundió en el agotamiento extremo, incapaz de remontar la pendiente tirando de su miserable equipaje. «Me apoyé en todos nuestros bienes mundanos y lloré amargamente». Dos prisioneros de guerra franceses que pasaban por el lugar se apiadaron de la pequeña familia y la ayudaron a remontar la colina. Unos días más tarde, el granjero de una casa en la que buscó refugio temporal la instó a dejar su hijo allí, en adopción. «Me prometió la luna si lo dejaba allí. ¿Qué futuro tenía el niño? Allí podría contar con un hogar bueno y seguro». Pero su madre, como tantas otras, se aferró a una reserva de coraje que le permitió rechazar la propuesta. «No tenía miedo. Me impuse una tarea: llevar a los niños a lugar seguro y verlos crecer. ¿Cómo? No lo sabía. Iba resolviendo cada día a medida que llegaba». Esta pequeña familia alcanzó al fin el santuario de las líneas estadounidenses, pero muchas otras historias similares terminaron sin final feliz.

Las legiones soviéticas que avanzaban hacia el oeste no se parecían a ningún otro ejército que hubiera visto el mundo: eran un batiburrillo de antiguo y nuevo, Europa y Asia, inteligencia clara e ignorancia brutal, ideología y patriotismo, complejidad tecnológica y pertrechos y transportes de lo más primitivo. T-34, artillería, lanzacohetes katiuska, y detrás, jeeps, Studebaker y camiones Dodge, del programa de Préstamo y Arriendo, y detrás ponis lanudos y columnas de caballeros, carromatos y campesinos de penoso caminar, venidos de las repúblicas remotas del Asia central, vestidos con gualdrapas y harapos de uniformes. La embriaguez era endémica. Las armónicas alemanas proporcionaban un acompañamiento musical a muchas unidades, porque se las podía tocar sobre el traqueteo de los camiones. La única disciplina que se hacía cumplir rigurosamente era la que exigía a los hombres —y a las mujeres— atacar, combatir y morir. Stalin y sus mariscales no se preocupaban ni lo más mínimo por la conservación de la propiedad o la vida civil. Cuando uno de los oficiales de Vasilevsky pidió orientación sobre qué respuesta debía dar al vandalismo desatado de sus hombres, el comandante guardó silencio durante varios segundos y luego contestó: «No me importa una mierda. Es hora de que nuestros soldados hagan justicia por sí mismos[34]».

Cerca de Toruń, en Polonia, Semyon Pozdnyakov vislumbró de pronto a un soldado alemán en tierra de nadie, entre los dos ejércitos. Se movía pesadamente hacia su línea, cabizbajo, con el brazo derecho herido pegado a su cuerpo y el brazo izquierdo que arrastraba sin fuerzas una pistola automática. Pozdnyakov le ordenó parar con un grito: «Fritz, halt!». El alemán dejó caer el arma y levantó el brazo izquierdo, como débil gesto de

rendición. Se acercó un grupo de rusos y vieron, en la cara de aquel hombre, sangre y unos ojos vacíos y sin esperanza. «Hitler kaputt», dijo el alemán, mecánicamente. Los rusos se rieron ante aquellas palabras, que ahora oían muy a menudo, y un oficial ordenó llevar a aquel hombre a la retaguardia. «Nein! Nein!», exclamaba el alemán, pensando que lo iban a fusilar. Pozdnyakov le espetó, enfurecido: «¿Por qué gritas, fascista medio muerto? ¿Tienes miedo de morir? ¿Acaso no has tratado a nuestra gente de la misma manera? Tendríamos que rematarte y liquidarte». Este fue, de hecho, el destino de muchos alemanes que buscaban compasión en vano[35].

El mal uso imprudente de las armas hizo que un número significativo de rusos se mataran entre sí por furia o temeridad; se oprimía el gatillo con la misma facilidad con la que los soldados occidentales podían escupir o blasfemar. A pesar del refinamiento militar de sus comandantes, era un ejército bárbaro, que había logrado metas reservadas solamente a los bárbaros. Paradójicamente, a sus miembros instruidos los impulsaba una convicción de rectitud mayor que la que movía a los soldados británicos o estadounidenses. No les importaba nada que, en 1939, Stalin hubiera firmado un pacto diabólico con Hitler, o que la Unión Soviética hubiera agredido a Polonia y Finlandia. Sólo reconocían que Rusia había sido invadida y devastada y que llegaba la hora de ajustar las cuentas con la nación responsable de ello.

Vyacheslav Eisymont, un antiguo profesor de historia que servía como observador de artillería, escribió desde Prusia Oriental el 19 de febrero:

> Nos alojamos en toda clase de sitios: a veces en un cobertizo, a veces en un búnker, ahora mismo en una casa. Es tiempo de primavera, húmedo, a veces llueve. Hay civiles que no han logrado escapar y ahora se los manda a la retaguardia… Los vimos cuando avanzábamos sobre Königsberg: ancianos, mujeres y niños con cargas al hombro, como largos cocodrilos que caminan pesadamente por las cunetas; la propia carretera la ocupaba nuestra columna. Aquella noche vimos cosas terribles. Pero el comandante de nuestra batería habló por boca de muchos cuando dijo: «Sin duda, uno mira y se apena al ver a esos viejos y niños a pie y moribundos. Pero entonces uno recuerda lo que hicieron ellos en nuestro país y ya no siente ninguna compasión[36]».

En febrero, Konev cruzó el Óder hacia Dresde, antes de detenerse en el Neisse; en las semanas posteriores, su logro principal fue hacerse con el control de la Pomerania y la Alta Silesia. En los primeros días de marzo se repelió fácilmente una contraofensiva de la Panzer SS, emprendida con desgana en Hungría, por la fijación de Hitler en recobrar los yacimientos petrolíferos perdidos. El día 16, dos frentes soviéticos dirigieron sus fuerzas hacia Viena. Incluso un hombre tan entregado al nazismo como el mariscal de campo Ferdinand Schörner le dijo a Hitler el 20 de marzo: «Debo informar de que la inutilidad militar de las tropas de esta zona [Alta Silesia] supera mis peores expectativas. Sin apenas excepción, los hombres están agotados. Las

formaciones se han descompuesto y mezclado con unidades de alarma y de Volkssturm. Su valor militar es alarmantemente bajo. Tengo la impresión de que los rusos podrán hacer lo que quieran, sin gran esfuerzo ni dedicación». El 10 de abril, el II.º ejército de Panzer en Hungría informó al OKW (alto mando de la Wehrmacht) de lo siguiente, con palabras que debemos leer sin ironía: «Para reforzar la moral, se ha realizado una ejecución en el campo de batalla».

El cabo Helmut Fromm, que se enfrentaba a los rusos en Sajonia, escribió en su diario durante la Pascua:

> Me siento en el p[uesto de] o[bservación], iluminado por la vela, a quinientos metros de los «Ivanes». A través de la lona sopla un viento helado. Continúan cayendo bombas toda la noche, entrelazadas con el fuego de las metralletas y los ronquidos de mi vecino. Cuando he pasado por la trinchera, hace una hora, un suboficial me ha dicho que los estadounidenses están en Heidelberg. Ahora estoy aislado de todos mis seres queridos, que estarán preocupados por mí. Me pregunto dónde estará mi hermano. Estoy seguro de que lo volveré a ver, porque creo en Dios. ¿Cuánto tiempo continuará esta locura? Que Dios se apiade de su pueblo. Esta ha sido una larga cruzada, repleta de cadáveres y lágrimas. Que nos conceda una Pascua seguida por la redención[37].

El cabo Fromm tenía dieciséis años.

Guy Sajer, el alsaciano que servía con la división Grossdeutschland, escribió: «Ya no luchamos por Hitler, por el nacionalismo, por el Tercer Reich, ni siquiera por nuestras prometidas o madres o familias atrapadas en las ciudades asoladas por las bombas. Luchamos por puro miedo… Luchamos por nosotros mismos, para no morir en un hoyo repleto de barro y nieve; luchamos como ratas[38]». Un teniente alemán se quejó, ya cansado, a su prometida: «Ser oficial significa tener que moverse siempre adelante y atrás, como un péndulo, entre una cruz de caballero, una cruz de abedul o un consejo de guerra[39]». Una berlinesa escribió: «Estos días me doy cuenta repetidamente de que mis sentimientos hacia los hombres… están cambiando. Siento pena por ellos; parecen tan abatidos e impotentes. El sexo débil. En lo más hondo, las mujeres estamos viviendo una especie de decepción colectiva. El mundo nazi —regido por hombres, glorificador del hombre fuerte— se empieza a derrumbar y, con él, el mito del "Hombre[40]"».

Un soldado escribió a su esposa desde la Prusia Oriental, el 19 de abril:

> ¡Hola, querida!
>
> Esta última quincena me he estado moviendo casi cada día, durmiendo en búnkeres, tiendas o simplemente a cielo abierto. Desde ayer, sin embargo, nos alojamos en una casa y dormimos en camas… Nuestra unidad se lo ha ganado, porque hemos cumplido con nuestra parte en el asalto de Königsberg y, por descontado, la hemos tomado. Nuestros aviones han bombardeado la ciudad durante tres días. La tierra temblaba por el bombardeo de la artillería, que rodeó la ciudad con nubes de humo. Al principio los fascistas respondieron con ferocidad, pero no pudieron soportar este infierno. Parecían andar escasos de munición y tampoco tenían apoyo aéreo… Hicimos prisioneros por cientos. La radio ha anunciado que las patrullas aliadas han cruzado la frontera de Checoslovaquia. ¡Todo acabará pronto! Quizá aún no termine, porque está también Japón, maldita

sea… Pero uno se imagina que, cuando termine la guerra en Europa, los Aliados intentarán acabar con eso rápidamente[41].

Cuando el sistema alemán de distribución de alimentos se vino abajo, desde finales del mes de marzo, los civiles empezaron a sufrir hambruna, incluso en las áreas aún controladas por la Wehrmacht; y sabían que aún no había llegado lo peor. Un adolescente de Berlín, llamado Dieter Borkovsky, montaba en el tren metropolitano berlinés el 14 de abril, entre una multitud de pasajeros que daban rienda suelta a su cólera y desesperación. De pronto, un soldado, adornado con medallas que parecían absurdamente incongruentes con su figura sucia y pequeña, gritó: «¡Silencio! Quiero decirles algo. Aunque no quieran escucharme, al menos dejen de gemir. Tenemos que ganar esta guerra. No podemos perder el valor. Si otros ganan la guerra y nos hacen aunque sólo sea una parte de lo que nosotros hemos hecho en los territorios ocupados, a las pocas semanas no quedará vivo ni un solo alemán». Borkovsky escribió: «En el vagón se hizo tal silencio que se habría oído el vuelo de una mosca[42]».

Cuando los rusos llegaron a Lübbenau, un centenar de kilómetros al sur de Berlín, Hildegard Trutz, esposa de un oficial de la SS, confiaba en que tener en brazos a sus dos hijos pequeños le evitaría la violación.

¡Dios mío! ¡Qué follón armé con el primero! Ahora, cuando pienso en ello, no puedo evitar reírme. Sostenía a Elke en brazos y situé a Norfried delante de mí, con la esperanza de ablandar el corazón de aquel ruso. Pero a él le bastó con apartar a Norfried de un empujón y tirarme al suelo. Grité y seguí agarrada a Elke, pero el ruso siguió a lo suyo hasta que la tuve que soltar. Fue muy rápido, todo no duró más de cinco minutos… Pronto descubrí que era mucho mejor no resistirse en absoluto, que todo acababa mucho antes si no te resistías[43].

Friedrike Grensemann llegó a casa del trabajo y encontró a su padre preparándose para obedecer un llamamiento del Volkssturm. El padre le entregó su pistola y dijo: «Todo se ha acabado, hija mía. Prométeme que, cuando los rusos vengan, te matarás». Le dio un beso y se marchó, dispuesto a morir[44]. Pocos alemanes dieron más crédito que el señor Grensemann a la movilización de la guardia nacional; antes bien, parodiaban la canción «Die Wacht am Rhein»: «Descansa, Patria amada, ten consuelo / que el Führer ya te envía a los abuelos[45]». Los berlineses acaparaban toda la comida que podían comprar y se retiraban a los sótanos, que se convirtieron en sus refugios durante los días posteriores. Ruth Andreas-Friedrich se arriesgó a salir brevemente a la calle, en horas de oscuridad, durante una pausa en los ataques aéreos rusos. Por el este vio el cielo enrojecido «como si hubieran derramado sangre por encima» y oyó el cañoneo, ahora incesante, «que retumbaba como truenos lejanos. No es bombardeo, es… artillería… Ante nosotros yace la ciudad interminable, negra en la negrura de la noche,

encogida de miedo como si pudiera hundirse de nuevo en la tierra. Y tenemos miedo[46]».

El corresponsal danés Jacob Kronika apuntó que, en aquellos momentos, muchos berlineses deseaban la muerte de su líder. «Hace unos años gritaban: "¡Heil!". Ahora odian al hombre que se hace llamar su Führer, su guía. Lo odian, lo temen, porque por él están sufriendo muerte y penalidades. Pero no tienen ni la fortaleza ni el valor para liberarse de su demoníaco poder. Aguardan, con desesperación pasiva, al acto final del drama.»[47]

Por detrás del frente, los nazis se entregaron a una última orgía de masacres: vaciaron las cárceles y fusilaron a sus ocupantes; ejecutaron a casi todos los opositores del régimen que habían sobrevivido en los campos de concentración y asesinaron con una despreocupación horripilante a un gran número de víctimas menos relevantes. El 31 de marzo, en la estación de tren de Kassel-Wilhelmshöhe, setenta y ocho trabajadores italianos de los que se sospechaba habían saqueado un tren de abastecimiento de la Wehrmacht fueron acorralados y ejecutados por pelotones de fusilamiento. Al oeste de Hannover, la Gestapo asesinó a ochenta y dos prisioneros de guerra y trabajadores forzosos asimismo prisioneros. El 6 de abril, se mató a 154 prisioneros soviéticos en una cárcel de Lahde, y a otros doscientos en Kiel. En los últimos días de pervivencia del poder nazi sobre la vida y la muerte, las criaturas de Hitler se esforzaron por asegurarse de que la alegría de la liberación se denegara a todos cuantos tenían a su alcance.

A cientos de miles de infortunados prisioneros se los hizo marchar hacia el oeste, lejos de los rusos; muchos caminaron, literalmente, hasta morir. Hugo Gryn, judío, describió las experiencias vividas entre una columna de esclavos famélicos, de camino a Sachsensausen:

> Al salir de Lieberose, nos hicieron marchar a cierta distancia del lugar, nos paramos y oímos multitud de tiros y luego [vimos] humo. Mataron y prendieron fuego a todos los que no podían seguir caminando. La marcha fue terrible. Nieve, barro. Y con la oscuridad, gira a la izquierda o a la derecha, entra en el campo más próximo, tiéndete. Por la mañana, levántate, menos los que no consiguen ponerse en pie, camina hacia delante, espera un poco, oyes los tiros y sigues andando[48].

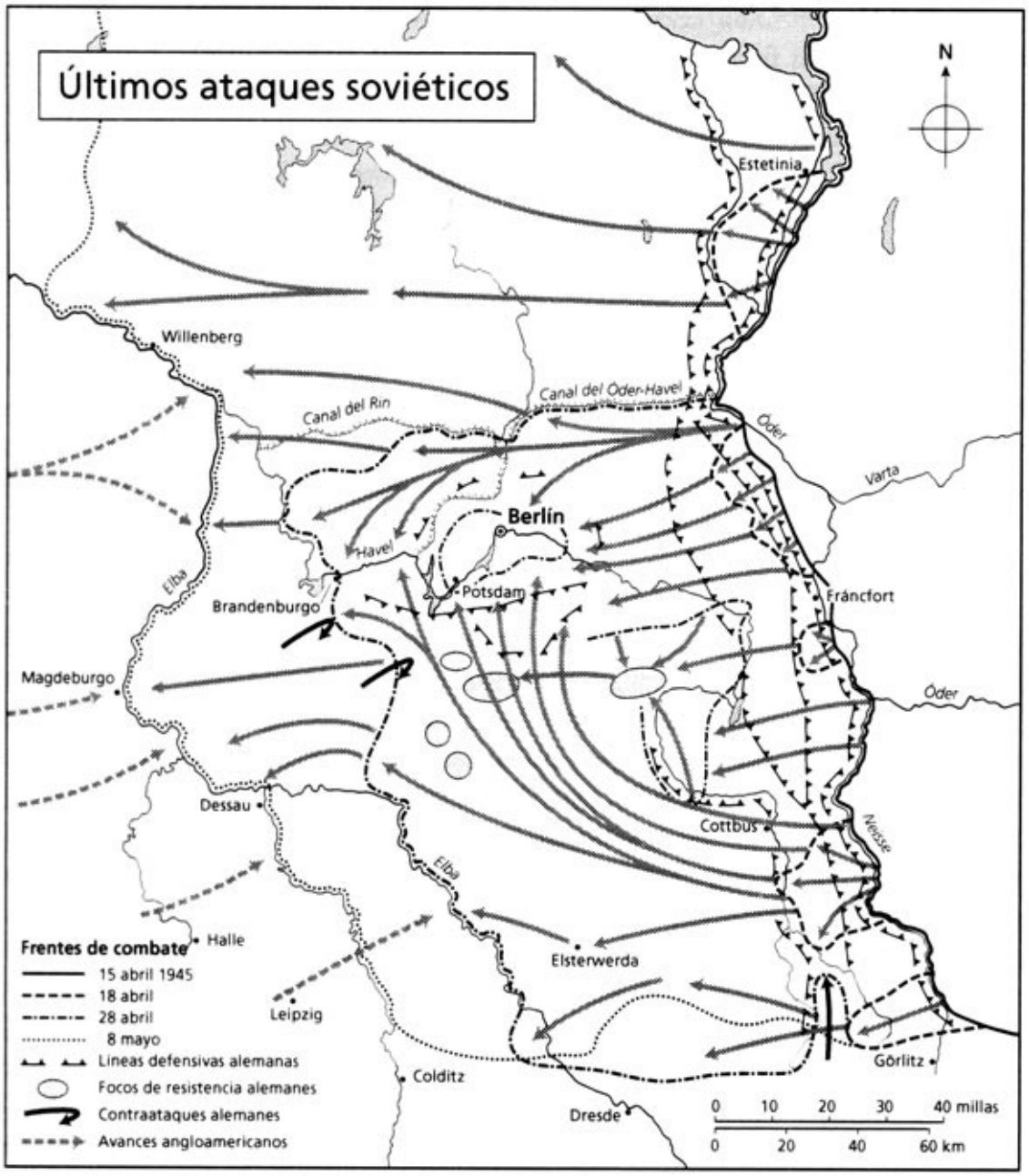
Casi la mitad de los 714 211 prisioneros que había en los campos de concentración del Reich en enero de 1945 habían muerto en mayo, junto con muchos otros prisioneros de guerra. El 12 de abril, la Orquesta Filarmónica de Alemania actuó por última vez, en un concierto organizado por Albert Speer. Se interpretó el concierto para violín, de Beethoven, junto con la octava sinfonía de Bruckner. Ahí terminó también el Götterdämmerung de Wagner.

Faltaba una última batalla culminante. Desde 1939, el foco de la atención

mundial había oscilado una y otra vez entre topónimos grandes y oscuros: de Varsovia a Dunkerque y París; Londres y Tobruk; Smolensko, Moscú y Stalingrado; El Alamein y Kursk; Salerno y Anzio; Normandía, Bastogne y Varsovia otra vez. Ahora, la capital de Hitler se convertía en foco no sólo de muchos miedos y esperanzas, sino también de una vasta concentración de poder militar: los tres frentes soviéticos congregados frente a Berlín comprendían 2,5 millones de hombres y 6250 vehículos blindados, con el apoyo de 7500 aviones. En la oscuridad de las primeras horas del 16 de abril, Zhúkov lanzó un ataque frontal contra las colinas de Seelow, al este de la ciudad. La operación estuvo entre las más brutales y faltas de imaginación de la guerra rusa. Su comandante quedó tan impresionado al contemplar el impacto de su devastador bombardeo sobre las colinas de Seelow que, a los treinta minutos, dio la orden de empezar el ataque. Un ingeniero ruso escribió aquella noche, en carta a su casa:

> El horizonte, en toda su extensión, brillaba como si fuera de día. En el lado alemán, todo estaba cubierto de humo y gruesas fuentes de terrones que salían despedidos por los aires. En el cielo volaban bandadas enormes de aves asustadas, un zumbido constante, truenos, explosiones. Teníamos que taparnos los oídos para que no nos estallasen los tímpanos. Los tanques empezaron a rugir. Había reflectores encendidos en toda la línea del frente, para cegar a los alemanes. Entonces todo el mundo empezó a gritar: «Na Berlín!»[49].

La infantería rusa se adentró corriendo en los campos minados alemanes mientras los primeros tanques se desplazaban ruidosamente hacia las colinas. Parecía, en suma, que la artillería había silenciado las defensas. Pero entonces abrieron fuego los alemanes: se habían retirado de sus posiciones más adelantadas, de modo que el bombardeo de Zhúkov había caído sobre trincheras vacías. Pronto, mientras los tanques soviéticos se revolcaban en el fango profundo de aquellas pendientes pronunciadas, los atacantes comenzaron a sufrir bajas terribles. El zapador soviético Pyotr Sebelev escribió: «Nos movemos por un terreno reventado por los proyectiles… Por todas partes se ven los restos destrozados de cañones y vehículos alemanes, tanques en llamas y muchos cadáveres… Muchos alemanes se rinden. No quieren luchar y dar su vida por Hitler[50]». Pero muchos más continuaron disparando. «¿Para qué seguir arrastrando esta miseria?», se preguntaba el 15 de abril un soldado alemán, desesperado, cuya esposa y tres hijos se habían ahogado cuando el buque Wilhelm Gustloff, que los transportaba como refugiados, fue torpedeado en el Báltico. «Pero luego, ahí están los demás tíos. A muchos los conozco de hace años. ¿Acaso los voy a dejar en la estacada?»[51].



Los hombres del general alemán Gotthard Heinrici causaron tres bajas soviéticas por cada una de las que sufrieron ellos mismos. La dirección militar soviética careció de toda inspiración: las hordas de Zhúkov se limitaban a echarse adelante una y otra vez. Los alemanes lanzaron una descarga constante de fuego contra los atacantes, destruyeron sus tanques por cientos y mataron a sus hombres por miles. Durante dos días, seis ejércitos soviéticos combatieron en el frente de Seelow sin lograr ninguna penetración decisiva. A Konev, en el sur, se le ordenó adelantar dos ejércitos blindados, mientras Rokossovsky, por el norte, desviaba fuerzas en apoyo de Zhúkov. El 18 de abril, el cabo de la Wehrmacht Helmut Fromm escribió desde el sector de Konev:

Ahora estamos delante de Forst. Los rusos tienen una cabeza de puente al otro lado del Neisse y han atacado esta mañana a las once. Tuvimos que retirarnos. Yo me quedé con una metralleta y dos

hombres. Soy el único que sabe usar el Faust; los otros, en su mayoría, sólo han hecho labores de oficina. Luego subimos en bicicletas, muy rápido, la autopista de Breslau a Berlín… Los ivanes disparan sus cañones. Hace diez minutos hirieron a Bohmer y Bucksbraun; Bohmer está destrozado. Lo hemos llevado en un tablón, él gritaba. ¿A quién le tocará ahora? Cañones desde la carretera. A nuestra izquierda arde un antiaéreo de 88. Intento cavar tan hondo como puedo. Por encima de nosotros, en el cielo, vuela en círculos un revientatanques ruso… Si sobrevivo, será gracias a Dios[52].

Hitler se negó a enviar refuerzos a Heinrici y dejó que el IX.º ejército se las compusiera como mejor pudiera para mantener las posiciones del Óder. El simple peso de sus fuerzas, y no maniobra alguna, permitió al fin a Zhúkov abrumar a las defensas y avanzar hasta alcanzar, el 21 de abril, el frente exterior de Hitler en Berlín; la captura de las colinas de Seelow costó a los rusos treinta mil muertos, y a los alemanes, doce mil. Los atacantes se dirigieron rápidamente a la ciudad por la carretera principal, la Reichstrasse 1, mientras los fugitivos y desertores huían atropelladamente por delante de ellos. «Todos parecen tan pesarosos, tan pequeños, ya ni hombres parecen», escribió una berlinesa que veía a los soldados alemanes arrastrándose frente a su edificio, el 22 de abril.

Sólo inspiran piedad, no esperanza ni expectativas. Se los ve ya derrotados, capturados. Su mirada se pierde más allá de donde estamos, ciegos, impasibles… Está claro que no les preocupamos nada, nosotros, das Volk, los civiles, los berlineses, lo que sea que seamos. Ahora somos sólo una carga. Y tampoco me parece que sientan ninguna vergüenza de lo desastrados que van, lo harapientos. Están demasiado cansados para cuidarse de eso, demasiado apáticos. Han gastado todas las fuerzas en la batalla[53].

El día 25, Zhúkov y Konev habían rodeado la capital alemana. El XII.º ejército de Wenck intentó romper el cerco, pero su intento quedó frustrado fácilmente.

Los rusos comenzaron una batalla de toda una semana de duración, en la que fueron abriéndose paso calle a calle, bloque a bloque. Las zanjas anticarro, excavadas con tanto esfuerzo por decenas de miles de berlineses, resultaron tan vanas como todos los obstáculos del estilo, salvo las barricadas de escombros amontonados sobre las viejas vías del ferrocarril o el tranvía. Las tropas regulares, acompañadas por ancianos y adolescentes de las Juventudes Hitlerianas, combatían con los rusos mediante armas menores, granadas y Panzerfaust. Los niños soldado que murieron luchando por Berlín habrían parecido víctimas especialmente trágicas, de no haber habido tantos otros casos trágicos. Dorothea von Schwanenflügel describió el encuentro con un niño infeliz:

Un simple niño con un uniforme que le iba demasiado grande, por muchas tallas, con una granada anticarro a su lado. Le resbalaban lágrimas por la cara y, obviamente, tenía mucho miedo de todo el mundo. Muy dulcemente, le pregunté qué hacía allí. Dejó a un lado la desconfianza y me confesó que le habían ordenado aguardar allí hasta que pasara un tanque soviético, para entonces

correr bajo el tanque y hacer explotar la granada. Le pregunté cómo se hacía, pero no lo sabía. De hecho, aquel niño frágil ni siquiera parecía capaz de mover por sí solo aquella granada[54].

Otra mujer berlinesa escribió palabras similares:

Ves chicos muy jóvenes, caras de bebé que asoman por debajo de unos cascos de acero demasiado grandes. Aterroriza oír sus vocecillas tan agudas. Tienen quince años, a lo sumo, ahí plantados, tan flacos y pequeños como se los ve en la hinchada túnica del uniforme. ¿Por qué nos horroriza tanto la idea de que mueran los niños? Dentro de tres o cuatro años esos mismos niños nos parecerán perfectamente aptos para disparar y lisiar… Hasta ahora, ser un soldado significaba ser un hombre… Desaprovechar a esos niños antes de que lleguen a la madurez, obviamente, va en contra de alguna ley fundamental de la naturaleza, contra nuestro instinto, contra todo impulso de preservar la especie. Es como algunos peces o insectos que se comen a sus propias crías. De las personas, no se espera que hagan eso. El hecho de que estemos haciendo exactamente eso es un síntoma claro de locura[55].

En la batalla de Berlín, ninguno de los bandos concedió importancia a la sutileza táctica; sólo hubo un millar de enfrentamientos localizados, de intensidad salvaje, en los que los atacantes no ganaban terreno sino metro por metro. Una y otra vez, morían los hombres de la vanguardia y se destruían los tanques de cabeza; la artillería y los bombarderos soviéticos machacaban a los defensores; calles enteras quedaban reducidas a ruinas. La artillería de asalto —obuses de 203 milímetros— se empleó en cabeza para reventar edificios cuyos ocupantes disparaban por los espacios de claridad mientras la tierra y el humo ennegrecían el aire. Stalin aguijoneaba a sus mariscales por teléfono desde Moscú: decenas de miles de hombres pagaron con sus vidas que Zhúkov y Konev dirigieran no un asalto coordinado, sino una carrera para satisfacer sus ambiciones enfrentadas.

«Berlín… ofrecía una escena terrible», escribió Sven Frykman, representante de la Cruz Roja Sueca, tras inspeccionar de noche la ciudad sitiada.

La luna llena brillaba en un cielo sin nubes, lo que permitía ver la terrible extensión de los daños. Una ciudad fantasma de hombres de las cavernas, era todo lo que quedaba de aquella metrópolis mundial… El palacio imperial, todos los espléndidos castillos, el palacio del príncipe, la biblioteca real, el Tempelhof, los edificios situados a lo largo del Unter Den Linden, no quedaba casi nada de todo ello. Con la luz de la luna, que brillaba a través de todas aquellas ventanas y puertas vacías, la ciudad daba una impresión aún más grotesca que de día. Aquí y allá aún ardían incendios, tras los vuelos de bombardeo más recientes, y los bomberos trabajaban para apagarlos. Las cañerías reventadas de algunas de las calles hacían pensar en Venecia y sus canales[56].

Helga Schneider escribió: «Vegetamos en una ciudad fantasma, sin gas ni luz eléctrica, sin agua; nos obligan a pensar que la higiene personal es un lujo y la comida caliente, un concepto abstracto. Vivimos como fantasmas en un vasto campo de ruinas… una ciudad en la que nada funciona, salvo los teléfonos que a veces suenan, apesarada e inútilmente, bajo los montones de escombros[57]». No todas las llamadas eran en vano: desde el búnker de Hitler

no disponían de otro modo de informarse que ir llamando a números de zonas escogidas, para saber hasta dónde había llegado el enemigo. A medida que se tomaba un barrio tras otro y se iban oyendo voces rusas, los civiles aterrados en los sótanos murmuraban entre sí: «Der Iwan kommt!». («¡Vienen los ivanes!»).

Con el número de alemanes que huyó o se rindió a la menor ocasión, resulta extraordinario que la resistencia aguantara tanto tiempo. Cerca de cuarenta y cinco mil hombres de la SS y la Wehrmacht, junto con cuarenta mil miembros de la Volkssturm, y provistos tan sólo de sesenta tanques, resistieron durante una semana contra el apabullante poder de los ejércitos de Zhúkov y Konev. Luchar en las calles siempre es difícil, porque es dificultoso controlar y mover a grupos pequeños de hombres que se agarran a lugares precarios entre edificios, y aquella última semana de abril, los combates reflejaron la intensidad de la desesperación. En la capital de Hitler, el Ejército Rojo pagó por haber mostrado una brutalidad sin límites hacia los soldados y civiles alemanes: independientemente de lo que pensaran Hitler y la SS, es de creer que los defensores de Berlín no habrían luchado con tanta obstinación si hubieran confiado en obtener compasión para sí o para la población de la ciudad. De hecho, todos los alemanes sabían que los soviéticos se entregaban al asesinato, la violación y el saqueo; la mayoría de los que ocupaban el perímetro no veía más salida que la muerte. Entre los defensores de las últimas trincheras había una unidad de la Waffen SS francesa, la división Carlomagno. Al comandante de aquellos hombres condenados, Henri Fenet, de veinticinco años, se le concedió la Cruz de Caballero en una ceremonia celebrada en un tranvía destrozado a la luz de las velas. Fenet ya contaba con otra medalla, la Croix de Guerre, obtenida cuando luchaba por Francia en 1940.

Sorprendentemente, hubo soldados de la Carlomagno y algunos otros grupos de la Waffen SS que reunieron la resolución necesaria para organizar contraataques locales, uno de los cuales reconquistó de manos rusas el edificio del cuartel general de la Gestapo, en Prinz Albrechtstrasse. Algunos de los hombres y chicos que buscaron salvación en la huida fueron colgados sumariamente en las calles por los hombres de la SS que patrullaban por la ciudad. Tanto a rusos como a alemanes les confundía el contraste entre los montones de escombros y cuerpos apilonados y desmembrados que tachonaban el paisaje y, por otro lado, los signos de la primavera que se abrían paso a través: en cuanto paraba el cañoneo, aunque fuera brevemente, se oían cantos de pájaros; los árboles florecían hasta que una última explosión los reducía a esqueletos ennegrecidos; en varios puntos asomaban los tulipanes y los parques olían poderosamente a violetas. Pero lo más abundante eran los cadáveres. Los líderes de Alemania habían sostenido una

larga relación amorosa con la muerte y, en Berlín, en abril de 1945, esto vivió la consumación última.

El 28 de abril Benito Mussolini fue capturado y fusilado por los partisanos cuando trataba de huir hacia el norte de Italia. En la tarde del día 30, cuando las tropas rusas entraron en el edificio del Reichstag, a tan sólo cuatrocientos metros del búnker de Hitler, el líder del Tercer Reich se dio muerte a sí mismo y mató a su mujer. Pocas veces se ha retratado con más vividez la banalidad del mal que en el comportamiento de ambos en sus últimos días. Eva Braun estaba muy preocupada por el destino de su joyero («por desgracia, mi reloj de diamantes lo están reparando») y por ocultar a la posteridad las cuentas de vestuario («bajo ningún concepto deben hallarse las facturas de Heise»). En la última carta enviada a su amiga Herta Ostermayr escribió: «¿Qué puedo decirte? No comprendo cómo se ha podido llegar hasta aquí, pero ahora es imposible creer en ningún Dios».

En su mayoría, los alemanes recibieron la noticia de la muerte de Hitler con una indiferencia anestesiada. El soldado Gerd Schmuckle se hallaba en una taberna abarrotada, lejos de Berlín, cuando la radio transmitió el boletín de noticias. «Si —en vez de este anuncio— el tabernero hubiera venido a la puerta a decir que uno de sus animales había muerto en el establo, no habría sentido menos simpatía. Sólo un soldado joven se puso en pie, levantó el brazo derecho y exclamó: "Heil dem Führer!". Todos los demás continuaron tomándose la sopa como si no hubiera ocurrido nada importante.»[58] En la capital, hubo combates esporádicos durante otros dos días, hasta que el comandante de la ciudad, el teniente general Karl Wiedling, rindió Berlín el 2 de mayo.

Sobre la ciudad cayó una calma terrible, la calma de los muertos y condenados. Una berlinesa escribió: «No se oye ruido de hombres ni animales, ningún coche, radio ni tranvía… Nada más que un silencio opresivo roto sólo por nuestros pasos. Si dentro de los edificios hay alguien que nos contempla, lo hace en secreto[59]». En otro pasaje, el 9 de mayo: «Por todas partes hay suciedad, excrementos de caballo y niños jugando… si se le puede llamar así. Holgazanean, nos miran, susurran unos con otros. Las únicas voces que suenan altas pertenecen a los rusos… Sus canciones nos golpean los oídos como cantos crudos y desafiantes[60]».

Allí donde los vencedores soviéticos conquistaban una zona, se embarcaban en una orgía de celebración, violaciones y destrozos como no se había visto en Europa desde el siglo XVII. Contaba una berlinesa sobre uno de sus vecinos:

> El panadero baja por el vestíbulo hacia mí, tambaleándose, blanco como la harina, con las manos tendidas.
>
> —Tienen a mi mujer…

La voz se le quiebra. Por un segundo creo estar actuando en una obra de teatro. Un panadero de clase media no puede moverse de esa manera, es imposible; no puede hablar con esa emoción, poner tanto sentimiento en su voz, desnudar su alma de esa forma, con el corazón tan destrozado. Sólo a los grandes actores les he visto hacer eso[61].

Un abogado alemán, cuya esposa judía había preservado la vida, milagrosamente, a lo largo de los años del nazismo, se esforzaba ahora por protegerla de los soldados rusos. Uno de ellos disparó al hombre en la cadera. Mientras yacía moribundo, el marido vio a tres hombres violarla; ella gritaba que era judía. La anónima diarista berlinesa que registró el episodio escribió: «Nadie podría haber inventado una historia como ésta: es la cara más cruel de la vida, una circunstancia loca y ciega». Una anciana berlinesa deseó: «¡Ojalá se hubiera acabado este pobre fragmento de vida!»[62]. La diarista, a quien violaron repetidamente, escribió que se sentía distanciada de su propio ser corporal, como «medio de escape: mi yo verdadero, simplemente, dejaba mi cuerpo atrás, mi pobre, maltratado, mancillado cuerpo. Romper y marchar flotando, inmaculada, hacia un más allá blanco. No me puede estar pasando a mí, así que soy yo quien lo expele todo de mí[63]».

Un soldado soviético escribió a un amigo sobre las mujeres alemanas: «No hablan una palabra de ruso, pero eso lo hace más fácil. No hace falta convencerlas. Basta con apuntar con el [revólver] Nagant y decirles que se estiren. Tú haces lo tuyo y te largas[64]». En un lugar se hallaron los cadáveres de un grupo de mujeres violadas y mutiladas, cada una con una botella hincada en la vagina. Vasili Grossman sentía desolación al ver que los hombres del Ejército Rojo no hacían distinción entre sus víctimas: «A las alemanas les están ocurriendo cosas horripilantes… Hay chicas soviéticas liberadas de los campamentos que ahora están sufriendo mucho[65]». Alexander Solzhenitsyn, que servía con Rokossovsky como oficial artillero, escribió un poema de irónica indulgencia sobre las maneras con las que veía a su pueblo sellar su victoria:

Los conquistadores de Europa se arraciman,
rusos corriendo por todas partes.
Aspiradores, vino, velas,
faldas y marcos de foto, pipas,
broches y medallones, blusas, hebillas,
máquinas de escribir (distintas de las rusas),
lonchas de embutido y quesos.
Un momento después, el llanto de una niña,
en algún sitio, detrás de una pared:
«No soy alemana. No soy alemana.
¡No! Yo soy polaca. Soy polaca».
Cogen lo que tienen a mano, estos tipos
todos de opiniones similares, y allá van.
Y bien, ah, ¿qué corazón
podría enfrentárseles?

Cuando se tomó el antiguo hospital judío de Wedding, el 24 de abril, los soldados rusos encontraron a unos ochocientos judíos que, milagrosamente, habían escapado a la máquina asesina de los nazis. La mayoría se hallaba en condiciones físicas penosas. Un soldado soviético no dio crédito a su identidad y dijo, en alemán chapurreado: «Nicht Juden. Juden kaputt». Los rusos violaron a las pacientes, en cualquier caso, porque «Frau ist frau». Tras la liberación emergieron otros mil cuatrocientos judíos berlineses, últimos supervivientes de una comunidad antaño muy numerosa. También había judíos en el Ejército Rojo: una familia alemana, aterrorizada, se halló ante un comisario soviético que les dijo: «Soy ruso, comunista y judío… A mi padre y mi madre los mató la SS porque eran judíos. He perdido a mi mujer y mis dos hijos. Mi casa está en ruinas. Y lo que me ha pasado a mí, le ha pasado a millones de rusos. Alemania ha asesinado, violado, saqueado y destruido… ¿Qué piensan que queremos hacer, ahora que hemos derrotado a los ejércitos alemanes?». Se volvió hacia el hijo mayor de la familia, ordenándole: «¡En pie! ¿Cuántos años tienes?». El chico respondió: «Doce». «Más o menos, la edad que tendría hoy mi hijo, el que me quitaron los criminales de la SS», contestó el ruso. Sacó la pistola y la apuntó hacia el chico, provocando la total consternación de sus padres, que rogaron piedad. Al final el ruso dijo: «No, no, no, señoras y señores. No dispararé. Pero deben admitir que me sobran razones para hacerlo. Es mucho lo que grita pidiendo venganza[66]». Este encuentro terminó sin derramamiento de sangre porque el protagonista ruso era inusualmente ilustrado; muchos otros encuentros similares culminaron con gritos, horrores, mujeres sollozantes, hogares destruidos y cuerpos mutilados.

A Stalin no le preocupaba el comportamiento de sus soldados hacia los alemanes ni hacia los que habían sido sus esclavos, ahora supuestamente liberados. Los soviéticos no asociaban el concepto de venganza con la vergüenza que ésta comporta en las sociedades occidentales. La guerra se había librado principalmente en territorio ruso y el pueblo ruso había padecido incomparablemente más que los británicos y estadounidenses. Como conquistadores, los alemanes se habían conducido como bárbaros, y su comportamiento era tanto más vil por cuanto siempre tenían en los labios la idea del honor y la adherencia a los valores civilizados. Ahora, la Unión Soviética imponía un castigo terrible: si la nación alemana había sembrado pesar en el mundo, en 1945 iba a cosechar lo sembrado. El precio de haber empezado —y perdido— una guerra contra una tiranía no menos implacable que la nazi era que la venganza se cobraría con una crueldad casi pareja a la que los adláteres de Hitler habían impuesto en Europa desde 1939.

En aquellos días, hubo decenas de miles de suicidios en toda la Alemania oriental. Liselotte Grunauer, a la sazón de dieciséis años, anotó en su diario:

«El pastor se pegó un tiro y disparó a su mujer y a su hija… La señora H. disparó contra sus dos hijos y contra sí misma y sajó la garganta de su hija… Nuestra maestra, la señorita K., se ahorcó; era nazi. El jefe local del partido se pegó un tiro y la señora N. se envenenó. Es una bendición que ahora no tengamos gas; si no, entre nosotros habría aún más suicidios[67]». Los estragos del Ejército Rojo no se limitaron a Alemania: los partisanos de Tito se asombraron al contemplar los excesos de los soldados rusos en Yugoslavia, incluso entre personas que luchaban por la misma causa; la violación, el saqueo y el asesinato se infligían con un desenfreno indiscriminado.

Basil Irwin, oficial británico de la SOE, se asombró al contemplar el desprecio que los soviéticos mostraban hacia sus aliados: «A nosotros nos trataron sin hostilidad ni sospecha, pero a los partisanos los trataron como a perros… Para [ellos] fue toda una conmoción, no encajaba con la bienvenida que ellos daban a sus hermanos eslavos y el gran ejército ruso[68]». Stalin, cuando se le reprochó esto, se encogió de hombros. Djilas escribió con amargura: «Se estaban destrozando las ilusiones relativas al Ejército Rojo y, con ello, a los propios comunistas[69]». En Belgrado, Tito protestó en persona ante el comandante soviético local, Korneyev, alegando que sus hombres se desanimaban al comparar la correcta conducta de los soldados británicos con la brutalidad de los rusos. Korneyev explotó: «¡Protesto con el mayor énfasis contra el insulto que supone para el Ejército Rojo compararlo con los ejércitos de los países capitalistas!».

En Yugoslavia, como allí donde iban los soldados de Stalin, la Unión Soviética se negó a reconocer —como hace aún la Rusia moderna— los crímenes cometidos por los que lucían su uniforme. El 22 de abril de 1945, se publicó en Pravda este comentario irónico:

> La prensa británica despliega una justa indignación al informar de las atrocidades cometidas por los alemanes en el campo de concentración de Buchenwald… El pueblo soviético puede comprender mejor que nadie la cólera y la amargura, el dolor y el resentimiento que se han apoderado ahora de la opinión pública británica… Nosotros ya habíamos visto hace tiempo al enemigo tal y como era en realidad. Nuestros aliados no han visto lo que nosotros. Ahora nos comprenderán mejor y apreciarán con más prontitud nuestra insistente exigencia de que se juzgue a los carniceros fascistas.

Tras la muerte de Hitler, el gran almirante Karl Dönitz asumió el papel de Führer y mantuvo ese rol durante una quincena. Intentaba ganar tiempo para que las fuerzas alemanas huyeran hacia el oeste, con el mecanismo de representar capitulaciones parciales con miras a establecer negociaciones con los estadounidenses. El general de la SS Karl Wolff ya había concluido una negociación unilateral para la rendición de sus ejércitos en Italia, que se firmó en Caserta el 29 de abril. Las fuerzas alemanas de Holanda, Dinamarca y el noroeste de Alemania se rindieron ante Montgomery en la landa de Luneburgo, el 4 de mayo. En los frentes estadounidenses, la resistencia

concluyó dos días más tarde, cuando el Ejército Rojo se aproximaba al Elba. Hubo muertes hasta el final: el capitán Nikolái Belov, cuyo diario describe vívidamente sus experiencias en los campos de batalla, había sido herido cinco veces desde 1941 y murió en combate el 5 de mayo de 1945.

El III.er ejército de Patton llegó a Pilsen y podría haber avanzado hasta Praga, pero los rusos insistieron en tomar por sí solos la capital checa. Lo consiguieron el 11 de mayo, tras un levantamiento desastroso contra los alemanes, promovido por guerrilleros locales, que causó un último espasmo de acciones sanguinarias. Una delegación de Dönitz se presentó en el cuartel general de Eisenhower en Reims, el 5 de mayo, con intención de rendirse exclusivamente ante los estadounidenses. El comandante supremo insistió en que la capitulación debía ser incondicional y simultánea en todos los frentes; así la firmó el general Alfred Jodl, principal consejero militar de Hitler, el 7 de mayo. Todos los Aliados celebraron el día siguiente como el Día V-E: de la Victoria en Europa. Stalin, sin embargo, insistió en celebrar una ceremonia adicional en Berlín, donde sólo participaron los rusos. Se desarrolló el 8 de mayo y, en coherencia sólo con esto, los rusos eligieron el 9 como fecha propia de la victoria. Como en tantas otras cosas, la nación de Stalin prefirió caminar en solitario.

En el este aún hubo tiroteos esporádicos durante muchas semanas. En el otoño de 1945, las tropas del NKVD seguían matando a los polacos que se negaban a aceptar que la tiranía soviética hubiera sustituido a la nazi. Según el teniente David Fraser: «Aún había en el mundo demasiada crueldad miserable como para que pudiéramos decir, con plena satisfacción: "Dios ha vencido[70]"». El teniente estadounidense Lyman Diercks, que se hallaba en Unterach, cerca de Salzburgo, en Austria, escribió: «Nuestra celebración fue discreta. Un estadounidense de la ciudad nos prestó una bandera de nuestro país, que izamos en un mástil en la plaza. La pareja de ancianos austríacos que era propietaria del hotel nos preparó una comida maravillosa. Ella lloraba y dijo: "Quizá ahora pueda regresar mi hijo, que está prisionero en Rusia". Pero no volvió nunca[71]». En las líneas británicas, el cabo John Cropper describió la sensación de «alivio inmediato; nadie vitoreaba ni corría como loco. Era más bien un "gracias a Dios que todo ha acabado y por fin estamos a salvo". Tampoco teníamos nada con que festejar, por otro lado; solo té de lata y los víveres de costumbre. Era como si uno hubiera tenido un día agotador y, al acabar, se pudiera dejar caer en una buena silla[72]».

Los ejércitos estadounidense y británico saquearon Alemania con ganas, y hubo casos de violaciones, pero pocos hombres buscaron vengarse directamente de los vencidos. Los franceses, en cambio, hallaban muchas cuentas por pagar. El comandante Albrecht Hamlin, oficial al mando de una unidad estadounidense de Asuntos Civiles que controlaba Merzig, de 12 500

habitantes, envió un informe desesperado en el que recogía el saqueo completo que se produjo tras la llegada de una unidad de la caballería francesa.

> Al cabo de una hora, la ciudad se hallaba en un estado de pura confusión. Los chasseurs se desplegaron… apoderándose de las casas que les apeteció, expulsando a los civiles de su hogar, avasallándolos en las calles para destinarlos a trabajos forzosos, confiscándoles bicicletas, automóviles y camiones y, en general, saqueando sus casas y tiendas… Se dijo que eran actos cometidos para vengarse de los alemanes. Cuando se censuró esa actitud a los oficiales, se presentó repetidamente la excusa de que los alemanes habían actuado así en Francia y ahora les tocaba a ellos[73].

Hamlin describió tiroteos indiscriminados y violaciones a cargo de las tropas coloniales francesas, y anotó que una patrulla francesa mató a un sargento estadounidense. «El hotel de Mettlach fue saqueado sistemáticamente y su contenido se envió por camión a Francia… El 5 de abril Luitwin von Boch informó de que unos soldados franceses habían descubierto las curiosidades y los objetos de arte almacenados en el sótano del Museo de la Cerámica de Villeroy & Boch y los estaban destruyendo». Para completar el caos, había prisioneros rusos que, tras ser liberados, campaban a sus anchas; también se supo que algunos soldados estadounidenses estaban matando peces con granadas en el arroyo de Hausbacher. En cambio, los habitantes locales adoptaban una actitud de plena sumisión, según Hamlin. Aunque tales escenas fueron generales en toda Alemania, en la zona de los Aliados occidentales el orden se fue restaurando progresivamente en las semanas posteriores. No así en la zona rusa: mucho después de que Alemania hubiera reconocido su derrota militar aún persistían el asesinato, la violación y el saqueo institucionalizados. Al terminar la guerra en el oeste, los soldados angloestadounidenses quedaron liberados; con posterioridad, sin embargo, las miserias de Europa y muchos de sus habitantes sólo se aliviaron con una lentitud trágica.

25

Japón, postrado

En la primavera de 1945, fuerzas indias y británicas dirigidas por el general Bill Slim emprendieron una brillante y triunfal campaña de reconquista de Birmania. Era irrelevante para el resultado de la guerra —como habían anticipado de buen principio tanto Slim como Churchill—, porque los estadounidenses ya habían sometido a los japoneses en el Pacífico. Pero contribuyó a restaurar la maltrecha confianza y el prestigio perdido del imperio británico y puso al desnudo la vulnerabilidad de Japón. Churchill se había opuesto a la idea de avanzar por tierra a lo largo de más de mil quinientos kilómetros y por un territorio que se contaba entre los más difíciles del mundo, y propuso asaltar Rangún con tropas anfibias, desde el sur. Pero los estadounidenses insistieron en atacar por la Birmania septentrional para realizar así el único objetivo estratégico que valoraban en esta región: abrir de nuevo la ruta continental hacia China.

El ejército de Slim, dominado por las tropas indias, incluía también tres divisiones reclutadas en las colonias africanas de Reino Unido. Era mucho más numeroso que el japonés —530 000 hombres contra 400 000— y contaba con el apoyo de potentes fuerzas aéreas y blindadas. Su problema principal era abastecer un trayecto que atravesaba un terreno montañoso y densamente boscoso, casi desprovisto de carreteras. El suministro por paracaídas, posible gracias a que Estados Unidos asignaba una buena cantidad de aeronaves, se convertiría en un factor crucial de la campaña. Al principio, Slim planeaba librar una gran batalla en la llanura de Shwebo, al oeste del Irrawaddy, donde

podía sacar partido a sus tanques y cazabombarderos. Pero un nuevo comandante japonés, el teniente general Hyotaro Kimura, decidió que, antes que oponer gran resistencia allí, le convenía golpear a los británicos cuando cruzaran el río. Cuando Ultra transmitió las intenciones de Kimura a Slim, éste cambió de planes. Adelantó algunas tropas hacia un punto de vadeo al norte de Mandalay, donde los japoneses las esperaban, pero planteó el paso principal mucho más al sur, para cortar la retirada del enemigo tras atacar Meiktila, en su retaguardia. Entre tanto, otro cuerpo británico ocupaba la atención de los japoneses en la región costera de Arakán.

El éxito de estas operaciones fue posible, en primer lugar, por la fortaleza de los Aliados, y en segundo lugar, por su dominio absoluto del aire, que impedía a los japoneses emprender vuelos de reconocimiento. Desde el principio hasta el final de la campaña, Kimura no pudo arrojar luz sobre los movimientos y las intenciones de los británicos. En diciembre de 1944, las fuerzas de Slim —que avanzaban desde Assam, en el interior de la India— empezaron a cruzar el río Chindwin, donde tantas escenas trágicas se habían vivido durante la retirada de Birmania en 1942. En el norte, el general estadounidense Frank Stilwell, apodado «Vinegar Joe», dirigía una fuerza de cinco divisiones chinas con el objetivo de capturar el crucial aeródromo de Myitkyina. El 5 de marzo, nueve mil hombres del general de división Orde Wingate —los chindits— comenzaron a volar hacia zonas de salto situadas por detrás del frente japonés. El propio Wingate había muerto en accidente de aviación, pero durante los meses siguientes, sus unidades lucharon en varias batallas duras. El 17 de mayo, chindits y chinos establecieron contacto en Myitkyina, donde se apoderaron del aeródromo; entre los hombres de Wingate, las penalidades y bajas fueron espeluznantes, pero desviaron del camino principal de Slim a una cantidad relevante de soldados japoneses.

Desde aquel momento, los aviones transportaron hasta Myitkyina unas cuarenta mil toneladas de suministros y pertrechos, para su posterior remisión a China. Tales entregas no eran suficientes para compensar la crónica debilidad del ejército de Chiang Kai-shek, que continuó siendo incapaz de causar daños de importancia a los japoneses; en su mayoría, el material enriqueció a los señores de la guerra nacionalistas, que lo robaron antes de que llegara a las tropas. Los japoneses pagaron caro el mantener la ocupación de la China oriental durante toda la guerra, puesto que asignaron un millón de soldados a aquella extensión; pero no les resultaba difícil derrotar a las tropas nacionalistas, descalzas y famélicas, allí donde se encontraban con ellas. Las fuerzas comunistas de Mao Zedong, en el norte, lograron convencer en parte a los occidentales de su eficacia en la lucha contra los japoneses, pero en realidad Mao reservaba su fuerza para la inminente batalla civil por el control de China.

La XIX.ª división india de Slim cruzó el Irrawaddy más al norte de Mandalay, a mediados de enero. Durante el mes siguiente, tres divisiones escenificaron el vadeo principal al oeste de Sagaing, mucho más al sur. El río medía un kilómetro y medio de anchura y los británicos no disponían ni de una pequeña parte de los descomunales recursos anfibios y de ingeniería que poseían los ejércitos de Eisenhower en Europa. Pero como la mayoría de las tropas japonesas estaba ocupada más al norte, se apoderaron de una cabeza de playa recurriendo a la improvisación, la tenacidad y algunas asombrosas muestras de coraje. Las ruinas de Mandalay cayeron en manos británicas el 20 de marzo. Fue una batalla simbólica importante, pero Kimura ya regresaba para luchar en la batalla crucial, la de Meiktila.

El Ejército para la Defensa de Birmania (EDB), del líder nacionalista Aung San, que se había organizado a instancias de los japoneses, se aprestó a cambiar de bando. Algunos oficiales británicos se resistieron a la idea de proporcionar armas a sus nueve batallones, pues temían que pronto las usarían en contra de ellos mismos. Mountbatten, comandante supremo de los Aliados, hizo caso omiso de sus reticencias y ordenó que los oficiales de la SOE trabajaran junto con el EDB, alegando: «No haremos nada distinto de lo que se ha hecho en Italia, Rumania, Hungría y Finlandia[1]». Aung San se reunió con Slim y pidió disculpas por no saber expresarse en inglés; el general le respondió con su cortesía característica, lamentando no saber birmano. Acordaron luchar juntos y el 27 de marzo, cuando el ejército de Slim se hallaba a menos de ciento sesenta kilómetros de Rangún, unidades del EDB atacaron de pronto posiciones japonesas. Muchos birmanos se alegraron de poder vengarse de un pueblo que, pese a ser recibido como libertador en 1942, a la postre los había oprimido. Uno de ellos, Maung Maung, escribió: «Los jóvenes de las aldeas dejaron sus hogares para marchar con nosotros, como guerrilleros. Comíamos de lo que nos ofrecían los aldeanos, cortejábamos a sus hijas, traíamos el peligro a sus puertas y nos llevábamos a sus hijos[2]». Se trata de un punto de vista algo romántico sobre un cambio de lealtad tardío y cínico, comparable a la actitud de muchos franceses en el verano de 1944; pero ayudó a crear una leyenda que, más adelante, resultó útil a los nacionalistas birmanos.

El 29 de abril, los británicos estaban en Pegu, a ochenta kilómetros de Rangún, entre la lluvia torrencial, heraldo del monzón inminente. En la costa meridional, una división india escenificó el asalto anfibio que Churchill había deseado siempre y se dirigió hacia la capital, contra una resistencia escasa. El ejército japonés estaba destrozado y había perdido casi todos sus cañones y vehículos. Sostuvo bolsas de resistencia aislada hasta el final de la guerra, pero se enfrentó a la masacre cuando las unidades rotas intentaron abrirse paso entre las fuerzas de Slim, que finalmente se desplegaron como un

cordón a lo largo del río Sittang, para impedir que aquéllas huyeran a Siam. En los últimos meses, los británicos sólo sufrieron unos pocos cientos de bajas; al enemigo, por el contrario, la campaña de Birmania le costó ochenta mil muertos.

Ahora bien, el objetivo principal —terminar de cerrar el cerco sobre Japón— se estaba desarrollando en otro teatro: el Pacífico. En la mañana del 19 de febrero, tres divisiones de marines de Estados Unidos empezaron a desembarcar en Iwo Jima, un grano insular situado unos quinientos kilómetros al oeste de Pearl Harbor y unos mil cien kilómetros al sur de Japón. Según palabras de un infante que contemplaba el bombardeo previo: «Todos creíamos que nada podría sobrevivir a aquello, y las naves de los portaaviones también les estaban dando leña». Sin embargo, los defensores estaban bien preparados, ocultos y protegidos en sus trincheras. La matanza fue horripilante y, proporcionalmente, peor que el Día D: al caer la noche, había treinta mil marines en la costa, pero 566 habían muerto o estaban moribundos. Los vivos se arrastraban entre la ceniza volcánica, que a veces les llegaba hasta las rodillas, en un paisaje lunar que no les ofrecía escondite; un temporal de lluvias agravó su situación. El marine Joseph Raspilair escribió: «En toda mi vida, no creo que nunca me haya sentido tan mal como aquella noche. Todo lo que uno podía hacer era quedarse en el agua y esperar a la mañana, hasta que pudieras salir del agujero[3]». A ello siguieron semanas de combates penosos. El cabo George Wayman, que manejaba un bazuca, se hallaba tan dolorido, herido y tendido durante horas en el boquete abierto por un proyectil, que sintió la tentación de suicidarse con su bayoneta; no pudieron evacuarlo hasta varias horas más tarde y aún bajo el fuego japonés, que batía el perímetro de los marines.

Los reemplazos se adentraron por el difícil terreno de la isla para reforzar las unidades del frente, donde muchos caían heridos incluso antes de saber el nombre de sus compañeros. El teniente Patrick Caruso bromeó con uno de los recién llegados, diciéndole que tenía que ser menor de edad; el chico murió poco después, tras pasar dos horas en la isla, sin quitarse el rifle del hombro ni haber visto siquiera al enemigo[4]. El ingenio de los japoneses parecía no tener límites: un marine quedó asombrado al ver cómo una colina se abría de golpe ante sus mismos ojos y revelaba a tres enemigos que tiraban de un cañón de campaña. La pieza disparó tres proyectiles y la arrastraron de vuelta a la cueva; los morteros acabaron destruyendo aquel cañón, pero antes de poder derrotar a las defensas fue necesario conquistar un centenar de posiciones similares a ésta. Los oficiales aconsejaron a los hombres que no recogieran recuerdos porque, a menudo, los japoneses los habían preparado como bombas trampas. «El mejor souvenir para los de casa seréis vosotros mismos», indicó a sus hombres, lacónico, el comandante de una compañía.

El 27 de marzo, cuando se aseguraron el control de Iwo Jima, los estadounidenses habían sufrido unas 24 000 bajas —entre ellas, 7184 muertos — para capturar una isla cuya extensión es un tercio de la de Manhattan. Sus aeródromos resultaron útiles para los B-29, cuando regresaban de sus misiones con daños o falta de combustible, pero no se emplearon nunca para operaciones ofensivas. Geográficamente, Iwo Jima parecía un hito notable en el camino hacia Japón; pero estratégicamente —como tantos otros objetivos muy peleados de toda campaña— es difícil argumentar que su captura fuera valiosa; las Marianas eran mucho más importantes. Como la fuerza naval estadounidense dominaba por completo el mar, los japoneses no pudieron desplazar fuerzas desde Iwo Jima (ni desde ningún otro punto, de hecho) con miras a obstaculizar las operaciones estadounidenses. Japón sangraba por mil heridas; en aquel momento, sólo estaba en duda cómo se podría impulsar a sus soberanos a reconocer la derrota. En la primavera de 1945, parecían muy lejos de reconocer la realidad. Los generales japoneses creían que se podría obtener una paz negociada si se hacía pagar a los estadounidenses la sangre suficiente por cualquier mínimo avance; sobre todo, si convencían a Washington de que el coste de invadir las islas principales resultaría inaceptablemente alto. Para hacer hincapié en la idea, fueron aumentando la frecuencia de los ataques aéreos kamikaze contra la marina de Estados Unidos.

El comandante Stephen Juricka, oficial de navegación del portaaviones Franklin, de cuarenta mil toneladas, fue uno de los miles de testigos que asistieron, conmocionados, a la destrucción creada por los bombarderos suicidas: «Vi cómo… alcanzaban destructores que se incendiaban, los hombres saltaban por la borda para evitar las llamas… Entre las tripulaciones de los destructores que actuaban como piquete de radar no tardó en cundir la idea de que se los estaba situando allí como cebo[5]». A primera hora de la mañana del 19 de marzo de 1945, la víctima fue el propio Franklin. Un kamikaze impactó contra la cubierta de vuelo y provocó una explosión enorme por debajo:

> Tocó a los aviones de justo debajo del ascensor, dispuestos para el despegue, motores en marcha, cargados con todos los [cohetes] Tiny Tim, bombas de quinientas y mil libras. Se levantaron llamas altas y empezó el humo de verdad… Algunos saltaban desde la cubierta de vuelo… Dos destructores iban recogiendo gente del mar, directamente por detrás de nosotros… muchos de ellos heridos, con quemaduras… Tuvimos explosiones e incendios hasta mediada la tarde siguiente.

El padre O'Callaghan, capellán católico del barco, estaba dando la extremaunción a un hombre moribundo cuando un cohete Tiny Tim se encendió y voló por encima de su cabeza. En su mayoría, los 4800 tripulantes del Franklin fueron evacuados en las horas inmediatamente posteriores al ataque, salvo 772, que permanecieron a bordo y libraron una batalla épica

para mantener la nave a flote. La marina estadounidense había aprendido mucho sobre el control de daños, desde 1941, y todo ese conocimiento se aplicó a salvar el portaaviones. Como siempre, algunos hombres actuaron admirablemente bien, y otros, no tanto.

Stephen Juricka dijo:

> Me sorprendieron algunos de nuestros oficiales, grandes y de buen aspecto, de los que esperarías que fueran torres de fortaleza; y sin embargo resultaban ser personitas, mequetrefes que necesitaban ánimos constantemente, mientras que otros de aspecto anodino, poca altura y sesenta kilos resultaban ser auténticos tigres… Fueron los pequeños los que realmente no fallaron… Siete oficiales dejaron el Franklin con la palmeadora [un andarivel de salvamento hasta el crucero Santa Fe] a pesar de que se les había ordenado volver al barco; el capitán Gehres informó de todos los casos y recomendó un consejo de guerra[6].

Ya en 1939, el general de la USAAF Carl «Tooey» Spaatz había previsto emplear los embrionarios bombarderos estadounidenses B-29 «Superfortress» para atacar Japón. En 1944 hubo incursiones aéreas esporádicas, algunas lanzadas desde la India, otras desde los aeródromos construidos —con un coste enorme— en territorio chino. Una combinación de factores —dificultades técnicas con los primeros B-29, la distancia a Japón, y carencias en el liderazgo, la navegación y la puntería de los bombardeos— provocó que los primeros intentos surtieran poco efecto. Sólo en 1945 se transformó radicalmente la ofensiva. Se intensificó, en primer lugar, por el establecimiento de una enorme red de bases en las Marianas; en segundo lugar, por entregas cuantiosas de aparatos; y por último, por el ascenso del teniente general Curtis LeMay a la jefatura del XX.º Mando de Bombarderos.

LeMay fue el arquitecto de la primera gran incursión incendiaria contra Tokio, el 9 de marzo de 1945. Envió 325 aviones a atacar de noche y a baja altura, entre seis y nueve mil pies. Cayeron torrentes de bombas incendiarias que explotaron con su característico crujido agudo. Sólo se perdieron doce bombarderos, en su mayoría destruidos por las corrientes ascendientes que subían desde la ciudad en llamas. Los antiaéreos causaron daños a cuarenta y dos, pero las defensas japonesas eran débiles. Un piloto escribió al día siguiente, con laconismo: «Despegamos la noche pasada a las 18.35 y, tras un viaje aburrido, tocamos la costa de Japón a las 2.10. Antes incluso de avistar tierra pudimos ver los incendios de Tokio. Estábamos a 7800 [pies] y el humo subía por encima de nosotros. La guía del radar fue perfecta y lanzamos visualmente en un espacio abierto. La ciudad era un "infierno dantesco". Un caza nocturno nos persiguió pero nos dimos la vuelta y lo perdimos[7]». En carta a su casa, añadió: «Había incendios por todas partes y la destrucción provocada esta noche no puede ser menos que catastrófica». El aviador estaba en lo cierto: cien mil personas murieron, aproximadamente, y otro millón quedó sin hogar. Más de cuatro mil hectáreas de la ciudad —una

cuarta parte de su superficie— quedaron reducidas a cenizas. En la mañana del 10 de marzo, el comandante Shoji Takahashi, veterano de la campaña de las Filipinas, pensó al ver Tokio que era «como el mayor y más devastado campo de batalla que uno pueda imaginar; Leyte, a escala gigantesca». Le asombró y disgustó comprobar que, en uno de los numerosos gestos de reconciliación de Japón hacia Estados Unidos, una vez terminada la guerra, se concedió a LeMay una condecoración japonesa.

Los jefes de la USAAF declararon su admiración por aquel nuevo comandante supremo del XX.º Mando de Bombarderos, hombre de carácter y sin restricciones morales. El general Lauris Norstad se disculpó ante el predecesor de LeMay, despedido de su cargo, el general Heywood Hansell, diciendo: «LeMay actúa, los demás planificamos. Eso lo explica todo[8]». En las noches siguientes, se lanzaron ataques incendiarios similares contra Nagoya, Osaka, Kobe y otras ciudades. Incluso cuando los bombarderos empezaron a atacar a plena luz del día, las pérdidas continuaron siendo bajas; además, cada mes llegaba de las fábricas estadounidenses un centenar de aparatos nuevos. No sin reticencia, los aviadores accedieron a desviar parte del esfuerzo a operaciones de minado a cierta distancia de la costa: la Operación Starvation («Inanición»), que comenzó a finales de marzo, obtuvo asimismo resultados muy positivos, porque los japoneses también carecían de un número suficiente de dragaminas (como de tantos otros recursos). Las primeras novecientas minas recortaron aún más las importaciones de Japón; cuando se ordenó a los barcos mercantes que afrontaran las aguas minadas, se produjo un aluvión de hundimientos. Al final de la guerra, los B-29 habían dispuesto doce mil minas marinas, responsables del 63 por 100 de los hundimientos de barcos japoneses entre abril y agosto de 1945.

Pero el objetivo principal de las Superfortalezas era, antes que nada, las ciudades. Algunos ataques diurnos contra fábricas aeronáuticas provocaron una respuesta fuerte: una formación se enfrentó a 233 cazas. Pero el rendimiento de los japoneses —pilotos y aviones por igual— era tan pobre, que el índice de pérdidas de los bombarderos nunca se elevó por encima del 1,6 por 100, insignificante para el criterio europeo. Tras una de las incursiones, los japoneses declararon haber destruido veintiocho B-29, cuando la cifra real fue de cinco. En su desesperación, los defensores también adoptaron tácticas kamikaze; pero aunque los cazas japoneses embestían a los bombarderos estadounidenses, ni siquiera este recurso era garantía de éxito contra las Superfortalezas, enormes y provistas de mucho armamento. Un avión regresó de uno de tales ataques suicidas con la pérdida de un motor como único daño; su ingeniero de vuelo, el teniente Robert Watson, dijo: «Cuando el japo nos pegó, la sacudida fue sorprendentemente floja; nuestro navegador ni siquiera se enteró de que nos habían embestido[9]». El tiempo y

las condiciones atmosféricas inquietaban a las tripulaciones más que las defensas enemigas: las corrientes de aire caliente creaban efectos inesperados, como una Superfortaleza que regresó a Saipán, en julio, con una sección del techo de lata enganchada en la punta misma de un ala.

Se ha prestado mucha atención histórica a la predisposición al sacrificio de los pilotos japoneses, pero entre los que manejaban cazas convencionales había pocas ansias de lucha: los aviadores estadounidenses hicieron hincapié, a menudo, en su falta de agresividad. Tokio fue atacado repetidamente. El 5 de junio, cuando Kobe sufrió otro bombardeo más, se produjo la última aparición significativa de aviones defensivos; el enemigo se estaba quedando sin aviones ni tripulaciones. En la noche del 15, una incursión sobre Osaka destruyó trescientos mil hogares y mató a muchas más personas. A la USAAF empezaba a costarle identificar objetivos valiosos y comenzó a bombardear refinerías petrolíferas, aunque se trataba de objetivos marginales, ya que a los japoneses apenas les quedaba petróleo que procesar. El índice de bajas de los bombarderos se redujo al 0,3 por 100.

Las cuestiones morales preocupaban a los tripulantes de las Superfortalezas tan poco como a sus comandantes: con el humor característico de la juventud, a cada miembro del CCCXXX.º grupo de bombarderos se le entregó un certificado conforme «tras haber visitado al emperador japonés un total de… veces, para ofrecerle sus respetos con proyectiles A. E. [de alta explosividad], incendiarios y latas de raciones C, habiendo ayudado a limpiar los barrios de chabolas de Tokio y habiendo contribuido a la siembra de primavera, se le acepta por la presente en la regia y tosca orden de los REVIENTAIMPERIOS[10]». En los catorce meses que duró la campaña de bombardeo de la USAAF contra Japón, se lanzaron ciento setenta mil toneladas de bombas, la mayoría en los seis últimos meses; se perdieron 414 B-29 y murieron 3015 tripulantes; por cada aviador estadounidense murieron un centenar de japoneses y sesenta y cinco ciudades japonesas quedaron reducidas a cenizas. La ofensiva aérea de 1944-1945 se desarrolló sobre todo porque el B-29, concebido en circunstancias muy distintas —las de 1942—, se había creado para eso, y el programa de las Superfortalezas había costado cuatro mil millones de dólares, frente a los tres mil millones del Proyecto Manhattan. Los aviadores estadounidenses estaban resueltos a demostrar que eran capaces de aportar una contribución decisiva para la victoria. Los ataques incendiarios no igualaron el impacto económico del bloqueo submarino porque se produjeron cuando la industria ya estaba muy debilitada por la falta de combustible y materias primeras; pero convencieron a todo el mundo —salvo a los militaristas más intratables de Tokio— de que la guerra estaba perdida para Japón. LeMay no contribuyó tanto a instar a la rendición como a castigar

a Japón por haber iniciado una guerra con tanta agresividad.

El desembarco estadounidense en Okinawa se concibió para abrir camino a lo que amenazaba con ser la batalla más sangrienta de la guerra asiática: la invasión de las islas principales de Japón. Okinawa, una tirita de campos y montañas, de un centenar de kilómetros de longitud, estaba a medio camino entre Luzón y Kyushu. La cultura local se diferenciaba de la japonesa, aunque ésta fuera la nacionalidad de sus ciento cincuenta mil habitantes. El asalto —que se inició el 1 de abril, Domingo de Resurrección, tras varios días de intenso bombardeo— estaba dirigido por Nimitz. Más de mil doscientas naves desembarcaron a ciento setenta mil soldados y marines del X.º ejército, mientras que una extensa flota de apoyo, con portaaviones, buques de guerra y barcos de combate menores, navegaba frente a la costa. Para sorpresa de los estadounidenses, el asalto inicial no halló resistencia; los japoneses habían aprendido la lección de las anteriores batallas insulares y se habían retirado fuera del alcance del bombardeo naval. Sólo tras pasar una primera semana de escaramuzas en el interior, las tropas estadounidenses se encontraron con fuego intenso de artillería y ametralladoras. El sur de Okinawa se había transformado en una fortaleza, con líneas de posiciones sucesivas, bien atrincheradas en terrenos elevados. En las primeras veinticuatro horas posteriores a este encuentro, al XXIV.º cuerpo estadounidense le llovieron catorce mil proyectiles.

En el punto de choque de los ejércitos rivales, la isla sólo tenía cinco kilómetros de anchura. El general Mitsuru Ushijima había concentrado a sus setenta y siete mil hombres donde eran casi invulnerables al ataque frontal, como descubrieron los estadounidenses en las terribles semanas posteriores. Los temporales de lluvia transformaron el campo de batalla en un mar de barro. Una y otra vez, los soldados y marines norteamericanos avanzaban para verse repelidos. Sus generales les exigían más esfuerzo: el 6 de mayo, el comandante de un cuerpo estadounidense visitó el puesto de mando de una división y dijo que, según veía, sus unidades habían sufrido menos bajas que las demás formaciones. Los oficiales lo interpretaron como un halago, hasta que el comandante añadió: «Para mí, esto sólo puede significar una cosa: que no apretáis[11]». En sus primeros veinticuatro días en Okinawa, la división había avanzado veinticinco kilómetros y contaba la muerte de casi cinco mil japoneses; en los dieciséis días siguientes, por el contrario, sólo avanzó 2,5 kilómetros.

Cuando la guerra en Europa ya se acercaba a su fin y Estados Unidos imponía su poder en todas partes, la opinión pública estadounidense consideró intolerable que sus chicos tuvieran que morir por miles para arrancar a unos fanáticos un cacho de tierra remoto y sin importancia: la cólera pública fue intensa y se dirigió menos contra el enemigo que contra sus

propios comandantes. En mayo de 1945, con Hitler derrotado, los estadounidenses dieron por sentado que la victoria en el Pacífico era inminente y cada día eran más cínicos con la guerra. Para favorecer la complacencia pública, la marina de Estados Unidos animó a la población a acercarse a la Costa Oeste a visitar los astilleros donde se reparaban los buques de guerra, destrozados y ennegrecidos, que habían traído de Okinawa. Pero la Cruz Roja Estadounidense no lograba convocar los voluntarios precisos para confeccionar los atuendos de cirujano y en las plantas de armamento había una carencia crónica de mano de obra. Para describir el estado de ánimo nacional, se recurrió al digno sintagma «fatiga de combate»; pero quizá podrían haber hablado de «aburrimiento», la enfermedad de las democracias, cuya paciencia siempre es corta.

Los hombres que luchaban en Okinawa compartían la frustración del pueblo de Estados Unidos. Tenían varias preguntas: ¿Por qué no emprender un asalto anfibio para derrotar a las defensas por el flanco? ¿Por qué no usar gas venenoso? ¿Por qué luchar en esta guerra, en su última fase previa a una victoria inevitable, de un modo que iba bien a los suicidas japoneses? Ninguna de estas preguntas halló una respuesta satisfactoria. El oficial que mandaba el X.º ejército era el general Simon Bolivar Buckner, un hombre carente de imaginación. Durante más de dos meses, dirigió una campaña que, a quienes participaron en ella, les pareció prima hermana de las vividas en Flandes durante la Primera Guerra Mundial. Lanzaba ataques frontales repetidos contra posiciones fijas, que le permitían ir ganando terreno lentamente, pero a costa de numerosas bajas. En Okinawa, al cuerpo de infantes de marina no le fue mucho mejor que a las unidades de infantería de tierra, a las que le gustaba tratar con condescendencia. Por una vez, es probable que MacArthur estuviera en lo cierto cuando defendía que lo mejor era encerrar a la guarnición japonesa en el sur de Okinawa y dejarla que se pudriera allí a sus anchas, mientras las fuerzas estadounidenses se dirigían a las islas principales de Japón.

Los japoneses no supusieron nunca que su resistencia en la isla les aportaría resultados decisivos. Ponían su fe, por el contrario, en un asalto aéreo de intensidad devastadora contra la flota estadounidense, cuyos actores cruciales debían ser los pilotos kamikaze. Los aviones suicidas se habían empleado con cierto éxito en Filipinas desde octubre de 1944; aunque para los Aliados era un método bélico repulsivo, desde el punto de vista de sus enemigos era completamente racional. Un historiador japonés, ya en la posguerra, comentó con impaciencia: «Han sido incontables las críticas de japoneses a los ataques kamikazes. Pero en su mayoría parecen haber sido pronunciadas por gente desinformada que se contentó con ser simple espectadora de la gran crisis a la que se enfrentaba su nación[12]».

Contra el apabullante potencial aéreo estadounidense, los pilotos japoneses que, tras una pobre instrucción, empleaban tácticas convencionales sufrían un castigo muy fuerte. Si planeaban su muerte como una certeza, y no una simple probabilidad, la carga de combustible podía reducirse a la mitad y la precisión destructiva se incrementaba mucho. La campaña aérea resultante, en la zona de Okinawa, provocó pérdidas más graves a la marina estadounidense que las causadas jamás por los buques principales de la Flota Combinada; en los últimos meses del conflicto, los barcos de Spruance se vieron obligados a luchar en algunas de sus acciones más duras y sostenidas.

El comandante Fitzhugh Lee, oficial ejecutivo en el Essex, describió su experiencia como observador de los ataques japoneses desde el Centro de Información de Combate del enorme portaaviones:

> Recuerdo haber pasado muchas horas infelices en el CIC, contemplando cómo las señales venían hacia nosotros, sabiendo qué hacían y confiando en que nuestros cañones los derribarían, viendo cómo giraban en la pantalla del radar y sabiendo entonces que los torpedos estaban en el agua y de camino a ti. Esos minutos parecen años, cuando estás ahí sentado esperando a saber si te darán. El CIC no era sitio en el que estar feliz. Era interesante desde el punto de vista de la psicología… mi primera experiencia de auténtico miedo: hallarte cara a cara con lo que crees que podría ser la muerte en cualquier momento… Aquí te sentabas junto a las pantallas de radar y veías ocurrir esas cosas, con marinos que tenían dieciocho o diecinueve años, recién salidos de la granja o la zapatería… Sus reacciones eran, en la mayoría de casos, admirables. De vez en cuando encontrabas a alguien que no lo podía soportar… Descubrí que podía darme cuenta de cuándo alguien se estaba poniendo un tanto histérico… Si se excedía con las emociones, se contagiaba, así que había que pensar en algo rápido; en sacarlo de allí… Hubo unos pocos que perdieron el control de sí mismos y empezaron a llorar, a gritar, a rezar[13].

La imagen de los kamikazes japoneses despegando hacia la muerte con enorme entusiasmo es, en gran medida, falaz. Entre la primera oleada de suicidas, en otoño de 1944, había en efecto muchos voluntarios propiamente dichos; pero más adelante, la cuota de jóvenes fanáticos disminuyó: muchos de los reclutados acabaron aceptando aquella tarea por la presión moral e incluso, en ocasiones, por alistamiento forzoso. Su instrucción era tan cruda como la de todos los guerreros japoneses y no faltaba el típico hincapié nipón en el castigo corporal. Kasuga Takeo, ordenanza en la base kamikaze de Tsuchitura, dio testimonio de la melancolía y, a veces, histeria que caracterizaba las últimas horas de los pilotos[14]. Algunos rompían los muebles, otros se sentaban en contemplación muda, había quien bailaba demencialmente. Takeo hablaba de un humor de «absoluta desesperación»; la presión de los pares —fuerza social dominante en Japón desde tiempo inmemorial— alcanzó su apogeo en el programa kamikaze.

«Muchos de los recién llegados parecían no ya faltos de entusiasmos, sino, de hecho, muy inquietos por su situación», según escribió, en tono de censura, un historiador japonés sobre los aviadores condenados de este período[15]: «En algunos, este estado duraba sólo unas pocas horas; en otros,

varios días. Era un período de melancolía que se pasaba con el tiempo y a la postre daba paso a un despertar espiritual. Entonces, como cuando se alcanza la sabiduría, la inquietud se desvanecía y aparecía la tranquilidad de espíritu, pues la vida se entendía con la muerte y la mortalidad con la inmortalidad». Citaba el ejemplo de cierto teniente Kuno, que llegó infeliz a su aeródromo operativo, pero antes de su último vuelo se mostraba ciertamente alegre e insistía en privar a su aparato de todo equipo que no fuera esencial. También expresó su pesar, sin embargo, ante el hecho de que «unos pocos de entre estos pilotos, indebidamente influidos por un público agradecido y devoto, han terminado creyéndose dioses en vida y se han vuelto insoportablemente vanidosos[16]».

La mayoría estaba simplemente apenada. Un joven recluta musitaba con pesar, cuando se evidenció que el país estaba en una situación muy difícil: «Ahora empieza el ataque total del enemigo, con una enorme superioridad material. Pronto llegará el último estadio que nos describía Sin novedad en el frente: el catastrófico[17]». También Norimitsu Takushima, un piloto de bombardero, de veinte años, escribió en su diario:

> Hoy al pueblo japonés no se le permite la libertad de expresión y no podemos comunicar públicamente nuestras críticas… El pueblo japonés ni siquiera tiene acceso a información suficiente para estar al cabo de los hechos… Este es sólo un ejemplo más de las costumbres y la demagogia que se han convertido en las fuerzas motrices de nuestra sociedad… Vamos a encontrarnos con nuestro destino dirigidos por la fría voluntad del gobierno. Yo no perderé mi pasión y tendré esperanza hasta el final… Hay un ideal: la libertad[18].

El 9 de abril de 1945, el avión de Takushima desapareció en acción.

Sin embargo, algunos de estos jóvenes afirmaban ir a la muerte voluntariamente. El teniente Kanno Naoishi, considerado por sus compañeros como uno de los pilotos de caza más pintorescos de Japón, había embestido un B-24 y pudo salvar la vida, pero no confiaba en sobrevivir mucho más. La tripulación viajaba entre destinos con una reducida bolsa de efectos personales, lápices para las cartas aeronáuticas y ropa interior, con sus nombres. En su bolsa se podía leer, con aire de broma: «Efectos personales del difunto capitán Kanno Naoishi», porque daba por descontada su propia muerte y, con ella, la promoción póstuma propia de todo aviador caído. En una de las innumerables últimas cartas dejadas por los kamikazes para sus familias, Hayashi Ichizo escribió, en abril de 1945: «Madre, soy un hombre. Todos los hombres nacidos en Japón están destinados a morir luchando por el país. Has hecho una labor espléndida al criarme para que me convirtiera en un hombre honorable. Yo haré una labor espléndida hundiendo un portaaviones enemigo. Presume de mí[19]». Ichizo murió en la zona de Okinawa, el 12 de abril de 1945, con veintitrés años. Nakao Takenonori escribió palabras similares a sus padres el 28 de abril:

El otro día visité el santuario de Kotohira e hice tomar una fotografía. Les dije que os la enviaran cuando estuviera terminada. Por si acaso, os incluyo el recibo… Os ruego que no os desaniméis: luchad para derrotar a Estados Unidos y Reino Unido. Por favor, decidle lo mismo a la abuela. Yo dejaré mi diario. Aunque no hice mucho en mi vida, estoy satisfecho de haber cumplido mi deseo de vivir una vida pura y no dejar nada feo tras de mí… Deseo dar las gracias a mi tío y a muchas otras personas. Por favor, transmitidles mi agradecimiento. Os deseo lo mejor para el futuro[20].

Para la marina estadounidense, la experiencia de combatir a los kamikazes estuvo entre las más sangrientas y dolorosas de su guerra. Los aviadores japoneses realizaron casi mil setecientas salidas a Okinawa entre el 11 de marzo y finales de junio de 1945. Día tras día, las tripulaciones orientaron sus cañones para realizar descargas contra los atacantes, que se acercaban girando en picado. En su mayoría, los pilotos perecían, pero siempre había unos pocos que atravesaban el fuego y lograban inmolarse en las cubiertas de vuelo y superestructuras de los buques de guerra estadounidenses. Los efectos eran devastadores cuando la gasolina se incendiaba, la munición explotaba y los marinos —con la sola protección de guantes y pasamontañas ignífugos— se veían inmersos en un infierno ardiente. El 12 de abril se destruyó a casi todos los atacantes, 185, en total; pero los estadounidenses perdieron dos barcos, hundidos, y otros catorce, por daños, incluidos dos buques de guerra; el día 16, los kamikazes alcanzaron el portaaviones Intrepid; el 4 de mayo, hundieron cinco barcos y dañaron once. Entre los días 11 y 14, tres buques insignia sufrieron daños graves, incluidos los portaaviones Bunker Hill y Enterprise. Entre el 6 de abril y el 22 de junio, hubo diez ataques suicidas de gran intensidad, diurnos y nocturnos, que emplearon 1465 aviones, además de otros 4800 vuelos convencionales. Los kamikazes hundieron 27 barcos y dañaron 164, mientras que los bombarderos hundieron uno y dañaron 63. Cerca de un 20 por 100 de los ataques suicidas lograron impactar, lo que decuplica el índice de éxito de los ataques convencionales. Sólo el extraordinario poderío de la marina estadounidense le permitió resistir aquel castigo.

Cuando Okinawa se declaró posesión segura, el 22 de junio, ochenta y dos días después del desembarco inicial de Buckner, el ejército de tierra y la infantería de marina habían perdido a 7503 hombres y 36 613 heridos, a los que deben sumarse 36 000 bajas indirectas, en su mayoría por fatiga de combate. La marina estadounidense perdió a 4907 hombres y más de ocho mil heridos. Entre las fuerzas defensivas instaladas en tierra, casi todos los hombres perecieron, junto con muchos miles de nativos de Okinawa, varios de los cuales cometieron suicidio instados a ello por el ejército. Cabe decir que los japoneses se apuntaron un tanto, considerando su propósito inicial: las pérdidas convencieron a los jefes de las fuerzas armadas estadounidenses de que invadir las islas principales del archipiélago sería inmensamente

costoso. Las consecuencias, sin embargo, fueron muy distintas de las imaginadas por Tokio.

Durante las semanas posteriores se continuaron realizando operaciones terrestres menores contra los japoneses: fuerzas australianas desembarcaron en Borneo, a instancias de MacArthur, y combatieron en una campaña pequeña pero sangrienta para apoderarse de sus regiones costeras; en las Filipinas, tropas estadounidenses redujeron todavía más el perímetro de Yamashita en las montañas y emprendieron una serie de asaltos anfibios para liberar islas del vasto archipiélago. Prosiguieron los intentos denodados de convencer a los rezagados de que se rindieran: el sargento Kiyoshi Ito, un prisionero de veintinueve años, que en la vida civil era vendedor en Nagoya, aceptó firmar una hoja que distribuían las tropas estadounidenses, con este mensaje:

> ¡Camaradas! Vosotros, que con valentía habéis decidido resistir hasta el final…
> POR FAVOR, UNA PAUSA ANTES DE MORIR. ¡PENSAD!
> ¡OFICIALES, SUBOFICIALES Y TROPA!
> … No es preciso que os cuente en qué situación tan difícil estamos, cuando nuestra patria, aislada, lucha contra el mundo entero. ¿No es sólo una cuestión de tiempo? Por favor, intentad reflexionar razonablemente. Dejad que el Destino decida la guerra. Ocurra lo que ocurra, el pueblo japonés, con sus gloriosos tres mil años de historia, nunca quedará exterminado. Camaradas, ¿por qué no sopesamos el pasado y vivimos de nuevo para reconstruir Japón? Arrojad vuestras armas y salid de vuestras posiciones. Quitaos la camisa y agitadla sobre vuestra cabeza, y acercaos a las posiciones estadounidenses a la luz del día, por los caminos principales. Con eso acabarán vuestros pesares y recibiréis un trato humano.
> ¡SINCERAMENTE, CREO QUE ES LA ÚNICA FORMA, Y LA MEJOR QUE NOS QUEDA, DE SERVIR A NUESTRO PAÍS!
> Un suboficial del ejército japonés, ahora prisionero de guerra[21].

De tales llamamientos se hizo caso omiso, sin apenas excepciones, hasta agosto de 1945; incluso más tarde, porque en Birmania el XIV.º ejército de Slim todavía estaba limpiando la zona de restos japoneses y se preparaba para la Operación Zipper («Cremallera»), la invasión de la península malaya. Entre los hombres que aún luchaban en el este hubo muchas bromas amargas cuando se recibió la noticia del Día V-E. Un correo militar entregó un cable con la noticia al mando del estado mayor de una división desplegada en Birmania, quien llamó a su sargento: «Aquí tengo un mensaje: en Europa, la guerra se ha acabado». El suboficial se volvió hacia sus hombres y anunció: «La guerra en Europa ha terminado: cinco minutos de pausa[22]». El comandante John Randle, que había estado luchando en el frente birmano desde abril de 1942, dijo sobre su estado de ánimo en el verano de 1945: «Creíamos que aquello no acabaría nunca. Ya no teníamos la misma paciencia. Si mi oficial al mando me hubiera dicho: "Te mereces un descanso", incluso antes de volver [a Birmania] a principios de 1945, lo habría aceptado. Pero nunca lo habría pedido; no podías levantar la mano y decir:

“Ya he tenido bastante[23]”».

Para desolación de muchos estadounidenses notables, se designó a MacArthur comandante supremo de la Operación Olympic, la invasión de Japón, que se preveía comenzara en noviembre con un desembarco en la isla de Kyushu. Entre tanto, los bombarderos de LeMay continuaban calcinando las ciudades enemigas y la producción industrial japonesa estaba próxima a hundirse. El 10 de julio de 1945, la Quinta Flota se situó cerca de Japón y empezó su propio programa intensivo de ataques aéreos desde las naves de los portaaviones, provocando muertes y destrucción en zonas de las islas que habían escapado a las atenciones de la XX.ª fuerza aérea. «En la vanguardia del invasor, su enorme fuerza de portaaviones pasaba arrasando… como un tifón poderoso», escribió el oficial de marina Yoshida Mitsuru[24].

Stalin había prometido unirse a la guerra oriental y lanzar una gran ofensiva en Manchuria, en agosto. Contra Japón, al igual que contra Alemania, parecía claro que se podrían salvar vidas estadounidenses si se permitía a los rusos que resolvieran algunas de las tareas más sangrientas de machacado del enemigo. Washington se mostró muy ingenuo al no darse cuenta de que Stalin quería enfrentarse a los japoneses no para complacer a Estados Unidos, sino porque estaba resuelto a apoderarse de sus propias recompensas territoriales; lejos de requerir que le rogaran intervenir en la zona, en realidad nadie habría podido impedir al caudillo soviético hacerlo así. De todos los beligerantes, era el que mantenía una visión más clara de sus propios objetivos. Durante los meses de junio y julio de 1945, miles de trenes de transporte de tropas cruzaron la Unión Soviética hacia Asia, trasladando ejércitos que habían derrotado a Alemania para completar la destrucción de Japón.

Entre tanto, en numerosas instalaciones de Estados Unidos —centros colosales y protegidos por alambradas—, 125 000 científicos, ingenieros y auxiliares trabajaban para hacer fructificar el Proyecto Manhattan, la mayor y más terrible empresa científica de la guerra. Laura Fermi, esposa de Enrico Fermi, uno de los cerebros principales del centro de investigación de Los Álamos, escribió unos años más tarde que se compadecía de los médicos militares responsables del bienestar de los científicos:

> Se habían preparado para las emergencias del campo de batalla y ahora, en cambio, se hallaban frente a un grupo muy excitable de hombres, mujeres y niños. «Excitables», porque la altitud nos afectaba y porque nuestros hombres trabajaban largas horas bajo una presión incesante; «excitables», porque éramos muchos y demasiado similares los unos a los otros, demasiado próximos, demasiado inevitables incluso en las horas de descanso, y todos éramos unos chalados; «excitables», porque nos sentíamos impotentes en unas circunstancias extrañas[25].

En 1942, los británicos habían hecho avances significativos en la investigación de una bomba atómica; su conocimiento teórico, de hecho, era

superior al de los científicos de Estados Unidos. Pero con la propia isla envuelta en la batalla, reconocían que les faltaban recursos para construir un arma con rapidez. Así se llegó al acuerdo de que científicos británicos y emigrados de Europa cruzarían el Atlántico para trabajar junto con los estadounidenses. A partir de ahí, la contribución de Reino Unido cayó pronto en el olvido, en Washington: Estados Unidos se consideró amo y señor de la bomba y lo hizo de un modo brutal.

El determinismo tecnológico es un rasgo importante de la guerra moderna, que nunca se ha puesto de manifiesto con más claridad que en el aprovechamiento del poder de destrucción atómica. Igual que era casi inevitable que una vez construida una flota de B-29 para atacar Japón se le diera uso para ese fin, también el compromiso estadounidense con el Proyecto Manhattan precipitó el destino de Hiroshima. La posteridad contempla el uso de las bombas atómicas de forma aislada; sin embargo, en la mente de la mayoría de los políticos y generales enterados del secreto, estas primeras armas nucleares ofrecían tan sólo un incremento radical en la eficiencia de los ataques aéreos que ya estaban realizando las Superfortalezas de LeMay, ataques que apenas despertaban escrúpulos morales en el país norteamericano.

Sólo un reducido número de científicos comprendió plenamente la importancia estratosférica del potencial atómico. Churchill había revelado las limitaciones de su propia comprensión del tema en 1941, cuando se le pidió que aprobara el proyecto británico de desarrollo de un arma nuclear. Respondió que personalmente estaba satisfecho con el poder destructivo de los explosivos conocidos, pero que tampoco tenía objeciones a que se investigara una nueva tecnología, si prometía más. Las conversaciones entre Truman —que ascendió a la presidencia tras la muerte de Roosevelt, el 12 de abril de 1945—, Stimson, Marshall y otros reflejan que comprendían el potencial devastador de la bomba, pero no el hecho de que supondría inaugurar una nueva era en la historia de la humanidad. Marshall, por ejemplo, continuó proyectando la planificación de Olympic hasta agosto de 1945; no estaba convencido de que, aunque se llegaran a lanzar las bombas y éstas tuvieran el efecto previsto, ello supusiera el final de la guerra.

El general de división Leslie Groves, que dirigía el Proyecto Manhattan, estaba resuelto a utilizar las nuevas armas lo antes posible. No le preocupaba lo más mínimo la agonía de científicos como Edward Teller, quien escribió, casi desesperado, a un colega: «No tengo esperanza de calmar mi conciencia. El objeto de nuestro trabajo es tan terrible que ninguna suma de protestas o negociaciones con la política podrá salvar nuestras almas[26]». La única cuestión que se analizó al respecto fue la de si demostrar el poder de la bomba, antes de usarla contra un objetivo urbano, podría bastar para lograr

el efecto deseado. Tras un fin de semana (14-16 de julio) de intenso debate entre un equipo de científicos encabezado por Robert Oppenheimer, concluyeron:

> Los que abogan por una demostración puramente técnica quisieran prohibir el uso de armas atómicas y han sentido el temor de que, si usamos las armas ahora, ello perjudicará nuestra posición en futuras negociaciones. Otros hacen hincapié en la ocasión de salvar vidas estadounidenses mediante el uso militar inmediato y creen que tal uso mejorará las perspectivas internacionales… Nosotros estamos más cerca de este último punto de vista; no podemos proponer ninguna demostración técnica que sea probable que concluya la guerra; no vemos ninguna alternativa aceptable a la utilización militar directa[27].

Incluso el gran físico Edward Teller se convenció —sin que se le pueda reprochar insensatez ninguna— de que la mejor esperanza para el futuro de la humanidad pasaba por una demostración en vivo, que pusiera ante los ojos del mundo la irracionalidad del uso futuro de tales armas en las guerras. La descomunal empresa poseía un impulso propio, que sólo dos situaciones podrían haber frenado. En primer lugar, Truman podría haber sido extraordinariamente inteligente y decretar que el arma era demasiado terrible y no se podía llegar a utilizar. Una segunda posibilidad, más plausible, era que los japoneses hubieran ofrecido a tiempo la rendición incondicional. Pero tanto los cables interceptados a mediados del verano de 1945 como los pronunciamientos públicos de Tokio prometían que Japón se negaría en redondo a esa posibilidad.

Objetivamente, los Aliados tenían claro que la derrota de Japón era inevitable, por razones tanto militares como económicas, y que, en consecuencia, era innecesario usar bombas atómicas. Pero la perspectiva era horripilante: verse obligado a seguir reduciendo bolsas de resistencia fanática, por toda Asia, durante meses, si no años. En Tokio persistía la creencia de que una defensa incondicional de las islas principales podría proteger a Japón de la exigencia de rendición absoluta. El general Yoshijiro Umezu, jefe del estado mayor general de Japón, soñaba así, con imágenes típicas, en un artículo publicado en la prensa en mayo: «El camino seguro hacia la victoria en una batalla decisiva se define por unir los recursos del imperio más allá del esfuerzo bélico y por movilizar toda la fortaleza de la nación, tanto física como espiritual, para aniquilar a los invasores estadounidenses. Establecer un espíritu metafísico es el primer requisito esencial para lidiar la batalla decisiva. Debemos hacer siempre hincapié en que hay que comprometerse plenamente con la acción agresiva[28]». El comandante y oficial del estado mayor Yoshitaka Horie pronunció una charla sobre la situación contemporánea ante cadetes del ejército, que le vahó la censura de un oficial de la Dirección Educativa del Ejército, quien afirmó: «Tus charlas son tan deprimentes que los oficiales que las escuchen

empezarán a perder la voluntad de luchar. Debes terminar con una nota positiva y asegurarles que el ejército imperial no ha cedido en el ánimo de combate[29]».

Entre las voces que hoy se muestran más críticas con el uso de las bombas, algunas hacen caso omiso del hecho de que, cada día que se alargaba la guerra, morían nuevos prisioneros y esclavos del imperio japonés en Asia. Una posibilidad perversa es la siguiente: los Aliados quizá habrían contribuido más a confundir a los militaristas nipones de haber anunciado públicamente que no tenían intención de invadir las islas, al tiempo que continuaban bombardeando y matando de hambre al pueblo japonés, hasta que se rindiera; quizá habría sido más eficaz que proseguir con la preparación de la Operación Olympic. El mayor error de Truman, en lo que respecta a proteger su propia reputación, fue no proclamar un ultimátum explícito antes de atacar Hiroshima y Nagasaki. La declaración de Potsdam, emitida por los Aliados occidentales el 26 de julio, amenazó a Japón con una «destrucción rápida y completa» si no se rendía de inmediato. Eran palabras preñadas de sentido para los líderes aliados, que sabían que la primera bomba atómica se acababa de probar, con éxito, en Álamo Gordo. Pero para los japoneses, sólo anunciaba más de lo mismo: bombardeo incendiario y una futura invasión.

En pleno verano de 1945, los gobernantes de Japón deseaban terminar la guerra; pero sus generales, junto con algunos políticos, seguían empeñados en asegurarse unas condiciones «honorables», que incluyeran —por ejemplo— retener partes sustanciales del imperio de Japón en Manchuria, Corea y China, además de acordar con los Aliados que el país quedaría exento de ocupación y acusaciones de crímenes de guerra. «En Japón, ninguna persona poseía una autoridad ni remotamente similar a la del presidente de Estados Unidos —comenta el profesor Akira Namamura, un historiador moderno, de la Universidad de Dokkyo—. El emperador estaba obligado a actuar de acuerdo con la constitución japonesa, lo que significaba que debía asentir a los deseos del ejército, la marina y los políticos civiles. Sólo pudo adoptar la decisión de poner fin a la guerra cuando estas fuerzas lo habían invitado a hacerlo así.»[30] Incluso si esta aseveración quedaba (y aún queda) abierta a toda una diversidad de interpretaciones, era evidente que Hirohito sólo podía dar pasos hacia la rendición cuando hubiera más consenso al respecto entre los líderes japoneses, algo que sólo se alcanzó, y aun moderadamente, mediado agosto de 1945.

Muchos críticos modernos de Hiroshima y Nagasaki consideran, en efecto, que Estados Unidos debería hacer aceptado la siguiente responsabilidad moral: ahorrar al pueblo japonés las consecuencias de la obstinación de sus líderes. Nadie en su sano juicio afirmará que el uso de las

bombas atómicas representó un bien absoluto, ni siquiera que fue un acto de justicia. Sin embargo, en el transcurso de la guerra había sido necesario realizar muchos actos terribles para avanzar en la causa de la victoria aliada; también hubo que asistir a matanzas enormes. En agosto de 1945, para los jefes aliados, las vidas de su propia gente habían terminado siendo muy apreciadas, y las de sus enemigos, muy prescindibles. En aquellas circunstancias, parece comprensible que el presidente Truman no acertara a detener el gigante que transportó las bombas atómicas hasta Tinián y, de allí, a Japón. Si Hitler fue el arquitecto de la devastación de su propio país, al régimen de Tokio le corresponde casi toda la responsabilidad por lo que ocurrió en Hiroshima y Nagasaki. Si los líderes nipones se hubieran rendido a la lógica apabullante y hubieran atendido al bienestar de la guerra —es decir, si hubieran abandonado la guerra—, entonces las bombas atómicas no se habrían lanzado.

Cuando Joseph Majeski, artillero de una Superfortaleza, de diecinueve años, vio llegar a Tinián el Enola Gay, se acercó a hablar con sus tripulantes, para averiguar a qué habían venido: aquel B-29 estaba especialmente modificado para portar sólo armamento de cola y lo habían provisto de motores reversibles y otro equipamiento especial. La respuesta del hombre fue displicente: «Hemos venido a ganar la guerra», algo a lo que, por descontado, el joven aviador no dio crédito. Unos pocos días después, el 6 de agosto de 1945, el avión lanzó la bomba «Little Boy» («Niñito») sobre Hiroshima. Su detonación generó un poder equiparable al de doce mil quinientas toneladas de explosivo convencional, creó heridas de una especie jamás experimentada antes por la humanidad y mató al menos a setenta mil personas. En todo el mundo, la noción de lo que había pasado quedó fuera del alcance de la imaginación de muchas personas, en un principio. El capitán de corbeta Michael Blois-Brooke, del buque de asalto británico Sefton, que se preparaba para invadir Malasia, dijo: «Hemos oído que se ha lanzado sobre Japón no sé qué bomba maravillosa que va a detener la guerra. Apenas le prestamos atención, pensando que una sola bomba no iba a cambiar el curso de la historia[31]».

Tres días más tarde se lanzó «Fat Man» («Hombre gordo») sobre Nagasaki, una bomba que igualaba el poder explosivo de veintidós mil toneladas de TNT y mató al menos a treinta mil personas. En las primeras horas de aquel día, las primeras unidades soviéticas de un total de un millón y medio de hombres cruzaron la frontera de Manchuria, con el apoyo de cinco mil quinientos tanques y cañones autopropulsados. Barrieron la región y apabullaron a los japoneses, cuya artillería era irremediablemente inferior. En algunas zonas, los defensores lucharon hasta el final, manteniendo la resistencia hasta diez días después del fin oficial de la guerra. Pero el 20 de

agosto, los rusos controlaban la mayor parte de Manchuria y Corea del Norte. La breve campaña les costó doce mil muertos, más hombres de los que el ejército británico perdió en Francia en 1940; entre los japoneses hubo unos ochenta mil muertos.

En su mayoría, los jóvenes que bombardeaban Japón habían adquirido desde hacía tiempo un caparazón de insensibilidad con respecto a su labor, similar al que habían desarrollado sus comandantes. El general «Hap» Arnold, comandante de la USAAF, quería concluir la ofensiva de Superfortalezas con un grand finale de mil aviones incendiarios; Spaatz, que era ahora su comandante en jefe en el Pacífico, prefería la idea de arrojar una tercera bomba atómica sobre Tokio. A la postre, el 14 de agosto, ochocientos B-29 atacaron el área urbana de Isesaki con bombas incendiarias; sin perder un solo aparato, crearon una última tormenta de destrucción, con posterioridad a Nagasaki. Uno de los pilotos, el coronel Carl Storrie, dijo a la mañana siguiente sobre su papel: «Hicimos de despertador. Todos los demás aviones portaban bombas incendiarias, pero nosotros teníamos [bombas] de cuatro mil libras y fuimos a despertar a la población de Kumugaya… Estábamos a dieciséis mil [pies] y aún se sentía el impacto. Fue un truco sucio. Imaginamos que los japos creerían que era otra bomba atómica[32]».

El emperador Hirohito convocó una reunión de los líderes militares y políticos de su país y les comunicó que estaba resuelto a terminar la guerra, decisión que declaró ante su nación por vía radiofónica unas pocas horas después. No todos los súbditos aceptaron su determinación, ni siquiera entonces. El comandante Haryushi Iki, que era piloto de cazas, dijo: «Nunca me permití pensar en la posibilidad de perder la guerra. Cuando los rusos invadieron Manchuria, me sentí profundamente deprimido, pero ni aun entonces podía admitir que habíamos perdido. ¿Cómo va uno a luchar bien en una batalla, si cree que la guerra está perdida, pase lo que pase?». Algunas figuras notables, como el ministro de Guerra, se suicidaron según el ritual, ejemplo que siguieron varios cientos de personas más humildes. «En el ejército había una clara división de opiniones sobre si se debía acabar la guerra —dijo un oficial de inteligencia del estado mayor general, el comandante Shoji Takahishi—. Muchos de los hombres que teníamos en China y el sureste de Asia eran partidarios de seguir luchando. En Japón, la mayoría aceptaba que no podíamos seguir. Por mi parte, tenía claro que, una vez que el emperador había hablado, teníamos que abandonar». Ésta fue la perspectiva que se impuso. A las 7 de la tarde del 14 de agosto (en hora de Washington, cuando en Japón ya era día 15), Harry Truman leyó el anuncio de la rendición incondicional de Japón ante una densa multitud de políticos y periodistas, en la Casa Blanca. El presidente ordenó en ese punto que cesaran todas las operaciones ofensivas contra el enemigo. En la bahía de Tokio, el 1

de septiembre, representantes de Japón y de los Aliados —encabezados éstos por el general Douglas MacArthur— firmaron el documento de rendición sobre la cubierta del buque de guerra Missouri. La Segunda Guerra Mundial había concluido de forma oficial.

26

Vencedores y vencidos

Goethe escribió, a principios del siglo XIX: «Nuestras guerras modernas causan la infelicidad de muchos mientras duran y la felicidad de nadie cuando se han terminado». Casi lo mismo cabe decir de 1945. En Europa, la guerra terminó de forma abrupta: fastidiados o agradecidos, millones de alemanes se rindieron y tiraron las armas antes de unirse a las interminables columnas de prisioneros que se dirigían hacia cárceles improvisadas; sólo en el este, un pequeño número de soldados intentó mantener la resistencia contra los rusos. Los vencidos emergían en lugares impensables y bajo formas inesperadas: un submarino enarboló la bandera blanca y remontó el río Piscataqua, en New Hampshire (Estados Unidos), donde la desconcertada policía estatal recibió al capitán y su tripulación. El primer ministro irlandés Éamon de Valera, alardeando hasta el final el odio que sentía hacia sus vecinos británicos, realizó una visita oficial a la embajada alemana en Dublín, para expresar sus condolencias por la muerte del jefe de estado del Reich.

Muchos alemanes creían ser víctimas de Hitler, tanto como las naciones extranjeras que éste había conquistado y esclavizado. En Hamburgo, la anciana Mathilde Wolff-Mönckeberg escribió el día 1 de mayo, desolada: «Deploramos de todo corazón el destino de nuestra pobre Alemania. Es como si la bomba final nos hubiera caído en el alma misma, matando el último vestigio de alegría y esperanza. Nuestra bella y orgullosa Alemania ha quedado machacada, reducida a polvo y a cenizas, millones de personas han sacrificado sus vidas y se han destruido todas nuestras encantadoras

ciudades y nuestros tesoros artísticos. Y todo esto, por un hombre que tenía una visión demente de sí mismo como el "elegido de Dios[1]"».

En el verano de 1945 y después de estos meses, el sentimiento más recurrente entre los alemanes era el de la autocompasión, más que el arrepentimiento: uno de cada tres de los hijos varones nacidos entre 1915 y 1924 había muerto en la guerra, y dos de cada cinco de los nacidos entre 1920 y 1925. En las enormes migraciones de refugiados que precedieron y siguieron al Día de la Victoria en Europa, 14,16 millones de habitantes de etnia germánica dejaron sus hogares en el este y quizá medio millón de ellos —aquí los cálculos modernos varían mucho entre sí— perecieron durante la odisea posterior. Así, el histórico problema centroeuropeo de las minorías alemanas se resolvió de la manera más abrupta: mediante la limpieza étnica. Entre tanto, otros varios millones de personas de una docena de nacionalidades esclavizadas por Hitler entraron en un nuevo túnel de oscura incertidumbre, al ser destinados (algunos, durante años) a los nuevos campamentos de desplazados, administrados por los Aliados. Los menos afortunados fueron entregados de forma sumaria a Rusia, su patria, donde el NKVD clasificó a muchos como traidores (demostrados o supuestos) y los sentenció a muerte.

En las ciudades alemanas se había destruido la mitad del parque de viviendas (incluidos 3,8 millones de pisos, de un total de diecinueve millones). Richard Johnston, del New York Times, escribió desde Núremberg: «Como tímidas criaturas terrestres, unos pocos alemanes salieron de sus refugios, cuevas y sótanos esta mañana, para guiñar los ojos por la intensa luz solar y contemplar, incrédulos, el terrible caos en el que se ha convertido su ciudad… Núremberg es una ciudad de los muertos[2]». En Berlín, Dresde, Hamburgo fue aún peor. La guerra de los Treinta Años, tres siglos antes, había causado daños proporcionalmente más graves a la población alemana, pero la devastación material de 1945 no tenía parangón en la historia: las grandes ciudades europeas se habían librado de la Primera Guerra Mundial e incluso del paso arrasador de Napoleón.

Durante los dos años posteriores al Día V-E, el NKVD emprendió una sangrienta ofensiva contra los insurgentes de Polonia y Ucrania, para imponer la voluntad de Stalin sobre pueblos consumidos por la amargura de haber cambiado la tiranía nazi por otra tiranía, la soviética. Los polacos exiliados en el oeste se sintieron desolados cuando se les negó un lugar en el desfile de la victoria de Londres, porque el nuevo gobierno laborista británico no deseaba molestar a los rusos. El general Władysław Anders escribió: «Me sentí como si estuviera espiando un baile desde detrás de la cortina de una puerta de entrada que no se me permitía cruzar[3]». Poco después de que el laborismo ocupara el poder en julio, Anders se encontró con el embajador

estadounidense y el secretario de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, en un banquete. «Me saludan con cortesía, pero sin entusiasmo. Como nuestro único crimen es que existimos y eso coloca en una situación embarazosa a la política aliada, no me siento obligado a esconderme ni avergonzarme.»[4]

Su amargura estaba justificada: él y casi ciento cincuenta mil compatriotas suyos habían luchado con valentía del lado de las fuerzas aliadas, padeciendo bajas numerosas en Italia y la Europa nororiental. «Nosotros, los de uniforme polaco integrados en las fuerzas armadas británicas, nos convertimos en una desagradable llaga para la conciencia inglesa», escribió el alférez B. Lvov[5]. En 1945 se hallaron convertidos en parias, por el solo crimen de rechazar que en su país se instalara un régimen títere, de corte estalinista. Los polacos terminaron la guerra donde la habían empezado: como sacrificios humanos del realismo político. Así, Anders, Lvov y muchos de sus compañeros prefirieron exiliarse en el oeste antes que volver a su país para someterse a los soviéticos y, probablemente, morir ejecutados. Estadounidenses y británicos habían liberado a media Europa de una tiranía totalitaria, pero carecían de la voluntad política y los medios militares para salvar a noventa millones de personas del este de Europa, que cayeron bajo un yugo soviético que perduró durante casi medio siglo.

En las naciones victoriosas, la gente sencilla saludaba el resultado del combate como un triunfo de la virtud sobre el mal, por mucho que la liberación se malograra en muchas partes del mundo. Edie Rutherford, ama de casa de Sheffield, vio que en las paredes de varias casas pareadas se había pintado: «QUE DIOS BENDIGA A NUESTROS CHICOS POR ESTA VICTORIA». Ella y sus amigas hablaban así de Churchill: «Todo el mundo estaba de acuerdo en que contar con ese líder ha supuesto una auténtica bendición. De nuevo, me sentí muy agradecida por haber nacido británica[6]».

Millones de personas sencillas no pensaban en las cuestiones mundiales, sino en las causas de gratitud personales y conmovedoras. El 7 de septiembre de 1941, el artillero de diecinueve años Bob Grafton, del este de Londres, escribió a su novia adorada, Dot, antes de embarcarse hacia el Extremo Oriente: «Amor, sé bien que me vas a esperar. Y tú, amor, ¿sabes? Te juro que, mientras estemos separados, nunca —nunca— tocaré a otra mujer, ni física ni mentalmente. Lo digo en serio, Dot, es la pura verdad… Tuyo para siempre, con AMOR y DEVOCIÓN tan profundos que el fuego arde incluso en sueños. Bob[7]». Antes de que cayera Singapur, Grafton escapó en junco a Sumatra, donde vivió en estado salvaje, en la jungla, hasta que los japoneses lo capturaron en marzo de 1942. Tras sobrevivir a dos años de trabajos forzados en la construcción del ferrocarril de Birmania, en septiembre de 1945 escribió de nuevo a su Dot, desde un barco de transporte de tropas, con destino a

Reino Unido: «Una cosa la tengo clara: de nosotros dos, tú has tenido la tarea más difícil. Porque yo soy un hombre (quizá prematuramente) y los hombres deben luchar, y las mujeres, llorar. Así que mi parte ha sido normal, y la tuya, excepcional… Aunque hayamos perdido cuatro años, viviremos de forma que nunca lo lamentaremos». La historia de Grafton tuvo un final feliz: se casó con su Dot y vivieron felices para siempre.

El artillero David McCormick, apresado en el norte de África en diciembre de 1941, pasó más de tres años en campamentos de prisioneros de guerra, tanto en Italia como en Alemania. A los pocos días del Día de la Victoria en Europa, su esposa se reunió con él en la estación de Salisbury:

> Estaba muy delgado, muy pálido, y tenía un chichón descomunal en la frente. Yo llevaba un vestido azul de topos blancos y lazos, por el que había pagado varios cupones de ropa. No puedo acordarme de si nos besamos. Creo que no, no hasta un poco más tarde, cuando nos paramos en el camino de vuelta a Ditchinhampton. Los dos estábamos muy nerviosos. Él se disculpó por el chichón, contándome que, en la primera noche de libertad, algunos belgas habían entretenido a todo un grupo de prisioneros con un entusiasmo excesivo y que luego había caído en una trampa anticarro. Hablaba sin parar… Quería «sacarse del pecho» lo antes posible aquellos cuatro años[8].

Otros muchos, por el contrario, al regresar a casa descubrieron que los viejos lazos se habían roto y las antiguas pasiones, extinguido; tenían que contentarse con su propia supervivencia. Y para otros muchos millones de personas, no hubo ninguna clase de regreso. Kay Kirby quedó viuda a los veintiún años, en el otoño anterior, cuando su marido, tripulante del Mando de Bombarderos, desapareció en una misión sobre Alemania. Pero sin la plena certeza de un cadáver identificado, se aferraba a la esperanza:

> Durante años, confié en que George aparecería. No podía reconciliarme con el hecho de que no iba a volver… Antes de que George empezara su serie de vuelos, cuando volvía a casa de forma inesperada, tenía la costumbre de golpear en mi ventana con uno de los palos de tender la ropa. Después de que George desapareciera, fui muchas veces a la puerta porque me había parecido oírlo tocar en mi ventana. Por supuesto, allí no había nadie[9].

Algunos intelectuales reflexionaron equivocadamente sobre la enorme experiencia que había vivido el mundo. Arthur Schlesinger escribió: «Ha sido, supongo, una guerra buena. Pero como todas las guerras, la nuestra se acompañó de atrocidades y sadismo, estupideces y mentiras, pomposidad y banalidad. La guerra sigue siendo el infierno, pero hay unas pocas guerras que se han librado con propósitos decentes y han traído resultados positivos[10]». Forrest Pogue, otro historiador, que había cruzado la Europa noroccidental con el ejército de tierra estadounidense, escribió: «La guerra, aunque me dio ocasión de ver más mundo y a toda clase de personas, sin embargo me confundió… Viví una vida corriente más completa que nunca. Por primera vez, descubrí cuán próximos a los animales vivimos los seres

humanos… Me hizo más duro de mente y más tolerante y más capaz de comprender la fragilidad humana… [pero también] me confundió lo suficiente, de modo que aún no he sido capaz de descubrir ninguna respuesta[11]».

En Asia hubo puñados de soldados japoneses que continuaron ocultos e incluso mantuvieron actividad guerrillera en las Filipinas y en islas remotas del Pacífico durante meses o años, pero en Japón se recibió a MacArthur y su ejército de ocupación con una obediencia casi de esclavo. Muchos de los guerreros de Hirohito que habían proclamado su disposición a morir por su emperador admitieron sentirse aliviados de que no se les hubiera requerido el sacrificio. El capitán Yoshiro Minamoto y treinta tripulantes de una lancha suicida emergieron de su escondrijo en la isla de Tokahishi, frente a Okinawa, el 23 de agosto, en respuesta a llamamientos pregonados mediante altavoces por los estadounidenses. «Quería que todo se hiciera adecuadamente —dijo Minamoto—, así que ordené que todo el mundo se lavara el uniforme y limpiara sus armas. Hice formar a los hombres, nos inclinamos hacia Tokio y saludamos y entonces encabecé un grupo con una bandera blanca, hacia las líneas estadounidenses. Nos trataron muy bien. Me sentí muy feliz por haber sobrevivido.»[12]

El 15 de agosto, se indicó a todas las unidades que había en una base insular situada cerca de Japón, donde Toshiharu Konada dirigía un destacamento de lanchas suicidas (kaiten), que escucharan la radio. La recepción era tan mala, no obstante, que no pudieron oír el anuncio de Hirohito sobre la rendición y dieron por sentado que se habían perdido una simple arenga patriótica. Konada no se enteró de la noticia hasta que subió en coche al cuartel general, sito en la cumbre de la isla. El oficial al mando ordenó a todas las unidades que permanecieran en alerta máxima; nadie podía adivinar qué pasaría después; quizá la transmisión había sido un truco de los estadounidenses. Aturdido y confuso, Konada eligió bajar a pie por el camino de montaña, hasta el mar, para pensar tranquilo. Daba por hecho que ahora se les ordenaría, a él y a sus compañeros, que se suicidaran. Si la nación había reconocido la derrota, parecía imposible actuar de otro modo.

Al final, estos jóvenes que se habían ofrecido voluntarios para morir se quedaron preparados para lanzarse en contra de los estadounidenses durante un mes más, mientras se iban acostumbrando lentamente a la idea de que tal vez tendrían que continuar con vida. Konada empezó a dar a sus hombres clases de ciencia e inglés, para aliviar su aburrimiento y, de paso, enseñarles cosas útiles para su futuro. Sólo a finales de noviembre de 1945 volvió a la casa de sus padres, en una de las grandes islas de Japón. Su padre, que también era oficial de marina, había regresado de la guerra convencido de que su hijo mayor había muerto: por una confusión burocrática, Konada

había figurado oficialmente entre los pilotos de kaiten caídos en los ataques contra las fuerzas estadounidenses. «En aquellos días, los padres japoneses no mostraban su emoción —dijo el suicida indultado—. Sólo me dijo: "Pensábamos que no te volveríamos a ver". Pero yo me di cuenta de que estaba feliz.»[13] Otras familias similares fueron menos afortunadas: entre el vasto número de soldados japoneses que cayeron en manos soviéticas durante la última y breve campaña de Manchuria, trescientos mil perecieron en cautividad.

En los meses posteriores al fin de la guerra, aún hubo hombres que murieron por errores o malevolencia. El 29 de agosto, cazas soviéticos derribaron a un B-29 de la USAAF que lanzaba cajas de abastecimiento a un campo de prisioneros de guerra en Corea. En el espacio aéreo alemán hubo varios encuentros fatales de la misma clase. El fin de las batallas no contribuyó nada a aliviar la hambruna sufrida en muchos lugares: sólo en la Unión Soviética, cerca de un millón de personas murió entre 1945 y 1947. En todo el mundo hubo accidentes con armas o vehículos, causados por jóvenes combatientes que prescindían de las ataduras de la disciplina y causaban su propia muerte después de que el enemigo no hubiera sabido hacerlo.

En su mayoría, conquistadores y conquistados compartían un alivio abrumador por el hecho de que hubiera concluido el mayor derramamiento de sangre de la historia. A bordo del portaaviones estadounidense Princeton, en aguas del Pacífico, Cecil King, primer oficial del buque, exultaba por «[haberlo] visto acabar de esta manera… igual que en Hollywood cuando los marines aparecen por el horizonte con el último rollo[14]». El historiador de un grupo de bombarderos de la USAAF en Saipán escribió con palabras vividas, aunque no muy pulcras, desde el punto de vista gramatical: «El fin de la guerra ha supuesto la inyección de moral más intensa desde que este grupo ha echado a andar[15]». Pero aunque hubo muestras de alegría en las capitales aliadas y en los hogares ya se prometían el regreso de los seres queridos, para muchas personas fue imposible sacudirse la melancolía provocada por años de sufrimiento, miedo y dolor. Tras la liberación de Bucarest, Mihail Sebastian escribió: «Me avergüenzo de estar triste. A fin de cuentas, éste es el año que me ha devuelto la libertad[16]».

Pero ¿qué era la «libertad»? Un año antes de la rendición japonesa, el enviado diplomático de Australia en China advirtió al Consejo Asesor de Guerra, en Canberra, de que existía una hostilidad generalizada en contra de la restauración del gobierno colonial blanco en Asia. «Sería un error suponer que, cuando volvamos, las poblaciones nativas nos darán la bienvenida», afirmó; y estaba en lo cierto[17]. El nacionalista malayo Mustafa Hussein dijo: «Lloré al saber que los japoneses se habían rendido… por la sencilla razón de que sólo nos separaban 48 horas de la declaración de independencia de

Malasia. Fue sin duda un caso trágico de "a punto…, pero no". Lamentaba de veras que hubiera sido así porque ahora Malasia sería colonizada y oprimida otra vez por el poder occidental. Y la situación no se podía rectificar ni con lágrimas de sangre[18]».

Estallaron conflictos graves en varios países en los que los nacionalistas se enfrentaron a la restauración de la hegemonía europea, ante todo en la Indochina francesa y las Indias Orientales Neerlandesas. Lord Louis Mountbatten, comandante supremo de los Aliados en el Asia suroriental, instó a los funcionarios coloniales a que, tras el regreso, concedieran la suficiente autonomía local, de modo que se evitara el conflicto. Pero tanto franceses como holandeses se negaron a hacerlo; antes al contrario, se embarcaron en largas —e infructuosas de entrada— campañas contra la insurgencia. En el campo de prisioneros de Banya Bini 10, en Java, los japoneses no informaron de que la guerra había terminado a los reclusos holandeses, demacrados y enfermos, hasta el 24 de agosto. Cuando los prisioneros se aventuraron a salir, se hallaron con las amenazas y a veces los disparos de los nacionalistas indonesios, resueltos a obstaculizar la restauración de la hegemonía colonial. Sólo en septiembre llegaron soldados gurjas para protegerlos y aún pasaron otros dos meses antes de que pudieran dejar aquel odiado lugar de confinamiento para viajar a Holanda. Un millar de soldados japoneses destinados en Java desertaron y se unieron a las comunidades locales; desde ese momento, muchos de ellos ayudaron a las guerrillas nacionalistas antiholandesas. En China, aviones estadounidenses transportaron tropas nacionalistas hasta Pekín, Shanghái y Nankín, para impedir que los comunistas tomaran el poder; lo consiguieron, pero el país quedó pronto engullido por una guerra civil cuyo ganador final fue Mao Zedong.

Los funcionarios británicos que volvieron a Birmania hallaron una terrible situación de miseria: el transporte y los servicios públicos se habían hundido y muchas personas pasaban hambre y estaban traumatizadas por la experiencia. Uno de aquellos funcionarios, T. L. Hughes, halló en Rangún «a los viejos amigos tan cambiados que eran irreconocibles; muchos estaban demacrados y encogidos; muchos lucían canas prematuras y muchos seguían mirando ansiosamente por encima del hombro, temerosos de la Gestapo japonesa[19]». Los británicos que contemplaban el desfile de la victoria en la capital birmana recibieron con inquietud el hecho de que las tropas nacionalistas de Aung San desfilaran por la avenida central, a paso de ganso, con uniformes muy similares a los japoneses. Todo el mundo —con la sola excepción de los imperialistas más tercos— tenía claro que el reloj no podía retrasarse hasta 1941 y que los británicos tendrían que marcharse pronto y para siempre, igual que deberían abandonar India. También en las Filipinas el

radicalismo había cobrado impulso. Un guerrillero del Huk[*25] dijo, sobre el período posterior a la rendición japonesa: «Sabía que tendríamos que tener a nuestros grupos de campesinos porque los terratenientes iban a volver. La vida todavía era difícil y… la destrucción había sido terrible. Pero creo que la gente estaba esperanzada. Yo lo estaba, bien lo sé. Y nosotros, los humildes, habíamos cobrado fuerza y estábamos más organizados[20]».

Las tres principales naciones vencedoras de la contienda terminaron la Segunda Guerra Mundial convencidas de que su propia aportación había sido decisiva para obtener la victoria: los puntos de vista más matizados tardaron muchos años en calar en algunas conciencias nacionales. Hitler estaba en lo cierto al anticipar que la «coalición antinatural» de sus enemigos se vendría abajo y dejaría paso a un antagonismo entre la Unión Soviética y Occidente, aunque esto ocurrió demasiado tarde como para salvar al Tercer Reich. La Gran Alianza —sintagma ennoblecedor con el que Churchill bautizó la relación de guerra entre Reino Unido, Estados Unidos y la Unión Soviética— fue siempre una Gran Farsa; una simulación necesaria para fingir que las tres potencias lidiaban aquella guerra como una empresa conjunta, con objetivos comunes.

Algunos historiadores modernos han defendido que quizá se podría haber evitado el estallido del conflicto si Reino Unido y Francia hubieran formado un frente unido con Rusia contra Hitler en los primeros años del nazismo. Esta perspectiva parece insostenible, además de extraordinariamente cínica: ¿qué objetivos políticos podían haber interesado por igual a las democracias occidentales y a un régimen como el soviético, tan brutal e imperialista como el de los nazis? El precio que habría impuesto Stalin a cualquier acuerdo con franceses y británicos habría sido el mismo que pidió para el pacto que firmó con los nazis en 1939: carta blanca para sus propias ambiciones expansionistas. Esto resultó inaceptable para las democracias occidentales hasta que el tumulto de la guerra impuso realidades y obligaciones imprevistas. Entre la opinión pública conservadora de Reino Unido, Francia y Alemania había figuras notables que deploraban el comunismo aún más que el fascismo y que se habrían negado a contemporizar con Stalin, con más vigor del que exhibieron contra el apaciguamiento de Hitler.

Francia, Reino Unido y sus dominios coloniales fueron las únicas grandes naciones que entraron en la Segunda Guerra Mundial por principio, no porque buscasen ganancias territoriales o porque hubieran sido atacados. Sus pretensiones de elevación moral, sin embargo, se vieron perjudicadas por el hecho de que declararon apoyar a la Polonia asediada sin intención de intervenir militarmente de un modo claro. En septiembre de 1939, en Francia apenas había ganas de enfrentarse con Alemania en el campo de batalla, y

menos aún en junio de 1940; el ejército británico, por su parte, sólo podía aportar un esfuerzo marginal. Desde entonces, la afirmación de varios soldados y políticos bien informados, tanto británicos como estadounidenses, según la cual muchos franceses apreciaban menos a la nación de Churchill que a Alemania, tuvo base. Incluso si reconocemos el importante papel que interpretaron las tropas francesas en las últimas campañas de la Europa noroccidental, las estadísticas nos dicen que los ejércitos de Vichy y las fuerzas de seguridad interior hicieron una contribución más numerosa a los intereses del Eje que no lo que aportaron a la causa aliada aquellos franceses que más adelante se unieron a los gaullistas, a los grupos de la resistencia o a los ejércitos de Eisenhower.

En su mayoría, los franceses se convencieron a sí mismos, en 1940, de que el régimen de Pétain constituía un gobierno legítimo; aunque con incomodidad, aceptaron su gobierno hasta la víspera de la liberación. Una vez que la derrota de 1940 negó a los franceses un papel heroico en la lucha contra el nazismo, muchos permanecieron confusos por el resto de la guerra sobre cuál era el papel menos innoble que su nación podía interpretar. Tras la liberación, en 1944, Francia se entregó a una orgía de recriminación nacional que no sólo reflejaba rencor por la derrota de 1940, también se saldaron cuentas nacionales y locales entre los antiguos colaboracionistas y los resistentes, lo que provocó varios miles de muertes durante l'épuration (la «purificación», como se la dio en llamar irónicamente). Tras una visita a París, Forrest Pogue escribió: «Pronto descubrí que pervivía el antiguo resentimiento hacia los judíos y los partidos de trabajadores[21]». En Francia, como en Italia y Grecia, la guerra reforzó a los grupos comunistas y, durante varios años, hubo temor a que la democracia pudiera caer en cualquiera de estos tres países. A la postre pervivió el capitalismo burgués, pero la estabilidad política resultó difícil de conseguir. Hasta el día de hoy, Francia no ha publicado una historia oficial sobre su experiencia bélica y es probable que no llegue a hacerlo nunca, porque no se podría lograr el consenso en torno de ninguna versión de los acontecimientos. Es llamativo que los estudios modernos más convincentes sobre la Francia del período de guerra hayan sido escritos por autores británicos y estadounidenses; son relativamente pocos los historiadores locales que desean ocuparse del tema.

Es difícil imaginar que Gran Bretaña hubiera seguido desafiando a Hitler después de junio de 1940 en ausencia de Winston Churchill, quien construyó un relato brillante y muy creíble para el pueblo británico; primero, en torno de lo que podrían hacer; luego, para convencerlos de lo que habían hecho. Los líderes nazis, como criaturas de tierra, no alcanzaron a comprender la dificultad de lograr la hegemonía del hemisferio contra una potencia marítima formidable, cuando ellos carecían de una armada eficaz. Churchill

debía mucho a Hitler por toda una serie de errores no forzados. En primer lugar, al arrojar la Luftwaffe contra el Mando de Cazas de la RAF, el líder de Alemania ofreció a Reino Unido su única oportunidad concebible de rescatar una victoria entre las cenizas de la derrota estratégica del verano de 1940. Luego no supo alcanzar acuerdos con Mussolini y Franco, que le habrían permitido expulsar a las fuerzas británicas del Mediterráneo y el Oriente Próximo en 1941. Tras los amagos de enfrentamiento con Reino Unido, la invasión hitleriana de Rusia transformó la contienda y aseguró que fuera la nación de Stalin la que soportara la carga principal de combatir el nazismo. Setenta y nueve millones de alemanes desafiaron a ciento noventa y tres millones de ciudadanos soviéticos desde una base económica mucho más débil de lo que reconocían los Aliados.

Churchill demostró una gran sabiduría al unirse a la Unión Soviética como cobeligerante en 1941, pero tanto él —por breve tiempo— como más adelante Roosevelt —y éste, de manera insistente— pecaron de ingenuos al suponer que era factible formar una alianza verdadera. Para Stalin, que habitualmente veía las cosas con una claridad glacial, era manifiesto que el compromiso común a la Unión Soviética, Reino Unido y Estados Unidos de derrotar a Hitler no suponía reducir en lo más mínimo el abismo que separaba los respectivos objetivos nacionales. Él pretendía mantener una tiranía que negara todo vestigio de libertad a su propio pueblo y apoderarse de territorios cuya incorporación a la Unión Soviética nunca contaría con la aprobación voluntaria de los Aliados occidentales. El ingente sacrificio de sangre de Rusia salvó las vidas de cientos de miles de soldados estadounidenses y británicos pero, a cambio, permitió que el Ejército Rojo se asegurara el control material de todo un imperio en la Europa del Este. Estadounidenses y británicos no pudieron sino consentirlo, porque carecían de los medios militares y, por otro lado, el respaldo interior a una nueva guerra que expulsara a la Unión Soviética de sus nuevas adquisiciones. Los rusos cosecharon el fruto de haber aportado la mayor parte de la lucha necesaria para derrotar al nazismo. La ayuda material de Occidente fue muy importante para el esfuerzo bélico soviético entre 1943 y 1945, pero se antoja una ayuda nimia en comparación con la destrucción y la masacre que se vivió en Rusia.

Stalin cometió muchos desatinos en el primer año posterior al lanzamiento de la Operación Barbarroja, pero después aprendió con rapidez, a diferencia de Hitler. La Unión Soviética reveló una capacidad industrial y militar que le habría permitido completar la destrucción de la máquina bélica de Hitler incluso si los Aliados no hubieran desembarcado nunca en Italia o Francia (aunque estas intervenciones apresuraron el final). Hay al respecto una idea de peso: sólo un caudillo tan privado de escrúpulos y compasión

como Stalin, que presidía una sociedad donde la crueldad estaba aún más institucionalizada que en Alemania, podía haber destruido el nazismo. Stalin demostró ser un tirano de una eficacia inigualable, superior a la de Hitler. La forma de combatir de los Aliados occidentales, obstaculizada por la sensibilidad burguesa al tema de las bajas, fue un impedimento crónico en el intento de vencer a la Wehrmacht. En 1944, cuando el oficial italiano Eugenio Corti participó por vez primera en reuniones sociales con las tropas británicas, disfrutó de su compañía, pero también observó algo desconcertado que «se asemejan más a civiles que a soldados; quizá eso explique por qué avanzan tan despacio[22]». Y en efecto, lo hacían.

Como los soldados alemanes y japoneses mostraban un gran arrojo y excelente capacidad táctica, las principales potencias del Eje fueron sobrevaloradas por el enemigo. Desde junio de 1940, tanto Berlín como Tokio elaboraron la estrategia con una impericia asombrosa. Las victorias iniciales de Japón, en 1941-1942, fueron reflejo de la debilidad de los Aliados en la zona, más que de la verdadera fuerza japonesa; es extraordinario que el gobierno de Hirohito entrara en guerra sin dar ningún paso convincente para proteger sus líneas marítimas frente a una ofensiva submarina estadounidense. A los pocos meses, quedó claro que la apuesta de Japón había fracasado, porque su éxito dependía de que Alemania obtuviera la victoria en Europa, algo que ya no resultaba factible.

Cuando el esfuerzo bélico británico y estadounidense se consolidó, los Aliados occidentales dirigieron sus asuntos mucho mejor que los alemanes y japoneses en todos los niveles, salvo en el combate terrestre local. Sin entrar en si los líderes de Alemania y Japón eran o no estúpidos, lo cierto es que cometieron muchas estupideces; a menudo, por haber entendido muy mal a sus oponentes. La mayoría de los hombres próximos a Hitler —Himmler y Goering, como ejemplos notables— habría pasado a la posteridad como figuras risibles, de no haber gozado de licencia para derramar tanta sangre. Mientras que la Rusia de Stalin era en efecto un estado totalitario, un monolito, los líderes nazis estaban divididos por las ambiciones personales y su empeño bélico lo debilitaron tanto la rivalidad entre feudos enfrentados como las constantes meteduras de pata de Hitler.

Las democracias movilizaron a sus cerebros más selectos y dieron poder a los hombres de más inteligencia para que aprovecharan la capacidad industrial y el ingenio científico de sus naciones. Estados Unidos y Gran Bretaña cumplieron sus objetivos estratégicos con un coste humano relativamente bajo, gracias a que movilizaron imaginativamente sus recursos para aumentar la potencia de fuego y sacar partido a su superioridad tecnológica, sobre todo en el mar y el aire. Por esta causa, sus gobiernos —y sobre todo, Roosevelt y Churchill— merecieron de verdad la gratitud que

recibieron de sus pueblos.

Que Reino Unido desafiara a los nazis en 1940-1941 fue clave para evitar que éstos vencieran; pero en adelante, el pueblo de Churchill sólo hizo una aportación secundaria a la victoria. El precio que pagaron —en sangre y tesoro público— les pareció muy oneroso, pero fue bajo en comparación con los horrores que sufrieron las naciones continentales. Incluso los líderes de Reino Unido tardaron en comprender que, aunque la guerra estaba acelerando su pérdida de poder global, era un proceso inevitable, en cualquier caso. El pueblo británico desarrolló un sentimiento de agravio por las privaciones de posguerra, que incluyeron mantener el racionamiento de algunos alimentos hasta 1952. Tras haber tenido una impresión exagerada de la fortaleza y la riqueza de Reino Unido en 1939, el descenso a una importancia menor y a un empobrecimiento relativo se vivió de un modo lógicamente más doloroso, tras abrirse un lugar entre los vencedores de 1945.

La guerra se convirtió en un recuerdo popular nacional orgulloso porque los británicos pasaron a contemplarla como el último «hurra» de su grandeza, una proeza histórica que contraponer a muchas decepciones y muchos fracasos de posguerra. Su resistencia en solitario contra el nazismo, en 1940-1941, fue en efecto su hora mejor, en la cual recibieron la energía de Winston Churchill, la imponente personalidad de las fuerzas de la luz. A lo largo de la guerra, el gobierno de Reino Unido mostró una eficacia impresionante; sus líderes aprovecharon el ingenio científico y el cerebro civil para lograr un efecto asombroso, algo que simboliza bien la épica de los descifracódigos de Bletchley Park, la gesta nacional británica más notable de la guerra. La Marina Real y la RAF hicieron muchas cosas bien y con bravura, aunque siempre esforzándose para cuadrar las fuerzas con la entrega. El rendimiento general del ejército de tierra, por el contrario, sólo raras veces pasó de adecuado y, a menudo, estuvo por debajo. Como institución —y así lo reconoció prontamente Alan Brooke—, tenía carencias en comandantes capacitados, imaginación, blindados y transportes adecuados, energía y pericia profesional; sólo su artillería mostró un nivel excelente. Sus deficiencias habrían quedado expuestas con más crueldad todavía si se hubiera visto obligada a aportar una cuota mayor del peso de vencer a la Wehrmacht.

El poderío industrial de Estados Unidos quizá contribuyera más a la victoria de cuanto lo hicieron sus ejércitos. Los gestores económicos alemanes ya tenían claro, en fecha tan temprana como diciembre de 1941, que Hitler no podría obtener la victoria por los acontecimientos de Rusia y la incorporación de Estados Unidos a la causa aliada. Esto fue mucho antes de que las ofensivas estratégicas de la RAF y la USAAF alcanzaran su madurez: el bombardeo aliado de Alemania aceleró el final, pero no decidió el resultado.

Sin embargo, en lo que atañe a la guerra occidental entre 1943 y 1945, es importante hacer hincapié en la importancia del apoyo aéreo inmediato y el dominio absoluto de los cielos. Los Aliados occidentales crearon unas fuerzas aéreas tácticas soberbias y las utilizaron con toda la pericia y el estilo del que carecieron sus operaciones en tierra. Cualquiera que hubiera visto pasar a los ejércitos de tierra, con las multitudinarias caravanas que llenaban las carreteras de Italia y más tarde la Europa noroccidental, reconocía la contribución crítica del potencial aéreo: otorgaba a los Aliados una libertad de movimiento que negaba a la Wehrmacht.

Los responsables de la derrota de Japón fueron, principalmente, la marina de Estados Unidos y su cuerpo de infantería de marina. Para lograr ese fin se lidiaron muchas batallas —sobre todo en Birmania y Filipinas— estratégicamente redundantes. Pero la inercia de la guerra imponía sus propios imperativos y este juicio es mucho más fácil para los historiadores que para los líderes nacionales de la época. Algo similar cabría decir sobre los argumentos en contra del lanzamiento de las bombas atómicas.

Estados Unidos fue el único beligerante que concluyó la guerra sin sentimiento de víctima. La mayoría de su pueblo se enorgullecía por igual de su contribución a la victoria aliada y de su nueva condición como nación más rica y poderosa del mundo. Fue rasgo típico del romanticismo estadounidense que una guerra en la que el país había entrado sólo porque había sido atacado por Japón evolucionara, durante los cuarenta y cinco meses siguientes, hasta convertirse en una «cruzada de la libertad». Gracias a Pearl Harbor, los estadounidenses que pusieron en duda la justicia de la causa fueron menos numerosos que en cualquier otra guerra librada por el país. «Fue la última ocasión en la que, en su mayoría, los estadounidenses pensaban que eran inocentes y buenos, sin matices», dijo el soldado de primera Robert Lekachman[23].

Los estadounidenses mantuvieron una relación operativa con los británicos que resultó muy eficaz, logro notable, si tenemos en cuenta tanto la dificultad general de sostener alianzas como las suspicacias mutuas y los diferentes puntos de vista nacionales. La sociedad funcionaba mejor en la base, donde el personal británico y estadounidense colaboraba amigablemente, y empeoraba progresivamente a medida que se ascendía en la escala de mando. Los estadounidenses abrigaban una repugnancia hacia el imperialismo que se intensificó cuando algunos lo contemplaron de primera mano en Egipto, India y el Asia suroriental. Compartían la creencia —no exenta de orgullo— en su propia virtud y la conciencia de su propio dominio. En 1945, el Congreso estadounidense cerró de manera abrupta el programa de Préstamo y Arriendo, reflejo de que no se apreciaba relación sentimental con la nación de Churchill; las encuestas de opinión mostraban que los

estadounidenses estaban más dispuestos a perdonar la deuda contraída por Rusia en ese programa que la británica. Las relaciones entre las dos naciones quizá se deteriorasen a partir de entonces, pero por los nuevos imperativos creados por la amenaza reconocida de la Unión Soviética. La confrontación entre el Este y el Oeste, con su rápida evolución, hizo que Estados Unidos aceptara la necesidad de preservar su alianza con Reino Unido y otras naciones europeas, que dominara un poco sus escrúpulos antiimperialistas y que ofreciera al golpeado Viejo Continente una porción de sus descomunales beneficios de guerra para contribuir a la resurrección económica.

Fueran cuales fuesen las limitaciones de Stalin como comandante militar y el monstruoso registro de sus actos de tiranía, presidió la creación de una máquina militar extraordinaria y no cejó en su empeño hasta culminar triunfante sus objetivos. En 1945, la Unión Soviética parecía ser la única nación que había alcanzado todas las metas que se había impuesto en la guerra, al crear un nuevo imperio en la Europa oriental, con el que distanciaba sus fronteras con Occidente, y apoderarse asimismo de puntos de apoyo importantes en la costa del Pacífico. El antiguo subsecretario de Estado norteamericano Sumner Welles informó de un diálogo supuestamente mantenido entre Stalin y Anthony Eden, ministro de Exteriores británico, en 1943. El líder ruso habría dicho: «Hitler es un genio, pero no sabe cuándo parar». Eden replicaría: «¿Acaso alguien sabe cuándo parar?». Y Stalin: «Yo, sí[24]». Incluso si esta conversación fue apócrifa, las palabras reflejan un hecho real: que Stalin midió astutamente los límites de sus ataques a la libertad, en 1944-1945, para impedir una ruptura franca con los Aliados occidentales (y, sobre todo, con Estados Unidos). Mantuvo las promesas hechas a Roosevelt y Churchill hasta un punto suficiente —por ejemplo, no entró en Grecia y se marchó de China—, de modo que pudo retener las conquistas de la Europa oriental sin precipitar un nuevo conflicto. Pero con los triunfos militares y diplomáticos, la Unión Soviética se confundió y creyó ser más importante de lo qué era en realidad. Desde 1945 y durante más de cuarenta años, sostuvo una amenaza armada contra Occidente con un coste ruinoso: la bancarrota económica, social y política del sistema creado por Stalin terminó quedando de manifiesto.

Los rusos emergieron de la guerra siendo conscientes de su nuevo poder en el mundo, pero también amargados por la colosal destrucción sufrida y la enorme cantidad de vidas perdidas. Creían —y no se equivocaban en ello— que los Aliados occidentales habían comprado su participación en la victoria a un precio muy bajo, y esta perspectiva intensificó su sentimiento visceral de agravio hacia Europa y Estados Unidos. Olvidaron su papel como aliados de Hitler entre 1939 y 1941. La Rusia moderna sigue negando —en tono de pertinaz desafío— que el Ejército Rojo emprendiera en 1944 y 1945 una orgía

de violaciones, saqueos y asesinatos; se considera insultante que los extranjeros abunden en la cuestión, pues pone en peligro tanto el victimismo nacional, que allí se aprecia mucho, como la gloria de su triunfo militar. En 2011, mucho después de que los Aliados occidentales se retirasen de casi todos los territorios que habían ocupado en la estela de la victoria, Rusia se aferra insistentemente a las fronteras nacionales que reclamó como botín de guerra y no renuncia a la Polonia y la Finlandia orientales, partes de la Prusia Oriental y de Rumania, ni a las conquistas de Stalin en la costa del Pacífico. Tampoco es de esperar que una nación regida por Vladimir Putin vaya a renunciar a ellas.

La evolución militar de la guerra dependió más del peso acumulado y la eficacia institucional comparada de los ejércitos rivales que del rendimiento de los diversos comandantes, por importante que esto fuera; así, en toda lista de mandos notables, debemos incluir a los grandes gestores militares de Estados Unidos y Reino Unido —a Marshall y Brooke—, aunque ninguno de los dos dirigiera una campaña. Marshall mostró grandeza en la función de estadista, no sólo en la comandancia. Brooke manejó a Churchill de un modo soberbio e hizo una notable contribución a la estrategia aliada entre 1941 y 1943. Más adelante, sin embargo, disminuyó algo de estatura al condescender con los estadounidenses y su obstinado entusiasmo por las operaciones del Pacífico.

Sólo raras veces los generales de los Aliados occidentales demostraron brillantez, aunque el ejército de tierra de Estados Unidos produjo algunos comandantes notables de cuerpo y división. Michael Howard ha escrito:

> El soldado profesional, para pertrecharse como comandante, debe superar dos grandes dificultades. En primer lugar, su profesión es casi única por el hecho de que quizá sólo deba ponerla en práctica una vez en su vida, si a tanto llega. Es como si un cirujano tuviera que practicar durante toda su vida con maniquíes para una sola operación real; como si un abogado apareciera en los tribunales sólo una o dos veces, hacia el final de su carrera; como si un nadador profesional tuviera que pasar la vida practicando en seco para un campeonato olímpico del que dependiera la suerte de toda su nación. En segundo lugar, es probable que el complejo problema de dirigir un ejército ocupe su pensamiento y saber tan completamente, que es fácil que olvide para que lo dirige. Las dificultades que surgen en la administración, disciplina, mantenimiento y abastecimiento de una organización cuyo tamaño es el de una ciudad bastante grande son suficientes para ocupar al oficial al mando de tal forma que excluye su verdadera labor: dirigir la guerra[25].

Alemanes y rusos demostraron tener más éxito que los Aliados occidentales en cumplir el requisito identificado por Howard: dar poder a los comandantes que luchaban, no a los que gestionaban. Para las tropas estadounidenses, británicas, canadienses, polacas y francesas que combatían en el frente mismo, la campaña de 1944-1945 en la Europa noroccidental fue casi siempre horripilante. Pero las cifras de bajas, que en ambos bandos fueron sólo una fracción de las que se producían en el este, ponen de

manifiesto su grado de relativa moderación, una vez que terminó el asalto de Normandía. Con la excepción de unos pocos entusiastas como Patton, los comandantes aliados entendieron que se les encargaba ganar la guerra con el coste humano más reducido posible y que, por lo tanto, la cautela era una virtud, incluso en la victoria. Al perseguir estas directrices, cumplían con la voluntad tanto de sus sociedades como de sus soldados ciudadanos.

Las afirmaciones rivales sobre la grandeza de cada comandante no permiten establecer una escala objetiva. Las circunstancias influyeron de forma decisiva en los resultados: ningún general podía rendir más de cuanto permitía la fuerza o debilidad institucional de sus fuerzas. Así, cabe la posibilidad de que Patton —por ejemplo— hubiera demostrado ser un gran general si hubiese dirigido fuerzas con la pericia de la Wehrmacht o la tolerancia a las bajas del Ejército Rojo. En la realidad, mostró una inspiración y energía, sobre todo en la persecución, que no abundaban entre los generales aliados; pero en los combates duros, a su ejército no le fue mejor que a los de sus compañeros. A Eisenhower nunca se le celebrará como estratega o táctico, pero fue grande en la dirección diplomática de la alianza angloestadounidense sobre el campo. Lucien Truscott, que terminó la guerra siendo comandante del V.º ejército estadounidense, en Italia, fue probablemente el más capaz de los oficiales estadounidenses de su rango, aunque se lo haya elogiado mucho menos que a algunos de sus compañeros. A MacArthur lo distinguió el esplendor de su imagen propia como líder militar —rasgo que a su nación le fue bien consentir—, mucho más que sus dones como comandante de combate. Si bien dirigió con cierta habilidad la fase de 1944 de la campaña de Nueva Guinea, en las Filipinas se empantanó; el favor decisivo de sus victorias fue la superioridad de sus recursos, y sobre todo, el apoyo aéreo. La personalidad más destacada de la guerra japonesa fue Nimitz, que dirigió la campaña de la marina estadounidense en el Pacífico con buen juicio y confianza. A menudo exhibió brillantez, sobre todo en el aprovechamiento de los datos de inteligencia. Spruance demostró ser el comandante de flota más hábil en el mar.

En lo que atañe a los británicos, Cunningham, Somerville y Horton fueron jefes navales destacados, y sir Arthur Tedder, el mejor de los aviadores. Slim, que dirigió el XIV.º ejército en Birmania, fue probablemente el general británico con más talento de la guerra y, sin duda, fue la personalidad más atractiva entre los mandos; en 1945, cruzar el Irrawaddy y superar por el flanco a los japoneses en Meiktila fueron logros notables. Pero Slim habría encontrado muchas dificultades para superar los resultados que obtuvieron Wavell o Auchinleck en 1941-1942 con el ejército del desierto, debido a las carencias colectivas de este grupo. Montgomery fue un profesional muy competente; es improbable que ningún otro comandante aliado hubiera

podido mejorar su manera de dirigir la campaña de Normandía en 1944 —donde no había forma de escapar al desgaste—, pero estropeó su reputación por la extrema zafiedad con la que manejó relaciones vitales para los estadounidenses. «Monty» merece gran parte del crédito por el éxito de la invasión de Francia, pero no llegó a asestar nunca ningún golpe maestro que lo situara entre los grandes capitanes de la historia.

Los mejores generales de la Unión Soviética exhibieron una confianza en el manejo de fuerzas extensas que no tuvo parangón en el bando aliado. En la primera mitad de la guerra sufrieron interferencias de Stalin, casi tan perjudiciales para las perspectivas de supervivencia del país como fueron las de Hitler para la causa de Alemania. Pero desde 1942, Stalin fue mucho más receptivo a los criterios de sus mariscales, y el esfuerzo bélico soviético, consiguientemente, dio mejores resultados. Chuikov merece todo el crédito por la defensa de Stalingrado; Zhúkov, Konev, Vasilevsky y Rokossovsky eran comandantes tan capaces como el que más, aunque sus logros habrían resultado imposibles sin la tolerancia al sacrificio mostrada por su nación. Las victorias soviéticas se compraron a un precio en vidas humanas que las democracias no habrían aceptado; tampoco se habría permitido que ningún general occidental consintiera tal coste. La brutal agresividad de los comandantes soviéticos entre 1943 y 1945 contrasta con la cautela de la mayoría de los jefes estadounidenses y británicos, lo que era reflejo de las respectivas sociedades. El Ejército Rojo nunca se mostró superior, hombre por hombre, a sus oponentes alemanes; antes al contrario, hasta el final, la Wehrmacht provocó un número de bajas desproporcionado. Los comandantes rusos realizaron su mejor actuación en el verano de 1944, en la Operación Bagratión, cuando 166 divisiones atacaron en un frente de mil kilómetros. El asalto de Berlín, por el contrario, se dirigió con una torpeza brutal que hizo disminuir la reputación de Zhúkov.

Entre los alemanes, Von Rundstedt exhibió la mayor profesionalidad, desde 1939 hasta el final. En el desierto, Rommel mostró virtudes similares a las de Patton, pero, al igual que el estadounidense, prestó una atención insuficiente a la importancia crítica de la logística. Los Aliados apreciaban a Rommel más que muchos oficiales alemanes, en parte porque británicos y estadounidenses reforzaban su autoestima atribuyendo las derrotas al supuesto genio de aquél. Manstein, profesional soberbio, fue el arquitecto de las grandes victorias obtenidas en Rusia en 1941-1942, y probablemente fue el mejor general alemán de la guerra; pero el fracaso de Kursk puso de manifiesto sus limitaciones: pecando de orgullo, aceptó lanzar una gran ofensiva que no podía albergar esperanza ninguna de imponerse a la clara superioridad rusa en fuerza, temperamento y dirección militar. La defensa de Italia, entre 1943 y 1945, sitúa a Kesselring en la línea delantera de los

comandantes. Guderian personificó la habilidad con la que la Wehrmacht aprovechaba los blindados. Varios generales alemanes, como por ejemplo Model, merecen más admiración por el modo en que sostuvieron campañas defensivas en los años de retirada, con fuerzas inferiores y un apoyo aéreo insignificante, que por las victorias obtenidas cuando la Wehrmacht era más poderosa que sus enemigos. Las intervenciones estratégicas de Hitler impidieron que los comandantes alemanes reclamaran para sí todo el crédito de las victorias, pero también que aceptaran la responsabilidad absoluta por las derrotas. El logro institucional del ejército alemán y su estado mayor se antoja más impresionante que el de cualquier general en concreto. La realidad histórica que se impone es que perdieron la guerra.

Yamashita, que dirigió la conquista de Malasia en 1942 y la defensa de Filipinas en 1944-1945, fue el comandante más capaz de Japón en cuanto a las fuerzas terrestres. En lo demás, la energía y el coraje exhibidos por los soldados y suboficiales japoneses fue más impresionante que la comprensión estratégica de sus líderes. Estuvieron siempre atados de manos por los enormes fallos en el servicio de inteligencia, que iban más allá de las meras deficiencias técnicas y reflejaban una incapacidad cultural más honda: la de considerar qué podría estar pasando al otro lado de la colina. La defensa de las sucesivas islas del Pacífico mostró la competencia profesional de algunos comandantes de guarnición, que carecían de posibilidades y recursos para aprovechar dones más elevados. En los buques, aunque la suerte desempeñó un papel importante en la batalla del mar del Coral y en Midway, los almirantes de Japón desplegaron una timidez asombrosa y sus oponentes estadounidenses se anticiparon a ellos y los derrotaron repetidamente. Yamamoto merece cierto respeto por cómo dirigió las ofensivas iniciales de Japón en 1941-1942, pero debe cargar buena parte de la responsabilidad de lo que salió mal más adelante. Sólo su muerte, acaecida en abril de 1943, le ahorró presidir la marcha nacional hacia el olvido que él mismo siempre había reconocido como inevitable.

El impacto de un conflicto no se puede medir con la mera comparación de las respectivas cifras nacionales de pérdidas humanas, pero éstas deben tenerse en cuenta para obtener una perspectiva más global. No hay consenso claro sobre el número total de muertes relacionadas con la guerra en todo el mundo, pero se acepta que la cifra mínima fue de sesenta millones de personas, y quizá de diez millones más. Las bajas de Japón se calcularon en 2,69 millones de muertos; entre éstos, 1,74 millones eran militares, pero dos tercios murieron por hambre o enfermedades, no por la acción enemiga. En Alemania hubo 6,9 millones de muertos; 5,3 millones eran militares. Los rusos mataron a unos 4,7 millones de combatientes alemanes, incluidos los 474 967 que murieron en cautividad de los soviéticos; también mataron a una

cantidad muy elevada de civiles. Por su parte, los Aliados occidentales mataron a cerca de medio millón de soldados alemanes y hubo más de doscientas mil víctimas civiles de los ataques aéreos[26]. Rusia perdió a veintisiete millones de personas; China, a un mínimo de quince millones. Se calcula que, durante la ocupación japonesa del Asia suroriental (incluyendo las Indias Orientales Neerlandesas, la moderna Indonesia), murieron unos cinco millones de personas. Hasta un millón de muertos hubo en Filipinas, muchos de ellos, durante la campaña por la liberación del archipiélago, en 1944-1945.

Entre los italianos, fallecieron más de trescientos mil militares y cerca de un cuarto de millón de civiles. Murieron más de cinco millones de polacos: ciento diez mil en combate, y la mayor parte de los otros en los campos de concentración alemanes, aunque los rusos también podrían atribuirse una cifra sustancial de víctimas polacas. Francia perdió a 567 000 personas, 267 000 de las cuales eran civiles. En el conflicto con los japoneses murieron más de treinta mil militares británicos, muchos de ellos como prisioneros, de una cifra total de 382 700 militares británicos fallecidos; las pérdidas totales de Reino Unido en la guerra, si incluimos los civiles, fueron de 449 000 personas. Las fuerzas indias que luchaban bajo el mando británico sufrieron 87 000 muertos. Las pérdidas totales de Estados Unidos en la guerra fueron de 418 500 muertos (cifra ligeramente inferior a la del Reino Unido), de los cuales el ejército de tierra perdió a 143 000 hombres en Europa y el Mediterráneo, y 55 145 en el Pacífico. La marina estadounidense perdió otros 29 263 hombres en oriente, y el cuerpo de marines, 19.163. No sería coherente recoger el cálculo de vidas perdidas por hambre y enfermedad en los países ocupados por el Eje, víctimas de Alemania y Japón —un total de veinte millones de personas— sin mencionar lo que ocurrió por las mismas causas en el bando aliado: entre uno y tres millones de indios bajo dominio británico perecieron por hambre en los años de la guerra.

Muchas otras naciones sufrieron números elevados de víctimas mortales, aunque todas las estadísticas deben considerarse orientativas, y no exactas, ya que no hay consenso al respecto: 769 000 rumanos, muchos de ellos judíos; hasta 400 000 coreanos; 97 000 finlandeses, de una población total inferior a cuatro millones; 415 000 griegos, de un total de siete millones de habitantes; al menos 1,2 millones de yugoslavos, de una población de 15,4 millones; más de 343 000 checos, 277 000 de ellos judíos; 45 300 canadienses; 41 200 australianos; 11 900 neozelandeses de una población de 1,6 millones (la proporción más elevada entre todos los Aliados occidentales). El aspecto más digno de atención de estas estadísticas es que la carga principal recayó sobre las naciones que padecieron la ocupación enemiga o cuyos territorios se convirtieron en campo de batalla. Uno de cada cuatro militares muertos en el

mundo —veinte millones, en total— pereció en cautividad de alemanes y japoneses; en su mayoría fueron rusos o polacos.

A los combatientes les fue mejor que a los civiles: de todos los que fallecieron por la guerra, unas tres cuartas partes eran víctimas desarmadas, que no participaban de modo activo en los combates. Los pueblos de Europa occidental salieron mejor parados que los de Europa oriental. La mejor investigación reciente sugiere que 5,7 millones de judíos de todas las nacionalidades —de un total, previo a la guerra, de 7,3 millones de judíos en las tierras ocupadas por Hitler— murieron en el intento de los nazis de hallar una «solución final». Los agentes de Hitler también mataron o dejaron morir a unos tres millones de prisioneros de guerra soviéticos, 1,8 millones de polacos no judíos, cinco millones de ciudadanos soviéticos no judíos, ciento cincuenta mil personas con deficiencias mentales y diez mil hombres homosexuales.

En su mayoría, los alemanes consideraron que sus ciudades arrasadas, industrias destruidas y millones de muertos pagaban la deuda de los crímenes del nazismo. Los jóvenes sentían una mezcla de confusión y cólera ante el hecho de que sus padres, en los que confiaban, los hubieran puesto en tal aprieto. Helmut Lott, que en 1945 era un adolescente, dijo: «No tenía muy claro cómo debía sentirme. Cierto mundo —el mundo en el que había crecido y en el que creía— estaba destruido[27]». Muchos alemanes dieron su connivencia a que antiguos nazis se mezclaran impunemente en su sociedad de posguerra. «Hoy nadie da crédito a un alemán honrado —dijo Hildegard Trutz, esposa de un antiguo oficial de la SS, en 1947—, pero todo lo que dicen esos sucios judíos va a misa.»[28] América del Sur se convirtió en destino popular para los irreconciliables y los criminales de guerra más odiosos, algunos de los cuales gozaron del santuario de la Iglesia Católica durante su traslado desde Europa.

Sólo una minúscula fracción de los culpables de crímenes de guerra llegaron a sentarse ante un tribunal, en parte porque los vencedores se arredraron ante la escala de ejecuciones —varios cientos de miles— que habría sido necesaria de haberse hecho estricta justicia contra todos los asesinos del Eje. En las zonas de ocupación occidental se vieron menos de un millar de ejecuciones por venganza. Se ejecutó a unos 920 japoneses; más de trescientos, condenados por los holandeses por crímenes cometidos en las Indias Orientales. Los Aliados eligieron tratar a Austria como a una sociedad víctima, más que copartícipe de la culpa de Alemania, por lo que allí no se realizó ningún proceso serio de desnazificación. Kurt Waldheim, antiguo oficial de la Wehrmacht, fue uno de los muchos austríacos que fueron cómplices de crímenes de guerra; en su caso, el asesinato de prisioneros británicos en los Balcanes. Aun sabiéndolo perfectamente, sus compatriotas lo

eligieron como canciller, pasados unos años.

Muchos alemanes condenados por asesinatos masivos cumplieron penas de cárcel de tan sólo unos pocos años o incluso escaparon pagando una multa de cincuenta marcos imperiales (divisa sin apenas valor). Alemanes y japoneses no erraban del todo al entender que los juicios internacionales por crímenes de guerra que se desarrollaron entre 1945 y 1946 eran la «justicia de los vencedores». Algunos británicos, y muchos rusos, cometieron actos penados por la legislación internacional —entre los que destaca matar prisioneros—, pero muy pocos se enfrentaron siquiera a un consejo de guerra. Haber estado en el bando vencedor bastaba para asegurar la amnistía; los crímenes de guerra de los Aliados, por lo general, ni siquiera se reconocieron. El comandante de submarinos británico «Skip» Miers, por ejemplo, que en 1941 angustió incluso a algunos de sus propios hombres —después de insistir en que unos soldados alemanes que luchaban por no ahogarse en el Mediterráneo, tras el hundimiento de sus esquifes, debían morir ametrallados—, recibió una Cruz Victoria y terminó siendo almirante. Las tropas estadounidenses, canadienses y británicas que, por costumbre, mataban a los prisioneros de la Waffen SS y francotiradores en el mismo campo de batalla —usualmente como supuesta venganza de acciones enemigas similares— quedaron sin condena. Los juicios y las sentencias de Núremberg y Tokio no representaron una injusticia, pero sí una justicia parcial.

Tanto en Europa como en Asia, a partir de 1945, el enfrentamiento con la Unión Soviética creó nuevos imperativos estratégicos que, según se los percibió, requirieron alistar a miles de criminales de guerra alemanes y japoneses en los servicios de inteligencia y centros de investigación científica de Estados Unidos, Reino Unido y Rusia. Con notorio cinismo, los estadounidenses amnistiaron al comandante de la unidad de guerra biológica, el teniente general Shiro Ishii, a cambio de sus secretos. Tras investigar con sus datos, los científicos estadounidenses de Camp Detrick aseveraron que eran inútiles. Pero de resultas de una decisión personal del comandante supremo, el general Douglas MacArthur, la mayoría de los veinte mil científicos y médicos empleados en el programa de guerra biológica de Japón en guerra, pudo reanudar carreras civiles confortables, pese a haber sido responsables de asesinatos incalificables en China. El único castigo a sus atrocidades lo impusieron los rusos, que condenaron a doce miembros destacados de la unidad 731, tras un juicio celebrado en Jabarovsk en 1949. Las condenas fueron de muchos años de duración; el cuartel general de MacArthur en Tokio denunció que eran propaganda tanto los juicios como las afirmaciones soviéticas —bien fundadas— de que los estadounidenses estaban cubriendo los crímenes de la guerra biológica japonesa.

¿A quién debía culparse por la catástrofe que había caído sobre Japón? El suboficial de marina Kisao Ebisawa se encogía de hombros: «A los jefazos. La gente al mando». Pero luego añadía: «En realidad, sin embargo, uno tiene que incluir a toda la nación, porque su estado de ánimo nos ha ido arrastrando hasta la guerra desde hace mucho tiempo. El modo como nos fuimos sumergiendo cada vez más hondo en el fango tenía un componente espantosamente inevitable[29]». Con posterioridad a 1945, el pueblo japonés abjuró de los militaristas y, de hecho, de los soldados que habían luchado en la guerra; y lo hizo con tal fervor que afligió a los veteranos de la nación, muchos de los cuales no se arrepentían de nada. El coronel Hattori Takushiro, antiguo secretario militar del ministro de Guerra japonés, escribió con orgullo en 1956: «El ejército japonés no tenía parangón en su terrorífica capacidad de combate, lo cual es una cuestión distinta del hecho de que Japón perdiera la guerra[30]». En la posguerra, el pueblo japonés abrazó a Estados Unidos con un entusiasmo que conquistó los corazones de la mayoría de los estadounidenses que servían en el ejército de ocupación. Las campañas de conquista niponas, y el trato que dieron a los pueblos sometidos —especialmente, a los chinos—, se convirtieron en temas prohibidos de la conversación política o social y, de hecho, del estudio escolar. Hiroshima y Nagasaki dominaron la percepción japonesa en la posguerra; el emperador Hirohito mantuvo el trono, pese a haber conducido a su país a la guerra, y esto quitaba fuerza a la idea de que sus súbditos debieran asumir una culpa colectiva.

El escritor japonés Kazutoshi Hando, que sobrevivió a la tormenta de fuego de Tokio, dijo en 2007:

> Terminada la guerra, la culpa se hizo recaer exclusivamente en la marina y el ejército de tierra japoneses. Esto parecía justo, porque las fuerzas armadas siempre mantuvieron a la población civil engañada con respecto a sus actos. El civil japonés no tenía ningún sentimiento de culpa colectiva, y así es como los vencedores y ocupantes estadounidenses quisieron que fuera. De la misma manera, fueron los estadounidenses los que instaron a que la escuela no enseñara historia moderna del país. La consecuencia es que, entre los menores de cincuenta años, muy pocos saben que Japón invadió China o que colonizó Manchuria[31].

A principios del siglo XXI, Hando pronunció una charla en un centro universitario femenino sobre la era Shōwa: «Pedí a cincuenta estudiantes que enumerasen países que no hubieran combatido contra Japón en los tiempos modernos, y once incluyeron Estados Unidos». Y añadió:

> Es importante, de veras, hablar de lo que ocurrió en la Segunda Guerra Mundial, por cómo son de pobres hoy las relaciones entre China y Japón. Pero hay un problema al empezar esa conversación porque la inmensa mayoría de los jóvenes japoneses no está al tanto de los hechos. Hay mucha gente que no soporta a nuestros nacionalistas militantes, pero aún encuentran ofensivo recibir las críticas constantes de China y Corea. No les gusta que esos países metan la nariz en lo que ellos consideran asuntos del pueblo japonés. La mayoría de nosotros piensa que ya hemos pedido

disculpas por la guerra: uno de nuestros antiguos primeros ministros ha presentado unas disculpas exageradas. Por mi parte, creo que aún no hemos pedido perdón como debemos.

Esto sigue siendo materia de discusión y algunos británicos y estadounidenses están en completo desacuerdo con Hando. Incluso en fecha tan reciente como 2007, el jefe de las fuerzas aéreas japonesas se vio obligado a dimitir de su puesto tras publicar una nota en la que aseveraba que las actividades japonesas en China, entre 1937 y 1945, fueron de naturaleza filantrópica.

Palestina estuvo entre las tierras afectadas más directamente por el resultado del conflicto. Durante más de dos décadas de gobierno británico por mandato, se había debatido intensamente sobre su futuro. El capitán David Hopkinson estuvo entre los varios cientos de miles de soldados británicos que pasaron por Tierra Santa en el transcurso de su servicio en la guerra y meditó sobre su destino más justo. Hopkinson tenía especial interés en la cuestión, porque su esposa era medio judía. En 1942, le escribió desde Haifa, expresando hostilidad al sionismo, pues Hopkinson creía que

los judíos poseen un enorme valor en los países en los que se han establecido desde hace mucho tiempo. Yo, como todo el mundo, estoy impresionado por los logros técnicos y culturales de los judíos en Palestina, pero que una minoría de nacionalismo tan intenso intente labrarse un estado independiente a partir de territorios a los que otros también tienen derecho, eso me parece incoherente con los nobles ideales de paz y humanidad en los que la Europa civilizada cree[32].

Pero en 1945, este punto de vista moderado quedó barrido por las espeluznantes revelaciones del Holocausto. Es importante hacer hincapié en que —aunque las noticias sobre la liberación de Belsen y Buchenwald habían conmocionado al mundo civilizado— el verdadero alcance del genocidio judío sólo se comprendió lentamente, incluso por parte de los gobiernos occidentales. Pero se evidenció que los judíos de Europa habían sido víctimas de un programa de asesinato colectivo, satánico sin parangón, que dejó a muchos supervivientes sin hogar ni posesiones. El comisionado de inmigración de Estados Unidos, Earl Harrison, visitó los campamentos de desplazados de Europa y se horrorizó con lo que vio allí. Según informó al presidente Truman en agosto de 1945: «Al parecer, tratamos a los judíos como los trataban los nazis, con la salvedad de que no los exterminamos». Por una gigantesca ironía histórica, la persecución de Hitler transformó la fortuna del pueblo judío en todo el mundo. Proporcionó al sionismo un impulso que muchos occidentales hallaron moralmente irresistible. El antisemitismo nunca volvería a ser socialmente aceptable en las sociedades democráticas occidentales y la masacre de los judíos europeos precipitó la creación del estado de Israel, en 1948. Sin embargo, aunque el Holocausto tuvo un impacto devastador y perdurable en la cultura occidental, otras muchas

sociedades de todo el mundo no se han identificado nunca con su importancia y, en algunos casos, incluso niegan su realidad. No ha desaparecido un malestar extendido ante la idea de que las potencias occidentales lavaron sus culpas sobre el destino de los judíos en la guerra haciendo un gran gesto histórico en territorios que, para los musulmanes, pertenecen legítimamente a los árabes.

Hay una cuestión más general: algunos historiadores modernos, ciudadanos de naciones que antaño fueron posesiones europeas, consideran a sus pueblos como víctimas de explotación en los tiempos de guerra. Apuntan que Reino Unido, sobre todo, los involucró en una contienda en la que no se jugaban nada y por una causa que no les atañía propiamente. Tales argumentos representan puntos de vista, antes que conclusiones basadas en datos, pero es importante que los occidentales reconozcamos esos sentimientos, contrapeso a nuestro supuesto instintivo de que nuestros abuelos lucharon la «buena guerra».

Dentro de la cultura occidental, por descontado, el conflicto continúa ejerciendo una fascinación extraordinaria sobre generaciones que no habían nacido cuando se produjo. La explicación obvia es que se trató del acontecimiento más magno y terrible de la historia humana. En el vasto compás de la contienda, algunas personas ascendieron a las cumbres de la nobleza y el valor, mientras otras se hundían en abismos del mal, de un modo que despierta el sobrecogimiento de la posteridad. Entre los ciudadanos de las democracias modernas, que desconocen el peligro colectivo y la dureza extrema, las tribulaciones que pasaron cientos de millones de personas entre 1939 y 1945 resultan casi incomprensibles. Prácticamente todos los que participaron en la guerra, tanto naciones como personas, mostraron cierta flexibilidad moral. Es imposible dignificar la contienda como un enfrentamiento puro entre el bien y el mal; también lo es celebrar racionalmente una experiencia, o incluso un resultado, que impuso tanto pesar a tantas personas. La victoria aliada no aportó paz, prosperidad, justicia o libertad universales; sólo conllevó una parte de esos elementos a una fracción de los que habían participado en la guerra. Lo que parece indudable se reduce a que la victoria aliada salvó al mundo de un destino mucho peor, que habría seguido al triunfo de Alemania y Japón. Con esto deben contentarse los que busquen virtud y verdad.

Agradecimientos

Me hace feliz que el grupo de compañeros y amigos con los que estoy en deuda haya ido cambiando poco a lo largo de mis diversos libros. En HarperCollins de Londres, los consejos de mis editores Arabella Pike y Robert Lacey, junto con los de Andrew Miller, de Knopf, en Nueva York, han mejorado mucho mi texto. Mis agentes, Michael Sissons en Londres y Peter Matson en Nueva York, dirigen mi rumbo desde hace más tiempo de lo que ninguno de nosotros desea recordar. El catedrático sir Michael Howard (Orden del Mérito, Compañero de Honor, Cruz Militar), Don Berry, el catedrático N. A. M. Rodger y el doctor Williamson Murray ofrecieron comentarios de inmenso valor sobre todas las secciones del manuscrito y corrigieron algunos de mis errores más atroces. La doctora Liuba Vinográdova tradujo mucho material ruso, mientras que Serena Sissons seleccionó los diarios, cartas y memorias italianos. La doctora Tami Biddle, del US War Army College (Colegio de Guerra del Ejército de Estados Unidos), muestra una generosidad maravillosa al pasarme materiales que recoge para su propia investigación. La ayuda del personal del Imperial War Museum —con Rod Suddaby a la cabeza— contribuye sobremanera a la labor de todo historiador de la guerra moderna; la Biblioteca de Londres y el Archivo Nacional ofrecen espacios admirablemente fructíferos para la investigación. Douglas Matthews es un maestro en la creación de índices, y me siento muy agradecido por su aportación. Con sólo una breve interrupción, Rachel Lawrence ha sido mi asistente personal durante veinticinco años de mucho sufrimiento y eficacia sin parangón; entre las duras pruebas a las que la someto está colacionar mis notas y las referencias. Mi esposa, Penny, es siempre una compañera perfecta, aunque a veces creo que habría preferido vivir la Segunda Guerra Mundial antes que leer más libros escritos por mí sobre la contienda. A todos ellos, mi gratitud más sincera, pues sé que mi esfuerzo sería como arar en el desierto sin toda su

empatía, su orientación y su apoyo.

Bibliografía

Una bibliografía exhaustiva de la Segunda Guerra Mundial, o siquiera de los libros de mi propia colección, no cabría en el espacio de estas páginas; por lo tanto, en este apartado refiero sólo los títulos que he citado explícitamente en la presente obra. Así, la omisión de innumerables obras grandes y excelentes, lejos de suponer un desprecio hacia su mérito e importancia, sólo refleja mi intento de repetir lo menos posible, sobre todo las anécdotas, de las historias y memorias más conocidas por los estudiosos del período. Los títulos que más he citado en esta obra o que me parecen especialmente valiosos como lectura adicional se muestran en negrita. He omitido detallar los múltiples volúmenes de las historias oficiales británica y estadounidense, que, por descontado, son de lectura indispensable.

Abbott, Stephen, And All My War is Done, Pentland, 1991.

Altes, A. K., y N. K. C. A. In't Veld, The Forgotten Battle: Overloon and the Maas Salient 1944-1945, Spellmount, 1995.

Ambrose, Stephen, Band of Brothers, Simon & Schuster, 1992. (Hay trad. cast.: Hermanos de sangre: Compañía E, 506 Regimiento, 101 División Aerotransportada: desde Normandía hasta el Nido del Águila de Hitler, trad. de Gerardo di Masso, Salvat, Barcelona, 2002).

Amery, Leo, My Political Life, Hutchinson, 1955, vol. III.

—, The Empire at Bay: The Leo Amery Diaries 1929-1945, ed. de John Barnes y David Nicholson, Hutchinson, 1988.

Anders, Władysław, An Army in Exile, Macmillan, 1949.

Andreas-Friedrich, Ruth, Berlín Underground 1938-1945, Henry Holt, 1947.

Anónimo, A Woman in Berlin, Virago, 2009.

Arthur, Douglas, Desert Watch, Blaisdon, 2000.

Atkinson, Rick, The Day of Battle, Henry Holt, 2007. (Hay trad. cast.: El día de la batalla: la guerra en Sicilia y en Italia, 1943-1944, trad. de Teófilo

de Lozoya y otros, Crítica, Barcelona, 2007).
Avagliano, Mario (ed)., Generazione ribelle: Diari e lettere dal 1943 al 1945, Einaudi Storia, 2006.
Bailey, Roderick (ed)., Forgotten Voices of the Secret War, Ebury, 2008.
Ball, Adrian, The Last Days of the Old World, Doubleday, 1963. (Hay trad. cast.: El último día del viejo mundo, trad. de Luis Buelta, Plaza & Janés, Barcelona, 1966).
Barclay, George, Fighter Pilot, Kimber, 1976.
Barenblatt, Daniel, A Plague Upon Humanity, Souvenir, 2004.
Baring, Sarah, The Road to Station X, Wilton 65, 2000.
Barnett, Correlli, Engage the Enemy More Closely, Hodder & Stoughton, 1991.
Bayly, Christopher y Tim Harper, Forgotten Armies, Penguin, 2004.
Beevor, Antony, Stalingrad, Viking, 1998. (Hay trad. cast.: Stalingrado, trad. de Magdalena Chocano, Crítica, Barcelona, 2000, 2006).
—, Berlín: The Downfall, 1945, Penguin, 2002. (Hay trad. cast.: Berlín: la caída, 1945, trad. de David León, Crítica, Barcelona, 2002, 2005).
Belfield, Eversley, y Hubert Essame, The Battle for Normandy, Severn House, 1975.
Bellamy, Chris, Absolute War, Macmillan, 2007.
Belov, N. F, Front Diary of N. F. Belov 1941-44.
Berezhkov, Valentín, Stranitsi diplomaticheskoi istorii («Páginas de historia diplomática»), Moscú, 1982.
Berle, Beatrice Bishop, y Travis Beal Jacobs, Navigating the Rapids 1918-1971, Harcourt Brace, 1973.
Bessel, Richard, Germany 1945, Simon & Schuster, 2009. (Hay trad. cast.: Alemania 1945: de la guerra a la paz, trad. de Gabriel Dols, Ediciones B, Barcelona, 2009).
Biddle, George, Artist at War, Viking Press, 1944.
Birdsall, Steve, Saga of the Superfortress Sidgwick & Jackson, 1981.
Blair, Clay, Hitler's U-Boat Wars, Random House, 1996.
Bloomfield-Smith, D. C. (ed)., Fourth Indian Reflections, Larman, 1987.
Blum, John Morton, V was for Victory, Harcourt Brace, 1976.
Blunt, Roscoe, Foot Soldier: A Combat Infantryman's War in Europe, Da Capo Press, 2002.
Blythe, Ronald (ed)., Private Words, Viking, 1991.
—, Components of the Scene, Penguin, 1966.
Borthwick, Alastair, Battalion, Baton Wicks, 1994.
Bower, Tom, Nazi Gold, HarperCollins, 1997.
Bowlby, Alex, Recollections of Rifleman Bowlby, Leo Cooper, 1969.
Braithwaite, Rodric, Moscow 1941, Profile, 2006. (Hay trad. cast.:

Moscú 1941: una ciudad y su pueblo en guerra, trad. de G. G. Djembé y F. Fernández, Crítica, Barcelona, 2006).
Branson, Clive, British Soldier in India: The Letters of Clive Branson, Communist Party, Londres, 1944.
Broadfoot, Barry (ed)., Six War Years, Toronto, 1974.
Brontman, Lázar, Voenni dnevnik korrespondenta «Pravdy». («Diario de guerra de un corresponsal de Pravda»), Moscú, 2007.
Browning, Christopher, Ordinary Men, Penguin, 1998. (Hay trad. cast.: Aquellos hombres grises: el batallón 101 y la solución final en Polonia, trad. de Montse Batista, Edhasa, Barcelona, 2002).
Bryant, Arthur, The Turn of the Tide, Collins, 1957.
Bungay, Stephen, The Most Dangerous Enemy, Aurum, 2010. (Hay trad. cast.: La batalla de Inglaterra, trad. de Joan Soler, Ariel, Barcelona, 2008).
Burgett, Donald, Seven Roads to Hell: A Screaming Eagle at Bastogne, Dell, 1999.
Burleigh, Michael, Moral Combat, HarperCollins, 2010.
Busatti, Franco, Dal Volturno a Cassino, web RSI. [www.dalvolturnoacassino.it]
Calvocoressi, Peter, Guy, Wint, y John Pritchard, Total War, Viking, 1972. (Hay trad. cast.: Guerra total, trad. de Laura Rodríguez Díaz, Alianza Editorial, Madrid, 1979).
Cantril, Hadley, y Mildred Strunk, Public Opinión 1935-1946, Princeton University Press, 1951.
Carton de Wiart, Adrian, Happy Odyssey, Jonathan Cape, 1950.
Caruso, Patrick, Nightmare on Iwo, Naval Institute Press, 2001.
Cheek, Tom, A Ring of Coral, «The Battle of Midway Roundtable», www.midway42.org.
Chin, Kee Onn, Malaya Upside Down, Singapur, 1946.
Ciano, Galleazo, Diaries 1937-1943, ed. Redonzo de Felice, Milán, 1980.
Cole, David, Rough Road to Rome, Kimber, 1983.
Collingham, Lizzie, The Taste of War, Allen Lane, 2011.
Colvin, John, Nomonhan, Quartet, 1999.
Cooper, Artemis, Cairo in the War, Hamish Hamilton, 1989.
Cooper, Diana, Trumpets from the Steep, Hart Davis, 1960.
Cooper, Raymond, B Company, Dobson, 1978.
Corti, Eugenio, Few Returned: 28 Days on the Russian Front, Winter 1942-1943, University of Missouri Press, 1997.
—, The Last Soldiers of the King, University of Missouri Press, 2003.
Costello, John, The Pacific War, Collins, 1981.
Craig, Norman, The Broken Plume, IWM, 1982.

Cremer, Peter, U-333, Grafton, 1986.
Crook, Martin (ed)., Wartime Letters of a West Kent Man, ed. personal, 2007.
Cropper, Andy, Dad's War, Anmas, 1994.
Crosby, Harry H., A Wing and a Prayer, Robson, 1993.
Cross, Robin, Citadel, O'Mara, 1993.
Dahl, Roald, Going Solo, Penguin, 1988. (Hay trad. cast.: Volando solo, trad. de Pedro Barbadillo, Alfaguara, Madrid, 1988).
Dallek Robert, Lone Star Rising, Oxford, 1991.
Dalton, Hugh, Diaries, ed. de Ben Pimlott, Jonathan Cape, 1986.
Davies, Norman, God's Playground, Oxford, 1981, vol. II.
Day-Lewis, Tamsin (ed)., Last Letters Home, Macmillan, 1995.
Dear, I. C. B., y M. R. D. Foot (eds)., The Oxford Companion to the Second World War, Oxford, 1995.
D'Este, Carlo, Eisenhower, Holt, 2002.
—, Bitter Victory, Collins, 1988.
—, Decision in Normandy, Collins, 1983.
Diller, Eric, Memoirs of a Combat Infantryman, ed. personal, 2002.
Djilas, Milovan, Wartime, Secker &Warburg, 1980.
Doherty, Richard, A Noble Crusade, Rockville, 1999.
Donnison, F. S. V., Civil Affairs and Military Government: North-West Europe 1944-1946, HMSO, 1961.
Douglas, Keith, Alamein to Zem Zem, Penguin, 1967.
Dower, John, War Without Mercy, Pantheon, 1986.
Dunlop, Edward, The Diaries of «Weary» Dunlop, Viking, 1986.
Dyess, William E., The Dyess Story, Putnam, 1944.
Echternkamp, Jorg (ed)., Germany and the Second World War, Research Institute for Military History, Potsdam/Oxford, 9 vols., 1990-2008.
Edwards, Robert, White Death, Weidenfeld & Nicolson, 2007.
Eichelberger, Robert, Our Jungle Road to Tokyo, Nashville Battery Classics, 1989.
Eisenhower, Dwight, The Eisenhower Diaries, Norton, 1981.
Ellis, John, The Sharp End, Pimlico, 1993.
Ellwood, David W., Italy 1943-1945, Leicester University Press, 1985.
Farrell, Charles, Reflections, Pentland, 2000.
Felix, Charles, Crossing the Sauer, Burford Books, 2002.
Fenby, Jonathan, Generalissimo, Free Press, 2003.
Fermi, Laura, Atoms in the Family, University of Chicago Press, 1954. (Hay trad. cast.: Átomos en mi familia, trad. de Julio Fernández Yáñez, Marfil, Alcoy, 1956).
Foot, Michael, Bevan, McGibbon & Kee, 1965.
Forman, Denis, To Reason Why, André Deutsch, 1991.

Formica, F. (ed)., Account of the Battle of Deir El Murra, diario del alférez Vincenzo Formica, www.ferreamole.it.
Fraser, David, Wars and Shadows, Penguin, 2002.
Fuchida, Mitsuo, y Masatake Okimuya, Midway: The Battle that Doomed Japan, Annapolis, 1955. (Hay trad. cast.: Midway La batalla que anulo el poderío naval del Japón, trad. de Leoncio Sureda, AHR, Barcelona, 1957).
Fussell, Paul, The Boys Crusade, Weidenfeld & Nicolson, 2004.
Gailey, Harry, Bougainville 1943-1945: The Forgotten Campaign, University of Kentucky Press, 1991.
Garfield, Simon (ed)., Private Battles, Ebury, 2006.
—, We are at War, Ebury, 2009.
Gilbert, Adrian, Voices of the Foreign Legion, Skyhorse, 2010.
Gilbert, Martin, Auschwitz and the Allies, Weidenfeld & Nicolson, 1981.
Glantz, David, Barbarossa, Tempus, 2001.
—, Soviet Military Deception in the Second World War, Frank Cass, 1989.
Glusman, John, Conduct Under Fire, Viking, 2007.
Gorsky, Stanislav, Zapiski navodchika SU-76 («Memorias de un orientador de artillería de SU-76»), Moscú, 2010.
Graves, George D., Blood and Snow: The Ardennes.
Grossman, Vasili, A Writer at War, ed. de Liuba Vinográdova y Antony Beevor, Harvill, 2006. (Hay trad. cast.: Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945, trad. de Juanmari Madariaga, Crítica, Barcelona, 2006).
Gryn, Hugo, y Naomi Gryn, Chasing Shadows, Penguin, 2001.
Guest, John, Broken Images, Hart Davis, 1949.
Hadjipateras, C. N., y M. S. Falfalios (eds)., Greece 1940-1941 Eyewitnessed, Efstathiadis, 1995.
Hagen, Louis, Ein Volk ein Reich: Nine Lives Under the Reich, Spellmount, 2011.
Halder, Franz, Command in Conflict: The Diaries and Notes of Colonel-General Franz Halder and Other Members of the German High Command, ed. de Barry Leach e Ian MacDonald, Oxford, 1985.
Harries, Meirion, y Susie Harries, Soldiers of the Sun, Heinemann, 1991.
Hart, Peter, At the Sharp End, Leo Cooper, 1998.
Hastings, Max, Overlord: D-Day and the Battle for Normandy, Michael Joseph, 1984.
—, Bomber Command, Michael Joseph, 1979.
—, Finest Years, HarperCollins, 2009. (Hay trad. cast.: La guerra de Churchill: la historia ignorada de la Segunda Guerra Mundial, trad. de Juan Rabasseda, Crítica, Barcelona, 2010).

—, Armageddon: The Battle for Germany 1944-1945, Macmillan, 2004. (Hay trad. cast.: Armagedón: la derrota de Alemania, 1944-1945, trad. de David León, Crítica, Barcelona, 2005).
—, Nemesis: The Battle for Japan 1944-1945, HarperCollins, 2007. (Hay trad. cast.: Némesis: la derrota del Japón, 1944-1945, trad. de C. Belza y otros, Crítica, Barcelona, 2007).
Hastings, Robin, An Undergraduate's War, Bell House, 1997.
Haupt, Werner, Assault on Moscow 1941, Schiffer, 1996.
Headlam, Cuthbert, Parliament and Politics in the Age of Churchill and Attlee, ed. de Stuart Ball, Cambridge, 1999.
Hennessy, Patrick, Young Man in a Tank, ed. personal, 1997.
Hichens, Antony, Gunboat Command, Pen & Sword, 2007.
Hitchcock, William, Liberation: The Bitter Road to Freedom, Europe 1944-1945, Faber, 2008.
Hoffman, Carl, Saipan: The Beginning of the End, US Marine Corps, 1950.
Holland, James, Battle Over Britain, HarperPress, 2010.
Home, Alastair, To Lose a Battle, Macmillan, 1969.
Horsfall, John, Say Not the Struggle, Roundwood, 1977.
Hough, Richard, One Boy's War, Heinemann, 1975.
Howard, Michael, Liberation or Catastrophe Hambledon, 2008.
—, Captain Professor, Continuum, 2004.
Howarth, Stephen, y David Law (eds)., The Battle of the Atlantic 1939-1945, Greenhill, 1994.
Hudson, Charles, Journal of Major-General Charles Hudson, Wilton 65, 1992.
Inoguchi, Rikihei, y Tadashi Nakajima, con Roger Pineau, The Divine Wind, Hutchinson, 1959.
Ironside, sir Edmund, The Ironside Diaries, ed. de Denis Macleod y Edmund Kelly, Constable, 1962.
Jackson, Julian, The Fall of France, Oxford, 2003.
Jeffrey, Keith, MI6: The History of the Secret Intelligence Service 1909-1949, Bloomsbury, 2010.
Joffe, Constantin, We Were Free, Smith & Durrell, 1943.
Johnston, George, The Toughest Fighting in the World, Duell, Sloan & Pearce, 1943.
Johnston, Mark, At the Front Line, Cambridge, 1996.
Johnstone, Sandy, Enemy in the Sky, Kimber, 1976.
Jones, James, The Thin Red Line, Collins, 1963. (Hay trad. cast.: La delgada línea roja, trad. de F. Santos Fontenla, Bruguera, Barcelona, 1983, reed. Ediciones B, 2000).
—, WW II. A Chronicle of Soldiering (con Art Weithas), Grossett &

Dunlap, 1975.
Jones, Michael, The Retreat: Hitler's First Defeat, John Murray, 2009. (Hay trad. cast.: La retirada: la primera derrota de Hitler, trad. de David León, Crítica, Barcelona, 2010).
—, The Siege of Leningrad, John Murray, 2008. (Hay trad. cast.: El sitio de Leningrado, 1941-1944, trad. de Joan Trujillo, Crítica, Barcelona, 2008).
Karig, Walter, y Eric Purdon, Battle Report: Pacific War Middle Phase, Rinehart, 1946.
Karski, Jan, Story of a Secret State, Penguin, 2011.
Keeble, Lewis, Worm's Eye View The Recollections of Lewis Keeble, Apéndice C a «Battlefield Tour: 1/4 KOYLI in the NW Europe Campaign».
Kellas, Arthur, Down to Earth, Pentland Press, 1989.
Kelly, Matthew, Finding Poland, Cape, 2010.
Kemp, Peter, The Thorns of Memory, Sinclair-Stevenson, 1990.
Kennedy, David, Freedom from Fear, Oxford, 1999. (Hay trad. cast.: Entre el miedo y la libertad: los EE. UU., de la Gran Depresión al fin de la Segunda Guerra Mundial 1929-1945, trad. de Eduardo Hojman, Edhasa, Barcelona, 2005).
Kennedy, John, The Business of War, Hutchinson, 1957.
Kerkvliet, B. J., The Huk Rebellion: A Study of Peasant Revolt in the Phillipines, Berkeley, 1977.
Kersaudy, François, Norway 1940, Collins, 1990.
Kershaw, Ian, Fateful Choices, Penguin, 2008. (Hay trad. cast.: Decisiones trascendentales: de Dunquerque a Pearl Harbour 1940-1941, trad. de Ana Escartín, Península, Barcelona, 2008).
Kershaw, Robert, Never Surrender, Hodder & Stoughton, 2009.
Khaing, Mi Mi, A Burmese Family, Longman, 1946.
Khruschev, Nikita, The Memoirs of Nikita Khruschev, ed. de Sergei Khruschev, Thomas Watson Institute, 2004, vol. I.
Kiernan, Alvin, The Unknown Battle of Midway, Yale, 2005.
Killingray, David, Fighting for Britain, James Currey, 2010.
Klemperer, Victor, I Shall Bear Witness, Weidenfeld & Nicolson, 1999. (Hay trad. cast. de Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten: Quiero dar testimonio hasta el final, trad. de Carmen Gauger, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2003).
Knoke, Heinz, I Flew for the Führer, Evans, 1979. (Hay trads. casts.: Volando para el Führer. Diario de a bordo de un piloto de caza alemán, trad. de Víctor Scholz, Corinto, Barcelona, 1955. Yo volé para el Führer: la historia de un aviador alemán, trad. de José Ramos Cervantes, Diana, México, 1979; reed. Galland Books, Valladolid, 2009).

Knox, Donald, Death March, Harcourt Brace, 1981.
Koa Wing, Sandra (ed)., Our Longest Days, Profile, 2008.
Kotlowitz, Robert, Before their Times, Anchor, 1998.
Kronika, Jacob, Der Untergang Berlins, Hamburgo, 1946.
Kumaniov, G. A., Riadom so Stalinim («Cerca de Stalin»), Moscú, 1999.
Ladies' Home Journal: How America Lives, Henry Holt, 1941.
Lamb, J. B., The Corvette Navy: True Stories from Canada's Atlantic War, Macmillan Toronto, 1979.
Langer, Rula, The Mermaid and the Messerschmitt, Roy, 1942.
Last, Nella, Nella Last's War, Sphere, 1981.
Leckie, Robert, Helmet for my Pillow, Ebury, 2010. (Hay trad. cast.: Mi casco por almohada: memorias de un marine en la guerra del Pacífico, trad. de Rafael Marín, Marlow, Barcelona, 2010).
Lewis, Jon (ed)., Eyewitness D-Day, Robinson, 1994.
Lewis, Norman, Naples' 44, Eland, 1983. (Hay trads. casts.: Nápoles 44, trad. de Joaquín Adsuar; Argos Vergara, Barcelona, 1980; Nápoles 1944: un oficial del Servicio de Inteligencia en el laberinto italiano, trad. de Ángela Pérez, RBA, Barcelona, 2008).
Livanios, Dimitris, The Macedonian Question, Oxford, 2008.
Lockwood, Jeffrey, Six-Legged Soldiers: Using Insects as Weapons of War, Oxford, 2009.
Longerich, Peter, Holocaust, Oxford, 2010.
Longmate, Norman, The Home Front, Chatto &Windus, 1981.
Lord, Walter, Incredible Victory, Harper & Row, 1967. (Hay trad. cast.: Increíble victoria, trad. de Adolfo Martín, G. P., Barcelona, 1969).
Loxton, Bruce, y Chris Coulthard-Clark, The Shame of Savo, Allen & Unwin, 1994.
Lukacs, John, The Legacy of the Second World War, Yale, 2010.
MacGregor, Knox, Mussolini Unleashed, 1939-1941: Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War, Cambridge University Press, 1982.
McCullers, Carson, Reflections in a Golden Eye, Houghton Mifflin, 1941. (Hay trads. casts.: La balada del café triste. Reflejos en un ojo dorado, trad. de María Campuzano [María Luisa Gefaell], Salvat, Estella, 1972; reed. independiente en Seix Barral, Barcelona, 2001; incluido en El aliento del cielo: cuentos completos, Seix Barral, 2007. Reflejos en un ojo dorado, trad. de Jaime Silva, Bruguera, Barcelona, 1981).
Macnab, Roy, For Honour Alone, Hale, 1988.
McManners, John, Fusilier, Michael Russell, 2002.
Mafai, Miriam, Pane Nero: Donne e vita quotidiana nella seconda guerra mondiale, Mondadori, 1987.
Maier, Ruth, Ruth Maier's Diary, Harvill Secker, 2009. (Hay trad. cast.: El

diario de Ruth Maier, 1933-1942: la vida de una joven bajo el nazismo, trad. de Mercedes García Garmilla, Debate, Barcelona, 2010).
Mailer, Norman, The Naked and the Dead, Rinehart, 1948. (Hay trad. cast.: Los desnudos y los muertos, trad. de Patricio Canto, Edhasa, Barcelona, 1981; reed. Anagrama, Barcelona, 1997).
Mantia, Vito, Diario di Guerra: Con gli Alpini in Montenegro 1941-1943, Mursia, 2010.
Mazower, Mark, Hitler's Empire, Penguin, 2008. (Hay trad. cast.: El imperio de Hitler: ascenso y caída del nuevo orden europeo, trad. de Enrique Herrando, Crítica, Barcelona, 2008).
Mears, Fred, Carrier Combat, Doubleday, 1944.
Melville, Herman, Israel Potter, 1854. (Hay trads. casts.: Israel Potter, trad. de Verónica Head, Fundamentos, Madrid, 1977; trad. de Héctor Silva, Destino, Barcelona, 1995; trad. de Javier Lucini, Mono Azul, Sevilla, 2006; trad. de Manuel Broncano, Cátedra, Madrid, 2008).
Melvin, Mungo, Manstein, Weidenfeld & Nicolson, 2010.
Merridale, Catherine, Ivan's War, Faber, 2005.
Metelmann, Henry, Through Hell for Hitler, Spellmount, 1990.
Meyer, Kurt, Grenadiers, Fedorowiz Publishing, 1994.
Milburn, Clara, Mrs Milburn's Diaries, Harrap, 1979.
Miller, Donald, D-Days in the Pacific, Simon & Schuster, 2005.
Mitsuru, Yoshida, Requiem for Battleship Yamato, Constable, 1999.
Mochulsky, Fyodor, Gulag Boss, Oxford, 2010.
Moltke, Helmuth von, Letters to Freya, ed. de Beatte von Oppen, Collins Harvill, 1991. (En cast. véase Informe de Alemania en el año 1943. Últimas cartas desde la cárcel de Tegel, introd. de Freya von Moltke, trad. de Isabel García Adánez, Acantilado, Barcelona, 2009).
Monahan, Evelyn M., y Rosemary Neidel-Greenlee, All this Hell, Kentucky University Press, 2000.
Monks, John, A Ribbon and a Star, Henry Holt, 1945.
Monsarrat, Nicholas, The Cruel Sea, Cassell, 1951. (Hay trad. cast.: Mar cruel, trad. de Luis Solano Costa, Éxito, Barcelona, 1952; ed. revisada en Península, Barcelona, 2000).
Moore, Peter, No Need to Worry, Wilton 65, 2002.
Moorehead, Alan, African Trilogy, Hamish Hamilton, 1999. (Hay trad. cast.: Trilogía africana, trad. de Jesús Pardo, Plaza & Janés, Barcelona, 1968; reed. Inédita, Barcelona, 2008).
—, Eclipse, Granta, 2000. (Hay trad. cast.: Eclipse, trad. de Juan G. de Luaces; Los Libros de Nuestro Tiempo, Barcelona, 1946; Plaza & Janés, Barcelona, 1961).
Moorhouse, Roger, Berlín at War, Bodley Head, 2010.

Mowat, Farley, And No Birds Sang, Cassell, 1980.
Muirhead, John, Those who Fall, Random House, 1986.
Mukerjee, Madhusree, Churchill's Secret War, Basic, 2010.
Murray, Horatius, A Very Fine Commander, ed. de John Donovan, Pen & Sword, 2010.
Murray, Williamson, Luftwaffe, Allen & Unwin, 1985.
—, y Allan Millett, A War to be Won, Belknap, 2000. (Hay trad. cast.: La guerra que había que ganar, trad. de Jordi Beltrán, Crítica, Barcelona, 2002, 2005).
Mydans, Carl, More than Meets the Eye, Harper, 1959.
Nehru, Jawaharlal, Selected Works of Nehru, Orient Longman, 1980, vols. 12 y 13.
Neill, George, Infantry Soldier: Holding the Line at the Battle of the Bulge, University of Oklahoma Press, 2000.
Némirovsky, Irène, Suite Française, Chatto & Windus, 2006. (Hay trad. cast.: Suite francesa, trad. de José Antonio Soriano Marco, Salamandra, Barcelona, 2006).
Newton, Steven H., Kursk: The German View, Da Capo, 2002.
Nicolson, Harold, Diaries, Collins, 1965, vol. II.
Nikulin, Nikolái, Vospominaniya o voine, San Petersburgo, 2009, publicado en internet. Nixon, Barbara, Raiders Overhead, Scolar, 1980.
Norman, Elizabeth, Band of Angels, Random House, 1999.
Ohnuki-Tierney, Emiko, Kamikaze Diaries, University of Chicago Press, 2006.
Olson, Lynn, y Stanley Cloud, For Your Freedom and Ours, Heinemann, 2003.
Origo, Iris, War in the Val d'Orcia, Cape, 1947. (Hay trad. cast.: Guerra en Val d'Orcia: un diario de guerra italiano 1943-1944, trad. de R. M. Bassols, Seix Barral, Barcelona, 1990).
Overy, Richard, Why the Allies Won, Allen Lane, 1995.
—, Russia's War, Allen Lane, 1997.
Owen, James, Danger UXB, Little, Brown, 2010.
—, y Guy Walters (eds)., The Voices of War, Penguin, 2004.
Payne, Stanley, Franco and Hitler, Yale, 2008. (Hay trad. cast.: Franco y Hitler: España, Alemania, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, trad. de Jesús Cuéllar, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008).
Peak, Donald T., Fire Mission, Sunflower University Press, 2001.
Pearson, Drew, Diaries 1949-1959, ed. de Tyler Abell, Holt, Rinehart & Winston, 1974.
Perrett, Geoffrey, Days of Sadness, Years of Triumph, University of Wisconsin Press, 1973.

Perrott-White, Alfred, French Legionnaire, John Murray, 1953.
Pershanin, Vladimir (ed)., Shtrafniki, razvedchiki, pekhota («Compañías de castigo, reconocimiento, infantería»), Moscú, 2010.
Persson, Sune, Escape from the Third Reich, Frontline, 2010.
Piekałkiewitcz, Janusz, The Cavalry of World War II, Orbis, 1979.
Pis'ma s ognennogo rubezha 1941-1945 («Cartas desde la línea de fuego, 1941-1945»), San Petersburgo, 1992.
Pis'ma s voiny, Ioshkar-Ola, 1995.
Pogue, Forrest, The Supreme Command, Office of the Chief of Military History, Washington DC, 1954.
—, Pogue's War, University of Kentucky Press, 2001.
Poppel, Martin, Heaven and Hell, Spellmount, 1988.
Powell, Anthony, A Writer's Notebook, Heinemann, 2001.
Pyle, Ernie, Here is Your War, H. Holt and Company, 1943.
—: Véase también Blum, John Morton.
Raczyński, Edward, In Allied London, Weidenfeld & Nicolson, 1962.
Raleigh, John, Behind the Nazi Front, Dodd Mead, 1940.
Raymond, Bob, A Yank in Bomber Command, Moynihan, 1977.
Rebora, Andrea (ed)., Carri Ariete combattono. Le vicende della divisione corazzata Ariete nelle lettere del tenente Pietro Ostellino. África settentrionale 1941-1943, Prospettiva Editrice, 2009.
Reston, James, Prelude to Victory, William Heinemann, 1942.
Reynolds, Michael, Steel Inferno, Spellmount, 1997.
—, Men of Steel, Spellmount, 1999.
Rhodes, Richard, Ultimate Powers, Simon & Schuster, 1986.
Richey, Paul, Fighter Pilot, Cassell, 2001.
Roberts, Andrew, The Storm of War, Allen Lane, 2009.
—, Masters and Commanders, Allen Lane, 2008.
Rokossovsky, Konstantín, Soldatskii dolg, Olun Press, Moscú, 2002.
Roosevelt, Franklin, The Roosevelt letters, vol. III, ed. de Elliot Roosevelt, Harrap, 1952.
Rudnicki, general K. S., Last of the Old Warhorses, Bachman & Turner, 1974.
Sadat, Anwar, In Search of Identity, Collins, 1978.
Sajer, Guy, The Forgotten Soldier, Sphere, 1971. (Hay trad. cast. de Le soldat oublié: El soldado olvidado, trad. de Domingo Pruna, Plaza & Janés, Barcelona, 1968; reed. Books4pocket, Barcelona, 2007).
Say, Rosemary, y Noel Holland, Rosie's War, Michael Mara Books, 2011.
Schlesinger, Arthur, A Life in the Twentieth Century, Mariner Books, 2000.
Schmidt, Klaus, Die Brandnacht, Darmstadt, 1964.
Schneider, Helga, The Bonfire of Berlín, William Heinemann, 2005. (Hay trad. cast. de Il rogo di Berlino, trad. de Nieves López, Salamandra,

Barcelona, 2005).
Schrijvers, Peter, The Crash of Ruin, New York University Press, 1998.
Schwanenflügel, Dorothea von, Laughter Wasn't Rationed, Alexandria (VA), 1999.
Sebastian, Mihail, Journal 1935-1944, Heinemann, 2001. (Hay trad. cast.: Diario 1935-1944, trad. de Joaquín Garrigós, Destino, Barcelona, 2003).
Sein, Daw, Les dix milles vies d'une femme birmane, Claude Delachet Guillon, 1978.
Sello, Maria, Ein Familien und Zeitdokument 1933-1945, MS inédito, Wiener Library.
Sevareid, Eric, Not so Wild a Dream, Knopf, 1969.
Seversky, Alexander, Victory Thru Air Power, Simon & Schuster, 1942. (Hay trad. cast.: La victoria por el dominio aéreo, trad. de Antonio de Huesca, Claridad, Buenos Aires, 1943. El poder aéreo, clave de la supervivencia, Instituto de Historia y Cultura Aeronáutica, Madrid, 1988).
Sherwood, Robert, The White House Papers of Harry L. Hopkins, Eyre & Spottiswoode, 1948, vol. I.
Shirer, William, This is Berlín, Hutchinson, 1999.
Simpson, Tony, Operation Mercury, Hodder & Stoughton, 1981.
Sinkoskey Brodine, Janine (ed)., Missing Pieces, Hara Publishing, 2000.
Sledge, Eugene, With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, Ebury, 2010.
Smith, Colin, England's Last War with France: Fighting Vichy 1940-1942, Weidenfeld & Nicolson, 2009.
—, Singapore Burning, Penguin, 2005.
—, y John Bierman, Alamein: War Without Hate, Penguin, 2002.
Smith, Denis Mack, Mussolini, Weidenfeld & Nicolson, 1981. (Hay trad. cast.: Mussolini, trad. de Mercedes Pizarro, F. C. E., Madrid, 2001).
Smith, Howard, Last Train from Berlín, Cresset Press, 1942.
Smyth, John, Before the Dawn, Cassell, 1957.
Snow, Edgar, Journey to the Beginning, Gollancz, 1959.
Somerville, Christopher, Our War, Weidenfeld & Nicolson, 1998.
Spector, Ronald, Eagle Against the Sun, Viking, 1985.
Stahlberg, Alexander, Bounden Duty, Brassey, 1990.
Steinbeck, Elaine, y Robert Wallsten (ed)., John Steinbeck: A Life in Letters, Heinemann 1975.
Street, A. G., From Dusk Until Dawn, Blandford, 1945.
Sweetman, John, The Dambusters Raid, Arms & Armour, 1993.
Tatsuro, Izumiya, The Minami Organ, Translation and Publications Dept., Rangún, 1967.
Temkin, Gabriel, My Just War, Presidio, 1998.
Terkel, Studs, The Good War, Hamish Hamilton, 1984.

Thompson, Julian, Forgotten Voices of Burma, Ebury, 2009.
—, The War at Sea, Sidgwick & Jackson, 1996.
Thorne, Christopher, The Issue of War, Oxford, 1985.
—, Allies of a Kind, Hamish Hamilton, 1978.
Tooze, Adam, The Wages of Destruction, Penguin, 2007.
Tout, Ken, Tank!: Forty Hours of Battle, Hale, 1985.
Towards Freedom: Documents on the Movement for Independence in India 1940, parte 1, Oxford University Press, 1978.
Trevelyan, Raleigh, Rome' 44, Viking, 1982.
Tsuji, coronel Masanobu, Japan's Greatest Victory, Britain's Worst Defeat, Spellmount, 1997.
Turner, E. S., The Phoney War, Michael Joseph, 1961.
Tute, Warren, The Reluctant Enemies, Collins, 1990.
Tyson, Geoffrey, Forgotten Frontier, Calcuta, 1945.
Umezu, Yoshijiro, «Facing the Decisive Battle», Kaikosha Kiji, 1945.
Ungvary, Krisztian, Battle for Budapest, Tauris, 2003.
Vallicella, Vittorio, Diario di Guerra da El Alamein alla tragica ritirata 1942-1943, Edizioni Arterigere, 2009.
Vaz Ezdani, Yvonne (ed)., Songs of the Survivors, Noronha Goa, 2007.
Vigor, P. H., Soviet Blitzkrieg Theory, Macmillan, 1984.
Walters, Anne-Marie, Moondrop to Gascony, MPG Books, 2009.
Waugh, Evelyn, Officers and Gentlemen, Chapman & Hall, 1955. (Hay trad. cast.: Oficiales y caballeros, trad. de Carlos Villar Flor, Cátedra, Madrid, 2010).
—, Unconditional Surrender. Chapman & Hall, 1961.
—, Diaries, ed. de Michael Davie, Weidenfeld & Nicolson, 1976.
Weinburg, Gerhard, A World at Arms, Cambridge, 1994.
Weinstein, Alfred, Barbed Wire Surgeon, Macmillan, 1947.
Wellum, Geoffrey, First Light, Penguin, 2002.
Westphal, Siegfried (ed)., The Fatal Decisions, Michael Joseph, 1952. (Hay trad. cast.: Batallas decisivas de la Segunda Guerra Mundial, trad. de Fco. Javier Mariñas de Malabar, Sant Andreu de Llavaneres, 2007; Books4pocket, Barcelona, 2007).
White, Peter, With the Jocks, Sutton, 2001.
White, Theodore, y Annalee Jacoby, Thunder Out of China, Gollancz, 1947.
Willkie, Wendell, One World, Cassell, 1942. (Hay trad. cast.: Un mundo, trad. de R. Bern, Aymá, Barcelona, 1945; reed. José Janés, Barcelona, 1947).
Wilmot, Chester, The Struggle for Europe, Wordsworth, 1997.
Wilson, Kevin, Journey's End, Weidenfeld & Nicolson, 2010.
Wolff-Mönckeberg, Mathilde, On the Other Side, ed. de Ruth Evans,

Pan, 1979.
Woodman, Richard, The Real Cruel Sea, John Murray, 2004.
—, Arctic Convoys, John Murray, 2001.
—, Malta Convoys, John Murray, 2000.
Wooldridge, E. T. (ed)., Carrier Warfare in the Pacific, Smithsonian, 1993.
Zhadobin, A. T., et al. (eds)., Ognennaya duga: Kurskaya bitva glazami Lubyanki («Arco de fuego: la batalla de Kursk vista con los ojos de la Lubyanka»), Moscú, 2003.
Zweig, Stefan, The World of Yesterday, Pushkin Press, 2010. (Hay trad. cast. de Die Welt von Gestern: El mundo de ayer: memorias de un europeo, trad. de J. Fontcuberta y A. Orzeszek, Acantilado, Barcelona, 2001).

MAX HASTINGS. (Nacido el 28 de diciembre de 1945) es un periodista e historiador británico. Es hijo de MacDonald Hastings, conocido corresponsal de guerra británico, y Anne Scott-James, asimismo periodista.

Hastings se formó en la Charterhouse School y en el University College de Oxford, que abandonó al cabo de solo un año. Fue durante muchos años corresponsal de guerra de la televisión *BBC* y el periódico londinense *Evening Standard*. Luego dirigió el *Daily Telegraph* y regresó como director al *Standard* en 1996, hasta su retiro, en 2001. Fue nombrado caballero en 2002.

En el ámbito hispanohablante es conocido especialmente como corresponsal de la Guerra de las Malvinas y como historiador de la Segunda Guerra Mundial.

Notas y referencias

Las referencias que se hallarán más adelante a mis obras anteriores se refieren a material que hoy se guarda en el Liddell Hart Archive del King's College de Londres, abreviado aquí como LHA. Las siglas AI indican entrevistas del autor con testigos con los que he hablado en algún momento de los treinta y cinco años precedentes. IWM alude a manuscritos que forman parte de las colecciones del Imperial War Museum (Museo Imperial de la Guerra, Inglaterra); BNA, al British National Archive (Archivo Nacional Británico); USNA, al United States National Archive (Archivo Nacional de Estados Unidos); USMHI, al United States Military History Institute (Instituto de Historia Militar de Estados Unidos), sito en Carlisle Barracks, Pensilvania. Las referencias a Potsdam remiten a la magnífica historia en varios volúmenes Germany and the Second World War, publicada en origen por el Instituto de Estudio de la Historia Militar, de Potsdam, y traducidas al inglés por Oxford University Press. Para esta obra, he consultado un relato manuscrito y algunos documentos del vicemariscal del Aire sir Ralph Cochrane, guardados por su hijo John. No indico las referencias a las declaraciones de figuras destacadas que hace mucho que son de dominio público.

[*1] El término baja se emplea en todo el volumen en el sentido técnico militar, que incluye muertos, desaparecidos, heridos o capturados. En la mayoría de las acciones de tierra y en la generalidad de los campos de batalla, la proporción de heridos frente a muertos fue más o menos de tres a uno. <<

[1] Anónimo, A Women in Berlín, Virago, Londres, 2009. <<

[2] Eric Diller, Memoirs of a combat infantryman, ed. privada, 2002, p. 77. <<

[3] Helmuth von Moltke, Letters to Freya, Collins Harvill, p. 204 (24 de enero de 1942). <<

[1] Rulka Langer, The mermaid and the Messerschmitt, Roy, 1942, p. 20. <<

[2] Lynn Olson y Stanley Cloud, For your freedom and ours, Heineman, 2003, p. 46. <<

[3] Jan Karski, Story of a Secret State, Penguin, 2011, p. 5. (Hay trad. cast.: Historia de un estado clandestino, Acantilado, Barcelona, 2011). <<

[4] Walter Duranty, Atlantic Monthly (septiembre de 1939), p. 393. <<

[5] Galeazzo Ciano, Diario, Milán, 1946, vol. II (15 de mayo de 1939). (Hay trad. cast.: Diarios, 1937-1943, Crítica, Barcelona, 2004). <<

[6] Norman Davies, God's playground, 1981, vol. II, p. 426. <<

[7] Edward Raczyński, In allied London, Weidenfeld & Nicolson, 1962, p. 20 (30 de agosto de 1939). <<

[8] James Owen y Guy Walters (eds)., The voices of war, Penguin, 2004, p. 9. <<

[9] Kruczkiewitz, texto inédito, IWM 08/132/1, p. 163. <<

[10] Ephrahim Bleichman, texto inédito, IWM 02/23/1. <<

[11] P. Fleming, IWM 86/17/1. <<

[12] Olson y Cloud, op. cit., p. 52. <<

[13] Kornicki, texto inédito, IWM 01/1/1. <<

[14] Ralph Smorczewski, texto inédito, IWM 03/41/1. <<

[15] Kruczkiewitz, cit., p. 163. <<

[16] B. J. Solak, texto inédito, IWM. <<

[17] P. Fleming, texto inédito, IWM 86/15/1. <<

[18] Władysław Anders, An army in exile, Macmillan, 1949, p. 3. <<

[19] Franciszek Kornicki, texto inédito, IWM 01/1/1. <<

[20] Adrian Carton de Wiart, Happy Odyssey, Jonathan Cape, 1950, p. 156. <<

[21] Evelyn Waugh, Officers and gentlemen, Chapman & Hall, p. 5. (Hay trad. cast.: Oficiales y caballeros, Cátedra, Madrid, 2010). <<

[22] Moltke, op. cit., p. 33. <<

[23] William Shirer, This is Berlín, Hutchinson, 1999, p. 75. <<

[24] Alexander Stahlberg, Bounden duty, Brassey, 1990, p. 116. <<

[25] Stefan Zweig, The world of yesterday, Pushkin Press, 2010, p. 247. (Hay trad. cast.: El mundo de ayer, Acantilado, Barcelona, 2008). <<

[26] Louis Hagen, Ein Volk ein Reich: Nine Lives Under the Reich, Spellmount, 2011, pp. 32-33. <<

[27] Cuthbert Headlam, Parliament and politics in the age of Churchill and Attlee, ed. de Stuart Ball, Cambridge, 1999, p. 167. <<

[28] Sandra Koa Wing (ed)., Our longest days, Profile, 2008, p. 31. <<

[29] David Killingray, Fighting for Britain, James Currey, 2010, p. 11. <<

[30] Max Hastings, Overlord: D-Day and the Battle for Normandy, Michel Joseph 1984 correspondencia. <<

[31] David Fraser, Wars and shadows, Penguin, 2002, p. 122. <<

[32] Max Hastings, archivos de Bomber Command, comunicación de Donald Davis enviada al autor. <<

[33] Raczyński, op. cit., p. 27. <<

[34] Mihail Sebastian, Journal 1935-1944, Heinemann, 2001, p. 234. (Hay trad. cast.: Diario 1935-1944, Destino, Barcelona, 2003). <<

[35] Bleichman, texto inédito, IWM 02/23/1. <<

[36] Janusz Piekałkiewitcz, The cavalry of World War II, Orbis, 1979, p. 9. <<

[37] Olson y Cloud, op. cit., p. 52. <<

[38] Piekałkiewitcz, op. cit., p. 12. <<

[39] Tarczyński, texto inédito, IWM. <<

[40] Ślązak, texto inédito, IWM 95/13/1. <<

[41] Heinz Knoke, I flew for the Führer, Evans, 1979, p. 20. <<

[42] Kurylak, texto inédito, IWM 78/52/1. <<

[43] Olson y Cloud, op. cit., p. 69. <<

[44] Anders, op. cit., p. 7. <<

[45] Raczyński, op. cit., p. 36. <<

[46] Adrian Ball, The last days of the Old World, Doubleday, 1963, pp. 27-28. <<

[47] Janet Flanner, New Yorker, 10 de septiembre de 1939. <<

[48] Leo Amery, My political life, Hutchinson, 1955, vol. III, p. 328. <<

[49] Simon Garfield (ed)., We are at war, Ebury, 2009, p. 36. <<

[50] Davies, op. cit., p. 83. <<

[51] Owen y Walters, op. cit., p. 16. <<

[52] Mungo Melvin, Manstein, Weidenfeld & Nicolson, 2010, p. 122. <<

[53] Ibid., p. 125. <<

[54] K. S. Rudnicki, Last of the old warhorses Bachman & Turner, 1974, p. 49. <<

[55] Ibid., p. 54. <<

[56] Ibid., p. 63. <<

[57] Lachman, texto inédito, IWM 91/6/1. <<

[58] Kruczkiewitz, cit., p. 168. <<

[59] Anders, op. cit., p. 13. <<

[60] Żukowski, texto inédito, IWM 99/3/1. <<

[61] Karski, op. cit., p. 23. <<

[62] Lachman, manuscrito inédito IWM 91/6/1. <<

[63] John Raleigh, Behind the nazi front, Dodd Mead, 1940, p. 320. <<

[64] Carton de Wiart, op. cit., p. 160. <<

[65] Szmulek Goldberg, texto inédito, IWM 06/52/1. <<

[66] Garfield, Private battles, Ebury, 2006, p. 48. <<

[67] Raczyński, op. cit., p. 34. <<

[1] Arthur Bryant, The turn of the tide, Collins, 1957, p. 71. (Hay trad. cast.: La encrucijada del destino: 1939-1943, Grijalbo, México, 1958). <<

[2] Kornicki, cit., p. 89. <<

[3] Douglas Arthur, Desert watch, Blaisdon, 2000, p. 76. <<

[4] Norman Longmate, The home front, Chatto & Windus, 1981, p. 17. <<

[5] Koa Wing, op. cit., p. 15. <<

[6] Hadley Cantril (ed)., Public opinion 1935-1946, Princeton University Press, 1951, p. 48. <<

[7] E. S. Turner, The Phoney War, Michael Joseph, 1961, p. 53. <<

[8] Relación de Street cedida por Miranda Corben. <<

[9] Elizabeth Belsey, correspondencia, IWM (6 de marzo de 1941). <<

[10] Turner, p. 169. <<

[11] Arthur Kellas, Down to Earth, Pentland Press, 1989, p. 11. <<

[12] Arthur, op. cit., p. 28. <<

[13] Elliot Roosevelt, The Roosevelt letters, vol. III, Harrap, 1952, p. 286. <<

[14] Robert Edwards, White Death, Weidenfeld & Nicolson, 2007, p. 59. <<

[15] Ibid., p. 68. <<

[16] Ibid., p. 156. <<

[17] Ibid., p. 82. <<

[18] Chris Bellamy, Absolute war, Macmillan, 2007, p. 76. <<

[19] Carl Mydans, More than meets the eye, Harper, 1959, p. 119. <<

[20] Edwards, op. cit., p. 206. <<

[21] Harold Macmillan, Hansard (19 de marzo de 1940). <<

[22] Edwards, op. cit., p. 232. <<

[23] Ibid., p. 254. <<

[24] Ibid., p. 261. <<

[25] Mydans, op. cit., p. 129. <<

[26] François Kersaudy, Norway 1940, Collins, 1990, p. 31. <<

[27] Koa Wing, op. cit., p. 32. <<

[28] Ibid., p. 18. <<

[29] Julian Jackson, The fall of France, Oxford, 2003, p. 11. <<

[1] Ruth Maier, Ruth Maier's diary, Harvill Secker, 2009, p. 115. (Hay trad. cast.: El diario de Ruth Maier, Debate, Barcelona, 2010). <<

[2] Ibid, p. 231. <<

[3] Kersaudy, op. cit., p. 103. <<

[4] Keith Jeffrey, MI6: The History of the Secret Intelligence Service 1909-1949, Bloomsbury, 2010, p. 374. <<

[5] Robert Kershaw, Never surrender, Hodder & Stoughton, 2009, p. 37. <<

[6] Kersaudy, op. cit., p. 169. <<

[7] BNA F0371/24833. <<

[8] Diario de Street (27 de abril de 1940), cortesía de Miranda Corben. <<

[9] BNA W0106/1962. <<

[10] Adrian Gilbert, Voices of the Foreign Legion, Skyhorse, 2010, p. 190. <<

[11] Koa Wing, op. cit., p. 35. <<

[12] Jackson, op. cit., p. 11. <<

[13] R. Balbaud, citado por Jackson, Ibid., p. 164. <<

[14] Ibid., p. 164. <<

[15] Ibid., p. 166. <<

[16] Ibid., p. 47. <<

[17] Ibid., p. 224. <<

[18] Kershaw, op. cit., p. 54. <<

[19] Ibid., p. 168. <<

[20] Ibid., p. 169. <<

[21] Jackson, op. cit., p. 170. <<

[22] Ibid., p. 172. <<

[23] Irène Némirovsky, Suite française, Chatto & Windus, 2006, p. 3. (Hay trad. cast.: Suite francesa, Salamandra, Barcelona, 2005). <<

[24] Jackson, op. cit., p. 176. <<

[25] Némirovsky, op. cit., p. 41. <<

[26] John Horsfall, Say not the struggle, Roundwood, 1977, p. 157. <<

[27] Michael Howard, Liberation or catastrophe, Hambledon, 2008, p. 9. <<

[28] Horsfall, op. cit., p. 54. <<

[29] R. Mcleod y D. Kelly (eds)., The Ironside diaries, Londres, 1962, p. 321. <<

[30] Horsfall, op. cit., p. 57. <<

[31] Kershaw, op. cit., p. 56. <<

[32] Owen y Walters, op. cit., p. 45. <<

[33] Peter Hart, At the sharp end, Leo Cooper, 1998, p. 75. <<

[34] Horsfall, op. cit., p. 151. <<

[35] Carta en posesión de la Sra. Miranda Corben. <<

[36] Nella Last, Nella Last's War, Sphere, 1981, p. 62. <<

[37] Jackson, op. cit., p. 178. <<

[38] Constantin Joffe, We were free, Smith & Durrell, 1943, p. 47. <<

[39] Alastair Horne, To lose a battle, Macmillan, 1969, p. 489. <<

[40] Zweig, op. cit., p. 149. <<

[41] Némirovsky, op. cit., p. 42. <<

[42] Ibid., p. 53. <<

[43] Paul Richey, Fighter pilot, Cassell, 2001, pp. 69-70. <<

[44] Ibid., p. 90. <<

[45] Hart, op. cit., p. 47. <<

[46] Jackson, p. 126. <<

[47] Ibid., p. 144. <<

[48] Barry Leach e Ian MacDonald, Command in conflict: the diaries and notes of Colonel-General Franz Halder and other members of the German High Command, Oxford, 1985, p. 656. <<

[49] Roy Macnab, For honour alone, Hale, 1988, p. 59. <<

[50] Jackson, op. cit., p. 144. <<

[51] Véase Max Hastings, Finest years, HarperCollins, 2009, pp. 45 y ss. (Hay trad. cast.: La guerra de Churchill, Crítica, Barcelona, 2010). <<

[52] Jackson, op. cit., p. 182. <<

[53] Ibid., p. 233. <<

[54] Némirovsky, op. cit., p. 83. <<

[55] Sergei Khruschev (ed)., The memoirs of Nikita Khruschev, Thomas Watson Institute, 2004, vol. I, p. 256. <<

[56] Denis Mack Smith, Mussolini, Weidenfeld & Nicolson, 1981, p. 250. (Hay trad. cast.: Mussolini, FCE, Madrid, 2001). <<

[57] Leach y MacDonald, op. cit., p. 668. <<

[58] Rosemary Say y Noel Holland, Rosie's war, Michael Mara Books, 2011, p. 86. <<

[1] Richey, op. cit., p. 155. <<

[2] Ronald Blythe (ed)., Private words, Viking, 1991, p. 98 (19 de julio de 1940).
<<

[3] Michael Burleigh, Moral combat, HarperCollins, 2010, p. 202. <<

[4] Geoffrey Wellum, First light, 2002, p. 148. <<

[5] Stephen Bungay, The most dangerous enemy, Aurum, 2010, p. 118. <<

[6] Ibid., p. 116. <<

[7] Ibid., p. 119. <<

[8] James Holland, Battle over Britain, Harperpress, 2010, p. 548. <<

[9] Bungay, op. cit., p. 179. <<

[10] Ibid., p. 124. <<

[11] Ibid., p. 165. <<

[12] Kershaw, op. cit., p. 163. <<

[13] Bishop, p. 150. <<

[14] Kershaw, op. cit., p. 166. <<

[15] Holland, op. cit., p. 383. <<

[16] Ibid., p. 387. <<

[17] Denis Wissler, diario, IWM 97/43/1 (16 de junio de 1940). <<

[18] Holland, op. cit., p. 578. <<

[19] George Barclay, Fighter pilot, Kimber, 1976, p. 43. <<

[20] Ibid., p. 45. <<

[21] Sandy Johnstone, Enemy in the sky, Kimber, 1976, p. 118. <<

[22] Holland, op. cit., p. 543. <<

[23] Ibid., p. 537. <<

[24] Headlam, op. cit., p. 220. <<

[25] Charles Hudson, Journal of Major-General Charles Hudson, Wilton 65, 1992, pp. 187-189. <<

[26] Sarah Baring, The road to station X, Wilton 65, p. 20. <<

[27] A. C. Street, From dusk until dawn, Blandford, 1945, pp. 59-60. <<

[28] Barbara Nixon, Raiders overhead, Scolar, 1980, p. 129. <<

[29] Koa Wing, op. cit., p. 60 (15 de noviembre de 1940). <<

[30] Nixon, op. cit., pp. 42-43. <<

[31] Longmate, op. cit., p. 66. <<

[32] Reverendo H. A. Wilson, citado Ibid., pp. 79-80. <<

[33] Nixon, op. cit., p. 62. <<

[34] Owen y Walters, op. cit., p. 94. <<

[35] Koa Wing, op. cit., p. 52. <<

[36] Ibid., p. 53. <<

[37] James Owen, Danger UXB, Little Brown, 2010, passim. <<

[38] Ibid., pp. 115-119 y passim. <<

[39] Howard Smith, Last train from Berlin, Londres, 1942, p. 86. <<

[40] Jeffrey, op. cit., p. 373. <<

[41] Ian Kershaw, Fateful choices, Penguin, 2008, passim. (Hay trad. cast.: Decisiones trascendentales, Península, Barcelona, 2008). <<

[42] Knoke, op. cit., p. 32. <<

[43] Véase Adam Tooze, The wages of destruction, Penguin, 2007, passim.. <<

[44] Johnstone, op. cit., p. 161. <<

[45] Waugh, Unconditional surrender, Chapman & Hall, 1961, p. 147. <<

[46] Koa Wing, op. cit., p. 37 (4 de junio de 1940). <<

[47] Barclay, op. cit., p. 73. <<

[1] Kruczkiewitz, cit., p. 150. <<

[2] Hagen, op. cit., p. 34. <<

[3] Knox MacGregor, Mussolini Unleashed, Cambridge, 1982, p. 153. <<

[4] Ibid., p. 135. <<

[5] Colin Smith y John Bierman, Alamein: war without hate, Penguin, 2002, p. 28. <<

[6] Arthur, op. cit., p. 191. <<

[7] Johnstone, op. cit., p. 15. <<

[8] Ibid., p. 15. <<

[9] Smith y Bierman, op. cit., p. 49. <<

[10] Killingray, op. cit., p. 169. <<

[11] Sebastian, op. cit., p. 212. <<

[12] Arthur, op. cit., p. 212. <<

[13] Stanley Payne, Franco and Hitler, Yale, 2008, p. 62. (Hay trad. cast.: Franco y Hitler, Esfera de los Libros, Madrid, 2008). <<

[14] Ibid., p. 94. <<

[15] Smith y Bierman, op. cit., p. 149. <<

[16] Andrea Rebora (ed)., Letters of Lt. Pietro Ostellino N. África, enero de 1941-marzo de 1943, Prospettiva Editrice, 2009, p. 51. <<

[17] Ibid., p. 52. <<

[18] Smith y Bierman, op. cit., p. 70. <<

[19] Rebora, op. cit., p. 73. <<

[20] Ibid., p. 79 (3 de junio de 1941). <<

[21] Mack Smith, op. cit., p. 357. <<

[22] C. N. Hadjipateras y M. S. Fafalios (eds)., Greece 1940-1941 eyewitnessed, Efstathiadis, 1995, p. 35. <<

[23] Ibid., p. 33. <<

[24] Ibid., p. 104. <<

[25] Ibid., p. 122. <<

[26] MacGregor, op. cit., p. 201. <<

[27] Tony Simpson, Operation Mercury, Hodder & Stoughton, 1981, p. 92. <<

[28] Ibid., p. 101. <<

[29] Ibid., p. 107. <<

[30] Ibid., p. 97. <<

[31] Hadjipateras y Fafalios, op. cit., p. 124. <<

[32] Johnstone, op. cit., p. 29. <<

[33] Hadjipateras y Fafalios, op. cit., p. 197. <<

[34] Ibid., p. 230. <<

[35] Ibid., p. 255. <<

[*2] El autor ha estimado conveniente referirse con «Ultra» a todos los mensajes del Eje descifrados por los Aliados, aun cuando los estadounidenses empleaban el término en clave «Magic» para designar los interceptados a los japoneses. <<

[36] Koa Wing, op. cit., p. 92. <<

[37] Colin Smith, England's last war with France: fighting Vichy 1940-1942, Weidenfeld, 2009, pp. 96-98. <<

[38] Warren Tute, The reluctant enemies, Collins, 1990, p. 81. <<

[39] Némirovsky, op. cit., p. 347 (21 de junio de 1941). <<

[40] Alan Moorehead, African Trilogy, Hamish Hamilton, 1999, p. 164. (Hay trad. cast.: Trilogía africana, Inédita, Barcelona, 2008). <<

[41] Roald Dahl, Going solo, Penguin, 1988, p. 196. (Hay trad. cast.: Volando solo, Alfaguara, Madrid, 1996). <<

[42] Sebastian, op. cit., p. 358. <<

[43] Rebora, op. cit., p. 140. <<

[44] Johnstone, op. cit., p. 28. <<

[45] Correspondencia mantenida durante la redacción de Overlord. <<

[46] Johnstone, op. cit., p. 43. <<

[47] Ibid., p. 44. <<

[48] Ibid., p. 46. <<

[49] Smith y Bierman, op. cit., p. 110. <<

[50] Johnstone, op. cit., p. 56. <<

[51] John McManners, Fusilier, Michael Russell, 2002, p. 46. <<

[52] Arthur, op. cit., p. 153. <<

[53] Smith y Bierman, op. cit., p. 32. <<

[54] Rebora, op. cit., p. 96 (5 de agosto de 1941). <<

[55] Smith y Bierman, op. cit., p. 134. <<

[56] Alastair Borthwick, Battalion, Baton Wicks, 1994, p. 39. <<

[57] McManners, op. cit., p. 46. <<

[58] Rebora, op. cit., p. 54 (14 de marzo de 1941). <<

[59] Artemis Cooper, Cairo in the war, Hamish Hamilton, 1989, p. 80. <<

[60] Ibid., p. 117. <<

[61] McManners, op. cit., p. 85. <<

[62] Vittorio Vallicella, Diario di guerra: da El Alamein alla tragica ritirata (1942-1943), Arterigere, 2009, p. 22. <<

[63] Ibid., p. 76. <<

[64] Ibid., p. 59. <<

[65] Ibid., p. 62. <<

[66] Ibid., p. 70. <<

[67] Ibid., p. 65. <<

[68] Ibid., p. 85. <<

[69] Rebora, op. cit., p. 143 (11 de diciembre de 1941). <<

[70] J. Cloudsley-Thompson, original inédito. <<

[71] Vallicella, op. cit., p. 16. <<

[72] Ibid., p. 20. <<

[73] Ibid., p. 17. <<

[74] Ibid., p. 18. <<

[75] Ibid., p. 19. <<

[76] McManners, op. cit., pp. 101 y 108. <<

[1] Catherine Merridale, Ivan's war, Faber, 2005, p. 77. (Hay trad. cast.: La guerra de los ivanes, Debate, Barcelona, 2007). <<

[2] Ibid, p. 75. <<

[3] Howard, op. cit., p. 9. <<

[4] Knoke, op. cit., p. 47. <<

[5] Henry Metelmann, Through hell for Hitler, Spellmount, 1990, pp. 15 y 24.
<<

[6] Jörg Echternkamp (ed)., Germany and the Second World War, Research Institute For Military History Potsdam/Oxford 2008, vol. IV, p. 341. <<

[7] Tooze, op. cit., p. 546. <<

[8] Michael Jones, The retreat: Hitler's first defeat, John Murray, 2009, p. 23. (Hay trad. cast.: La retirada, Crítica, Barcelona, 2010). <<

[9] Bellamy, op. cit., p. 147. <<

[10] Sebastian, op. cit., p. 368. <<

[11] Goebbels, diario (23 de junio de 1941). <<

[12] Valentín Berezhkov, Stranitsi diplomaticheskoi istorii, Moscú, 1982, pp. 69 y 212. <<

[13] Martin Poppel, Heaven and hell, Spellmount, 1988, p. 11. <<

[14] Ibid., p. 70. <<

[15] Bellamy, op. cit., p. 197. <<

[16] Kurylak, cit. <<

[17] Knoke, op. cit., p. 45. <<

[18] Jones, op. cit., p. 1. <<

[19] Ibid., p. 7. <<

[20] Merridale, op. cit., p. 69. <<

[21] Jones, op. cit., p. 6. <<

[22] Echternkamp, op. cit., vol. IX/I, p. 545. <<

[23] Ibid., p. 546. <<

[24] Jones, op. cit., p. 157. <<

[25] Ibid., p. 55. <<

[26] Clara Milburn, Mrs. Milburn's diaries, Harrap, 1979, p. 101. <<

[27] Sebastian, op. cit., p. 374. <<

[28] Jones, op. cit., p. 18. <<

[29] Ibid., p. 14. <<

[30] Bellamy, op. cit., p. 189. <<

[31] Ibid., p. 232. <<

[32] Vasili Grossman, A writer at war, ed. de Liuba Vinográdova y Antony Beevor, Harvill, 2006, p. 23. (Hay trad. cast.: Un escritor en guerra, Crítica, Barcelona, 2009). <<

[33] Roderic Braithwaite, Moscow 1941, Profile, 2006, p. 80. <<

[34] Citado en Pisma s voini, Yoshkar-Olá, 1995, p. 87. <<

[35] Gabriel Temkin, My just war, Presidio, 1998, p. 60. <<

[36] Grossman, op. cit., p. 19. <<

[37] Ibid. <<

[38] Merridale, op. cit., p. 39. <<

[39] Pisma s voini, ed. cit., p. 60. <<

[40] Merridale, op. cit., p. 127. <<

[41] Ibid., p. 220 (25 de marzo de 1943). <<

[42] Bellamy, op. cit., p. 187. <<

[43] Leach y MacDonald, op. cit., p. 167. <<

[44] Moltke, op. cit., p. 151 (16 de julio de 1941). <<

[45] Ibid., p. 154. <<

[46] Grossman, op. cit., p. 17. <<

[47] Jones, op. cit., p. 27. <<

[48] Grossman, op. cit., p. 45. <<

[49] Ibid., p. 48. <<

[50] Ibid., p. 96. <<

[51] David Glantz, Barbarossa, Tempus, 2001, p. 82. <<

[52] Moltke, op. cit., p. 168. <<

[53] Jones, op. cit., p. 52. <<

[54] Ibid., p. 56. <<

[55] Ibid., p. 59. <<

[56] Pisma s voini, ed. cit., pp. 24-25. <<

[57] Owen y Walters, op. cit., p. 155. <<

[58] Jones, op. cit., p. 74. <<

[59] Konstantín Símonov, citado en The Times (6 de mayo de 2010). <<

[60] Merridale, op. cit., p. 84. <<

[61] Ibid., p. 85. <<

[62] Jones, op. cit., p. 192. <<

[63] Moltke, op. cit., p. 187. <<

[1] Konstantín Rokossovski, Soldatskii dolg, Olun, Moscú, 2002, p. 8. <<

[2] Werner Haupt, Assault on Moscow, p. 152, cit. en Bellamy, op. cit., p. 316. <<

[3] Jones, op. cit., p. 125. <<

[4] Ibid., p. 141. <<

[5] Ibid., p. 193. <<

[6] Ibid., p. 140. <<

[7] Jones, The siege of Leningrad, John Murray, 2008, p. 74. (Hay trad. cast.: El sitio de Leningrado, Crítica, Barcelona, 2008). <<

[8] Ibid., p. 68. <<

[9] Khruschev, op. cit., p. 256. <<

[10] Jones, op. cit., p. 117. <<

[11] Ibid., p. 40. <<

[12] Ibid., p. 45. <<

[13] Lázar Brontman, Voenni dnevnik korrespondenta «Pravdi», Moscú, 2007, pp. 55-56 (19 de agosto de 1942). <<

[14] Pisma s voini, ed. cit., p. 31. <<

[15] Jones, The siege of Leningrad, ed. cit., p. 134. <<

[16] Ibid., p. 149. <<

[17] Ibid., p. 152. <<

[18] Ibid., p. 152. <<

[19] Ibid., p. 163. <<

[20] Nikolái Nikulin, Vospominania o voine, San Petersburgo, 2009 (publicación en línea). <<

[21] Ibid., p. 193. <<

[22] Ibid., p. 206. <<

[23] Ibid., p. 215. <<

[24] Jones, Retreat, ed. cit., p. 201. <<

[25] Ibid., p. 203. <<

[26] Ibid. <<

[27] Ibid., p. 235. <<

[28] Ibid., p. 261. <<

[29] Ibid., p. 97. <<

[30] Ibid., p. 279. <<

[31] Ibid., p. 196. <<

[32] Ibid., p. 61. <<

[33] Merridale, op. cit., p. 99. <<

[34] Zhadobin et al. (eds)., Ogennaia duga: Kurskaia bitva glazami Lubianki, Moscú, 2003, p. 25. <<

[35] Jones, Retreat, ed. cit., p. 82. <<

[36] Merridale, op. cit., p. 251. <<

[37] Jones, Retreat, ed. cit., p. 107. <<

[38] Ibid., p. 98. <<

[39] Mathilde Wolff-Mönckeberg, On the other side, 1979, p. 57. <<

[40] Jones, Retreat, ed. cit., p. 291. <<

[41] Ibid., p. v. <<

[42] Grossman, op. cit., p. 53. <<

[43] Ibid., p. 54. <<

[44] Nixon, op. cit., p. 156. <<

[45] Wendell Willkie, One world, Nueva York, 1942, p. 167. (Hay trad. cast.: Un mundo, Aymá, Barcelona, 1945). <<

[46] The Spectator (19 de junio de 1942). <<

[47] Koa Wing, op. cit., p. 122 (23 de febrero de 1942). <<

[1] Cantril, op. cit., p. 19. <<

[2] Roosevelt, op. cit., vol. III, p. 286. <<

[3] Robert Sherwood, The White House papers of Harry L. Hopkins, Eyre & Spottiswoode, 1948, vol. I, p. 132. (Hay trad. cast.: Roosevelt y Hopkins, Libros de Nuestro Tiempo, Madrid, 1950). <<

[4] Elaine Steinbeck y Robert Wallsten (eds)., Steinbeck: a life in letters, Heinemann, 1975, p. 201. <<

[5] Ibid., p. 206. <<

[6] Beatrice Bishop Berle y Travis Beal Jacobs, Navigating the rapids, 1918-1971, Harcourt Brace, 1973, p. 314. <<

[7] Donald Nelson, Arsenal of democracy, Harcourt Brace, 1946, p. 85. <<

[8] Carson McCullers, Reflections in a golden eye, Houghton Mifflin, 1941, p. 1. (Hay trad. cast.: Reflejos de un ojo dorado, Bruguera, Barcelona, 1981). <<

[9] Eric Sevareid, Not so wild a dream, Knopf, 1969, p. 201. <<

[10] Parameters, vol. XIX, n.º 4 (diciembre 1989). <<

[11] Carlo D'Este, Eisenhower, Holt, 2002, p. 264. <<

[12] Sherwood, op. cit., vol. I, p. 131. <<

[13] BNA PREM3/475/1. <<

[14] David Kennedy, Freedom from fear, Oxford, 1999, p. 232. (Hay trad. cast.: Entre el miedo y la libertad, Edhasa, Barcelona, 2005). <<

[15] Robert Dallek, Lone star rising, Oxford, 1991, p. 197. <<

[16] Papeles del diputado Troy, IWM 95/25/1. <<

[17] Ibid., (9 de junio de 1941). <<

[18] Kennedy, op. cit., p. 525. <<

[19] Geoffrey Perrett, Days of sadness, years of triumph, University of Wisconsin, 1973, p. 79. <<

[20] Roosevelt, op. cit., vol. III, p. 370. <<

[21] Meirion y Susie Harries, Soldiers of the sun, Heinemann, 1991, p. 222. <<

[22] Véase John Colvin, Nomonhan, Quartet, 1999. <<

[23] Christopher Bayly y Tim Harper Forgotten armies, Penguin, 2004, p. 71. <<

[24] Alvin Kiernan, The unknown battle of Midway, Yale, 2005, p. 2. <<

[25] Izumiya Tatsuro, The Minami organ, Rangún, 1967, p. 82. <<

[26] Mack Smith, op. cit., p. 273. <<

[27] Steinbeck, op. cit., p. 248 (8 de diciembre de 1941). <<

[28] J. C. Furnas et al., How America lives, Henry Holt, 1941. <<

[29] Ibid., p. 20. <<

[30] Schlesinger, p. 287. <<

[31] John Morton Blum, V was for Victory, Harcourt Brace, 1976, pp. 201 y 89.
<<

[32] Schlesinger, op. cit., pp. 287-288. <<

[33] Perrett, op. cit., p. 199. <<

[1] John W. Dower, War without mercy: race and power in the Pacific War, Pantheon, Nueva York, 1986. <<

[2] Emiko Ohnuki-Tierney, Kamikaze Diaries, University of Chicago, 2006, p. 62. <<

[3] Ibid., pp. 79 y ss. <<

[4] Evelyn M. Monahan y Rosemary Neidel-Greenlee, All this hell, Kentucky University Press, 2000. <<

[5] Ibid., p. 8. <<

[6] Bayly y Harper, op. cit., p. 141. <<

[7] Ibid., p. 66. <<

[8] Ibid., p. 111. <<

[9] Colin Smith, Singapore burning, Penguin, 2006, p. 123. <<

[10] Ibid., p. 146. <<

[11] Ibid., p. 157. <<

[12] Masanobu Tsuji, Japan's greatest victory, Britain's worst defeat, Spellmount, 1994, p. 91. <<

[13] Diana Cooper, Trumpets from the steep, Hart Davis, 1960, p. 127. <<

[14] Colin Smith, Singapore burning, ed. cit., p. 220. <<

[15] Ibid., p. 238. <<

[16] Ibid., p. 245. <<

[17] Ibid., p. 286. <<

[18] Tsuji, op. cit., p. 102. <<

[19] Colin Smith, Singapore burning, ed. cit., p. 416. <<

[20] Bayly y Harper, op. cit., p. 120. <<

[21] Ibid., p. 124. <<

[22] Colin Smith, Singapore burning, ed. cit., p. 426. <<

[23] Bayly y Harper, op. cit., p. 130. <<

[24] Colin Smith, Singapore burning, ed. cit., p. 438. <<

[25] Ibid., p. 496. <<

[26] Ibid., p. 473. <<

[27] Ibid., p. 480. <<

[28] Bayly y Harper, op. cit., p. 142. <<

[29] BNA W0106/2550B. <<

[30] Colin Smith, Singapore burning, ed. cit., p. 497. <<

[31] Ibid., p. 533. <<

[32] Bayly y Harper, op. cit., p. 126. <<

[33] Ibid., p. 147. <<

[34] Stephen Abbott, And all my war is done, Pentland, 1991, p. 31. <<

[35] Bayly y Harper, op. cit., p. 117. <<

[36] Colin Smith, Singapore burning, ed. cit., p. 550. <<

[37] Harries, op. cit., p. 264. <<

[38] John Kennedy, The business of war, Hutchinson, 1957, p. 198. <<

[39] E. E. Dunlop, The war diaries of «Weary» Dunlop, Viking, 1986, pp. 12-13.
<<

[40] Yvonne Vaz Ezdani (ed)., Songs of the survivors, Goa, 2007. <<

[41] Daw Sein, Les dix milles vies d'une femme birmane, Claude Delachet Fuillon, 1978, pp. 152-155. <<

[42] Ezdani, op. cit., p. 87. <<

[43] Bayly y Harper, op. cit., p. 161. <<

[44] Julian Thompson, Forgotten voices of Burma, Ebury, 2009, p. 21. <<

[45] Ibid., p. 164. <<

[46] Ibid., p. 88. <<

[47] LHA, papeles de Brooke Popham, expediente V, 7/18/2. <<

[48] John Smyth, Before the dawn, Cassell, 1957, pp. 139-140. <<

[49] Mi Mi Khaing, A Burmese family, Longman, 1946, p. 130. <<

[50] Tatsuro, op. cit., p. 120. <<

[51] Ibid., p. 142. <<

[52] Bayly y Harper, op. cit., p. 175. <<

[53] Thompson, op. cit., pp. 11-12. <<

[54] Ibid., p. 41. <<

[55] Bayly y Harper, op. cit., p. 160. <<

[*3] Calle londinense célebre por el gran número de consultas médicas y clínicas privadas que contiene. (N. de los t).. <<

[56] Ibid., p. 163. <<

[57] Thompson, op. cit., p. 34. <<

[58] Bayly y Harper, op. cit., p. 339. <<

[59] Ibid., p. 173. <<

[60] Geoffrey Tyson, Forgotten frontier, Spectrum, 1992, p. 79. <<

[61] Ezdani, op. cit., p. 80. <<

[62] Carta de G. Portal, citada en Bayly y Harper, op. cit., p. 189. <<

[63] Jawaharlal Nehru, Selected works of Jawaharlal Nehru, Oxford University Press, vol. X3I, p. 269. <<

[1] James Reston, Prelude to victory, Nueva York, 1942, p. x. <<

[2] Papeles de Slessor, expediente XIIC. <<

[3] USMHI [United States Military History Institute] Forrest Pogue, The Supreme Command Files. <<

[4] Christopher Thorne, The issue of war, Oxford, 1985, p. 25. <<

[5] Blum, op. cit., p. 97. <<

[6] Schlesinger, op. cit., pp. 283-284. <<

[7] Pogue, op. cit., p. 335. <<

[8] Perrett, op. cit., p. 213. <<

[9] Fred Mears, Carrier combat, Doubleday, 1944, p. 3. <<

[10] Kiernan, op. cit., p. 3. <<

[11] Ernie Pyle, Here is your war, Pocket, Nueva York, 1945, p. 555. <<

[12] Mydans, op. cit., p. 147. <<

[13] Elizabeth Norman, Band of angels, Random House, 1999, p. 66. <<

[14] William E. Dyess, The Dyess story, Putnam, Nueva York, 1944, p. 43. <<

[15] Citado en John Glusman, Conduct under fire, Viking, 2007, p. 136. <<

[16] Monahan y Neidel-Greenlee, op. cit., p. 41. <<

[17] Ibid., p. 50. <<

[18] Alfred Weinstein, Barbed wire surgeon, MacMillan, 1947, p. 34. <<

[19] Donald Knox, Death march, Harcourt Brace, 1981, p. 121. <<

[20] Ibid., p. 136. <<

[21] Glusman, op. cit., p. 197. <<

[22] Dwight Eisenhower, The Eisenhower diaries, Norton, 1981, p. 54. <<

[23] Blum, op. cit., p. 54. <<

[24] Walter Karig y Eric Purdon, Battle report: Pacific war middle phase, Rinehart, 1946, p. 19. <<

[25] E. T. Wooldridge (ed)., Carrier warfare in the Pacific, Smithsonian, 1993, p. 41. <<

[26] Ibid., p. 42. <<

[27] Ibid., p. 45. <<

[28] Kiernan, op. cit., p. 13. <<

[29] Wooldridge, op. cit., p. 281. <<

[30] Ibid., p. 285. <<

[31] Ibid., p. 68. <<

[32] Ibid., p. 168. <<

[33] Herman Melville, Israel Potter, 1854. (Hay trad. cast.: Israel Potter, Fundamentos, Madrid, 1977). <<

[34] Walter Lord, Incredible victory, Nueva York, 1967, p. 87. (Hay trad. cast.: Increíble victoria, Plaza & Janés, Barcelona, 1969). <<

[35] John Costello, The Pacific war, Collins, 1981, p. 285. <<

[36] The battle of Midway roundtable, http//www.midway42.org. <<

[37] Informe redactado por Esders tras el ataque y conservado en el Centro de Historia Naval de Estados Unidos. <<

[38] Kiernan, op. cit., p. 45. <<

[39] Wooldridge, op. cit., pp. 56-57. <<

[40] Ibid., p. 58. <<

[41] Tom Cheek, «A ring of coral», en The battle of Midway roundtable, http//home.comcast.net/r2russ/midway.ringcoral.htm. <<

[42] Mitsuo Fuchida y Masatake Okimuya, Midway: the battle that doomed Japan, Annapolis, 1955, p. 177. <<

[43] Robert Leckie, Helmet for my pillow, Ebury, 2010, p. 57. (Hay trad. cast.: Mi casco por almohada, Marlow, Barcelona, 2010). <<

[44] Costello, op. cit., p. 177. <<

[45] Bruce Loxton y Chris Coulthard-Clark, The shame of Savo, Allen & Unwin, 1994, pp. 143-147. <<

[46] Ibid., p. 265. <<

[47] Citado en Donald Miller, D-days in the Pacific, Simon & Schuster, 2005, p. 68. <<

[48] Ibid., p. 72. <<

[49] Leckie, op. cit., p. 78. <<

[50] Miller, op. cit., pp. 67-68. <<

[51] James Jones, The thin red line, Collins, 1963, p. 43. (Hay trad. cast.: La delgada línea roja, Bruguera, Barcelona, 1983). <<

[52] Ronald Spector, Eagle against the sun, Viking, 1985, pp. 205-206. <<

[53] George Johnston, The toughest fighting in the world, Sloan & Pearce, Nueva York, 1943, p. 5. <<

[54] Ibid., p. 8. <<

[55] Ibid., p. 40. <<

[56] Ibid., p. 198. <<

[57] Ibid., p. 45. <<

[58] Ibid., pp. 167-168. <<

[59] Robert Eichelberger, Our jungle road to Tokyo, Nashville Battery Classics, 1989, pp. 21-23. <<

[1] Thompson, The war at sea, Sidgwick & Jackson, 1996, p. 113. <<

[2] Ibid., p. 149. <<

[3] J. B. Lamb, The corvette Navy: true stories from Canada's Atlantic war, Macmillan, Toronto, 1979, p. 73. <<

[4] Al Harris, archivo del Mando de Bombarderos (11 de octubre de 1976). <<

[5] Jürgen Rohwer, citado en Stephen Howarth y David Law (eds)., The battle of the Atlantic 1939-45, Greenhill, 1994, p. 411. <<

[6] Ibid., p. 51. <<

[7] Richard Woodman, The real cruel sea, Murray, 2004, p. 166. <<

[8] Howarth y Law, op. cit., p. 215. <<

[9] Echternkamp, op. cit., vol. DC/I, p. 612. <<

[10] Erich Topp, citado en Howarth y Law, op. cit., p. 217. <<

[11] Corelli Barnett, Engage the enemy more closely, Hodder & Stoughton, 1991, p. 486. <<

[12] Recogido en Howarth y Law, op. cit., p. 199. <<

[13] Ibid., p. 522. <<

[14] Thompson, The war at sea, ed. cit., p. 160. <<

[15] Woodman, Arctic convoys, John Murray, 2001, p. 323. <<

[16] Ibid., p. 107. <<

[17] Ibid., p. 220. <<

[18] Ibid., p. 161. <<

[19] Thompson, The war at sea, ed. cit., p. 161. <<

[20] Woodman, Arctic convoys, ed. cit., p. 445. <<

[21] Woodman, Malta convoys, John Murray, 2000, p. 379. <<

[22] Thompson, The war at sea, ed. cit., p. 192. <<

[23] Ibid. <<

[24] Ibid., p. 195. <<

[25] Woodman, Malta convoys, ed. cit., p. 403. <<

[1] Brontman, op. cit., p. 132. <<

[2] Pisma s ognennogo rubezha, ed. cit. (19 de mayo de 1942). <<

[3] Günther Blumentritt, The fatal decisions, Michael Joseph, 1952, pp. 37-38. <<

[4] Echternkamp, op. cit., vol. VI, p. 938. <<

[5] Merridale, op. cit., p. 133. <<

[6] Brontman, op. cit., p. 22 (18 de junio de 1942). <<

[7] Ibid., p. 31 (4 de abril de 1942). <<

[8] Diario del frente de N. F. Belov (1941-1944), recogido en Pisma s ognennogo rubezha, ed. cit. (23 abril 1942). <<

[9] BNA, W0208/1777. <<

[10] Anders, op. cit., p. 124. <<

[11] Ibid., p. 114. <<

[12] Pisma s ognennogo rubezha, ed. cit., pp. 271-272 (23 de octubre de 1943).
<<

[13] Grossman, op. cit., p. 127. <<

[14] Pisma s ognennogo rubezha, ed. cit., p. 273. <<

[15] Diario de Belov, recogido Ibid., (9 de septiembre de 1942). <<

[16] Echternkamp, op. cit., vol. VI, p. 1097. <<

[17] Merridale, op. cit., p. 150. <<

[18] Vladímir Pershanin, Shtrafniki, radvedchiki, pejota, Moscú, 2010, p. 177. <<

[19] Ibid., p. 185. <<

[20] Grossman, op. cit., p. 151. <<

[21] Ibid., p. 183. <<

[22] Ibid., p. 152.. <<

[23] Ibid., p. 170. <<

[24] Bellamy, op. cit., p. 520. <<

[25] Grossman, op. cit., p. 174. <<

[26] Pisma s ognennogo rubezha, ed. cit., p. 273. <<

[27] Bellamy, op. cit., p. 380. <<

[28] Nikulin, op. cit.. <<

[29] Michael Jones, The siege of Leningrad, ed. cit., p. 269. <<

[30] Ibid., p. 276. <<

[31] Ibid., p. 279. <<

[32] Merridale, op. cit., p. 165. <<

[33] Diario de Belov, recogido en Pisma s ognennogo rubezha, ed. cit. (8 de octubre de 1942). <<

[34] Metelmann, op. cit., p. 120. <<

[35] Knoke, op. cit., p. 80. <<

[36] Poppel, op. cit., p. 99. <<

[37] Echternkamp, op. cit., vol. XI/I, p. 583. <<

[38] Eugenio Corti, Few returned: 28 days on the Russian front, Winter 1942-1943, University of Missouri Press, 1997, p. 10. <<

[39] Ibid., p. 26. <<

[40] Ibid, pp. 30-31. <<

[41] Ibid., p. 61. <<

[42] Ibid., p. 65. <<

[43] Ibid., p. 194. <<

[44] Ibid., p. 76. <<

[45] Ibid., p. 78. <<

[46] Ibid. <<

[47] Ibid., p. 138. <<

[48] Ibid., p. 218. <<

[49] Mack Smith, op. cit., p. 293. <<

[50] Merridale, op. cit., p. 162. <<

[51] Grossman, op. cit., p. 225. <<

[52] Koa Wing, op. cit., p. 152. <<

[53] Diario de Belov, recogido en Pisma s ognennogo rubezha, ed. cit. (13 de febrero de 1943). <<

[54] Leach y MacDonald, op. cit., p. 387. <<

[55] G. A. Kumaniov, Riadom so Stalinim, Moscú, 1999, p. 38. <<

[1] Antony Hichens, Gunboat Command, Pen & Sword, 2007, p. 96. <<

[2] USMHI, Pogue, archivos The Supreme Command, entrevista a Frederick Morgan. <<

[3] Max Hastings, archivos de Armageddon. <<

[4] Kershaw, op. cit., p. 203. <<

[5] Julian Thompson, The War At Sea, Sidgwick & Jackson, 1996, p. 111. <<

[6] Peter White, With The Jocks, Sutton, 2001, p. 37. <<

[7] Koa Wing, op. cit., p. 173 (5 de abril de 1943). <<

[8] Ibid., p. 60. <<

[9] Ibid., p. 71. <<

[10] Pisma S Ognennogo Rubezha 1941-1945, p. 210. <<

[11] Private Words (28 de julio de 1943). <<

[12] AI Thompson, archivos de Armageddon. <<

[13] AI Moody, archivos de Armageddon. <<

[14] Davidson, MS, archivos de Armageddon. <<

[15] Ronald Blythe (ed)., Components of The Scene, p. 85. <<

[16] USMHI, documentos Bruce, caja 6. <<

[17] Fennema, MS, archivos de Armageddon. <<

[18] Gagliardi, MS, archivos de Armageddon. <<

[19] E. J. Kahn, The New Yorker (5 de diciembre de 1942). <<

[20] Eugene Sledge, With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, Ebury, 2010, p. 91. <<

[21] Farley Mowat, And No Birds Sang, Cassell, 1980, p. 203. <<

[22] Sledge, op. cit., p. 72. <<

[23] Alastair Borthwick, Battalion, Baton Wicks, 1994, p. 61. <<

[24] White, op. cit., p. 155. <<

[25] IWM 92/1/1, C. R. Eke, MS, A Game of Soldiers. <<

[26] Mowat, op. cit., 1980, p. 107. <<

[27] James Jones y Art Weithans, World War II: A Chronicle of Soldiering, Grosset & Dunlap, 1975. <<

[*4] Sobre las palabras de Mateo 6,34: «A cada día le basta con su propio mal». (N. de los t).. <<

[28] AI Mahlo, archivos de Armageddon. <<

[29] AI Moser, archivos de Armageddon. <<

[30] Roscoe Blunt, Foot Soldier: A Combat's Infantryman's War In Europe, Da Capo Press, 2002, p. 86. <<

[31] Norman Craig, The Broken Plume, IWM 1982, p. 77. <<

[32] Moltke, op. cit., p. 275 (26 de enero de 1943). <<

[33] Paul Fussell, The Boys' Crusade, p. 98. <<

[34] AI Gunther, archivos de Armageddon. <<

[35] The Spectator (16 de julio de 1943). <<

[36] Spectator (18 de diciembre de 1942). <<

[37] Elliott (30 de abril de 1943), citado en Private Words, p. 183. <<

[38] Michael Foot, Bevan, McGibbon & Kee, 1965, p. 388. <<

[39] Blum, op. cit., p. 66. <<

[40] Ibid., p. 64. <<

[41] AI Beavers, archives de Armageddon. <<

[42] Schoo, MS, archives de Armageddon. <<

[43] Blum, op. cit., p. 65. <<

[44] Steinbeck: A Life In Letters, ed. de Elaine Steinbeck y Robert Wallsten, Heinemann, 1975, p. 264. <<

[45] Blum, op. cit., p. 67. <<

[46] Iris Origo, War in Val d'Orcia, Cape (15 de agosto de 1943), p. 58. <<

[47] Diario de Belov (31 de diciembre de 1942). <<

[48] Sebastian, op. cit. (2 de diciembre de 1943), p. 585. <<

[49] Pisma S Ognennogo Rubezha 1941-1945, p. 273 (11 de septiembre de 1942). <<

[50] Ibid., p. 273 (1 de octubre de 1942). <<

[51] Ibid., (20 de octubre de 1942). <<

[52] Braithwaite, p. 131. <<

[53] Collingham, p. 78. <<

[54] David Fraser, Wars And Shadows, Penguin, 2002, p. 183. <<

[55] Carta en posesión de Mrs. Miranda Corben. <<

[56] Times, necrológica del 27 de febrero de 2010, por Colin Smith. <<

[57] Miriam Mafai, Pane nero. Donne e vita quotidiana nella seconda guerra mondiale, Amoldo Mondadori, 1987, pp. 159-162. <<

[58] Ibid., p. 243. <<

[59] Say y Holland, op. cit., p. 297. <<

[60] IWM, Kurylak, MS. <<

[61] IWM 99/9/1, Poznański, MS. <<

[62] Anthony Powell, A Writer's Notebook, Heinemann, 2001, p. 94. <<

[63] The Diaries of Evelyn Waugh, ed. de Michael Davie, Weidenfeld & Nicolson, 1976 (1 de junio de 1944), p. 567. <<

[64] Nella Last, Nella Last's War, Sphere, 1981, p. 221 (11 de octubre de 1942).
<<

[65] Martin Crook, ed., Wartime Letters of a West Kent Man, ed. personal, 2007. <<

[66] The Spectator (14 de diciembre de 1942). <<

[67] Ronald Blythe (ed)., Private Words, Viking, 1991, p. 43. <<

[68] Koa Wing, op. cit., p. 188 (7 de septiembre de 1943). <<

[69] Studs Terkel, The Good War, Hamish Hamilton, 1984, p. 224. <<

[*5] Como movimiento civil organizado, el conocido como Women's Land Army. (N. de los t).. <<

[70] Koa Wing, op. cit., p. 135 (16 de junio de 1942). <<

[71] Terkel, op. cit., p. 118. <<

[72] Janine Sinkoskey Brodine, ed., Missing Pieces, Hara Publishing, 2000, p. 49. <<

[73] Koa Wing, op. cit., p. 144 (9 de octubre de 1942). <<

[74] Wolff-Mönckeberg, op. cit., p. 35 (12 de enero de 1941). <<

[75] Ibid., p. 60 (25 de junio de 1942). <<

[76] Longmate, op. cit., p. 150. <<

[77] Ibid., p. 156. <<

[*6] Plato de arroz hervido, pescado, huevo y sus condimentos. (N. de los t).. <<

[78] Tamsin Day-Lewis, ed., Last letters home, Macmillan, 1995. <<

[79] Blum, op. cit., p. 98. <<

[80] Collingham, op. cit., p. 112. <<

[81] Ibid., p. 217. <<

[82] Theodore White y Annalee Jacoby, Thunder Out of China, Gollancz, 1947, pp. 166-167. <<

[83] Collingham, op. cit., p. 116. <<

[84] Mafai, op. cit., p. 167. <<

[85] Alan Moorehead, Eclipse, Granta, 2000, p. 66. <<

[86] Norman Lewis, Naples' 44 (4 de octubre de 1943), p. 26. <<

[87] BNA F0371 ZM257/18/22. <<

[88] Un análisis ejemplar de estas cuestiones puede verse en David W. Ellwood, Italy 1943-1945, Leicester University Press, 1985. <<

[89] Ibid., p. 152. <<

[90] Koa Wing, op. cit., p. 172 (25 de marzo de 1943). <<

[91] Longmate, op. cit., p. 123. <<

[92] Baring, op. cit., p. 55. <<

[*7] «All the day long, Whether rain or shine / She's a part of the assembly line. / She's making history, / Working for victory, / Rosie the Riveter». (N. de los t).. <<

[93] Koa Wing, op. cit., p. 129 (15 de abril de 1942). <<

[94] Brontman, op. cit., p. 185 (29 de agosto de 1942). <<

[95] Nikolai Nikulin, MS localizado en internet. <<

[96] Pisma S Ognennogo Rubezha 1941-1945, (18 de marzo de 1943). <<

[97] Grossman, op. cit., p. 120. <<

[98] Grossman, op. cit., p. 119. <<

[99] Pisma S voiny, p. 83. <<

[100] Cartas de Kalinichenko (1 de diciembre de 1942 y 1 de febrero de 1943). <<

[101] Cartas de Kalinichenko (20 de febrero de 1944). <<

[102] AI Beavers, archivos de Armageddon. <<

[103] AI Harris (14 de octubre de 1976), archivos Bomber Command. <<

[*8] Miembro del cuerpo auxiliar femenino de las fuerzas aéreas británicas. (N. de los t).. <<

[104] AI Addison, archivos de Bomber Command. <<

[105] AI Owen, archivos de Bomber Command. <<

[106] AI von Joest, archivos de Armageddon. <<

[107] Koa Wing, op. cit., p. 94 (17 de junio de 1941). <<

[108] Ibid., p. 104 (7 de octubre de 1941). <<

[109] Koa Wing, p. 248 (31 de diciembre de 1944) y p. 257 (31 de marzo de 1945). <<

[110] MS Fennema, archivos de Armageddon. <<

[111] Pisma S Ognennogo Rubezha 1941-1945, San Petersburgo, 1992 (1 de julio de 1943). <<

[112] Mafai, op. cit., p. 177. <<

[1] MS Dugan, archivos de Overlord. <<

[2] Bob Raymond, A Yank in Bomber Command, Moynihan, 1977, p. 101. <<

[3] USNA, 25 de marzo de 1942: Survey of Intelligence Materials, n.º 16. <<

[4] BNA F0371/34116. <<

[5] Keith Douglas, Alamein to Zem Zem, Penguin, 1967, p. 87. <<

[6] Harold Nicolson, Diaries, Collins, 1965, vol. II (11 de febrero de 1942). <<

[7] Cámara de los Comunes (22 de abril de 1942). <<

[8] Rebora, op. cit., p. 216. <<

[9] Victor Klemperer, I Shall Bear Witness, Weidenfeld & Nicolson, 1999, vol. II, p. 117. <<

[10] Vallicella, op. cit., pp. 39 y 46. <<

[11] Ibid., p. 55. <<

[12] Ibid., p. 58. <<

[13] Ibid., p. 105. <<

[14] Craig, op. cit., p. 75. <<

[15] Vallicella, op. cit., p. 95. <<

[16] F. Formica, (ed)., Account of the Battle of Deir El Murra, diario del alférez Vincenzo Formica, publicado en www.ferreamole.it. <<

[17] Ibid., (3 de noviembre de 1942). <<

[18] Ibid. <<

[19] Ibid., (17 de noviembre de 1942). <<

[20] Vallicella, op. cit., p. 117. <<

[21] Ibid., p. 119. <<

[22] Hagen, pp. 176-177. <<

[23] Alfred Perrott-White, French Legionnaire, John Murray, 1953, p. 147. <<

[*9] Waaf, miembro del cuerpo auxiliar femenino de las fuerzas aéreas británicas.(N. de los t). <<

[24] Koa Wing, op. cit., p. 148. <<

[25] Moltke, op. cit., p. 260. <<

[26] Diario de Belov (10 de noviembre de 1942). <<

[27] Vallicella, op. cit., p. 125. <<

[28] Ibid., p. 154. <<

[29] Ibid., p. 155. <<

[30] Koa Wing, op. cit., p. 168 (28 de febrero de 1943). <<

[31] USMHI Pogue, archivos The Supreme Command, entrevista. <<

[32] Diario de Formica (11 de septiembre de 1943). <<

[1] Brontman, op. cit., p. 62 (12 de septiembre de 1942). <<

[2] AI Godau, archivos de Armageddon. <<

[3] Vladimir Pershanin, op. cit., p. 198. <<

[4] Diario de Belov (13 de marzo de 1943). <<

[5] Pershanin, op. cit., p. 41. <<

[6] Pis'ma s voiny, p. 199. <<

[7] Guy Sajer, The Forgotten Soldier, Sphere, 1971, p. 171. <<

[8] Grossman, op. cit., p. 249. <<

[9] Merridale, op. cit., p. 261. <<

[10] Pis'ma s ognennogo rubezha 1941-1945, pp. 199-202. <<

[11] Diario de Belov, 13 de enero 1943. <<

[12] Ibid., (11 de agosto de 1943). <<

[13] Ibid., (2 de junio de 1943). <<

[14] Pis'ma s ognennogo rubezha (31 de marzo de 1943). <<

[15] Diario de Belov (2 de junio de 1943). <<

[16] Merridale, op. cit., p. 194. <<

[17] Pis'ma s voiny, p. 194. <<

[18] Rotmistrov, citado por Robin Cross en Citadel, O'Mara, 1993, p. 195. <<

[19] Pis'ma s voiny, pp. 132-133. <<

[20] Ognennaya duga, p. 34. <<

[21] Cross, op. cit., p. 214. <<

[22] Ibid., p. 215. <<

[23] Ibid., p. 229. <<

[24] Brontman, op. cit., pp. 39-40 (26 de julio de 1942). <<

[25] Merridale, op. cit., p. 183. <<

[26] Brontman, op. cit., p. 162 (28 de julio de 1943). <<

[27] Merridale, op. cit., p. 203. <<

[28] Brontman, op. cit., p. 153 (14 de julio de 1943). <<

[29] Ognennaya duga, p. 52. <<

[30] Ibid., p. 79-80. <<

[31] Pis'ma s ognennogo rubezha (9 de octubre de 1943). <<

[32] Pershanin, p. 35. <<

[33] Ibid., p. 27. <<

[34] Ibid., (1 de noviembre de 1943). <<

[35] Grossman, op. cit., p. 247. <<

[36] Pis'ma s ognennogo rubezha (20 de septiembre de 1943). <<

[37] Diario de Belov (28 de noviembre de 1943). <<

[38] Ognennaya duga, pp. 89-90. <<

[39] Pershanin, op. cit., p. 78. <<

[40] Cross, op. cit., p. 250. <<

[41] Sajer, p. 315. <<

[42] Hagen, p. 181. <<

[1] Nicholas Monsarrat, en su novela autobiográfica The Cruel Sea, Cassell, 1951, pp. 151-152. <<

[2] Tom Bower, Nazi Gold, HarperCollins, 1997, p. 13. <<

[3] Ibid., p. 58. <<

[4] Ibid., p. 111. <<

[5] USNA «State Department Opinión Surveys», RG59, caja 11. <<

[6] Fyodor Mochulsky, Gulag Boss, Oxford, 2010, p. 141. <<

[*10] Sobre todo en Estados Unidos, se denomina nisei a los hijos de inmigrantes japoneses. (N. de los t).. <<

[7] Blum, p. 160. <<

[8] Capano, MS, archivos de Armageddon. <<

[9] Blum, p. 92. <<

[10] Ibid., p. 149 <<

[11] AI Carullo, archivos de Armageddon. <<

[12] AI Kissinger, archivos de Armageddon. <<

[13] Hagen, p. 169. <<

[14] Informe de operaciones del comandante Bazoche, citado por Warren Tute en Reluctant Enemies, p. 206. <<

[15] Generazione ribelle: diari e lettere dal 1943 al 1945, a cura di Mario Avagliano, Einaudi Storia, 2006, p. 77. <<

[16] Anne-Marie Walters, Moondrop to Gascony, MPG Books, 2009, p. 233. <<

[17] Peter Kemp, The Thorns of Memory, Sinclair-Stevenson, 1990, p. 196. <<

[18] Ibid., p. 200. <<

[19] Killingray, p. 61. <<

[20] Ibid., p. 59. <<

[*11] Hombres y guerreros valientes, vayamos [a alistarnos] / Hombres y guerreros valientes, vayamos [a alistarnos] / Vamos al África oriental y a Birmania / Venga, vayamos [a alistarnos]. <<

[21] Ibid., p. 50. <<

[22] Ibid., p. 160. <<

[23] Ibid., p. 54. <<

[24] Ibid., p. 86. <<

[*12] Juju es un poder mágico o sobrenatural, asociado en ocasiones con amuletos o fetiches. (N. de los t).. <<

[25] Ibid., p. 122. <<

[*13] Arma surafricana en forma de bastón grueso y corto, uno de cuyos extremos termina en una bola. (N. de los t).. <<

[26] Ibid., p. 109. <<

[27] Ibid., pp. 134-135. <<

[28] Ibid., p. 172. <<

[29] Christopher Somerville, Our War, Weidenfeld & Nicolson, 1998, p. 183. <<

[30] Somerville, p. 29. <<

[*14] El sintagma es popular en inglés para referirse a Australia y Nueva Zelanda. (N. de los t).. <<

[31] Richard Hough, One Boy's War, Heinemann, 1975, p. 17. <<

[32] Public Opinión 1935-1946, Princeton University Press, 1951, p. 86. <<

[33] Anwar Sadat, In Search of Identity, Collins, 1978, p. 26. <<

[34] Ibid., p. 25. <<

[35] Edgar Snow, Journey to the Beginning, Gollancz, 1959, p. 206. <<

[36] Works of Nehru, vol. XII, p. 39 (25 de diciembre de 1942). <<

[37] Smith, Singapore Burning, p. 57. <<

[38] Cooper, Trumpets, p. 131. <<

[39] Bayly y Harper, p. 343. <<

[40] Amery, op. cit., p. 104. <<

[41] Documentos Jayakar, 709,1940, Archivo Nacional de India. <<

[42] Towards Freedom: Documents on the Movement for Independence in India 1940, parte 1, Oxford University Press, 1978. <<

[43] Bayly y Harper, op. cit., p. 74. <<

[44] Statesman (10 de junio de 1940). <<

[45] Works of Nehru, vol. XIII, p. 59 (13 de febrero de 1943). <<

[46] Works of Nehru, vol. XII, p. 2. <<

[47] Linlithgow, citado por Madhusree Mukerjee en Churchill's Secret War, Basic, 2010, p. 63. <<

[48] Bayly y Harper, op. cit., p. 248. <<

[49] Clive Branson, British Soldier in India: The Letters of Clive Branson, Communist Party, Londres, 1944, pp. 87 y 134. <<

[50] Bayly y Harper, op. cit., p. 303. <<

[*15] Subadar es el oficial indio de mayor graduación en un regimiento de cipayos. (N. de los t).. <<

[51] Ibid., p. 448. <<

[52] Selected Works of Nehru, vol. XIII, p. 19 (3 de octubre de 1942). <<

[53] Bayly y Harper, op. cit., p. 322. <<

[54] Thompson, Burma, p. 254. <<

[55] Ibid., p. 326. <<

[56] Ibid., p. 327. <<

[57] Mukerjee, p. 282. <<

[58] Ibid. <<

[59] Ibid., p. 286. <<

[60] Ibid., p. 103. <<

[61] Ibid., p. 117. <<

[62] Ibid., pp. 154, 167 y 151. <<

[63] Ibid., p. 287. <<

[64] Works of Nehru, vol. XIII, p. 242. <<

[65] John Barnes y David Nicholson (eds)., The Empire at Bay: The Leo Amery Diaries 1929-45, Hutchinson, 1988, p. 1026 (21 de enero de 1945). <<

[1] Edgar Snow, Saturday Evening Post, junio de 1936. <<

[2] Jonathan Fenby, Generalissimo, Free Press, 2003, p. 315. <<

[3] Jeffrey Lockwood, Six-Legged Soldiers: Using Insects As Weapons of War, Oxford, p. 108 y passim. <<

[4] Daniel Barenblatt, A Plague Upon Humanity, Souvenir, 2004. <<

[5] AI Lin Yajin, archivos de Nemesis. <<

[6] AI Deng Yumin, archivos de Nemesis. <<

[7] AI Hando, archivos de Nemesis. <<

[8] Christopher Bayly y Tim Harper, Forgotten Armies, Penguin, 2004, p. 2. <<

[9] Bayly y Harper, op. cit., p. 274. <<

[10] Documentos Marshall, caja 64/27. <<

[11] Ben Pimlott (ed)., Hugh Dalton Diaries, Jonathan Cape, 1986 (4 de agosto de 1944). <<

[12] Julian Thompson (ed)., Forgotten Voices of Burma, Ebury, 2009, p. 71. <<

[13] Ibid., p. 83. <<

[14] Ibid., p. 107. <<

[15] Karl Albrecht, Tarawa Remembered, en Follow Me, noviembre de 1993, p. 28. <<

[16] Miller, op. cit., p. 105. <<

[17] Public Opinión 1935-1946, Princeton University Press, 1951, p. 263. <<

[1] Evelyn Waugh, Diaries, p. 559. <<

[2] Documentos Marshall, caja 64/27. <<

[3] Iris Origo, op. cit., p. 55. <<

[4] Carlo D'Este, Bitter Victory, Collins, 1988, p. 244. <<

[5] Martin Poppel, op. cit., p. 123. <<

[6] Ibid., p. 130. <<

[7] Ibid., p. 133. <<

[8] Atkinson, Day of Battle, Henry Holt, 2007, p. 115. (Hay trad. cast.: El día de la batalla, Crítica, Barcelona, 2007). <<

[9] Peter Schrijvers, The Crash of Ruin, New York University Press, 1998, p. 120. <<

[10] Atkinson, op. cit., p. 127. <<

[11] David Cole, Rough Road To Rome, Kimber, 1983, pp. 443-444. <<

[12] D'Este, Bitter Victory, p. 439. <<

[13] Jack Belden, revista Time (23 de agosto de 1943). <<

[14] Klemperer, vol. II, p. 303. <<

[15] Ibid., p. 349. <<

[16] Hagen, op. cit., p. 74. <<

[*16] Mortero de varios cañones. (N. de los t).. <<

[17] Wolff-Mönckeberg, p. 73. <<

[18] Este informe de Wigram, un análisis penetrante de las deficiencias tácticas británicas que se antoja válido para todo el período de 1943 a 1945, se ha impreso como apéndice en Denis Forman, To Reason Why, André Deutsch, 1991, pp. 197-204. <<

[19] Lewis, op. cit., p. 17. <<

[20] Michael Howard, Captain Professor, Continuum, 2004, p. 73. <<

[21] Peter Moore, No Need to Worry, Wilton 65, 2002, p. 109. <<

[22] Hagen, op. cit., p. 75. <<

[23] Origo, op. cit., p. 101 (20 de octubre de 1943). <<

[24] Atkinson, op. cit., p. 251. <<

[25] John Guest, Broken Images, Hart Davis, 1949, p. 199. <<

[26] Mowat, op. cit., p. 137. <<

[27] Atkinson, op. cit., p. 258. <<

[28] Richard Doherty, A Noble Crusade, Rockville (Nueva York), 1999, p. 159.
<<

[29] George Biddle, Artist at War, Nueva York, 1944, p. 177. <<

[30] D. C. Bloomfield-Smith (ed)., Fourth Indian Reflections, Larman, 1987, p. 59. <<

[31] Ibid., p. 56. <<

[32] Busatti, Dal Volturno a Cassino, sitio web RSI. <<

[33] Atkinson, pp. 288-289. <<

[34] Ibid., p. 293. <<

[35] Origo, op. cit., p. 23 (1 de abril de 1943). <<

[36] Ibid., p. 97. <<

[37] Generazione ribelle. Diari e lettere dal 1943 al 1945 (a cura di Mario Avagliano), Einaudi Storia, 2006 (8 de septiembre de 1943), p. 25. <<

[38] Eugenio Corti, The Last Soldiers Of The King, University of Missouri Press, 2003, p. 108. <<

[39] Generazione ribelle, p. 48. <<

[40] Mafai, op. cit., 1987, p. 211. <<

[41] Lewis, op. cit., pp. 143-144. <<

[42] Bloomfield-Smith, op. cit., p. 50. <<

[43] Mowat, op. cit., p. 187. <<

[44] Alex Bowlby, Recollections of Rifleman Bowlby, Leo Cooper, 1969, p. 127. <<

[45] LHA, documentos Penney, 8/33. <<

[46] Origo, op. cit., p. 186 (21 de mayo de 1944). <<

[47] Ibid., p. 198. <<

[*17] Compañías de infantería marroquíes integradas en el ejército francés. (N. de los t).. <<

[48] Ibid., p. 236 (1 de julio de 1944). <<

[49] Djilas, Wartime, p. 309. <<

[50] Roderick Bailey (ed)., Forgotten Voices of The Secret War, Ebury, 2008, p. 160. <<

[51] Dimitris Livanios, The Macedonian Question, Oxford, 2008, p. 119. <<

[52] Bailey, p. 169. <<

[53] Ibid., p. 171. <<

[54] Ibid., p. 167. <<

[55] Djilas, op. cit., p. 236. <<

[56] Ibid., p. 139. <<

[57] Ibid., pp. 155 y 160. <<

[58] Ibid., p. 170. <<

[59] Ibid., p. 180. <<

[60] Ibid., p. 197. <<

[61] Ibid, p. 304. <<

[62] Diario di Guerra: con gli Alpini in Montenegro 1941-1943, Mursia, 2010, p. 15. <<

[63] Djilas, op. cit., p. 330. <<

[64] Ibid., p. 285. <<

[65] Ibid., p. 283. <<

[1] E. P. Bone, MS inédito, archivos de Bomber Command. <<

[2] Wellum, op. cit., p. 105. <<

[3] AI Dorfman, archivos de Armageddon. <<

[4] AI Wells, archivos de Armageddon. <<

[5] Day-Lewis, op. cit., p. 81. <<

[6] AI Owen, archivos de Bomber Command. <<

[7] AI Addison, archivos de Bomber Command. <<

[8] Alexander Seversky, Victory Thru Air Power, Nueva York, 1942, p. 73. <<

[9] Véase Williamson Murray, Luftwaffe, Allen & Unwin, 1985, passim.. <<

[10] Wooldridge, op. cit., p. 196. <<

[11] Ernie Pyle, V was for Victory, Nueva York, 1945, p. 61. <<

[12] AI Bufton, archivos de Bomber Command. <<

[*18] Emplazamiento de una base aérea de la RAF. (N. de los t).. <<

[13] Correspondencia de Bomber Command. <<

[14] AI Owen, archivos de Bomber Command. <<

[15] Hastings, Bomber Command, p. 104. <<

[16] AI Harris, archivos de Bomber Command. <<

[17] AI Brennan, archivos de Armageddon. <<

[18] AI Maze, archivos de Bomber Command. <<

[19] MS Bone. <<

[20] John Muirhead, Those Who Fall, Random House, 1986, p. 4. <<

[21] MS Cochrane, documentos Cochrane. <<

[22] MS Crafter, archivos de Bomber Command. <<

[23] MS Cochrane. <<

[24] MS Raynes, archivos de Bomber Command. <<

[25] AI Owen. <<

[26] Harry H. Crosby, A Wing and a Prayer, Robson, 1993, p. 95. <<

[27] United States Military History Institute, sir Frederick Morgan, citado por Pogue, archivos The Supreme Command. <<

[28] John Sweetman, The Dambusters Raid Arms And Armour, 1993, passim. Es la narración más autorizada de la misión. <<

[29] Wolff-Mönckeberg, p. 72. <<

[30] Adam Tooze, op. cit., p. 556 y passim. <<

[31] Ibid., p. 603. <<

[32] Archivos de Bomber Command. <<

[33] Potsdam, vol. IX/I, p. 391. <<

[34] Ibid., p. 382. <<

[35] Ibid., p. 453. <<

[36] Tooze, op. cit., pp. 629-630. <<

[37] Potsdam, vol. IX/I, p. 390. <<

[38] Ibid., p. 75. <<

[39] Ibid., p. 427. <<

[40] Ibid., pp. 404-405. <<

[41] Mathilde Wolff-Mönckeberg, On The Other Side, p. 76 (24 de agosto de 1943). <<

[42] Ursula Gebel, November 1943 in Charlottenburg, citado por Moorhouse en Berlín At War, Bodley Head, 2010, p. 323. <<

[43] Klaus Schmidt, Die Brandnacht, Darmstadt, 1964, p. 91. <<

[44] Ibid., p. 80. <<

[45] Ibid., p. 83. <<

[46] Ibid., p. 80. <<

[47] Metelmann, p. 180. <<

[48] Rebora (ed)., op. cit., p. 268 (9 de diciembre de 1942). <<

[49] MS inédito, Just A Gamble, archivos de Bomber Command. <<

[50] Potsdam, vol. IX/I, p. 468. <<

[51] Ibid., p. 473. <<

[52] The Spectator (25 de febrero de 1944). <<

[53] AI Harris, archivos de Bomber Command. <<

[54] Documentos Cochrane, MS Harris. <<

[1] Klemperer, vol. II, p. 408. <<

[2] IWM 96/55/1, ZR Pomorski. <<

[3] «Lice bugs bugs lice / More bugs more lice / Rats fleas gnats flies / And breaddevouring mice // Dirt mud no soap / Stench filth to cope / No faith no hope / In darkness we grope // Our beds bare planks / Our mates sheer cranks / Our dreams long ranks / Of American tanks», IWM Felicks Lachman, MS 91/6/1. <<

[4] British Library India Office Records L/PJ/8/412/319. Para un relato vivido de toda la aventura polaca, véase Matthew Kelly, Finding Poland, Cape, 2010. <<

[5] IWM 06/52/1, Szmulek Goldberg, MS. <<

[6] John Guest, op. cit., p. 202. <<

[7] Chin Kee On, Malaya Upside Down, Singapur, 1946, p. 190. <<

[8] Memorias de Elizabeth Van Kampen, en el sitio web www.dutch-east-indies.com. <<

[9] Moltke, op. cit., p. 244. <<

[10] IWM 95/13/1, MS Ślązak. <<

[11] Bayly y Harper, op. cit., p. 223. <<

[12] Ibid., p. 179. «Let us dance happily, / And if we dance happily, / I will be in the heart of Tokyo, / Joy! Joy! / In the midst of Tokyo flowers». <<

[13] Ibid., p. 234. <<

[14] Maier, op. cit., p. 328. <<

[15] AI Gabor, archivos de Armageddon. <<

[16] Moltke, op. cit., p. 175. <<

[17] Maier, op. cit. (29 de octubre de 1942). <<

[18] Para una exposición excepcionalmente lúcida de muchos de los temas tratados en este capítulo, véase Mark Mazower, Hitler's Empire, Penguin, 2008. (Hay trad. cast: El imperio de Hitler, Crítica, Barcelona, 2009). <<

[19] Tooze, p. 522. <<

[20] Potsdam, vol. IX/1, p. 262. <<

[21] Ibid., p. 267. <<

[22] Tooze, op. cit., p. 537. <<

[23] Jones, Retreat, p. 23. <<

[24] Potsdam, vol. IX/I, pp. 349-351. <<

[25] Peter Longerich, Holocaust, Oxford, 2010, p. 211. <<

[26] John Lukacs, The Legacy of the Second World War, Yale, 2010. <<

[27] Christopher Browning, Ordinary Men, Penguin, 1998, pp. 19-21. <<

[28] Longerich, p. 261 y ss. <<

[29] Longerich, p. 426. <<

[30] Longerich, p. 271. <<

[31] Maria Sello, Ein Familien und Zeitdokument 1933-1945, MS inédito, Biblioteca Wiener, citado por Roger Moorhouse, p. 178. <<

[32] Potsdam, vol. IX/I, p. 362. <<

[33] Sebastian, op. cit., p. 268 (28 de enero de 1940). <<

[34] Spectator (11 de diciembre de 1942). <<

[35] Moltke, op. cit., p. 285. <<

[36] Brontman, op. cit., p. 132. <<

[37] Merridale, op. cit., p. 253. <<

[38] Garrard Bones, citado en Merridale, p. 253. <<

[39] Véase el anónimo A Woman in Berlin. <<

[40] Merridale, op. cit., p. 108. <<

[41] Koa Wing, op. cit., p. 74 (26 de marzo de 1941). <<

[42] AI Mendelsohn, archivos de Armageddon. <<

[43] Stephen Ambrose, Band of Brothers, Simon & Schuster, 1992, p. 22. <<

[44] Public Opinión, p. 385. <<

[45] Martin Gilbert, Auschwitz and the Allies, Weidenfeld & Nicolson, 1981, p. 99, BNA FO 921/7. <<

[46] Karski, op. cit., p. 393. <<

[47] Schlesinger, op. cit., p. 307. <<

[48] Jeffrey, op. cit., p. XIII. <<

[49] George Orwell, Tribune (31 de marzo de 1944). <<

[50] Public Opinión, p. 501. <<

[51] Potsdam, vol. IX/I, p. 342. <<

[*19] Se trata de Ordinary men, citado por el autor en una nota anterior. En castellano se publicó como Aquellos hombres grises, Edhasa, Barcelona, 2002. (N. de los t).. <<

[52] La presente narración parte de Browning, p. 2 y passim. <<

[53] Browning, op. cit., p. 128. <<

[54] Ibid., p. 83. <<

[55] IWM 02/23/1 Frank Bleichman. <<

[56] Moorhouse, op. cit., pp. 195-196. <<

[1] AI Schröder, archivos de Armageddon. <<

[2] Diario de Belov (17 de abril de 1943). <<

[3] Merridale, op. cit., p. 200. <<

[4] Brontman, pp. 231-233 (9 de noviembre de 1943), y p. 262 (21 de febrero de 1944). <<

[5] Brontman, p. 271 (21 de abril de 1944). <<

[6] Véase David Glantz, Soviet Military Deception in the Second World War, Frank Cass, 1989. <<

[7] Anders, p. 201 (16 de abril de 1944). <<

[8] Raleigh Trevelyan, Rome' 44, Viking, 1982, p. 142. <<

[9] Atkinson, op. cit., p. 490. <<

[10] Ibid., p. 488. <<

[11] Ibid., p. 416. <<

[12] Ibid., p. 386. <<

[13] Ibid., p. 428. <<

[14] Ibid., p. 463. <<

[15] Ibid., p. 534. <<

[16] USMHI, entrevista a Forrest Pogue, archivos The Supreme Command. <<

[17] AI Harris, archivos de Bomber Command. <<

[18] Horatius Murray, A Very Fine Commander, ed. de John Donovan, Pen & Sword, p. 164. <<

[19] Kershaw, correspondencia Overlord. <<

[20] McCallum, correspondencia Overlord. <<

[21] Lewis, op. cit., p. 117. <<

[22] Jon Lewis (ed)., Eyewitness D-Day, Robinson, 1994, p. 101. <<

[23] Ibid., p. 102. <<

[24] Klemperer, vol. II, p. 395. <<

[25] Archivos de Overlord. <<

[26] Poppel, op. cit., p. 179. <<

[27] Von Schweppenburg en The Spectator (5 de junio de 1964). <<

[28] Poppel, op. cit., p. 181. <<

[29] FSV Donnison, Civil Affairs and Military Government: North-West Europe 1944-1946, HMSO 1961, p. 74, informe de 12-6-1944. <<

[30] IWM 78/35/1, Madame A. de Vigneral. <<

[31] IWM, Coronel H. S. Gillies, carta de junio de 1944. <<

[32] Lewis, op. cit., p. 173. <<

[33] Correspondencia Overlord. <<

[34] Michael Reynolds, Steel Inferno, Spellmount, 1997, p. 75. <<

[35] Ibid., p. 81. <<

[*20] Terreno mixto de pastos y bosques. (N. de los t).. <<

[36] Lewis, op. cit., p. 167. <<

[37] USMHI, informe de operaciones del I.er ejército de Estados Unidos (20 de octubre de 1943 a 1 de agosto de 1944). <<

[38] Kershaw, correspondencia Overlord. <<

[39] J. L. Cloudsley-Thompson, MS, archivos Overlord. <<

[40] Charles Farrell, Reflections, Pentland, 2000, p. 20. <<

[41] Cloudsley-Thompson, MS. <<

[42] Patrick Hennessy, Young Man in a Tank, ed. personal, 1997, p. 79. <<

[43] Kerr, correspondencia Overlord. <<

[44] Citado por Michael Reynolds, Steel Inferno, p. 36. <<

[45] Finucane, correspondencia Overlord. <<

[46] Ken Tout, Tank! Forty Hours of Battle, Londres, 1985, p. 39. <<

[47] Andy Cropper, Dad's War, Anmas, 1994, p. 33. <<

[48] Lewis Keeble, Worm's Eye View: The Recollections of Lewis Keeble, apéndice C a «Battlefield Tour: 1/4 KOYLI in the NW Europe Campaign». <<

[49] Norman Craig, The Broken Plume, IWM, 1982, p. 176. <<

[50] Pogue, p. 333 (25 de enero de 1945). <<

[51] Craig, op. cit., p. 31. <<

[52] Robin Hastings, An Undergraduate's War, Bell House, 1997, p. 104. <<

[53] Rathbone, correspondencia Overlord. <<

[54] Selerie, correspondencia Overlord. <<

[55] Lapp, archivos de Armageddon. <<

[56] Diercks, archivos de Armageddon. <<

[57] Barry Broadfoot (ed)., Six War Years, Toronto, 1974, p. 97. <<

[58] Archivos de Overlord. <<

[59] AI Godau, archivos de Armageddon. <<

[60] Informe de inteligencia del II.º ejército, archivos de Armageddon. <<

[61] Kurt Meyer, Grenadiers, Fedorowiz Publishing, 1994, p. 134. <<

[62] Zimmer, archivos de Overlord. <<

[63] Poppel, p. 221. <<

[64] Archivos Overlord. <<

[65] P. H. Vigor, Soviet Blitzkrieg Theory, Macmillan, 1984, p. 137. <<

[66] Merridale, op. cit., p. 167. <<

[67] Archivos de Armageddon. <<

[68] Merridale, op. cit., p. 242. <<

[69] Ibid., p. 259. <<

[70] Pis'ma s voiny, p. 188. <<

[71] Reynolds, op. cit., p. 40. <<

[72] Moltke, op. cit., pp. 282-283. <<

[73] Wolff-Mönckeberg, p. 104 (25 de junio de 1944). <<

[74] Ibid., p. 107. <<

[75] AI Schröder, archivos de Armageddon. <<

[76] Cropper, p. 38. <<

[77] Bellfield y Essame, The Battle For Normandy, Londres, 1975, p. 209. <<

[78] Lewis, op. cit., p. 271. <<

[79] Michael Reynolds, Men of Steel, Spellmount, 1999, pp. 32-33. <<

[80] The Spectator (5 de junio de 1964). <<

[1] Australian Forces Weekly Intelligence Review, n.º 118, NZ External Affairs, archivo 84/6/1 parte 1. <<

[2] LHA documentos Lethbridge, informe Lethbridge, p. 5. <<

[3] Christopher Thorne, Allies of a Kind, p. 555. <<

[4] Hart, op. cit., p. 162. <<

[5] Ibid., p. 158. <<

[6] Thompson, Burma, p. 219. <<

[7] Ibid., p. 215. <<

[8] Ibid., p. 220. <<

[9] Ibid., p. 190. <<

[10] Ibid., p. 193. <<

[11] Hart, op. cit., p. 187. <<

[12] Ibid., p. 173. <<

[13] Raymond Cooper, B Company, Dobson, 1978, p. 137. <<

[14] Ibid., p. 389. <<

[15] Wooldridge, p. 132. <<

[16] Harry Gailey, Bougainville 1943-1945: The Forgotten Campaign, University of Kentucky, 1991, p. 155. <<

[17] Fussell, op. cit., p. 109. <<

[18] Gailey, op. cit., p. 124. <<

[*21] Zapadores voluntarios del Cuerpo de Ingeniería Civil de la marina estadounidense. (N. de los t).. <<

[19] John Monks, A Ribbon and a Star, Henry Holt, 1945, p. 40. <<

[20] Wooldridge, op. cit., p. 163. <<

[21] Ibid., p. 177. <<

[22] Miller, op. cit., p. 147. <<

[23] Carl Hoffman, Saipan: The Beginning of the End, US Marine Corps, 1950, p. 223. <<

[24] Robert Sherrod, Time (3 de julio de 1944). <<

[25] Norman Mailer, The Naked and the Dead, 1948, p. 249. <<

[26] Wooldridge, p. 209. <<

[1] Informe de inteligencia del II.º ejército, archivos de Armageddon. <<

[2] Ibid. <<

[3] Wolff-Mönckeberg, op. cit., p. 86. <<

[4] AI Moser, archivos de Armageddon. <<

[5] Informe de inteligencia del II.º ejército, archivos de Armageddon. <<

[6] Paul Fussell, op. cit., p. 10. <<

[7] Harris a Portal (1 de noviembre de 1944), documentos Cochrane. <<

[8] Documentos de Marshall, caja 67/13 (25 de septiembre de 1944). <<

[9] Devers, Military Review, vol. 27, n.º 7, octubre de 1947, p. 6. <<

[10] Koa Wing, p. 236 (29 de septiembre de 1944). <<

[11] Tamsin Day-Lewis (ed)., Last Letters Home, Macmillan, 1995, p. 19. <<

[12] John Ellis, The Sharp End, Pimlico, 1993, p. 30. <<

[13] Pogue, archivos The Supreme Command, USMHI Carlisle. <<

[14] Dr. John Petty, British Army Review, verano de 2010, p. 89. <<

[15] Archivos de Armageddon. <<

[16] Documentos de Marshall, caja 67/15. <<

[17] Ellis, op. cit., p. 96. <<

[18] A. K. Altes y N. K. C. A. In't Veld, The Forgotten Battle: Overloon and the Maas Salient 1944-1945, Spellmount, 1995, p. 160. <<

[19] Barry Broadfoot (ed)., op. cit., p. 231. <<

[20] Robert Kotlowitz, Before Their Times, Anchor, 1998, p. 137. <<

[21] Finucane, correspondencia Overlord. <<

[22] Jon Lewis (ed)., Ibid. <<

[23] USMHI, sir Frederick Morgan, citado por Pogue, archivos The Supreme Command. <<

[24] George Neill, Infantry Soldier: Holding the Line at the Battle of the Bulge, University of Oklahoma Press, 2000, pp. 85, 91, 95-97. <<

[25] Metelmann, op. cit., p. 87. <<

[26] Schoo, archivos de Armageddon. <<

[27] Kotlowitz, pp. 120-121. <<

[28] AI Beavers, archivos de Armageddon. <<

[29] Informe de inteligencia del II.º ejército, archivos Armageddon. <<

[*22] Es el saliente (bulge) que da a esta batalla su nombre más habitual en inglés: Battle of the Bulge. (N. de los t).. <<

[30] AI Moody, archivos de Armageddon. <<

[31] Donald Burgett, Seven Roads to Hell: A Screaming Eagle at Bastogne, Dell, 1999, p. 1. <<

[32] MS Lindstrom, archivos de Armageddon. <<

[33] Reynolds, Men of Steel, p. 120. <<

[34] Fussell, op. cit., p. 131. <<

[35] William Hitchcock, Liberation: The Bitter Road to Freedom, Europe 1944-1945, Faber, 2008, pp. 87 y 89. <<

[36] George D. Graves, Blood And Snow-The Ardennes. <<

[37] Reynolds, Men of Steel, p. 113. <<

[38] AI Schröder, archivos de Armageddon. <<

[39] USMHI, Pogue, archivos de The Supreme Command. <<

[40] Blumenson, Parameters, vol. XIX, n.º 4, diciembre de 1989. <<

[41] Relato de Henry Hills, p. 257, archivos de Armageddon. <<

[42] Bowlby, op. cit., p. 109. <<

[43] Anders, op. cit., p. 251. <<

[1] Krisztian Ungvary, Battle for Budapest, Tauris, 2003, p. 20. <<

[2] Ibid., p. 28. <<

[3] Ibid., p. 41. <<

[4] Ibid., p. 52. <<

[5] Ibid., p. 35. <<

[6] Ibid., p. 111. <<

[7] Ibid., p. 64. <<

[8] Ibid., p. 141. <<

[9] Ibid., p. 142. <<

[10] Ibid., p. 147. <<

[11] Ibid., p. 239. <<

[12] Ibid., p. 247. <<

[13] Ibid., p. 202,. <<

[14] Ibid., p. 208. <<

[15] Ibid., p. 293. <<

[16] Donald T. Peak Fire Mission, Sunflower Univ. Press, 2001, p. 148. <<

[17] Charles Felix, Crossing The Sauer, Burford Books, 2002, p. 153. <<

[18] MS Aaron's War, archivos de Armageddon. <<

[19] MS Lindstrom, archivos de Armageddon. <<

[20] History of the JAG Branch Office, U. S. Forces, European Theatre, 18 July 1942-1 November 1945, vol. I, pp. 242-249. <<

[21] White, op. cit., p. 102. <<

[22] Fussell, op. cit., 120. <<

[23] AI Pflug, archivos de Armageddon. <<

[24] Djilas, p. 446. <<

[25] Poppel, p. 133. <<

[26] Informe de inteligencia del II.º ejército, archivos de Armageddon. <<

[27] AI Saurma, archivos Armageddon. <<

[28] Michael Reynolds, Men of Steel, Spellmount, 1999, p. 231. <<

[*23] La destrucción de Dresde ocupa un lugar tan destacado en la leyenda popular de la guerra que es llamativo observar que, de acuerdo con las investigaciones más recientes, los días 13-14 de febrero murieron allí unas veinticinco mil personas, no los cientos de miles de víctimas que antaño se suponía. Esto no afecta a la controversia de si el bombardeo era necesario, pero sí pone de manifiesto que causó menos víctimas que el bombardeo de Hamburgo en agosto de 1943 o la tormenta de fuego sobre Tokio, en marzo de 1945. <<

[29] Grossman, op. cit., p. 330. <<

[*24] Reichssicherheitshauptamt o Agencia Central de Seguridad del Reich, adscrita a la SS. (N. de los t).. <<

[30] Pis'ma s ognennogo rubezha 1941-1945, p. 100. <<

[31] AI Kowitz, archivos de Armageddon. <<

[32] AI Pflug, archivos de Armageddon. <<

[33] WM 94/7/1, MS Mrs. S. H. Stewart. <<

[34] Antony Beevor, The Fall of Berlín 1945, Penguin, 2002, p. 33. (Hay trad. cast.: Berlín. La caída: 1945, Crítica, Barcelona, 2002). <<

[35] Stanislav Gorsky, Zapiski Navodchika SU-76, Moscú, 2010, p. 108. <<

[36] Pis'ma s ognennogo rubezha 1941-1945, p. 186. <<

[37] Fromm, archivos de Armageddon. <<

[38] Sajer, op. cit., p. 382. <<

[39] Beevor, op. cit., p. 164. <<

[40] Anónimo, A Woman in Berlin, Virago, 2009, p. 62. <<

[41] Pis'ma s ognennogo rubezha 1941-1945, p. 137. <<

[42] Beevor, op. cit., p. 189. <<

[43] Hagen, op. cit., p. 213. <<

[44] Moorhouse, p. 360. <<

[45] Ibid., p. 351. <<

[46] Ruth Andreas-Friedrich, Berlín Underground 1938-45, Nueva York, 1947, p. 273. <<

[47] Jacob Kronika, Der Untergang Berlins, Hamburgo, 1946, p. 127, citado por Moorhouse, p. 359. <<

[48] Hugo Gryn y Naomi Gryn, Chasing Shadows, Harmondsworth, 2001, pp. 238-239. <<

[49] Beevor, op. cit., p. 219. <<

[50] Ibid., p. 226. <<

[51] Potsdam, vol. IX/I, p. 59. <<

[52] Fromm, archivos de Armageddon. <<

[53] A Woman in Berlin, p. 36. <<

[54] Dorothea von Schwanenflügel, Laughter Wasn't Rationed, Alexandria (VA), 1999, p. 342. <<

[55] A Woman in Berlin, pp. 40-41. <<

[56] Sune Persson, Escape from the Third Reich, Londres, 2010, pp. 113-114. <<

[57] Helga Schneider, The Bonfire of Berlín Londres, 2005, p. 55. <<

[58] Richard Bessel, Germany 1945, Simon & Schuster, 2009, p. 141. <<

[59] A Woman in Berlin, p. 189. <<

[60] Ibid., p. 185. <<

[61] Ibid., p. 71. <<

[62] Ibid., p. 230. <<

[63] Ibid., p. 81. <<

[64] Besell, p. 267. <<

[65] Grossman, op. cit., p. 327. <<

[66] Jacob Kronika, Der Untergang Berlins, citado por Moorhouse, p. 385. <<

[67] Según se cita en Moorhouse, p. 372. <<

[68] Bailey, op. cit., p. 244. <<

[69] Djilas, op. cit., p. 420. <<

[70] Fraser, op. cit., p. 267. <<

[71] MS Diercks, archivos de Armageddon. <<

[72] Cropper, op. cit., p. 90. <<

[73] Destacamento 14A2, regimiento BCA, archivos de Armageddon. <<

[1] Bayly y Harper, op. cit., p. 431. <<

[2] Ibid., p. 434. <<

[3] US Marine Corps Historical Institute, Quantico, documentos Joseph Raspilair. <<

[4] Patrick Caruso, Nightmare on Iwo, Naval Institute Press, 2001. <<

[5] Wooldridge, op. cit., p. 253. <<

[6] Ibid., p. 263. <<

[7] Citado en http://b-29.org. <<

[8] Steve Birdsall, Saga of the Superfortress, Sidgwick & Jackson, 1981, p. 143.
<<

[9] Birdsall, op. cit., p. 149. <<

[10] Ibid., p. 312. <<

[11] The Hourglass, pp. 401-402. <<

[12] Rikihei Inoguchi y Tadashi Nakajima, con Roger Pineau, The Divine Wind, Hutchinson, 1959, p. 179. <<

[13] Wooldridge, op. cit., p. 110. <<

[14] Kasuga Takeo, citado en Emiko Ohnuki-Tierney, Kamikaze Diaries, Univ. of Chicago Press, 2006, p. 9. <<

[15] Inoguchi y Nakajima, op. cit., p. 148. <<

[16] Ibid., p. 149. <<

[17] Ohnuki-Tierney, op. cit., p. 88. <<

[18] Ibid., p. 126. <<

[19] Ibid., p. 173. <<

[20] Ibid., p. 209. <<

[21] USMHI, documentos de los prisioneros de guerra japoneses, PW2050 (24 de junio de 1945). <<

[22] Hugh Pettigrew, citado por Thompson, Burma, p. 352. <<

[23] Ibid., p. 356. <<

[24] Yoshida Mitsuru, Requiem for Battleship Yamato, Constable, 1999, p. 44. <<

[25] Laura Fermi, Atoms in the Family, University of Chicago Press, 1954, p. 254. <<

[26] Richard Rhodes, Ultimate Powers, Simon & Schuster, 1986, p. 641. <<

[27] Ibid. <<

[28] Umezu, «Cara a la batalla decisiva», publicado en Kaikosha Kiji (17 de mayo de 1945). <<

[29] Archivos de Nemesis, p. 21. <<

[30] AI Nakamura, archivos de Nemesis. <<

[31] IWM RNR 95/5/1. <<

[32] Birdsall, op. cit., p. 309. <<

[1] Mathilde Wolff-Mönckeberg, On The Other Side, p. 130. <<

[2] New York Times (22 de abril de 1945). <<

[3] Anders, op. cit., p. 282. <<

[4] Ibid., p. 286. <<

[5] B. Lvov, IWM 90/11/1. <<

[6] Koa Wing, op. cit., p. 268 (11 de mayo de 1945). <<

[7] Tamsin Day-Lewis (ed)., Last Letters Home, Macmillan, 1995, p. 174. <<

[8] Carta en posesión de Miranda Corben. <<

[9] Kevin Wilson, Journey's End, Weidenfeld & Nicolson, 2010, p. 392. <<

[10] Schlesinger, op. cit., p. 353. <<

[11] Forrest C. Pogue, Pogue's War, University of Kentucky, 2001, p. 379. <<

[12] AI Minamoto, archivos de Nemesis. <<

[13] AI Konada, archivos de Nemesis. <<

[14] Wooldridge, op. cit., p. 286. <<

[15] Birdsall, op. cit., p. 311. <<

[16] Sebastian, op. cit., p. 628 (31 de diciembre de 1944). <<

[17] Christopher Thorne, Allies of a Kind, p. 401 (5 de abril de 1944). <<

[18] Bayly y Harper, op. cit., p. 455. <<

[19] Ibid., p. 438. <<

[*25] El grupo comunista Hukbalahap. (N. de los t).. <<

[20] B. J. Kerkvliet, The Huk Rebellion: A Study of Peasant Revolt in the Phillipines, Berkeley, 1977, p. 109. <<

[21] Pogue's War, p. 202. <<

[22] Eugenio Corti, The Last Soldiers of the King, University of Missouri Press, 2003, p. 80. <<

[23] Terkel, p. 67. <<

[24] Drew Pearson, Diaries 1939-1959, ed. de Tyler Abell, Nueva York, 1974, p. 134. <<

[25] RUSI Journal, junio de 1979. <<

[26] Véase el autorizado estudio estadístico publicado en 2000 por el Dr. Rudiger Overmans, de la Oficina de Investigación Histórico-Militar de las Fuerzas Armadas Alemanas. <<

[27] AI Lott, archivos de Armageddon. <<

[28] Hagen, op. cit., p. 218. <<

[29] AI Ebisawa, archivos de Nemesis. <<

[30] Artículo publicado en Bungei Shunju, marzo de 1956. <<

[31] AI Hando, archivos de Nemesis. <<

[32] Blythe, Private Words, p. 33. <<